HISTORIA DEL MOVIMIENTO OBRERO

Volumen 2



Centro Editor de América Latina

HISTORIA DEL
MOVIMIENTO OBRERO

HISTORIA DEL MOVIMIENTO OBRERO

Volumen 2

Centro Editor de América Latina

Centro Editor de América Latina S.A.
Junín 981, Buenos Aires
Hecho el depósito de ley
Impreso en la Argentina
ISBN 950 25 0951 X

CAPITULOS Y COLABORADORES DE ESTA OBRA

Los capítulos de esta "Historia del Movimiento Obrero" han sido preparados por los especialistas que se indican en la tercera columna. El asesoramiento general estuvo a cargo de Alberto J. Pla. La revisión literaria corrió por cuenta de Aníbal Ford, a excepción de los capítulos "La Primera Internacional", "La primera Internacional" en España", "Sindicatos por industrias" y "Los mártires de Chicago", en que dicha tarea fue realizada por Martha Cavilliotti.

Segunda Parte

Del Manifiesto Comunista a la Revolución Rusa



Introducción

Alberto J. Pla

La concentración de capitales, la segunda revolución industrial, y el reparto del mundo entre las grandes potencias serán los signos distintivos del período comprendido entre 1848 y 1917. Sin embargo, el movimiento obrero responde con energía: en ese mismo período se alza la Comuna de París, se desarrolla la acción de las Internacionales, asumen su lugar en la lucha anarquistas y socialistas.

Este capítulo es la introducción a la segunda parte de la *Historia del Movimiento Obrero*: de 1848 a 1917. Una época conflictual y de transformaciones decisivas para la historia de la humanidad.

Bajo el signo del liberalismo el sistema capitalista cumple otra etapa de su desarrollo, caracterizada por la segunda revolución industrial, la concentración de capitales, la urbanización y el crecimiento del proletariado. Las grandes potencias se reparten el mundo y se inicia la era del capitalismo financiero, el cual agudiza la crisis de los países dependientes, que son frenados totalmente en sus posibilidades de desarrollo. Pero con la expansión imperialista comienza la crisis interna del sistema, que desembocará en la guerra de 1914. En este marco una nueva potencia entra en escena: los Estados Unidos.

Al mismo tiempo el movimiento obrero da importantes pasos.

Aparecen los sindicatos de masas y los primeros partidos políticos de la clase obrera. Las propuestas del proletariado se profundizan a través de diversas experiencias: la Primera Internacional, la insurrección y el posterior fracaso de la Comuna de París, los conflictos entre anarquistas y socialistas; luego la Segunda Internacional, la aparición del revisionismo, la división entre pacifistas y belicistas.

A partir de este proceso y como culminación de él, se producirá el primer triunfo político a nivel nacional de la clase obrera: la revolución de octubre de 1917.

Mientras esto sucede en Europa, en los países dependientes el proletariado, que recién comienza a constituirse, concreta sus primeras organizaciones, con las que enfrenta los intereses de la alianza entre las oligarquías nativas y el imperialismo.

La situación europea

Inglaterra

Después de la Reforma Electoral de 1832 los liberales comienzan a dominar el panorama político: salvo pequeñas interrupciones, gobernarán hasta 1866. La composición de las Cámaras, que en 1829 admiten el ingreso de los católicos y en 1858 el de los judíos, cambia fundamentalmente. En medio de este proceso se derogan las Leyes de Granos y las Leyes de Navegación (1849). En el primer caso, el de las leyes que protegían a los terratenientes productores de cereales, la derogación se hace a costa de un duro precio: los años de "hambre"(cuyo punto crítico es 1845. La población irlandesa, sometida a una subalimentación crónica que no admitía el más mínimo descenso en su nivel de vida, es la que experimenta de manera más cruel esta situación: sus habitantes, que llegaban a casi ocho millones, disminuyen a causa de la mortandad provocada por el hambre a algo más de seis millones. Una crisis social que enmarca y nutre al movimiento cartista. En el segundo caso, el de las Leyes de Navegación, su derogación señala la generalización del liberalismo, su extensión a la economía. Por otra parte, para Inglaterra, que protegía el comercio marítimo de sus flotas desde el siglo XIV, este tipo de proteccionismo es ya innecesario. Detrás del triunfo del industrialismo se desarrolla la necesidad de eliminar todos los frenos a la política de expansión que ahora comienza.

Si hacemos un corte en 1865 observamos la siguiente situación con respecto a Inglaterra: se ha consolidado el liberalismo en todos los planos; se han reestructurado los grandes partidos políticos; el país se halla a la cabeza del desarrollo económico e industrial y ejerce una hegemonía indiscutida en los mares;

la política de expansión se ha concretado en Asia, especialmente en la India. La población inglesa, que en 1800 era de 16 millones, pasa a los 26 millones en 1871 y a los 41 millones en 1901.

La ley del voto secreto, que a pesar de todos estos procesos recién se aprueba en 1872, consolida a los sectores liberales, que dominarán en las elecciones posteriores.

Los conservadores vuelven al poder en 1895, después de un gran triunfo electoral. Es la época en que el poder del Imperio Británico alcanza su punto culminante. La época en que Chamberlain pone en práctica su política de expansión colonial; en que la guerra de los boers (1899-1902) termina con el triunfo de los ingleses en Africa del Sur; en que el Imperio, que domina la India, extiende su influencia a China, Persia y Egipto; en que se realiza la mayor inversión de capitales británicos en América Latina.

El predominio conservador, paralelo a esta "época de oro", se mantiene hasta 1906, año en que vuelven a triunfar los liberales. Comienza una etapa de reformas democráticas en la cual los liberales deben depender parcialmente de sus aliados en el Parlamento, los diputados laboristas, que poco antes han comenzado a incorporarse al mismo. Junto con esto el poder del Imperio Británico, indiscutido prácticamente durante todo el siglo XIX, comienza a sentir los efectos de las disputas entre las grandes potencias. A pesar del triunfo en la Primera Guerra Mundial, su hegemonía ya no será indiscutida en los años posteriores al conflicto.

Desde 1883 existía en Inglaterra la Sociedad Fabiana, la cual abogaba por un socialismo reformador, y, desde 1893, el Partido Laborista Independiente. La unión de estas dos entidades, junto con la Federación Socialdemócrata y los dirigentes de los sindicatos *(trade unions)*, dio nacimiento, en 1901, al Partido Laborista. A éste se afiliaría, en 1908, uno de los sindicatos más

Tradeunionismo inglés

A medida que se consolida el funcionamiento sindical reformista, surge en Inglaterra un descontento en las bases que se expresa en este documento, escrito *"por un obrero consciente"* (1890), y que refleja el proceso de la formación de una burocracia sindical:

"El antiguo sentido de las privaciones y de sujeción de la vida de un obrero se borra progresivamente de su espíritu y empieza a considerar cada vez más toda reivindicación como perversa e irrazonable. Es posible que a ese cambio intelectual se agregue una transformación todavía más nefasta. En nuestros días el responsable asalariado de un sindicato es objeto de la adulación y el halago de los burgueses. Es invitado a cenar en casa de éstos, admira sus buenos muebles, sus bellos tapices, la comodidad y el lujo de su existencia... Progresivamente su propio modo de vida cambia, y se encuentra en conflicto con los miembros de su sindicato... Atribuye entonces la ruptura a la influencia de una fracción de descontentos o quizá a las opiniones no razonables de la joven generación. Esta le encuentra orgulloso y pedante, demasiado prudente e incluso apático en sus actividades sindicales."

Citado por B. S. Webb, *History of Tradeunionism*, Londres, 1920, y reproducido por Morton y Tate, op. cit.

Importancia del nuevo sindicalismo inglés

"Los nuevos sindicatos han sido creados en una época en que la fe en la eternidad del sistema asalariado está fuertemente quebrantada; sus fundadores y promotores son socialistas, sea de forma consciente o sentimentalmente; las masas cuya adhesión les dio fuerza eran groseras, subestimadas y despreciadas por la aristocracia obrera; pero tienen la enorme ventaja de que su mentalidad es un terreno virgen, totalmente libre de la herencia de los prejuicios burgueses convencionales que embarazaban la conciencia de los "viejos" sindicalistas mejor situados. Por eso vemos a esos sindicatos tomar la dirección del conjunto de la clase obrera y llevar cada vez más a remolque a los "viejos" sindicatos ricos y orgullosos... Los sindicalistas colaboran ahora con todas sus fuerzas de una forma completamente diferente, arrastran a la lucha a masas mucho más grandes, sacuden la sociedad mucho más profundamente y presentan reivindicaciones mucho más radicales: la jornada de ocho horas, una federación general de todas las organizaciones y una solidaridad total... Consideran sus reivindicaciones inmediatas como provisionales, aunque ellos mismos no tengan todavía conciencia plena de cuál es su objetivo final. Pero esta vaga idea se ha implantado en ellos con profundidad suficiente para que los sindicalistas elijan como dirigentes únicamente a socialistas conocidos."

Conceptos de una carta de F. Engels a Sorge, del 7 de diciembre de 1889.

El derecho electoral fue una de las constantes mantenidas por la clase obrera inglesa en sus pedidos. Aprobada en 1872, la ley del voto secreto consolidó el poder a los sectores liberales británicos. Los grabados ilustran dos momentos de ese proceso: la represión de los manifestantes que piden el derecho al sufragio —arriba, en una estampa de 1819— y un mitin a mediados de la década de 1840, en pos de la misma reivindicación —abajo.

importantes de Inglaterra: la Federación de Mineros.

Durante la nueva etapa liberal el gobierno más importante es el de Lloyd George, quien ejerce el poder con el apoyo del laborismo, partido que en 1906 había obtenido 29 bancas en la Cámara de los Comunes. Lloyd George intentó llevar a la práctica ciertas propuestas radicales, como el impuesto progresivo a la renta, para el cual no consiguió mayoría en las Cámaras, pues los liberales le retiraron su apoyo. La inminencia de la guerra cerró la etapa de reformas llevada adelante por los liberales con el apoyo de los laboristas. La nueva situación, el paso a un segundo plano de las diferencias entre liberales y conservadores en pro de la unión nacional para enfrentar a Alemania, el dominio de los últimos durante el período que se iniciaba, puso al descubierto las debilidades de la política reformista de los años anteriores.

Francia

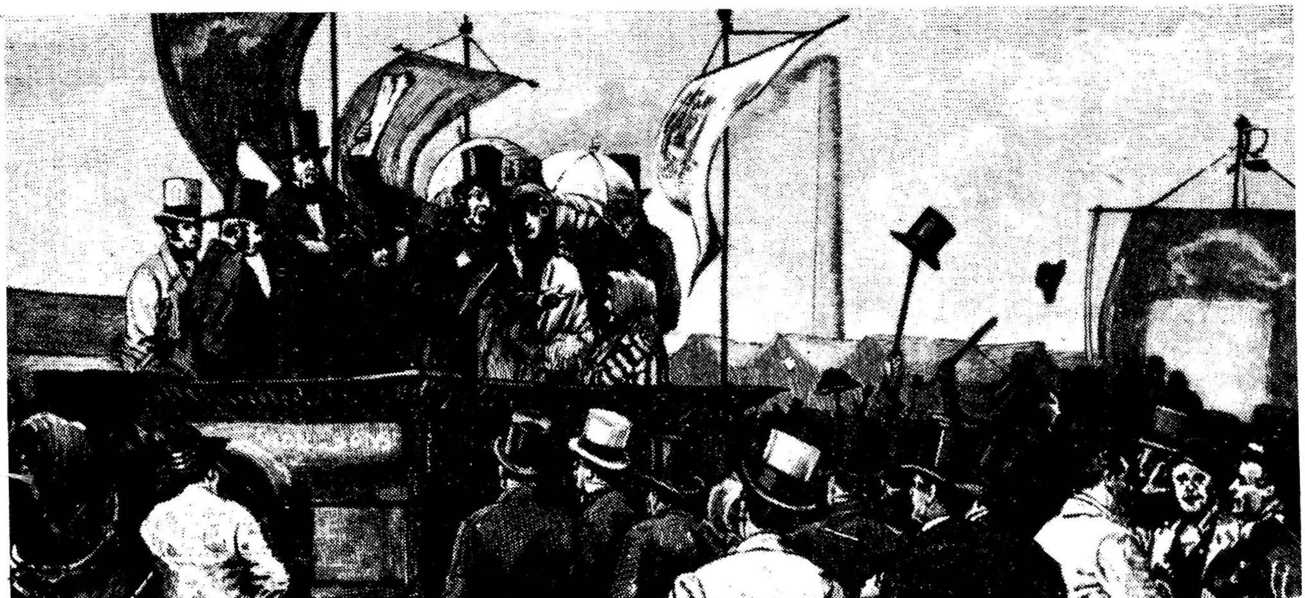
La época histórica que estamos tratando cubre en Francia dos momentos fundamentales: el Segundo Imperio (1852-1870) y la Tercera República (1871).

El primer momento lo domina la figura de Luis Napoleón, sobrino de Napoleón Bonaparte, quien una vez aplastada la insurrección obrera de 1848 se convierte en centro del proceso político. Su enfrentamiento con la Asamblea Legislativa, enfrentamiento que podemos sintetizar refiriéndonos a la cuestión del voto, ejemplifica la política que Luis Napoleón habría de llevar a cabo. En 1851 la Asamblea intentó aprobar una ley que limitaba el derecho al voto y que desplazaba a tres millones de habitantes de los nueve que figuraban en los padrones. Luis Napoleón, apoyándose en el descontento social, se opuso a los deseos de la Asamblea y en noviembre de 1851 le envió un verdadero ultimátum exigiéndole el mantenimiento del sufragio universal. El conflicto continúa y por fin Luis Napoleón lo resuelve disolviendo la Asamblea el 2 de diciembre de ese año y asumiendo poderes dictatoriales. En un proceso por cierto paradojal, Luis Napoleón consigue, a partir de la defensa del sufragio universal, hacer que se le otorguen poderes discrecionales mediante un plebiscito, realizado en 1852, que lo favorecerá en forma aplastante siete millones y medio de votos a favor y sólo 640.000 en contra. Más tarde otro plebiscito lo erige emperador.

Luis Napoleón alternó medidas dictatoriales con concesiones que le permitieron mantener un amplio apoyo popular. Se presentó por encima de las luchas entre los diversos sectores y llevó adelante una política industrial y financiera que, bajo el signo del liberalismo, intensificó el desarrollo de la economía francesa. Puso también en práctica, en directa competencia con Inglaterra, una política imperialista, especialmente en las Antillas, Africa Occidental y Asia, y consolidó el dominio francés en Argelia. Esa política se intentó también en México, donde quiso coronar a Maximiliano como emperador. El fin trágico de esta aventura, que acabaría en 1867, después de una lucha sangrienta, con la derrota de los franceses frente a las fuerzas acaudilladas por Benito Juárez, marcó el comienzo de la decadencia del emperador francés. Pronto lo abandonarán sus aliados conservadores y más tarde la guerra con Prusia pondrá fin a su reinado.

El 15 de julio de 1870, ante una provocación que orquesta Bismarck, en medio de un conflicto diplomático que involucra a varios países, el parlamento francés, casi por unanimidad, declara la guerra a Prusia. Francia, carcomida ya por la crisis, entra en el juego del Canciller de Hierro. La guerra es rápida. El 2 de setiembre los franceses son diezmados en la batalla de Sedan, donde caen 25.000 franceses y son tomados prisioneros 85.000. Entre estos últimos están el emperador y su general más importante, Mac Mahon, quien había regresado de Argelia para hacerse cargo de la defensa. Dos


Chevy Chace
None but the brave deserve the Fair
Cut him down, Cut him down





días después un grupo de republicanos pone fin al Imperio y proclama la Tercera República En la nueva etapa de la guerra que se inicia las fuerzas republicanas y socialistas tienen que enfrentar no sólo al ejército prusiano sino también a las tropas imperiales de su propio país.

A partir de ahí el proceso se acelera. París se rinde a los alemanes en enero de 1871 y la nueva Asamblea elige a Thiers como jefe del poder ejecutivo.

Pero en marzo se produce la insurrección de la Comuna de París, que luego se extiende a Marsella y Lyon, y el gobierno de Thiers debe huir a Versalles. Bismarck, ante el peligro socialista, llega a un acuerdo con Thiers y libera a los prisioneros de guerra franceses para que luchen contra la Comuna. Las tropas al mando de Mac Mahon atacan entonces el París socialista y comunero, que sólo puede resistir hasta el mes de mayo, en que es derrotado. Se produce entonces una violenta represión, la de la "Semana Sangrienta", en la que son ejecutados aproximadamente 20.000 franceses. Como contrapartida, en manos de Thiers, cabeza de las represiones de 1848 y de 1871, la monarquía sucumbe definitivamente.

A partir de ese momento la nueva república se estabiliza y comienza a aumentar, tras cada elección, el número de los republicanos en las Cámaras. En 1879 tienen la mayoría de los diputados y senadores. Un año después la Asamblea se traslada de Versalles a París. Bajo la Tercera República las tendencias políticas burguesas se escinden en dos grupos: los moderados, dirigidos por Jules Ferry, abanderado de la política imperialista, figura comparable a las de Theodore Roosevelt o Chamberlain, y los radicales, dirigidos por Georges Clemenceau. El reñido juego entre ambas fuerzas en el parlamento trae como consecuencia la inestabilidad política. Sin embargo, durante este período Francia acelera su crecimiento económico: se multiplica la producción de hierro y carbón y

se generaliza la utilización de la energía eléctrica y de los motores a explosión.

En 1876 Jules Guesde funda el Partido Obrero. En 1893 los grupos socialistas disponen de 50 bancas en la Cámara de Diputados. Son los años en que diversos escándalos políticos conmueven a Francia, especialmente el caso Dreyfus. Este, acusado de espionaje en favor de Alemania, es enviado a la Isla del Diablo, después de una campaña en la que desempeña un papel preponderante su origen judío. Radicales y socialistas emprenden su defensa y cuando se comprueba su inocencia los primeros capitalizan el triunfo políticamente. En las elecciones de 1902 ganan los radicales y nuevamente lo hacen en 1906. Con su ascenso al poder comienza un proceso que llevará al rompimiento con Roma y a la separación de la Iglesia y el Estado. Durante estos años el socialismo realiza importantes progresos. En 1905, Guesde y Jean Jaurés obtienen, con el Partido Socialista Unificado, 54 asientos en la Cámara de Diputados; en 1910, 76, y en 1914, 101. Los obreros adheridos a los sindicatos alcanzan el medio millón. El progreso de las organizaciones obreras es evidente. Esto hace que Clemenceau enfrente a los socialistas y a los sindicalistas. Su gabinete realiza ciertas concesiones, pero también recurre al ejército para acabar con las huelgas.

A partir del ministerio de Raymond Poincaré, presidente a partir de 1913, comienza la etapa de la preparación para la guerra. Poincaré prolonga a tres años el servicio militar e inicia una campaña patriótica. Lo enfrenta el socialista Jaurés, quien encabeza un movimiento pacifista que se opone a la guerra con Alemania. Los socialistas revolucionarios enfrentan a su vez, desde la perspectiva de la lucha de clases, la posibilidad de una guerra preparada y al servicio de los intereses de las burguesías de los diversos países en conflicto. Pero a pesar del asesinato de Jaurés y del repudio obrero y popular que exige justicia, el Partido Socialista termina siendo arrastrado por el nacionalismo chauvinista y antialemán y abandona la política de clase para someterse a la política de la burguesía francesa.

Alemania

En Alemania, tras la derrota de los movimientos de 1848-1849, el rey de Prusia promulgó una Constitución en la que fundamentaba la monarquía en el derecho divino. Según ella, el monarca tenía poder para designar a los ministros y la Dieta se limitaba al decorativo papel de aceptar o no sus medidas. No obstante, en las sucesivas elecciones para la Dieta fueron obteniendo mayor cantidad de bancas los liberales, quienes resistieron muchas medidas de la corona. En 1861 el rey disolvió la Dieta y convocó a nuevas elecciones, que volvieron a dar el triunfo a los liberales, esta vez bajo el rótulo de "progresistas". La salida política de este enfrentamiento fue la designación de Otto von Bismarck como Primer Ministro, en 1862. Bismarck se mantendrá en el poder hasta 1890 y bajo su gobierno se realizará, bajo la hegemonía de Prusia, la unidad alemana.

Dada la oposición parlamentaria, Bismarck gobernó como dictador, sin presupuesto legal y sin parlamento. Preparó militarmente a Prusia y pasó a dominar, sucesivamente, a Dinamarca, Austria y Bohemia. En tales condiciones la hegemonía prusiana ya era un hecho. Sólo los estados del sur de Alemania se mantuvieron independientes, pero al final accedieron a integrar la Confederación de los Estados del Norte. Así se dieron las condiciones para el establecimiento del Reich, en 1871.

Bajo la conducción de Bismarck, Prusia fue dirigida firmemente en esta política expansiva, que culmina en 1870-1871 con la guerra franco-prusiana. El triunfo sobre Francia consolidó el poder de Prusia, que se constituyó en 1871 en el Imperio Alemán, con Guillermo I como emperador y Bismarck como canciller.

Entre 1862 y 1890 Otto von Bismarck fue primer ministro de Alemania. Bajo su gobierno se llevó a cabo la unidad del país, manteniéndose siempre bajo la hegemonía de Prusia.

El atentado que costó la vida al zar Alejandro II en 1881 fue realizado por una de las tantas organizaciones revolucionarias que crecieron como respuesta al abslutismo zarista.

Este último llevó a cabo una persecución constante contra los socialistas, tanto antes como después de la guerra de 1870. Los dirigentes socialistas Carlos Liebknecht y Augusto Bebel fueron encarcelados varias veces y en diciembre de 1870, en plena euforia, a raíz del triunfo sobre Francia, fueron acusados de alta traición y condenados nuevamente a la cárcel.

No obstante, la socialdemocracia era un partido legal y en 1874 obtuvo más de 350.000 votos en las elecciones para la Dieta. En 1877 aumentó sus votos a casi medio millón y obtuvo 12 diputados. Todo esto llevó a Bismarck a proponer la "Ley de excepción", mediante la cual se proscribía a los socialistas. Ante la resistencia del parlamento, Bismarck lo disolvió y llamó a nuevas elecciones. El nuevo parlamento aprobó la ley y los socialistas pasaron a la clandestinidad hasta 1890.

Bajo la hegemonía de Bismarck se produjo un acelerado desarrollo económico y Alemania acortó las distancias que desde la revolución industrial le llevaban países como Inglaterra. En esta época se produjo un nuevo avance tecnológico debido a la incorporación del motor a explosión, la química, la electricidad, etc. Ello fue rápidamente capitalizado por Alemania, que no tuvo que transformar la industria sino crearla. Inglaterra, en cambio, debió adaptar su aparato productivo y ello le ocasionó inconvenientes en su desarrollo, que fueron bien aprovechados por Bismarck para dar un paso adelante. Por otra parte, es importante señalar que Prusia, frente a lo que sucedía en los demás estados importantes de Europa, como Inglaterra y Francia, adoptó una política proteccionista cuyo objetivo era la autosuficiencia. Es decir, no puso en práctica los principios liberales tal cual lo hacían las otras potencias.

En 1889 asumió un nuevo emperador, Guillermo II, y un año después Bismarck, el viejo Canciller de Hierro, se retiró del gabinete. Guillermo II pasó a ser el centro del gobierno imperial y su reinado se extendió hasta 1918. Bajo su gobierno la industrialización cobró ritmo febril: los 20 millones de obreros de 1882 se transforman en 35 millones en 1914.

En 1890 se dejó también sin efecto la "Ley de excepción" dictada contra los socialistas. Estos, en las siguientes elecciones, obtuvieron 35 bancas. De la clandestinidad volvieron más fuertes que antes. El ascenso socialista fue espectacular y sostenido.

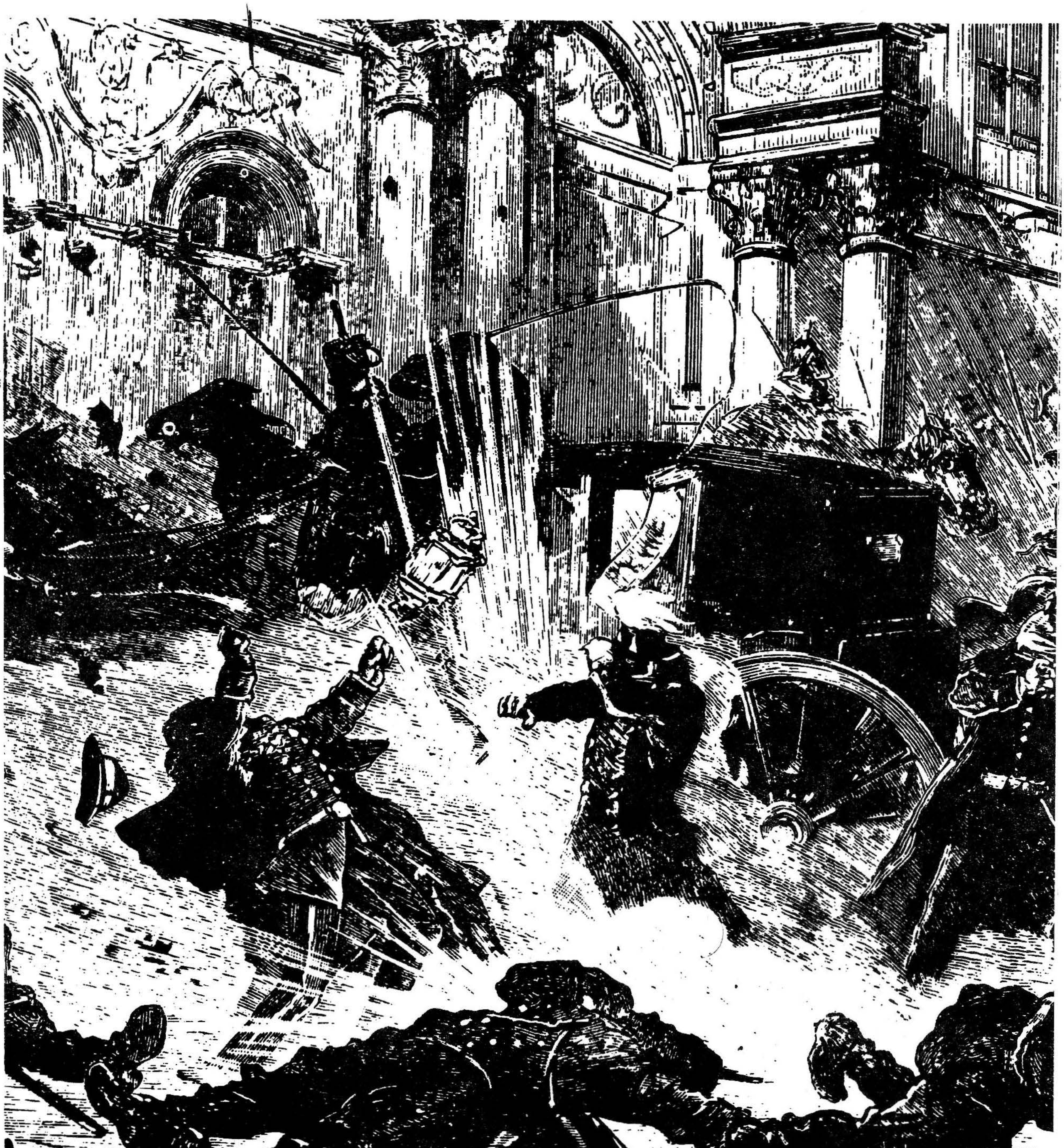
En 1912 obtuvieron 4.250.000 votos y elevaron su representación parlamentaria a 110 diputados. Pero con esto también comenzó a producirse la domesticación de la socialdemocracia. En el curso de la preparación de la guerra mundial claudicó. En 1913, cuando el gobierno pidió autorización al Parlamento para aumentar el ejército en 220.000 hombres, la socialdemocracia apoyó la requisitoria y aprobó la "contribución especial de guerra".

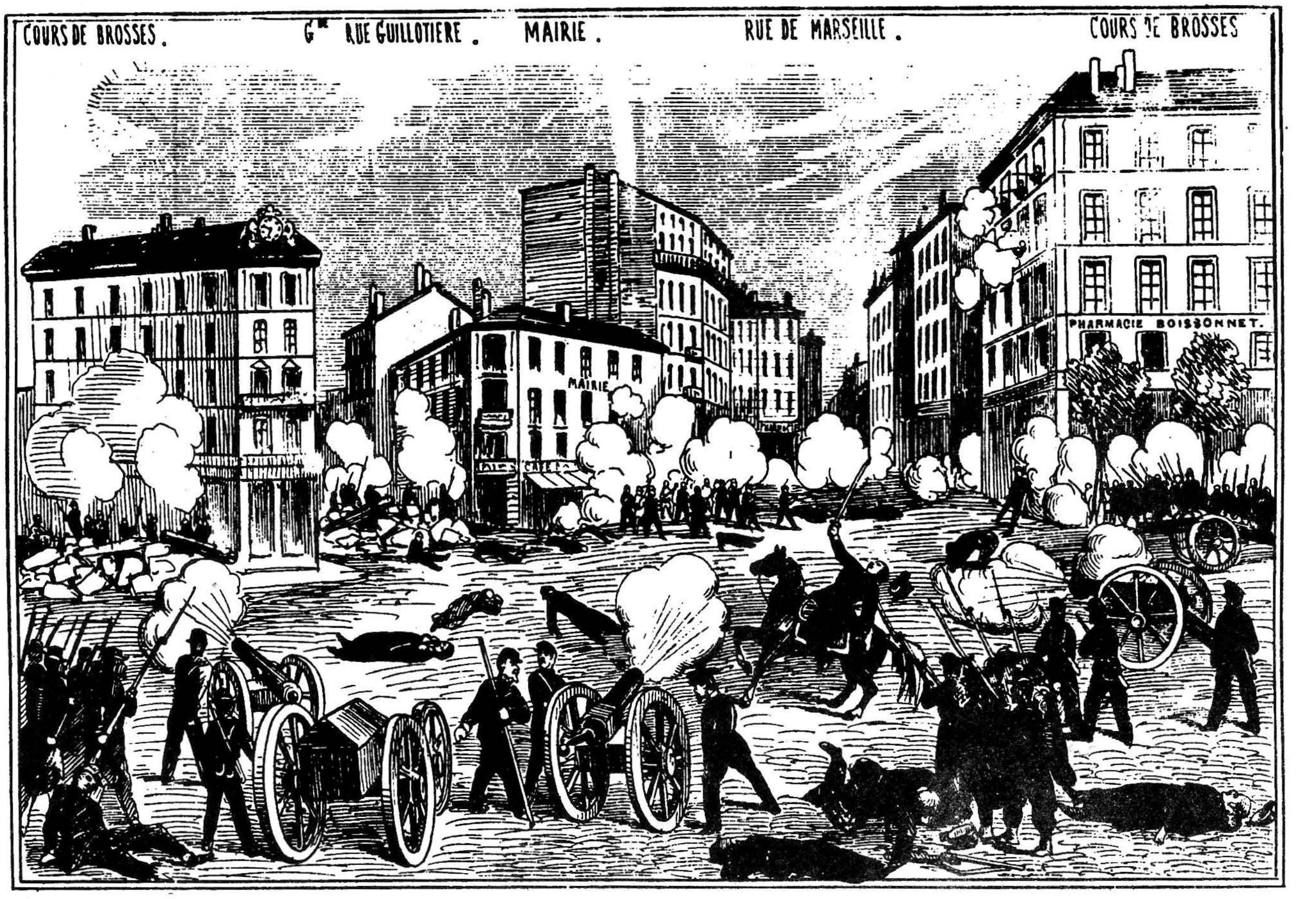
Rusia

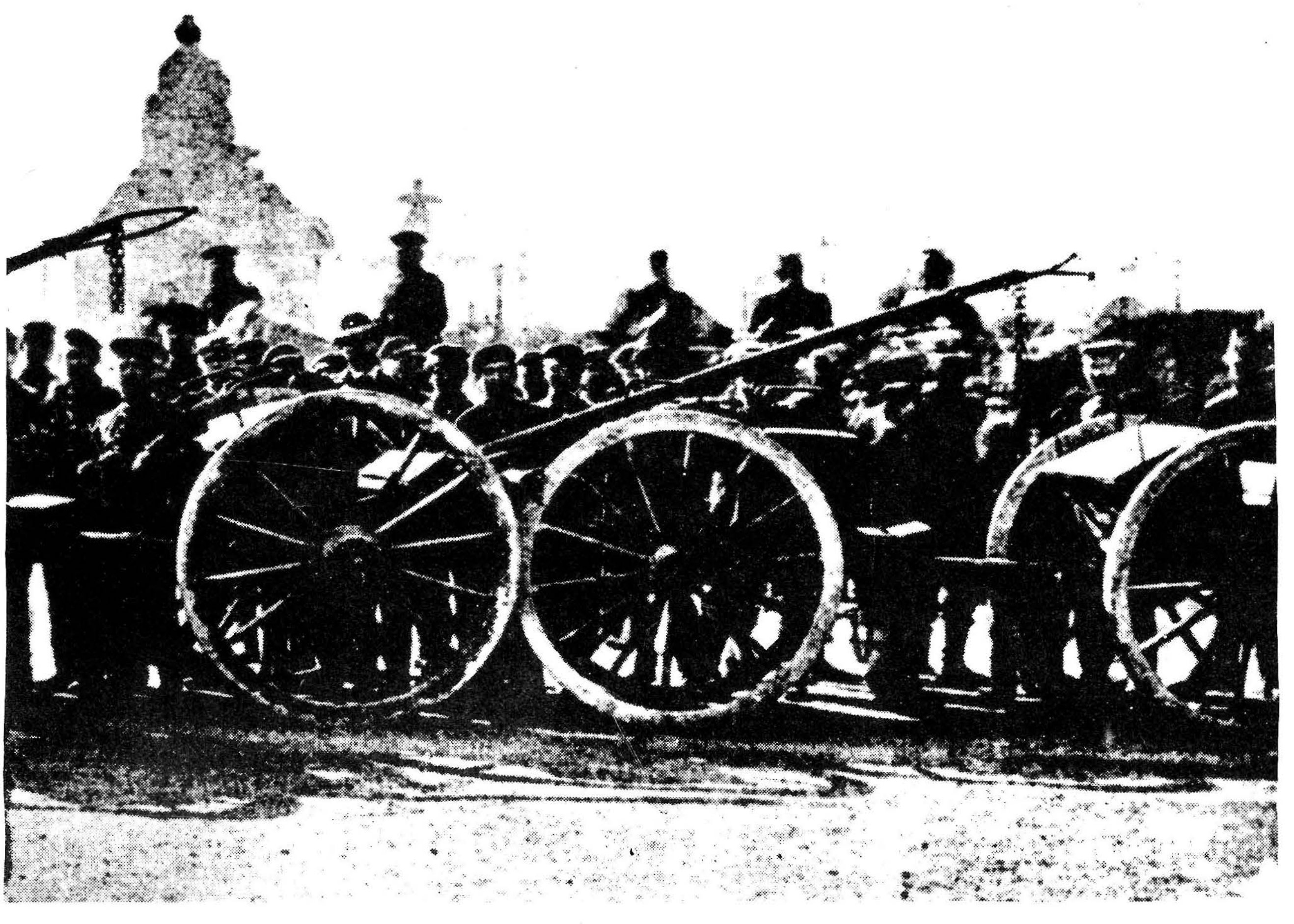
En el imperio de los zares, Alejandro II (1855-1881) debió realizar, a raíz de la derrota en la guerra de Crimea (1854-1856), algunas reformas internas para contener la creciente oposición y el descontento. En 1861 se decretó la liberación de los siervos. Pero esta ley no se puso en práctica como correspondía y la servidumbre continuó manteniéndose de hecho.

Se produjeron entonces muchos levantamientos, especialmente entre los grupos campesinos, y se crearon diversas organizaciones revolucionarias. Una de ellas fue la responsable del asesinato del zar en 1881. Este fue sucedido en el trono por Alejandro III, hasta 1894, y luego por Nicolás II, quien reinó hasta 1917, año en el cual el proceso revolucionario barrió con toda la estructura imperial.

La agitación revolucionaria desembocaría en la revolución de 1905. Es durante ésta que se instaura el primer sóviet en Rusia. Su corta duración, a raíz




COURS DE BROSSES.
Gde RUE GUILLOTIERE.
MAIRIE.
RUE DE MARSEILLE.
COURS DE BROSSES
MAIRIE
PHARMACIE BOISSONNET.



de la derrota de la insurrección, no impidió que quedara como una experiencia sumamente importante en la medida en que era un organismo que se presentaba como una alternativa frente al poder de la autocracia. Este primer sóviet de Petrogrado (Leningrado) fue presidido por Trotski y se inspiró como organización en la Comuna de París de 1871.

Turquía

En Turquía se produjeron hechos importantes. La decadencia del imperio otomano era ya evidente cuando el Sultán, en 1881, puso el tesoro público del estado bajo la administración y control de una comisión de banqueros extranjeros. Inglaterra, Alemania y Francia se repartieron los beneficios a costa del pueblo turco.

La débil política del Sultán sufrió otro revés cuando Inglaterra ocupó Egipto, en 1882, instalando allí un protectorado. Egipto, aunque estaba gobernado por un rey independiente, era nominalmente parte del imperio otomano. Los turcos poco pudieron hacer. Inglaterra se aseguró, por su parte, el abastecimiento para su industria, al mismo tiempo que ponía en práctica el nuevo imperialismo financiero.

Todos estos hechos provocaron reacciones nacionalistas, que desembocaron en el movimiento conocido como el de los Jóvenes Turcos. Kiamil, gran visir hasta 1896, había abogado por reformas constitucionales y liberales, pero sus propuestas no fueron aprobadas y fue relevado de su cargo ese mismo año. Luego se producen conspiraciones liberales. En 1908 un grupo dio un golpe de estado. Se impuso al Sultán el respeto de la Constitución, pero de hecho los Jóvenes Turcos, organizados en el Comité de Unión y Progreso, gobernaron como una dictadura militar entre 1909 y 1911. Su choque con los intereses imperialistas en la zona oriental del Mediterráneo nutrió un movimiento nacionalista que se constituiría en una de las claves de la historia moderna de Turquía. A pesar de los progresos, el mundo capitalista enfila hacia la crisis. La composición del capital varía radicalmente en la segunda mitad del siglo XIX, a causa de las nuevas transformaciones tecnológicas. La crisis de 1873 y la depresión posterior empezarán a ser superadas sólo en 1880. El proceso de recuperación se completa en la década del 90. La caída de precios y las crisis financieras y bancarias de esos años ayudan a la incorporación de las nuevas técnicas ya que se trata de aumentar la productividad a costa de una menor ocupación de mano de obra. La crisis económica es también crisis social. De ahí el auge de las organizaciones obreras, que entablan, autónomamente, la lucha reivindicativa. La política imperialista de inversión de capitales en los países dependientes trae como consecuencia el enfrentamiento entre las grandes potencias. Una nueva crisis, que se produce cuando el reparto colonial ha sido realizado y delimitadas las áreas de influencia de las grandes potencias, lleva a estas a dirimir la hegemonía mediante la guerra, que estalla en 1914.

Nuevas condiciones de vida y de trabajo

El primer impacto del industrialismo, a comienzos del siglo XIX, había sido el aumento demográfico. A partir de 1860 se produce un proceso similar. Junto con el crecimiento demográfico se acelera el proceso de concentración urbana y la ciudad se convierte definitivamente en el centro neurálgico de la vida nacional. En el curso de un siglo la población se triplica en Inglaterra y se duplica en Alemania y en Francia. Y esta población que crece se concentra en las ciudades: en 1840 sólo dos ciudades europeas superan los 100.000 habitantes; en 1910 son 48 las ciu-

Dos aspectos de la guerra franco-prusiana. Arriba: cuando Thiers —primer ministro de Francia— se rindió en enero de 1871, la ciudad de Lyon se negó a la humillación y se rebeló contra Thiers. Este utilizó contra sus compatriotas la energía que no supo usar contra los ejércitos prusianos sofocando el intento lyonés con suma crueldad.

Abajo: las calles de París en diciembre de 1870; todavía quedaban esperanzas en la lucha contra Prusia.

Mujeres, obreros y soldados en las barricadas. "Los proletarios de París, ante el fracaso y la traición de la clase gobernante, comprenden que ha llegado para ellos la hora de salvar la situación haciéndose cargo de la dirección del poder público." Declaración de la Comuna de París, marzo de 1871.

dades que superan esa cifra. En Inglaterra, a mediados del siglo XIX ya la población urbana es mayor que su población rural y, en 1901, sólo el 20 % de la población se dedica a tareas rurales.

En París, entre 1860 y 1880, se duplica la cantidad de obreros y disminuye la cantidad de fábricas. Esto muestra la concentración que se va produciendo con el nacimiento de los trusts. En esos años ya se han organizado en Francia unos 135 sindicatos. Más tarde aparecen las Federaciones de sindicatos como organizaciones nacionales, y el proceso culmina, en 1902, con la creación de la Confederación General del Trabajo (CGT).

En Inglaterra, las *trade unions* se organizan a partir de la década del 1850. Representan lo que se denomina "el viejo sindicalismo", el cual agremiaba a obreros especializados y por ramas de oficio. Pero a su lado, y a partir de 1890, comienzan a aparecer sindicatos nuevos, que agrupan, sin discriminación, a todos los obreros de una fábrica. Al sindicalismo por oficio se se une el sindicalismo por industria. Una de las reivindicaciones que aparecerán como consecuencia de este último es la necesidad de imponer a las patronales convenios colectivos de trabajo.

En 1903 el Congreso de las *trade unions* reúne 165 uniones (o sindicatos) y decide intervenir en la lucha política. En 1906 se funda el Partido Laborista, en el que las *trade unions* desempeñan un papel preponderante, situación que en la actualidad aún se mantiene.

Durante esta etapa se produce en el campo una cierta democratización de la propiedad, especialmente en Francia, donde aumentaban los pequeños propietarios. Junto con esto aparece el obrero rural, el cual trabaja la tierra por cuenta de un empresario que le abona un salario, como sucede con sus compañeros de la ciudad. En Estados Unidos la nueva situación producirá la nueva mecanización de sus tareas agrarias: arados, tractores, electricidad transforman el campo.

Las transformaciones de la industria, la necesidad de obreros especializados, las nuevas condiciones sociales e históricas tienen como consecuencia el aumento de los salarios y el mejoramiento de las condiciones de vida de los obreros. Estos, por su parte, al desarrollar sus organizaciones realizan en mejores condiciones sus luchas reivindicativas. La actividad económica crece. La competencia entre las grandes potencias hace que ninguna de estas pueda quedarse atrás, con lo que se emprende el camino que conducirá a la Primera Guerra Mundial. Es una etapa en que la producción deja definitivamente de realizarse para un mercado restringido. Se desarrolla un nuevo fenómeno: una producción masiva (que debe por sus propias características sacrificar la calidad) para un mercado masivo.

La Primera Internacional

En 1862, con motivo de la Exposición Universal realizada en Londres y a la cual concurre una delegación oficial de obreros franceses, se restablecen los contactos entre los obreros de diversos países europeos. Es entonces cuando surge la idea de crear una organización internacional, idea en la que se ponen a trabajar tanto los viejos como los nuevos representantes del proletariado. En 1863 los obreros ingleses y franceses se ponen de acuerdo para apoyar a los revolucionarios polacos que luchan contra el absolutismo. Un año después, el 28 de setiembre de 1864, se realiza una reunión en Londres en la que se constituye la Asociación Internacional de Trabajadores (A.I.T.).

Los obreros no tienen todavía partidos políticos constituidos orgánicamente. En la Internacional confluyen tanto los dirigentes sindicales como las persona-



El papel de la Primera Internacional

La policía burguesa se figura que la Asociación Internacional de los Trabajadores es una especie de conspiración secreta cuyo cuerpo central ordena, de tiempo en tiempo, explosiones en diferentes países. Nuestra Asociación no es en realidad más que la unión internacional de los trabajadores más adelantados de las diferentes comarcas del mundo civilizado. Como en todas partes, en cualquier forma y bajo cualquier condición, la lucha de clases va tomando cada día más y más incremento; es muy natural que los miembros de nuestra Asociación se encuentren en primera línea. El terreno en que esta lucha se desarrolla es la misma sociedad moderna, y no puede ser sofocada por una carnicería. Para sofocarla sería preciso que los gobiernos sofocaran el despotismo del capital sobre el trabajo, condición esencial de su vida parásita.

Los trabajadores de París, con su Comuna, serán siempre considerados como los gloriosos precursores de una nueva sociedad. La memoria de sus mártires será cuidadosamente conservada en el gran corazón de la clase trabajadora. La Historia ha clavado ya a sus exterminadores en esta eterna picota, de la que no conseguirán arrancarlos todas las oraciones de sus sacerdotes.

C. Marx, *La Comuna de París* (La guerra civil en Francia), fragmento del Manifiesto de la Primera Internacional del 30 de mayo de 1871.

Resolución sobre táctica socialista de la Segunda Internacional

"En un estado democrático moderno la conquista del poder político por el proletariado no puede ser el resultado de un golpe de mano sino de un largo y penoso trabajo de organización proletaria en el terreno económico y político, de la regeneración física y moral de la clase obrera y de la conquista gradual de las municipalidades y de las asambleas legislativas.
Pero en los países en los que el poder gubernamental es centralizado, el poder no puede ser conquistado fragmentariamente.
La entrada de un socialista aislado en un gobierno burgués no puede ser considerada como el comienzo normal de la conquista política, sino solamente como un expediente forzado, transitorio y excepcional. Si, en un caso particular, la situación política hace necesaria esta experiencia peligrosa, se trataría de una cuestión de táctica y no de principio. El congreso internacional no está forzado a pronunciarse sobre este punto; pero, en todo caso, la entrada de un socialista en un gobierno burgués no permite que se esperen buenos resultados para el proletariado militante, a no ser que el Partido Socialista, en su gran mayoría apruebe un acto semejante y que el ministro socialista siga siendo el mandatario de su partido.
Por el contrario, en caso de que ese ministro se torne independiente de ese partido, o no represente más que una porción del mismo, su intervención en un ministerio burgués amenaza con conducir a la desorganización y a la confusión al proletariado militante; amenaza con debilitarlo en lugar de fortificarlo, y con obstaculizar la conquista proletaria de los poderes públicos en lugar de favorecerla."

La enmienda Plejánov

"En todo caso, el congreso es de opinión que, aún en esos casos extremos, un socialista debe abandonar el ministerio cuando el partido organizado reconoce que este último da pruebas evidentes de parcialidad en la lucha entre el capital y el trabajo."

Tomado de Patricia van der Esch, *Le Deuxième Internationale (1889-1923).*

lidades políticas que se definen por el socialismo en cualquiera de sus variantes, de la línea de Marx al anarquismo de Proudhon o Bakunin. Marx será el encargado de redactar el Manifiesto Inaugural, dirigido a la clase obrera. El intento de sintetizar el pensamiento socialista de la época es encabezado por un enunciado que se transformaría en consigna fundamental en las luchas obreras posteriores: "la emancipación de la clase obrera debe ser obra de los mismos trabajadores".
Pronto se definen dos líneas dentro de la organización: la marxista, que defiende la concepción de la lucha de clases y la participación del proletariado en la política, y la anarquista, la de los seguidores de Proudhon y Bakunin, que rechaza la lucha política. Esta última línea tiene mayor peso entre los delegados franceses y españoles. En el caso de España, su influencia es tan grande que el rompimiento con la Internacional de la Federación Anarquista Ibérica (FAI) y de su organización sindical, la C.N.T., provoca la disolución de aquélla en 1876. Pero, en realidad, lo que produjo la quiebra de la Internacional fue la derrota de la Comuna de París, en 1871, insurrección en la cual los internacionalistas habían tenido papel fundamental. La disolución de la Primera Internacional no significó sin embargo un retroceso del movimiento obrero. Por el contrario, comienzan a aparecer las organizaciones de masas, nuevos sindicatos, nuevos partidos políticos obreros. En ellos encontrará su razón de ser la nueva Internacional, la Segunda, que se concreta en el Congreso realizado en 1889. En este caso son delegaciones formalmente constituidas por organizaciones las que apoyan la Internacional. Su carácter socialista define una posición clara respecto de los anarquistas, que quedan entonces al margen de la misma y que actuarían, a partir de allí, como grupos más o menos aislados. La concepción internacionalista queda en manos de los

marxistas. Pero pronto se produce un nuevo conflicto ideológico entre los que apoyan los métodos pacíficos y reformistas y los que creen en la vía revolucionaria como único medio para cambiar las estructuras de la sociedad capitalista.

La Comuna de París

La derrota de Francia en la guerra iniciada en 1870 con Prusia lleva a la capitulación de París el 28 de enero de 1871. El pueblo se arma. La Guardia Nacional dirigida por un Comité Central funciona de hecho como poder. El 18 de marzo declara: "Los proletarios de París ante el fracaso y la traición de las clases gobernantes comprenden que ha llegado para ellos la hora de salvar la situación, haciéndose cargo de la dirección del poder público". Ocho días después se proclama la Comuna. Al gobierno, que es electo por sufragio universal, se envían representantes de cada distrito que ejercen funciones ejecutivas y legislativas. Inmediatamente la Comuna comienza a actuar como gobierno, y lo hace afectando puntos neurálgicos del poder de la burguesía. Se suprime el ejército permanente y la Guardia Nacional se transforma en milicia popular. Todos los ciudadanos deben integrarse a ella. El armamento del pueblo es la garantía del poder. Los empleados de la Comuna, sus funcionarios y todos sus miembros no sólo son electos por sus representantes, sino que pueden ser removidos en cualquier momento por sus electores. Sus sueldos no pueden ser mayores que los que gana un obrero de París.

Así como la acción de la Comuna en el plano político-social es dinámica, profunda y revolucionaria, en el nivel económico sus limitaciones se ponen de manifiesto. Sus hombres no están preparados para romper a fondo con las estructuras del régimen burgués. Se registran las fábricas y se elaboran planes de producción. Se proclama el apoyo a la organización cooperativa de los obreros. Se propone la formación de Comunas en toda Francia para luego formar una Federación de Comunas que planifique nacionalmente la actividad que por el momento se realiza a nivel local. Se suprime el Banco de Empeños y se legisla sobre las condiciones de trabajo de diversos rubros. Se nacionalizan los bienes eclesiásticos y se concreta la separación de la Iglesia y el poder político. No obstante, se avanza en forma moderada. El Banco de Francia, que tenía una fortuna en reservas, no fue tocado, a pesar de la escasez de metálico que padecían los comuneros. En eso les iba su propia existencia, pero hasta último momento, paradójicamente, negociaron y pidieron dinero a los mismos banqueros que conspiraban con Thiers, quien desde Versalles organizaba la represión.

En abril Thiers lanzó sus ejércitos, engrosados por los prisioneros que Prusia liberó para que lucharan contra la Comuna. El 4 de mayo comenzaron a ceder las defensas de los comuneros. A medida que entra en París el ejército los vencidos comienzan a ser fusilados por centenares. "La bien llamada 'Semana Sangrienta' —dice Georges Bourgin—, del 21 al 28 de mayo, constituye el último episodio de la guerra civil. Pueden distinguirse en ella, más o menos, una batalla callejera librada por algunos millares de federados, que combatían en puntos poco alejados entre sí de la capital y que luego fueron aglutinados, a partir del 25, contra las fuerzas del orden, que contaban con más de ciento veinte mil hombres; luego, el aplastamiento, por estas fuerzas, de los rebeldes, quienes se atrincheraron detrás de las barricadas y fueron muertos en ellas o perecieron bajo las balas de los pelotones de ejecución de represores espontáneos."

El ejército del orden burgués perdió 877 hombres en la lucha.

"...nada puede ser más suicida para las colonias que separarse de las fuerzas protectoras de la madre patria..." Discurso de Joseph Chamberlain, ministro inglés, en la Conferencia Colonial de 1897.

Chamberlain define la política colonial británica en la conferencia colonial de 1897

Observen las condiciones de las Colonias. Imaginen —a pesar de que estoy casi avergonzado de imaginarlo aún para el propósito de un argumento—, *imaginen* que estas colonias fueran separadas de la madre patria. ¿Cuál sería la posición del Gran Dominio del Canadá? El Dominio del Canadá está bordeado a lo largo de 3.000 millas por un poderoso vecino cuyas potencialidades son infinitamente más grandes que sus recursos actuales. Entra en conflicto con respecto a los más importantes intereses con el creciente poder del Japón, y aún en lo que respecta a algunos de sus intereses con el gran Imperio de Rusia. Ahora bien, que no se suponga por un momento que yo sugiero como probable —difícilmente me gustaría pensar que fuera incluso posible— que hubiera una guerra entre Canadá, o en nombre de Canadá, ya sea con los Estados Unidos o con algunas de las otras potencias con las cuales puede entrar en contacto; pero lo que pienso es que si Canadá no tiene detrás de ella hoy, y no sigue teniendo detrás de ella este gran poder militar y naval de Gran Bretaña, deberá hacer concesiones a sus vecinos y aceptar condiciones que podrían serle extremadamente desagradables en lo que respecta a estar en buenos términos con ellos en forma permanente. No podría, sería imposible para ella, controlar todos los detalles de su propio destino. Sería en mayor o menor grado, a pesar del valor de sus habitantes y del patriotismo de su pueblo, un país dependiente.

Observen otra vez a Australia. No necesito detenerme en el asunto por más tiempo, pero encontramos la misma situación. Los intereses de Australia ya han amenazado en más de una ocasión entrar en conflicto con una de las dos grandes naciones militares del continente y naciones militares, permítaseme agregar, que también poseen una de ellas en especial, una enorme flota. Pueden también surgir dificultades con las naciones orientales, con Japón, o aún con China, y en esas circunstancias las colonias de Australasia están exactamente en la misma posición que el Dominio del Canadá.

En Sud Africa, además de las ambiciones de los países extranjeros, a las que no necesito aludir, nuestras Colonias tienen rivales domésticos que están fuertemente armados, preparados tanto para la ofensiva como para la defensa; y digo otra vez, *nada puede ser más suicida o más fatal para alguno de estos grandes grupos de colonias que separarse en este momento de las fuerzas protectoras de la madre patria o descuidarse de participar en estos recursos protectores.*

Entonces lo que deseo es urgirles a ver, y pienso que estoy hablando a los que opinan como yo, que *tenemos un interés común* en este asunto y ha sido un orgullo que Australia en primera instancia, ofreciera voluntariamente una contribución a beneficio de la Marina Británica, además de su participación en sus propias defensas militares. Debemos reconocer también que la Colonia del Cabo ha seguido en este rumbo patriótico. No sé en qué condiciones pueden ofrecerse o continuarse estos donativos, pero, en todo caso, el espíritu con el cual han sido hechos es muy cordialmente correspondido en este país. El monto, claro está, es en este momento absolutamente insignificante, pero este no es el caso. *Estamos mirando a las Colonias aún como a niños, pero que se aproximan rápidamente a la madurez.* Probablemente en el curso de la vida, de alguno de nosotros, veremos duplicada la población y ciertamente en el curso de la vida de nuestros descendientes habrá grandes naciones donde ahora hay comparativamente escasa población; y el establecer desde el comienzo este principio de mutuo apoyo y de un verdadero patriotismo imperial es algo de lo que nuestros hombres de estado coloniales pueden estar bien orgullosos.

Tomado de Joseph Chamberlain, *Selected speeches and documents on colonial policy (1763-1917).*





Un episodio de la guerra de Inglaterra contra los colonos boers. El período comprendido entre 1895 y 1914 marcó el punto culminante de la expansión inglesa en los países periféricos.

El carnet de un miembro de la A.I.T. y la alegoría de la parte inferior de la página atestiguan la politización de la clase obrera. La disolución de la Primera Internacional fue un fuerte golpe para el proletariado pero permitió la formación de nuevos partidos políticos, de nuevos sindicatos y nuevas formas organizativas.

Los muertos de la Comuna sumaron millares y durante la "Semana Sangrienta" se efectuaron 26.000 arrestos. Los prisioneros fueron fusilados o deportados a las colonias, donde la mayoría murió.

Reprimida la insurrección, Thiers afirmaba: "Ahora el socialismo se ha acabado por mucho tiempo". Sin embargo, a pesar de los cien mil muertos, en su gran mayoría pertenecientes al proletariado francés; a pesar de la muerte o la prisión de dirigentes obreros como Varlin, Delescluze y la admirable Louise Michel, todos dirigentes de la Internacional que lucharon a la cabeza de la insurrección de la Comuna, el movimiento obrero volvería a estructurarse y a seguir avanzando en un proceso cuya próxima etapa sería la que culmina con la revolución de octubre de 1917. "La causa de la Comuna —afirmó Lenin— es la de la revolución social, la de la emancipación integral, política y económica de los trabajadores, la del proletariado universal."

Imperialismo: inversiones y colonias

"Iglesia libre, tierra libre, escuela libre y trabajo libre." La síntesis de Joseph Chamberlain, el adalid de la expansión imperialista inglesa, para quien la fuerza motora de la sociedad era la lucha de razas, señala una etapa del desarrollo capitalista en que el liberalismo alcanza su punto culminante. Epoca de optimismo burgués en que la propia dinámica del sistema hace surgir nuevas contradicciones históricas. La competencia entre los países capitalistas alcanza niveles inéditos a medida que la expansión se acentúa, se agota el reparto y se desarrolla el imperialismo financiero. La maduración misma del capitalismo europeo hace surgir diferencias internas en el propio contenido del capital. No es lo mismo el capital producto de la renta del suelo que el capital industrial. (En nuestra sociedad esto es evidente, pero no lo era así a fines del XIX.)

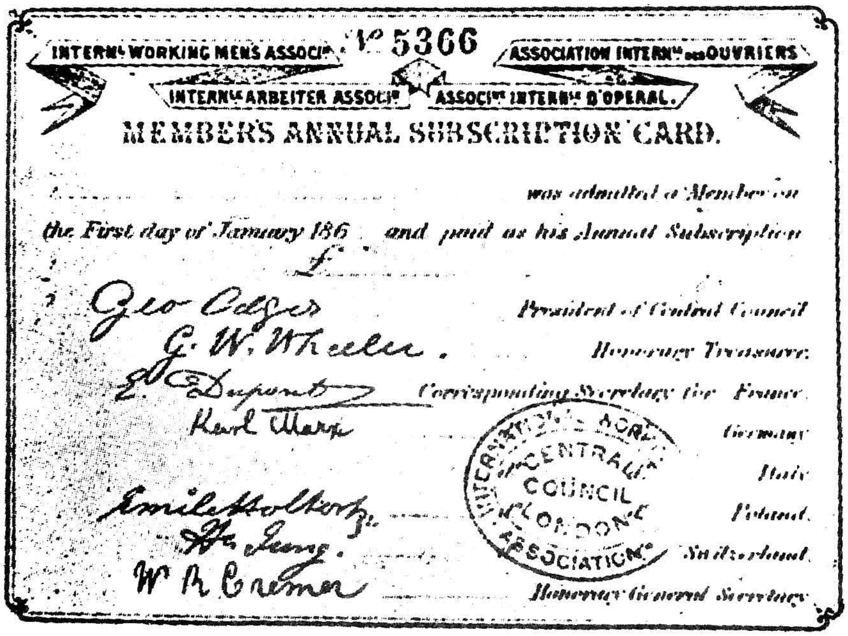
Tampoco es lo mismo el capital industrial que el bancario. El capital financiero, como combinación del capital bancario e industrial origina a su vez las grandes concentraciones de empresas. Su resultado: el surgimiento de los monopolios o de las corporaciones, como se las designa en los Estados Unidos.

Este capital financiero se expresa en acciones, valores, empréstitos y, en última instancia, en giros de capital. Con estas características va a buscar beneficios al exterior, debido a que se estrecha su margen de beneficio en las propias metrópolis imperialistas como consecuencia de la competencia capitalista y del ascenso del nivel de vida de las masas trabajadoras. Este fenómeno imperialista de inversión de capitales coincide, a fines del siglo XIX, con la nueva revolución industrial. Ambos procesos se unen. La consolidación de los monopolios produce una división del mercado y la reacción normal ante la crisis (especialmente a partir de 1873), que produce una tendencia hacia la disminución en la tasa de beneficio del capital, hace que esta nueva forma de imperialismo se caracterice por la exportación de capitales y no de mercaderías. En las colonias y países semicoloniales, es decir, los países con independencia política formal pero dependientes desde el punto de vista económico, las condiciones son óptimas para este imperialismo: la baja composición del capital hace que una inversión mínima produzca grandes beneficios; hay una superpoblación susceptible de una máxima explotación, con lo que se pueden mantener bajos los salarios y con ello aumentar la cuota de plusvalía; existe una abundante materia prima que ya no hay que transportar desde la colonia a la metrópoli, sino que se manufactura en el mismo lugar, con lo cual se eliminan innumerables gastos

de transporte e intermediación. Esta exportación de capitales realiza una verdadera unificación mundial del mercado: "el mundo se achica". No se acortan las distancias, pero sí el tiempo para recorrerlas. El mundo se interrelaciona. Este proceso se hace a expensas de los países coloniales o semicoloniales, cuyo desarrollo es frenado o distorsionado por la situación dependiente.

A comienzos del siglo XX ya se había realizado el reparto del mundo entre las grandes potencias imperialistas. En 1870 Inglaterra es la potencia predominante; hacia 1900 ya han ingresado nuevos participantes. Los Estados Unidos, que han consolidado su unidad nacional luego de la guerra de secesión que terminó en 1865 y que dos años más tarde compran Alaska, anexan en 1898 Hawai y en 1899 Puerto Rico y las Filipinas, luego de la guerra con España, e intervienen en Cuba ese mismo año estableciendo en la isla una gobernación militar. Alemania, después de realizar su unificación nacional bajo la hegemonía de Bismarck, se proyecta hacia Africa y Oceanía, donde establece colonias. En 1883 se realiza una Conferencia Africana en Berlín para establecer las pautas de la organización imperial. Francia, que domina Argelia desde principios del siglo, ocupa Túnez en 1881, Marruecos en 1912, Madagascar en 1895 y la después llamada Africa Occidental Francesa en 1900, también consolida su dominio en Asia, donde realiza la unificación de Cochinchina con Annan y Tokio. En Africa el rey Leopoldo de Bélgica ocupa el Congo, que en 1908 pasa a ser propiedad personal de la corona. Con todo, Inglaterra no queda rezagada. En el último cuarto del siglo XIX triplica en Asia los territorios bajo su dominio y en Africa los multiplica nueve veces. Allí llega a tener bajo su dominio a 53 millones de africanos.

En 1853 la expedición del comodoro norteamericano Perry había "abierto" a cañonazos los


INTERN^L WORKING MENS ASSOC^N · No 5366 · ASSOCIATION INTERN^LE DES OUVRIERS

INTERN^LE ARBEITER ASSOC^N · ASSOCI^NE INTERN^LE D'OPERAI.

MEMBER'S ANNUAL SUBSCRIPTION CARD.

was admitted a Member on the First day of January 186 and paid as his Annual Subscription £

Geo Odger — President of Central Council

G. W. Wheeler — Honorary Treasurer

E. Dupont — Corresponding Secretary for France

Karl Marx — Germany

Italy

Emile Holtorp — Poland

H. Jung — Switzerland

W R Cremer — Honorary General Secretary

CENTRAL COUNCIL LONDON ASSOCIATION







puertos de Japón. Quince años después estalla en ese país una revolución, la revolución Meiji, que tiene como objeto dar paso a la influencia occidental. Importantes transformaciones se producen entonces en Japón, que obtiene dos importantes triunfos militares, sobre China y sobre Rusia, que consolidan su posición en el sudeste asiático. El estado fuerte Meiji, aunque actúe sobre un marco restringido y se apoye, en cierta medida, en formas precapitalistas de producción, es un equivalente del estado imperialista. A partir de ahí el Japón se desarrolla. En 1868 sólo el 1 % de sus exportaciones estaba constituido por artículos terminados; en 1900 esa cantidad se eleva al 30 % y el país tiene cerca de medio millón de obreros.

El impacto en el mundo dependiente

La nueva política imperialista pondrá en crisis el mundo colonial. Se disuelven países, se estructuran nuevas unidades políticas, se llevan a cabo guerras de conquistas y exterminios de población, se destruyen estructuras sociales tradicionales a cambio de formas sociales que no significan ningún adelanto. El dominio imperialista se articula sobre un único centro: aumentar la tasa de beneficio del capital que ahora se invierte y domesticar la mano de obra necesaria para los nuevos talleres. Se produce un desarrollo combinado que será característica fundamental en estos países: al lado de formas socioeconómicas atrasadas y arcaicas aparecen formas ultramodernas.

En los países dependientes se va formando una nueva oligarquía, aliada a los inversores extranjeros, a veces como representante directa del poder colonial; en otras ocasiones, como supuesta representante de una realidad social que sólo tiene la apariencia de una vida política independiente.

En Asia, China es derrotada después de la "guerra del opio", en 1842. Debe entonces ceder a los ingleses el puerto de Hong-Kong, con lo que éstos aseguran la entrada de opio a China a pesar de que el opio había sido prohibido en este país. Los diversos conflictos producidos en el territorio chino a causa de las disputas entre las potencias extranjeras por el dominio en él, provocan, ante la posibilidad de desmembramiento del imperio, diversas reacciones: la independencia formal, la insurrección de los boxers y, en 1912, la proclamación de la República por Sun Yat-sen.

En la India la reacción nacional comienza a partir de la insurrección de los cipayos (1857-1859), insurrección que sin embargo terminará consolidando el poder inglés.

Estados Unidos, por su parte, utiliza como base para su expansión imperialista a América Latina. Para ello recurrirá frecuentemente a las intervenciones militares, como sucede en Cuba, Panamá, Haití, Honduras, Nicaragua, etc.

El capital inglés y la técnica especializada de sus talleres inundaron el mundo. Si en 1850 los ingleses habían invertido en total unos 230 millones de libras esterlinas en el exterior, hacia 1876 el monto había ascendido a más de 1.200 millones de libras y para 1914 el total invertido en el exterior se estimaba en más de 4.000 millones.

La guerra del año 1914 hizo cambiar la fisonomía del mundo colonial al producir un nuevo ordenamiento. Las potencias triunfantes desplazarán a las vencidas. El poder se polariza al mismo tiempo que aumentaba, a partir de la guerra misma, la influencia de los Estados Unidos. En los países coloniales el costo social de la expansión imperialista alcanzó niveles catastróficos. Cada empresa fue levantada sobre la sangre de los oprimidos. En Brazzaville (Congo francés), en la construcción de 140 kilómetros de vías férreas murieron 17.000 trabajadores

Los conflictos surgidos entre las potencias colonizadoras del territorio chino provocaron una situación apta para las rebeliones nativas. La insurrección de los boxers en 1902 —de la cual se ven dos imágenes— precedió a la proclamación de la república, diez años más tarde. En la fotografía superior puede apreciarse la fuerza de la justicia británica: los cuerpos decapitados de los líderes boxers son abandonados en la vía pública.

Arriba: una manifestación a principios de siglo por la jornada laboral de ocho horas.

Abajo: las doctrinas socialistas y anarquistas tuvieron un gran auge en los primeros años del siglo XX. La portada del periódico argentino "La Protesta" recuerda al anarquista Kurt Wilckens.

africanos. En el otro Congo, el belga, murieron, entre 1900 y 1910, las dos terceras partes de la población autóctona. En el Ecuador la construcción del ferrocarril Guayaquil-Quito, en los Andes, cobró miles de víctimas. En Africa el ingreso por cabeza difería según el habitante fuera nativo o europeo: el africano percibía aproximadamente 6 libras esterlinas; el blanco, de 200 a 300 libras. A pesar de la inflación que se registró en la India, a partir del dominio británico, entre 1860 y 1900 los salarios no se modificaron.
Por otra parte, las metrópolis impusieron a las colonias un proteccionismo que favorecía los productos metropolitanos. En la India las telas inglesas sólo podían ser gravadas en la aduana en un 3,5 %, mientras que las telas indias sufrían en Inglaterra un gravamen del 20 %.

Bajo los dictados del imperialismo los países dominados debieron ajustarse a la especialización de una zona de la producción. Se generaliza entonces el monocultivo. Este a veces respondió a las características de la producción local, como en el caso de la minería extractiva (estaño de Bolivia o salitre chileno, petróleo de Venezuela o de Medio Oriente, etc.), pero, en otros casos, fue introducido a la fuerza: el café en Java, Brasil y Ceylán; el algodón en Egipto y Sudán; el azúcar en Cuba; el caucho en el sudeste asiático, etcétera.

Junto con esta división internacional de la producción el imperialismo desplazó masas de trabajadores para proveerse de mano de obra: africanos a las Antillas, tamiles a Ceylán, chinos a la Malasia e Indonesia, hindúes a Africa Oriental, etc. Con el desarrollo del monocultivo se produjo la liquidación de la actividad artesanal preexistente en las colonias sin que ella fuera sustituida por manufacturas, pues los productos terminados se traían de la metrópoli. En Argelia en 1850 existían 100.000 artesanos; en 1950, sólo 3.500.

El movimiento obrero en Estados Unidos

A partir de los primeros sindicatos que se organizan en el país surge en 1869 la primera central de trabajadores, los Caballeros del Trabajo. Sus objetivos declarados son desarrollar a la clase obrera a través de la educación, la cooperación y la organización. Pero a medida que va creciendo en número de afiliados sus declaraciones humanistas de tipo genérico son superadas en la práctica. Así, se pronuncia formalmente contra las huelgas, a las que califican de deplorables, pero sus afiliados hacen huelgas y la organización los apoya. Su crecimento fue veloz como lo fue su derrumbe. Su momento culminante es el año 1886.

La organización reunía para entonces 700.000 afiliados y luchaba por la jornada de 8 horas. Su fuerza estaba construida por las bases de obreros no calificados. Además, Los Caballeros era una entidad en parte sindical y en parte política pues aceptaba la afiliación de quien quisiera hacerlo. Intelectuales, sectores de clase media, figuran en sus filas. En 1886 reunía 1.088 sindicatos y 1.279 asambleas mixtas.

En la lucha por las ocho horas de trabajo, que pasaría a ser una reivindicación internacional del proletariado, tuvo fundamental importancia una huelga realizada en Chicago en 1886. Se produjo entonces un atentado terrorista del que fue acusado un grupo de anarquistas. La represión fue brutal: siete dirigentes fueron condenados a muerte sin haberse comprobado nunca su participación en el atentado. El drama de "los mártires de Chicago" conmovió a la clase obrera en todo el mundo y se transformó en uno de los momentos claves de su larga lucha.

A partir de entonces se generalizó la lucha por las ocho ho-



AÑO III — BUENOS AIRES, 16 DE JUNIO DE 1924 — No. 126

LA PROTESTA

PRECIO: 20 cts. — SUPLEMENTO SEMANAL — PORTE PAGO

U. Telefónica 0 478 — B. Orden — Redacción y Administ.: PERU 1537 — Valores y giros a A. Barrera

1923 - 16 de Junio - 1924

Kurt G. Wilckens

EL CASO WILCKENS

Recogiendo la iniciativa de un compañero que conoció de cerca a Kurt Wilckens y supo apreciar sus prendas morales, la bondad de su carácter y la exquisita sensibilidad de su espíritu, hemos decidido dedicar este número del Suplemento de LA PROTESTA al inolvidable vengador y mártir. No existe de parte

gos, interpreta un anhelo colectivo y realiza una reparación deseada por las víctimas de todos los excesos que las leyes toleran y los jueces amparan.

La tragedia patagónica mantenía abierta la herida en el corazón del proletariado. Se había rendido al capitalismo un bárbaro holocausto de sangre. Más de 1.500 trabajadores, reos del delito de ser hombres y tener conciencia de su misión de creadores de todo el patrimonio social,

escena asumiendo las funciones de vengador. Y si el acto de ese hombre pudo sobrecoger de espanto a los cómplices del crímen impune y mover la pluma de los que viven en la odiosa concupiscencia del poder y se nutren en los sangrientos festines del capitalismo, la voz de la conciencia popular acalló los interesados reproches y dió su veredicto al gesto justiciero de Kurt Wilckens.

Sólo una ruin venganza podía dar satisfacción a los enemigos del pue-

instintos, fué el ejecutor dei plan trazado por los pregoneros de la reacción. Y Kurt Wilckens, el hombre que supo hacer frente a todas las contingencias de su gesto y sacrificó su libertad y su vida en un generoso desprendimiento de lo que le era más querido, fué asesinado en su celda, mientras dormía, por el monstruo que gestó la más odiosa concupiscencia.

Esa humilde tragedia está relatada en este número del SUPLEMENTO, que es de recordación de los

Del alegato de Louise Michel, miembro de la comuna

Apóstrofe final del alegato que dirige al coronel Delaporte, presidente del VI consejo de guerra, que juzga a los miembros de la Comuna.
"Pertenezco por completo a la revolución social [...]. Lo que exijo de vosotros que os afirmáis Consejo de guerra, que os erigís en mis jueces, que no os ocultáis como la Comisión de las Gracias [...] es el campo de Satory, donde ya han caído nuestros hermanos.
"Es preciso apartarme de la sociedad; se os dice que lo hagáis; ¡y bien! el comisario de la República tiene razón. ¡Ya que parece que todo corazón que late por la libertad no tiene derecho más que a un poco de plomo, yo reclamo mi parte también! Si me dejáis vivir, no cesaré de exigir venganza a gritos y denunciaré, incitando a la venganza de mis hermanos, a los asesinos de la Comisión de las Gracias."

Gazette des Tribunaux (Gaceta de los Tribunales), 17 de diciembre de 1871.
Tomado de Louise Michel, *La Commune. Histoire et souvenirs.*

Asesinato de los comuneros de París

Los días pasaron. La Comuna había muerto hacía tiempo. Habíamos oído el último cañonazo de su agonía el domingo 28. Habíamos visto llegar un convoy de mujeres y de niños que se mandó de vuelta a Versalles, puesto que Satory estaba demasiado lleno, salvo a algunas de las mujeres, *las más culpables*, a las que dejaron con nosotros. Eran las cantineras de la Comuna.
Es imposible imaginar nada más horrible que las noches de Satory. Se podían entrever, por una ventana a través de la cual estaba prohibido mirar, bajo pena de muerte (pero no era cuestión de preocuparse) cosas como no se vieron jamás.

Bajo la lluvia intensa donde aparecían de tanto en tanto, a la luz de una linterna que se elevaba, los cuerpos acostados en el barro bajo formas de surcos o de olas inmóviles y se producía un movimiento en la espantosa extensión sobre la cual fluía el agua. Se oía el ruidito seco de los fusiles, se veían los fogonazos y las balas se desgranaban en el montón, mataban al azar.
Otras veces se llamaba por nombres, algunos hombres se levantaban y seguían una linterna que los precedía, los prisioneros llevando sobre la espalda la pala y la pica para hacer sus fosas, que ellos mismos cavaban, seguían luego a los soldados, al pelotón de ejecución.
El cortejo fúnebre pasaba, se oían las detonaciones, se había terminado por esa noche.

Testimonio de Louise Michel, detenida en la prisión hasta la sustanciación de su juicio.

ras y se aprueban movilizaciones que se concretan el 1º de mayo de ese año. Esa fecha, la del primer intento de los trabajadores norteamericanos de llevar a cabo una huelga general, es también una fecha clave en sus luchas. Su conmemoración se extenderá a casi todos los países del mundo, salvo los Estados Unidos, donde la burguesía no la reconoce y fija como Día del Trabajo un día arbitrario del mes de setiembre. Aún hoy la clase dominante norteamericana trata de acallar la impugnación de los mártires de Chicago.

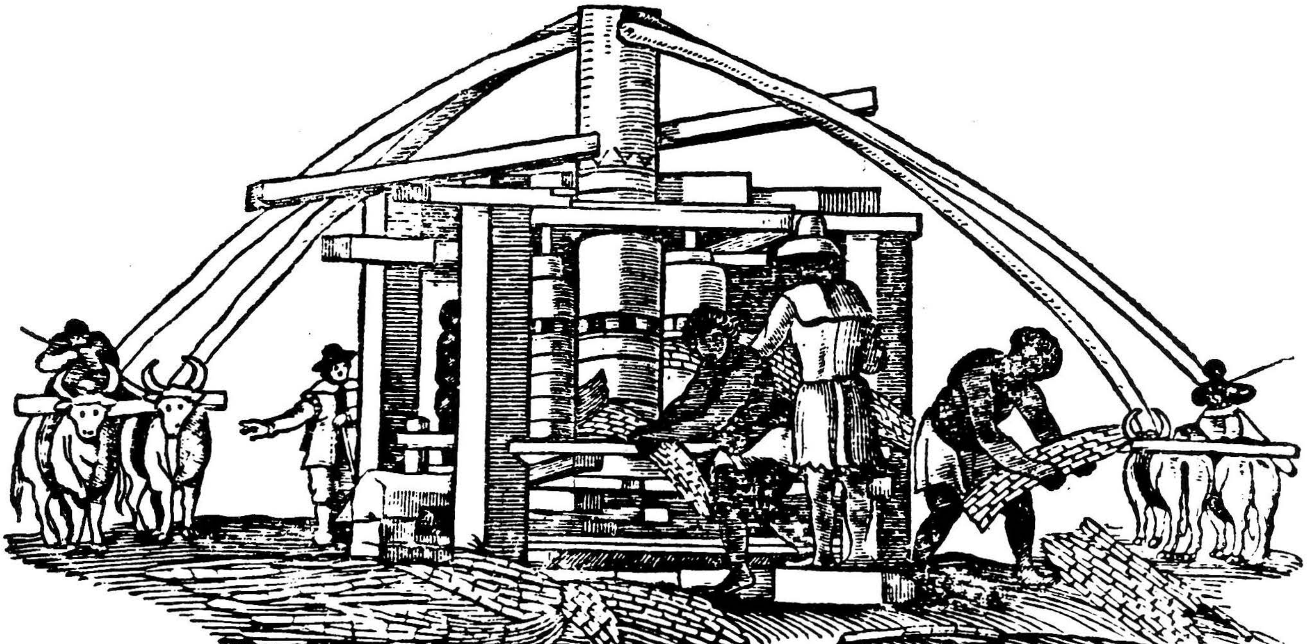
En 1890 se intentará por primera vez una celebración internacional del 1º de mayo, con características de jornada de lucha. Las ocho horas seguían siendo el centro reivindicativo.

En Argentina ese 1º de mayo produjo la primera concentración importante en Buenos Aires. La burguesía comienza entonces a preocuparse ante el incipiente movimiento obrero, constituido en ese entonces por unos pocos miles de operarios, muchos de los cuales eran inmigrantes socialistas o anarquistas provenientes de Europa.

En el mismo año, 1886, se funda la Federación Norteamericana del Trabajo (AFL), que hacia fin de siglo reúne unos 500.000 afiliados. La AFL era una organización que reunía sindicatos de oficio. Este tipo de sindicalismo "viejo" pronto se verá en competencia con el nuevo sindicalismo industrial que proponen los Industrial Workers of the World (Trabajadores Industriales del Mundo), a los cuales la afiliación de los no calificados les daba una poderosa fuerza social. Esta organización surgió en 1905 y su vida fue importante y corta, pues desapareció con la Primera Guerra Mundial. En cambio, la burocratizada AFL siguió existiendo y en el curso de la guerra mundial firmó con la burguesía de los monopolios de Wall Street un pacto de "unión sagrada" que puso a la clase obrera norteamericana en condiciones de dependencia con respecto a los intereses de los ca-



Arriba: la huelga de Cananea, desarrollada por los mineros mexicanos en 1905, en lucha contra el régimen dictatorial de Porfirio Díaz. En la ilustración inferior: durante el siglo pasado se mantuvieron aún vigentes en América Latina los tradiciones artesanales. El grabado presenta un trapiche primitivo, en uso en Cuba hacia 1810.



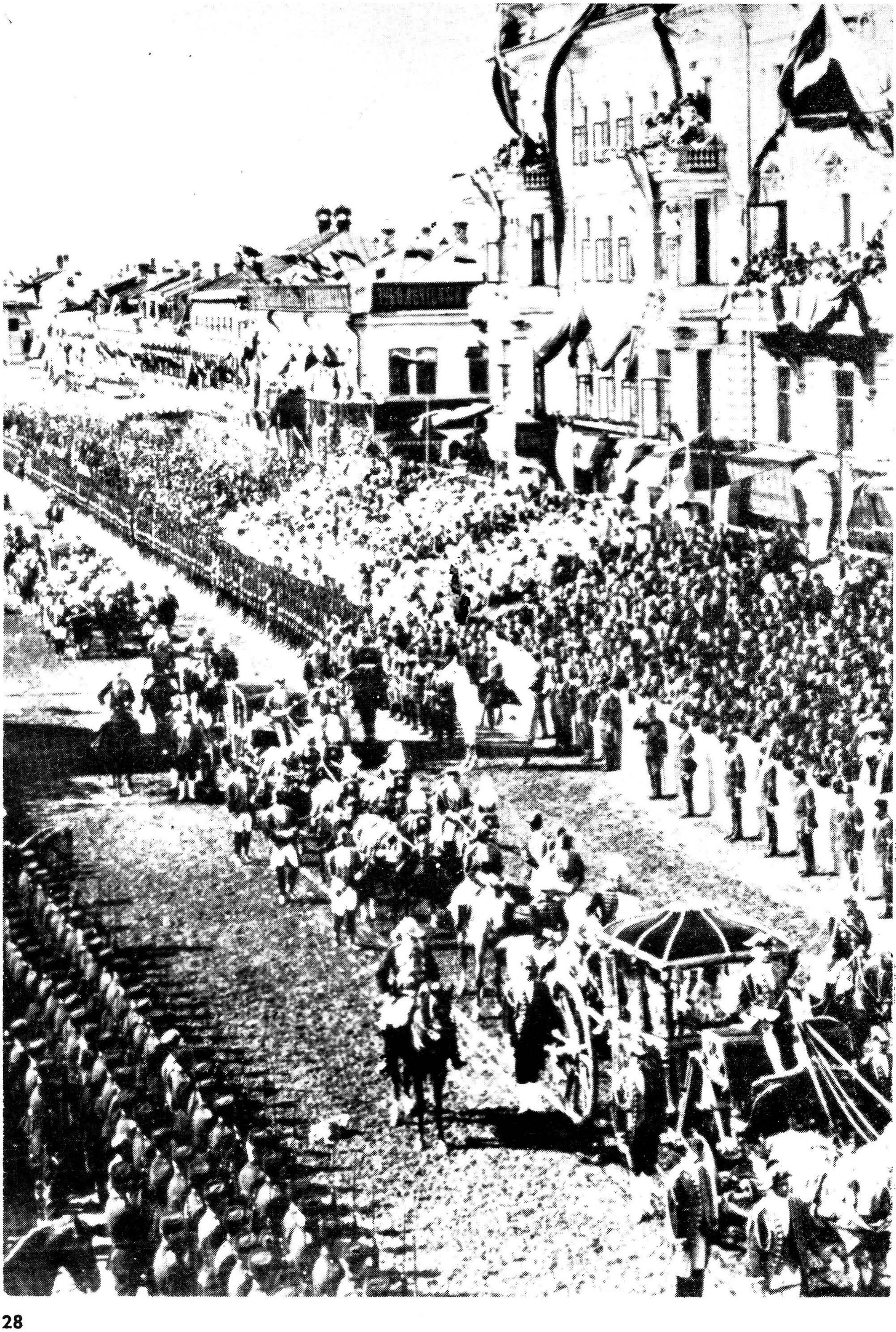
Louise Michel, miembro de la Comuna, alude a los fusilamientos de obreros: "Se llamaba por nombres, algunos hombres se levantaban. Llevaban sobre la espalda la pala y la pica para hacer sus fosas, que ellos mismos cavaban; les seguían luego los soldados, el pelotón de ejecución".

pitalistas de ese país.
Bill Haywood, uno de los más destacados sindicalistas de los IWW, dijo en la AFL: "Recordad que hay 35 millones de obreros en los Estados Unidos que no pueden unirse a la AFL. Esta no es una organización de la clase obrera. Es simplemente una combinación de monopolios de empleo. La afirmación alude al hecho de que, al mantenerse la AFL como sindicatos de oficio, la burguesía llegó a acuerdos por los cuales los contratos de obreros en las fábricas se hacían a través de los mismos sindicatos. Así, éstos se transformaron en el aparato que reglamentaba la mano de obra al servicio del capital. La AFL saboteó las huelgas de diversos sectores obreros, como sucedió con los ferroviarios en 1894, organizados y dirigidos en la lucha nacional por Eugenio Debs, y también los mineros y los textiles.
Paralelamente al surgimiento del sindicalismo revolucionario de los IWW surgió un Partido Socialista. Su candidato para la presidencia fue el dirigente sindical Eugenio Debs. En 1900 los socialistas obtuvieron cerca de cien mil votos; en 1904, 400.000, y en 1912, 900.000. Este fue el momento de mayor auge de los IWW. Pero la crisis social en los Estados Unidos habría de resolverse con la participación en la guerra mundial y, a partir de allí, se produjo un cambio fundamental en las relaciones entre el capital y el trabajo en el marco de un nuevo panorama político.

La clase obrera en América Latina

La tradición artesanal, anterior a la Independencia, se mantiene vigente en América Latina durante la primera mitad del siglo XIX. Esto hará que las primeras organizaciones gremiales surjan como sociedades de apoyo mutuo. Por otra parte, es importante destacar que, en todo el continente, predominan las actividades primarias.
En 1850, en Chile, un grupo de obreros intelectuales organiza una sociedad, La Igualdad. Sus inspiradores son Francisco Bilbao y Santiago Arcos. La Sociedad Tipográfica, de tipo mutualista, le sigue poco después. A ella pertenecen algunos patrones, pero tiene la importancia de ser la precursora del tipo de organizaciones que en Chile se denominarán "mancomunales". En una década se duplican. Después de 1880 se desarrolla en el norte de Chile la economía del salitre, que será, por varias décadas, la principal actividad económica del país. Ello produce importantes concentraciones de obreros. En 1890, a partir de la acción de los rancheros que transportaban el salitre a Iquique, se lleva a cabo la primera huelga general. El éxito corona el movimiento. Las empresas deben acceder a los reclamos, modestos por cierto, de que se pagaran los jornales en plata. Con todo, no faltaron la represión ni los signos de una situación realmente explosiva en el norte del país. Esta situación culminó con un movimiento que marcó una etapa de la historia del proletariado chileno. En 1907 se produjo la huelga de los obreros salitreros de Iquique, que culminó con la Comuna de Iquique. Los obreros se habían movilizado contra la desocupación y por reivindicaciones específicas de tipo sindical, como los aumentos de salarios, la reforma de las pulperías, la protección en el trabajo, etc. El movimiento terminó con la masacre de los obreros en la Plaza Santa María, donde se habían congregado con sus familias. Dos mil fue el número de muertos.
Esta derrota formará parte del avance cada vez más fuerte de los grupos obreros. Los pasos siguientes serán la fundación del Partido Socialista en 1912 y la formación de la Federación Obrera de Chile (FOCH), en 1919. Esta, junto a las reivindicaciones sindicales de la época, hace suyos los protocolos del





Manifiesto Comunista. En todo este proceso tendrá gran valor la acción de Luis Emilio Recabarren, uno de los precursores más importantes de la organización obrera y del pensamiento socialista en el continente.

En la Argentina aparecen también, a partir de mediados del siglo XIX, organizaciones del mismo tipo que agrupan a tipógrafos, ferroviarios, sastres, zapateros, etc. En 1890 se crea la Federación Obrera, que publica un periódico, *El Obrero.* En ese mismo año se forma un Comité Internacional Obrero y se resuelve festejar el 1º de mayo como fecha de lucha del proletariado mundial. Un año antes, un delegado de la Argentina había concurrido a la fundación de la Segunda Internacional. Este hecho no es extraño si tenemos en cuenta las características del proletariado en la Argentina, constituido por los miles de inmigrantes europeos llegados en esos años. Esos inmigrantes, formados en medio del ambiente socialista y anarquista de la Europa del fin de siglo, trajeron con ellos las ideas sociales. A principios de siglo hay en la Argentina dos centrales obreras: la Federación Obrera, en manos de los anarquistas, y la Unión General de Trabajadores, que nuclea a los trabajadores socialistas. En 1890 se funda el Partido Socialista. La diferencia entre estos dos grupos es clara en la medida que se definen por su rechazo o aceptación de la lucha política. Entre los socialistas las ideas del marxismo sólo se manifiestan de manera muy genérica. Su elaboración sólo se producirá después de la guerra mundial y de la Revolución Rusa. Las luchas del movimiento obrero fueron importantes durante este período. Tanto es así que la burguesía debió elaborar y aprobar la Ley de Residencia, con el fin de expulsar del país a los extranjeros "indeseables".

En 1909 la FORA y la UGT organizaron actos para el Primero de Mayo. La represión fue violenta: doce obreros muertos y más de cien heridos. Poco más tarde un joven anarquista, Radowitzky, mató al jefe de policía responsable de la masacre, el coronel Ramón Falcón. El gobierno decretó entonces el estado de sitio y fomentó la formación de grupos de civiles armados, parapoliciales, que llevaron adelante todo tipo de ataques contra los locales y dirigentes gremiales. El movimiento obrero en la argentina tuvo características marcadamente diferentes con respecto a los demás países, tanto por su estructura como por el origen inmigrante de sus componentes. Así lo verifican las publicaciones más importantes de la época: *La Vanguardia* (socialista) y *La Protesta* (anarquista).

En México aparecen desde época temprana diversos periódicos socializantes, *El Socialista, La Comuna, La Huelga,* todos en la década de 1870. También en esos años se da el intento más serio de formar un grupo obrero, El Gran Círculo de Obreros, el cual será el antecedente de la Casa del Obrero Mundial fundada ya en el siglo XX. Las luchas del proletariado mexicano cumplen una etapa importante con las huelgas de 1905 y 1906. Son las huelgas de Cananea y del Río Piedras. La primera la realizan los mineros y la segunda los obreros textiles, pero ambas son parte importante de la lucha contra el régimen dictatorial de Porfirio Díaz. La represión fue violenta. En el caso de la huelga de Cananea, en el norte, las tropas norteamericanas penetraron en el territorio de México en defensa de la empresa afectada, empresa cuyo capital era también norteamericano.

Los orígenes del movimiento obrero son más o menos semejantes en los demás países. De las modestas mutualidades se pasa a las reivindicaciones colectivas. Esto trae como consecuencia resistencias y luego huelgas. Represión y maduración. Formación ideológica y nuevas organizaciones. Se puede decir que el período que llega hasta la Primera Guerra Mundial y la Revolución Rusa es el período de estructuración como

Ceremonia de coronación de Nicolás II, 26 de enero de 1896. Poco después de la caída de éste, el último zar, en 1917, comienza la liquidación de las estructuras capitalistas del país, la abolición de los latifundios y el control obrero de la producción.

Tanques británicos en la primera guerra mundial. El conflicto de 1914, llevó a que las alas revisionistas de la Segunda Internacional apoyaran a las burguesías de sus respectivos países, definiéndose en favor de la guerra.

Abajo: El triunfo de la revolución —encarnado en este pelotón de obreros montando guardia— determinó que Rusia se retirara de la guerra interimperialista.

clase del proletariado de América Latina y el de la aparición de sus primeras organizaciones sindicales y políticas.

La Revolución Rusa

La descomposición del imperio zarista se expresó en diferentes niveles, pero desde un punto de vista social se verificó en dos acontecimientos importantes: la liberación de los siervos, que, aunque parcial, era un síntoma de la crisis de la sociedad autocrática, basada en la servidumbre, y la revolución de 1905, que puso en crisis el poder político mismo.

La revolución de 1905 vio nacer al Sóviet, órgano de poder constituido por obreros, campesinos y soldados, que surgió espontáneamente de la lucha de las masas explotadas. Esta experiencia será recogida a nivel organizativo por Lenin y madurará con la revolución de 1917.

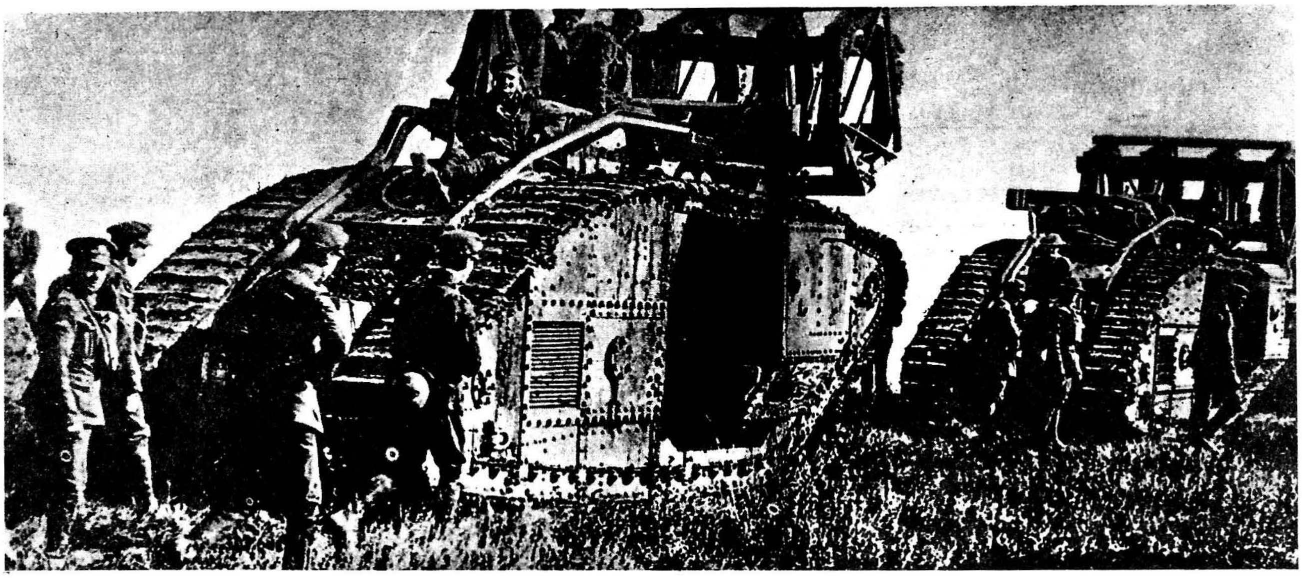
La revolución rusa de 1917 se produce, fundamentalmente, en dos etapas. La primera, a partir de febrero, está constituida por la caída del zarismo y el gobierno provisional de un reformista moderado, Kerenski. La segunda, la de octubre, corresponde al momento en que los bolcheviques obtienen mayoría en el Sóviet y conquistan el poder para la revolución socialista.

De febrero a octubre se da una dualidad de poderes. Esa dualidad no es estable. En diversos momentos busca definirse. En julio, por ejemplo, sobre la base de una prueba de fuerza, la derecha quiere que el Sóviet salga a la calle para reprimir violentamente en las condiciones elegidas por ella. Los bolcheviques, conscientes de esto, retroceden tácticamente. El razonamiento de Lenin es muy simple: minoría en el Sóviet y la garantía del triunfo pasaria por la conquista de la mayoría de la representación como expresión de la aceptación mayoritaria por parte de las masas de la política revolucionaria socialista.

Por fin, en setiembre, los bolcheviques consiguen obtener la mayoría en el Sóviet y a partir de allí el objetivo cambia; se pasa a organizar las condiciones para la insurrección y la toma del poder. El camino va de la dualidad de poderes al poder soviético. En 1917 Lenin y los bolcheviques aplicaron las concepciones estratégicas y tácticas del marxismo. La unión que se produjo entonces entre la teoría y la práctica revolucionaria quedó como una lección histórica.

La Revolución Rusa rompe las estructuras del absolutismo y liquida simultáneamente las bases precapitalistas y capitalistas del país. Sus primeras medidas son significativas: se aprueba la paz (Rusia sale de la guerra mundial, guerra imperialista que llevaba los pueblos a la masacre en beneficio de los dueños del capital); ordena la abolición de los latifundios y la nacionalización de la tierra (a partir de allí se promoverá la planificación total de la economía y el colectivismo); se establece el control obrero de la producción, se forman comités de fábricas y se elimina la anarquía de la producción ajustando la producción fabril a la planificación nacional (el objetivo de la producción pasa a ser social y no función de los intereses del capital invertido); se disuelve la Asamblea Constituyente y se aprueban los principios de la Comuna de París (jornal no mayor que el de un obrero para todo funcionario y revocabilidad del mandato por parte de los representados en cualquier momento); se forma el Ejército Rojo sobre la concepción del "pueblo en armas", que substituye al ejército burgués profesional.

La Revolución socialista en Rusia y sus realizaciones posteriores se proyectarán en el mundo contemporáneo como un hecho irreversible y de influencia capital. A partir de ella ya no se dividirá el mundo sólo en un sistema capitalista y sistemas precapitalistas. La clase obrera comienza a disputar a la burgue-





sía, y el socialismo al capitalismo, la conducción de la humanidad.

De la Segunda a la Tercera Internacional

En 1888 diversas organizaciones obreras confluyen en una iniciativa cuyo objetivo es recordar el centenario de la toma de la Bastilla. Con tal motivo se reúnen en París, entre los días 14 y 21 de julio, dos Congresos que se postulan como representativos de la clase obrera. Uno de ellos, el convocado por el Partido Obrero de Guesde en la sala Pétrelle, es el que da origen a la Segunda Internacional. Después de dieciséis años se reúnen delegados de veintitrés países. La euforia y la resolución de forjar la nueva internacional están presentes en las palabras de Lafargue: "Todos nosotros somos hermanos y no tenemos más que un único enemigo, el capital privado, sea éste prusiano, inglés o chino".

Dada la reticencia de los obreros alemanes, se demora la puesta en marcha de la Internacional, pero poco después, bajo la guía de Engels, se consiguen superar las diferencias. En agosto de 1891 se reúne en Bruselas un Congreso que sella la unidad, incluso con los grupos que no habían participado en el Congreso de la sala Pétrelle, y con ello triunfa la concepción estratégica y táctica del marxismo.

Recordemos que en esa época ya existen partidos obreros de masas en los principales países europeos. La Internacional surge ahora no sólo como arma de la lucha ideológica, sino en función práctica, política, es decir, como herramienta para cambiar al mundo y no sólo interpretarlo, tal como lo quería Marx, muerto en 1883.

Pero faltaba todavía precisar la táctica y la estrategia. Surgen entonces dentro de la Segunda Internacional dos alas: la reformista y la revolucionaria. Al mismo tiempo que queda atrás la lucha contra los anarquistas y su supuesto apoliticismo, aparece dentro del marxismo la tendencia denominada "revisionista". Ella "revisa" el planteo ideológico en la medida que reniega de lucha de la clases. En un momento difícil para la Internacional, la línea marxista es fortalecida y ratificada cuando el Partido Socialdemócrata de Alemania resuelve, en un Congreso en 1903, condenar "de la manera más enérgica las tendencias revisionistas que tienden a cambiar nuestra táctica, probada y victoriosa, basada en la lucha de clases". Dos años después, la revolución rusa de 1905 crea, a pesar de la derrota, un clima de euforia en los círculos obreros y bajo su influencia se posterga el enfrentamiento entre los revisionistas y los revolucionarios.

El conflicto se vuelve a plantear ante la inminencia de la guerra de 1914. Es entonces cuando los revisionistas se pronuncian por el apoyo a la burguesía de sus respectivos países. Lo socialistas alemanes son más alemanes que socialistas, o por lo menos lo son sus direcciones revisionistas, y lo mismo sucede con los demás partidos. Sólo la socialdemocracia rusa, bajo la dirección de Lenin, enfrenta, desde la dirección del partido, la claudicación ideológica.

El resultado es la escisión entre una mayoría (bolchevique) que mantiene la concepción de la lucha de clases y del internacionalismo proletario y una minoría (menchevique) que se pliega a los proyectos bélicos de cada burguesía nacional: sus diputados votan los créditos de guerra en los respectivos Parlamentos. En pocos meses la guerra misma decide a las direcciones indecisas. Los intereses objetivos del proletariado alemán son defendidos por pequeños grupos internacionalistas y lo mismo pasa en Francia, Inglaterra y los demás países. La Revolución Rusa dará al final del período la razón a la concepción leninista. El marxismo-leninismo se afianza. La crisis de la Segunda Internacional, que formalmente condenó al revisionismo pero que claudicó de hecho y masivamente se hizo revisionista, va a estar en la base del planteo de Lenin, quien en 1919, una vez terminada la guerra y con la garantía del triunfo revolucionario soviético, promovió la creación de la Tercera Internacional con el objeto de reconstituir la internacional revolucionaria. Con la guerra quedó sepultada la posición reformista, pero el proletariado europeo y mundial debió pagar por ello un duro precio: ser carne de cañón en la masacre interimperialista de 1914-1918.

La nueva ola de ascenso revolucionario que comienza en 1917 estará marcada profundamente por Lenin y por la estrategia y la táctica empleadas en la Revolución Rusa. De ahí su vigencia y su importancia en la historia de la clase obrera mundial.

Bibliografía

Daniel Guerin, *Adónde va el pueblo norteamericano.* Arayú, Buenos Aires, 1954, 2 vols.

Morton y Tate, *Historia del movimiento obrero inglés.* Ed. Fundamentos, Madrid, 1971.

Louise Michel, *La Commune. Histoire et souvenirs.* Maspero, París, 1970 (1ª edición en 1898), 2 vols.

Patrice van der Esch, *La Deuxième Internationale (1889-1923).* M. Rivière, París, 1957.

Hugo Sacchi, *El movimiento obrero en América Latina.* Centro Editor de América Latina, 1972.

W. Abendroth, *Histoire du mouvement ouvrier en Europe.* Maspero, París, 1967.

Alberto J. Pla, *Trotski,* serie "Los Hombres de la Historia". Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1971.

Fritz Sternberg, *¿Capitalismo o Socialismo?* Fondo de Cultura Económica, México, 1954.

André Philip, *Historia de los hechos económicos y sociales (de 1800 a nuestros días).* Taurus, Madrid, 1967.

La Primera Internacional

Carlos Duche

"No son los bajos salarios los que constituyen el mal fundamental, sino el sistema asalariado mismo."
F. Engels.

No se comprendería el nacimiento de la Asociación Internacional de Trabajadores (A.I.T.) si la aislamos de la realidad en la cual se gestó y que nos permite descubrir los impulsos profundos de los que ella se hizo eco. La ola de estallidos revolucionarios que sacude a Europa en 1848 se inicia en París, donde burgueses y proletarios terminan enfrentándose como fuerzas antagónicas.

Se expande por los dominios de los Habsburgo en medio de revueltas separatistas y desórdenes populares. Se extiende a Alemania y a Italia contribuyendo a acelerar los movimientos nacionales de unificación e independencia.

El proletariado participó de estas luchas nacionales, que transitoriamente hicieron pasar a segundo plano la idea internacional. En Italia se organizaron asociaciones de solidaridad obrera bajo la bandera de Mazzini y en Alemania los obreros intervinieron activamente en las luchas libradas en torno al problema nacional.

La situación de Francia e Inglaterra era distinta, pues cuando surge el movimiento obrero ya hacía siglos que la unidad nacional estaba consolidada.

La derrota de las revoluciones en Europa inaugura un lapso de doce años que presencia el debilitamiento de los movimientos obreros en la mayoría de los países.

Sin embargo, mientras decrecía el poder de la aristocracia terrateniente el poder de la burguesía iba en aumento y dominaba en Inglaterra, en Francia y en Bélgica.

En Francia la derrota de la clase obrera paralizó sus energías. Los obreros volvieron a caer en el sectarismo, perfilándose dos corrientes. Una de ellas seguía a Blanqui, que aspiraba a tomar el poder mediante un audaz golpe de mano de una resuelta minoría. La otra, mucho más fuerte, respondía a la influencia de Proudhon, quien, con sus *Bancos de Intercambio* encaminados a la obtención del crédito gratuito y otros experimentos doctrinales por el estilo, alejaba a las masas de la lucha política.

Bajo el segundo Imperio, ninguna organización política de obreros podía existir abiertamente. Aunque los sindicatos eran ilegales subsistían bajo la apariencia de sociedades fraternales. Sin embargo, lentamente, las asociaciones obreras empezaron a crecer, en parte favorecidas por la política de Napoleón III, que concedió ciertas libertades sindicales. En mayo de 1864 Napoleón III derogó los artículos del Código Penal que impedían las coaliciones obreras formadas para conseguir mejoras en las condiciones de trabajo. Amenazado por la creciente oposición burguesa contra su régimen, Bonaparte intentaba con estas medidas conseguir el apoyo de la clase obrera.

En Inglaterra, el cartismo había llegado a su ocaso definitivo. La escuela de Owen se iba convirtiendo en una secta religiosa de libre pensadores. Junto a ella surgió el socialismo cristiano de Kingsley y Maurice, que nada querían saber de luchas políticas. Poco a poco las trade-unions se fueron encerrando en una actitud de indiferencia política, limitándose a bregar por reivindicaciones inmediatas. Esta táctica parecía bastarles en una fase de prosperidad económica como la iniciada a partir de los años 50 y se relacionaba con la hegemonía inglesa en el mercado mundial.

Sin embargo, las trade-unions aún no estaban oficialmente reconocidas; su existencia no era demasiado segura, de hecho ni de derecho, y la masa de sus afiliados carecían del derecho político del sufragio. Por otra parte, el auge del capitalismo en el continente y, por consiguiente, la aparición de una clase obrera muy numerosa amenazaba a los trabajadores británicos con una competencia muy peligrosa.

A esto se sumaron las consecuencias de la guerra de secesión norteamericana, provocando una crisis algodonera que

Manifiesto inaugural de la Internacional de Trabajadores (1864)

(Fragmentos)

Deslumbrado por los guarismos de las estadísticas que bailan ante sus ojos en el "Progreso de la nación", el canciller del Tesoro exclama con acento de verdadero éxtasis: "Desde 1842 hasta 1852, la renta imponible del país ha aumentado en un 6 %; en ocho años, de 1853 a 1861, ha aumentado ¡en un 20 %! Este es un hecho sorprendente, que casi es increíble... Tan embriagador aumento de riqueza y de poder —añade Mr. Gladstone— se halla restringido exclusivamente a las clases poseyentes".

....

Pero volvamos una vez más la medalla. Por el informe sobre el impuesto de las Rentas y Propiedades presentado a la Cámara de los Comunes el 20 de julio de 1864 vemos que, del 5 de abril de 1862 al 5 de abril de 1863, 13 personas han engrosado las filas de aquellos, cuyas rentas anuales están evaluadas por el cobrador de las contribuciones en 50.000 libras esterlinas y más, pues su número subió en esos años de 67 a 80. El mismo informe descubre el hecho curioso de que unas 3.000 personas se reparten entre sí una renta anual de 25.000.000 de libras esterlinas, es decir, más de la suma total de ingresos distribuida anualmente entre toda la población agrícola de Inglaterra y del país de Gales. Abrid el registro del censo de 1861 y hallaréis que el número de los propietarios territoriales en Inglaterra y en el País de Gales se ha reducido de 16.934, en 1851, a 15.066 en 1861, es decir, la concentración de la propiedad territorial ha crecido en diez años en un 11 %. Si la concentración de la propiedad territorial en manos de unos pocos sigue progresando al mismo ritmo, la cuestión territorial se habrá simplificado notablemente, como lo estaba en el Imperio Romano, cuando Nerón se sonrió al saber que la mitad de la provincia de Africa pertenecía a seis personas.

....

En todos los países de Europa —y esto ha llegado a ser actualmente una verdad incontestable para todo entendimiento no enturbiado por los prejuicios y negada tan sólo por aquellos cuyo interés consiste en adormecer a los demás con falsas esperanzas—, ni el perfeccionamiento de las máquinas ni la aplicación de la ciencia a la producción ni el mejoramiento de los medios de comunicación ni las nuevas colonias ni la emigración ni la creación de nuevos mercados ni el libre cambio ni todas estas cosas juntas están en condiciones de suprimir la miseria de las clases laboriosas; al contrario, mientras exista la base falsa de hoy, cada nuevo desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo ahondará necesariamente los contrastes sociales y agudizará más cada día los antagonismos sociales. Durante esta embriagadora época de progreso económico la muerte por inanición se ha elevado a la categoría de una institución social en la capital del imperio británico. Esta época está marcada en los anales del mundo por la repetición cada vez más frecuente, por la extensión cada vez mayor y por los efectos cada vez más mortíferos de esa plaga de la sociedad que se llama crisis comercial e industrial.

Tomado de C. Marx - F. Engels, *Obras escogidas.*

precipitó en la miseria a los obreros textiles.

Estos hechos iban a alertar a las trade-unions. Cuando el movimiento obrero europeo despertó de su letargo y ya recuperado se encontró con las energías necesarias para reanudar la lucha contra el dominio de la burguesía, aparecería la Asociación Internacional de Trabajadores (A.I.T.), cuyo objeto —según Engels— consistía en reunir en un único ejército a todas las fuerzas combativas de la clase obrera de Europa y América, con un programa que no cerrara las puertas a las diversas corrientes del pensamiento obrero.

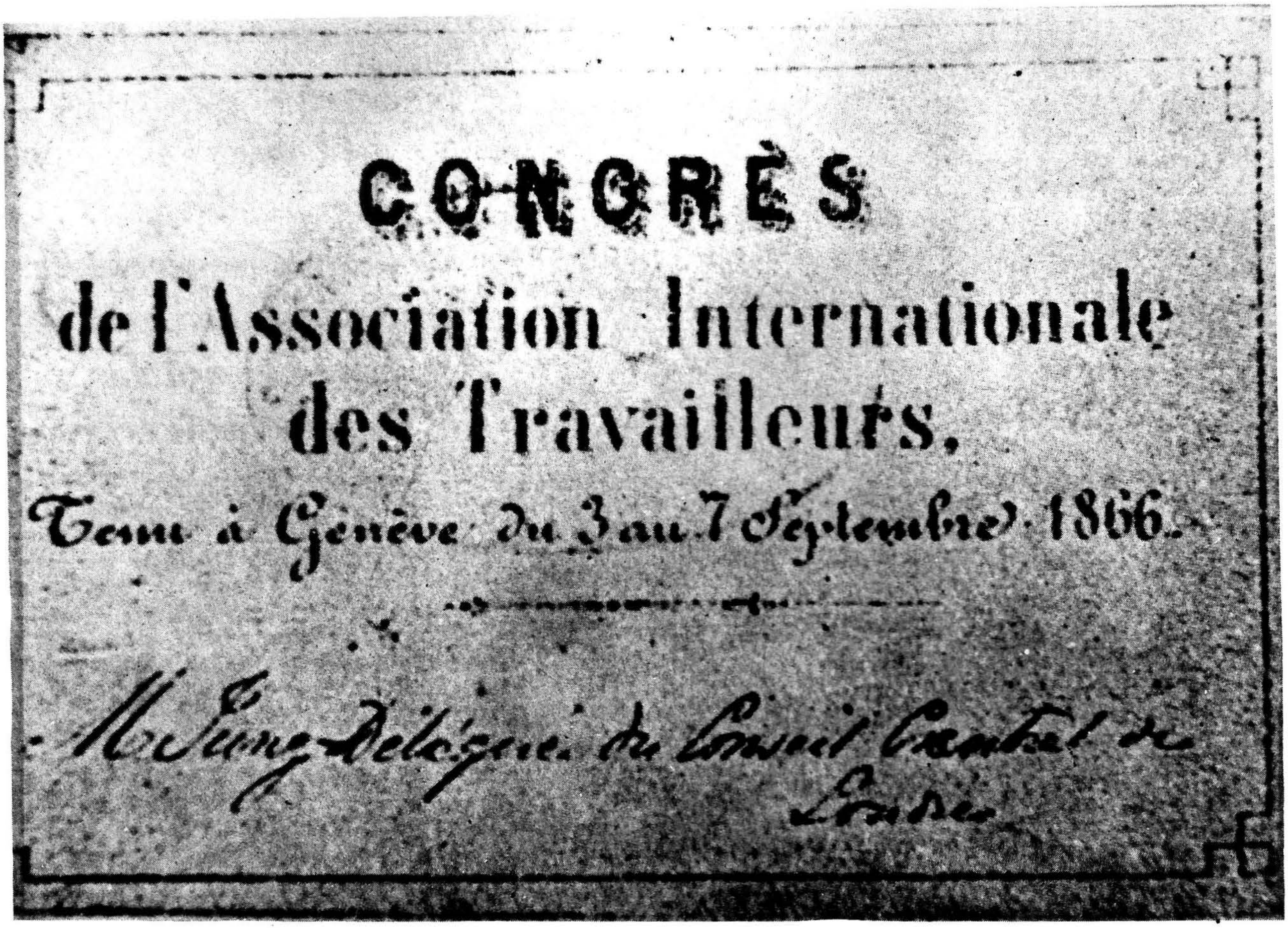
La A.I.T., una vez creada, tuvo sus apoyos principales en los sindicatos ingleses, el movimiento obrero francés y en los grupos de exiliados alemanes residentes en Londres.

La historia de la Internacional se sitúa en dos planos. Por una parte, el juego de las influencias personales y de los grupos en el seno del Consejo General aparece determinando su evolución. Por otra, es la práctica de las masas obreras, en el complejo marco de las relaciones de fuerza que actúan en cada país, la que decide el destino de la Asociación. De esta suerte, toda la trayectoria de la Internacional está enmarcada por los grandes acontecimientos políticos, y tres de ellos alcanzan una importancia destacada: la insurrección polaca en sus comienzos; hacia el final, la Comuna. Y, como constante, los procesos de unificación nacional de Italia y Alemania.

Entonces como ahora existían niveles de desarrollo entre las regiones y los países. La historia de la A.I.T. está inmersa en una fase económica de ascenso de larga duración, pero al mismo tiempo sujeta a fluctuaciones económicas de corto plazo, movimientos de precios y de salarios, transformaciones rápidas de la producción, todos los altibajos de las crisis cíclicas. La época de la Internacional es una época de transición en la que el artesanado, aunque todavía numeroso, retrocede ante el

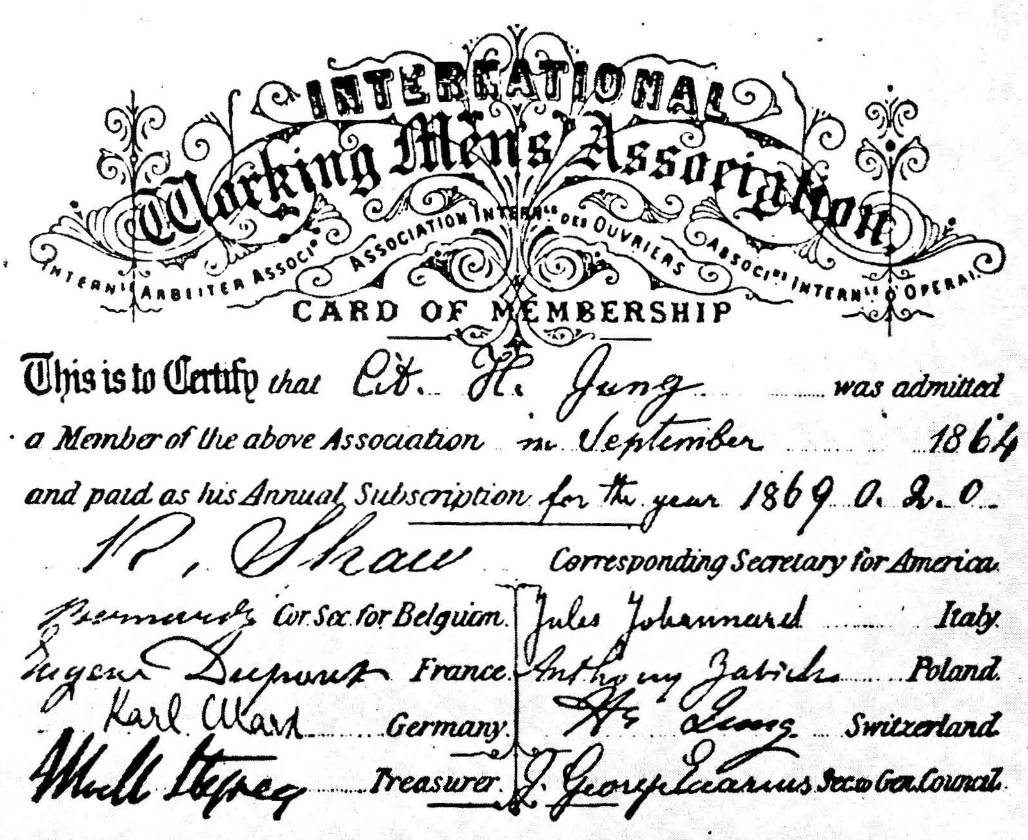


Napoleón III. En 1864 derogó los artículos del Código Penal que prohibían las coaliciones obreras, creyendo conseguir con estas medidas el apoyo de las clases trabajadoras.



CONGRÈS
de l'Association Internationale
des Travailleurs.
Tenu à Genève du 3 au 7 Septembre 1866.

M. Jung Délégué du Conseil Central de Londres



INTERNATIONAL
Working Men's Association
Intern.l Arbeiter Associ.n — Association Intern.le des Ouvriers — Associ.ne Intern.le d'Operai
CARD OF MEMBERSHIP

This is to Certify that Cit. H. Jung was admitted
a Member of the above Association in September 1864
and paid as his Annual Subscription for the year 1869 0. 2. 0.

R. Shaw Corresponding Secretary for America.

Bernard Cor. Sec. for Belgium.	Jules Johannard Italy.
Eugene Dupont France.	Anthony Zabicki Poland.
Karl Marx Germany.	H. Jung Switzerland.
... Treasurer.	J. George Eccarius Sec. to Gen. Council.

desarrollo de la gran industria; y esto es sumamente importante, pues la mentalidad diferente de artesanos y obreros condiciona la tónica de cada rama o sección de la A.I.T., según el predominio de uno u otro grupo. En Gran Bretaña, en Francia y en Bélgica, la gran industria moderna aparece en los albores del siglo XIX, aunque hacia 1840, sobre todo en los dos últimos países, todavía presenta un desarrollo bastante lento. En Alemania, el proceso de industrialización se inicia hacia la década del 60. Resulta así que los trabajadores alemanes de la A.I.T. pertenecen, en general, a la primera generación de obreros industriales y, excepcionalmente, a la segunda.

Nace la Primera Internacional

"¡Proletarios del mundo, uníos!" El llamado a la lucha lanzado por el Manifiesto Comunista en 1848 iba a obtener respuesta dieciséis años más tarde, al ser fundada en Londres la Asociación Internacional de Trabajadores.

La tendencia internacionalista había surgido muy pronto en el movimiento obrero. Los proletarios de los diferentes países europeos comprendieron que, si querían oponer una resistencia eficaz al dominio del capital, debían dejar de competir entre sí olvidándose de las fronteras nacionales y unirse para enfrentar los designios de la burguesía internacional.

Una serie de hechos —la crisis comercial de 1857, la guerra civil desatada en Estados Unidos en 1860, la insurrección polaca de 1863 —iban a fortalecer, en este período, los sentimientos de solidaridad. Ya en 1862, mientras se realizaba en Londres la Exposición Universal, los delegados franceses habían confraternizado con sus compañeros ingleses. Y cuando al año siguiente, a raíz del problema polaco, se organiza en Londres un mitin de apoyo a Polonia también se invita a los obreros parisienses. En este mitin, George Odger, prestigioso dirigente inglés que sería el primer presidente de la Internacional, en representación de las asociaciones británicas agradece la presencia de los delegados franceses y los exhorta a que junto con los británicos elaboren una estrategia común, en función de los problemas similares que aquejan al movimiento obrero europeo. Señala la actitud de los capitalistas de Gran Bretaña, que contratan obreros extranjeros en reemplazo de los ingleses para aplastar las luchas reivindicadoras de los trabajadores. Y advierte: "Cada vez que tentamos mejorar nuestra situación por medio de la reducción de la jornada de trabajo o del aumento de los salarios, los capitalistas nos amenazan con contratar obreros franceses, belgas y alemanes, que realizarían nuestro trabajo por un salario menos elevado. Por desgracia, esta amenaza se cumple muchas veces. La culpa, es verdad, no es de los camaradas del continente, sino exclusivamente de la ausencia de toda inteligencia regular entre los asalariados de los distintos países". El mensaje tiene gran repercusión en Francia, se agitan los talleres y las fábricas de París. Por fin los obreros franceses deciden contestarlo personalmente enviando a Londres una delegación. Para recibirla los obreros ingleses organizan un gran mitin, que se celebra el 28 de setiembre de 1864 en el Saint Martin Hall de Londres con la presencia de representantes de distintos países.

H. Tolain es el portavoz de la delegación francesa, que así responde: "Si nosotros no tomamos medidas de defensa seremos despiadadamente aplastados. Nosotros, obreros de todos los países, debemos unirnos y oponer una barrera infranqueable al orden de cosas existente que amenaza dividir a la humanidad en una masa de hombres hambrientos y furiosos de una parte y de la otra en una oligarquía

Tarjetas pertenecientes a los miembros de la A.I.T., organización que, según las palabras de Engels, reuniría "en un único ejército a todas las fuerzas combativas de la clase obrera de Europa y América".

Carlos Marx. En el Manifiesto Inaugural de la Internacional Marx reseña la situación del proletariado europeo desde 1848 en adelante, destacando que su objetivo primordial se halla en la conquista del poder político.

de reyes de la banca y de burgueses cebados. Ayudémonos los unos a los otros para conseguir nuestros propósitos". En el transcurso de la reunión se acuerda la creación de la Asociación Internacional de Trabajadores, designándose un Consejo General Provisorio con poderes para incorporar nuevos miembros y para redactar un proyecto de estatuto que estará en vigencia hasta el próximo Congreso, a realizarse en Bélgica en 1865.

El Consejo General Provisorio quedó integrado con representantes ingleses, alemanes, franceses, italianos, polacos y suizos. Forman parte del mismo Odger, Cremer y Weston entre los ingleses; Eccarius y Marx por los alemanes; el mayor Wolff y Fontana por los italianos; Le Lubez y Dupont por los franceses. Había nacido la Primera Internacional, organización destinada a tener un papel decisivo en la historia del movimiento obrero.

El Manifiesto Inaugural y los Estatutos Provisionales

En el mitin de 1864 no se habían fijado ni el carácter ni el sentido de la actividad de la nueva Asociación.

El Manifiesto Inaugural y los Estatutos Provisionales —redactados por Marx— van a definir con toda exactitud las tareas y los fines de esta organización. Ambos documentos constituyen el programa de la Asociación Internacional de Trabajadores. Su objetivo, que era el de Marx, fue convocar a las capas más amplias posibles del proletariado de los diversos países para que se adhirieran a la Internacional.

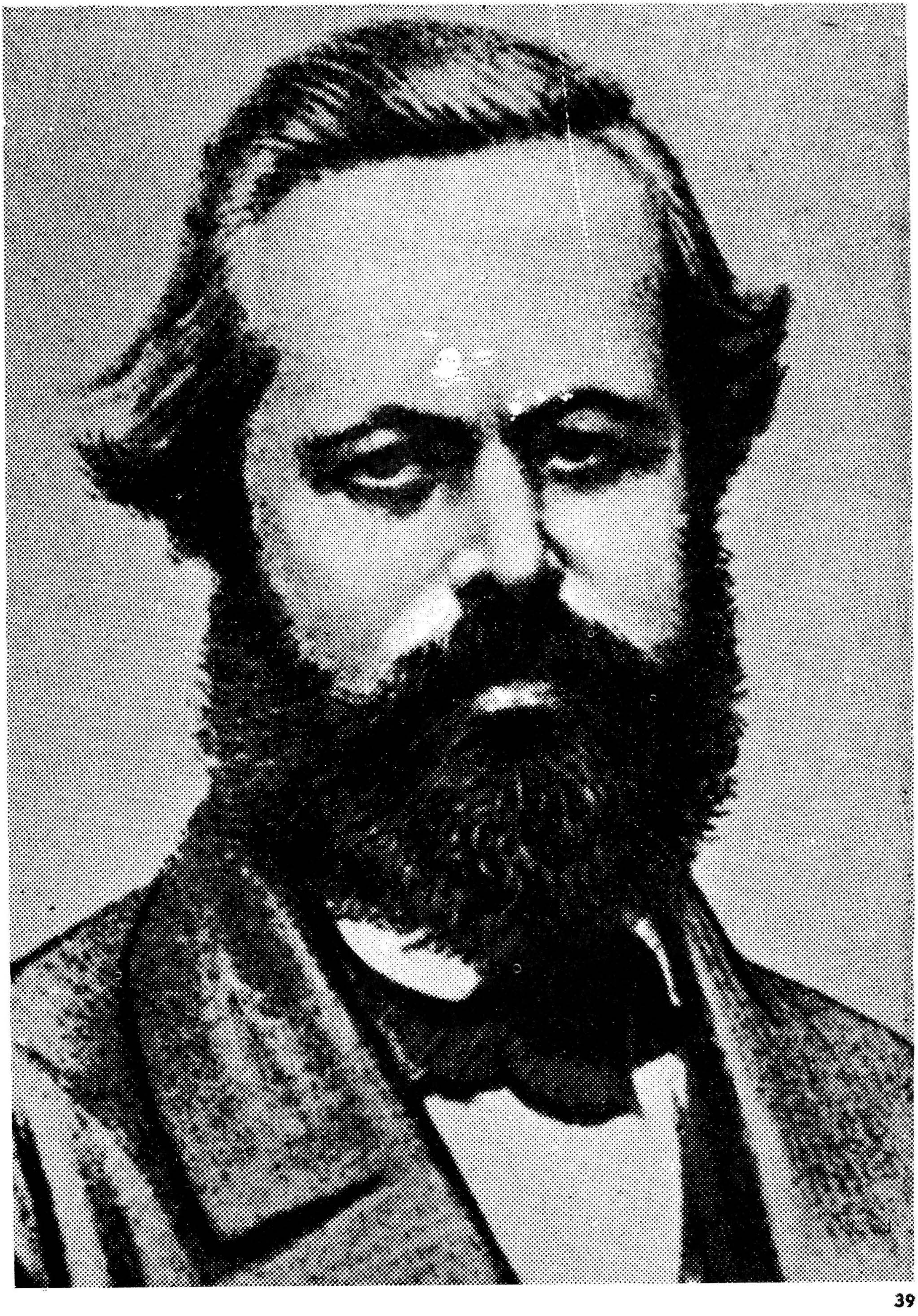
En el Manifiesto Inaugural —al que E. Beesley, presidente del mitin en que se creó la Internacional, calificó como "el alegato más imponente y más irrefutable de la clase obrera"— Marx traza una reseña de la situación de la clase obrera y de su lucha desde 1848 en adelante destacando que la conquista del poder político se ha convertido en su gran deber. Para ello es necesario que surja del proletariado una instancia orgánica revolucionaria. Uno de los elementos para obtener éxito —el número— los obreros ya lo tienen, pero el número sólo tendrá peso si el movimiento se da una organización que lo coordine y si produce una teoría y una metodología revolucionaria que lo oriente en la acción.

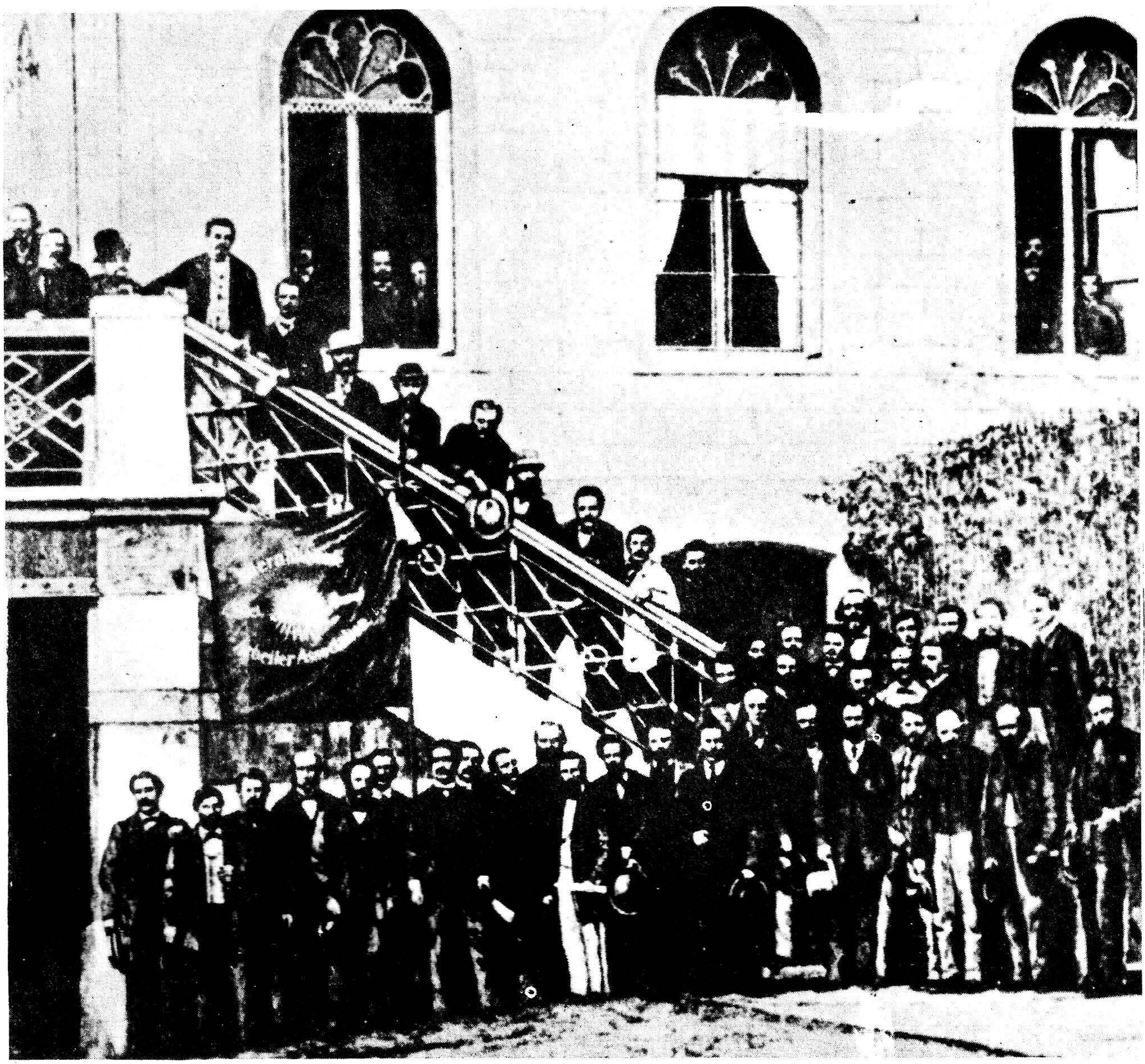
En el preámbulo del proyecto de estatutos afirmaba que la emancipación de la clase obrera debe ser conquistada por ella misma y que la lucha de la clase obrera por su emancipación no era la lucha por privilegios y monopolios de clase, sino para establecer derechos y deberes iguales, por el aniquilamiento de toda dominación.

La abolición de las clases era el gran objetivo de la Asociación. En las normas de organización Marx establecía que el órgano supremo de la Internacional fuera el Consejo General, designado por el Congreso que había de reunirse una vez al año. Sus atribuciones consistirían en servir de enlace entre las organizaciones obreras de los diferentes países; mantener informados a los obreros de cada país acerca de los movimientos de su clase en las demás naciones; someter a la discusión, en todas las asociaciones obreras, cuestiones de interés general; promover y articular en caso de conflictos internacionales una acción uniforme y simultánea por parte de las organizaciones obreras adheridas a la Asociación.

El Consejo estaría compuesto de trabajadores pertenecientes a los diferentes países representados en la Internacional; desde el principio fue concebido como un elemento de cooperación y coordinación de la lucha por las reivindicaciones obreras.

Es de señalar que, tal como surgió, la Internacional no era un organismo constituido por partidos políticos o por organismos obreros; estaba integrada por los individuos que en cada país






1
2
4
5
6

se afiliaban a sus ramas y secciones respectivas. Esta forma de afiliación individual se debía a las leyes de ciertos países, que prohibían la adhesión de las asociaciones obreras y de los partidos políticos a organizaciones internacionales. Marx fue el gran organizador de esta Asociación. Contribuyó decididamente a que adoptara una teoría extraída del conocimiento científico de la sociedad. Fue el autor de sus documentos programáticos, inspirados por las necesidades y las luchas del movimiento obrero y encaminados a orientar su actividad.
El objetivo de Marx al fundarse la Internacional era asumir el movimiento obrero tal como se debe e ir recuperando de su práctica los contenidos revolucionarios de un programa común para el proletariado internacional.

La Conferencia de Londres

Diversas circunstancias impidieron la reunión del Congreso convocado en Bruselas. Se lo reemplazó por una conferencia celebrada en Londres entre el 25 y el 29 de setiembre de 1865. Acuden representantes de Francia, Suiza y Bélgica, figurando como delegados, entre otros, por el Consejo General: Odger, Cramer, Marx, Eccarius y Jung; de Bélgica asiste C. de Paepe; Dupleix y J. B. Becker por Suiza y, de Francia, Tolain, Frigourg, Limousin —todos ellos terminarán desertando de la Internacional— y Varlin, que será uno de los héroes de la Comuna de París.
En la Conferencia de Londres se acuerda realizar el primer Congreso en Ginebra en 1866 y se aprueba por unanimidad el temario que se tratará en el mismo. Entre los puntos del orden del día figuraban: el trabajo cooperativo, la reducción de la jornada de trabajo, el trabajo de la mujer y del niño, las organizaciones sindicales y su porvenir. Además se incluyeron dos puntos luego de una larga discusión: el problema religioso —presentado por los delegados franceses— y el derecho de las naciones a gobernarse por sí mismas. También se aprueba el proyecto de estatutos —redactado por Marx— que será presentado al Congreso para su ratificación.

Primeros pasos de la Internacional

La ciudad de Ginebra, sede del futuro Congreso, empezaba a destacarse como el centro más importante de la Asociación en el continente. Contaba con dos secciones, la alemana y la latina, que publicaban sus respectivos órganos de prensa.
En Francia la Internacional también progresaba, aunque más lentamente. La actitud tolerante de la policía bonapartista hacia el movimiento obrero entibiaba las energías de la clase trabajadora. Además, los proudhonianos franceses —una de las variantes del anarquismo—, que carecían de experiencia organizativa, tampoco tenían una clara visión del papel histórico del proletariado. El centro de gravedad de la Internacional estaba en las trade-uniones (de *trade-unions:* sindicatos obreros).
Los obreros ingleses, que se habían opuesto tenazmente a la política solidaria de su gobierno con los Estados sureños (defensores de la esclavitud) en la guerra de secesión norteamericana, comenzaban a movilizarse en favor de la reforma electoral. Londres era el teatro de grandes manifestaciones obreras y numerosos mitines que se organizaban en torno a este problema y que contaron con los auspicios de la Internacional. Toda esta agitación daría un nuevo impulso al movimiento obrero inglés. Las trade-unions no dejaron de reconocer la presencia de la A.I.T. en esta campaña de movilización que abarcaba todo

Arriba: Congreso de la Internacional en Basilea, 1869. Abajo: El Congreso de Ginebra en 1866. Es en este momento en que se considera, por primera vez, la propuesta de la jornada laboral de ocho horas.

Preámbulo de los Estatutos de la Asociación Internacional de Trabajadores

Considerando:
que la emancipación de la clase obrera debe ser obra de los obreros mismos; que la lucha por la emancipación de la clase obrera no es una lucha por privilegios y monopolios de clase, sino por el establecimiento de derechos y deberes iguales y por la abolición de todo dominio de clase;
que el sometimiento económico del trabajador a los monopolizadores de los medios de trabajo, es decir, de las fuentes de vida, es la base de la servidumbre en todas sus formas, de toda miseria social, degradación intelectual y dependencia política;
que la emancipación económica de la clase obrera es, por lo tanto, el gran fin al que todo movimiento político debe ser subordinado como medio;
que todos los esfuerzos dirigidos a este gran fin han fracasado hasta ahora por falta de solidaridad entre los obreros de las diferentes ramas del trabajo en cada país y de una unión fraternal entre las clases obreras de los diversos países;
que la emancipación económica de la clase obrera no es un problema ni local ni nacional, sino un problema social que comprende a todos los países en los que existe la sociedad moderna y necesita para su solución el concurso teórico y práctico de los países más avanzados;
que el movimiento que acaba de renacer entre los obreros de los países más industriales de Europa, a la vez que despierta nuevas esperanzas da una solemne advertencia para no recaer en los viejos errores y combinar inmediatamente los movimientos todavía aislados:
Por todas estas razones ha sido fundada la Asociación Internacional de los Trabajadores.
Y declara:
que todas las sociedades y todos los individuos que se adhieran a ella reconocerán la verdad, la justicia y la moral como base de sus relaciones recíprocas y de su conducta hacia todos los hombres, sin distinción de color, de creencias o de nacionalidad.

No más deberes sin derechos, no más derechos sin deberes.

Tomado de C. Marx - F. Engels, *Obras escogidas.*

el reino y sus esfuerzos por unir a todos los trabajadores de todos los países con un lazo de fraternidad. Por eso en un Congreso que celebraran en Sheffield encomendaron a sus miembros que se afiliasen a la Internacional.

El Congreso de Ginebra

Por fin llegó la hora del primer Congreso. En él se van a revelar con fuerza las diferentes posiciones ideológicas que subyacen en la práctica del movimiento obrero de la época. Sesiona en Ginebra del 3 al 8 de setiembre de 1866 con sesenta delegados que participan de las deliberaciones; en su mayoría son suizos y franceses. No hubo representantes de Bélgica ni de Italia. Preside las deliberaciones el suizo Jung. Dos informes sirven de base a las discusiones, bastante agitadas, por cierto. Uno, presentado por el Consejo General, ha sido redactado por Marx; el otro es la memoria de la delegación francesa. Se aprueban con ligeras enmiendas los estatutos provisionales.
La polémica se abre cuando la delegación francesa propone que sólo se acepten a los trabajadores manuales como miembros de la Internacional. Es el eterno recelo que los obreros franceses sienten por los intelectuales. Ahora temen que su incorporación les dé el manejo de la Internacional. La propuesta francesa es rechazada.
Al discutirse la duración de la jornada de trabajo se produce una áspera disputa. El informe del Consejo General consideraba que "la jornada de ocho horas debía ser el principio de la organización del trabajo". Ocho horas de trabajo, ocho horas de recreo, ocho horas para descansar; de ahí la lucha futura por los tres ochos.
Algunos delegados suizos se oponen alegando que la propuesta puede perjudicar a la industria relojera suiza. Por su parte,



Augusto Bebel. Junto con Liebknecht y un grupo escindido de los partidarios de Lassalle funda en 1869 el partido social-demócrata alemán, sobre la base de un programa de inspiración marxista.

Portada del Manifiesto Inaugural y de los estatutos provisionales de la Primera Internacional, editado en Londres en 1864. En los estatutos se desarrolla la idea de que la lucha de la clase obrera no persigue privilegios sino que establece iguales derechos y deberes.

la delegación francesa rechaza toda reglamentación de la jornada de trabajo porque sostiene que las condiciones de producción varían de país en país. La oposición de suizos y franceses refleja en cierta forma el predominio de los artesanos entre sus delegados. Finalmente, el Congreso se pronuncia por la reducción de la jornada de trabajo proponiendo que su duración sea de ocho horas. También se manifiesta contra el trabajo nocturno, al que concibe como una excepción. Condena los ejércitos permanentes y emite un voto unánime en favor del principio del armamento para el pueblo. Por otra resolución reconoce a los sindicatos obreros no sólo como un fenómeno legítimo, sino indispensable bajo el sistema capitalista. A ellos se debe la organización de la clase obrera en su lucha cotidiana contra el capital y por la abolición del trabajo asalariado. Pero si hasta entonces las organizaciones sindicales se habían dedicado a combatir el capital, en el futuro es menester que no se mantengan alejadas del movimiento general, social y político, de la clase obrera; y sólo alcanzarán la plenitud de su desarrollo cuando la gran masa del proletariado se convenza de que sus objetivos, lejos de ser limitados, aspiran a la emancipación general de millones de trabajadores. Por último, deciden reelegir al Consejo General, estableciendo su residencia en Londres. Muchos de los problemas tratados por este primer Congreso en lo sucesivo van a figurar entre las reivindicaciones fundamentales de la clase obrera.

El Congreso de Lausana

El segundo Congreso se realiza en Lausana, del 2 al 8 de setiembre de 1867, con la presencia de 71 delegados. Como en el anterior, se observa el predominio de las delegaciones francesa y suiza. Asisten, entre otros, Eccarius, Dupont —quien presidirá las deliberaciones—, C. Longuet, De Paepe, Guillaume y Kugelman.

Una alocución del Consejo General reseña la labor realizada. Señala el avance del movimiento en Suiza y también en Bélgica, como consecuencia del apoyo prestado por la Internacional a los huelguistas de Marchienne. Fuera de estos países, la Internacional ha hecho pocos progresos. Al pasar revista a las dificultades con que tropieza en la difusión de sus ideas destaca que Alemania —donde se manifestaba un vivo interés por los problemas sociales hasta 1848— está absorbida en esos momentos por el movimiento de unificación nacional. En Inglaterra, los sindicatos —dedicados de lleno a la reforma electoral— apenas se preocupan por las reivindicaciones económicas.

En Francia la Internacional había apoyado los conflictos obreros. Se menciona la huelga de los broncistas de París, para quienes la A.I.T. logró el apoyo económico de las trade-unions. Su lucha, en defensa del derecho de coalición, había terminado con el triunfo obrero. Sin embargo, tampoco en Francia se había alcanzado el desarrollo previsto.

Finalmente se señala que en algunos estados norteamericanos los obreros han logrado imponer la jornada de ocho horas.

En cuanto a las repercusiones del Congreso, se confirma el mandato del Consejo General con sede en Londres, se proclama la emancipación social de los trabajadores como inseparable de su emancipación política, se afirma que la conquista de las libertades políticas es una medida de necesidad primordial y se pronuncia en favor de la propiedad colectiva de los medios de transporte y de comunicación.

Desde el punto de vista político, el Congreso mostró un avance apreciable al reconocer la necesidad de la acción política como inseparable de la lucha por la emancipación de la clase obrera. Este sería uno de los puntos clave de la polémica entre marxistas y anarquistas.

ADDRESS

AND

PROVISIONAL RULES

OF THE

WORKING MEN'S INTERNATIONAL ASSOCIATION,

ESTABLISHED SEPTEMBER 28, 1864,

AT A PUBLIC MEETING HELD AT ST. MARTIN'S HALL, LONG ACRE, LONDON.

PRICE ONE PENNY.

PRINTED AT THE "BEE-HIVE" NEWSPAPER OFFICE,
10, BOLT COURT, FLEET STREET

1864.

Finalmente se discute la actitud que se tomará frente al Congreso de la Paz que auspiciaba la Liga por la Paz y la Libertad.
En esta organización de formación reciente, constituida por sectores de la burguesía radical, estaban representadas ciertas tendencias pacifistas que pretendían eliminar las amenazas de guerra mediante argumentos morales sin atacar sus causas. Se decide participar enviando una delegación con un manifiesto adhiriendo al Congreso de la Paz —adhesión condicionada a que éste apruebe el manifiesto— y comprometiéndose a "sostenerlo enérgicamente y a tomar parte en todo cuanto emprenda para realizar la abolición de los ejércitos permanentes y el mantenimiento de la paz, con el fin de alcanzar lo más pronto posible la emancipación de la clase obrera y para librarse, al mismo tiempo, del poder y la influencia del capital ...".
El Congreso por la Paz no aprueba el manifiesto de la Internacional.

Primeras batallas de la A.I.T.

Al entrar en su tercer año de vida comienza para la Internacional un período de luchas encarnizadas.
En 1867 estalla la insurrección de Irlanda, pero es fácilmente dominada. Marx sentía una gran simpatía por la causa de los irlandeses. Consideraba su liberación como la condición necesaria de la emancipación de la clase obrera inglesa (y de ésta dependía la del proletariado europeo). Llegó a la conclusión de que era imposible derrocar a la oligarquía de los terratenientes ingleses mientras éstos tuviesen en Irlanda su baluarte inexpugnable.
Cuando se discute el problema irlandés en el seno del Consejo Federal, Marx y sus partidarios advierten que no solamente está en juego el derecho de un pueblo a disponer de sí mismo; es necesario asegurar el apoyo del proletariado inglés a la lucha emancipadora del pueblo irlandés oprimido; los obreros ingleses deben combatir la política de las clases dominantes de su país. Pero la mayor parte de los líderes trade-unionistas rechazan esta propuesta demostrando su incapacidad para liberarse de la tutela del partido liberal y se niegan a romper con la política de opresión que las clases dominantes inglesas ejercían contra la nación irlandesa.
El Consejo General lleva la lucha adelante. Sus campañas en favor de la amnistía de los revolucionarios irlandeses y del levantamiento de la pena capital que se les impuso adquieren resonancia mundial y logran para la Internacional la adhesión de los obreros irlandeses.
En Francia el gobierno se disponía a liquidar a la Internacional. Luis Napoleón Bonaparte, que durante tres años había tolerado las actividades y el avance de la Asociación porque le servían para intimidar a la burguesía, comenzó a inquietarse.
La Asociación había hecho enormes progresos en París y sobre todo en las provincias. Además, el movimiento huelguístico empezaba a tomar proporciones alarmantes.
En marzo de 1868 se monta el primer proceso a la sección parisiense de la Internacional. Sus dirigentes son acusados de participar en una asociación no autorizada que cuenta con más de veinte personas. Los condenan a pagar una multa de veinte francos y se clausuran sus oficinas. Pero los trabajadores no se amilanan; pocos días más tarde abren nuevas oficinas en París y se designa una nueva comisión. Entonces el gobierno pretexta su supuesta intervención en la huelga de Ginebra para procesar a la nueva comisión. Esta vez son condenados a tres meses de cárcel.
Sin embargo, estas dificultades van a fortalecer a la sección francesa. Se observa un notable desarrollo de las organizaciones obreras y, paralelamente, de la Internacional. Cuando se celebró el Congreso de Ginebra en (1866) la Internacional tenía en Francia cerca de 500 adherentes. Hacia 1868 sus afiliados llegaban a 2.000. Después del segundo proceso y hasta los primeros meses de 1870 el número de sus miembros ascenderá a 245.000.

El auge de la Internacional

La serie de huelgas desencadenadas en todos los países industrializados a raíz de las consecuencias de la crisis de 1866 y sobre todo de la recuperación posterior, fue uno de los factores más poderosos del auge de la Internacional. A su vez, esos grandes movimientos colectivos ejercerían una profunda influencia en los dirigentes de la A.I.T.
El Consejo General asesoraba a los obreros en huelga y movilizaba la solidaridad internacional del proletariado. Así arrebataron a los capitalistas el manido recurso que tan útil les había sido hasta entonces de romper las huelgas con mano de obra extranjera. Si bien el Consejo General no alcanzó en ninguna parte a fomentar los movimientos huelguísticos, el papel que desempeñó en los mismos le deparó excelentes resultados. Su prestigio sobrepasaba con creces su poder real, aunque los capitalistas no quisieran o no pudieran comprender que las huelgas tenían su verdadero origen en la pobreza, en la inseguridad de una clase obrera que tenía cada vez más conciencia de su explotación antes que en los designios y manejos secretos de una todopoderosa Internacional, ese verdadero demonio que había que destruir para que el mundo burgués pudiera conciliar la paz.
Así, cada huelga de trascendencia se convertía en una lucha de vida o muerte para la Internacional, pero ésta salía de la contienda siempre más robustecida.

Por ejemplo, la huelga de la construcción que se declara en Ginebra en la primavera de 1868. Los obreros solicitan un aumento de salarios y la reducción de la jornada de doce a diez horas. Para satisfacer la demanda de los huelguistas la patronal exige a éstos que renuncien a la Internacional. Los huelguistas rechazan la propuesta y consiguen el apoyo del Consejo General y de las secciones de varios países, logrando llevar adelante sus planteos.

La huelga de los cinteros de Basilea estalla en otoño de 1868 y se prolonga hasta la primavera siguiente. Su motivo: la negativa de los capitalistas a conceder un par de horas de descanso al llegar los últimos días de la feria de otoño, tal como gozaban tradicionalmente desde hacía mucho tiempo. La huelga se prolonga varios meses hasta el triunfo de los huelguistas.

Las colectas organizadas por el Consejo General en diversos países para sostener las huelgas de Ginebra y Basilea han recaudado importantes sumas que hieren la imaginación de los capitalistas. La eficacia de la solidaridad proletaria sigue siendo un enigma para la prensa burguesa, que recubre su ignorancia con calumnias acerca de los fabulosos fondos de la Internacional, que, según ella, permiten no sólo sostener sino fomentar las huelgas. Engels diría más tarde que, a pesar de los famosos "millones de la Internacional", el Consejo casi nunca había dispuesto más que de deudas. El Consejo jamás fue llamado para financiar las huelgas; su papel era otro: crear un centro de cooperación entre los proletarios de diferentes países que aspiraban a la misma meta: la completa liberación de la clase obrera.

Por su parte, ésta reacciona favorablemente. Los ecos de las huelgas llegan a todos lados. Se oyen en Alemania, en la que sólo existen algunas ramas aisladas, y aún en los Estados Unidos, donde la Internacional recién comienza a consolidarse como fruto del trabajo de los exiliados políticos europeos.

Congreso de Bruselas

Representantes de siete países participan en el tercer Congreso que se realiza en Bruselas del 6 al 13 de setiembre de 1868. Por primera vez asiste un delegado de las asociaciones obreras de Cataluña. Como representantes del Consejo General concurren, entre otros, Lucraft, Shaw, Jung y Eccarius.

El congreso reconoce que la huelga es un arma necesaria y legítima de la clase obrera, aunque por sí misma no podrá lograr la liberación del trabajador. Aprueba también una resolución que exhorta a todas las secciones y asociaciones obreras a utilizar contra la guerra internacional el arma de la huelga general. Y hace un llamado a las secciones para que en sus respectivos países realicen campañas de agitación a fin de obtener la reducción de la jornada de trabajo.

El belga De Paepe plantea el problema de la propiedad de la tierra, cuya discusión se había aplazado en el congreso anterior. A pesar de la oposición de los proudhonianos se declara que la tierra debe ser propiedad colectiva, así también las canteras y todas las minas, al igual que los ferrocarriles, canales, telégrafos y otros medios de comunicación. Al aprobar esta resolución el Congreso de Bruselas marca una etapa importante en la elaboración del programa de la Asociación Internacional de Trabajadores, que desde ese momento aparece como marcadamente socialista. El congreso rompe definitivamente con la Liga de la Paz y de la Libertad. Esta organización iba a realizar un nuevo congreso en Berna, y a petición de Bakunin invitó a la Internacional a trabajar en forma conjunta sobre la base de un amplio programa común. La Internacional rechaza la propuesta y

"...el sometimiento económico del trabajador a los monopolizadores de los medios de trabajo es la base de la servidumbre en todas sus formas, de toda miseria social, de toda degradación intelectual y dependencia política...". Del Preámbulo de los Estatutos de la Asociación Internacional de Trabajadores.

La acción política de la clase obrera

Vistos los considerandos de los estatutos originales, donde dicen: "La emancipación económica de los trabajadores es el gran objetivo al cual todo movimiento político debe ser subordinado, COMO MEDIO";
Visto el llamamiento inaugural de la Asociación Internacional de los Trabajadores (1864), que dice: "Los señores de la tierra y los señores del capital se servirán siempre de sus privilegios políticos para defender y perpetuar sus monopolios económicos. Bien lejos de impulsar la emancipación, continuarán oponiendo los mayores obstáculos posibles. La conquista del poder político es, en consecuencia, el primer deber de la clase obrera . . .";
Vista la resolución del Congreso de Lausana (1867), que a este efecto dice: "La emancipación social de los trabajadores es inseparable de su emancipación política";
Vista la declaración del Consejo General sobre el pretendido complot de los internacionalistas franceses, en vísperas del plebiscito (1870), donde dice: "Al tenor de nuestros estatutos, ciertamente todas nuestras secciones de Inglaterra, del Continente y de América tienen la misión especial no solamente de servir de centros de organización militante de la clase obrera, sino también de sostener en sus países respectivos todo movimiento político que tienda a cumplir nuestro objetivo final: la emancipación económica de la clase obrera";
Teniendo en cuenta que transcripciones infieles de los estatutos originales han dado lugar a interpretaciones falsas que han sido perjudiciales para el desenvolvimiento y la acción de la Asociación Internacional de los Trabajadores;
En presencia de una reacción sin freno que ahoga violentamente todo esfuerzo de emancipación de parte de los trabajadores y que pretende mantener por la fuerza bruta la distinción de las clases y la dominación política de las clases poseedoras;
Considerando, de otra parte, que en contra de este poder colectivo de las clases poseedoras, el proletariado no puede reaccionar como clase más que constituyendo su propio partido político, distinto, opuesto a todos los antiguos partidos formados por las clases poseedoras;
Que esta constitución del proletariado en partido político es indispensable para asegurar el triunfo de la revolución social y de su aspiración suprema: la abolición de las clases;
Que la coalición de fuerzas obreras ya obtenida por las luchas económicas debe también servir de palanca en las manos de esta clase en su lucha contra el poder político de sus explotadores.
La Conferencia recuerda a los miembros de la Internacional: que en la actuación de la clase obrera, su movimiento económico y su acción política están indisolublemente unidos.
Aprobada en la Conferencia de París en 1871.

Tomado de Amaró del Rosal, *Los congresos obreros internacionales en el siglo XIX*, pp. 215 a 216.





El año 1870 presenció movimientos huelguísticos de especial importancia. Algunos fueron reprimidos violentamente: en Aubin se registraron catorce muertos y en los yacimientos de hulla del Loira veinte huelguistas murieron ametrallados por el ejército, incluyendo mujeres y niños.

a su vez la invita a disolverse indicando que sus miembros pueden transferir su afiliación a la Internacional.

Bakunin y la Alianza Internacional

Uno de los principales miembros de la Liga era Miguel Bakunin, viejo revolucionario ruso que ya había participado en el congreso de la Paz de Ginebra y se incorporó a la Internacional en julio de 1868. En el congreso de Berna presentó un programa en defensa de la igualdad de las clases para que la Liga lo adoptase. Pero ésta lo rechazó. El y sus partidarios quedaron en minoría y se separaron de la organización fundando entonces la Alianza Internacional de Democracia Social.

Bakunin redactó el programa de la nueva asociación, en el que entre otras cosas expresaba: "La Alianza se declara atea. Ella quiere, ante todo, la igualdad política, económica y social de las clases y de los individuos de ambos sexos . . .".

La Alianza solicitó su incorporación a la Internacional, pero el Consejo General rechazó su solicitud porque pretendía conservar su propia organización como entidad internacional para actuar dentro, aunque también al margen, de la A.I.T. La Alianza ofreció entonces disolverse como organismo internacional e invitar a sus secciones a ingresar en las federaciones locales de la Internacional. En estas condiciones el Consejo General aceptó a la Alianza, que se incorporó a la Federación de Ginebra.

Con fecha 22 de diciembre de 1868 Bakunin escribía a Marx desde Ginebra: "Mi viejo amigo: nunca he comprendido mejor que ahora cuánta razón tienes al abrazar la gran cruzada de la revolución económica, invitándonos a seguirla y despreciando a cuantos se extravían por senderos nacionales o exclusivamente políticos. Yo hago ahora lo mismo que tú vienes haciendo desde hace más de veinte años. Desde aquella despedida pública y solemne con que me separé de los burgueses del Congreso de Ginebra no conozco más sociedad ni otro mundo circundante que el mundo de los obreros. Mi patria es ahora la Internacional, entre cuyos más destacados fundadores te cuentas tú. Ya ves, pues, querido amigo, que soy discípulo tuyo, y me siento orgulloso de serlo. Y no te digo más de mi posición y de mis ideas personales".

Marx y Bakunin eran viejos conocidos. En octubre de 1864 se habían encontrado en Londres y Marx le expuso los planes de la Internacional, comprometiéndolo a ingresar en ella. Bakunin quedó entusiasmado, pero por poco tiempo, y en seguida regresó a Italia, donde creía ver las condiciones propicias para la agitación revolucionaria.

Una intelectualidad republicana, una masa campesina al borde de la miseria y un proletariado andrajoso eternamente descontento mantenían a Italia en constante tensión. La revuelta aparecía como la única forma factible de resistencia, organizada según los métodos de la conspiración. Fundó entonces una liga secreta de revolucionarios precursora de la Alianza Internacional. Muy pronto Bakunin reconoció su error. Los intelectuales mazzinistas dominaban el movimiento obrero, al que preferían recordarle sus deberes antes que sus derechos, alejando así las perspectivas revolucionarias. Se instaló entonces en Ginebra a partir de 1867 y actuó en la Liga de la Paz y la Libertad, hasta que en 1868 ingresó en la Internacional.

La lucha de tendencias en el seno de la Internacional

La Internacional no era un partido con una ideología definida y unitaria. Por el contrario, en su seno convivían las más diversas tendencias.

Hasta 1868 las disputas internas entre los miembros de la Internacional se habían limitado a las discusiones entre los partidarios de Marx y los proudhonianos, que eran mayoría. Pero a partir de ese año, mientras se observa el repliegue de estos últimos, se produce un nuevo avance de los blanquistas y de los sindicalistas colectivistas, cuyo representante más destacado es Varlin. Al incorporarse Bakunin se inaugura el conflicto entre su grupo y los marxistas, que culminará en el Congreso de La Haya con la derrota de los anarquistas y la exclusión de sus líderes, Bakunin y Guillaume.

¿Alrededor de qué puntos giraba la polémica?

En primer lugar, el problema en torno al Estado, que para Bakunin era el enemigo principal. Veía en el Estado el origen del capital: los burgueses poseen su capital únicamente por obra y gracia del Estado. Si el Estado es el mal fundamental, terminando con él el capitalismo caerá solo. Por consiguiente, consideraba incorrecto todo aquello que directa o indirectamente pudiera sostener la vigencia del Estado. De ahí que predicara la necesidad de abstenerse por completo de toda acción política; la actividad política del proletariado sólo servía para apuntalar el sistema capitalista, paralizando su acción revolucionaria. Para los marxistas, en cambio, el Estado es un producto de la sociedad surgido históricamente como órgano de dominación y opresión de las clases explotadoras sobre las explotadas, para reproducir las relaciones sociales que les permitan mantener sus privilegios. La abolición de la propiedad privada de los medios de producción es el primer paso para la desaparición de las clases sociales. Según Engels, "las clases desaparecerán de un modo tan inevitable como surgieron en su día. Con la desaparición de las clases desaparecerá inevitablemente el Estado". Además, "sin revolución social previa, la abolición del Estado es



En la ilustración superior: Eugene Varlin, el más destacado líder de los sindicalistas colectivistas. Abajo: Carlos Longuet, quien, además de participar activamente en la fundación de la Internacional, tomó parte en las jornadas de la Comuna de París.

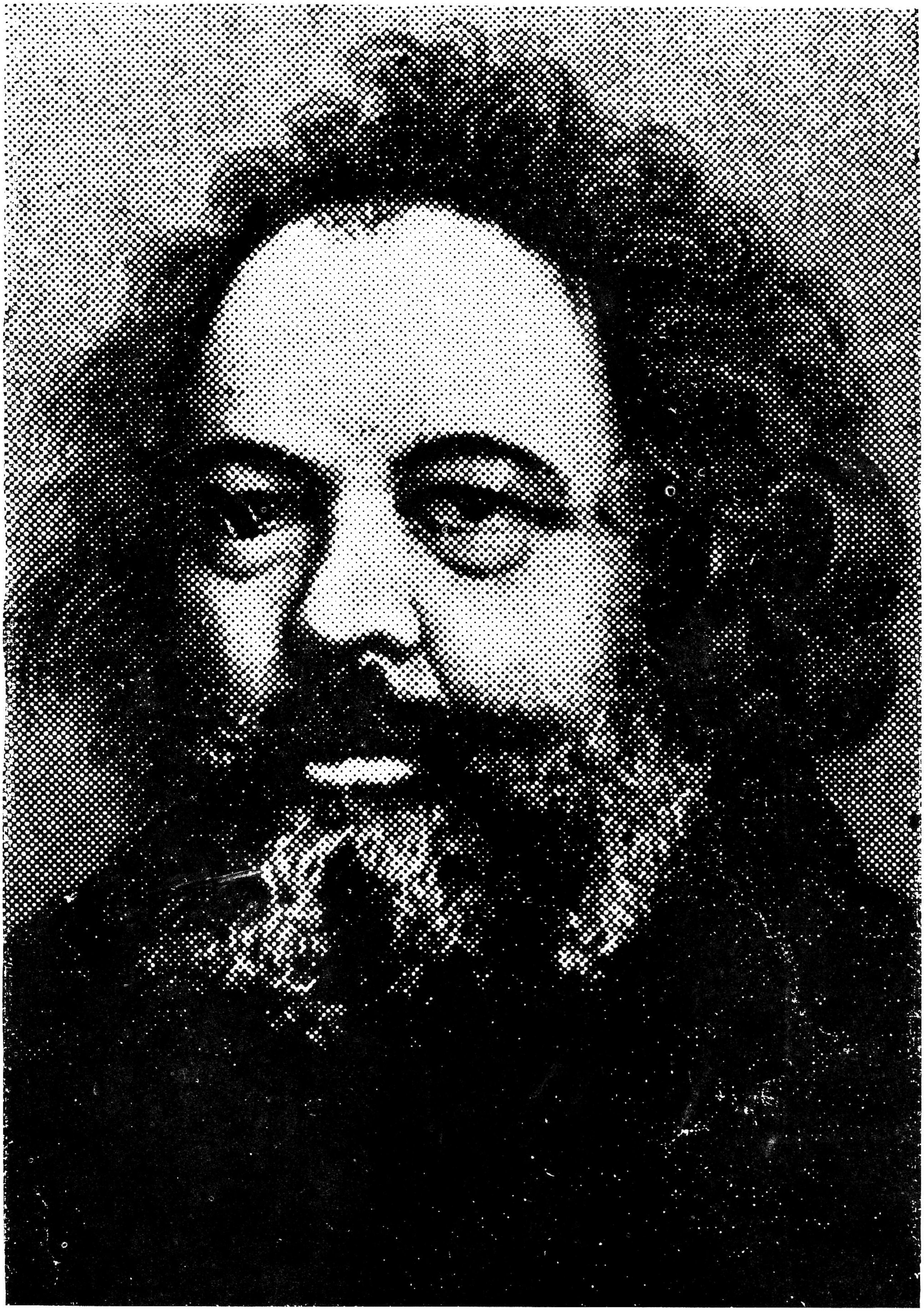


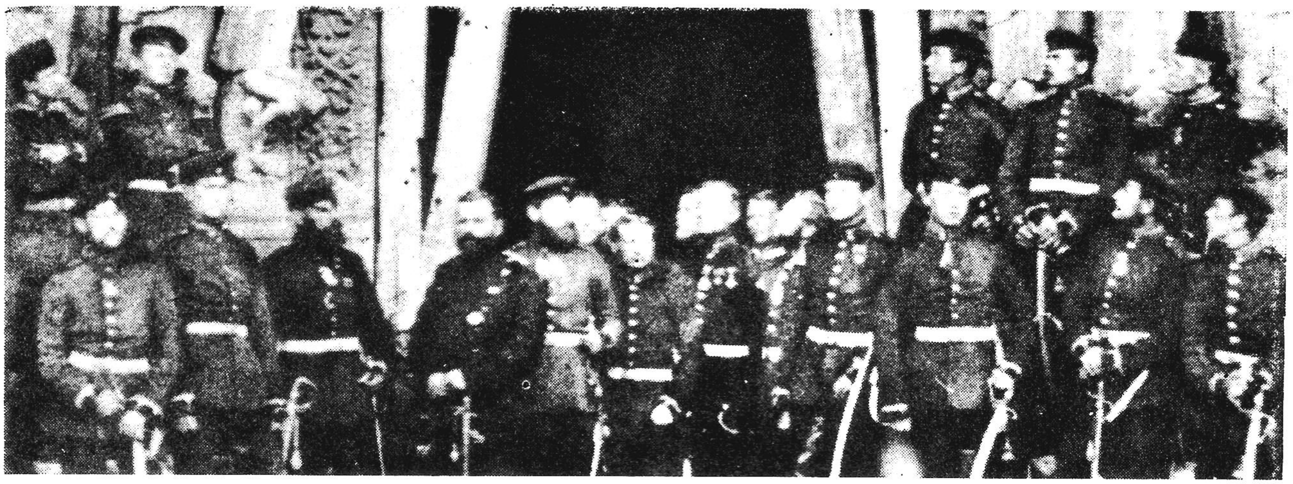
Miguel Bakunin, participante del Congreso de Ginebra e incorporado a la Internacional en 1868, escribía a Marx ese mismo año: "Nunca he comprendido mejor que ahora cuánta razón tienes en abrazar la gran cruzada de la revolución económica, invitándonos a seguirla y despreciando a cuantos se extravían en senderos nacionales o exclusivamente políticos".

un disparate: la abolición del capital es en sí misma la revolución social e implica el cambio de todo método de producción". Los marxistas eran fervientes partidarios de la práctica política de la clase obrera, cuya meta es la conquista del poder. En cuanto a la Internacional, Marx la concebía como un movimiento que debía actuar bajo una dirección central y unificada, aunque las secciones nacionales estuviesen en libertad de formular su propia política, acorde con la realidad de cada país. Bakunin insistía en que todos los movimientos —nacionales y locales— debían gozar de absoluta libertad de acción sin recibir instrucción alguna de un núcleo central.
Estas eran las divergencias de fondo que en la Internacional separaban a los centralistas o "comunistas autoritarios", como los designaban sus adversarios, de los "federalistas" o "colectivistas libres".

El movimiento obrero hacia 1870

El año de 1868 había sido fértil en huelgas, pero en 1869, con el retorno de la prosperidad económica, el movimiento huelguístico se intensifica y en todos los países donde funciona la Internacional aumenta el número de los obreros afiliados a los sindicatos.
Las huelgas se suceden unas a otras: en enero, paran los tejedores de algodón en Roven; en marzo, los obreros de la construcción en Ginebra; en abril, los tipógrafos de Seraing, Ginebra y Bélgica; en junio, los mineros de Saint-Etienne; en julio, los tejedores de seda le Lyon; en octubre, los tejedores de algodón de Elbeuf y los mineros de Aubin; en noviembre y diciembre, olas de huelgas en París: son los pinceleros, los tejedores, los hilanderos, los peleteros.
Muchas de estas huelgas son reprimidas violentamente; en Aubin se registran 14 muertos y 20 heridos; en los distritos hulleros del Loira los huelguistas son ametrallados: mueren 20 obreros, entre ellos dos mujeres y un niño. Pero es en Bélgica donde la represión se agudiza. "La tierra no efectúa su vuelta anual con mayor seguridad que el gobierno belga su matanza anual de obreros [. . .] el Estado modelo del constitucionalismo continental, paraíso placentero y bien cercado de terratenientes, capitalistas y curas", así reza el vibrante mensaje del Consejo General, convocando al proletariado para que auxilie a los obreros de Bélgica caídos en Seraing y en Borinage.
La reacción se inquieta por el gran auge que va adquiriendo la Internacional. El *Times* expresa: "Es preciso remontarse al origen del cristianismo o a la época de la invasión de los bárbaros para encontrar un movimiento análogo al de los obreros de hoy, que parece amenazar la civilización actual de un fin parecido al que los hombres del Norte han infligido al mundo antiguo . . .".
¿Cuál es la situación del movimiento obrero?
En Francia las persecuciones a los internacionalistas sólo consiguen aumentar el número de los afiliados a la A.I.T. mientras se multiplican las asociaciones obreras.
En mayo de 1869 se realizan elecciones generales. Los obreros franceses, que no presentan candidatos propios, dan su voto a los de la extrema izquierda burguesa, contribuyendo a la ruidosa derrota de Luis Napoleón.
En España, la revolución constitucional de 1868 ha permitido que el movimiento obrero se organice y la Internacional se desarrolle de prisa bajo el influjo de las tendencias anarquistas y sindicalistas.
También en Italia se observa una rápida difusión de las organizaciones obreras, tanto en el norte como en Nápoles y en ciertas regiones de Sicilia.
En Inglaterra, durante el congre-







La guerra franco-prusiana —finalizada con la derrota del ejército francés en Sedán— provocó la caída del Imperio y la consiguiente proclamación de la república burguesa. La presencia de los oficiales prusianos en París y la caricatura hiriente contra Napoleón III son imágenes elocuentes de la situación.

so que celebran las trade-unions en Birmingham, se invita a todos los obreros organizados del Reino Unido a incorporarse a la Internacional.
En Alemania, la cuestión nacional mantiene dividida a la clase obrera y representa un grave obstáculo para el avance del movimiento sindical. Muchos de sus principales dirigentes son partidarios de Lassalle (muerto en 1863) y apoyan la unificación alemana bajo la hegemonía de Prusia. Otros se oponen a todo lo que refuerce el dominio de Prusia, centro del poder autocrático y militarista. Pero en 1869 se funda en Eisenach el partido social-demócrata cuando grupos escindidos de los lasalleanos se unieron con Bebel y Liebknecht sobre la base de un programa de inspiración marxista.
El movimiento obrero de Austria-Hungría, surgido después de la derrota de la guerra austro-prusiana de 1866, aunque todavía débil, avanza lentamente y las masas obreras comienzan a afluir bajo las banderas de la Internacional, que en estos momentos se halla en el cenit de su trayectoria.

El Congreso de Basilea

Participan representantes de nueve países, que deliberan del 6 al 11 de setiembre de 1869. El Consejo General envió a Eccarius y a Jung, a los que acompañaban dos de los más prestigiosos trade-unionistas: R. Applegarth y Lucraft. Entre los delegados franceses figuraba Varlin, nuevamente en libertad. Asiste por primera vez un representante de los Estados Unidos, el delegado de la Unión Nacional del Trabajo, A. Cameron, y Bakunin hace su primera aparición en un congreso de la Internacional.
Se vuelve a tratar el problema de la propiedad de la tierra y con la oposición de los proudhonianos se consagra el derecho de la sociedad a convertir el suelo en propiedad colectiva.
El Congreso acuerda ampliar los poderes del Consejo General dándole facultades para admitir o negar el ingreso a la Internacional y para suspender o expulsar a las secciones que contravinieran el espíritu de la Asociación, ambas medidas *ad referendum* del Congreso.
Uno de los temas más debatidos es la cuestión de la herencia. El Consejo General presenta un dictamen, elaborado por Marx, puntualizando que las leyes sobre la herencia, como el conjunto de la legislación burguesa, no son la causa sino el producto de una sociedad fundada en la propiedad privada de los medios de producción. Cuando ésta sea reemplazada por la propiedad colectiva, el derecho a la herencia desaparecerá automáticamente. Mientras tanto, y como medida de transición, el Consejo General propone aumentar los impuestos sobre la herencia.
La comisión designada por el congreso para estudiar el problema aconseja declarar la abolición del derecho de herencia como una de las reivindicaciones fundamentales de la clase obrera.
Bakunin apoya el dictamen de la comisión sosteniendo que las instituciones sancionadas por el estado, como el derecho de herencia, llegaban a tener en el desarrollo histórico un poder determinante por sí mismas. Atacarlas era parte de la lucha necesaria contra el Estado. Sus razonamientos convencen a la mayoría, que vota por el despacho de la comisión. Sin embargo, ninguna de las dos propuestas obtiene la mayoría absoluta, necesaria para tomar una decisión definitiva. Aunque el resultado de la votación demuestra que la influencia de Bakunin no es desdeñable.
Las resoluciones del congreso acerca de la propiedad colectiva del suelo levantaron una explosión de alegría en el mundo proletario.
En Ginebra se publicó un manifiesto redactado en Alemania y dirigido a la población campesina, que luego se difundió rá-

Defensa de los acusados, realizada por Varlin, en el Tribunal Correccional el 22 de mayo de 1868. (Segundo proceso a la Sección parisiense de la Internacional.) (Fragmentos)

La causa que nos trae ante vosotros no es nuestra en forma individual. No solamente es la de todos los miembros de esta vasta Asociación Internacional de la que somos aquí representantes, sino la de todos los trabajadores franceses, agrupados en sociedades de todo tipo, siempre toleradas, nunca autorizadas. Estamos pues en presencia de una ley que rechaza las costumbres de nuestra época, que la revolución de febrero derogó implícitamente, que la administración misma casi abandonó y que parece no conservarla más que como un arma de la que se sirve para atacar parcialmente según los hombres y las ideas.

Si ante la ley somos, vosotros jueces y nosotros acusados, ante los principios somos dos partidos: vosotros el partido del orden a todo precio, el partido de la estabilidad; nosotros el partido reformador, el partido socialista. Examinemos de buena fe cuál es ese estado social al que nosotros declaramos susceptible de mejorar y por lo cual nos consideráis culpables. La desigualdad lo carcome, la falta de solidaridad lo mata, los prejuicios antisociales lo oprimen en sus manos de hierro. Los goces no son más que para la minoría que los disfruta en lo que tienen de más refinado; la masa, la gran masa, languidece en la miseria y la ignorancia...

¿No pertenece a los noventa y nueve quien nace en la miseria, provisto de una sangre empobrecida, sufriendo algunas veces hambre, mal vestido, mal alojado, separado de su madre, que debe abandonarlo para ir al trabajo, pudriéndose en la suciedad, expuesto a mil accidentes y adquiriendo a menudo desde la infancia el germen de las enfermedades que le seguirán hasta la tumba? En cuanto tiene algo de fuerza, a los ocho años, por ejemplo, debe ir a trabajar, en una atmósfera malsana, donde, extenuado, rodeado de malos tratos y de malos ejemplos será condenado a la ignorancia e impulsado a todos los vicios. Llega a la edad de su adolescencia sin que su suerte cambie. A los 20 años es forzado a dejar a sus padres, que tienen necesidad de él, para ir a embrutecerse en los cuarteles o a morir en los campos de batalla, sin saber por qué. Si vuelve podrá casarse aunque desagrade al filósofo inglés Malthus y al ministro francés Duchâtel, que pretenden que los obreros no tienen necesidad de casarse y de tener una familia y que nada les obliga a seguir sobre la tierra cuando no pueden encontrar medios de vida. Se casa, por tanto; la miseria entra bajo su techo, con la carestía y el paro forzoso, las enfermedades y los hijos. Entonces, cuando ante la vista de la familia que sufre reclama una más justa remuneración de su trabajo, se le encadena por el hambre como en Preston; se le fusila como en la Fosse Lépine; se le encarcela como en Bolonia; se le entrega al estado de sitio como en Cataluña; se le arrastra ante los tribunales como en París... Ese desdichado cae en su calvario de dolores y de afrentas, su edad madura no tiene recuerdos, ve la vejez con espanto; si no tiene familia, o si su familia no tiene recursos, irá, tratado como un malhechor, a terminar en un depósito de mendicidad. Y sin embargo ese hombre ha producido cuatro veces más de lo que consumió. ¿Qué hizo la sociedad con el excedente? Hizo como la centésima paloma... Consultad la historia y veréis que todo pueblo, toda organización social que se valieron de la injusticia, y no quisieron escuchar la voz de la austera equidad, entraron en descomposición. Poned el dedo en la época actual, veréis allí un odio sordo entre las clases..., el egoísmo desenfrenado y la inmoralidad en todas partes: hay en ella signos de decadencia, el suelo se hunde bajo nuestros pies. ¡Tened cuidado! Una clase que fue oprimida en todas las épocas y en todos los reinos, la clase del trabajo, pretende llevar un elemento de regeneración; sería prudente por vuestra parte saludar su advenimiento racional y dejarla cumplir su obra de equidad... Cuando una clase perdió la superioridad moral que la hizo dominante, debe apresurarse a desaparecer si no quiere ser cruel, porque la crueldad es el destino común de todos los poderes que caen...

Tomado de Edouard Dolléans, *Historia del movimiento obrero,* T. I.

pidamente por toda Europa. En Barcelona y en Nápoles se crearon las primeras secciones de obreros del campo. En un gran mitin realizado en Londres se fundó una Liga de Campesinos y Obreros que tenía por consigna: "la tierra para el pueblo"; en su comisión entraron representantes del Consejo General.

Bakunin y las discordias de Ginebra

En las secciones ginebrinas de la Internacional se manifestaban dos tendencias muy dispares. Por una parte, los obreros calificados de la industria joyera y relojera, que eran nativos del país, gozaban de derechos electorales y actuaban políticamente con los burgueses radicales. Por otra, los obreros de la construcción, extranjeros en su mayoría, que no tenían derecho al voto; se oponían a la actividad política y eran partidarios de la acción revolucionaria directa tal como la entendía Bakunin. Este también encontró adeptos entre los relojeros del Jura, que no eran obreros calificados sino pequeños industriales, domiciliados en su mayoría, cuya existencia empezaba a verse amenazada por la competencia.

En abril de 1870 se reúne en La Chaux-des-Fonds el Congreso de la Federación Latina y se produce la ruptura violenta entre las dos tendencias. A partir de ese momento sesionan dos congresos. El de la Federación Latina designa un nuevo Consejo Federal, que seguirá residiendo en Ginebra, como el anterior.

Los anarquistas también designan su Consejo Federal con sede en La Chaux-des-Fonds y solicitan a la Internacional que lo reconozca como el único y legal de la Suiza Latina. El Consejo General no accede y resuelve que el Consejo Federal Latino (que representaba a la mayoría de las secciones de Ginebra) conserve su título y que el es-



En la ilustración superior: la Bolsa de París, en un grabado de Doré.

En la inferior: una de las frecuentes huelgas que tuvieron lugar en las fábricas de Creusot.



tablecido en La Chaux-des-Fonds adopte el título local que estime más conveniente. Pero éste no acepta el fallo y protesta vivamente contra el "autoritarismo" del Consejo General, haciendo pública la división existente en el seno de la Internacional.

La guerra franco-prusiana

En Francia, a comienzos de 1870, Napoleón III aventuró la última tentativa desesperada para salvar al régimen, haciendo concesiones a la burguesía. Había programado un plebiscito con el que esperaba consolidar el Imperio. En vísperas del mismo, la policía descubrió un pretendido complot terrorista —que se decía organizado por la Internacional— para asesinar al emperador. Se ordena la captura de los afiliados a la A.I.T. y muchos dirigentes obreros son detenidos. El Consejo General sale en defensa de los internacionalistas franceses protestando contra los procedimientos policíacos: "Las medidas sensacionalistas de violencia tomadas contra nuestras secciones francesas no tienen más designio que servir a un fin: la manipulación del plebiscito".

Así fue. Por siete millones de votos contra un millón y medio las urnas consagraron al "Imperio liberal".

Se inicia un nuevo proceso contra los internacionalistas franceses, a los que se acusa de haber integrado una sociedad secreta. El 9 de julio son condenados a un año de prisión Varlin, Malon, Murat y otros. Casi simultáneamente se desencadenaba la tormenta que haría trizas al Segundo Imperio.

El 15 de julio estalla la guerra entre Francia y Prusia. Sus consecuencias iban a influir notoriamente en el futuro de la Internacional.

El 23 de julio el Consejo General publica un manifiesto, redactado por Marx y dirigido a los miembros de la A.I.T. de Europa y Norte América, advirtiendo que "el complot guerrero de 1870 no es más que una edición corregida y aumentada del golpe de estado de 1851", pero que "ya sonaban las campanas de muerte del Segundo Imperio". Destaca que han sido las clases dominantes de Europa las que permitieron a Bonaparte representar aquella comedia cruel del Imperio restaurado, durante dieciocho años. "Si la clase obrera alemana permite que esta guerra pierda su carácter estrictamente defensivo y degenere en una guerra contra todo el pueblo francés, serán igualmente funestas la victoria y la derrota". El manifiesto hacía referencia a las demostraciones antibélicas de los obreros franceses y alemanes y ponía de relieve que en el fondo de esta lucha suicida acechaba la sombra funesta de Rusia.

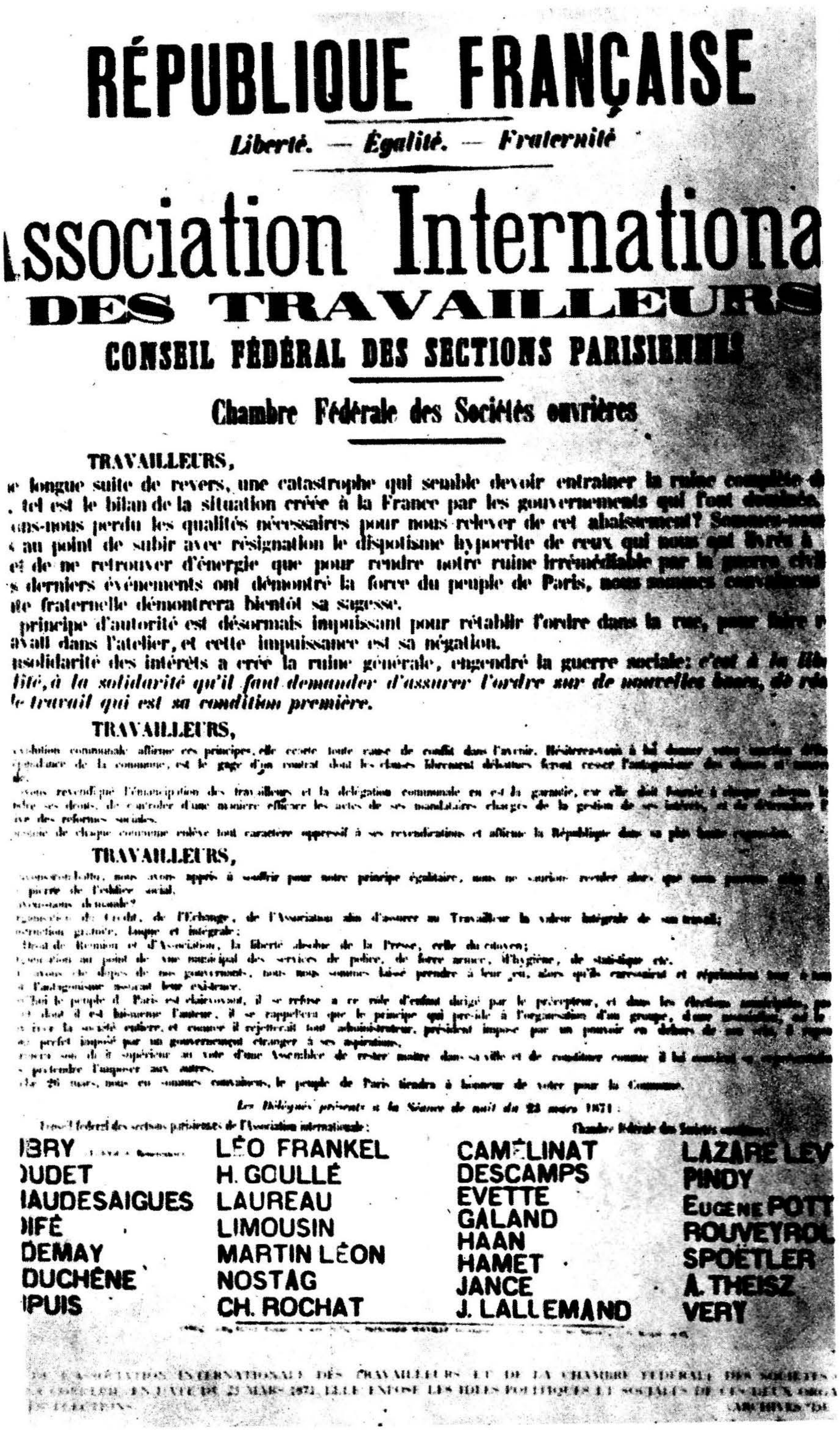
El 2 de setiembre el ejército francés es derrotado en Sedán y el emperador cae prisionero. El Imperio se derrumba y el 4 de setiembre se proclama en París la república burguesa.

Bismarck, que en reiteradas ocasiones había manifestado que la guerra no estaba dirigida contra el pueblo de Francia sino contra su emperador, ahora exige la cesión de territorios y prosigue la guerra empeñado en la conquista de Alsacia y Lorena. En Alemania se publica una proclama invitando a la clase obrera a luchar por una paz honrosa en Francia y contra la anexión de territorios. Los firmantes del documento son detenidos y procesados por alta traición.

El 9 de setiembre el Consejo General de la Internacional lanza su segundo manifiesto analizando la nueva situación. Hace notar que se ha cumplido su predicción sobre el fin del Segundo Imperio, al igual que su temor de que Alemania trocara la guerra defensiva en guerra de conquista. Admite que la clase obrera alemana apoyó esta guerra, que no estaba en sus manos evitar, mientras fue una guerra por la independencia de Alemania y por librar a este país y a Europa entera del Segundo Imperio. Pero ahora la clase obrera exige una "paz honrosa" para Francia y el "reconocimiento de la República Francesa".

Acerca de la nueva situación de Francia, afirma que la República no ha volteado el trono; sólo se limitó a ocupar su vacante. El gobierno provisional con sus primeros actos demostraba que había heredado del Segundo Imperio el miedo a la clase obrera. Entretanto el ejército prusiano ocupaba gran parte del territorio francés y mantenía el sitio de París. Los nuevos ejércitos reclutados en Francia son rápidamente derrotados. Ante esta situación el gobierno de la burguesía firma un armisticio con Bismarck. Las condiciones impuestas son: la cesión de Alsacia y Lorena, el pago de una cuantiosa indemnización y la ocupación de París por el ejército prusiano.

Pero a los ojos del pueblo de París el armisticio es una entrega deshonrosa. Se suceden las manifestaciones callejeras de protesta, a duras penas contenidas por los soldados y la policía. El gobierno burgués y reaccionario de Thiers decide trasladar todos los órganos administrativos y políticos a Versalles por miedo a la insurrección popular y el Comité Central de la Guardia Nacional, compuesta por obreros, queda como única autoridad. Dispuestos a que París sea gobernada por sus propios habitantes, convocan a elecciones comunales. De ellas surge el gobierno de la Comuna, que —al decir de Marx y de Engels dos años después— "eleva por primera vez al proletariado, durante dos meses, al poder político". Su revolución política integral se fue orientando hacia la revolución social. Las fuerzas populares de París la apoyaron decididamente. Los miles de muertos, prisioneros, desterrados y perseguidos que dejará como saldo la brutal represión que ahogó en sangre su intento demuestran ante todo que fue un gran hecho social y la experiencia más significativa del movimiento obrero en el siglo XIX.



RÉPUBLIQUE FRANÇAISE

Liberté. — Égalité. — Fraternité

ssociation Internationa

DES TRAVAILLEURS

CONSEIL FÉDÉRAL DES SECTIONS PARISIENNES

Chambre Fédérale des Sociétés ouvrières

TRAVAILLEURS,

e longue suite de revers, une catastrophe qui semble devoir entraîner la ruine complète d
, tel est le bilan de la situation créée à la France par les gouvernements qui l'ont dominée.
ons-nous perdu les qualités nécessaires pour nous relever de cet abaissement? Sommes-nous
s au point de subir avec résignation le despotisme hypocrite de ceux qui nous ont livrés à
et de ne retrouver d'énergie que pour rendre notre ruine irrémédiable par la guerre civi
s derniers événements ont démontré la force du peuple de Paris, nous sommes convaincus
ite fraternelle démontrera bientôt sa sagesse.
principe d'autorité est désormais impuissant pour rétablir l'ordre dans la rue, pour faire r
avail dans l'atelier, et cette impuissance est sa négation.
nsolidarité des intérêts a créé la ruine générale, engendré la guerre sociale; *c'est à la libe
lité, à la solidarité qu'il faut demander d'assurer l'ordre sur de nouvelles bases, de ré
le travail qui est sa condition première.*

TRAVAILLEURS,

TRAVAILLEURS,

Les Délégués présents à la Séance de nuit du 23 mars 1871 :

BRY	LÉO FRANKEL	CAMÉLINAT	LAZARE LEV
OUDET	H. GOULLÉ	DESCAMPS	PINDY
IAUDESAIGUES	LAUREAU	EVETTE	EUGENE POTT
DIFÉ	LIMOUSIN	GALAND	ROUVEYROL
DEMAY	MARTIN LÉON	HAAN	SPOËTLER
DUCHÊNE	NOSTAG	HAMET	A. THEISZ
IPUIS	CH. ROCHAT	JANCE	VERY
		J. LALLEMAND	

Los comuneros miembros de la Internacional se dirigen al pueblo de París durante los días de mayor tensión. Marx, desde Londres, mantuvo una estrecha correspondencia con los insurrectos de 1871.

Arriba: Bakunin —en un grabado que lo presenta en su juventud— organizó un ataque contra el Consejo General de la Internacional, declarando ilegal la Conferencia celebrada en Londres entre el 17 y el 23 de setiembre de 1871.



En la ilustración inferior: P. Lafargue. Yerno de Marx, participó en la creación de la Primera y Segunda Internacionales, contribuyendo luego a la formación del Partido Socialista Español.



Aplastada la Comuna, Marx presenta al Consejo General de la A.I.T. el tercer memorial, *"La guerra civil en Francia"*, donde explica su génesis y su significado asumiendo su defensa. Este manifiesto provoca la renuncia de los dirigentes trade-unionistas que integraban desde un principio el Consejo General, pero que no estaban dispuestos a solidarizarse con un movimiento tan radical. De este modo la Internacional pierde el apoyo importante —aunque desde hacía un tiempo sólo nominal— de los sindicatos ingleses. Es que las trade-unions, una vez obtenida la reforma electoral que daba el sufragio a los obreros, limitaron su acción al logro de mejoras en las condiciones de trabajo sin pretender modificar el sistema social existente.
El Consejo General se aboca a la ayuda de los fugitivos que se refugian en Londres, Bélgica y Suiza.
Simultáneamente, los gobiernos inician una campaña de persecución contra la Internacional, a quien ven como la instigadora y principal responsable de la insurrección de los obreros de París. Las secciones de la A.I.T. son declaradas fuera de la ley en varios países, entre ellos Francia y España. El gobierno de este país se dirige a las cancillerías europeas reclamando una acción común de los gobiernos contra la Internacional. A estas dificultades se suman los conflictos internos que la van desgastando. La crisis desatada en Suiza antes de la guerra franco-prusiana se extiende a Italia y España, donde Bakunin recluta la mayoría de sus partidarios.

La Conferencia de Londres

Para eludir las persecuciones, el Consejo General decide realizar una Conferencia privada en lugar de un congreso público y en un lugar que ofreciese a los militantes obreros europeos más seguridad que el continente. La conferencia se reúne en Londres del 17 al 23 de setiembre con la presencia de 23 delegados. Francia sólo está representada por los refugiados blanquistas. Asisten Marx y Engels.
La decisión más importante de la Conferencia enfoca el problema de la acción política del movimiento obrero, declarando la necesidad de que el proletariado de cada país constituya su propio partido político independiente de todos los partidos burgueses.
En cuanto al conflicto planteado en Suiza, decide reconocer como único órgano al Consejo Federal de Ginebra. Invocando el espíritu de solidaridad, que entonces más que nunca debe guiar a los obreros ante las persecuciones desatadas contra la A.I.T., aconseja a los valientes obreros del Jura que vuelvan a incorporarse al consejo ginebrino. Si esto no resulta factible, resuelve que las secciones del Jura constituyan una nueva federación con el nombre de Federación Jurasiana. Además, se otorga al Consejo General la facultad de desautorizar a los supuestos órganos de la Internacional que expongan ante el público burgués los problemas internos de la Asociación, tal como hacían el *Progrés* y la *Solidarité* del Jura. Las secciones del Jura, disconformes con el fallo y muy influidas por Bakunin, organizan un ataque frontal contra el Consejo General. Consideran ilegal la Conferencia de Londres y envían una circular a todas las federaciones de la Internacional instándolas a solicitar la convocatoria de un Congreso a la brevedad posible. La circular —redactada por Guillaume— ataca violentamente al Consejo de Londres y lo acusa de considerar sus propias ideas e iniciativas como la teoría oficial y única admitida en la organización. Para Guillaume y todos los bakunistas los acuerdos de la conferencia de Londres han convertido a la Internacional en una organización autoritaria y jerárquica en manos del Consejo General. La circular es acogida con gran entusiasmo por la prensa burguesa de Europa, a la que sirve de apoyo para proseguir sus ataques contra la Internacional.

El Congreso de La Haya

El Consejo General convocó un Congreso en La Haya para setiembre de 1872. En él se libraría la batalla final dentro de la A.I.T. entre marxistas y bakunistas.
Es el más representativo celebrado hasta el momento. Asisten delegaciones numerosas de todos los países donde funcionaba la Internacional, excepto Italia y es el primero que cuenta con la presencia de Marx y Engels. La mayoría es favorable a Marx y la constituyen fundamentalmente los alemanes y los blanquistas franceses. El congreso sesiona del 2 al 7 de setiembre. Marx lee el informe del Consejo señalando todas las violencias y arbitrariedades que se ejercen contra la A.I.T., las persecuciones a que se ven sometidos sus militantes y las campañas de difamación como la que pretende achacar a la Internacional el gran incendio de Chicago. También enumera sus grandes progresos: su penetración en Holanda, Dinamarca, Portugal, Escocia, Irlanda; su difusión en los Estados Unidos, Australia, Nueva Zelandia y Buenos Aires. Cuando se discuten las atribuciones del Consejo General, Lafargue —yerno de Marx y representante de España— y Sorge defienden su necesidad por las exigencias de la lucha de clases; las luchas cotidianas de la clase obrera contra el capital no pueden librarse sin un organismo central directivo. Guillaume sólo admite su existencia como agencia central de correspondencia y estadística, pero despojado de todo poder autoritario. Marx aboga no sólo por que se conserven sino por que se amplíen las atribuciones del Consejo. Su propuesta es aprobada.

Antonio Federico Sorge, último secretario de la Primera Internacional. Gradualmente debilitada, la A.I.T. se disuelve en 1872, para resurgir, años más tarde, desarrollando nuevas formas de organización.

Otro de los problemas más debatidos es el de la acción política. Vaillant (blanquista francés) apoya la declaración de la conferencia de Londres, favorable a la actividad política de la clase obrera formando un partido distinto de los partidos burgueses. Guillaume se opone y sintetiza su propuesta contraria: "La mayoría quiere la conquista del poder político, la minoría quiere la destrucción del poder político". Triunfa la moción de Vaillant por 35 votos contra 6 y 8 abstenciones.

Cuando se discute la futura sede del Consejo General Engels propone su traslado a Nueva York, finalmente aprobado, aunque con la oposición de los blanquistas que se retiran del Congreso y lanzan un manifiesto afirmando que "intimada a cumplir con su deber, la Internacional no respondió. Esquivó la revolución y huyó al otro lado del Océano".

Por último, el Congreso trata oficialmente el dictamen de la comisión encargada de investigar las actividades de Bakunin y su Alianza. En el mismo se afirma que está probado que Bakunin ha intentado fundar una sociedad secreta dentro de la Internacional con estatutos radicalmente distintos; por eso propone su exclusión, la de Guillaume y algunos de sus partidarios. La propuesta es aceptada por la mayoría.

La resolución acerca de la acción política y la expulsión de Bakunin y Guillaume determinan la retirada de los anarquistas. La A.I.T. se escinde. Con el Congreso de La Haya concluye la historia de la Primera Internacional. Trasladado a Nueva York, su Consejo General no consigue echar raíces en el suelo norteamericano. También ahí reina la discordia entre las diversas secciones y son inútiles los esfuerzos de su secretario general, F. A. Sorge, para sacar a la Internacional adelante.

En 1873 se convoca un nuevo Congreso en Ginebra; sólo asisten alrededor de 30 delegados, casi todos suizos. Inglaterra, Francia, España, Italia y Bélgica no mandan representantes; tampoco lo hace el Consejo General, que languidece en Estados Unidos durante unos años más hasta que en 1876 se disuelve por decisión de la Conferencia de Filadelfia.

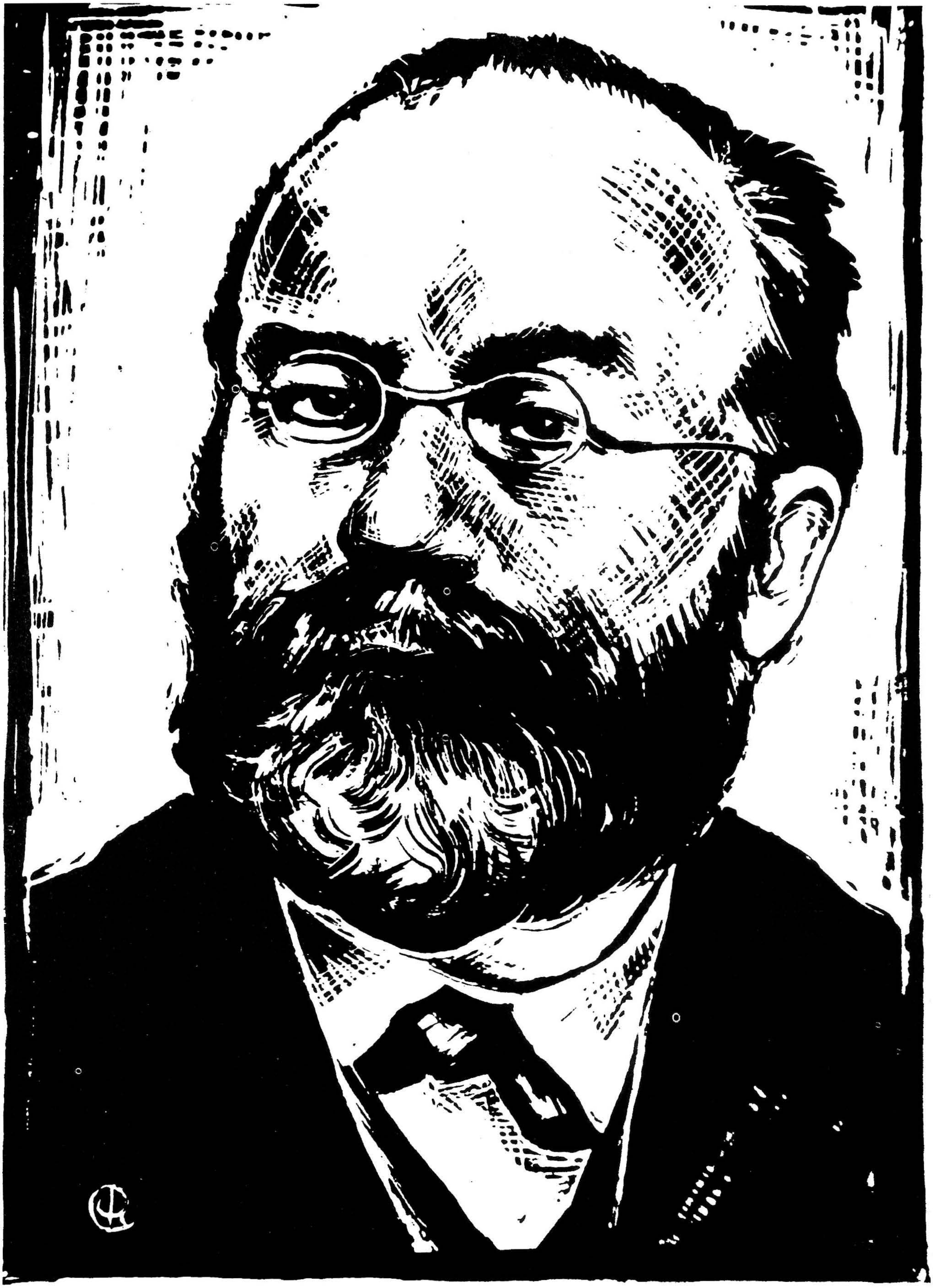
La Internacional creada por los bakunistas corre una suerte parecida. Al principio, además de los anarquistas, cuenta con sectores ingleses y con belgas dirigidos por de Paepe. Se reemplaza al Consejo General por una Oficina de Correspondencia. Pero, planteada nuevamente la controversia entre los partidarios de la acción política y los anarquistas, con el tiempo provocaría su disolución.

La quiebra de la Internacional

Ante todo es necesario tener en cuenta que mientras la A.I.T. está en pleno apogeo en toda Europa, su declinación se inicia en Inglaterra, donde pierde toda influencia. No caben dudas acerca de la importancia de este fenómeno para una Asociación que surgiera de la solidaridad entre los obreros franceses y los sindicatos británicos.

Paralelamente a la lenta desintegración de la base inglesa de la A.I.T., la escisión se proyecta sobre la Suiza Latina, aunque con características completamente distintas. En realidad, es la conferencia de Londres de 1871 la que confiere una importancia inesperada a Bakunin y un brillo internacional al pequeño centro anarquista del Jura. El veredicto del Congreso de La Haya contra Bakunin y Guillaume, seguido de la exclusión de la Federación Jurasiana por el Consejo General y la posterior fundación por los anarquistas de la Internacional "anti-autoritaria", aceleran las tendencias centrífugas, que acaban por imponerse.

El grueso de los militantes anarquistas se reclutan preferentemente en España, Italia, Bélgica y Suiza Latina.



La Federación inglesa disidente, adherida a la Internacional antiautoritaria, tiene ciertas reservas respecto de los anarquistas. En Alemania, los partidarios de Lasalle se acercan igualmente a los Jurasianos, pero el acuerdo sincero entre ambas tendencias se muestra impracticable.

Así como el Consejo General conserva algunas posiciones en España, Bélgica e Italia, también la Internacional anarquista tiene partidarios en Francia, Inglaterra, Alemania, Austria y América.

No sería acertado buscar en la situación económica la causa directa de la quiebra de la Internacional. La Asociación se desarrolla y luego declina en una fase de expansión del ciclo económico apenas interrumpida, hasta la gran crisis de 1873. La depresión pasajera de 1866, así como los problemas económicos regionales, no crean más que fluctuaciones de grado limitado. El clima favorable de la coyuntura económica es propicio a la expansión del movimiento obrero tanto en el plano organizativo como en el ideológico, pero no al punto de permitirle transformar radicalmente las bases de la sociedad. La fuerza de la burguesía es aún demasiado poderosa.

Después de 1871 la Internacional progresa en aquellos países que presentan un bajo nivel de desarrollo capitalista y, en consecuencia, un proletariado proclive al anarquismo; por el contrario, tiende al estancamiento y hasta el retroceso donde este nivel es más alto; si bien esta tendencia, nefasta para la Internacional, no coincide con un repliegue general del movimiento obrero en el país respectivo, excepto en Francia, donde después de la Comuna se halla paralizado. Mientras tanto, el trade-unionismo británico prosigue con éxito su marcha hasta la crisis de 1873, que va a sacudir sus bases. Por eso su separación de la Primera Internacional señala un cambio definitivo de orientación, pero no una decadencia.

A partir de la década de 1870 el movimiento obrero europeo experimenta una transformación general. La lucha de la clase obrera europea se va a canalizar por tres corrientes divergentes: a) los partidos social-demócratas, b) las trade-uniones y c) el anarquismo.

Se inicia un nuevo período bajo la apariencia de una paz relativamente durable entre los países de Europa. Lograda la unificación de Italia y Alemania, sobre todo esta última se lanza por el camino de la expansión económica.

Después de la crisis de 1873 los países capitalistas elaboran una nueva respuesta en salvaguarda del sistema: el imperialismo. Las potencias se orientan hacia la explotación de las colonias de ultramar y de los países semicoloniales y dependientes.

Las tensiones que agitaban a Europa, tales como las constantes amenazas de guerra y la suerte de las nacionalidades europeas oprimidas, pierden su agudeza. Junto con la paz aparente, la prosperidad y las nuevas perspectivas de democratización del régimen burgués tienen el efecto de replegar la acción del movimiento obrero hacia dentro de las respectivas fronteras nacionales, disminuyendo el entusiasmo internacionalista que presidiera el nacimiento de la A.I.T.

El nuevo centro de gravedad del movimiento obrero internacional —el partido social-demócrata alemán— prefiere sacar provecho de las posibilidades que se le ofrecen en la Alemania unificada. En otros países la extensión del derecho del sufragio, la libertad de prensa y el derecho de asociación prometen mejor porvenir a los grupos u organizaciones deseosos de seguir el ejemplo de los social-demócratas alemanes. Si la descarnada opresión reinante en la Europa del Segundo Imperio parecía imponer al movimiento obrero la búsqueda de la unidad, las nuevas condiciones que enmascaran la explotación actúan, al menos provisoriamente, en sentido inverso. La Internacional ha quedado vacía de contenido en muchas partes antes de su crisis definitiva.

La escisión de las tendencias no era la única causa de su quiebra. La A.I.T. ya había cumplido su ciclo. Fue la forma transitoria que el proletariado adoptara en la cruzada por su emancipación, cuyo carácter histórico la hacía necesaria a la par que perecedera.

Una nueva etapa se iniciaba para el movimiento obrero.

Bibliografía

G. D. H. Cole, *Historia del pensamiento socialista*. Volumen II. México, Fondo de Cultura Económica, 1958.

Amaro del Rosal. *Los congresos obreros internacionales en el siglo XIX*. México, Ed. Grijalbo, 1958.

Varios autores. *La Primera Internacional. Historia. Documentos. Polémica.* Buenos Aires, Ed. Del Calicanto, 1968.

J. Guillaume. *Biografía de M. Bakunin.* Madrid, Ed. Halcón, 1968.

F. Mehring. *Carlos Marx. Historia de su vida y de la Primera Internacional.* Buenos Aires, Ed. Claridad, 1965.

C. Marx, F. Engels. *Obras escogidas.* Buenos Aires, Ed. Cartago, 1957.

C. Marx, F. Engels. *Correspondencia.* Buenos Aires, Ed. Cartago, 1957.

Varios autores. *La Première Internacionale*, París, Centro National de la Recherche Scientifique, 1968.

La Comuna de París

Susana Belmartino

"La memoria de los soldados de la Comuna será honrada no solamente por los obreros franceses sino por el proletariado mundial." Lenin.

"... Yo seré despiadado; la expiación será completa y la justicia inflexible... Hemos alcanzado el objetivo. El orden, la justicia, la civilización obtuvieron al fin la victoria ... El suelo está cubierto de sus cadáveres; ese espectáculo horroroso servirá de lección." Con estas palabras Thiers, jefe del poder ejecutivo de la Tercera República Francesa, anunciaba el sometimiento de la Comuna, de "un gobierno —como afirmó Marx— de la clase obrera, fruto de la lucha de la clase productora contra la clase apropiadora, la forma política al fin descubierta para llevar a cabo dentro de ella la emancipación económica del trabajo".

El Imperio de Napoleón III había basado su dominación en una ficticia conciliación de clases. Pese a ello, los últimos años del régimen presenciaron un creciente desarrollo de la conciencia de clase entre los obreros. No es por azar que el Manifiesto de los Sesenta, donde se exige la emancipación social como corolario indispensable de la libertad política, haya aparecido en 1864, el mismo año en que se constituye en Londres la Primera Internacional. El movimiento obrero se disciplina y organiza con notable vigor entre 1868 y 1870, las huelgas comienzan a adquirir sentido político y en los dirigentes se afirma cada vez más el espíritu revolucionario. Resultado de este proceso será la Comuna, experiencia de liquidación del Estado opresor, breve pero fundamental, en la que participaron también las clases medias.

En los primeros meses de 1871, terminada en desastre la última aventura imperial de Napoleón III, derrotado el ejército francés por las fuerzas prusianas, la proclamación de la Tercera República no bastó para aliviar la tensión provocada por la crítica situación económica y social. La guerra había detenido los negocios y muchos pequeños comerciantes se encontraban amenazados por la ruina. La mayoría de los obreros estaba sin trabajo y dependía para su subsistencia de la indemnización de un franco y medio diario que recibían como miembros de la Guardia Nacional. Todo esto acercaba a los obreros y a la pequeña burguesía y favorecía la alianza entre ambas clases. Una alianza que se refuerza, así como el espíritu de rebelión, por el conjunto de medidas inoportunas y desacertadas tomadas por la Asamblea Nacional, reunida en Versalles.

Los parisienses habían soportado los efectos de un invierno atroz y de un sitio militar riguroso, habían apoyado de buena fe un gobierno de "Defensa Nacional" que estaba decidido, desde el primer momento, a hacer la paz con el enemigo, pero de ninguna manera estaban dispuestos a aceptar que la Asamblea, en la cual había mayoría monárquica, les arrebatara la República. Cuando el gobierno, delegado de esa Asamblea, intentó arrancar al pueblo las armas con que éste había contenido a los prusianos, se produjo la rebelión.

Se formó entonces un bloque, compuesto de obreros y miembros de la pequeña burguesía, que se opuso con violencia al gobierno, que había huido de París junto con la burguesía, y a la Asamblea monárquica. De esa oposición surgió la Comuna.

Para muchos parisienses la palabra Comuna no significaba otra cosa que el régimen municipal autónomo que se les había negado durante mucho tiempo; pero para los militantes revolucionarios la Comuna debía ser la antítesis directa del estado capitalista y burgués, el instrumento para lograr la emancipación del trabajo mediante la destrucción de los cimientos económicos sobre los que se estructura la sociedad de clases.

La represión, organizada desde Versalles por Thiers y sus partidarios, llegó a límites de crueldad no soportados anteriormente por ningún movimiento social en el mundo. El miedo de las clases altas francesas ante el París revolucionario destruyó en

Napoleón III en una caricatura de 1871. La política imperial estuvo dirigida a proteger los intereses económicos de la gran burguesía industrial y financiera.

ellas toda comprensión y todo sentimiento de piedad hacia los vencidos.

Francia bajo el Segundo Imperio

La gran burguesía industrial y financiera, eclipsada momentáneamente en la escena política por el triunfo de la Segunda República en 1848, retomó las riendas del Estado con Napoleón III, quien actuó como su representante en el poder. Salvada la diferencia generacional, la clase dominante bajo el Segundo Imperio fue la misma que actuó durante el reinado de Luis Felipe de Orleáns, y la política imperial estuvo directamente encaminada a conservar su apoyo y a proteger sus intereses económicos. Los nuevos nombres, casi desconocidos, que llegan al poder, como Morny o Baroche, se reclutan en la misma clase social. Los dirigentes en el campo económico, por el contrario, no han cambiado: Schneider y Talabot en la industria, Pereire, Rothschild y Delessert en las finanzas, sobrevivieron a la Segunda República de la misma manera que habían sobrevivido a la monarquía de Julio.

Un cambio importante, acorde con la evolución sufrida por el capitalismo, se refleja en las doctrinas económicas imperantes, en particular en lo que se refiere al papel del estado y a su necesaria intervención en la vida económica. El emperador y su equipo compartían las ideas de los sansimonianos, tal como habían sido enunciadas por el jefe de la escuela antes de ser desvirtuadas por las concepciones socializantes de sus continuadores. Conforme a ellas, se consideraba que la dirección del estado debía estar en manos de los grandes industriales y banqueros, los cuales planificarían la economía, estimularían la producción industrial, proporcionarían el crédito necesario para el crecimiento económico y, de esta manera, asegurarían el bienestar de todas las capas sociales.

Después de las convulsiones de 1848, y por temor al socialismo, la burguesía apoyó entusiastamente el régimen fuerte instaurado por Napoleón III, régimen destinado a asegurar el mantenimiento del orden y a garantizar el derecho de propiedad. El emperador, por su parte, se comprometió tácitamente a hacer renacer la prosperidad y, consecuente con ella, puso en práctica una política que estimulaba el desarrollo industrial.

Bajo su gobierno, el estado dirige la construcción de los ferrocarriles, subvenciona a las compañías transatlánticas, organiza el crédito, presta ayuda y apoyo a la expansión industrial. Junto con eso se pone en marcha una política de importantes obras públicas, destinada a proporcionar negocios a los empresarios y trabajo a los sectores obreros.

El hecho básico fue la renovación del crédito y la banca: aparecieron instituciones que estimulaban el ahorro y lo orientaban hacia las empresas industriales. En 1852 los hermanos Pereire fundaron el "Crédito Mobiliario", destinado a financiar la producción industrial y que sería la primera de una serie de instituciones bancarias similares. También se favoreció el desarrollo de préstamos hipotecarios, destinados a estimular la construcción urbana y las industrias con ella relacionadas. Junto a la organización bancaria crecieron las especulaciones bursátiles y los escándalos financieros, motivados por las luchas entre los banqueros.

El éxito de la política intervencionista se vio facilitado por la coyuntura internacional, caracterizada por el alza de los precios. El cuarto de siglo que va de 1848 a 1873 fue una etapa de prosperidad para toda Europa. El alza de los precios agrícolas e industriales no fue acompañada por un alza equivalente en los salarios, lo cual produjo el acrecentamiento de los beneficios. Hubo crisis que obstaculizaron el crecimiento económico (en


LA REPUBLIQUE

El Segundo Imperio

"El Imperio, con el golpe de Estado por fe de bautismo, el sufragio universal por sanción y la espada por cetro, declaraba apoyarse en los campesinos, amplia masa de productores no envuelta directamente en la lucha entre el capital y el trabajo. Decía que salvaba a la clase obrera destruyendo el parlamentarismo y, con él, la descarada sumisión del gobierno a las clases poseedoras. Decía que salvaba a las clases poseedoras manteniendo en pie su supremacía económica sobre la clase obrera; y finalmente, pretendía unir a todas las clases, al resucitar para todos la quimera de la gloria nacional. En realidad, era la única forma de gobierno posible, en un momento en que la burguesía había perdido ya la facultad de gobernar el país y la clase obrera no lo había adquirido aún. El Imperio fue aclamado de un extremo a otro del mundo como el salvador de la sociedad. Bajo su égida, la sociedad burguesa, libre de preocupaciones políticas, alcanzó un desarrollo que ni ella misma esperaba. Su industria y su comercio cobraron proporciones gigantescas; la especulación financiera celebró orgías cosmopolitas; la miseria de las masas se destacaba sobre la ostentación desvergonzada de un lujo suntuoso, falso y envilecido.
El poder del Estado, que aparentemente flotaba por encima de la sociedad, era, en realidad, el mayor escándalo de ella y el auténtico vivero de todas sus corrupciones. Su podredumbre y la podredumbre de la sociedad a la que había sacado a flote, fueron puestas al desnudo por la bayoneta de Prusia, que ardía a su vez en deseos de trasladar la sed suprema de este régimen de París a Berlín. El imperialismo es la forma más prostituída y al mismo tiempo la forma última de aquel poder estatal que la sociedad burguesa naciente había comenzado a crear como medio para emanciparse del feudalismo y que la sociedad burguesa adulta acabó transformando en un medio para la esclavización del trabajo por el capital.
La antítesis directa del Imperio era la Comuna. El grito de "república social", con que la revolución de Febrero fue anunciada por el proletariado de París, no expresaba más que el vago anhelo de una república que no acabase sólo con la forma monárquica de la dominación de clase, sino con la propia dominación de clase. La Comuna era la forma positiva de esta república."

Marx: La guerra civil en Francia. (*Manifiesto de la Primera Internacional*, 1871.)

Las huelgas de 1869: represión y protesta

En algunos lugares, la represión de las manifestaciones de los huelguistas tuvo graves consecuencias: durante la huelga de los mineros de Saint Etienne, en Firminy, la tropa disparó contra un grupo de manifestantes: 13 mineros resultaron muertos y 9 heridos. Lo mismo ocurrió en Aubin, donde el número de muertos fue mayor. El fragmento que transcribimos corresponde a la protesta de los delegados de las sociedades obreras de París ante estos hechos:
"En presencia de tales atentados contra la vida y el derecho del pueblo, declaramos que nos es imposible vivir bajo un régimen social en el cual el capital responde a manifestaciones a veces turbulentas, pero justas, con tiros de fusil. Los trabajadores saben lo que tienen que esperar de esta casta que no exterminó a la aristocracia más que para heredar sus injustas pretensiones. ¿Para llegar a tales resultados el pueblo selló con su sangre la proclamación de los derechos del hombre? Los hechos cumplidos nos autorizan a afirmar una vez más que el pueblo no puede esperar más que de sus propios esfuerzos el triunfo de la justicia."

(Citado por Dolléans, T. 1, p. 299.)

1857, 1862-64 y 1866-67), pero que no llegaron a interrumpir el desarrollo industrial ni a frenar el crecimiento del capitalismo.
En el período 1830-50 la industria transformadora había sido la textil; a partir de mediados del siglo el crecimiento se realizará sobre la base de la metalurgia y los ferrocarriles. La aparición de empresas muy grandes, para cuyo financiamiento los capitales familiares resultan insuficientes, hace que el crédito se transforme en un elemento indispensable. La solución más efectiva para el problema producido por las necesidades crecientes de los grandes capitales fue proporcionada por la ley sobre sociedades anónimas por acciones de 1867. Esta ley liberó al capitalista de una responsabilidad excesivamente pesada respecto de la gestión de la empresa. Junto con esto el capitalismo cambia: se acentúa la tendencia hacia la constitución de monopolios.
La red ferroviaria francesa crece: 3.600 km. en 1851, 18.000 km. en 1870. En el mismo período el número de máquinas de vapor aumenta en un 400 %, la producción de carbón pasa de 4 a 16 millones de toneladas y la de hierro de 780.000 a 1.140.000 toneladas anuales.

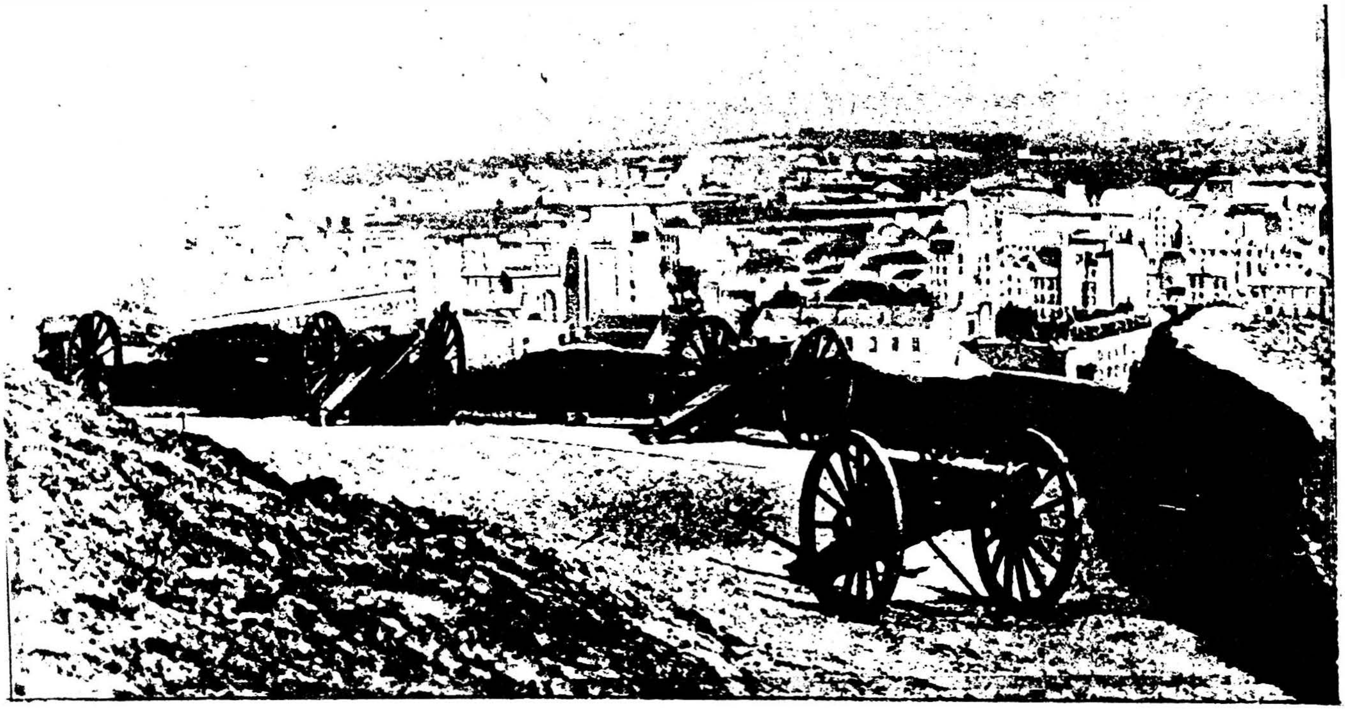
En lo que se refiere a la industria textil, la producción francesa continuó sobresaliendo por su calidad más que por su volumen y ocupando el primer lugar en la fabricación de géneros de lana y seda de alto valor. El maquinismo se desarrolló más rápidamente en el hilado que en el tejido y en las industrias del algodón y de la seda que en las laneras.

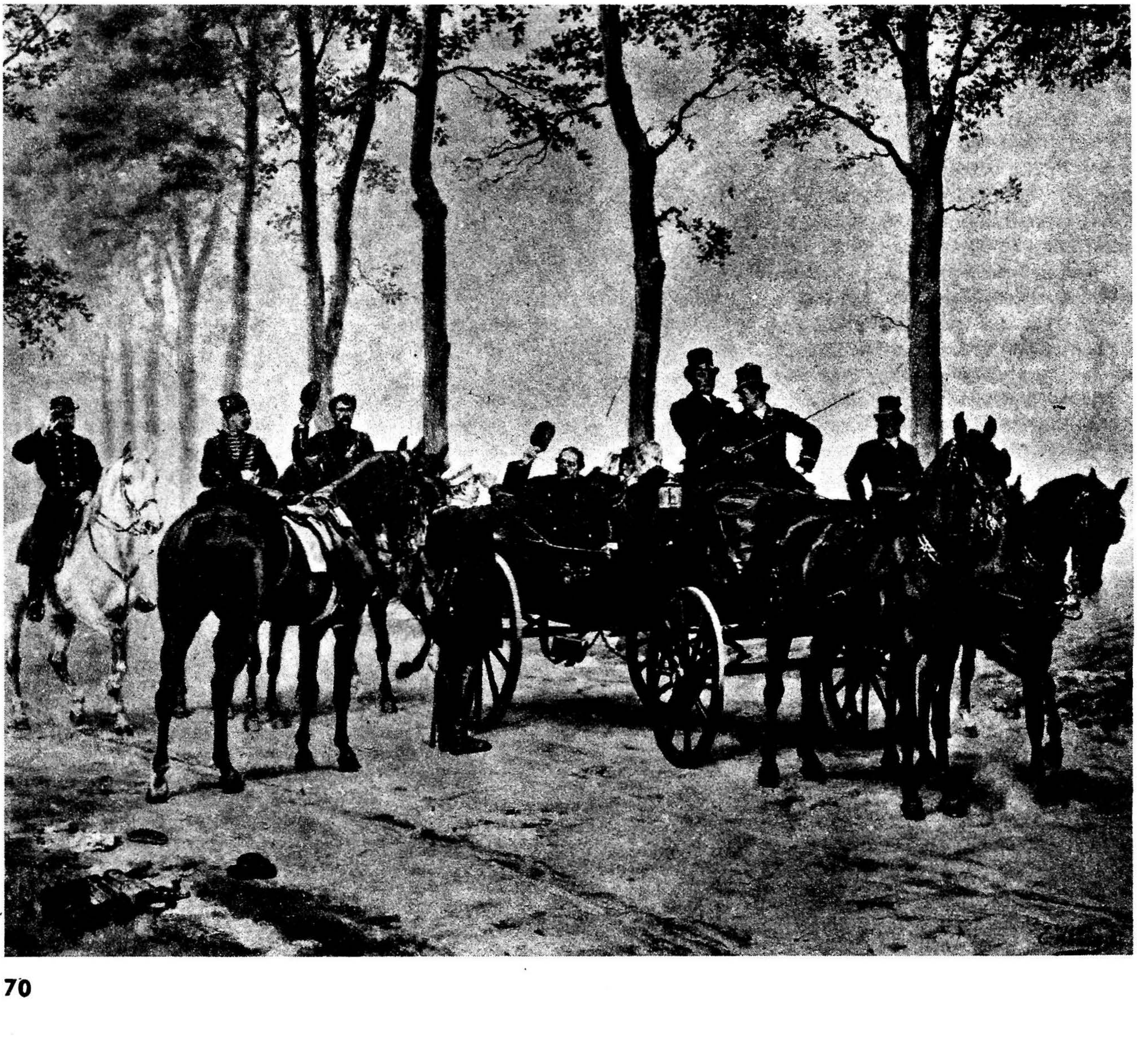
Pese a la aparición de grandes empresas, no había concluido todavía el proceso de concentración industrial y, aún en París, los pequeños y medianos establecimientos, que tenían graves dificultades a causa de la competencia de la gran industria en desarrollo, constituían la mayoría.
Los cambios en la estructura económica se reflejan en los movimientos de población: la





Arriba: el campo de batalla del Sedán. Abajo: la fuga del ministro Thiers, incapaz de oponerse al poderío militar prusiano, es satirizada en el dibujo de la época.





población urbana constituía en 1846, el 25 % del total; en 1870, el 30 %; en 1880, el 34,8 %. Un programa de grandes trabajos públicos se destina a la urbanización de las ciudades, en particular París. Bajo la dirección del prefecto del Sena, barón Haussman, la capital de Francia cambia y adquiere la fisonomía de una ciudad moderna: se forman los grandes bulevares, se despejan los accesos al Ayuntamiento, las clases humildes se trasladan del centro de la ciudad, donde ocupaban las bohardillas y los pisos superiores, a la periferia. Tales transformaciones están determinadas por razones urbanísticas, pero también políticas: se busca facilitar el desplazamiento de las tropas para que puedan actuar con más eficacia ante posibles revueltas.

Del imperio autoritario al imperio liberal

Hasta 1860 el emperador, cuya voluntad es ley, gobierna con un consejo de ministros elegidos por él, y desde 1858 con un consejo privado, más restringido. Gracias al control sobre la prensa, la vigilancia policial, el apoyo del clero y la pasividad del cuerpo legislativo no aparece ninguna oposición seria. Mientras la clase obrera era mantenida con rigor en la obediencia, la ausencia de libertad reforzaba el poder de la gran burguesía.

El movimiento obrero se encuentra estrechamente vigilado y sus libertades han sido cercenadas por completo: se reprimen las coaliciones, se persigue a las sociedades corporativas, se generaliza la práctica de la libreta de trabajo. Sin embargo, no desaparece totalmente. Las sociedades de resistencia, que en los momentos de desocupación o de huelga apoyan a sus miembros mediante subsidios, actúan bajo la apariencia de sociedades de socorros mutuos, pues éstas podían desarrollar su actividad legalmente, siempre que lo hicieran bajo la supervisión del estado.

La base social que sustentaba el imperio autoritario se vio sacudida hacia 1860 por dos acontecimientos que llevaron a importantes sectores a militar en la oposición. El primero de ellos fue la reapertura de la "cuestión romana": la intervención del Imperio en la política italiana, en oposición al Papado, motivó el alejamiento de los católicos que habían apoyado al régimen durante los primeros años. El segundo fue la suscripción, en 1860, del tratado de libre comercio con Inglaterra. Este implicaba la abolición del proteccionismo estatal para la industria francesa, lo que hizo que la burguesía industrial le retirara el apoyo al emperador.

El imperio continuó con el respaldo de los grandes financistas, cuyos intereses y especulaciones favorecía, y de los miembros de la burguesía dedicados a las profesiones liberales. Napoleón III, buscando el apoyo de nuevos sectores, inició entonces una política de concesiones que cambiaron la fisonomía del imperio y dieron origen a un régimen más liberal.

Los republicanos utilizaron la política de tolerancia para reorganizar la oposición; monárquicos y republicanos se agruparon en la Unión Liberal y en las elecciones de 1863 obtuvieron 32 bancas en el Parlamento. El orleanista Thiers se colocó al frente del grupo parlamentario opositor.

El emperador, debilitado después de 1864 por la condenación pontificia y por el fracaso de su política exterior, hizo nuevas concesiones: en 1867 anuncia el otorgamiento del derecho de interpelación y el restablecimiento de la libertad de prensa y de reunión; en 1869 se acuerda al cuerpo legislativo el derecho de iniciativa y se restablece la responsabilidad penal de los ministros, aunque ésta continúa dependiendo del emperador. Pero los republicanos continuarán combatiendo este gobierno, mitad personal y mitad parlamentario.

Artillería en las calles de Montmartre. Un sentimiento de repudio hizo carne en los trabajadores de París después de la capitulación. Existía la seguridad de que tras la rendición se abriría una política reaccionaria a ultranza.

En la ilustración inferior: entrevista entre Napoleón III y Bismarck.

El carácter revolucionario del levantamiento de París

"Los proletarios de la capital en medio de los desfallecimientos y las traiciones de la clase gobernante, comprendieron que ha llegado para ellos la hora de salvar la situación tomando en su mano la dirección de los negocios públicos...
Los trabajadores, quienes producen todo y no gozan de nada, quienes sufren la miseria en medio de los productos acumulados, fruto de su trabajo y sus sudores, ¿deberán ser eternamente víctimas del ultraje? ¿No les será permitido jamás trabajar para lograr su emancipación, sin levantar contra ellos un concierto de maldiciones?
La burguesía, su hermana mayor, que cumplió su emancipación hace ya más de tres cuartos de siglo, que les ha precedido en el camino de la revolución, ¿no comprende hoy que ha llegado la hora de la emancipación del proletariado?
Los desastres y las calamidades públicas en las que su incapacidad política y su decrepitud moral e intelectual han hundido a Francia, deberían sin embargo probarle que su época ha terminado, que ha cumplido la tarea que le había sido impuesta en el 89, que debe, si no ceder el lugar a los trabajadores, por lo menos dejarles llegar a su vez a la emancipación social...
El proletariado, frente a la amenaza permanente de sus derechos, la negación absoluta de todas sus legítimas aspiraciones, la ruina de la patria y de todas sus esperanzas, ha comprendido que era su deber imperioso y su derecho absoluto tomar en sus manos los destinos de la patria y asegurar el triunfo apoderándose del poder."

(*Journal Officiel*, 21 de marzo de 1871. Citado por Jacques Rougerie en: *Procès des communards*, París, Joulliard, 1964.)

El Comité Central de la Guardia Nacional convoca a la lucha a los trabajadores

"Trabajadores, no os engañéis; ésta es una gran lucha, en la que se encuentran frente a frente el parasitismo y el trabajo, la explotación y la producción. Si estáis cansados de vegetar en la ignorancia y de pudriros en la miseria; si queréis que vuestros hijos sean hombres que gocen del beneficio de su trabajo y no especies de animales amaestrados para el taller o para el combate, que multiplican con su sudor la fortuna de algún explotador o vierten sangre por un déspota; si no queréis que vuestras hijas, a las que no podéis educar y vigilar, sean instrumento de placer en brazos de la aristocracia; si no queréis ya que la desocupación y la miseria empujen a los hombres a la policía y las mujeres a la prostitución; si queréis, finalmente, el reino de la justicia, trabajadores, sed inteligentes. ¡Poneos de pie y que vuestras fuertes manos arrojen bajo vuestros talones a la inmunda reacción!
¡Ciudadanos de París, comerciantes, industriales, tenderos, pensionados, a todos vosotros que trabajáis y buscáis honestamente la solución de los problemas sociales, el Comité Central os llama a marchar unidos en el progreso. ¡Inspiraos en los destinos de la patria y en su gente universal!"

(Proclama del 5 de abril, citada por Bourgin en: *La comuna*, Buenos Aires, Eudeba, 1962.)

Los intentos del emperador de obtener apoyo en otros sectores sociales no encontraron eco; los pesados impuestos, necesarios para mantener la administración y para hacer frente a los gastos del ejército francés, que apoyaba la invasión de los colonizadores franceses en Argelia y Marruecos, junto a otras costosas y fracasadas aventuras del gobierno imperial, provocaron el descontento de la pequeña burguesía y del campesinado. Una de tales aventuras, la fracasada expedición a México destinada a entronizar al archiduque Maximiliano, aumentó el desprestigio del gobierno tanto en Francia como en el exterior.

La situación de la clase obrera

A pesar del crecimiento económico la situación de la clase obrera en su conjunto se deterioró por el desnivel entre el alza de los salarios, que subieron aproximadamente un 10 %, y el aumento de los precios de los artículos de primera necesidad y del alquiler de las habitaciones, aumento que alcanzó a un 50 %. La jornada de trabajo superaba las 11 horas en París y las 12 horas en las provincias y, en algunos lugares, llegaba a 15 y 17 horas. Por otra parte, el paro forzoso, producto de las crisis periódicas, afectaba gravemente la situación de los trabajadores.
Las organizaciones obreras, acostumbradas a la represión policial de la década del 50, vieron con desconfianza las tentativas del emperador de acercarse a ellas. Estas tentativas se tradujeron en algunas concesiones de relativa importancia, como la ley del 25 de mayo de 1864, que permitía las huelgas consideradas "pacíficas", reemplazando el delito de coalición por el atentado a la libertad de trabajo, o como la política de tolerancia, inaugurada en 1868,

RÉPUBLIQUE FRANÇAISE

N° 59 LIBERTÉ — ÉGALITÉ — FRATERNITÉ N° 59

COMMUNE DE PARIS

LA COMMUNE DE PARIS,

Considérant que le premier des principes de la République française est la liberté ;

Considérant que la liberté de conscience est la première des libertes ;

Considérant que le budget des cultes est contraire au principe, puisqu'il impose les citoyens contre leur propre foi ;

Considérant, en fait, que le clergé a été le complice des crimes de la monarchie contre la liberté,

DÉCRÈTE :

ART. 1er. L'Église est séparée de l'État.

ART. 2. Le budget des cultes est supprimé.

ART. 3. Les biens dits de mainmorte, appartenant aux congrégations religieuses, meubles et immeubles, sont déclarés propriétés nationales.

ART. 4. Une enquête sera faite immédiatement sur ces biens, pour en constater la nature et les mettre à la disposition de la Nation.

LA COMMUNE DE PARIS.



En el mes de febrero de 1871 las miradas de toda Francia estaban fijas en París. Obreros y miembros de la pequeña burguesía, de grado o por la fuerza, se apoderan de las armas y toman en sus manos la defensa de la ciudad. El afiche presentado en primer término anuncia la separación de la Iglesia y el Estado, según la decisión del Comité Central.

Abajo: Jules Valles, miembro del nuevo gobierno.

Las barricadas.
"¿Qué es el 18 de marzo sino la respuesta dada por instinto de un pueblo que ha sido abofeteado? ¿Dónde hay rastros de sectas, de complots, de conspiradores? ¿Qué otra preocupación que erigir una municipalidad republicana contra la Asamblea realista?"
P. O. Lissagaray, "Historia de la Comuna".

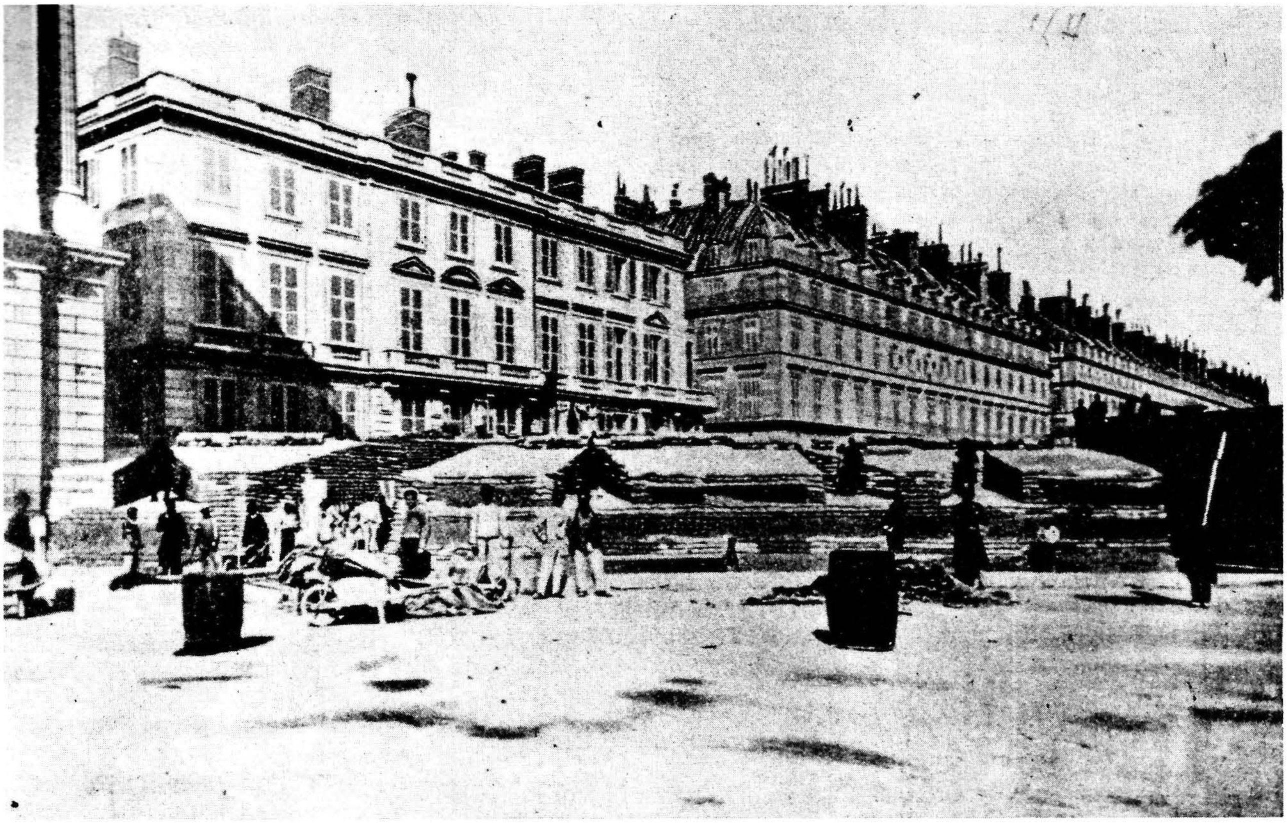
con respecto a las asociaciones obreras. Sin embargo, algunos grupos decidieron aceptar las concesiones manteniendo su independencia y sin comprometer por ello su apoyo al gobierno. Como expresión de esta política se organizó en 1862 la representación obrera enviada a Inglaterra con motivo de la Exposición de Londres. Esta visita tuvo fecundas consecuencias, pues los delegados franceses entraron en contacto con los dirigentes del trade-unionismo inglés y pudieron asimilar su provechosa experiencia en el plano de la organización sindical. De este contacto surgirían también los intentos de plasmar una organización internacional, intentos que conducirían a la creación de la Primera Asociación Internacional de Trabajadores.

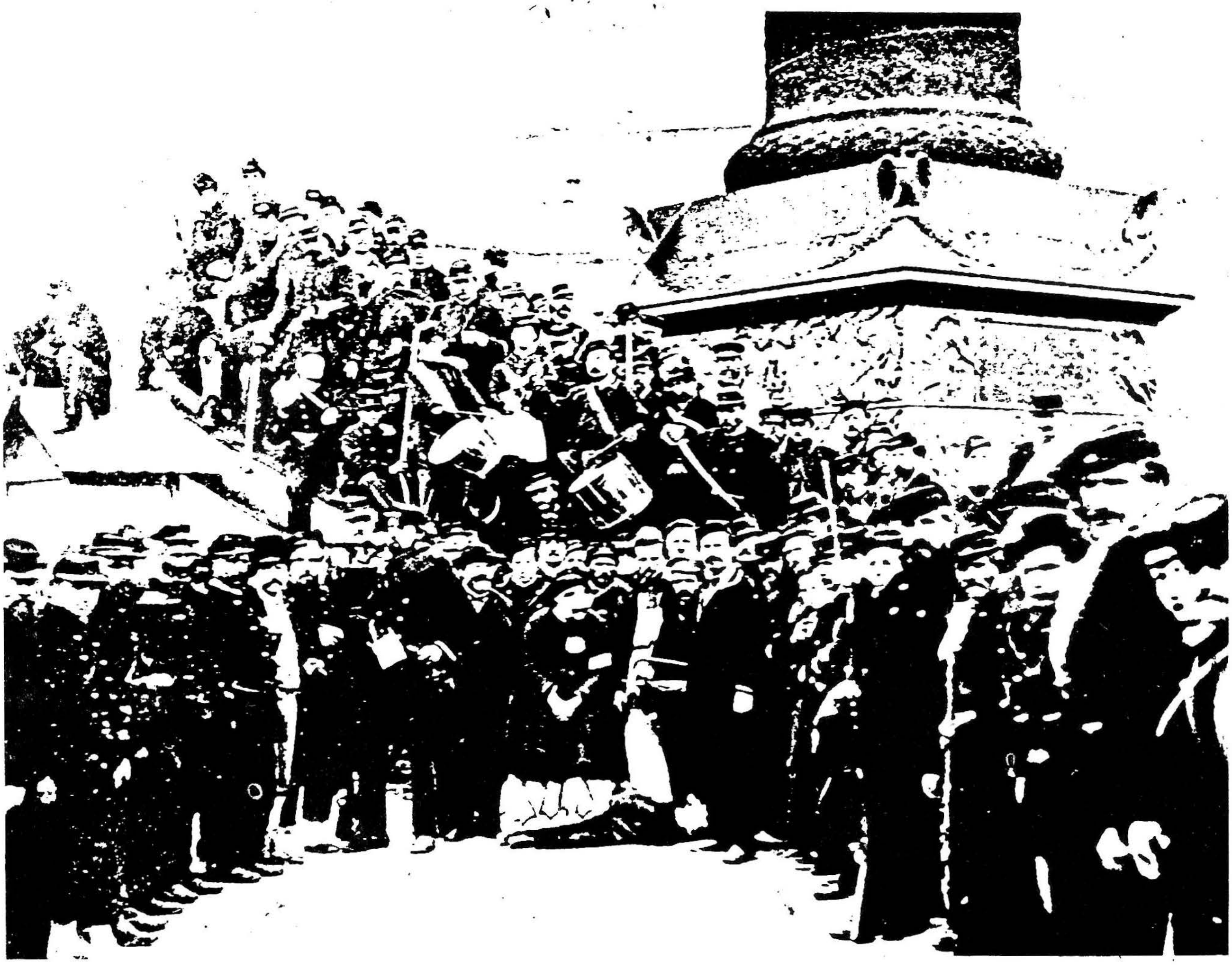
Pese a las concesiones el régimen de trabajo siguió siendo severo: los sindicatos, aun después de 1868, continuaron siendo ilegales y el gobierno no hizo otra cosa que tolerarlos, sin acordar ninguna protección a los trabajadores. Un régimen instaurado en beneficio de otra clase social, con intereses opuestos, no podía ser favorable al proletariado. Si bien la clase obrera no se equivocaba, y era consciente de esto, la opinión de los diferentes grupos de activistas difería en cuanto a la forma de Frente a la política de tolerancia implantada por el Imperio. Importantes grupos inician un movimiento de organización de sindicatos y cámaras sindicales o federaciones de oficio, primero a nivel local y luego nacional. Paralelamente, y en estrecho contacto con estas asociaciones, compartiendo a veces locales de reunión y con algunos miembros comunes, se organizan las secciones francesas de la Internacional, muy activas en París en la década de 1860, a pesar de que sus tres Consejos fueron sucesivamente encarcelados.

Entre los miembros de los sindicatos obreros se hallaban muy difundidas las doctrinas de Proudhon, cuyo aspecto más sobresaliente era el mutualismo. Proudhon no era partidario de la abolición de la propiedad privada y afirmaba que no era necesario destruir la desigualdad, sino la injusticia, es decir las desigualdades que nacen del privilegio y el monopolio. Se oponía a todo tipo de propiedad colectiva de los medios de producción, pues la consideraba destructora de la libertad individual; consideraba que un sistema de crédito mutual que pusiese el dinero al alcance de todos, en proporción con la capacidad para la producción, aseguraría trabajo para todos y producción abundante y permitiría al trabajador liberarse de la tiranía del capital y apropiarse del producto íntegro de su trabajo. Negaba la posibilidad de emancipación del proletariado a través de una acción política revolucionaria llevada adelante como clase autónoma y consideraba imprescindible para alcanzar el éxito la alianza con el campesinado y la pequeña burguesía, sus aliados naturales, frente a la burguesía industrial y financiera.

Sus doctrinas eran ampliamente aceptadas por los obreros especializados ocupados en las pequeñas empresas, muy abundantes todavía en el París de la época, los cuales eran a su vez los que constituían la fuerza principal en las cámaras sindicales. Uno de sus dirigentes más notorios, Tolain, integrante de la delegación francesa que visitó la Exposición de Londres en 1862, estuvo también entre los representantes franceses en los distintos congresos de la Internacional.

Otro de los activistas obreros del período, Eugene Varlin, que se colocó, a partir de 1868, a la cabeza de las secciones francesas de la Internacional, dio mayor importancia a la organización en masa de los trabajadores y atrajo al movimiento, tanto en París como en provincias, a los obreros menos especializados y también a los ocupados en grandes empresas. En el terreno económico era partidario de la difusión del cooperativismo, frente a la producción individual, y de la propiedad colectiva de los medios de producción a





Declaración de la Comuna al pueblo francés

"En el conflicto doloroso y terrible que impone una vez más a París los horrores del sitio y del bombardeo que hace correr la sangre francesa, que hace perecer a nuestros hermanos, nuestras mujeres, nuestros hijos aplastados bajo los obuses y la metralla, es necesario que la opinión pública no sea dividida, que la conciencia nacional no sea turbada.

Es necesario que París y el país todo entero sepan cuál es la naturaleza, la razón, el fin de la Revolución que se produce. Es necesario que la responsabilidad de los duelos, de los sufrimientos, de las desdichas de los que somos víctimas recaigan sobre aquellos que, después de haber traicionado a Francia y librado París al extranjero persiguen con una ciega y cruel obstinación la ruina de la capital, a fin de enterrar, en el desastre de la República y de la libertad el doble testimonio de su traición y de su crimen.

La Comuna tiene el deber de afirmar y determinar las aspiraciones y los deseos de la población de París, de precisar el carácter del movimiento del 18 de marzo, incomprendido, desconocido y calumniado por los hombres políticos que se reúnen en Versalles.

Esta vez nuevamente París trabaja y sufre por la Francia entera, de la que él prepara por sus combates y sacrificios, la regeneración intelectual, moral administrativa y económica, la gloria y la prosperidad. ¿Qué pide París?

El reconocimiento y la consolidación de la República, única forma de gobierno compatible con los derechos del pueblo y el desarrollo regular y libre de la sociedad.

La autonomía absoluta de la Comuna extendida a todas las localidades de Francia, y asegurando a cada una la integridad de sus derechos, y a todo francés el pleno ejercicio de sus facultades y aptitudes, como hombre, ciudadano y trabajador.

La autonomía de la Comuna no tendrá otros límites que el derecho de autonomía igual para todas las obras comunes adherentes al contrato, cuya asociación debe asegurar la unidad francesa.

Los derechos inherentes a la Comuna son:

El voto del presupuesto comunal, gastos y recursos; la fijación y la repartición del impuesto; la dirección de los servicios locales, la organización de su magistratura, de la policía interior y de la enseñanza, la administración de los bienes pertenecientes a la Comuna.

La selección por elección o concurso, y el derecho permanente de control y revocación de los magistrados y funcionarios comunales de todo orden.

La garantía absoluta de la libertad individual, de la libertad de conciencia y la libertad de trabajo.

La intervención permanente de los ciudadanos en los asuntos comunales por la libre manifestación de sus ideas, la libre defensa de sus intereses: garantías dadas a esas manifestaciones por la Comuna, única encargada de vigilar y asegurar el libre y justo ejercicio del derecho de reunión y de publicidad.

La organización de la Defensa urbana y de la Guardia Nacional, que elige sus jefes y vela sola al mantenimiento del orden en la ciudad.

París no quiere nada más a título de garantías locales, a condición bien entendida, de encontrar en la gran administración central, delegación de las comunas federadas, la realización y la práctica de los mismos principios.

Pero, a favor de su autonomía y aprovechando su libertad de acción, París se reserva realizar como lo considere mejor, las reformas administrativas y económicas que reclame su población: crear instituciones aptas para desarrollar y propagar la instrucción, la producción, el intercambio y el crédito; a universalizar el poder y la propiedad, según las necesidades del momento, el deseo de los interesados y los datos proporcionados por la experiencia.

Nuestros enemigos se equivocan o hacen equivocar al país cuando acusan a París de querer imponer su voluntad o su supremacía al resto de la nación y pretender una dictadura que sería un verdadero atentado contra la independencia y soberanía de las otras comunas.

Se equivocan o hacen equivocar al país cuando acusan a París de perseguir la destrucción de la unidad francesa, constituída por la

través de comunas locales. Propugnaba la formación de cooperativas, nacidas de los sindicatos obreros, para que se hiciesen cargo de la producción.

En 1868 se organiza la Federación Central de Sindicatos Obreros en estrecha relación con el Consejo de la Internacional. Federaciones análogas se crean en Lyon, Marsella, Ruán y Brest. La dirección del movimiento pasa a hombres como Varlin y Benoit Malon, situados más a la izquierda que los proudhonianos, cuya doctrina era más sindicalista que mutualista y que se enfrentaron con Tolain en la discusión respecto de la propiedad colectiva de los medios de producción.

El grupo que lideraba Tolain era el más moderado y también el más inclinado a intentar la creación de un partido político obrero destinado a imponer las reivindicaciones de los trabajadores a través de la lucha parlamentaria. De ese grupo surgió en 1863 el conjunto de candidatos obreros a la Cámara de Diputados y al año siguiente el Manifiesto de los Sesenta, que reclamaba la emancipación social como necesario complemento de las libertades políticas en los siguientes términos:

"El sufragio universal nos hizo mayores de edad políticamente, pero nos hace falta todavía emanciparnos socialmente. La libertad que el Tercer Estado supo conquistar con tanto vigor y perseverancia debe extenderse en Francia, país democrático, a todos los ciudadanos. Derecho político igual supone necesariamente un derecho social igual."

En el mismo se afirmaba también la necesaria independencia del movimiento político obrero frente a los radicales burgueses y se postulaba la presentación de candidaturas surgidas de las filas obreras para las elecciones parlamentarias.

El grupo que integraba Varlin, aunque no tenía fe en la acción parlamentaria y esperaba convertir a los sindicatos en una verdadera fuerza revolucionaria, coincidía sin embargo con Tolain en la necesidad de mantener el

Revolución, con la aclamación de nuestros padres, que concurrieron a la fiesta de la Federación desde todos los puntos de la vieja Francia.
La unidad, tal como nos ha sido impuesta hasta hoy por el imperio, la monarquía y el parlamentarismo, no es más que la centralización despótica, ininteligente, arbitraria u onerosa.
La unidad política, tal como la quiere París, es la asociación voluntaria de todas las iniciativas locales, el concurso espontáneo y libre de todas las energías individuales en vistas a un fin común, el bienestar, la libertad y la seguridad de todos.
La Revolución comunal, comenzada por la iniciativa popular del 18 de marzo, inaugura una era nueva de política experimental, positiva, científica.
Este es el fin del viejo mundo gubernamental y clerical, del militarismo, del funcionarismo, de la explotación, de los monopolios, de los privilegios, a los que el proletariado debe su servidumbre y la patria sus desdichas y sus desastres.
Que esta patria querida y grande, engañada por las mentiras y las calumnias, se tranquilice entonces.
La lucha entablada entre París y Versalles es de esas que no pueden terminar por compromisos ilusorios: la salida no deberá ser dudosa. La victoria, perseguida con indomable energía por la Guardia Nacional, pertenecerá a la idea y al derecho.
¡Llamamos a Francia!
¡Advertida de que París en armas posee tanta calma como bravura, que sostiene el orden con tanta razón como heroísmo; que no se armó más que por devoción a la libertad y la gloria de todos, que Francia haga cesar este sangriento conflicto!
Corresponde a Francia desarmar a Versalles por la manifestación solemne de su irresistible voluntad.
¡Llamada a aprovechar nuestras conquistas, que se declare solidaria con nuestros esfuerzos; que sea nuestra aliada en este combate que no puede terminar más que con el triunfo de la idea comunal o con la ruina de París!
En cuanto a nosotros, ciudadanos de París, tenemos la misión de realizar la revolución moderna, la más grande y la más fecunda de todas aquellas que han iluminado la historia.
¡Tenemos el deber de luchar y de vencer!
París, 1 de abril de 1871."

La Comuna de París.



Las medidas desacertadas de la Asamblea Nacional hicieron explotar el descontento de los parisienses. La tensión provocada por la guerra, la crisis de los negocios, el cierre de fábricas menores y la consiguiente desocupación provocaron el acercamiento entre los sectores pequeñoburgueses y obreros, que se cristalizaría en la proclamación de la Comuna.

movimiento obrero y a la Internacional libres de la influencia de los republicanos burgueses, y se oponía a los socialistas como Blanqui, que aspiraban a la formación de una élite revolucionaria que implantara la dictadura del proletariado sin estar verdaderamente arraigado en la masa obrera.

La oposición al blanquismo y a todo tipo de comunismo autoritario se basaba en sus ideas de necesaria descentralización y de otorgamiento del poder político a las comunidades locales. Se rechazaba la idea de una élite que se considerase con derecho a representar al pueblo y todo tipo de poder centralizado y fuerte.

Otros grupos revolucionarios, surgidos de la oposición republicana radical, estaban constituidos, en su mayor parte, por intelectuales de la clase media alejados de todo contacto con los grupos obreros y que continuaban la tradición insurreccional jacobina. Organizados en clubes y sociedades secretas, consideraban la aceptación de la legalidad como una traición a la causa revolucionaria. Ellos publicaron diversos periódicos, casi siempre de vida breve, que fueron objeto de una constante persecución por parte de las autoridades policiales. No eran socialistas ni planteaban la cuestión social: su militancia se limitaba al terreno político y propugnaba el derrocamiento del estado en cuanto éste, como poder centralizador, limitaba la libertad humana.

El movimiento obrero a partir de 1868

La creciente ola de sindicalismo que se extendió por Europa a fines de la década de 1860 se tradujo en Francia en un notable fortalecimiento del movimiento obrero. No solamente las distintas secciones de la Internacional, que de 1868 a 1870 pasan de 2.000 a 245.000 miembros, se multiplican, sino también las asociaciones obreras, las cuales aumentan el número de sus miembros y perfeccionan sus formas de organización.

Militantes como Varlin, Benoit Malon, Emile Aubry, Leo Frankel, Theisz, Bastelica, etc., en los que confluyen el entusiasmo, las capacidades políticas y organizativas y la carencia de ambiciones personales, llevan a la clase obrera a un nivel de organización y militancia no alcanzado hasta entonces. Su tarea principal fue coordinar los esfuerzos y los progresos del movimiento obrero orientándolo hacia nuevas formas de lucha.

Los dirigentes de la Internacional estimulan y sostienen, con todos sus esfuerzos, el poderoso movimiento de huelgas que, a continuación de la crisis económica de 1867, se desarrolla en todos los grandes centros industriales de Francia y de otros países y cuya intensidad llega al punto máximo en 1869 y 1870. Bajo su estímulo se organiza la ayuda mutua de las sociedades obreras, tanto a nivel nacional como a nivel internacional.

Desde 1865 funcionaba en París la "Caisse du sou" o Caja de los cinco céntimos, destinada a otorgar préstamos a los huelguistas. Todas las corporaciones adheridas deducían cinco céntimos por semana de la cotización de sus miembros para constituir un fondo de solidaridad con tal fin. En 1869 las sociedades obreras recaudan fondos para apoyar a los movimientos que estallan en todas partes. Al generalizarse las huelgas los militantes multiplican sus esfuerzos para reunir fondos que se agotan rápidamente.

La solidaridad de las agrupaciones obreras frente a las huelgas impulsa el proyecto de constituir una Cámara Federal que las agrupe, ligando entre sí a las sociedades de resistencia y crédito mutuo correspondientes a las diferentes profesiones. El primer paso fue la constitución, el 1 de diciembre de 1869, de la Cámara Federal de las Sociedades Obreras de París. Más tarde se intenta establecer una Federación Nacional uniendo a las Federaciones de París, Rouen, Lyon y Marsella.

Las sociedades obreras adheridas a la federación parisina conservan completa autonomía de gestión y administración y deben pagar a la Federación una cotización de 10 céntimos por cada uno de sus miembros. Dichas cotizaciones constituían una caja destinada al otorgamiento de préstamos a las sociedades que los solicitaban.

La Cámara Federal de las Sociedades Obreras tenía su sede en la plaza de La Corderie, en el mismo inmueble que alojaba a la Federación de las Secciones Sin embargo, ambos organismos Parisienses de la Internacional. eran independientes y conservaban su autonomía.

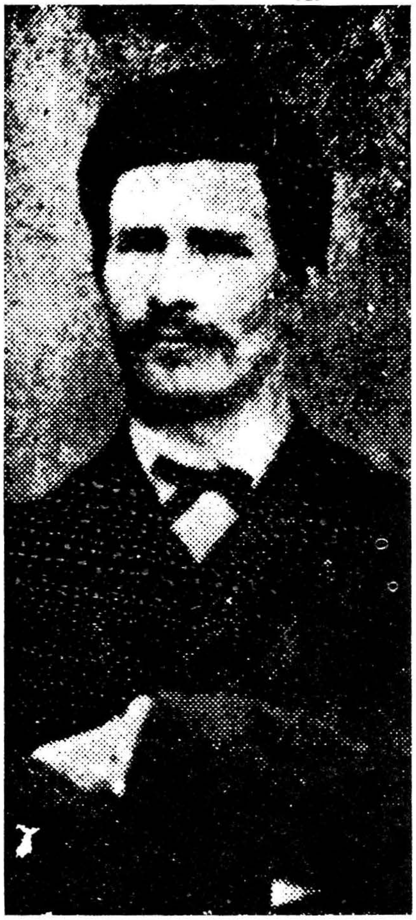
La guerra franco-prusiana y la caída del Imperio

En 1870 Napoleón III creyó llegada la oportunidad de recuperar el prestigio internacional del Imperio, perdido por muchas derrotas diplomáticas y militares, y afirmar su autoridad con una victoria que le permitiera acallar la oposición y restaurar el régimen autoritario.

El creciente poderío de Prusia bajo la égida de Bismarck y sus intenciones de unificar Alemania constituían una amenaza para la hegemonía de Francia en el continente. La burguesía francesa no veía con buenos ojos tales proyectos. El 15 de julio, con el objetivo de anexar la zona renana, Napoleón III declaró la guerra a Prusia.

Los trabajadores parisienses manifestaron desde el primer momento su oposición a la guerra. Mientras el Parlamento apoyaba casi por unanimidad los planes belicistas del Emperador y de su ministro Ollivier, el pueblo ganaba los bulevares entonando el estribillo de 1848:

"Para nosotros, los pueblos
son hermanos
y los tiranos enemigos."



Flourens, Rossel, Cluseret y Dombrowski, jefes políticos y militares de la Comuna. "No conozco a ninguno —escribe Jules Valles—. Se me dice sus nombres, que no oí nunca. Son delegados de los batallones populares, elegidos en los barrios. Media docena de mozos de grandes zapatones, sin charreteras, sin cordones: bajo este cielo adornado de flores de lis, son el gobierno."

Al día siguiente, grupos aún más numerosos fueron dispersados por la policía. Los internacionalistas parisienses, por su parte, publicaron en *El Despertar* un llamado al pueblo alemán: "Hermanos de Alemania, en nombre de la paz, no escuchéis las voces asalariadas o serviles que tratan de engañaros sobre el verdadero espíritu de Francia. No prestéis oídos a provocaciones insensatas porque la guerra será para nosotros una guerra fratricida. Permaneced en calma, como puede hacerlo, sin comprometer su dignidad, un gran pueblo fuerte y valeroso. Nuestras divisiones no llevarán a ambos lados del Rhin más que el triunfo completo del despotismo".

La derrota de Francia fue fulminante. El ejército prusiano opuso cuatrocientos cincuenta mil hombres a los doscientos cuarenta mil franceses, mal armados, mal disciplinados, desperdigados en la frontera. Los prusianos invadieron Alsacia y Lorena y derrotaron a las tropas francesas en Froeschewiller y Woerth (6 de agosto). Las consecuencias en París fueron inmediatas: los diputados de la oposición pidieron el rearme de la Guardia Nacional, la creación de un comité ejecutivo con plenos poderes gubernamentales y la concentración de las fuerzas militares bajo las órdenes de un solo hombre, que no fuera el emperador. Aunque dichas medidas no fueron aprobadas, el gabinete Ollivier no pudo mantenerse y debió ceder el lugar a un nuevo ministerio, presidido por el duque de Palikao. Napoleón, desde el frente, nombró a Bazaine general en jefe y a Trochu, gobernador de París. El ejército francés sufre nuevas derrotas el 14, 16 y 18 de agosto y debe refugiarse en Metz, donde Bazaine es bloqueado por los prusianos.

Otro cuerpo, al mando de Mac Mahon, se dirige en apoyo de Bazaine, pero es obligado a refugiarse en Sedan, donde se produce la rendición. El 2 de setiembre, Napoleón III, ante la situación de su ejército, sitiado por 200.000 alemanes, entrega su espada al rey de Prusia. El emperador de Francia es hecho prisionero, junto con ciento seis mil hombres. Entre setiembre y octubre capitula el ejército de Bazaine en Metz y comienza el sitio de París.

La insurrección del 14 de agosto y la revolución del 4 de setiembre

El 14 de agosto el grupo blanquista, dirigido por el mismo Blanqui, Eudes, Brideu y otros partidarios, intentó llevar a cabo una insurrección. Atacó el cuartel de bomberos de La Villette, con el fin de obtener armas y de hacer que se plegaran al movimiento los miembros de la guarnición. Pero el golpe fracasa. Los gritos de "¡Viva la República!" "¡Abajo los prusianos!" no encuentran eco. Blanqui consigue huir a Bélgica, pero Eudes y Brideau son apresados y condenados a muerte con otros cuatro dirigentes, sentencia que no llegó a cumplirse, pues el Imperio, privado del ejército, que era su sostén natural, se derrumba el 4 de setiembre.

La revolución del 4 de setiembre se hizo bajo el lema: "La patria está en peligro". La Cámara de Diputados no había llegado a votar la proposición, presentada por Jules Favre, de destituir la dinastía cuando la sala fue invadida por el pueblo. Según una costumbre ya tradicional la multitud se encaminó al Ayuntamiento para asistir a la proclamación de la República. Se constituyó un Gobierno de Defensa Nacional integrado con elementos de la burguesía republicana, miembros del cuerpo legislativo, entre los cuales solamente Gambetta y Dorian habían de actuar con real patriotismo. A los republicanos se sumó, como parte del gobierno socialista, el periodista Henri Rochefort, liberado ese mismo día de la prisión de Saint-Pélagie. El nuevo gobierno encomendó la





Los 40.000 presos de guerra que se agolpaban en las prisiones alemanas fueron liberados por Bismarck para reprimir a los insurrectos de París.

A pesar de su corta vida y de la tensión imperante, el gobierno de la Comuna logró sentar los fundamentos del cambio social al que aspiraba.



defensa de la ciudad al general Trochu. París se preparó para soportar el sitio.

París durante el sitio

A la miseria y la desocupación provocadas por la guerra se unen los sufrimientos del sitio: la alimentación insuficiente, el invierno riguroso, el aislamiento, la notoria impotencia del gobierno para organizar una defensa adecuada.

Las secciones de la Internacional habían sido desarticuladas por la guerra; sin embargo, algunos militantes se ponen en contacto con los grupos blanquistas y con ciertos grupos republicanos radicalizados con el fin de organizar en todos los distritos parisinos comités de vigilancia. Estos luego se federarán en el Comité Central de los Veinte Distritos.

Los comités se proponen controlar y orientar en un sentido revolucionario la actividad del Gobierno Republicano de Defensa Nacional, el cual, en realidad, poco hacía por la defensa nacional. Exigen la leva en masa, el envío de comisarios para promover el levantamiento de las provincias, el racionamiento, el inmediato llamado a elecciones municipales. Pero no obtienen más que promesas.

Desde el primer momento el gobierno provisorio estaba decidido a obtener la paz a toda costa. Con ese fin había enviado a Jules Favre a entrevistarse con Bismarck y a Thiers en misión diplomática por las cortes europeas. Después de la capitulación de París, el general Trochu, encargado de defender la ciudad, declararía que desde el mismo 4 de setiembre había asegurado a sus colegas en el gobierno que el intento de afrontar el sitio sería una locura, "una locura heroica, sin duda, pero nada más . . .".

Toda una serie de golpes que se suceden a partir del 5 de octubre hasta el momento de la capitulación, destinados a sustituir a los hombres del gobierno por un poder que condujera revolucionariamente la lucha contra el prusiano, fracasaron por la falta absoluta de apoyo popular. Pero dos de ellos tienen amplia resonancia: el 31 de octubre, día en que, al conocerse la rendición de Bazaine en Metz, Blanqui y sus seguidores, apoyados por algunos batallones de la Guardia Nacional, intentan apoderarse del Ayuntamiento, y el 22 de enero, cuando, a causa de los rumores sobre el próximo armisticio, Benoit Malon con algunos guardias nacionales y jefes blanquistas ensaya el mismo golpe, con menos éxito aún. Este último intento fue seguido por una bien organizada represión: cierre de clubes, prohibición de algunos periódicos como *El Despertar* y *El Combate*, arrestos, etc.

El 16 de ese mismo mes el Comité de los Veinte Distritos había lanzado la siguiente proclama: "¿Ha cumplido con su misión el gobierno que se ha encargado de la defensa nacional? . . . No . . . Con su lentitud, su inercia, su indecisión, los que nos gobiernan nos han conducido al borde del abismo. No han sabido ni administrar ni combatir . . . La gente se muere de frío, ya casi de hambre . . . Salidas sin objeto, mortales luchas sin resultado, fracasos repetidos . . . El gobierno ha dado la medida de su capacidad, nos mata. La perpetuación de este régimen es la capitulación . . . La política, la estrategia, la administración del 4 de setiembre, continuación del Imperio, están juzgadas. ¡Paso al pueblo! ¡Paso a la Comuna!"

Pero tales llamados no obtuvieron respuesta. Lissagaray, militante e historiador de la Comuna, describe la actitud de la población durante los días del sitio: "Todo calla. París es la alcoba de un enfermo, donde nadie se atreve a levantar la voz. Esta abdicación moral es el verdadero fenómeno psicológico del sitio, fenómeno tanto más extraordinario cuando coexiste con un admirable ardor de resistencia. Unos hombres que dicen: 'Preferimos poner fuego a nuestras casas antes que rendirlas al enemigo', se indignan de que haya quien se atreva a disputar el poder a los miedosos del Ayuntamiento . . . Y se limitan a gritar: '¡Nada de motines ante el enemigo! ¡Nada de exaltados!' como si valiese más una capitulación que un motín."

Pero cuando se produce la rendición de París la situación cambia: ". . . la siniestra noticia corrió por la ciudad. Durante cuatro meses de sitio París lo había aceptado todo por anticipado, el hambre, la peste, el asalto, todo menos la *capitulación*... Cuando estalló esta palabra hubo primero una estupefacción enorme, como ante los crímenes monstruosos, contra natura. Las llagas de los cuatro meses se avivaron clamando venganza. El frío, el hambre, el bombardeo, las largas noches en las trincheras, los niños que morían a millares, los muertos sembrados en las salidas, ¡todo esto para caer en la vergüenza, para dar escolta a Bazaine, para convertirse en un segundo Metz! París creía oír la burla prusiana. En algunos, la estupefacción se transformó en furor".

El 28 de enero se había decidido la rendición de la ciudad. De acuerdo con lo propuesto por Bismarck, se declara una tregua y el gobierno francés convoca a elecciones destinadas a elegir una Asamblea Nacional que ratifique las condiciones de paz propuestas: desarme del ejército de línea de París, rendición de varios fuertes, pago de una indemnización de 200 millones de francos, cesión a Alemania de Alsacia y Lorena.

La Asamblea Nacional

Las elecciones del 8 de febrero de 1871, destinadas a elegir la Asamblea que ratificaría o rechazaría las condiciones de paz, dieron un triunfo notable a los monárquicos: los legitimistas y los orleanistas, casi en partes iguales, ganaron dos tercios del

La pequeña burguesía bajo la Comuna

"Cuando la Comuna de París tomó en sus propias manos la dirección de la revolución; cuando, por primera vez en la historia, los simples obreros se atrevieron a violar el monopolio del gobierno de sus superiores naturales y, en circunstancias de una dificultad sin precedente, realizaron su labor de un modo modesto, concienzudo y eficaz, con sueldos el más alto de los cuales apenas representaba una quinta parte de la suma que según una alta autoridad científica es el sueldo mínimo del secretario de un consejo escolar de Londres, el viejo mundo se retorció en convulsiones de rabia ante el espectáculo de la Bandera Roja, símbolo de la República del Trabajo, ondeando sobre el Ayuntamiento.

Y, sin embargo, era ésta la primera revolución en que la clase obrera fue abiertamente reconocida como la única clase capaz de iniciativa social incluso por la gran masa de la clase media parisina —tenderos, artesanos, comerciantes—, con la sola excepción de los capitalistas ricos. La Comuna los salvó, mediante unas sagaz solución de la constante fuente de discordias dentro de la misma clase media: el conflicto entre acreedores y deudores. Estos mismos elementos de la clase media, después de haber colaborado en el aplastamiento de la insurrección obrera de junio de 1848, habían sido sacrificados sin miramiento a sus acreedores por la Asamblea Constituyente de entonces. Pero no fue éste el único motivo que les llevó a apretar sus filas en torno a la clase obrera. Sentían que había que escoger entre la Comuna y el Imperio cualquiera que fuese el rótulo bajo el que éste resucitase. El Imperio los había arruinado económicamente con su dilapidación de la riqueza pública, con las grandes estafas financieras que fomentó y con el apoyo prestado a la centralización artificialmente acelerada del capital, que suponía la expropiación de muchos de sus componentes. Los había suprimido políticamente y los había irritado moralmente con sus orgías; había herido su volterianismo al confiar la educación de sus hijos a los *frères ignorantins* (frailes ignorantes) y había sublevado su sentimiento nacional de franceses al lanzarlos precipitadamente a una guerra que sólo ofreció una compensación para todos los desastres que había causado: la caída del Imperio. En efecto, tan pronto huyó de París la alta "bohemia" bonapartista y capitalista, el auténtico partido del orden de la clase media surgió bajo la forma de Unión Republicana, se colocó bajo la bandera de la Comuna y se puso a defenderla contra las desfiguraciones malévolas de Thiers. El tiempo dirá si la gratitud de esta gran masa de la clase media va a resistir las duras pruebas de estos momentos."

Análisis de la expoliación en un club obrero

"En 1848, en el Luxemburgo, el ciudadano Louis Blanc decía a los obreros: 'Vosotros sois los reyes de la época'. Hubo hombres sin entrañas que, ante estas palabras, sacudían la cabeza o bien se ponían a reír. Veinte años han pasado y la profecía del orador está a punto de cumplirse. El obrero va a convertirse en el rey del mundo moderno, porque él es su alma. El obrero lo es todo, pues no hay nada sin el trabajo. ¿Qué harían los ricos con sus tesoros si el obrero no los hiciera fructificar? Tomad un saco de piezas de oro, hacer un agujero en la tierra; arrojad el saco en ese agujero, regad, abonad, nada crecerá, ni racimo, ni flor, ni fruto. El obrero llega, toma el saco, se sirve de él para trabajar, y ese saco se convierte en diez. ¿No es éste el prodigio del que somos testigos todos los días? A cambio de los diez sacos ganados, ¿qué se da al obrero? Lo suficiente para no morir de hambre, de frío y de sed, eso es todo; y esto solamente cuando el obrero es joven. Pues el día que envejece, dándose cuenta el amo que ya no tiene vigor para el trabajo, le grita mostrándole la puerta: 'Vete, no necesito más de ti'. Y el obrero queda reducido a la mendicidad o bien a ir a reventar sobre un jergón de hospital, pero sólo a condición de que su esqueleto pertenezca a los practicantes y les sirva de estudio para curar a los ricos.

Pero está de acuerdo con las leyes de la justicia que esto cambie, y va a cambiar. En el porvenir no será más el trabajo el humilde servidor del capital; no será el capital el que se convertirá en esclavo del trabajo. Otra consecuencia: todos los útiles que el obrero utiliza le pertenecerán. Lo mismo sucederá con el local, y lo mismo con la tierra."

(De un discurso pronunciado en el Club de la Corte de los Milagros.)

total de las bancas. Una treintena de bonapartistas y cerca de doscientos republicanos completaban el conjunto, mientras el ala izquierda de los jacobinos y los socialistas sólo pudo llevar a la Asamblea 20 diputados, sobre un total de 630.

Aunque París se había pronunciado claramente por la República, al elegir a 37 diputados republicanos, de diversa orientación, contra 6 monárquicos, el mundo rural, una vez más, apoyó a la reacción. Luego del armisticio y de la rendición, mientras París continuaba dispuesto a sostener la guerra, la mayoría del país deseaba la paz. La población campesina veía con inquietud la actitud belicosa de Gambetta, considerado en ese momento como una de las principales cabezas del partido republicano, y, partidaria de la paz, otorgó su apoyo a los monárquicos.

Para los parisienses la República estaba por encima de todos los principios, aún del sufragio universal. Cuando la Asamblea reunida en Burdeos, y luego en Versalles, se reveló tan monárquica como partidaria de la rendición, crecieron las tensiones entre el París republicano y los representantes del sufragio universal rural.

Thiers, nombrado por la Asamblea Nacional Jefe del Poder Ejecutivo de la República Francesa, declararía más tarde: "Cuando fui encargado de la gestión política tuve inmediatamente esta doble preocupación: concluir la paz y someter a París". Palabras que revelan con claridad la brecha abierta entre el gobierno legítimo de Francia y la población de su capital.

El Comité Central de le Guardia Nacional

Mientras tanto, en París, donde los prusianos entraran el 1 de marzo, se organizó un nuevo poder revolucionario. La Federación de los batallones de la



En la foto superior: La estatua de Napoleón, símbolo del poder burgués, es abatida por los miembros de la Comuna.

Abajo: 18 de marzo. Mujeres y niños junto a los cañones del pueblo.



"El tono impertinente con que los boletines de Thiers anunciaron la matanza a bayonetazos y los fusilamientos en masa de Clamart alteraron hasta los nervios del Times de Londres, que no peca precisamente de exceso de sensibilidad."
Marx, "La Comuna de París".



Guardia Nacional se formó espontáneamente hacia mediados de febrero de 1871, cuando el Comité de los Veinte Distritos se encontraba completamente debilitado y su propaganda había dejado de tener eco. Los diferentes batallones enviaron delegados a un Comité Central, que se constituyó definitivamente el 15 de marzo. La Federación adquirió, inmediatamente, las características de un movimiento masivo. Sus representantes eran "hombres nuevos", desconocidos hasta ese momento, salidos de las filas de la pequeña burguesía y el proletariado. Por primera vez el sentimiento revolucionario se manifiesta más allá de los militantes conocidos y de la clase obrera organizada. El Consejo de la Internacional se muestra vacilante frente al nuevo Comité: solamente Eugene Varlin lo integrará como guardia nacional; los demás se abstienen de participar.

Los delegados de la Guardia Nacional, después de arduos debates, deciden no oponer resistencia a los prusianos, que a partir del 1 de marzo ocupan el sector oeste de la ciudad; en cambio, se preocupan por permanecer unidos y conservar sus armas. Los 227 cañones y ametralladoras comprados por la Guardia Nacional son trasladados al corazón del París popular, a Montmartre y a Belleville, lejos de la zona ocupada. Los prusianos limitaron su ocupación a un pequeño distrito, pero después de dos días se retiraron a los fuertes del norte y el este y no entraron en los distritos obreros, donde se había concentrado gran parte de la población. Muchos parisienses de la alta y mediana burguesía habían abandonado la ciudad.

Mientras tanto la Asamblea Nacional comienza a actuar con el objetivo de aplastar la rebeldía parisiense: rechaza la idea de trasladarse a la Capital y elige como sede Versalles; poco antes nombra comandante de la Guardia Nacional al bonapartista Aurelle de Paladines, un verdadero insulto al ejército popular, que no reconocía otros jefes que los que él mismo elegía; abandonada por los republicanos sinceros, como Víctor Hugo y Delescluze, pone fin a la moratoria de todas las deudas comerciales, vigente durante la guerra, y declara su exigibilidad inmediata, amenazando con la ruina a la pequeña burguesía comerciante y artesana; por último, se niega a otorgar un nuevo plazo para el pago de los alquileres debidos durante el sitio y suprime el sueldo de un franco y medio por día que recibían los miembros de la Guardia Nacional.

Los acontecimientos del 18 de marzo

Thiers llega a París el 16 de marzo y su primera medida está destinada a desarmar al pueblo parisiense. Se ordena al ejército regular incautarse de los cañones que la Guardia Nacional conservaba en Montmartre y Belleville. Según afirma Lissagaray, la ejecución de la orden fue tan descabellada como la idea. Se utilizaron columnas mal conectadas entre sí, tropas que tendieron a confraternizar con el pueblo que había acudido a defender sus armas.

Las primeras en presentarse fueron las mujeres; luego, los Guardias. La forma en que se desarrollaron los acontecimientos demuestra la ausencia de premeditación y el carácter espontáneo y aun desordenado de la explosión popular del 18 de marzo. La multitud enfurecida tomó prisionero al general Lecomte, que dirigía la operación, y luego al general Clement Thomas. Ambos fueron fusilados a pesar de los esfuerzos que algunos oficiales de la Guardia Nacional y los miembros del Camité de vigilancia de Montmartre hicieron por evitarlo.

El odio popular no había elegido irracionalmente sus víctimas: Clement Thomas había sido uno de los fusiladores de junio de 1848 y durante el sitio había comandado la Guardia Nacional, ganándose el desprecio de la población por sus errores políticos y militares.

También en Belleville la multitud impidió a las tropas apoderarse de los cañones. Se produjeron allí reacciones más o menos violentas, pero locales, y no se puede hablar en este caso de insurrección general, y tal vez ni siquiera de insurrección. La única fuerza que podía coordinar la acción, el Comité de la Guardia Nacional, actuó tardíamente. La iniciativa de apoderarse de puntos estratégicos, como el depósito de armas del Luxemburgo, la Imprenta Nacional, la Prefectura de Policía, el Ayuntamiento, parece haber surgido de individuos aislados: Varlin, Pindy y algunos jefes blanquistas. A esa altura de los hechos la situación había cambiado y no hubo necesidad de forzar la entrada al Ayuntamiento: Thiers y los miembros del gobierno, una vez enterados del fusilamiento de los generales, habían abandonado la capital ordenando al ejército replegarse sobre Versalles y evacuar los fuertes.

Thiers repitió la táctica defendida y utilizada por él mismo en otras oportunidades: provocar el levantamiento para poder reprimir con mayor ferocidad. El conflicto, hasta entonces meramente político, fue transformado por las clases dominantes en conflicto social. Al principio no se trataba más que de la protesta contra una derrota debida a la traición, del deseo de salvaguardar la República amenazada, de actitudes que no traducían un conflicto de clases; pero, cuando la burguesía intenta arrancar las armas de las manos del pueblo, queda claro para éste que el ejército prusiano no es el único enemigo que debe enfrentar. La burguesía, que abandona la ciudad a los grupos populares, ve llegada la ocasión de aplastar al movimiento obrero, al socialismo, a la Internacional, que habían comenzado a crecer vigorosamente, y para lograrlo no vacilará en aliarse con el enemigo invasor. El espectro del socialismo, que tanto atemorizaba a la burguesía francesa desde

"París en armas posee tanta calma como bravura, sostiene el orden con tanta razón como heroísmo. No se armó más que por devoción a la libertad y a la gloria de todos, y a Francia corresponde hacer cesar este sangriento conflicto."
Proclama de la Comuna de París.

años atrás, vuelve a alzarse amenazante una vez más, y ahora con la fuerza que le da el hecho de que los obreros se encuentren organizados y armados. Thiers y sus seguidores creen llegado el momento de abatirlo definitivamente.

El Comité Central de la Guardia Nacional descubre que, sin habérselo propuesto, reúne en sus manos todo el poder efectivo sobre la capital de Francia. Su primer movimiento es anunciar elecciones municipales inmediatas para elegir un gobierno verdaderamente representativo, la Comuna, surgido del voto de todos los varones. Esta medida, a la vez que indicaba el deseo de volver a la legalidad, satisfacía una vieja aspiración de la ciudad, que bajo los regímenes precedentes, y en especial bajo el imperio, había carecido de toda representación genuinamente local. Junto con esto el Comité trata de obtener la aprobación de los alcaldes de distrito, única autoridad legítima subsistente en la ciudad, y de los diputados de París, quienes se ofrecen para actuar como intermediarios con Versalles.

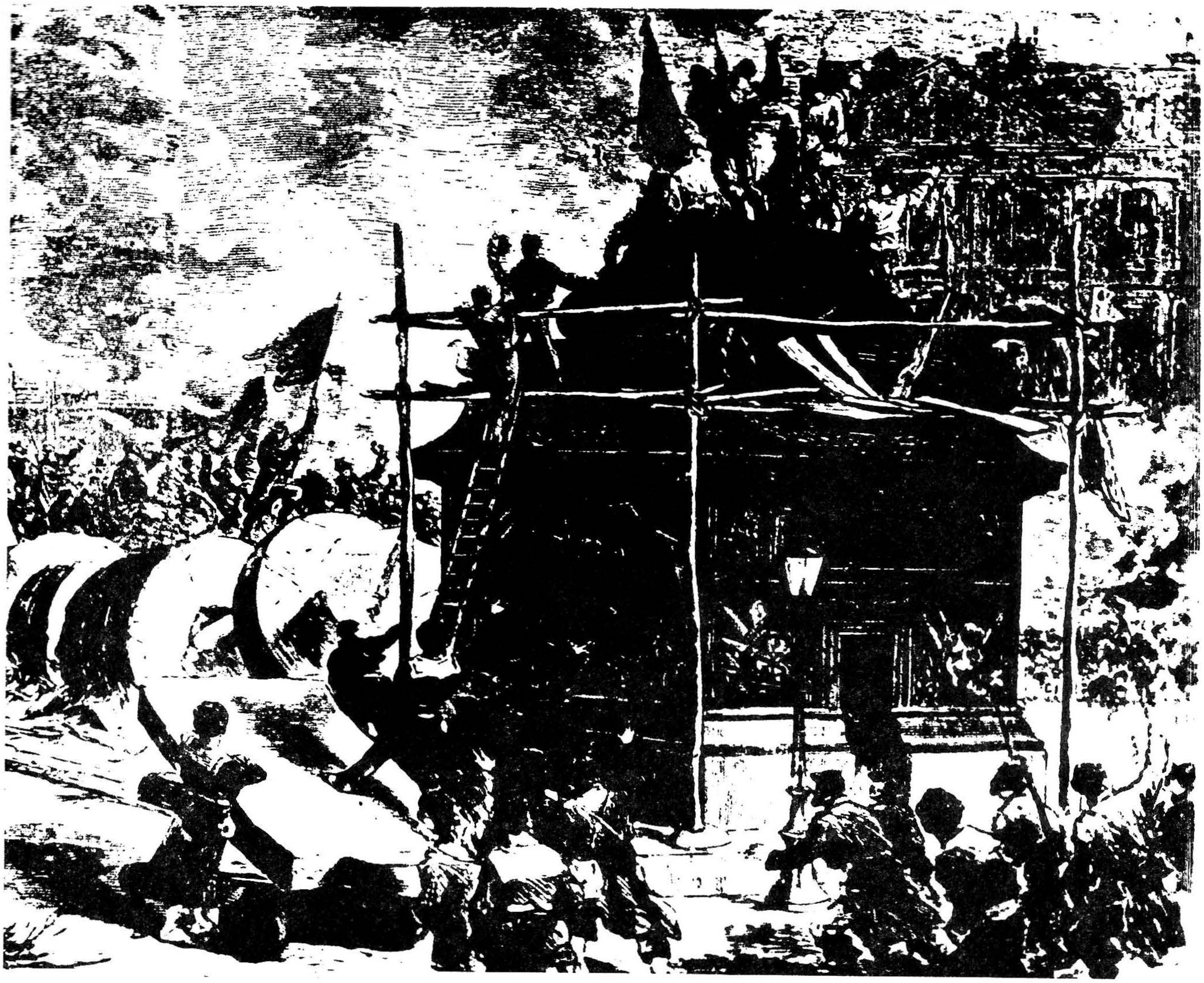
Pero la Asamblea de hidalgos rurales, dominada por el odio hacia el París republicano, no hizo ninguna concesión, y así los alcaldes y diputados conciliadores llevaron a cabo, conscientemente o no, un doble juego que demoró la realización de las elecciones y dio tiempo al gobierno de Versalles para reorganizar sus fuerzas.

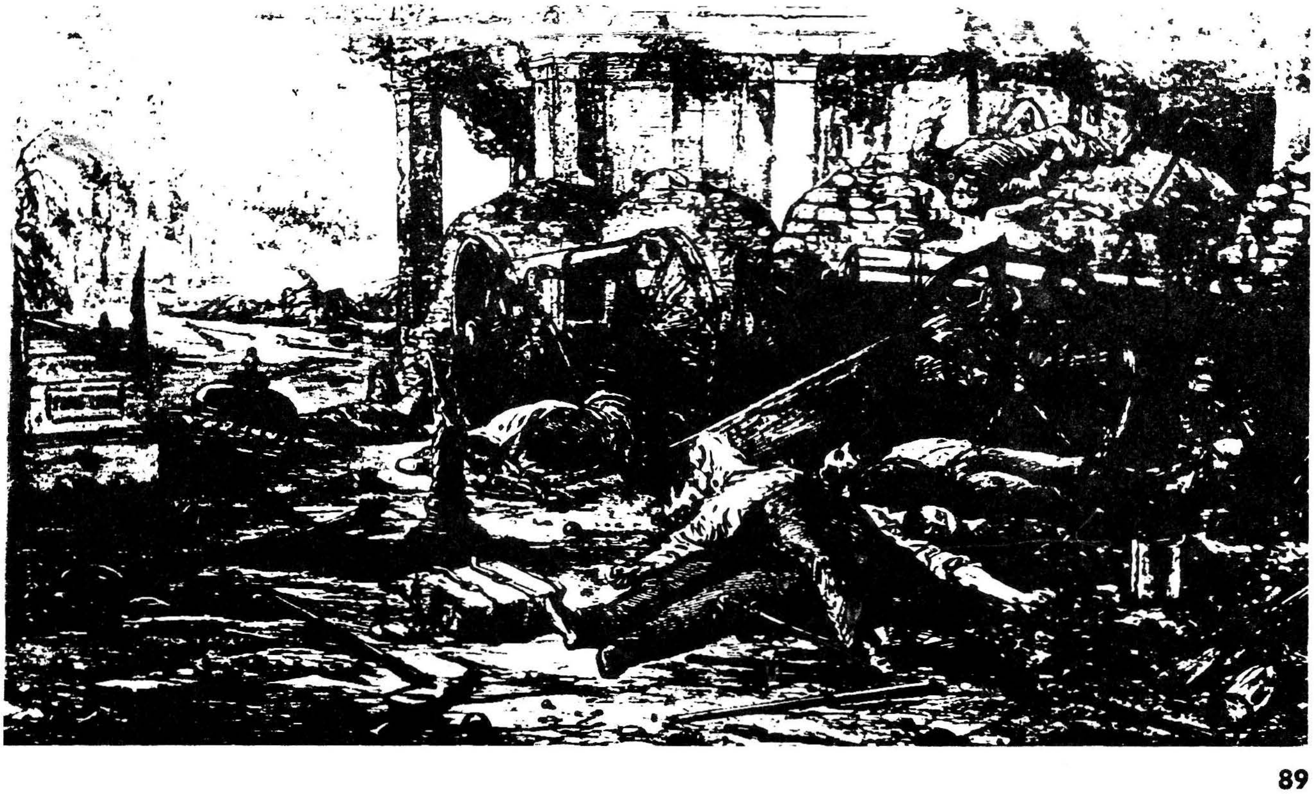
La Comuna

Finalmente, la fecha de las elecciones se fijó para el 26 de marzo. Ese día la Comuna fue elegida por el voto de 229.000 electores sobre 485.000 registrados, cifra importante si se tiene en cuenta que muchos de los habitantes de París habían abandonado la ciudad. Un buen número de los liberales electos no tomó posesión de sus cargos o se retiró pronto. La Comuna se integró con elementos de diversa orientación política: un grupo de republicanos, que incluía a varios periodistas, algunos miembros del Comité de la Guardia Nacional, blanquistas y jacobinos de los clubes revolucionarios y los internacionalistas que habían organizado el movimiento obrero entre 1868 y 1870.

La Comuna de París llegó a ser un organismo que representaba principalmente a las clases trabajadoras, pero esto se produjo sólo porque las clases poseedoras huyeron de París o bien porque sus representantes se negaron a integrar el organismo comunal. Es importante señalar que una gran parte de sus miembros eran radicales y jacobinos pertenecientes a la clase media y que no pocos representantes de la pequeña burguesía se habían sumado a la revolución a través de la Guardia Nacional.

En el pensamiento de los revolucionarios la Comuna debía ser el primer paso hacia la supresión del Estado centralizador, dominado por una minoría privilegiada y apoyado en el aparato coactivo del ejército y la policía. La antigua maquinaria estatal sería reemplazada por una red de comunas autónomas, en las que residiría el poder soberano en cuanto a representación directa del pueblo, y federadas para formar las unidades administrativas más amplias que tendrían a su cargo las funciones delegadas al gobierno central, ejercidas por agentes comunales estrictamente responsables. El organismo comunal reunía las funciones legislativa y ejecutiva, es decir, no sólo dictaba las leyes sino que controlaba su ejecución a través de sus delegados. No existían funcionarios ejecutivos investidos de autoridad independientemente de la Comuna. Todo el cuerpo de funcionarios trabajaba bajo el control de sus miembros y éstos eran directamente responsables ante los ciudadanos que los habían elegido. El sufragio universal sería el instrumento mediante el cual la mayoría de la población elegiría sus representantes





"Yo seré despiadado; la expiación será completa y mi justicia inflexible. El suelo está cubierto de cadáveres; ese espectáculo horroroso servirá de lección."
Thiers.



en el gobierno comunal y controlaría su gestión.
Conforme a la Declaración al pueblo francés, hecha pública el 19 de abril, eran derechos inherentes a la Comuna:
"El voto del presupuesto comunal, recursos y gastos; la fijación y la distribución del impuesto; la dirección de los servicios locales; la organización de su magistratura, de la policía interior y la enseñanza, la administración de los bienes pertenecientes a la Comuna.
La selección, por elección y concurso, y el derecho permanente de control y de revocación de los magistrados o funcionarios comunales de todo orden.
La garantía absoluta de la libertad individual, de la libertad de conciencia y de la libertad de trabajo.
La intervención permanente de los ciudadanos en los negocios comunales por la libre manifestación de sus ideas, la libre defensa de sus intereses: garantías dadas a esas manifestaciones por la Comuna, única encargada de vigilar y asegurar el libre y justo ejercicio del derecho de reunión y de publicidad.
La organización de la Defensa urbana y de la Guardia Nacional, que elige sus jefes y vela sola al mantenimiento del orden en la ciudad."

Para asegurar la democratización del régimen e impedir la renovación de la burocracia imperial la Comuna decretó la elección por el sufragio universal de todos los agentes de la administración, la justicia y la enseñanza, limitó a 6.000 francos (el sueldo corriente de un obrero) la remuneración más alta que pudiera percibir un funcionario y prohibió la acumulación de cargos.

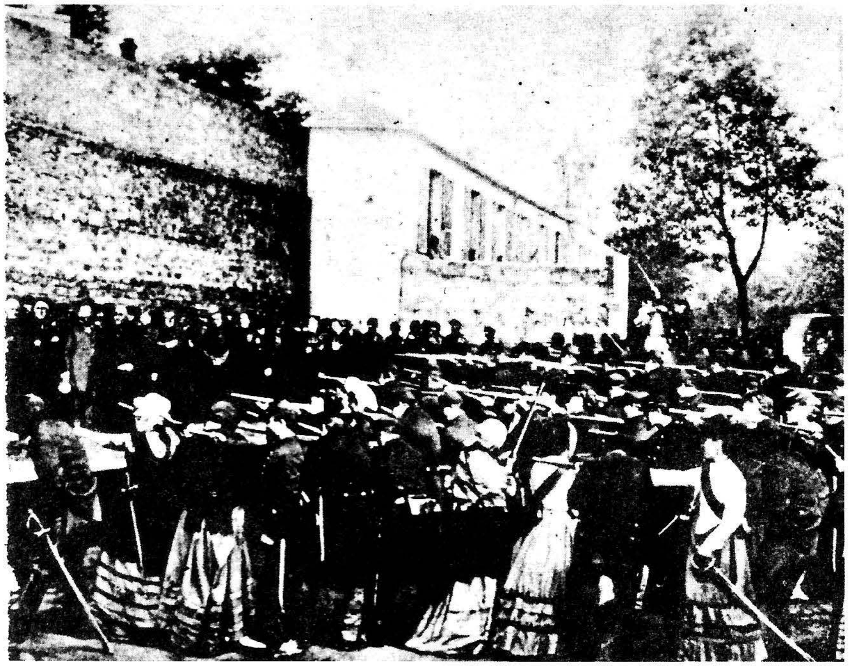
Se suprimió el ejército permanente y la policía fue convertida en instrumento de la Comuna, responsable ante ella y revocable en todo momento. La fuerza militar del régimen estaba concentrada en la Guardia Nacional: el pueblo en armas.
Para abocarse a la tarea de gobierno, el 29 de marzo la Comuna se dividió en diez Comisiones: Ejecutiva, Militar, de Subsistencias, de Finanzas, de Justicia, Seguridad General, Trabajo, Industria y Cambios, Servicios Públicos y Enseñanza.
Esta primera organización del poder, descentralizada y responsable, fue cambiada al agravarse el conflicto con Versalles. Los grupos jacobinos y blanquistas consideraron que había llegado el momento de imponer el poder "fuerte" del que eran partidarios. Consideraban que la democracia sólo podría ponerse en práctica una vez que la dictadura revolucionaria hubiese destruido el antiguo orden. Cuando se producen los primeros desastres militares esta concepción se impone, pues la guerra exige que las decisiones se tomen con rapidez y que se apele a toda la energía revolucionaria para conducir eficazmente la lucha. Jules Miot propuso, el 28 de abril, la formación de un Comité de Salud Pública dotado de autoridad sobre todas las comisiones y capaz de "hacer caer las cabezas de los traidores". La moción fue apoyada por blanquistas y jacobinos y aprobada contra el voto de la minoría, formada por los miembros de la Internacional. A partir de ese momento se produjo una escisión en el seno de la Comuna que dificultó su gestión posterior. Por otra parte, el Comité de Salud Pública no llegó a concentrar en sus manos la totalidad del poder, pues subsistieron junto con él las distintas Comisiones y el Comité de la Guardia Nacional, lo cual impidió dar a la guerra una dirección única y eficaz.

Obra administrativa, económica y social de la Comuna

En los dos meses escasos que duró la Comuna sus miembros lograron, pese a las dificultades de la guerra, sentar los fundamentos del cambio social al que aspiraban.
La tarea inmediata que debieron realizar fue la reorganización de los servicios admnistrativos, que la fuga del personal del gobierno había desmantelado. Los militantes obreros tomaron a su cargo la tarea: Varlin y Joruden en Finanzas, Theisz en Correos, Aviral en la Dirección del Material de Armamento, Camélinat en la Moneda, Combault y Faillet en el Servicio de Contribuciones, Alavoine en la Imprenta Nacional, etc.
La Comisión de Subsistencia hizo los mayores esfuerzos para asegurar el aprovisionamiento de París y el control de los precios. Se fijaron precios máximos para el pan y la carne y se controlaron las ventas al por mayor..., los mercados y las ferias.

Proto, delegado ante la Comisión de Justicia, fue el encargado, a partir del 1º de abril, de tomar todas las medidas necesarias para garantizar la libertad individual; se le encargó más tarde la tarea de dictaminar sobre los arrestos ordenados por el Comité Central y la Seguridad. Un decreto del 14 de abril exigía la notificación al delegado de Justicia de todo arresto, de toda detención injustificada y prohibía las pesquisas y requisiciones sin mandato regular.
En lo referente al culto, el 2 de abril se decretó la separación de la Iglesia y el estado, la supresión de presupuesto para cultos y la secularización de los bienes de las congregaciones, medida que no llegó a concretarse. Ese mismo día se suprimió la enseñanza religiosa en las escuelas.
Uno de los problemas más arduos que enfrentó la Comuna fue el de las Finanzas, pues además de hacer frente a los gastos de guerra se debía alimentar diariamente a 300.000 personas sin trabajo que dependían del subsidio acordado a la Guardia Nacional. Jourde, encargado de la Comisión de Finanzas, puso en práctica una contabilidad rigurosa que demuestra que no hubo despilfarros de ningún tipo. Se ha reprochado duramente a los comuneros su actitud con-

Los últimos estertores de la Comuna. Las mujeres que cruzaban en medio de las balas, acarreando botellas de petróleo para incendiar edificios que cerrarían el paso a las tropas represoras, eran fusiladas, sin juicio alguno, junto a la pared más cercana.





temporizadora con el Banco de Francia, cuya organización y caudales fueron respetados. Tanto Jourde como Beslay, comisionado de la Comuna ante el Banco, se mostraron hasta el fin respetuosos de los caudales que la burguesía francesa tenía depositados en él. La misma actitud tuvo Varlin, que los ayudó en su tarea, y "de cuyo cadáver aún caliente uno de sus ejecutores, defensor del orden, robó su viejo reloj proletario".

Desde el punto de vista social la tarea más importante es, sin duda, la realizada por la Comisión de Trabajo e Intercambio, a cuyo frente se halla Léo Frankel. Conforme al programa de la Comuna, dicha Comisión es la "encargada de la propagación de las doctrinas socialistas. Debe buscar los medios de igualar el trabajo y el salario. Tiene por objeto especial el estudio de todas las reformas a introducir, ya sea en los servicios públicos de la Comuna, ya sea en las relaciones de los trabajadores con sus patronos".

Un decreto del 16 de abril, emanado de dicha Comisión, tuvo por fin procurar a las organizaciones obreras algunas empresas piloto que sirvieran de base para el desarrollo del movimiento cooperativo, al mismo tiempo que para solucionar el problema creado por los talleres parados a causa de la huída de sus dueños. Se encargó a las cámaras sindicales realizar el inventario de dichos talleres y de los instrumentos de trabajo, con el fin de ponerlos luego en funcionamiento mediante la formación de sociedades cooperativas obreras. Un jurado arbitral decidiría sobre la indemnización a pagar a sus propietarios cuando éstos regresaran.

Para realizar dicha tarea se creó una Comisión de Estudio integrada en un primer momento por obreros metalúrgicos y mecánicos. A éstos se sumaron después los sastres, ebanistas, trabajadores de las fábricas de clavos y otras corporaciones. Pese al poco tiempo de que se dispuso se lograron algunos resultados concretos. Hubo una decena de talleres confiscados y se comenzó por los que interesaban a la defensa militar, los dedicados a la fabricación de municiones y de armas. La Comuna disponía de los establecimientos industriales pertenecientes al Estado, Moneda, Imprenta Nacional, Manufacturas de Tabaco, algunas empresas de fabricación de armas, etc., y comenzaba a confiar su gestión a los obreros.

El sindicato de los mecánicos, uno de los más importantes bajo el Imperio y que había conservado su organización durante la guerra y el sitio, controlaba una serie de empresas de fabricación de armas, de las cuales la más importante era la de los Talleres del Louvre. En la víspera de la derrota los mecánicos estaban a punto de tomar bajo su control una de las mayores fábricas metalúrgicas de la capital, la de Barriquand. Los sastres, por su parte, habían conseguido que la Comuna les otorgara la preferencia en la provisión, a través de empresas cooperativas, de uniformes para la Guardia Nacional.

En los talleres recientemente socializados la gestión obrera era total y estricta. El reglamento de los Talleres del Louvre afirmaba en su Artículo 1º: "El taller se coloca bajo la dirección de un delegado ante la Comuna. El delegado será nombrado por los obreros y revocable cada vez que se demuestre que ha faltado a su deber..." Este reglamento, aprobado por la Comuna el 3 de abril, fijaba la jornada de trabajo en 10 horas.

Un decreto de la Comisión de Trabajo del 20 de abril abolió el trabajo nocturno en las panaderías, bajo pena de confiscación de los panes fabricados durante la noche. El 27 del mismo mes se prohibieron las multas y retenciones sobre los salarios en empresas públicas y privadas. Para proteger los salarios la Comisión fue autorizada a revisar los contratos formalizados para obtener aprovisionamientos de guerra, imponiendo a los empresarios un salario mínimo por jornada o por pieza. Se decidió en el futuro dar preferencia a las sociedades obreras en este tipo de contrataciones.

Bajo el estímulo y apoyo de la Comisión se reactiva la reorganización de las sociedades obreras. Se confió a Elizabeth Dimitrief la organización del trabajo de las mujeres y las obreras se organizaron para crear cámaras sindicales vinculadas por una cámara federal.

La solución del problema de los alquileres era imperiosa para la población; el 20 de marzo el Comité Central de la Guardia Nacional había prohibido los desalojos. La Comuna, una vez en funciones, decidió la postergación de los términos de vencimiento de todos los alquileres y los desalojos concedidos se postergaron por tres meses.

Los acontecimientos demostraron que la ley votada por la Asamblea sobre vencimiento de obligaciones comerciales era brutal. Entre el 13 y el 17 de marzo habían sido presentados cerca de ciento cincuenta mil protestos y se hablaba de trescientas mil quiebras. Por un decreto del 15 de abril se decidió que los reembolsos deberían hacerse a partir del 15 de julio y por un plazo de tres años.

El 29 de marzo la Comuna ordenó la suspensión de la venta de los objetos empeñados en el Montepío y el 7 de mayo dispuso el remate gratuito de vestidos, muebles, ropa blanca, libros e instrumentos de trabajo empeñados antes del 25 de abril.

La guerra civil

El 2 de abril Thiers anuncia oficialmente que el ejército de la represión está listo. A partir de ese momento Versalles no acepta ningún tipo de intermediación y se concentra en un objetivo: aplastar el movimiento comunero. Los preliminares de paz firmados con Prusia limitaban a 40.000 el número de soldados en la región parisiense; Thiers negocia con

"El orden ha triunfado", litografía de Daumier. El poder burgués, restituido por medio del ejército, ejerció su venganza sin límites sobre los representantes del gobierno obrero.

Bismarck y obtiene primero la autorización para disponer de 80.000 hombres y más tarde de 170.000, de los cuales la mayor parte está constituída por repatriados de los campos alemanes para prisioneros. Para oponerse a ese ejército la Comuna contaba con los federados, fuerza compuesta principalmente por los efectivos de la Guardia Nacional, un ejército de voluntarios mejor preparado para la defensa que para el ataque.

Si las ciudades de provincia se hubieran levantado, la dispersión de las fuerzas de la Asamblea tal vez hubiera colocado a París en una situación más favorable, pero los levantamientos aislados que se producen son reprimidos con facilidad. Lyon, que ya se había levantado el 28 de setiembre de 1870 para darse una Comuna anarquista inspirada en Bakunin, se rebela nuevamente el 22 de marzo, impulsada, al parecer, por un delegado de París, el internacionalista Albert Leblanc; pero la insurrección se extingue, fácilmente reprimida, dos días después. Marsella se levanta el 23 de marzo y logra mantenerse hasta el 4 de abril. Disturbios comuneros se produjeron también en Toulouse, del 23 al 27 de marzo; en Narbona, del 24 al 31; en Saint Etienne, del 24 al 28; en Creusot, del 26 al 27.

Thiers optó desde el primer momento por la guerra sin cuartel y rechazó los intentos de conciliación realizados por diferentes grupos como la Unión de las Cámaras Sindicales, la Unión Republicana, los diputados de París y los jefes de la francomasonería. Desde los primeros días los versalleses torturaron y fusilaron a sus prisioneros. La noticia de tales asesinatos y las ejecuciones sin juicio de los jefes del ejército federado, Flourens y Duval, el 3 y 4 de abril, determinaron que, como medio de detener la matanza de rehenes y prisioneros, la Comuna decretara por unanimidad, el 5 de abril, que todo reo acusado de complicidad con Versalles fuera juzgado en un plazo de 40 horas y retenido como rehén en el caso de que fuera culpable. La ejecución por Versalles de cada uno de los defensores de la Comuna sería respondida con la ejecución de tres de esos rehenes.

Tales amenazas no tuvieron efecto. Thiers siguió tratando a los prisioneros con la misma crueldad, mientras la Comuna respetaba la vida de sus rehenes. Inclusive se ofreció el canje del arzobispo Darboy y otros rehenes por Blanqui, prisionero de los versalleses, pero Thiers rechazó el ofrecimiento. Sólo hacia el fin de la lucha los comuneros respondieron a las matanzas masivas de Versalles con la ejecución de cierto número de rehenes, entre ellos el arzobispo y algunos curas dominicos.

Las dificultades de la defensa fueron enormes desde el primer momento: carencia de disciplina y de organización militar en la Guardia Nacional, falta de jefes calificados y ausencia de una dirección única.

Los jefes militares se cambiaron una y otra vez. A Cluseret sucedió Rossel, que no consiguió imponer su autoridad sobre los federados, y el polaco Dombrowski asumió la jefatura demasiado tarde para cambiar la suerte del movimiento. El Comité Central de la Guardia Nacional no se había disuelto al constituirse la Comuna. El estallido de la guerra lo forzará a olvidar sus promesas de alejarse del poder y continuará subsistiendo con funciones de fiscalización y control, junto a la Comisión de Guerra, sin ninguna delimitación clara de poderes.

Desde los primeros días se sucedieron las derrotas. Finalmente, los versalleses entraron en París el 20 de mayo, gracias a la traición de un parisiense que les hizo saber que la puerta de Sáint Cloud carecía de fortificación. La resistencia duró aún ocho días.


1871

La Semana Sangrienta

Las reformas realizadas en París bajo el Imperio, la demolición de las callejuelas estrechas, pavimentadas con grandes piedras, adecuadas para la construcción de barricadas y para la guerra callejera que los parisienses habían puesto en práctica en las jornadas de 1830 y 1848, dificultaron la defensa. Las grandes avenidas facilitaron el despliegue de las organizadas fuerzas versallesas. Los federados, abandonando el plan de Dombrowski, partidario de la lucha en conjunto, se dispersaron por los barrios. La defensa se llevó a cabo sin coordinación y se limitó al levantamiento de centenares de barricadas que fueron fácilmente rodeadas por los movimientos envolventes de las tropas versallesas, que, a medida que avanzaban, iban fusilando a los que tomaban prisioneros.

El martes 23 cayó Montmartre y el estado mayor versallés comenzó las ejecuciones en masa destinadas a vengar la muerte de Lecomte y Clément Thomas. Cuarenta y dos hombres, tres mujeres y cuatro niños, elegidos al azar, fueron llevados ante el muro donde habían sido ejecutados los generales el 18 de marzo. Allí se los hizo arrodillar y se los fusiló. Matanzas similares se produjeron durante los días siguientes.

Desde el Ayuntamiento un decreto autoriza a los jefes de barricada a requisar los víveres y útiles que necesiten; otro ordena el incendio inmediato de toda casa desde la que se dispare contra los federados. El Comité de Salud Pública hace un llamamiento a los soldados versalleses invitándolos a retroceder ante el fraticidio: "... sois proletarios como nosotros ...", les dice.

Según Lissagaray, en la noche del 23 de mayo los federados ocupan todavía la mitad de París: "... El resto pertenece a la matanza. Todavía se lucha en el extremo de una calle cuando ya es entregada al saqueo la parte conquistada. Desgraciado del que posea un arma, un uniforme, o esos zapatones que tantos parisienses calzan desde el sitio; desgraciado del que se azore; desgraciado del que sea denunciado por un enemigo político o personal. Se lo llevan. Cada cuerpo tiene su verdugo en jefe, el preboste, instalado en el cuartel general; para apresurar la labor hay prebostes suplementarios en las calles. Allí llevan a la víctima, que es fusilada inmediatamente".

El 24 los miembros de la Comuna abandonan el Ayuntamiento, lo que aumenta la dificultad en las comunicaciones. Ese día arreciaron las matanzas, corrió el rumor de que las mujeres lanzaban petróleo ardiendo en los sótanos para provocar los incendios: toda mujer mal vestida o que llevara una botella vacía podía ser acusada de petrolera y muerta a tiros contra la pared más próxima.

Los federados, reducidos a algunos millares de hombres, no pueden sostenerse indefinidamente. El jueves 25 toda la orilla izquierda del Sena está en manos de las tropas. La batalla prosigue y la resistencia se concentra en Belleville, hasta el domingo 28 de mayo a mediodía. A partir de ese momento cesa la lucha, pero continúa la venganza.

Las matanzas en masa duraron hasta los primeros días de junio y las ejecuciones sumarias hasta mediados del mismo mes. Jamás se conocerá el número exacto de víctimas. El jefe de la justicia militar declaró que habían sido fusilados diecisiete mil hombres, pero no es exagerado afirmar que los ejecutados pudieron haber llegado a veinte mil.

Quedaron en prisión 36.000 insurrectos, sometidos, por la vigencia del estado de sitio, a la justicia militar. Los cuatro consejos de guerra existentes resultaron insuficientes y se crearon 22 consejos suplementarios, que funcionaron a un ritmo acelerado entre 1872 y 1873. Ellos llevaron a cabo una parodia de justicia que dejó como saldo más de 13.700 condenados a muerte, trabajos forzados, deportación, reclusión, etc., entre ellos 170 mujeres y 60 niños menores de dieciséis años.

Como consecuencia de la represión el París revolucionario fue acallado durante una generación y Francia, no habiendo logrado las clases dominantes coincidir respecto de un monarca, quedó sometida al régimen reaccionario de la Tercera República.

Bibliografía

Rougerie, Jacques. *Procès des Communards.* Julliard,París, 1964.

Bourgin, Georges. *La Comuna.* Eudeba, Buenos Aires, 1953.

Lissagaray, P. O. *Historia de la Comuna.* Edit. Estela, Barcelona, 1971, 2 vols. (primera edición de 1871).

Lissagaray, P. O. *Gli ultimi giorni della Comune.* Ed. Riuniti, Roma, 1961 (primera edición de 1873).

Ollivier, Albert. *La Comuna.* Alianza Edit., Madrid, 1971 (primera edición de 1939).

Dolléans, E. *Historia del movimiento obrero.* Eudeba, Buenos Aires, 1957, tomo I.

Sindicalismo y laborismo inglés

Irma Antognazzi

"Lo mismo por su situación particular que por sus aspiraciones la aristocracia obrera confirmaba que era terreno favorable para la política de colaboración de clases." Morton y Tate, "Historia del movimiento obrero inglés".

En 1873 una de las crisis más graves producidas hasta ese momento conmovió a Inglaterra y a todo el mundo capitalista. El mercado interno inglés ya no pudo absorber una producción industrial en constante aumento; ésta tampoco pudo ser volcada con facilidad en el mercado externo —monopolizado hasta esos años por Inglaterra— a causa de la competencia de las otras potencias imperialistas que habían entrado en escena después de un acelerado proceso de industrialización. La saturación del mercado produjo la baja de los precios y con ello el cierre de fábricas, la desocupación, la disminución de los salarios. Esta situación, la gran depresión, se prolongó hasta mediados de la década de 1890, afectó profundamente a los países imperialistas y a los que dependían de ellos, y originó graves tensiones sociales.

El imperialismo y la clase obrera inglesa

El proletariado había crecido rápidamente en toda Europa durante la segunda mitad del siglo XIX y había comenzado a organizarse tanto en el plano sindical como en el político. Pero, a pesar del optimismo de sus dirigentes con respecto a la posibilidad de liquidar en poco tiempo el sistema capitalista y establecer el socialismo, todavía le quedaba a la burguesía un largo camino por recorrer. Esta, con el poder en sus manos, reajustó sus proyectos económicos y políticos y pudo afirmar su hegemonía. La reducción de los beneficios que producían sus capitales, a causa de la saturación del mercado, la resolvió exportando esos capitales a los países dependientes. La creciente presión del proletariado la contrarrestó haciendo concesiones, en la medida de lo posible, pactando con los dirigentes sindicales y dividiendo al movimiento obrero. Dos fenómenos estrechamente relacionados. Así, el imperialismo, "fase superior del capitalismo", al decir de Lenin, salvó al capitalismo de la crisis de fin de siglo. Pero también agudizó sus contradicciones: la concentración del capital en grandes asociaciones (trusts, cártels, etc.) destruyó la libre competencia; el nuevo crecimiento de la burguesía se hizo a expensas de una mayor explotación de ciertos sectores del proletariado interno y, muy en especial, de las colonias y los países dependientes; comenzó el desarrollo capitalista dependiente en los países de la periferia; se incrementó la competencia entre las grandes potencias imperialistas, hecho que desembocaría en la guerra de 1914.

La relación entre la nueva etapa imperialista y el desarrollo del movimiento obrero inglés es estrecha. Las enormes ganancias que se obtenían no sólo del comercio internacional sino también de la exportación de capitales y bienes de capital permitieron hacer concesiones y frenar las luchas del proletariado. Así, las reformas paulatinas, los reajustes parciales del sistema, evitaron las tensiones que podía provocar su transformación radical. Por otra parte, el proletariado, todavía no totalmente sindicalizado, sumergido en la más sórdida miseria, sin representación política, fue a veces manejado con relativa facilidad por los dirigentes obreros que la burguesía, con su nueva política, había comprado o conquistado. Pero también hay que señalar que la burguesía no tuvo razones para temer del proletariado hasta principios de siglo. Y esto a pesar de que en Londres habían trabajado Marx y Engels y se había realizado la Primera Internacional. Antes de esa época, si bien el movimiento obrero fue creciendo en magnitud y fuerza y buscó una salida política independiente, no dejó de ser un apéndice de la política liberal; es decir, no en-

La saturación del mercado europeo determinó, a fines del siglo XIX, la reducción de los beneficios producidos por los capitales. La burguesía resolvió este problema exportando esos capitales a los países periféricos, justificando esta colonización económica bajo la apariencia de cruzada civilizadora. Arriba: Cecil Rhodes. En la ilustración inferior: colonia holandesa en Indochina.

frentó a la burguesía desde una posición clasista.

El proletariado inglés no era homogéneo. Algunos sectores, con calificación tradicional, que la mecanización reciente todavía no había reemplazado, tuvieron más prestigio y mejor nivel de vida que el resto. Pero aunque el crecimiento industrial fue homogeneizando las condiciones de trabajo, el imperialismo permitió ganarse la voluntad de los sectores obreros industriales claves y de sus dirigentes mediante el arbitraje, el fraude, la corrupción, los beneficios individuales. Resulta fácil descubrir en la historia del movimiento obrero inglés un desfazamiento entre la política sindical y del partido obrero y los reclamos de las bases proletarias.

En todos los casos en que el movimiento obrero estuvo a punto de radicalizarse hacia el socialismo revolucionario fue frenado por sus dirigentes y desviado hacia las propuestas burguesas. Este período de fin del siglo XIX y comienzos del XX se caracteriza por el crecimiento del poder, la conciencia y la organización del proletariado en todos los países de Europa. Pero en todos, con excepción de Rusia, la revolución en potencia se frustró por la fuerza de los movimientos reformistas y la política reformista pudo realizarse en gran medida gracias al imperialismo.

El imperialismo pronto tuvo sus teóricos, sus ideólogos, sus propagandistas. La explotación de los países dependientes fue justificada de diversas maneras. De los periódicos a las escuelas se difundió la concepción de que los ingleses eran la "primera raza del mundo". Consecuencia: "mientras mayor sea la parte del mundo que habitemos [los ingleses] mejor será la raza humana". Para Chamberlain, ministro de Colonias, el imperialismo era la "política justa, inteligente, económica", y Cecil Rhodes afirmaba: "si hay Dios creo que a él le gustaría que yo pintase con el rojo británico tanta parte del mapa de Africa como fuese posible".

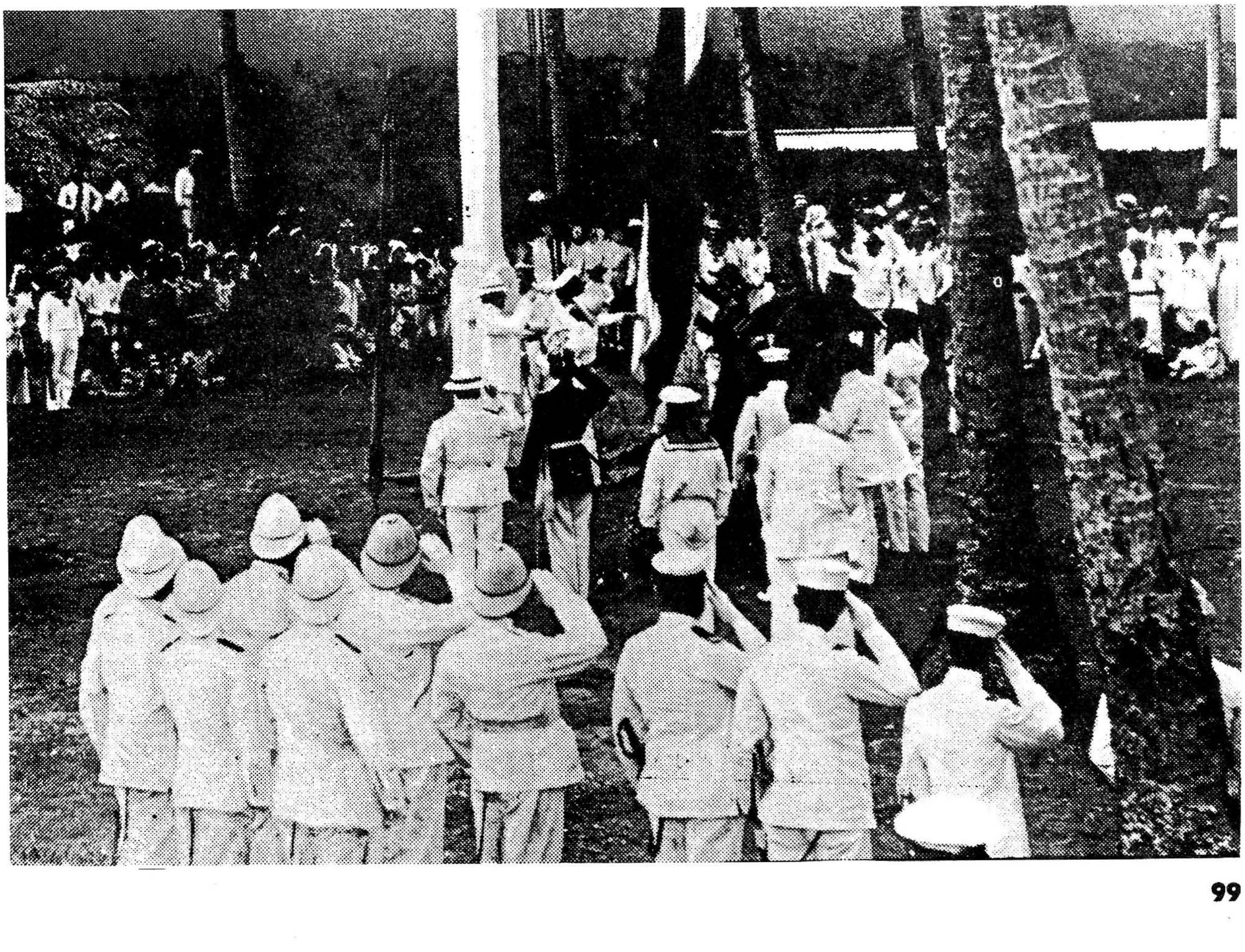
Pero, a nivel interno, no bastaba en Inglaterra con la difusión del nacionalismo imperialista. La alta burguesía, que había desencadenado el nuevo proceso en defensa de sus intereses económicos, debió repartir, en busca de apoyo, los beneficios provenientes de la explotación de los países dependientes. Los nuevos beneficiarios fueron los pequeños ahorristas, accionistas de pequeñas empresas radicadas en el extranjero; el nuevo sector de "trabajadores de cuello blanco" que forman el grueso de la llamada "clase media"; la "aristocracia obrera", un 15 % del total de la clase obrera, con alta calificación en su trabajo (mecánicos, obreros de la construcción y carpinteros), que no habían sido desplazados todavía por la gran industria y que gozaban de trabajos permanentes mejor remunerados.

Este sector, que recibe los beneficios del imperialismo, es reducido con respecto a la mayoría de la población: el proletariado rural y urbano, a excepción de la "aristocracia" y los "especializados" en los nuevos trabajos industriales que exige la técnica, vive en la miseria: subalimentación, condiciones deplorables de trabajo, desocupación, hacinamiento.

El progreso técnico de la década del 70, la "era del petróleo y de la electricidad", la llamada Segunda Revolución Industrial, permitió aumentar la concentración de capital y la explotación de la mano de obra.

La nueva acumulación del capital produce, además de la ruptura del mercado competitivo, el crecimiento del proletariado industrial. Junto con el crecimiento demográfico sorprendente, los cambios técnicos en la agricultura y, básicamente, su crisis a raíz de la importación de productos agrícolas de las colonias, llevaron a las ciudades a grandes masas de campesinos necesitados, fenómeno agravado por el éxodo de los campesinos irlandeses. En las ciudades industriales y mineras (Londres, Liverpool, Manchester, Leeds, etc.), que eran cada vez





La misión nacional de Inglaterra según Chamberlain

..."Para llevar adelante esta tarea de civilización estamos realizando lo que creo es nuestra misión nacional, y estamos encontrando un enfoque más ajustado para el ejercicio de aquellas facultades y cualidades que han hecho de nosotros una raza gobernante. No digo que nuestro éxito ha sido completo en todos los casos, no digo que todos nuestros métodos han sido irreprochables; pero sí digo que en casi todas las instancias en las que se estableció el dominio de la Reina y donde se ha hecho cumplir la gran 'pax Britannica' ha sobrevivido con ella mayor seguridad para la vida y la propiedad y un mejoramiento material para la mayoría de la población[...]. Sin duda, en el momento en que se realizaron las conquistas ha habido derramamiento de sangre, ha habido pérdida de vidas entre las poblaciones nativas, pérdida de vidas aún más preciosas que aquellos que fueron enviados para llevar a esos países un tipo de orden disciplinado; debemos recordar que esta es la condición de la misión que debemos cumplir [...] no se pueden destruir las prácticas de barbarie sin el uso de la fuerza; pero si honestamente se compara lo que se gana para la humanidad con el precio que estamos obligados a pagar, pienso que bien podemos alegrarnos por el resultado de tales expediciones [...] que pueden costar y que ciertamente han costado valiosas vidas, pero podemos estar seguros de que por vida perdida habrá cien ganadas, y habrá avanzado así la causa de la prosperidad y la civilización del pueblo [...]."

J. Chamberlain, discurso pronunciado en la cena anual del Instituto Real de Colonias, el 31 de marzo de 1897.)



A la izquierda: Joseph Chamberlain, mentor y teórico de la expansión imperialista. A la derecha: Manifestación obrera en Londres. Hasta 1890 los sindicatos se mantuvieron dentro de una acción puramente reivindicativa pues no existía un partido obrero que encuadrara la acción sindical dentro de un marco político.



más populosas, competían en el mercado de trabajo desocupados, mendigos y obreros en la miseria.

El crecimiento de la industria no llega a absorber el crecimiento del proletariado urbano. Estos "obreros sobrantes", que forman la categoría que Marx llamó "ejército industrial de reserva", constituyen una condición propia y normal del modo de producción capitalista. Están, allí, a disposición del capitalista, para cuando el auge industrial requiera su empleo. Además, con su sola presencia y su hambre, hacen crecer desmedidamente la oferta de trabajo, mantienen bajos los salarios y boicotean la resistencia de los obreros por conseguir mejoras laborales.

Pero "el número no pesa en la balanza si no está unido por la asociación y guiado por el saber", había dicho Marx al inaugurar la Asociación Internacional de Trabajadores en 1864. Y la mano de obra inglesa no estaba aún organizada sindicalmente. El movimiento sindical, aunque en crecimiento desde mediados del siglo XIX, no era un real representante de la clase obrera. Sus cuadros dirigentes habían entrado en francas componendas con los grupos de poder.

El desarrollo capitalista desde mediados del siglo XIX produjo una serie de cambios sociales: promovió la "especialización", capacidad requerida para el manejo de las nuevas máquinas, lo cual hizo aparecer un sector de obreros especializados; permitió reunir a grandes grupos de trabajadores, hasta millares, en grandes establecimientos industriales, que participaban de experiencias y condiciones de trabajo similares; produjo el desarrollo del sector terciario, dedicado a tareas no productivas dentro de las empresas, los "trabajadores de cuello blanco", que por la seguridad, el tipo de trabajo —intelectual— y el nivel de sus salarios se ubicó en la escala social entre la burguesía y la "aristocracia obrera"; hizo que la "aristocracia obrera" viera disminuidos sus privilegios

Una vista de Londres en 1870. Los dirigentes sindicales ingleses de ese momento condujeron a la clase obrera desde una perspectiva liberal.

por el surgimiento de los "especializados" y la uniformidad de las condiciones de explotación de la clase obrera; aceleró el proceso de crecimiento de la burguesía industrial y financiera y de consolidación de su poder político, a expensas de la aristocracia terrateniente. Una serie de leyes (las correspondientes a la derogación de las Leyes de granos, a la Reforma Parlamentaria, a la Reforma Agraria y a las Reformas Impositivas) disminuyeron progresivamente el peso de la aristocracia terrateniente en beneficio de la nueva burguesía industrial y financiera.

Las corrientes políticas en el movimiento obrero hasta 1890

Cuando se creó la Asociación Internacional de Trabajadores en Londres, en 1864, sólo algunos sectores de trabajadores estaban sindicalizados. No existía en Inglaterra una organización central de la clase obrera. Sólo dos décadas después se constituiría un partido obrero "independiente". Marx había insistido en la necesidad de la organización de la clase obrera para conseguir el poder político y de la organización de un movimiento sindical nacional e internacional, así como en la necesidad de formar un partido obrero inglés separado de los partidos liberal y conservador, representantes de distintos sectores de la burguesía. Ese partido se fundó en 1903, pero sin las características revolucionarias que Marx había pretendido de él.

A pesar de la dirección que Marx y Engels quisieron imprimir al movimiento obrero, los dirigentes sindicales ingleses se preocuparon fundamentalmente por la reforma parlamentaria y el logro de los derechos laborales, y dirigieron a la clase obrera desde una perspectiva liberal-radical.

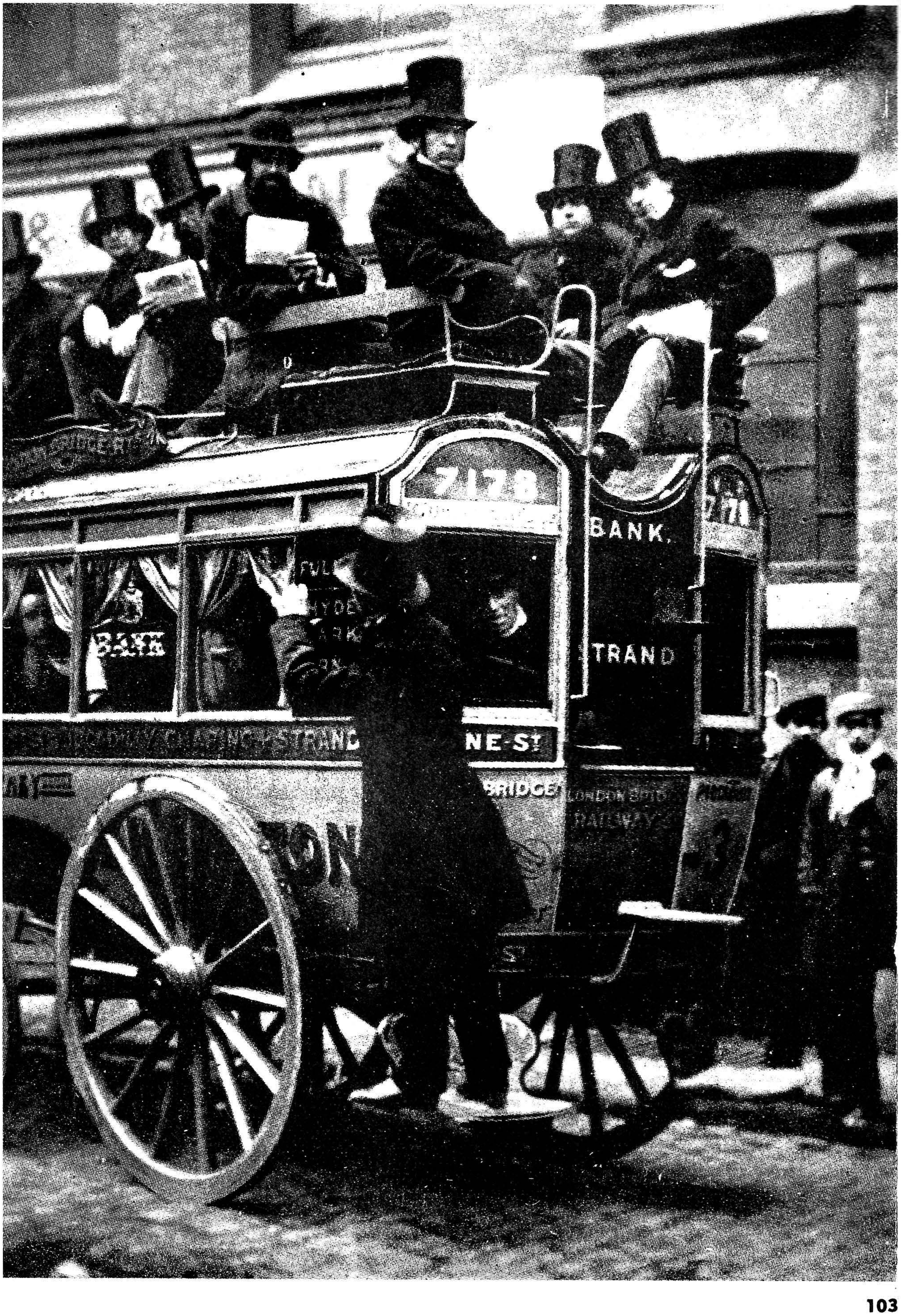
En la década del 80 se perfilan claramente varias corrientes políticas. El Partido Conservador, que representa a la aristocracia terrateniente y a la burguesía comercial y financiera tradicional, se turna en el poder con el Partido Liberal, cuyas alas más radicalizadas, los nuevos sectores de la burguesía con acceso al poder político a través de las sucesivas leyes de Reforma, forman asociaciones *Lib-Lab* (liberales y representantes obreros) y captan a los dirigentes sindicales.

Los sindicatos se mantenían dentro de la acción puramente reivindicativa pues no existía un partido de la clase obrera que encuadrara políticamente la acción sindical.

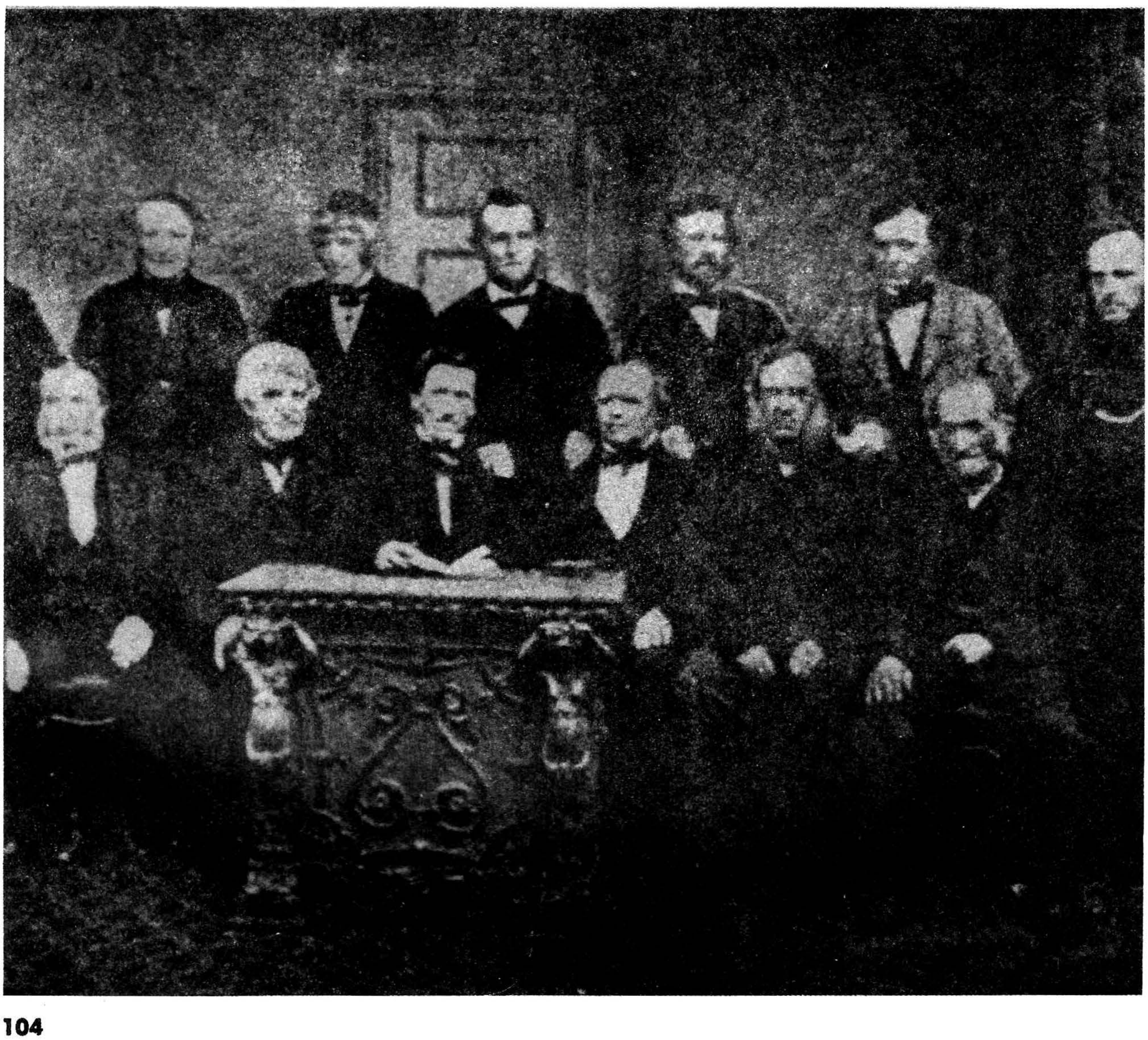
Hasta entonces, como vimos, los sectores bajos del proletariado, la amplia mayoría, no tenían participación política ni estaban organizados sindicalmente, mientras que los sectores calificados participaban aliados con el Partido Liberal. Engels, tal como lo había hecho Marx, propuso la organizacón de un partido político independiente de la clase obrera. "No hay poder en el mundo —afirmaba— capaz de resistir un solo día a la clase obrera británica organizada."

El nacimiento de la Federación Social-Demócrata en 1881 fue la respuesta de Henry Hyndman, y de algunas organizaciones burguesas, a la necesidad de crear un nuevo partido. Si bien la Federación se declaraba socialista —Hyndman era un lector asiduo de la obra de Marx— eludía uno de los puntos claves de la teoría marxista: la necesidad de una revolución que destruyera el sistema capitalista y creara la sociedad socialista. Hyndman sostenía que el capitalismo por sí solo produciría automáticamente su caída y no hacía referencia a la ruptura revolucionaria. Fue, afirman los historiadores Morton y Tate, un "propagandista más que un organizador o dirigente capaz de conducir al pueblo a través de sus necesidades y aspiraciones diarias a la lucha por el socialismo".

A pesar de las limitaciones en el plano de la acción política, la


7178
BANK.
STRAND
NE-St
BRIDGE


8 HOURS REST



Federación, con la presidencia de Hyndman, contribuyó a la difusión de la teoría marxista.

Pero el ingreso en 1883 de William Morris —artista, obrero calificado y escritor— le dio a la Federación un programa más decididamente socialista. Hacia 1884 las acusaciones de oportunismo y sectarismo contra Hyndman produjeron en el seno de la Federación un movimiento disidente. Los miembros más radicalizados de la asociación, dirigidos por Morris, se apartaron para formar la Liga Socialista. Al decir de Morton y Tate, "Morris, el más grande de los socialistas británicos, junto con un grupo de obreros e intelectuales intentaba crear un verdadero partido socialista en Gran Bretaña". La Liga Socialista denunció el oportunismo de Hyndman, quien continuó siendo en el fondo un "patrono burgués", así como su dirección dictatorial.

Si bien más leales con sus principios, los miembros de la Liga se limitaron en su acción a la propaganda del marxismo a través de conferencias públicas, libros y periódicos. Pero no debemos desconocer que esta propaganda era necesaria en las masas obreras, influidas por la tradición reformista y liberal. Los hombres de la Liga comprendían la necesidad de la revolución, pero, en lugar de encuadrar la acción sindical por las reivindicaciones económicas dentro de un contexto político, de acuerdo con la teoría que proclamaban, se apartaron de los sindicatos por considerar su acción en búsqueda de "paliativos" como perjudicial para el proceso de la revolución. En suma, no intentaron la conducción política del proletariado.

La Liga desconoció a su vez la vía parlamentaria, pues consideraba que el Parlamento, manejado por la burguesía, era una "trampa" para la clase obrera. Tanto la Federación como la Liga estuvieron constituidas por pequeños grupos de intelectuales y obreros. Solo algunos dirigentes sindicales, miembros de la Federación, tuvieron un papel preponderante en las movilizaciones obreras de fines del 80, pero esto fue por razones que no provenían de los lineamientos de la Federación. Ni ésta, ni la Liga Socialista pudieron transformarse en un partido obrero. Casi simultáneamente a la constitución de la Liga se fundó la Sociedad Fabiana "con el objeto de reconstruir la sociedad con las más altas posibilidades morales". Compuesta por un pequeño grupo de intelectuales —nunca tuvo inserción en la clase obrera— y pretendidamente socialista, sus propuestas no fueron más que meros intentos de reforma social, paulatinos, graduales, con la creencia de que a través de dichos cambios se llegaría a alcanzar el socialismo. Sus fundadores, Sidney Webb y el escritor George Bernard Shaw, fueron sus ideólogos más importantes.

Los miembros de la Sociedad Fabiana no eran socialistas revolucionarios sino jóvenes de la clase media, conmovidos por los conflictos sociales de la época y por la deplorable situación de la clase obrera. Su ideología reformista implicaba, en última instancia, una perspectiva burguesa, en la medida en que la acción de "reformar" permitía el mantenimiento del sistema.

A pesar de su propuesta inicial de estudiar la realidad no llegaron a desentrañar los mecanismos del modo de producción capitalista. Al desconocer el análisis científico de la sociedad capitalista que Marx y Engels habían elaborado a partir de la sociedad inglesa, los fabianos propusieron exclusivamente medidas reformistas: derecho al sufragio para todos los adultos, incluyendo a las mujeres, jornadas de trabajo de ocho horas, socialización de los ferrocarriles, etc. Confiaban en el Parlamento y en la "democracia" capitalista y aceptaban y empleaban los medios "democráticos" de representación popular. En contraposición a la propuesta revolucionaria marxista esgrimían el "gradualismo". Engels, en una carta a Sorge escrita en enero de 1893, decía de los fabianos: "[...] son un ambicioso

Dos pintorescas imágenes de las organizaciones sindicales en la década de 1860. De tales organizaciones diría Engels: "Pronto tendrán que bajar la cabeza estas grandes, viejas y arrogantes trade-unions".

La década de 1880 marca el hito final del "viejo" sindicalismo, intensificándose la agitación y agregándose a las luchas los obreros no calificados, hasta ese momento segregados del proceso sindical.

grupo *londinense* que han comprendido lo bastante como para darse cuenta de la inevitabilidad de la revolución social, pero que posiblemente no podría confiarle esta gigantesca tarea al rudo proletariado solamente, y que por ello tienen la amabilidad de ponerse a la cabeza. El principio fundamental de ellos es el temor por la revolución. Son los "cultos" por excelencia [...] Su socialismo es un socialismo municipal: no es la nación sino el municipio el que ha de convertirse, al menos por el momento, en propietario de los medios de producción. Este socialismo es presentado como una consecuencia extrema pero inevitable del liberalismo burgués, a consecuencia de lo cual siguen la táctica de no oponerse resueltamente a los liberales en cuanto adversarios, sino de empujarlos hacia conclusiones socialistas, y por tanto de intrigar con ellos; de *penetrar* de socialismo al liberalismo, de no presentar candidatos socialistas contra los liberales, sino de imponérselos a éstos, obligándolos a aceptarlos o metiéndoselos de contrabando. Por supuesto que no se dan cuenta de que en este proceso se mienten y engañan a sí mismos o bien traicionan al socialismo [...] En medio de toda clase de basura han producido algunos buenos escritos de propaganda, en realidad lo mejor en su tipo que han hecho los ingleses. Pero apenas ponen manos a su táctica específica de ocultar la lucha de clases todo se torna podrido. De aquí también su odio fanático contra Marx y todos nosotros: a causa de la lucha de clases ..."

Los fabianos sostenían que, a través de los mecanismos "democráticos", se lograría el "convencimiento general" de la necesidad de socializar los medios de producción y que con ello se lograría el "bienestar general". Daban por supuesta una "convicción racional e inspirada por el impulso ético para realizar la justicia social". Su principio de la impregnación o "penetración" del Partido Liberal por el socialismo provenía de no considerar al estado como representante de una clase social. Proponían la apropiación social de la renta de la tierra a través de un aparato financiero. Consideraban que la renta de la tierra era la forma principal de "ingreso no ganado" que debía pasar a ser propiedad pública. Proponían que los Consejos de Condado cobraran los impuestos y centralizaran así el capital necesario para inversiones más adecuadas. Sostenían que la competencia entre las empresas privadas y las estatales haría desaparecer gradualmente a las primeras, dado que las segundas trabajarían en mejores condiciones y podrían pagar mejores salarios y atraer así a los mejores obreros, desmantelando a las otras. No haría falta, según ellos, estatizar las empresas privadas ya que morirían por sí solas por la competencia de las empresas públicas, formadas por la confiscación progresiva de las rentas de la tierra.

Debemos observar que, de hecho, la práctica de estos principios significa una redistribución del ingreso: el impuesto a la renta de la tierra pasaría gradualmente a ser controlado por el estado. De este modo, la burguesía industrial y financiera que tenía el poder político recogería parte del ingreso que se extraería de la aristocracia terrateniente, la cual, aunque también estaba representada en el Parlamento, se hallaba en una posición política cada vez más desventajosa.

Hasta 1890 la Sociedad contaba con 173 miembros. Aunque luego su número aumentó no llegó a tener ninguna influencia en la clase obrera. La creación del Partido Laborista Independiente redujo su número y la relativa importancia que habían alcanzado algunas de sus filiales del interior a las cuales incorporó al crearse ofreciendo a sus miembros una perspectiva política independiente opuesta a los principios de la Sociedad Fabiana central. La acción de la Sociedad Fabiana quedó otra vez limitada a Londres, donde sus miembros llevaron a cabo una



Engels, después de recorrer Irlanda, en 1856, expresaba:
"Hay una ausencia total de toda industria, de modo que sería difícil entender cómo pueden vivir todas esas excrecencias parásitas (gendarmes, curas, abogados, burócratas) si no fuera por la miseria de los campesinos, que constituye la otra mitad del cuadro. [. . .] Irlanda puede ser considerada como la primera colonia inglesa, gobernada al viejo estilo [. . .] pudiéndose observar ya que la llamada libertad de los ciudadanos ingleses se funda en la opresión de las colonias [. . .]. Las guerras inglesas de conquista (de 1100 a 1850) han arruinado al país. Gracias a una opresión sistemática han sido convertidos en forma artificial en una nación espantosamente desmoralizada, y ahora cumple la notoria función de proveer a Inglaterra, Norte América, Australia, etc., de prostitutas, trabajadores ocasionales, rufianes, ladrones, estafadores, mendigos y demás canallas."
Irlanda fue colonizada por los ingleses definitivamente en los siglos XVI y XVII. Hacia el siglo XVIII empieza la emigración de campesinos despojados de sus tierras y la conversión de campesinos independientes en dependientes, la formación del proletariado rural.
Irlanda proveía de cereales a Inglaterra, lo que beneficiaba a los nobles que formaban la aristocracia terrateniente inglesa, a quienes se habían donado las tierras conquistadas. Pero la derogación de las Leyes de Granos, en 1846, privó a Irlanda del monopolio del abastecimiento del cereal al mercado inglés y dejó a la producción agrícola irlandesa a merced de la competencia extranjera. La nueva consigna, 'lana y carne', provocó una nueva emigración de campesinos, esta vez hacia los Estados Unidos.
Hacia 1867 un movimiento en pro de la república y de la reforma agraria, el de los Fenianos, fue severamente reprimido. Marx, entonces en Inglaterra, logró promover la agitación de los obreros ingleses en favor de los presos fenianos, aunque sin compartir totalmente su planteo político. La revuelta terminó con el juicio y la ejecución de los "mártires de Manchester".
El problema de los presos políticos irlandeses y la cuestión de Irlanda es un tema tratado con asiduidad en los reuniones de la Asociación Internacional de Trabajadores. Marx dice: "La clase obrera inglesa nunca hará nada mientras no se libre de Irlanda. [. . .] La palanca debe aplicarse en Irlanda [. . .]. El golpe decisivo contra las clases dominantes inglesas (y será decisivo para el movimiento obrero de todo el mundo) no puede ejecutarse en Inglaterra sino en Irlanda. [. . .] Es el baluarte de la aristocracia terrateniente inglesa. [. . .] Irlanda es [. . .] el gran medio por el cual la aristocracia inglesa mantiene su dominación en la propia Inglaterra". Derrocando a la aristocracia inglesa, se llenaría "el requisito previo de la revolución proletaria en Inglaterra". Marx señala que la burguesía inglesa participa del interés de la aristocracia en tener a Irlanda como una "simple tierra de pastoreo que provea al mercado inglés de carne y lana a los precios más baratos posibles". Y agrega: "Por ello están interesados en reducir la población irlandesa, mediante la expropiación y la emigración forzosa, a un número tan pequeño que el capital inglés invertido en la tierra arrendada para la agricultura pueda funcionar con seguridad".
Pero la burguesía, además de beneficiarse con la obtención de productos agrícolas baratos (para poder así bajar los salarios que paga a sus obreros), se beneficia también con la afluencia constante de trabajadores que se agregan al mercado inglés del trabajo, "obligando a bajar los salarios y a degradar la situación moral y material de la clase obrera inglesa". Este hecho crea tensiones ficticias entre los trabajadores irlandeses e ingleses, porque la competencia por el trabajo los aleja de la comprensión de que ambos son parte del proletariado, de que deben combatir a un enemigo común, la burguesía. Así el obrero inglés "odia" al irlandés y por eso se apoya en los aristócratas y capitalistas ingleses, sin advertir que de esa forma está consolidando la dominación que se ejerce sobre él mismo.
La distorsión, agravada por prejuicios religiosos y étnicos, se da tanto entre los obreros ingleses como entre los irlandeses. Estos ven a los primeros como "partícipes del pecado de la dominación inglesa sobre Irlanda".

"Solidaridad Internacional de Trabajadores", grabado de Crane. Al decir de Engels, la clase obrera inglesa fue "políticamente, la cola del gran partido liberal, del partido conducido por los industriales".



A principios del siglo XX, en 1903, cuando las tensiones internacionales se agudizaban, el gabinete conservador, que necesitaba contar con la tranquilidad interior, aplicó en Irlanda un programa de reforma agraria. La entrega de tierra en pequeña propiedad a los arrendatarios sin tierras, mediante la expropiación de los "landlords" (grandes terratenientes), modificó la estructura social y el equilibrio de fuerzas, disminuyendo el foco de tensiones generado por el problema agrario. Pero el conflicto continuó entre los que defendían la unión con Inglaterra, los que aceptaban la autonomía y los republicanos. Para apaciguar los ánimos se llevó al Parlamento en 1912 el proyecto de la *Home Rule* (autogobierno). Irlanda tendría un parlamento, aunque el senado y el Lord Gobernador, representante del rey, serían elegidos en Inglaterra. El parlamento irlandés se ocuparía de los asuntos internos, mientras que el ejército, flota, diplomacia, etc., dependerían del gobierno británico. El proyecto fue rechazado. Recién en 1914, ante la guerra inminente, se aprueba el *Home Rule*.

Los grupos más radicalizados de Irlanda, como el partido Sinn Fein, que se declaraba socialista, encabezan la lucha. Inglaterra dejó hacer mientras la corriente separatista no se mostró amenazante. El punto culminante del proceso se dio en 1916, durante la guerra. La revolución estalló en Dublin, donde un grupo pequeño y con pocas armas, el Ejército de Ciudadanos Irlandeses, constituyó el Gobierno Provisional de la República de Irlanda. Inglaterra mandó 60.000 hombres para reprimir el movimiento, que no contó con el apoyo activo de la mayoría de la población ni con la ayuda alemana, como esperaba el Sinn Fein. Después de una cruenta lucha los revolucionarios fueron vencidos. A la rendición incondicional que se les exigió siguieron los fusilamientos de todos los cabecillas. La tentativa del Ejército de Ciudadanos Irlandeses, que luchaba por instaurar una "república de los trabajadores", fue así aplastada.



En la ilustración superior: portada de un periódico laborista. Abajo: la huelga de los estibadores de Londres, en 1889, según una estampa que se repartía en las calles.

política de colaboración con los liberales progresistas del condado. Pero, por otra parte, es innegable que la ideología fabiana pesó en el Partido Laborista Independiente y más tarde en el Partido Laborista Inglés.

Las organizaciones sindicales: del viejo al "nuevo" sindicalismo

El "viejo" sindicalismo —primer período del sindicalismo, hasta 1890— nucleaba solamente a los obreros calificados. Para pertenecer a los sindicatos los obreros debían pagar cuotas mensuales relativamente altas, lo cual requería tener salarios altos y trabajo. Dichas cuotas formaban parte de los fondos de ayuda a sus miembros en caso de paro, enfermedad, etc. Estos "viejos" sindicatos —llamados sindicatos de oficio— defendían exclusivamente los intereses de su oficio, no los de la clase obrera en su conjunto. Sus dirigentes participaban de la política *Lib-Lab*, entraban en el juego de la conciliación con la burguesía radical. Quedaban fuera de estos sindicatos las grandes masas de obreros no calificados: portuarios, transporte, gas, etc. Hacia la década del 1880 la agitación obrera se hizo cada vez más intensa. Las huelgas prolongadas agotaron los fondos de los sindicatos y se produjo un fenómeno fundamental: entraron a participar en las luchas callejeras y en las huelgas, violentas y prolongadas, las masas de obreros no calificados, que habían quedado hasta entonces fuera del proceso sindical y político. A este nuevo movimiento se agregaron los obreros de las industrias y de las minas, ya organizados desde tiempo atrás, que a raíz de haber sufrido las consecuencias de la gran depresión habían comenzado a tomar conciencia de la ineficacia de las viejas fórmulas sindicales.

La década de 1880 marca el hito final del "viejo" sindicalismo. Se inicia el "nuevo", caracterizado por la movilización de grandes masas de obreros no calificados, por la búsqueda de reivindicaciones laborales comunes a toda la clase obrera y por la promoción de una salida política independiente que expresara sus auténticos intereses de clase.

Los mecánicos Tom Mann, John Burns y Fred Hammill dirigieron este movimiento y tomaron como eje para amalgamar a millones de trabajadores dos reivindicaciones generales: la jornada de trabajo de 8 horas y el salario mínimo garantizado (hasta ese entonces el salario oscilaba según las ganancias y los intereses de los capitalistas). La reducción legal de la jornada de trabajo permitiría al obrero no solamente mejorar su situación laboral sino también participar en las actividades políticas y culturales, algo hasta entonces vedado por las largas jornadas.

Las huelgas se sucedieron en Londres: desde las que realizaron en 1888 las obreras de las fábricas de fósforos —una de las ramas industriales más insalubres— y los obreros del gas hasta el estallido en 1889 de la huelga de los portuarios, que inmovilizó a unos 60.000 obreros de distintas ramas, calificados y no calificados. Se organizaron piquetes de huelga, bonos de socorro entre los obreros hambrientos, mitines y manifestaciones callejeras que conmovieron a la opinión pública al poner en evidencia la miseria atroz de uno de los puertos más grandes del mundo.

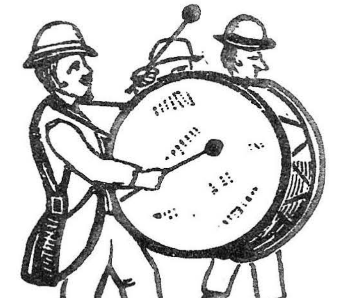
Esta huelga logró el aumento de salarios que se proponía, hecho que sirvió para dar fuerza al movimiento obrero al ver el éxito alcanzado por los obreros no calificados.

El número de obreros organizados en sindicatos seguía en aumento: 500.000 en 1885, 860.000 en 1889 y casi dos millones en 1890.

La bandera levantada por los nuevos dirigentes —la jornada de ocho horas— siguió siendo el nexo de unión para la clase obrera. La creación de la Federación Minera de Gran Bretaña,



Labour Leader







Viejo y nuevo unionismo

..."El East-End (barrio bajo de Londres) ha sacudido su inerte desesperanza; ha vuelto a la vida convirtiéndose en la patria del 'Nuevo Unionismo', esto es, de la organización de la gran masa de los obreros 'no técnicos' (unskilled). Esta organización puede, en algún sentido, adoptar la forma de las viejas uniones de los obreros 'técnicos' (skilled); es, con todo, de carácter esencialmente distinto. Las viejas uniones conservan las tradiciones del tiempo en que fueron fundadas; consideran el sistema del salario, dado una vez por todas, como un hecho definitivo que, en el mejor de los casos, pueden modificar un poco, en interés de sus asociados... Las nuevas uniones, por el contrario, fueron fundadas en una época en que la confianza en la eternidad del sistema del salario era violentamente alterada. Los fundadores y los protectores de estas nuevas uniones eran socialistas conscientes o de sentimiento; las masas que afluyeron a ellas, y en las que reposa su fuerza, eran incultas, descuidadas, no tenidas en cuenta por la aristocracia de la clase trabajadora. Pero ellas tienen esta inmensa ventaja: sus espíritus son todavía puros, completamente libres de la herencia de los 'respetables" prejuicios burgueses, que confunden las cabezas de los 'viejos unionistas' mejor ubicados. Y así vemos ahora cómo estas nuevas uniones toman la dirección del movimiento obrero y cómo, cada vez más, llevan a remolque a las ricas y orgullosas 'viejas uniones'..."

(Engels, "Prefacio" a la edición de 1892 de *La situación de la clase obrera en Inglaterra.*)

William Morris, fundador de la Liga Socialista

"La canción de los trabajadores", 1885 (Fragmento)

"¡Oh vosotros, hombres ricos, escuchad y temblad! pues con
el aire viene la canción:
Hemos trabajado para vosotros y para la muerte; ahora la lucha
es diferente.
Somos hombres y nos batiremos por el mundo de los hombres
y de la vida;
Y nuestro ejército está en marcha.
Así marcharemos nosotros, los trabajadores, y el rumor que escucháis
es el ruido donde se mezclan la batalla y la liberación próxima;
Pues la esperanza de todo ser humano está en la bandera que llevamos,
Y el mundo está en marcha."

Su conversión al socialismo, 1894

"[...] Yo estaba destinado a tener una idea pesimista sobre el objetivo de la existencia si no se hubiera abierto en mí la idea de que en medio de esta mugre de la civilización empezaba a germinar la semilla de un profundo cambio, lo que nosotros llamamos la Revolución Social. Este descubrimiento cambió en mí el aspecto de las cosas, y todo lo que faltaba para convertirme en socialista era ligarme al movimiento práctico, lo que he tratado de hacer al máximo de mis posibilidades [...]."

(Textos citados por Morton y Tate.)

del Sindicato de Obreros del Gas y de otros sindicatos (portuarios, marineros, fogoneros ferroviarios, etc.) dan la pauta de un movimiento cada vez más intenso hacia el nucleamiento de la clase obrera con sentido de "solidaridad" y en el que se expresaba una nueva conciencia de clase.

Estos "nuevos" sindicatos se encargan de hacer contratos colectivos; nuclean a obreros con salarios bajos y trabajos inestables que no podían pagar altas cuotas mensuales. El sindicato había dejado de ser una institución de beneficencia para convertirse en una institución de lucha sindical y política.

Pero el "nuevo" sindicalismo no aniquiló al "viejo". Subsistieron dirigentes, sindicatos de oficio, asociaciones *Lib-Lab*, sobre todo entre los obreros del carbón y del algodón, que insistieron en las reivindicaciones parciales. Y a tal punto subsistieron que, hacia fin de siglo, cuando se produjo la reacción patronal ante el avance político y sindical de la clase obrera, volvieron los de la "vieja banda" a liderar el proceso.

Engels, en una carta a Sorge escrita en 1889, decía, refiriéndose al nuevo movimiento: "Formalmente, por el momento el movimiento es sindical, pero absolutamente distinto de las "viejas" trade unions, [que representan a] los obreros calificados, la "aristocracia del trabajo [...] La gente [los dirigentes] se está poniendo al trabajo en forma muy distintas: está conduciendo a la lucha a masas muchísimo más colosales, está conmoviendo mucho más profundamente a la sociedad, está planteando demandas de mucho mayor alcance: jornadas de ocho horas, federación general de todas las organizaciones, solidaridad total [...] Se han formado por primera vez ramas femeninas, en el Sindicato de obreras del gas y en la Unión General Obrera..." Pero en la misma carta observa también que "la respetabilidad burguesa se ha adentrado profundamente en los huesos de los obreros", a tal



George Bernard Shaw, uno de los fundadores de la Sociedad Fabiana, constituida con el objeto de "reconstruir las más altas posibilidades morales". Formada por intelectuales, la Sociedad nunca llegó a insertarse en la clase obrera.

Un ex combatiente de la guerra contra los Boers

"En un hospital de la ciudad del Cabo el soldado Jorge Fewkoomey sufrió la amputación de una pierna, a consecuencia del impacto de una bala, durante la Guerra de los Boers.
Regresó a Londres. Le fueron pagadas setenta y cinco libras esterlinas, a cambio de lo cual le hicieron firmar un papel en que renunciaba a toda reivindicación contra el estado.
Invirtió las setenta y cinco libras en una pequeña taberna de Newgate, que por aquel entonces rendía sus holgados cuarenta chelines... Eso fue al menos lo que él creyó comprender que decían los 'libros', pequeños cuadernos manchados de cerveza, anotados a lápiz.
Ayudado por una vieja, y después de haberse instalado en el cuartucho de la trastienda, empezó a dedicarse al oficio de cantinero. Pocas semanas hubieron de transcurrir para quedar convencido de que la pérdida de su pierna no había sido una buena inversión: las entradas resultaron inferiores a los cuarenta chelines previstos. Y eso a pesar del empeño que el soldado puso en tratar con gran amabilidad a la clientela.
Al fin se enteró de que en los últimos tiempos había estado en construcción un edificio en el barrio, de tal suerte que los albañiles habían contribuido a la prosperidad del fonducho; pero una vez terminada la obra la clientela disminuyó sensiblemente. El nuevo propietario pudo haberse dado cuenta de aquel estado de cosas sólo con una buena interpretación de los 'libros', según solían explicarle. Y era que las entradas, en contraste con la experiencia del gremio, habían sido más elevadas en los días de trabajo que en los feriados. Pero, hasta aquel momento, nuestro hombre no había conocido tal género de establecimientos más que como cliente, nunca como empresario. No pudo sostener su taberna más que cuatro meses [...]. Luego fue descendiendo cada vez más hondo en la escala de la miseria hasta perderse en la interminable caravana de los infelices que el hambre arrastra, día y noche, a lo largo de las calles de la metrópoli del mundo.
Una mañana vagaba a lo largo de un puente sobre el Támesis. Llevaba el estómago vacío, ya que durante dos días no había probado nada que humanamente pudiera llamarse comida. Las gentes a quienes hasta entonces acudió en bares y cantinas solían convidarlo a tomar copas, pero nunca a comer. Es decir que sin el uniforme que con este fin dispuso ponerse no le hubieran dado ni las copas.
Volvió a usar el traje que había vestido de tabernero, pues se proponía mendigar y tenía vergüenza. Mas no vergüenza por el balazo recibido en la pierna ni por haber comprado un bar improductivo; no. Tenía vergüenza de verse reducido a pedir limosna a gentes que jamás había visto ni oído nombrar. En su opinión, nadie le debía nada a nadie..."
(Fragmentos de *La novela de dos centavos*, de Bertold Brecht.)

Porcentaje de territorio perteneciente a las potencias coloniales europeas y a los Estados Unidos

	1876	1900	Aumento
Africa	10,8 %	90,4 %	79,6 %
Polinesia	56,8 %	98,9 %	42,1 %
Asia	51,5 %	56,6 %	5,1 %
Australia	100,0 %	100,0 %	–
América	27,5 %	27,2 %	–0,3 %

"El rasgo característico del período que nos ocupa es el reparto definitivo del planeta, definitivo no en el sentido de que sea imposible repartirlo de nuevo —al contrario, nuevos repartos son posibles e inevitables—, sino en el de que la política colonial de los países capitalistas ha terminado ya la conquista de todas las tierras no ocupadas que había en nuestro planeta. Por vez primera, el mundo se encuentra ya repartido, de modo que lo que en adelante puede efectuarse son únicamente nuevos repartos, es decir, el paso de territorios de un propietario a otro, y no el paso de un territorio sin propietario a un dueño [...]."
(Lenin, *El imperialismo, fase superior del capitalismo.*)

extremo que se ve a los dirigentes J. Burns, Champion y T. Mann en contacto con la burguesía y orgullosos de su relación con los liberales y aun con los conservadores. Recordemos que en pocos años después, en 1906, J. Burns, de la Federación Social Demócrata, fue miembro del gobierno liberal, "deslizándose hacia el oportunismo, el arribismo y las alianzas sin principios con la "vieja banda" del T.U.C. (Trades Union Council), los políticos burgueses del Parlamento, y el Consejo del Condado de Londres".
Los dirigentes obreros del nuevo sindicalismo no eran miembros de las instituciones pretendidamente socialistas, excepto J. Burns, sino dirigentes de sus respectivos sindicatos y no tenían antecedentes en la lucha política liberal.
No solo las masas de Londres se movilizaron. En todas las ciudades industriales del interior se produjeron fenómenos similares. El descontento aumentó a fines de la década del 1880: la concentración del capital incrementó la explotación de la mano de obra. El aumento de la desocupación, el rechazo de las demandas laborales obreras, los lock-out y las leyes para debilitar a los sindicatos sirvieron como marco a los movimientos obreros, cada vez más radicalizados y más violentamente reprimidos.

El Partido Laborista Independiente: ¿un partido de la clase obrera?

La experiencia sindical de fines del 80 así como la situación económica —aumento del porcentaje de desocupados, aun entre los obreros especializados, disminución del salario real, pérdida de las conquistas alcanzadas en 1889— contribuyeron a crear un clima propicio para el surgimiento de un partido político obrero.
Londres dejó de ser el único



Ramsay Mc Donald defendió el reformismo liberal-fabiano en los principios del presente siglo, rechazando la lucha de clases y las propuestas socialistas.

"Lo que debería hacer la clase obrera es tener preparados sus propios candidatos —sus propios hombres de clase—, que permanecerán al margen de las intrigas de los dos partidos, liberal y conservador". Del "Reynold's Newspaper".

centro de movilizaciones obreras. La agitación trascendió sus límites y el norte industrial pasó a ser el centro de la acción política. Mientras las centrales londinenses de la Federación Social Demócrata, la Sociedad Fabiana y la Liga Socialista se movían con una dirección aliada con la burguesía, en componendas con los liberales, las filiales del interior adoptaron otra actitud y comenzaron a participar en las luchas populares. Por primera vez se intentó la fusión de las ideas y los grupos socialistas con el movimiento de masas. La creación de la Unión Obrera de Bradford es un hito en este proceso en que la lucha política se suma a la lucha reivindicativa, proceso estrechamente relacionado con el surgimiento del "nuevo" sindicalismo.

En 1893, K. Hardie, joven minero escocés vinculado con los socialistas de Londres, convencido de la necesidad de que la clase obrera llevara adelante la lucha política de manera independiente, fundó el Partido Laborista Escocés (Scottish Labour Party), antecedente inmediato del Partido Laborista Independiente.

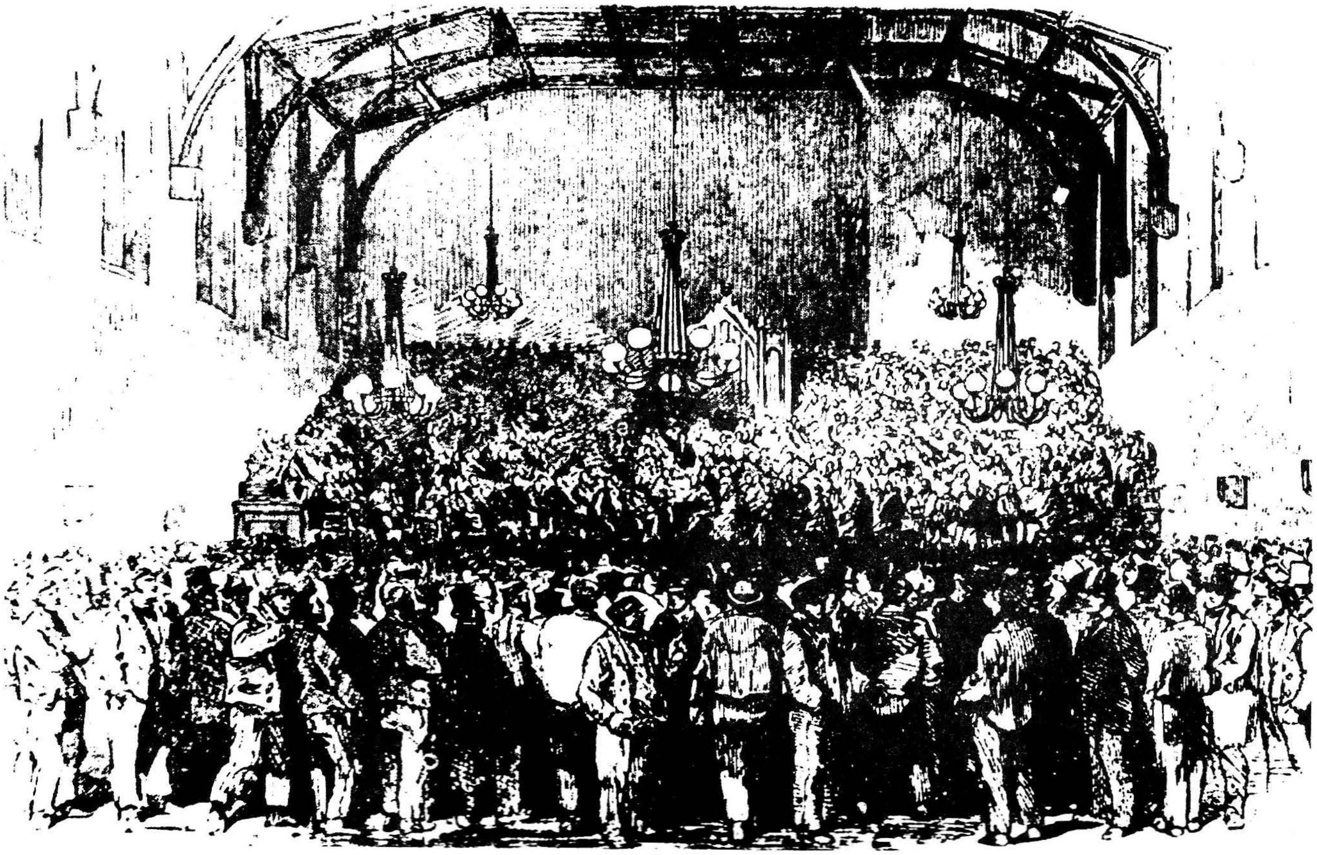
Ya en 1892 hubo resultados electorales favorables a los candidatos obreros en Londres y en otras ciudades industriales. Eran los que por primera vez utilizaban el derecho electoral para representar a la clase obrera. Pero todavía no se había logrado una unificación real de esta.

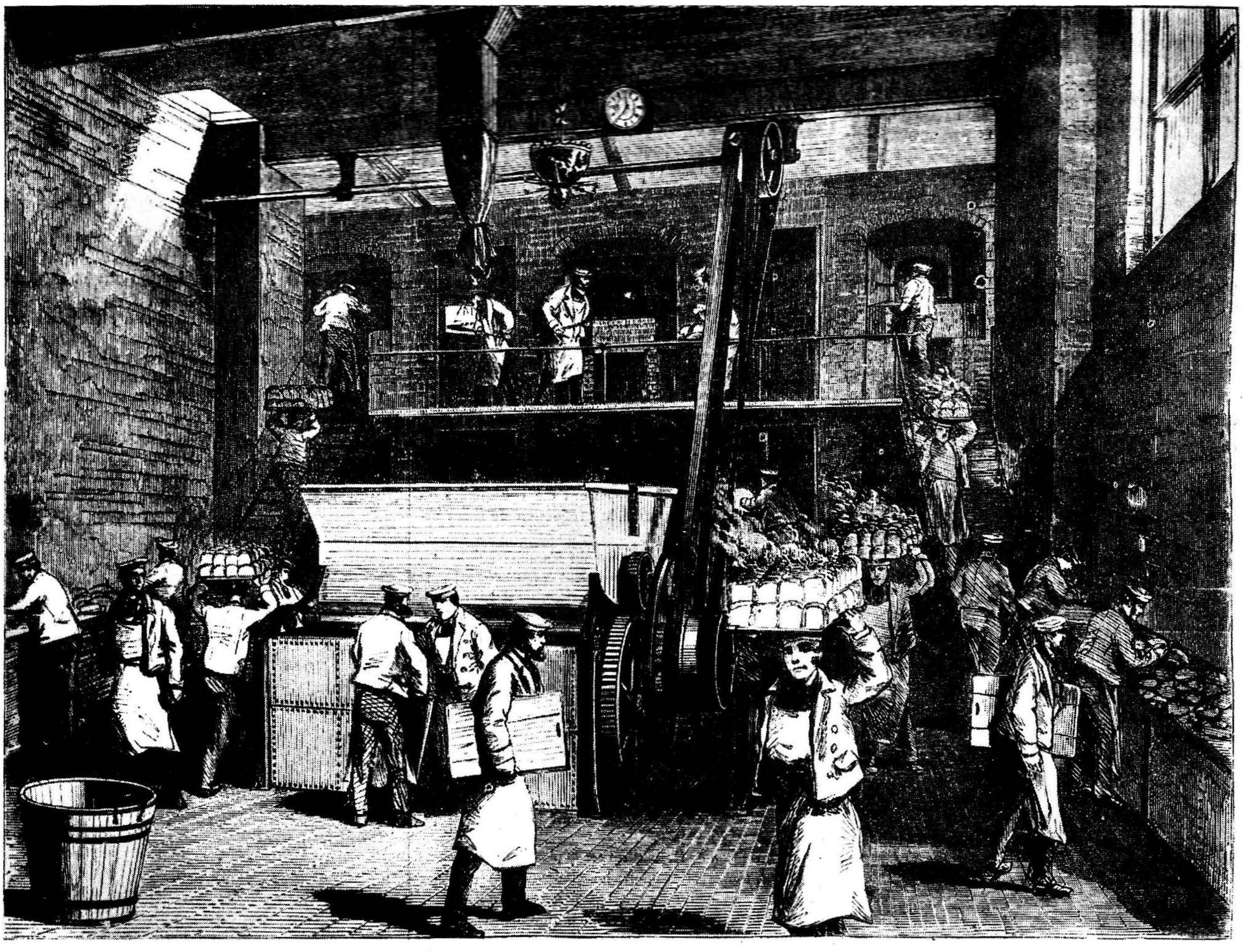
En 1893, en Bradford, ciudad industrial del centro de Inglaterra, en una reunión en que participaron delegados de todas las tendencias socialistas y obreras independientes (la Sociedad Fabiana, la Federación Social Demócrata y la Liga por la Jornada de ocho horas), el Partido Laborista Escocés y representantes de las organizaciones obreras de Yorkshire, se fundó el Partido Laborista Independiente. El eje de su programa fue la lucha por la jornada de ocho horas, pero a ello se agregó "la propiedad colectiva de los medios de producción, de distribución y de cambio".

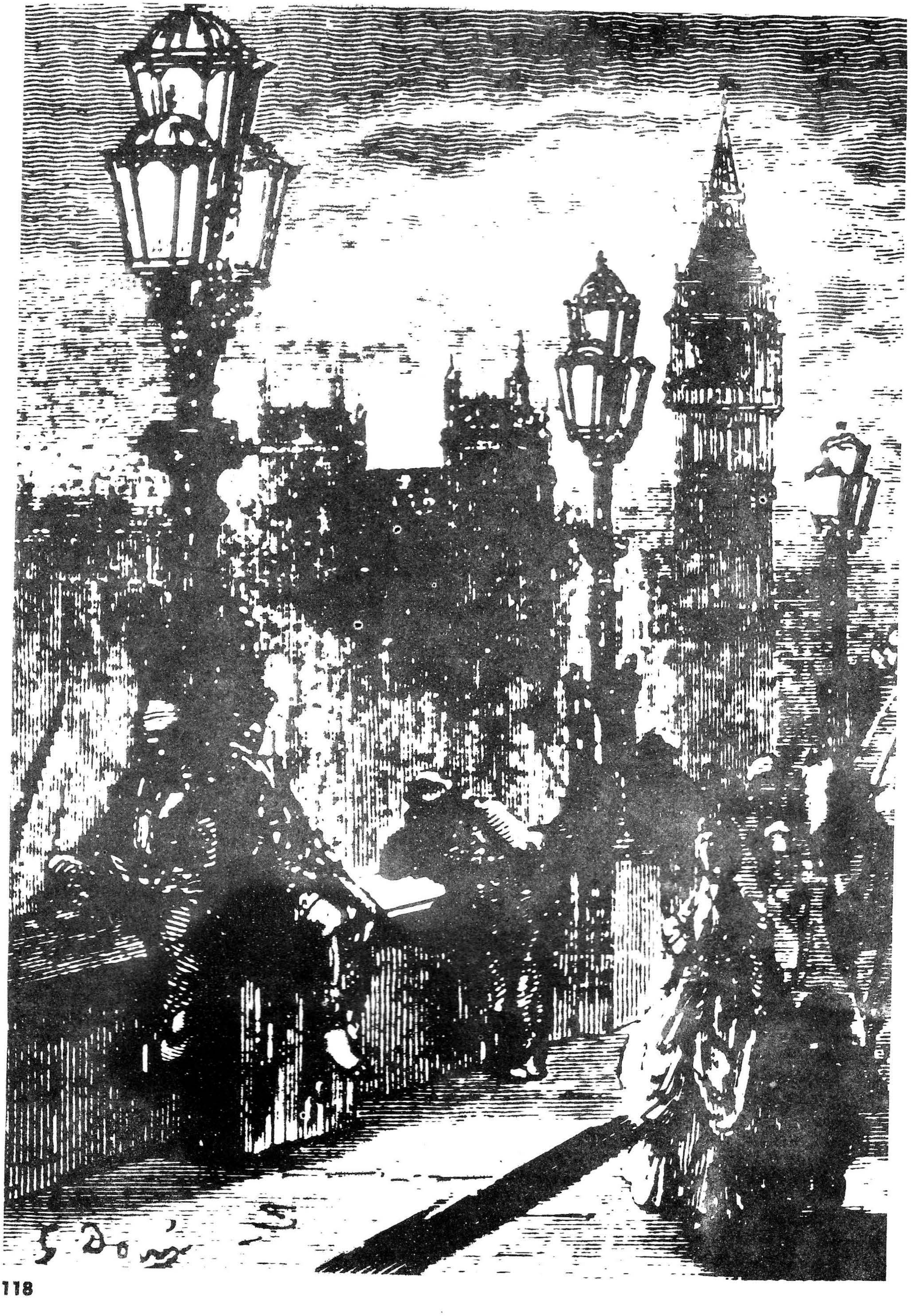
Engels recibió con alborozo la noticia de la creación del P.L.I. En una carta a Sorge, en 1893, le decía: ..."La F.S.D. por una parte y los fabianos por otra no han sido capaces, por su actitud sectaria, de absorber la presión socialista que se ejerce en las provincias, de manera que la fundación de un tercer partido es beneficiosa. Pero la presión se ha vuelto ahora tan grande, especialmente en los distritos industriales del norte, que el nuevo partido es ya, en su primer congreso, más fuerte que la F.S.D. o que los fabianos, si no más fuerte que los dos partidos juntos. Y la masa de los afiliados es muy buena, ya que su centro de gravedad está en las provincias y no en Londres, reducto de las camarillas [...] El Partido Laborista Independiente puede lograr ganar la masa de la F.S.D. y también la de los fabianos de las provincias, reforzando así la unidad".

Pero a pesar de la confianza depositada en él por Engels, el P.L.I. adoptó una política reformista. Sus dirigentes, a pesar de estar en relación directa con los teóricos marxistas como el mismo Engels, no habían desarrollado una concepción realmente revolucionaria que articulara su acción. Hardie, uno de sus más valiosos dirigentes, luchó, a partir de 1895, para lograr una organización común de los sindicatos y de los socialistas, bajo una dirección socialista, pero los casos de oportunismo y conciliaciones de sus dirigentes con la burguesía nos muestran qué lejos estuvo de alcanzar su propósito.

Aunque el P.L.I. se decía a sí mismo socialista, tal como lo hacían la F.S.D. y la Sociedad Fabiana, toda su acción se limitó al logro de reformas sociales importantes (la jornada de trabajo de ocho horas, derecho al trabajo o al sustento y un jornal mínimo legal), pero sin definir una estrategia para la toma del poder. G. D. Cole sintetiza: "Trataban de luchar en favor de los más miserables mucho más que en favor de toda la clase obrera en su conjunto".







El Partido Laborista Independiente fue el vocero del nuevo sindicalismo y adoptó, casi desde su fundación, la ideología fabiana.
Hacia 1895 el nuevo sindicalismo había perdido terreno. La reacción de la burguesía —lock-out, reducción de salarios, disminución del poder de los sindicatos— hizo retroceder en gran parte las conquistas alcanzadas en 1889. El golpe se asestó primero a los "nuevos" sindicatos, que eran minoría con respecto a los "viejos". Este hecho hizo resurgir a la "vieja banda". La corriente que intentaba una política obrera independiente comenzó a desviarse nuevamente. Poco faltaba para que volvieran a formalizarse nuevas alianzas *Lib-Lab.*
El Partido Laborista Independiente tampoco pudo convertirse en el partido socialista revolucionario de los trabajadores británicos. Sus debilidades se lo impidieron: la falta de unidad política entre sus miembros; las rivalidades entre sus dirigentes; la falta de arraigo en Londres; la falta de centralización administrativa; el auge imperialista en la década del 90, que permitió sofocar en parte los descontentos sociales, y la falta de una teoría que sustentase la acción. El mismo fenómeno que se manifestó en la Liga Socialista, en la Federación Social Demócrata y en la Sociedad Fabiana debido a su desconocimiento de la lucha de clases como manifestación de las contradicciones inherentes al modo de producción capitalista.

El Partido Laborista Inglés

A pesar de que los casos de conciliación de clases entre los miembros del P.L.I. y la burguesía fueron muchos, la corriente socialista siguió avanzando. Hacia 1900, representantes de sindicatos, del P.L.I., de la F.S.D. y de la S.F. participaron en una conferencia reunida a fin de planificar conjuntamente las actividades para las elecciones parlamentarias. Después de veinte años de intensa lucha laboral, los sindicatos se orientaban decididamente hacia la acción política y se aliaron con las sociedades socialistas, entre las cuales había algunos sectores marxistas —sobre todo en la F.S.D.— cuyos delegados fueron los únicos que plantearon la lucha de clases, "cuyo objetivo final sería la socialización de los medios de producción, de distribución y de cambio". Esta propuesta fue rechazada, pero se aprobó la de Hardie, que proponía constituir "en el Parlamento un grupo laborista diferenciado, que tendrá sus propios jefes y aceptará su política: estar dispuesto a colaborar con todo partido que, por el momento, se consagre a la instauración de una legislación que sirva directamente los intereses de los trabajadores, e igualmente dispuesto a aliarse a todo partido que se oponga a medidas reaccionarias". De estas discusiones previas salió el Comité (Labour Representation Committee) que daría origen en 1903 al Partido Laborista Inglés.
No se trataba de un partido socialista revolucionario. Como el P.L.I., el Partido Laborista estaba inmerso, sobre todo a nivel de sus dirigentes, en la ideología fabiana y no pudo desprenderse de la herencia del liberalismo, que había sido el denominador común del sindicalismo inglés durante toda su trayectoria.
El gran defensor del reformismo liberal-fabiano en el movimiento obrero de comienzos de siglo fue Ramsay MacDonald. En ese momento clave de la preguerra este gran partido estuvo ante la disyuntiva de marchar hacia una política de clase, guiado por el marxismo, o bien hacer que la clase obrera actuase como apoyo de la política liberal, guiada por la clase dirigente. Y otra vez el camino elegido, ahora por Mac Donald, fue el rechazo de la lucha de clases.
En el seno del Comité todas las propuestas socialistas fueron rechazadas por todos los delega-

Londres en un grabado de G. Doré. Pese a los progresos experimentados en la lucha gremial, gran parte del proletariado rural y urbano continuaba viviendo en la subalimentación y el hacinamiento.

Arriba: un trabajador de las minas, según un dibujo de Van Gogh. En la ilustración inferior: Desocupados en las calles de Londres. El Sindicato Nacional de Vendedores atestiguaba en 1890 ante la Comisión Real de Trabajo que "en todos los sectores de la clase obrera hay hombres que se consideran dichosos si alguien les da trabajo a no importa qué precio".

dos del P.L.I. y de los sindicatos, lo que motivó el retiro del Comité de la F.S.D. De este modo el movimiento obrero, fuerte en número y en capacidad combativa, quedó otra vez bajo la única dirección de los liberales reformistas.

La F.S.D., que en 1900 había concertado un acuerdo con otros sectores socialistas menos radicalizados, continuó su camino aislada y cada vez más débil. De sus filas salió en 1903 el Socialist Labour Party (Partido Socialista Obrero), el cual se opuso violentamente a todo compromiso político y a toda alianza con los otros grupos socialistas. En 1920 se separó de él un grupo que formó el Partido Comunista Inglés.

El Partido Laborista no mantuvo durante mucho tiempo la unidad. Los sindicatos mandaban sus propios miembros al Parlamento. Hardie, a pesar de que defendía con elocuencia el sentido del P.L. aconsejando que "se guarden de capitular ante el liberalismo, que les encadenaría, les amordazaría y los convertiría en una masa sin defensa, desacreditada e impotente ..." y exigiendo que "acaben con el liberalismo, el torismo y todo 'ismo' que no sea el laborismo; que den a las masas una dirección justa" ... porque así "las masas los sostendrán", preparaba, en connivencia con Mac Donald, un acuerdo electoral con los jefes liberales.

Durante el período de preguerra, y más aún durante la guerra, las alianzas parlamentarias *Lib-Lab* permitieron a la burguesía mantener controlada la situación interna. El ejemplo más claro de la política conciliadora llevada a cabo por los dirigentes del P.L. fue el acuerdo de 1915, la "tregua industrial", por el cual se comprometieron a evitar conflictos obreros hasta que terminase la guerra.

"La patria está en peligro"

A la intensa expansión del capital inglés se agrega, hacia fines del siglo XIX, la expansión de otros estados que habían alcanzado un alto grado de desarrollo capitalista: en Europa, Alemania y, en segundo lugar, Francia, Rusia, Austria e Italia. Fuera de Europa, Japón y los Estados Unidos. La competencia en la obtención de mercados para la colocación de sus capitales llevó a estos países a reforzar su poder y a lanzarse a una carrera armamentista y militarista.

La posición de monopolio internacional que había alcanzado Inglaterra debido a su desarrollo capitalista más temprano se vio afectada por el rápido desarrollo capitalista de otras potencias. El crecimiento del potencial industrial interno de los Estados Unidos no significó para Inglaterra, en primera instancia, más que la pérdida del mercado norteamericano. En cambio, el enfrentamiento con Alemania —ya unificada después de la guerra franco-prusiana y donde se estaba produciendo una rápida, aunque relativamente tardía, concentración de capital industrial— originó graves tensiones que conmovieron a toda Europa.

La expansión alemana no significaba sólo la pérdida del mercado alemán para los productos ingleses. Alemania empezaba a dominar otros mercados europeos y de ultramar. Como no quedaban "espacios libres" y "el mundo ya estaba repartido" los capitales y productos industriales alemanes no podían ser colocados libremente. Inglaterra comienza entonces a ser desplazada por Alemania en el ranking mundial de la producción y las exportaciones.

El problema de la redistribución de los mercados constituye el telón de fondo de la política mundial desde los últimos años del siglo XIX y no se resuelve con el estallido de la Gran Guerra.







Veinte años después volverán los estados capitalistas a enfrentarse por el mismo motivo.

Durante la "paz armada" los estados comenzaron a medir sus fuerzas y a preparar el terreno para la guerra que se avecinaba y que se veía como inevitable. La burguesía inglesa, ante la posibilidad de la guerra interimperialista y en busca de la tranquilidad interna, inició una política de concesiones ante las demandas obreras. Tanto liberales como conservadores, que se alternan en el poder, desarrollan esta política. Los conservadores, con respecto a la cuestión irlandesa y los asuntos coloniales; los liberales, en el plano económicosocial de la misma Inglaterra.

En 1903 el gabinete conservador llevó a cabo una reforma agraria radical en Irlanda con el fin de convertir al arrendatario irlandés en pequeño propietario y disolver de ese modo el fermento revolucionario que se mantenía en el proletariado rural. Esta política agraria también se aplicó con Inglaterra, fortaleciendo así a una clase de pequeños propietarios que fue ganada por la burguesía.

El gobierno liberal, a través de su emergente, el ministro de comercio David Lloyd George, miembro de la pequeña burguesía de Gales, respondió a las exigencias obreras con un plan de concesiones sin precedentes en Inglaterra. El objetivo manifiesto era lograr la justicia social, porque esa era una manera de evitar el surgimiento de un partido obrero revolucionario; pero, además, en la coyuntura histórica por la que atravesaba Inglaterra en el plano mundial se necesitaba evitar la crisis interna.

L. George estaba convencido de que o bien se realizaban reformas sociales contra la "despiadada explotación por los grandes terratenientes" y contra la "vergonzante pobreza" de los barrios obreros o surgiría un partido revolucionario. Esto hizo que impulsara una serie de leyes laborales: jornada de trabajo, indemnización por accidentes de trabajo, seguros por desocupación, enfermedad, vejez, etc.

No habían bastado todas las luchas obreras de fin de siglo para conseguir reivindicaciones tales. En esa época, en que la guerra se presentaba como inminente, la clase dominante necesitaba más que nunca controlar el orden interno para contar a la clase obrera como aliada.

La legislación laboral acentuó la alianza parlamentaria liberal-laborista. Si bien cada vez eran más los representantes laboristas en el Parlamento, todos actuaron junto a la burguesía y respondieron abiertamente a sus intereses de clase. Apenas durante unos pocos años se dieron las condiciones históricas para que la clase obrera bosquejara una participación política independiente.

La clase dominante mostró toda su capacidad para comprender el proceso histórico y, dueña del poder, operó con sagacidad para dirigir el proceso en el sentido deseado: mantener el modo de producción capitalista y las relaciones sociales que generan sus privilegios. Pero no fue solo la eficacia de la política burguesa sino también la ineficacia de las instituciones socialistas en la conducción del movimiento obrero lo que impidió la eclosión del movimiento revolucionario.

Lloyd George pretendió desentenderse de los problemas internos. Sin embargo, la serie de huelgas de 1907 a 1909 reflejan el deterioro de la situación de la clase obrera y el aumento de su conciencia de clase. Paran cientos de miles de obreros. Los diarios de la época dan cuenta de "millones de jornadas de trabajo perdidas". Estos enormes movimientos de masas no estaban dirigidos por los viejos sindicatos, sino por comités que se organizan para tal fin. Más peligrosos para la burguesía resultaban estos movimientos de masas, relativamente espontáneos, que el propio partido obrero.

La huelga de portuarios de 1911, con la dirección de Ben Tillet, actualizó la de 1889. Se adhirieron los obreros del transporte,

Un mitin de trabajadores en Hyde Park, mayo de 1892. En ese año hubo resultados electorales favorables a los candidatos obreros en Londres y otras ciudades industriales. Por primera vez se utilizaba el derecho electoral para representar a la clase obrera.

La declaración sobre la guerra de la Segunda Internacional

A comienzos del siglo XX toda Europa estaba conmovida por tensiones internas y por conflictos externos provocados por la búsqueda de nuevos mercados. El VII Congreso de la Segunda Internacional, reunido en Stuttgart en 1907, después de fogosos debates entre los representantes de las dos líneas principales del movimiento obrero internacional, la reformista y la revolucionaria, aprobó las siguientes declaraciones con respecto al militarismo y a la guerra:

"Las guerras entre estados capitalistas son, en general, la consecuencia de su competencia sobre el mercado del mundo, porque cada estado no tiende solamente a asegurar mercados, sino a adquirir otros nuevos, principalmente por la dominación de los pueblos extranjeros y la conquista de sus tierras. Estas guerras resultan de la incesante competencia provocada por los armamentos del militarismo, que es uno de los instrumentos principales de la dominación de la burguesía y de la esclavización económica y política de la clase obrera.
Las guerras se ven favorecidas por los prejuicios nacionales, que han sido cultivados sistemáticamente en interés de las clases dominantes a fin de desviar a la masa proletaria de los deberes de clase y de sus deberes de solidaridad internacional.
Las guerras son, por lo tanto, la esencia del capitalismo y no cesarán más que por la supresión del sistema capitalista o bien cuando la amplitud de los sacrificios en hombres y en dinero exigidos por el desarrollo de la técnica militar y las revueltas provocadas por los armamentistas empujen a los pueblos a renunciar a este sistema.
La clase obrera, entre la cual se reclutan de preferencia los combatientes y que debe soportar los mayores sacrificios materiales, es adversaria natural de las guerras, porque éstas están en contradicción con el fin que aquélla persigue: la creación de un nuevo orden económico basado en la concepción socialista, destinada a traducir en realidad la solidaridad de los pueblos.
Por eso el Congreso considera que es un deber de todos los trabajadores y de sus representantes en los parlamentos combatir con todas sus fuerzas a los ejércitos de tierra y mar, señalando el carácter de clase de la sociedad burguesa y los móviles que imponen el mantenimiento de antagonismos nacionales; de rechazar todo apoyo pecuniario a la política de guerra, así como esforzarse porque la juventud proletaria sea educada en las ideas socialistas de la fraternidad entre los pueblos, despertando sistemáticamente su conciencia de clase."

Beatriz Webb, dirigente fabiana. La Sociedad Fabiana no reconocía a la lucha de clases como manifestación de las contradicciones capitalistas.



del litoral y del interior, siguiendo la propuesta de Tom Mann según la cual los transportistas (marítimos, fluviales, ferroviarios, tranviarios y automotores) serían impotentes si no se nucleaban. Luego se agregaron los trabajadores de la electricidad, agua, gas, red cloacal y los mineros.

El *Daily Mail*, el periódico más leído de Londres, decía en 1911: "Los huelguistas son dueños de la situación. La capital se encuentra en la situación de una ciudad sitiada, en la que la guerra civil —por fortuna acompañada solo de violencias insignificantes— está en su culminación."

La huelga de los transportistas terminó con grandes concesiones por parte de los empresarios. La huelga de los mineros, que duró cinco semanas, consiguió que se aprobase una ley por la cual el gobierno fijaba el salario mínimo cuando dicho mínimo no hubiera sido aprobado por una comisión mixta.

En 1912 y 1913 las huelgas se sucedieron en todos los centros industriales y mineros de Inglaterra, especialmente en Londres y Liverpool. Los viejos sindicatos ya no eran fuertes para frenar los paros, frecuentes y prolongados. La policía y el ejército reprimían severamente, pero la resistencia obrera continuaba y se realizaban manifestaciones donde participaban hasta 100.000 personas. Los patronos debieron acceder a las demandas presionados por la fuerza creciente que mostraba la clase obrera.

En 1911 la Federación de Mineros logró llevar a cabo una huelga a nivel nacional para exigir el salario mínimo legal que todavía no se había concedido. Participaron entonces en la lucha sindical sectores que todavía no estaban sindicalizados, así como las obreras, los obreros agrícolas y los empleados de oficina, cuyo número había crecido considerablemente durante esta etapa de desarrollo capitalista. Mientras los dirigentes obreros se comprometen cada vez más con la burguesía durante la etapa de la preguerra, las masas

Las huelgas llevadas a cabo por la Federación de Mineros en 1911 fueron apoyadas por todos los sectores laborales. Mientras los dirigentes se comprometen cada vez más con la burguesía en el camino hacia la guerra, las masas se manifiestan contra la desocupación, la carestía y los bajos salarios.

obreras se manifiestan, espontáneamente o con dirigentes circunstanciales, contra la desocupación, el aumento de precios, la disminución real de sus salarios, el aumento de los alquileres, y la guerra.

El P.L. y P.L.I. continúan ostensiblemente como aliados de la política liberal. Con todo, el P.L. fue aceptado en la Segunda Internacional. Lenin subrayó la necesidad de incorporarlo, pero teniendo en cuenta que era "el *primer paso* de las organizaciones realmente proletarias en Inglaterra hacia una política consciente de clase y hacia el Partido Laborista Socialista".

El Partido Social-Demócrata (nombre que toma la Federación a partir de 1908) no había logrado, ni antes ni en ese momento, concretar una vinculación operativa con el P.L. ni con el P.L.I. "La F.S.D. —dicen Morton y Tate— cometía un error al no saber distinguir en la práctica entre la masa desorientada y los dirigentes oportunistas de los sindicatos, precisamente cuando los sindicatos —como destaca Lenin— se aproximan al socialismo: torpemente, con vacilaciones, en zigzag, pero a pesar de todo se aproximan. Pues semejante actitud equivalía a empujar a la masa de los sindicatos, entonces dispuestos a la rebelión, en los brazos de los dirigentes oportunistas. Al mismo tiempo daba un impulso al desarrollo del anarcosindicalismo, que en Gran Bretaña fue una tentativa de resolver el problema de la liquidación del capitalismo sin la dirección de un partido socialista revolucionario."

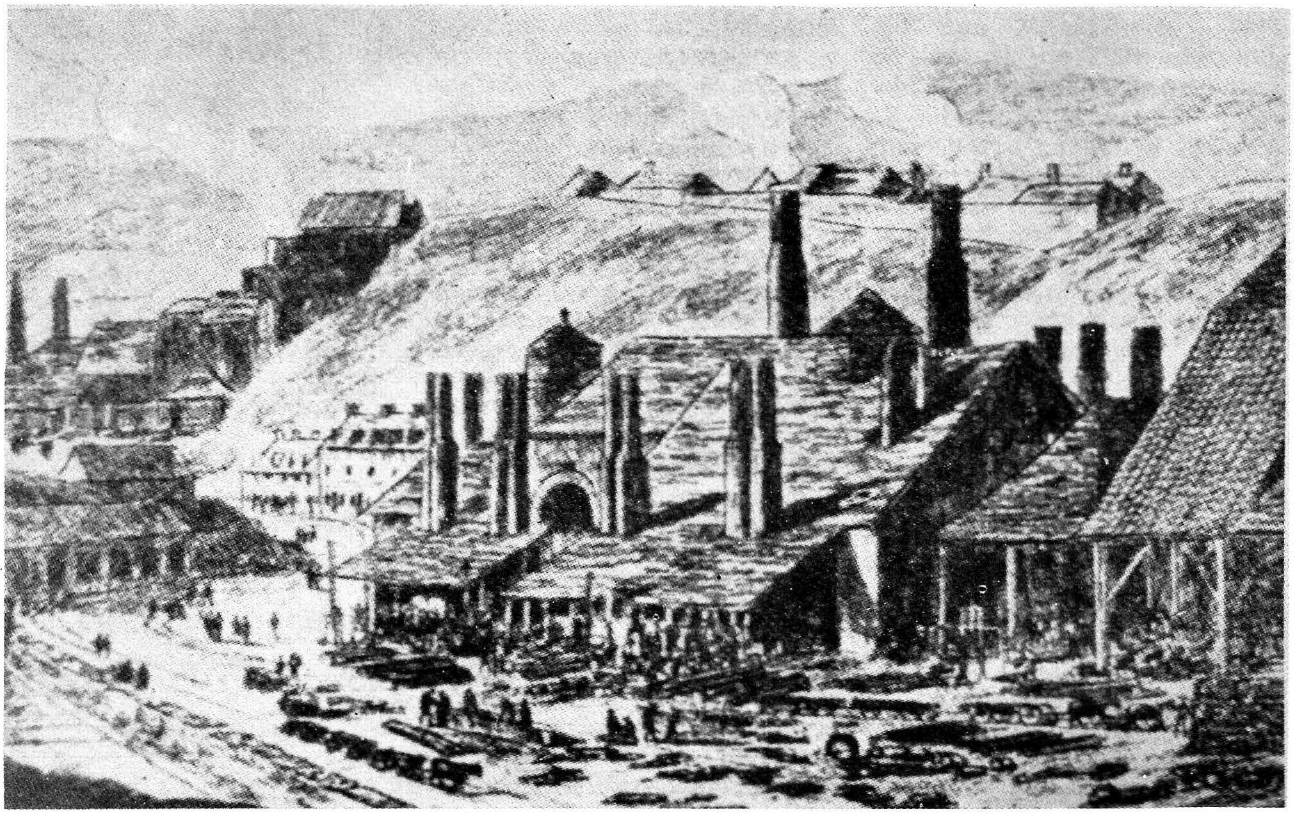
Un congreso que organizó el Partido Social Demócrata en Manchester, en 1912, con el objeto de unir a las diversas corrientes socialistas, concluyó con la creación del Partido Socialista Inglés. En este nuevo partido estuvieron los sectores verdaderamente revolucionarios, capaces de hacer una clara evaluación de la situación mundial. Pero la inminencia de la guerra provocó en el Partido Socialista Inglés disenciones internas entre los dirigentes, en su mayoría embarcados en la posición nacionalista, arrastrados por la ola de chauvinismo que la burguesía derramó sobre el país, y la gran masa de sus miembros, que adoptaban una posición internacionalista. De allí saldría un ala marxista revolucionaria.

No bastarán las recomendaciones del Congreso de Stuttgart de 1907 de la Segunda Internacional ni todas las publicaciones del P.S.I. en contra de la guerra, no por pacifismo sino por considerarla un conflicto interimperialista. La propaganda en favor de la guerra, por la defensa de la patria, "porque la Patria está en peligro" prende con vigor. Sin embargo el P.S.I. se esfuerza por explicar que ... "en lo que concierne a los trabajadores no hay ninguna diferencia entre el imperialismo y la agresión alemana o británica". Pero esto no logra empañar el brillo del aparato burgués montado para la defensa de la "patria", aparato que cuenta con el apoyo incondicional del P.L.

La carrera armamentista continuaba ya decididamente hacia la guerra, por lo cual los reclamos obreros no pudieron satisfacerse con tanta soltura como en el 1910 y 1911. Las manifestaciones de desocupados en Londres y en otras ciudades se repiten. Se sumaba a este malestar interno el problema de Irlanda, una bomba de tiempo para Inglaterra. La situación internacional también era difícil. Pero no era la "Patria" la que estaba en peligro sino el "orden" capitalista y la burguesía.

Con el estallido de la guerra la ola de huelgas declinó. Las organizaciones obreras, después de una leve protesta contra la guerra, terminaron apoyándola. Una conferencia celebrada en Londres, en 1915, con representantes del P.S.I., P.L.I., de la S.F., del P.L. y organizaciones socialistas de las potencias aliadas, aprobaron una declaración en la cual se pronunciaban por la guerra —aun reconociendo su carácter interimperialista— para evitar el "derrumbe de la democracia en Europa".

En Congreso de los Sindicatos





(T.U.C.) firmó en 1915 una "tregua industrial" por la cual se comprometía a renunciar al derecho de huelga mientras durase el conflicto bélico. ¿Era posible acaso apoyar más efectivamente a la clase dominante en ese difícil momento? Pero —a pesar de ese acuerdo— poco duró la "paz" interna. La guerra aumentó la miseria de los trabajadores y la agitación que le siguió rebasó los límites colaboracionistas impuestos por los dirigentes sindicales.

Los encarcelamientos, multas, requisas policiales de domicilios, el cierre de periódicos, los secuestros de libros y folletos contra la guerra y las movilizaciones forzosas, dan la tónica de la represión de la época. Sin embargo, la agitación continuó más violentamente aún. Hubo un intento de consolidación de la clase obrera a través de la formación del Movimiento Nacional de Delegados Sindicales y de Comités de Trabajadores.

La Revolución Socialista en Rusia fue una inyección de ánimo para la clase obrera inglesa. El Partido Socialista inglés fue el único de los partidos obreros de Europa que se pronunció a favor de los sóviets. Pero la ofensiva alemana debilitó la posición de los internacionalistas y dividió otra vez a los trabajadores en el momento en que se estaba organizando para una huelga general. El movimiento obrero inglés había ido ganando posiciones desde mediados del siglo XIX. La lucha emprendida había sido ardua. Su desarrollo no fue lineal. Estuvo signado por épocas de agitación y conquistas sindicales y políticas, pero sus dirigentes llevaron una política conciliadora de clases. Hacia fines de la guerra estaba fuertemente organizado, como nunca antes lo había estado. Las masas obreras habían desarrollado la conciencia de clase y rebasaban a sus direcciones sindicales, que actuaban como apéndices de las clases dominantes. Hasta 1910 el contar con el apoyo de los dirigentes sindicales significó una tranquilidad para la política burguesa. Además, el desarrollo imperialista y la necesidad de paz interna permitían hacer concesiones. Pero desde entonces, y más aún durante la guerra, las masas fueron más allá de los límites institucionalizados. Huelgas, agitaciones, fueron severamente reprimidas por el brazo armado de la clase dominante: matanzas, persecuciones, encarcelamientos, bombardeos (como el caso de Irlanda), censura de la prensa, eran los recursos que empleaba la burguesía para mantenerse.

La cantidad de obreros sindicalizados había llegado, al terminar la guerra, a ocho millones. Pero otra vez la ausencia de un partido revolucionario con autoridad real sobre las masas impidió canalizar toda la fuerza en potencia que significan las masas obreras conscientes de su situación de clase.

El triunfo del reformismo no sólo se dio en Inglaterra. Toda Europa, con la única excepción de Rusia, vivió procesos similares. En Inglaterra, donde el temprano desarrolo capitalista permitió llegar antes a la etapa monopolista e imperialista, el movimiento obrero, aunque con los matices que señalamos, fue absorbido, a través del reformismo, por la ideología burguesa. Toda acción acorde con la ideología del proletariado fue violentamente reprimida.

Bibliografía

G. D. H. Cole. *Historia del pensamiento socialista.* México, F.C.E., 1959. Tomos II y III.

L. H. Farías. *Historia General del Trabajo.* Grijalbo, 1965. Tomo III, La era de las revoluciones (1760-1914).

Morton y Tate. *Historia del movimiento obrero inglés.* Editorial Fundamentos, 1971.

Correspondencia Marx-Engels. Buenos Aires, Editorial Cartago, 1972.

F. Engels. *La situación de la clase obrera en Inglaterra,* "Prefacio" a la edición de 1892. Buenos Aires, Editorial Futuro, 1946.

D. Caute. *Las izquierdas europeas desde 1789.* Madrid, Guadarrama, 1965.

La primera etapa del sindicalismo

Fernando Suárez

Las primeras luchas reivindicativas no alcanzaron el carácter de acciones obreras, sino de "revueltas de hambre". Sólo cuando las transformaciones técnicas revolucionen el sistema laboral se podrá hablar de luchas obreras.

En 1720 los sastres de la ciudad de Londres se quejaban al Parlamento: "Los obreros sastres en el interior y los alrededores de las ciudades, en número de siete mil y más, han formado recientemente una asociación para aumentar sus salarios y abandonar su trabajo una hora antes. A fin de realizar mejor su proyecto han escrito cada uno su nombre sobre registros preparados con este objeto, en las numerosas casas de hospedaje o de reunión donde van habitualmente. Han acumulado sumas considerables para defenderse en caso de persecuciones". Uniones análogas se constituyeron, en la misma época, entre operarios cuchilleros y entre obreros de la lana de la zona Oeste del país.

De hecho, las primeras asociaciones de asalariados que adquirieron un carácter relativamente estable precedieron a la revolución industrial en mucho tiempo. Tal es el caso del "compagnonnage", modo de asociación obrera que aparece entre los *compañeros* (oficiales asalariados) de un mismo oficio en Francia, a fines de la Edad Media. Es esta una fraternidad destinada al "perfeccionamiento profesional, moral y espiritual de sus miembros" y a la defensa de sus intereses frente a los maestros, en virtud de los abusos en el trabajo y del endurecimiento que se va dando en las posibilidades de acceso a la maestría.

Durante todo el siglo XVIII y principios del XIX comienzan a arraigar tanto en Inglaterra como en Francia sociedades profesionales en la forma de círculos o *clubes*. Sus miembros solían reunirse en tabernas y lugares afines y sus principales actividades eran de carácter mutual, educativo y social: apoyo a compañeros sin trabajo, realización de fiestas, entierros, perfeccionamiento en el oficio, etc. Sin embargo, en muchos casos llegaron a actuar como sociedades de resistencia y a encabezar luchas violentas contra las autoridades y los patrones burgueses. En su mayor parte, estos *clubes* se desarrollaban entre los artesanos y oficiales que ejercían los oficios más calificados, cuyos métodos de trabajo seguían siendo individuales y conservaban las características de los talleres artesanales y manufactureros. Estas sociedades estaban aisladas geográfica y socialmente, pues no se extendían más allá de sus zonas de trabajo. El acceso a ellos era, en general, dificultoso, pues obligaba a quienes querían asociarse a realizar desembolsos bastante importantes. Todo esto limitaba su número y su accionar.

El factor determinante de su organización no es, como muchas veces se ha dicho, la mecanización industrial, la transformación técnica, sino *la separación entre el trabajo y la propiedad de los instrumentos de producción.* Allí donde se produjo la separación, se formaron las uniones, aun cuando las máquinas no hubiesen todavía aparecido. Allí donde este divorcio no se produjo no hubo asociaciones obreras, aun cuando se hubiese comenzado a utilizar las máquinas.

Tampoco nacieron estas primeras uniones de las revueltas llevadas a cabo por las masas miserables contra la explotación capitalista. No son los criados del campo, los mineros o los peones, mal pagados y mal tratados, quienes experimentan la necesidad de asociarse. Las protestas violentas son, entre ellos, efímeras y se manifiestan, inorgánica y espontáneamente, en las "revueltas de hambre". Sus luchas no estaban determinadas por su carácter de productores, sino por el de consumidores.

En cambio, la formación de organismos independientes, capaces de resistir —aunque sea en un grado relativo— a la voluntad de los maestros y patronos, exigía un grado de independencia personal y de fuerza que sólo podían tener obreros cuyo nivel de vida había sido protegido durante siglos por reglamentos administrativos y por las costumbres; que organizaban el aprendizaje a través de códigos y limitaban el número de obreros en cada lugar.

El grabado ilustra una etapa del proceso de impresión en el siglo XVII. En este siglo se inicia la génesis del modo de producción capitalista, pero aún tienen vigencia otras formas, tales como el trabajo rural domiciliado o el artesanado. Esta diversidad de sistemas de producción explica la heterogeneidad de la composición de la clase obrera de esa época.

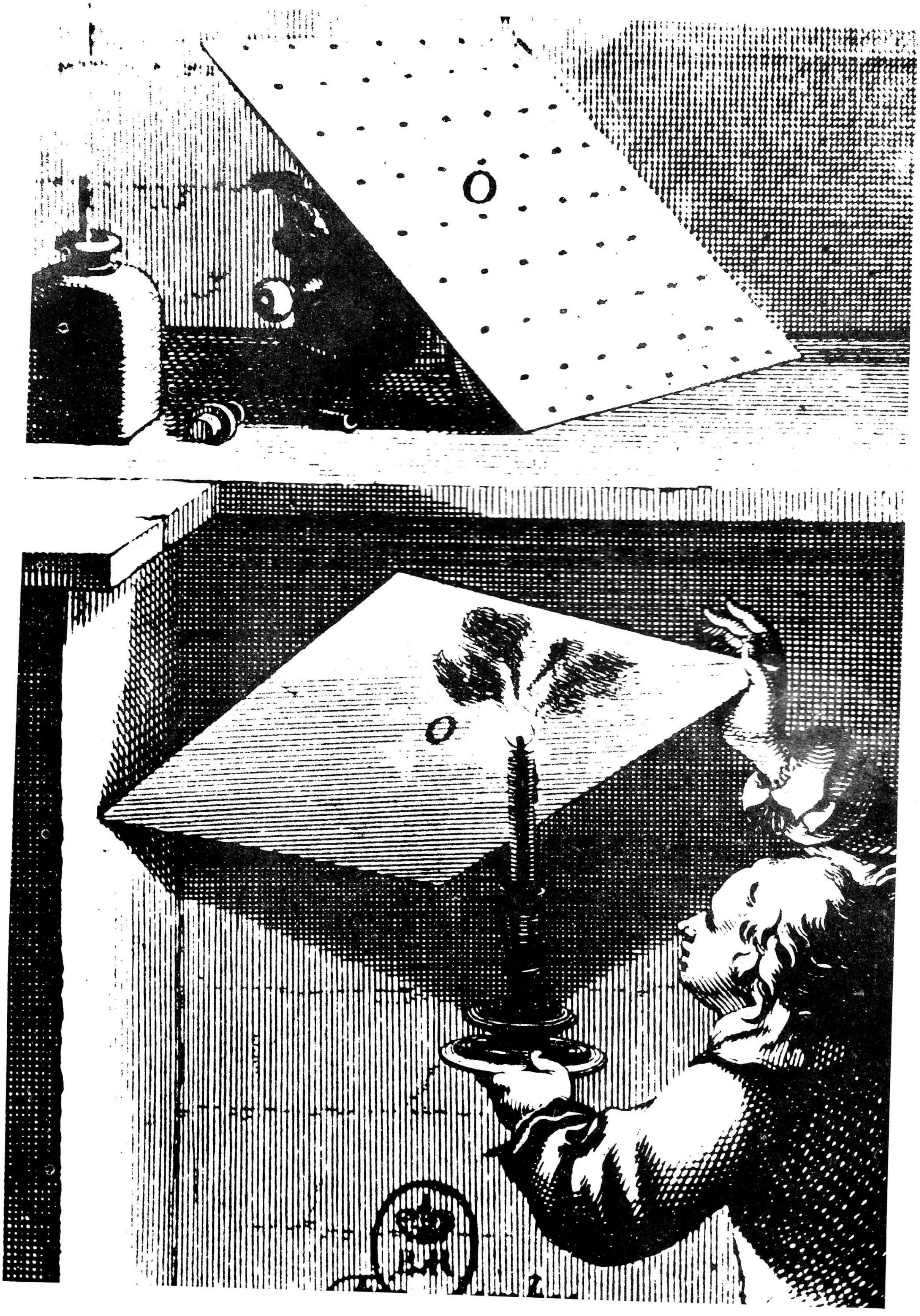
Fue para proteger privilegios que entraron en crisis que se formaron las primeras uniones. "El aprendiz y el oficial de los gremios —decía Engels— no trabajaban tanto por el salario y la comida como por llegar a ser algún día maestros."
Los móviles de estas organizaciones eran conservadores —y no revolucionarios, como se ha pretendido— y sus demandas incluían en muchos casos el mantenimiento de los reglamentos tradicionales del taller, contra aquellos patrones que buscaban poner en práctica las libertades económicas que le permitieran un mayor beneficio basado en una mayor explotación de la mano de obra. Uno de sus métodos de lucha era, por ejemplo, impedir el acceso al trabajo a otros trabajadores que no pertenecían a la asociación. Las uniones, a pesar de estar constituidas por asalariados, conservaban muchas de las características de las viejas corporaciones de mercaderes y maestros artesanos.

Las formas de producción y la conformación de la clase obrera

Durante los siglos XVII y XVIII el artesanado entra en crisis. A través de un complejo proceso se desarrolla el modo de producción capitalista. Hemos analizado en los capítulos anteriores las características de una forma de transición, el trabajo rural domiciliado, y el salto hacia las nuevas formas económicas producido con el crecimiento de las manufacturas y luego de las fábricas, producto estas últimas de la Revolución Industrial. También hemos visto los efectos radicales que estos cambios tuvieron en las condiciones de vida y de trabajo de las clases explotadas. Pero es importante remarcar que este cambio se produjo lentamente y que durante mucho tiempo coexistieron diversas formas de producción, hecho que explica la heterogeneidad de la clase obrera durante esta etapa y que influye decisivamente en los modos organizativos y métodos de enfrentamiento que ella va a utilizar en su lucha sindical y política.
Coexistieron, en efecto, durante una larga etapa, pequeños artesanos individuales, oficiales y obreros especializados en las manufacturas, obreros con oficio dentro de algunos ramos de las fábricas mecanizadas y un sector en aumento de operarios sin oficio y sin conocimiento especial alguno. Estos últimos conformaron el nuevo proletariado, reclutado generalmente en el campo, emigrante de esas zonas y con una gran proporción de mujeres y niños en su composición. Este era el sector de salarios más bajos y su capacidad organizativa propia era casi nula. Sufrió las consecuencias de su ignorancia absoluta tanto de la vida urbana como de las normas mínimas para contrarrestar la mala alimentación y la falta de higiene, producto de las formas de vida infrahumanas, los bajos salarios percibidos, la desocupación temporaria y el hacinamiento a los que era sometido. Fue el sector más sensible a la mortalidad infantil y su término medio de vida, hacia el año 1840, apenas superaba los veinte años. Con ser en muchos casos el más violento en sus métodos de lucha, fue, durante una extensa primera etapa, el menos proclive a la organización sindical.
La unión de los oficiales, con las características señaladas, es, por lo tanto, la forma característica de esta primera etapa de formación sindical.

La unión de los oficios

Se tienen datos escasos sobre las primeras uniones. Ellos provienen, fundamentalmente, de los escritos de sus enemigos, es decir, de las ordenanzas, prohibiciones y comentarios de la burguesía y la aristocracia.
A pesar de ello, se sabe que,





buscando romper con su aislamiento, las asociaciones obreras llegaron tempranamente a constituir confederaciones de un mismo oficio, como sucedió con los sombrereros de la ciudad de Londres, que en 1771 lograron reunir a sus similares de varias provincias. También en Inglaterra, hacia 1790, los operarios constructores de barcos de la ciudad de Liverpool y los cuchilleros —ya mencionados en 1720— habían constituido asociaciones de un alto nivel organizativo, lo que originó frecuentes quejas de sus patrones ante las autoridades.

En Francia también se desarrollaron uniones similares, en tal grado que el Estado las prohibió en 1749 mediante la siguiente reglamentación: "Prohibimos a todos los compañeros [miembros del *compagnonnage*] y obreros que se reúnan con el pretexto de su cofradía que se confabulen para colocarse los unos y los otros junto a un dueño o abandonarle y también que obstaculicen que los dueños escojan por sí mismos a sus operarios". En 1790, ya producida la revolución francesa, el gobierno aprobó una resolución por la que concedía a todos los ciudadanos el derecho de reunión y el de formar libremente asociaciones. Pero esta medida se derogó poco después, en 1791, y fue reemplazada por la tristemente famosa Ley Le Chapelier, por la que se prohibían las asociaciones tanto obreras como patronales, pero estableciendo penas de muy distinto rigor según fueran patronos u obreros los infractores. La ley determinaba también que los jornales del obrero se fijaran "de individuo a individuo", es decir, en forma personal y no grupal. De esta manera, los obreros tuvieron que enfrentarse individualmente con los patronos. El estado inglés no quedó atrás en este aspecto: en el año 1799 el parlamento promulgó las *Combination Acts* (Leyes de Asociaciones), mediante las cuales se prohibía toda clase de uniones entre trabajadores.

Pero la legislación represiva no acalló a los trabajadores. Estos respondieron con las huelgas y el avance de sus organizaciones. La huelga de los tejedores de Glasgow (Escocia) realizada en 1804-1805 llegó a paralizar a 40.000 trabajadores.

Las formas organizativas con que respondió el incipiente movimiento obrero a las medidas prohibitivas fueron las sociedades secretas y clandestinas. Uno de los métodos fue la reacción violenta, que en muchos casos se desató contra las máquinas e instalaciones de las fábricas y talleres. Tal el caso del movimiento luddista, que llegó a destruir, en muy pocos años de actividad, alrededor de 100.000 libras esterlinas de capital en máquinas.

Luego de finalizadas las guerras napoleónicas, en 1815, comienza en Inglaterra un período de aguda crisis que incide gravemente en el nivel de vida de los obreros. Las fábricas se encuentran con sobreproducción y muchas de ellas deben cerrar. Los soldados licenciados invaden el mercado de trabajo y la sanción de las Leyes de Granos, destinadas a beneficiar a los terratenientes, perjudica a industriales y obreros al subir el precio del pan. El hambre, la carestía, la desocupación y los bajos salarios dominan estos años. En 1817 se produce la primera Marcha del Hambre, de Manchester a Londres, marcha que finaliza con una violenta represión. La crisis llevará a muchos obreros a apoyar la política de la burguesía radical, que luchaba por el voto y la representación parlamentaria. Son los años de la "matanza de Peterloo".

Pero, por otro lado y en forma subterránea, la organización sindical prosigue su marcha. Comienza a hacerse habitual el nombre de *Unions* o *Trade-Unions* que usan en un principio los carpinteros navales de Londres y otros gremios, nombre con el que son conocidas hasta hoy las organizaciones sindicales inglesas.

La crisis se atenúa en los años siguientes. En junio de 1824 el parlamento vota la abolición de

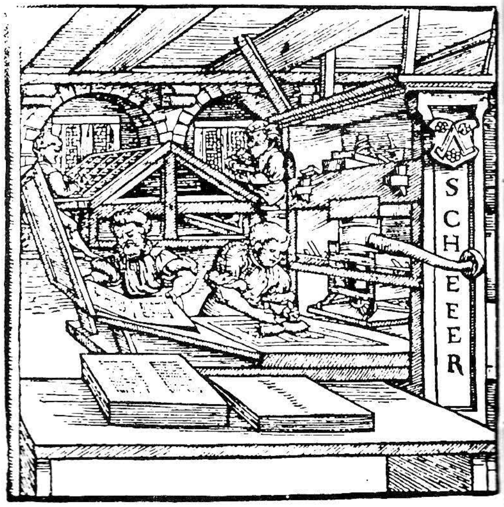
En el siglo XIX, Francia e Inglaterra asistieron a la creación de "clubes", sociedades profesionales cuyas actividades fueron de carácter mutual, educativo y social: apoyo a compañeros desocupados, realización de fiestas, entierros. Sin embargo, se resistieron a actuar en contra de las autoridades o los patrones burgueses.

La necesidad de asociarse

"Los obreros de distintos gremios se quejan de la insuficiencia de sus salarios para satisfacer sus necesidades [...]. Los unos discuten la legitimidad de nuestras reclamaciones y aconsejan a nuestros burgueses, con alegría de corazón, que rechacen despiadadamente nuestras exigencias; los otros nos dicen que tengamos paciencia, como si se tuviese tiempo para esperar cuando se tiene hambre. Nosotros, los que sufrimos, no contamos más que con nosotros mismos; sentimos el mal, busquemos un remedio inmediato y eficaz; apliquémoslo. Yo creo que lo encontraremos en la asociación [...]. Comprenderéis todos perfectamente que la asociación tiene la doble ventaja de agrupar todas las fuerzas y de dar a ese todo una dirección. Si quedamos aislados, dispersos, somos débiles [...]. Es preciso, pues, un lazo que nos una, una inteligencia que nos gobierne; es preciso una asociación. Así, el primer paso es la formación de un cuerpo compuesto de todos los trabajadores del mismo oficio; dar a ese cuerpo una administración que lo gobierne, una comisión que discuta con los patrones los intereses del gremio o que reciba, de manos de los consumidores, la labor por realizar y la distribuya a los asociados [...]. A una señal dada por ella, todos los obreros abandonarán sus talleres y suspenderán el trabajo para obtener de los patrones el aumento del precio reclamado [...]. Pero no habréis alcanzado el objetivo que os proponéis si no procuráis formar una asociación de todos los gremios.

Es preciso unir las sociedades parciales de trabajadores por un vínculo común, establecer entre ellas relaciones fáciles y prontas [...]. Los derechos, los intereses obreros, cualquiera sea el gremio a que pertenezcan, son siempre los mismos; al defender los derechos y los intereses de un gremio se protegen los derechos y los intereses de todos los demás. Todos queréis un salario en armonía con vuestras necesidades, todo queréis ganar con vuestros brazos con qué vivir honestamente todos tenéis las mismas necesidades, todos tenéis hambre; todos queréis pan... ¿Por qué dividiros en lugar de unirnos? ¿Por qué debilitaros en lugar de agrupar nuestras fuerzas?"

(Folleto escrito por el obrero zapatero Efrahem titulado *De l'Association des ouvriers de tous les corps d'état"*, publicado en París en 1833.)



Exposición de la clase obrera española a las Cortes

"Señores diputados de las Cortes Constituyentes:

Hace años que nuestra clase va caminando hacia su ruina. Los salarios menguan. El precio de los comestibles y el de las habitaciones es más alto. Las crisis industriales se suceden. Hemos de reducir de día en día el círculo de nuestras necesidades, mandar al taller a nuestras esposas, con perjuicio de la educación de nuestros hijos; sacrificar a estos mismos hijos a un trabajo prematuro.

Es ya gravísimo el mal, urge el remedio y lo esperamos de vosotros. No pretendemos que ataquéis la libertad del individuo, porque es sagrada e inviolable; ni que matéis la concurrencia, porque es la vida de las artes; no que carguéis sobre el Estado la obligación de socorrernos, porque conocemos los apuros del Tesoro. Os pedimos únicamente el libre ejercicio de un derecho: el derecho de asociarnos.

Hoy se nos concede sólo para favorecernos en los casos de enfermedad o de falta de trabajo: concédasenos en adelante para oponernos a las desmedidas exigencas de los dueños de talleres, establecer de acuerdo con ellos tarifas de salarios, procurarnos los artículos de primera necesidad a bajo precio, organizar la enseñanza profesional y fomentar el desarrollo de nuestra inteligencia y atender a todos nuestros intereses.

Desaparecerá entonces esa ruinosa concurrencia entre nosotros mismos, hija sólo del hambre. El empresario participará de los quebrantos a que nos condenen los sucesos y la fatalidad de las leyes económicas. No se apelará a la baja de los salarios sino después de haber apurado cuantos medios existan para abaratar los productos y vencer en las luchas industriales. Se sostendrá, por una parte, el precio de la mano de obra, y se facilitará, por otra, en los gastos de subsistencia, una considerable economía. La enseñanza vendrá a

destruir los efectos subversivos de la división del trabajo. La solidaridad entre los asociados y las asociaciones templará los desastrosos resultados de las crisis. Se evitarán abusos. Cesarán los conflictos.

Se teme que asociados hemos de promover desórdenes, mas infundadamente. Los artesanos franceses lo estuvieron casi todos durante los últimos años del reinado de Luis Felipe, y ni un solo día turbaron la paz del Reino. Tampoco los operarios de Cataluña, mientras la autoridad no se mostró hostil a sus numerosas sociedades. Pero si llegamos a interrumpirla, ¿no están, además, los gobiernos? Destinados a hacer respetar los derechos de todos, extiendan enhorabuena sobre nuestras cabezas la hoja de su espada. Sus fuerzas serán siempre superiores a las nuestras.
Mas ¿a qué hablar de fuerzas? Ante la nueva potencia de las asociaciones jornaleras, el dueño de taller no tarda en renunciar a exageradas pretensiones. Transige y se realiza la armonía entre el capital y el trabajo.
Clama ahora el capital porque se nos niegue la facultad que pedimos, pero sin justicia. Asociándose es como ha precipitado la ruina de la pequeña industria y acelerado la nuestra. ¿Es equitativo que él solo disfrute de este beneficio? Ya que aun a los ojos de la ley hayamos de estar en lucha, debemos disponer de iguales armas. Nuestra libertad no queda, a buen seguro, violada porque otros la ejerzan; no porque nos asociemos le ha de quedar la suya.
Ni la suya ni la de nadie. Deseamos la asociación y aspiramos a generalizarla, pero no por la violencia. Libre ha de ser en ella la entrada, libre la salida, obligatorios sus acuerdos sólo para sus individuos; pasiva su resistencia; puramente moral su acción sobre los capitalistas. Que éstos accedan o no a las resoluciones de la Asociación, nos creemos siempre en el deber de respetar su derecho. Nos calumnian los que nos acusan de espíritu de opresión y exclusivismo. Ni la consideración de la servidumbre en que vivimos puede excitar en nosotros tan bastardos sentimientos.
Nuestros dolores son, indudablemente, grandes. No sólo no podemos cubrir nuestras primeras atenciones; trabajamos más de lo que consienten nuestras fuerzas y nuestra salud se altera; somos objeto de groseros insultos y, a pesar de sentir vivamente lastimado nuestro orgullo, hemos de devorarlos en silencio. Otros, con ser menos penosa su carga y menos útiles, piden protección, condecoraciones, privilegios; nosotros sólo (pedimos) la universalización de un derecho o, por mejor decir, la sanción de una libertad que está en nosotros. Véase hasta dónde llegan nuestras exigencias. ¡Ojalá sean, cuando menos, entendidas! . . ."

(Tomado de García Venero, *Historia de los movimientos sindicalistas españoles. 1840-1937*. Madrid, 1961, pp. 140-41.)

"Prohibimos a todos los compañeros y obreros que se reúnan con el pretexto de su cofradía, que se confabulen para colocarse unos con otros contra un dueño." Reglamentación estatal francesa de 1749.

Como aprendices o como asalariados, los niños proporcionaron a las industrias una excelente mano de obra: los salarios bajos y la capacidad organizativa nula los hacían especialmente aptos para servir a los intereses de los patrones.

las Leyes de Asociaciones, reconoce el derecho de huelga y permite la formación de sindicatos. Comienza para las *Trade-Unions* un período de expansión y se afirma la solidaridad en el plano nacional y en el interprofesional.

En el otoño de 1829 y bajo la inspiración del obrero irlandés John Doherty, quien desde los veinte Manchester, se organiza la Unión de los Hilanderos de Algodón de Manchester, se organia la Unión General de Hilanderos y Tejedores a Destajo de Inglaterra, Escocia e Irlanda.

Doherty, después del fracaso de la huelga de hilanderos de la ciudad de Ashton-under-Lyne, afirma: "Ha quedado demostrado que ninguna unión de un oficio particular puede resistir los esfuerzos asociados de los patrones de esa industria particular: es preciso tratar de agrupar a todos los oficios". Y de allí en adelante se dedicará a esa tarea. En 1830, dadas las circunstancias favorables, se crea la Asociación Nacional para la Protección del Trabajo, que funciona como una federación de todas las Uniones existentes. Rápidamente la Asociación se integra con 150 Uniones, llega a agrupar a 80.000 obreros y a tirar 30.000 ejemplares de su periódico *La Voz del Pueblo*. Sus objetivos principales son la lucha salarial y el socorro de huelga. Las ciento cincuenta Uniones comprenden a los hilanderos de algodón (gremio que trabaja en forma mecanizada), los tejedores de géneros de punto, los impresores de *calico* (un tipo de tela ordinaria), los tejedores de seda y también a los mecánicos, los fundidores, los herreros. A todos éstos se van agregando los obreros de las minas de Staffordshire, del Yorkshire, del Cheshire y del país de Gales, es decir, de todas las zonas claves de la minería del país en ese momento en pleno crecimiento.

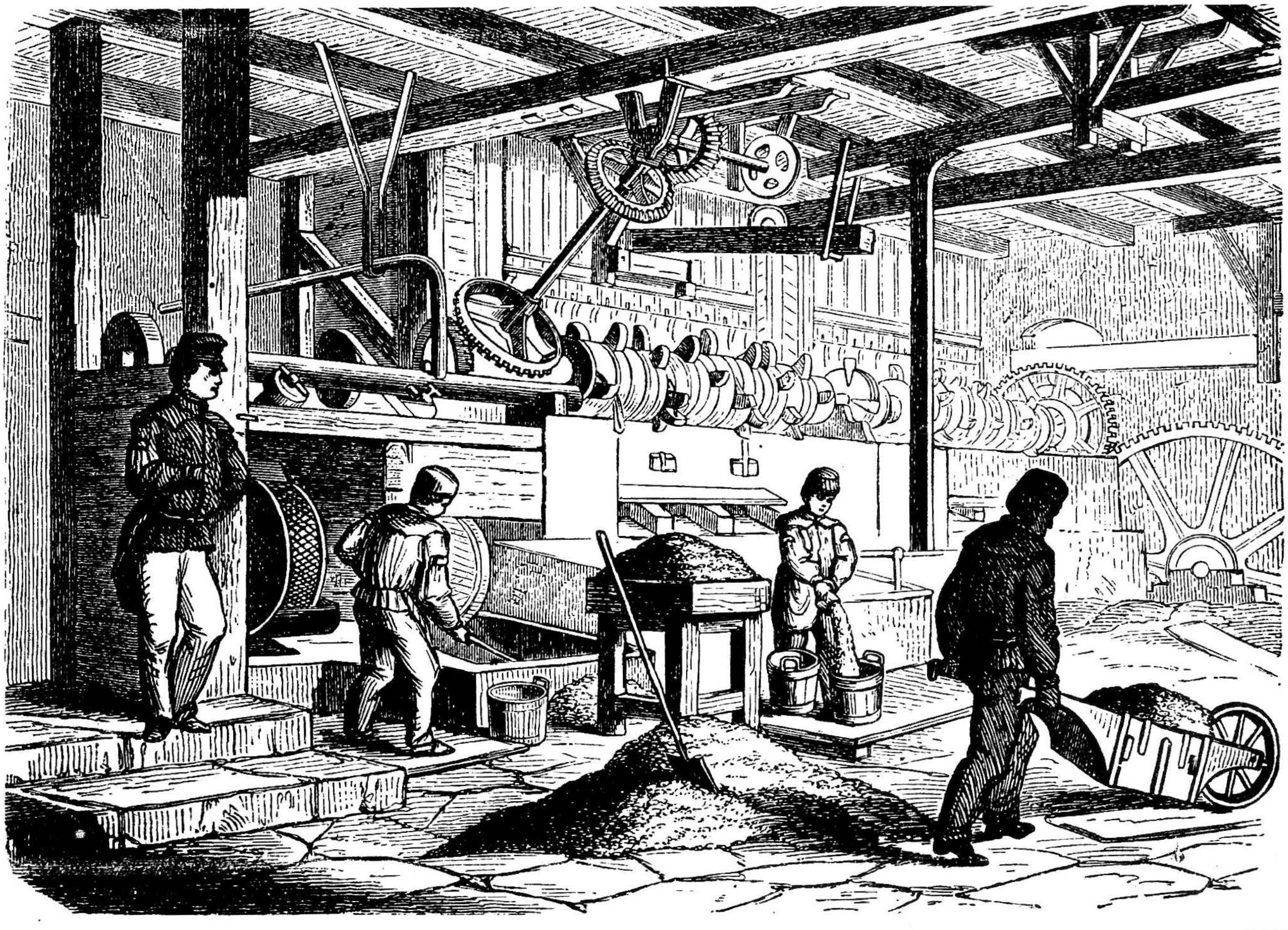
Pero el esfuerzo organizativo realizado resultó demasiado grande. Si bien se logró un importante triunfo en la huelga minera de Oldham, *La Voz del Pueblo* dejó de editarse al poco tiempo y la Asociación Nacional desapareció a mediados de 1832. No llegó a durar tres años, pero fue el primer intento de constituir una confederación sindical que agrupara a todos los oficios. Otra organización que se mantuvo varios años, orientada esta vez hacia la formación de Uniones por ramas de industrias a través de la unificación de un grupo de oficios, fue la Unión de la Construcción. Esta comprendía a los ladrilleros, ebanistas, picapedreros, pintores de brocha gorda, plomeros y peones de la construcción.

Las tendencias sindicales del movimiento obrero siguieron fortaleciendo luego la participación de los obreros en las luchas políticas de 1832, que culminaron con la Reforma Electoral. Es en esos años en los que pesa la figura del industrial, filántropo Robert Owen, doctrinario también del movimiento socialista. Owen logró constituir la "Gran Unión Consolidada de los Oficios" lo cual,pese a haber durado sólo un año, ejerció una gran influencia en los movimientos posteriores.

La Unión determinó en sus estatutos que cada sindicato componente se convirtiera en una sección, agrupándose en Consejos de distritos regionales y en un Consejo Nacional. El número de los adherentes fue extraordinario: se cree que llegó al millón, y el periódico de Owen, *The Crisis*, llamaba a sus deliberaciones "el Parlamento Obrero".

Las uniones adherentes comprendían no sólo a los oficios tradicionales, sino también a nuevos sectores del proletariado industrial y a obreros agrícolas. A la lucha salarial y al mutualismo se agregan los proyectos del propio Owen sobre la formación de talleres cooperativos con el fin de eliminar a los patrones. Estos reaccionaron obligando a los obreros a firmar "el documento", mediante el cual se los obligaba a renunciar a la afiliación. De lo contrario eran despedidos. Todo esto señala con claridad un hecho: el nuevo ordenamiento legal que asegura-





A la izquierda: manifiesto cartista. El cartismo presiona a las autoridades inglesas hasta conseguir que la jornada laboral se redujera a diez horas. Carlos Marx —a la derecha— caracterizaría este triunfo como "el producto de una guerra civil más o menos abierta entre la clase capitalista y la clase obrera".

Largas jornadas y bajos salarios

"Los que tienen que trabajar duro y más tiempo reciben los jornales más bajos, mientras aquellos cuyo trabajo es más atractivo ganan más por regla general, y muchos que no hacen absolutamente nada ganan aún más. Se puede concluir, pues, que aquellos que trabajan más duro y más tiempo reciben los jornales bajos precisamente porque su trabajo es tan largo y tan duro. Los que trabajan demasiado duramente están tan agotados y exhaustos que no desean más que satisfacer sus necesidades físicas; por otra parte, los que trabajan menos tienen tiempo para cultivar sus gustos y desean cosas que sobrepasan sus necesidades puramente materiales. Los que trabajan tan duro y durante tanto tiempo no pueden ser inducidos a pedir jornales más altos porque no les quedan fuerzas ni tiempo ni deseos. Pensamos en un hombre que trabaja catorce horas al día. No tiene tiempo para bañarse, escribir cartas, cultivar flores, tener invitados o contemplar obras de arte. Para él su vivienda significa comer y dormir. Por otro lado, un hombre que trabaja ocho horas al día tiene mucho más tiempo a su disposición."

(Panfleto escrito por Ira Stewart, citado por J. Kuczynski, p. 114.)

CHARTIST
DEMONSTRATION!!

"PEACE and ORDER" is our MOTTO!

TO THE WORKING MEN OF LONDON.

Fellow Men,—The Press having misrepresented and villified us and our intentions, the Demonstration Committee therefore consider it to be their duty to state that the grievances of us (the Working Classes) are deep and our demands just. We and our families are pining in misery, want, and starvation! We demand a fair day's wages for a fair day's work! We are the slaves of capital—we demand protection to our labour. We are political serfs—we demand to be free. We therefore invite all well disposed to join in our peaceful procession on

MONDAY NEXT, April 10,

As it is for the good of all that we seek to remove the evils under which we groan.

The following are the places of Meeting of THE CHARTISTS, THE TRADES, THE IRISH CONFEDERATE & REPEAL BODIES:

East Division on Stepney Green at 8 o'clock; City and Finsbury Division on Clerkenwell Green at 9 o'clock; West Division in Russell Square at 9 o'clock; and the South Division in Peckham Fields at 9 o'clock, and proceed from thence to Kennington Common.

Signed on behalf of the Committee, JOHN ARNOTT, *Sec.*



La gran fiesta nacional, de William Benbow, 1832, pp. 8-13

"[...] Nosotros somos el pueblo, nuestros intereses están con el pueblo y para realizarlos en forma correcta debemos encargarnos de ellos. El pueblo ha sido convocado para trabajar para sí; presentamos un plan de operativos, no tenemos ni seguridad, ni libertad, ni igualdad, ni tenemos la posibilidad de pensar que la tranquilidad, la alegría, la paz, el placer sean posesiones del pueblo, a menos que nosotros cooperemos para ello; les presentamos un plan, les haremos la guerra, a menos que sigan nuestras indicaciones.

Ho ly day, o sea día sagrado, es el significado real de *holiday* * y el nuestro ha de ser de todos los días sagrados el más sagrado. Es el más sagrado porque está destinado a crear la felicidad y liberar a la humanidad; nuestro día sagrado está signado para establecer la abundancia, abolir la carencia, para hacer que todos los hombres sean iguales. En nuestro día sagrado vamos a legislar para toda la humanidad, la constitución escrita durante nuestro día de fiesta ubicará a cada ser humano en el mismo nivel, iguales derechos, iguales goces, igual trabajo, igual respeto, igual parte de la producción: ¡este es el objetivo de nuestro día sagrado, de nuestro festival!!!

Los fundamentos y la necesidad de tener un mes de vacaciones surge de la circunstancia en la cual estamos ubicados. Estamos oprimidos en el sentido más completo de la palabra, hemos sido privados de todo, no tenemos propiedad, riquezas, y nuestro trabajo no nos sirve de nada, desde el momento que lo que producimos va a las manos de los demás. Hemos hablado con los gobernantes una y otra vez acerca de nuestras carencias y miserias; pensamos que ellos eran sabios y buenos, durante años hemos confiado en sus promesas, y nos encontramos hoy en día luego de vivir tantos siglos de tolerancia en la más completa ruina moral y económica. Nuestros señores y patrones no nos han propuesto ningún plan que podamos adoptar; se contradicen aún sobre lo que ellos llaman la fuente de nuestra miseria; unos dicen una cosa, otros dicen otra. Un canalla, un sacrílego, blasfema, dice "que el exceso de producción es la causa de nuestra miseria". Cuando nosotros que somos los productores, semihambrientos, con todo nuestro esfuerzo apenas obtenemos lo indispensable para no morirnos de hambre. Es la primera vez en toda época y país que la *abundancia* fue declarada como una causa de la *carencia*. ¡Mi Dios! ¿Dónde está la abundancia? ¿Abundancia de comida? Pregúntele al trabajador dónde la ha de encontrar; sus rostros enflaquecidos son la mejor respuesta. ¿Abundancia de ropas? La desnudez, el temblor por frío, el agua, los resfríos, los reumatismos del pueblo, son pruebas de la abundancia de ropa. Nuestros señores y patrones nos dicen que producimos demasiado; muy bien, entonces dejaremos de producir durante un mes y pondremos en práctica la teoría de ellos.

Nuestros patrones y señores dicen que el exceso de población es otra causa de nuestra miseria. Lo que quieren decir con esto es que los recursos del país son inadecuados para su población. Debemos probar lo contrario y durante unas vacaciones efectuar un censo de población y una medición de la tierra, y ver mediante el cálculo si es que no se trata de una desigual distribución y una mala administración de la tierra, que hace a nuestros señores y patrones decir que son demasiado para nosotros.

Estos son dos fundamentos muy válidos para nuestro *holiday*, para un Congreso de la clase trabajadora. Antes de que tenga lugar el mes de vacaciones se deben realizar preparaciones universales para ese fin. No debe tener lugar durante tiempo de sembrado o de cosecha Todo hombre debe prepararse para él mismo y ayudar a su vecino; las preparaciones deben comenzar antes del tiempo establecido. Comités para la dirección de la clase trabajadora se deben formar en cada ciudad, pueblo, villa o parroquia a través del reino. Estos comités deben familiarizarse con el Plan y usar la máxima actividad y perseverancia para ponerlo en ejecución tan pronto y en forma tan efectiva como sea posible. Deben convocar mitines frecuentes y señalar la necesidad y el objetivo de este *holiday*. Cuando se pongan en ejecución todos los detalles del Plan mencionado el comité de cada parroquia y distrito seleccionará un grupo de hombres sabios que serán enviados al Congreso Nacional. Cada parroquia o distrito con

ba el derecho a asociarse no tenía valor pues se dependía del patrón para poder trabajar y lograr el sustento. Por esta razón, muchos obreros debieron desafiliarse. La "Gran Unión" sostuvo importantes huelgas, hasta quedar exangüe en sus recursos. Además, sus miembros fueron amenazados con la deportación. Poco después del congreso constitutivo, realizado el mes de febrero de 1834,* seis jornaleros fueron arrestados y deportados por el solo hecho de pertenecer a ella.

Se producen entonces importantes manifestaciones obreras que permiten al movimiento presentar un petitorio de 250.000 firmas a favor de los condenados y que acercan a la Gran Unión a las uniones que hasta ese momento no habían ingresado en ella: la Unión de la Construcción, la Unión de los Pañeros, la Unión de Leeds, la de los Hilanderos de algodón y la Unión de los Alfareros.

Por primera vez, prácticamente todas las asociaciones obreras inglesas actuaron tras un objetivo común, el cual en última instancia, era la defensa de su propio derecho a la existencia.

Sin embargo, la nueva confederación no pudo mantenerse a raíz de la escasez permanente de fondos, debida, a su vez, a la constante colaboración con las diferentes huelgas, a la persecución a sus afiliados y a las maniobras de *lock-out* que llegaron a aplicar los patrones, y debió disolverse a fines de 1834. Algunos de los sindicatos que la componían siguieron actuando en forma independiente.

Las Trade-Unions y el cartismo

La etapa siguiente del movimiento obrero inglés se caracterizó por las grandes movilizaciones de masas unidas por reivindicaciones tales como las diez horas de labor, la lucha contra la reducción de los salarios

una población de 8.000 habitantes mandará dos hombres sabios al Congreso; una población de 15.000 habitantes, cuatro hombres; una población de 25.00 habitantes mandará 8 hombres y Londres enviará 50 hombres sabios también al Congreso.
El objetivo del Congreso será *Reformar* la sociedad. Debemos eliminar lo que está podrido en nosotros para sanarnos. Veamos lo que está podrido. Todo hombre que no trabaja está podrido; se lo debe hacer trabajar para que se cure. No sólo está la sociedad podrida, sino que la tierra, la propiedad y el capital están pudriéndose. No es sólo una cosa, sino que todo lo humano y natural está podrido en esta actual situación y nosotros debemos cambiarla."

° Holiday equivale a vacaciones, y es el significado que se le daba al cese de tareas.

(Tomado de Cole y Filson, *British Working class mouvements. Selected documents. 1789-1895.* Mc Millan, Londres, 1967.)

Una visión de la huelga general de 1842

Richard Pilling, obrero cartista, da su opinión sobre la huelga general de 1842, en el proceso que se le sigue por instigación:

"Los trabajadores de Ashton y de los alrededores [ante una nueva reducción de salarios] se indignaron tanto que no sólo se reunieron los que eran cartistas, sino los de todas las opiniones; un local en el que cabrían mil individuos fue llenado hasta la sofocación y no hubo más que una sola voz en la asamblea para declarar que no servía de nada tratar de levantar una suscripción para los otros sino que era preciso hacer huelga; y la huelga estalló en un minuto de un extremo a otro de la sala; whigs, torys, cartistas, radicales vergonzantes y todos los demás. En una reunión en que hubo 15.000 personas y la población total es solamente de 25.000. [...] Cualquiera que haya sido para otros la causa de la huelga, para mí fue una cuestión de salarios. Y digo que si el señor O'Connor hizo de ella una cuestión del cartismo, hizo maravillas para extenderla a través de Inglaterra, Irlanda y Escocia. Pero, para mí esa huelga fue siempre una cuestión de salarios y de la reforma de las 10 horas [de trabajo]. Combatí largo tiempo para mantener los salarios y obraré así hasta el fin de mis días; e inclusive encerrado en los muros de un calabozo, sabiendo que, como individuo, cumplí con mi deber; sabiendo que fui uno de los principales obstáculos opuestos a la última reducción de salarios; sabiendo que, gracias a esa huelga, millares y decenas de millares de hombres comieron el pan que no habrían comido si la huelga no hubiese tenido lugar; quedaré satisfecho, cualquiera sea el resultado. Después de estas observaciones, voy a dejaros cumplir con vuestro deber. No dudo de que me dejaréis, con vuestro veredicto, volver con mi mujer, con mis hijos y mi trabajo."

"Iguales derechos, iguales goces, igual trabajo, igual respeto, igual parte de la producción: ¡éste es el objetivo de nuestro día sagrado, de nuestro festival!"
William Benbow, 1832

La mecanización y las nuevas formas de trabajo vistas por un obrero francés en 1841

[...] ahora, con la división del trabajo, los nuevos procedimientos y las máquinas, la mayoría de los oficios tienden a volverse puramente mecánicos y los obreros de todas las profesiones serán relegados pronto a la clase de trabajadores no especializados [...]. Muy pronto no habrá necesidad de trabajadores más que para hacer girar las manivelas, llevar cargas y hacer diligencias; es verdad que tendrán instrucción primaria, es decir, su inteligencia será bastante desarrollada para comprender que la sociedad los rechaza como parias. Por la simplificación de los medios de fabricación, el hombre no tiene ya necesidad de su fuerza física ni de su aptitud y no es más necesario que un niño.

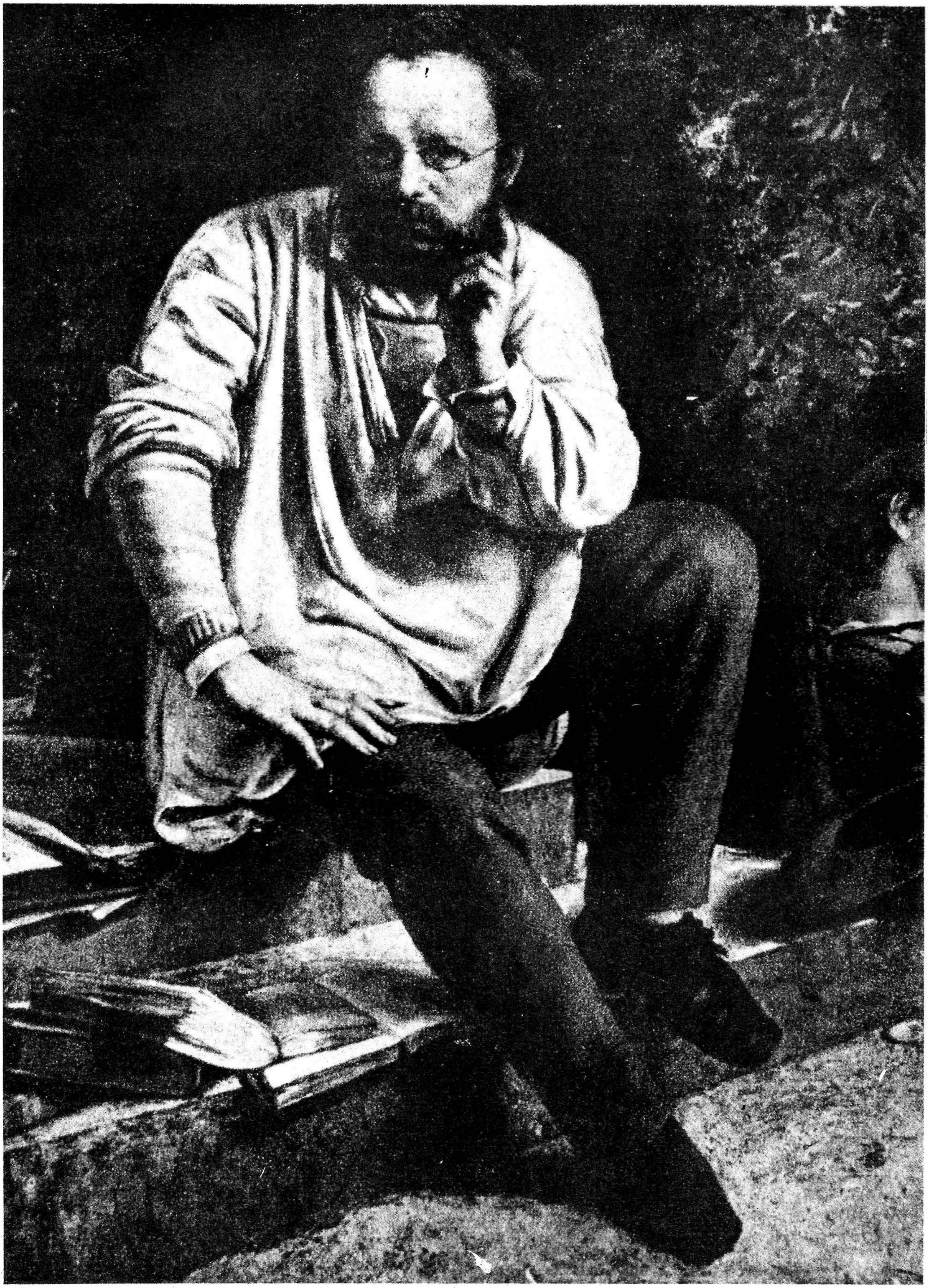
(Escrito del tipógrafo Adolphe Boyer, 1841, citado por Dolléans, tomo I, p. 10.)

Respuesta del dirigente obrero francés Tolain, ante la proposición del gobierno francés que sugiere a los obreros, en 1861, el envío de una delegación a la exposición a realizarse en la ciudad de Londres

Yo creo como Ud. que los obreros de París son inteligentes y por mi parte, le agradezco la opinión que tiene de ellos. Pero ¿cómo conciliar esta inteligencia con esa inercia? ¿Por qué no se ayudan ellos mismos? Es un reproche que se les hace a menudo y al cual no es fácil responder sin acusar. Cuando la iniciativa viene de lo alto, de la autoridad superior o de los patrones, no inspira a los obreros más que una mediana confianza. Se sienten o se creen dirigidos, conducidos, absorbidos, y las mejores tentativas raramente son coronadas por el éxito. Es un hecho que compruebo, sin querer discutir aquí si los obreros tienen razón o no. Cuando la iniciativa viene de abajo es cosa muy distinta: encuentra imposibilidades materiales contra las cuales se estrella. Que se forme un comité exclusivamente compuesto de obreros al margen del patrocinio de la autoridad o de los fabricantes, que trate de formar un centro, de agrupar a su alrededor adherentes, de reunir suscripciones; por inofensivo que sea su objetivo, esté seguro de que no se le permitirá alcanzarlo. Así, hace falta una fuerte dosis de resolución para ponerse al frente cuando, además, siempre, con razón o sin ella, los promotores se sienten puestos en el index: porque el obrero que se ocupa de cuestiones políticas, en el país del sufragio universal, es considerado un hombre peligroso; es peor si se ocupa de cuestiones sociales [...]. Pero ¿por qué, dirá Ud., rehusa los consejos de aquellos cuyas luces y cuya balsa les serán de tanto provecho? Porque no nos sentiremos libres, ni en nuestro objetivo ni en nuestra elección ni en nuestro dinero, y las más hermosas afirmaciones no valdrán nada contra una opinión que quizás está subrayadamente justificada. No hay más que un solo medio, es el de decirnos: "*Sois libres, organizaos; tratad vuestros asuntos vosotros mismos,* no os pondremos trabas. Nuestra ayuda, si tenéis necesidad de ella, si la juzgáis necesaria, será completamente desinteresada, y en tanto que quedéis en los límites de la cuestión no intervendremos".

("Carta" publicada por Tolain, como respuesta al diario *L'Opinion Nationale* que publicó la proposición hecha por el Gobierno Francés el 2 de octubre de 1861.)

El siglo XIX contempla el advenimiento de nuevas condiciones laborales. Pierre Proudhon —a quien se ve en el grabado— dirá de este período: "La economía de la sociedad se transforma totalmente. Los obreros pierden en el taller y en la fábrica todo contacto con el patrón. La burguesía se diferencia cada vez más de los obreros y vive ahora en barrios distintos".



La amistad internacional

Hemos comprobado con felicidad que nuestros colegas ingleses no son, con respecto a nosotros, lo que se esfuerzan algunas veces por hacernos creer. En Inglaterra no hemos encontrado más que atenciones, amistad, fraternidad. He aquí lo que hemos encontrado en el corazón del obrero inglés. Estamos más convencidos que nunca de que el espíritu de animosidad entre los pueblos es un prejuicio desastroso que engendraron solamente las antiguas monarquías. Nuestra permanencia en Londres es una negación formal del principio funesto de nacionalidad y, si el porvenir quiere que las exposiciones universales se propaguen, así como las delegaciones, es seguro que se irá de sorpresa en sorpresa. Propaguemos nuestras ideas, hagamos voto por la continuación de las delegaciones, tanto en interés de la industria como para la *fraternidad de las clases obreras.*

Informe de los joyeros franceses luego de un viaje a Londres en 1862 con motivo de la Exposición Universal de ese año.)

La ley Le Chapelier, sancionada en Francia en 1791, prohibía las asociaciones obreras así como las patronales, pero establecía distintas penas según fueran trabajadores o patrones los infractores.



—maniobras muy frecuentes entre los industriales— y los derechos políticos populares. Estas movilizaciones se produjeron entre 1834 y 1848.
Se formaron así agrupamientos de agitación política tales como la Asociación de Trabajadores. Esta, fundada en 1836 reunía a artesanos de Londres que habían participado en los anteriores movimientos encabezados por William Lovett y Henry Hetherington. Sus metas eran: derecho al sufragio universal y secreto, idéntica división de los distritos electorales, dietas para los diputados, etc. Es decir, un programa de reformas democráticas.
Junto a esta asociación se formó la Asociación Democrática, encabezada por Feargus O'Connor y Bronterre O'Brien. Su programa comprendía: la promulgación de la jornada de ocho horas, la prohibición del trabajo a los menores, la anulación de las leyes de pobres y la legalización de los sindicatos. Estos grupos, que constituyeron la dirección de la Carta del Pueblo, no se diferenciaban sólo por sus programas sino también por el sector de la producción que representaban, así como por su zona geográfica y su ubicación social. Mientras el primero expresaba a los trabajadores que mantenían sus oficios de tipo artesanal y que vivían en Londres y en otras viejas ciudades del sur, los segundos tenían su base de apoyo en los distritos del norte, en las ciudades pobladas recientemente por el avance industrial y por los obreros fabriles.
Es en esta época cuando la idea de la huelga general de todos los oficios, planteada por primera vez por el cantinero Benbow, quien la imaginaba como un feriado prolongado durante un mes. Pero la polémica entre los dos grupos dirigentes, el de Lovett —partidario de la "fuerza moral"— y el de O'Connor y O'Brien —que preconizaba la "fuerza física"— paralizó las acciones decisivas. El primer grupo apuntaba a una agitación conjunta y a la coalición con los grupos liberales de la burguesía industrial, mientras que el segundo veía en las huelgas y el enfrentamiento directo el método fundamental de lucha.
En el mes de abril de 1842 el parlamento rechazó un petitorio organizado por el cartismo, que contaba con más de tres millones de firmas, referido a salarios, horarios, salubridad y alimentación de la clase obrera. En el se afirmaba: "en todo cuerpo constituyente del Imperio, el capital y la propiedad acumulada habrán de ser colocados en absoluto a los pies del trabajo".
El 5 de agosto de 1842 los obreros de Ashton abandonan sus talleres y, en forma espontánea, comienza a hacerse realidad la la huelga general planteada por Benbow. En pocos días la huelga comprende a 50.000 obreros, los huelguistas se desplazan de una zona a otra formando piquete y difundiéndola. Mientras la huelga se extiende, se celebra en Manchester una conferencia de delegados de "las diferentes profesiones elegidos por sus oficios respectivos". La conferencia señala en una de sus resoluciones:
"... hasta que la delegación de clase no sea abolida enteramente y hasta que los principios de la unión de los trabajadores no sean instaurados, el trabajador no se hallará en condiciones de beneficiarse con el fruto de su trabajo". La relación entre las reivindicaciones salariales y la Carta del Pueblo era innegable para la mayoría de los delegados de los oficios y así lo manifestaban en sus declaraciones. Pero, para muchos obreros, la huelga sólo tenía un contenido sindical. Si bien el movimiento huelguístico fracasó, abrió una tendencia de agitación permanente que permitió a la clase obrera inglesa llevar a cabo una importante serie de conquistas.
En 1846 se derogan las leyes de granos, reivindicación burguesa que permitió la baja del precio de los alimentos, y en 1847 se sancionó la ley que rebajaba la jornada laboral a diez horas. Esta ley fue el resultado de la última ola de actividad cartista de masas, que se extinguió poco



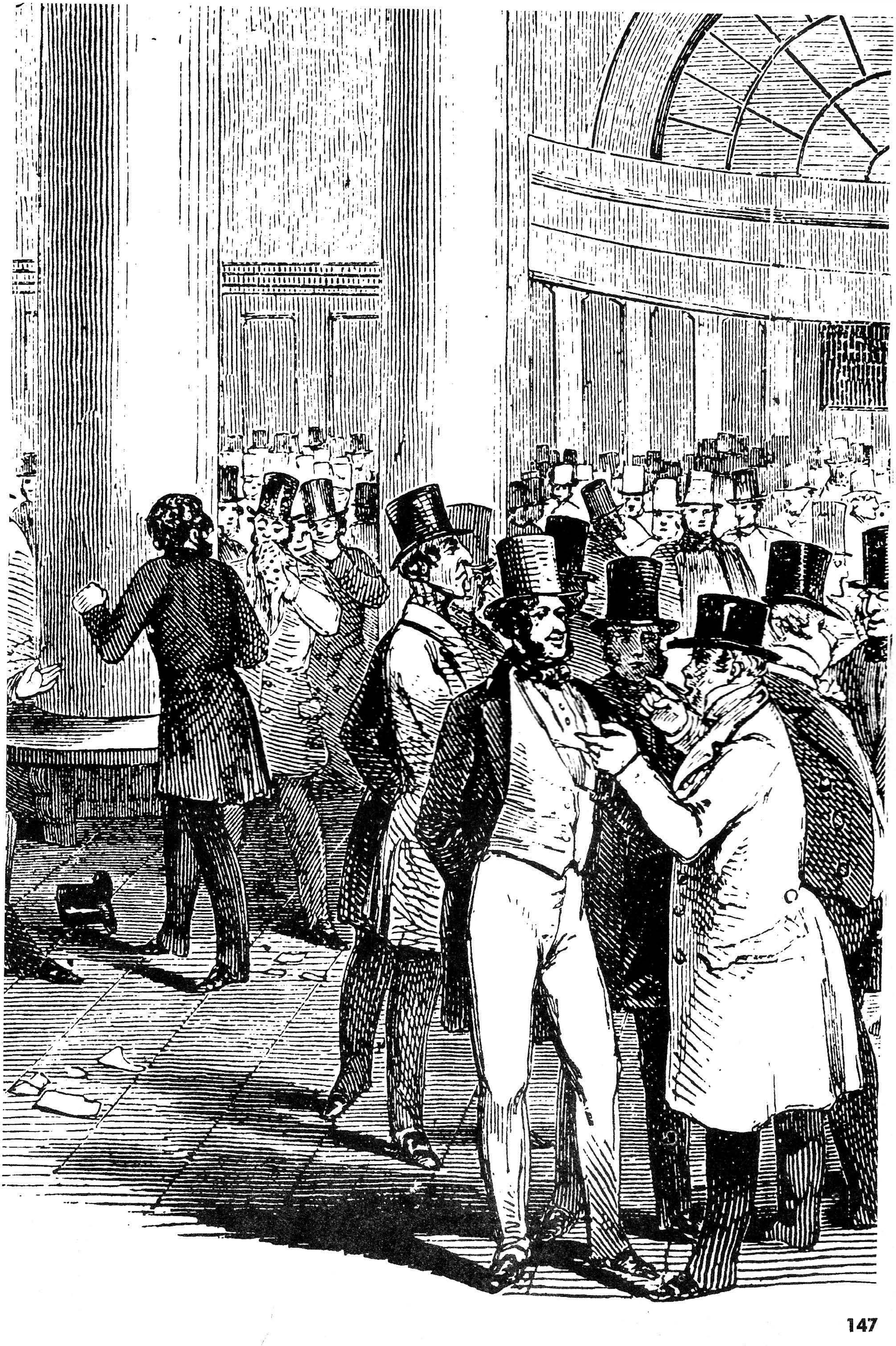
Condiciones de existencia del proletariado alemán en 1848

El proletariado tiene conciencia de su situación. Esta es la causa de su diferencia fundamental con el pobre, que acepta su suerte como una orden divina y no pide nada más que limosnas y una vida ociosa. El proletariado se da cuenta claramente de que estaba en una situación intolerable e injusta; pensaba en ello y sentía el deseo de tener propiedad; deseaba tomar parte de las alegrías de la existencia; rehusaba creer que había de pasar la vida en la miseria, justamente porque había nacido en ella; además tenía conciencia de su fuerza, como hemos apuntado arriba; veía cómo el mundo temblaba ante él y esta idea le animaba; llegó hasta desafiar la ley y la justicia. Hasta entonces la propiedad había sido un derecho: él la calificó de latrocinio.
Nosotros tenemos un proletariado, pero no tan bien desarrollado. Si uno fuera a preguntar a nuestros artesanos, que han sido arruinados por la competencia y muchas otras causas; a nuestros tejedores parados, a nuestros tejedores de seda, que viven en nuestras casamatas y casas de familia; si uno se atreviera a penetrar en esas chozas y cuevas, si se hablara a las gentes y se conociera su situación, uno se daría cuenta con sorpresa de que tenemos un proletariado. No obstante, no se atreven a proclamar sus demandas. Porque el alemán es generalmente tímido y le gusta ocultar su desgracia. ¡Pero la miseria crece y podemos estar seguros, sin duda alguna, de que la voz de la pobreza será un día terriblemente alta!

("Anónimo de Magdeburgo" de 1844, citado por J. Kuczynski, p. 81.)

El gobierno de Napoleón III —a quien se ha caricaturizado a la izquierda— coincidió con un acelerado crecimiento económico que modificó las condiciones de trabajo y aumentó la concentración fabril. El imperio se convierte en "el reino de los negocios" y el verdadero poder reside ahora en la Bolsa.





Legislación del trabajo en Europa antes de 1870

Año	*Principales disposiciones de las leyes*
	En Francia
1813	Prohíbe el trabajo de niños menores de 10 años en las minas. Incumplida.
1841	Prohíbe el trabajo de niños menores de 8 años en fábricas que empleen más de 20 trabajadores; jornada de 8 a 12 horas para los jóvenes de hasta 16 años; prohíbe el trabajo nocturno de niños menores de 13. Incumplida.
1848	Jornada de 10 horas para niños menores de 14 años. Incumplida.
	En Prusia
1839	Prohíbe el trabajo de niños menores de 9 años en fábricas y minas; jornada de 10 horas, sin trabajo nocturno ni los domingos para jóvenes menores de 16 años. No establece la inspección gubernativa del trabajo.
1853	Prohíbe por lo general el trabajo de niños menores de 12 años en las fábricas; nuevas limitaciones de la jornada para los jóvenes. Inicia la inspección del trabajo.
1869	La Confederación Alemana del Norte adopta la legislación social de Prusia.
	En Austria
1854	Reglamentación del trabajo de niños y mujeres en las minas. Incumplida.
1859	Prohíbe el trabajo en las fábricas de niños menores de 10 años; jornada de 10 a 12 horas para los jóvenes. Incumplida.

Legislación del trabajo en Inglaterra, 1802-1870

Año	*Principales disposiciones de las leyes*
1802	Limita el trabajo de los aprendices indigentes a 12 horas diarias, sin trabajo nocturno. No fue cumplida.
1819	Prohíbe emplear niños menores de 9 años en las manufacturas de algodón; jornada de 12 horas para los niños de 9 a 16 años. No fue cumplida.
1833	Prohíbe el trabajo de niños menores de 9 años en la mayor parte de las industrias textiles; semana de 48 a 69 horas para los jóvenes menores de 18 años, sin trabajo nocturno; primera inspección gubernativa de las fábricas, con 4 inspectores autorizados; penas por incumplimiento de la ley: 1 a 20 libras de multa.
1842	Prohíbe el trabajo en las minas de niños menores de 10 años; semana de 36 horas para niños de 10 a 13 años; excluye de las minas a las mujeres. Es la primera ley que trata del trabajo de las mujeres adultas.
1847	Jornada de 10 horas para jóvenes y mujeres, ampliadas después a 10 ½.
1862	Preferencia al pago de los salarios, dando prioridad a éstos en caso de quiebra.
1867	Se amplía la legislación del trabajo a la mayor parte de las industrias.

(Tomado de Friedlander y Aser, *Historia económica de Europa moderna*. Fondo C. Económica, México, 1967, pp. 198-199.)

después de las manifestaciones de abril del 1848, y de la malograda revolución de ese año en el continente.

Karl Marx caracterizó este triunfo como "el producto de una larga guerra civil más o menos abierta entre la clase capitalista y la clase obrera" y consideró a esa ley como la primera gran victoria de los obreros sobre la burguesía. "Los obreros —decía— han forzado una ley estatal que les impide venderse a sí mismos y a sus familiares a la muerte y a la esclavitud mediante un contrato voluntario."

Los sindicatos en Francia

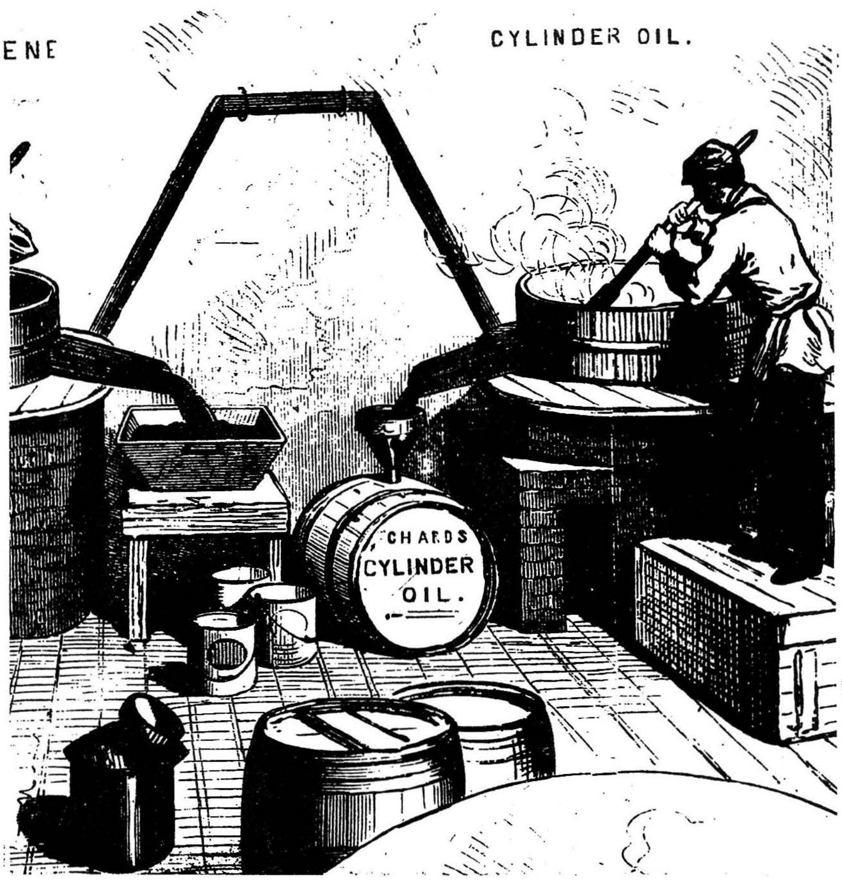
La ley Le Chapelier no eliminó la organización obrera en Francia. Esta siguió realizándose en mutuales que muchas veces actuaban como cobertura de una lucha reivindicatoria más avanzada. Tal es el caso de las mutualidades lyonesas, que participaron activamente en la dirección de la insurrección de Lyon en 1834.

Pero, justamente a raíz de este levantamiento y de la violenta represión que lo siguió, las organizaciones obreras se vieron obligadas a replegarse por varios años. Los obreros más activos se refugiaron en sociedades secretas. de escaso número, como la famosa Sociedad de las Familias que encabezaba el dirigente revolucionario Blanqui, o se unieron a los grupos republicanos.

En 1840, y a raíz de la grave crisis económica, comenzó una ola de agitación huelguística de caracter reivindicativo que tuvo como objetivo el aumento de salarios y la eliminación de la "libreta de trabajo". Esta última, sin la cual no se podía obtener trabajo, servía a los patrones para controlar la conducta de un operario a través de las anotaciones que había hecho en ella el patrón anterior. Tres mil obreros sastres interrumpieron sus tareas y lograron el apoyo de las



El perfeccionamiento producirá, en la era victoriana, un alto nivel de desocupados, que migrarán constantemente en busca de nuevos empleos. El cuadro presentado en primer término —se trata de "La emigración", de Ford Maddox Brown— y la imagen del trabajo en una destilería ilustran dos aspectos de la vida del obrero inglés.



Emblema de la "Amalgamated Society of Engineers". La experiencia favorable que quedó como saldo de las luchas cartistas influyó en la posterior afiliación de los trabajadores.

provincias y de los tipógrafos de París. Las huelgas se siguieron produciendo durante todo el año y abarcaron a los obreros en papeles pintados, los zapateros, los constructores de carruajes, los ebanistas, los obreros fabricantes de clavos, los picapedreros y muchos otros oficios.

Las reivindicaciones que levantan los diversos gremios configuran un primer programa obrero que aun mucho después tomará parte de las luchas sindicales. Además de los puntos ya señalados, otros puntos importantes eran: la eliminación de los subcontratistas —que con su actividad deprimían artificialmente los salarios—, la reducción de las jornadas a doce horas, con diez horas de trabajo real, y el pago doble de las horas extraordinarias. El movimiento huelguístico fue severamente reprimido bajo la acusación gubernamental de formar parte de un complot republicano y muchos de sus integrantes fueron encarcelados. Durante esta época se acentúa una antigua división en el grupo de los "compañeros del deber" –miembros del *compagnonnage*– a raíz del mal trato dado por los oficiales a los aspirantes, a quienes se les pagaba bastante menos y se los obligaba no solo a cotizar sin derecho a revisar el empleo de los fondos sino también a toda clase de ritos y vejaciones para acceder al oficio. Comienza así a decaer la organización tradicional de los artesanos frente a "ese nuevo *compagnonnage* sin ritos ni misterios que vive a la luz del día y es accesible a todas las profesiones" y que "pone a todos los trabajadores en un pie de igualdad".

A pesar de estos cambios, el movimiento, en el que participaron figuras como las de Flora Tristán y George Sand, se mantuvo dentro de un esquema programático que no fue mucho más allá de los socorros mutuos y la enseñanza del oficio. Con todo el movimiento huelguístico avanzó en sus planteos con respecto a las viejas corporaciones.

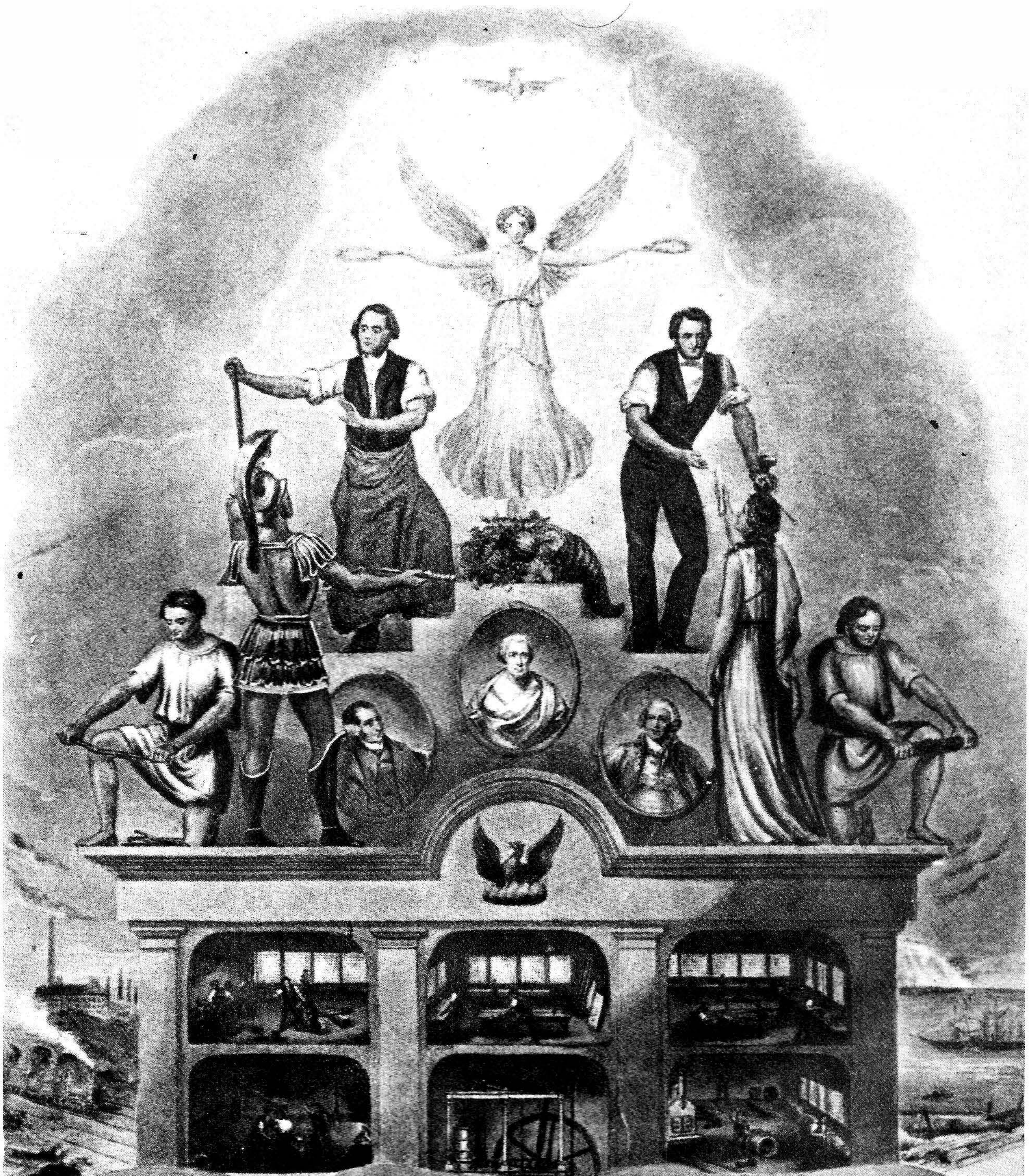
Entre los años 1840 y 1848 se llevan a cabo importantes trabajos de organización sindical. Las sociedades obreras que habían actuado en las huelgas crecen al mismo tiempo que se crean nuevas organizaciones. Será la masiva participación obrera en los sucesos del 1848 el hecho que garantizará la obtención de la legislación protectora del trabajo a diez horas en París y a once horas en provincias y determina la aplicación de penas de prisión a los patrones que reincidan en su incumplimiento; pero no se avanza en lo que respecta al trabajo de mujeres y niños. También se logran reglamentos de trabajo en algunos oficios.

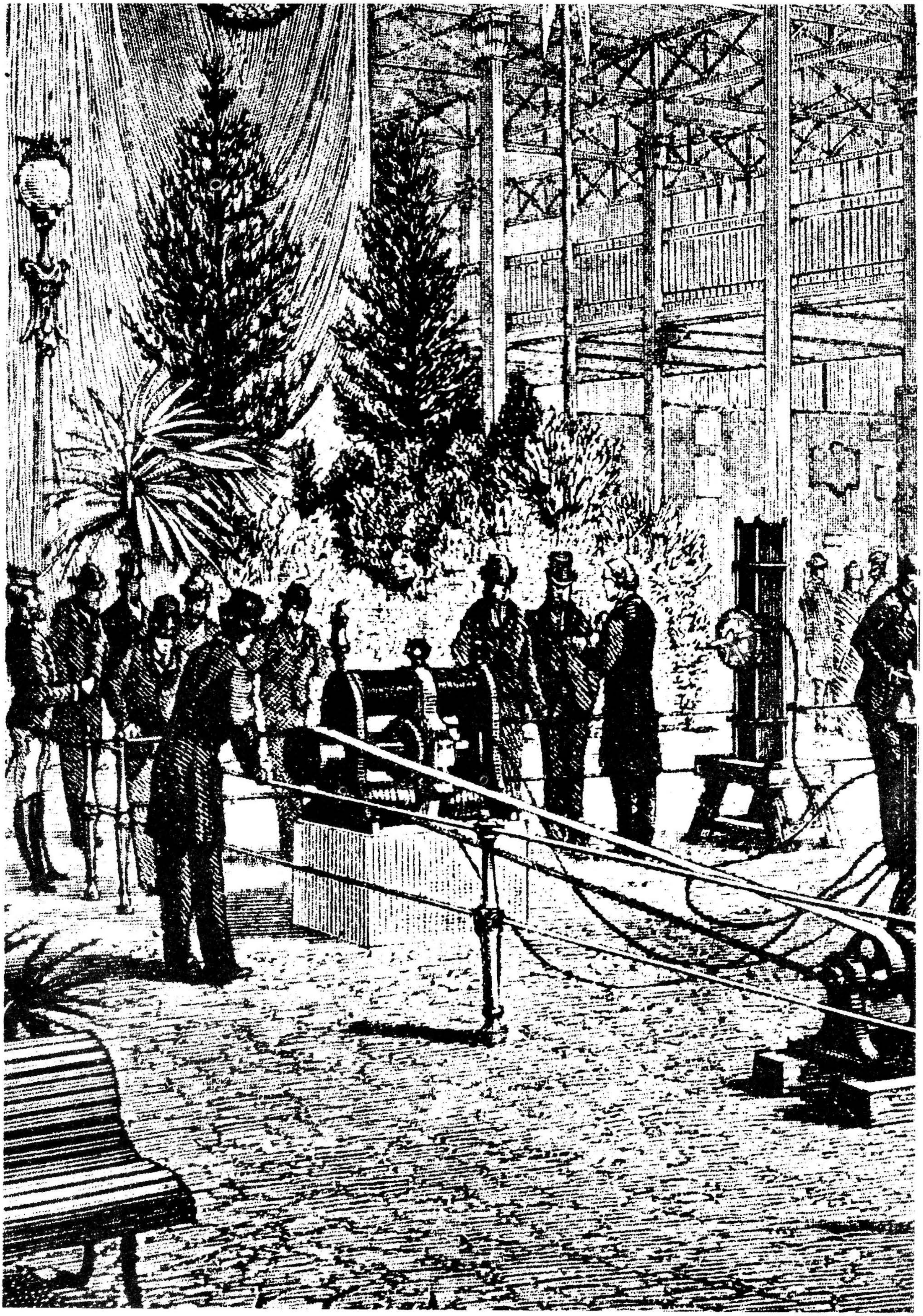
En febrero de 1848 se deroga la legislación que prohíbe las asociaciones de obreros e industriales y aparece un gran número de nuevas asociaciones. Los carpinteros de París forman una Asociación Fraternal y Democrática con la intención, por un lado, de "sostener al gobierno republicano, popular y demócrático" y, por el otro, de ayudar a las familias de los trabajadores y "eliminar el sistema de subcontratos". La heterogeneidad de los objetivos será la característica de las nuevas uniones .

Los obreros albañiles y picapedreros crean una Asociación Fraternal que comienza a romper el estrecho marco de los distintos oficios "para unificar sus intereses y marchar así hacia el objetivo de la humanidad, la fraternidad universal". La Asociación es a la vez empresa de trabajos y sociedad de socorros mutuos. Puede afirmarse que, en general, los objetivos más comunes de las muchas asociaciones de esta época eran los socorros mutuos, el pleno empleo y algunas reivindicaciones que fijó el movimiento de 1840.

Al mismo tiempo, comienzan a darse las primeras uniones de oficios diferentes, que la producción comienza a agrupar en establecimientos comunes. Así sucede con los albañiles y picapedreros y con los curtidores, descarnadores, sobadores de masa y combadores. La manufactura comienza a tener efectos en la organización obrera.

Al día siguiente de la revolución se funda la Asociación de los


BE UNITED
AND
INDUSTRIOUS
AMALGAMATED SOCIETY OF ENGINEERS, MACHINISTS, MILLWRIGHTS,
SMITHS, AND PATTERN MAKERS.
This is to Certify that was admitted a Member of the
Branch on the day of 18
In witness whereof we have subscribed our names and affixed the Society's Seal
PRESIDENT
SECRETARY



Trabajadores de los Ferrocarriles Franceses.
En agosto de 1849 se realiza una reunión con el fin de constituir una federación de asociaciones obreras: 103 asociaciones se adhieren al nuevo organismo, el primer intento de este tipo en Francia. La unión se formaliza en noviembre de ese año y comienza a funcionar, pero en mayo de 1850 ochenta agentes de la policía invaden la casa y detienen a los asistentes. Se acusa a los delegados de conspirar contra el gobierno. La situación ha cambiado y la Segunda República terminará derogando la legislación laboral y persiguiendo a las organizaciones obreras, que vuelven a dispersarse.
El Segundo Imperio continúa con la misma política: miles de agricultores y obreros serán juzgados por comisiones militares, acusados de pertenecer a sociedades secretas o a sociedades obreras. Pero luego de la derrota de la revolución, y durante los primeros años de Napoleón III, cambia el panorama para la clase obrera francesa. Se produce un rápido crecimiento económico que modifica en importante grado las condiciones de trabajo y aumenta la concentración fabril. Se comienzan a utilizar máquinas en gran escala. De 1849 a 1869 la fuerza motriz empleada por las fábricas se quintuplica; aumenta en grandes proporciones el consumo del hierro y el acero; se construyen ferrocarriles; se amplía la producción textil. El imperio se convierte en el "reino de los negocios".
En octubre de 1852 Proudhon escribe: "... en nuestros departamentos, desde hace cuatro meses, *la economía de la sociedad se transforma totalmente.* ¡He ahí el hecho!" Se forman grandes compañías fabriles, navieras, etc. "Los obreros pierden en el taller y en la fábrica todo contacto con el patrón." La burguesía se diferencia cada vez más de los obreros y vive ahora en barrios distintos.
En sus *Memorias de un obrero de París,* el economista liberal Armando Audiganne resume la situación: "Se diría una continua sucesión de cambios evidentes: las fábricas y los talleres fueron verdaderamente transformados. Así, las exigencias económicas impulsaron a la industria hacia la aglomeración de capitales inmensos y la posesión de un material extremadamente poderoso [...]. De esa constitución manufacturera y comercial, tan enérgica y tan absorbente, resultaron para el trabajo condiciones nuevas. Frente a esas unidades poderosas, a esas asociaciones colosales donde el anonimato debe aumentar sin cesar, ¿qué es el obrero, aisladamente considerado? Un grano de arena". Al mismo tiempo, persiste la derogación de las leyes de protección al trabajo y se impone un control estricto a las asociaciones obreras. El régimen, que en esos aspectos muestra una mano severa, buscará apoyo popular con otros métodos: hará donaciones a las sociedades de socorros mutuos, dedicará fondos a la reparación de viviendas obreras y apoyará la beneficencia.
Pero, nuevamente, las sociedades de socorros mutuos ampararán la existencia de verdaderos sindicatos de resistencia: de 1852 a 1858 los expedientes de procesos señalan 584 huelgas, la mayoría de ellas organizadas con ese sistema.
En estas huelgas se afirman cada vez más los objetivos que caracterizarán al sindicalismo posterior: aumentos de salarios, reducción de horas de trabajo, protesta por las malas condiciones higiénicas y defensa de despedidos.
Las modificaciones en la estructura industrial inauguraron un período de inseguridad, desempleo y bajo nivel de vida. Pero, al mismo tiempo, el programa de reivindicaciones obreras adquiere un nuevo contenido.
Carente del apoyo de un sector burgués, el emperador buscará nuevas formas para lograr el apoyo de una clase obrera cuya actitud había sido hasta entonces indiferente y hostil. Nombra a su primo presidente de la sección francesa de la Exposición Industrial de Londres y la pren-

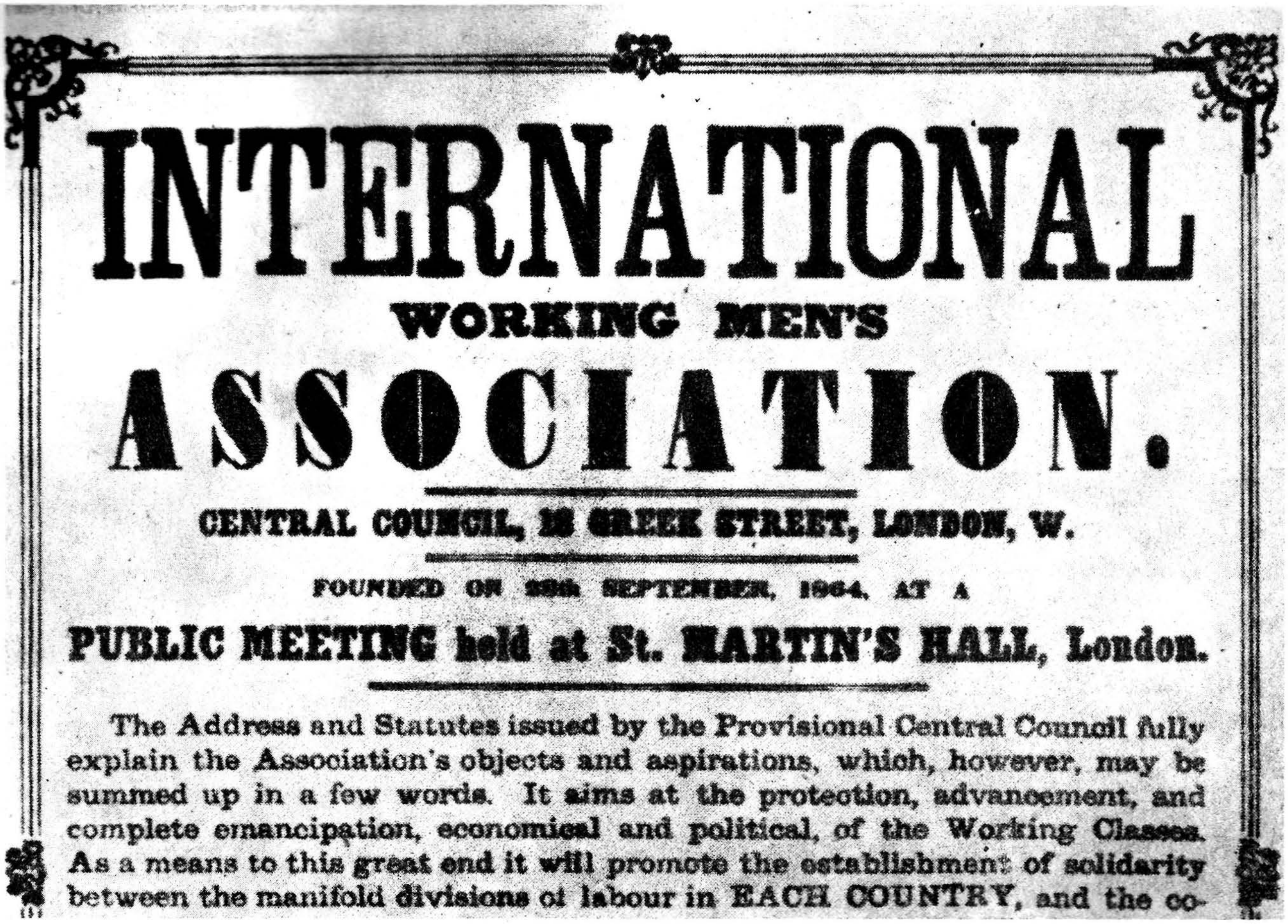
Un aspecto de la Exposición Universal celebrada en Londres en 1862, exposición que contó con la concurrencia y el apoyo de las sociedades mutuales francesas.

Arriba: un cartel convoca a los obreros a concurrir a un mitin organizado por la Asociación Internacional de Trabajadores. Abajo: un aspecto de una huelga en Toulouse.

sa oficial sugiere a los obreros que participen en ella, con el argumento de "conservar sobre los obreros de otras naciones esa superioridad que hasta hoy aseguró nuestra supremacía en todos los mercados".
Se llegó entonces a un acuerdo y los presidentes de las sociedades de socorros constituyeron una comisión obrera, la que eligió doscientos delegados por los distintos oficios en febrero de 1862 para concurrir a la Exposición.

Una nueva situación

El viaje a Londres permitió a los obreros franceses comparar su situación con la de sus compañeros ingleses.
Durante la década del 40 las *Trade-Unions* habían sufrido importantes modificaciones. La finalización de las luchas cartistas, unida a una mejora de la situación económica general y a un nuevo avance del desarrollo capitalista, produjo un aumento considerable del número de afiliados a las Uniones y la estabilización de éstas.
La Unión Consolidada de los Mecánicos, que se constituye en 1850 y se compone especialmente de obreros calificados, tiene en 1861 más de 20.000 miembros y un activo de 73.000 libras. Los albañiles, fundidores de hierro y los fabricantes de máquinas de vapor constituyen sindicatos de un nivel tal que les permite tener secretarios rentados para la contabilidad y la correspondencia. Su alcance es nacional y su organización centralizada.
Las nuevas Uniones tienden a reunir exclusivamente a obreros calificados, y dejan de lado la idea, ya tradicional, de la solidaridad obrera. Pero este principio no será adoptado por todas: las dos tendencias antagónicas se mantendrán durante un largo período.
Se forma también un Consejo Nacional de Sindicatos de Londres, que comienza a funcionar desde 1860.
Tal unificación es la consecuencia directa de uno de los conflictos obreros más importantes de esos años: la huelga de los obreros de la construcción que tuvo lugar en el año 1859, fue motivada por la negativa patronal ante un pedido de reducción de la jornada a nueve horas de trabajo y de descanso el sábado por la tarde. A esta medida los patrones responden con un *lock-out* y 43.000 obreros quedan sin trabajo. Sólo se emplea a aquellos que se desafilian. La huelga dura nueve meses, gracias a la solidaridad de todos los otros sindicatos y culmina con el triunfo de los trabajadores. Al mismo tiempo las condiciones se tornan favorables: se realizan una serie de fusiones entre las Uniones menores y se produce la formación del ya mencionado Consejo.
Los delegados franceses pudieron comprobar que el trabajo del obrero inglés era mejor retribuido y que su jornada de trabajo era más corta. Los ebanistas de París decían en su informe al regreso: "El salario se fija por un reglamento de la sociedad corporativa en un mínimo de 32 chelines, que equivale a 40 francos, de suerte que el obrero inglés gana el doble que el obrero francés". Y observaban, junto con esto, que sus gastos eran prácticamente iguales. Las Uniones inglesas habían intentado también obtener protección para la vejez de sus afiliados y establecer seguros por enfermedad y desocupación.
En cuanto a la libertad sindical lograda, nada mejor que escuchar a los tipógrafos franceses: "... discuten [los obreros ingleses] con plena libertad, no solamente su salario, sino también las condiciones de toda naturaleza que se refieren a su trabajo [y si algo lesiona sus intereses] se reúnen en el taller, discuten el caso en calma y sin coacción toman una decisión que es comunicada al jefe del establecimiento [quien] mientras delibe-



INTERNATIONAL
WORKING MEN'S
ASSOCIATION.

CENTRAL COUNCIL, 18 GREEK STREET, LONDON, W.

FOUNDED ON 28th SEPTEMBER, 1864, AT A

PUBLIC MEETING held at St. MARTIN'S HALL, London.

The Address and Statutes issued by the Provisional Central Council fully explain the Association's objects and aspirations, which, however, may be summed up in a few words. It aims at the protection, advancement, and complete emancipation, economical and political, of the Working Classes. As a means to this great end it will promote the establishment of solidarity between the manifold divisions of labour in EACH COUNTRY, and the co-





ran los obreros se abstiene cuidadosamente de entrar a su propio taller".

La reunión de los obreros ingleses y franceses tuvo dos consecuencias importantes. Para los franceses la experiencia sirvió como punto de referencia para tomar conciencia de sus propias limitaciones y, al mismo tiempo, de modelo programático para sus reivindicaciones futuras. Para el resto de los obreros europeos sirvió de base para la construcción de la primera herramienta fraternal que habría de actuar por sobre los límites nacionales: la Primera Internacional de Trabajadores, que comienza a funcionar en 1864.

Los primeros sindicatos en Alemania

En comparación con Inglaterra y Francia, puede decirse que en las primeras décadas del siglo en Alemania se produjeron estallidos caóticos y que el grado de organización obrera era muy inferior. Persistía el tipo de organización artesanal a raíz de que la producción se ajustaba, fundamentalmente, a las pautas del artesanado.

Entre los años 1800 y 1810 el porcentaje de población que vive de la agricultura constituye un 80 % del total. La máquina de vapor y la libertad de oficios comenzarán a afirmarse en la década de 1830 y en 1834 la burguesía recién logrará unificar el mercado interno mediante la creación de la Unión Aduanera Alemana, lo cual permitió el tránsito de productos de una zona a otra en un país todavía dividido por el esquema feudal. En 1848 hay aún en Prusia alrededor de un 60 % de ocupados en las artesanías frente a un 40 % de trabajadores fabriles. El porcentaje de asalariados asciende, con respecto a la población total, a un 10 %.

Las organizaciones obreras de las primeras décadas no pasan de ser simples mutuales, débiles en número, de escaso alcance y muy vinculadas con los grupos religiosos.

Entre los años 1830 y 1840 se produjeron cambios. Aparecieron sociedades secretas, similares a las francesas, la más importante de las cuales fue la Liga de los Justos, fundada por artesanos emigrantes que entraron en contacto con obreros y artesanos franceses. En estas sociedades se discutían las propuestas para resolver la cuestión social realizadas por ideólogos franceses como Louis Blanc y Saint Simon o ingleses como Robert Owen. De la Liga de los Justos surgió, poco antes de 1848, la Liga de los Comunistas, para la cual Marx y Engels escribieron el *Manifiesto Comunista.*

El régimen dominante buscó frenar la generalización de estas ideas prohibiendo, en 1835, las emigraciones de operarios al extranjero, pero no logró el éxito esperado. Aparecieron también, en esta época, las primeras sociedades culturales de obreros y artesanos, los cuales actuaron, sin embargo, bajo la influencia de la burguesía.

El autoritarismo alemán consideró peligrosa esta situación y aplicó la Ordenanza General del Trabajo, mediante lo cual se prohibió la formación de asociaciones obreras, así como los acuerdos entre operarios para "interrumpir o impedir el trabajo con el propósito de inducir a los patronos e incluso a la autoridad a hacer concesiones".

Los acontecimientos revolucionarios de 1848 y 1849, que se extienden también a Alemania, permiten la formación de organismos obreros de más vasto alcance.

En abril de 1848 se organiza en Berlín un grupo en torno a Stefan Born, que funda una sociedad destinada a la discusión de los asuntos obreros. Sus objetivos son: salario mínimo, jornada de trabajo máxima, unión de los obreros para el mantenimiento de salarios fijos, abolición de impuestos indirectos al consumo, implantación de impuestos progresivos sobre la renta, en-

El movimiento obrero alemán tuvo en Ferdinand Lassalle uno de sus más importantes adalides. Lassalle creó la Asociación General de Trabajadores de Alemania —ADAV—, que tendría gran influencia en el futuro de la organización sindical alemana.

Del seno de la ADAV salió la fracción socialista —encabezada por Wilhelm Liebknecht, a quien se ve en el grabado—, que formará la sección alemana de la Internacional.

señanza gratuita a la juventud, bibliotecas populares, abolición de la restricción a los viajes y libertad de movimientos.

Este mismo grupo convoca a un congreso que crea la Hermandad Obrera, primera organización laboral independiente de Alemania, que reúne a treinta y una sociedades obreras y tres comités, la mayoría de Sajonia y Prusia. Sin embargo, su programa definitivo es menos avanzado que el del grupo organizador: ideas mutualistas y cooperativistas y algunas reivindicaciones sindicales, tales como la defensa de la jornada laboral de diez horas.

La Hermandad Obrera desarrolló posteriormente una intensa actividad: llegó a integrarse con ciento setenta sociedades locales y organizaciones de distrito y editó su propio órgano de prensa, *La Hermandad.*

Después del congreso de obreros se constituyó como organización sindical nacional la Asociación de Obreros del Cigarro, entidad precursora en ese aspecto.

Luego del fracaso de la revolución se frenó el avance de las Uniones y la represión estatal aumentó hasta tal punto que una ley de junio de 1854 obligó a los gobiernos de los diferentes estados alemanes a disolver, en el plazo de dos meses, todas las sociedades obreras que tuvieran objetivos socialistas o comunistas.

Durante la década de 1850 se aceleró el proceso de descomposición del viejo régimen artesanal. Se fueron nutriendo las filas del proletariado y, hacia fines de la década, recomenzó la agitación. En ese momento volvieron a fundarse sociedades culturales guiadas por la burguesía, pero en éstas los obreros actuaron con un mayor grado de independencia. El obrero cigarrero Fritzsche afirmaba en esos años que la tarea de las sociedades debía consistir en "introducir a los obreros en la política y la vida pública y no en rellenar las lagunas de la educación escolar".

Al mismo tiempo, entre 1862 y 1863 comienzan a hacerse públicas las ideas de Ferdinand Lassalle, quien realiza una crítica activa contra el régimen. Tal actividad desembocó en la creación de la Asociación General de Trabajadores de Alemania (ADAV), que se fijó el objetivo de trabajar por caminos pacíficos, legales y "especialmente mediante la persuación pública, por la implantación del sufragio general, igual y directo".

A pesar de que el alcance organizativo de la nueva asociación es muy escaso —a la muerte de Lassalle, en 1864, llega sólo a 4.000 afiliados— y que la mayoría de los obreros permanece en las sociedades culturales burguesas, la influencia de la ADAV es de real importancia en el futuro movimiento sindical y político alemán. De su seno salió la fracción socialista encabezada por Bebel y Liebknecht, que formará la sección alemana de la Primera Internacional. Esta, en su congreso de 1868, se pronunció por la unión de los trabajadores en cooperativas gremiales centralizadas, considerando a éstas como la mejor manera de sostener la ayuda mutua. El sector de Bebel hizo también especial hincapié en la formación de sindicatos, que eran considerados "escuela del socialismo".

Desde 1861, en Sajonia, se deroga la prohibición de asociarse. Nuevamente se sindicalizan los obreros del cigarro en 1865, los tipógrafos en 1866 y los sastres y los obreros de la madera en 1868.

Sin embargo, es al sector "lassalleano" de la ADAV —que no ingresa a la Internacional— a quien corresponde el mérito de abrir camino a los primeros sindicatos centralizados de Alemania. En 1868 llama a un congreso general de obreros alemanes, que se realiza en Berlín en setiembre de ese año y que cuenta con la participación de 200 delegados de 56 ramas profesionales de 105 localidades. Se decide allí la fundación de doce sindicatos centralizados, que se deben unir en la "Federación General Alemana de Sindica-



tos". Se formaliza así el primer intento de coordinar los esfuerzos de los nacientes sindicatos alemanes.

Conclusiones

Todo lo señalado con respecto a los países europeos, donde primero se dio el capitalismo y el desarrollo industrial, permite observar evoluciones desiguales, no sólo si comparamos diferentes países entre sí, sino también diferentes regiones de un mismo país y aún diferentes ramas de la producción.

La heterogeneidad en las formas de trabajo afectó y determinó las características de las organizaciones obreras que se desarrollaron durante esta etapa y fue el factor que impidió la concreción de fraternidades estables.

Mientras que en Inglaterra los sindicatos avanzaron tal como lo hemos señalado y sobre el final de este período se comenzaba a hablar de un "nuevo tipo de sindicalismo" (organizaciones importantes, funcionarios rentados, logros fundamentales en la legislación laboral), en Francia y en Alemania los sindicatos, en el sentido que hoy tiene este término, apenas habían comenzado a aparecer y sus primeras luchas se llevaban a cabo bajo la cobertura que les brindaban las sociedades de ayuda mutua o de educación obrera.

Pero es importante hacer notar que, durante esta etapa, las *Unions* inglesas no llegaron a agrupar a todos los trabajadores. Será necesario que se desarrollen las nuevas estructuras industriales para que entren en crisis definitiva los viejos oficios y se igualen las formas y condiciones de trabajo, y para que, con ello, los sindicatos, registrando el cambio, den cabida a las masas obreras hasta ese momento no sindicalizadas.

En muchas ocasiones los dirigentes obreros intentaron superar las barreras que las condiciones económicas imponían al desarrollo de las organizaciones obreras, pero la suerte de las primeras asociaciones muestra que fueron más las derrotas que los triunfos. Esto último no debe llevar el análisis hacia una idealización, en reemplazo de un análisis científico, que exija, en el movimiento obrero de la época, la superación de obstáculos que la base material no había superado. El estudio de los momentos posteriores del proceso demuestra que la unión de los diversos grupos de trabajadores alcanzó permanencia y se organizó en torno a objetivos comunes, no a partir de las coincidencias de momento o de los grandes programas idealistas, sino a partir del análisis de las condiciones y posibilidades, objetivas y concretas, en que cada paso adelante era llevado a cabo.

Bibliografía

Dolléans, Edouard. *Historia del Movimiento Obrero.* Buenos Aires, Eudeba, 1962.

Marx, Carlos. *El Capital.* Méjico, F.C.E., 1966.

Engels, Federico. "Del socialismo utópico al socialismo científico", en *Obras escogidas de Marx y Engels.* Moscú, Progreso.

Kuczynski, J. *Evolución de la clase obrera.* Guadarrama, Madrid, 1967.

Dobb, Maurice. *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo.* Eudeba, Siglo XXI - Argentina, 1971.

Mallet, Serge. *La nueva condición obrera.* Madrid, Tecnos, 1968.

Abendroth, Wolfgang. *Historia social del movimiento obrero europeo.* Barcelona, Estela, 1970.

Benoist, Luc. *Le Compagnonnage et les métiers.* París, Presses Universitaires de France, 1966.

La organización socialdemócrata en Alemania

Martha Cavilliotti

El proceso de unificación en Alemania aceleró el desarrollo económico, permitiendo así el avance de la clase obrera. Esta, al conquistar el derecho al sufragio, pudo llevar al parlamento en 1867 los primeros diputados socialistas.

Hacia 1850 el desarrollo de la gran industria provocó en Alemania la crisis definitiva del viejo régimen artesanal e impulsó el crecimiento de la clase obrera. Con ella se intensificaron los conflictos sociales. La burguesía intentó mantener bajo su control a los artesanos descontentos y a las nuevas masas de asalariados a través de las asociaciones obreras de cultura. Uno de sus promotores, Schulze-Delizsch, procuró captar al movimento obrero con un plan de cooperativas de crédito, que en realidad sólo era un paliativo para los problemas del artesanado en decadencia. De ahí que su propuesta pequeñoburguesa no conformara al proletariado industrial de los principales distritos fabriles, que se aprestaba a emprender sus luchas de manera independiente.

En 1863, en un congreso de todo el proletariado alemán realizado en Leipzig, se fundó la Asociación General de Obreros Alemanes. Ferdinand Lassalle, elegido presidente, elaboró el programa de la Asociación. En él preconizaba la lucha de clases en el campo político a través de una propaganda activa por el sufragio universal, única arma que permitiría al proletariado alcanzar él poder político y obligar al estado a promover las cooperativas de producción, mediante las cuales se llegaría a la emancipación económica de los obreros. En función de estos objetivos Lassalle orientó su táctica hacia un entendimiento con el gobierno de Bismarck. Su inesperada muerte en 1864, las fallas organizativas y los conflictos internos no detuvieron la marcha de la Asociación, que mantuvo los lineamientos teóricos de su fundador bajo la dirección de Schweitzer, acusado por la burguesía de convertir al movimiento obrero en un instrumento de Bismarck y por los obreros socialistas de tendencia marxista de traicionar los principios del socialismo. Fueron los líderes de estos últimos, Liebknecht y Bebel, los que lograron unir a los antilassalleanos —en 1869, en el Congreso de Eisenach— y fundar el Partido Obrero Socialista Alemán, adherido a la Internacional.

El proceso de unificación alemana aceleró el desarrollo económico y favoreció así el avance de la clase obrera, que al conquistar el derecho al sufragio pudo llevar al Parlamento —en 1867— los primeros diputados socialistas.

Con el fin de neutralizar el avance socialista, la Iglesia Católica llevó a cabo diversos intentos de organización del movimiento obrero inspirados en la teoría social-cristiana del obispo von Ketteler. Esta tendencia se fortaleció a raíz de los ataques de Bismarck y restó al socialismo el apoyo de los obreros católicos, volcados decididamente hacia el partido que defendía sus derechos religiosos. Pero a pesar de esto y de las divisiones internas —hacia 1875 existían en Alemania tres partidos obreros y dos ligas de sindicatos— el socialismo siguió ganando adeptos entre las filas del proletariado. Por otra parte, las persecuciones de Bismarck, después de 1870, aceleraron su proceso de fusión, que se concretó en 1875 en el Congreso de Gotha, donde se adoptó un programa de compromiso entre las dos tendencias más poderosas: la Asociación General de Obreros Alemanes y el Partido Obrero Socialista Alemán.

A pesar de que la más importante, numéricamente, de estas dos líneas era la lassalleana, se fue imponiendo la capacidad política de los dirigentes marxistas, quienes colocaron al Partido Socialdemócrata a la vanguardia del movimiento obrero europeo. Mientras en el resto del continente las consecuencias de una prolongada depresión llevaban al proletariado a posiciones defensivas y se debilitaba la Primera Internacional, perseguida con rigor después de la insurrección de la Comuna de París, el poderoso desarrollo económico que se cumplía en Alemania alentaba a la clase obrera a radicalizar sus reivindicaciones.

Carlos Marx —en esta foto junto a su hija Jenny— intenta, desde Londres, reorganizar la Liga Comunista, disuelta tras los sucesos de 1848. No logrará cumplir su objetivo.

La liga sufre una escisión y, posteriormente, once miembros son acusados de alta traición y condenados por un tribunal en Colonia —al cual se ve en la ilustración de abajo—, pese a no existir pruebas suficientes en su contra.

Cuando, atemorizado por los éxitos electorales del socialismo, Bismarck promovió, en 1878, las leyes de excepción con el fin de reprimirlo y una legislación social paternalista, para contrarrestarlo, el Partido Socialdemócrata pudo no sólo resistir la persecución sino que incluso salió fortalecido de la prueba. Esto consolidó su prestigio en Alemania y lo convirtió en el modelo del socialismo europeo hasta el estallido de la revolución rusa, en 1917.

La resistencia del proletariado

La debilidad de la burguesía alemana y su temor al radicalismo revolucionario permitieron que la contrarrevolución, encabezada por los soberanos alentados por el ejemplo de Austria, aniquilara a las fuerzas democráticas. La clase obrera aún oscilaba entre las reivindicaciones de los trabajadores industriales, bastante escasos, y las quejas de la gran mayoría de artesanos. Los primeros, que comenzaban a organizarse en la Fraternidad Obrera, asociación mutual inspirada por Stephan Born, se reunieron en agosto de 1848 en un congreso constituyente en Berlín. Por su parte, los oficiales artesanos también celebraron en Francfort un congreso general. Ninguno de estos movimientos era revolucionario: se limitaban a proclamar reivindicaciones profesionales y, a lo sumo, democráticas. Pero Marx desde Colonia —donde editaba la *Nueva Gaceta Renana*— se empeñaba en atraer a las fuerzas populares, mientras los miembros de la Liga de los Comunistas realizaban una tarea de agitación entre los obreros. En mayo de 1849 comenzó, dirigida por la pequeña burguesía radical, apoyada por el proletariado, la resistencia popular y obrera en defensa de la Constitución liberal.

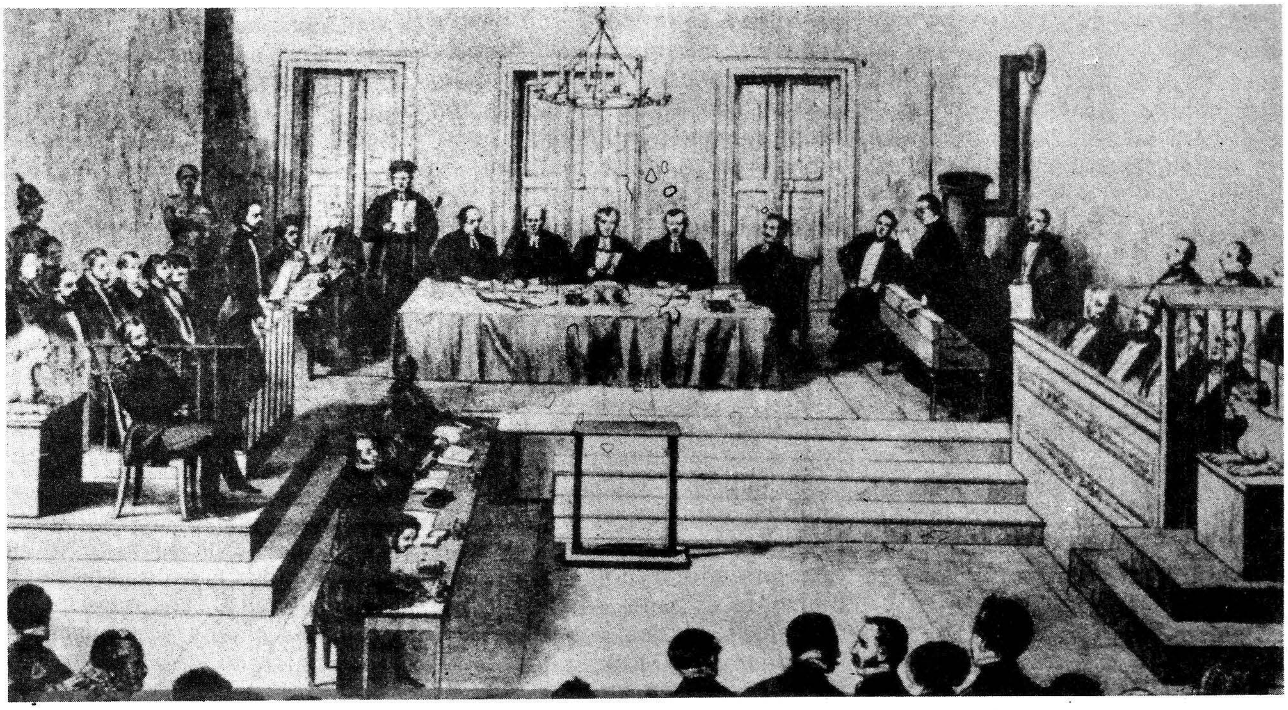
Pero las tropas prusianas, al frente de la reacción, terminaron imponiendo el orden en Renania y en Sajonia. Marx fue expulsado de Prusia y su revista clausurada, mientras en Baden-Palatinado —donde Engels había intervenido activamente— se jugaba la suerte de la revolución. Con la derrota se cerró en Alemania el ciclo revolucionario abierto en 1848.

Una vez más la propaganda democrática y socialista quedó reducida al ámbito de las organizaciones secretas. Los alemanes desterrados, que se refugiaron por millares en Suiza e Inglaterra, trabajaron con ahínco para reavivar el fervor revolucionario en su país, procurando desde el exilio que se reconstituyeran las asociaciones obreras tal como habían funcionado durante el período de agitación previo a 1848. Marx desde Londres intentó reorganizar la Liga de los Comunistas sobre la base de las asociaciones obreras alemanas que aún no habían sido disueltas por la represión. En marzo de 1850 el Comité Central de la Liga envía a éstas un mensaje todavía optimista. Pensaban que se aproximaba una nueva oleada revolucionaria en ese proceso de revolución permanente que se había iniciado en 1789 y que, para Marx y Engels, aún no había concluido.

El proceso de los comunistas en Colonia

Pero en 1850 la revolución había sido definitivamente derrotada en toda Europa. La crisis concluye con el triunfo de la burguesía, que ahora participa del poder o, por lo menos, logra imponer algunas de sus reivindicaciones fundamentales. Junto con esto se inicia una era de gran prosperidad del capitalismo, a nivel mundial, que incidirá en el movimiento obrero. En la Liga se produce una escisión entre los elementos más impacientes, encabezados por Willich y Schapper, que aún se aferran a la es-





"El Partido Obrero Alemán demanda para preparar las vías de la solución del problema social la fundación de sociedades de producción con ayuda del estado, bajo el control democrático del pueblo trabajador." Marx, "Crítica al programa de Gotha".

peranza de una insurrección ya imposible, y la vieja guardia que rodea a Marx y rechaza sus utopías. Antes de dividirse, la mayoría del grupo de Londres decide trasladar el Comité Central a Colonia. La situación es confusa y el círculo de esta ciudad envía emisarios a Londres para recabar información. Uno de ellos —Haupt— es arrestado en Hamburgo. La policía le secuestra varios documentos, ninguno de los cuales sirve para probar decisivamente actividades revolucionarias, ni siquiera conspirativas. Pero por su confesión la policía descubre al círculo de Colonia y arresta a once miembros, que son acusados de alta traición. Al gobierno prusiano le interesa obtener réditos políticos de este episodio policial. Necesita que la burguesía se atemorice pensando en las consecuencias de una conjura secreta montada por los comunistas para poder vencer sus últimos reparos y poner punto final a su resistencia contra el absolutismo. Como el material secuestrado en los allanamientos no basta para probar la existencia de ningún complot, los espías de la policía prusiana se lanzan a investigar, sin éxito, durante un año y medio. Se vinculan con los comunistas en Londres, roban su correspondencia en busca de pruebas que no obtienen y que terminan fraguando. El proceso se lleva a cabo a fines de 1852. La acusación se apoya en las supuestas conexiones entre los procesados y un complot francés contra Bonaparte, descubierto mientras aquéllos estaban en prisión. La prueba ofrecida —un documento de Marx a todas luces apócrifo— no convence a nadie. Sin embargo, los jurados burgueses —una de las conquistas de la revolución de 1848— demuestran a la reacción que su acceso a la justicia no entraña ningún peligro serio para el sistema. Prefieren condenar a los acusados antes que dejar al descubierto la infamia de los procedimientos usados por el gobierno prusiano. Después del fallo, la Liga de Londres se disuelve. Ya no había posibilidad alguna de comunicarse con el continente, y en esas condiciones las asociaciones creadas con fines de propaganda carecían de futuro. Poco después también desaparece la sección de Willich. Así se cerró el primer período del movimiento obrero alemán. A mediados de 1850, en Baviera, Sajonia y Prusia, nuevas leyes reaccionarias prohibieron que las asociaciones se coaligasen entre sí. La Fraternidad Obrera debió disolverse. En 1854 el *Bundestag* (Dieta de la Confederación germánica) terminó de enterrarla al abolir definitivamente todas las asociaciones o fraternidades obreras que persiguieran fines políticos —socialistas o comunistas—, prohibiendo su reconstitución en el futuro. El principal promotor de esta ley de excepción fue el representante prusiano en la Dieta federal: Otto von Bismarck.

La hegemonía austríaca

Mediante el Pacto de Olmütz (1850) Austria, que entonces contaba con el apoyo del zar, obligó a Prusia a disolver la Unión restringida que había formado en 1849 con varios estados alemanes. En las Conferencias de Dresde —reunidas en 1850-1851 con el propósito de reformar la Dieta federal— quedó decidida la suerte inmediata de Alemania. Prusia vengó la "humillación de Olmütz" oponiéndose al ingreso del Imperio Austríaco en la Confederación. La apoyaron los estados del sur, que se oponían también a la incorporación de húngaros y eslavos. Por lo tanto, se archivaron las reformas y se restableció la antigua Confederación presidida por Austria. El *Bundestag* restaurado señalaba a los reaccionarios de los estados alemanes el camino para liquidar las conquistas de marzo de 1848. En todas partes las viejas clases dominantes intentaron recuperar el terreno perdido. La abolición de los de-

rechos fundamentales, votada por la Dieta Federal en agosto de 1851, convalidó el triunfo de la reacción.
En Prusia las fuerzas conservadoras —los terratenientes feudales, la iglesia protestante y la burocracia— apoyaron al gobierno reaccionario de Manteuffel.
Durante la década de 1850 a 1860 los nobles procuran restablecer la situación prerrevolucionaria, pero sólo consiguen acallar las protestas de la burguesía, frustrada políticamente por el bloque burocrático-feudal que se había adueñado del poder. Gracias al sistema representativo de las tres "clases" —nobleza feudal, nobleza burocrática y burguesía— vigente en el Parlamento prusiano, las elecciones de mediados de 1849 tienen el resultado previsto por el ministerio Manteuffel: los conservadores pueden disponer de una mayoría segura, integrada por feudales y ministeriales, contra los burgueses de la Segunda Cámara. Además, en la nueva Cámara la "izquierda" se forma con los grupos que pertenecían a la extrema derecha en la Asamblea Nacional de 1848. Esto se irá acentuando cada vez más, hasta asumir un carácter decididamente reaccionario después de las elecciones de 1852 y 1855.

La expansión económica de Prusia

Austria logró restablecer la situación anterior a 1848 en el plano político, pero le fue imposible hacer lo mismo en el económico. Después de Olmütz Prusia quedó excluida de las grandes potencias y en Alemania ya nadie creyó en su "misión nacional". Sin embargo, es en este período cuando comenzó a consolidar las poderosas bases de su prosperidad futura. Las tentativas de Austria y los estados centrales de impedir la renovación del *Zollverein* (Unión aduanera), que caducaba en 1854, se estrellaron contra los intereses generados por el pujante desarrollo económico de Prusia y de los estados unidos por el *Zollverein.* Impotente para dislocarlo, Austria intentó ingresar a la Unión Aduanera, pero también fracasó. Simultáneamente, el *Zollverein* se ampliaba con la entrada de Hannover, Oldemburg y otros estados menores de Alemania noroccidental, abarcando un territorio de 9.046 millas cuadradas con 35 millones de habitantes.
El *Zollverein* y la extensión de las vías de comunicación habían favorecido la formación de un mercado común alemán. Las conquistas de la revolución industrial —aunque algo tardías en Alemania— permitieron la mecanización del trabajo. La acumulación y concentración de los capitales, el progreso de la agricultura, el desarrollo del sistema bancario, de las sociedades anónimas y de los *trusts* respaldaron la expansión industrial. El auge económico aceleró la aparición de nuevos grupos burgueses y el enriquecimiento de la alta burguesía, sectores que, por el momento, se consolaban fácilmente de su impotencia política con los beneficios producidos por el desarrollo industrial.

La hegemonía prusiana

La guerra de Crimea debilitó la posición de Austria, que, aliada de Francia e Inglaterra, no pudo, bloqueada por la reticencia de Prusia y los demás estados alemanes, movilizarse contra Rusia. Al mismo tiempo, la derrota de Rusia frenó la prepotencia feudal de los *junkers* (terratenientes nobles), que habían pretendido apoyar decididamente al zar a pesar de la oposición de la burocracia. La burguesía prusiana fue la más favorecida por la guerra de Crimea, pues la neutralidad de Prusia no impidió que sus grupos financieros ayudaran al Imperio Ruso.
Entretanto, la expansión económica prosiguió su acelerado avance. La industria algodonera recibió un gran impulso en Alemania meridional. En Sajonia se desarrollaron en proporciones sin precedentes casi todas las ramas de la industria metalúrgica y textil. Prusia se lanzó a la explotación minera y a la siderurgia. En diez años se duplicó la producción de carbón de Sajonia y aumentó tres veces en Renania y Westphalia. Consecuentemente con el incremento de la producción industrial, el tráfico se hizo más complejo y poderoso. Prosperó la navegación y se prolongaron las vías férreas. Alemania entró en una etapa de gran prosperidad.
Sin embargo, la herencia feudal hacía sentir su peso. El fraccionamiento político trababa el desarrollo capitalista. Los diversos sistemas de medida, de moneda, de peso; las limitaciones sobre matrimonio y domicilio que regían en muchos estados y que impedían al capital disponer libremente del proletariado a raíz de su escasa movilidad; la falta de protección diplomática en el exterior, que dañaba sensiblemente la concurrencia alemana en el mercado mundial, y otras consecuencias del particularismo se convirtieron en barreras cada vez más insoportables para la burguesía alemana, que había renunciado abiertamente a sus veleidades liberales a cambio del aumento constante de sus ganancias. La creciente tendencia a la acumulación le imponía la necesidad de lograr la unidad nacional.
Después de la gran crisis europea de 1857 se reunió en Gotha el congreso de los economistas alemanes portavoces del liberalismo económico según el modelo inglés. Como representantes y servidores de los intereses de la burguesía, su propósito era promover la unidad alemana, presentándola como una prioridad económica, reclamar la libertad de movimiento y de oficios y la rápida abolición de todas las trabas feudales y corporativas; en suma, combatir

Guillermo I inaugura la Confederación de los Estados Germánicos. A consecuencia de este hecho el rey de Prusia pasará a ser emperador de Alemania y Bismarck —constructor del imperio— continuará como canciller del nuevo Reich.

con energía el modo de producción feudal, que debía ser urgentemente superado, convencer a la pequeña burguesía y al proletariado acerca de los saludables efectos del modo de producción capitalista.

El artesanado alemán apenas había alcanzado a recoger algunas sobras de la prosperidad económica cuando el vertiginoso desarrollo de la gran industria comenzó a resquebrajar sus bases. Para apuntalarla, Schulze ofrecía como ayuda bastante eficaz las "asociaciones de crédito, anticipo y provisión de materias primas". Las pequeñas empresas carecían de un sistema crediticio adecuado, como el que le ofrecían las cooperativas de Schulze. Por ello éstas obtuvieron amplia difusión y prosperaron rápidamente. Si bien el sistema cooperativo descansaba sobre una utopía, logró dar un impulso efectivo a la causa de las asociaciones entre los estratos pequeñoburgueses de manera inmediata e, indirectamente, también entre el proletariado. La burguesía, que en un principio vio con malos ojos los proyectos de Schulze, pronto comprendió que no eran peligrosos y en 1858 —durante el congreso de los economistas— lo consagró como el redentor de las clases trabajadoras.

Bismarck, canciller de Prusia

Desde 1858 el príncipe Guillermo asumió la Regencia de Prusia por enfermedad de su hermano, Federico Guillermo IV. El Regente distaba de ser un liberal, aunque tampoco era un reaccionario extremo. En pocas semanas despidió al gabinete Manteuffel y formó gobierno con los aristócratas aburguesados que habían tomado parte en el ministerio liberal de Camphausen, en 1848. Simultáneamente, las elecciones marcaron un retroceso conservador e inauguraron una nueva era de promesas entre los grupos liberales y los elementos democráticos.

En 1859 la guerra austro-sarda (en la que Prusia permaneció neutral) tuvo el doble efecto de sobreexcitar el sentimiento nacional de las masas populares, sacudidas por la empresa italiana, y hacer evidente la impotencia de la Confederación Germánica bajo la égida imperial de los Habsburgo. En ella todavía confiaban los "grandes alemanes" para dirigir la unificación de Alemania, aunque de hecho con su actitud favorecían el particularismo. Pero para los "pequeños alemanes" sólo la dinastía Hohenzollern sería capaz de culminar con éxito la tarea de la unidad nacional.

Un grupo de liberales reunidos en Eisenach decidió la creación del *Nationalverein* (Asociación Nacional), destinada a promover la unión alemana. Su programa preconizaba la creación de un Estado Federal alemán sobre la base de la Constitución prusiana de 1849 y contaba con el apoyo de los "pequeños alemanes". En las filas de la Asociación Nacional —que no era un movimiento de masas— predominaban los burgueses comerciantes e industriales librecambistas y algunos intelectuales que se dedicaron a preparar la opinión pública con el objeto de promover la organización federal de una Alemania unida bajo la dirección de Prusia. El movimiento era resistido por las antiguas clases reaccionarias prusianas, que se oponían a la unidad para no someterse al constitucionalismo liberal. No obstante, entre ellas comenzaba a operar un sector político representado por Bismarck, que coincidía con los liberales en cuanto a la necesidad de la unificación. Ese grupo aún no había logrado obtener que la monarquía, y mucho menos los *junkers*, apoyaran sus planes. Pero la oportunidad no tardaría en presentarse.

El regente y su ministro de guerra, von Roon, proponen al parlamento su proyecto de reforma militar: incorporación de la totalidad del contingente anual, aumento del número de los re-



Lassalle estimaba que el sufragio universal era el único medio que permitiría al proletariado alcanzar el poder político.



gimientos y extensión del servicio militar a tres años. La mayoría liberal del parlamento se niega a votar una reforma que resulta costosa, aunque termina renovando los créditos acordados provisoriamente en 1859.

En 1861 muere el rey, que estaba loco, y asciende al trono el regente, Guillermo I, quien inaugura su reinado con una amnistía poco generosa y muy limitada. Sin embargo, hace posible el regreso de varios viejos luchadores de la revolución de 1848. A ellos se unen algunos diputados liberales, que consideraban ridícula y sin destino la política poco definida de la mayoría, con el fin de fundar el Partido Progresista. En junio publican el programa, ceñido a los principios del liberalismo burgués y carente de reivindicaciones democráticas tales como el sufragio universal y la libertad de asociación y de prensa. Se limitaban a reclamar la sólida unificación de Alemania bajo un poder centralizado, la reforma de la Cámara Alta y la responsabilidad ministerial, limitando la omnipotencia burocrática. Convertidos en la izquierda del partido liberal, contaron con el apoyo de la pequeña y mediana burguesía y su influencia creció con las elecciones de diciembre de 1861 y marzo de 1862. En el *Landtag* (Cámara Unida) se opusieron a la reforma militar y se negaron a renovar los créditos.

El ministerio terminó dividiéndose ante la situación planteada por la tenaz resistencia de la Cámara y el rey pensó en abdicar ante la imposibilidad de encontrar una salida a la crisis institucional. Finalmente llamó al embajador prusiano en París, von Bismarck, quien se hizo cargo del ministerio resuelto a gobernar aunque el *Landtag* no aprobara el presupuesto y a imponer la reforma del ejército, que él estimaba imprescindible para concretar la unificación alemana a costa de Austria. Contrarrestar la influencia de Viena en los estados del sur y eliminarla, como elemento activo, de la política alemana si se resistía fue su primer objetivo.

El proletariado alemán hacia 1860

A raíz del acelerado avance de la industria alemana, desde mediados del siglo XIX se produjeron notables cambios en la clase obrera, aunque en líneas generales siguió predominando, numéricamente, el proletariado rural sobre el industrial. En Prusia, mientras 3.500.000 habitantes en edad activa se dedicaban a la agricultura, sólo 750.000 trabajaban en las fábricas. También seguía siendo importante el número de artesanos en los estados alemanes de Prusia (donde había más de un millón), Sajonia, Electorado de Hesse, Baviera, Württemberg y Baden. Los artesanos sumaban en total más de 2.000.000, mientras los obreros de las fábricas no alcanzaban a 1.500.000. En realidad, una considerable masa de los llamados artesanos estaba constituida por trabajadores domiciliados explotados por capitalistas. Casi en todas partes los artesanos superaban a los obreros industriales y, a su vez, ambos grupos eran superados por los campesinos, excepto en Sajonia y en el distrito prusiano de Düsseldorf, donde el sector industrial crecía a la manera de un importante núcleo urbano centralizado que se expandía sobre la zona rural.

El artesanado, acosado por la gran industria —que revolucionaba todas las relaciones de producción y de cambio—, tenía conciencia de que su hora había llegado y sentía que la tierra se movía bajo sus pies. Entre las filas de la pequeña burguesía mercantil y artesana la bancarrota se convirtió en un fenómeno casi permanente.

Incapaz de desprenderse del dominio de la burguesía, cuyas convulsas oscilaciones no le daban un momento de quietud, esta clase siguió una política contradictoria respecto de su propia situación social. Mientras algunos artesanos se aferraban al perimido corporativismo protegidos por los reaccionarios del arte del Elba (los *junkers* y el clero que se encargaba de bendecirlos), otros seguían esperanzados el programa cooperativo de Schulze. Su propaganda había prendido rápidamente al principio de la década y de modo particular entre los artesanos y pequeños comerciantes que habían prosperado a la sombra de la gran industria, cuando ésta se encontraba en la primera fase de su desarrollo. En algunos casos, aislados y excepcionales, las "asociaciones para el crédito y el suministro de materia prima" fundadas por Schulze permitieron a las pequeñas empresas expandirse hasta la escala de fábrica. Pero, para el conjunto de la clase, sólo significaban una prolongación de su agonía. Estas cooperativas carecían de todo principio social reformador. Eran simples paliativos capitalistas que apenas se ampliaban caían bajo los dictados de la especulación, a pesar de todas las advertencias de Schulze. Sin embargo, gran parte de la pequeña burguesía creía en esta solución y seguía al Partido Progresista, que la enarbolaba como su bandera.

Por su parte, los oficiales artesanos se iban acercando cada vez más al proletariado en tanto se reducían sus perspectivas de independencia económica futura. Muchos se nuclearon en las asociaciones católicas para jóvenes artesanos, muy difundidas en la Alemania Meridional y Occidental. Pero estas piadosas alternativas no podían conformar al proletariado industrial, cuyos sufrimientos se hacían verdaderamente insoportables.

En Renania, la cámara de comercio de Aquisgrán —organismo oficial que agrupaba a los industriales— definía la situación de los obreros de su distrito sencillamente como desesperada. El testimonio de un alto funcionario estatal destacaba que en las hilanderías de Elberfeld, en un ambiente angustioso, privado de aire puro y con un ruido infernal, los obreros, pálidos y delgados, que no disponían de la más

Crítica de Marx al programa de Gotha

La emancipación del trabajo debe ser obra de la clase obrera, frente a la cual todas las demás clases no forman sino una masa reaccionaria.
La primera copla viene del preámbulo de los estatutos de la Internacional, pero "mejorada". Dice el preámbulo: "La emancipación de la clase trabajadora será obra de los trabajadores mismos"; mientras que aquí es la "clase trabajadora" quien debe emancipar, ¿qué cosa?: el "trabajo". ¡Que los comprenda quien pueda!
En compensación, la antistrofa es, por el contrario, una cita lassalleana del más puro corte: "[la clase obrera] frente a la cual todas las demás clases *no forman sino una masa reaccionaria*".
En el *Manifiesto Comunista* se dice: "De todas las clases que en la actualidad se encuentran frente a frente con la burguesía, sólo el proletariado es *una clase verdaderamente revolucionaria*. Las otras clases declinan y perecen con la gran industria; el proletariado, por el contrario, es su más auténtico producto".
La burguesía se considera ahí como una clase revolucionaria —en su calidad de agente de la gran industria— frente a los feudales y a las clases medias, decididas a mantener todas las posiciones sociales derivadas de modos de producción fenecidos. Feudales y clases medias no forman, pues, *con la burguesía* una misma masa reaccionaria.
Por otro lado, el proletariado es revolucionario frente a la burguesía, porque surgido él mismo de la gran industria, tiende a despojar a la producción del carácter capitalista que la burguesía quiere perpetuar. Pero el *Manifiesto* añade que "las clases medias [...] son revolucionarias [...] teniendo en cuenta su inminente paso al proletariado".
Desde este punto de vista es, por consiguiente, el mayor absurdo hacer de las clases medias, conjuntamente con la burguesía —y no digamos con los feudales— "una misma masa reaccionaria" frente a la clase obrera. [...] Lassalle sabía de memoria el *Manifiesto Comunista*, lo mismo que sus fieles conocen los santos escritos de que es autor. Si lo falsificó tan groseramente no era más que para disfrazar su alianza con los adversarios absolutistas y feudales contra la burguesía.
Partiendo de estos principios, el Partido Obrero Alemán se esfuerza, mediante todos los medios legales, por fundar el estado libre y la sociedad socialista; por abolir el sistema asalariado con la ley de bronce de los salarios [...] así como la explotación bajo todas sus formas; por eliminar toda desigualdad social y política.
[...] Así, en el futuro, ¡el Partido Obrero Alemán deberá creer en la "ley de bronce" de Lassalle! Para que esta ley no sea ignorada, se comete la insensatez de hablar de "abolir el sistema asalariado [cabría decir: sistema del salario] *con* la ley de bronce de los salarios". Si yo suprimo el salario, suprimo, naturalmente, al mismo tiempo, sus leyes, ya sean éstas de "bronce" o de esponja. Pero la lucha de Lassalle contra el salario gravita casi exclusivamente alrededor de esta pretendida ley. Para demostrar, por consecuencia, que la secta de Lassalle ha vencido, es preciso que el "sistema asalariado" sea abolido "*con* la ley de bronce de los salarios" y no sin ella.
De la "ley de bronce de los salarios', como se sabe, nada pertenece a Lassalle, como no sea la palabra "bronce", tomada de prestado de las "leyes eternas, de las grandes leyes de bronce", de Goethe. Pero si yo admito la ley con la firma de Lassalle y, por consecuencia, con la acepción que él le da, debo admitir, igualmente, el fundamento. ¡Y qué fundamento! Como Lange decía poco antes de la muerte de Lassalle, es la teoría malthusiana de la población. Pero si esta teoría es exacta, yo *no puedo* abolir la ley, aunque aboliese cien veces el salario, sino *todo* sistema social. [...] Pero todo esto no es principal. Hecha en absoluto abstracción de la *falsa* versión que Lassalle da de esta ley, el retroceso verdaderamente irritante consiste en esto: Después de la muerte de Lassalle, *nuestro* Partido ha aceptado el punto de vista científico según el cual el salario del trabajo no es lo que *parece* ser, sino solamente una forma disfrazada del *valor* (o *del precio*) de la *fuerza de trabajo*. Así, de una vez para siempre se ha desechado la vieja concepción burguesa del salario, así como toda la crítica dirigida hasta ahora contra ella. Ha quedado completamente claro que el obrero asalariado no puede trabajar para asegurar su propia existencia, dicho de otra forma, a existir si él no trabaja gratuitamente un cierto tiempo

pequeña pausa para alimentarse, llevaban un jarro de lata atado al cuello del que sacaban algún bocado de vez en cuando, sin abandonar su labor. La explotación de las mujeres y los niños asumía proporciones gigantescas. Con cínica sinceridad, los informes de la cámara de comercio renana elevaban su protesta documentada contra la obligación escolar que "impedía disfrutar a la joven generación". De hecho, la instrucción escolar obligatoria de tres horas para los muchachos ocupados en las fábricas, sancionada por la Ley de Fábricas de 1853, quedó en los papeles.
Pero el ministerio Bismarck se afanó por sacar del camino todos los obstáculos que se oponían al desarrollo capitalista. Inició su acción de "reforma social" y de "salvación del estado" liquidando las débiles huellas de control estatal que pesaban sobre las fábricas desde el gobierno precedente. A diferencia del proletariado inglés de veinte años, la clase obrera alemana de la década de 1860 no sólo estaba sofocada por las leyes políticas antidemocráticas sino también por los restos de la sociedad feudal. Las pocas localidades industriales, distribuidas en un vasto territorio, contribuían a su dispersión.
Cuando el proletariado industrial comenzó a estrechar sus filas lo hizo con diversos grados de conciencia de clase. En cierto modo era la vanguardia de todo el proletariado alemán y, si sus primeras líneas podían avanzar hasta el lugar preciso en que se libraba la lucha, las masas que lo seguían recién habían emergido de las rigideces feudales y corporativas.
En la Renania la conciencia de clase había llegado a su punto más alto en el proletariado del distrito industrial de la Marca, donde aún sobrevivía, vigorosamente, la tradición de la revolución de 1848. Entre los obreros todavía activaban algunos jefes de la insurrección popular de mayo de 1849. En Alemania oriental la reacción había sofocado toda tradición revoluciona-

Otto von Bismarck estimaba imprescindible la imposición de reformas radicales en el ejército para concretar la unificación alemana. Contrarrestar la influencia austríaca en el sur fue el primer objetivo que se propuso.

para los capitalistas (y, por consiguiente, para los que, con éstos, viven de la plusvalía); que todo el sistema de la producción capitalista tiende a prolongar este trabajo gratuito, bien prolongando la jornada de trabajo, bien aumentando la productividad; es decir, mediante una mayor tensión de la fuerza de trabajo, etc.; que el sistema de trabajo asalariado es, por consiguiente, un sistema de esclavitud, y, en verdad, una esclavitud tanto más dura cuanto más se desarrollan las fuerzas sociales productivas del trabajo; y esto cualquiera que sea el salario, bueno o malo, que reciba el obrero. Y ahora que este punto de vista científico penetra cada día más en nuestro Partido, se nos viene con los dogmas de Lassalle, cuando se debería saber que Lassalle *ignoraba* lo que es el salario y que él tomaba, siguiendo a los economistas burgueses, la apariencia por la cosa misma [. . .] El solo hecho de que los representantes de nuestro Partido hayan podido cometer un tan monstruoso atentado contra las concepciones difundidas en la masa del Partido muestra con qué ligereza criminal, con qué mala fe han trabajado aquellos en la redacción del programa de compromiso.

El Partido Obrero Alemán demanda, para preparar las vías de la solución del problema social, la fundación de las sociedades de producción con ayuda del estado, bajo el control democrático del pueblo trabajador. Las sociedades de producción deben ser promovidas en la industria y en la agricultura con una tal amplitud que de ella se desprenda la organización socialista del conjunto del trabajo.

Después de la "ley de bronce del salario", de Lassalle [. . .] se reemplaza la lucha de clases existente por una "profunda" fórmula de periodista: la "cuestión social", para cuya "solución" se "preparan las vías". En lugar de emanar del proceso de transformación revolucionaria de la sociedad, "la organización socialista del conjunto del trabajo se desprende" de "la ayuda del estado", ayuda que el estado da a las cooperativas de producción y que él mismo (y no los trabajadores) ha "promovido". Creer que se puede construir una sociedad nueva por medio de subvenciones del estado tan fácilmente como se construye un nuevo ferrocarril, ¡he ahí lo que es digno de la presunción de Lassalle!

[. . .] En primer lugar, el "pueblo trabajador" está compuesto en Alemania por una mayoría de campesinos, y no de proletarios.

(De Carlos Marx, *Crítica al Programa de Gotha*, en Mehring, F., Carlos Marx y los primeros tiempos de la Internacional. México, Grijalbo, 1968.)



Dos caricaturas del "Fígaro" ridiculizan la acción de Bismarck. Este se afanó para sacar de su camino todos los obstáculos que se oponían al desarrollo del capitalismo alemán.

ria. Bajo la máscara de un inocuo sistema de cooperativas y círculos culturales se perpetuaban en Hamburgo las débiles huellas de las antiguas organizaciones obreras. Tanto ahí como en Leipzig (Sajonia) los obreros y jóvenes artesanos aún se nutrían con los escritos de Weitling. Pero, en el marco de una situación completamente diferente, ni los recuerdos de la revolución de marzo y menos los del comunismo igualitario de Weitling podían servir de consigna para un movimiento obrero de masas. Se necesitaba otra levadura para movilizar políticamente a los obreros: la burguesía sería la encargada de suministrarla.

A través de sus asociaciones obreras de cultura el Partido Progresista comenzó a ejercer un patronato benévolo sobre los obreros, a quienes pretendía usar políticamente para sus propios fines. Pero independientemente de las intenciones de la burguesía progresista, las asociaciones de cultura ofrecieron al proletariado la oportunidad de organizarse en momentos en que la legislación reaccionaria de la Confederación Germánica hacía extraordinariamente difícil su nucleamiento en asociaciones de tipo político y sindical. Los obreros tomaron de ellas sólo lo que les convenía hasta que abandonaron definitivamente la tutela del Partido Progresista, que falló en sus pretensiones de organizar al proletariado como fuerza auxiliar política activa, al no luchar al mismo tiempo por sus reivindicaciones mínimas.

El movimiento obrero independiente

Las asociaciones de cultura enviaron algunos delegados a la Exposición de Londres de 1862. Estos, a su regreso, comunicaron sus observaciones y experiencias a sus compañeros de Berlín. Estimulados por el ejemplo del movimiento obrero de Francia e Inglaterra, plantearon la necesidad de convocar con urgencia un Congreso en Leipzig que reuniese al conjunto del proletariado alemán.

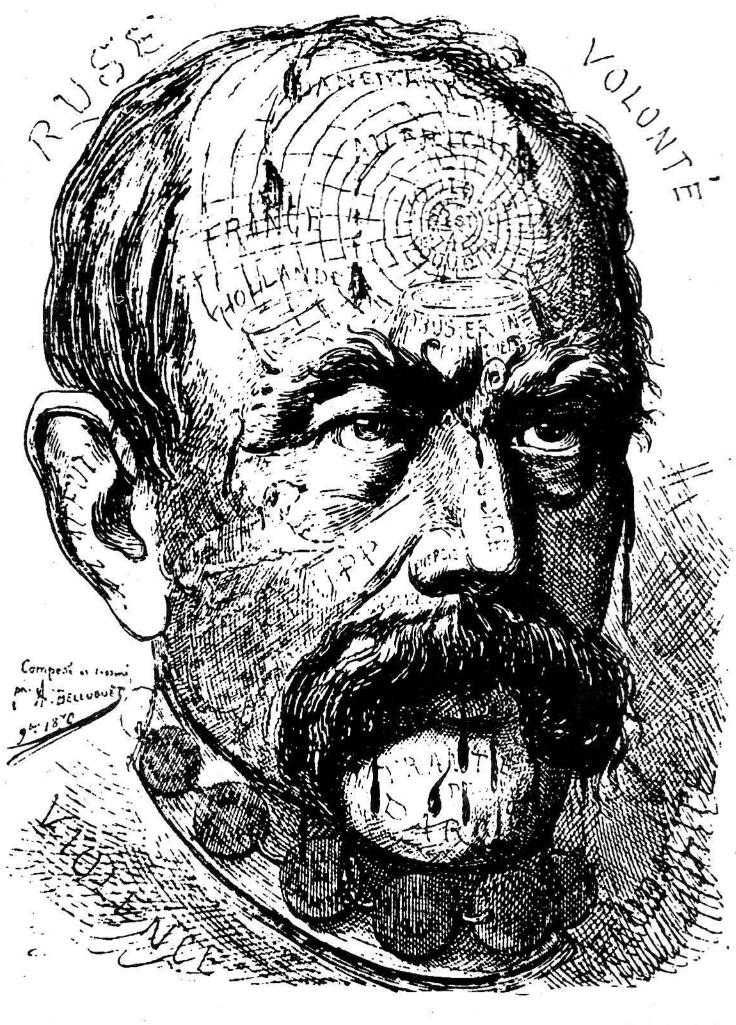
Precisamente en Leipzig ya estaba dando sus primeros pasos el movimiento obrero independizado de los partidos burgueses. En 1861 se había fundado una asociación obrera que renunció a la actividad educativa para dedicarse exclusivamente a la agitación y a la propaganda en torno a los problemas que aquejaban a los obreros. De una asamblea convocada para discutir las cuestiones sociales y políticas que los afectaban surgió un comité encargado de reunir un Congreso general de obreros de toda Alemania. A este comité se ligaron los delegados de Berlín empeñados en el mismo propósito.

En Leipzig se centralizó la propaganda del futuro congreso. Se invitó a los obreros a formar comités locales y a elegir sus representantes ante el mismo. También publicaron escritos programáticos, entre otros el *Programa Obrero* de Ferdinand Lassalle.

La Asociación General de Obreros Alemanes

Lassalle era un abogado de ilustración poco común, el arquetipo de político romántico dotado de extraordinarias capacidades de propagandista y agitador. Orador elocuente, arrebataba a las masas con sus discursos. Poseía una asombrosa capacidad de trabajo y gran tenacidad. Durante diez años se había dedicado a apoyar las demandas de la condesa de Hatzfeldt ante treinta y seis tribunales alemanes en el proceso que ésta le siguiera a su esposo, el conde de Hatzfeldt, por haberla abandonado y desheredado. Esta empresa, que lo forzó a estudiar Derecho, no le impidió conspirar ni participar en el movimiento revolucionario de 1848. En esa época conoció




RUSE
VOLONTÉ
FRANCE
HOLLANDE

"La guerra de 1866 no tuvo lugar porque Prusia se viese amenazada ni por obedecer a la voluntad del pueblo. Fue una guerra prevista hacía mucho tiempo, preparada deliberadamente y reconocida como necesaria por el gabinete, no para confiscar territorios sino para asegurar la hegemonía prusiana en Alemania."
General von Moltke.

a Marx. Lassalle se interesaba por las teorías socialistas desde su estada en París, donde había residido por algún tiempo. Alrededor de 1860 proyectó fundar en Prusia un gran periódico democrático con la colaboración de Marx y Engels, a quienes invitó a unirse con él en Berlín. Aprovechando la amnistía que Guillermo I había concedido con motivo de su ascenso al trono, Marx marchó a Berlín en abril de 1861 y se hospedó durante doce días en casa de Lassalle. Pero éste no pudo convencerlo de que asumiera la dirección del periódico que proyectaba. Varias circunstancias lo impidieron; es probable que Marx no estuviera conforme con la orientación que Lassalle pensaba darle. A pesar de la simpatía que en un principio sintió por su joven compatriota, nunca logró éste inspirarle mucha confianza como político socialista; lo consideraba versátil y excesivamente emocional. Más tarde las diferencias teóricas ampliarían la brecha que existía entre ambos.

Los miembros del comité de Leipzig, que acogieron entusiasmados su *Programa Obrero*, comenzaron a interesarse en la persona de Lassalle, a quien veían como un dirigente capaz de aglutinar las diversas tendencias políticas de la clase obrera alemana de manera dinámica y eficaz. Consideraban que el proletariado necesitaba una figura tutelar, con autoridad suficiente para conducirlo en sus primeras batallas de la lucha de clases. Los líderes obreros del comité de Leipzig —el zapatero Vahlteich, el cigarrero Fritzsche y Dammer— le ofrecieron la dirección del movimiento con estas palabras: "Nosotros tres nos ocupamos de este asunto como miembros del comité y no encontramos en Alemania hombre más cabal que usted para dirigir movimiento tan importante y emprender tarea tan dificultosa y que al propio tiempo nos merezca absoluta confianza". En otra parte, en que insistían ante Lassalle para que éste aceptara encabezar el movimiento, Dammer escribía: "La fundación de una federación obrera es idea que está en la mente de todos; cuente usted con más de 30.000 afiliados". Lassalle aceptó y respondió con la *Carta Abierta* que el Comité de Leipzig adoptaría en marzo de 1863 como manifiesto del movimiento obrero alemán.

En ella señalaba la incapacidad del Partido Progresista para satisfacer las demandas obreras, y, por lo tanto, la necesidad de que el proletariado constituyera un partido político independiente que luchara por el sufragio universal. Para Lassalle los obreros se hallaban condenados a percibir salarios mínimos cuyo nivel tendía siempre a no superar lo necesario para subsistir, pues estaban determinados por la férrea ley económica de la oferta y la demanda. Esta sólo podía abolirse si cada obrero se transformaba en propietario de los medios de producción. Sólo entonces el salario sería la justa compensación de su trabajo. Para lograr este objetivo los obreros debían organizarse en asociaciones de empresarios libres y así terminar con las ganancias de la burguesía. La ayuda del estado era imprescindible para el funcionamiento de estas asociaciones. Los obreros podrían obligar al estado a cumplir este deber si conseguían el sufragio universal y directo. De ahí que esto último se convirtiera en el objetivo primordial, no sólo político sino también social, de la acción proletaria, la cual sería efectiva nucleándose en una asociación general que reuniera a todo el proletariado alemán y fuese capaz de llevar a cabo una agitación constante, por medios legales y pacíficos, en todos los estados alemanes.

Lassalle estimaba que el sufragio universal era el único medio que habría de permitir al proletariado alcanzar el poder político y así satisfacer sus intereses de clase. Sus tácticas equivocadas fueron en gran medida la consecuencia del error de apreciación que cometió al sobrevalorar el sufragio univer-

sal y creer que el éxito llegaría en muy poco tiempo. Sus desviaciones teóricas, que tanto influyeron en el movimiento obrero alemán, aun después de su muerte, fueron objeto de duras críticas por parte de Marx.
En su obra teórica Lassalle se apoyaba en el idealismo de Hegel, mechado con algunas ideas reformistas del economista malthusiano Rodbertus y del Marx anterior a *El Capital*. Murió antes que éste viera la luz y estaba lejos de arribar por sí mismo a la teoría de la plusvalía, clave fundamental de toda la teoría de Marx.

Lassalle partía de la concepción hegeliana del estado, al suponerlo divorciado de la sociedad civil, en lugar de entenderlo como el aparato represivo de la clase dominante encargado de reproducir las relaciones de producción existentes. En cuanto a la trascendencia que le asignaba al sufragio universal como arma básica del proletariado para acceder al poder, sus estimaciones se apoyaban en un cálculo erróneo sobre la importancia numérica del proletariado alemán. Por entonces éste se reducía a una limitada proporción del conjunto de las clases desposeídas, mientras que los sectores mayoritarios de estas —campesinos y pequeña burguesía— se mostraban hostiles o, en el mejor de los casos, ajenos a las luchas obreras.

A pesar de sus múltiples errores teóricos y prácticos, las ideas de Lassalle sacudieron a las masas, que se sentían interpretadas por su programa. El aspecto positivo de su labor agitativa radica en el haber conducido la organización obrera como una falange compacta, adiestrada para llevar la lucha de clases al campo político.

Al aceptar su *Carta*, el comité de Leipzig se pronunció por la constitución de una gran asociación obrera y comenzó a trabajar en tal sentido. Paulatinamente fue obteniendo el apoyo de los obreros de diversas localidades industriales. A fines de abril de 1863, Vahlteich y Dammer pudieron anunciar que "en asambleas obreras tenidas en Leipzig, Hamburgo, Düsseldorf, Solingen y Colonia se ha acordado fundar una Asociación general de trabajadores alemanes, inspirada en los principios expuestos por Lassalle en su *Carta Abierta*." Se realizaron innumerables mitines y actos de propaganda —en algunos Lassalle llegaría a hablar durante cuatro horas—, donde menudearon los incidentes provocados por los sectores burgueses del Partido Progresista, que no renunciaban a ejercer su acostumbrada hegemonía sobre la clase obrera, y por los agentes del gobierno prusiano, que intentaban atraerla en su lucha contra la burguesía. Esta acusaba a Lassalle y a sus partidarios de ser un simple instrumento vendido a la reacción.
El 23 de mayo de 1863, doce delegados representantes de los obreros de once ciudades, reunidos en el Pantheum de Leipzig, fundaron la Asociación General de Obreros Alemanes.
Los estatutos de la nueva organización, redactados por el mismo Lassalle —que fue elegido presidente—, disponían que al principio el presidente tuviera un mandato de cinco años, ejercido con poderes dictatoriales. La disposición vigente en la mayoría de los estados alemanes, que prohibía las relaciones entre las asociaciones políticas y las obreros, tendía a favorecer una rígida centralización.
Entretanto el Partido Progresista, que no se resignaba a perder su cohorte obrera, trató de estrechar sus contactos con las sociedades de cultura que aún le pertenecían fieles. Fruto de esta tentativa fue la reunión de un congreso en Francfort, en junio de 1863, donde se fundó la Liga de las Asociaciones Obreras de Cultura. El tornero Augusto Bebel fue uno de sus miembros más activos.

Lassalle y Bismarck

Cuando Bismarck se hizo cargo del gobierno carecía de mayoría parlamentaria. La fama de reaccionario empedernido del *junker* descendiente de la antigua casa de Brandeburgo alimentaba el recelo de los liberales y los progresistas y la franca hostilidad de la clase obrera. Bismarck, poco a poco, fue consolidando, con su astucia de hábil diplomático, su posición. Maniobró con los grupos y partidos incluso con sus opositores más obstinados, de acuerdo con sus conveniencias del momento y en beneficio de la política hegemónica y expansionista de Prusia. Hacia este objetivo orientó su táctica y supo sacar provecho de los conflictos exteriores que se presentaron —o que ayudó a provocar—, hasta concretar la unidad alemana, consagrada en 1871 bajo la dirección prusiana.

Impidió con éxito que Austria reformara la Confederación y la obligó a intervenir como aliada de Prusia en el conflicto con Dinamarca, a propósito de los ducados y formó al norte del río Meno, la Confederación Alemana del Norte, en la que entraron de hecho Baviera, Württenberg y Baden. Austria fue separada de la Confederación Alemana y Bismarck procedió a la anexión de los ducados de Hannover, Hesse-Cassel, Nassau y de la ciudad libre de Francfort. A los estados del sur se les garantizó una posición internacional independiente, pero poco después firmaron con Prusia alianzas defensivas con el fin de desalentar las pretensiones territoriales de Napoleón III.

Interesado en formar un partido socialista de masas, Lassalle aspiraba a que la fuerza obrera mantuviera una política independiente, por encima de la oposición entre los *junkers* y la burguesía. En sus discursos atacaba la Constitución de 1849, defendida por la burguesía, afirmando que era una utopía reaccionaria. Así favorecía indirectamente la política de Bismarck, quien de inmediato advirtió la posibilidad de concertar una alianza con Lassalle para combatir a los progresistas. El 11 de mayo de 1863 el canciller escribió al líder socialista pidiéndole que fuera a verle "para examinar la situación de la clase obrera".

Los socialistas y la guerra franco-prusiana

La guerra actual es una guerra dinástica emprendida en interés de la dinastía de Bonaparte, del mismo modo que la guerra de 1866 lo fue en el de la dinastía Hohenzollern. *No podemos proveer* los recursos financieros que reclama el Reichstag para la conducción de la guerra porque esto sería un voto de confianza al gobierno prusiano, que preparó la guerra actual por sus acciones de 1866. Nos es igualmente imposible *rehusar* el dinero reclamado porque esto podría tomarse como justificación de la viciosa y criminal política de Bonaparte. Como opositores de principio a toda guerra, como *socialrepublicanos y miembros de la Asociación Internacional de Trabajadores*, que combate a todos los opresores sin distinción de nacionalidad y lucha por unir a todos los oprimidos en un gran vínculo de hermandad, no podemos manifestarnos directa ni indirectamente a favor de la presente guerra y por ello nos abstenemos de votar, expresando nuestra confiada esperanza en que las naciones de Europa, iluminadas por los desastrosos sucesos actuales, harán todos los sacrificios para ganar sus propios derechos de autodeterminación y para abolir el actual *dominio de la espada y de la clase como causa de todos los males del Estado y de la sociedad.*

(Declaración de Bebel y Liebknecht realizada cuando se votaron los créditos de guerra en el *Reichstag.*)

El miserable comportamiento de París durante la guerra —todavía se deja gobernar por los mamelucos de Luis Bonaparte y de la aventurera española Eugénie después de esas espantosas derrotas— muestra cuánto necesitan los franceses una lección trágica a fin de recobrar su virilidad.
Lo que no ven los estúpidos prusianos es que la guerra actual está llevando a un conflicto contra Alemania y Rusia, de manera tan inevitable como la guerra de 1866 condujo a la guerra entre Prusia y Francia. Ese es el *mejor resultado* que de ello espero para Alemania. El "prusianismo" típico nunca tuvo y nunca podrá tener existencia sin alianza con Rusia y sujeción a la misma. Y una guerra N° 2 de esta clase hará de partera de la inevitable revolución social en Rusia.

("Carta" de Marx a Sorge escrita en Londres el 1° de setiembre de 1870. Marx, Engels: *Correspondencia.* Buenos Aires, Cartago, 1972.)



Octubre de 1865. La entrevista entre Bismarck y Napoleón III arroja resultados negativos: un año después estallará la guerra entre ambas naciones. "He conducido al caballo hasta el borde del foso —explicará Bismarck al rey—, y menester será que salte."

Lassalle, que se oponía tenazmente a los liberales de izquierda, no tuvo escrúpulos en entrevistarlo y mantener correspondencia con Bismarck hasta febrero de 1864, insistiendo ante el canciller para que transformara "la monarquía de las castas privilegiadas en una monarquía social y revolucionaria del pueblo".

Durante el conflicto con Dinamarca, Lassalle —una vez más contra los progresistas— se mostró partidario de la política anexionista de Prusia respecto a los ducados de Schleswig-Holstein. Un telegrama que le enviara a Bismarck atacando a sus enemigos políticos fue dado a publicidad por la prensa progresistas enajenándole el apoyo de algunos socialistas, como Liebknecht, que sospechaban de la peligrosa táctica de Lassalle. La burguesía liberal y progresista no desperdició la oportunidad para arreciar sus ataques contra Lassalle a quien acusaban de haber concertado una alianza con el gobierno reaccionario de Prusia. Desataron entonces una campaña violentísima contra el líder de la Asociación de Trabajadores. Acudían a las asambleas y reuniones de los obreros, donde provocaban disturbios encendidos. En Berlín, los obreros que se mantenían fieles al Partido Progresista le demostraron abiertamente su hostilidad.

Conflictos y lucha de tendencias

A un año de su fundación, la Asociación General de Obreros Alemanes (A.G.O.A.) contaba con 4600 miembros. Por el momento, los 30.000 afiliados prometidos a Lassalle por el comité de Leipzig habían quedado en el reino de las utopías. Pero lentamente, en sus comienzos, la Asociación se iba extendiendo a pie firme por los distritos industriales.

Más de la mitad de los inscriptos eran de Renania, especialmente de Elbelfeld-Barmen, y pertenecían a los talleres rurales de la industria textil tradicional de Wuppertal. Solingen era el núcleo más activo del movimiento renano. La representación de Sajonia no estaba acorde con su importancia industrial. Es que el radicalismo burgués aún gozaba de predicamento entre las capas más evolucionadas del proletariado sajón. En Alemania meridional la agitación socialista no obtuvo mucho éxito a raíz de su origen prusiano y del fuerte predominio que aún ejercía la pequeña burguesía radical entre los sectores revolucionarios de Maguncia, Francfort y Baden-Palatinado.

La desmoralización cundía entre los líderes obreros. Algunos se quejaban de la dictadura de Lassalle, quien mantuvo un conflicto con Vahlteich, entonces secretario de la A.G.O.A. Gravemente enfermo, Lassalle dejó la presidencia en manos del vicepresidente Dammer el 27 de agosto de 1864, y marchó a Suiza, donde pocos días después encontró la muerte en un duelo. Después de su muerte se agravaron los conflictos y salieron a luz las dificultades organizativas que aquejaban a la Asociación. Para cumplir su testamento eligieron presidente a Bernhard Becker, hombre de escasa capacidad y ninguna energía para función de tanta responsabilidad, y expulsaron a Vahlteich. Al mismo tiempo la condesa Hatzfeldt se presentó como la única intérprete fiel de las ideas de su examigo y pretendió convertir al movimiento obrero en una secta "religiosa" apegada a la letra de los documentos programáticos de Lassalle. Si bien proporcionó ayuda financiera, su influencia y sus pretensiones directivas en el movimiento fueron realmente nefastas.

El abogado Schweitzer, que Lassalle incorporara a la Asociación poco antes de su muerte, chocó repetidas veces con Becker y la Condesa, cuyas maniobras intentó neutralizar, y fue bosquejando una política independiente de las decisiones oficiales del movimiento a través de las páginas del periódico que había fundado, el *Sozial-Demokrat*, como órgano de la Asociación a fines de 1864. Abandonó la táctica de Lassalle, que propiciaba la alianza con el gobierno contra la burguesía liberal, pero sin dejar de subrayar enérgicamente que el partido obrero debía sostener una línea independiente respecto a la burguesía y a los *junkers* y debía mantenerse vigilante, a la espera de cualquier escisión entre las clases dominantes que pudiera redundar a su favor. En un principio incorporó a Liebknecht a la redacción del periódico, que contaba con las colaboraciones de Moisés Hess, Herwegh y otras figuras destacadas que habían pertenecido a la Liga de los Comunistas, y buscó aproximarse a Marx y Engels, quienes aceptaron colaborar en el *Socialdemócrata* después que Liebknecht les hubo asegurado que podían confiar en la lealtad de Schweitzer a los principios socialistas. Sin embargo, muy pronto discreparon con la orientación que este imprimía al periódico y le pidieron repetidamente que tratase al partido feudal absolutista por lo menos con la misma dureza con que trataba a los progresistas. Los antagonismos se agudizaron a raíz de una serie de cinco artículos que Schweitzer publicó con su firma acerca del gabinete Bismarck, en los cuales describía con tal elocuencia la peligrosa pujanza de la política prusiana que parecía más bien ensalzarla que condenarla. La ruptura se produjo cuando Marx, en su carta del 13 de febrero de 1865, criticó la conducción táctica de Schweitzer, advirtiéndole: "Está fuera de toda duda que la infortunada ilusión de Lassalle concerniente a la intervención socialista en un gobierno prusiano terminará en un chasco. La lógica de las cosas dirá su palabra. Pero el *honor* del partido obrero exige que rechace cuadros fantasistas de esta clase aun antes de que la experiencia demuestre su vaciedad. La clase obrera es revolucionaria o no es nada". En su respuesta Schweitzer reconoció que aten-

El 18 de enero de 1871 Guillermo I de Hohenzollern recibe en Versalles la corona de emperador de Alemania.

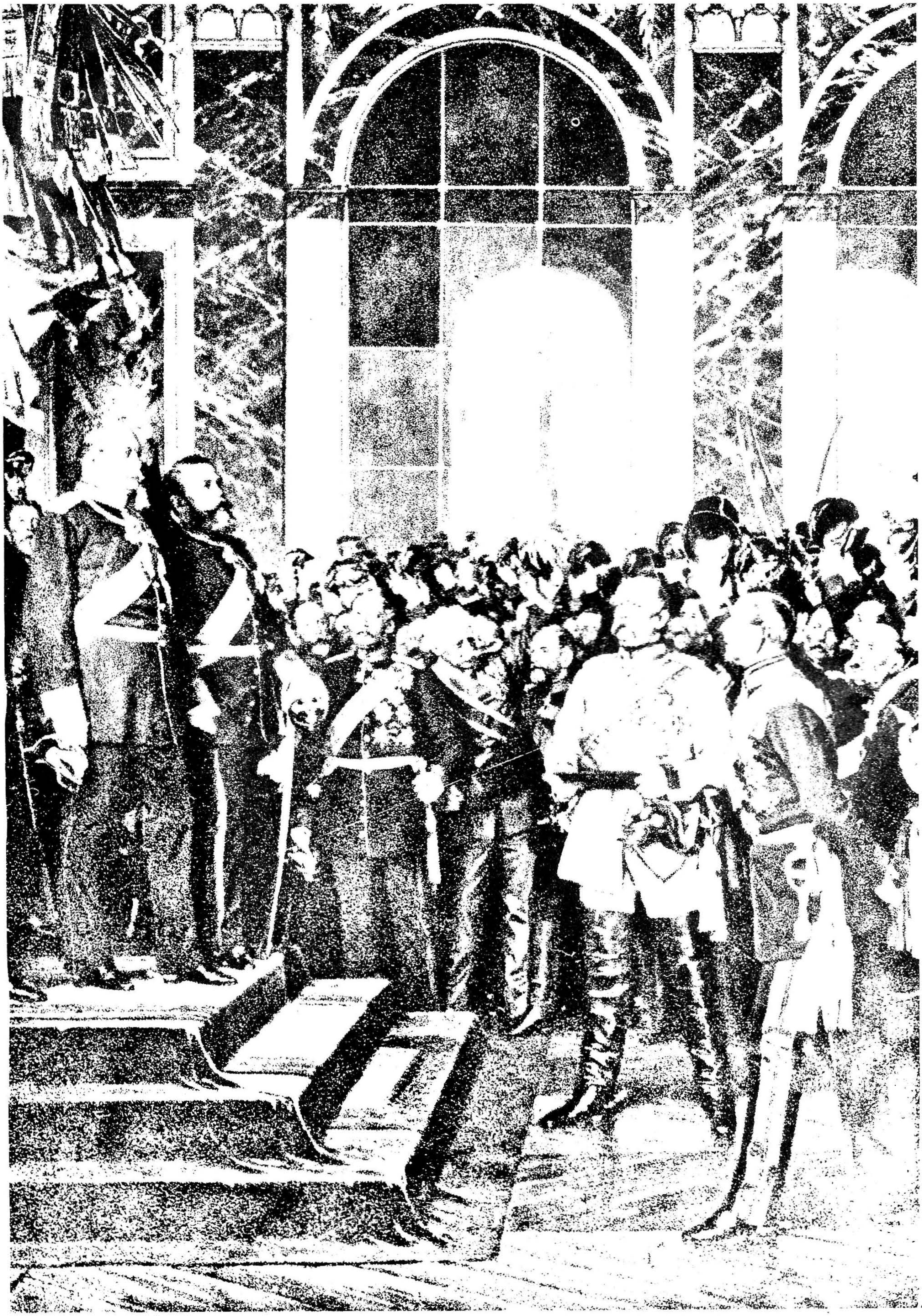
dería de buen grado cuantos consejos teóricos Marx creyese oportuno darle, pero que, para juzgar acertadamente acerca de los problemas prácticos que planteaba la actuación del momento, era necesario estar en el foco del movimiento y conocer de cerca la realidad.
Y es innegable que Schweitzer conocía e interpretaba los sentimientos y aspiraciones de las masas obreras alemanas, cuyo bajo nivel de conciencia llevaba a respaldar las frecuentes actitudes oportunistas de sus dirigentes.
Pero las disensiones intestinas no impidieron que la Asociación siguiera su marcha ascendente. A fines de 1865 ya tenía cerca de 10.000 inscriptos.

La Confederación Alemana del Norte

Cuando a principios de 1866 se agriaron las relaciones entre Austria y Prusia a raíz del problema de los ducados de Schleswig-Holstein, que gobernaban conjuntamente desde 1864, Bismarck planteó en el *Bundestag* la cuestión de la reforma de la Confederación proponiendo convocar una Asamblea, elegida mediante el sufragio universal de todos los estados, para tratar los proyectos reformadores. Por supuesto, su moción indignó a Austria, que se negó a discutirla. La guerra se hizo entonces inevitable. Bismarck, que no estaba seguro de atraer a la burguesía en apoyo del conflicto, podía arriesgarse a darle voto al proletariado porque contaba con la unanimidad de los campesinos del este del Elba, los cuales carecían de toda conciencia política. Por esa época arreciaron las intrigas de la condesa de Hatzfeldt, quien veía en la reforma propuesta por Bismarck la coronación del programa de unidad nacional que alentara Lassalle. Sus intentos demagógicos buscaban convertir a la A.G.O.A. en un instrumento del canciller.
Entre la burguesía también reinaba la confusión. Los liberales de la Sociedad Nacional condenaron con firmeza la reforma de Bismarck. Junto con la Sociedad Nacional y el Partido Progresista, aunque diferenciándose netamente de ambos, actuaba entonces un tercer grupo: el Partido Popular Alemán, que contaba con el apoyo de los sectores burgueses radicales de los estados del sur. Militaban en él elementos sumamente heterogéneos: demócratas pequeñoburgueses, republicanos provinciales de Francfort, la mayor parte particularistas. De ahí que no llegaran a ningún acuerdo frente a la cuestión nacional. También se hallaban divididos respecto a la cuestión social: algunos sectores representaban a la burguesía financiera, otros propiciaban un acercamiento al movimiento obrero.
Desde el *Socialdemócrata* Schweitzer afirmaba que la única posibilidad de alcanzar la libertad provenía de la revolución y que ésta sólo podía surgir de la guerra entre Austria y Prusia, por tal razón, decía, se negaba a unir su voz al coro pacifista de la burguesía. Aceptaba el sufragio universal prometido por Bismarck porque "los obreros se servirán del arma que les dan como ellos quieren" y recomendaba la mayor agitación posible en torno al sufragio.

La situación creada después de la guerra austro-prusiana auguraba un equilibrio precario. La línea del Meno resultaba artificial frente a la comunidad de intereses económicos consagrados por el *Zollverein.* La serie de pactos defensivos secretos entre Prusia y los estados del sur eran tan solo el preludio del conflicto que se estaba gestando con el ávido y burlado Bonaparte, quien nada había conseguido de la guerra entre ambas potencias alemanas.

La burguesía industrial prusiana comenzó a impacientarse: deseaba y necesitaba que se acelerase el proceso de unificación nacional. El Partido Progresista



El Partido Popular Sajón elige a Augusto Bebel como presidente, en el Congreso de Gera, donde los representantes obreros obtienen un aplastante triunfo sobre los sectores burgueses.

se dividió y una de sus fracciones, liderada por Rudolph von Bennigsen, se convirtió en el partido Nacional Liberal. Representaba los intereses de la industria pesada y pasó a ser el apoyo más firme de Bismarck, a quien la alta burguesía había confiado el poder político que todavía era incapaz de ejercer. Su programa imperialista aspiraba a la expansión de Prusia.

También del viejo tronco feudal se desprendió una rama, el Partido Liberal Conservador, que comprendía que sin concesiones liberales a la burguesía industrial la hegemonía prusiana tan ansiada por los *junkers* era un sueño inalcanzable.

La A.G.O.A., que por boca de Schweitzer, aceptaba la nueva realidad creada por la guerra y se disponía a actuar dentro de los reducidos márgenes de legalidad que le permitía la Confederación Alemana del Norte, realizó congresos en Hamburgo, Barmen y Leipzig en apoyo del sufragio universal.

Entretanto, los socialistas de Sajonia, encabezados por Liebknecht y Bebel, acercándose una vez más a la burguesía movidos por el recelo que les inspiraba Prusia, habían fundado el Partido Popular Sajón como una rama del partido Popular Alemán. Aceptaban el voto, pero se disponían a combatir a la Confederación del Norte, a la cual consideraban reaccionaria. En este punto se apartaban totalmente del análisis que Engels hiciera de la situación en su carta a Marx del 25 de julio de 1866: "Los asuntos de Alemania me parecen bastante simples ahora. Desde el momento en que Bismarck llevó a cabo el proyecto de la burguesía [...] las cosas han tomado en Alemania este rumbo en forma tan decisiva que nosotros, como cualquier otro, debemos reconocer el hecho consumado, nos guste o no [...] El lado bueno del asunto es que simplifica la situación; hace más fácil una revolución al terminar con las pendencias entre las pequeñas capitales y acelerará, en todo caso, el desarrollo. Después de todo, un Parlamento Alemán es algo muy diferente de una Cámara Prusiana [...] Por consiguiente, en mi opinión, todo lo que podemos hacer es aceptar simplemente el hecho, sin justificarlo, y utilizar todo lo que podamos las mayores facilidades de organización y unificación *nacionales* del proletariado alemán, que de todos modos se ofrecerán ahora".

Los primeros socialistas en el Reichstag

En el congreso de la A.G.O.A., reunido en Erfurt a fines de 1866 para discutir y elaborar el programa electoral, la condesa de Hatzfeldt presentó un proyecto netamente inspirado en el ideario "nacional liberal", aunque recubierto con las palabras de Lassalle. De acuerdo con su táctica oportunista, Schweitzer prefirió aceptarlo para evitar la división en vísperas de las elecciones. Sin embargo, no pudo impedirla porque la condesa —muy contrariada por no haber conseguido imponer en la presidencia de la Asociación a uno de sus partidarios— logró a los pocos meses que éstos fundaran la Asociación Lassalleana de Obreros Alemanes, con Frösterling como presidente.

En abril de 1867 el parlamento constituyente aprobó la nueva Constitución de la Confederación Alemana del Norte; esta constitución creaba un *Bundesrat* (Consejo Federal) y un *Reichstag*.Los tres partidos socialistas se presentaron separados. Acometieron la lucha electoral sin medios financieros y desgarrados por los conflictos ideológicos y los entredichos personales. Pero la clase obrera superó a sus jefes en conciencia y disciplina y gracias a su entusiasmo el socialismo alemán obtuvo su primera victoria electoral: llevó siete diputados al parlamento. La A.G.O.A. sacó dos bancas (una de ellas para Schweitzer, que había batido al mismo Bismarck en el distrito de Elberfeld), el

Partido Popular Sajón cuatro (entre ellas una para Liebknecht y otra para Bebel) y la fracción de la condesa una, que ocupó Frösterling.
Entretanto, el Partido Popular Sajón realizó un congreso en Gera, donde los representantes obreros de las sociedades de cultura privaron sobre los burgueses. Ellos eligieron a Bebel presidente del partido. En Berlín la asamblea de la A.G.O.A. eligió presidente a Schweitzer.

Acción de los sindicatos

Alemania atravesaba un período de gran prosperidad económica y en muchas partes el proletariado, ya organizado políticamente, comenzaba a mostrarse exigente. En 1865 habían estallado innumerables huelgas, sobre todo en Hamburgo y en Leipzig. Hacia 1868 los obreros de Berlín, agrupados en sindicatos por oficios, llevaron a cabo una enérgica agitación. Los tipógrafos y los obreros del tabaco obtuvieron grandes éxitos. En Sajonia, Bebel había organizado una importante huelga de tipógrafos, quienes por su combatividad se pusieron a la cabeza del movimiento obrero de toda Alemania. Schweitzer señalaba, en el *Socialdemócrata* que la acción del proletariado no podía reducirse a la lucha económica de los sindicatos, aunque reconocía que ella era positiva en la medida que desarrollaba la conciencia de clase. En todo caso debía existir una conexión sumamente estrecha entre la agitación económica y la lucha política. En la asamblea de Hamburgo (1868) la A.G.O.A. asumió una posición favorable a los sindicatos, pero estableciendo que las tareas de su organización no incumbían a la Asociación.
Poco después se reunió en Nuremberg un congreso del Partido Popular Sajón. Asistieron delegados de la A.G.O.A., de Austria y Suiza. Bebel y Liebknecht, que tenían la intención de convertirlo en una sección de la Internacional, presentaron un programa netamente proletario, cuyos puntos principales repetían los estatutos de la A.I.T. y que fue calurosamente apoyado por la mayoría de los delegados. Los sectores burgueses se retiraron indignados y proyectaron fundar una nueva asociación obrera.
En esos momentos ambos grupos socialistas coincidían en dos puntos fundamentales: su adhesión a la Internacional y a la práctica sindical. Sin embargo, Schweitzer, abusando de sus poderes dictatoriales, se negó a la fusión de las dos organizaciones. Sólo estaba dispuesto a aceptarla si los miembros del Partido Popular Sajón ingresaban a la A.G.O.A., "que no estaba dispuesta a cambiar la rígida organización que le diera Lassalle por un vago confusionismo". El *Demokratisches Wochenblatt* (*Semanario Democrático*), que Liebknecht publicaba en Leipzig como órgano del P.S.P. desde los primeros meses de 1868, acusó a Schweitzer de traición al socialismo y a la democracia, afirmando que su política se oponía a los principios de Marx.
Aunque la brecha abierta entre ambas fracciones parecía insuperable, el movimiento sindical aún se ofrecía como el único campo donde podrían llevar a cabo una acción conjunta. Pero los socialistas del P.P.S. se negaron a enviar delegados al congreso sindical que Schweitzer y Fritzsche convocaron en Berlín para setiembre de 1868. Asistieron 206 delegados representando a 142.000 obreros de 110 localidades y se fundaron diez sindicatos, agrupados en una Liga cuya presidencia recayó en Schweitzer, Fritsche y Klein. Se adoptó al *Socialdemócrata* como órgano de la Liga.
Mientras la condesa rechazaba la acción sindical en aras de la ortodoxia lasssalleana los progresistas se dieron a la tarea de fundar asociaciones sindicales bajo el lema de la conciliación de clases y la armonía de intereses entre el capital y el trabajo.
Bebel y Liebknecht pidieron una asamblea general de todos los obreros de Alemania, encaminada a aglutinar las tres fracciones sindicales, y Schweitzer reiteró su argumento: la unión debía plantearse sobre la base del ingreso de la Liga del P.P.S. a la Liga que él presidía. De tal modo, el movimiento sindical prolongó el fraccionamiento que afectaba al movimiento político de los trabajadores alemanes.

El Congreso de Eisenach

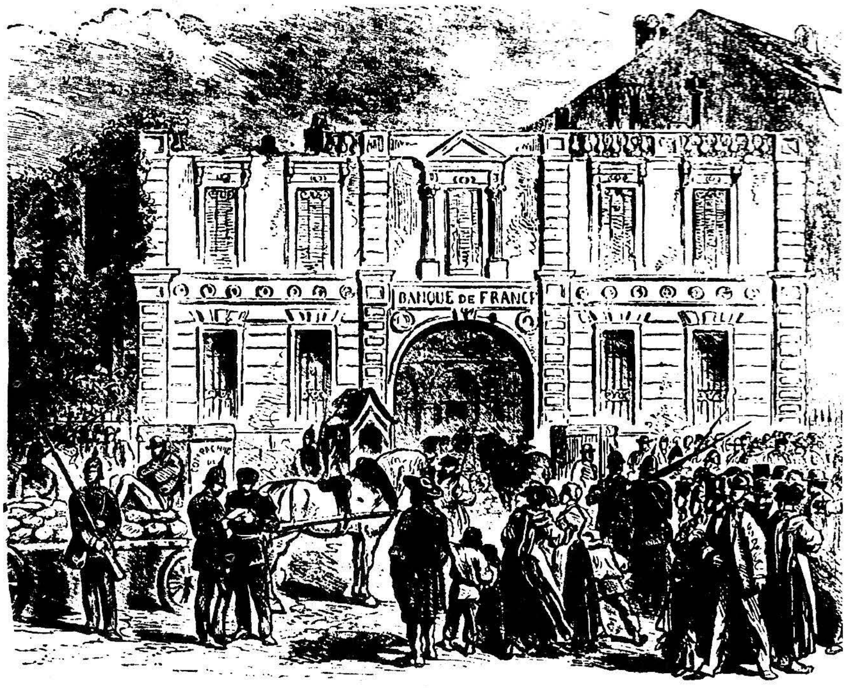
En el movimiento obrero de Alemania meridional crecía la influencia de Bebel y Liebknecht en la misma proporción en que disminuía el entusiasmo por Schweitzer. El *Semanario Democrático* lo acusaba de sabotear sistemáticamente desde 1864 la organización de un verdadero partido obrero, haciendo fracasar todos los esfuerzos orientados a lograr la unidad partidaria por seguir el juego al cesarismo de Bismarck.
En la asamblea general de la A.G.O.A., reunida en Elberfeld en marzo de 1869, Liebknecht y Bebel repitieron su acusación contra Schweitzer, pero no tuvieron éxito porque éste conservaba la confianza de la mayoría de los delegados presentes, aunque ya había perdido la unanimidad.
Durante la asamblea de la Liga de Sindicatos, en Kessel, Bebel se pronunció nuevamente por el acuerdo de las distintas tendencias, que Schweitzer volvió a rechazar, para lanzar al mes siguiente un manifiesto conjunto con ex partidarios de la fracción de la condesa en el que proponía la formación de un partido unido. Con este verdadero golpe de estado el presidente de la A.G.O.A. buscaba restablecer el estatuto de 1863 con el fin de reforzar su debilitada dictadura. Muchos viejos militantes —como York, Bracke y Bonhorst— se opusieron a esta maniobra y reclamaron una reunión general de todos los obreros socialistas para crear una organización au-

El ataque a los socialistas en la época de las leyes de excepción

A nuestros empleados y obreros:
Los acontecimientos de los últimos meses nos obligan a tomar una decisión que nuestra confianza en el patriotismo de cada ciudadano alemán nos había hasta el presente hecho demorar: la decisión de combatir en común y de una manera implacable a la socialdemocracia, con todos los medios de que disponemos.
No pensamos que los crímenes cometidos contra el venerado emperador del Reich alemán fuesen instigados y decididos por el Partido Socialdemócrata; pero sí pensamos que los jefes de este partido estimaron a fin de cuentas que se trataba de acciones prematuras y que comprometían su plan de aniquilamiento de todo orden político y moral. Esos crímenes que reclaman venganza, han acarreado por otra parte una represión que va más allá de nuestros deseos.
Queremos esperar y creer que aquellos de vosotros, descontentos de su suerte, pero engañados por las promesas ilusorias de algunos agitadores que se han afiliado al movimiento socialdemócrata, se apartaran del mismo vistos los crímenes cometidos, y una vez puestas a la luz las intenciones de los que persiguen la desaparición de todo orden político, la desmoralización y la degradación de la familia, el envilecimiento de la autoridad, la negación incluso de la patria potestad del padre de familia [...] Pensamos que tales experiencias han devuelto al recto camino a los más ciegos. Si no obstante nos engañáramos, si algunos de vosotros, a pesar de las lecciones de la historia, continuaron en la ruta que han escogido para su desgracia, nos veríamos obligados a prescindir de ellos, y os ponemos en guardia contra todo contacto con esos enemigos de la patria.
Estamos decididos a utilizar cuantos medios tenemos a nuestro alcance, y declaramos solemnemente que nadie tendrá el derecho de decir que no ha sido advertido a su debido tiempo, si resulta afectado por nuestras decisiones y actos.
Brünswick, 29 de junio de 1878.
Los patronos asociados de Brünswick.

(Citado por Jacques Droz en: *Historia del Socialismo*. Barcelona, Edima, 1968.)

Después de cuatro años de guerra se firma un tratado de paz que impone a Francia duras condiciones. Vemos aquí, frente al Banco de Francia en Estrasburgo, una hilera de coches que transportan los cinco mil millones de francos que componen la indemnización acordada.



ténticamente democrática. Bebel y Liebknecht aceptaron y el *Semanario Democrático* convocó al proletariado alemán a un congreso, que se reuniría en Eisenach.

Asistieron 262 delegados como representantes de 14.000 obreros y sesionaron del 7 al 9 de agosto de 1869. De acuerdo con los planes de Bebel se constituyó el Partido Socialista Obrero sobre la base del programa de Nuremberg. Se aprobó una organización mucho más democrática que la de la A.G.O.A. La dirección del nuevo partido quedaba a cargo de un comité de cinco personas, que residirían en Brünswick, controlado por una comisión de once miembros con sede en Viena. El *Semanario Democrático*, convertido en el órgano partidario, tomó el nombre de *Volkstaat* (*El Estado del Pueblo*). La Liga de Sociedades Obreras se disolvió de inmediato y los sindicatos ya formados pasaron a la Internacional.

Schweitzer pretendió combatir al P.S.O. en su mismo terreno y se lanzó contra él porque tardaba en pronunciarse oficialmente en favor de las resoluciones de la Internacional, que en su congreso de Basilea había proclamado la propiedad colectiva de la tierra como reivindicación del proletariado. Alegaba que Liebknecht se negaba a hacerlo para no provocar las iras del Partido Popular Alemán. Sin embargo, serían los burgueses del P.P.A. los primeros en romper lanzas contra el P.S.O., cuando intentaron sustraer de su influencia a las Sociedades Obreras de Alemania del Sur, llegando a la ruptura definitiva con el proletariado alemán en enero de 1870. El movimiento obrero y socialista avanzaba lenta y gradualmente pero con paso firme. Hasta 1870 la clase obrera alemana se había ido desprendiendo de los partidos de la pequeña burguesía para situarse autónomamente como clase en la lucha política.

Los socialistas y la guerra franco-prusiana

En Francia, y sobre todo en Alemania, las burguesías vacilaron desconcertadas ante la guerra entre ambas potencias. Pero el proletariado interpretó correctamente la situación caracterizándola en principio como guerra dinástica. Schweitzer señaló que Francia había sido la agresora y adjudicó a Alemania un papel estrictamente defensivo. La resolución del Consejo General de la Internacional coincidió en líneas generales con su análisis. En el parlamento de la Confederación del Norte se otorgó por unanimidad un voto de confianza al gobierno de Bismarck. Los diputados socialistas del *Reichstag* votaron en favor de los créditos de guerra, excepto Bebel y Liebknecht, que se abstuvieron por considerar —acertadamente— que el gobierno de Prusia era tan responsable como Napoleón III, ya que desde 1866 estaba preparando el conflicto. Su actitud fue censurada por sus propios partidarios y el mismo Comité de Brünswick declaró, en un manifiesto, que el proletariado no debía oponerse a una guerra defensiva. También Marx y Engels criticaron la posición de Liebknecht, quien sostenía la completa neutralidad del partido en contra del Comité, que, ante el conflicto, pidió consejo a Marx. El 15 de agosto de 1870 Engels escribía a Marx: "Me parece que la situación es esta: Alemania ha sido llevada por Badinguet, [Napoleón III] a una guerra por su existencia nacional [...] toda la masa del pueblo alemán de toda clase se ha dado cuenta de que esta es ante todo y por sobre todo una cuestión de existencia nacional, y por ello se ha volcado de inmediato en ella. Me parece imposible que en esta circunstancia un partido político alemán debiera predicar un obstruccionismo total a la manera de Wilhelm [Liebknecht] y anteponer a la consideración principal toda clase de consideraciones secundarias [...] La afirmación de Wilhelm de que la posición correcta es permanecer neutral, porque Bismarck es un ex cómplice de Badinguet, causa gracia [...] Wilhelm ha hecho evidentemente sus cálculos sobre la base de una victoria de Bonaparte simplemente para conseguir la derrota de su Bismarck. Recordarás cómo siempre le amenazaba con los franceses. ¡Tú también estás, desde luego, *de parte de Wilhelm*!". Antes de responder al comité de Brünswick Marx consultó a Engels: "Es un asunto tan importante —no se trata de Wilhelm [Liebknecht] sino de instrucciones en cuanto a la línea de los obreros alemanes— no quise dar un paso sin consultarte.

Wilhelm deduce su acuerdo conmigo:

1) del Mensaje de la Internacional, que desde luego ha traducido previamente a su lenguaje personal;

2) de la circunstancia de que yo aprobé la declaración hecha por Bebel y por él en el Reichstag. Era ese un momento en que la posición principista era un acto de arrojo, pero de esto no se sigue de modo alguno que dicho momento perdura y, mucho menos, que la actitud del proletariado alemán en una guerra que se ha convertido en nacional se exprese en la antipatía de Wilhelm por Prusia".

Una vez más los conflictos desatados por la cuestión nacional hacían sentir su influencia decisiva sobre la clase obrera alemana.

Pero la marcha de los sucesos pondría de acuerdo a todos los socialistas. Después de la derrota francesa de Sedán se proclamó en París la República burguesa mientras en Alemania, durante los banquetes que celebraban la victoria ya se brindaba por Alsacia y Lorena. La burguesía alemana presionaba para convertir la guerra defensiva en una de conquista favorable a sus intereses y cara a los soberanos de los estados del sur y al militarismo de los *junkers* prusia-

Liebknecht y Prusia

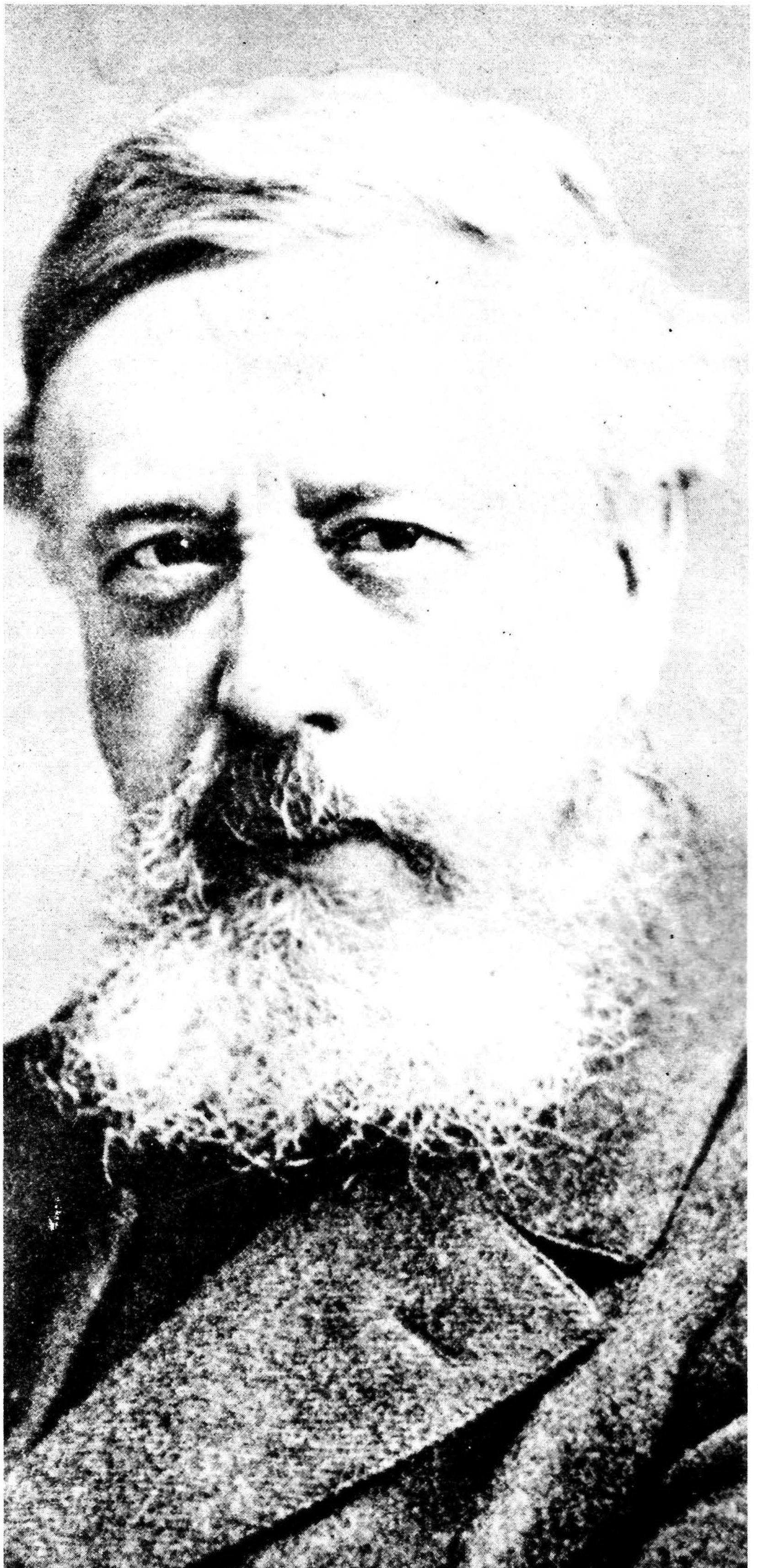
Schweitzer les llevaba de ventaja a Marx y Engels [. . .] su conocimiento exacto de la realidad prusiana. Ellos la veían siempre a través del color de su cristal, y Liebknecht les falló en la función informadora y mediadora que las circunstancias le habían asignado. Retornó a Alemania en 1862, llamado por Brass, un republicano rojo, repatriado también del destierro, para fundar la *Gaceta General Alemana del Norte*. Pero apenas se había incorporado Liebknecht a la redacción cuando se descubrió que Brass tenía vendido el periódico al gobierno de Bismarck. Liebknecht se separó inmediatamente; pero esta aventura, la primera que experimentó al volver a su país, dejó en él una desventurada huella. No por las consecuencias materiales, porque volviera a verse en medio del arroyo, como en los largos años de su destierro, pues esto era lo que menos preocupaba a quien como él ponía el interés de la causa por encima de su persona, sino porque aquella lamentable experiencia ya no le permitió orientarse certeramente ante la nueva situación con que se encontraba en Alemania.
Al pisar de nuevo tierra alemana, Liebknecht seguía siendo, en el fondo, el hombre del 48. Aquel hombre de la *Nueva Gaceta del Rin*, para quien la teoría socialista y hasta la lucha proletaria de clases quedaban todavía rezagadas ante la cruzada revolucionaria de la nación contra el régimen de las clases retrógradas. La teoría socialista, aunque penetrase bien en sus ideas fundamentales, no fue nunca, en lo que a la armazón reflexiva se refiere, el fuerte de Liebknecht; lo que de Marx había adquirido en los años del destierro era la tendencia a escrutar los horizontes de la política internacional, acechando todo germen revolucionario. Ante estas perspectivas, para Marx y Engels, que, como renanos natos que eran, despreciaban en demasía todo lo que viniese del Elba, el estado prusiano no tenía gran importancia, y aún la tenía menos para Liebknecht, que procedía del mediodía de Alemania y que sólo había tomado parte, como militante, en los movimientos de Baden y de Suiza, cunas de la política cantonal. Prusia seguía siendo para él, como antes de marzo [del 48], un estado vasallo del zarismo, un estado que se alzaba frente al progreso histórico con los recursos abominables de la corrupción y que había que derribar antes de nada, pues sin eso no podía ni pensarse en las modernas luchas de clases dentro de Alemania. Liebknecht no se daba cuenta de lo mucho que el proceso económico de los años 50 y siguientes había transformado el estado prusiano, creando también dentro de él realidades nuevas que imponían como necesidad histórica el que la clase obrera se desglosase de la democracia burguesa.

(De Franz Mehring, *Carlos Marx y los primeros tiempos de la Internacional*. México, Grijalbo, 1968.)

nos. Los socialistas no participaban de tanto entusiasmo. Los seguidores de Schweitzer, los del grupo de la condesa y los de Eisenach, todos coincidieron con la Internacional en su oposición a la burguesía industrial renana, ansiosa por anexarse Alsacia y Lorena y cuya impaciencia consideraban peligrosa y presagio cierto de futuros dramas. El Comité de Brünswick encabezó la campaña y lanzó un manifiesto convocando al proletariado alemán a una asamblea de masas para pronunciarse contra la anexión y en favor de una paz honorable con el gobierno burgués de Francia. Por su parte, el *Estado del pueblo* atacó severamente la política expansionista de Prusia.
Los nacional liberales denunciaron el manifiesto del P.O.S. al gobernador de Hannover, quien prohibió la circulación del periódico e impidió la reunión de la asamblea de protesta, haciendo arrestar a los miembros del Comité de Brünswick.
Cuando el gobierno solicitó al parlamento un nuevo empréstito, destinado a continuar la guerra por la anexión de Alsacia y Lorena, todos los socialistas votaron en contra.

Unificación del movimiento socialista alemán

Una de las consecuencias más importantes de la guerra franco-prusiana fue la consumación de la unidad alemana. La gran victoria conjunta del norte y el sur fue el primer paso para consagrar jurídica y políticamente una fecunda unión militar. Los estados del sur firmaron convenios por los cuales ingresaban en la Confederación Alemana del Norte, aceptando su Constitución. El rey de Prusia se convirtió en emperador de Alemania y Bismarck —constructor del Imperio— continuó como canciller del Nuevo Reich.
A fines de 1871 Bismarck, que no había olvidado la oposición



Wilhelm Liebknecht:
"El dominio de
las espadas y de las
clases son causa
de todos los males
del estado
y de la sociedad".

Arriba: el desarrollo de los ferrocarriles es un hito que define a la economía alemana en la segunda mitad del siglo XIX. Abajo: trabajo en las minas de carbón de Harz.

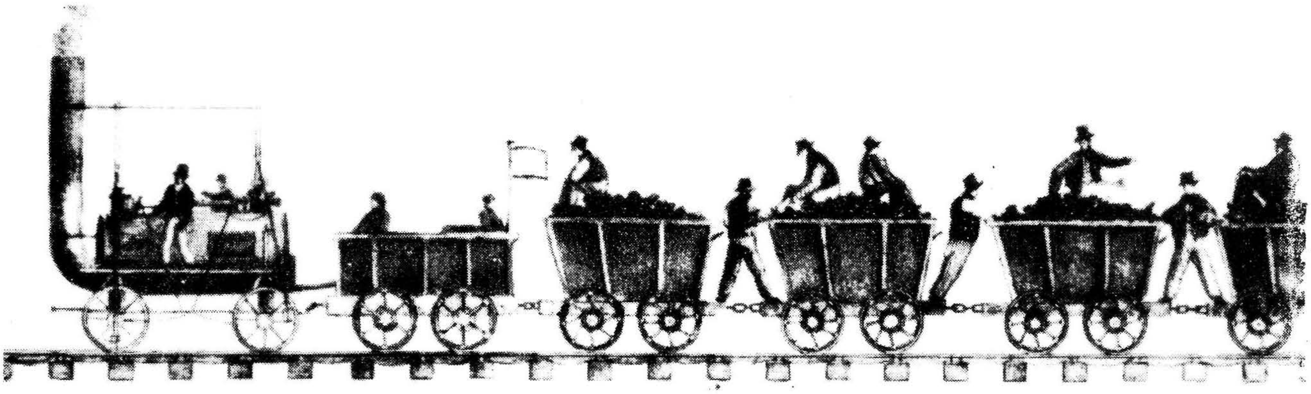
con que se había encontrado su política, hizo encarcelar a Bebel y a Liebknecht, los cuales a los cuatro meses recuperaron su libertad, pero dentro de los límites de Leipzig.

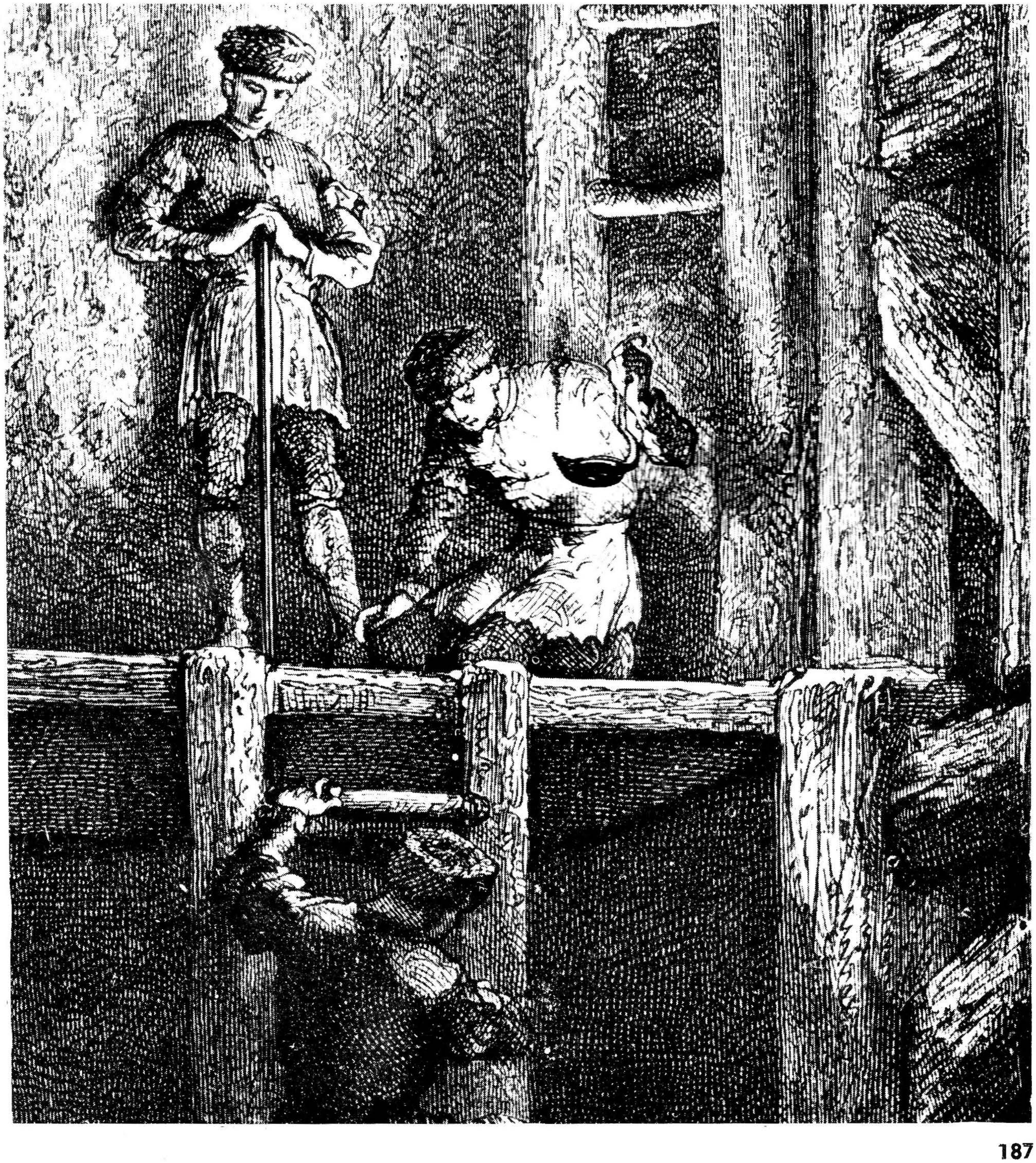
Las elecciones de marzo de 1871 se realizaron en un momento sumamente desfavorable para los socialistas. Ante las masas populares aparecían oponiéndose a la unidad nacional, tal como se había realizado, y, además, la mayoría de sus electores aún estaban en Francia bajo bandera. Sin embargo, obtuvieron 101.927 votos, cerca del 3 % del total. En Alemania del Sur, donde nunca se había votado, a pesar del obstáculo que esto significaba, quedó demostrado el considerable progreso conseguido por la agitación socialista. Schweitzer fue vencido en su distrito y el fracaso lo llevó a retirarse de la dirección de la A.G.O.A. La asamblea de Berlín aceptó su renuncia y eligió a Hasenclever como presidente. Este, publicaría poco después el *Neuer Sozial-Demokrat* (*Nuevo socialdemócrata*).

La Comuna de París provocó el entusiasmo de los obreros alemanes. Asambleas masivas, celebradas en varias ciudades de Alemania, rindieron homenaje e hicieron llegar su saludo fraterno al proletariado de París. Intranquilo, el gobierno echó mano a la represión y los miembros del Comité de Brünswick debieron sufrir otro proceso. Este aumentó su condena, pero la Corte Suprema terminó absolviéndolos. Por el contrario, en 1872, el tribunal de Leipzig condenó a Liebknecht y a Bebel, acusados de alta traición, a dos años de prisión. Pero los interrogatorios, la defensa y todas las instancias procesales contribuyeron más que cualquier agitación a propagar el socialismo.

Entre 1871 y 1873 se aceleró el proceso de acumulación y concentración de capitales. Surgieron como hongos las sociedades anónimas destinadas a explotar las industrias, acerías y minas de carbón, líneas férreas e instituciones bancarias y comerciales. El capital invertido en acciones superaba los 1.200 millones de táleros. Bismarck, hasta entonces representante de los intereses de la gran propiedad sobre bases capitalistas, dio rienda suelta a la alta burguesía industrial y financiera, que se sumergió desenfrenadamente en la vorágine de la especulación. Así ganó el apoyo incondicional de los nacional-liberales y los liberal-conservadores, malquistándose con los *junkers*. Pero la oposición al Imperio se concentraba en un poderoso partido parlamentario, fuertemente particularista: el *Centro*, que tenía en el Parlamento 57 diputados.

Este partido estaba integrado por una masa heterogénea desde el punto de vista político y social que sólo tenía en común la religión católica que profesaba. Representaba los intereses particularistas de las provincias católicas de Baviera, Renania, Silesia, tradicionalmente enfrentadas con el prusianismo. Su carácter particularista predominaba sobre lo religioso: su reivindicación principal era lograr la autonomía de los pequeños estados. Sólo en segundo término intentaba proteger los intereses de las asociaciones religiosas ante la intromisión del estado en la legislación secular. El error de Bismarck consistió en arremeter contra el ultramontanismo, concentrando sus ataques en la Iglesia católica. Mediante leyes excepcionales intervino violentamente en su vida interna, restringiendo la libre predicación de los sacerdotes para neutralizar su posible influencia política y controlando la enseñanza. Expulsó a los jesuitas, reglamentó la formación de los sacerdotes en los seminarios y prohibió que percibieran salarios. Pero todas sus medidas tropezaron con la resistencia pasiva del clero y los fieles y con la oposición sistemática del Centro. La política de Bismarck los hizo invencibles frente a la *Kulturkampf* ("lucha por la cultura contra el oscurantismo del clero"), pretensioso título con que había bautizado aquél su campaña antirreligiosa.







El Partido Socialista Obrero de Alemania

La prosperidad inusitada a partir de 1871 fortaleció al proletariado, que luchaba por obtener salarios más altos que le permitieran mejorar sus condiciones de vida y contrarrestar el constante aumento de los precios. Huelgas masivas se realizaron en casi todos los distritos industriales, paralizando a los textiles, a los mineros, metalúrgicos y mecánicos. Acorde con la hostilidad del gobierno frente a los huelguistas, la burguesía acusaba a los socialistas de organizar las huelgas a pesar de que sus fracciones sólo se limitaron a apoyarlas, pues privaba una fuerte tendencia a mantener la independencia del movimiento político respecto de la lucha económica.

Pese a sostener sus diferencias, existía, desde la constitución del Imperio, un pacto tácito entre las dos fracciones del socialismo basado en la oposición al gobierno prusiano. Mientras el sector lassalleano dominaba en Prusia, los del grupo de Eisenach contaban con importantes sectores de trabajadores domiciliados de los estados centrales y con los obreros industriales de las provincias del sur. La tarea común de ambas tendencias en el terreno sindical, el apoyo recíproco en las huelgas, unió a sus adherentes en la práctica concreta contra el enemigo común. En las elecciones de 1874 fueron elegidos nueve diputados socialistas con un total de 351.670 votos, correspondiéndole a cada fracción algo más de 150.000. Semejante equilibrio de fuerzas facilitaba la fusión. Bebel y Liebknecht seguían presos; por consiguiente, la representación socialista en el *Reichstag* constó solamente de siete diputados, cada vez más unidos en la lucha parlamentaria. El resultado de las elecciones inquietó a Bismarck, que desató una persecución contra los dirigentes y los centros obreros del movimiento socialista. Esta persecución actuó como un factor decisivo en el camino hacia la unión. A fines de 1874 concluyeron las negociaciones con vistas al acuerdo entre Liebknecht, ya en libertad, y Toelke, representante de los lassalleanos. Los funerales de York reunieron, en una multitud impresionante, a todos los socialistas del distrito.

En mayo de 1875 se celebró en Gotha el famoso congreso unificador del movimiento socialista alemán. Acudieron 73 delegados por los lassalleanos y 56 en representación del partido de Eisenach. Liebknecht presentó un proyecto de programa y Hasenclever el de los estatutos. La asamblea aprobó ambos constituyendo el Partido Socialista Obrero de Alemania, nacido del compromiso entre las dos tendencias. Esta circunstancia conspiró contra el programa, el cual fue duramente criticado por Marx, que lamentaba la notoria influencia de las ideas de Lassalle. Bebel y Liebknecht intentaron disculpar los errores programáticos, pues ambos estaban convencidos de que "más que el programa, lo que importa es la acción del partido".

Según Mehring, el ataque de Marx se basaba en un error de apreciación al reputar correcta la línea teórica del grupo de Eisenach cuando, de hecho, ambas tendencias adolecían de similares falencias ideológicas.

El nuevo partido se había dado una compleja aunque flexible organización, encaminada a democratizar las decisiones, que fue pronto anulada por las fuerzas de la represión. Durante años el P.O.S.A. dependió de la solidaridad de los obreros alemanes, abriendo sus trincheras donde se daba la lucha. Hamburgo era la sede del comité directivo integrado por cinco miembros: Hansenclever y Hartmann por los lassalleanos y Auer, Derossi y Geir por los de Eisenach. *El estado del pueblo* y el *Nuevo socialdemócrata* se mantuvieron como órganos partidarios. El movimiento sindical siguió los pasos de las organizaciones po-

Augusto Bebel logró, junto a Liebknecht, unir a los obreros socialistas antilassalleanos en el Congreso de Eisenach fundando el Partido Obrero Socialista Alemán, adherido a la Internacional.

Moisés Hess —arriba— y Eduardo Bernstein —en la ilustración inferior— colaboraron en la redacción de "El Socialdemócrata", periódico socialista clandestino que tomó una orientación decididamente subversiva.

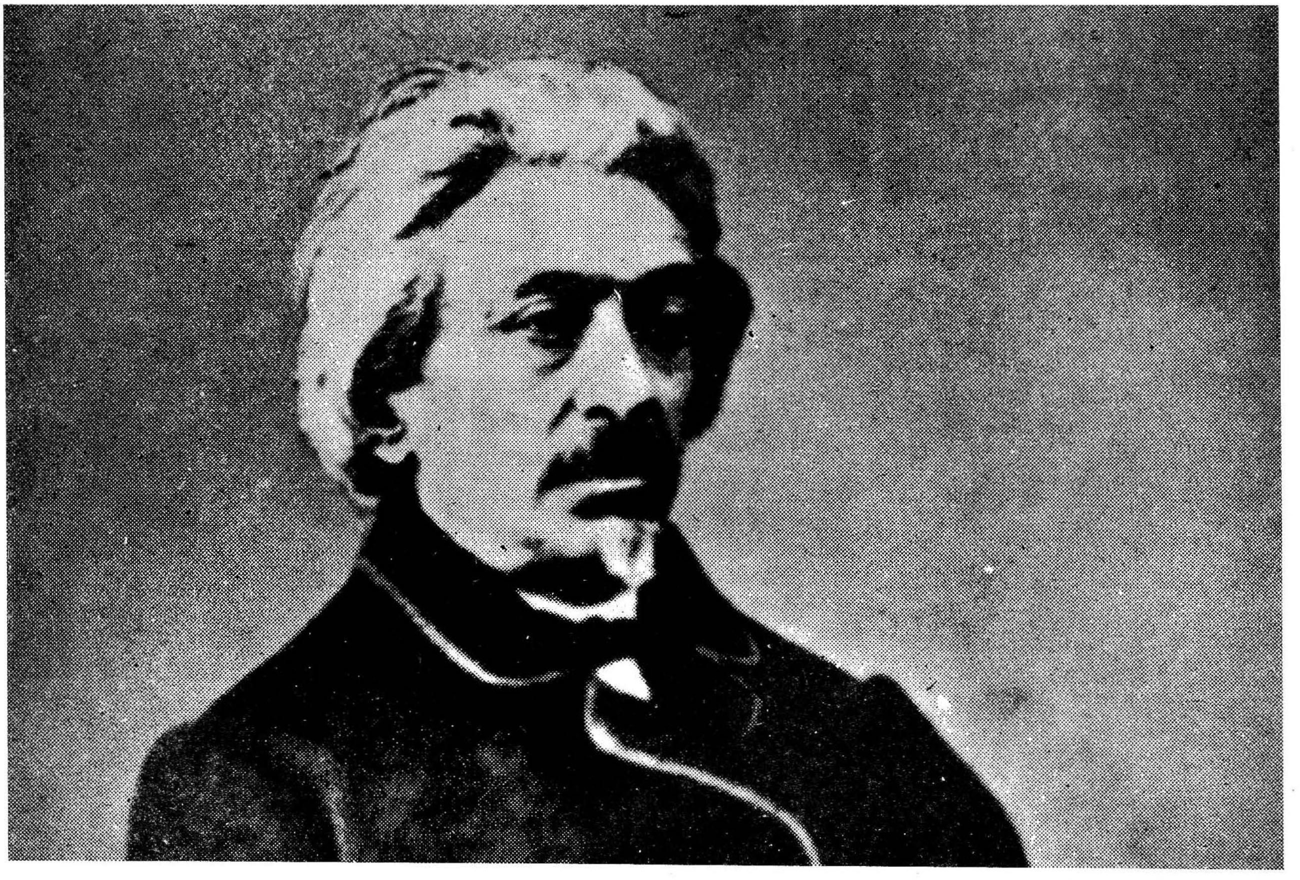
líticas, unificándose al poco tiempo.

Leyes contra los socialistas

La caída de la Bolsa de Viena en 1873 inauguró la primera gran crisis del sistema capitalista mundial. Sus consecuencias provocaron en Alemania la ruptura del bloque reaccionario. Las críticas a la economía de librecambio surgían por doquier. La competencia de la industria británica en el mercado mundial presionaba a los grandes industriales alemanes, que abrazaron el proteccionismo para reducir los costos de producción hasta el nivel más bajo posible con el fin de concurrir con éxito al mercado mundial. A ellos se sumaron los grandes terratenientes, perjudicados por la baja de los precios de los productos alimenticios a raíz de la competencia de la carne y el trigo importados de Rusia, Estados Unidos y otros países productores. Consiguieron el apoyo de Bismarck, que, al invertir gran parte del presupuesto en el mantenimiento del ejército más poderoso de Europa, buscaba nuevos ingresos permanentes para el estado. Estos los halló en el aumento de los aranceles, los impuestos indirectos y la estatización de las grandes industrias y los ferrocarriles, medidas reglamentadas en las leyes proteccionistas de 1878. Su cambio de frente lo congració con los *junkers* que se aglutinaban en el Partido Conservador (fundado en 1786), orientándolo hacia una reconciliación con el Centro, que propugnaba el aumento de las tasas y aranceles. Habían quedado fuera de la alianza los librecambistas del partido Nacional Liberal. Para atraerlos desplegó Bismarck sus recursos de hábil político enfrentándolo con el peligro del "terror rojo".

En las elecciones de 1877, los socialistas obtuvieron cerca de 500.000 votos, más del 9 % del total, convirtiéndose en el cuarto partido del Reich, por encima de los progresistas y los liberales conservadores. Con ello se convirtieron, para Bismarck, en el enemigo más temible (aunque no se debe olvidar que, al exagerar su peligro, el canciller buscaba obtener el respaldo de todas las fuerzas burguesas). Repetidas veces Bismarck presentó al *Reichstag* leyes que restringían la actividad del P.O.S.A. Ampliamente debatidas, sin la presencia de los doce diputados socialistas, no llegaron a aprobarse por la oposición de los nacional liberales. Por su parte, los progresistas, celosos de la clientela electoral del socialismo, habían acuñado un concepto que hizo fortuna: "partidos del orden".

En 1878 dos desequilibrados proveyeron a Bismarck del ansiado pretexto para colocar a la socialdemocracia fuera de la ley. En mayo, Hödel, un obrero hojalatero, disparó repetidamente y sin éxito contra el emperador. Cuando Bismarck conoció el atentado se apresuró a presentar en el parlamento el proyecto de ley de excepción contra los socialistas, proyecto que éstos se negaron a discutir. Un mes después el doctor Karl Nóbiling disparó contra el emperador hiriéndolo gravemente. Ninguno de los dos regicidas tenía contacto con la socialdemocracia, pero todos sus enemigos aprovecharon el episodio para combatirlo, especialmente los progresistas. A fin de asegurarse, Bismarck disolvió el *Reichstag*, en el cual temía la oposición de los nacional liberales, y convocó nuevamente al cuerpo electoral. El proyecto de ley de excepción fundaba la persecución afirmando que a "las ideas patológicas del socialismo, enemigo del estado y de la sociedad, no se les puede cortar el paso con la ley común. De ahí que urja dictar la ley de excepción. Fue aprobado luego de movidos debates en el nuevo *Reichstag*, por 211 votos contra 149, en octubre de 1878. Se prohibió el funcionamiento legal del partido y de su prensa; se clausuró el *Vorwärts* (*Adelante*),





que aparecía en Leipzig, se disolvieron todas las asociaciones sindicales y se encarceló a muchos de sus dirigentes. Hasta 1890 fueron detenidas alrededor de 1.500 personas encausadas por la ley de excepción, que se fue prorrogando a lo largo de varios períodos parlamentarios.

La legislación social

Privada de organizaciones sindicales que la protegieran la clase obrera se radicalizaba progresivamente y circulaban con profusión las publicaciones socialistas clandestinas, editadas en Londres y Suiza. El *Socialdemócrata*, dirigido por el empleado bancario Eduardo Bernstein, tomó una orientación decididamente subersiva. A pesar de la represión, el P.S.D. podía intervenir en las elecciones y mantenía sus bancas en el parlamento. Allí algunos de sus miembros, menos firmes en sus convicciones e ideológicamente bastante débiles, tentaron convencer a Bismarck de las buenas intenciones de sus correligionarios, prometiendo en el futuro actuar con moderación si se derogaban las leyes contra el P.S.D.. El gobierno se negó a pactar con los miembros de un partido enemigo del estado, cuya prensa circulaba clandestinamente, atacando furiosamente al gabinete. Hasanclever y Blos negaron que el *Socialdemócrata* fuera el órgano oficial del partido a raíz de que estaba desorganizado, sin medios, e impedido de actuar legalmente. Pero el partido desautorizó sus declaraciones, mientras el periódico los atacaba por su oportunismo. También Liebknecht, en los primeros momentos, había pretendido acatar la disolución impuesta por el gobierno mereciendo las severas críticas de sus camaradas, incluso de Marx y Engels. Para evitar una escisión que en esos momentos resultaría irreparable se impuso la necesidad de convocar una conferencia. Esta se celebró en Zurich en 1882, e intervinieron en ella los diputados del parlamento, los redactores del *Socialdemócrata* y otros miembros destacados, todos los cuales decidieron realizar un Congreso del P.S.D. Así concurrieron en 1833 a Copenhague 60 delegados de toda Alemania, que afirmaron la lealtad a sus principios sin renunciar a ninguna de sus reivindicaciones. Pese a las leyes antisociales que causaran la deserción de algunos miembros,la mayoría de los militantes se había fortalecido en la dura prueba. Por supuesto, rechazaron como insatisfactorias las leyes sociales que Bismarck dictó con el propósito de desarmar a la socialdemocracia. Para contrarrestar sus avances el gobierno había promulgado para los obreros el seguro de enfermedad (1833), el de accidentes (1884) y un sistema de pensiones a la vejez e invalidez.

Bismarck aspiraba a que su bonapartismo sustituyera las iniciativas socialistas y así restar popularidad a la socialdemocracia, pero no lo consiguió. A pesar de todos los inconvenientes ocasionados por la represión, en 1884 el P.S.D. obtuvo 24 bancas en el Parlamento. Las leyes de excepción fueron prorrogadas ese mismo año, en 1886 y en 1888. En 1888 murió Guillermo I y, después del breve reinado de su hijo Federico III, ocupó el trono su nieto, Guillermo III, un joven de 28 años que se mostró dispuesto a someterse a los dictados del viejo canciller. Pese a su ojeriza contra la socialdemocracia se presentó para suplantarla, como protector de los trabajadores y aceptó la propuesta del gobierno suizo de realizar un congreso de gobernantes europeos con el fin de tratar las reivindicaciones del proletariado.

Su nueva política respecto a la clase obrera neutralizó en el *Reischag* la influencia de Bismarck: en 1890 se dejaron sin efecto las leyes de excepción. Estas medidas no eran ajenas a las próximas elecciones. Sin embargo, el proletariado respondió a su partido, recién devuelto a la legalidad.

La extraordinaria prosperidad alemana, que azuzaba a la clase obrera a avanzar en sus reivindicaciones, hizo el resto. Los socialistas obtuvieron una victoria aplastante (35 bancas en el parlamento) mientras caían derrotados los conservadores y liberales nacionales al perder 85 mandatos. Con esta derrota Bismarck perdía la base principal de apoyo a su política para la cual había recuperado a los nacional-liberales al suavizar el rigor proteccionista. Mientras que, fortalecido en la lucha, resurgía con todo su vigor el partido socialista alemán, que se había convertido en la vanguardia del movimiento obrero desde la quiebra de la Primera Internacional.

Bibliografía

Mehring, Franz. *Storia della socialdemocrazia tedesca.* Roma, Editori Riuniti, 1961.

Marx, Carlos y Engels, Federico. *Correspondencia.* Buenos Aires, Cartago, 1972.

Ramos-Oliveira, Antonio. *Historia social y política de Alemania.* México, F.C.E., 1964.

Mehring, Franz. *Carlos Marx y los primeros tiempos de la Internacional.* México, Grijalbo, 1968.

La Primera Internacional en España

Josep Termes

La fundación del sindicato de obreros tejedores en Barcelona, en el año 1840, señala el comienzo del movimiento obrero en España. Durante casi cuatro décadas su crecimiento será escaso, en gran medida en razón de las persecuciones gubernamentales de que fue objeto, salvo en breves períodos de gobiernos liberales, en que pudo tener una cierta libertad de acción.

El obrerismo en 1840 - 1868

El movimiento obrero español había nacido en Barcelona en 1840, con la fundación del sindicato de los obreros tejedores, desarrollándose especialmente en Cataluña, cuna de la revolución industrial española. Desde esta fecha hasta 1868 ni había crecido mucho (en gran parte a causa de las persecuciones gubernamentales, ya que sólo con los gobiernos liberales progresistas de 1840-1843 y 1854-1856 gozó de una cierta libertad) ni había conseguido extenderse más allá de las fronteras de Cataluña, excepto los movimientos campesinos: insurrecciones esporádicas, desorganizadas, efímeras, que iban sucediéndose en el campo andaluz, corroído por el latifundio. Paralelamente al movimiento obrero desarrollándose en Barcelona, Cádiz y Madrid, sobre todo, algunas escuelas socialistas utópicas de tradición francesa, inspiradas en Saint-Simon, Cabet y Fourier), con escasa fuerza y circunscritas al ámbito de las profesiones liberales. Más audiencia que el socialismo utópico iba a tener el partido democrático —ala izquierda del liberalismo de la pequeña burguesía y de los artesanos—— y su heredero, el partido republicano federal, que encontrarían amplio eco entre las masas obreras politizadas.

Durante estos años el movimiento obrero, que avanzó apoyándose en los sindicatos, los cuales si no podían actuar libremente se convertían en sociedades benéficas de ayuda mutua y daban socorro a los enfermos, inválidos y parados, doctrinalmente se manifestó favorable al cooperativismo, sin llegar a elaborar una doctrina revolucionaria sistemática. Reformas políticas, de asociación, jurados mixtos patronales-obreros, acción sindical económica eran sus presupuestos ideológicos.

La revolución de 1868

La reina de España, Isabel II, fue derribada del trono en setiembre de 1868 por una coalición de fuerzas políticas liberales y democráticas y militares descontentos. El pronunciamiento clásico fue seguido por varios movimientos populares revolucionarios en las más importantes ciudades del país, que, aunque derrotados y asimilados, forzaron al gobierno a conceder una amplia serie de libertades democráticas.

El destronamiento de la reina abrió, pues, un período de libertades (1868-1873), frecuentemente denominado de la "revolución democrática", durante el cual las fuerzas obreras pudieron salir de la clandestinidad y actuar públicamente. La nueva coyuntura política coincidía con el desarrollo de la Asociación Internacional de los Trabajadores (A.I.T.), fundada en Londres, en 1864, con la ayuda decisiva de Karl Marx. El movimiento obrero crecerá entonces en lo que se refiere al número de militantes y adquirirá una visión global de la sociedad.

Las libertades políticas iban a permitir una rápida acción social: los renacidos sindicatos obreros de Barcelona se unieron y crearon, en octubre de 1868, la *Dirección Central de las Sociedades Obreras de Barcelona* (que en febrero de 1869 cambió su nombre por el de *Centro Federal de las Sociedades Obreras de Barcelona*), encargado de coordinar la lucha reivindicativa de los obreros barceloneses. Este *Centro* estuvo dirigido por una serie de hombres (R. Fraga Pellicer, J. Nuet, J. Balasch, C. Bové, J. Fargas, etc.) que iban a ser la plana mayor del movimiento hispánico. La *Dirección Central* celebró en Barcelona, en diciembre de 1868, un congreso de obreros de Cataluña, en el que se discutió la forma de gobierno que debía darse a España (entonces con un gobierno provisional), ma-

Pablo Alsina, primer diputado obrero electo en 1869, marcó un camino que no fue transitado con frecuencia por el movimiento obrero español, el cual, por la influencia anarquista, optó por medios de lucha que descreían de la tarea parlamentaria.

nifestándose favorable a la república democrática federal. Al congreso asistieron unos cien representantes de sesenta y un sindicatos obreros, quienes, además de propugnar el federalismo, defendieron la participación electoral de la clase obrera y el cooperativismo como fórmula de emancipación social. Se acordó también la publicación de un semanario, órgano de la *Dirección Central*, que sería llamado *La Federación*, el más importante de los periódicos internacionalistas españoles.

Vemos pues que el movimiento obrero vuelto a la luz pública se definía en un sentido político claramente democrático. Durante estos primeros años postrevolucionarios (1868-1870) la ideología republicana federal (creación, en gran parte, de F. Pi y Margall) dominó en los núcleos de obreros activos, y ella coexistía en los medios proletarios —al menos en Cataluña— con el anarquismo y el anarcosindicalismo hasta el fin de la guerra civil, en 1939. Así, el *Centro Federal* apoyó a los candidatos republicano-federales en las elecciones a diputados de 1869, y unos cuantos de sus miembros, incluso algunos que más adelante serían acérrimos anarcosindicalistas, como R. Fraga Pellicer, J. Balasch, J. Fargas, etc., fueron dirigentes de aquel partido. Las motivaciones ideológicas del movimiento obrero eran, pues, federalismo republicano, cooperativismo, proteccionismo antilibrecambista y reformismo social. Esta situación se deterioró con el fracaso insurreccional de los federales en setiembre-octubre de 1869 y, especialmente, con la difusión de las ideas de Bakunin, a partir de 1870.

Los primeros pasos del internacionalismo hispánico

Como sabemos, la A.I.T. había sido fundada en Londres el 28 de setiembre de 1864, gracias a los esfuerzos materiales y organizativos de los sindicatos londinenses y al impulso ideológico y político de un revolucionario alemán exiliado en Gran Bretaña: K. Marx. La Primera Internacional contó al nacer con el apoyo de algunos núcleos sindicales británicos y franceses y con la ayuda de numerosas personalidades políticas refugiadas en Gran Bretaña. Fue una agrupación de adherentes individuales y de federaciones nacionales (en las que militaban personas y sindicatos), pero no de partidos políticos marxistas, como sería la Segunda Internacional. Marx redactó los estatutos, y uno de sus postulados —"la emancipación económica de la clase trabajadora es, por consiguiente, el gran fin al cual debe subordinarse, como un medio, todo movimiento político"— daría lugar a graves enfrentamientos ideológicos, que llevarían al cisma, entre partidarios de la creación de un partido político de la clase obrera (los marxistas) y los enemigos de la lucha política (anarquistas bakuninistas y sindicalistas).

Ya en 1865 el semanario barcelonés *El Obrero* había hablado de la existencia de la A.I.T.; en 1867 una sociedad secreta de Barcelona (la *Legión Ibérica*, seguramente de tipo republicano carbonario) dirigió una proclama al congreso de Lausana, y al año siguiente un trabajador catalán —A. Marsal Anglora— asistió al congreso de Bruselas, pero en realidad la Primera Internacional no empezó a ser conocida hasta la llegada a España de Giuseppe Fanelli, después de la Revolución de setiembre de 1868. Enviado por Bakunin, Fanelli arribó a Barcelona a fines de octubre de 1868 y recorrió Cataluña y el País Valenciano en gira de propaganda republicana federal, con Fernando Garrido, Orense y el hermano del geógrafo Réclus.

Se separó de sus compañeros, a los que encontraba excesivamente moderados, y se dirigió a Madrid, donde el 24 de enero de 1869 fundó el primer núcleo provisional de la Internacional con unos veinte obreros,



A los trabajadores de Madrid. La fiesta del Dos de Mayo (Fragmentos)

Llamamiento del comité de la Sección Internacional de Madrid, escrito por Francisco Mora, en 1870, con objeto de estrechar los lazos de amistad entre los pueblos (en este caso, de Francia y de España), por encima de las fronteras:

Trabajadores: No celebremos la fiesta del Dos de Mayo. Cuando todos los obreros del mundo se tienden fraternalmente la mano a través de los continentes y los mares, pensar en fiestas patrióticas, pensar en la eterna causa de nuestra desunión, es el mayor de los crímenes. El patriotismo es una idea que tiende a separar a los pueblos entre sí y a mantener constantemente el odio entre los hombres, que, siendo hermanos, les hacen creer los tiranos y explotadores que no lo son porque se interpone entre ellos el profundo lecho de un río o las elevadas cumbres de una cordillera de montañas. La idea de patria es una idea mezquina, indigna de la robusta inteligencia de la clase trabajadora. ¡La patria! La patria del obrero es el taller; el taller de los hijos del trabajo es el mundo entero... Hoy, en los tiempos de las Internacionales, la patria no tiene objeto alguno. El patriotismo ha cumplido su misión; que descanse en paz en el panteón destinado a las ideas del pasado... Trabajadores: No vayáis al Dos de Mayo, porque es fácil que al lado de aquellas tumbas venerandas, cubiertas de laurel y siemprevivas, se levanten amenazadores los ensangrentados espectros de la raza americana sacrificada, destruida inhumanamente, a título de civilización, por nuestros antepasados los conquistadores del Nuevo Mundo. No vayáis al Dos de Mayo, porque es fácil que alrededor de aquellos gigantescos cipreses se encuentren vagando las víctimas que el fanatismo de nuestros padres hizo sacrificar en los Países Bajos y en la conquista de Italia. No vayáis al Dos de Mayo, adonde os impulsan a ir nuestros explotadores, porque os embriagaréis de odio patriótico contra nuestros hermanos franceses, extranjeros en su patria como nosotros lo somos en la nuestra, gracias a la organización de la presente sociedad. Ellos no tienen la culpa de las víctimas causadas por los planes de un hombre ambicioso y cruel que cruzó Europa como un meteoro de fuego, no dejando en pos de sí más que lágrimas y sangre. Todos los habitantes de este planeta que gira en el espacio infinito en unión de un número inconmensurable de mundos, son hermanos. Todas las ideas que se opongan a la libertad, igualdad y fraternidad de los hombres, son injustas. El patriotismo, que se opone a la fraternidad de los pueblos es, pues, injusto.

Trabajadores: En nombre de la justicia, en nombre de la emancipación de la clase oprimida, en nombre de la Asociación Internacional de los Trabajadores, ne celebréis la fiesta del Dos de Mayo.

(Tomado de Anselmo Lorenzo. *El proletariado militante [Memorias de un internacional]* 2 vols. Tolosa 1946-47. 19 edición, Barcelona 1901 y 1923; págs. 159-60.)

entre los cuales figuraban A. Lorenzo, los hermanos Mora, González Morago, E. Borrel, muchos de ellos procedentes del centro cultural *Fomento de las Artes,* a los que dio el programa de la bakuninista *Alianza Internacional de la Democracia Socialista, además* de los documentos de la Internacional. Se fue a Barcelona en los primeros días de febrero de 1869, y allí creó otro grupo de la A.I.T., que era al mismo tiempo sección de la *Alianza,* con J. L. Pellicer, R. Farga Pellicer, G. Sentiñón, García Viñas, T. Soriano, etc.

Fanelli no diferenciaba adecuadamente las resoluciones oficiales de la A.I.T. de las ideas de Bakunin, y en España difundió las de éste como si fuesen las de aquélla, lo que posteriormente sería criticado por el mismo Bakunin. Decía éste, en una carta a González Morago: "Al ayudarnos a echar los primeros cimientos de la A.I.T. como de la *Alianza,* en España, ha cometido una falta de organización de la cual sentís ahora los defectos. Ha confundido la Internacional con la *Alianza* y por eso ha invitado a los amigos de Madrid a fundar la Internacional con el programa de la Alianza. Al principio, esto ha podido parecer un gran triunfo, pero en realidad se convierte en una causa de confusión y desorganización tanto para una como para la otra". Así, los primeros afiliados españoles a la A.I.T. pensaron que los estatutos y el programa de la *Alianza* (supresión de las diferencias de clases, colectivización, apoliticismo, anarquismo, etc.) eran los principios generales de la Primera Internacional. El viaje de Fanelli ha sido magnificado por gran parte de la historiografía, considerándolo la causa que explica el éxito del anarquismo en España. Esto es erróneo, ya que si bien es cierto que su palabra —la primera que oyeron los obreros españoles— era anarquista, no es menos evidente que dos años después Lafargue, yerno de Marx, estuvo en España mucho más tiempo que Fanelli y no por eso los obreros españoles adhirie-

ron al marxismo. Es que las causas del anarquismo y anarcosindicalismo español hay que buscarlas, especialmente, en el repudio del estatismo por parte de los obreros catalanes, que constituían entonces el proletariado numéricamente más poderoso de España y que veían en el socialismo estatal la continuación del papel del estado castellano opresor y enemigo tradicional del pueblo de Cataluña.
Meses después del viaje de Fanelli, el grupo internacionalista de Barcelona —el que más iba a desarrollarse, gracias a la existencia de un importante movimiento obrero, con más de cuarenta sindicatos— pudo enviar una delegación al congreso de Basilea, IV de la A.I.T., formada por el tipógrafo Farga Pellicer y por el médico Gaspar Sentiñón. De todas maneras la sección barcelonesa de la Internacional avanzaba lenta y prudentemente, ya que la masa obrera seguía apegada al federalismo y al sindicalismo. La propaganda internacionalista anarquista se hacía desde las columnas del semanario *La Federación*, que desde setiembre de 1869 publicaba artículos sobre la Internacional, el manifiesto inaugural de Marx y trabajos de M. Bakunin, insistiendo especialmente en el antiestatismo, de hecho asimilado al federalismo extremo. Decía uno de sus artículos: "Las asociaciones obreras de todos los oficios y de todos los países deben ser solidarias . . . La federación económica, política y social vendrá para anular las fronteras . . . , vendrá a hacer inútil el estado, injusto y despótico . . . y a establecer entre los hombres, sin distinción de creencias, de color y de nacionalidad, el reino humano y fecundo de la Verdad, de la Justicia y de la Moral".

El fracaso insurreccional de los federales en 1869

En setiembre-octubre de 1869 los republicanos federales de Cataluña, País Valenciano y Aragón se levantaron en armas para protestar contra una constitución, promulgada en junio de ese año, que establecía la monarquía como forma de gobierno de España. El fracaso de esta sublevación, y sobre todo la incapacidad que en ella demostraron los federales, fue uno de los principales motivos que contribuyó a la separación entre republicanismo federal y obrerismo revolucionario y permitió a éste iniciar su campaña en favor del apoliticismo. Como causas de este apoliticismo cabe citar, además, el cumplimiento por parte del gobierno provisional de las promesas de suprimir los impuestos indirectos que más afectaban a las clases populares (los consumos o derechos de puertas) y el servicio militar obligatorio (las quintas); todo esto influía en las clases populares alimentando su opinión de que la política era un fraude. Por otra parte, en España se acentuaba una clara diferenciación regional: mientras en las regiones agrarias predominaba una visión conservadora de la sociedad inclinada hacia el monarquismo, el clericalismo y el centralismo, en el litoral mediterráneo, especialmente en la industrial Cataluña y en el País Valenciano, el republicanismo federal democrático era la fuerza política hegemónica. Así, las fuerzas progresistas, dominantes en unas regiones, se veían subordinadas en el conjunto del estado español, contribuyendo a crear la impresión de que la revolución exclusivamente política era imposible o inútil.
En setiembre de 1868, el gobierno Sagasta forzó la situación al actuar como elemento provocador para frenar el avance republicano federal, y tomando por excusa el asesinato del secreta-

La sublevación de los republicanos federales en 1869, protestando contra la constitución que establecía la monarquía como forma de gobierno, junto con su fracaso acentuó la separación entre éstos y las tendencias obreras revolucionarias.

Programa —escrito por A. Lorenzo— del periódico internacional madrileño "La Solidaridad", publicado en su primer número, en enero de 1870

Hoy el pueblo trabajador, después de conocer la realidad de su posición en la sociedad y haber experimentado la ineficacia de todos los sistemas religiosos, políticos y sociales para sacarle del inicuo estado de postración a que siempre ha estado condenado, se levanta decidido a tomar esta importante cuestión por su propia cuenta; se propone romper de una manera absoluta con la tradición; desconfía de todo lo que hasta aquí ha sido el fondo de donde sacaba sus preocupaciones;; quiere empezar la vida de la razón. De hoy en adelante sus convicciones serán el fruto de un razonado análisis.

Ha sonado la última hora del imperio de la autoridad, ha nacido la libertad.

Reconocemos la igualdad de los hombres ante las leyes eternas de la naturaleza y queremos que la sociedad sea fiel expresión de este principio. Encontramos lógico que si las escuelas autoritarias han concedido capacidad a ciertos hombres para hacer leyes y poder hacerlas ejecutar, bien podemos nosotros, liberales igualitarios, hacer extensiva esta capacidad a todos los hombres.

Hasta aquí, como se ha tratado siempre de sostener la autoridad ha sido también preciso sostener la esclavitud; como una clase ha representado la riqueza, la ilustración y el poder, otra ha sufrido la miseria, la ignorancia y la sumisión. Esta injusta diferencia ha producido todos los males que los autoritarios suponen inherentes a la naturaleza humana.

Protestamos, pues, contra tan injustos principios y nos proponemos dedicar toda nuestra actividad al triunfo de la igualdad.

La Solidaridad sostendrá siempre el lema de la Internacional: *No más deberes sin derechos, no más derechos sin deberes*, desde el cual analizará todas las cuestiones que se relacionan con el trabajo, destruyendo todos estos vanos sistemas, en cuya exposición y defensa han brillado tantos ilustres publicistas y elocuentes oradores, pero detrás de los cuales han existido las mayores violaciones de la justicia y la más espantosa miseria.

Para esto contamos solamente con la firmeza y la resolución que da la posesión de la verdad.

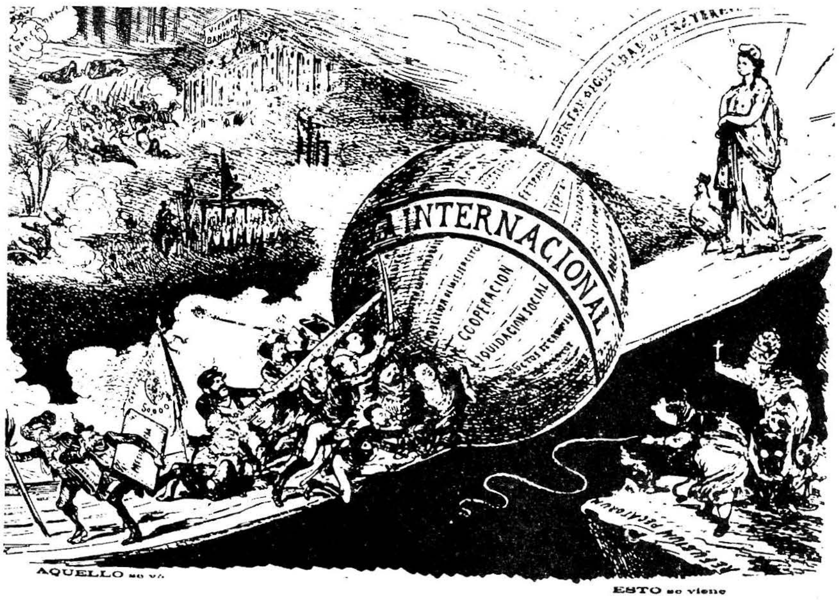
¡Ah, trabajadores! Un esfuerzo más y conseguiremos nuestra emancipación económico-social o sea el completo desarrollo de todas nuestras facultades, el cumplimiento de todos nuestros deberes y el goce de todos nuestros derechos.

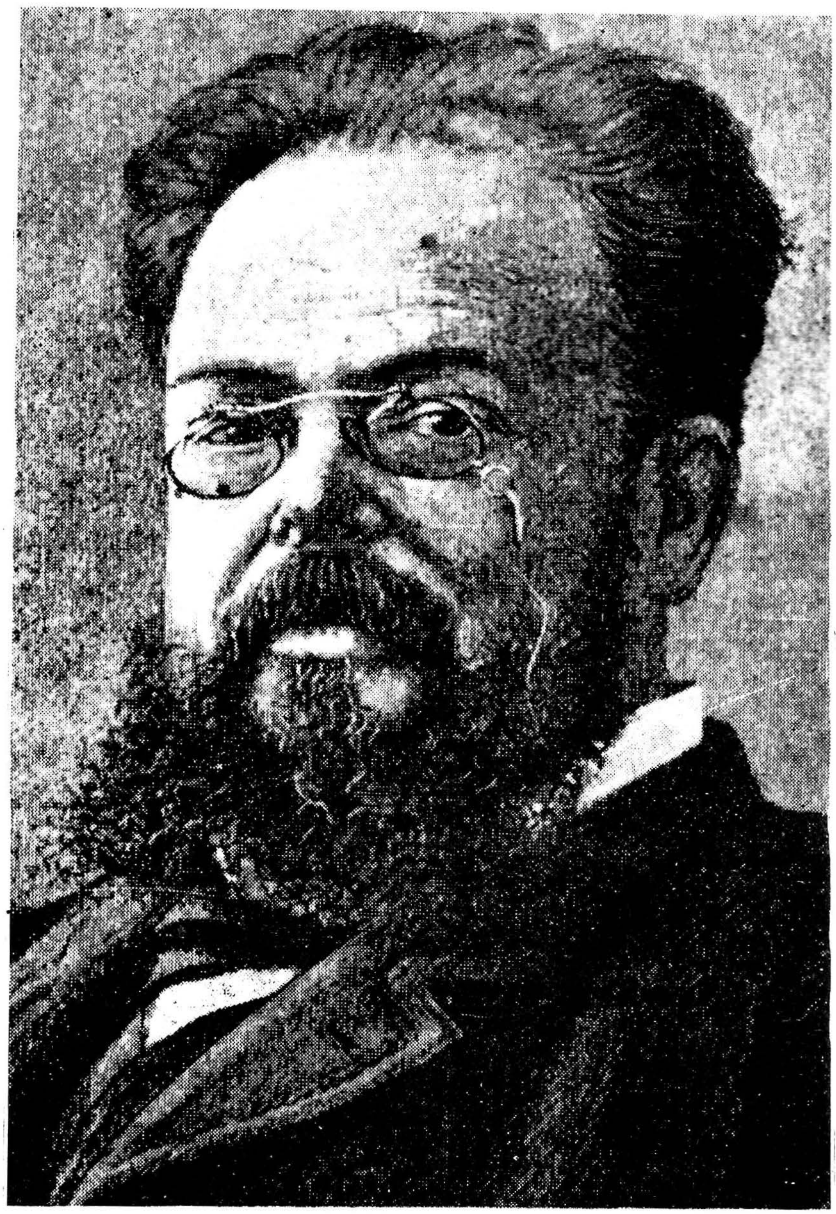
Vicente López, zapatero — Hipólito Pauly, tipógrafo — Máximo Ambau, tornero en hierro — Juan Alcázar, papelista — Anselmo Lorenzo, tipógrafo — Francisco Mora, zapatero — Tomás González Morago, grabador en metales.

rio del gobernador civil de Tarragona desarmó la milicia nacional; esto dio lugar al levantamiento de los republicanos federales de Cataluña, el País Valenciano y Aragón, en el que participaron unos 40.000 hombres, entre ellos P. Alsina (el primer diputado obrero, electo en Cataluña), B. Lostau y C. Gomis, todos conocidos internacionalistas. El fracaso de la insurrección desengañó a muchos obreros. Así, un futuro dirigente anarcosindicalista de Reus dirá: "Reprobando la conducta observada por los directores del alzamiento federal del mes de octubre de 1869, quiero que los internacionalistas lo sepan . . . que desde aquella humillación . . . no pertenezco a ningún partido político . . . Algunos obreros no ven que los politiqueros prefieren simpatizar con ladrones de levita antes que con trabajadores honrados . . ."; y *La Emancipación*, periódico internacionalista de Madrid, comentó el alzamiento diciendo: "Los republicanos no supieron o no quisieron aprovechar la única ocasión que se les presentó de luchar con probabilidades de éxito contra el gobierno monárquico-democrático de Serrano y Compañía, en octubre del 69, y fueron derrotados gracias a la impericia y a la traición de muchos de los que se llaman y siguen llamándose sus jefes".

En los ambientes obreros, a esta frustración se añadiría meses después el resentimiento por la continuación del servicio militar obligatorio, que había dado lugar al "motín contra las quintas" protagonizado por los obreros y sus familias en los barrios fabriles de la capital de Cataluña, en abril de 1870.

Los fracasos de la sublevación federal de setiembre-octubre de 1869 y del motín antimilitarista de abril de 1870 prepararon en los medios populares el ambiente que meses después en el congreso obrero de Barcelona de junio de 1870 hizo posible la adopción de los postulados apolíticos.





Arriba: Grabado republicano publicado en Barcelona en 1872. Representa a la Internacional arrollando a los poderosos de España.

Abajo: Rafael Farga Pellicer, tipógrafo, uno de los fundadores del grupo internacionalista barcelonés. Como delegado del mismo concurrió conjuntamente con el médico Gaspar Sentiñón al Congreso de la A.I.T. en Basilea.

Programa ("Lo que somos y lo que queremos") de los redactores de "La Emancipación", de Madrid, publicado en el primer número de esta revista

(Reproducido en *La Federación*, 2 de julio de 1871.)

Somos las víctimas de todos los tiempos y de todas las sociedades que, agotada ya la esperanza y perdida la fe en mentidas promesas, venimos a pedir cuentas a la religión, a la filosofía y a la ciencia del influjo que han ejercido en la marcha de la humanidad. Somos los parias que en todas las sociedades han existido, que todos los sistemas han conservado, que venimos a arrojar al rostro de la civilización moderna sus mentidas palabras de justicia y moralidad y a juzgar la historia con un criterio inflexible, como sólo tiene derecho a tasarlo el que vive en la miseria, ese legado de los siglos que acusa de insuficiencia a todos los principios que hasta ahora han aceptado los hombres.

Sí, privilegiados: váis a oír verdades que nunca se han dicho y que la dignidad humana reclama que se digan. Venimos a turbar vuestros placeres, vuestras alegrías y hasta vuestro fastidio, porque somos la conciencia de la humanidad que se levanta a gritar: ¡Caín, qué has hecho de su hermano! Vamos a levantar el tupido velo de vuestras hipocresías y a enseñar al mundo, para su vergüenza, el repugnante espectáculo de vuestros crímenes.

Resueltos estamos a analizar uno por uno todos los principios que constituyen la base ya carcomida de la actual sociedad, y a señalar a la demoledora piqueta de la revolución todos aquellos que, no entrañando la justicia, deban ser destruidos.

Exentos de todo compromiso de partido, venimos a colocarnos resueltamente frente a frente de todas estas fracciones que se disputan el poder, ya se llamen tradicionalistas, ya conservadoras, ya revolucionarias, puesto que unos y otras, más o menos embozadamente, tienden a lo mismo, esto es, a la conservación de los principios de la burguesía.

Enemigos acérrimos de la política de la clase media, permaneceremos constantemente alejados de su círculo de acción, y aconsejaremos siempre a los trabajadores la abstención completa, en cuanto a esta política directa o indirectamente se refiera, puesto que, de tener participación en ella, no podrían menos de hacerse solidarios de los crímenes que en nombre de la misma se cometen.

La clase trabajadora, que necesita hoy de todas sus fuerzas para realizar su gigantesca organización y tiene apenas tiempo suficiente para llevarla a término, no debe malgastar este ni agotar aquellas en otra lucha que en la que directa y principalmente le concierne.

Aspirando constantemente a la libertad, y convencidos de que ésta no será una verdad interin los hombres no disfruten de igual derecho a los medios de conservación, instrucción y trabajo, derecho que los ha de emancipar de la explotación del capital monopolizado, defenderemos en toda su pureza los principios colectivistas, aprobados en los congresos internacionales de Bruselas y de Basilea.

No teniendo otro objeto que la completa emancipación de los trabajadores todos de toda esclavitud religioso-político económico-social, subordinaremos a este fin toda nuestra conducta, no transigiendo con nada ni pactando con nadie que no se encamine al mismo fin.

Este fin no puede realizarse sino por medio de la revolución social. Acerca de esto, no nos forjamos ilusiones; un orden de cosas, basado en la fuerza, sólo con la fuerza puede destruirse, pero nosotros distinguimos perfectamente el período de propaganda del período de destrucción y del de organización. Hoy por hoy, nos encontramos de lleno en el primero y faltaríamos a nuestro deber si no empleásemos los poderosos elementos que nos presta una idea regeneradora para reunir dentro de ese período todas las fuerzas vivas de la futura revolución.

Grande es la empresa; mas no superior a nuestra perseverancia y nuestra fe. Sabemos que hemos de triunfar, porque la justicia está con nosotros, y creemos que el triunfo no se halla muy lejano, cuando vemos a nuestros enemigos todos coaligarse apresuradamente para combatirnos y emplear para exterminarnos la más refinada crueldad, signo evidente de miedo y de flaqueza. Ellos nos enseñan el camino: todos contra nosotros; nosotros contra todos. — La Redacción.

El Congreso de Barcelona (1870)

Efectivamente, el 18 de junio de 1870 inauguraba sus sesiones en Barcelona el primer congreso obrero español, al que asistían 89 delegados, 74 de los cuales eran representantes de los sindicatos catalanes (53 de ellos eran del textil, sector industrial moderno, mientras que la mitad del total eran artesanos: zapateros, sastres, albañiles, etc.).

El lugar de celebración del congreso se había decidido por votación, en la que participaron 149 sociedades obreras (con 15.216 socios): 91 (con 10.030 afiliados) votaron por Barcelona y 42 (con 3.377) por Madrid.

Las localidades no catalanas representadas eran Arahal, Ezcaray, Cádiz, Valladolid, Jerez, Palma de Mallorca, Valencia, Alcoy y Madrid. En el grupo catalán, 50 eran de representación barcelonesa.

El congreso se adhirió a la Primera Internacional, y allí nació la Federación Regional Española de la A.I.T. Se debatieron cuatro grandes temas: acción sindical ("la resistencia"), cooperativas, organización y lucha política. Entre los congresistas había tres grandes corrientes: la bakuninista (antipolítica, antiestatal, colectivista y relativamente favorable al desarrollo de los sindicatos), la sindicalista (dividida en dos alas: una apolítica —aunque no necesariamente antipolítica— y otra favorable al republicanismo federal) y la cooperativista (moderada y no muy inclinada a las huelgas).

Al discutirse el primero de los temas, sobre la resistencia, el grupo bakuninista, al aceptar la necesidad de crear sindicatos y el empleo de la huelga como medio de acción social (la "resistencia" contra los patronos), se alió con el grupo sindicalista y se impuso con facilidad a los cooperativistas. En esta cuestión el congreso se limitó a sin-

tetizar la experiencia sindical adquirida en el período anterior, señalando únicamente que las mejoras conseguidas mediante la huelga —disminución de la jornada laboral y aumento de los salarios— debían ser consideradas no un bien en sí, sino sólo un medio de preparar al obrero para la revolución social. El dictamen señalaba, especialmente, la idea de que la emancipación de los obreros había de ser obra de los propios obreros, para lo cual era necesaria la creación de secciones de oficio (sindicatos), y decía: "Considerando que la lucha contra el capital se hace una necesidad para conseguir la completa emancipación de las clases trabajadoras, y que para esta lucha es necesario ponerse en condiciones económicas, declara que las cajas de resistencia son una necesidad y un gran elemento para alcanzar el objeto a que aspira la gran Asociación Internacional de Trabajadores".

Pese a la oposición de los cooperativistas, la resolución fue aprobada por 54 votos afirmativos contra 2 negativos y 27 abstenciones. Con este acuerdo se imponía en el movimiento obrero un nuevo tipo de acción sindical, la "resistencia solidaria", superando el antiguo "societarismo", en el que cada sociedad obrera de oficio era responsable únicamente de sus propias huelgas, que ella misma tenía que financiarse con sus propios fondos sindicales. En cambio, con la resistencia solidaria iba a intentarse un nuevo tipo de sindicalismo, más combativo y eficaz, en el que se procuraría hacer solidarias a todas las sociedades obreras cuando una de ellas declarase una huelga; y esto sería posible gracias a la existencia de un organismo colectivo, la Internacional, que coordinaría la acción del conjunto de los sindicatos obreros.

El segundo dictamen debatido fue el referente a las cooperativas: se rechazaba el concepto clásico de cooperación que hacía dueños de la cooperativa a sus miembros (quienes así podían emanciparse), pero no al conjunto de la clase obrera. Aunque, de momento, se aceptaba que siguiese existiendo la cooperativa, ya que ésta "mantiene unidos a nosotros a aquellos de nuestros hermanos que no participan del radicalismo de nuestras convicciones".

El dictamen proponía: "1º Que siendo el único objeto de la organización obrera el complemento de la solidaridad en el deseo de emanciparnos inmediatamente, el ramo directo y absoluto de la cooperación ha de ser la propaganda y que a ella debe tender toda sociedad parcial y toda federación de sociedades . . . 4º Que la cooperación de consumos es la única que no sólo puede aplicarse en todos los casos y circunstancias, sino que ha de servir de elemento o medio de iniciación general para todos los obreros a quienes, por su estado de atraso, difícilmente podrían hoy alcanzarles los beneficios de la nueva idea (la revolución social).

Que la cooperación en sus ramos de producción y consumo no puede ser considerada como medio directo y absoluto para alcanzar la emancipación de las clases trabajadoras; sólo puede servir como medio indirecto para aliviar algún tanto la suerte de una parte de nosotros y alentarnos a trabajar en la consecución del verdadero objeto . . . La cooperación de producción con la universal federación de asociaciones productoras es la gran fórmula del gobierno del porvenir, y de aquí también la utilidad de ir cultivando este ramo para adquirir hábitos prácticos de manejo de negocios con aplicación a la sociedad futura, que no reconocerá en los hombres otra representación ni otro carácter social que el de trabajadores. El objeto de toda nuestra organización . . . es la solidaridad universal de los obreros . . . no la formación de capitales ni la mejora del salario . . . La cooperación de producción en sí . . . es una institución puramente burguesa que sólo puede realizar la *emancipación* de una insignificante parte de nosotros."

El Congreso de Barcelona, celebrado en 1870, adhirió a la Primera Internacional dando nacimiento a la Federación Regional Española de la A.I.T.

"La Federación", 25 de julio de 1871, dio a luz el siguiente artículo: "Los partidos políticos"

¿Quién ha creado y crea los partidos políticos?
Una docena o centena de individuos con sus adláteres, pertenecientes todos a las diferentes clases en que se divide la burguesía.

Todos estos, más bien por llenar sus ambiciones, por satisfacer resentimientos personales o intereses de familia, que por convicción; confiados en la mayor o menor ilustración de su inteligencia, dan al aire, o bien se acogen a una bandera, ya represente esta bandera la libertad, ya el fanatismo religioso, o el despotismo político, según favorezca más o menos sus intereses y miras particulares; y cada cual, tras su bandera, procura arrastrar a las masas inconscientes de trabajadores, sin las cuales nada podrían conseguir.

De aquí esas fracciones, que sin cesar se disputan el poder y que tantas veces han enrojecido con sangre de nuestros hermanos, los campos y las aldeas. No negaremos que entre tantos y tantos políticos de todas las escuelas no haya habido y haya al presente algunos que, olvidándose completamente de sí mismos, se hayan consagrado en su totalidad, y según las exigencias de su época, a defender los derechos inherentes al individuo; pero es el caso que, como todos o la mayor parte de los políticos, si bien discordes en las formas de gobierno, se encuentran casi enteramente identificados en la forma o parte social por su solidaridad de intereses, de aquí que todos los partidos políticos sean impotentes para hacer desaparecer la miseria y establecer en la sociedad el reinado de la justicia.

Los políticos, una vez en el poder, se mueven tan solo en los errores de su escuela política, sin atreverse a dar un paso decidido en la esfera social.

De aquí su impotencia para fundar un sólido estado de cosas en la sociedad.

Aun concediéndoles que de buena fe, y con buena voluntad, pretendan, quieran y hagan esfuerzos supremos para dar vida y animación a esta yerta sociedad, no entrando de lleno en la cuestión social, en la cuestión de propiedad, no lo conseguirán; porque es tan difícil como difícil sería pretender que un facultativo, que un doctor, intentara curar a su doliente enfermo, sin un [ni] remotamente poner las manos en su cuerpo. El cuerpo de la humanidad es la naturaleza, es la propiedad general, y mientras esta no quede limpia de los insectos que la corroen, de los que la monopolizan, y mientras no quede garantida para todo ser humano, en vano todos los políticos del mundo intentarán contener, ni siquiera adormecer, los gritos de dolor que sin cesar exhalará la humanidad paciente.

Y no serán, por cierto, los políticos los encargados de practicar esta operación, pues que al practicarla creerían que van a herirse ellos mismos, como en efecto se herirían, en sus intereses, contaminados como se hallan con los demás.

De aquí su impotencia para sanar y aun para aliviar al paciente, aplicando fuertes remedios al cuerpo y a la naturaleza.

De aquí también la divergencia de opiniones, que ya se ha hecho pública en el campo de la república, cuyos hombres políticos son tenidos por los más revolucionarios.

Nos referimos aquí que, mientras unos creen que la cuestión social es aneja a la forma federativa, otros creen que la cuestión social debe ser enteramente extraña a la forma republicana federal.

Muchos de los que aún hoy se titulan simplemente federales, al aceptar esta idea política, no previeron las continuas evoluciones que en sí envuelve toda forma federativa; y hoy, ante el temor de ver destruidos, en alguna de estas evoluciones, sus privilegios e intereses, quieren y tratan de hacer un alto en el indefinido progreso de la humanidad, porque les horroriza la idea de que llegue un día en que la justicia del pueblo pueda convertirlos de parásitos y explotadores de hoy, y como tales indignos de la sociedad, en trabajadores o miembros útiles de mañana.

El dictamen fue aprobado por 61 votos a favor contra 22 negativos.

En los temas sobre resistencia y cooperación, temas complementarios, los cooperativistas fueron derrotados por la coalición formada por bakuninistas y sindicalistas. El cooperativismo como fórmula de emancipación global de la clase obrera sufrió en el congreso de Barcelona una derrota definitiva de la que no llegó a resarcirse.

"El congreso . . . vino a matar las funestas teorías del cooperativismo, que tan funestos resultados estaban produciendo en las secciones obreras arraigando el individualismo, adorando el tanto por ciento", según *La Federación.* Para J. Reventós, estudioso del movimiento cooperativo en España, "es evidente que los cooperativistas carecieron de la fuerza necesaria para imponerse . . . Carecieron además . . . del respaldo orgánico de un movimiento cooperativista económicamente fuerte, sin el cual era imposible moderar las ansias revolucionarias del congreso o, por lo menos, conseguir evitar que la cooperación fuera considerada desde entonces, y durante largas décadas, como una deserción de las filas obreras revolucionarias".

A continuación se trató de la organización social de los trabajadores, el tercer dictamen, exponiéndose cuál debía ser la estructura de una serie de instancias organizativas que servirían a un doble fin: resistir al capital, mejorando las condiciones de vida de la clase obrera; prefigurar la futura sociedad sin clases. Para la consecución del primer objetivo la pieza básica sería la sección de oficio, que agrupaba a los obreros de una misma profesión en una determinada localidad. El conjunto de las secciones de un determinado oficio de toda España debían federarse constituyendo una Federación de oficio, encargada de sostener las huelgas y de dirigir al proletariado desde un punto de vista laboral. Las diferentes secciones de oficio de una localidad se unían formando

No serán, pues, ciertamente los políticos de tal calaña, los llamados a hacer tan grande y humanitaria revolución en la sociedad: para esta grande y nueva revolución se necesita lo que decía Sixto Cámara: *a ideas nuevas, hombres nuevos.*

Estos hombres nuevos seremos sin disputa nosotros los trabajadores, los que con la reciprocidad por norma de nuestras relaciones económicas haremos a la sociedad feliz.

Es decir que nosotros los obreros no queremos contra nosotros el privilegio, y destruiremos todo privilegio.

No queremos contra nosotros estado alguno autoritario, y destruiremos todo estado político autoritario.

No queremos para nosotros ni la holganza ni la miseria, y para todos haremos desaparecer la holganza y la miseria.

Para esto emplearemos toda nuestra acción revolucionaria; y llevaremos a cabo nuestras ideas nuevas, aplicando a todo la gran palanca del bienestar y riqueza, el trabajo ajustado en un todo a las teorías y doctrinas de la Internacional.

Estas serán, sí, las nuevas ideas y los nuevos hombres que harán renacer esta caduca y despótica sociedad, en la que ni aun los mismos privilegiados, a pesar de sus millones, se creen seguros de ser mañana ellos o sus hijos, unos miserables mendigos, que tengan que pordiosear el sustento que poco ha ellos mismos despreciaran.

A esta bandera y a las doctrinas de la Internacional debieran agruparse, pues, todos los hombres amantes del trabajo que en algo estimen su presente y el seguro porvenir de sus hijos. Y a esta bandera, con especialidad, debemos agruparnos nosotros, infelices obreros, que de nadie, sino de nosotros mismos y de cuantos de buena fe vengan con nosotros, deberemos esperar nuestra dignidad presente ayudándonos los unos a los otros en la lucha contra el privilegio y el capital, y a esta bandera deberá también la humanidad su dignidad futura, armada y custodiada con el gran lema de:

No más derechos sin deberes.
No más deberes sin derechos.

El cooperativismo, como herramienta de emancipación de la clase obrera, sufrió en el Congreso de Barcelona una derrota definitiva.

La Internacional, explicada por los evangelistas del orden, Candau, Jové y Hevia, Alonso Martínez y M. Izquierdo. Leed y estremeceos

(Auca, escrita en 1871 por el federal Roberto Robert, miembro de la Internacional, con objeto de ridiculizar a los conservadores, que después de la Comuna de París veían incendiarios, "petroleros", por todas partes):

Son los internacionales
unos monstruos infernales.
Sus caras, estrafalarias,
atroces, patibularias.
Por fingirse desgraciados
andan todos remendados.
Y emplean hasta la argucia
de llevar camisa sucia.
Por odio a las gentes finas
suelen fumar tagarninas.
Tienen por Dios verdadero
el sensualismo grosero.
Ganan seis reales por día
y van de orgía en orgía.
Quieren vivir en el ocio
lo mismo que el sacerdocio.
Tienen brutales sesiones
en inmundos bodegones.
¿Nace un internacional?
Peligra el orden social.
Predican necias y cómicas
armonías económicas.
Les repugna cuanto brilla
y pagan en calderilla.
Maldicen el capital
que les labra el hospital.
Insultan cuando están chispos
los coches de los obispos.
Con bando tan depravado
peligra el Pontificado.
Por poner cuatro baldosas
cobran sumas fabulosas.
Exigen con desparpajo
hasta el crédito al trabajo.
Minan con absurdos tales
los fundamentos sociales.
Producen sus alborotos
pestes, guerras, terremotos.
Llevan metido en la faja
Mill, Gas, petróleo y navaja.
Con escándalo inaudito
llaman hambre a su apetito.
Y no quieren, ni aun hambrientos,
la sopa de los conventos.
Ruge este bando satánico
y el orbe sumerge en pánico.
Rondan de noche y en cueros
las casas de los banqueros.
Con el propósito, ¡pillos!
de llenarse los bolsillos.
De verles han muerto varios
timoratos propietarios.
Quieren abismar el mundo
No conocen más teoría
que la de José María.[1]
A la sociedad rendida
piden la bolsa o la vida."

1 - José María "El Tempranillo", bandolero andaluz.
Al pie decía: "Tipos auténticos de la Internacional, según los ideales de los moralistas del agio, del suministro de la trata negrera, de la lotería y de la pena de muerte".
(Tomado de M. Reventos, *Assais sobre algunes episodis historics dels moviments socials a Barcelona*, Barcelona, 1925.)

una federación local. La agrupación de todas las federaciones locales constituía la Federación Regional (regional en este caso equivalía al ámbito territorial de un estado). La unión de aquéllas daba lugar a una Federación mundial, la A.I.T. Así los obreros se federaban en un plano local, estatal y mundial. Las federaciones locales y regionales eran, en la intención de los anarquistas, los embriones de los futuros órganos de gestión de los municipios y de toda la nación; prefiguraban los futuros instrumentos de gobierno una vez que se hubiese abolido la propiedad privada e instaurado la propiedad colectiva de los medios de producción.

El congreso aceptó el dictamen por 52 votos contra 29. El cuarto punto debatido por el congreso, actitud de la Internacional respecto de la cuestión política, fue el más polémico. El abstencionismo político señalaba la nueva orientación que los bakuninistas querían dar al movimiento obrero. Esta tendencia iba a ser duramente rechazada por los delegados de tendencia cooperativista y por los sindicalistas reformistas, que se mostraban partidarios de apoyar a los republicanos federales. En el dictamen se decía: "que las aspiraciones de los pueblos hacia su bienestar, fundándose en la conservación del estado, no sólo no han podido realizarse, sino que este poder ha sido causa de su muerte. Que la autoridad y el privilegio son las columnas más firmes en que se apoya esta sociedad de esclavos . . . que toda participación de la clase obrera en la política gubernamental de la clase media no podría producir otros resultados que la consolidación del orden de cosas existente . . . El congreso recomienda a todas las secciones de la Asociación Internacional de Trabajadores que renuncien a toda acción corporativa que tenga por objeto efectuar la transformación social por medio de las reformas políticas nacionales y las invita a emplear toda su actividad en la constitución federativa de los cuerpos de ofi-



Arriba: José Llunas Pujals, dirigente anarco-sindicalista del grupo catalán, tipógrafo de profesión, activo propagandista de sus posiciones.

Abajo: El panfleto dirigido al obrero español, típica expresión de la literatura político-social de la época.



AL OBRERO ESPAÑOL.

Obrero, acude á asociarte,
la negligencia desecha:
tu no ignoras cuanto vale
lo que anima nuestra idea.
Obrero, que tu sudor
es la fortuna burgesa:
es la mina que no cesa
de esplotarla tu señor.
Vas detras del capital
arrastrado á tu pesar,
para que puedas ganar
un miserable jornal.
Y cuando al fin de tu vida
te veas sin fuerzas ya,
pronto te despreciará
esa clase corrompida.
Mas será, si, por tu mal,
con el desdeñ, el olvido;
tu cuerpo destfallecido
recogerá un hospital.
Y de esclavo en tu lugar,
otro esclavo se pondrá
y en no teniendo ya aliento,
como has muerto morirá.
Hipócritas sin conciencia
esplotandonos estan
gozando de su opulencia
mientras tú quedas sin pan.
Te ves siempre despreciado;
¿qué es la vida para ti?
un sendero desgraciado,
de opresores hasta el fin.
A tus quejas nadie atiende,
mas no importa; pues la gloria
coronará con laureles
de tu empresa la victoria.
Valor, firmeza y lealtad,
fe en el lazo que nos une,
y hagamos por fin que brille
pronto el sol de la Igualdad.
Asociaos, el no hacerlo
labra nuestra esclavitud;
es necesario un esfuerzo
para triunfar la virtud.
Suene la hora de Justicia,
de reforma radical;
nuestro escudo por divisa,
sea la Internacional.
Y su sombra cobijados,
paz tendremos, atencion
que a fundar vamos, hermanos,
ya nuestra Emancipacion.

LA PAU DELS POBLES,

Cansó Internacional.

DEU MANAMENTS CONTRA LA GUERRA.

I.

Sempre, en totes ocasions
en tot temps, en tota terra
te oposarás á la guerra
ab ton poder y rahons.

II.

Cumplint la fraternal lley,
si á la guerra á anar te obligan
no obeheixis ja te ho digan
ton pare, 'l papa ó be un rey.

III.

Per apoyar als tirans
may armas fabricarás
antes be destruirás
tot perill pels teus jermans.

IV.

Sols com recort de crueltats
de mus temps de dol y matansa,
espasa fusell ó llansa
conserva entre antiguetats.

V.

A ta dona y á ton fill
infundeixloshi 'l despreci
pel militarisme neci
que honrra y vida 'ns té en perill.

VI.

Per serne bon ciutadá
y mirar be per ta casa
usarás en lloch d' espasa
las eynas de treballa.

VII.

Parlarás sempre ab desdeny
de tota gent militar,
puig que en corrompre y matar
posa sols tot lo seu seny.

VIII.

Contra 'ls reys sempre anirás,
y per cumplir com á home,
ab la paraula y la ploma
guerra á la guerra farás.

IX.

Farás gran oposició
sempre á tot aquell tirá
que exèrcits demanará
per á colmar sa ambició.

X.

De general á soldat
no 'n tractis de cap manera
puig que son de tota esfera
botxins de la Humanitat.

Ten ben present, ciutadá
que aquell que en guerra insensata
á tons germans avuy mata,
no pot may ser ton germá.

¡Ciutadans!— salvem la nau
que 'ns ha de dú á firme terra,
diguem sempre ¡*No mes guerra!*
¡*Tots germans!* ¡VIVA LA PAU!

"La Federación" se mostraba claramente antipolítica en el siguiente suelto (26 de noviembre de 1871): "Trabajadores, no vayamos a las urnas"

¿Qué es el sufragio universal? Vedlo como queráis, el sufragio no es más que una de esas instituciones que manan del constitucionalismo; una pantalla de derecho que, no teniendo por base la independencia del elector, o no estando ésta garantida por ninguna fuerza económica, se vuelve contra los mismos electores que en las urnas pretenden encontrar remedio a sus males.

¡Desgraciados! No saben que el sufragio universal es un medio bastardo con que la burguesía detiene las revoluciones; no saben que es un medio inicuo para aglomerar fuerzas más bastardas todavía, con las cuales detener el impetuoso torrente de la revolución social; no saben que es un narcótico para mecer la justa aspiración de un bienestar mayor, de una civilización más en armonía con nuestra dignidad y servicios que le prestamos, y que queremos todos los que de hambre sufrimos. . . . .

¡Trabajadores: no vayamos a las urnas!

Cuando contemplamos el espectáculo que acaba de ofrecernos el Parlamento, arrojándonos imprudentemente fuera de la ley; cuando vemos a los diputados nacidos del sufragio universal convertidos en empleados, y faltar descaradamente a sus promesas, y votar quintas habiendo prometido abolirlas, y restablecer impuestos que el pueblo derribó, y fomentar ejércitos y proteger a la clerecía, y sancionar leyes que quieren los capitalistas, a ninguno de nosotros puede ser lícito preguntar por qué: el retraimiento debe ser la elocuente protesta de cuanto trama y maquina la burguesía por medio del sufragio universal. ¿Quién había de decirnos que este derecho, eficacísimo cuando todos seamos trabajadores, había de dar por resultado el monstruoso encadenamiento cada día mayor de nuestros derechos naturales? Ninguno de nosotros. Sólo ahora, que conocemos el juego del parlamentarismo, nos es dado conocer lo ineficaces que son todos los derechos que emanan de las instituciones que tratamos de destruir para conquistar la libertad que perdimos desde el momento que nació el primer esclavo; de esa libertad, precioso fin del hombre, y que no puede ser un medio, porque no existe, para derrocar la tiranía gubernamental burguesa.

cio, único medio de asegurar el éxito de la revolución social".

Vemos cómo las formulaciones apolíticas del dictamen eran ambiguas, ya que por un lado no se decidía claramente el antipoliticismo (es decir, la oposición global y sistemática a los partidos políticos, al parlamento, etcétera), sino un apoliticismo que al recomendar a las sociedades obreras como colectividades, la renuncia a la política, no impedía la acción política de sus miembros en el marco de los partidos. Y además, porque el dictamen hace referencia a la participación en la "política gubernamental de la clase media", lo cual teóricamente se obviaba creando un partido de clase que no participase en esta política de la clase media. Esta ambigüedad permitía la aceptación del dictamen por parte de los sindicalistas estrictos, marginando a los cooperativistas y a los sindicalistas moderados. Este último sector veía la necesidad de apoyar a los partidos políticos democráticos. Así, pues, los bakuninistas, buscando la abstención total en política, acabaron aceptando el confuso apoliticismo de los sindicalistas, para quienes el mantener la política fuera de los sindicatos era cuestión fundamental para poder agrupar a todos los obreros cualesquiera fuesen sus ideas, y unos y otros rechazaron a los sindicalistas politizados que querían la colaboración con los republicanos federales para realizar una política democrática que posibilitase la marcha hacia los cambios sociales. Este último grupo iba a ser el gran derrotado en el congreso de Barcelona. El dictamen fue aprobado por 55 votos contra 24 y 8 abstenciones. En definitiva, la victoria, difícil, no fue exactamente del apoliticismo bakuninista sino de la coalición de anarquistas y sindicalistas. Por otra parte, quienes impusieron este apoliticismo fueron los delegados no catalanes (los quince votaron a favor del dictamen), que representaban un escuálido movimiento obrero, y las dos terceras partes de los delegados de Barcelona —más

trabajada por los bakuninistas—, mientras que 18 delegados de localidades catalanas (de los 22 que votaron) y la tercera parte de los barceloneses se mostraron contrarios al dictamen, y eran éstos precisamente los que representaban un movimiento obrero de masas. Además, la mayor parte de los delegados que votaron el apoliticismo pertenecían a oficios preindustriales (albañiles, zapateros, ebanistas, etc.), mientras que los obreros de la industria textil —base del movimiento obrero durante todo el siglo XIX y parte del XX— se encontraban divididos entre el sindicalismo apolítico (en su mayor parte moderado y no bakuninista) y el sindicalismo político democrático, dominante en Cataluña. De los 89 delegados con derecho a voto, 74 eran catalanes, y de éstos un buen número (unos cuarenta) no estuvieron de acuerdo con el rumbo que estaba tomando la Internacional hispánica. Probablemente éste fue el motivo que hizo que el Consejo Federal —organismo dirigente de aquélla— no residiese en Barcelona, sino en Madrid, luego en Valencia y finalmente en Alcoy, y que los futuros congresos obreros no sesionasen en Barcelona ni en Cataluña, sino en Zaragoza, Córdoba y Madrid, ciudades que por entonces carecían de relevancia obrera. La dirección de la Federación Regional se trasladaba, pues, a Madrid, la capital oficial del estado español, ciudad de vida burocrática, marginada de la industrialización, abandonando, por conflictivo, el centro motor del movimiento obrero: Barcelona. El Consejo Federal iba a estar formado por los aliancistas de Madrid, Lorenzo, González Morago, Borrel y los hermanos Mora, ninguno de los cuales era dirigente de masas (es decir, representante de los sindicatos).

En el congreso de Barcelona quedó formal y oficialmente constituida la Federación Regional Española de la A.I.T.

La Internacional: su fuerza

Por esta época, el vocabulario social se enriqueció con el uso de las voces *huelga* (que sustituye a *paro*), *esquirol* (palabra catalana para designar al obrero que rompe una huelga), *burgués* (del francés, a través del catalán), que sustituía a *amo, dueño* o *patrono,* y el concepto más amplio de *burguesía* (también del francés) para designar, como clase, al conjunto de los burgueses.

En 1869 y 1870 se crearon *Centros Federales* de sociedades obreras (es decir, federaciones locales de sindicatos) en Cádiz, Cartagena, Palma de Mallorca y Valencia. Estos últimos tenían en abril de 1870, 1.600 y 500 afiliados, respectivamente.

A mediados de 1869 había en España unos 195 sindicatos, con 25.000 afiliados, aunque, naturalmente, no todos ellos iban a ingresar en la Internacional. Esta contó entre la fecha de su constitución y febrero de 1872 con 13 federaciones locales y 33 en proceso de constitución. El número de afiliados osciló entre un mínimo de 1.764, en abril de 1871, y un máximo de 11.512 en febrero de 1872 que, en su mayor parte, pertenecían a la federación de Barcelona (con un máximo de unos 6.000 y un mínimo de 1.775 afiliados), mientras que la federación local de Madrid alcanzaba a 178 como número más alto de afiliados y 54 como cifra más baja.

En agosto de 1872 los miembros de la Federación Regional eran ya unos quince mil, convirtiéndola en una de las federaciones más importantes de la A.I.T.

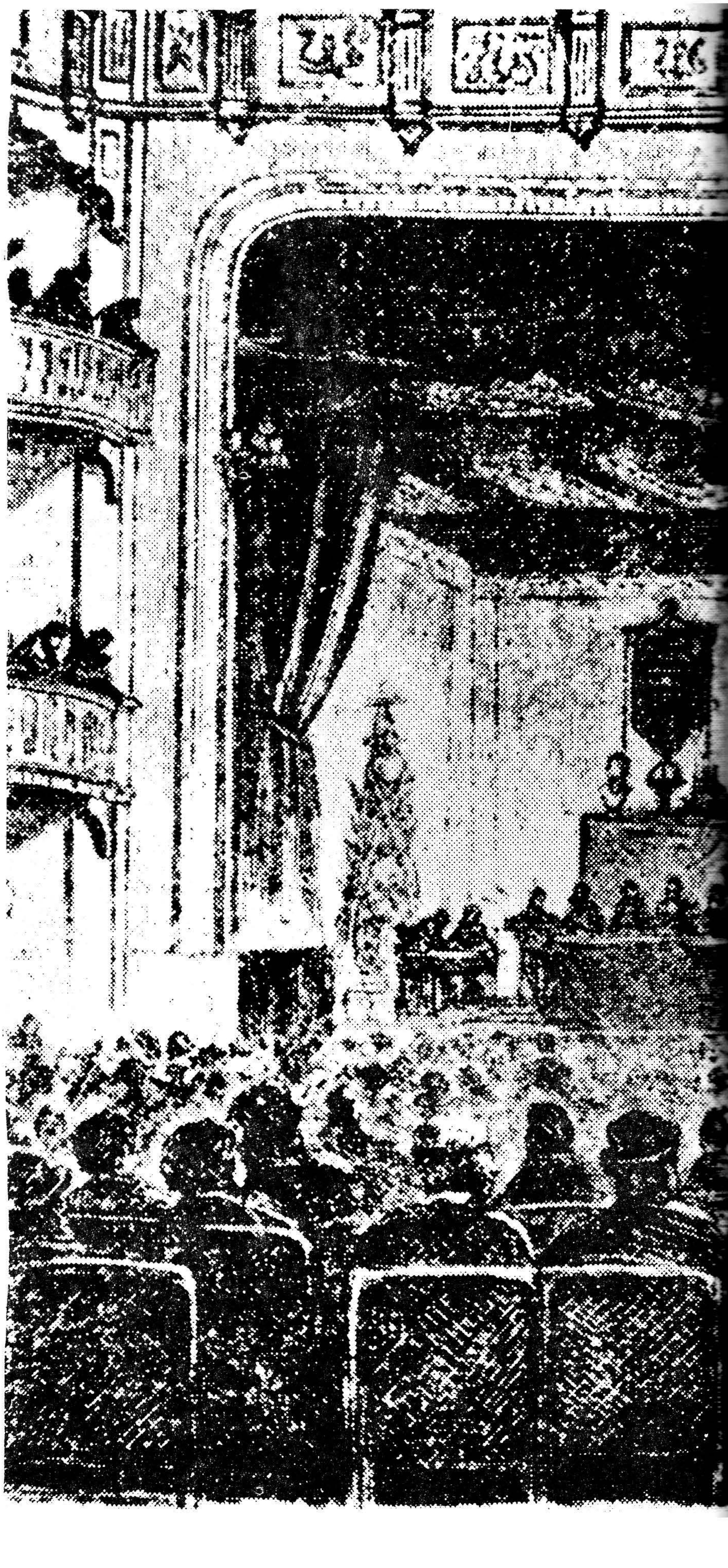
Barcelona era la más densa de las ciudades obreras de España y, con mucho, el centro más importante de la Internacional hispánica. En setiembre de 1869 había en Barcelona unos 38 sindicatos, con más de 7.000 afiliados que pasaron a ser unos 10.000 en julio de 1870.

"Sólo ahora, que conocemos el juego del parlamentarismo, nos es dado conocer lo ineficaces que son los derechos que emanan de las instituciones que tratamos de destruir..." —De un artículo periodístico publicado en 1871—

Divergencias en la Federación Regional

De marzo a mayo de 1871 se prolongó el gobierno de la Comuna de París. Su derrota señaló el inicio de la decadencia de la Primera Internacional, al hacer ver que la revolución proletaria no estaba cercana: la actividad de la A.I.T. decreció. Sólo en España y, en mucho menor grado en Italia, siguió desarrollándose.

Algunos miembros de la Comuna se exiliaron en España. Entre ellos Ch. Alerini, P. Brousse, C. Camet, F. Henry (padre del terrorista francés que en 1894 arrojó una bomba en una estación de ferrocarril de París). Aquella revolución despertó gran curiosidad en el público español —entre 1871 y 1872 se publicaron, además de las entregas sobre el proceso de los "communards", unas diez obras sobre la misma— y creció la admiración de los republicanos federales intransigentes y los internacionalistas. El temor a la revolución dio lugar a un endurecimiento de la represión antisocialista que en Madrid se manifestó en la agresión contra los internacionalistas el 2 de mayo de 1871; el 28 de este mismo mes Sagasta, ministro de la Gobernación, autorizaba a los gobernadores civiles a perseguir a la Internacional. La dirección de la Federación Regional decidió entonces (junio) trasladarse a Portugal para evitar caer en manos de las autoridades, si se cumplían los augurios de una dura represión. Además, la Internacional española vio en la operación contra la Comuna por parte de los republicanos de Thiers la confirmación de sus teorías apolíticas, en el sentido de que todos los republicanos eran tan malos como los monárquicos. Así, la Comuna contribuyó en gran manera a hacer más grave la separación entre republicanos e internacionalistas: la Internacional dedujo de





Congreso obrero de Barcelona realizado en junio de 1870.

La polémica entre marxismo y bakuninismo

Opiniones de A. Lorenzo sobre la pugna entre Marx y Bakunin:

Marx se sintió superior y fuerte; consideró aquella grande y poderosa asociación como cosa suya; se creyó obligado a ser autoritario por necesidad y quizás hasta por buena fe, porque se juzgó el único capaz de dirigir el pensamiento y la acción de aquella aglomeración de hombres, y sin reparar que de ese modo incurría en la contradicción de negar el aforismo "la emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos" de que era autor, y que el proletariado consciente ha hecho suyo, proclamándolo en todos los idiomas de la civilización moderna, se empequeñeció hasta obrar por envidia y por despecho.

Siguieron a Marx todos los que, considerándose más inteligentes y activos que los trabajadores, que eran como átomos de la masa, se creyeron con la misión de definir, propagar, administrar y dirigir. De ellos salieron el socialismo práctico, el socialismo científico, los partidos obreros, el parlamentarismo, el señuelo-trampa para cazar electores, los jefes y toda la cáfila de desviadores.

Bakunin confió en la libertad y en su propia energía. Incapaz de crear una fuerza como la representada por la Internacional, viendo su objetivo revolucionario, se adhirió a ella y aplicó su criterio eminentemente ácrata a combatir el autoritarismo, la reglamentación y la sumisión en ella dominantes.

Los que siguieron a Bakunin distaban mucho por lo general de elevarse a su concepto de la libertad. Bien pude observarlo en las reuniones de las secciones de la *Alianza Socialista* de Madrid, Valencia y Barcelona, donde los aliancistas practicaban la propaganda por la imposición hábil más que por la persuasión y la convicción ilustrada. Ante unos y otros, los trabajadores, con su ignorancia sistemática y con su consiguiente falta de voluntad y energía, permanecían neutros en constante atonía o se apasionaban por el sugestionador que tenían más a mano, y pocos eran los que podían contarse en el número de aquellos "trabajadores mismos" de quienes el programa de principios sustentado por la Internacional hacía depender la emancipación del proletariado.

La parte teórica y justificativa de la guerra al Consejo general la presentó la Federación belga de la Internacional, en un proyecto de estatutos generales ya indicado en los acuerdos del congreso de Zaragoza, formulado por su Consejo Federal, que publicó *L'Internationale*, de Bruselas, en mayo de 1872, precedido de la siguiente declaración:

Encargado por el congreso belga de diciembre de 1871 de preparar un proyecto de estatutos generales para someterlo primeramente al congreso belga y después al congreso internacional, publicamos hoy el resultado de nuestros trabajos.

La innovación más importante es la supresión del Consejo General. Nadie más que nosotros hace justicia a las eminentes cualidades y a la consecuencia de los hombres que lo componen; pero tenemos la convicción de que esa entidad, indispensable al principio, ha perdido ya su razón de ser.

En todas partes están formadas o en vía de formación las Federaciones nacionales, y pueden desde luego corresponder sin intermediario.

Insistimos sobre la agrupación por Federaciones *nacionales* porque nos vemos precisados a tener en cuenta el *presente*, la necesidad de acción que imponen los trabajadores de cada nacionalidad, los gobiernos y las leyes, pero sin perder de vista el *porvenir*.

Circular de Sonvillier

El Comité Federal del Jura publicó (Sonvillier, 12 de noviembre de 1871 [reproducida en "La Federación", 31 de diciembre de este año]) la siguiente circular (a la que se llamó la "circular de Sonvillier), de la que entresacamos algunos fragmentos:

aquellos hechos que si la burguesía republicana francesa se oponía a la libertad y al federalismo (la Comuna), esto significaba que la república de la clase media era tan nociva como la monarquía respecto de los obreros. Por esto *La Emancipación* declaraba: "Entre la república parlamentaria de Thiers y Julio Favre y la república representativa que los burgueses quieren establecer en España no acertamos a ver la más leve diferencia . . . Si los republicanos subieran al poder y les pidiéramos la aplicación rigurosa de los principios democráticos, nos contestarían ni más ni menos que sus correligionarios de Francia, por la boca de los cañones". Una vez instalado en Lisboa una parte del Consejo Federal, surgieron entre sus miembros profundas divergencias (especialmente entre F. Mora y González Morago) por cuestiones personales, primero, y por motivos ideológicos, inmediatamente después. Cada uno de ellos iba a ser figura descollante de una de las dos corrientes en que se dividiría la Internacional: politicistas o marxistas, por un lado; antipolíticos o bakuninistas anarquistas, por el otro.

En diciembre de 1871, Sagasta se encargó del gobierno e intensificó las persecuciones contra la Internacional, planteándodose en las Cortes el debate sobre su legalidad. La asociación sólo fue defendida por algunos republicanos —entre ellos, Pi y Margall, Salmerón y Castelar— y por algunos diputados de la izquierda, como Lostau y F. Garrido. Finalmente la Internacional —calificada como "utopía filosofal del crimen"— fue puesta fuera de la ley en enero de 1872, al autorizarse a los gobernadores civiles a que disolviesen sus secciones. Las persecuciones, sólo de importancia en el sur de España, se prolongaron hasta el mes de mayo de ese año cuando Sagasta dimitió del gobierno, y no alteraron la marcha de la Internacional. Este incremento de la represión anti-internacionalista, que fue transitorio y muy rela-

A todas las federaciones de la Asociación Internacional de Trabajadores:
Los delegados que suscriben, representantes de un grupo de secciones de la Internacional, que acaba de constituirse con el nombre de Federación del Jura, se dirigen por la presente circular a todas las federaciones de la *Asociación Internacional de los Trabajadores,* y les piden que se unan a ellos para provocar la convocatoria en breve plazo de un congreso general.
Vamos a exponer en pocas palabras cuáles son las razones que nos hacen reclamar esta medida, absolutamente necesaria, para impedir que nuestra Asociación se vea arrastrada, a pesar suyo, en una pendiente funesta, al término de la cual hallaría la disolución . . .
Es un hecho incontestable, mil veces confirmado por la experiencia, el efecto corruptor que produce la autoridad sobre los que la ejercen. Es absolutamente imposible que un hombre que tiene poder sobre sus semejantes siga siendo un hombre moral.
El Consejo General no podía librarse de esta ley fatal: compuesto por espacio de cinco años consecutivos de los mismos hombres, siempre reelegidos y revestidos por las resoluciones de Basilea de un poder muy grande sobre las secciones, ha concluido por considerarse como jefe legítimo de la Internacional . . .
Habiéndose convertido, a sus propios ojos, en una especie de gobierno, era natural que sus ideas particulares se les apareciesen como la teoría oficial de la Asociación, en tanto que las ideas divergentes, emitidas en otros grupos, les han parecido, no ya la legítima manifestación de una opinión igual en derecho a la suya, sino una verdadera herejía. De esta suerte se ha constituido poco a poco una ortodoxia cuya sede estaba en Londres y cuyos representantes eran los miembros del Consejo General, y pronto los corresponsales del Consejo para cada país se dieron por misión, no ya el servir de intermediarios neutrales y desinteresados entre las diversas federaciones, sino el hacerse los apóstoles de la doctrina ortodoxa, buscarle propagandistas y servir intereses de secta con detrimento de los intereses generales de la Asociación . . .
No recriminamos las intenciones del Consejo General. Las personalidades que lo componen han sido las víctimas de una necesidad fatal: han querido de buena fe, y por el triunfo de su particular doctrina, introducir en nuestra Asociación el principio de autoridad. Las circunstancias han favorecido esta tendencia, y nos parece muy natural que esa escuela, cuyo ideal es la *conquista del poder político por la clase obrera,* ha creído que la Internacional, a consecuencia de los últimos acontecimientos, debía mudar su organización primitiva y transformarse en una organización jerárquica, dirigida y gobernada por un comité.
Mas si nos explicamos estos hechos y estas tendencias, no por eso nos creemos menos obligados a combatirlas en nombre de esa revolución social que perseguimos y cuyo programa es: "Emancipación de los trabajadores por los trabajadores mismos', fuera de toda autoridad directiva, aun cuando esta fuese elegida y consentida por los trabajadores.
Pedimos el mantenimiento dentro de la Internacional de ese principio de autonomía de las secciones, que ha sido hasta ahora la base de nuestra Asociación; pedimos que el Consejo General, cuyas atribuciones fueron desnaturalizadas por las *resoluciones administrativas* del congreso de Basilea, entre en su papel normal, que es el de un simple centro u oficina de correspondencia y estadística; y esta unidad, que se pretende establecer por medio de la centralización y la dictadura, queremos realizarla por la federación libre de los grupos autónomos.

La pugna ideológica entre marxistas y bakuninistas llevaría finalmente a la escisión de la Internacional. Anselmo Lorenzo fundamentó su opción por las posiciones de Bakunin.

Fragmentos del informe de los delegados de la A.I.T. española en el congreso de La Haya (setiembre de 1872), a los internacionalistas españoles

En la sesión pública del viernes 6, se trató de la acción política, intercalándose después de un largo discurso de Vaillant, la resolución IX de la conferencia de Londres, nuevamente redactada como sigue:
"En la lucha contra el poder colectivo de las clases poseedoras, el proletariado no puede obrar como clase, sino constituyéndose él mismo en partido político distinto, opuesto a todos los antiguos partidos formados por las clases poseedoras.

En esta discusión, los defensores de la política o, mejor dicho, los que opinaban como dice la proposición, *que la conquista del poder político ha llegado a ser el gran deber del proletariado,* considerando tal vez que la cuestión era tan incontestable que no merecía la pena de entretenerse a demostrarla, prescindieron de todo argumento, extendiéndose en cambio en hacer una entusiasta apología de la dictadura y en calificar de ignorantes, burgueses e intrigantes a los que opinaban de distinto modo . . .

Guillaume, en su discurso, estableció de una manera clara, la distinción que debe hacerse entre lo que la minoría quiere y lo que se le atribuye. "Lo que queremos, dijo, no es el indiferentismo político: queremos la política, pero una política negativa de la política burguesa y que puede llamarse política del trabajo, que la distinción entre la política positiva de la mayoría y la política negativa de la minoría estaba claramente explicada por el fin que la una y la otra se proponen, pues que la mayoría quiere *la conquista del poder* político y la minoría quiere *la destrucción del poder*" . . .

Se entró en la designación del sitio de residencia del nuevo Consejo General y elección de los individuos de que debería ser compuesto, Engels propuso como sitio Nueva York (América) y que se compusiese de los 15 individuos que componen el consejo federal americano. Esta cuestión vino a demostrar a una parte de la mayoría que había caído en sus propias redes, puesto que había apoyado incondicionalmente la marcha del resto de la mayoría, con la esperanza tal vez de obtener como recompensa la dirección y el poder del Consejo General, contando sin duda con la prometida retirada de Marx.

Esto dio por resultado que, cuando siguiendo el procedimiento acostumbrado se arrastraba esta cuestión a la votación, Johanard, miembro del Consejo, individuo de la mayoría y que pertenecía igualmente a la fracción anteriormente aludida y que ha sido designado con el nombre de *blanquista*, se levantó a protestar, diciendo acaloradamente, y entre otras cosas, que no podía sufrir el que se diese por suficientemente discutida una cuestión tan importante y sobre la cual el congreso no estaba suficientemente aclarado; pero como había en pie un acuerdo de la misma mayoría, hecho para impedir que la oposición pudiera molestar demasiado al congreso, añadió este mismo, "que los reglamentos debían ser violados siempre que haya necesidad de hacerlo para el triunfo de la verdad y la justicia.

Esta extraña teoría, que anteriormente escuchamos de la boca de Engels, fue esta vez rechazada por éste, y la cuestión se declaró suficientemente discutida, siendo acordado que el nuevo Consejo residiría en Nueva York, levantándose la sesión.

Al día siguiente, algunos invitados, entre los cuales se contaba el presidente Ranvier, que representaba en el congreso a la fracción *blanquista,* mandaron una comunicación al congreso, notificando que había tenido que regresar a Londres, por lo que suplicaba que uno de los vicepresidentes le reemplazase, como así se verificó, pasando a ocupar la presidencia el delegado americano Sorge.

(En *Asociación Internacional de los Trabajadores. Federación Regional Española,* Consejo Federal. Circular a todas las Federaciones locales. Valencia 1872.)

tivo, dio pie al Consejo Federal para intentar la creación, con miembros de la Internacional, de unos núcleos clandestinos de *Defensores de la Internacional,* cuya misión sería evitar el peligro de que la asociación desapareciese en medio de las persecuciones. Aunque el verdadero objetivo de este proyecto era conseguir que las secciones secretas de la *Alianza* (que actuaban paralelamente a las de la Internacional, con un carácter minoritario y secreto) se fundiesen insensiblemente con estos *Defensores de la Internacional* y, en consecuencia, desapareciesen. Esto era el objetivo principal que acariciaban los primeros marxistas españoles, agrupados en Madrid en torno al núcleo dirigente de la Internacional madrileña.

Paralelamente, había ido creciendo el antagonismo entre Marx y Bakunin, que desembocaría en un enfrentamiento público entre sus partidarios y, finalmente, en una escisión de la A.I.T. y, en definitiva, del movimiento obrero. La crisis repercutió, también, en España. Los puntos centrales del desacuerdo entre ambas posiciones eran los siguientes: estado popular frente a anarquía; partido político contra apoliticismo; dirección centralizada —a través del Consejo General londinense— de la Internacional o autonomía de las distintas Federaciones Regionales; socialismo estatal frente a colectivismo dirigido por los sindicatos. Bakunin había creado en Ginebra la *Alianza de la Democracia Socialista,* verdadera agrupación internacional —aunque con pocos afiliados— formada por gentes de diversas nacionalidades, que se apoyaba en la federación suiza del Jura y dirigía la fracción "federalista" de la A.I.T.

En España predominaban, como se ha referido, los partidarios de la tendencia de Bakunin o, mejor dicho, los contrarios a las ideas de Marx, ya que el apoliticismo (el rechazo a crear un partido político), antes que verdadero y exclusivo anarquismo bakuninista, era una clara mezcla

de éste y de sindicalismo apolítico. En la Península, los núcleos bakuninistas, con mayor conciencia social, más politizados (valga la paradoja), estaban encuadrados en la *Alianza*.

Anselmo Lorenzo, delegado de la A.I.T. española a la conferencia de Londres (setiembre de 1871), pudo comprobar en ésta la magnitud de las rivalidades, y del odio, entre Marx y Bakunin. La conferencia acordó la necesidad de que los obreros de cada país constituyesen su propio partido político de clase y ratificó la disolución de la *Alianza* ginebrina.

Bakunin, que no aceptaba un partido político de clase, en cambio era favorable a la organización de sociedades secretas. Así dirá a González Morago: [la Internacional] "tiene por misión reunir las masas obreras, los millones de trabajadores ... La *Alianza* tiene por misión dar a estas masas una dirección realmente revolucionaria ... Además, como sabemos que la organización del poder popular no puede hacerse por la propaganda teórica solamente, sino que reclama la alianza y organización de los caractereses y voluntades revolucionarias constituidas en una especie de estado mayor revolucionario, hemos formado en el seno mismo de la Internacional nuestra *Alianza* secreta ... La Internacional pública es excelente ... para agitar, para revolucionar las masas, pero por sí sola es incapaz de organizar el poder popular ... y que por esto es necesaria una organización secreta". También Bakunin en otra carta dirigida a España afirmaba: "Es preciso establecer una conspiración, una sociedad secreta en regla. Tal es el pensamiento y el objeto de la *Alianza*. Es una sociedad secreta formada en el seno de la Internacional".

Estas resoluciones empujaron al ala antipolítica de la A.I.T. a celebrar un congreso aparte en Sonvillier, en la Suiza francesa (noviembre de 1871).

A partir de la conferencia de Londres, un sector del grupo madrileño de la Internacional (Pablo Iglesias, Mesa, Mora, Pagés, etcétera), la mayoría de los miembros de su Consejo Federal y de la redacción del periódico *La Emancipación*, evolucionó en sentido favorable a las tesis de Marx.

Desde noviembre de ese año Engels sostenía correspondencia con Francisco Mora, que será uno de los portavoces de tendencia marxista en el Consejo Federal. Este cambio se acentuó al mes siguiente con la llegada a Madrid de P. Lafargue, yerno de Marx, que había huído de Francia después de los hechos de la Comuna.

Para oponerse a esta evolución hacia el marxismo, Tomás González Morago hizo aparecer el periódico *El Condenado* (febrero 1872 - marzo 1873). De todos modos, y por el momento, las posiciones de los marxistas quedaban reducidas a un débil núcleo que operaba sólo en Madrid, ya que la inmensa mayoría de las federaciones locales siguieron fieles a la línea apolítica.

En abril de 1872 se celebró en Zaragoza el Segundo congreso de la Federación Regional, al que asistió Lafargue, autor de la mayor parte del dictamen sobre la propiedad. Mediante un acuerdo conciliatorio se aplazó, por breve tiempo, la ruptura entre las dos corrientes internacionalistas, aunque ésta se produciría, definitivamente, en junio de ese año con la expulsión de los redactores de *La Emancipación* y los miembros del Consejo Federal, que entonces constituyeron la *Nueva Federación Madrileña* (8 de julio), no reconocida por la Federación Regional, pero sí por el Consejo General de la A.I.T. (1 de setiembre). Pocas federaciones locales de aquélla (no más de una docena) y seguramente menos de doscientos militantes siguieron el camino secesionista, mientras el resto —más de ciento cincuenta federaciones locales y quince mil federados— se mantenía en la línea apolítica. Así, a un año de la conferencia de Londres y meses antes del congreso de La Haya, el movimiento obre-

En España también se hicieron sentir los efectos de la controversia Marx-Bakunin. Meses antes del Congreso de La Haya el movimiento obrero español se bifurcaba en dos tendencias.

Cuestión de la Alianza

(Fragmentos de este folleto de defensa de la *Alianza* española, publicado en Barcelona, en 1872):

Para que se tenga una idea concreta de esa sociedad, que *La Emancipación* califica de tenebrosa, a continuación publicamos sus estatutos y aspiraciones, ya que los que tanto la difaman se han guardado bien de publicarlos, que era por donde debían haber empezado si fuese cierto lo que vienen diciendo con tanto ruido como perversa intención. Helos aquí:

Alianza de la democracia socialista

I

La *Alianza* quiere ante todo la abolición definitiva y completa de las clases y la igualdad económica y social de los individuos de ambos sexos. Para llegar a este objeto, pide la abolición de la propiedad individual y del derecho de heredar, a fin de que en el porvenir sea el goce proporcionado a la producción de cada uno, y que, conforme con las decisiones tomadas por los últimos congresos de Bruselas y de Basilea, la tierra y los instrumentos del trabajo, como cualquier otro capital, llegando a ser propiedad colectiva de la sociedad entera, no puedan ser utilizados más que por los trabajadores, es decir, por las asociaciones agrícolas e industriales.

II

Quiere para todos los niños de ambos sexos, desde que nazcan, la igualdad en los medios de desarrollo, es decir, de alimentación, de instrucción y de educación en todos los grados de la ciencia, de la industria y de las artes, convencida de que esto dará por resultado que la igualdad solamente económica y social en su principio llegará a ser también intelectual, haciendo desaparecer todas las desigualdades ficticias, productos históricos de una organización tan falsa como inicua.

III

Enemiga de todo despotismo, no reconoce ninguna forma de estado y rechaza toda acción revolucionaria que no tenga por objeto inmediato y directo el triunfo de la causa de los trabajadores contra el capital; pues quiere que todos los estados políticos y autoritarios actualmente existentes se reduzcan a simples funciones administrativas de los servicios públicos en sus países respectivos, estableciéndose la unión universal de las libres asociaciones, tanto agrícolas como industriales.

IV

No pudiendo la cuestión social encontrar su solución definitiva y real sino en la base de la solidaridad internacional de los trabajadores de todos los países. La *Alianza* rehusa toda marcha fundada sobre el lamado patriotismo y sobre la rivalidad de las naciones.

V

La *Alianza* se declara atea; quiere la abolición de los cultos; la sustitución de la ciencia a la fe y de la justicia humana a la justicia divina.

ro español se bifurcaba en dos sectas rivales. La escisión internacional definitiva se produjo en La Haya (setiembre de 1872): cuatro delegados representaban a la Federación Regional (Farga Pellicer, Alerini, Marselau, González Morago) y uno (Lafargue) a su ala marxista. El congreso culminó con la expulsión de Bakunin y Guillaume y con la aceptación de las resoluciones favorables a la creación de un partido político tomadas en la conferencia de Londres, todo lo cual vino a significar la ruptura total entre marxistas y antipolíticos. Estos celebraron un congreso aparte días después, en Saint-Imier, donde se acordó que las secciones y federaciones regionales tuviesen relaciones entre sí, al margen del Consejo General, separándose de hecho del resto de la Internacional. La Federación Regional española se reunió en su tercer congreso meses después (diciembre de 1872 - enero de 1873), en Córdoba, para reafirmar su posición antipolítica y su separación de los marxistas españoles. Por su parte, la *Nueva Federación Madrileña,* desasistida de la inmensa mayoría de los militantes de la Federación Regional, perdió, por falta de lectores, su órgano periodístico *La Emancipación,* en abril de 1873, y de hecho se disolvió a mediados de ese año. En mayo de 1873 había celebrado su congreso en Toledo, al que sólo concurrieron delegados de cinco federaciones locales. Y es que, contra lo que afirmara Engels en su correspondencia y en el folleto de circunstancias *Los bakuninistas en acción* (que se refiere a la Internacional española), no le iba a ser fácil al marxismo triunfar en España ni el problema del rechazo del estado por los obreros españoles podía ser resuelto o interpretado con frases sarcásticas acerca del infantilismo revolucionario.



La industria textil alcanzó un desarrollo interesante en Cataluña a mediados del siglo XIX. El grabado superior reproduce el edificio de una fábrica de hilados y tejidos de algodón.

Abajo: Dos caricaturas de J. L. Pellicer publicadas en el periódico anarquista "El Condenado": cómo veían a los "magnates" y cómo aspiraban a verlos.





Una de nuestras aspiraciones.

Carta de Bakunin a F. Mora

Locarno, 5 de abril de 1872.

Querido "aliado" y compañero. Nuestros amigos de Barcelona me han invitado a que os escriba. Yo lo hago con tanto más placer que he conocido que, tanto yo como mis amigos, nuestros aliados de la Federación del Jura, somos victimas de las calumnias del Consejo General de Londres, en España como en todos los países. Es una cosa bien triste, verdaderamente, que en estos tiempos de crisis terrible donde se decide, para bien de decenas de años, la suerte del proletariado de Europa entera, y donde todos los amigos del proletariado, de la humanidad y de la justicia deberían unirse fraternalmente para hacer frente contra al enemigo comn —el mundo de los privilegios organizados en estado—, es bien triste, digo, que los hombres que, por otra parte, han prestado grandes servicios a la Internacional en el pasado, empujados hoy día por una mala pasión autoritaria, se rebajen hasta la calumnia y siembren la división en lugar de crear por todas partes esta unión libre que solo puede crear la fuerza. Para daros una idea justa de las tendencias que nosotros perseguimos, yo no tengo que deciros más que una cosa. Nuestro programa es el vuestro, lo mismo que lo habéis proclamado en vuestro congreso el año pasado, y si vosotros continuáis fieles, estáis con nosotros, es por la simple razón de que nosotros estamos con vosotros. Nosotros detestamos el principio de dictadura, gubernamentalismo y autoridad, como vosotros lo detestáis; nosotros estamos convencidos de que todo poder político es una fuente de depravación infalible para los que gobiernan y una causa de servidumbre para los que son gobernados. Estado significa dominación, se traduce en explotación. Enemigos del estado cuando menos en todas sus manifestaciones, no lo queremos soportar tampoco en el seno de la Internacional.

Nosotros consideramos la conferencia de Londres y las resoluciones que ha votado como una intriga ambiciosa y como un golpe de estado; por esto hemos protestado y protestaremos hasta el fin. No me refiero a las cuestiones personales. ¡Ay! Ellas llenarán demasiado el próximo congreso universal, si este congreso tiene lugar, lo que, por mi cuenta, sospecho mucho, porque si las cosas siguen andando al mismo paso, pronto no quedará ni un punto en el continente de Europa en donde los delegados del proletariado puedan reunirse para discutir libremente. Y en estos momentos todas las miradas están fijas sobre España y sobre el resultado de vuestro congreso. ¿Qué saldrá de él? Esta carta la recibiréis, si llega, después del congreso. ¿Os encontrará en plena revolución o en plena reacción? Todos nuestros amigos de Italia, de Francia y de Suiza esperan noticias de vuestro país con ansiedad. Usted sabe, sin duda, que en Italia, en estos últimos tiempos, la Internacional y nuestra querida *Alianza* han tomado un gran desarrollo. Mazzini, nuestro genial y poderoso antagonista, ha muerto; el partido mazziniano está completamente desorganizado y Garibaldi se deja cada vez más arrastrar por la juventud que lleva su nombre porque va o corre infinitamente más lejos que él. Envié a los amigos de Barcelona una dirección italiana. Pronto les enviaré otras. Sería bueno y necesario que los "aliados" de España se pusieran en relación directa con los de Italia. ¿Recibís los periódicos socialistas italianos? Yo os recomendaría, sobre todo, *La Igualdad*, de Sicilia; *La Campana*, de Nápoles; *Fascio Operario*, de Bolonia; *La Gaceta Roja*; pero, sobre todo, *El Martillo*, de Milán, desgraciadamente secuestrado y todo sus redactores encarcelados. En Suiza os recomiendo dos aliados: James Guillaume, Suiza, Neuchâtel (5, rue de la Place d'Armes), y Adhemar Schwitzguebel, grabador, miembro y secretario corresponsal de la Federación del Jura (Suiza, Jura, Berna, Sonvillier, Mr. Adhemar Schwitzguebel, grabador, segundo de la dirección).

Alianza y fraternidad, M. Bakunin.

Yo os ruego salude de mi parte al hermano Morago y ruégole que me envíe su periódico.

¿Recibe usted el *Boletín* de la Federación del Jura?

Queme esta carta, se lo ruego, porque contiene nombres.

(En A. del Rosal, *Los Congresos Obreros Internacionales en el siglo* XIX, México, 1958, págs. 238-40.)

La organización obrera

A fines de 1872, en la época del congreso de Córdoba, la Federación Regional tenía de 25.000 a 30.000 afiliados, agrupados en cien federaciones locales constituidas y otras tantas en vías de constitución. La mayor de todas seguía siendo la de Barcelona, que entonces contaba con más de diez mil asociados, es decir, una tercera parte, o más, del total. Le seguían en importancia Alcoy, con más de 2.500; Valencia, con más de 1.000; en Andalucía, Carmona con 750, Sanlúcar de Barrameda con 600, Málaga y Granada con 500 cada una; en Castilla, Valladolid con más de 500 y Madrid con cerca de 400; en Cataluña, además de Barcelona, Mataró, Olot y Sabadell tenían más de mil cada una de ellas, Reus 700, Badalona y San Feliu de Guixols tenían 500, Tarragona 400.

Además de las federaciones locales y de las seccionales (sindicales) la Internacional agrupó a sus miembros en Uniones de Oficio; la más importante, y en realidad la única que funcionó autónomamente, fue la *Unión Manufacturera* o federación sindical de todos los obreros de la industria textil algodonera. Su fuerza se concentraba en Cataluña (era la heredera de las *Tres Clases del Vapor*, gran sindicato de la industria textil) y tenía unos 28.000 sindicados en 1872, aunque es evidente que no todas sus secciones participaban del radicalismo de la Internacional. Las dos terceras partes de las fuerzas internacionalistas estaban en Cataluña (y de éstas la mitad en Barcelona) y la mayor parte del tercio restante se distribuía entre el País Valenciano, Andalucía y, en mayor grado, en Castilla.

La Primera República (febrero de 1873 - enero de 1874)

El proceso de revolución política española, abierto con el destronamiento de Isabel II, y después del paréntesis de los tres años de monarquía constitucional de Amadeo I de Saboya, culminó con la proclamación de la República, el 11 de febrero de 1873, institución que no llegaría a alcanzar los once meses de existencia.

El nuevo régimen fue bien recibido por las clases populares y por los internacionalistas moderados (el sector sindicalista, especialmente fuerte en Barcelona y en toda Cataluña), pero no por el grupo dirigente anarquista de la Federación Regional, que consideró a la República recién proclamada como un simple cambio de fachada del edificio burgués, valorando negativamente el acceso al poder de los republicanos democráticos.

La Internacional pidió la supresión del ejército obligatorio y la creación de una milicia nacional voluntaria justo en el momento en que los carlistas (absolutistas monárquico-tradicionalistas), sublevados el año anterior, alcanzaban un mayor desarrollo guerrillero en las montañas catalanas pirenaicas que ponía en peligro, incluso, importantes ciudades comerciales e industriales del llano como Reus, Igualada y Mataró. La República nacía entre tensiones: por un lado, el carlismo, cada vez más audaz; por otro, las divisiones internas del propio republicanismo, que se debatía entre el federalismo (propugnado por la mayor parte de los antiguos republicanos, especialmente los catalanes, valencianos y andaluces) y el unitarismo, defendido por algunos republicanos y por la totalidad de los políticos monárquicos que acababan de aceptar —por táctica— el régimen republicano y a quienes horrorizaba la posibilidad (bien real con el federalismo) de que se desmembrase el aparato estatal del que vivían en relación simbiótica; y en último extremo, las fuerzas internacionalistas, que o no acababan de integrarse en el juego político o, como en el caso de los bakuninistas, hacían la guerra al nuevo régimen con más fuerza que a la anterior monarquía.

La proclamación de la República también dio lugar a diversos intentos de ocupación y reparto de tierras en el sur, aunque no es nada seguro que la organización regular de la Internacional estuviera detrás de estos hechos y, en todo caso, el gobierno republicano puso fin rápidamente a estas ocupaciones hechas al margen de la ley.

La Internacional en Barcelona

La situación político-social llegó a su punto más alto en este año de 1873 y, precisamente, el aumento de la politización iba a provocar una crisis en el seno de la federación local de Barcelona, al ponerse de manifiesto la poca solidez de la línea anarquista de la Internacional. En efecto, los internacionalistas barceloneses a lo largo de marzo, abril y mayo de 1873 participaron de varios intentos para proclamar la república federal (recordemos que la república instaurada no estaba definida en este aspecto y seguía siendo un régimen centralista) o pasar directamente a crear el Estado Catalán. Los internacionalistas de Barcelona participaron incluso en las elecciones municipales de julio de 1873, a pesar de todas las solemnes manifestaciones de apoliticismo proclamadas oficialmente. Es que la Internacional de Barcelona seguía una línea mucho más moderada que la marcada por la Comisión Federal (nombre que a partir del congreso de Córdoba se daba al Consejo Federal), y duran-

"Nosotros detestamos el principio de dictadura, gubernamentalismo y autoridad, como vosotros lo detestáis" —Carta de Bakunin a F. Mora, 5-4-1872—

Al obrero español

Obrero, acude a asociarte,
la negligencia desecha;
tú no ignoras cuanto vale
lo que anima nuestra idea.
Obrero, que tu sudor
es la fortuna burguesa:
es la mina que no cesa
de explotarla tu señor.
Vas detrás del capital
arrastrado a tu pesar,
para que puedas ganar
un miserable jornal.
Y cuando al fin de tu vida
te veas sin fuerzas ya,
pronto te despreciará
esa clase corrompida.
Mas será, sí, por tu mal,
con el desdén, el olvido;
tu cuerpo desfallecido
recogerá un hospital.
Y de esclavo en tu lugar
otro esclavo se pondrá
y en no teniendo ya aliento,
como has muerto morirá.
Hipócritas sin conciencia
explotándonos están
gozando de su opulencia
mientras tú quedas sin pan.
Te ves siempre despreciado;
¿qué es la vida para ti?
un sendero desgraciado
de opresores hasta el fin.
A tus quejas nadie atiende
mas no importa; pues la gloria
coronará de laureles
de tu empresa la victoria.
Valor, firmeza y lealtad,
fe en el lazo que nos une,
y hagamos por fin que brille
pronto el sol de la igualdad.
Asociaos, el no hacerlo
labra vuestra esclavitud;
es necesario un esfuerzo
para triunfar la virtud.
Suene la hora de justicia,
de reforma radical;
nuestro escudo por divisa,
sea la Internacional.
A su sombra cobijados;
paz tendremos, atención:
que a fundar vamos, hermanos,
ya nuestra emancipación.

(Sin año de edición [1869-1873].)

te los críticos días de mediados de julio se limitó a pedir reformas laborales y a solicitar de las autoridades públicas locales mayor dureza en la represión de los carlistas insurrectos y no intentó salir a la calle para tomar el poder, pese a la existencia de un núcleo de anarquistas insurreccionalistas, entre los que se contaban algunos franceses exiliados y García Viñas. Como afirmara éste años más tarde, las secciones barcelonesas de la Internacional en julio de 1873 eran potentes, pero deseaban "ventajas inmediatas", reformas concretas, más que un planteo inmediato de la revolución social.

La Internacional en el País Valenciano y Andalucía

Por su parte, la dirección de la Internacional (con sede en Alcoy, en el único núcleo industrializado del País Valenciano), dominada por los anarquistas insurreccionalistas, iba a intentar iniciar la revolución social mediante un golpe de fuerza. Para esto se aprovecharon de la insatisfacción de los republicanos federales intransigentes, quienes, descontentos con la moderación del gobierno republicano, se sublevaron en julio de 1873 en la llamad revolución cantonal, imitación aguada de la Comuna de París. Los anarquistas insurreccionalistas hicieron coincidir su alzamiento con la revolución cantonal, con resultados totalmente nulos. Hubo falta de coordinación y de planificación; no existía acuerdo respecto de la oportunidad de esta sublevación. Sólo una parte de la Internacional, especialmente su dirección, seguía la línea insurreccionalista, mientras el resto fluctuaba entre el anarcosindicalismo y el sindicalismo reformista.

La Comisión Federal de Alcoy (dirigida por S. Albarracín, maestro de escuela; F. Tomás, albañil, y V. Fombuena) y el redu-



Arriba: Pablo Iglesias, obrero tipógrafo fundador de la Federación Internacional de Trabajadores y posteriormente del partido socialista español. Fue electo diputado en varias oportunidades.

Abajo: La república española ante la presión de dos fuerzas contrarias: unitarismo y federalismo. —De un grabado de la época—



La proclamación de la Primera República y el antimilitarismo

Llamamiento de la federación barcelonesa de la A.I.T. al proclamarse la República:

(Fechado el 13 de febrero de 1873, y reproducido en González Sugrañes, *La Primera República en Barcelona*, 2ª ed., Barcelona, 1903, págs. 45-46.)

OBREROS

Compañeros:

Circunstancias imprevistas, quizá la crítica situación de la hacienda española, han hecho desaparecer la situación monárquica que regía esta nación. Nos encontramos, pues, en un momento supremo; parece que se abre un período revolucionario en el cual, si las clases obreras sabemos ponernos a la altura de los acontecimientos, podremos alcanzar algo o mucho de lo que tan necesario es para que mejoremos nuestra precaria situación.

Solemne, solemnísima es la actitud del pueblo trabajador: su instinto revolucionario le hace o le debe hacer ver que las circunstancias están preñadas de peligros y que su deber es aguardar impasible, pero vigilante, que la redención, siempre constante en sus manejos, asome su cabeza para aplastarla.

¡Obreros: nuestro primer deber, en los actuales momentos, es estar dispuestos a luchar contra la reacción con todos los que combatan, y solos, si solos estuviésemos! Armémonos, pues, por los medios que a mano tengamos y exijamos constantemente que se arme al pueblo trabajador.

Dispuestos a luchar de todas maneras para conservar nuestros derechos queremos el establecimiento de la enseñanza obligatoria en todo el grado posible; la instrucción tan necesaria para el obrero. Queremos que rijan en los talleres y fábricas las condiciones higiénicas; que la salud del pueblo así lo exige. Queremos, en fin, evitar en todo lo posible el triste espectáculo de ver a los niños perder su salud en medio de los trabajos impropios de su edad.

¡Armas al pueblo trabajador! ¡Autonomía del municipio! ¡Menos horas de trabajo y más salario!

Salud y Emancipación social.

Debemos trabajar activamente para que aquellos de nuestros hermanos que por ley inicua empuñan las armas, sujetos a una ordenanza, sean licenciados y puedan ir a sostener las aspiraciones del proletariado en sus pueblos respectivos, dueños de sí, y entonces soldados conscientes del progreso.

El progreso federativo, la autonomía de los grupos naturales, debe ser nuestro objeto, una vez que solo la libertad y los derechos del hombre se afianzan a medida que la autoridad se debilita, autonomía completa del municipio, como primer grupo natural, es la primera condición para afianzar la revolución.

Excesiva prudencia y firme decisión, dispuestos siempre a combatir todas las tiranías políticas y religiosas.

¡Obreros! Hermanos nuestros, los que aún estáis alejados de las sociedades, entrad en ellas; los momentos son supremos: el concurso de todos es necesario. El que falte al cumplimiento de su deber comete un delito de lesa humanidad, y sus hijos y generaciones futuras se lo tomarán en cuenta.

cidísimo grupo anarquista madrileño, con González Morago, eran portavoces de la línea insurreccionalista. González Morago, el 6 de julio, enunciaba: "Todo el mundo está preparado; la mayor parte de los federados están convenientemente armados y es probable que la defección de los soldados del gobierno sea un hecho si nos lanzamos a la arena. Os sorprenderéis, quizá, ciudadanos, si nosotros hacemos una especie de trabajo centralizador al concentrar la dirección de las operaciones, mientras que nuestra organización es puramente defensiva y federativa; pero tranquilizaos, se ha acordado muy especialmente que los poderes delegados a los comités federales y a algunos jefes escogidos entre aquellos que tienen algunos conocimientos militares se limitarán a estos propósitos y que los grupos serán sus propios jueces de su situación respectiva, tanto durante la insurrección como después . . . No precipitamos nada, queremos actuar con un conjunto tal que nos haremos dueños de las 4/5 partes de España en un día, cuando la señal sea dada".

Por su parte, Severino Albarracín decía: "La federación alcoyana para aprovechar por una parte las circunstancias y por otra favorecer en algo vuestra situación, caso de tener que apelar a las armas, acordó declarar una huelga general de todos los oficios, y al efecto hoy 8 [de julio] se ha iniciado con mucho entusiasmo y decididos a vencer de cualquier modo y apelando a todos los recursos disponibles, hasta la fuerza si es posible".

Sin embargo, no trataron, o no consiguieron, que las restantes federaciones locales les siguiesen por este camino. A partir de los primeros días de julio los citados dirigentes se aprestaron a iniciar una insurrección social haciéndola coincidir con la proyectada sublevación federal intransigente. El 9 de julio, en Alcoy, una huelga general dio ocasión a que los de la Internacional se hiciesen dueños de la ciudad, que estuvo en sus manos

hasta el día 13 de este mes, cuando fue ocupada por el ejército. El balance fue de unos 16 muertos y 20 heridos.
F. Tomás diría: "el movimiento de Alcoy ha sido un movimiento puramente obrero, socialista-revolucionario", en una carta del 18 de setiembre de 1873 a los internacionalistas norteamericanos.
En síntesis, en estos críticos días del mes de julio de 1873, en que la república de Pi y Margall se jugaba su existencia política, la Internacional, aunque no desarrolló ningún papel en Cartagena —la ciudad donde los cantonales se mantuvieron más días sublevados participó espontáneamente en la insurrección cantonal, tratando de desbordarla en diversas localidades del País Valenciano (Valencia, en particular) y en Andalucía (Sevilla, Cádiz, Jerez, San Fernando, etc.); intentó tomar el poder en el municipio de Alcoy y se mantuvo al margen del insurreccionalismo en Cataluña, donde, incluso, rectificó su posición marcadamente apolítica participando en unas elecciones municipales.
A partir de estos hechos, la Internacional empezará a perder fuerzas. Había alcanzado en ese año de 1873 su cuota más alta de afiliados, seguramente entre treinta y cuarenta mil. Las cifras, como es lógico al tratarse de un movimiento revolucionario, son difíciles de precisar, y oscilan entre los 300.000 dados por el anarquista García Viñas, los 60.000 referidos por el marxista Mora y los 30.000 que citaban F. Tomás, miembro de la Comisión Federal, y J. Serrano y Oteiza.
En 1872-1873 tenía unas 210 federaciones locales, 84 de las cuales eran catalanas (el 40 %), 47 de Andalucía (el 22 %), 22 de País Valenciano (el 10 %) y 19 de Castilla (el 9 %). Aunque si tenemos en cuenta no las federaciones locales sino los sindicatos agrupados en ellas, vemos que Cataluña contaba con el 63 % de las fuerzas internacionalistas, Andalucía el 17 %,el País Valenciano el 8 % y Castilla el 6 %. Por otra parte existían, al margen de la Internacional fuerzas sindicales autónomas en unas 178 localidades (el 75 % catalanas, el 10 % castellanas, el 5 % andaluzas, el 3 % valencianas).
La distribución regional de las fuerzas internacionales puede precisarse con exactitud usando las cifras de aportaciones económicas a la Comisión Federal que confirman lo citado: Barcelona proporcionó la mitad de los ingresos de la Federación Regional en el período 1872-1874, y Cataluña en conjunto daba el 68 % del total de los ingresos.

La clandestinidad

La república vivió pocos meses y fue finalmente derribada por el golpe de estado del general Pavía el 3 de enero de 1874. Así se cerraba un período de predominio contradictorio de los elementos democráticos, fracasado a causa de la debilidad de las fuerzas populares y de las consiguientes divisiones internas. La inestable coalición de pequeña burguesía, artesanado y clase obrera no había sido capaz, en parte por falta de fuerza numérica, de derribar el viejo edificio oligárquico agrario español y su coronamiento, el estado burocrático madrileño. Las fuerzas sociales que *sí* eran hegemónicas en Cataluña naufragaron en el conjunto del estado español. Con el golpe de estado, federalismo e internacionalismo fueron proscritos y debieron pasar a la clandestinidad. Días después se rendía Cartagena, sede del llamado *Cantón Murciano*, poniendo fin a la insurrección cantonal.
La Internacional pasaba, pues, a una forzada clandestinidad, aunque es evidente que su sector dirigente prefería la nueva situación —en la que debía actuar a través de grupos secretos, minoritarios, selectos ideológicamente— a la etapa anterior, en la que tuvo que apoyarse, a su entender excesivamente, en los

El golpe de estado que en enero de 1874 derribó la república trajo aparejado también el pasaje a la clandestinidad de la Internacional.

En la ilustración superior, Severino Albarracín, maestro de escuela y dirigente insurreccionalista de la Internacional.

En la ilustración inferior: Uno de los atentados contra la vida de Alfonso XII. Se trata del realizado por Otero el 25 de octubre de 1878.

movimientos de masas sindicales poco radicalizados.

Efectivamente, ya desde el verano de 1873 la dirección de la Internacional propugnaba la estructuración secreta y en diciembre la federación de Barcelona instituyó un comité secreto encargado de dirigir las actividades de la organización.

En abril de 1874 se dieron al público los últimos documentos oficiales de la Federación Regional, que quedaba organizada sobre bases clandestinas, y en junio de ese mismo año celebró en Madrid su último congreso regional, que modificó los estatutos sustituyéndose los congresos nacionales por conferencias regionales ("comarcales") secretas. Dividióse España en diez "comarcas" (o grandes regiones), que más tarde se convirtieron en cinco: Este (Cataluña, Aragón, Baleares, País Valenciano), Oeste (Extremadura), Centro (León y Castilla, excepto Santander), Sur (Andalucía), Norte (Galicia, Asturias, Santander, Vascongadas y Navarra). La cotización de los federados subió de 5 a 10 cts. al mes, y a 15 cts. en 1876. En el congreso de Madrid también se pidió que se redujese el número de huelgas parciales y se desaconsejaba el uso de la huelga general, propugnándose, en cambio, la inmediata revolución social por la vía insurreccional y la aplicación de represalias individuales ("la propaganda por el hecho"). El mismo Farga Pellicer declaró en el congreso de Bruselas (setiembre de 1874), en el que participaba como representante de la Federación Regional, "que los obreros españoles no quieren sufragio universal ni acción política legal ... La situación es tal que toda acción política sólo puede ser conspiración y revolución violenta". Por su parte, la Comisión Federal, después del fracaso insurreccional de julio de 1873, había abandonado Alcoy refugiándose en Madrid, pero al comprobar que cada vez quedaba más aislada de las masas finalmente, en julio de 1874, regresó a Barcelona de donde, en verdad, nunca debiera haberse alejado. Sus hombres más representativos eran, en estos momentos: Albarracín, Tomás, Pino Fombuena, Santos Trucharte. A partir del verano de 1875 se incorporaron a la Comisión Federal Farga Pellicer, Soriano y García Viñas. En estas circunstancias de clandestinidad la Federación Regional iba a ir perdiendo paulatinamente federaciones locales, y es que, de hecho, la Internacional dejaba de apoyarse en los sindicatos para hacerlo en los grupos de acción clandestina y en consecuencia en la *Alianza de la Democracia Socialista*, organización anarquista de la que dependía cada vez más clara y directamente. García Viñas, médico, hombre activo y resuelto, acabó convirtiéndose en el alma de la Federación Regional, y de su mano son casi todos los documentos de este período (1874-1881) de clandestinidad. En Suiza se había relacionado con Bakunin, Guillaume y Kropotkin, quien en 1878 estuvo en Barcelona. Años antes, en 1875, había visitado España el anarquista italiano E. Malatesta, que recorrió Barcelona, Cádiz y Madrid.

En el verano de 1875 tuvieron lugar las primeras conferencias comarcales (que a partir de entonces iban a realizarse cada verano), a las que la Comisión Federal enviaba delegados, todos ellos aliancistas. A partir de 1876 un grupo sindicalista reformista (algunos de cuyos miembros habían sido en 1870 decididos anarquistas) se separaron definitivamente de la Federación Regional y constituyeron un *Centro Federativo de las Sociedades Obreras de Barcelona*, organismo público que celebró un congreso en agosto de 1877 con la presencia de Bragulat, Nuet, Bochons, Pamias, entre otros. S. Albarracín, anarquista insurreccionalista, por su parte, quería: "impedir la constitución definitiva de un régimen democrático burgués, que pueda paralizar de alguna manera el movimiento verdaderamente revolucionario".

Por otro lado los débiles núcleos marxistas españoles, desconec-





tados a mediados de 1873, vuelven a la actividad, y apoyándose en el sindicato tipográfico de Madrid (La *Asociación del Arte de Imprimir*), dirigido por Pablo Iglesias, fundan en 1879 un círculo privado y reducido, el *Partido Socialista Obrero Español*, cuya constitución pública y oficial se haría en su congreso fundacional en 1888, en Barcelona, ciudad que al poco tiempo abandonarían.

La decadencia de la Federación Regional se acentuaba año tras año: 270 federaciones locales en agosto de 1873 (momento de máximo esplendor); 193 constituidas y 129 en constitución en agosto del año siguiente, iniciada ya la etapa clandestina; 112 en setiembre de 1876; 71 a mediados de 1877; tan sólo 48 en 1881.

Durante estos años la Federación Regional participó en los congresos internacionales de la A.I.T. antiautoritaria: octubre de 1876, Berna (con T. Soriano y García Viñas); setiembre de 1877 (García Viñas y González Morago); es decir, representada siempre por el anarquismo extremo. Este último congreso, en el que se manifestaron simpatías por el nihilismo ruso y hacia la frustada insurrección italiana de Benevento, fue el que marcó el fin real de la organización internacional antiautoritaria pues a partir de entonces lo que quedaba de la Federación Regional no pudo mantener correspondencia con otros grupos anarquistas a causa de la desaparición del centro internacional de relaciones que había funcionado desde mediados de 1873.

La Federación Regional adoptó posiciones, en el plano teórico, de adhesiones y solidaridad con el nihilismo. El *Programa de realización práctica inmediata* de la Federación Regional, de 1879, pedía el incendio de archivos y de registros de la propiedad y la instauración revolucionaria de las comunas libertarias, mientras aisladamente y sin planificación tenían lugar diversos actos terroristas: dos atentados frustrados contra Alfonso XII en 1878 y 1879, ejecutado el primero por un obrero catalán de la Internacional y el segundo por un obrero gallego, y, especialmente en el campo andaluz, incendio de cortijos y de cosechas. Sobre todo en la comarca de Jerez, que años después será el centro del terrorismo agrario andaluz. Estas manifestaciones se insertaban en una espectacular ola internacional de terrorismo, en 1878: atentado de Vera Zasulitch contra el jefe de la policía zarista; dos atentados contra el kaiser Guillermo I y uno contra Humberto I, rey de Italia.

Fin de la Federación Regional

Después de las conferencias comarcales del verano de 1880 estalló la crisis en la Federación Regional; su nivel de fuerzas había llegado al punto más bajo de su historia: solo quedaban 48 federaciones locales y unos 3.000 militantes. (Según testimonio del dirigente anarquista Serrano y Oteiza, quien creía que los siete años de clandestinidad habían desintegrado a la Federación Regional). Y se hacía evidente la necesidad de un cambio que le diese de nuevo el soporte de las masas obreras. Del mismo sector anarcosindicalista catalán partidario de la acción pública de masas (no del insurreccionalismo ni del nihilismo), dirigido por Llunas, A. Pellicer, R. Farga, E. Canibell, surgió la iniciativa de cambiar el rumbo de la Comisión Federal de la Federación Regional. Esta fue destituida en febrero de 1881, con lo que, de hecho, terminó la historia de la A.I.T. española, dejando paso libre a la reconstrucción de un movimiento público de masas de base anarcosindicalista. Así, de la misma *Alianza* surgieron los elementos de cambio: los anarcosindicalistas barceloneses, de extracción obrera, se impusieron a los anarquistas insurreccionalistas-antisindicales. Y con ellos se volvió a la acción pública sindical (eso sí, con visión de un futuro anarquista) superando el clandestinismo. El cambio se produjo cuando se sabía próxima la caída del gobierno conservador para ser sustituido por uno liberal, que iba a facilitar (o al menos no impedir) la acción pública del obrerismo.

Finalmente, en setiembre de 1881, se celebraba en Barcelona un congreso público de sociedades obreras donde se constituyó la *Federación de Trabajadores de la región Española*, que al año de ser fundada contaba ya con 218 federaciones locales y 58.000 miembros, superando, con mucho, la cifra de militantes que la Federación Regional de la A.I.T. había alcanzado en 1873. La F.T.R.E. abría una nueva etapa de la historia del anarcosindicalismo español, caracterizado por la rivalidad entre anarcosindicalistas y anarco-comunistas, de inspiración nihilista y antiorganizativa.

Bibliografía

Díaz de Morales, J. *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas. Córdoba.* Madrid, 1929.

Engels, F. *Los bakuninistas en acción.* (Reedición: Barcelona, 1960).

Guillaume, J. *L'Internationale. Documents et souvenirs (1864-1878).* París, 1905-1910.

Hennessy, C. A. M. *The Federal Republic in Spain. Pi y Margall and the Federal Republican Movement. 1868-1874.* Oxford, 1962.

Lamberet, R. *Mouvements ouvriers et socialistes. L'Espagne (770-1936). Chronologie et bibliographie.* París, 1953.

Lida, C. E. *Anarquismo y revolución en la España del XIX.* Madrid, 1972.

Lorenzo, A. *El proletariado militante (Memorias de un internacional).* Barcelona, 1901-1923 (reedición: Toulouse, 1946-1947).

Martí, C. *Orígenes del anarquismo en Barcelona.* Barcelona, 1959.

Morato, J. J. *Historia de la sección española de la Primera Internacional (1868-1874).* Madrid, 1928.

Nettlau, M. *La Première Internationale en Espagne (1868-1888).* Dordrecht, 1969. (Introducción y notas de R. Lamberet).

Termes, J. *Anarquismo y sindicalismo en España. La Primera Internacional (1864-1881).* Barcelona, 1972.

Sindicatos por industria

Enrique Bourges

El imperialismo surge como respuesta a la crisis económica de 1873-1875 y demuestra su eficacia en la consolidación y defensa del sistema capitalista mundial, al costo de intensificar la explotación de los países coloniales y dependientes. Al imperialismo y a la afirmación de los grandes monopolios corresponde una nueva organización sindical, estructurada sobre la base de federaciones o sindicatos por ramas de industria.

Concentración y centralización industrial

La segunda mitad del siglo XIX es la época de afirmación y expansión mundial del capitalismo.

La guerra de Crimea, la de Italia en 1859, la de los ducados de Schleswig y Holstein en 1864, las guerras austro-prusiana y austro-italiana en 1866 y la franco-alemana que finaliza en 1871 originan una nueva conformación del mapa político europeo y dan lugar a la unificación definitiva de naciones como Alemania e Italia. En los Estados Unidos, la guerra civil que comienza en 1861 se define en 1864 a favor del Norte, económicamente más poderoso, que absorbe al Sur; y en México, Napoleón III de Francia deberá resignar sus aspiraciones de expansión colonial.

Desde 1871 y por casi medio siglo se suspenden las grandes guerras. Pero la situación bélica no desaparece y la llamada "paz armada" caracterizará las relaciones internacionales de Europa hasta 1914.

Los enfrentamientos internacionales y los subsiguientes períodos de paz se suceden sobre un fondo de transformaciones económicas que afectan al conjunto de la sociedad y que es preciso detallar brevemente.

En esta época la economía europea sufre graves crisis coyunturales que se inician con la gran depresión de 1873-1875, interrumpida por cortas fases de recuperación en 1880 y 1888, prosiguiendo luego hasta mediados de la década de 1890. El ciclo económico presenta dos etapas bien diferenciadas: una fase ascendente vigorosa y próspera animada por un osado optimismo hasta 1873, seguida por un período más perturbado y vacilante, casi de decadencia.

En el campo de las relaciones económicas se asiste a un proceso de concentración del capital que tiene a Inglaterra como país de avanzada y que se manifiesta también en Francia, Alemania, en el resto de los países europeos con diversa intensidad y en los Estados Unidos.

Las innovaciones tecnológicas habían modificado las formas del trabajo y de la organización social. El uso del carbón, del hierro y de la máquina de vapor impusieron el auge del ferrocarril y posteriormente de la navegación a vapor. El desarrollo industrial orientó la actividad científica hacia la producción de nuevos conocimientos en el campo de las ciencias naturales, físicas y exactas, que, a su vez, contribuirían a acelerar los cambios económicos y sociales.

Los progresos científicos ponen de manifiesto nuevas fuentes de energía (electricidad, petróleo) fomentando la creación de otras industrias (química, electrotécnica). El motor eléctrico, el motor de explosión, los avances de la metalurgia y de la industria química, originados en las necesidades crecientes de los mercados o en la guerra, renovarán la estructura industrial.

Las innovaciones tecnológicas permiten aumentar la productividad por operario empleado alcanzando niveles nunca logrados hasta entonces y, aplicadas al sistema de los transportes y las comunicaciones (teléfono, telégrafo), impulsan el desarrollo del comercio y la economía en general.

Las recientes instalaciones de las redes de tráfico, centros de aprovisionamiento y distribución (canales, puertos) y muy especialmente los nuevos procesos de producción apoyados en una masa de equipos de alto costo requieren crecientes inversiones de capital sólo posibles para las grandes empresas. A su vez, la sincronización de la producción fabril exige la concentración de la mano de obra. Ambos factores confluyen para impulsar la concentración y la centralización de empresas y capitales. La importancia creciente de las grandes fábricas se traduce en los porcentajes cada vez más amplios de su aporte al volumen total de la producción.

Las innovaciones tecnológicas que se producen en la segunda mitad del siglo XIX permiten aumentar la productividad por operario, modifican las formas de trabajo y la organización social y, aplicadas al sistema de transporte y comunicaciones, impulsan el desarrollo del comercio y de la economía. El grabado superior muestra el tendido del primer cable transatlántico; la fotografía inferior, el primer telégrafo fabricado por Morse en 1835.

Los adelantos de la medicina, de la higiene y la nutrición facilitan la prevención de las enfermedades y ayudan a combatirlas, reduciendo la tasa de mortalidad. También el sector agrícola había incrementado su productividad, y se incentivaron las importaciones de productos alimenticios, que lograron modificar el régimen de comidas con el mayor consumo de alimentos de origen animal, contribuyendo al mejor estado general de una población creciente que comenzaba a gozar de un nivel de vida más alto. El crecimiento demográfico, unido al éxodo constante de la población rural hacia las ciudades en busca de trabajo, dará origen a la conformación de grandes concentraciones urbanas rodeadas por extensos barrios proletarios. Tal es el caso de Londres, Lyon, Madrid, Barcelona, Berlín, etc. El proceso de concentración de capitales también se verifica en los organismos bancarios vinculados a los monopolios industriales.

De la fusión entre ambos capitales surge un nuevo capitalismo financiero cuyo poder se consolida y gana influencia política. La gran concentración del capital, cuya tasa de ganancia declina, y la limitada expansión de los mercados internos estimula la exportación de capitales a zonas por lo general precapitalistas, que aseguren un aumento en la tasa de ganancia. Así se inicia el proceso de internacionalización del capitalismo financiero configurando un fenómeno que caracterizará a todo el período por sus proyecciones económicas y sus implicaciones sociales y políticas futuras: el imperialismo. Surgido como respuesta a la grave crisis de la economía de 1873-1875, demostró su eficacia para consolidar y defender el sistema capitalista mundial, al costo de intensificar la explotación de los países coloniales y dependientes.

Las potencias industriales, en cuyas fábricas más modernas llegan a concentrarse miles de operarios, verán crecer a esta masa obrera que lleva adelante su propia política, agrupada en sindicatos que ya presentan rasgos capaces de perdurar durante una larga etapa. El socialismo, el anarquismo y el sindicalismo serán las ideologías dominantes en los diversos países de acuerdo al nivel de su desarrollo industrial y según el progreso tecnológico de las ramas respectivas de su producción fabril.

Condición del proletariado hacia principios del siglo XX

Hasta 1850 en todas partes —salvo Inglaterra— aún predominaba la población rural. Pero a partir de esa fecha la mano de obra, cada vez en mayor número, afluye de los campos hacia los centros urbanos fabriles y se comienza a generalizar un nuevo tipo de obrero industrial.

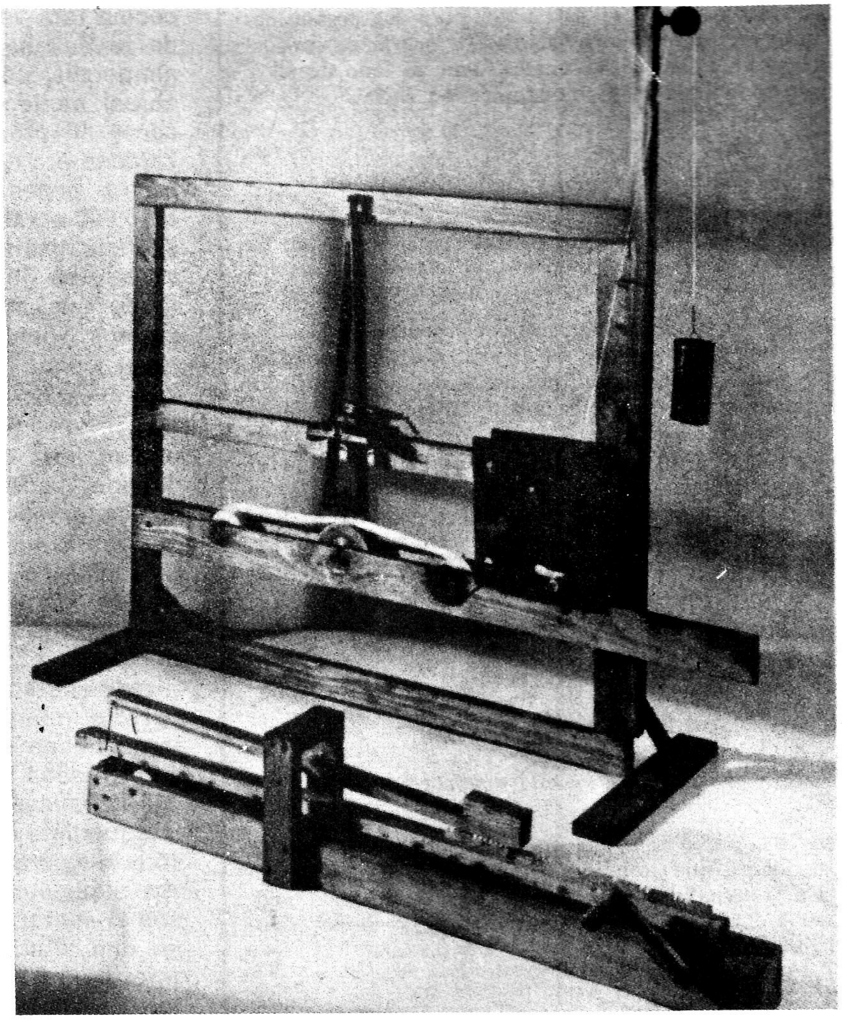
El proceso de concentración urbana se precipita rápidamente. Hacia 1815 menos del 2 % de los europeos habitaban en una veintena de ciudades con más de 100 mil habitantes cada una; en 1910, seis ciudades sobrepasan el millón, 55 ciudades los 250 mil y 180 los 100 mil habitantes.

Las grandes ciudades aparecen cercadas por un cinturón de barrios, donde se amontona el nuevo proletariado.

La industrialización había creado un tipo de vivienda popular: el tugurio y la barraca proletaria; más adelante se ocuparán los viejos inmuebles de los antiguos centros burgueses abandonados por las clases acomodadas. En una de las encuestas formulada por el Departamento de Trabajo americano, en 1893, se observa que al obrero de la industria metalúrgica la alimentación le absorbe casi la mitad del salario, restándole muy poco para el alquiler, el vestido y necesidades diversas.

El alquiler les cuesta más caro a los obreros ingleses que a los franceses o alemanes. El ahorro es casi nulo entre los obreros





Extracto de la Carta aprobada en el Congreso en 1906, considerada fundamental para el sindicalismo francés

Resolución: "El Congreso confirma el Art. 2º de los Estatutos de la Confederación General del Trabajo que dice: La C.G.T. agrupa fuera de toda escuela política a todos los obreros conscientes de la lucha a desarrollar para la desaparición del salario y del patronato.
El Congreso precisa, por los conceptos siguientes, esta afirmación teórica. En la obra reivindicativa cotidiana el sindicato persigue la coordinación de los esfuerzos obreros, el aumento del bienestar de los obreros, por la realización de mejoras inmediatas tales como la disminución de las horas de trabajo, el aumento del salario, etc. Mas esa labor es una parte de la obra del sindicalismo, el cual prepara la emancipación integral con la huelga general como medio de acción y considera que el sindicato, hoy agrupación de resistencia, será en el porvenir el grupo de producción y de distribución, base de la organización social.
El Congreso declara que esta doble labor cotidiana y para el porvenir surge de la situación de asalariados que pesa sobre la clase obrera y que pone a todos los obreros, prescindiendo de su opinión o de sus tendencias políticas y filosóficas, en el deber de formar parte de la agrupación esencial que es el sindicato.
En consecuencia, por lo que se confiere a los individuos, el Congreso afirma la plena libertad para el sindicato de participar fuera de la agrupación corporativa en formas de lucha que correspondan a su concepción filosófica o política y se limita pedirle en reciprocidad que no introduzca en el sindicato las opiniones que profesa fuera de él.
Por lo que se refiere a la organización, el Congreso declara que, a fin de que el sindicato alcance sus máximos efectos, la acción económica debe ejercerse directamente contra el patronato, pues los organismos confederados, en tanto que agrupaciones sindicales, no deben preocuparse de los partidos y de las sectas, los cuales fuera, al lado de ellos, pueden perseguir con toda libertad la transformación social."

La gran industria en Inglaterra

Comentarios de parlamentarios y funcionarios públicos británicos, sobre las nuevas formas del trabajo fabril que se imponen al obrero inglés como consecuencia de la introducción de la máquina en la gran industria:

"El 27 de abril de 1863 el diputado Ferrand declaraba en la Cámara de los Comunes: 'Los delegados obreros de 16 distritos de Lancashire y Cheshire, en cuyo nombre hablo aquí, me han comunicado que los progresos de la maquinaria hacen que crezca constantemente el trabajo en las fábricas. Mientras antes el obrero, ayudado por otros, atendía dos telares, hoy atiende tres sin ayuda de ningún género, y no es nada extraordinario que tenga a su cargo cuatro y aún más. De los hechos expuestos se deduce que en la actualidad se condensan doce horas de trabajo en menos de diez. Fácilmente se comprenderá, pues, en qué aterradora proporción ha aumentado, durante estos últimos años, el esfuerzo de los obreros fabriles'."

(Citado por K. Marx, *El Capital*, T. I.)

Testimonio de un inspector fabril

Alejandro Redgrave, inspector fabril, dice en el *Journal of Society of Arts*, el 5 de enero de 1872:

"Hace 30 años (en 1841) sólo se exigía de un hilandero de algodón, ayudado por tres auxiliares, que atendiese a una pareja de *mules*, con 300 a 324 husos. En la actualidad (a fines de 1871), con cinco auxiliares ha de atender a 2.200 husos, produciendo por lo menos siete veces más de hilo que en 1841."

(Citado por K. Marx, *El Capital*, T. I.)

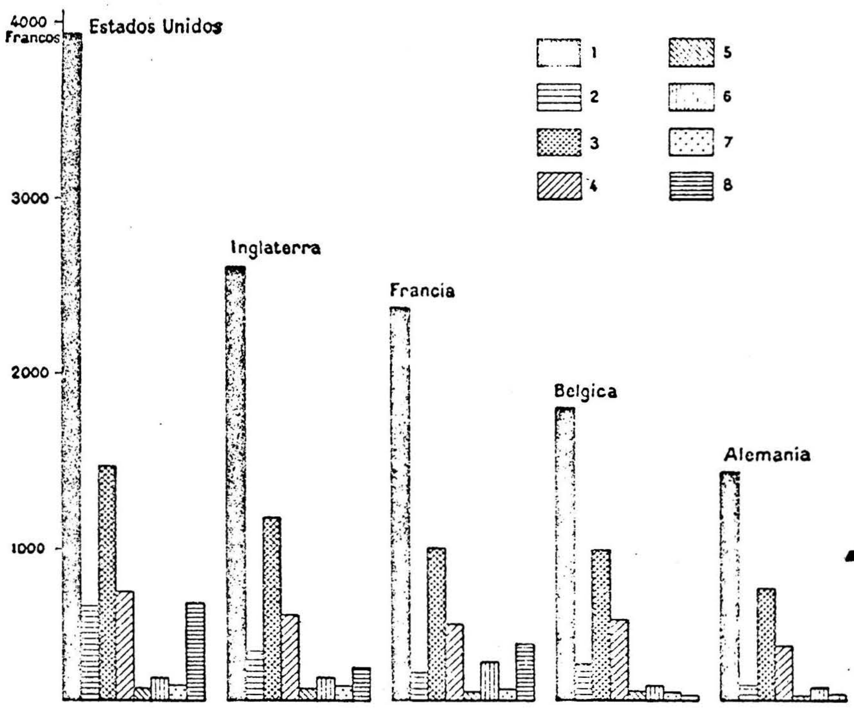
alemanes y más considerable entre los ingleses y, sobre todo, franceses. Los presupuestos familiares no pueden equilibrarse más que con el trabajo de la mujer, ya que el hombre sólo aporta las tres cuartas partes del gasto si es francés o inglés y seis séptimas partes en Alemania. Los presupuestos obreros estudiados en el Distrito XIII de París por Du Mesnil y Mangernot, en 1898, nos dicen que la sexta parte de su haber se destina al alquiler. Si se deduce este gasto, 134 familias sobre 1.266 no disponen más que de 400 francos al año, algunos apenas deben conformarse con 0,15 ó 0,20 francos por día para comer y divertirse, cuando un kilogramo de carne cuesta 1,50 francos, el pan 0,25 y el azúcar 0,75.

En 1888 un obrero de Berlín que puede tomarse como ejemplo tipo ganaba 1.024 marcos, pagaba 168 por un dormitorio y una cocina (sin ventanas) y la comida le llevaba 574 marcos. Sus almuerzos consistían en café, cereal molido con leche y azúcar y 10 pfennis de salchicha. La cena era un potaje de legumbres y papas. La familia comía de 0,900 a 1,800 kg de carne por semana, gastaba 42 marcos para vestir, los libros para la escuela de sus hijos le costaban 9 marcos y destinaba 6 marcos para el jabón.

Con respecto al presupuesto obrero, en general se observa una mejoría de las condiciones de vida. Hacia fines del siglo XIX ha aumentado el salario real de los obreros industriales, aunque se mantiene bajo para la mayoría de los oficios: en Francia, los obreros de sectores pertenecientes a la industria mecanizada cobran 10 francos o más por día, mientras que los jornaleros deben conformarse con 4 ó 5 francos y las mujeres con 2 ó 3 francos; y no es raro que una modista domiciliada trabaje 15 horas para ganar 1,50 francos. Por supuesto, en todos los casos el sector trabajo permanece en una situación de manifiesta inferioridad respecto del capital. En Estados Unidos el sector

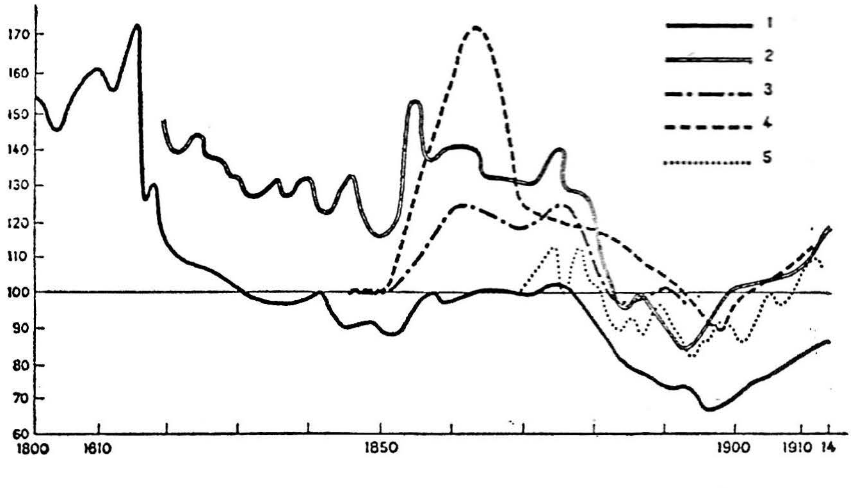
Salarios y gastos anuales en 623 familias obreras de la industria metalúrgica pertenecientes a 5 países (año 1893)

De: M. Crouzet, Historia general de las civilizaciones, T. VI, 1965



1, Salario; *2*, Alquiler; *3*, Alimentación; *4*, Vestido; *5*, Lectura; *6*, Bebida (incluído el alcohol); *7*, Tabaco; *8*, Diversiones. (Encuesta realizada por el Departamento americano del Trabajo; según GOULD, *The social condition of Labor*, 1893.)

Movimientos de precios en el siglo XIX



1, Precios británicos al por mayor (índice 100: 1866-77), según el índice de Silberling y de Sauerbeck; *2*, Precios franceses al por mayor (índice 100: 1900-01) reconstituídos por la Estadística General francesa; *3*, Precios británicos (índice 100: 1845-50), según el índice de Stanley Jevons; *4*, Precios británicos (índice 100: 1845-50), según los cuadros de precios de *The Economist*; *5*, Precios italianos al por mayor, según el cuadro de A. FOSSATI: *Lavoro e Produzioni in Italia* (índice 100: 1870).

El cuadro superior muestra que el relativamente alto nivel de salarios del obrero norteamericano le permite gastar en "diversiones" más de lo que el obrero medio europeo gastaba en alquiler o en vestido. En el cuadro inferior se puede observar el comportamiento de los precios mayoristas en Europa en el siglo XIX: al descenso general de la primera mitad del siglo le sigue el alza abrupta de los años cincuenta, que, después de estabilizarse, se convierte en baja en la década del setenta y hasta fines de siglo, cuando se reanuda la suba.

A partir de mediados del siglo XIX el proceso de concentración urbana se precipita y pronto las grandes ciudades aparecen cercadas por un cinturón de barrios de tugurios o barracas en los que se amontona un nuevo proletariado.

trabajo percibe en 1914 el doble que en 1899, pero la proporción de asalariados ha aumentado un 40 %; en cambio el capital aumenta su ingreso dos veces y media más, sin haber duplicado el total de su inversión o el número de sus empresas. En Francia, durante el mismo período se duplica el beneficio de las compañías mineras, mientras que el minero francés apenas gana un 20 % más. Y en Inglaterra, en vísperas de la primera guerra mundial, la riqueza nacional está en manos del 5 % de su población.

Nuevas formas de organización obrera

Las instancias orgánicas que se va dando la clase obrera asalariada, como medio adecuado para enfrentar la explotación existente en cada fase del desarrollo capitalista, se corresponden con el grado de conciencia alcanzado en su lucha por la emancipación.

La gran industria presupone una mayor concentración del capital. La antigua autarquía de las empresas desaparece como factor económico hacia fines del siglo XIX y principios del XX, mientras se consolidan los grandes monopolios formados por la concentración y centralización de las empresas pertenecientes a la misma rama industrial. Por lo tanto, la organización sindical, que entonces adopta una nueva estructura sobre la base de federaciones o sindicatos por ramas de la industria, no hace más que adecuarse a la organización cada vez más centralizada de las empresas.

Esta nueva forma organizativa comienza a darse en aquellos sectores de la producción que cuentan con un gran desarrollo técnico, donde las empresas, si bien emplean obreros de variados oficios, también absorben de manera preponderante una mayor cantidad de trabajadores no calificados. De esta manera los obreros tienden a integrarse solidariamente en un solo sindicato, prescindiendo de su respectiva calificación, cuando la poseen.

De ahora en adelante los sindicatos por industrias van a permitir que la organización se extienda a todos los asalariados, con oficio o sin él, que trabajan en una misma fábrica o taller de una determinada industria. Podemos resumir brevemente las ventajas del nuevo tipo de lucha asumida por la clase obrera al proponerse una organización sindical por industrias:

1) A la concentración patronal permite oponer la concentración de las fuerzas obreras.

2) Ofrece un medio de lucha más apto para defender las reivindicaciones generales que interesan a todos los trabajadores de la misma industria.

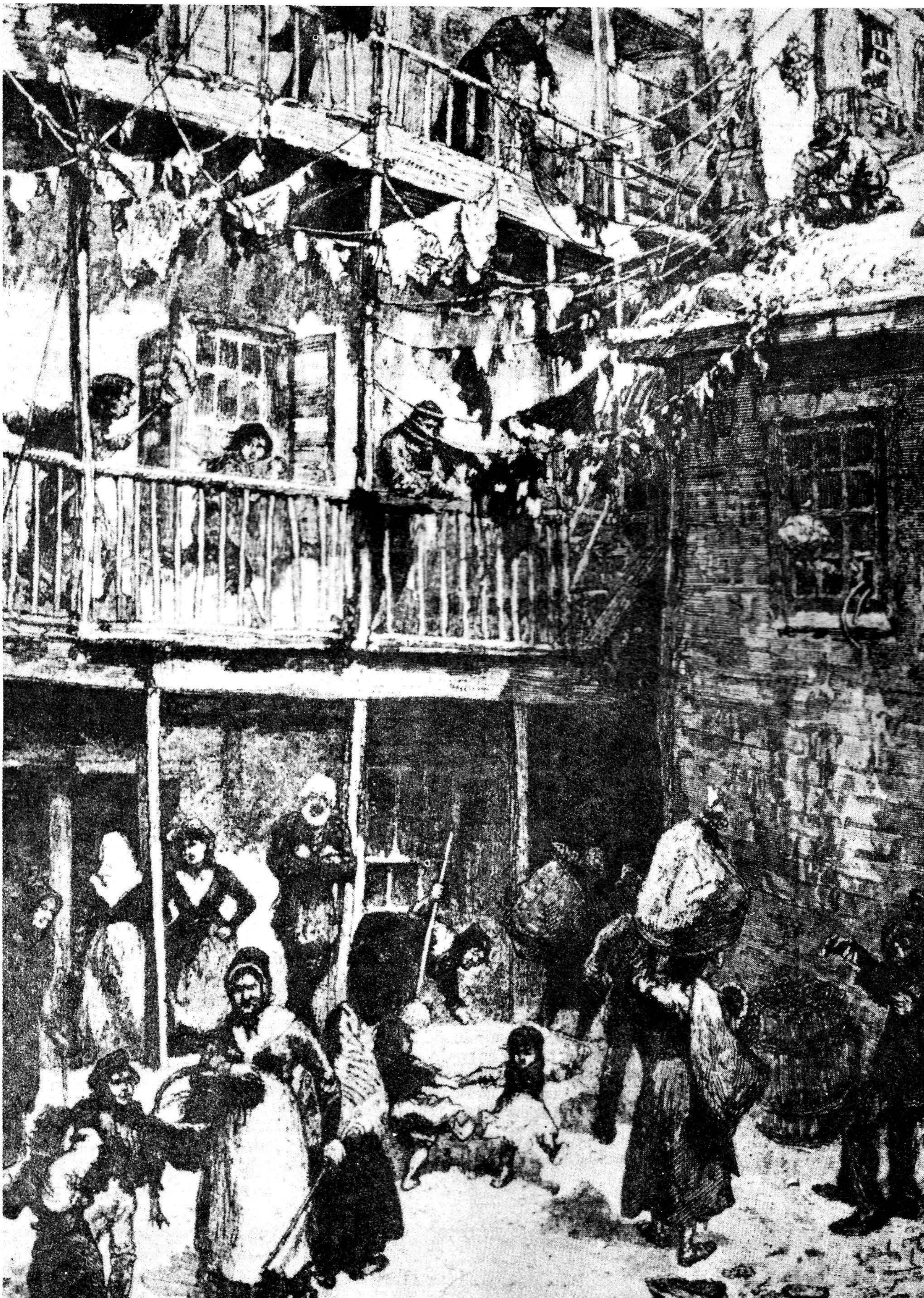
3) Las reivindicaciones profesionales de cada categoría de trabajo no son abandonadas, ya que cada grupo puede formar una sección específica dentro de los sindicatos.

4) En caso de huelga la centralización es indispensable para dar a la movilización el impulso necesario que posibilite su éxito.

La nueva organización sindical por rama de la industria no implica la desaparición de los sindicatos por oficios, que siguen subsistiendo paralelamente. Del mismo modo, los sindicatos de industrias mantienen en su seno las actividades mutualista y cooperativista que posteriormente confluirán en el origen de las Obras Sociales de los grandes sindicatos.

El sindicalismo francés hasta 1880

Después de la derrota de 1848 se recompone lentamente el movimiento obrero francés. No es ajeno a su resurgimiento Napoleón III, que a partir de 1862 inicia una política de tolerancia y acercamiento hacia las asociaciones obreras. Son los delega-



Los sindicatos alemanes entre 1900 y 1913

Nº de afiliados

	Sindicatos libres	Sindicatos cristianos	Sociedades gremiales
Año 1900	680.000	80.000	90.000
" 1910	2.000.000	295.000	120.000
" 1913	2.500.000	340.000	105.000
	Ingresos (en marcos)		
Año 1905	27.000.000	2.400.000	1.300.000
" 1913	82.000.000	7.100.100	2.800.000
	Gastos (en marcos)		
Año 1905	25.000.000	2.100.000	1.100.000
" 1913	75.000.000	6.100.000	2.600.000
	Capital (en marcos)		
Año 1905	19.000.000	1.200.000	1.300.000
" 1913	88.000.000	9.600.000	1.700.000
	Ayuda económica y protección jurídica (en marcos)		
Año 1913	30.300.000	1.500.000	400.000

(De Dicter Schuster, *El movimiento sindical alemán.*)

Llamamiento de los dirigentes de los "sindicatos libres" de Alemania destacando la disparidad de tareas entre sindicato y partido en 1891

"La diferencia entre la actividad política, tal como la desarrolla el Partido Obrero, y las tareas de los sindicatos, consiste en que la primera tiende a una transformación de la actual organización social, mientras que las segundas, dado que las leyes les ponen límites, permanecen en sus propósitos dentro del campo de la sociedad actual."

Opinión del socialdemócrata Bebel en 1893 sobre la actividad de los sindicatos alemanes

"Con la ampliación de las atribuciones estatales, el campo de las sindicales se angosta [...]. Podemos estar sindicalmente organizados todo lo bien que se quiera, pero cuando el capital ha conquistado un poder tal como el de Krupp y Stumm y el de Dortmunder Union en los distritos carboníferos y siderúrgicos de Renania y Westfalia, entonces adiós movimiento sindical, entonces sólo cuenta la lucha política. Por causas muy naturales y comprensibles, a los sindicatos les son cortados uno tras otro los hilos de la vida."

(De Dister Schuster, *El movimiento sindical alemán.*)

dos de los obreros franceses quienes en el mitin del St. Martin Hall de Londres, proponen a los dirigentes tradeunionistas ingleses organizar una Asociación Internacional de Trabajadores, que finalmente se fundará en Londres, en setiembre de 1864: es la Primera Internacional.

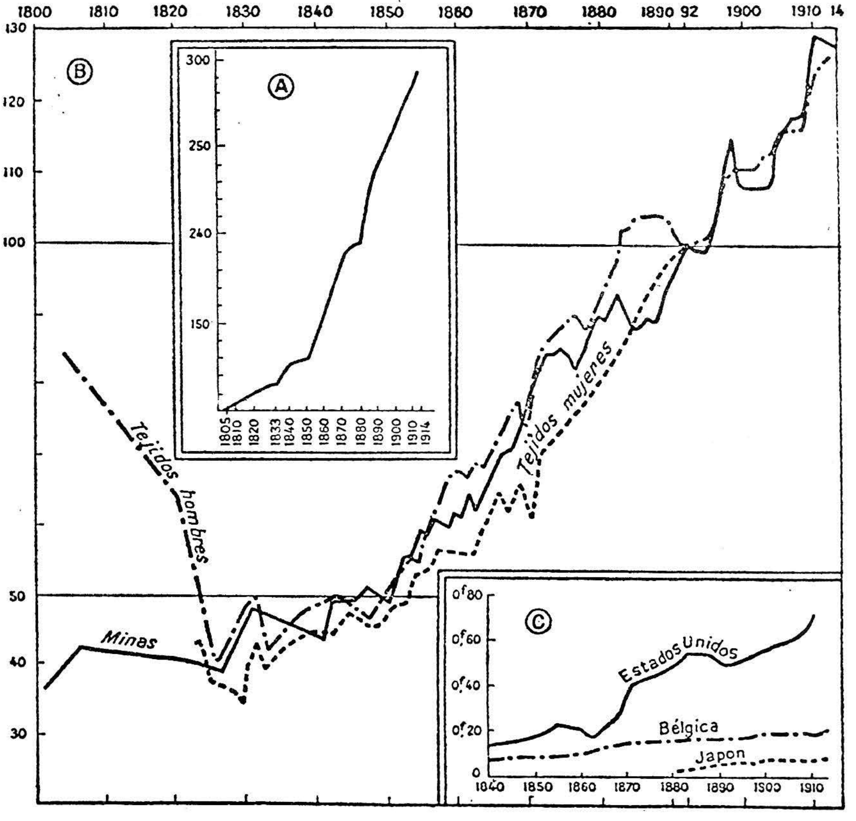
Tal como había hecho en ocasión de la Exposición de Londres de 1862, el gobierno francés propone nuevamente enviar una representación obrera ante la Exposición mundial de 1867. Por decreto ministerial se designa una comisión, pero casi todos los obreros parisienses se muestran desinteresados. Reciben la noticia con suma indiferencia, explicable por su creciente sentimiento de independencia respecto al gobierno imperial.

Poco después, en enero de 1868, una delegación de esta Comisión Obrera lleva al ministro de Agricultura una propuesta relativa a la organización de las cámaras sindicales. El 30 de marzo un informe del ministro declara que las cámaras sindicales gozarán de la misma tolerancia que disfrutan desde hace tiempo las cámaras patronales. Es el reconocimiento, de hecho, de la cámara sindical.

Entre 1868 y 1870 se crearon 67 cámaras sindicales. La introducción de las nuevas formas de trabajo debidas a la aplicación de la maquinaria en la gran industria comenzaba a despertar reacciones en el proletariado francés. Los hilanderos y tejedores de Poubaix se quejan del exceso de trabajo provocado por la intensificación del ritmo de la producción, que origina despidos masivos sin que al mismo tiempo se concedan aumentos de salarios. De 1863 a 1870 el movimiento obrero francés continúa su marcha ascendente, en parte promovido por la repercusión que ha tenido la Internacional, pero también por las posibilidades objetivas futuras que se abren a la organización sindical.

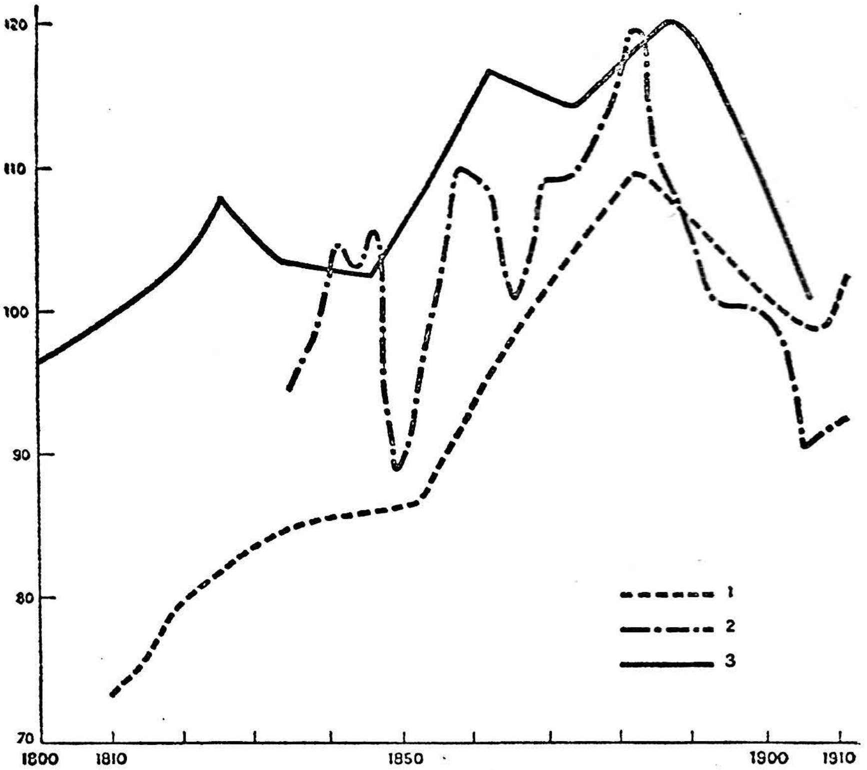
Aumenta el número de los miembros de las asociaciones obreras de París y en los grandes centros fabriles las sociedades

El movimiento de los salarios en el siglo XIX



A, Indice general de los salarios en Francia; base 100: 1805 (según la Estadística General francesa); *B*, Los salarios franceses en las minas y en la industria textil; índice 100 en 1892 (según los cuadros de F. SIMIAND, *Le salaire, l'évolution sociale et la monnaie*); *C*, Los salarios horarios en la industria del algodón (según los cuadros de F.-X. VAN HOUTTE, *L'évolution de l'industrie textile en Belgique et dans le monde*).

Gastos de familias obreras en Francia en el siglo XIX



1, Matrimonio sin hijos; *2*, Familia de 9 personas en París; *3*, Familia de 4 personas (carpintero de armar). (Según la Estadística General francesa, el índice 100 fué calculado para el año 1905, en el primer caso; para los años 1895-1900, en el segundo; y para el año 1908 en el tercero.)

Los cuadros muestran la evolución del salario y del gasto de los obreros franceses. La tendencia general es de aumento del salario real, aunque a fines de siglo es aún bajo para la mayoría de los oficios.

En la segunda mitad del siglo XIX el obrero francés varón sólo aportaba las tres cuartas partes del gasto familiar; el cuarto restante era provisto por la mujer, cuya paga era muy inferior a la del hombre. A fines del siglo el jornal femenino era aproximadamente un cincuenta por ciento menor que el masculino, pese a que desde la década del sesenta la mujer lucha por reivindicaciones. En la fotografía, un desfile de mujeres durante la huelga de Creusot, en 1899.

obreras se incorporan a las cámaras federales.

Las primeras manifestaciones del feminismo obrero francés se produce en este período. Ya desde 1866 la Sociedad Civil de Ahorro y Crédito Mutuo de los obreros encuadernadores de París establecía en sus estatutos la igualdad de derechos de los encuadernadores y encuadernadoras. Las sociedades de Resistencia acogen a las obreras; la cámara de zapateros da voz a las mujeres para intervenir en sus reuniones consultivas, los sastres hacen lo mismo y otro tanto los obreros de la porcelana, en Limoges, quienes reconocen la igualdad de derechos en sus estatutos.

Pero los verdaderos sindicatos femeninos datan de 1868-1869. Las obreras que trabajan en el devanado y en la torsión de la seda sostienen una huelga en 1869. Conseguido el triunfo constituirán una sección de la Internacional.

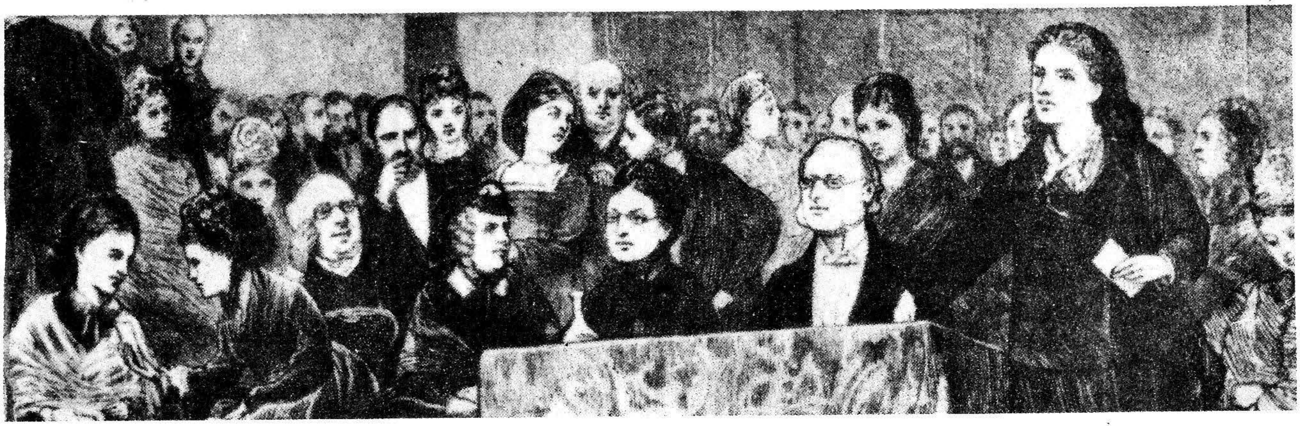
Este panorama favorable se corta bruscamente con el estallido de la guerra franco-prusiana en 1870. Francia es derrotada y debe pagar 5.000 millones de francos de indemnización a Prusia. El acuerdo que sella el armisticio establecía el desarme de París, que entonces estaba defendido por una milicia de obreros y pequeños burgueses. La mayoría de estos eran radicales partidarios de la tradición jacobina y ansiaban repetir las jornadas revolucionarias de 1793. Por su parte, los obreros pertenecían a la Internacional o respondían a la dirección de los seguidores de Blanqui. Todo era propicio en París al estallido de la insurrección, y en 1871 se establece la Comuna. Su gobierno representa por primera vez el poder del proletariado, sin duda precario y con divisiones internas, pero capaz de adoptar decisiones significativas: separación de la Iglesia y el Estado, organización del trabajo en asociaciones solidarias de capital colectivo, alquileres máximos, prohibición del trabajo nocturno. Pero la Comuna fue derrotada y aplastado el movimiento obrero francés, que perdió toda gravitación hasta 1880, mientras la burguesía se consolidaba en la Tercera República.

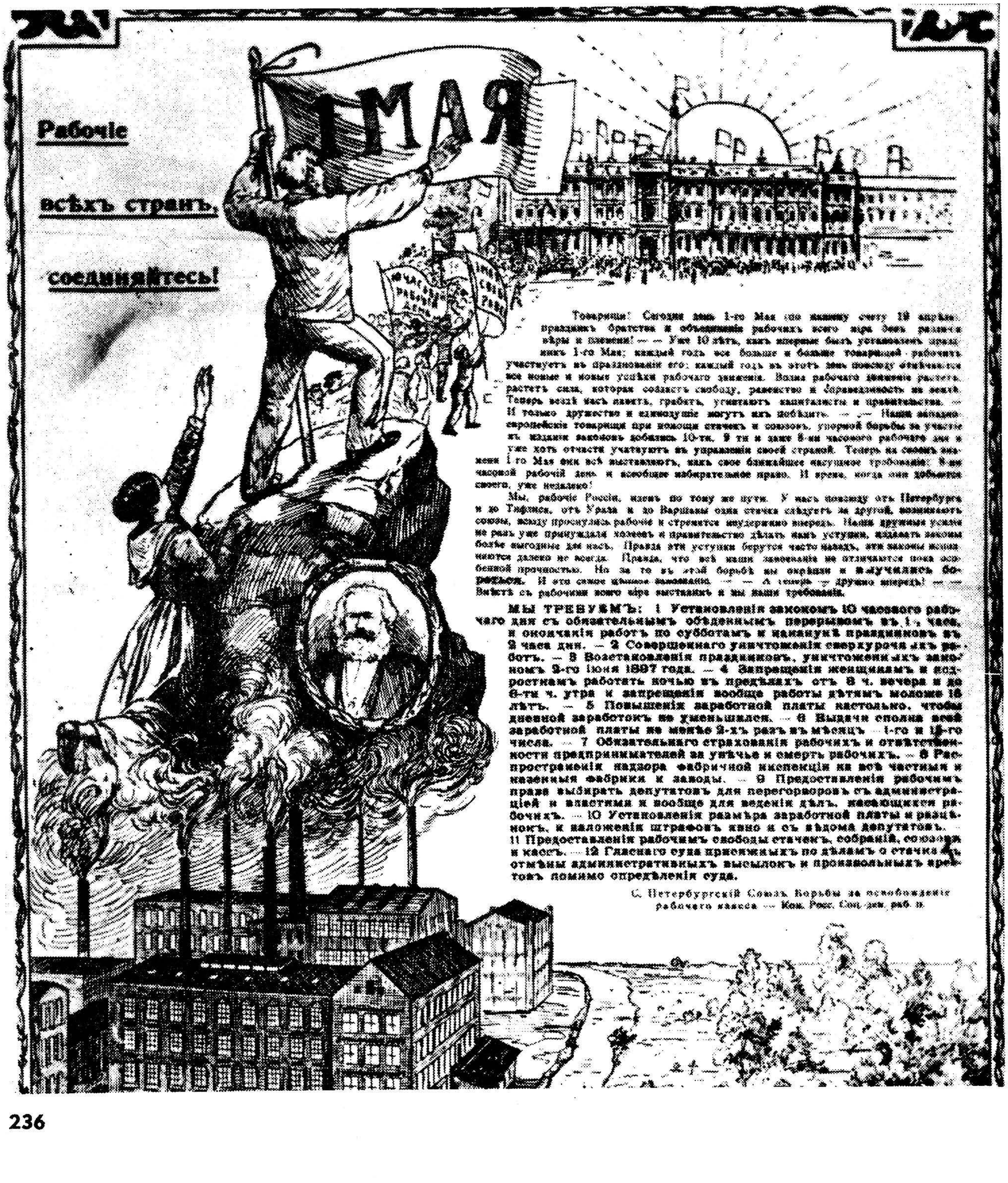
El campesinado pasa a desempeñar un papel decisivo y los republicanos no necesitan el apoyo de la clase obrera para asegurar su triunfo: Gambetta, la gran figura política del momento, al hablar del "pueblo" se refiere solamente a la nueva capa burguesa en ascenso: abogados, médicos, farmacéuticos, comerciantes e industriales. Este nuevo sector social sólo difiere de las antiguas clases dirigentes desde el punto de vista político, pero conserva las mismas creencias y la misma fidelidad al código civil. En un informe del 15 de marzo de 1881 el diputado A. Targé presenta en la Cámara una caracterización de la situación sindical en Francia, tanto patronal como obrera. Los datos que expone son los siguientes: existen 138 asociaciones patronales con 15.000 afiliados y 500 cámaras sindicales obreras; de estas, 150 funcionan en París, con un total de 60.000 afiliados. Más adelante Targé reclama la derogación de la ley Le Chapelier de 1791 que prohibía el funcionamiento de los gremios, y algunos artículos del Código Penal. Argumenta que son atentatorios contra la libertad de las asociaciones al imponer el intolerante control del estado a través de un sistema de inscripción, autorización e inspección obligatorios.

Este reclamo se convierte en ley el 21 de marzo de 1884. En lo sucesivo los sindicatos profesionales pueden constituirse sin la autorización del gobierno, con la única condición de presentar sus estatutos y la lista de nombres de los responsables de su administración o dirección. Estos deben ser franceses y estar en posesión de sus derechos civiles. Los sindicatos tienen derecho a actuar judicialmente y a poseer los inmuebles necesarios para sus reuniones, bibliotecas y cursos de instrucción profesional.

Desde 1880 hasta 1892 el desarrollo de las organizaciones obreras es bastante lento y se ca-







Рабочіе всѣхъ странъ, соединяйтесь!

1 МАЯ

Товарищи! Сегодня день 1-го Мая (по нашему счету 19 апрѣля) праздникъ братства и объединенія рабочихъ всего міра безъ различія вѣры и племени! — — Уже 10 лѣтъ, какъ впервые былъ установленъ праздникъ 1-го Мая; каждый годъ все больше и больше товарищей-рабочихъ участвуетъ въ празднованіи его; каждый годъ въ этотъ день повсюду отмѣчаются все новые и новые успѣхи рабочаго движенія. Вмѣстѣ съ ростомъ рабочаго движенія растетъ сила, которая создастъ свободу, равенство и справедливость на землѣ. Теперь вездѣ насъ давятъ, грабятъ, угнетаютъ капиталисты и правительства. — И только дружество и единодушіе могутъ ихъ побѣдить. — — Наши западно-европейскіе товарищи при помощи стачекъ и союзовъ, упорной борьбы за участіе въ изданіи законовъ добились 10-ти, 9-ти и даже 8-ми часового рабочаго дня и уже хоть отчасти участвуютъ въ управленіи своей страной. Теперь на своихъ знаменахъ 1-го Мая они всѣ выставляютъ, какъ свое ближайшее насущное требованіе: 8-ми часовой рабочій день и всеобщее избирательное право. И время, когда они добьются своего, уже недалеко!

Мы, рабочіе Россіи, идемъ по тому же пути. У насъ повсюду отъ Петербурга и до Тифлиса, отъ Урала и до Варшавы одна стачка слѣдуетъ за другой, возникаютъ союзы, всюду проснулись рабочіе и стремятся неудержимо впередъ. Наши дружныя усилія не разъ уже принуждали хозяевъ и правительство дѣлать намъ уступки, издавать законы болѣе выгодные для насъ. Правда эти уступки берутся часто назадъ, эти законы исполняются далеко не всегда. Правда, что всѣ наши завоеванія не отличаются пока особенной прочностью. Но за то въ этой борьбѣ мы окрѣпли и научились бороться. И это самое цѣнное завоеваніе. — — А теперь — дружно впередъ! — — Вмѣстѣ съ рабочими всего міра выставимъ и мы наши требованія.

МЫ ТРЕБУЕМЪ: 1 Установленія закономъ 10 часового рабочаго дня съ обязательнымъ обѣденнымъ перерывомъ въ 1½ часа, и окончанія работъ по субботамъ и наканунѣ праздниковъ въ 2 часа дня. — 2 Совершеннаго уничтоженія сверхурочныхъ работъ. — 3 Возстановленія праздниковъ, уничтоженныхъ закономъ 2-го Іюня 1897 года. — 4 Запрещенія женщинамъ и подросткамъ работать ночью въ предѣлахъ отъ 8 ч. вечера и до 6-ти ч. утра и запрещенія вообще работы дѣтямъ моложе 16 лѣтъ. — 5 Повышенія заработной платы настолько, чтобы дневной заработокъ не уменьшился. — 6 Выдачи сполна всей заработной платы не менѣе 2-хъ разъ въ мѣсяцъ — 1-го и 15-го числа. — 7 Обязательнаго страхованія рабочихъ и отвѣтственности предпринимателей за увѣчье и смерть рабочихъ. — 8 Распространенія надзора фабричной инспекціи на всѣ частныя и казенныя фабрики и заводы. — 9 Предоставленія рабочимъ права выбирать депутатовъ для переговоровъ съ администраціей и властями и вообще для веденія дѣлъ, касающихся рабочихъ. — 10 Установленія размѣра заработной платы и расцѣнокъ, и наложенія штрафовъ явно и съ вѣдома депутатовъ. — 11 Предоставленія рабочимъ свободы стачекъ, собраній, союзовъ и кассъ. — 12 Гласнаго суда присяжныхъ по дѣламъ о стачкахъ, отмѣны административныхъ высылокъ и произвольныхъ арестовъ помимо опредѣленія суда.

С. Петербургскій Союзъ Борьбы за освобожденіе рабочаго класса — Ком. Росс. Соц.-дем. раб. п.

racteriza por la influencia que los partidos políticos socialistas —el principal es el Partido Obrero, encabezado por Jules Guesde— ejercen en las cámaras sindicales. El 11 de octubre de 1886 se crea en Lyon la Federación de sindicatos y grupos corporativos. Aquí se manifiesta por primera vez la tendencia a agrupar, por un lado, a los sindicatos sin distinción de oficios en federaciones regionales y locales y, por otro, en federaciones nacionales o de industria sobre la base de especialidades. Desde el punto de vista político el congreso de Lyon señala también el nacimiento de un sindicalismo obrero independiente.

Las Bolsas de Trabajo

Otro hecho importante es la creación de la primera Bolsa de Trabajo de París, inaugurada el 3 de febrero de 1887. En 1892 las Bolsas, que ya llegan a catorce, deciden federarse. Estas bolsas atraían a los sindicatos por los servicios que prestaban: el empleo profesional, la organización de la caja de socorro, caja de desocupación, enseñanza, etcétera.
Fernand Pelloutier, uno de sus principales animadores, propone la huelga general como medio de lucha superior a cualquier otro por su carácter puramente económico, ya que considera que el esfuerzo debe basarse en la actividad sindical, tratando de excluir toda connotación política. En el Congreso de Nantes de 1894, al que asiste la Federación de Sindicatos, se aprueba la huelga general como factor decisivo que permitirá ejercer la "presión necesaria" sobre la sociedad capitalista. Este resultado provoca el retiro del sector socialista de Guesde, que acusa a la Federación de Bolsas de Trabajo de "haber adormecido a los obreros pues su acción tiende a separar a las organizaciones obreras de los partidos políticos". Es evidente la discrepancia táctica acerca del sentido que ambas fracciones confieren a la huelga general.

La Confederación General del Trabajo

En el segundo Congreso de la Federación de Bolsas en Toulouse, realizado en 1893, se considera la creación de un organismo capaz de federar a las uniones de todos los oficios y las uniones locales; el objetivo final era la formación de una amplia confederación sindical que reemplazase a la ya debilitada Federación de Sindicatos.
La proposición no se concreta sino tres años después, en Tours, donde nace la Confederación General del Trabajo. En ella las federaciones conservan su autonomía y los sindicatos o uniones de industria aisladas solo podrán ser admitidas en caso de excepción o transitoriamente. Los estatutos establecen que un sindicato adherido debe estar doblemente federado: en el orden nacional a su federación de oficio o de industria y localmente a una Bolsa de Trabajo regional. En el primer caso, son federaciones centralizadas que se apoyan en la solidaridad profesional; en el segundo, poseen un carácter descentralizado y de solidaridad mutual. Entre las organizaciones obreras, las únicas capaces de contrarrestar la influencia de las Bolsas de Trabajo son las federaciones nacionales por oficio y los sindicatos por industrias, cada vez más fuertes. Las federaciones por oficio que acaban por constituirse, salvo algunas excepciones, arrastrarán durante años una existencia frágil.
El nuevo sindicalismo organizado por industrias y centralizado comienza a manifestarse con fuerza en las huelgas de la construcción de 1898, aunque fracasa la que convoca ese mismo año el Sindicato Nacional de Ferroviarios, que cuenta con 75.000 miembros. En este momento la

Arriba: Reunión de mujeres sindicalistas francesas en 1872. Abajo: La proclama de la Liga para la lucha por la emancipación de la clase obrera, de Lenin —1º de mayo de 1899—, que reivindica, entre otras, la jornada de ocho horas.

Una investigación sobre las condiciones de existencia de la población en Londres dio cuenta de que en 1886 cerca de 1.250.000 personas se hallaban en la miseria "por debajo del umbral de la pobreza".

C.G.T. esboza un programa de reivindicaciones, muchas ya formuladas por los congresos corporativos, donde figuran algunas que venían planteándose desde 1848: pensión para todos los ancianos y enfermos, jornada de ocho horas, fijación del salario mínimo y supresión del contratista intermediario. La derrota de la huelga ferroviaria modifica la composición de la dirección de la C.G.T. y la muerte de Pelloutier permite un acercamiento mayor entre las Bolsas, los Sindicatos y las Federaciones de Industria, que culmina en la unificación de todos los sectores en el Congreso de Montpellier celebrado en 1902. La nueva C.G.T. está constituida por el comité de las Bolsas y el de las Federaciones de Industria nucleados en el Comité Confederal. Las secciones mantienen su autonomía. Víctor Griffuelhes, hasta ese momento secretario de la Sección de las Federaciones de Industria, es nombrado secretario general y Emile Pauget lo reemplaza en la Sección como secretario adjunto. Pauget había adquirido gran experiencia militando en el sindicalismo norteamericano y será él el encargado de impulsar el movimiento por la jornada de ocho horas y el descanso dominical, a través de la C.G.T. En el Congreso realizado en la ciudad de Bourges en setiembre de 1904 se resuelve que "el 1º de mayo de 1906, después de las ocho horas de trabajo, los obreros abandonen las fábricas y talleres" y se crea una comisión especial denominada de las "Ocho Horas" encargada de organizar la futura movilización.

Al aproximarse el 1º de mayo el pánico cunde en París, pues se teme una jornada violenta. Pese a la intensa campaña de desprestigio llevada a cabo por el gobierno, que previene a los trabajadores sobre las represalias que les acarreará su actitud, el movimiento por las ocho horas se concreta tal como estaba planeado. Entre el 25 de abril y el 2 de mayo cerca de veinte federaciones y 150.000 obreros cumplen la huelga decretada por la C.G.T. La agitación se prolonga hasta el otoño de 1906, cuando se abren las sesiones del Congreso de Amiens, que aprueba la carta considerada fundamental del sindicalismo francés. Al debatirse las relaciones entre los sindicatos y los partidos políticos triunfa la tesis que proclama la autonomía y el apoliticismo del movimiento sindical por 734 votos contra 34. La minoría, partidaria del compromiso político de los sindicatos, estaba representada por la Federación Textil. La carta final con las resoluciones del Congreso es aprobada casi por unanimidad: 830 votos contra 9. También este congreso trata por primera vez la sindicalización de los trabajadores del estado: ya se habían organizado el sindicato de carteros y el de maestros y acababa de producirse un conflicto laboral.

El sindicalismo avanza a pasos agigantados profundizando su posición combativa a través del llamado "sindicalismo revolucionario". La afiliación de las bases obreras crece paulatinamente: en 1906 hay 836.134 afiliados y desde 1908 se aproxima al millón. A partir de 1906 aumenta el número de huelgas, ahora otra vez acompañadas por violentos choques entre los obreros y las tropas de represión, que no vacilaron en tirar contra los obreros del calzado de Raon-l'Etape en julio de 1907, quienes habían ido a la huelga reclamando un salario mínimo de 32 céntimos la hora, la supresión de las multas y una jornada máxima de diez horas.

La represión de las huelgas se hace violenta e implacable; su dirección está a cargo del ministro de Interior, Georges Clemenceau. Hay condenas que totalizan 104 años de prisión, 667 obreros heridos, 20 muertos y 397 destituciones.

Los sindicatos por industria

La primera década del siglo XX es testigo de una serie de cambios a nivel organizativo que se dan en el sindicalismo francés como resultado del intento de adaptarse mejor a la creciente concentración del capital industrial.
Se fusionan federaciones de oficios, que pasan a convertirse en grandes federaciones de industria.
En 1904 la Federación del Cobre se une a la Metalúrgica. Entre 1904 y 1906 el Sindicato Nacional de Correctores se adhiere a la Federación del Libro. La Federación de Cortadores y Abrochadores del calzado se integra a la de Cueros y Pieles. En 1907 la Federación de la Construcción absorbe a la de Carpinteros. Se fusionan en una Federación Unitaria de los Metales el sindicato de Fundidores y Mecánicos y la Federación de Metalurgia. La Federación de Hulleros-Petroleros se incorpora a la de Productos Químicos y la Federación de Pizarreros junto con la de los Mineros forman la Federación de Trabajadores del Subsuelo. La Federación de la Construción absorbe nuevas federaciones como la de Pintores y Calefactores. En 1911 la Federación de Cueros y Pieles incorpora a las de Talabartería y Peleteros y, por último, la Federación de Metales se integra con la afiliación de todas las Federaciones Mecánica y Electricistas.
Estas fusiones consolidan el aparato organizativo de la C.G.T. centralizando su fuerza. Sin embargo, se mantienen —aunque con menos virulencia— las viejas disputas entre los sindicatos de oficio y los de industrias. A medida que se acerca el año 1914 disminuyen las energías del movimiento sindical. Es que desde 1909 se ha ido generando una lenta crisis en el movimiento sindical francés, hasta sufrir el golpe de gracia con el estallido de la primera guerra mundial.

Situación del sindicato inglés

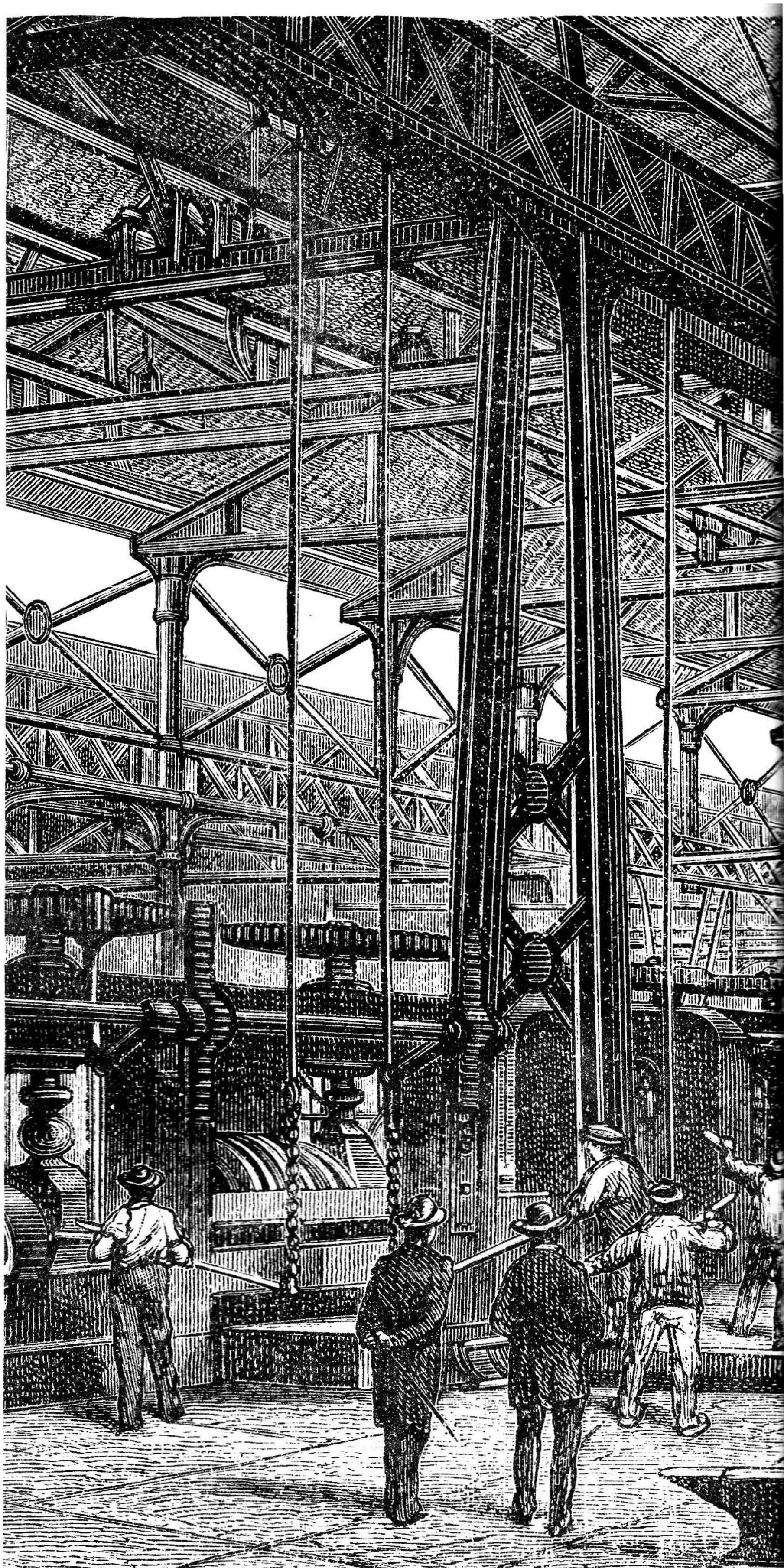
Ya hacia 1850 aparecen los rasgos de la vida económica inglesa tal como se mostrarán hasta finalizar el siglo: superioridad de la industria pesada y de la textil algodonera y hegemonía internacional del transporte marítimo a través de la flota británica; en cambio, se hacen evidentes la insuficiencia del subsuelo en el suministro de todos los minerales que reclama la gran industria y la incapacidad del mercado interno para absorber la producción. Persiste el éxodo de la población rural a las ciudades acentuando la expansión urbana.
Desde 1860 a 1870 el tradeunionismo había extendido su influencia. Al votarse en 1867 el *Reform Bill* —reforma electoral—, que desde hacía tiempo reclamaban las asociaciones sindicales, se franqueó el derecho al sufragio para la inmensa mayoría de la clase obrera. En ese mismo año la revisión de la legislación laboral hizo imposibles los arrestos arbitrarios y en 1868 la Comisión Real encargada de investigar algunos atentados anarquistas cometidos en Sheffield, al expedirse sobre la legalidad de los sindicatos, debió reconocer en su informe final el derecho que los asistía a continuar sus actividades.
Esta serie de éxitos del movimiento obrero inglés solo se vio interrumpida por algunos fracasos huelguísticos. A partir de 1870 los jefes tradeunionistas, junto con los delegados obreros hilanderos, metalúrgicos y mineros, protagonizan una agitación que en las elecciones de 1874 contribuye al fracaso del Partido Liberal, representante de los industriales, y determina la caída del gabinete de Gladstone, opuesto a la derogación de las leyes de represión obrera.
En vísperas de las elecciones generales las Trade Unions representaban a más de 1.100.000 agremiados, entre quienes se encontraban 250 mil mineros, 250 mil obreros textiles y 100 mil obreros agrícolas. Estas eran las tres actividades productivas que aportaban el mayor número de miembros al tradeunionismo. Abandonando su táctica tradicional de abstención política los sindicatos presentan trece candidatos y dos de ellos son elegidos —A. Macdonald y T. Burt, presidente y secretario, respectivamente, de la Federación Minera— convirtiéndose en los primeros diputados obreros de Gran Bretaña. Por su parte, los candidatos conservadores se han comprometido a satisfacer los reclamos de los tradeunionistas si llegan a obtener mayoría en el Parlamento. Al instalarse, el gabinete conservador presenta dos proyectos de ley a fin de modificar la legislación obrera. Estas reformas, aprobadas en 1875, establecían que el contrato de trabajo debía considerarse como una obligación puramente civil, asegurando la igualdad jurídica y legal entre las partes; se autorizaba el funcionamiento de los piquetes de huelga siempre que no ejercieran violencia; los delitos cometidos en el curso de una huelga serían juzgados de acuerdo con las normas del derecho común. Ninguna acción cometida por un grupo en el curso de una huelga sería punible, siempre que no se la considerase criminal cuando su autor fuera un solo individuo. De esta forma, las organizaciones obreras obtuvieron una carta de derechos que solucionaba su estatuto legal y les aseguraba la inmunidad en la dirección de los conflictos industriales.
Durante 1870 la rama de la construcción emprendió gran número de huelgas con óptimo resultado: se logró el aumento de los salarios y una reducción de la jornada de trabajo. El éxito de los obreros de la construcción alentó a los mecánicos a declarar un movimiento huelguístico por la jornada de nueve horas.

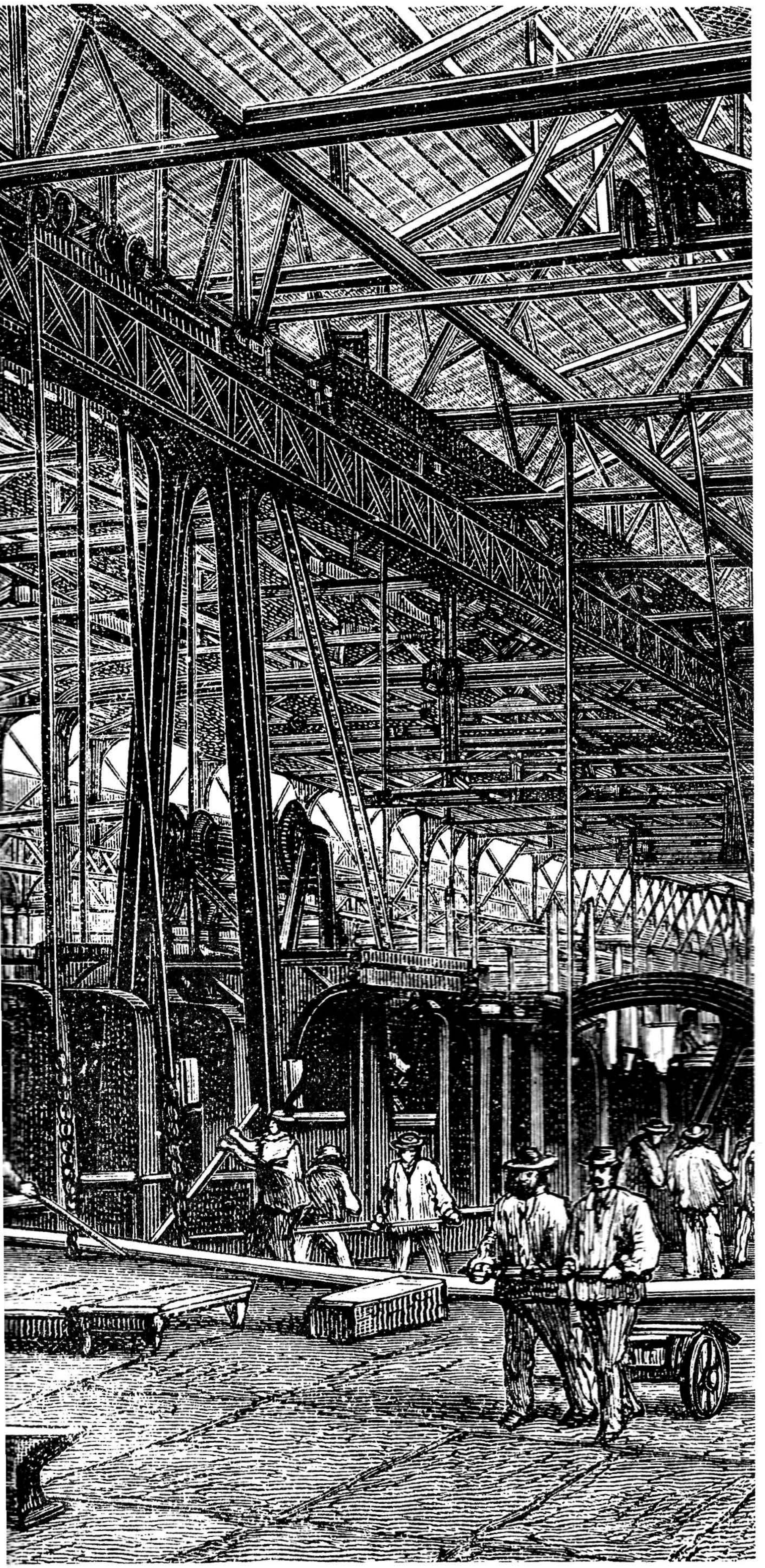
Es · importante destacar que se originó espontáneamente entre los militantes de base, sin la intervención del organismo nacional del sindicato. Los mecánicos huelguistas crean una organización transitoria, "la liga por las 9 horas", que comprende a tradeunionistas y no y está dirigida por un joven militante, John Burnett. Durante cinco meses la liga pondrá en juego los resortes de la solidaridad obrera. En la región noreste de Inglaterra los empleadores aceptan la semana de 54 horas. Durante 1872 y 1873 las huelgas continúan y los obreros mecánicos de Cly obtienen la semana de 54 horas. En Londres, los obreros de la construcción que se lanzan a la huelga obtienen un éxito parcial, pero en otras regiones del país se conquista la semana de 54 horas sin necesidad de llegar a la huelga.

El triunfo del movimiento en favor de las nueve horas plantea a los obreros "no calificados" la necesidad de organizarse sindicalmente y forman nuevas uniones entre ellos. Los ferroviarios, que hasta entonces no se habían organizado, constituyen la *Amalgamated Society of Railway Servant* en 1872 y se crean las primeras uniones de obreras como la *Women's Trade Union League.*

El proletariado rural también comienza a nuclearse en la Unión de Trabajadores Agrícolas, que en 1872 llega a tener 100.000 miembros. Pero la crisis agrícola de esos años quiebra su asociación, que al poco tiempo queda reducida a 15.000 miembros. Poco a poco se va modificando el espíritu de amplios sectores del tradeunionismo en virtud de la incidencia de nuevos factores que operan el cambio. A las rápidas transformaciones económicas se agrega la difusión del marxismo, que hasta ese momento había ejercido poca influencia en el sindicalismo inglés.

Además entra en juego una masa cada vez mayor de trabajadores no calificados que despiertan a la conciencia sindicalista mientras se van incorpo-





La sincronización de la producción fabril exige la concentración de la mano de obra: en las fábricas más modernas se llegarán a concentrar miles de operarios, que buscarán su expresión en el sindicalismo, el anarquismo y el socialismo. En el grabado, una planta de laminación en Creuzot.

En Francia los sindicatos femeninos son de los años 1868-1869, si bien las primeras manifestaciones de sindicalismo se remontan a 1866. La foto superior muestra un desfile de obreras de Douarnerrez. El grabado inferior, publicado en la "Voix du Peuple" del 1º de mayo de 1906, señala una de las reivindicaciones por las que lucha el proletariado en este período: la jornada de ocho horas. Ingenuamente anuncia que "las jornadas breves desarrollan las bibliotecas".

rando a las nuevas formas de producción que impone la gran industria.

Este proceso de cambio no tarda en estimular la reacción contra el tradeunionismo "tradicional", con su cúspide integrada por una capa de funcionarios y cuya ideología política se acerca peligrosamente al liberalismo de la clase media. Ahora los congresos se convertirán en un campo de batalla donde luchan el antiguo y el nuevo sindicalismo.

El nuevo sindicalismo británico

Entre 1880 y 1890 se profundizan los cambios en la conciencia de las masas sindicales y su evolución acompaña la aparición de un nuevo sindicalismo. En 1881 Henry Hyndman, comprometido ideológicamente con la teoría de Marx, funda la Federación Social Democrática, cuyo programa se inspira en la Carta del Pueblo. Hyndman lleva adelante una activa propaganda y en 1883 inscribe en el programa de la Federación puntos tales como la nacionalización de los bancos y de los ferrocarriles, y la jornada de ocho horas. Poco después de su fundación se produce una escisión en el seno de la F.D.S. Varios de los miembros disidentes, entre los que sobresalen William Morris y Beford Bax, fundan la Liga Socialista, dominada por el anarquismo, que preconiza la lucha por una nueva sociedad.

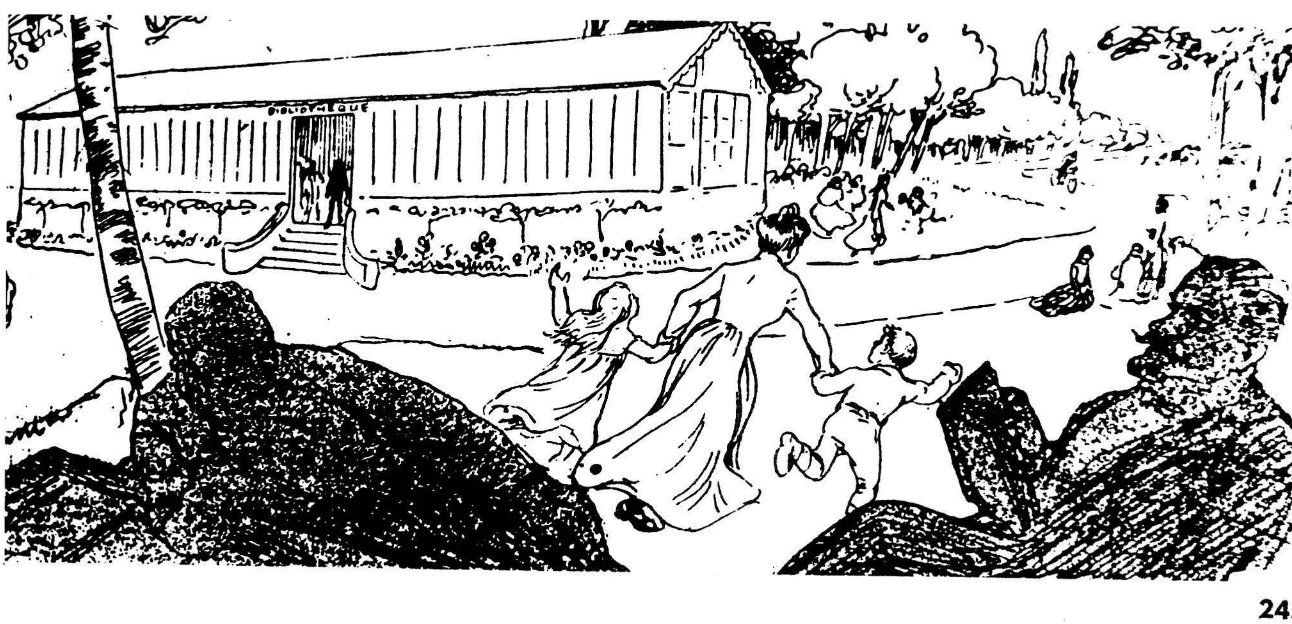
Entre 1885 y 1886 Inglaterra sufre una de sus grandes crisis económicas y la miseria golpea con fuerza a un sector importante de la clase trabajadora. Una investigación sobre las condiciones de existencia de la población de Londres dio cuenta de que en 1886 alrededor de 1.250.000 personas se hallaban en la miseria, "por debajo del umbral de la pobreza". Para la clase obrera, sumergida en las consecuencias de la depresión, que parecía alcanzar a todos por igual, el fenómeno de la crisis se presentaba como algo difícil de comprender, ya que sus mecanismos escapaban al sentido común. Es aquí donde los socialistas que difundían el pensamiento marxista dieron al obrero la explicación más clara y concreta acerca del verdadero origen de las crisis, a partir del funcionamiento del sistema capitalista.

Una nueva generación de militantes obreros comienza a desempeñar un papel decisivo. A partir de 1884 John Burns y T. Mann recorren Inglaterra encabezando una enérgica campaña contra el conservadorismo de las grandes federaciones nacionales. Inspirándose en la campaña norteamericana, T. Mann inicia la agitación para conseguir la jornada de ocho horas mientras Burns organiza un vasto movimiento entre los desocupados en demanda del "derecho a trabajar" y de reunión.

El tradeunionismo tradicional hasta entonces había ignorado a los jornaleros y obreros no calificados, situación que no se explicaba simplemente por las viejas solidaridades de oficio. En realidad las crisis de estos últimos años del siglo no habían afectado el conjunto de la clase obrera inglesa, sino a determinados sectores, mientras que otros mejoraban su situación económica sobre la base de la expansión del imperialismo británico. La masa de ganancias extraída de los países coloniales y dependientes también sirvió para crear un sector relativamente privilegiado dentro del movimiento obrero.

Grupos de jóvenes obreros calificados, descontentos con la política apática de los miembros más antiguos de las Trade unions, apoyarán las reformas amplias y realistas que propugnan los nuevos militantes permitiendo el ingreso de la gran masa de obreros no calificados, que pasarán a integrar las filas del sindicalismo. En 1889 estalla en Londres la gran huelga de los portuarios en el West Indian





La reducción de la jornada laboral

Informe del senador Martin Griffin, de Boston (EE. UU.), para el Comité Judicial que pedía información sobre la regulación y limitación del número de horas de la jornada laboral, el 29 de abril de 1865:

"Pero hay otro aspecto del tema que es aún más importante para nosotros, como país, que el aumento de la riqueza o la perfección de las artes mecánicas, y es la protección, conservación y promoción del hombre. En este aspecto sentimos que hay un deber y una responsabilidad solemnes que pesan sobre nosotros y que nos llaman a mitigar nuestra apatía del pasado con una acción inmediata y seria en el futuro. Nos han sorprendido los fenómenos que ha dado a luz la investigación. Ningún tema presentado ante el comité de esta legislatura ha revelado hechos más importantes ni despertado un interés más vivo o más general, interés de la clase más numerosa de la comunidad y una que, en nuestra opinión, sólo raras veces ha merecido la atención de nuestra legislación: la situación de nuestras clases productoras. Junto con la gran mayoría de la comunidad, hemos enfocado este tema con una entera ignorancia y en la creencia de que no existía ni podía existir necesidad alguna de investigación, mucho menos de la mejora de la condición de aquellos cuyo trabajo nos ha enriquecido y cuya habilidad y talento en las artes nos han colocado a la vanguardia de la nación. La investigación ha disipado esta ignorancia; y su comité debe dar testimonio de la urgente necesidad de acción y reforma en la materia. Los testimonios presentados son casi increíbles. Ciertamente el Comité se asombró de que en medio de un progreso y una prosperidad inigualados, el adelanto de las artes y las ciencias, el desarrollo de la maquinaria para ahorrar trabajo, el progreso de los inventos y el aumento de la riqueza y prosperidad material, sin em-
producto de todo esto —'la primera gran causa de todo'— era el último de todos y el menos comprendido. El resultado de esta prosperidad de que nos vanagloriamos —y que debía ser una bendición para nosotros— tiene una tendencia a hacer que las condiciones del trabajador sean un poco distintas de las de la máquina, sin pensar que aspirar a más, en palabras de uno de los testigos, 'que un esclavo, porque', añadía: 'somos esclavos; exhaustos, gastados y debilitados por las herramientas, sin tiempo para mejorar nuestro espíritu o nuestra alma'. ¿Tiene algo de extraño que estemos degradados y seamos ignorantes?"

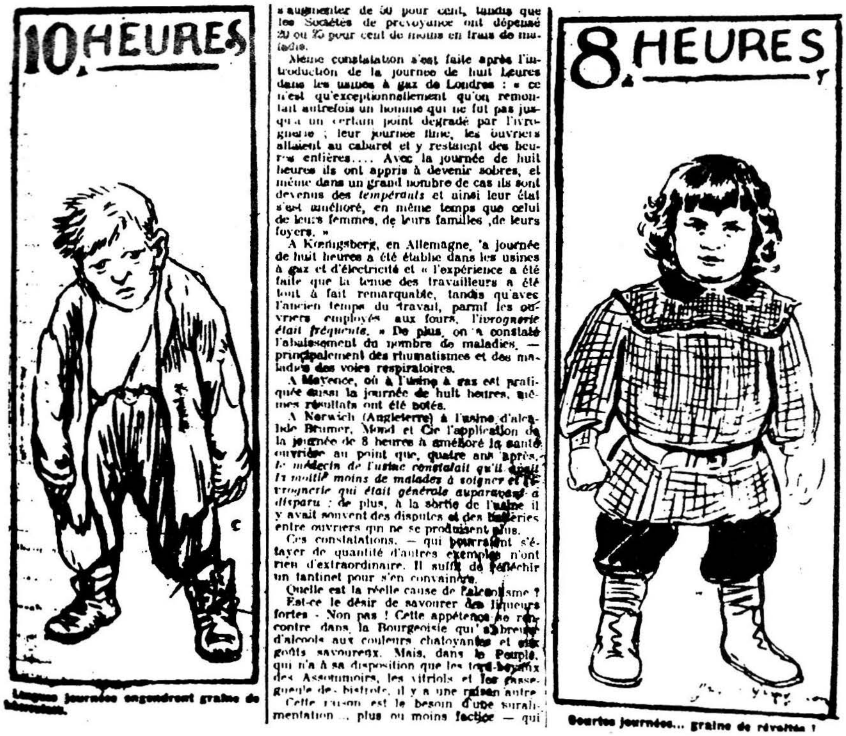
(De J. Kuczynski, *Evolución de la clase obrera.*)

Dock y durante cuatro semanas queda paralizado el tráfico. Cuando se declara la huelga la mayor parte de los obreros portuarios carecían de toda organización. El movimiento se prolonga al grito de "tradeunionismo para todos" y consigue la solidaridad obrera general. Una suscripción pública en favor de los portuarios alcanza a reunir 48.736 libras y el fallo de los mediadores satisface casi todas sus demandas. Esta victoria aumenta la influencia de los socialistas, pues fueron ellos quienes condujeron la lucha. Pero la consecuencia más importante para el movimiento obrero será la extensión de los beneficios de la organización sindical a los obreros no calificados.

En 1890 casi 2.000.000 de obreros constituyen sindicatos nuevos, que se distinguen de las trade-unions tradicionales por las reducidas cuotas que abonan sus afiliados y sobre todo por las mayores facilidades de acceso. Se profundiza la combatividad y, al romper el exclusivismo de los operarios calificados se impone la idea de la solidaridad obrera. Este espíritu también se traduce a nivel internacional: se envían delegados a las conferencias internacionales obreras de París en 1883 y 1886 decisión que contrasta con la actitud hostil a este tipo de participación que habían mantenido los comités de las trade-unions tradicionales, pues "pensaban que los obreros ingleses estaban tan bien organizados y tan adelantados con respecto a los obreros extranjeros que no se podía hacer casi nada hasta que estos últimos no estuviesen a la altura de los obreros calificados de Inglaterra".

Del comité de representantes de todos los partidos y grupos obreros reunidos en 1900 surge en 1906 el Partido Laborista. Desde entonces el sindicalismo inglés alcanzaría expresiones parlamentarias.

Tom Mann, que estima que el proletariado inglés "conserva un espíritu pequeño burgués", a partir de 1910 echa las bases de un nuevo movimiento sindical orga-



10 HEURES

8 HEURES

s'augmenter de 50 pour cent, tandis que les Sociétés de prévoyance ont dépensé 20 ou 25 pour cent de moins en frais de maladie.

Même constatation s'est faite après l'introduction de la journée de huit heures dans les usines à gaz de Londres : « ce n'est qu'exceptionnellement qu'on remontait autrefois un homme qui ne fut pas jusqu'à un certain point dégradé par l'ivrognerie ; leur journée finie, les ouvriers allaient au cabaret et y restaient des heures entières.... Avec la journée de huit heures ils ont appris à devenir sobres, et même dans un grand nombre de cas ils sont devenus des *tempérants* et ainsi leur état s'est amélioré, en même temps que celui de leurs femmes, de leurs familles, de leurs foyers. »

A Kœnigsberg, en Allemagne, la journée de huit heures a été établie dans les usines à gaz et d'électricité et « l'expérience a été faite que la tenue des travailleurs a été tout à fait remarquable, tandis qu'avec l'ancien temps du travail, parmi les ouvriers employés aux fours, *l'ivrognerie était fréquente.* » De plus, on a constaté l'abaissement du nombre de maladies, — principalement des rhumatismes et des maladies des voies respiratoires.

A Mayence, où à l'usine à gaz est pratiquée aussi la journée de huit heures, mêmes résultats ont été notés.

A Norwich (Angleterre) à l'usine d'alcalide Brunner, Mond et Cie l'application de la journée de 8 heures a amélioré la santé ouvrière au point que, quatre ans après, *le médecin de l'usine constatait qu'il avait la moitié moins de malades à soigner et l'ivrognerie qui était générale auparavant a disparu* ; de plus, à la sortie de l'usine il y avait souvent des disputes et des batteries entre ouvriers qui ne se produisent plus.

Ces constatations, — qui pourraient s'étayer de quantité d'autres exemples n'ont rien d'extraordinaire. Il suffit de réfléchir un tantinet pour s'en convaincre.

Quelle est la réelle cause de l'alcoolisme ? Est-ce le désir de savourer des liqueurs fortes - Non pas ! Cette appétence se rencontre dans la Bourgeoisie qui s'abreuve d'alcools aux couleurs chatoyantes et aux goûts savoureux. Mais, dans le Peuple, qui n'a à sa disposition que les tord-boyaux des Assommoirs, les vitriols et les casse-gueule des bistrots, il y a une raison autre.

Cette raison est le besoin d'une suralimentation ... plus ou moins factice — qui

Longues journées engendrent graine de tuberculose.

Courtes journées... graine de révoltés !



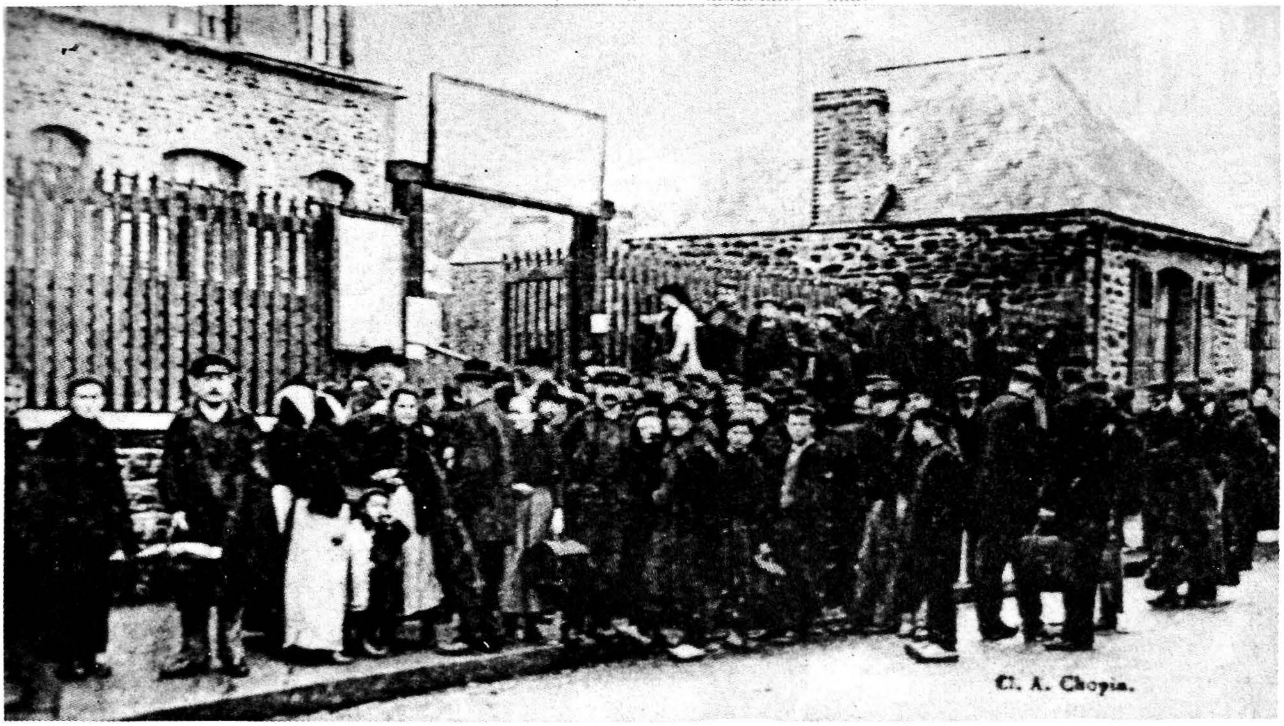
Arriba: El movimiento por la reducción de la jornada de trabajo se da en todos los países industrializados. En Francia se resuelve que "el 1º de mayo de 1906, después de ocho horas de trabajo, los obreros abandonen las fábricas y talleres". Ese día la "Voix du Peuple" señala las ventajas de las ocho horas: "Largas jornadas engendran germen de tuberculosis"; "Jornadas cortas..., germen de revolucionario...". Abajo: Miembros del Sexto Congreso Nacional de la Federación de la Cerámica en Limoges —julio de 1905—.

La ilustración superior muestra a obreros de Fougeres en huelga esperando un plato de sopa para sobrevivir. La inferior, a niños norteamericanos trabajando en una mina de carbón de Pensylvania, donde la jornada de trabajo era de doce a trece horas diarias.

nizando la Liga Industrial Sindicalista. Su programa, que rechaza el capitalismo y el socialismo de estado, valoriza la lucha sindical, capaz de destruir al capitalismo, que será reemplazado por una economía dirigida y controlada por los obreros. Su movimiento conquista a los sindicatos de mineros y de obreros del transporte. En 1912 los mineros lanzan una huelga y el Partido Laborista ofrece su mediación proponiendo a los mineros la ayuda de su acción parlamentaria. Pero los dirigentes mineros, que afirman desconfiar del parlamentario, la rechazan y deciden manejar sus asuntos por sí mismos.
Entre 1912 y 1913 una gran ola de huelgas barre las islas británicas. Han dejado de ser conflictos locales para convertirse en grandes movimientos solidarios. Cuando paran los mineros ingleses, galeses y escoceses, los ferroviarios y las otras ramas del transporte hacen causa común. En total se movilizan 1.230.000 obreros. En 1914 se concierta la alianza de sindicatos pertenecientes a distintas ramas de la producción y servicios: mineros, ferroviarios y obreros del transporte, agrupando a 1.500.000 afiliados. Durante la primera guerra mundial aumenta la concentración en las uniones: en 1915 las Trade Union totalizan 4.000.000 de miembros.

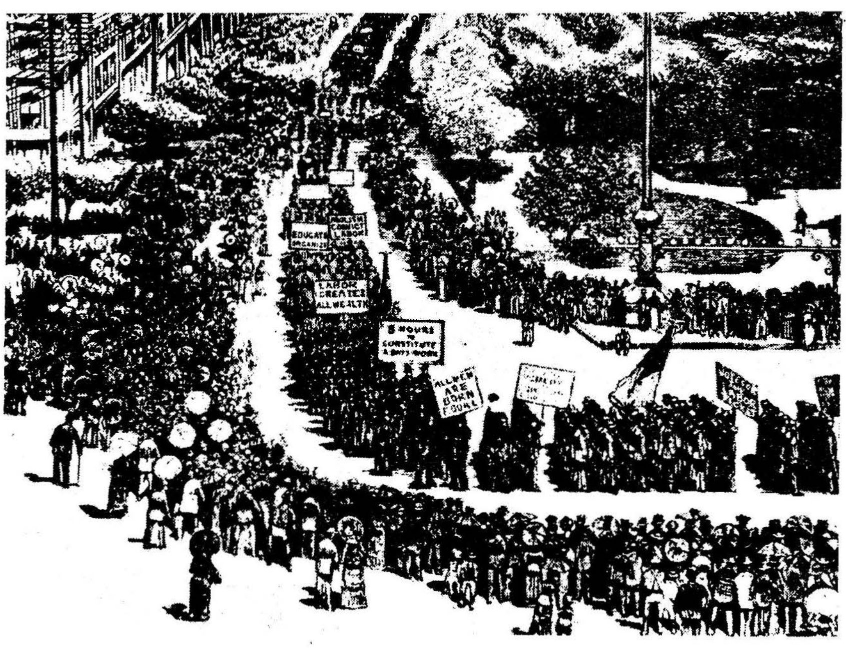
Sindicalismo en Alemania

Al poner en vigor la ordenanza laboral de 1869 desaparecen jurídicamente los últimos obstáculos que impedían la organización de los sindicatos en Alemania. La libertad concedida a las organizaciones sindicales no se enlaza necesariamente con una verdadera protección jurídica a las asociaciones.
Esta carencia y las posibilidades de acción que la Ley de Asociaciones pone en manos de los distintos órganos del estado hacen posibles las cotidianas prohibiciones de asambleas y la represión contra las federaciones centrales.
Afloran los esfuerzos para lograr la unión de todas las asociaciones sindicales. Quien más promueve esta acción en Theodor York, que en 1870, en un periódico llamado la *Unión*, propone: "considerando que el poder del capital oprime y explota por igual a todos los obreros, sean conservadores, avanzados, liberales o socialdemócratas, el congreso declara sagrado deber de todos los obreros dejar de lado todas las disputas partidistas para crear, sobre la base natural de una organización unitaria, las condiciones previas para una enérgica y eficaz defensa . . .".
La persecución policial hace imposible este propósito. En el congreso celebrado en Gotha en 1875 se logra la unificación de la Asociación General de Trabajadores Alemanes, fundada por Lassalle, y el partido Social Demócrata de los Trabajadores, presidido por August Bebel. Con esta unificación adquiere una renovada actualidad la necesidad de la fusión de las distintas asociaciones y direcciones sindicales.
A continuación del Congreso de Gotha se celebra una conferencia de sindicalistas que representan a doce asociaciones centrales, donde se acuerda que es obligación de los miembros de los sindicatos mantener la política alejada de sus organizaciones, pero que conviene adherirse al Partido Socialista Obrero ya que sólo él puede profundizar la lucha por la mejor situación social y económica de los obreros.
En 1878 fracasa nuevamente la posibilidad de darse una dirección unitaria. Sobre la base de una estadística realizada en 1877 observamos que el movimiento sindical cobija a 26 federaciones centrales y 5 sociedades locales con 48.000 afiliados distribuidos en 1.300 localidades. Las cifras de afiliados ascienden para los obreros del tabaco a 8.100, para los impresores a 5.500, 5.100 carpinteros y 4.400 metalúrgicos.


Cl. A. Chopin.




NNEDY & CO. 10 12 G.H.KE
EDY & CO
IRON
STEEL


EDUCATE
LABOR CREATES ALL WEALTH
8 HOURS TO CONSTITUTE A DAY'S WORK
ALL MEN ARE BORN EQUAL

En las reivindicaciones sindicales ingresan problemas relacionados con la duración de la jornada laboral y el salario.
Los atentados cometidos contra el emperador Guillermo I por dos individuos aislados ofrecen a Bismarck la posibilidad que buscaba desde hacía tiempo para impedir "legalmente" el desarrollo del movimiento obrero. Se promulga la "ley contra los designios antisociales de la Social Democracia", que es aprobada por la Dieta Imperial el 19 de octubre de 1878 por 221 votos contra 149.
Esta legislación establece "la prohibición de aquellas sociedades que, persiguiendo designios socialdemocráticos, socialistas o comunistas, se propongan el derrocamiento del orden estatal y social". Aunque Bismarck asegura que la ley no está dirigida contra los sindicatos, desaparecen 17 federaciones, 30 sociedades locales, 3 cajas de enfermedad y 20 sociedades de apoyo locales, prohibidas por el estado o disueltas por propia decisión. Ante esta situación no es de extrañar que los sindicatos existentes y las primeras centrales traten de disimular sus tareas específicas para evitar la intervención. Por ejemplo, los obreros del tabaco se presentan como Caja de Viajes y los carpinteros como una Asociación de Sociedades Profesionales.

La legislación social del Estado prusiano

Durante la década de 1880 el estado trata por un lado de someter al movimiento obrero y, por otro, que los obreros deserten de las filas de la socialdemocracia. A fin de neutralizar a los socialistas se atiene a la promulgación de leyes sociales. Es así que la Dieta Imperial aprueba en 1883 la ley de seguro por enfermedad, en 1884 la de seguro contra accidentes, en 1889 la de seguro por vejez e invalidez. Pese a la política paternalista que asume el estado y a las malas condiciones de la situación imperante, crecen vertiginosamente las organizaciones y el número de sus miembros: en 1886 hay más de 81.000 afiliados en 35 asociaciones sindicales, en 1888 hay 90.000 en 40 asociaciones y en 1890 figuran 41 asociaciones con 122.000 afiliados. La represión se mantiene firme y golpea con dureza. En 1889 los mineros del Rhur inician una huelga para reivindicar el turno de ocho horas y, en solidaridad, se adhieren los mineros de todo el país.
Interviene el ejército y se producen sangrientos choques. Guillermo II declara más tarde a una delegación de mineros que para él "ser socialdemócrata" es lo "mismo que ser enemigo del Imperio y de la Patria".
Pese al aumento de los salarios reales, la situación social de los trabajadores no es satisfactoria pues los salarios medios no alcanzan para hacer frente a todos los gastos de comida, ropa y vivienda, y aunque el estado prusiano continúe su orientación paternalista en política social no obstante su vehemente resistencia de la parte empresarial.
En 1890 se crearon los Tribunales Laborales para resolver los pleitos entre patronos y obreros. En 1891 La Ordenanza Laboral existente es ampliada y modificada por una "ley de protección del trabajo" cuyas nuevas disposiciones más importantes prescriben la prevención de los peligros para la salud y la duración de la jornada de trabajo, de once horas para las obreras, de diez horas con prohibición del trabajo nocturno para los menores y la prohibición expresa de ocupar en la industria a niños menores de trece años. A partir de 1878 existe la inspección obligatoria de las fábricas para vigilar el cumplimiento de las disposiciones de protección al trabajo. Para los empleados se dictan medidas sobre el horario de cierre de las tiendas, el tiempo mínimo de descanso y la previsión de accidentes.
En 1889 el Congreso de la Segunda Internacional, celebrado en

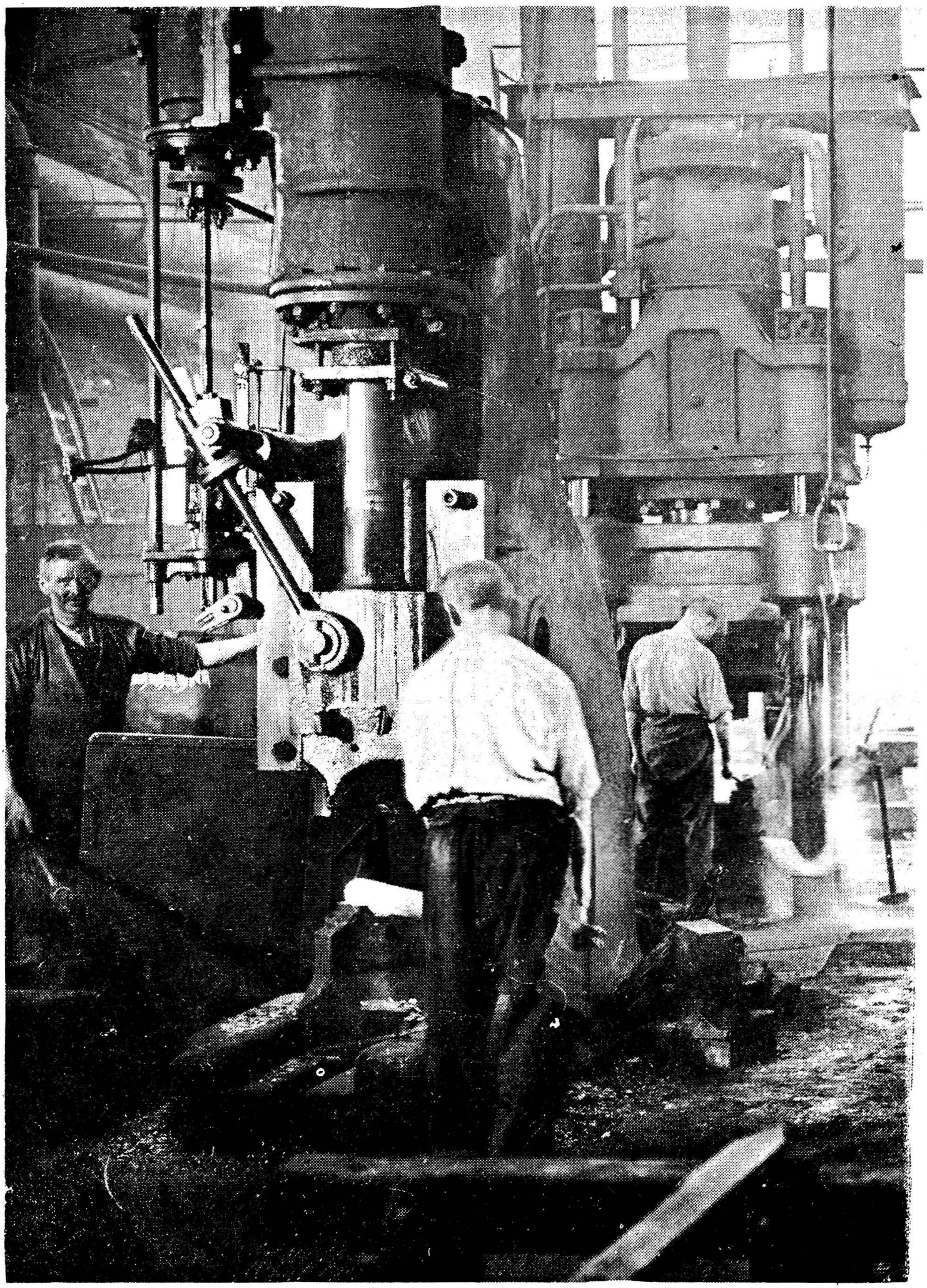
La Federación Americana de Trabajo, en Estados Unidos, cobra fuerza con la agitación por la reducción de la jornada de trabajo y, proponiendo un sindicalismo netamente profesional —que rechaza la lucha de clases—, logra imponer la jornada de ocho horas, aunque fracasa en la conducción de la huelga del acero en Homstead, de 1892, donde son despedidos 2.500 obreros —Foto superior—. El grabado inferior muestra un aspecto de la lucha por la jornada de ocho horas: concentración en Nueva York, el 5 de octubre de 1882.

El estado prusiano intenta someter al movimiento obrero y alejarlo de la socialdemocracia. Pese a su política paternalista de promulgación de leyes sociales, las organizaciones gremiales crecen vertiginosamente. En la fotografía, un taller metalúrgico a fines de siglo.

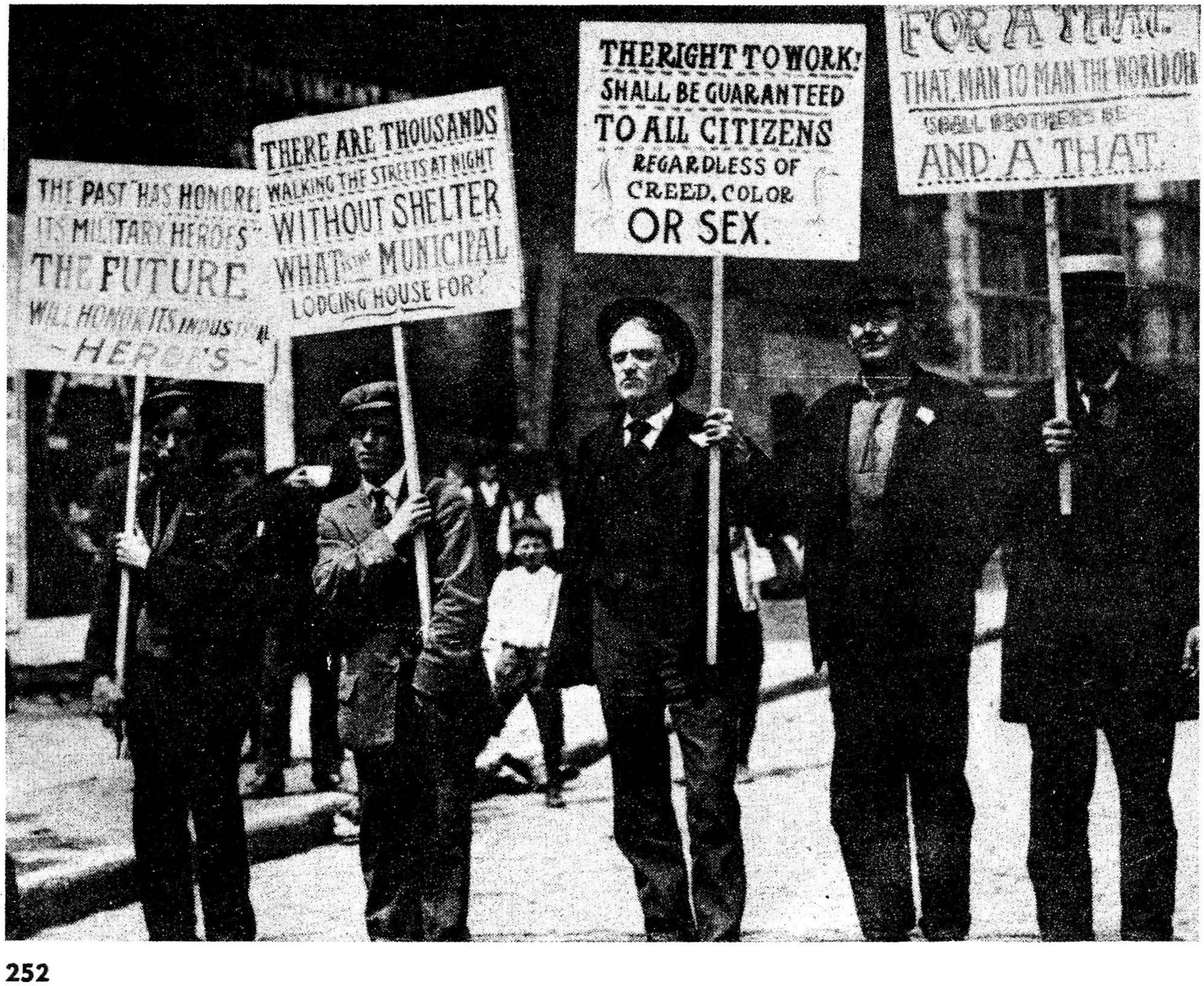
París, reivindica la jornada de ocho horas y llama a los trabajadores de todos los países a movilizarse tras ese objetivo todos los 1º de mayo.
Los obreros de Hamburgo, aplicando esta resolución, no acuden al trabajo el 1º de mayo de 1890. Los empresarios decretan el *lock-out.* La contienda dura meses. Los portavoces de la lucha convocan a plegarse a todas las organizaciones sindicales, dado que ante la actitud de los empresarios la defensa de los obreros sólo puede llevarse adelante mediante una acción conjunta de todos los sindicatos.

La Comisión General de Sindicatos de Alemania

En el ámbito sindical se acepta calurosamente la propuesta de organizar un congreso geral. Para prepararlo eligen una comisión —presidida por Karl Liegen— que se constituye con el nombre de "Comisión General de Sindicatos de Alemania" debiendo, entre otras cosas, elaborar los estatutos orgánicos, hacer frente a los ataques empresarios contra la organización de los obreros y apoyar la resistencia de las asociaciones. En 1892 se reúne el congreso convocado por la Comisión General. Las cuestiones organizativas son el eje de las deliberaciones. Hay diferencias entre "localistas" y "centralistas": los primeros ven a los sindicatos —según las convicciones de Lassalle— como escuelas preparatorias del partido político, ya que sólo éste es capaz de transformar decisivamente la situación de los obreros. Los "centralistas", en cambio, opinan que logrando la unión de todas las asociaciones se puede formar una poderosa central, que va a permitir llevar adelante con más eficacia la lucha por la mejora del nivel de vida y de las condiciones laborales dentro del orden económico y social existente. Muy pronto los "localistas" dejarán de desempeñar un papel importante, después que el Congreso se pronuncia mayoritariamente por la creación de Federaciones Centrales. Esta resolución genera el fenómeno que caracterizará a los próximos decenios: la sucesiva fusión de las federaciones profesionales.
El 60 % de los afiliados a los sindicatos organizados pertenecen a cinco grandes asociaciones: la del metal, la construcción, los transportes, la madera y textiles. Estos sindicatos comienzan a admitir obreras como miembros con iguales derechos.
Las asociaciones adheridas a la Comisión General de Alemania comienzan a ser llamadas "sindicatos libres". Esta denominación, no oficial, las diferencia de los gremios y sindicatos cristianos que se forman por estos años, pero fundamentalmente sirve para definir su posición independiente respecto a cualquier partido político, incluida la Socialdemocracia.
Después de 1893 se producen grandes discrepancias ideológicas entre los "sindicatos libres" y la Socialdemocracia. Surgen en torno a las tareas sindicales, pero muy particularmente en lo que atañe a la cuestión del empleo de la huelga política de masas como instrumento de lucha del movimiento obrero. Un Congreso sindical que se celebra en Colonia, en 1905, se opone a la propagación de la idea de la huelga política de masas, declarando repudiable toda tentativa de fijar de antemano una determinada táctica. También rechaza de plano la huelga general tal como la preconizan los anarquistas. Poco después el Partido Socialdemócrata celebra un congreso donde resuelve —contra la opinión de los sindicatos— que en determinados sectores el paro laboral masivo es el medio más eficaz para rechazar cualquier agresión contra el derecho electoral o el derecho de asociación sindical, aunque también rechaza la tesis anarquista de la huelga como medio para destruir el orden social vigente.
Ni aun después de la abolición de las leyes contra los socialis-






THE PAST HAS HONORE
ITS MILITARY HEROES
THE FUTURE
THERE ARE THOUSANDS
WALKING THE STREETS AT NIGHT
WITHOUT SHELTER
WHAT IS THE MUNICIPAL
LODGING HOUSE FOR?
THE RIGHT TO WORK!
SHALL BE GUARANTEED
TO ALL CITIZENS
REGARDLESS OF
CREED, COLOR
OR SEX.
AND A' THAT.

tas dejan los tribunales de entorpecer el desarrollo de los sindicatos, y sus intentos cuentan con el decidido apoyo de los empresarios. La prosecución sistemática de esta política se manifiesta en la tentativa de promulgar el "proyecto de la ley de presidio", que amenaza con la cárcel a todo aquel que intente impedir el derecho de trabajar a quien lo desee o incite a la huelga. Al ser presentado a la Dieta Imperial para su aprobación, los sindicatos se movilizan con éxito y finalmente el proyecto es rechazado en 1899. Pero hacen su aparición los "nuevos métodos" judiciales, mientras se acumulan las prescripciones y limitaciones a la ley que regula la libertad de la asociación.

Entretanto los sindicatos van desarrollando y ampliando lentamente sus propios organismos mutuales incluyendo nuevos tipos de asistencia y cajas de ayuda. De las 47 asociaciones que están adheridas a la Comisión General, 40 tenían en 1914 una caja de paros, 39 una caja de traslados y viajes, 35 una caja de mudanzas, 46 una caja de enfermedad, 33 una caja para auxilios diversos en situaciones críticas y 7 una caja de invalidez. Además, 44 asociaciones pagan subsidios por fallecimiento. En 1908 los sindicatos exigen la regulación legal del servicio de colocaciones, su organización estatal y comunal.

Las tentativas por mejorar las condiciones de trabajo provocan numerosas huelgas y duras contiendas laborales. Así se suceden, entre otras, la huelga —sin éxito— de los tejedores de Crimmitschou, que luchan durante seis meses por una jornada de diez horas, y la huelga minera de 1905, en la que paran 200.000 obreros para obtener mayor y mejor protección en el régimen de trabajo; el gran conflicto de 175.000 obreros de la construcción, en 1910, y la huelga de 9.500 obreros de los astilleros de Hamburgo y Bremen, en el mismo año.

Respecto a los convenios colectivos, el movimiento sindical, aunque muy lentamente, sigue conquistando posiciones en el campo de la negociación laboral. Cuando la Asociación de Tipógrafos ajusta en 1896 un convenio colectivo con los empresarios muchos lo rechazan por considerarlo una traición a la lucha de clases. A Karl Liegen se debe principalmente la lenta aceptación de tales convenios por el proletariado. Sin embargo, los distintos sectores empresariales alemanes aún se niegan a celebrar convenios colectivos con representantes obreros, todavía no han comprendido el papel que cumple la negociación en el mantenimiento del sistema capitalista.

En 1907 estan en vigor 5.324 convenios colectivos, válidos para 111.050 empresas con más de 900.000 trabajadores. En 1913 el número de trabajadores bajo el régimen de convenios colectivos asciende a más de dos millones. Pero recién en el último congreso de la preguerra, realizado en 1914, se consagra definitivamente este sistema de negociación. A pesar del gran desarrollo alcanzado y de su poder masivo, los sindicatos alemanes aún no cuentan con el reconocimiento oficial y carecen de igualdad de derechos respecto a las demás instituciones del Imperio. Recién serán reconocidos durante la guerra del 14.

Nacimiento del sindicalismo en EE. UU.

A partir de la segunda mitad del siglo XIX,y a medida que aumentaba el grado de intensidad de su desarrollo económico, Estados Unidos comenzó a experimentar una verdadera escasez de mano de obra. Por esta razón el nivel de los salarios era elevado, en comparación con otros países, y existía la posibidad de obtener trabajo fácilmente. Ambos factores contribuyeron a crear una alta tasa de inmigración, proveniente de vastos sectores de la población europea. De esta manera no tar-

La huelga como medio de reivindicación, de lucha o destrucción de un orden social injusto: Arriba: Obreros en huelga en París en 1903. Abajo: Huelga de obreros textiles norteamericanos en 1909.

En 1880 la industria norteamericana empleaba 1.700.000 niños de entre diez y quince años de edad. En la fotografía, de principios del siglo XX, un niño atiende una máquina textil.

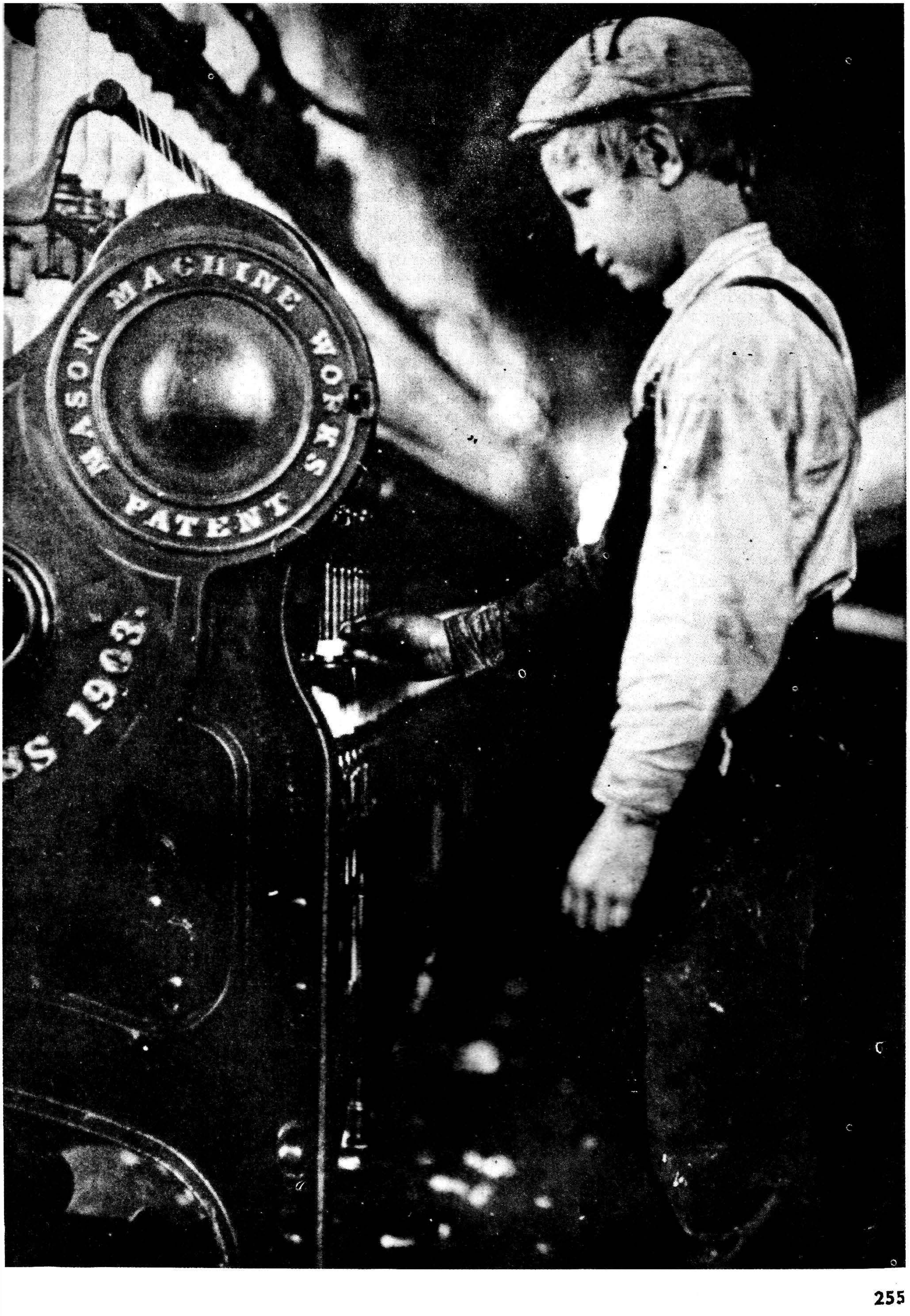
daron en modificarse las cosas y comenzaron a aparecer nuevos sectores proletarios en la sociedad norteamericana, caracterizados por su analfabetismo y su pobreza. El sindicalismo norteamericano tuvo su origen en un movimiento similar, en algunos rasgos, al Cartismo inglés, aunque no llegará a alcanzar ni su amplitud ni su fuerza. En 1869 nueve sastres de Filadelfia fundaron una sociedad clandestina llamada "Noble Orden de los Caballeros del Trabajo". En cierta forma la clandestinidad respondía al profundo desaliento de los militantes obreros sobre todo europeos, por el resultado negativo de sus esfuerzos para crear una organización masiva. Eran representantes de la ideología artesanal y se proponían elevar a la clase trabajadora por medio de la educación y de la acción. Posteriormente sus dirigentes entienden que es posible realizar un acuerdo entre los obreros y la clase media, y de esta forma abren las puertas de la organización "a todos los que deseen entrar, salvo los propietarios de cabarets, abogados y banqueros". Esta medida les permite movilizar a grandes masas cuando se presentan situaciones difíciles, pero, al mismo tiempo, la heterogeneidad de las adhesiones los hacía orgánicamente débiles, al diluirse los intereses solidarios del proletariado entre los de la pequeña burguesía.

En cuanto a la situación global de la clase asalariada en esta época hay que tener en cuenta que, en 1880, el 21 % de la mano de obra es femenina, alcanzando las mayores proporciones en la rama textil; además la industria emplea a 1.700.000 niños de diez a quince años de edad. En las minas de carbón de Pennsylvania se trabaja de doce a trece horas diarias, no existen leyes de protección a los mineros, que viven hacinados con sus familias en verdaderas pocilgas, mientras causa estragos la alta mortalidad infantil.

La jornada de ocho horas

Por su parte, los obreros industriales en general logran reducir su jornada de trabajo; por ejemplo, de las 68 horas semanales que trabajan en 1850 pasan a 66 en 1860 y a 59 en 1890, gracias a la campaña de agitación por la jornada de ocho horas que intentan obtener mediante "la negativa general a trabajar más de ocho horas". A fin de imponerla, el congreso de la Federación Americana de Trabajo decidió aplicar este método en amplia escala el 1º de mayo de 1886. La movilización desencadena casi 5.000 huelgas y 200.000 obreros consiguen que la jornada se reduzca a diez horas. Llega mayo de 1886 y Chicago presencia las trágicas jornadas del 1º y el 3 cuando, en las cercanías de la fábrica Mac Cormick, la policía hace fuego contra los manifestantes causando muertos y heridos; el 5 de mayo se produce el atentado de Haymarket Square, y sin que existan pruebas de su responsabilidad los obreros Spies, Parsons, Fischer y Engel pagan con la vida el precio de sus ideales. Otros son condenados a perpetuidad. (A raíz de este hecho y en homenaje a los obreros caídos —los Mártires de Chicago— el movimiento obrero internacional adopta el 1º de mayo como la fecha símbolo de sus luchas contra el capital.)

La Federación Americana de Trabajo se había fundado el 15 de noviembre de 1881; sus comienzos fueron débiles, pero a raíz de la agitación por las ocho horas alcanzó un rápido auge. Está compuesta por obreros calificados, característica que conservará durante el período que nos ocupa; es marcadamente descentralizada y llega a extender sus ramificaciones hasta el Canadá. Su propósito es practicar un sindicalismo netamente profesional, rechazando la lucha de clases. Logra conquistar la jornada de ocho horas, pero fraca-


MASON MACHINE WORKS
PATENT
1903.

sa en la huelga de las fábricas de acero en Homstead, donde en 1892 son despedidos 2.500 obreros. En este momento hay 250.000 obreros afiliados a la federación. Engels dice en 1890: "El obrero americano se figura que la sociedad burguesa es una cosa natural y en todo tiempo progresiva y superior, un *non plus ultra*". Se interesan por la condición del trabajador en el seno de su oficio y les preocupa muy poco la política. Es que en los Estados Unidos resulta difícil lograr el sentimiento de solidaridad general que existe en Europa, principalmente a causa de la heterogeneidad que presenta el proletariado, constantemente renovado por los aportes inmigratorios de diversos países. Los anglosajones predominan en las industrias carboníferas y en la siderurgia, donde organizan sus propios servicios de asistencia mutual, tendientes a la mejora inmediata de su situación material. Los de origen alemán predominan en la industria de la madera, de la panificación, del tabaco y de la cerveza. En gran parte estaban influidos por el socialismo y a su llegada inician tareas de propaganda, pero su ideología socialista a poco se transforma y se limitan a plantear "que frente a una clase obrera tan heterogénea el sentimiento solidario se restringe a englobar a los obreros calificados". La agitación sube de punto durante la depresión que sigue a la crisis de 1873, al provocar una creciente desocupación y un descenso relativo de los salarios. Entonces aparecen sociedades secretas como la de los Molly Maguires, que practica el terrorismo en la región de Pennsylvania. Los ferroviarios en Baltimore y Pittsburg se lanzan a la huelga en 1877; centenares de locomotoras son incendiadas por los activistas y, pese a que en algunos casos las milicias confraternizan con los huelguistas, la patronal gana el conflicto reemplazando a su personal con inmigrantes recién llegados de Europa Central.

En líneas generales, el salario que perciben los obreros va aumentando en menor proporción que la productividad. Hubo un alza sensible durante la guerra de Secesión, pero luego se produce una caída en el período 1870-1880 y de 1890 a 1900 el salario acusa una baja nominal. En el Oeste la falta de brazos se traduce en un salario mejor, mientras en el Sur se mantiene muy bajo. Hay una diferencia sustancial entre lo que percibe un obrero agrícola y un trabajador industrial especializado, en favor de este último. Estableciendo una relación entre el obrero especializado europeo y el americano, vemos que éste gana más y goza de más comodidades. La alimentación y el vestido gravan menos el presupuesto familiar; doce obreros de cada cien poseen casa propia, mientras que en Europa sólo uno entre cien se encuentra en tales condiciones. En Baltimore y Filadelfia del 9 al 17 % tienen cuartos de baño en sus casas; en cambio, Nueva York y Nueva Orleáns presentan condiciones mediocres.

La Federación Americana de Trabajo

Hacia 1890 la "Noble Orden de los Caballeros del Trabajo", desprestigiada por no apoyar decisivamente el movimiento por las ocho horas, sufre una quiebra total, aunque algunos de sus dirigentes, comprometidos en los desórdenes de Chicago, sean condenados a causa de su militancia. En su lugar, y a comienzos del siglo XX, logra consolidarse la Federación Americana de Trabajo. Aumenta el número de sus afiliados y sus fondos se acrecientan tanto como los de los sindicatos ingleses. Sus cuotas son elevadas y se destinan a sostener servicios de asistencia mutua. Su punto de apoyo siguen siendo únicamente los obreros calificados; la persistencia en este criterio es, sin duda, lo que impide al sindicalismo norteamericano hacer pie en las grandes industrias, como la del acero, donde predomina el trabajo no calificado. La Federación orienta su actividad sobre el principio de la neutralidad política, que usa para ofrecer eventualmente a uno u otro de los dos grandes partidos americanos la promesa de apoyar sus respectivos programas electorales. En 1906 los dirigentes sindicales elaboran un programa de reivindicaciones que obtendrá sanción legislativa después del triunfo de Wilson en las elecciones de 1912. Entre ellas figuran: inspección sanitaria de los talleres y minas; viviendas; descanso semanal, abolición del trabajo de los niños, organización de escuelas y campos de juego, voto de las mujeres, nacionalización de teléfonos y telégrafo.

En 1914 la Federación ya posee 2.020.671 afiliados.

Nada permite prever el avance del socialismo en Estados Unidos con un sindicalismo organizado en defensa de intereses corporativos y particulares, que en esta primera etapa no busca ampliar su base obrera y rechaza a los trabajadores no calificados de la gran industria.

Bibliografía

G. H. D. Cole. *Historia del pensamiento socialista*. México, FCE, 1964.
Maurice Dobb. *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*. Buenos Aires, Siglo XXI, 1971.
Dieter Schuster. *El movimiento sindical alemán*. Alemania, Coburh, 1971.
Edouard Dolleans. *Historia del movimiento obrero*. Ts. I y II. Buenos Aires, EUDEBA, 1961.
Maurice Crouzet. *Historia general de las civilizaciones*. T. VI. Barcelona, Ediciones Destino, 1965.
Jurgen Kuczynski. *Evolución de la clase obrera*. Madrid, Guadarrama, 1967.

Los mártires de Chicago

Gregorio Selser

Tanto el juicio a los anarquistas de Chicago como el de Sacco y Vanzetti no condenaron realmente los supuestos crímenes de los acusados sino que castigaron sus ideales, sus principios, su ideología.

El 1 de mayo tiene el sentido histórico de la reivindicación de la clase trabajadora como tal, frente a la clase poseedora de los medios de producción y de cambio. Nació de la justa aspiración de los obreros de todo el mundo para obtener una conquista laboral, la jornada de ocho horas, que hoy es ley en casi todos los países, y para entrar en la historia recibió su bautizo el mismo día en que se dispusiera su celebración, con uno de los procesos judiciales más inicuos de que haya memoria en los anales de la humanidad.

El "crimen de Chicago", tal fue su nombre, grabó la simbólica fecha en el corazón de la clase obrera de fines del siglo pasado y principios del presente, hasta que otro crimen no menos oprobioso relegó el recuerdo de aquél hasta los umbrales del olvido: el de la condena, en Boston, de Sacco y Vanzetti. Dos ciudades, dos célebres iniquidades; ambas cometidas a conciencia por jueces que no condenaban realmente los supuestos crímenes de los acusados sino que castigaban sus ideales, sus principios, su ideología. Dos inmigrantes italianos fueron ajusticiados en Boston; cuarenta años antes, en Chicago, ocho dirigentes anarquistas, de los cuales dos eran norteamericanos y el resto inmigrantes, habían pagado con su vida o en la cárcel un delito igualmente inexistente. La presente es una crónica del "crimen de Chicago", una abominación más de la justicia burguesa en la historia de la larga lucha de la clase obrera por su emancipación.

Era entonces Chicago la segunda ciudad de los Estados Unidos por su población e importancia económica. Howard Fast en su libro *El americano. Una leyenda del medio oeste*, la describiría así:

"Allí convergían ya los ferrocarriles, ese peculiar triunfo de Norteamérica. Del oeste y el sudoeste llegaban a millones las cabezas de ganado para ser destripado, desangrado y aprovechado. El armazón abigarrado de la gran ciudad se fue formando a la vera de los procesos de la matanza de animales. Del sur llegaba el carbón, del norte el hierro. La madera arribaba en jangadas cruzando los lagos. Quinientas millas de callejones olvidados de Dios se alternaban entre el hielo y el barro en una visión de infinitas factorías y chozas desparramadas por doquier, como vaciadas con urgencia de un molde rápido. Allí tuvo principio un absoluto credo de poder, éxito, fortuna y energía brutal. Junto con los carros llegaron los ganaderos de las vastas praderas del oeste, y junto con los trenes llenos de hollín llegaron magníficos carruajes. Desde el este, del sur, del oeste, atravesando el mar, los trabajadores llegaban por cientos de miles: yanquis, rebeldes, alemanes, irlandeses, bohemios, judíos, eslavos, polacos, rusos, todos ellos hombres ansiosos que luchaban desesperados para echar dentro del estómago la comida que les permitiera seguir viviendo. Y parecía como si siempre fuese a haber dos hombres por cada empleo. Para colmo, mientras peleaban entre sí, otros los acosaban: los que formaban la nueva clase de gigantes, de emperadores, de reyes, el hombre del millón de dólares, el de los cien millones de dólares. Y hubo derramamientos de sangre, violencia y fermentación como en ninguna otra parte del mundo entero; pero hasta el último rincón de la tierra seguía llegando el reclamo de Chicago por más y más hombres."

La lucha por la jornada de ocho horas

Los trágicos sucesos de mayo de 1886, aunque reconocen como punto de arranque la bomba que en la noche del 4 mató e hirió a algunos policías

Los ferrocarriles, "ese peculiar triunfo de Norteamérica", tuvieron importancia definitoria en la organización del vasto espacio de los Estados Unidos. No por eso las condiciones laborales del obrero ferroviario se apartaron de las imperantes en la época: en Minessota no se podía obligar a un maquinista o fogonero a trabajar "más de diez y ocho horas diarias, salvo en caso de urgente necesidad". Arriba: en 1869 el ferrocarril llega a enlazar el Este y el Oeste de los Estados Unidos. Abajo: tropas del ejército vigilan un tren durante una huelga ferroviaria.

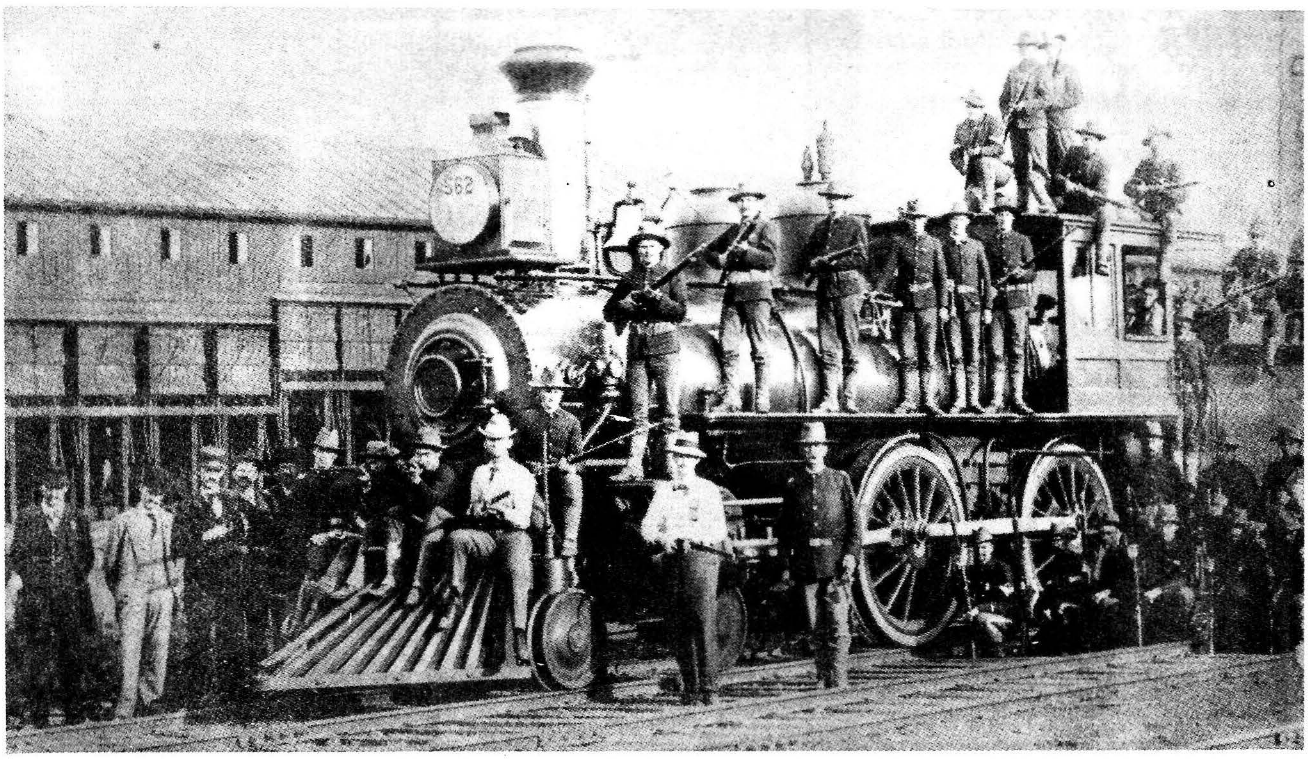
cerca del Haymarket Square (Plaza del Mercado del heno), tenían como único origen la lucha en que estaba empeñada la clase trabajadora de Estados Unidos en favor de la jornada de las ocho horas de labor.

El movimiento en procura de ese régimen laboral se había iniciado en 1829, al solicitarse las *ocho horas* en la legislatura del estado de New York. A mediados del siglo se formaron las Grandes Ligas de Ocho Horas en las principales ciudades y centros manufactureros del norte. La Guerra de Secesión interrumpió las demandas, pero a su término se reanudaron con cierto éxito en no pocos estados. Hacia 1886, en diecinueve estados y un territorio ya existían leyes que estatuían jornadas laborales máximas entre ocho y diez horas, aunque, por supuesto, con cláusulas de escapatoria que hacían posible jornadas "legales" más largas. De ahí que la regla fuese, en general, las jornadas que variaban entre catorce y dieciocho horas, y que, como apunta Samuel Yellen en su obra *American Labor Struggles* (Las luchas del trabajo en América), la legislatura de Minnesota encontrara "necesario imponer una multa de 25 a 100 dólares a cualquier funcionario o empleado de una compañía de ferrocarril que obligase a un maquinista o fogonero a trabajar más de *dieciocho* horas diarias, salvo en caso de urgente necesidad". Las condiciones laborales seguían más o menos esa tónica. Anota Mauricio Dommanget en la *Historia del primero de mayo* al referirse a los trabajadores de Chicago, por ejemplo, que "vivían en su mayoría en las peores condiciones"; que "muchos trabajaban aún catorce o diez y seis horas diarias, partían al trabajo a las 4 de la mañana y regresaban a las 7 u 8 de la noche, o incluso más tarde, de manera que 'jamás veían a sus mujeres y sus hijos a la luz del día'. Unos se acostaban en corredores y desvanes, otros en chozas donde se hacinaban tres o cuatro familias. Muchos no tenían alojamiento; se les veía juntar restos de legumbres en los recipientes de desperdicios, como los perros, o comprar al carnicero algunos céntimos de recortes [...]. La generalidad de los empleadores tenían una mentalidad de caníbales [...]". Sin embargo, la prensa no tomaba en serio el movimiento en demanda de las ocho horas, y el *Illinois State Register* llegaría a considerarlo "indignante", entre otras por las siguientes "razones": "[...] una de las más consumadas sandeces que se hayan sugerido nunca acerca de la 'cuestión laboral' es el llamado 'movimiento de ocho horas'. La cosa es realmente demasiado tonta para merecer la atención de un montón de lunáticos [...] y la idea de 'hacer huelga' en procura de las ocho horas es tan cuerda como la de 'hacer huelga' para conseguir paga sin cumplir las horas".

La verdad era que, no obstante el crecimiento de organizaciones obreras como *The Noble Order of the Knights of Labor* (La Noble Orden de los Caballeros del Trabajo), la inmensa mayoría de la clase trabajadora estaba peor en la década del 80 que en la del 70. Observa Yellen que "los jornales bajaron y se multiplicaron las horas de trabajo bajo la continua presión de algunos factores económicos, como por ejemplo los precios, que fueron obligados a descender por la enconada competencia entre mayoristas y especuladores. Por lo demás, las reservas de fuerzas de trabajo fueron inundadas por una migración del campo a las ciudades, por una ola de inmigración que constituyó la máxima del siglo y por el agotamiento de las tierras de dominio público. Además de la presión que ejercían estos factores, el obrero se vio frente a *pools* de fabricantes, recientemente formados en las industrias principales".

Los dirigentes de los *Knights* no se animaron a encarar una exigencia "tan revolucionaria" como la de la jornada más corta y permitieron que lo hiciera la más débil y joven *Federation*




562

"Aquí también, en esta 'República libre', en el país más rico de la tierra, hay muchos obreros que no tienen lugar en el banquete de la vida y que como parias sociales arrastran una vida miserable. Aquí he visto a seres humanos buscando algo con qué alimentarse en los montones de basura de las calles."
George Engel, uno de los mártires de Chicago al tribunal que lo condenó a muerte en 1886.
En el grabado, la inauguración de "La Libertad iluminando al mundo" el 28 de octubre de 1886, pocos días después que se dictara la sentencia de Chicago.



of Organized Trades and Labor Unions of the United States and Canada (Federación de Gremios y Uniones Organizados de Estados Unidos y Canadá), antecesora de la *American Federation of Labor* (AFL = Federación Norteamericana del Trabajo), que en ocasión de su Cuarto Congreso, el 7 de octubre de 1884, aprobó una moción presentada por Gabriel Edmonston por la que se resolvía "que la duración legal de la jornada de trabajo desde el 1 de mayo de 1886 será de ocho horas" y recomendaba a las organizaciones sindicales de su jurisdicción que trataran de "hacer promulgar leyes de acuerdo con esta resolución, a partir de la fecha establecida".

La resolución despertó interés entre los obreros, esquilmados por las continuas reducciones de salarios, la jornada indefinida y la creciente desocupación. Una reducción legal de la jornada al menos proveería trabajo a más desocupados. La depresión de 1884-1885 acentuó el sentimiento de solidaridad, y a medida que se acercaba la fecha clave del 1 de mayo de 1886 parecía crecer la combatividad de los trabajadores. Pero, contradictoriamente, esa misma pujanza asustó a los líderes de la Noble Orden, que en principio se habían sumado a la reivindicación. Trataron de reducir la demanda y al no lograrlo intentaron retirarse del movimiento. Estaban asustados porque una disposición de la Iglesia prohibía a los católicos afiliarse a la Orden, lo cual implicaba que perderían el apoyo de gran número de italianos e irlandeses.

Pero, además, su temor obedecía a que se hablaba demasiado de socialismo y revolución. Así se explica que el 13 de marzo de 1886 el líder principal de los *Knights*, Terence V. Powderly, Gran Maestro Trabajador, remitiera la siguiente circular secreta a las uniones adheridas: "Ningún grupo de Caballeros del Trabajo debe hacer huelga el 1 de mayo en procura del sistema de ocho horas bajo la impresión de que con ello obedece órdenes de la sede central, pues esa orden no se ha dado ni se dará. Ni el patrono ni el empleado están educados para las necesidades del plan de jornada corta. Si alguna rama de los gremios o algún grupo se encuentra en tales condiciones, recuérdese que hay muchos que ignoran totalmente cuanto se refiere al movimiento. De los sesenta millones de habitantes que tienen Estados Unidos y Canadá, nuestra Orden cuenta quizás con trescientos mil. ¿Podemos nosotros, antes del 1 de mayo, moldear el sentimiento de esos millones en favor del plan de la jornada corta? Es insensato pensarlo. Aprendamos por qué tienen que ser reducidas nuestras horas de trabajo y enseñémoslo luego a otros".

Tiempo después, la difusión masiva de este texto entre los trabajadores iba a producir, como consecuencia, el repudio de éstos y el comienzo de la declinación total de la Noble Orden. No obstante, este sucio juego del líder Powderly nada tenía que envidiar al enfrentamiento abierto del periodismo. Pese a que las organizaciones gremiales recomendaban prudencia a sus afiliados para no dar pie a las provocaciones, la agitación crecía a medida que se acercaba la fecha, pero no debido a la huelga anunciada sino al agravamiento de las malas condiciones económicas, a tal punto que en abril de 1866 obligaron al presidente de los Estados Unidos, Grover Cleveland, a manifestar en un discurso: "Las condiciones presentes de las relaciones del capital y el trabajo son muy poco satisfactorias, y esto en gran medida se debe a las ávidas e inconsideradas exacciones de los empleadores".

La huelga del 1 de mayo de 1886

Los diarios respondían con acritud a la movilización. El 29 de abril dijo el *Chicago Mail*: "Además de las ocho horas, [los trabajadores] querrían todo aquello que puedan sugerir los más locos socialistas o anarquistas". El 1 de mayo mismo escribió el *New York Times*: "Las huelgas para obligar al cumplimiento de la jornada de ocho horas pueden hacer mucho para paralizar la industria, disminuir el comercio y frenar la renaciente prosperidad del país, pero no podrán lograr su objetivo". El mismo día podía leerse en el *Philadelphia Telegram*: "El 'elemento laboral' ha sido picado por una especie de tarántula universal, se ha vuelto 'loco de remate'. ¡Pensar en estos momentos precisamente en iniciar una huelga por el logro del sistema de ocho horas!" Y el día antes de los sucesos de Chicago, el 3 de mayo, decía el *Indianapolis Journal*: "Los desfiles callejeros, las banderas rojas, las fogosas arengas de truhanes y demagogos que viven de los ahorros de hombres honestos pero engañados, las huelgas y amenazas de violencia señalan la iniciación del movimiento".

De todos modos, el 1 de mayo de 1886 no menos de 190.000 trabajadores hicieron huelga en Estados Unidos por una jornada más corta, en tanto que otros 150.000 obtenían satisfacción a sus demandas en ese sentido con la simple amenaza del paro. A fines de ese mismo mes, sectores patronales accedieron en acordar esa jornada legal a otros 50.000 obreros, y antes de que terminara el año un total de 250.000 trabajadores gozaría de esa conquista. El éxito fue tal que la Federación de Gremios y Uniones Organizadas expresó su júbilo con estas palabras: "Jamás en la historia de este país ha habido un levantamiento tan general entre las masas industriales [...]. El deseo de una disminución de la jornada de trabajo ha impulsado a millares de trabajadores a afiliarse a las organizaciones existentes, cuando muchos, hasta ahora, habían permanecido indiferentes a la agitación sindical".

No habría, empero, conquista sin mártires. Y es claro que los hubo, porque la burguesía no

En la década del ochenta la ola de inmigración es uno de los factores que contribuyen a deprimir los salarios del proletariado. En el grabado superior: inmigrantes alemanes. En el inferior: trabajadores en una fábrica de Nueva York.

aceptó las cosas fácilmente. En Milwaukee la represión policial de la huelga produjo nueve muertos y hubo enfrentamientos callejeros con resultados diversos entre policías y manifestantes, en Filadelfia, Louisville, St. Louis, Baltimore y Chicago. En esta última el sector patronal adoptó represalias contra los huelguistas en forma de *lock-out*, lo que no hizo más que agravar la situación de parálisis el 2 y 3 de mayo, con unos 40.000 obreros belicosos en pie de guerra.

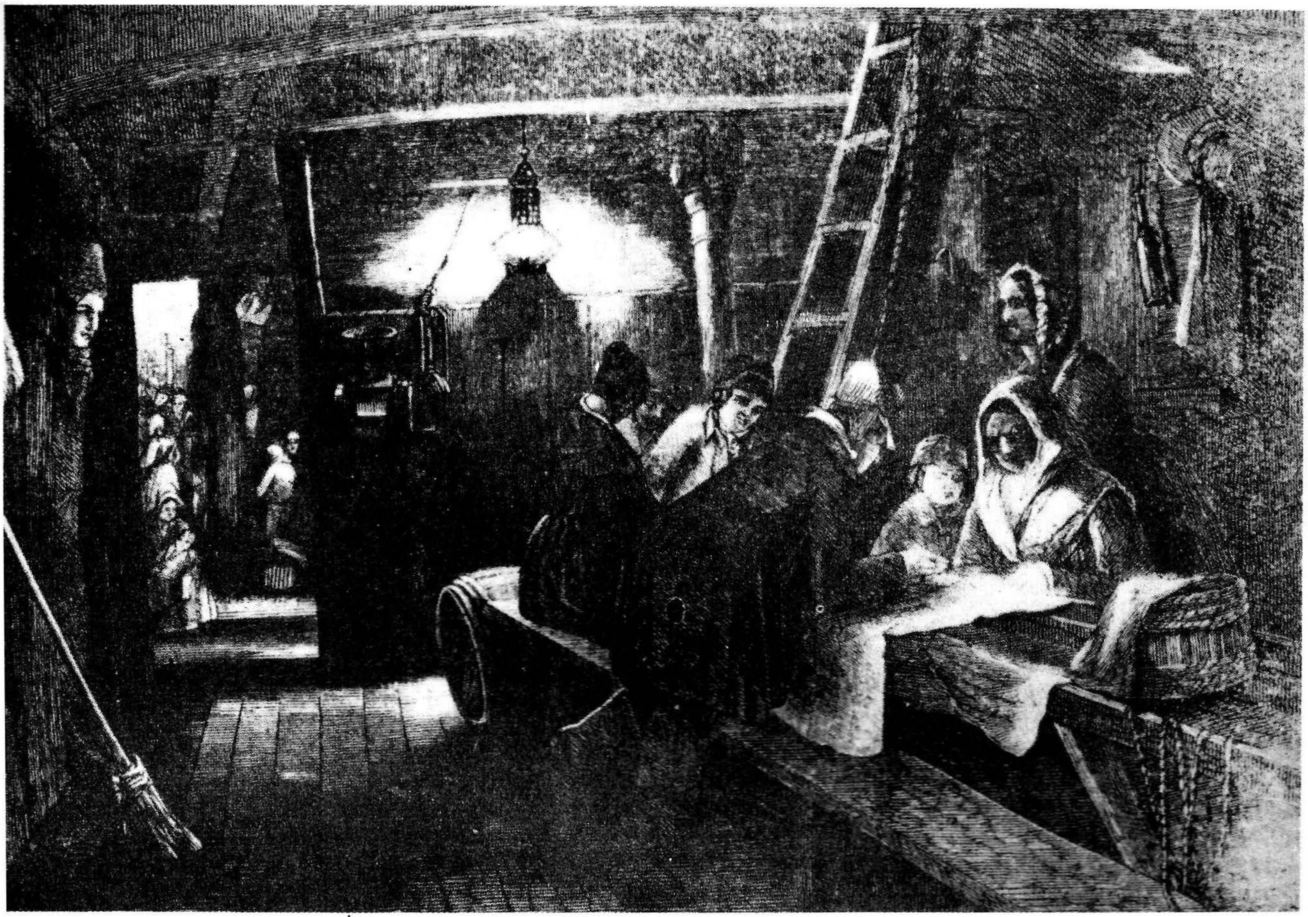
El 3 de mayo la policía tira contra los obreros en Chicago

Resulta curioso que el tan temido 1 de mayo haya transcurrido tan pacíficamente en toda la ciudad, contrariando las más negras predicciones, y que, en cambio, el 3 —no previsto para ninguna huelga general— resultase como resultó. En realidad, los 6.000 obreros madereros que se reunieron a un cuarto de milla al norte de las fábricas de maquinarias agrícolas McCormick Harvester Works lo habían hecho para elegir una comisión de huelga que debía entrevistar a representantes de la patronal, sin ninguna relación con la jornada de las ocho horas. Allí escucharon a un conocido líder anarquista alemán, Hessois Auguste Spies, director del periódico en aquel idioma *Chicagoer Arbeiter-Zeitung* (Diario de los Trabajadores de Chicago).

Mientras Spies hablaba a la multitud un pequeño grupo de asistentes al acto se separó del mismo y atacó a unos *esquiroles* (rompehuelgas) que salían del aserradero luego de cumplida su labor. El problema con *esquiroles* y *pinkertons* (policía privada empresarial) se remontaba a febrero de ese año, cuando McCormick había despedido masivamente a unos 1.400 obreros en respuesta a un pedido de éstos en el sentido de que no se dejase cesantes a algunos de sus compañeros que habían participado en una huelga anterior. E. L. Bogart y C. M. Thompson apuntan en *The Industrial State 1870-1893* que "la fuerza policial de Chicago reflejó la hostilidad de la clase empleadora en lo que concierne a las huelgas *per se* ['salvajes' o espontáneas] como prueba de que los hombres se habían colocado al margen de la ley y el orden. Durante estos meses de intranquilidad para un escuadrón de la policía montada o un destacamento en estrecha formación constituía un pasatiempo dispersar a cachiporrazos a cualquier grupo de trabajadores. La cachiporra era un instrumento imperial: hombres, mujeres, niños y dueños de tiendas caían bajo ellas por igual. Fue la policía, ayudada por los *pinkertons*, la que agregó a la contienda el gran fermento de amargura. Para los trabajadores, aportó ejemplos concretos y odiosos de la autocracia contra la cual protestaban".

El grupo de obreros madereros, no mayor de 200, no previó que con su acción iba a provocar una masacre. Porque lo cierto es que la policía, frustrada por no haber podido actuar a su gusto el sábado 1, no tardó en acudir en defensa de los *esquiroles*. pero esta vez apelando a las armas de fuego como suplemento de las cachiporras. Los carromatos policiales más el sonar de los disparos llamaron la atención de los asistentes al mitin, que seguían escuchando a Spies. El acto se disolvió rápidamente mientras los obreros procuraban acudir en ayuda de sus compañeros, pero la policía también los esperaba a ellos y "disparó deliberadamente" a mansalva, a pesar de que los veían huir: hubo seis muertos como mínimo y no menos de cincuenta heridos, todos obreros.

Spies, testigo presencial de lo ocurrido, corrió a la imprenta y llevado de su ira y desesperación redactó e hizo imprimir en inglés y alemán la siguiente circular:





"¡Venganza!
"¡Trabajadores, a las armas!
"Los amos han soltado a sus sabuesos: la policía. Mataron a seis de nuestros hermanos en la fábrica McCormick esta tarde. Mataron a esos pobres porque ellos, al igual que ustedes, tuvieron el valor de desobedecer la voluntad suprema de sus patrones. Los mataron porque osaron pedir que se acorten sus horas de trabajo. Los mataron para mostrarles a ustedes, 'Ciudadanos Norteamericanos Libres', que deben estar satisfechos y contentos con lo que sus patrones condescienden en permitirles. ¡De lo contrario los harán matar!
"Durante años han soportado las humillaciones más abyectas; durante años han sufrido enormes iniquidades; han trabajado ustedes hasta matarse; han soportado el aguijón del hambre y la necesidad; han sacrificado sus hijos al señor de la fábrica; en síntesis: han sido esclavos miserables y obedientes todos estos años; ¿por qué? ¿Para satisfacer la codicia insaciable, para llenar los cofres del amo haragán y ladrón? Cuando le piden ahora que alivie sus cargas envía sus sabuesos a disparar sobre ustedes. ¡A matarlos!
"Si son ustedes hombres, si son hijos de los grandes que los engendraron y que derramaron su sangre para libertarlos, se levantarán con toda la fuerza de Hércules y destruirán al odioso monstruo que trata de destruirlos. ¡A las armas! ¡A las armas!
Vuestros hermanos."

Si este texto podía parecer retórico, una segunda circular, redactada al día siguiente por el mismo Spies, era mucho más concreta:
"La guerra de clases ha comenzado. Ayer, frente a la fábrica McCormick, han fusilado a los trabajadores. ¡Su sangre pide venganza! . . . Si se fusila a los trabajadores respondamos de tal manera que nuestros amos lo recuerden por mucho tiempo. Es la necesidad la que nos hace gritar: ¡A las armas! ¡A las armas!"

Palabras de Auguste Vicent Theodore Spies, de profesión impresor (y periodista), ante el tribunal que le condenó a muerte

(Fragmentos)

Al dirigirme a este tribunal lo hago como representante de una clase a otra que es su enemiga, comenzando con las mismas palabras con que el veneciano Marino Fallieri se dirigió a su verdugo, el Consejo de Dios, hace cinco siglos: "¡Mi defensa es vuestra acusación! Las causas de mis supuestos crímenes, ¡vuestra historia!"
He sido acusado de asesinato, como cómplice o ejecutor, y se me ha condenado a pesar de que el ministerio público no pudo presentar una sola prueba que me inculpe en ninguno de los dos aspectos: de los testimonios expuestos no se desprende que yo haya arrojado la bomba ni que sepa quién fue el que la tiró. Sólo se han tenido en cuenta las declaraciones contradictorias de Thompson y de Gilmer, testigos pagados por la policía, de acuerdo con instrucciones del fiscal Grinnell y del capitán Bonfield, para hacerme pasar por criminal.
Y puesto que no hay hecho alguno que pruebe mi participación o mi responsabilidad en aquel suceso, entonces la sentencia y su ejecución no son más que un asesinato legal preconcebido, un crimen malvado y que se ejecutará a sangre fría. Asesinato planeado tan infame y canallescamente como no hay que buscar ejemplos análogos más que en la historia de las persecuciones políticas y religiosas. Se han cometido muchos crímenes judiciales aun en casos en que los representantes del estado han obrado de buena fe, creyendo realmente delincuentes a los sentenciados. Pero en este caso el ministerio público ni siquiera puede ampararse en esa excusa; no puede porque sus representantes, Grinnell y Bonfield, han fabricado la mayor parte de los testimonios y escogieron un jurado viciado desde origen. ¡Ante este tribunal y ante el pueblo supuestamente representado por el estado, acuso de conspiración infame para asesinarnos al fiscal Grinnell y a su digno compinche Bonfield!
[. . .] La clase que está ávida, con bestial codicia, de nuestra sangre, la clase de los buenos y piadosos cristianos, ha intentado a través de su prensa y por todos los medios inimaginables de ocultar cuidadosamente los hechos tal como se produjeron, de mantenerlos en secreto. Lo ha conseguido en parte, añadiendo a los odiados acusados el calificativo de "anarquistas" y describiéndolos como una tribu de salvajes recientemente descubierta o como una especie de caníbales y, además, inventando tenebrosas y espeluznantes leyendas de conspiraciones misteriosas y oscuras, para sembrar aún más el temor. Esos buenos cristianos trataron así de encubrir el hecho de que en la noche del 4 de mayo doscientos hombres armados, bajo el mando de un matón notorio y sin conciencia cayeron sobre un pacífico mitin de ciudadanos. ¿Con qué propósito? ¡Con el propósito de herir o de matar el mayor número posible de ellos!
[. . .] Los trabajadores de esta ciudad se irritaron un poco por la desvergüenza de sus benéficos amos. Comenzaron a decir verdades que

sonaron desagradablemente en los oídos de los patricios. Hasta se atrevieron a presentar, ¡oh, increíble indecencia!, algunas comedidas demandas de mejoras laborales. Sostuvieron, ¡qué audacia!, que ocho horas de intenso trabajo por día por solamente dos horas de paga era insuficiente [...]. Ese populacho sin leyes tenía que ser reducido al silencio, y era la cosa más fácil del mundo lograrlo por la intimidación, asesinando al menos a aquellos a quienes distinguían como líderes, sí, a esos perros extranjeros había que hacerles ver de una vez para siempre que no deben ocuparse, en lo sucesivo, de las honestas maquinaciones de sus benefactores amos cristianos [...].

El principal argumento de Grinnell contra los acusados fue: "Son extranjeros, no son ciudadanos norteamericanos". No puedo hablar por los demás, hablo por mí mismo. Resido en este estado por lo menos el mismo tiempo que Grinnell, y me considero por lo menos tan buen ciudadano como él, aunque la comparación con semejante ente me resulte desagradable y preferiría no hacerla. Grinnell, como ya lo han demostrado nuestros abogados, apeló demagógicamente al patriotismo de los señores del jurado. A eso respondo citando las palabras de un escritor inglés: "¡El patriotismo es el último refugio de los rufianes!"

[...] Grinnell ha repetido varias veces que aquí se procesa al anarquismo. Pues bien, la teoría del anarquismo pertenece al dominio de la filosofía especulativa. En el mitin de Haymarket no se dijo una sola palabra acerca del anarquismo; sólo se habló del tema muy popular de la reducción de la jornada de trabajo. Pero "el anarquismo es aquí procesado", eructa Grinnell. Pues si de eso se trata [...] podéis condenarme, porque soy anarquista. Yo creo como Buckle, como Paine, como Jefferson, como Emerson, Spencer y muchos otros grandes pensadores [...] que el estado de las castas y las clases, que el estado en que una clase domina a la otra que vive de su trabajo —a lo cual vosotros llamáis *orden*—, creo, sí, que esta forma bárbara de organización social, con su sistema de robo santificado y de asesinatos legales, está próxima a morir para ceder el puesto a una sociedad libre, a una sociedad voluntaria o hermandad universal, si así lo preferís.

¡Podéis, pues, sentenciarme, honorable juez, disponer mi muerte, pero no impediréis que el mundo sepa que en el estado de Illinois, en este Año del Señor de 1886, ocho hombres fueron condenados a muerte sólo porque no han perdido la fe en un futuro mejor, por creer en la victoria final de la Libertad y la Justicia!

[...] Ya he expuesto mis ideas. Ellas constituyen una parte de mí mismo. No puedo abominar de ellas, ni tampoco lo haría aunque pudiese. Y si pensáis que habréis de aniquilar estas ideas, que día a día ganan más y más terreno, enviadnos a la horca. ¡Si una vez más aplicáis la pena de muerte por el *delito* de atreverse a decir la verdad —y os desafiamos a que demostréis que hemos mentido alguna vez— yo os digo que si la muerte es la pena que imponéis por proclamar la verdad, entonces estoy dispuesto a pagar tan alto precio, orgullosa y bravamente! ¡Llamad a vuestro verdugo! ¡Ahorcadnos! ¡La verdad crucificada en Sócrates, en Cristo, en Giordano Bruno, en Juan Huss, en Galileo, vive aún! ¡Estos y muchos otros nos han precedido en el pasado! ¡Estamos prestos a seguirles!

(De Pierre Ramus, *Der Justizmord von Chicago. Zum Amgedenken. 11 november 1887.*)

"¡Mi defensa es vuestra acusación! Las causas de mis supuestos crímenes, ¡vuestra historia! [...]
Ya he expuesto mis ideas. Ellas constituyen una parte de mí mismo. Y si pensáis que habréis de aniquilar estas ideas, que día a día ganan más y más terreno, enviadnos a la horca."
Augusto V. T. Spies







El acto anarquista del 4 de mayo

Ese 4 de mayo iba a quedar por mucho tiempo en la memoria no sólo de Estados Unidos sino del mundo entero.

Por la mañana, la policía disolvió con los consabidos garrotazos una manifestación de 3.000 huelguistas y por la tarde prosiguió su faena contra otros grupos. Pero ninguno de ellos tenía nada que ver con el acto que los grupos anarquistas habían dispuesto celebrar a las 19.30 en Haymarket Square, centro del distrito de frigoríficos y aserraderos, apenas a media cuadra de la comisaría de Desplaines Street. El principal orador del grupo, el norteamericano Albert R. Parsons, había solicitado el correspondiente permiso policial, que le fue concedido. El incendiario panfleto de Spies había sido anulado por el propio Parsons, quien lo objetó hasta el punto de informar a sus compañeros que si era distribuido él no hablaría en el acto. (De todas maneras, después de lo ocurrido por la noche la policía allanó la imprenta y secuestró el material, que se convertiría en pieza vital del proceso a "los ocho de Chicago".)

Y si corresponde abundar algo más en materia de conducta policial deberíamos remitirnos a otro testimonio de la época, nada menos que del gobernador del estado de Illinois —a cuya jurisdicción pertenece Chicago—, John P. Altgeld: "[...] durante cierto número de años antes del asunto Haymarket hubo disturbios laborales y, en varios casos, una cantidad de trabajadores, que no eran culpables de delito alguno, fueron abatidos a sangre fría por los *pinkertons*, y ninguno de los asesinos fue llevado ante la justicia. Las pruebas que se tomaron de los sumarios de médicos judiciales y que se presentan aquí indican que, por lo menos en dos casos, se disparó sobre hombres que huían y se les dio muerte, por lo que, en consecuencia, no había razón para hacer fuego; sin embargo, nadie fue castigado; [...] en Chicago se había producido una serie de huelgas en las cuales la policía no sólo se puso de parte de quienes estaban en contra de los huelguistas, sino que sin ninguna autoridad legal invadieron y disolvieron mitines pacíficos, y en veintenas de casos golpearon brutalmente con sus garrotes a personas que no eran culpables de delito alguno [...]".

Obtenido, pues, el permiso para la realización del acto de los anarquistas, éstos comenzaron a concentrarse en Haymarket Square a las 19.30, calculándose que una hora después el mitin nucleaba a unos 3.000 asistentes, entre ellos el propio alcalde de Chicago, Carter H. Harrison, que no sólo había sido quien lo autorizó, sino que quiso por sí mismo comprobar que se realizaba pacíficamente. Los oradores hablaron desde una especie de carromato, a manera de improvisada plataforma. Lo hizo en forma suave el siempre impetuoso Spies. Le siguió el normalmente tranquilo Parsons, quien limitó su disertación al problema de las ocho horas, y a continuación habló el inglés Samuel Fielden. Para entonces —cerca de las 22— una amenaza de lluvia ahuyentó a la mayor parte de los participantes. Con ellos se fueron Spies y Parsons.

La bomba de Haymarket Square

Poco después el alcalde Harrison consideró que, una vez que Fielden terminó su discurso y quedando tan pocos presentes, el mitin había concluido. Se marchó entonces y de paso entró en la comisaría de la calle Desplaines para informar que no había habido disturbios y todo estaba terminando pacífica-

"En los grandes centros industriales de Estados Unidos hay más miseria que en las naciones del Viejo Mundo. Miles de obreros viven en Chicago en habitaciones inmundas, sin ventilación ni espacio suficientes, dos o tres familias viven amontonadas en un solo cuarto y comen piltrafas de carne y algunas verduras. [...] ¿Y no es esto horrible en una ciudad que se reputa de civilizada? Arriba, izquierda, y abajo: llegada de inmigrantes a los Estados Unidos. Arriba, derecha: viviendas obreras en un suburbio de Nueva York.

mente. Pero el alcalde no contó con que se hallaba presente el inspector de policía John Bonfield, odiado en todo Chicago por sus antecedentes de brutalidad y sadismo. Según Bonfield, si el acto había terminado no había razón alguna para que aún permaneciesen en el lugar algunos centenares de oyentes. De manera que, poco después de las 22 y a los escasos minutos de retirarse Harrison, Bonfield se puso al frente de unos 180 policías uniformados, con los cuales avanzó hacia el Haymarket Square al tiempo que el capitán Ward intimaba a los oradores y al público a dispersarse. Fielden, desde el carromato, le respondió que el acto había sido autorizado, que era pacífico y que no había concluido aún.

En verdad, como lo señala Yellen, "no había excusa para esta expedición, salvo el deseo de Bonfield de propinar otra de sus acostumbradas sesiones de garrotazos" a los manifestantes inermes. Pero en esta ocasión, a diferencia de todas las anteriores, hubo algo así como una anticipación de signo contrario: en momentos en que el capitán Ward se daba vuelta para impartir alguna instrucción a sus subordinados, desde un punto situado en la acera, en dirección sur del carromato, alguien arrojó un objeto contra el grupo policial. El objeto cruzó el aire y estalló con gran estrépito, produciendo bajas entre los uniformados. Es curioso que el anarquista Yelles dé la cifra de siete policías muertos y más de sesenta heridos, siguiendo la información sensacionalista de los diarios de la época, y que historiadores actuales y casi conservadores como Henry Pelling, en su *American Labor,* sólo mencionen a un policía muerto y otros heridos". En cambio, Yellen sí observa que inmediatamente después la policía abrió fuego histéricamente sobre la multitud, "mató a varios e hirió a 200", que el vecindario se aterrorizó, se llamó a los médicos y las farmacias se colmaron de heridos.

Nunca se precisó, ni siquiera aproximadamente, cuántos asistentes al mitin murieron, en el momento mismo o después. La historia, empero, registra detalles de la desaforada represión que siguió a "la bomba" de Chicago: se declararon el estado de sitio y el toque de queda y se detuvo indiscriminadamente a centenares de obreros y dirigentes sindicales, a buena parte de los cuales se apaleó y torturó, inicialmente con el justificativo de que revelaran al responsable de la "masacre de policías". Se buscaba un culpable . . . o varios. ¿Y qué mejores "sospechosos" que la plana mayor de los grupos anarquistas de Chicago? ¿Qué mejores "candidatos" a la horca que aquellos a quienes los titulares de los diarios designaban ya como "brutos asesinos", "rufianes rojos", "monstruos sanguinarios", "fabricantes de bombas", etc.? ¿Qué mejores víctimas propiciatorias que las cabezas dirigentes de "esa gentuza", que, como lo aclaró el *Chicago Herald,* "no son sino la hez de Europa, que buscó estas costas para abusar de la hospitalidad y desafiar a la autoridad del país"? ¿Cómo dejar pasar tal oportunidad de echar mano a los cabecillas de "estos pestíferos individuos (*Chicago Inter-Ocean,* 6 de mayo de 1886) que a lo largo de meses y años han proclamado sus sediciosas y peligrosas doctrinas"? ¿Cómo desaprovechar, en fin, esa ocasión inmejorable para escarmentar de una buena vez a la "chusma" laboriosa de inmigrantes, que había ofrecido a Estados Unidos, el 1 de mayo, el espectáculo de la paralización total de actividades, registrando, solamente en Chicago, la mitad de los que pararon en toda la nación aquel día?

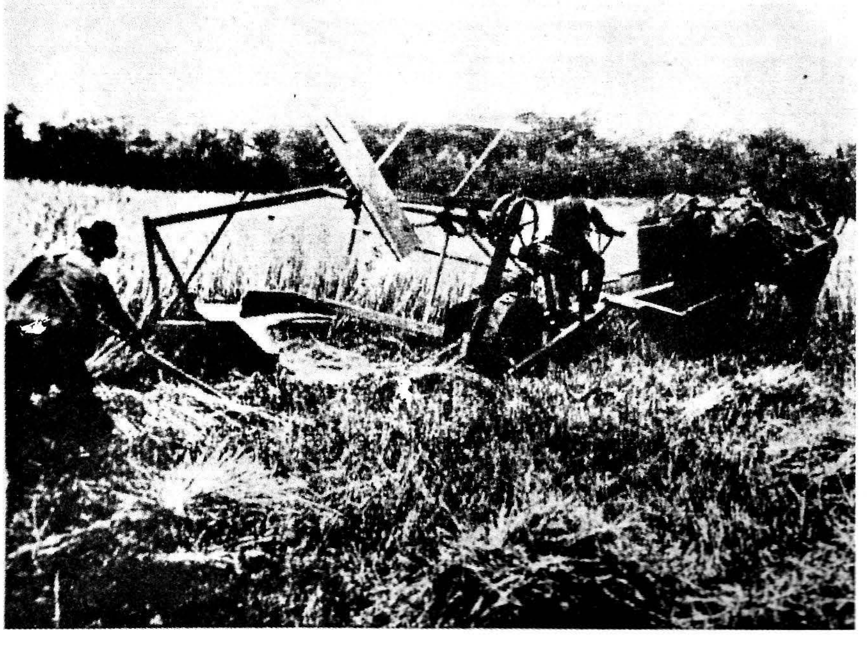
De modo, pues, que se ordenó el arresto del inglés Samuel Fielden, de los alemanes Hessois Auguste Spies, Michael Schwab, Georges Engel, Adolph Fischer y Louis Lingg, y de los norteamericanos Oscar Neebe y Albert R. Parsos. Todos, menos el último citado, fueron arrestados en pocos días, aunque no fueron los únicos, ya que hasta los veinticinco impresores del *Chicagoer Arbeiter-Zeitung* fueron a prisión, por las dudas, y lo mismo ocurrió con los suscriptores del periódico, cuya nómina capturó la policía durante el correspondiente allanamiento. En realidad, bastaba la sospecha de una remota conexión con el movimiento sindical, aunque no se fuese anarquista, para ser encarcelado. Por otra parte, la policía se encargaba de justificar esos procedimientos, más los allanamientos de imprentas y domicilios privados y las interrupciones de asambleas gremiales, fabricando al efecto tremendos "descubrimientos" de arsenales terroríficos de armas, municiones, elementos para moldes de balas y hasta para "fabricar torpedos", depósitos de bombas, dinamita, pistolas, rifles, literatura anarquista, banderas rojas y, por supuesto, escondites secretos descubiertos al azar o gracias a la pericia de los agentes del orden.

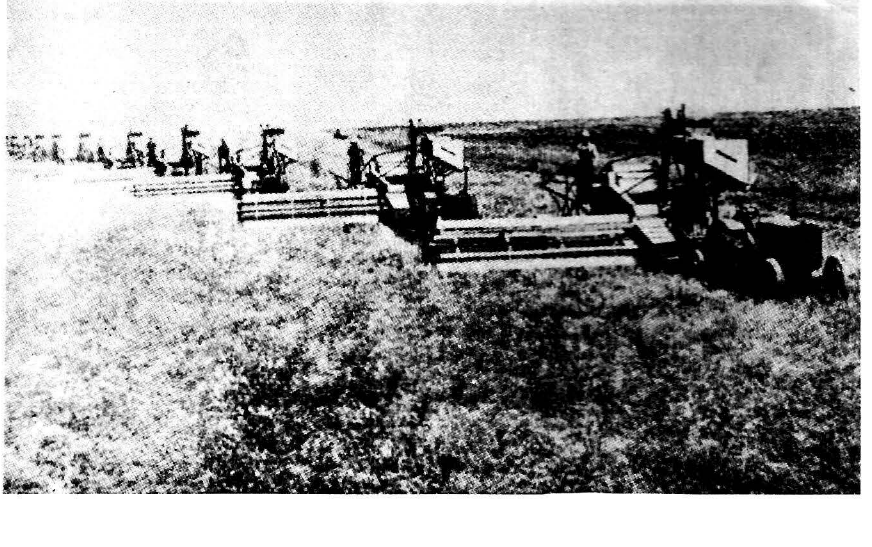
Se inicia el proceso contra "los ocho de Chicago"

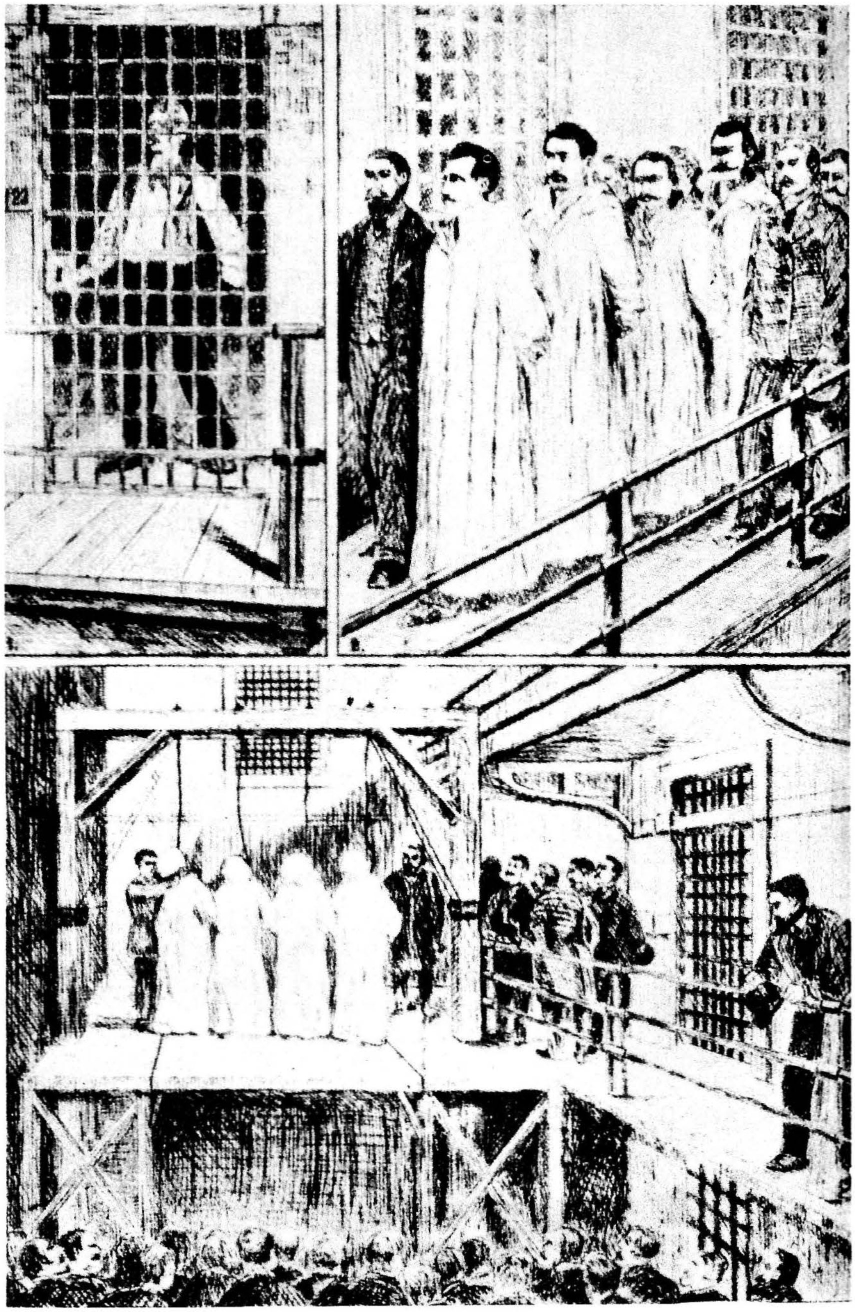
Cuando el 6 de mayo se dio a conocer el nombre del único policía muerto en Haymarket Square —el del oficial Mathias J. Degan— la prensa reclamó un rápido sumario por parte del *grand jury.* Este fue convocado para mediados de ese mismo mes responsabilizando de la muerte del policía a los ocho anarquistas, siete de ellos detenidos, y todos figuras prominentes de la Internacional. Se citó para el 21 de junio al tribunal de Cook County, con Joseph E. Gary como juez actuante, y Julius S. Grinnell, fiscal de Estado, a cargo de la acusación. Representaban a los acusados William P. Black, William A. Foster, Sigmund Zeisler y Moses Salomon. Se calcula en más de mil el número de sospechosos arrestados durante los días y semanas que siguieron al sitio de Haymarket. Nadie sabía quién había



El trabajo agrícola manual y mecanizado: Arriba: siega a mano hacia 1860. En la foto del medio: siega a máquina en la década del setenta. Abajo: degranadoras Mc Cormick









Arriba: "De la celda a la horca", la ejecución de los mártires de Chicago en un panfleto de de la época. Abajo: el atentado del 4 de mayo de 1886.

arrojado la bomba, pero puesto que uno de los principales líderes anarquistas, Parsons, seguía sin aparecer, él debía saberlo. Mas aunque se redoblaron las pesquisas no fue posible dar con el fugitivo. La causa se instauró primero contra treinta y un "responsables", pero eran evidentemente demasiados, y su número quedó reducido luego a doce. Después uno escapó y jamás fue hallado, y tres fueron ubicados como testigos del estado. Quedaron así "los ocho": Fielden, Spies, Schwab, Engel, Fischer, Lingg, Neebe y Parsons.

Cuando el 21 de junio se inició el juicio propiamente dicho, Parsons, quien durante seis semanas había eludido a los sabuesos de la policía, entró en el tribunal y se entregó mansamente para compartir con sus compañeros el banquillo de los acusados.

El juicio fue una farsa trágica desde el principio hasta el fin. El fiscal Grinnell lo había convertido —como suele ocurrir en estos casos— en pedestal para sus ambiciones políticas de ascenso y el juez Gary simplemente violó todas las normas procesales, de forma y de fondo, para satisfacer tanto su odio personal contra los anarquistas como los requerimientos de una prensa ululante y sensacionalista que no se conformaba con menos que con el ahorcamiento de todos los acusados. Y desde el inicio fue parcial, intolerante y arrogante para con los acusados, paciente y amistoso para con los testigos y con los representantes de la policía y del estado de Illinois, que de esa manera no sólo justificaban sus desmanes previos sino que también quedaban libres de todo cargo por la posible perpetración de delitos subsiguientes al 4 de mayo, incluyendo raterías a granel en toda casa que era registrada, prisiones manifiestamente ilícitas, torturas y trato degradante a los detenidos y eventualmente el haber disparado a mansalva contra las multitudes y provocado incontables muertos y heridos en lo de McCormick y, al día siguiente, en Haymarket mismo. En una palabra, Schasck, Ward y Bonfield, no menos que Harrison, encontraron un aliado perfecto en Gary.

Selección fraudulenta de los miembros del jurado

Gary —el *juez felón,* como se le llamaría después— comenzó disponiendo que el juicio fuese colectivo y no individual, una anomalía que favorecía la admisión de todo tipo de prueba contra los acusados, incluso las de tipo ideológico, como se comprobaría más tarde; a continuación, en lugar de elegir a los miembros del jurado mediante el procedimiento acostumbrado de extraer al azar los nombres de una caja, consintió en que Grinnell designase a un alguacil especial para que hiciera la selección, que, por supuesto, no resultó nada favorable para los procesados. De ahí que, posteriormente, Otis S. Favor, un empresario de Chicago que compareció en el juicio, hiciese una declaración jurada según la cual el alguacil en cuestión, Ryce, había dicho en su presencia y con todo desenfado: "Yo estoy manejando este caso y sé lo que persigo. Estos individuos van a ser ahorcados sin remisión. Cito a hombres que los acusados tendrán que impugnar perentoriamente, derrochando su tiempo y número de impugnaciones. Después tendrán que aceptar a los hombres que elige la acusación".

(Unos años más tarde, el gobernador de Illinois, Altgeld, iba a referirse a ese *detalle* del proceso con estas palabras: "Está probado que él [Ryce] alardeó, mientras elegía a los jurados, de que era él quien manejaba el proceso; que esos individuos iban a ser colgados sin más ni más; que él estaba eligiendo su gente de tal manera que los procesados podrían agotar todos los argumentos que se les antojasen durante la defensa, pero, al finalizar la misma, no tendrían más remedio que elegir entre los jurados que él había preparado según los quería la acusación".)

El juez Gary recurrió al *habilidoso* método de "encontrar" a quienes admitían abiertamente estar prevenidos o tener prejuicios contra los acusados y los presentaba como candidatos a miembros del jurado.

Obviamente, la defensa los impugnaba sistemáticamente, reduciendo así —llegaron a ser examinados 981 candidatos— el límite legal que le competía. El siguiente es un ejemplo típico de la comparecencia de un candidato seleccionado por el alguacil Ryce, aceptado como jurado válido por el juez Gary e impugnado por la defensa; se trata del ciudadano H. T. Sanford:

"P.: ¿Tiene usted opinión formada sobre la inocencia o culpabilidad de los acusados por el asesinato de Mathias J. Degan?

"R.: Sí, la tengo.

"P.: Según usted infiere de todo cuanto escuchó o leyó, ¿tiene opinión formada sobre la inocencia o culpabilidad de los acusados por haber arrojado la bomba?

"R.: Sí, señor, la tengo.

"P.: ¿Tiene usted algún prejuicio en contra de los socialistas y comunistas?

"R.: Sí, señor. En verdad estoy prejuiciado en contra de ellos.

"P.: ¿Cree usted que ese prejuicio podría influir en este caso en su veredicto?

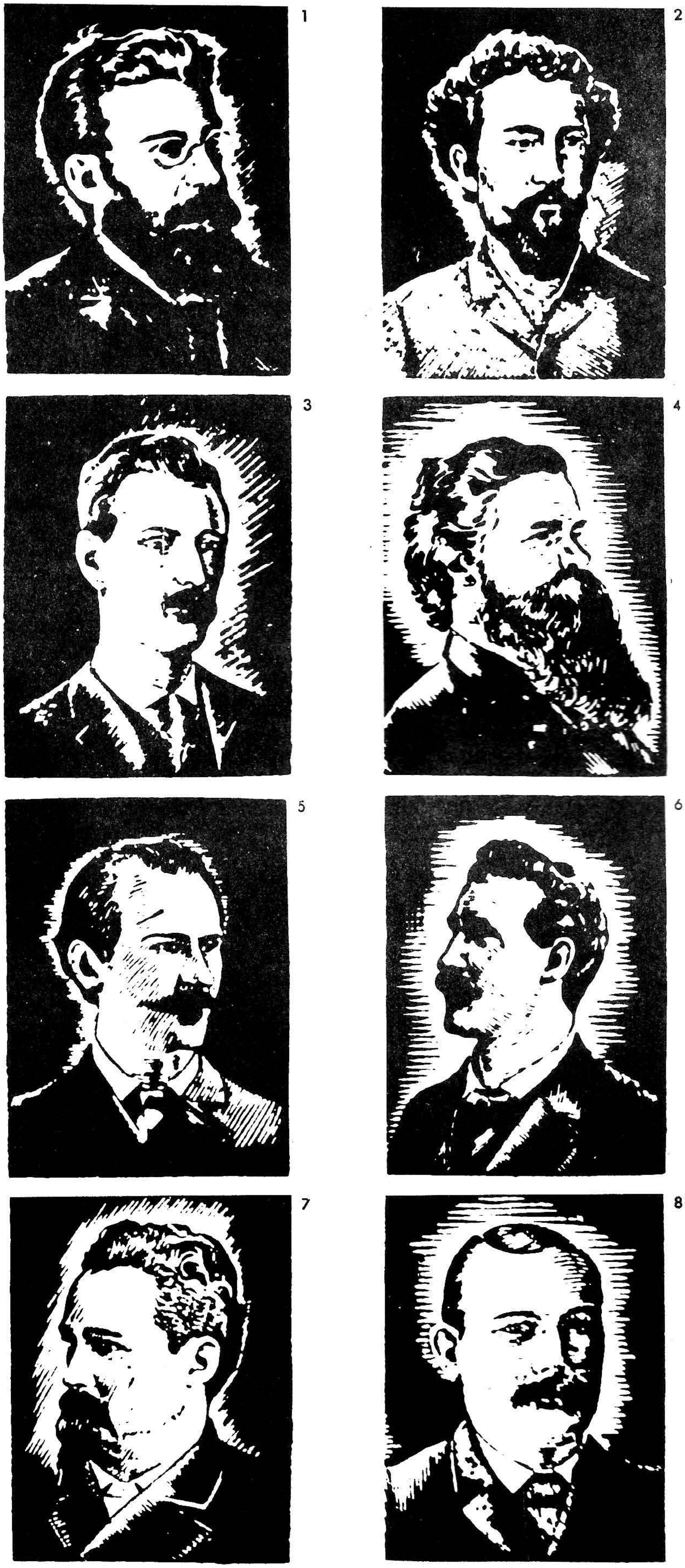
"R.: Pues verá, señor. Como conozco tan poco sobre este asunto, resulta difícil contestar su pregunta. Pero considero que los acusados incitaron a que fuera arrojada la bomba."

Solamente *esta selección* ejemplar de los doce miembros del jurado demandó veintiún días, y no es de extrañar que entre los que quedaron figurase el pariente de uno de los heridos por la bomba. Las pruebas comenzaron a ser presentadas el 14 de julio y el fiscal Grinnell aseguró, de entrada, que iba a llevar al estrado, ante el jurado, al hombre que había arrojado la bomba, un anuncio que los hechos no corroboraron durante el proceso. El mismo Grinnell construyó su

edificio acusador sobre otra teoría que la defensa no tardó en desmantelar: la bomba formaba parte de un complot anarquista de amplias proporciones, uno de cuyos objetivos era dinamitar todas las comisarías de Chicago en cuanto apareciese en el *Arbeiter Zeitung* una palabra clave. Los dos *"anarquistas"* que lo aseguraron fueron puestos en descubierto como falsarios durante las repreguntas de la defensa. Y un tercer testigo, Gilmer, fue desnudado como embustero profesional, un oficio pagado por la policía estadounidense para que haya testimonios favorables a sus tesis en los procesos judiciales. Gilmer juró haber visto, nada menos, cómo Spies pasaba un "objeto semejante a una bomba" a Schwab y cómo éste a su vez lo transfería a Schnaubelt para que lo arrojara contra el grupo de policías que avanzaba hacia el palco de los oradores.

Condenar al anarquismo era el objeto del proceso

Pero, con todo, Schnaubelt era una pieza clave en el proceso. El embustero a sueldo de la policía —Gilmer— al menos había sido provisto de un dato precioso, que inexplicablemente se diluyó durante el juicio, y era que una persona concreta, alguien con nombre y apellido, Rudolph Schnaubelt, se mencionaba como responsable material de la explosión. El gobernador Altgeld diría años más tarde, sobre la base de las evidencias y constancias del proceso que él mismo leyó de cabo a rabo, que, "con toda probabilidad, la bomba fue lanzada por alguien que buscaba una venganza personal"; y Yellen, a su vez, observó que "la posibilidad de un *agent provocateur* [agente provocador] no debe desecharse de plano" porque los funcionarios policiales de Chicago "eran en ese entonces muy capaces de semejante maquinación". Schnaubelt, cuya hermana estaba casada con Schwab, era, como éste, anarquista. Sin embargo, es muy curioso que fuese detenido dos veces y liberado en ambas ocasiones, justamente en momentos en que la policía retenía en prisión a cuanto anarquista podía echar mano. Esto es para Yellen casi decisivo: cabía "la sospecha, casi una certeza, de que la policía quería sacarlo del medio, a fin de poder condenar a los ocho líderes revolucionarios más importantes". Cita en su apoyo a Bogart y Thompson, según los cuales el 25 de junio de 1919 el señor Wallace Rice hizo una declaración jurada con la que coincidieron Clarence S. Darrow y George A. Schilling, "todos los cuales estaban en situación de conocer la historia interna del caso" (Darrow y Schilling, en efecto, figuran en la novela de Howard Fast ya citada); según Rice, "era la impresión de todos los periodistas informados en el lugar de los hechos, que la bomba fatal había sido fabricada por Louis Lingg y arrojada por Rudolph Schnaubelt. Es más: muchos de ellos creían que este hecho era conocido también por la policía y que se dejó en libertad a Schnaubelt después de haberlo detenido por cuanto no podía ser conectado de modo alguno con los otros hombres después condenados, con la posible excepción de Lingg y Michael Schwab [...]. Sin embargo, se pensaba que Lingg era el único de los acusados con conocimiento culpable de la bomba y de su lanzamiento. Después de ser liberado por la policía, Schnaubelt se alejó cuanto pudo y todo lo rápidamente que le fue posible de la escena del crimen, y cuando se halló por fin un cargo contra él se creía que estaba en el sur de California, cerca de la frontera mexicana, desde donde podía fácilmente escapar a otro país [...]".
Pero era a todas luces evidente que no se trataba, realmente, de determinar quién o quiénes eran los verdaderos culpables, sino condenar a los líderes capturados, como lo admitió, siete años más tarde, el propio juez Gary al reexaminar el juicio: "No es importante la cuestión de saber si fue Schnaubelt u otra persona quien arrojó la bomba".
Semejante juez hacía digna pareja con el fiscal Grinnell, pero mucho más aún coincidía con los policía de Chicago cuya actuación desaforada había provocado la tragedia, especialmente el inspector Bonfield y el capitán Schaack, cuyas funciones estaban en peligro luego de las matanzas de obreros; de ahí que necesitaran "mantener el fermento del temor y el odio" a fin de que la ciudadanía continuara en estado de excitación.
Se explica así que el 10 de mayo de 1889, cuando cinco de "los ocho" de Chicago ya habían muerto, el jefe de policía Ebersold confesara en una entrevista a *The Chicago Daily News*: "Mi política era acallar el asunto lo más pronto posible después del 4 de mayo. El estado general de intranquilidad constituía un perjuicio para Chicago. En cambio, el capitán Schaack quería mantener las cosas en efervescencia, quería que se encontraran bombas aquí, allá, en todas partes [...]. Cuando destruimos las asociaciones anarquistas, Schaack quiso enviar hombres que volvieran a organizar nuevas sociedades de inmediato".
No tardó en saberse que el objeto del proceso era condenar al anarquismo —y a sus líderes— más que al autor del suceso del 4 de mayo. Se trataba de un juicio ideológico-político más que de un proceso criminal, y así lo percibieron perfectamente los acusados, según lo prueban sus emocionados discursos de protesta luego que el jurado emitiera su veredicto de culpabilidad para siete de ellos. Los "ocho de Chicago" habían sido llevados al banquillo de los acusados porque eran anarquistas y no porque hubiesen sido autores morales o materiales del episodio de Haymarket, cosa que, por otra parte, no pudo ser probada en juicio, como tampoco la disparatada acusación de que "la bomba" integraba una conjura de más vastos alcances.



Los mártires de Chicago: Michael Schwab, Louis Lingg, Adolph Fisher, Samuel Fielden, Albert R. Parsons, Hessois Auguste Spies, Oscar Neebe, George Engel.

La farsa judicial no se limitó a la mañosa selección de los doce miembros del jurado, a la elección de un juez prejuiciado y por lo tanto parcial, a la acusación de un fiscal ansioso de escalar posiciones políticas y por ende dispuesto a cualquier tipo de trapisondas y concesiones a favor del *establishment* para lograrlo o a la aceptación de los falsos testigos presentados por la policía. No. La farsa estaba también en el "clima" creado en torno al proceso por un periodismo cloacal en el que hacía punta el *Chicago Tribune,* ligado a los intereses del magnate Cyrus McCormick. De ese modo, clausurada la prensa obrera o amordazada mediante la intimidación, sólo se escuchó el tañido de una única campana, aquella que tocaba a rebato contra los presuntos "enemigos del orden y la sociedad". En todo el país y no sólo en Chicago, una prensa histérica y mendaz clamaba por un "castigo ejemplarizador" en la persona de los acusados, en realidad víctimas propiciatorias de una campaña de terror contra la clase obrera, a la que se deseaba escarmentar por su lucha masiva en favor de la jornada de ocho horas.

Lo más sucio de todo el proceso consistió en que, a pesar de que lo que se juzgaba eran las ideas de "los ocho", no se permitiera a la defensa presentar testimonios referentes a la teoría del anarquismo. El juez Gary, sobre la base de que los principios generales de los anarquistas preconizaban "la destrucción de todos los capitalistas", permitió que la acusación estableciese una consiguiente conspiración específica; si se desea la destrucción de alguien, parecía decir, es lógico que quienes la desean se comploten para obtener ese fin. Para probar, pues, la relación propósitos-fines-medios, se agobió al jurado con la lectura de artículos que desde un punto de vista teórico incitaban a la violencia, aparecidos en *Alarm* y *Arbeiter Zeitung.* Se trataba de la típica literatura de combate, común a todas las épocas y a todas las ideologías partidarias del cambio social, incluidas quizás las de la derecha moderna; pero la selección era cuidadosa y amañada y la acusación llegó en algún caso —como lo denunciaría Spies en su discurso— a citar a clásicos como Goethe, mencionados por el *Arbeiter Zeitung,* participando de la "conjuración anarquista".

El "juez felón"

Además, la operación fue cuidadosamente adobada por la policía, que exhibió ante el palco del jurado toda clase de artefactos terroristas, incluyendo bombas de construcción casera y dinamita, material éste que había sido transportado a Chicago desde muchas millas de distancia, varias semanas después y sin conexión alguna con el hecho de Haymarket. Lo que se pretendía era provocar el terror, y se logró sin mucho esfuerzo gracias a la colaboración que prestó la prensa del *establishment.* Por si esto fuera poco, todas las objeciones interpuestas por la defensa en contra de pruebas tan poco pertinentes y ajenas al caso fueron desechadas por el juez Gary, para quien no existió ni existirá sentencia condenatoria más inapelable —por provenir del propio sistema— que aquella que dictó contra sus procedimientos el gobernador Altgeld, que a su vez había sido abogado y juez antes de llegar a mandatario del estado de Illinois. Diría, en efecto, Altgeld: "El juez Gary decía sin duda la verdad cuando sostenía que este caso no tenía precedentes en la jurisprudencia y que en el Código no existía ejemplo alguno que apoyara esa interpretación de la ley que él hacía. Porque en todos los siglos, desde que existe un gobierno entre los hombres, ningún juez de un país civilizado ha formulado una ley tal como él la hizo. Los que actualmente solicitan indulto para los sobrevivientes sostienen que en este caso la ley fue aplicada de esa manera simplemente por la razón de que la fiscalía pública no había hallado al autor verdadero del crimen y porque, de no obrar así, no habría estado en condiciones de condenar a nadie; que se emprendió ese camino por parte del tribunal simplemente para aplacar la ira de la opinión pública, y que también fue esa la causa por la cual el fallo fue mantenido por los tribunales superiores".

¿Se desea alguna muestra material de cómo se condujo Gary durante y después del juicio? Volvamos de nuevo a la autorizada palabra del gobernador Altgeld: "Con gran indignación comprueban quienes alegan en favor de los muertos y de los que aún permanecen presos que, de acuerdo con las constancias del proceso, el juez Gary condujo las actuaciones con maligna ferocidad y forzó a los ocho hombres a aceptar un proceso en común; que cada vez que iban a ser sometidos a un interrogatorio los testigos suministrados por el estado, el juez obligó a la defensa a limitarse a los puntos específicamente mencionados por la fiscalía pública, mientras que en el interrogatorio de los testigos de los acusados, permitió que el fiscal de estado se perdiese en toda clase de vericuetos políticos y leguleyerías extrañas al asunto motivo del proceso; que todos los dictámenes del largo proceso en torno a cualquier incidencia que le fue sometida fueron falladas siempre en favor del estado; que, página tras página del sumario, contienen largas y significativas observaciones e instrucciones formuladas por el juez en presencia del jurado con la evidente intención de guiarle de la mano hasta hacerle coincidir con su particular punto de vista; que estos discursos pronunciados por el juez resultaron mucho más perjudiciales para los acusados que lo que pudieron haber resultado las arengas del fiscal y que este último, además y precisamente, se inspiró en las observaciones del juez en su exposición, ligando y relacio-

nando su perorata con sugestiones de aquél.
"Que hace poco el juez Gary publicó en una revista un artículo que prueba que, a pesar de haber transcurrido casi seis años del juicio aludido, sigue dominado plenamente de la más malévola inquina contra los procesados [...] creando animosidad [...] contra los muertos y vivos damnificados por el proceso; que, no contento con ello, el juez Gary emprende en el mismo artículo un ataque tan insidioso como injurioso contra uno de los abogados de la defensa, no por ninguna incidencia ocurrida durante el proceso o por lo que ese abogado hubiese hecho o dejado de hacer mientras se sustanciaba el mismo, sino porque un año después de haberse colgado a los acusados ese abogado se tomó la libertad de pronunciar sobre las tumbas aún frescas de sus defendidos, que al menos para él eran inocentes, algunas palabras bondadosas, aun cuando pudieron haber sido producto de una concepción errónea. Muchos han protestado vivamente ante lo que definen como una muestra de ferocidad y contumacia sin paralelo en la historia, afirmando que hasta Jeffries en Inglaterra se conformaba con ahorcar a sus víctimas, pero no descendía hasta el grado de acosarlas e insultarlas después de muertas [...]".

El veredicto

En su afán por salvar a sus defendidos el abogado William A. Foster alegó que no existía prueba alguna de la presunta influencia ejercida sobre la ignota persona que arrojó la bomba, en cualquier expresión oral o escrita de los acusados, ni tampoco de que éstos hubiesen instigado el hecho. Persistió en llevar el caso como si se tratara de un homicidio, puesto que ésa era la acusación, a pesar de constarle que lo que estaba en proceso era otra cosa. Se constriñó así a los hechos simples y llanos, a la estricta ley, e incluso hasta llegó a admitir algo de criminal desatino en algunas formulaciones orales de los acusados, pero no se le permitió seguir más allá. El juez Gary, en vista de las objeciones del fiscal Grinnell, ¡le observó que estaba fuera de la cuestión! Ni siquiera la oratoria de un Cicerón hubiese podido conmover el andamiaje de la gigantesca farsa montada tácitamente por el juez, el fiscal, el jurado y, en suma, la "justicia". A las pocas semanas, el 11 de agosto de 1886, el fiscal Grinnel concluyó ante el jurado su peculiar visión de los hechos con estas palabras finales: "La ley está bajo proceso. La anarquía está bajo proceso. Estos hombres han sido seleccionados, elegidos por el *grand jury* y enjuiciados porque fueron líderes. No fueron más culpables que los millares de sus adeptos. Señores del jurado: ¡declarad culpables a estos hombres, haced escarmiento con ellos, ahorcadles y salvaréis a nuestras instituciones, a nuestra sociedad!"

Nueve días más tarde, el 28 de agosto, según era previsible, el jurado dictó veredicto de culpabilidad especificando que siete de los acusados —Parsons, Spies, Fielden, Schwab, Fischer, Lingg y Engel— debían ser colgados y el octavo, Neebe, condenado a 15 años de prisión.

La defensa apeló de inmediato. La monstruosidad era tan evidente que confió en que pudiera realizarse un nuevo juicio, sobre la base de los innumerables y probados vicios de que adoleció el proceso. Pero la apelación fue denegada en setiembre por el propio juez Gary, en audiencia previa al dictado de la sentencia final. En esa ocasión se permitió que hablasen los acusados en lugar de los abogados.

"En todos los tiempos los poderosos han creído que las ideas de progreso se abandonarían con la supresión de algunos agitadores; hoy la burguesía cree detener el movimiento de las reivindicaciones proletarias por el sacrificio de algunos de sus defensores." Adolph Fisher.

Los acusados hacen su alegato

Todos, sin excepción, aprovecharon la oportunidad para exponer sus ideas y creencias, más para la historia y para los trabajadores de todo el mundo que para la corte y los representantes del periodismo, puesto que se sabían definitivamente condenados. Sus discursos, en algunos casos —Spies, Parsons— muy extensos, de horas de duración, son un ejemplo de coraje y de la profundidad de sus convicciones, sea cual fuere el campo ideológico desde el cual se los analice. En todos los casos su palabra fue acusadora, en ninguno de arrepentimiento por algo que no habían cometido, y nadie suplicó clemencia.

El discurso de Spies, sin cesar interrumpido maliciosamente por el juez Gary, duró más de dos horas y fue un amplio resumen de su ideología anarco-sindicalista, rematado con estas expresiones: "Pues bien, ya he expuesto mis ideas. Ellas constituyen una parte de mí mismo. No puedo abominar de ellas ni tampoco lo haría aunque pudiese. Y si pensáis que habréis de aniquilar estas ideas, que día a día ganan más y más terreno, enviadnos a la horca. ¡Si una vez más aplicáis la pena de muerte por el *delito* de atreverse a decir la verdad —y os desafiamos a que demostréis que hemos mentido alguna vez— yo os digo que si la muerte es la pena que imponéis por proclamar la verdad, entonces estoy dispuesto a pagar tan alto precio, orgullosa y bravamente! ¡Llamad a vuestro verdugo! ¡Ahorcadnos! ¡La verdad crucificada en Sócrates, en Cristo, en Giordano Bruno, en Juan Huss, en Galileo, vive aún! ¡Estos y muchos otros nos han precedido en el pasado! ¡Estamos prestos a seguirles!"

El más joven —aunque no el más fogoso—, Lingg, que acababa de cumplir 23 años de edad en la

Carta de Adolph Fischer, tipógrafo de oficio, al gobernador M. Oglesby, del estado de Illinois

(Fragmentos)

Cárcel de Chicago, 1 de noviembre de 1887.

He sabido que circulan petitorios pidiéndoos la conmutación de la pena de muerte que la Corte del Estado ha pronunciado contra mí, trocándola por la prisión perpetua. Agradezco a los firmantes esa espontánea muestra de simpatía, pero declaro que se efectúa sin mi autorización. Como hombre de honor y de conciencia no puedo pedir gracia. No soy criminal y no puedo arrepentirme de lo que no he hecho.

¿Pediría perdón por mis principios, por lo que creo justo y bello? ¡Jamás! No soy hipócrita y no puedo pretender que se me perdone por ser anarquista; al contrario, la experiencia de los últimos dieciocho meses ha afirmado mis convicciones.

Se me pregunta si soy responsable de la muerte de los policías en Haymarket. No responderé a esa pregunta mientras no declaréis que cada abolicionista era responsable de los actos de John Brown. No puedo pedir gracia, ni recibirla, sin perder el derecho a mi propia estimación: si no puedo obtener justicia, si no puedo ser devuelto a mi familia, prefiero que la sentencia se ejecute.

Todo el que esté un poco al corriente de los acontecimientos debe reconocer que esa sentencia ha sido inspirada en el odio de clases, en la excitación de la opinión pública por una prensa perversa, en el deseo que anima a la clase dominante de reprimir el movimiento socialista. Los partidos interesados niegan esto, y sin embargo no es más que la pura verdad, y estoy persuadido de que las generaciones venideras juzarán nuestro proceso, nuestra sentencia y nuestra ejecución del mismo modo con que hoy juzgamos las crueldades de los siglos pasados: la intolerancia y el prejuicio pretendiendo sofocar las ideas de libertad.

Si la exposición de los principios sociológicos constituye delito en estos avanzados tiempos, yo no puedo resignarme a creer en semejante absurdo, aun cuando las leyes así lo preceptúen, porque mi razón y mi conciencia me dicen y aconsejan que no es delito sino virtud el propender a mejorar la vida material y social de los demás, siguiendo las inspiraciones de la naturaleza.

La historia se repite. En todo tiempo los poderosos han creído que las ideas de progreso se abandonarían con la supresión de algunos agitadores; hoy la burguesía cree detener el movimiento de las reivindicaciones proletarias por el sacrificio de algunos de sus defensores. Pero aunque los obstáculos que se opongan al progreso parezcan insuperables, siempre han sido vencidos, y esta vez no constituirán una excepción a la regla.

En todas las épocas, cuando la situación del pueblo ha llegado a un punto tal que una gran parte se queja de las injusticias existentes, la clase poseedora responde que las censuras son infundadas y atribuye el descontento a la influencia deletérea de ambiciosos agitadores.

(De Pierre Ramus, *Der Justizmord von Chicago. Zum Amgedenken. 11 november 1887.*)

Palabras del acusado George Engel, de oficio impresor, ante el tribunal que lo condenó a muerte

(Fragmentos)

Es la primera vez que comparezco ante un tribunal norteamericano, y en él se me acusa de asesino. ¿Y por qué razón estoy aquí? ¿Por qué razón se me acusa de asesino? Por la misma que me hizo abandonar Alemania: por la pobreza, por la miseria de la clase trabajadora.
Aquí también, en esta "República libre", en el país más rico de la tierra, hay muchos obreros que no tienen lugar en el banquete de la vida y que como parias sociales arrastran una vida miserable. Aquí he visto a seres humanos buscando algo con qué alimentarse en los montones de basura de las calles.
[...] Cuando en 1878 vine desde Filadelfia a esta ciudad creí que iba a hallar más fácilmente medios de vida aquí, en Chicago, que en aquella ciudad, donde me resultaba imposible vivir por más tiempo. Pero mi desilusión fue completa. Entonces comprendía que para el obrero no hay diferencia entre Nueva York, Filadelfia y Chicago, así como no la hay entre Alemania y esta tan ponderada república. Un compañero de taller me hizo comprender, científicamente, la causa de que en este país rico no pueda vivir decentemente el proletario. Compré libros para ilustrarme más y yo, que había sido político de buena fe, abominé de la política y de las elecciones y comprendí que todos los partidos estaban degradados y que los mismos socialistas demócratas caían en la corrupción más completa.
Entonces entré en la Asociación Internacional de los Trabajadores. Los miembros de esta Asociación estamos convencidos de que sólo por la fuerza podrán emanciparse los trabajadores, de acuerdo con lo que la historia enseña. En ella podemos aprender que la fuerza libertó a los primeros colonizadores de este país, que sólo por la fuerza fue abolida la esclavitud y que, así como fue ahorcado el primero que en este país agitó a la opinión contra la esclavitud, vamos a ser ahorcados nosotros [...].
¿En qué consiste mi crimen?
En que he trabajado por el establecimiento de un sistema social donde sea imposible que mientras unos amontonen millones [...], otros caen en la degradación y la miseria. Así como el agua y el aire son libres para todos, así la tierra y las invenciones de los hombres de ciencia deben ser utilizadas en beneficio de todos. Vuestras leyes están en oposición con las de la naturaleza y mediante ellas robáis a las masas el derecho a la vida, a la libertad y al bienestar [...].
La noche en que fue arrojada la primera bomba en este país, yo estaba en mi casa y no sabía una palabra de la "conspiración" que pretende haber descubierto el ministerio público. Es cierto que tengo relación con mis compañeros de proceso, pero a algunos sólo los conozco por haberlos visto en las reuniones de trabajadores. No niego tampoco que he hablado en varios mitines ni niego haber afirmado que, si cada trabajador llevara una bomba en el bolsillo, pronto sería derribado el sistema capitalista imperante.
Esa es mi opinión y mi deseo, [pero] no combato individualmente a los capitalistas; combato al sistema que produce sus privilegios. Mi más ardiente deseo es que los trabajadores sepan quiénes son sus enemigos y quiénes sus amigos.
Todo lo demás merece mi desprecio. Desprecio el poder de un gobierno inicuo. Desprecio a sus policías y a sus espías.
En cuanto a mi condena, que fue alentada y decidida por la influencia capitalista, nada más tengo que decir.

(De Pierre Ramus, *Der Justizmord von Chicago. Zum Amgedenken. 11 november 1887.*)

"¿En qué consiste mi crimen? En que he trabajado por el establecimiento de un sistema social donde sea imposible que mientras unos amontonan millones [...], otros creen en la degradación y la miseria. Así como el agua y el aire son libres para todos, así la tierra y las invenciones de los hombres de ciencia deben ser utilizadas en beneficio de todos. Vuestras leyes están en oposición con la naturaleza y mediante ellas robáis a las masas el derecho a la vida, a la libertad y al bienestar." George Engel.

"Denominar justicia a los procedimientos seguidos en este proceso sería una burla. No se ha hecho justicia ni podría hacerse porque cuando una clase está frente a otra es una hipocresía y una maldad su sola suposición."
M. Schwab.
Arriba: el Palacio de Justicia de Chicago. Abajo: la policía custodia la construcción del patíbulo en que se ajusticiará a Parsons, Engel, Spier y Fisher.

prisión, lanzó su desprecio sobre los jueces y sobre la sociedad que los sostenía: "Repito que soy enemigo del *orden* vigente y, con todas mis fuerzas, repito que mientras aliente un soplo de vida lo combatiré. Declaro otra vez franca y abiertamente que soy partidario de los métodos de fuerza. He dicho al capitán Schaack, y lo sostengo, que si vosotros empleáis contra nosotros fusiles y cañones, nosotros emplearemos contra vosotros la dinamita. Os reís probablemente porque estáis pensando: 'Ya no arrojarás más bombas'. Pues permitidme que os asegure que muero feliz porque estoy seguro de que los centenares de obreros ante quienes he hablado recordarán mis palabras y, cuando hayamos sido ahorcados, ellos harán estallar la bomba. ¡Os desprecio! ¡Desprecio vuestro *orden*, vuestras leyes, vuestra autoridad sostenida por la fuerza! Ahorcadme por esto!"

Su compatriota, el alemán Engel, que en Estados Unidos fundara el grupo anarcosindicalista *Northwest*, concluyó así su oración:

"No combato individualmente a los capitalistas; combato al sistema que produce sus privilegios. Mi más ardiente deseo es que los trabajadores sepan quiénes son sus enemigos y quiénes sus amigos. Todo lo demás merece mi desprecio. Desprecio el poder de un gobierno inicuo. Desprecio a sus policías y a sus espías. En cuanto a mi condena, que fue alentada y decidida por la influencia capitalista, nada más tengo que decir".

El inglés Fielden, en general más conciso, finalizó así su esperanzado discurso:

"Yo creo que llegará un tiempo en que sobre las ruinas de la corrupción se levantará la esplendorosa mañana de un mundo emancipado, libre de todas las maldades, de todos los monstruosos anacronismos de nuestra época y de nuestras caducas instituciones."

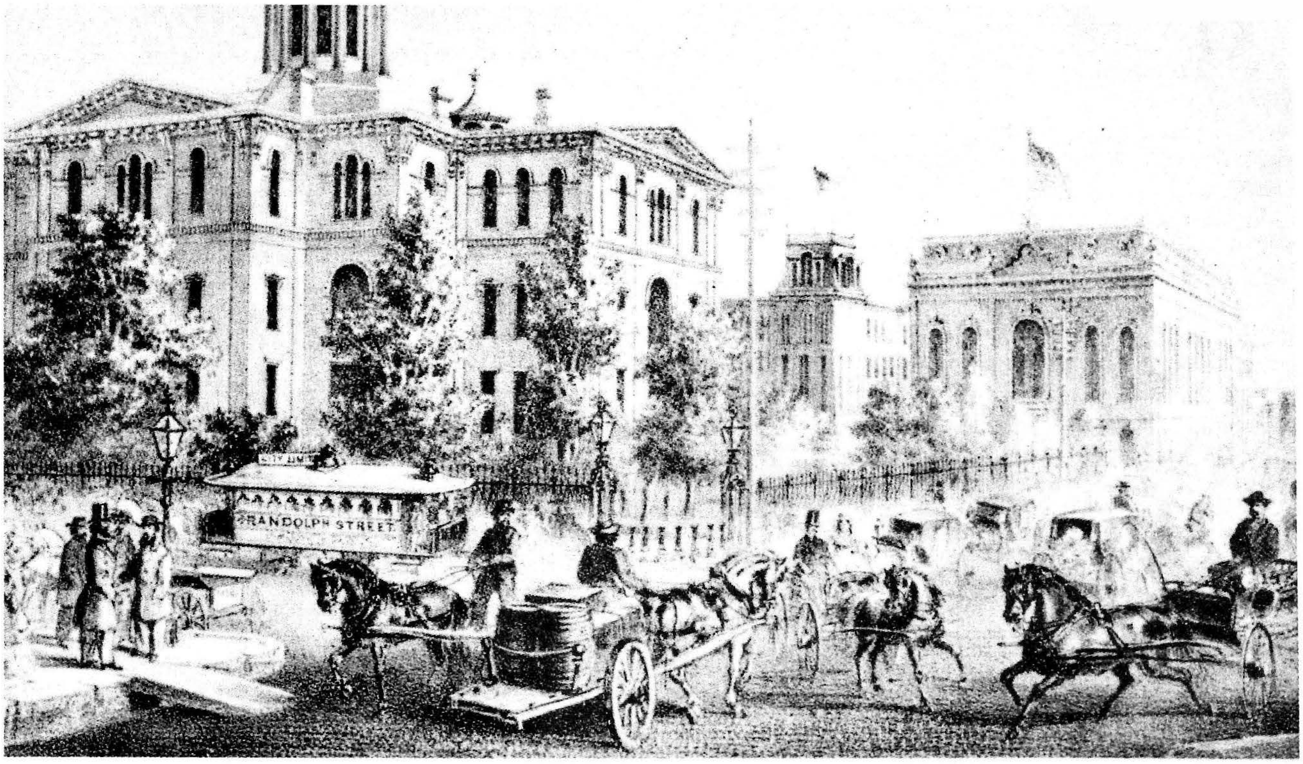
Y el tribuno Parsons, el estudiante del inglés fluido y armonioso, que había hablado dos horas el 8 de octubre y seis horas más el día 9 (y no habló más porque su salud no se lo permitió), al término de su fogoso y convincente discurso sintetizó así la entraña del sucio proceso:

"Sostengo que nuestra ejecución sería un crimen judicial, que es una cosa mucho peor que un linchamiento. Vuestra Señoría sabe perfectamente que este proceso ha sido provocado, inspirado, encauzado, orientado y propagandizado por los capitalistas, por los que creen que el pueblo no tiene más que un derecho y un deber, el de la obediencia. Ellos han dirigido el proceso hasta este momento, y,como ha dicho muy bien Fielden, se nos acusa ostensiblemente de asesinos pero en realidad se nos condena por anarquistas."

El encuadernador Schwab, en su breve discurso, después de señalar todas las falacias cometidas durante el proceso, augurará: "Nosotros, los anarquistas, creemos que se acercan los tiempos en los que los explotados reclaman sus derechos a los explotadores, y creemos además que la mayoría del pueblo, con la ayuda de los marginados de las ciudades y de las gentes sencillas del campo, se rebelarán contra la burguesía de hoy. La lucha, en nuestra opinión, es inevitable."

Y Neebe, el único a quien el jurado salvó de la horca, se lamentará de tal discriminación: "Me apena la idea de que no me ahorquéis, honorables jueces, porque es preferible la muerte rápida a la muerte lenta en que vivimos. Tengo familia, tengo hijos, y si saben que su padre ha muerto, lo llorarán y recogerán su cuerpo para enterrarlo. Ellos podrán visitar su tumba, pero no podrán en caso contrario, entrar en el presidio para besar a un condenado por un delito que no ha cometido. Esto es todo lo que tengo que decir. ¡Yo os lo suplico! ¡Dejadme participar de la muerte de mis compañeros! ¡Ahorcadme con ellos!"

Por último, el tipógrafo Fischer, el más parco de todos los orado-


RANDOLPH STREET



res, no por ello será menos contundente:

"Sólo tengo que protestar contra la pena de muerte que me imponéis, porque no he cometido crimen alguno. Aunque he sido tratado aquí como asesino, solamente se me ha probado que soy anarquista, de lo cual me enorgullezco. Pero repito que protesto contra esa bárbara pena porque no me habéis probado crimen alguno. Pero si he de ser ahorcado por profesar las ideas anarquistas o por mi amor a la libertad, a la igualdad y a la fraternidad, entonces nada tengo que objetar. Si la muerte es la pena que corresponde a nuestra ardiente pasión por la libertad de la especia humana, entonces, lo digo muy alto, ¡disponed de mi vida!"

El 9 de octubre de 1886 el juez Gary dictó sentencia, puntualmente, según lo había resuelto el jurado: siete de "los ocho" a la horca; el restante a prisión por quince años. Pero, como los abogados apelaran ante la Corte Suprema de Justicia del estado de Illinois. la ejecución se postergó hasta el año siguiente. En setiembre de 1887 el tribunal de alzada confirmó lo resuelto por Gary, aunque admitiendo que el proceso no había estado "libre de error jurídico". Así se añadía cinismo a la infamia. También fracasaría el último intento legal cuando la Suprema Corte de los Estados Unidos rechazó la apelación final alegando que carecería de jurisdicción para entender en la causa.

El "suicidio" de Lingg

Durante todo este período de espera las organizaciones laborales del país y del exterior pidieron el indulto o bien el *perdón* o —las menos— un nuevo proceso, esta vez imparcial. En todos los casos Oglesby, gobernador de Illinois, se negó a cualquier alternativa, aunque accedió a conmuntar las penas de Fielden y Schwab cuando estos le solicitaron, expresamente, el

Palabras del acusado Michael Schwab, de oficio encuadernador, ante el juez Joseph E. Gary

(Fragmentos)

Hablaré poco. Seguramente no despegaría los labios si mi silencio pudiera interpretarse como un cobarde asentimiento a la comedia que acaba de desarrollarse.

Denominar justicia a los procedimientos seguidos en este proceso sería una burla. No se ha hecho justicia ni podría hacerse porque cuando una clase está frente a otra es una hipocresía y una maldad su sola suposición.

Decís que la anarquía está procesada, y la anarquía es una doctrina hostil a la fuerza bruta, opuesta al criminal sistema presente de producción y distribución de la riqueza.

Me sentenciáis a muerte por escribir en la prensa y pronunciar discursos. El ministerio público sabe tan bien como yo que mi supuesta conversación con Spies jamás existió. Sabe algo mejor que esto: sabe y conoce todas las bellezas del trabajo del que *preparó* aquella conversación. Cuando comparecí ante el juez, al principio de este proceso, dos o tres policías declararon que sin ninguna duda se me había visto en Haymarket, cuando Parsons terminaba su discurso. Entonces, evidentemente, se trataba de atribuirme el delito de arrojar la bomba. Al menos en los primeros telegramas que se dirigieron a Europa se dijo que yo había arrojado varias bombas sobre la policía. Más tarde se desprendió la futilidad de esta acusación, y entonces fue Schneubelt el acusado [...].

[...] ¡Habláis de una gigantesca conspiración! Un movimiento no es una conspiración, y nosotros todo lo hemos hecho a la luz del día. No hay secreto alguno en nuestra propaganda. Anunciamos de palabra y por escrito una próxima revolución, un cambio en el sistema de producción de todos los países industriales del mundo, y ese cambio viene, ese cambio no puede menos que llegar [...]. Porque si nosotros calláramos hablarían hasta las piedras. Todos los días se cometen asesinatos, los niños son sacrificados inhumanamente, las mujeres perecen a fuerza de trabajar y los hombres mueren lentamente consumidos por sus rudas faenas, y no he visto jamás que las leyes castiguen estos crímenes.

[...] Como obrero que soy he vivido entre los míos; he dormido en sus guardillas y en sus cuevas; he visto prostituirse la virtud a fuerza de privaciones y de miseria y morir de hambre a hombres robustos por falta de trabajo. Pero esto lo había conocido en Europa y abrigaba la ilusión de que en la llamada "tierra de la libertad" no presenciaría estos tristes cuadros. Sin embargo, he tenido ocasión de

convencerme de lo contrario. En los grandes centros industriales de Estados Unidos hay más miseria que en las naciones del Viejo Mundo. Miles de obreros viven en Chicago en habitaciones inmundas, sin ventilación ni espacio suficientes; dos y tres familias viven amontonadas en un solo cuarto y comen piltrafas de carne y algunas verduras. Las enfermedades más crueles se ceban en los hombres, en las mujeres, en los niños, sobre todo en los infelices e inocentes niños. ¿Y no es esto horrible en una ciudad que se reputa civilizada? [. . .] De ahí, pues, que haya aquí más socialistas nativos que extranjeros, aunque la prensa capitalista afirme lo contrario con objeto de acusar a los últimos de traer la perturbación y el desorden.
[. . .] El socialismo, tal como nosotros lo entendemos, significa que la tierra y las máquinas deben ser propiedad común del pueblo. La producción debe ser regulada y organizada por asociaciones de productores que suplan a las demandas del consumo. Bajo tal sistema, todos los seres humanos habrán de disponer de medios suficientes para realizar un trabajo útil, y es indudable que a nadie le faltará trabajo. Cuatro horas de trabajo por día serían suficientes para producir todo lo necesario para una vida confortable con arreglo a las estadísticas. Sobraría, pues, tiempo para dedicarse a las ciencias y al arte.
Tal es lo que el socialismo se propone. Hay quien dice que esto no es norteamericano. Entonces, ¿será norteamericano dejar al pueblo en la ignorancia, será norteamericano fomentar la miseria y el crimen? ¿Qué han hecho los grandes partidos políticos por el pueblo? Prometer mucho y no hacer nada, excepto corromperle comprando sus votos en los días de elección. Es natural, después de todo, que en un país donde la mujer tiene que vender su honor para vivir el hombre venda su voto.
[. . .] La anarquía es el orden sin gobierno.
Nosotros, los anarquistas, decimos que el anarquismo será el desarrollo y la plenitud de la cooperación universal (comunismo). Decimos que cuando la pobreza haya sido eliminada y la educación sea integral y de derecho común la razón será soberana. Decimos que el crimen pertenecerá al pasado y que las maldades de aquellos que se extravían podrán ser evitadas de distinto modo al que hoy impera. La mayor parte de los crímenes son debidos al sistema imperante, que produce la ignorancia y la miseria.
Nosotros, los anarquistas, creemos que se acercan los tiempos en que los explotados reclamarán sus derechos a los explotadores y creemos además que la mayoría del pueblo, con la ayuda de los marginados de las ciudades y de las gentes sencillas del campo, se rebelarán contra la burguesía de hoy.
La lucha, en nuestra opinión, es inevitable.

(De Pierre Ramus, *Der Justizmord von Chicago. Zum Amgedenken. 11 november 1887.*)

"Cuatro horas de trabajo por día —dice Michael Schwab, un de los anarquistas de Chicago— serían suficientes para producir todo lo necesario para una vida confortable con arreglo a las estadísticas. Sobraría, pues tiempo para dedicarse a las ciencias y al arte. Tal es lo que el socialismo se propone. Hay quien dice que esto no es norteamericano. Entonces, ¿será norteamericano dejar al pueblo en la ignorancia, será norteamericano fomentar la miseria y el crimen?"





perdón: cambió la horca por prisión perpetua. De tal modo, tres de "los ocho" pasaron a la Penitenciaría de Joliet, en tanto los cinco restantes exigían la libertad lisa y llana o la muerte. Oglesby se negó. Pretendía un triunfo por partida doble: domesticar a los valerosos luchadores obreros y al mismo tiempo aparecer como magnánimo. Finalmente se confirmó la fecha de la ejecución: el 11 de noviembre.

Refiere Samuel Gompers, fundador de la *American Federation of Labor*, en *Setenta años de vida y trabajo. Autiobiografía*, que él personalmente se interesó por la suerte de los anarquistas condenados, aunque no eran santos de su devoción: "La acusación de asesinato [. . .] se basaba en el principio de que el provocar actos de violencia hace culpable de los mismos al provocador, y a causa de eso se les negó el derecho a un juicio imparcial [. . .] y se veía claramente que se trataba de un desagradable asunto de prejuicios oficiales y de un esfuerzo mal disimulado por castigar a aquellas personas que se identificaban con la anarquía. [. . .] A pesar de que la masa más sensata no está de acuerdo con la manera de pensar de los izquierdistas, no se puede abandonar a éstos a la venganza del enemigo común. Como la bomba [. . .] destruyó el movimiento en pro de la jornada de ocho horas, los sindicatos no tenían por qué simpatizar con la causa de los anarquistas. Sin embargo, los obreros debían hacer todo lo posible por obtener justicia para esos radicales, o verse privados ellos mismos de los derechos de los hombres libres. Como no había pruebas directas que demostraran que aquellos hombres eran culpables de haber arrojado la bomba, muchas personas consideraban que se debía conmutar la pena de muerte por la prisión [. . .] Me dijeron que yo era una persona muy conocida y, como se me consideraba persona conservadora, una petición mía sería una gran ayuda [. . .]"

Viajó, pues, Gompers a la capital de Illinois, Springfield, y se entrevistó con Oglesby, cuatro días antes de la fecha fijada para la ejecución.

"En el grupo —refirió— había representantes de los sindicatos, de los granjeros, del cuerpo legislativo, de organizaciones femeninas y prácticamente de todos los grupos sociales [. . .] Con serenidad y calma [solicitó a Oglesby que ejerciera] sus prerrogativas de perdón o por lo menos suspendiera temporalmente la sentencia para darnos una oportunidad de probar su inocencia, en caso de que fueran inocentes. Al terminar de hablar, el gobernador se levantó, me dio las gracias y me dijo que mi petición sirvió de nada [. . .]".

Por el contrario, el dirigente máximo de la Noble Orden —Powderly—, llevado de su odio personal hacia los anarquistas, impidió que los Caballeros del Trabajo se sumaran a la AFL de Gompers y a otras organizaciones toleradas por el sistema para pedir en favor de los condenados.

Pero antes de que el crimen judicial se consumara se cometió uno previo, mucho más horrendo, desde que se hizo pasar por suicidio: el de Louis Lingg. Hasta algunos de sus propios compañeros creyeron en la versión oficial —hoy definitivamente desechada—, según la cual Lingg se dio muerte en su celda encendiendo con la colilla de su cigarro la mecha de un cartucho de dinamita que habría logrado hacer pasar (cosa totalmente increíble en razón de la vigilancia que pesaba sobre los condenados) junto con otros cuatro cartuchos que se encontraron diseminados en el lugar. Quizás de ese modo se trató de impedir que Lingg revelara a gritos, en presencia de los casi docientos testigos de la ejecución, quién había arrojado la bomba. Pese a que la cabeza quedó semidestrozada por la explosión —presumiblemente le habrían colocado el cartucho en la boca luego de dejarlo sin sentido— su agonía se prolongó durante cuatro horas. Su muerte, ocurrida el 10 de noviembre, fue utilizada por

Samuel Gompers —abajo—, fundador de la "American Federation of Labor", se interesó, infructuosamente, por la suerte de los anarquistas.
" a pesar de que la masa más sensata no está de acuerdo con la manera de pensar de los izquierdistas no se puede abandonar a estos a la venganza del enemigo común".

Spies: "¡Tiempo llegará en que nuestro silencio será más poderoso que las voces que hoy vosotros estranguláis!"
Parsons: "¿Se me permitirá hablar?, ¡oh hombres de América! ¡Dejadme hablar, sheriff Matson! ¡Dejad que se escuche la voz del pueblo!

la prensa para "probar" que los anarquistas *hasta* morían "en su ley": con dinamita. Aunque *a posteriori* querían ofrecer una prueba más de que, en efecto, ellos eran los culpables de la bomba de Haymarket.
El 11 de noviembre los cuatro que quedaban —Spies, Fischer, Engel y Parsons— fueron conducidos al patíbulo, un tinglado ubicado frente a los representantes de la prensa e invitados especiales.

¡Dejad que se escuche la voz del pueblo!

Los cuatro en fila, los nudos corredizos rodeaban sus cuellos y sendos capuchones ocultaban sus rostros de la mirada de los presentes. Antes de que la trampa se abriese bajo sus pies, cada uno tuvo aún tiempo de exclamar:
Spies: ¡Tiempo llegará en que nuestro silencio será más poderoso que las voces que hoy vosotros estranguláis!
Fischer: ¡Viva la anarquía! ¡Este es el momento más feliz de mi vida!
Engels: ¡Viva la anarquía!
Parsons: ¿Se me permitirá hablar?, ¡oh, hombres de América! ¡Dejadme hablar, *sheriff* Matson! ¡Dejad que se escuche la voz del pueblo! ¡Oh! *Let the voice of the people be heard!*
El eco de la frase de Parsons seguiría resonando todavía por mucho tiempo convertida en bandera no sólo de los anarquistas sino de la clase trabajadora en general, y volvió a oírse toda vez que se produjeron nuevas violencias y masacres de obreros, como en 1893, durante el *lock-out* patronal en Homestead (Pennsylvania), o durante la célebre huelga en la empresa Pullman, en 1894. Y ya no había dirigentes anarquistas de fama a quienes responsabilizar de los choques sangrientos.
Empero, estos episodios se inscriben en otro contexto de las luchas sociales de los Estados Unidos. Importa más señalar que, al margen del inicuo proceso a "los ocho", la bomba de Haymarket sirvió, entre otras cosas, para liquidar el movimiento en favor de la jornada de ocho horas no menos que para destruir a las organizaciones obreras de contenido revolucionario. Sobre el particular refiere Yellen: "Entre los trabajadores surgió la confusión y sus filas se dividieron. Utilizando como excusa los supuestos descubrimientos de complots anarquistas, la policía atacó a los grupos de huelguistas más salvajemente aún que antes. Se apresó sin ceremonias a los líderes gremiales. En el término de una semana después, del 4 de mayo, los huelguistas comenzaron a ceder y a volver al trabajo. Muchos de ellos, en particular los transportistas, encontraron sus empleos ocupados por *esquiroles*. Esta desordenada rendición del movimiento por una jornada más corta no se confinó sólo a Chicago. *Bradstreet's* informó el 22 de mayo de 1886 que, de los 190.000 huelguistas originales en Estados Unidos, no quedaban más que 80.000, muchos de los cuales habían sido dejados sin empleo. En Chicago restaban únicamente 16.000 de los anteriores 65.000. Si bien es cierto que 42 000 de los 190.000 huelguistas originales en todo el país conquistaron lo que solicitaban y que, según se ha dicho, a 150.000 se concedieron jornadas más cortas sin que declarasen la huelga, tales concesiones no duraron mucho. En cuanto el movimiento perdió fuerza los empleadores se retractaron de lo que habían acordado. En el plazo de un mes el total que aún retenía la jornada más corta descendió aproximadamente un tercio, de alrededor de 200.000 a 137.000. Los frigoríficos de Chicago, mediante un *lock-out*, en octubre arrebataron a sus 35.000 empleados la jornada de ocho horas que en mayo había sido otorgada sin huelga. El 8 de enero de 1887 *Bradstreet's* pudo informar a la nación: 'Se puede suponer [. . .] que, en lo que concierne al pago de los jor-

nales anteriores por una jornada de trabajo más corta, el gran total de los que retengan la concesión no pasará de 15.000, si llega a esta cifra'.

Pocos procesos judiciales habrá en la historia que merezcan una condena y un repudio más merecidos que éste. Se condenó, a sabiendas de su inocencia, a ocho militantes porque profesaban una ideología que molestaba al sistema. Todos ellos dueños de un temple y una vocación de sacrificio hasta las últimas consecuencias que aún hoy, a casi cien años de su suplicio, siguen siendo un ejemplo vivo para todos aquellos que luchan heroicamente por la causa de la clase obrera y el pueblo. Todos ellos líderes, todos ellos maestros, se destacaban entre sus compañeros precisamente gracias a sus cualidades. Basta recordar las páginas donde se reproducen sus conmovidas frases acusadoras para no sentir otro sentimiento que la admiración y el respeto por la dignidad de sus palabras, por la altura de su pensamiento, por la nobleza de su conducta y el vigor de sus convicciones. Y, más que nada, para no tener otra seguridad que la de su inocencia respecto del crimen que les imputaban tanto como de la mendacidad y felonía con que se condujeron sus jueces, meros ejecutores de una sentencia que contra los "mártires de Chicago" ya habían dictado los dueños de la riqueza, del poder, de la *justicia*, del *orden*, de la *sociedad*

La reparación tardía

Hubo un hombre que, aunque algo tarde, procuró reparar el horrendo crimen judicial. Se llamó John Peter Atlgeld y, junto con otros estadounidenses de la época, tales como Darrow, Schilling y el capitán Black, representan la parte rescatable y honrosa entre todos aquellos que desempeñaron algún papel en torno al proceso. Altgeld, gobernador del estado de Illinois electo en representación del partido Demócrata, reemplazaba a Fifer, sucesor a su vez de Oglesby, el que se había negado a conceder el indulto solicitado por Gompers y otros sindicalistas "conservadores" en favor de los condenados a la horca.

Neebe, Fielden y Schwab seguían en prisión cuando en 1889 se creó una Asociación de Amnistía para gestionar su libertad incondicional. Oglesby nada hizo ni tampoco Fifer. Pero, casi inmediatamente después que Altgeld asumiera su cargo, le fue presentada una petición formal de indulto suscrita por 60.000 personas Como abogado, Altgeld había seguido —aunque superficialmente— las incidencias del proceso. Enfrentado al documento su conciencia vaciló: como político podía haber conformado a todos, incluso a los barones del poder, acordando el perdón como un acto de misericordia hacia quienes hasta 1893 —año en que le fue presentado el documento colectivo— ya habían cumplido siete años de condena. Quiso empero saber por sí mismo qué había ocurrido y se zambulló de lleno en la lectura a fondo del proceso. Lo que descubrió le llenó de horror, vergüenza e ira. Como norteamericano de primera generación, afecto al culto de los héroes patrios tales como Jefferson y Lincoln, quedó asqueado del patrioterismo de baja estofa utilizado para inclinar a la opinión pública en contra de "los ocho"; como hombre de leyes, descubrió sin mayor esfuerzo todas las chicanas, la parcialidad, los prejuicios y la animosidad puestos en juego para condenar a los acusados.

No, no se trataba de un error judicial, disculpable o explicable en virtud del apasionamiento circunstancial. Era una monstruosa conjura legal, premeditada paso a paso, que había culminado con un crimen colectivo ejecutado en nombre de la ley, no sólo en el caso de los tres hombres que seguían en prisión sino en el de los cinco para quienes ya no cabía la posibilidad de reparar tremenda injusticia. Correspondía, pues, no un decreto de gracia sino la anulación de lo actuado mediante un acto irreversible, reparador, reivindicador. Y Altgeld, hijo de inmigrantes alemanes, obrero él mismo durante su niñez, adolescencia y juventud, un típico *self made man* que, no obstante su difícil ascenso en la escala social, no había olvidado del todo su origen humilde, redactó el memorable texto firmado y hecho público el 26 de junio de 1893 por el cual otorgaba el "perdón absoluto" a Samuel Fielden, Oscar Neebe y Michael Schwab, no porque se condoliese de su prisión sino por mero acto de justicia:

"La autoridad no pudo descubrir quién había arrojado la bomba ni trajo a los verdaderos culpables ante la justicia y, como algunos de los sindicatos no habían estado en el mitin de Haymarket ni tenían nada que ver con él, fue forzada a proseguir con la teoría de que los sindicatos eran culpables de asesinato por haber hablado y publicado en forma impresa muchas veces en el pasado propaganda incendiaria y sediciosa, aconsejando prácticamente la matanza de policías, de milicianos *pinkertons* y otros que actuaban en esa condición. Por lo tanto se les hacía responsables del asesinato de Mathias Degan. El público quedó hondamente impresionado [. . .]."

"Los varios miles de comerciantes, banqueros, jueces, abogados y otros prominentes ciudadanos de Chicago que por petición oficial, por carta y en otras formas han solicitado la clemencia del estado, basan en su mayoría el pedido en el hecho de que, si bien no se descarte la culpabilidad de los presos, ya han sido castigados bastante; pero un número de ellos que han examinado el caso más cuidadosamente y están más familiarizados con los documentos y publicaciones archivadas [seguramente Altgeld se incluía entre esas terceras personas] basan

Los mártires de Chicago no fueron las únicas víctimas de una justicia defensora de privilegios, prejuiciosa y parcial: antes las hubo y las habrá después. Cuarenta años más tarde los elegidos serán dos inmigrantes italianos: Niccola Sacco y Bartolomeo Vanzetti.

Palabras del acusado Oscar W. Neebe, organizador de secciones de oficio, ante el jurado que lo condenó a quince años de prisión

(Fragmentos)

Durante los últimos días he podido aprender qué es la ley. Confieso que antes no lo sabía. Yo ignoraba que se pudiera ser convicto de un crimen por conocer a Spies, Fielden y Parsons. He presidido un mitin en Turner Hall, al que vosotros fuisteis invitados para discutir el anarquismo y el socialismo.

Yo estuve, sí, en aquella reunión, a la que no se presentaron los representantes del sistema capitalista actual para discutir con los obreros sus aspiraciones. No lo niego. Tuve también en cierta ocasión el honor de dirigir una manifestación popular y nunca he visto un número tan grande de hombres en correcta formación y en tan absoluto orden. Aquella manifestación imponente recorrió las calles de la ciudad en son de protesta contra las injusticias sociales.

Si esto es un crimen, entonces admito que soy un delincuente. Siempre he supuesto que tenía derecho a expresar mis ideas como dirigente de un mitin pacífico y como director de una manifestación. Sin embargo, se me declara convicto de ese delito, de ese pretendido delito.

[. . .] Se me imputa otro delito: haber contribuido a organizar varias asociaciones de oficio, poner de mi parte todo cuanto pude para obtener sucesivas reducciones en la jornada de trabajo y propagar las ideas socialistas. Desde el año 1865 siempre he trabajado en esto.

[. . .] El 9 de mayo, al volver a casa, me dijo mi esposa que habían venido veinticinco policías y que en el registro de la casa habían hallado un revólver. No creo que sólo los anarquistas y socialistas tengan armas en sus casas. Hallaron también una bandera roja, de un pie cuadrado, con la que jugaba frecuentemente mi hijo. Se registraron del mismo modo centenares de casas, de las que desaparecieron entonces numerosos relojes y no poco dinero. ¿Sabéis quiénes eran los ladrones de los relojes y el dinero? Vos lo sabéis, capitán Schaack. Vuestra compañía es una de las peores policías de la ciudad. Yo os lo digo frente a frente y muy alto, capitán Schaack, vos sois uno de ellos. Sois un anarquista a la manera en que vosotros lo entendéis. Todos vosotros, en ese sentido, sois anarquistas.

Habéis hallado en mi casa un revólver y una bandera roja. Habéis probado que organicé asociaciones obreras, que he trabajado por la reducción de las horas de trabajo, que he hecho cuanto he podido para volver a publicar el *Arbeiter ueitung*. He ahí mis delitos. Pues bien: me apena la idea de que no me ahorquéis, honorables jueces, porque es preferible la muerte rápida a la muerte lenta en que vivimos. Tengo familia, tengo hijos, y si saben que su padre ha muerto lo llorarán y recogerán su cuerpo para enterrarlo. Ellos podrán visitar su tumba, pero no podrán, en caso contrario, entrar en el presidio para besar a un condenado por un delito que no ha cometido.

Esto es todo lo que tengo que decir.

¡Yo os lo suplico! ¡Dejadme participar de la muerte de mis compañeros! ¡Ahorcadme con ellos!

(De Pierre Ramus, *Der Justizmord von Chicago. Zum Amgedenken. 11 november 1887.*)



su pedido en forma diferente. Aseguran:
"Primero. Que el jurado que actuó en el proceso fue deliberadamente seleccionado para encontrar culpables a los acusados.
"Segundo. Que de acuerdo con la ley y con los fallos de la Corte Suprema, tanto en circunstancias previas al proceso como durante su transcurso, los jurados, según sus propias afirmaciones, no fueron competentes, y el proceso, por lo tanto, estuvo viciado de nulidad.
"Tercero. Que los acusados no tuvieron probada culpabilidad en el crimen por el cual se instruyó el proceso.
"Cuarto. Que, en lo referente al acusado Neebe, el fiscal del estado ha probado hasta la evidencia que no había causa contra él, y sin embargo ha sido mantenido en prisión durante todos estos años.
"Quinto. Que el juez que intervino en la causa estaba tan prevenido en contra de los procesados o quizás tan decidido a lograr el aplauso de cierta clase de la comunidad que no se hallaba en condiciones de asegurar —y no aseguró— un proceso legal."

La puntualización de Altgeld en cuanto a la motivación del juez Gary para fallar como lo hizo, o sea el "lograr el aplauso" de cierta clase de la comunidad", es quizás el punto clave de su muy extenso documento, titulado *Motivos para el perdón de Fielden, Neebe y Schwab.* Mucho más significativo por cuanto este aserto inicial se ve corroborado en todo el resto de su alegato y a su vez explica por qué razón, después de hacerse efectiva la libertad de los tres indultados, se descargó sobre Altgeld una feroz campaña de prensa en todo el país, casi del mismo tenor y con tanta virulencia como la registrada durante 1886 y 1887, a partir del mayo luctuoso. No se perdonó a Altgeld el haber hurgado en la pústula, marcando a los verdaderos culpables del asesinato *legal* ante su tiempo y ante la historia. ¿Cómo iban a consentir párrafos como éste?:

"Cualquiera fuese el delito de que se acusase a los procesados merecían un proceso legal. Ningún peligro mayor puede amenazar a nuestras instituciones que el permitir que las cortes judiciales sean dominadas por la prepotencia o despierten la indignación popular. En este caso, en el cual el juez falla que el pariente de uno de los hombres muertos puede ser jurado competente [...], cuando en todas esas instancias el juez dictaminó que esos hombres podían ser jurados competentes simplemente porque, siguiendo sus directivas precisas, se les había hecho decir que *creían* poder tratar el caso legalmente y según la evidencia reunida en el mismo, entonces los procedimientos pierden todo el aspecto de un proceso legal."

¿Hace falta más para demostrar dónde estuvo la equidad y dónde la malicia? ¿Cabe abundar en más detalles para determinar si hubo justicia o imperó el prejuicio, la felonía, la parcialidad? Los mártires de Chicago no fueron las únicas víctimas. Antes las hubo, las habría después. Cuarenta años más tarde, lo serían otros dos inmigrantes, en esta ocasión italianos, a quienes se llamó "los mártires de Boston". Sus nombres: Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti.

Bibliografía

Fast, Howard. *The American. A middle Western Legend.* New York, Duell, Sloan and Pearce, 1946. Hay edición en español: *El americano. Una leyenda del medio oeste.* Buenos Aires, Claridad, 1958.
Beer, Max. *Historia general del socialismo y de las luchas sociales.* Santiago de Chile, Ed. Ercilla, 1935.
Peterson, Florence. *American Labor Unions - What they are and how they work.* New York, Harper & Row, 1963.
Beard, Charles A. y Mary R. *Historia de la civilización de los Estados Unidos de Norteamérica.* Buenos Aires, Ed. Kraft, 1946.
Holbrook, Stewart. *The Age of the Moguls.* New York, Doubleday & Co., 1953.
Cole, G. D. H. *Historia del pensamiento socialista.* México ,F.C.E., 1958.
Guerin, Daniel. *¿Adónde va el pueblo norteamericano?* Buenos Aires, Ed. Arayú, 1954.
Perlman, Selig. *History of Trade Unionism in the United States.* New York, 1922.
Lorwin, Lewis L. *Historia del internacionalismo obrero.* Santiago de Chile, Ed. Ercilla, 1937.
Yellen, Samuel. *American Labor Struggles.* New York, S.A. Russel Publishers, The Harbor Press, 1956.
Dommanget, Maurice. *Historia del primero de mayo.* Buenos Aires, Ed. Americalee, 1957.
Bogart, E. L. y Thompson, C. M. *The Industrial State 1870-1893.* Illinois Centennial Commission, Springfield, Illinois, 1920, citado por Yellen, *op. cit.*
Altgeld, John Peter. *Reasons for Pardoning Fielden, Neebe and Schwab (A pamphlet),* 1893. El autor de este fascículo trabajó con la traducción completa del inglés al alemán, que figura en la obra de Ramus, Pierre. *Der Justizmord von Chicago. Zum Amgedenken, 11 november 1887.* 1922, Herausgegeben von der Presse und Verlagsgemeinchalft "Erkenntnis und Befreiung", Wein-Graz-Köln.
Pelling, Henry. *American Labor.* Chicago, The University of Chicago Press, 1960.
Gompers, Samuel. *Setenta años de vida y trabajo. Autobiografía.* México, Ed. Intercontinental, 1956.

Los orígenes del movimiento obrero argentino

Hugo del Campo

La "semana roja" de 1909 y la reacción del Centenario testimoniaron la madurez combativa del proletariado argentino.

"Cuando llegué a la Plaza Lorea un orador anarquista, trepado en un farol, dirigía la palabra a la multitud proletaria compuesta de unas 2.500 personas, muchas de ellas mujeres y niños [...]. Era un hombre del pueblo, enjuto, pálido y mal nutrido, de abundante cabellera y barba, pobremente vestido y que lucía en su cuello una amplia y flotante corbata roja. Su voz de trueno conmovía profundamente a la mísera y andrajosa muchedumbre que lo escuchaba y aplaudía [...]. A pocos pasos de aquella asamblea había apostada una enorme fuerza policial. Un centenar de soldados de la guardia de seguridad, montados en sus cabalgaduras, armados de sable y fusil, tenían aspecto y expresión imperturbable y firme, cual la máscara de la fatalidad. Otros tantos agentes de policía a pie. Algo más lejos, el jefe de policía, coronel Falcón en persona, y su estado mayor contemplaban aquella reunión singular.

"A los pocos minutos el orador descendió del farol y la manifestación se dispuso a ponerse en marcha [...]. La columna de pueblo se puso en marcha por la Avenida de Mayo hacia el oeste, con una gran bandera roja a la cabeza, sin música y sin cantos, solemne y muda como el destino. Detrás de ella se movió el escuadrón de la muerte. [...]

"Apenas había dado un centenar de pasos cuando fui sorprendido por el ruido de una descarga cerrada y el grito de horror y de espanto de la muchedumbre que huía en desbandada [...]. Cien soldados de a caballo descargaban a mansalva sus armas sobre una muchedumbre enloquecida por el pánico. El tiroteo duró varios minutos, quedando las paredes de las casas acribilladas a balazos. La Avenida de Mayo quedó despejada. Hombres, mujeres y niños huyeron por las calles laterales. Y frente al Congreso Nacional, entre las calles Solís y Entre Ríos, sobre el pavimento de la avenida quedó, entre charcos de sangre humana, un tendal de catorce muertos y ochenta heridos."

La narración de Enrique Dickmann, en *Recuerdos de un socialista,* nos lleva hacia uno de los episodios fundamentales de la historia del movimiento obrero en la Argentina: la represión, encabezada por el coronel Ramón Falcón, de la manifestación que el 1º de mayo de 1909 había organizado la FORA en Plaza Lorea. La reacción popular, la huelga general, los hechos de la Semana Roja, detuvieron entonces el ritmo de la ciudad-puerto. Cinco días después el diario anarquista *La Protesta* consignaba en sus páginas:

"La ciudad de Buenos Aires está totalmente paralizada; en sus calles no se ve circular un carro, ni un coche, ni un automóvil. Los tranvías circulan con mucha irregularidad [...].

"En los barrios no se ven más que largas hileras de gente que comentan los sucesos y revelan gran indignación contra el gobierno [...].

"De cuando en cuando se produce un tumulto, suena el ruido de las armas y se oyen los lamentos de las víctimas, ora obreras, ora policiales o militares. A veces, un gentío enorme que todo lo arrastra, una camilla donde está un herido, un cadáver en el suelo, una patrulla de cosacos o una manifestación revolucionaria."

Estos hechos, así como las rebeliones obreras que un año después —para el Centenario— mostrarán la contrafigura de los festejos oligárquicos, señalan la culminación de la primera etapa del movimiento obrero en la Argentina. Después de más de medio siglo de duras y oscuras luchas éste alcanza un nivel de combatividad y desarrollo que conmueve al país, incorporado ya plenamente al mercado mundial —a partir de las últimas décadas del siglo— como dependencia agropecuaria de las metrópolis imperialistas. Es a la sombra de esta Argentina agropecuaria que comenzó a formarse conflictualmente una clase obrera moderna, de origen principalmente inmigratoria. Aunque

La oligarquía liberal terrateniente que gobernaba el país recibió al caudal inmigratorio con los brazos abiertos, ya que su fuerza de trabajo sería empleada en las actividades industriales vinculadas directamente con la estructura agroexportadora. En la ilustración: Dos jóvenes inmigrantes en el puerto de Buenos Aires, 1880.

se desarrolló en un contexto diferente, su situación no difería esencialmente de la que soportaba el proletariado europeo y determinó reacciones similares. El movimiento obrero argentino acompañó, en sus primeros pasos, las luchas que la clase trabajadora libraba en escala internacional.

Las teorías elaboradas en el centro de esas luchas, los cambios que se produjeron en la Argentina, contribuyeron a transformar la mentalidad tradicional del "pobre" criollo o las expectativas pequeño-burguesas del inmigrante en una auténtica conciencia de clase. Sobre esa base surgieron las primeras sociedades gremiales que, aunque sólo nucleaban a los obreros más combativos, pronto lograron el consenso de los demás, convirtiéndose en su vanguardia. Al calor de las acciones reivindicativas que promovieron se formaron nuevos militantes y se organizaron casi todos los oficios, alcanzando el movimiento huelguístico una gran extensión e intensidad, especialmente a partir de 1902.

Se hizo sentir entonces la necesidad de coordinar los esfuerzos mediante la unidad sindical. Aunque parcial, ésta permitió encarar movimientos de mayor envergadura —como la huelga general— que, al amenazar a la clase dominante en su conjunto, precipitaron la represión estatal. El enfrentamiento se fue haciendo cada vez más violento, hasta culminar con hechos como los señalados: la "semana roja" de 1909 y la reacción del Centenario, testimonios de la madurez combativa del proletariado argentino y de su percepción como peligro real por la clase dominante.

Sin embargo, algo impedía que este peligro dejara de ser potencial: la lucha obrera había quedado limitada al campo económico-social y carecía de proyección política. Esta exclusión era expresamente sostenida por las tendencias dominantes en el movimiento sindical: anarquistas y sindicalistas. El único grupo que aspiraba a la conducción política de la clase trabajadora, el Partido Socialista, se fue alejando de esa posibilidad a medida que se identificaba con un reformismo parlamentario que no la interpretaba.

A pesar de su aguda conciencia revolucionaria, estos primeros proletarios estaban entonces condenados a debatirse violenta e incesantemente en el seno del régimen que los oprimía, sin encontrar una salida definitiva. De ahí el intenso dramatismo que impregna sus acciones.

El granero del mundo

Hasta mediados del siglo XIX el territorio argentino, casi despoblado, no había conocido más que una explotación extensiva y rudimentaria. Los cueros del litoral sólo interesaban a los comerciantes extranjeros como retorno de los productos manufacturados que traían. Pero desde entonces las cosas empezaron a cambiar.

Primero, la pampa porteña demostró su aptitud para producir una materia prima que la industria europea demandaba en crecientes cantidades: la lana. Para llevarla al puerto se tendieron las primeras vías férreas y gracias a ellas se reforzaron los vínculos comerciales con las metrópolis europeas. Sin embargo, su predominio sería breve: ya los primeros inmigrantes descubrían la feracidad de las tierras cerealeras y poco después el frigorífico permitía encarar una transformación radical de la vieja ganadería vacuna.

Los países de avanzado desarrollo capitalista impusieron la división del trabajo a nivel mundial. Reservándose el papel de centros industriales, comerciales y financieros, fueron desplazando hacia la periferia la producción de alimentos y materias primas. Ferrocarriles y barcos de vapor permitían el transporte rápido y barato, y las condiciones imperantes en los países europeos más atrasados favore-



Huelgas obreras según su motivo

	Salario	Jornadas	Organización	Condiciones de trabajo	Diversos
1907	29 %	19 %	39 %	3,9 %	0,8 %
1908	26,3	17,8	44	1,7	0,2
1909	44,9	16	35,5	—	3,6
1910	58,7	9,1	25,2	—	7

Cantidad de huelgas

	Cantidad de huelgas	Huelguistas
1907	231	169.019
1908	118	11.561
1909	138	4.762
1910	298	18.806

Las condiciones de trabajo

[Los dependientes de comercio] trabajan actualmente 18 horas diarias, no precisamente ocupados en la venta de mercaderías, sino en operaciones tales como la limpieza y arreglo del negocio antes de abrirse éste y como el arqueo de caja, arreglo de mercaderías, rendiciones de cuentas, etc., una vez cerrado, lo que dura muchas veces hasta después de medianoche.

[Entre los sastres] la forma más general es la del trabajo a destajo; la excepción, el trabajo por mes. Hay 4.000 obreros que trabajan a destajo, ganando $ 70 por mes, y unos 1.000 que trabajan por mes, ganando $ 80 . Las mujeres trabajan todas a destajo, con una utilidad de $ 2 por día durante las épocas de mayor actividad (seis meses del año) y $ 0,50 por día en las épocas de paralización. Los menores ganan $ 6, 8 y 10 por mes, efectuando una jornada de trabajo igual a la de los adultos.

[El textil es] uno de los gremios donde más menores se emplean, habiéndolos hasta de 8 años. Estos menores hacen la misma jornada que los mayores y se les emplea en empaquetar la obra hecha, pegar rótulos, etc. Ganan a lo más $ 0,20 diarios, pero antes de entrar a ganar suelen estar cerca de tres semanas sin percibir salario.

[Los carreros no tienen ningún día de descanso] pues los domingos están obligados a ir a los corralones a limpiar y ensebar los carros, sin paga de jornal alguno.

[Los curtidores] aspiran constantemente los vapores del ácido sulfúrico, nítrico y muriático y las emanaciones del vitriolo, arsénico rojo y amoníaco. Los obreros empleados en la charolería trabajan en una temperatura de 50° a 60° Cª con emanaciones de aguarrás y barniz, adquiriendo la tuberculosis la mayor parte de ellos.

[Entre los bronceros] los torneros se enferman por la aspiración de limaduras. Los montadores queman su piel en el ácido sulfúrico. Los pulidores y doradores, por el manejo de ácidos, especialmente nítrico y sulfúrico. Calculan que a consecuencia de los ácidos con que trabajan tienen un tiempo medio de 35 años de vida.

[Los cartoneros denuncian que] no se limpian los talleres sino una vez a la semana y no se los lava nunca; son generalmente muy húmedos y en algunos se trabaja en sótanos faltos de aire y de luz.

[Entre los vidrieros] existen severos reglamentos y celosos capataces que perciben, además de una asignación fija, un tanto por ciento sobre el total de la obra que el obrero efectúa.

[Los herreros se quejan de que] la mayor parte de las casas tienen establecido el sistema de multas, que se aplican al obrero por faltar, deterioro de las herramientas, pérdida de la medalla donde consta su número de matrícula y otras causas análogas. [Además] los accidentes son frecuentes, y los más comunes los que originan la pérdida de dedos y manos, debido en su mayor parte a la falta de aparatos de protección en las máquinas. No reciben indemnización por los daños sufridos y con frecuencia pierden la plaza.

[Lo mismo ocurre entre los albañiles, donde] los accidentes son casi diarios, originándose por las siguientes causas: en primer término por la mala calidad de los materiales que lo forman, empleándose tablones viejos sin la suficiente resistencia y asegurándolos por medio de sogas gastadas [. . .] Por otra parte, el apuro con que los contratistas los hacen trabajar es causa frecuente de accidentes.

(Tomado de Pablo Storni, *La industria y la situación de las clases obreras en la capital de la República Argentina.* Tesis, 1909.)

cieron el desplazamiento de mano de obra.

Argentina ofrecía óptimas condiciones para convertirse en proveedora de carnes y cereales. Sólo era necesario fomentar su producción invirtiendo capitales en los sectores estratégicos —ferrocarriles, frigoríficos— y estimular la inmigración.

La oligarquía liberal que gobernaba el país recibió con los brazos abiertos a estos mensajeros del "progreso". Pero éste se limitó a una sola región, la pampa húmeda, acentuando por contraste el estancamiento y la pobreza de las demás. Y a una sola actividad, la agropecuaria, quedando los otros sectores de la economía librados a su suerte.

El país creció entonces en forma rápida, pero deformada e inarmónica, como apéndice agropecuario de las metrópolis industriales y financieras europeas.

Sin embargo, la especialización de la economía argentina no podía ser tan absoluta. Algunos productos exportables —como las carnes— requerían cierta preparación; en los nudos ferroviarios hubo que instalar talleres de mantenimiento y reparación. Las primeras actividades industriales modernas aparecieron así íntimamente vinculadas con la estructura agroexportadora.

Además, el auge agropecuario impulsó el crecimiento de las ciudades-puerto: el acarreo y el embarque ocupaban a gran número de peones; se multiplicaron y ampliaron las empresas comerciales; la administración pública amplió su personal; se intensificó la construcción; una creciente cantidad de comerciantes y profesionales debió atender las demandas de esa población en rápido incremento.

Todo esto fue ensanchando un mercado interno que permitió el desarrollo de la producción manufacturera. Proliferaron sobre todo los pequeños talleres, de estructura casi artesanal. Pero también aparecieron algunas grandes fábricas, que operaban con moderna maquinaria y concentraban a centenares de trabajadores (Noël, Bieckert, Bá-



Arriba: Viaje de inmigrantes españoles al Río de la Plata, dibujo de Tofani. España e Italia fueron los países que aportaron el caudal mayor en la composición de los núcleos inmigratorios. Abajo: Fachada del Hotel de Inmigrantes.



Las doctrinas sociales y políticas que se desarrollaban en Europa llegaron también a la Argentina traídas por los grupos inmigrantes. Socialistas, anarquistas y otros sectores constituyeron los primeros hitos en la politización de la naciente clase obrera.

gley, La Negra, Fábrica Argentina de Alpargatas, etc.). El desarrollo dependiente dio lugar así a la formación de una clase obrera moderna en la Argentina.

El destino del inmigrante

La mayor parte de esa nueva clase obrera era de origen migratorio. Había salido de su tierra natal empujada por la miseria, con la esperanza de encontrar en un país nuevo las oportunidades de progreso que el suyo les negaba. La mítica abundancia de tierras en América alimentaba su ilusión de convertirse en propietarios.

Pero los sueños se estrellaron contra una dura realidad: las tierras estaban acaparadas, y sus dueños sólo las cedían en arriendo mediante contratos leoninos. Los que aceptaron esas condiciones se convirtieron en pobres chacareros, esquilmados por terratenientes, acopiadores y usureros. Otros quedaron deambulando por los campos como jornaleros sin ocupación permanente.

La mayoría, sin embargo, se instaló en las ciudades, donde la gama de posibilidades era más amplia. Algunos lograron concretar la ambición del 'boliche" o el tallercito propio. Otros, que traían algún oficio artesanal o llegaron a aprenderlo, debieron en cambio ejercerlo en condición de asalariados. Los más, arrojados al mercado del trabajo sin ninguna capacitación, ingresaron como peones al acarreo y la construcción o arrastraron durante toda su vida la condición de jornaleros sin ocupación fija.

Así, pese a sus proyectos de independencia, casi todos los inmigrantes se convirtieron en asalariados. Aunque tardaron en asumir el carácter definitivo de esa situación, la realidad terminó por imponerse a la fantasía. La condición de asalariados los unió a sus iguales criollos en la defensa de las más elementales reivindicaciones y la acción colectiva sustituyó a la puja por el ascenso individual.

La situación del asalariado

En esa Argentina finisecular, próspera y progresista, los asalariados afrontaban las más penosas condiciones de existencia. Importantes trabajos rurales —como la cosecha o la esquila— eran de carácter estacional, y eso influía sobre otras actividades: transporte, embarque, etc. La demanda de mano de obra era por lo tanto muy fluctuante. Muchos jornaleros alternaban las faenas rurales con las urbanas, mientras sólo encontraban ocupación durante algunos meses en el año. Este considerable "ejército industrial de reserva" se veía constantemente reforzado por la llegada de nuevos contingentes migratorios.

La relativa abundancia de brazos permitió extremar la explotación de los trabajadores hasta límites comparables con los que conocieron los países europeos en los comienzos de su industrialización. Las jornadas de diez a doce horas o más eran remuneradas con salarios que apenas permitían la subsistencia. Estos eran aún más reducidos en el caso de las mujeres y los niños, preferidos por eso para las tareas que no requerían fuerza física. Las condiciones higiénicas de los locales —generalmente improvisados— eran deplorables, no se tomaban los recaudos necesarios en las industrias insalubres y el descuido multiplicaba los accidentes. No existía para estos casos —ni para el despido— ningún tipo de indemnización. El trabajo se regía por reglamentos carcelarios, destinados a intensificar al máximo la explotación. Los trabajos a destajo o a domicilio, peor remunerados, dejaban a la gente extenuada.

Fuera del taller, sólo esperaba


SOBRE LA BALANZA
QUE EMPUÑARA
EL SOCIALISMO TRIUN
FANTE · CAPITAL Y
TRABAJO SE
IDENTIFICARAN
EN UN FECUNDO
EQUILIBRIO
DE PAZ Y
JUSTITIA

Las condiciones de vida: el conventillo

Imaginaos un terreno de 10 a 15 metros de frente (los hay que solo tienen de 6 a 8), por 50 ó 60 de fondo; algo que se asemeja a un edificio por su parte exterior, o casa de miserable aspecto; generalmente un zaguán cuyas paredes no pueden ser más mugrientas, al final del cual una pared de dos metros de altura impide que el transeúnte se aperciba de las delicias del interior. Franquead el zaguán y veréis dos largas filas de habitaciones; en el centro de aquel patio cruzado por sogas en todas direcciones una mugrienta escalera de madera pone en comunicación con la parte alta del edificio. El conjunto de piezas, más bien que asemejarse a habitaciones, cualquiera diría que son palomares; al lado de la puerta de cada cuarto, amontonados en completo desorden, cajones que hacen las veces de cocina, tinas de lavar, receptáculos de basura, en fin, todos los enseres indispensables de una familia, que por lo reducido de la habitación forzosamente tienen que quedar a la intemperie. En la parte alta del conventillo la estrechez es mayor, pues, no teniendo los corredores más que un metro o metro y medio de ancho, apenas queda espacio para poder pasar. Las habitaciones son generalmente de 3 ó 4 metros de altura, excelentes habitaciones cuando llegan a tener una superficie de 4 por 5. Estas celdas son ocupadas por familias obreras, la mayoría con 3, 4, 5 y hasta 6 hijos, cuando no por 3 ó 4 hombres solos. Adornan estas habitaciones dos o tres camas de hierro o simples catres, una mesa de pino, algunas sillas de paja, un baúl medio carcomido, un cajón que hace las veces de aparador, una máquina de coser, todo hacinado para dejar un pequeño espacio donde poder pasar; las paredes, que piden a gritos una mano de blanqueo, engalanadas con imágenes de madonas o estampas de reyes, generales o caudillos populares; tales son, en cuatro pinceladas, los tugurios que habitan las familias obreras en Buenos Aires, los que a la vez sirven de dormitorios, sala, comedor y taller de sus moradores.
Pocos son los conventillos donde se alberguen menos de ciento cincuenta personas. Todos son, a su vez, focos de infeción, verdaderos infiernos, pues el ejército de chicuelos en eterna algarabía no cesan en su gritería, mientras los más pequeñuelos, semidesnudos y harapientos, cruzan por el patio recogiendo y llevando a sus bocas cuanto residuo hallan a mano . . .

(Tomado de Adrián Patroni, *Los trabajadores en la Argentina*. Buenos Aires, 1898.)

al obrero la taberna o el hacinamiento y la suciedad del conventillo. En una sola pieza, que era también cocina, vivía toda la familia —generalmente numerosa—, compartiendo el baño con los demás vecinos. Ya fueran viejas casonas o construcciones exprofeso, los conventillos carecían de las más elementales condiciones sanitarias. No es de extrañar que en este medio proliferaran las enfermedades, encabezadas por la tuberculosis.
En los primeros tiempos los trabajadores apelaron a la protección de las autoridades para mejorar su angustiosa situación. Pero pronto comprendieron que era poco lo que podían esperar del estado liberal.

El régimen oligárquico

En la Argentina regía, aparentemente, un sistema democrático, basado en el sufragio universal. Pero la violencia y el fraude hacían de éste una ficción. Por eso los extranjeros no se ocupaban de obtener los derechos políticos ni los nativos de ejercerlos. En las elecciones imperaban los matones del caudillo local, que a su vez estaba al servicio de alguno de los "notables" que se repartían el poder. Estos lo ejercían en beneficio exclusivo de una alta burguesía terrateniente, financiera y comercial, que constituía una cerrada oligarquía.
Indiferente al principio ante los conflictos que enfrentaban a los obreros con sus patrones industriales, el gobierno oligárquico comenzó a inquietarse cuando las huelgas afectaron el transporte y la exportación, centros básicos de su poder económico. A medida que el movimiento obrero se fue radicalizando, la policía y las fuerzas armadas comenzaron a ser cada vez más utilizadas como elementos de represión y se dictaron y pusieron en práctica las primeras leyes represivas. El estado fue percibido entonces por los trabajadores como una fuerza hostil, totalmente identificada con explotadores.





La economía de fines del siglo XIX —orientada exclusivamente hacia la actividad agropecuaria— determinó que el crecimiento del país se realizara de manera desigual e inarmónico. El hacinamiento en las ciudades-puerto contrastaba bruscamente con la desocupación sufrida en otras zonas.

Las huelgas y manifestaciones de protesta —expresiones de descontento de una clase trabajadora en formación— se convirtieron en una verdadera avalancha entre 1888 y 1890. En pocos años los trabajadores llegaron a adquirir un alto nivel de conciencia de clase.

Por otra parte, la oposición del radicalismo, que, apoyado en la pequeña burguesía y en otros sectores marginados, aspiraba a democratizar al régimen, tampoco atrajo a los asalariados, movidos por necesidades más urgentes.
No fue difícil entonces para el naciente movimiento obrero eludir las opciones de la política burguesa y trazarse una línea independiente, inspirada por el socialismo internacional.

Los internacionalistas del 70

La burguesía argentina siempre estuvo al tanto del movimiento de ideas europeo: conoció las doctrinas del socialismo utópico, pero no se preocupó por difundirlas. El primer esfuerzo en ese sentido lo realizó el español Bartolomé Victory y Suárez, que tradujo *El comunismo de Esteban Cabet* y editó el primer periódico dirigido a la clase trabajadora: *El Artesano* (1863). Su repercusión, sin embargo, no parece haber sido grande.
La difusión de las teorías socialistas recién adquirió verdadera importancia en la década de 1870, gracias a la actividad desarrollada por algunos militantes que habían llegado al país huyendo de las persecuciones desatadas en Europa, especialmente en Francia después de la Comuna. Estos emigrados —marxistas, en su mayoría— organizaron en Buenos Aires, en 1872, una sección francesa de la Asociación Internacional de Trabajadores. La misma llegó a tener 273 afiliados y estuvo representada en el Congreso de La Haya por Raimundo Wilmart, quien siguió luego carteándose con Marx desde nuestro país. Más tarde se agregaron una sección italiana y una española, y en 1874 se constituyó otra con sede en Córdoba.
Estos pioneros editaron un periódico, *El Trabajador*, difundieron publicaciones europeas e intentaron organizar las primeras sociedades gremiales. Pero las barreras lingüísticas, la dispersión y desorganización de la clase trabajadora y la mentalidad individualista de la mayoría de los inmigrantes limitaron las posibilidades de su acción.
Esta fue, sin embargo, lo suficientemente intensa como para inquietar a las autoridades. Aprovechando el confuso episodio que provocó el incendio del Colegio del Salvador, la policía allanó el local de los internacionalistas y detuvo a once de ellos. Aunque el juez debió absolverlos por falta de méritos, la amenaza de la represión se sumó a otros factores que debilitaban a la joven organización. El principal fue la disolución de la Internacional (1876), síntoma de un reflujo general del movimiento obrero y de las profundas divisiones que lo desgarraban.
La lucha ideológica con los bakuninistas —que tenían su base principal en Montevideo— pasó entonces a primer plano. Estos organizaron un centro de propaganda en Buenos Aires y en un folleto titulado *Una idea* expusieron sus disidencias con los "autoritarios".
Al calor de la polémica aparecieron varios periódicos de efímera existencia: *El Socialista* (1877); *La Luz* (1878); *La Vanguardia, El Descamisado* y *La Voz del Obrero* (1879); *El Obrero* y *La Anarquía* (1880). Esto demuestra que, a pesar de las dificultades organizativas, la acción propagandística no decayó. Ella preparó, sin duda, la aparición efectiva del movimiento obrero durante la década siguiente.

La primera huelga

El 2 de setiembre de 1878, ante el escándalo de la sociedad burguesa, los tipógrafos de Buenos Aires protagonizaron la primera huelga en el país. Frente a la reducción de los salarios y al aumento de las exigencias laborales por parte de las imprentas y empresas periodísti-



Carta de un obrero inmigrante (1891)

José Wanza envió a la redacción de *El Obrero* la siguiente carta, de un enorme valor testimonial:

Aprovecho la ida de un amigo a la ciudad para volver a escribirles. No sé si mi anterior habrá llegado a sus manos. Aquí estoy sin comunicación con nadie en el mundo. Sé que las cartas que mandé a mis amigos no llegaron. Es probable que estos nuestros patrones que nos explotan y nos tratan como a esclavos, intercepten nuestra correspondencia para que nuestras quejas no lleguen a conocerse.

Viene al país alagado por las grandes promesas que nos hicieron los agentes argentinos en Viena. Estos vendedores de almas humanas sin conciencia hacían descripciones tan brillantes de la riqueza del país y del bienestar que esperaba aquí a los trabajadores que a mí con otros amigos nos halagaron y nos vinimos.

Todo había sido mentira y engaño.

En B. Ayres no he hallado ocupación y en el Hotel de Inmmigrantes, una inmunda cueva sucia, los empleados nos trataron como si hubiésemos sido esclavos. Nos amenazaron de echarnos a la calle si no aceptábamos su oferta de ir como jornaleros para el trabajo en plantaciones a Tucumán. Prometían que se nos daría habitación, manutención y $ 20 al mes de salario. Ellos se empeñaron en hacernos creer que $ 20 equivalen a 100 francos, y cuando yo les dije que eso no era cierto, que $ 20 no valían más hoy en día que apenas 25 francos, me insultaron, me decían Gringo de m . . . , y otras abominaciones por el estilo, y que si no me callaba me iban hacer llevar preso por la policía.

Comprendí que no había más que obedecer.

¿Qué podía yo hacer? No tenía más que 2,15 francos en el bolsillo. Hacían ya diez días que andaba por estas largas calles sin fin buscando trabajo sin hallar algo y estaba cansado de esta incertidumbre.

En fin, resolví irme a Tucumán y con unos setenta compañeros de miseria y desgracia me embarqué en el tren que salía a las 5 p.m. El viaje duró 42 horas. Dos noches y un día y medio. Sentados y apretados como las sardinas en una caja estábamos. A cada uno nos habían dado en el Hotel de Inmigrantes un kilo de pan y una libra de carne para el viaje. Hacía mucho frío y soplaba un aire heladísimo por el carruaje. Las noches eran insufribles y los pobres niños que iban sobre las faldas de sus madres sufrían mucho. Los carneros que iban en el vagón jaula iban mucho mejor que nosotros, pedían y tenían pasto del que querían comer.

Molidos a más no poder y muertos de hambre llegamos al fin a Tucumán. Muchos iban enfermos y fue aquello un toser continuo.

En Tucumán nos hicieron bajar del tren. Nos recibió un empleado de la oficina de inmigración que se daba aires y gritaba como un bajá turco. Tuvimos que cargar nuestros equipajes sobre los hombros y de ese modo en larga procesión nos obligaron a caminar al Hotel de Inmigrantes. Los buenos tucumanos se apiñaban en la calle para vernos pasar. Aquello fue una chacota y risa sin interrupción. ¡Ah, Gringo! ¡Gringo de m . . . a! Los muchachos silbaban y gritaban; fue aquello una algazara endiablada.

Al fin llegamos al hotel y pudimos tirarnos sobre el suelo. Nos dieron pan por toda comida. A nadie permitían salir de la puerta de calle. Estábamos presos y bien presos.

A la tarde nos obligaron a subir en unos carros. Iban 24 inmigrantes parados en cada carro, apretados uno contra el otro de un modo terrible, y así nos llevaron hasta muy tarde en la noche a la chacra.

Completamente entumecidos, nos bajamos de estos terribles carros y al raso nos tiramos sobre el suelo. Al fin nos dieron una media libra de carne a cada uno e hicimos fuego. Hacían 58 horas que nadie de nosotros había probado un bocado caliente.

En seguida nos tiramos al suelo a dormir. Llovía, una garúa muy fina. Cuando me desperté estaba mojado y me hallé en un charco.

¡El otro día al trabajo! y así sigue esto desde tres meses.

La manutención consiste en puchero y maíz, y no alcanza para apaciguar el hambre de un hombre que trabaja. La habitación tiene de

cas, más de mil operarios reunidos en asamblea votaron la medida.

No es casual que la iniciativa haya partido de este oficio, cuyos miembros adquirían, por las características de su trabajo, una regular cultura y estaban bien informados de lo que ocurría en el mundo. Además, era el primero que se había agrupado en una mutual, la Sociedad Tipográfica Bonaerense, que funcionaba desde 1857. Aunque esa entidad no pudo superar sus limitaciones, la experiencia organizativa que encarnaba permitió crear otra, la Unión Tipográfica, más apta para dirigir el movimiento.

La reacción patronal no se hizo esperar. El diario *El Nacional*, por ejemplo, calificó a la huelga de "recurso vicioso", "inusitado e injustificado"; la atribuía a la influencia europea —aunque la mayoría de los tipógrafos eran criollos—, y concluía afirmando: "El socialismo usa las huelgas como instrumento de perturbación, pero el socialismo es una necedad en América".

Sin embargo, ante la firmeza de los huelguistas —y la solidaridad de sus colegas montevideanos, que se negaron a sustituirlos— muchos patrones empezaron a ceder. Al mes, casi todos habían aceptado las condiciones: limitación del trabajo infantil, aumento de salarios, reducción de la jornada a diez y doce horas. La clase obrera había obtenido su primera victoria en la Argentina.

Organización y lucha

Otros oficios —como los carpinteros, sastres, talabarteros— habían intentado organizarse durante la década de 1879. Pero la formación de sociedades estables se inició recién en la siguiente, impulsada por el pujante desarrollo económico y la abundancia de fuentes de trabajo.

En 1881 apareció la Sociedad

techo la grande bóveda del firmamento con sus millares de astros, una hermosura espléndida. ¡Ah qué miseria! Y hay que aguantar nomás. ¿Qué hacerle?

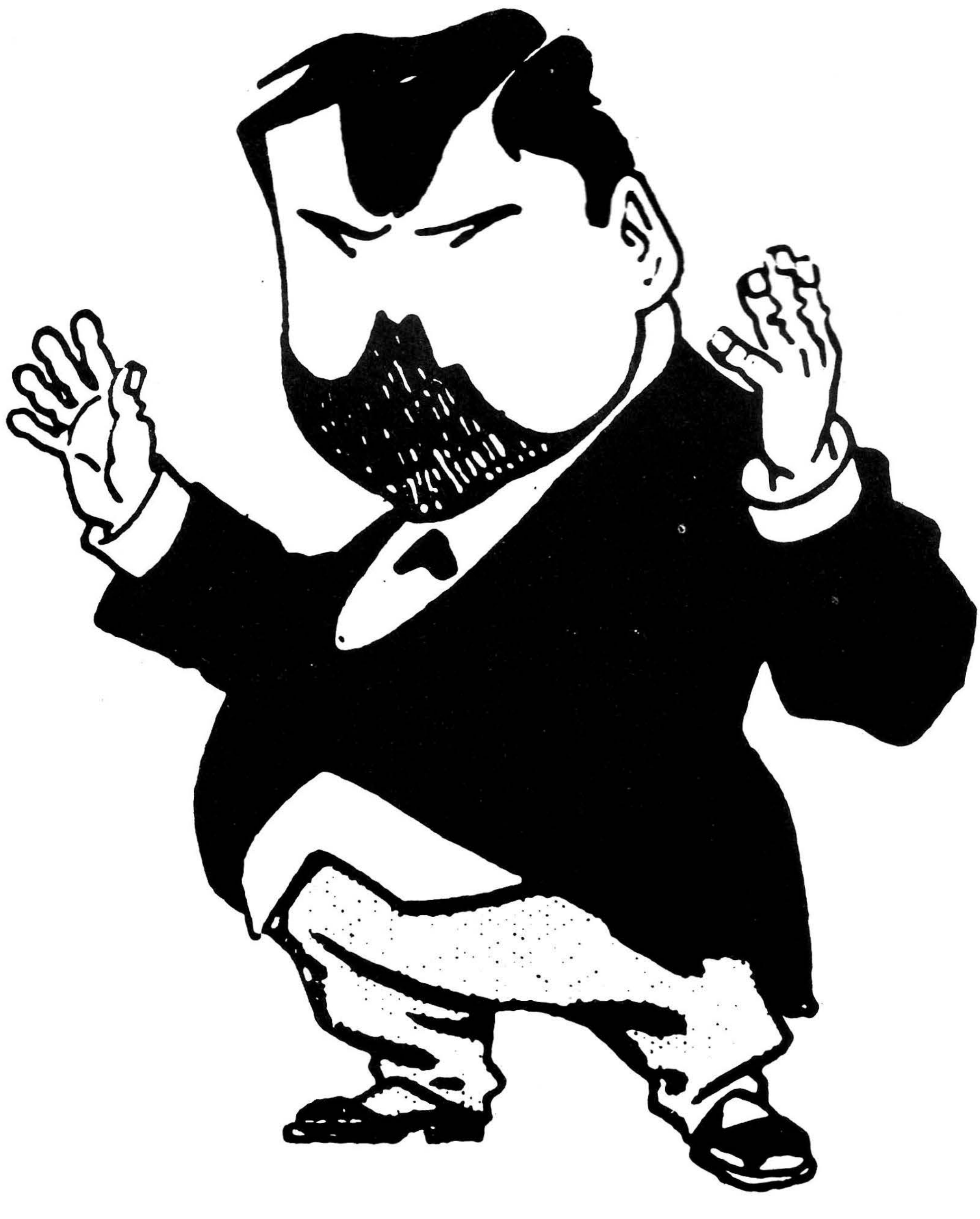
Hay tantísima gente aquí en busca de trabajo, que vejetan en miseria y hambre, que por el puchero no más se ofrecen a trabajar. Sería tontera fugarse, y luego, ¿para dónde? Y nos deben siempre un mes de salario, para tenernos atados. En la pulpería nos fían lo que necesitamos indispensablemente a precios sumamente elevados y el patrón nos descuenta lo que debemos en el día de pago. Los desgraciados que tienen mujer e hijos nunca alcanzan a recibir en dinero, y siempre deben.

Les ruego compañeros que publiquen esta carta, para que en Europa la prensa proletaria prevenga a los pobres que no vayan a venirse a este país. ¡Ah, si pudiera volver hoy!

¡Esto aquí es el infierno y miseria negra! Y luego hay que tener el chucho, la fiebre intermitente de que cae mucha gente aquí. Espero que llegue ésta a sus manos. Salud.

(Tomado de *El Obrero,* Nº 36, del 26 de setiembre de 1891.)

Juan B. Justo, organizador del Centro Socialista Obrero, en una caricatura de "Caras y Caretas".



Exigencias del petitorio elevado en 1890 al Congreso Nacional por el Comité Internacional Obrero

1. Limitación de la jornada de trabajo a un máximo de ocho horas para los adultos.
2. Prohibición del trabajo de los niños menores de catorce años y reducción de la jornada a seis horas para los jóvenes de ambos sexos de catorce a dieciocho años.
3. Abolición del trabajo de noche, exceptuando ciertos ramos de industria cuya naturaleza exige un funcionamiento no interrumpido.
4. Prohibición del trabajo de la mujer en todos los ramos de industria que afecten con particularidad al organismo femenino.
5. Abolición del trabajo de noche para la mujer y para los obreros menores de dieciocho años.
6. Descanso no interrumpido de treinta y seis horas por lo menos cada semana, para todos los trabajadores.
7. Prohibición de cierto género de industrias y ciertos sistemas de fabricación perjudiciales a la salud de los trabajadores.
8. Prohibición del trabajo a destajo y por subasta.
9. Inspección minuciosa de talleres y fábricas por delegados remunerados por el Estado, elegidos, al menos la mitad, por los mismos trabajadores.
10. Inspección sanitaria y enérgica de las habitaciones; vigilancia rigurosa sobre la fabricación y venta de las bebidas y demás alimentos, castigando severamente a los fabricantes falsificadores.
11. Seguro obligatorio de los obreros contra accidentes, a expensas de los empresarios y del Estado.
12. Creación de tribunales especiales compuestos de árbitros nombrados en parte por los obreros, y en parte por los patrones, los cuales se dediquen a la solución pronta y gratuita de todas las cuestiones entre obreros y patrones.

La primera parte de estas proposiciones forma parte de las resoluciones del Congreso Obrero de París, celebrado el año próximo pasado, las cuales proponemos también al Honorable Congreso de este país, cumpliendo con el deseo de aquellos representantes y siguiendo el ejemplo de nuestros compañeros de todos los países.
Las últimas tres proposiciones son hechas teniendo en consideración las particularidades de este país, los abusos y calamidades a que se ven sometidos, con particularidad, los trabajadores de esta República.

(*El Obrero*, 7 de febrero de 1891. Citado por Hobart Spalding en *La clase trabajadora argentina. Documentos para su historia, 1890-1812*. Buenos Aires, Ed. Galerna, 1970.)

Dependientes de Comercio, que peticionó a las autoridades municipales una ordenanza sobre feriado dominical. Pese a la resistencia de los comerciantes, que realizaron gestiones, asambleas y petitorios, la Sociedad finalmente consiguió su objetivo. El éxito fue celebrado con una manifestación.

Durante los años siguientes se organizaron los panaderos, molineros, albañiles, yeseros, sastres, tapiceros, prácticos, mayorales y cocheros, marmoleros, sombrereros, maquinistas y foguneros (La Fraternidad), zapateros, cigarreros, carpinteros . . . La lista, que comprende a los oficios más numerosos, da una idea clara de la composición de la clase obrera de la época.

Las sociedades eran pequeñas, disponían de escasos recursos —producto casi siempre de donaciones voluntarias— y de una rudimentaria organización. No eran reconocidas por los patrones ni por el estado. Sin embargo, animadas casi siempre por militantes socialistas y anarquistas, fueron aumentando su combatividad.

Las huelgas, que al principio eran todavía esporádicas —albañiles y yeseros en 1882; carpinteros, telefónicos y peones de La Plata en 1883; peones de la aduana de Lanús en 1884; panaderos de Rosario y cocheros de Tandil en 1885—, se convirtieron en una verdadera avalancha entre 1888 y 1890. La caída del poder adquisitivo del salario por la devaluación monetaria afectaba a todos los trabajadores. Para contrarrestarla, por ejemplo, los obreros de los talleres Sola del Ferrocarril Sur exigieron que los salarios se pagaran en oro.

En esos tres años se produjeron 36 huelgas, algunas de las cuales, como la de los albañiles, movilizaron a 10.000 trabajadores. Los ferroviarios, por su parte, protagonizaron muchos movimientos; los marineros paralizaron el Riachuelo y los panaderos sostuvieron violentos enfrentamientos.

Frente a esta oleada de huelgas la policía comenzó a asumir un papel más activo. En 1888 dis-

persó a los panaderos que intentaban realizar una asamblea, allanó el local sindical y amenazó con detener a los dirigentes. También los obreros de los talleres Sola se enfrentaron con los vigilantes que intentaron impedir que llevaran a cabo una reunión. El enfrentamiento dejó un importante saldo de heridos y presos.
Por su parte, los patrones, que al principio consideraban los reclamos individualmente, comenzaron a organizarse para ofrecer mayor resistencia. El gobierno de la provincia reemplazó a los peones en huelga por otros contratados en Europa. Este era un recurso que pesaba como una amenaza sobre los ferroviarios, que se enfrentaban con las poderosas empresas.
Es por eso que el resultado de las huelgas comprendió una proporción equivalente de triunfos y derrotas. A favor de la clase obrera quedó, sin embargo, un saldo inestimable de experiencias y la conciencia adquirida en la lucha, y fue esto lo que posibilitó que, durante la década siguiente, el movimiento obrero realizara otro salto cualitativo.

El 1º de mayo de 1890

Si los internacionalistas de 1870 habían actuado como fermento de un movimiento obrero casi inexistente, los de 1880, que lo encontraron en marcha, fueron afianzando sus vínculos con él en fructífera interacción. Emigrados alemanes que habían llegado al país escapando de las persecuciones desatadas por Bismarck fundaron en 1882 el Club Vorwürts (Adelante). Con ellos se reforzó la propaganda socialista, especialmente en el seno de las sociedades gremiales. El club estuvo representado en el Congreso Internacional Obrero que se reunió en París en 1889 y que sentó las bases de la Segunda Internacional. De acuerdo con sus resoluciones, se encargó de promover en la Argentina la celebración del 1º de mayo, fecha adoptada por el Congreso, en homenaje a los mártires de Chicago, para la realización simultánea de mitines en todo el mundo en demanda de la jornada de ocho horas y como símbolo de la solidaridad internacional del proletariado.
Una comisión encabezada por José Winiger redactó un manifiesto en el cual se invitaba a las sociedades obreras y de residentes extranjeros a una reunión para discutir los fines y los métodos de la celebración. En esa asamblea se eligió un Comité Internacional, que, además de la organización del mitín y la redacción del petitorio que se elevaría al Congreso, asumió la responsabilidad de encarar dos tareas más importantes: la formación de una federación obrera y la edición de un periódico que la representara.
Pese a las amenazas de los patrones —que llegaron a expulsar a los obreros que faltaron ese día— y a la actitud burlona y desdeñosa de la prensa burguesa, el acto fue un éxito. Entre 2.000 y 3.000 personas escucharon los discursos pronunciados en castellano, italiano, francés y alemán, y más de 7.000 firmaron el petitorio. Actos similares se realizaron en Rosario, Bahía Blanca y Chivilcoy.
Superando los límites de oficio y de nacionalidad, la clase obrera había hecho su aparición como fuerza unida e independiente en la escena política.

Las primeras federaciones obreras

Durante la década de 1890 las sociedades gremiales se multiplicaron, cubriendo entonces la necesidad de unirlas en una federación que representase a la totalidad del proletariado organizado y se realizaron los primeros intentos para concretarla.
La iniciativa partió, como hemos visto, del Comité Internacional que organizó la celebración del

El Partido Socialista, único grupo político que aspiró a conducir a la clase trabajadora, se fue alejando paulatinamente de esa posibilidad.

1º de Mayo. Sus trabajos, interrumpidos por la revolución del 90, culminaron al año siguiente con la constitución de la primera central sindical: la Federación de Trabajadores de la República Argentina. La misma adoptó como órgano de expresión al periódico *El Obrero*, dirigido por el ingeniero alemán Germán Ave Lallemant, quien difundía los principios del marxismo y los aplicaba al análisis de la realidad argentina desde fines del año anterior.

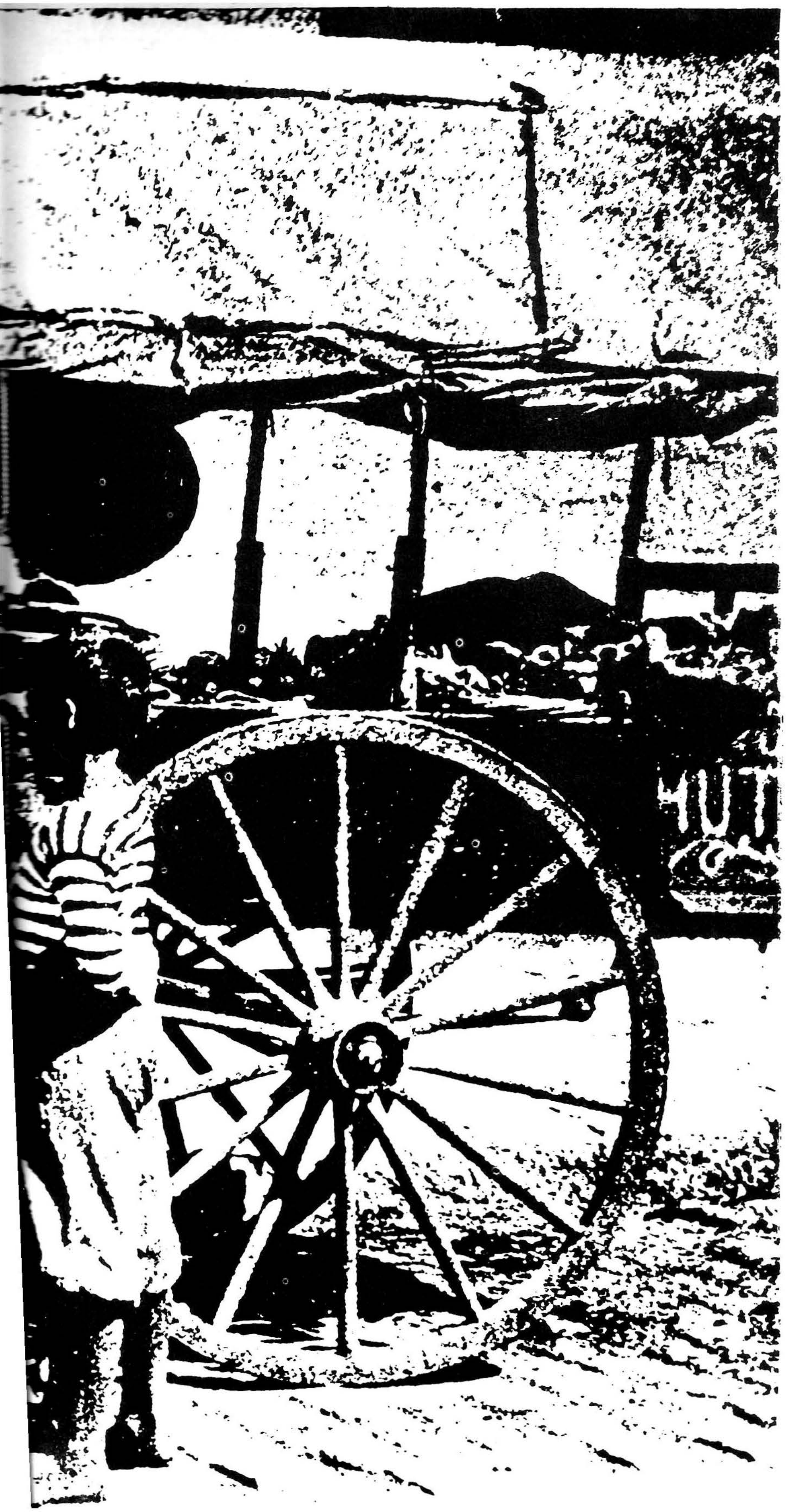
En agosto se reunió el primer Congreso, que, además de fijar los objetivos inmediatos —jornada de ocho horas, descanso semanal, ete.— , postuló como fines últimos la abolición de la propiedad privada de los medios de producción y la realización del socialismo. Encargó también a una comisión la redacción de un programa "análogo al de los partidos obreros europeos".

Este programa, aprobado al año siguiente por el 2º Congreso, contenía puntos tales como la conquista del poder político, que acentuaron la oposición de muchos sindicatos dirigidos por anarquistas. Mientras tanto, como consecuencia de la crisis económica, el movimiento obrero entraba en un pronunciado reflujo. La desocupación, que alcanzaba niveles alarmantes, obligaba a muchos trabajadores a emigrar y a los demás a aferrarse a su puesto. Las organizaciones gremiales se debilitaron y redujeron al mínimo su actividad. Estas circunstancias provocaron a fines de 1892, la desaparición de la Federación.

A mediados de 1894, superada la crisis, varias organizaciones volvieron a reunirse, creando la Federación Argentina, que nucleaba a once sociedades. Pero, víctima también del sentido político que le insuflaban sus organizadores y del rechazo que esto provocaba en los gremios anarquistas, un año después se disolvió.

Una tercera tentativa, en 1896, intentó soslayar el destino de las anteriores proclamando su prescindencia política e ideológica. Pero la realidad mostró que este





La continua llegada de contingentes migratorios permitió la creación de un considerable "ejército industrial de reserva", elemento que contribuyó a la mayor seguridad de los patrones en sus relaciones con los obreros. Asimismo, la única salida posible para el trabajador frente a la desocupación fue el trabajo discontinuo: empleado como peón "golondrina", en trabajos temporales o —como aquí se ve— como vendedor ambulante.

La huelga de inquilinos

E. Gilmore testimonia la importancia de esta huelga en su libro *Hechos y comentarios*:

Buenos Aires es una ciudad que crece desmesuradamente. El aumento de la población es extraordinario por preferir la mayor parte de los inmigrantes quedarse en ella a ir a vivir al interior del país, cuya fama es desastrosa.
Las pésimas policías de campaña, la verdadera inseguridad que existe en el campo argentino, del que son señores absolutos los caciques electorales, influyen en el ánimo de los europeos, aun sabiendo que hay posibilidades de alcanzar una posición económica desahogada con mucha mayor facilidad que en la capital, a quedarse en ésta, en la que de todas maneras hay más seguridad, mayor tranquilidad para el espíritu.
La edificación no progresa lo suficiente para cubrir la necesidades de la avalancha inmigratoria y esto hace que los alquileres sean cada día más elevados y que para alquilar la más mísera vivienda sean necesarios una infinidad de requisitos.
Si a un matrimonio solo le es difícil hallar habitación, al que tiene hijos le es poco menos que imposible, y más imposible cuantos más hijos tiene.
De ahí que las más inmundas covachas encuentren con facilidad inquilinos, ya que Buenos Aires no es una población en la que sea dado andar eligiendo . . .
Desde muchos años atrás, esta formidable y casi insolucionable cuestión de las viviendas había sido tema de batalla para los oradores de mitin.
Socialistas, anarquistas y hasta algunos políticos sin contingente electoral habían en todo tiempo clamado contra la suba constante de los alquileres, excitando al pueblo, ora a la acción directa, ora a la electoral, según que el orador era un anarquista o tenía tendencias políticas . . .
Un buen día se supo que los vecinos de un conventillo habían resuelto no pagar el alquiler de sus viviendas en tanto que el propietario no les hiciese una rebaja. La resolución de esos inquilinos fue tomado a risa y a chacota por media población.
Pronto cesaron las bromas. De conventillo a conventillo se extendió rápidamente la idea de no pagar, y en pocos días la población proletaria en masa se adhirió a la huelga.
Las grandes casas de inquilinato se convirtieron en clubes. Los oradores populares surgían por todas partes arengando a los inquilinos y excitándoles a no pagar los alquileres y resistirse a los desalojos tenazmente.
Se verificaban manifestaciones callejeras en todos los barrios sin que la policía pudiese impedirlas, y de pronto con un espíritu de organización admirable se constituyeron comités y subcomités en todas las secciones de la capital.
En los juzgados de paz las demandas por desalojos se aglomeraban de un modo que hacía imposible su despacho. Empezaron los propietarios a realizar algunas rebajas, festejadas ruidosamente por los inquilinos y sirviendo de incentivo en la lucha a los demás.

(Tomado de Abad de Santillán, *La F.O.R.A.* Buenos Aires, 1932.)

principio era practicamente imposible de realizar. Nuevamente los socialistas repitieron el intento en 1900, con el mismo resultado.
Todos estos fracasos eran el producto del enfrentamiento irreductible entre las dos tendencias en que se hallaba dividido el movimiento obrero: socialismo y anarquismo.

Socialistas y anarquistas

Además del Vorwürts existían otros grupos socialistas de origen europeo, como Les Egaux (Los Iguales) y el Fascio dei Lavoratori. Entre los argentinos, Juan B. Justo animaba el Centro Socialista Obrero y José Ingenieros el Centro Socialista Universitario. Todas estas organizaciones se federaron en 1894 con la finalidad de crear un partido político. El periódico *La Vanguardia*, que había alcanzado una considerable difusión y continuidad, alentaba ese propósito.

Al año siguiente, un comité integrado por delegados de esas agrupaciones formuló un programa mínimo y preparó la reunión de un Congreso Constituyente. Este se realizó finalmente en 1896, con la presencia de 19 centros socialistas y 15 sociedades gremiales. Aprobadas la Declaración de Principios, el Programa mínimo y el Estatuto, quedó definitivamente constituido el Partido Socialista Obrero Argentino.
Desde entonces realizó una intensa labor de propaganda y educación, a través de periódicos, folletos, conferencias y mitines. Cada centro socialista contaba con una biblioteca, y se crearon instituciones —como la Sociedad Luz y la Biblioteca Obrera— destinadas a promover la elevación cultural de la clase trabajadora.
Los socialistas participaron también activamente en las sociedades y promovieron los primeros intentos federativos, pero al subordinar la acción sindical a

la línea del partido fueron perdiendo la influencia que habían alcanzado dentro del movimiento obrero. Bajo la influencia de Justo y el grupo que lo rodeaba, el partido se fue alejando cada vez más del marxismo originario. El materialismo dialéctico cedió lugar al positivismo y la actitud revolucionaria al reformismo evolucionista.

Esto se traducía en la práctica en una política que aspiraba a lograr las reformas que mejorasen la situación de la clase obrera por la vía parlamentaria. Poco atractiva para la mayoría de los trabajadores, esta perspectiva atraía en cambio a algunos sectores pequeño-burgueses, que ingresaban al partido reforzando su tónica legalista y pacífica.

La reorientación del Partido Socialista acentuó aún más las divergencias que lo separaban de los grupos anarquistas, que pese a sus diferencias internas, eran unánimes en su oposición a toda forma de acción política, electoral y parlamentaria.

Para los anarquistas no había posibilidades de que la situación obrera mejorara dentro del sistema capitalista. Por eso todas sus esperanzas se cifraban en la revolución social, que arrasaría total y definitivamente con el capitalismo y el estado. Mientras tanto, sólo la difusión de la *Idea* liberadora permitiría afianzar la conciencia revolucionaria del proletariado preparándolo para la batalla final.

Las sociedades gremiales eran, para los anarquistas *organizadores*, el ámbito más própicio para la propaganda ideológica; las huelgas, ensayos parciales de la huelga general, y ésta, preludio de la revolución social.

Por eso, superadas las primeras tendencias individualistas, volcaron decididamente su acción hacia el movimiento obrero, donde sus actitudes radicales tuvieron gran repercusión.

La acción libertaria había sido considerablemente reforzada por la presencia, entre 1885 y 1889, de un propagandista y organizador de nivel internacional: Enrico Malatesta. Este difundió las doctrinas del *comunismo anárquico* a través del periódico *La Questione Sociale* y organizó, junto con Héctor Mattei, la combativa sociedad de panaderos. Después de su partida se intensificó en cambio la propaganda de los *anti-organizadores*, que se oponían al ingreso de los anarquistas en las sociedades obreras argumentando que allí se perdía la pureza del ideal y que la acción reivindicativa llevaba al reformismo. Se expresaban principalmente a través de *El Perseguido* (1890-96). Pero en 1897 apareció *La Protesta Humana*, dirigida por el ebanista catalán Gregorio Luglan Lafarga, que se convirtió en el órgano más importante de la prensa anarquista y era firme partidaria de la organización sindical. Esta tendencia recibió un nuevo impulso con la presencia de otro militante de nivel internacional, Pietro Gori, que entre 1898 y 1902 difundió las ideas libertarias en los medios intelectuales, formando brillantes discípulos. Así, a principios de siglo, los anarquistas llegaron a ejercer en los medios sindicales una influencia equiparable a la de los socialistas. Entonces se mostraron menos reacios a la idea de una federación.

La FOA y la UGT

Desde comienzos de 1901 varias sociedades gremiales editaban un periódico, *La Organización*, que promovía la reunión de un Congreso con vistas a la formación de una nueva federación obrera. Finalmente hubo ambiente propicio para convocarlo, y el 25 de mayo se constituyó con representantes de 15 sociedades de la capital y 12 del interior.

En él participaron los principales gremialistas socialistas —como Adrián Patroni, que había intervenido en todos los intentos anteriores, y Francisco Cúneo—, así como los más destacados anarquistas —Gori, Ma-

La Ley de Residencia, que autorizaba a expulsar del país a cualquier extranjero "acusado de perturbar el orden público", fue un instrumento creado y aplicado por las clases dominantes en un intento de detener la agitación obrera.

"En Buenos Aires no he hallado ocupación y en el Hotel de Inmigrantes, una inmunda cueva sucia, los empleados nos trataron como a esclavos. Nos amenazaron con echarnos a la calle si no aceptábamos su oferta de ir como jornaleros para el trabajo en plantaciones de Tucumán."
—J. Wanza, "El Obrero", 1891—

ttei, Inglan Lafarga—. Para evitar la suerte de los anteriores, el Congreso comenzó declarando que no tenía "compromisos de ninguna clase con el partido socialista ni anarquista" y que "en su organización, desarrollo y esfera de acción 'era' completamente independiente y autónomo". La disposición conciliadora que imperaba por ambas partes permitió efectivamente constituir la Federación Obrera Argentina y designar un comité administrativo integrado por representantes de las dos tendencias.

Pero, pese a la buena voluntad imperante, socialistas y anarquistas chocaron en el Congreso durante la discusión de algunos puntos, como el arbitraje, la legislación laboral y la personería jurídica de las sociedades.

Después las diferencias se multiplicaron en el seno del comité, acicateadas por la prensa partidaria, que creó un clima de recelos y desconfianza.

En este ambiente se reunió al año siguiente el 2º Congreso. La discusión de las credenciales de dos delegados puso de manifiesto el endurecimiento de las posiciones y precipitó la escisión. Los representantes de 19 sociedades dirigidas por los socialistas se retiraron del Congreso y permanecieron 29 congresales, en su mayoría anarquistas. El Congreso ratificó en cierto modo la división al rechazar la invitación del Partido Socialista para celebrar el 1º de Mayo en forma conjunta y al organizar en cambio, un acto propio.

Las organizaciones disidentes formaron un Comité de Propaganda Gremial que al año siguiente convocó un Congreso, en el cual se constituyó la Unión General de Trabajadores, dominada por los socialistas.

Así, al mismo tiempo que se daba un paso decisivo con la unión de las sociedades gremiales en organizaciones federativas, dos entidades rivales empezaban a disputarse la conducción del movimiento obrero.

Mientras tanto, la lucha no cejaba.

Huelga general y Ley de Residencia

Los movimientos huelguísticos habían recuperado su intensidad a partir de 1894. Al año siguiente, los yeseros fueron los primeros en conquistar la jornada de ocho horas; un año después lo hacían los pintores y los constructores de carruajes, después de una huelga de dos meses. Otros gremios lograron reducir la jornada de diez a 9 horas y varios obtuvieron aumentos de salarios.

Pero en 1897 el fantasma de la recesión económica y la desocupación volvió a producir un reflujo que se prolongaría por dos años. Durante el mismo, sin embargo, se produjo una importante manifestación de desocupados que volcó cerca de 5.000 hombres en la calle.

En 1899, coincidiendo con la nueva oleada de prosperidad que inundaba el país, el movimiento obrero inició otra etapa ascendente. No sólo se multiplicaron los conflictos en la capital y en Rosario, sino también en muchas ciudades y pueblos del área pampeana. Surgieron nuevos sindicatos, se fortalecieron los antiguos, y fue sobre esa base que se pudo llegar a la constitución de la FOA.

En 1902 se organizaron las primeras federaciones de oficio, que unían a las sociedades de varias localidades: los portuarios dieron el ejemplo, seguidos por albañiles y cocheros. También se formaron federaciones locales, que agrupaban a todos los gremios de una localidad.

Pero este ascenso de la clase obrera no tardaría en encontrar su réplica. La represión, hasta entonces bastante benigna y ocasional, se hizo mucho más dura y permanente. Ya en 1901 un azucarero huelguista caía en Rosario bajo el plomo policial. Al año siguiente, aprovechando los choques entre huelguistas y crumiros durante una huelga de panaderos, un juez ordenó el



Socialismo y anarquismo vistos por un diario anarquista

El socialismo moderno divídese principalmente en dos fracciones que difieren en la táctica y en los medios para la realización del ideal. Conócese una fracción con el nombre de socialismo autoritario o legalitario y la otra llámase socialismo libertario o anarquista.
Las doctrinas de Carlos Marx son las que sirven de base al socialismo autoritario, doctrinas que podemos condensar en las siguientes conclusiones:
Si el proletariado quiere emanciparse del denigrante yugo que sobre él pesa debe organizarse independientemente como partido de clase, francamente enemigo del actual modo de ser de la socidad y opuesto a los demás partidos políticos burgueses.
Constituido el proletariado en partido de clase dispuesto a la lucha, su primer objetivo será apoderarse del poder político por medio de una revolución, constituyéndose por este solo hecho en clase dominante.
Obtenido el poder, el proletariado deberá destruir paulatinamente todos los privilegios y monopolios que sirven de base a la actual sociedad, expropiando al efecto las riquezas y modos de producirlas, siendo declaradas propiedad de la comunidad.
Después que el estado proletario haya cumplido su objeto, esto es, después de haber efectuado la transformación social, perderá su carácter político, continuando existiendo como estado administrativo, bajo cuya dirección estará la producción y distribución y las demás relaciones sociales.
Tales son las doctrinas del socialismo legalitario, debiendo añadir que aunque reconocen la necesidad de recurrir a los medios revolucionarios para apoderarse del poder, aceptan la lucha política del parlamento burgués como medio de propaganda y para alcanzar relativas mejoras.
El socialismo libertario, iniciado por Proudhon y desarrollado por Bakunin, pretende la realización del ideal socialista por medios directos, francamente revolucionarios, sin admitir la lucha política, que cree inmoral y enervante, y sin recurrir a la intermediación de un estado obrero que considera perjudicial y peligroso.
Que una vez iniciada la revolución los campesinos hagan uso libre de la tierra, que los mineros se incauten de las minas, que los trabajadores de las ciudades se incauten de las fábricas, talleres, etc. Que el pueblo, en fin, efectúe directamente la expropiación y socialización de los bienes naturales y creados, dejando a su libre iniciativa la organización de la producción, del consumo, del cambio, de la instrucción, etcétera.
Los socialistas libertarios, considerando que el Estado es poder, que poder es tiranía, y que la tiranía es la negación de la libertad humana, dejan a la libre iniciativa de los individuos y de las colectividades lo que los legalistas pretenden encomendar al estado.

(*La Protesta Humana*, 18 de octubre de 1902.)

allanamiento del local donde funcionaba la FOA y otras 18 sociedades. Una gran manifestación expresó la protesta de los trabajadores contra el atropello. El ambiente se ponía cada vez más tenso.

En noviembre de 1902 fueron a la huelga los estibadores de Buenos Aires. Conflictos similares se plantearon en Bahía Blanca, Rosario y Zárate, donde la detención de un grupo de huelguistas motivó un movimiento de solidaridad. Finalmente, 5.000 peones de las barracas y el Mercado Central de Frutos de Avellaneda se declararon también en huelga. El movimiento amenazaba con paralizar la exportación, y el gobierno intentó reemplazar a los huelguistas con tropas y peones del estado. Frente a esta maniobra, estibadores y conductores de carros proclamaron su solidaridad con los huelguistas. Otros gremios fueron haciendo lo mismo y finalmente la FOA declaró la huelga general.

La magnitud del movimiento provocó la alarma general del gobierno, que decidió actuar con energía. Declaró el estado de sitio —por primera vez una movilización obrera determinaba esa medida— y procedió a allanar los locales sindicales, deteniendo a los dirigentes y prohibiendo la circulación de la prensa revolucionaria.

En esas circunstancias, además, el Congreso votó apresuradamente la primera ley especialmente destinada a la represión del movimiento obrero: la Ley de Residencia, que autorizaba a expulsar del país a cualquier extranjero acusado de "perturbar el orden público". Muchos militantes anarquistas fueron deportados de inmediato, y la ley quedó pendiente como una espada de Damocles sobre los obreros más combativos.

La envergadura alcanzada por el movimiento obrero se había convertido por fin en una preocupación seria para la clase dominante y sus representantes en el gobierno.



Proletarios de todos los paises, Unios!

EL OBRERO

Defensor de los intereses de la clase proletaria.

Organo de la Federacion Obrera.



Arriba: Portada del primer número de "El Obrero", órgano de la Federación de Trabajadores de la República Argentina. Apareció el 12 de diciembre de 1890 y fue fundado por el socialista Germán Ave Lallemant.

Abajo: Una reunión del "Worwarts" en 1885.

El periódico "La Vanguardia" alentó, desde sus principios, la organización obrera, autotitulándose "periódico socialista -científico y defensor de la clase trabajadora".

Represión y asimilación

Frente al ascenso del movimiento obrero el estado oligárquico respondió con una doble maniobra: por un lado, la represión sistemática de los sectores más radicalizados; por otro, el intento de asimilar a los más reformistas, abriéndoles la puerta del parlamento y recogiendo sus proyectos de legislación social.

Una modificación de la ley electoral, que establecía un sistema de circunscripciones, permitió que en 1904 la Boca —típico barrio obrero— eligiera diputado a Alfredo Palacios. Mientras tanto, el ministro del interior Joaquín V. González elaboraba un proyecto de Ley Nacional del Trabajo que, si consolidaba muchas de las conquistas existentes y anticipaba otras, tendía en cambio a establecer un control estatal sobre las organizaciones sindicales. Por eso fue rechazada por la FOA y la UGT, mientras su otro aspecto motivaba las protestas de la Unión Industrial Argentina. La mayoría reaccionaria del Congreso terminó por archivarla. Pese a que en los años siguientes se dictaron algunas leyes sociales —descanso dominical, protección de las mujeres y los niños—, el estado oligárquico no se preocupó más por ocultar su carácter antiobrero y represivo.

El movimiento huelguístico conocía mientras tanto un auge sin precedente, tanto en la capital —donde casi todos los gremios protagonizaron conflictos de intensidad y duración variable— como en las ciudades del interior. Por primera vez estallaron huelgas en Córdoba, Mendoza y Tucumán.

También la represión iba en aumento. El 1º de Mayo de 1904 una manifestación anarquista fue atacada por las fuerzas policiales, dejando un muerto y varios heridos en la plaza Mazzini. Meses más tarde, un panadero huelguista era asesinado en Rosario por un policía, que resultó herido en la refriega. El entierro del obrero se convirtió en una imponente manifestación que, ametrallada por las fuerzas represivas, dejó un saldo de tres muertos e innumerables heridos. La FOA y la UGT, con el apoyo del P.S., declararon entonces la huega general por 48 horas, la primera que alcanzó extensión nacional.

En medio de esta intensificación de la lucha, las dos centrales obreras se fortalecieron. En los Congresos que celebraron en 1904 la FOA —ya convertida en FORA por el agregado del término regional— contó con 66 sociedades que agrupaban a 32.893 afiliados y la UGT con 43 organizaciones y 7.400 adherentes.

Al mismo tiempo, la diferenciación ideológica se hizo más marcada. Mientras la UGT recalcaba su intención de "recabar, gestionar o tramitar de los poderes públicos, por los medios al alcance de la clase trabajadora, leyes que favorezcan los intereses del trabajo", la FORA declaraba que no elevaría "jamás petición alguna a los poderes públicos".

Si la primera invitaba a los obreros a obtener la ciudadanía y ejercer los derechos políticos votando "a los partidos que tengan en su programa reformas concretas en pro de la legislación obrera",la segunda establecía que "el socialismo es una concepción amplísima de la que tiene forzosamente que estar excluida toda idea encarnadora de la acción legislativa y parlamentaria". Mientras una "rechaza en absoluto la huelga general toda vez que sea intentada con fines de violencia y revuelta", la otra considera los movimientos parciales "precursores del estallido general en cuya acción intervendrán fatalmente los medios revolucionarios".

Frente a estas posiciones inconciliables, que impedían la unidad de la clase obrera, apareció entonces una tercera tendencia, para la cual ese objetivo resultaba fundamental.

[illegible] 1894 [illegible]

LA VANGUARDIA

PERIÓDICO SOCIALISTA CIENTÍFICO

DEFENSOR DE LA CLASE TRABAJADORA

SUSCRIPCIÓN
Interior Por mes . . . $ 0 40
Por semestre . . . [illegible]
Exterior Por año . . . [illegible]

APARECE LOS SÁBADOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
[illegible]—INDEPENDENCIA—[illegible]

BUENOS AIRES, ABRIL 7 DE 1894

NUESTRO PROGRAMA

Este país se transforma. A la llanura abierta [illegible] con el aspecto y, en cierta medida, las funciones de una propiedad común, ha sucedido los campos cercados, que [illegible] toda la superficie utilizable. La [illegible] agricultura se desarrolla donde hace [illegible] años eran cultivadas por sus dueños [illegible]. El ferrocarril ha muerto [illegible] carretas. Los grandes puertos han su[illegible] parte del cabotaje. El Mer[cado] Central de frutos [illegible] Hasta la industria [illegible] Aires las fábricas de [illegible] los grandes [illegible] suprimen la mayor parte de los pe[queños] talleres de [illegible] desaparece ante los grandes inge[nios] [illegible] en Santa Fe se multiplican [illegible] donde nunca [illegible].

[illegible] que se ha enseñoreado del país, se han [illegible] la sociedad [illegible] de esta sociedad capitalista.

[illegible] solidaridad [illegible] entre los patrones y los trabajadores, que antes disfrutaban [illegible] los medios de vida que ofrece el [illegible], tienen ahora que someterse á la dura [illegible]. El trabajador, despojado de toda otra [co]sa, no puede ofrecer en cambio de los medios de subsistencia que necesita, mas que [su] fuerza de trabajo, y esa fuerza de trabajo es comprada como cualquier otra cosa, por el capitalista al mas bajo precio posible y en la cantidad que le conviene [illegible] existencia de la población trabajadora [illegible] depender de leyes idénticas á las [que] rigen la producción y el cambio de una mercadería cualquiera, la lana ó las vacas, [por] ejemplo. Así como en el mercado de los cambios el valor natural de una mercancía cual[quiera] es señalado por su precio de costo, [el valo]r natural de la fuerza de trabajo consiste en los medios de vida necesarios para producir esa fuerza. Es decir, el jornalero no recibe como recompensa el producto de su trabajo, ni un valor equivalente, sino la parte que le es estrictamente necesaria para mantenerse, para [illegible] sirviendo como animal de carga. Todo lo demás se lo apropia el capitalista, cuya ocupación principal es la de gastar ese exceso de bienes de una manera mas ó menos antisocial.

Y no hay que hacerse ilusiones. Si entre nosotros los salarios son á veces relativamente elevados, es debido á circunstancias transitorias que pronto han de desaparecer para siempre. A medida que se perfeccione la producción y la circulación de las mercancías, el número de brazos disponibles va [ir] en aumento, hasta que por fin se forme el ejército de desocupados que ya tiene a su disposición la clase capitalista de los otros países mas adelantados. En apoyo de esa aserción, no daremos mas prueba que la reciente declaración del gobernador del estado [illegible] de Kansas, en los Estados Unidos, y en los tiempos mas prósperos [illegible] un millon de hombres sanos y fuertes que no encuentran trabajo. Á medida, pues, que se caracterice la explotación capitalista en la República Argentina, los salarios van á bajar á su mínimum posible, al mismo tiempo que va á ser mas difícil para el trabajador encontrar trabajo.

Pero la ley bárbara del salario, cuyo solo [illegible] muestra que el asalariado no es mas que [illegible] de esclavitud no ha variado [illegible] es ayudada por todos los [illegible] que trae consigo el capitalismo. La forma de especulación el capitalismo [illegible]

[illegible] económica del país. El trabajador cuyo salario se acerca lo mas posible á sus mas indispensables medios de subsistencia, sufre todavía los efectos del ágio, que dirigido por los capitalistas, tiende con la suba del oro á deprimir mas y mas los salarios.

El país desde que ha entrado en la danza de los millones del comercio universal, ha entrado también en la serie de crisis periódicas, propias de la época capitalista, crisis en que siempre los que sufren son los mas chicos. En la última, en la de 1889 y 90, los grandes capitales han absorbido todos los ahorros de la clase trabajadora. Tres grandes bancos en que los obreros depositaban la pequeña parte de sus salarios de que habian podido privarse, han quebrado saqueados por personajes de todas clases, ministros, generales, vicarios, gobernadores, diputados, etc. No hay necesidad de decir que estos se han encontrado despues á sí mismos [en] condiciones [illegible] que hacen ilusoria toda esperanza de cobro de parte de los trabajadores despojados.

La política es la alternativa del pillaje y de la plutocracia. A la época de Juarez y del [illegible] ha sucedido la época del candidato [illegible], en que la posesion de muchos millones es la única garantía de capacidad para dirigir la cosa pública. Los Pe[illegible] los [illegible] tan ricos que no tienen para que robar, son hoy los preferidos para los altos puestos públicos por los [illegible], cuya única aspiración política es que sus vacas y sus ovejas se multipliquen sin tropiezo.

Puesta en esas manos la direccion económica del país no hay de asombrarse que todas las leyes tengan el mas marcado carácter de leyes de clase, y sean calculadas en bien de los propietarios. Entre nosotros la clase trabajadora es la que paga bajo la forma de derechos de aduana casi todas las entradas del presupuesto, mientras que el suelo, que es la cosa imponible por excelencia, [pa]ga una contribucion irrisoria. El obrero que gasta en artículos de importación de primera necesidad [illegible] pesos al año, paga al fisco ó al fabricante nacional protegido la mitad de esa suma, como derecho de aduana ó como ganancia, lo mismo que paga de contribución el propietario de una legua de campo.

Todo contribuye, pues, á que ya se hayan formado aquí tambien las dos clases de cuyo antagonismo ha de resultar el progreso social. Ya están de un lado la avenida Alvear, y del otro un inmenso barrio de conventillos; ya nos deslumbran el Tigre-Hotel y el Bristol Hotel, al mismo tiempo que todos los hospitales son pocos. A una clase rica y ociosa cuya única ocupación es variar y ostentar un lujo insolente, hace contraste una clase laboriosa, que despues de una vida entera de trabajo no tiene mas perspectiva que la miseria.

Pero junto con la transformación económica del país se han producido otros cambios de la mayor trascendencia para la sociedad argentina. Han llegado un millón y medio de europeos, que unidos al elemento de origen europeo ya existente forman hoy la parte activa de la población, la que absorberá poco á poco al viejo elemento criollo, incapaz de marchar por sí solo hácia un tipo social superior. Ademas de la capital se han desarrollado varias ciudades importantes.

Se ha formado así un proletariado nuevo que si no está todo el instruido de las verdades que le conviene conocer, las comprenderá pronto. Comprenderá que su bienestar material y moral es incompatible con el actual orden de cosas, comprenderá que la gran producción solo puede ser fecunda para todos con la socialización de los medios de producción, comprenderá, por fin, que solo él, el mismo proletariado puede realizar una revolución tan grandiosa, y se pondrá á la obra. Sus intereses y sus simpatías le llevan á ponerse al lado del proletariado europeo en su irresistible movimiento de emancipación, y las estrechas relaciones económicas que el e[illegible]

[illegible] ropa, los vapores, los cables, la corriente inmigratoria no hacen sino acelerar esa incorporación.

¿Qué se propone, pues, el grupo de trabajadores que ha fundado este periódico? ¿A qué venimos?

Venimos á representar en la prensa al proletariado inteligente y sensato.

Venimos á promover todas las reformas tendentes á mejorar la situación de la clase trabajadora: la jornada legal de ocho horas, la supresión de los impuestos indirectos, el amparo de las mujeres y de los niños contra la explotación capitalista, y demás partes del programa mínimo del partido internacional obrero.

Venimos á fomentar la acción política del elemento trabajador argentino y extranjero, como único medio de obtener esas reformas.

Venimos á combatir todos los privilegios, todas las leyes que hechas por los ricos en provecho de ellos mismos, no son mas que medios de explotar á los trabajadores que no las han hecho.

Venimos á difundir las doctrinas económicas creadas por Adam Smith, [illegible] sas como son, y á preparar entre nosotros la gran transformación social que se acerca.

[illegible] en cuenta esos inconvenientes los [illegible] subsanado en lo posible, y esperamos iniciar una agitación [illegible] y definitiva. Lejos de desanimarnos la existencia anterior de otros periódicos obreros, nos convence de que han [illegible] que han surjido entre nosotros los [illegible] y contrastes que en todas partes acompañan al régimen capitalista.

Los grandes movimientos de opinión empiezan ordinariamente por una serie de ensayos y tentativas mas ó menos incompletos.

¿No [illegible] veces cae el niño ántes de aprender á caminar? Y, sin embargo, al verlo caer, á nadie se le ocurre que nunca podrá mantenerse derecho, marchar ni correr.

Creemos que la causa del trabajo ya ha dado entre nosotros sus primeros é inseguros pasos, y que ahora es tiempo de que empiece á marchar con seguridad hacia adelante.

DEFINICIONES DEL CAPITALISMO

—o—

Explotar hasta mas no poder el actual orden de cosas, se llama *economía política*; sostenerlo hasta la ruina por todos los medios, tanto con la mistificación como con la fuerza, se llama *política*; declararlo santo y en armonía con la moral, se llama *religion*; sistematizar esa explotación, se llama *ciencia*; adornarlo con guirnaldas y flores, se llama *arte*; y encarcelar ó fusilar á todos los que no tienen por el mejor posible este estado de cosas, es lo que se llama *justicia*.

NUESTROS PREDECESORES

—o—

Debemos un recuerdo honroso á los que nos han precedido aquí en la propaganda socialista.

El Obrero, semanario que apareció en Diciembre de 1890, ha sido el primer periódico de la clase trabajadora argentina. Fué el órgano de la Federación obrera, y contribuyeron muy principalmente á sostenerlo los compañeros Lallemant y Kühn. En Septiembre de 18[illegible] dejó de aparecer con regularidad, y los números siguientes, en formato mas pequeño, fueron debidos al empeño de Esteban Giménez.

A principios del año pasado, apareció tambien El Socialista, periódico dirijido por el compañero Mauli, que duró poco tiempo.

Al dar, pues, el nombre de La Vanguardia á este periódico, lo hacemos sabiendo que no somos los primeros en sostener en este país la causa del proletariado.

Ya otros le han dedicado su inteligencia y su labor, y si no consiguieron un gran resultado, ha sido por circunstancias accesorias, relativas al idioma y á la parte [illegible]

Á LA PRENSA

—o—

Saludamos fraternalmente á la prensa obrera de este y de todos los países. Esperamos que aun los periódicos obreros que no tienen francamente un carácter político verán nuestra aparición con simpatía y mantendrán con La Vanguardia las mas amistosas relaciones.

Respecto de la prensa burguesa nuestra situación es completamente distinta. No andamos ansiosos de su saludo, cuando estamos seguros de que si le pareciéramos fuertes seríamos para ella un motivo de alarma y si nos encuentra débiles pretenderá abrumarnos con su indiferencia y su silencio.

Entre los que confeccionan los diarios burgueses hay hombres inteligentes é instruidos, que conocen las leyes sociales y económicas, pero que ponen incondicionalmente toda su fuerza intelectual al servicio de la clase capitalista, de la que ya forman parte ó en la que aspiran á entrar. Esos son nuestros mayores enemigos, los que aparentarán ignorar lo que bien saben, los que mentirán á sabiendas para desacreditarnos, los que con mas insistencia reclamarán contra nosotros medidas violentas de represión, el día que nuestra propaganda tenga éxito. Á esos, los odiamos.

Otros son cerebros pequeños, incapaces de todo bien general como de todo sentimiento elevado, para quienes nada hay en el mundo fuera de sus intereses y de sus preocupaciones. Nos atacarán siempre que la ocasión les parezca propicia, y lo harán de muy buena fe pero no nos importa: esos miopes intelectuales sólo nos inspiran desprecio.

Están, por fin, los esclavos atados al carro de triunfo del capitalismo, los proletarios de la inteligencia que, contra sus opiniones y tendencias, se ven obligados, para poder vivir, á escribir al gusto de los ricos. Para ellos es nuestra compasión.

¿Habrá en la prensa *grande* argentina quien sea capaz de comprender y de sentir la verdad y la grandeza del movimiento socialista?

Necesitamos verlo para creerlo.

¿[illegible] sube el oro?

[illegible] BAJAN LOS SALARIOS

La situación económica de la República Argentina es desesperada actualmente.

El sabio economista oficial á sueldo de la burguesía asegura que estamos en una crisis, pero que esta será pasajera y pronto [illegible]

Socialismo y anarquismo vistos por un militante socialista

Era el socialista un movimiento internacional de evolución, de mejoramiento paulatino de la clase trabajadora. Mediante la capacitación, la elevación de la cultura del pueblo, y apoyado por la ciencia y el progreso en todos sus aspectos, se proponía establecer un régimen donde la riqueza social fuera distribuída, poniendo fin a las diferencias de clase con la supresión de las clases mismas.
Los medios para alcanzar esos propósitos eran la organización gremial de los trabajadores, con el objeto de conseguir mejoras en el trabajo, y su agrupación en partido a fin de intervenir en las contiendas electorales, obtener una legislación cada vez más avanzada y conquistar el poder político para emplearlo como medio de transformación en la lucha en que estaba empeñado.
El anarquismo era decididamente enemigo de esos procedimientos. No admitía para la clase trabajadora mejoras de ninguna especie. No quería reformas, que detenían el impulso revolucionario de las masas. Su lema era: "todo o nada". Mediante la acción catastrófica, la revuelta de masas, se proponía destruir el régimen social existente para implantar inmediatamente, sobre sus ruinas, un mundo ideal, sin gobierno, sin control, sin trabas individuales, en el que cada cual gozara de la más absoluta libertad en un ambiente de igualdad absoluta.

(Jacinto Oddone, *Historia del socialismo argentino.* Buenos Aires, Ed. La Vanguardia, 1934, tomo I, p. 161.)

Ley de Residencia, Nº 4144

El 22 de noviembre de 1902 el Senado, sobre la base de un proyecto de Cané y tomando en cuenta el despacho de la Comision de Asuntos Constitucionales que suscriben los señores Pérez y Carbó, sanciona la Ley de Residencia:

Art. 1º — El Poder Ejecutivo podrá ordenar la salida del territorio de la Nación a todo extranjero que haya sido condenado o sea perseguido por los tribunales extranjeros por crímenes o delitos comunes.
Art. 2º — El Poder Ejecutivo podrá ordenar la salida de todo extranjero cuya conducta comprometa la seguridad nacional o perturbe el orden público.

Art. 3º — El Poder Ejecutivo podrá impedir la entrada al territorio de la República a todo extranjero cuyos antecedentes autoricen a incluirlo entre aquellos a que se refieren los artículos anteriores.
Art. 4º — El extranjero contra quien se haya decretado la expulsión tendrá tres días para salir del país, pudiendo el Poder Ejecutivo, como medida de seguridad pública, ordenar su detención hasta el momento del embarque.

Art. 5º — De forma.

El "sindicalismo revolucionario"

Ante el enfrentamiento de socialistas y anarquistas, que dividía incluso a algunos oficios en gremios rivales, muchas sociedades se mantuvieron autónomas, sin adherirse a ninguna de las dos centrales. Algunos dirigentes sindicales —principalmente dentro de la UGT— consideraban que esa división era el principal factor de debilidad del movimiento obrero. Aspiraban a liberarse de la tutela del P.S. y lograr la unidad sindical en una organización independiente e ideológicamente neutral. Para ello se respaldaban en las doctrinas del "sindicalismo revolucionario" que en Europa sustentaban George Sorel y Arturo Labriola.
Según las mismas, la lucha entre el capital y el trabajo se libraba fundamentalmente en el terreno económico. Cada conquista obtenida en ese campo por la clase obrera socavaba real y prácticamente los cimientos del capitalismo y preparaba el advenimiento de la nueva sociedad. Los medios de acción directa —principalmente la huelga— eran entonces los auténticos instrumentos revolucionarios, frente a los cuales la acción parlamentaria solo podía cumplir un papel secundario, de denuncia y propaganda. El sindicato, forma esencial de la organización obrera, era la única que permitía una lucha eficaz y constituía además el embrión de la futura sociedad. El requisito de su fuerza consistía en la unidad, y para lograrla debía prescindir de toda tutela política o ideológica, manteniendo una estricta neutralidad.
La nueva tendencia apareció en 1905, se expresó a través de *La Acción Socialista*, y en el 3º Congreso de la UGT consiguió arrastrar a muchas sociedades poco politizadas y que tendían espontáneamente al economicismo. Una de las resoluciones del mismo, por ejemplo, reconocía la



Anno I. Buenos Aires, Domenica 28 Maggio 1899 Numero 2

L'EMIGRATO

GIORNALE SOCIALISTA SETTIMANALE

Lavoratori! voi siete piccini perchè state in ginocchio: alzatevi! — CARLO MARX

LA REDAZIONE

MEGALOMANIA BORGHESE

PER LA PACE INTERNAZIONALE

I LAVORATORI DELLA GRAN BRETTAGNA AI LAVORATORI DEL MONDO

Denaro fa denaro

La inmigración italiana se organizó rápidamente, formando grupos de ayuda y socorros mutuos, y progresando hasta convertirse en importantes sostenedores de la sindicalización.



La posición sindicalista

En el Congreso de Unificación de 1907 el delegado de la Unión Gráfica, Luis Bernard, expuso la posición sindicalista en estos términos:

Las declaraciones hiperbólicas son infantiles, nada pueden y nada realizan. Toda la condensación revolucionaria está en capacitar a los trabajadores para la fecunda labor de conquista y emancipación futura. He ahí la obra que sólo puede ser cumplida por la lucha incesante, por la vida activa y transformadora de los organismos sindicales. El verdadero y genuino instrumento de la revolución proletaria es la misma organización. Dicha revolución no se realizará en tanto los trabajadores no se capaciten y no eliminen los prejuicios y antagonismos que en la actualidad los dominan [. . .]
Se ha pretendido que las ideologías son el todo dentro del movimiento obrero. La teoría parlamentaria socialista, hermosa, muy hermosa; la idea anárquica, hermosa también. Pero no valen nada, absolutamente nada, ante la organización sindical.
Pueden subir a la tribuna los políticos a predicar la eficacia de su ideal parlamentario; pueden treparse a las mesas los oradores anarquistas y con ampulosas frases idealizar todo lo que quieran. Nada de esto tendrá, ni remotamente, el valor de la más pequeña mejora, del más insignificante adelanto conquistado en una huelga [. . .] Nada de todo esto conseguirá, en lo más mínimo, detrimentar el edificio capitalista, mover una sola piedra.
Esta obra solo está reservada a la clase obrera, al pueblo trabajador, hecho fuerte y capaz en el seno de sus organismos sindicales, únicos depositarios de las armas y del poder que surgen como una imanencia de la propia modalidad histórica del proletariado, progresivamente consciente y sabio, de la gran fuerza que revolucionará el mundo y dará una nueva humanidad: la fuerza del trabajo.
Los sindicalistas —concluye diciendo—, al concentrar toda su actividad dinámica en el sindicato, son la fracción más revolucionaria del movimiento obrero.

(Citado por Sebastián Marotta en *El movimiento sindical argentino*. Buenos Aires, Ed. Lacio, 1960, tomo I, p. 301.)

utilidad de la representación parlamentaria socialista solo "en la medida que se atenga a las necesidades, fiscalización y mandato de los trabajadores y no intente atribuirse la dirección del movimiento". Otra invitaba a la FORA a firmar un "pacto de solidaridad" que coordinara la acción de las dos centrales sindicales.

El problema de la unidad sindical

El 5º Congreso de la FORA consideró que la invitación de la UGT resultaba "inútil, ineficaz y contraproducente", pues "la solidaridad no se decreta, es inherente a la especie". Además, votó una resolución que embanderaba abiertamente a la central. Por la misma, ésta "aprueba y recomienda a todos sus adherentes la propaganda e ilustración más amplia en el sentido de inculcar en los obreros los principios económicos y filosóficos del comunismo anárquico". Sin embargo, la política represiva, acentuada durante la presidencia del presidente Quintana, unió a la clase obrera en la protesta. Ya durante el estado de sitio declarado a principios de 1905 con motivo de la intentona radical, la policía había aprovechado la oportunidad para allanar locales y destruir imprentas. La manifestación del 1º de Mayo —celebrada al levantarse el estado de sitio— fue realizada en forma conjunta por la FORA, UGT y el PS y adquirió considerables proporciones. La aparición de una bandera roja —símbolo que había prohibido la policía— dio pretexto al escuadrón para cargar contra los manifestantes en plaza Lavalle, dejando un saldo de dos muertos y más de veinte heridos.
En octubre ante una huelga de estibadores, marineros y foguistas que amenazaba con paralizar las actividades portuarias, el gobierno declaró el estado de sitio. Frente a ello se manifes-



Un anarquista según un dibujo satírico de la época. Aunque la tradición criolla, organizada por los sectores oligárquicos, no fue propicia para levantar el estandarte de la anarquía, los anarquistas lograron ampliar considerablemente su frente con el apoyo de importantes sectores de la población.

Arriba: Un herido durante los sucesos de la "semana roja" de 1909 es atendido por sus compañeros.
Abajo: La intersección de las calles Quintana y Callao momentos después del atentado contra el coronel Falcón.

tó nuevamente la unidad de la clase trabajadora: una huelga general de 48 horas, sostenida por ambas centrales, alcanzó vastas proporciones.
Estas experiencias estimularon la tendencia a la unidad sindical, que se manifestaba incluso dentro de la FORA. En su 6º Congreso ésta tomó la iniciativa convocando un Congreso de Unificación. Una nueva huelga general conjunta, en solidaridad con los cocheros de Rosario, pareció augurar el éxito del Congreso.
Este se reunió en marzo de 1907 con la asistencia de 75 organizaciones de la ciudad y 53 del interior. Los anarquistas tenían considerable mayoría. El secretario de la FORA, Francisco Jaquet, presentó entonces dos mociones: una —inaceptable para los socialistas— condenando la acción política; otra —que no podían suscribir más que los anarquistas— recomendando la propaganda del comunismo anárquico. Al triunfar ambas propuestas, las sociedades que no eran controladas por los anarquistas se retiraron del Congreso y éste fracasó.
Tal actitud perjudicó a la FORA: su 7º Congreso, celebrado a fines de ese año, contó con escasas adhesiones; la huelga general contra la Ley de Residencia que declaró a principios de 1908, sin el apoyo de la UGT, tuvo escasa repercusión.
Sólo las grandes luchas entabladas durante 1909 hicieron reaparecer los esfuerzos por la unificación. Algunas sociedades autónomas, que se mantenían al margen de las dos centrales, convocaron un nuevo Congreso. En el mismo, la fusión de la UGT con las sociedades autónomas y algunas que se desprendieron de la FORA dio lugar a la constitución de una nueva central, la Confederación Obrera Regional Argentina. Esta nucleó a los gremios dirigidos por sindicalistas y socialistas, a algunos anarquistas que tenían una posición más abierta y a las sociedades que no tenían definición ideológica. Aunque heterogénea, reunía así a la mayoría de las sociedades, mientras que la FORA, que mantuvo su cohesión y pureza ideológica, perdió su carácter mayoritario.

La "semana roja" de 1909

Mientras estas tendencias competían por la hegemonía en el movimiento obrero la lucha de clases seguía su curso. En 1907 una huelga de inquilinos movilizó a la totalidad de los sectores populares, incluyendo a los que no estaban organizados gremialmente y a los que trabajaban a domicilio. Otro importante acontecimiento ocurrió ese mismo año en Ingeniero White: un piquete de marineros disparó sobre una asamblea de huelguistas, provocando 6 muertos y 24 heridos; la manifestación que acompañaba sus restos fue también ametrallada. La huelga general proclamada por la federación local se extendió entonces a todo el país, que paralizó su actividad durante dos días en protesta por la masacre.
La violencia desatada alcanzó en 1909 su punto culminante. La manifestación de la FORA fue atacada por las tropas en la Plaza Lorea, dejando un tendal de muertos y heridos. La indignación popular paralizó entonces totalmente la ciudad durante una semana de huelga general, en medio de la cual se multiplicaron los incidentes y enfrentamientos, que aumentaron el número de víctimas. Grandes mitines realizados en diversos puntos de la ciudad mantenían una intensa agitación. Finalmente el gobierno debió ceder y parlamentar con las centrales obreras a través del presidente del senado: sólo después de la liberación de los presos, la reapertura de los locales sindicales y la abolición de un Código de Penalidades combatido por los carreros, la huelga fue levantada.
Meses después la masacre de los obreros de Barcelona despertaba el intenso sentimiento de solidaridad internacional que ani-





maba al proletariado y se traducía en una intensa agitación. El fusilamiento, en España, del educador anarquista Francisco Ferrer colmó la indignación popular, que recurrió nuevamente a la huelga general para protestar. El año cerró con otro dramático episodio: un herrero de 19 años, Simón Radowitzky, arrojó una bomba sobre el odiado jefe de policía, Ramón Falcón, responsable de la masacre del 1º de mayo. Ya Quintana y Figueroa Alcorta habían sido objeto de atentados frustrados, que respondían a la tradición vindicatoria de algunos grupos anarquistas. En este caso, el éxito transformó a Radowitzky en héroe popular, y su libertad fue durante muchos años una de las consignas del movimiento obrero.

La reacción del Centenario

En ocasión de los festejos del Centenario la recién constituida CORA decide proclamar en esa fecha una huelga general contra la Ley de Residencia. La FORA anticipa su adhesión. Frente a esta amenaza, el gobierno declara el estado de sitio, clausura los locales sindicales, detiene a los redactores de *La Protesta* y *La Batalla* —diarios anarquistas— y de *La Acción Socialista*, secuestra sus ediciones e impone un clima de terror.

Animados por esta situación, los grupos más reaccionarios deciden pasar a la ofensiva. Encabezados por el barón Demarchi y otros miembros de la Sociedad Sportiva Argentina, recorren las calles manifestaciones "patrióticas" que, ante la indiferencia cómplice de la policía, incendian los locales de los diarios anarquistas, asaltan la CORA y otros locales sindicales, *La Vanguardia* y centros socialistas.

Mientras tanto, la policía practica numerosas detenciones y aplica la Ley de Residencia. La huelga general, que debía comenzar el 18, estalla en forma espontánea el 16. Aunque las direcciones sindicales están presas y no se pueden realizar reuniones, el movimiento se mantiene durante varios días.

Finalmente, el gobierno dicta una nueva ley, de "defensa social", que sistematiza la represión. Además de establecer un estricto control sobre el ingreso de inmigrantes, la ley prohibe toda propaganda anarquista, así como el funcionamiento de agrupaciones destinadas a realizarla. Se requiere la autorización policial para la realización de reuniones y se establecen graves penalidades —que llegan a la pena de muerte— para la apología de la violencia, desorden público, destrucción de la propiedad, fabricación o tenencia de explosivos, sabotaje, incitación a la huelga o al boicot, insulto a las autoridades o símbolos nacionales, etc. La intensidad y la sistematización de la represión eran el más claro síntoma de la importancia que había alcanzado el movimiento obrero en la Argentina al cumplir la primera etapa de su historia.

Bibliografía

Sebastián Marotta. *El movimiento sindical argentino.* Buenos Aires, Ed. Lacio, 1960.

Jacinto Oddone. *Gremialismo proletario Argentino.* Buenos Aires, Ed. Proyección, 1971.

Diego Abad de Santillán. *La FORA.* Buenos Aires, Ed. Proyección, 1971.

José Panettieri. *Los trabajadores.* Buenos Aires, Ed. Jorge Alvarez, 1968

Hobart Spalding. *La clase trabajadora argentina. Documentos para su historia. 1890-1912.* Buenos Aires, Ed. Galerna, 1970.

Jorge N. Solomonoff. *Ideologías del movimiento obrero y conflicto social.* Buenos Aires, Ed. Proyección, 1971.

Julio Godio. *El movimiento obrero y la cuestión nacional. Argentina: inmigrantes asalariados y lucha de clases. 1880-1910.* Buenos Aires, Ed. Erasmo, 1972.

José Ratzer. *Los marxistas argentinos del 90.* Córdoba, Pasado y Presente, 1969.

Juan Bialet Massé. *Los obreros a principios de siglo.* Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1971.

Hugo del Campo. *Los anarquistas.* Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1971.

Hugo M. Sacchi. *El movimiento obrero en América Latina.* Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1972.

La revolución de 1905 en Rusia

Santiago Mas

"La lucha de la clase obrera por su liberación trae necesariamente la lucha contra el poder absoluto del gobierno autocrático." — Lenin.

El crecimiento del capitalismo producido a raíz de la reforma de 1861 fue acelerándose a medida que se acercaba el fin del siglo. A partir de 1892, fecha en que llega al gobierno Serguéi Vitte, comienza a ponerse en práctica una política de industrialización. Vitte reflejaba la conciencia de que Rusia era un gigante con pies de barro, un país atrasado pese a los innegables avances producidos desde 1861. El problema principal que enfrentaba su política era lograr que se produjera una rápida acumulación de capital. Para ello se apoyó fundamentalmente en dos líneas: la primera era la de hacer pagar a los campesinos los costos de la industrialización (pero la situación miserable de éstos hacía que una política de este tipo generara una situación explosiva); la otra era la superexplotación del proletariado, el cual debía resignarse a una brutal compresión de sus salarios. Esto explica por qué el crecimiento del capitalismo en Rusia, ligado también a capitales extranjeros, estuvo tan estrechamente asociado al crecimiento del descontento del pueblo.

Es indudable que la política de Vitte tuvo éxito en el terreno económico. Entre 1892 y 1901 la producción industrial se duplicó y creció a una tasa anual del 8 %; la producción de petróleo aumentó 2,4 veces, la de hierro colado 2,7 y la de carbón 2,3. Los obreros empleados en la industria pesada pasaron del 43 % del total, en 1890, al 50 % en 1900. Comparativamente, el crecimiento industrial de Rusia fue superior al de países capitalistas más avanzados: entre 1870 y 1900 la producción manufacturera aumentó 4,5 veces, en tanto que en Estados Unidos y en Alemania creció 4,1 y 3,7 veces respectivamente. Este crecimiento económico estuvo asociado a un alto grado de concentración industrial: en 1866 las fábricas que ocupaban 1.000 o más obreros empleaban el 27 % del total de éstos, en 1879 el 40 % y en 1890 el 46 %. En la distribución de los beneficios obtenidos la concentración era aún mayor: hacia 1905 el 44,5 % de las empresas obtenía el 8,6 % del total de los beneficios; en el otro extremo el 1,7 % de las empresas obtenía el 45 % de los beneficios. En ciudades típicamente industriales, como Petrogrado y Moscú, la concentración era aún mayor. El grado de concentración industrial superaba al de los países más avanzados: en 1914 las empresas de 1.000 o más obreros empleaban el 41,4 % del total de obreros, en tanto que en Estados Unidos abarcaban sólo el 17,8 %. Esta alta concentración se reflejaba en las grandes dimensiones de las empresas: en 1895 las fábricas alemanas de más de 1.000 obreros ocupaban un promedio de 1.900 obreros, en tanto que las rusas ocupaban 2.351.

En el campo se habían consolidado las tendencias surgidas a partir de 1861. Las tierras de propiedad privada se concentraban en manos de la nobleza: el 3,7 % de los propietarios (unos 28.000) poseía el 72,2 % de las tierras privadas de la Rusia europea. En cuanto a las tierras comunitarias, unos diez millones de hogares disponían de menos tierra de la que necesitaban para su manutención. Entre los campesinos sobrevivían divisiones originadas muchos siglos atrás: siervos, campesinos de la Corona, campesinos del estado, etc. Estas supervivencias del régimen de servidumbre se manifestaban en la diferente superficie que éstos usufructuaban, y si bien la concentración no era comparable a la existente en las tierras privadas, alcanzaba valores significativos: el 5 % usufructuaba el 24 % de la superficie.

La hacienda terrateniente se caracterizaba por ser explotada mediante una combinación de las formas feudales y capitalistas. En la comunidad campesina el usufructo igualitario había sido desplazado por una distribu-

La posición de los economistas. Manifiesto de 1899

También la lucha económica es difícil, enormemente difícil, pero ella es posible y, al fin y a la postre, es practicada por las grandes masas. Aprendiendo poco a poco en esta lucha a organizarse y chocando en ella a cada rato con el régimen político, el obrero ruso acabará por crear lo que podría llamarse la forma del movimiento obrero, creará tales o cuales organizaciones que serán las más adaptadas a las condiciones de la realidad rusa [...] Las habladurías sobre un partido político obrero independiente no son sino el producto de la trasplantación a nuestro propio terreno de tareas ajenas y de resultados ajenos. El marxista ruso, por ahora, presenta una triste figura. Sus tareas prácticas en el presente son míseras, sus conocimientos teóricos, en la medida que los utiliza *no como instrumento de investigación* sino como esquema de actividad, no valen ni siquiera para el cumplimiento de estas míseras tareas prácticas [...] Toda una serie de circunstancias históricas nos impiden ser iguales a los marxistas del Occidente y exigen de nosotros un marxismo distinto, oportuno y necesario en las condiciones rusas [...] Para el marxista ruso existe una sola solución: la participación, es decir, la ayuda a la lucha del proletariado y la participación en la actividad liberal y de oposición.

La vivienda obrera a través de informes de la época

La vivienda tiene un aspecto espantoso; el enlucido se está cayendo, hay agujeros en las paredes tapados con trapos. Todo está sucio. La estufa se ha roto. Legiones de cucarachas y chinches. No hay ventanas dobles, así que hace un frío de muerte. El retrete está en tal estado de ruina que es peligroso y no se permite la entrada a los niños. Las condiciones son similares en todos los pisos del edificio. (Moscú, 1902.) Frecuentemente hallábamos en esas chozas de madera pobres mujeres cubiertas de harapos, sentadas en el duro suelo de madera, dando de mamar a un niño envuelto en un montón de trapos malolientes y rodeada de otros varios niños [...] En una de esas chozas había un niño convaleciente de viruela que había vuelto a enfermar con alguna fiebre. Alrededor cacareaban y deambulaban las gallinas y gruñían los lechones. (Sur de Rusia, 1885.)

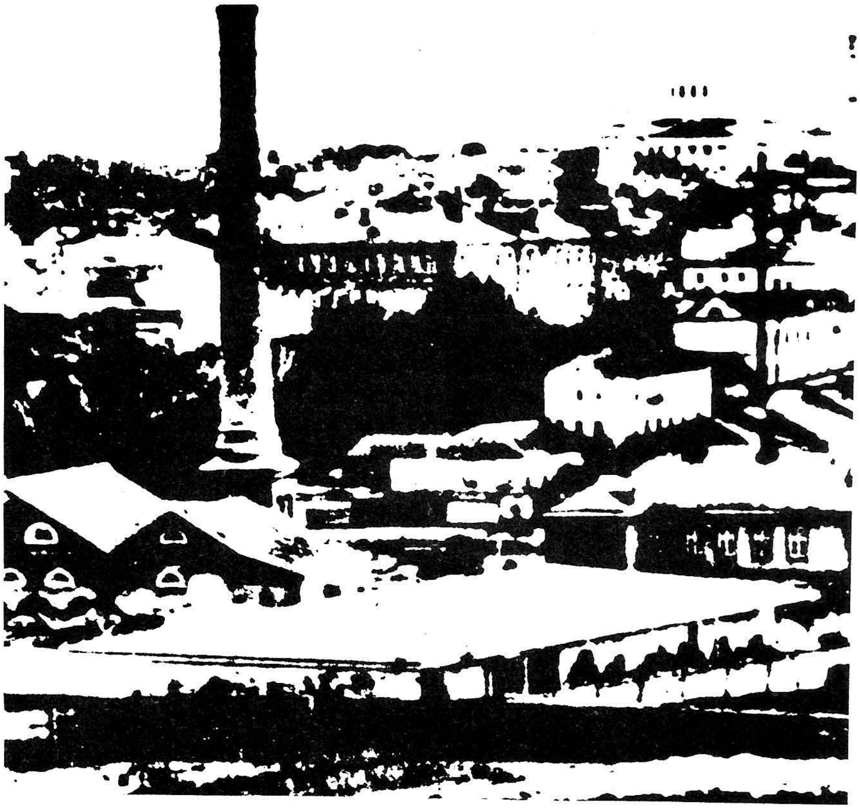
Informes citados por Kochan, en *Rusia en revolución*, Madrid, Alianza Editorial, 1968.)

ción desigual de la tierra explotada. Una solución para la escasez de tierras la constituía el arriendo, pero en él reaparecían las diferencias: en tanto los campesinos más pobres debían ajustarse a las formas feudales, los acomodados podían librarse de ellas gracias a la disponibilidad de dinero. Otra solución para que los campesinos pobres pudieran aumentar sus ingresos era entregar su tierra en arriendo. Los más acomodados las arrendaban, aumentando su disponibilidad de tierras, con lo que se acrecentaban las diferencias. Según datos elaborados por Lenin, el mayor conocedor del problema agrario ruso, los campesinos arruinados abarcaban el 80 % de las propiedades y el 32,6 % de la superficie; los campesinos medios, el 7,6 % y 6,5 % respectivamente; la burguesía campesina, el 11,5 % y el 30,4 %, y los señores feudales, el 0,3 % y el 30 %.

La formación del proletariado se aceleró considerablemente durante esta etapa. La contratación de mano de obra asalariada se había transformado en un recurso regular para los campesinos acomodados. El sector de los campesinos más pobres apelaba a la venta de su fuerza de trabajo para completar sus ingresos. Ello se vinculaba con el aumento del número de obreros que se alejaban, temporal o definitivamente, de las comunidades para emplearse fuera de ellas.

La condición obrera

La virulencia del proceso de industrialización conformó un proletariado industrial singular. Uno de sus rasgos era la juventud; en 1905 un 50 % tenía entre 20 y 29 años. Además muchos de ellos tenían un breve pasado obrero; hacia 1895 más de la mitad no eran hijos de obreros. Un sector importante de los campesinos que se incorporaban al proletariado industrial



Barrio industrial de Moscú. A causa de la concentración de las tierras en manos de unos pocos nobles, los trabajadores agrarios debieron emigrar hacia los centros industriales. El exceso de mano de obra empujaría a la mendicidad a un importante sector.



Aldea campesina. Un 3,7 % de los propietarios acaparaba el 72,2 % de las tierras privadas, mientras que las tierras comunitarias —que debían brindar trabajo a diez millones de familias— ocupaban menores extensiones que las imprescindibles para la supervivencia.

no habían roto completamente con su comunidad original pues trabajaban en la industria sólo una parte del año. La proporción de obreros estacionales disminuía sensiblemente en industrias como la metalúrgica y en ciudades como San Petesburgo y Moscú.

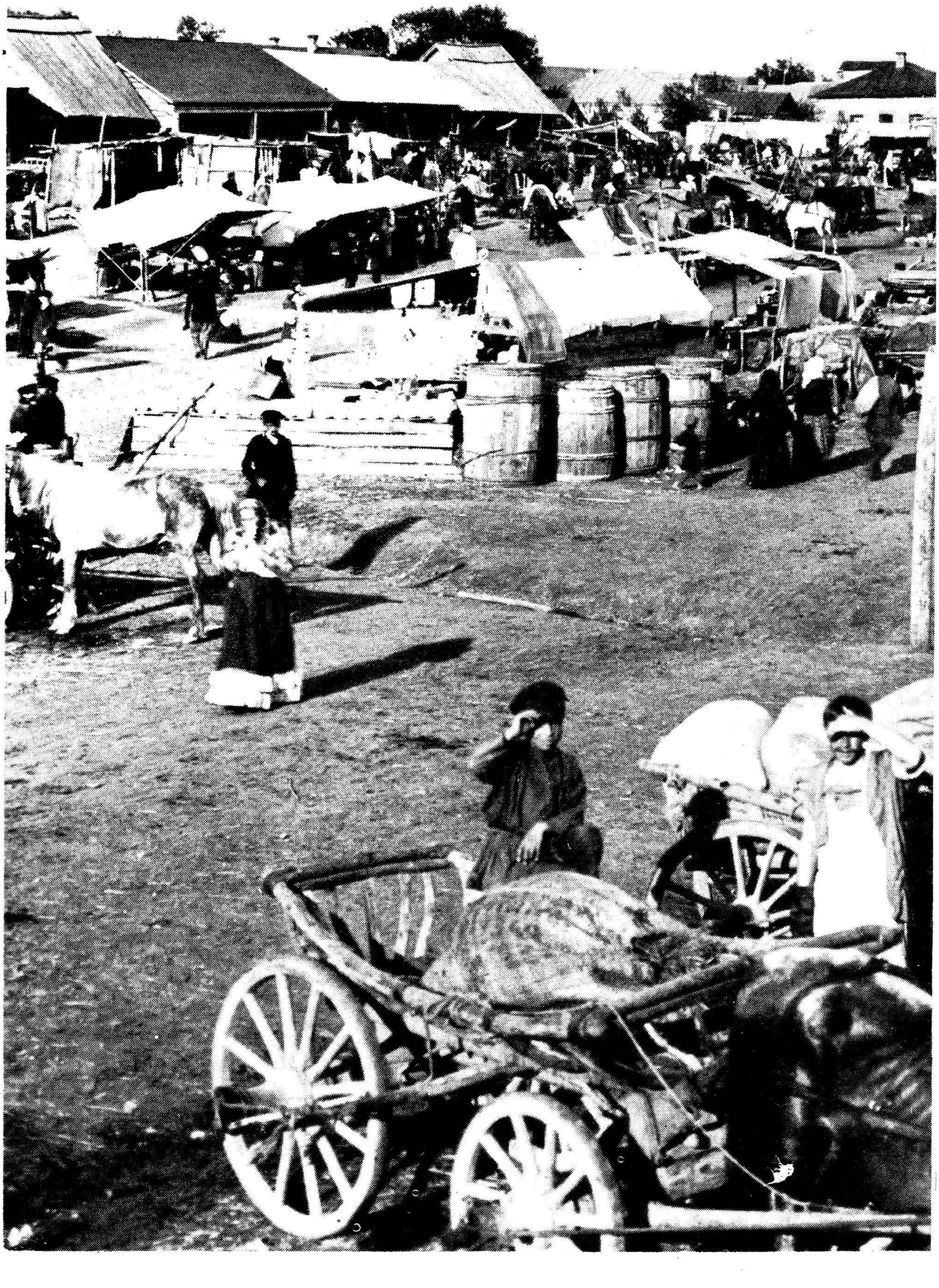
La vivienda obrera consistía, en general, en un edificio compartido por varias familias, estrechamente instaladas y con escasas o nulas condiciones de higiene. La superexplotación del proletariado lo mantenía al borde de la miseria absoluta, incapaz de afrontar las enfermedades, y menos aún, los despidos. La gran oferta de mano de obra conspiraba contra la lucha por superar esta condición. Los accidentes de trabajo alcanzaban altas proporciones y la jornada habitual de trabajo se extendía a lo largo de 11 ó 12 horas. Aún existían los castigos corporales.

Los orígenes del movimiento marxista

El crecimiento del movimiento campesino y el nacimiento del movimiento obrero en los años 1879-1880, culminan con el asesinato del Zar Alejandro II. A partir de allí la represión acorraló a los revolucionarios, reduciendo al mínimo sus actividades. Un pequeño grupo, proveniente del movimiento populista "Reparto Negro" inició una etapa de análisis que fue conduciéndolo cada vez más hacia el marxismo. El grupo lo encabezaba Plejánov, uno de los más brillantes teóricos del marxismo, quien junto con Vera Zasúlich y Axelrod formó su núcleo fundamental. En 1882 editan una traducción del *Manifiesto Comunista,* con un prólogo de Plejánov que muestra que aún no se lo podía considerar marxista. En setiembre de 1883 fundan el grupo "Emancipación del Trabajo", la primera organización marxista rusa. La actividad inicial exigió ajustar cuentas con la ideología populista. A fines de 1883 Plejánov abre la polémica, desde el marxismo, con su folleto *El socialismo y la lucha política.*

El punto de partida de este breve trabajo consiste en la consideración de que el triunfo del movimiento popular espontáneo, al estilo de la sublevación de Stenka Razin o las guerras campesinas de Alemania, no pueden dar satisfacción a las necesidades político-sociales de la Rusia contemporánea; que las antiguas formas de nuestra vida popular contienen en gran parte los gérmenes de su disgregación; que estas no pueden 'desarrollarse hacia la forma superior del comunismo' si no actúa sobre ellas un partido socialista *obrero,* poderoso y bien organizado". En 1885 Plejánov publica *Nuestras discrepancias*, donde realiza el primer análisis marxista de la economía rusa.

Lo fundamental de la polémica consistía en si el atraso ruso debía o no debía ser superado. Para los populistas este atraso era un aliado de la revolución rusa; en él encontraban los núcleos del socialismo. Los marxistas, por el contrario, sostenían que el crecimiento del capitalismo había liberado los "gérmenes de su disgregación" y que la comuna campesina se había convertido en un factor de atraso que complotaba contra la constitución del proletariado en clase autónoma, condición necesaria para el desarrollo de la revolución. El mérito fundamental del grupo Emancipación del Trabajo, consistió en haber puesto los cimientos teóricos de la socialdemocracia rusa y dado el primer paso hacia el movimiento obrero. La *Contribución al problema del desarrollo de la concepción monista de la historia*, la obra filosófica cumbre de Plejánov, "ha educado —decía Lenin— a toda una generación de marxistas rusos". En ella se encuentran los conceptos teóricos que, desarrollados por los bolcheviques, desembocan en la revolución de





1917, pese a que su autor se alzó espantado ante ella.
El desarrollo de Emancipación del Trabajo empalmaba con el crecimiento obrero.

Los brotes de la década del setenta continuaron creciendo. En la década del ochenta se produjeron 446 huelgas y acciones obreras, y en la primera parte de la década del noventa 232, con la participación de 157.000 obreros. 1885 es un año clave: en la provincia de Vladímir estalla una huelga en la fábrica Morózov. En ella actúa un núcleo de activistas influidos por el marxismo, rápidamente el movimiento se radicaliza y se debe apelar a las tropas para aplastarlo. Con el objeto de evitar conflictos de este tipo se sanciona una ley para reglamentar las relaciones entre obreros y patrones. El conflicto logró demostrar, pese a la derrota, que era posible obtener resultados positivos mediante la organización y acción conjunta de los obreros.

Comienzan a aparecer los primeros grupos marxistas en el interior de Rusia. En 1883 se fundó en Petersburgo el "Partido de los Socialdemócratas Rusos", que estableció rápidamente relaciones con el grupo de Plejánov y desapareció a principios de 1887, aplastado por la represión. A fines de 1885 se creó la "Hermandad de Operarios de San Petersburgo", que logró establecer una organización vinculada a los obreros y que en 1888 fue aniquilada por la policía. Sobre su base surgió en los años 1888-1889 el grupo de M. Brúsnev, grupo que logró convertirse en una organización con adherentes en casi todos los distritos de Petersburgo. En 1892 el grupo de Brúsnev organizó la celebración, —por primera vez en Rusia—del Primero de Mayo. Ese mismo año fue disuelto por la policía. A fines de la década del ochenta existían gran cantidad de círculos marxistas dispersos por Rusia que no evolucionaron hacia la integración de un movimiento único y que actuaban sin coordinación ni vinculación entre sí. El período que se extiende desde 1883 hasta 1894 se caracteriza por una lenta evolución de los marxistas, hacia formas superiores de organización, por la consolidación de los pilares teóricos de la socialdemocracia rusa y por la iniciación del movimiento hacia la fusión del socialismo científico con el movimiento obrero.

La "Unión de Lucha por la Emancipación de la Clase Obrera"

El de 1894 es un año importante en la gestación del movimiento revolucionario ruso, ingresa al ala marxista de la polémica un joven de 24 años, Vladímir Illich Uliánov, que para la militancia se llamaría Lenin. Adquiere renombre con una serie de trabajos en los que polemiza con el populismo y avanza en el desarrollo del marxismo a partir de la realidad rusa, la que es objeto de estudio sistemático. En su obra *¿Quiénes son los "amigos del pueblo" y cómo luchan contra los socialdemócratas?*, niega que los populistas sean herederos del movimiento de la década de 1870 y los ubica dentro del espectro del liberalismo burgués, demuestra el carácter reaccionario de la idealización de las condiciones rusas en momentos en que el capitalismo avanza vigorosamente y la vieja comunidad se ha convertido en un factor retardatario y formula por primera vez la estrategia que desarrollarán los bolcheviques hasta 1917.
En 1895, luego de un viaje al extranjero donde se encuentra con Plejánov y su grupo, funda en San Petersburgo, junto con Mártov y Potrésov, la Unión de Lucha por la Emancipación de la Clase Obrera, participan también en una serie de huelgas que comienzan a tener algunas características nuevas: Por un lado, aparecen los matices políticos, se supera el marco de

Lenin —en el centro— con otros miembros de un grupo revolucionario petersburgués, 1897. Al año siguiente varios de los grupos marxistas se fusionaron constituyendo el Partido Obrero Socialdemócrata.

Tres personajes de singular importancia en la historia rusa: Lenin, el máximo organizador del movimiento antizarista; Plejánov, uno de los primeros difusores del marxismo en Rusia, y Trotski, quien sería presidente del Soviet de Diputados de Petrogrado.

las reivindicaciones económicas y se introduce la problemática de la lucha contra el zarismo; por otro lado se acrecienta la organización obrera (el 60 % de las huelgas habidas entre 1895 y 1914 fueron organizadas). La Unión comienza a trabajar para editar un periódico —lo que indica el grado de influencia que ejercía— cuando sufre un duro golpe policial: son detenidos unos 40 de sus militantes. Entre ellos se encuentra Lenin.

En los años 1896 y 1897 se llevan a cabo en Rusia las primeras huelgas generales. Con motivo de la coronación de Nicolás II, el gobernador de San Petesrburgo decreta el cierre de las fábricas: las estatales debían cerrar tres días y las privadas uno. Los obreros de estas últimas podían disponer de dos días más pero sin goce de sueldo, de lo que se enteran al cabo de los tres días.

Rápidamente cunde el descontento: en dos días se paralizan las fábricas textiles y unos 30.000 obreros se pliegan a la huelga. A la novedad de la huelga general se añadía la evidencia del alto grado de organización que habían alcanzado los obreros rusos. Esta se apoyaba en los comités de obreros en huelga, los cuales elegían representantes con la misión de ligar a las fábricas entre sí. En estos comités de enlace estaban los gérmenes de una forma organizativa que luego sufriría un vertiginoso desarrollo: los soviets de diputados obreros o consejos obreros.

En enero de 1897 estalla nuevamente la huelga y esta vez los obreros logran triunfar: la jornada de trabajo se limita a once horas y media.

La última década del siglo XIX se caracterizó por el crecimiento constante de la actividad obrera. En 1893 el gobierno apeló 19 veces a las tropas para reprimir huelgas y movilizaciones obreras; en 1899 lo hizo 50 veces; en 1900, 33; en 1901, 241 y en 1902, 522.

Poco a poco la influencia del movimiento marxista se extiende por toda Rusia. Esta cuenta con círculos en las ciudades más importantes. En 1893 se forma la Socialdemocracia de Polonia; en 1897 la Unión general obrera judía de Rusia y Polonia (el *Bund).* Surgen también los primeros círculos socialdemócratas en Letonia, Ucrania y Transcaucasia. Ya habían sido puestos en claro los principios teóricos fundamentales de la socialdemocracia; ahora se trataba de precisar los términos de su acción: las formas de su actividad, su programa político, su táctica. Desde el punto de vista teórico el libro de Lenin *El desarrollo del capitalismo en Rusia* proveyó a la socialdemocracia de una clara visión de la estructura económico-social rusa.

El Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia

En marzo de 1898 se realizó el primer congreso de los sosocialdemócratas rusos. Un grupo de nueve delegados, representantes de seis organizaciones, proclamó la creación del POSDR y emitió un "Manifiesto". Pero, a los pocos días, los miembros del Comité Central del POSDR fueron apresados. Pese a no poder cumplir con su misión de unificar la acción de los círculos socialdemócratas, no puede negarse que estos hombres desempeñaron un papel importante al proclamar la creación del POSDR. Es entre 1898 y 1903 cuando se elabora la línea política socialdemócrata. Dos polémicas fundamentales se libran en esa época: una en torno al economicismo ; la otra con respecto al marxismo legal. Los economistas jerarquizaban la lucha económica de los obreros. A partir del hecho de que el proletariado a través de la lucha económica, pugna por conseguir mejores condiciones para la venta de su fuerza de trabajo, los economistas consideraban que los obreros pueden desarrollar su









conciencia de clase por medio de esa lucha. Ahora bien, en la medida que el socialismo brinda una explicación de los males que aquejan a la clase obrera esta se acerca a él; pero la presión y el dominio de la ideología burguesa a través de infinitos hábitos y costumbres hace que sea esta la que se imponga espontáneamente. De allí la necesidad de superar el marco económico para desarrollar la conciencia de clase del proletariado. La incomprensión de este aspecto impedía a los economistas llegar al enfrentamiento definitivo con la autocracia. El "marxismo legal", por su parte, era una corriente ideológica inspirada por Struve, el redactor del Manifiesto fundacional del POSDR, quien viró desde el marxismo a una posición completamente proburguesa. A partir del reconocimiento del carácter progresista del capitalismo con respecto al feudalismo, planteaba como tarea del proletariado ruso el apoyo a la gestión de la burguesía con el fin de impulsar el desarrollo del capitalismo. Pese a la importancia que tuvo esta tendencia en su momento, rápidamente se convirtió en un portavoz de los intereses burgueses y desapareció del seno de la socialdemocracia.

Los socialdemócratas partían del reconocimiento de que la lucha por el socialismo era su objetivo. En esta lucha el principal obstáculo era la presencia de la autocracia.

"La lucha de la clase obrera por su liberación —decía Lenin— trae necesariamente la lucha contra el poder absoluto del gobierno autocrático." La primera tarea que se planteaba a la clase obrera era la de conquistar las libertades políticas.

Una lucha en la que debía estar al frente de los sectores que enfrentaban al poder autocrático. En otros términos, la relación de clases exigía un poder popular que derrocara al zarismo, como paso previo a la revolución.

A partir del reconocimiento de esta fase previa al socialismo que debía atravesar la revolución, los socialdemócratas tomaban en cuenta la particular situación del campesinado ruso, puesto que esto cargaba sobre sus hombros supervivencias precapitalistas. De allí la disposición socialdemócrata a aliarse con él para luchar contra los restos de la servidumbre y el absolutismo. En contraste con los populistas, los socialdemócratas se cuidaban de apoyar a la pequeña propiedad agraria, pues reconocían en ella un elemento *reaccionario* frente a la hacienda capitalista. Su planteo respecto al campo se resumía en la supresión de las instituciones y relaciones precapitalistas y en el dar un cauce más abierto a la lucha de clases. Asignaban al campesinado el papel de aliado fundamental del proletariado y, sobre la base de esta alianza —en la cual la hegemonía estaría en manos de la clase obrera— marchaban al derrocamiento de la autocracia teniendo por objetivo la vigencia de la democracia burguesa como paso previo a la instauración del socialismo. Esta etapa previa sería posteriormente teorizada por los bolcheviques como "dictadura democrático-revolucionaria del proletariado y el campesinado". Aparentemente los socialdemócratas coincidían en general con la posición que hemos esquematizado más arriba. Las diferencias que aparecieron hasta 1905 fueron fundamentalmente de poca importancia.

Iskra y el Segundo Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata

Hacia fines de 1900 comenzó a publicarse en Ginebra el periódico *Iskra* (*La chispa*). Su secretaria es N. Krúpskaia y su cuerpo de redacción estaba constituido por Plejánov, Mártov, Axelrod, Potrésov, V. Zasúlich y Lenin. En su seno se discutieron y se definieron los aspectos fundamentales de la línea socialdemócrata.

El zar Nicolás II y su esposa, últimos representantes del absolutismo monárquico. Su caída daría origen al proceso que culminó en 1917 con la implantación del primer gobierno obrero.

Tropas zaristas marchan hacia el frente de batalla en la guerra ruso-japonesa de 1905. La holgada victoria que los rusos imaginaban —el dibujo de la derecha satiriza al ejército japonés —se convirtió en una humillante derrota que puso al descubierto la crisis del imperio ruso.

La declaración que publica la redacción de *Iskra* en su primer número señala no sólo la extraordinaria difusión alcanzada por el marxismo en los últimos años sino también la principal característica del movimiento: su dispersión e inorganicidad. Por otra parte, la elaboración revisionista llevada a cabo por Bernstein exigía una respuesta clara por parte de la socialdemocracia revolucionaria. La redacción se proponía trabajar para formar un partido político bajo la bandera de la socialdemocracia, entendiéndolo "como un partido revolucionario dirigido contra el absolutismo, ligado indisolublemente al movimiento obrero". "El proletariado —decía —, la clase más revolucionaria de la Rusia actual, solamente si se organiza en un partido así será capaz de realizar la tarea histórica a la que está destinado: unir bajo su bandera a todos los elementos democráticos del país y conducir esa lucha tenaz de tantas generaciones sacrificadas, hasta el triunfo final sobre el detestado régimen."

En dos años y medio —los que van de su creación hasta el segundo Congreso del Partido Sociademócrata— *Iskra* conquistó claramente la hegemonía política e ideológica dentro del movimiento. En su redacción se encontraba el núcleo fundamental de la socialdemocracia y alrededor de él se articuló una red de agentes encargados de la difusión y de las corresponsalías. En su seno se elaboraron los materiales básicos del Congreso: programa, estatuto, resoluciones, etc. La sedimentación ideológica que se fue produciendo, sólida y coherente, no se llevó a cabo sin roces entre sus redactores. Con todo, *Iskra* llegó al segundo Congreso con una propuesta revolucionaria muy elaborada, que es la que hemos sintetizado antes.

A comienzos de julio de 1903 se reunieron en Bruselas y Londres, para el segundo Congreso, 58 delegados, de los cuales 14 no tenían derecho al voto. Una serie de incidentes puso en evidencia que la tendencia encabezada por *Iskra*, fuerte y homogénea en algunas discusiones, era en otros planos bastante inestable. En la polémica sobre los economistas —que se oponían a la existencia de un partido centralizado— no se produjeron mayores fisuras. Pero en el famoso debate sobre el punto uno de los estatutos aparecieron importantes diferencias. Lenin, en su propuesta sobre las obligaciones a las que debían ajustarse los miembros del partido, exigía que estos participaran personalmente en una de sus organizaciones.

Mártov, por su parte, exigía que trabajaran bajo el control y dirección de una de las organizaciones del partido. La diferencia estaba en que la propuesta de Lenin hacía del partido una instancia más restrigida que la de Mártov con el objetivo de evitar la incorporación de elementos oportunistas.

La redacción de *Iskra* se dividió: la propuesta de Lenin fue apoyada sólo por Plejánov. Pero para entender el carácter que se le dio a la discusión cabe señalar que en un principio Mártov estuvo a punto de retirar su propuesta, pues consideraba que la diferencia no era esencial, sin embargo, posteriormente las diferencias fueron agrandándose y ya resultó imposible volver atrás. El proyecto de Mártov resultó mayoritario gracias a los votos del *Bund* y de los economistas. Pero cuando el *Bund* presentó sus estatutos estos fueron rechazados pues mediante ellos se constituía en *único* representante de los obreros judíos y los socialdemócratas no podían aceptar escindir a los obreros judíos del resto de los obreros rusos. Este rechazo hizo que el *Bund* se retirara del congreso, quedando entonces el sector de Mártov en minoría. El abismo se ahondó aún más cuando hubo que elegir el Comité Central y la redacción del Organo Central.

El esquema de dirección propuesto por *Iskra* separaba la dirección política (a cargo del Comité Central) de la dirección





Las vísperas del domingo sangriento por un testigo presencial

Desde el 7 de enero la huelga de Petersburgo se había convertido en huelga general [...] Hasta ahora la dirección del movimiento está en manos de los subatovistas. Petersburgo no había vivido hasta ahora nada semejante, y siente uno que se le contrae de miedo el corazón ante la inseguridad de si la organización socialdemocrática estará en condiciones de ponerse a la cabeza del movimiento en un plazo previsible. La situación es sumamente seria. Durante todos los últimos días se han celebrado en todas las barriadas de la ciudad mitines obreros de masas en los locales de la "Unión de Obreros Rusos". Miles de obreros se agolpan durante todo el día en las calles, delante de los locales en que se celebran los mitines. De vez en cuando, los socialdemócratas pronuncian discursos y reparten volantes. En general, son acogidos con simpatía, aunque los subatovistas tratan de organizar la oposición. Tan pronto como se habla de la autocracia comienzan a gritar: "¡Eso no nos interesa; la autocracia no nos estorba!" Sin embargo, en los discursos pronunciados por los subatovistas en los locales de la 'Unión" se presentan todas las reivindicaciones de los socialdemócratas, desde la jornada de ocho horas hasta la convocatoria de una representación popular, a base del sufragio universal, directo y secreto. Pero los subatovistas aseguran que la realización de estas exigencias no representa el derrocamiento de la autocracia, sino un acercamiento del pueblo al zar, la eliminación de la burocracia, que separa al zar del pueblo.

En los locales de la "Unión" intervienen también oradores socialdemócratas y sus discursos son recibidos con simpatía, pero la iniciativa de las propuestas prácticas parte de los subatovistas. Estas propuestas son aprobadas, a pesar de las objeciones de los socialdemócratas. Su contenido es, en esencia, el siguiente: el domingo 9 de enero los obreros desfilarán hasta el Palacio de Invierno para entregar al zar, por mediación del cura Gapón, una petición escrita en la que se enumeran todas las reivindicaciones obreras y que termina con las siguientes palabras: "O nos concedes todo esto o moriremos". Los dirigentes de los mitines añaden lo siguiente: "Si el zar no concede lo que le pedimos tendremos las manos libres, y entonces lucharemos en contra de él y levantaremos la bandera roja. Si nuestra sangre es derramada, caerá sobre su cabeza". La petición es aprobaba en todas sus partes. Los obreros juran que el domingo acudirán todos a la plaza, "con sus mujeres y sus niños". Hoy será firmada la petición en los distintos barrios de la ciudad y hacia las 2 se reunirán todos en la "Casa del pueblo" para celebrar un mitin final.

Todo esto se lleva a cabo sin que lo estorbe para nada la policía, que ha sido retirada de todas partes, aun cuando los gendarmes de caballería se ocultan en los patios de algunos edificios.

Hoy han aparecido pegados en las calles bandos del comandante de la ciudad, prohibiendo las aglomeraciones y amenazando con el empleo de las armas. Los obreros los arrancan. Se concentran en la ciudad tropas traídas de los alrededores. El personal de los tranvías (cobradores y conductores) ha sido obligado por los cosacos, sable en mano, a volver al trabajo.

(Testimonio citado por Lenin en "Jornadas revolucionarias", en *Obras completas*, Buenos Aires, Cartago, 1959, t. VIII.)

ideológica (a cargo del Organo Central) y dejaba el papel de árbitro entre ambas instancias. Como Organo Central se proclamó a *Iskra.* El Consejo, por su parte, estaría formado por un presidente elegido por el Congreso, dos representantes de *Iskra* y dos del Comité Central. Se daba por descontado, tal como sucedió, que el presidente sería Plejánov. Lenin proponía que la redacción de *Iskra* se redujera a tres personas: Plejánov, Mártov y él mismo; con esto la redacción de *Iskra* tendría un peso fundamental en la dirección del partido. Este es el punto a partir del cual se lo acusó a Lenin de intentar dominar al partido. Como argumento fundamental se atacó el centralismo, olvidando que la lucha contra los economistas se había dado a partir de la defensa del centralismo. Como ha señalado Deutscher, "tal como lo demostraron los acontecimientos, el proyecto no podía por sí mismo darle a Lenin más influencia de la que había tenido dentro de la antigua situación. Si tendía a colocar en una posición privilegiada a alguna persona, esa persona era Plejánov".

La propuesta de Lenin sobre la organización de la dirección ganó la votación. Aparecen así los bolcheviques (mayoritarios) y los mencheviques (minoritarios). Pero el tipo de problemas tratados impidió que estas tendencias surgieran con claridad. Reformistas y revolucionarios las prefiguraron en discusiones sobre temas en los que la distancia entre ambas corrientes no era aún grande. Lo cierto es que a partir de estas diferencias personas como Mártov solidificaron su alianza con el sector oportunista del partido. Que las disidencias en el seno del Congreso respondían a la división entre reforma y revolución resulta claro analizando la actividad posterior de mencheviques y bolcheviques. Apenas seis meses después del Congreso Lenin señaló este origen de las divergencias: "Es [...] indudable e indiscutible que la *minoría la*

formaban los miembros de nuestro partido más inclinados hacia el oportunismo [. . .] La minoría se formó, en efecto, sobre la base del *ala derecha* del partido. La división en una mayoría y una minoría es la continuación directa e inevitable de la división de la socialdemocracia en un ala revolucionaria y un ala oportunista [. . .]". Es así que a partir de este Congreso se constituyeron los dos grupos fundamentales en que se dividió la socialdemocracia rusa: bolcheviques y mencheviques.

Socialistas revolucionarios

En el primer lustro del siglo surgen tres partidos políticos: el Partido Obrero Social-demócrata, el Partido Revolucionario (1901) y un partido liberal (1903). Los socialistas revolucionarios tomaban del populismo la confianza en la comunidad y el terrorismo. En la primera veían el germen del socialismo en Rusia y, por lo tanto, criticaban la destrucción de la comunidad que llevaba a cabo el avance del capitalismo. Esta visión, paulatinamente, fue adquiriendo caracteres reaccionarios, llegando a la completa idealización del atraso ruso. Concentraba sus esfuerzos en la agitación en el seno del campesinado y el movimiento obrero les resultaba ajeno: de cincuenta publicaciones aparecidas en 1902, sólo una se refería al movimiento obrero. La actividad terrorista estaba a cargo de la Organización de Combate y sus objetivos eran desorganizar al enemigo, servir 'de instrumento de propaganda y agitación" y llevar a cabo una especie de "lucha abierta sostenida ante la mirada de todo el pueblo, que iría minando el prestigio del gobierno". La Organización de Combate estaba formada por voluntarios que no eran conocidos por el Comité Central, el cual se limitaba a indicar los objetivos, y fue armada en 1902 por Guerchuni, quien ese mismo año planeó la ejecución del ministro de Salud Pública. Entre sus miembros figuraba el ingeniero Azev, un agente policial que vendió a Gerchuni y dirigió durante varios años la Organización. Su mecánica hacía a ésta fácil presa de la provocación policial: sólo en 1909 se pudo comprobar que Azev era un provocador policial. Cuando el zar publicó su Manifiesto de octubre de 1905, una colección de tímidas y vagas promesas, el Partido Socialista Revolucionario, desorientado ante este documento, resolvió el cese de la acción terrorista. Posteriormente, cuando se produjo la reacción, volvió a las acciones armadas que fueron 58 en 1905, 93 en 1906 y 74 en 1907.

Prolegómenos de la revolución de 1905

Entre 1900 y 1905 la agitación revolucionaria aumenta constantemente. A partir de 1902 renace el movimiento universitario, y en la misma época se produce una serie de revueltas campesinas. Por su parte, las movilizaciones obreras provocan la intervención de las tropas del ejército: 522 veces en 1902 y 427 en 1903. En este año actúan, en la represión 160.000 soldados, un número que supera todos los anteriores.

En el movimiento obrero se levantan por lo común programas que combinan las reivindicaciones económicas con las políticas. El peligro de que los obreros se acercaran a los revolucionarios hizo que el jefe de policía, Zubátov, creara una especie de sindicato con la intención de desviar a los obreros de la lucha política y de encauzar sus relaciones con los patrones. El cura Gapón, de destacada actuación en los sucesos de 1905, formaba parte de estos sindicatos.

A principios de 1904 el panorama distaba de ser favorable a la autocracia. Los obreros recurrían constantemente a la huelga, los

"Según los informes que se reciben de todos los puntos de Rusia, la negativa a satisfacer las reivindicaciones populares podría ser la causa de perturbaciones considerables en el país y suscitaría necesariamente una insurrección general." —Del Segundo Congreso de la Unión Campesina—.

campesinos se hallaban empobrecidos, la intelectualidad había sido definitivamente alejada del gobierno y los liberales se oponían a la acción gubernamental. Es en este marco que estalla —en enero de 1904— la guerra con el Japón. Plehve, ministro del interior y uno de los personajes más odiados por su política represiva, su desprecio por el pueblo y su antisemitismo, sostenía: "para frenar la revolución necesitamos una pequeña victoria militar". Pero la guerra ruso-japonesa resultó una catástrofe para el zarismo: los triunfos iniciales fueron seguidos por una ola de derrotas. El movimiento revolucionario se reactivó, los liberales comenzaron a oponerse abiertamente a la guerra e ingresó un nuevo y explosivo factor: en Polonia se reanudaron las manifestaciones y movimientos antirrusos. El 15 de julio de 1904 muere Plehve en un atentado. Su desaparición quiebra el frente gubernamental y su sucesor intenta reubicar al gobierno ante las demandas planteadas. Pero la autocracia estaba encerrada en los términos de una contradicción irresoluble: por un lado, al mantener a sangre y fuego su política, acrecentaba la oposición e impulsaba la movilización revolucionaria; por el otro, si intentaba una apertura que satisfaciera algunas demandas impulsaba al pueblo a profundizar su lucha por ellas.
Los liberales, que exigían la convocación de una Asamblea Constituyente, intensificaron su acción política. En noviembre realizaron una reunión de representantes de todo el país, en la que aprobaron una resolución señalando la necesidad de introducir reformas y de que el zar se pusiera a la cabeza de ellas: "Como en la época de la emancipación de los campesinos, el gobierno debe estar en la primera línea de la sociedad y no en su retaguardia si quiere dirigir y retener su posición dirigente suprema". Los liberales tenían tanto o más temor que el zar a la revolución y eran mucho más conscientes que la autocracia





Manifestación obrera antizarista en Petrogrado. A causa de las condiciones laborales se sucedieron varios paros y huelgas: el día 5 de enero pararon 26.000 obreros y entre el 7 y el 8 la cifra llegó a 110.000. La manifestación reivindicativa del 9 de enero, en la que participaron más de 200.000 hombres, mujeres y niños, sería atacada sangrientamente por las tropas.

Manifiesto de los obreros al Zar (enero de 1905)

Nosotros, obreros de San Petersburgo, con nuestras mujeres y niños, con nuestros padres, ancianos y desvalidos, hemos venido a ti, nuestro gobernante, en busca de protección y justicia. [...] No tenemos fuerza alguna, ¡oh soberano! Nuestra paciencia se acaba. Nos estamos aproximando a ese momento en que la muerte es mejor que continuar padeciendo unos sufrimientos intolerables. [...]

¡Majestad! Henos aquí, a muchos miles de entre nosotros; tenemos apariencia humana, pero, de hecho, no tenemos ningún derecho humano, ni siquiera el de hablar, el de pensar o el de reunirnos para discutir nuestras exigencias o los pasos que tenemos que dar para mejorar nuestras condiciones. Vuestros oficiales nos han convertido en esclavos. Cualquiera de nosotros que se atreva a levantar la voz en defensa de la clase obrera irá a la cárcel o al exilio. [...] Todo obrero y campesino está a la merced de los funcionarios de su majestad, que aceptan el soborno, que roban el tesoro y que no se preocupan lo más mínimo por los intereses del pueblo. La burocracia del Gobierno ha arruinado al país, lo ha lanzado a una guerra vergonzosa y está conduciendo a Rusia a la mayor de la ruinas. [...] El pueblo se ve privado de todo derecho de discutir los impuestos y el uso que de ellos se hace. Los trabajadores no tienen derecho a organizar sus propios sindicatos para la defensa de sus propios intereses.

¿Se halla esto de acuerdo, ¡oh soberano!, con la ley de Dios, por cuya gracia vos reináis? ¿Y cómo podemos vivir bajo tales leyes? Echad abajo el muro que os separa de vuestro pueblo [...] El pueblo debe estar representado en el control de los asuntos del país. Solamente el pueblo conoce sus propias necesidades. No rechacéis su ayuda, aceptadla, ordenad que se unan los representantes de todas las clases, grupos y profesiones. Que capitalistas y obreros, burócratas y sacerdotes, doctores y maestros se reúnan y elijan a sus representantes. Que todos sean iguales y libres. Y haced que a este fin la elección de los miembros de la Asamblea Constituyente tenga lugar en condiciones de sufragio universal, secreto e igual.

Esta es nuestra principal petición; de ella depende todo lo demás; este es el único bálsamo para nuestras heridas; sin él nuestras heridas no curarán jamás y seremos conducidos rápidamente a la muerte.

Pero esta medida no puede por sí sola remediar todos nuestros males. Se necesitan otras muchas; y os las expondremos directa y abiertamente, ¡oh soberano!, como a nuestro padre.

(Citado por Kochan en *Rusia en revolución*, Madrid, Alianza Editorial, 1968.)

"A los soldados y a los oficiales que asesinan a nuestros hermanos inocentes, a sus mujeres y a sus hijos, a todos los opresores del pueblo: mi maldición pastoral." —Declaración de Gapón en la noche del 9 de enero de 1905—.

de que una vez abierto el cauce a un movimiento revolucionario de masas la burguesía en Rusia tendría los días contados. Pero también eran conscientes de que el asunto no se reducía a la represión: se trataba de montar a Rusia sobre nuevas bases, reordenar la sociedad para fortalecer el camino burgués. Esta perspectiva les hacía detenerse espantados ante la acción autónoma de las masas obreras y campesinas. Frente a ello, incluso el terrorismo les resultaba una alternativa aceptable en ciertas circunstancias. En 1902, en una reunión con el grupo de *Iskra*, Miliúkov —futuro jefe de los constitucionalistas de 1917— no tuvo empacho en criticarles su campaña contra el terrorismo: "Dejemos —afirmaba— que haya dos o tres atentados contra los ministros del zar y obtendremos una Constitución".

El 14 de diciembre el gobierno retomó la iniciativa. Emitió un violento comunicado en el que declaraba que no estaba dispuesto a tolerar transgresiones a sus disposiciones y que sólo él disponía del derecho de discutir los asuntos relativos a la marcha del país. Esta pugna entre el zarismo y la oposición liberal empalmó con la reanimación de la actividad del movimiento obrero. En abril el cura Gapón, con el apoyo policial, había comenzado en Petrogrado la organización de sus sindicatos. A fines de año contaba con más de 2000 afiliados (hay estimaciones que lo hacen llegar a los 8.000) y dominaba un núcleo bastante fuerte en las fábricas de Putílov, una de las mayores empresas metalúrgicas. A principios de diciembre son despedidos 4 obreros de Putílov que pertenecían a la sociedad y Gapón organiza un paro el 3 de enero, al que se pliegan todos los obreros de la fábrica. A los pocos días el paro se extendió a todo Petrogrado: el 5 de enero pararon 26.000 obreros y entre el 7 y el 8 la cifra alcanza a más de 111.000.

El gobierno no se quedó a la expectativa: el día 7 las tropas ocuparon los puntos estratégicos

Las jornadas de enero

La petición de los obreros oponía a la frasealogía confusa de las resoluciones liberales los términos precisos de la democracia política; además, introducía el espíritu de clase al exigir el derecho de huelga y la jornada de ocho horas. Su significación política no reside empero en el texto, sino en el hecho. La petición servía de prólogo a una acción que había de unir a las masas obreras ante el fantasma de una monarquía idealizada, con el resultado de oponer inmediatamente al proletariado y la monarquía real como enemigos mortales.

La marcha de los acontecimientos ha quedado en todas las memorias. Los incidentes se sucedieron, durante algunos días, con una notable moderación, persiguiendo siempre el mismo objetivo. El 3 de enero, estalló la huelga en la fábrica Putílov. El 7 de enero, el número de huelguistas se elevaba a 140.000. La huelga alcanzó su apogeo el 10 de enero. El 13 se volvió al trabajo. De suerte que estamos en presencia de un movimiento antes que nada económico que tiene por causa un motivo ocasional. El movimiento se extiende, arrastra a decenas de millares de obreros y se transforma por consiguiente en un acontecimiento político. A la cabeza del movimiento se encuentra la "Sociedad de Obreros de Talleres y Fábricas", organización de origen policial. Los radicales, cuya política de banquetes ha entrado en un callejón sin salida, arden de impaciencia. Se hallan descontentos por el carácter puramente económico de la huelga y empujan hacia adelante al conductor del movimiento, Gapón. El cual se compromete en las masas obreras, tal desbordamiento en la vía política y encuentra, de descontento, irritación y energía revolucionaria que los planes de sus inspiradores se pierden y ahogan en él. La socialdemocracia pasa a primer plano. Es acogida con manifestaciones hostiles, pero pronto se adapta a su auditorio y le subyuga. Sus enseñas se convierten en las de la masa y quedan fijadas en la petición.

El gobierno se oculta. ¿Por qué razón? ¿Perfidia? ¿Provocación? ¿O bien miserable confusión? Una cosa y otra. Los burócratas, en torno al príncipe Sviatopolsk, permanecen estúpidos, sin saber qué hacer. La banda de Trepov, que se había apresurado a poner fin a la "primavera" y que, por consiguiente, había preparado conscientemente una matanza, permite a los acontecimientos desarrollarse hasta su final lógico. El telégrafo tuvo plena libertad de informar al mundo entero respecto a las etapas recorridas por la huelga de enero. El último portero de París sabía con tres días de antelación que en Petersburgo, el domingo 9 de enero, a las dos de la tarde, debía estallar la revolución. Y el gobierno ruso no hizo nada para impedir la efusión de sangre.

En las once secciones de la "Sociedad" obrera, las reuniones proseguían sin interrupción. Se elaboraba, se redactaba la petición y se deliberaba sobre el plan de un cortejo que avanzaría hacia el palacio. Gapón corría en coche de una sección a otra, los agitadores de la socialdemocracia habían perdido la voz a fuerza de hablar y caían extenuados. La policía no se mezclaba en nada. No existía.

De acuerdo con la resolución adoptada en común, el avance hacia el palacio fue pacífico: no se cantaba, ni se llevaban banderas, ni se pronunciaban discursos. Los manifestantes iban endomingados. En algunas partes de la ciudad llevaban iconos y oriflamas. En todas partes tropezaron con las tropas. Suplicaron al ejército que concediese el paso, imploraron, intentando rodear los destacamentos o atravesarlos. Los soldados dispararon durante toda la jornada. Los muertos se contaron por cientos, los heridos por miles. No pudo establecerse su número exacto, pues la policía retiraba los cadáveres durante la noche, haciéndolos desaparecer secretamente.

A medianoche, el 9 de enero, escribía Jorge Gapón: "A los soldados y a los oficiales que asesinan a nuestros hermanos inocentes, a sus mujeres y a sus hijos, a todos los opresores del pueblo: mi maldición pastoral. A los soldados que ayuden al pueblo a obtener la libertad, mi bendición. Les eximo de su juramento de soldados hacia el zar traidor que ha ordenado verter sangre inocente . . ."

La historia se sirvió del plan fantástico de Gapón para llegar a sus fines y no le quedaba al clérigo sino sancionar con la autoridad sacerdotal sus conclusiones revolucionarias.

(Trotski, *1905. Resultados y perspectivas*, París, Ruedo Ibérico, 1971.)

La revolución de 1905

Hasta el 9 de enero de 1905 el partido revolucionario de Rusia constaba de un pequeño grupo de personas. Los reformistas de entonces (exactamente como los de ahora) se burlaban de nosotros tildándonos de "secta". Varios centenares de organizadores revolucionarios, algunos miles de afiliados a las organizaciones locales, media docena de hojas revolucionarias, que no salían más de una vez al mes, se editaban sobre todo en el extranjero y llegaban a Rusia de contrabando, después de vencer increíbles dificultades y a costa de muchos sacrificios: he aquí lo que eran en Rusia, antes del 9 de enero de 1905, los partidos revolucionarios y, en primer término, la socialdemocracia revolucionaria. Esta circunstancia daba a los altivos y obtusos reformistas el derecho de afirmar que en Rusia aún no había un pueblo revolucionario. No obstante, el panorama cambió por completo en el curso de unos meses. Los centenares de socialdemócratas revolucionarios se convirtieron "de pronto" en millares, los millares se convirtieron en jefes de dos o tres millones de proletarios. La lucha proletaria suscitó una gran efervescencia, que en parte fue movimiento revolucionario, en el seno de una masa campesina de cincuenta a cien millones de personas; el movimiento campesino repercutió en el ejército y provocó insurrecciones de soldados, choques armados de una parte del ejército con otra. Así, pues, un país enorme, con 130.000.000 de habitantes, se lanzó a la revolución; así, pues, la Rusia aletargada se convirtió en la Rusia del proletarialo revolucionario y del pueblo revolucionario.
Es necesario estudiar esta transición; comprender cómo fue posible, cuáles fueron, por así decirlo, sus métodos y caminos.
El medio principal de esa transición fue la *huelga de masas*. La peculiaridad de la revolución rusa consiste precisamente en que, por su contenido social, fue una revolución *democrático-burguesa*, mientras que, por sus medios de lucha, fue una revolución *proletaria*. Fue democrático-burguesa porque el objetivo inmediato que se proponía, y que podía alcanzar directamente con sus propias fuerzas, era la república democrática, la jornada de ocho horas y la confiscación de los inmensos latifundios de la nobleza, medidas todas ellas que la revolución burguesa de Francia llevó casi plenamente a cabo en 1792 y 1793.
La revolución rusa fue a la vez una revolución proletaria, no solo por ser el proletariado su fuerza dirigente, la vanguardia del movimiento, sino también porque el medio de lucha específicamente proletario, la huelga justamente, fue el medio principal para poner en movimiento a las masas y el fenómeno más característico del sinuoso desarrollo de los acontecimientos decisivos.
La revolución rusa es, en la historia mundial, la primera gran revolución —y sin duda no será la última— en que la huelga política de masas ha desempeñado un papel extraordinario. Se puede incluso afirmar que es imposible comprender los acontecimientos de la revolución rusa y la sucesión de sus formas políticas si no se estudia el *fondo* de esos acontecimientos y de esa sucesión de formas . . . (Enero de 1917.)
(Lenin, "Informe sobre la revolución de 1905", en *Obras completas*, Buenos Aires, Cartago, 1957, t. XXIII.)

Instrucciones para la insurrección de Moscú

1. No actuar en masa. Hay que realizar las operaciones en pequeños grupos de tres o cuatro hombres como máximo, multiplicar estos grupos lo más posible y que cada uno de ellos aprenda a atacar resueltamente y a desaparecer con prontitud. La policía trata de fusilar a miles de personas con solo cien cosacos. A esos cien cosacos no deben enfrentarse más de dos o tres tiradores, porque es más fácil alcanzar a un grupo que a un hombre solo, sobre todo si este último sabe disparar inopinadamente y desaparecer en un instante.
2. Por otra parte, no debe intentarse nunca ocupar posiciones fortificadas, porque la tropa siempre sabrá tomarlas o, simplemente, destruirlas con su artillería. Las mejores fortalezas son los lugares de paso y todos los sitios desde donde es más fácil tirar y escapar. Si la tropa llegase a tomar un lugar de este tipo no encontraría a nadie, habiendo perdido, sin embargo, muchos hombres en el empeño.
(De los carteles pegados por el Partido Socialdemócrata.)

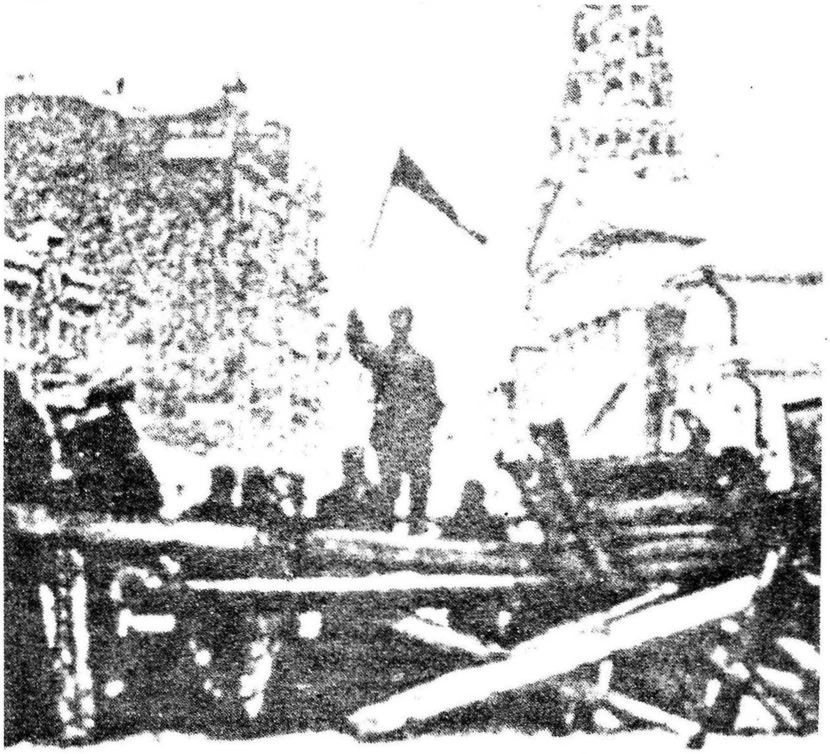
fundamentales. En esta situación Gapón lanzó la idea de dirigirse directamente al zar, evitando los intermediarios, para plantearle los problemas de los obreros.

9 de enero de 1905: el "domingo sangriento"

En los días previos al 9 de enero Petrogrado hervía por la actividad de los miembros de la Sociedad de Gapón, mientras el gobierno aguardaba pasivamente la manifestación programada para el domingo.
Resultaba evidente que se preparaba para un brutal enfrentamiento. El gobierno dejaba hacer no sólo porque estaba paralizado y carecía de iniciativa sino también, y esto es lo decisivo, porque se proponía dar un escarmiento ejemplar al proletariado. Gapón informó al gobierno sobre la manifestación e hizo un pedido de audiencia al zar. Este le fue denegado y se ordenó su detención. Sin embargo, la policía le dejó seguir actuando a la luz del día. La explosividad de la situación era evidente para todos. Un grupo de liberales fracasó en el intento de mediar y evitar el choque . La Sociedad había resuelto que la manifestación fuera pacífica: no se debía cantar ni llevar banderas, ni habría discursos. Los únicos símbolos que podían llevar los manifestantes eran efigies del zar, iconos sagrados y estandartes de la iglesia. Los obreros social-demócratas participaron activamente en la preparación de la manifestación, pero en general sus propuestas —de mayor contenido político— no lograron aceptación. Pese a ello estuvieron presentes en la manifestación.
Los obreros llevaban un manifiesto en que apelaban al zar para resolver sus problemas, planteados éstos con sencillez y claridad. El tono general del documento ejemplificaba su actitud ante el zar al mismo tiempo que algunos puntos marcaban clara-



Domingo 9 de enero de 1905: las tropas ya han disparado contra la pacífica multitud que pedía ver al "padrecito zar" Una segunda carga de caballería se dispone a lanzarse sobre los manifestantes. Abajo: Como consecuencia del "domingo sangriento" la oposición comienza a articular su estrategia. En octubre 513.000 obreros se adhieren a la huelga general y levantan barricadas contra el ejército zarista.



Dos aspectos de la huelga de tipógrafos. El Soviet de Diputados Obreros conquistó la libertad de prensa. Su periódico "Izvestia" se imprimía en las imprentas de empresas reaccionarias, que eran tomadas por asalto.

mente las diferencias con la retórica liberal: la jornada de ocho horas y el derecho de huelga eran temas que muy pocos liberales osaban tratar. La lista de peticiones terminaba con las siguientes palabras: "Estas son, soberano, las principales necesidades que te sometemos. Ordena y jura satisfacerlas y harás a Rusia fuerte y gloriosa, grabarás tu nombre en nuestros corazones, en los corazones de nuestros hijos y nietos, para siempre.

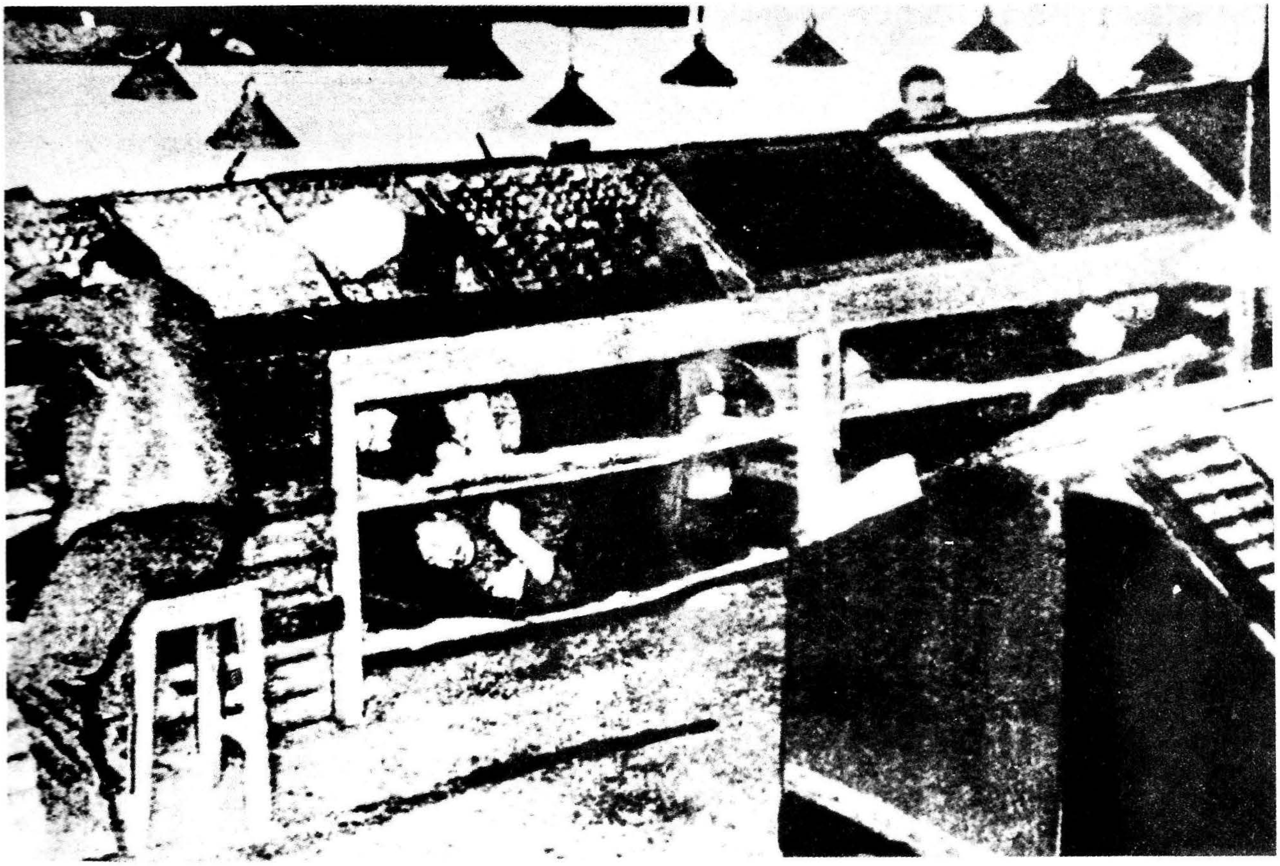
Si rehusas escuchar nuestra súplica, moriremos aquí, en esta plaza, delante de tu palacio. No existe otra salida para nosotros, carecemos de motivo algunos para buscarla en otro lugar. Ante nosotros sólo quedan dos caminos: o hacia la libertad y la felicidad o hacia la tumba. Muéstranos, soberano lo que debemos elegir; lo seguiremos, sin replicar, aun cuando fuera el camino de la muerte. Sacrifíquese nuestra vida por la Rusia agotada por los tormentos. No lamentemos este sacrificio; lo ofreceremos voluntariamente". El zar no vaciló en mostrar el camino que había elegido para los obreros: el ejército en formación de combate paró la marcha obrera con balas y cargas de caballería.

Una muchedumbre nunca vista se reunió la mañana del domingo 9 de enero. Alrededor de unos 200.000 obreros, ancianos y niños, marcharon en clima de fiesta para "hablar" por primera vez con el "padrecito zar".

A la cabeza de la manifestación iban el cura Gapón y el socialista-revolucionario Rútemberg, quien un año después ordenaría la ejecución de Gapón a raíz de las vinculaciones de éste con la policía. Cuando la manifestación se acercaba a la puerta de Narva se enfrentó con la infantería, que le cerró el paso, y con una compañía de caballería. Sin previo aviso, los cosacos atacaron el centro de la manifestación, dividiéndola y sumiéndola en el pánico. A renglón seguido la infantería comenzó a lanzar descargas de fusilería. Los obreros, imposibilitados de moverse con facilidad, caían sin poder ofrecer la menor resistencia. Más tarde se pudo armar alguna defensa, encabezada por los obreros revolucionarios, que organizaron la lucha de barricadas. Grandes sectores intentaron llegar al "padrecito zar". Grupos de manifestantes suplicaban a las tropas que los dejaran pasar pues era "seguro que el zar los recibiría". Todo el día domingo se cubrió con la sangre de los obreros de Petrogrado y los muertos se calcularon en más de mil. Con todo, la autocracia, en lugar de "dar una lección" a los obreros, aceleró con su acción el comienzo del último tramo de la revolución, que culminaría doce años más tarde.

Cuando, durante los preparativos previos, se preguntó a Gapón en una asamblea obrera qué sucedería si el zar no los recibía, contestó: "Para nosotros el zar dejará de existir". Justamente este es el meollo de las consecuencias del 9 de enero. Del Manifiesto que le pide al zar que indique a los obreros qué camino deben elegir a la noche del 9 de enero, el pueblo ruso recorrió un largo camino. La solemne declaración que emite Gapón esa misma noche sintetiza el cambio: "A los soldados y a los oficiales que asesinan a nuestros hermanos inocentes, a sus mujeres y a sus hijos, a todos los opresores del pueblo: mi maldición pastoral". Con la masacre del 9 de enero el zarismo convirtió las palabras que cerraban el Manifiesto en una clara y precisa consigna: ¡Libertad o muerte! De ahora en adelante la lucha sería sin cuartel: lo que estaba en cuestión era el triunfo de la revolución o de la contrarrevolución.

No cabían medias tintas: las expectativas de la autocracia habían sido destruidas. Es lo que señalaban las palabras del cónsul estadounidense en Odessa: "El actual gobernante ha perdido por completo el afecto del pueblo ruso, y sea cual sea el futuro de la dinastía el actual zar nunca volverá a sentirse seguro en medio de su pueblo".





Las relaciones del Soviet con el gobierno

—Carta del conde Witte, ministro del Interior, al Soviet:
Hermanos obreros, poneos al trabajo, renunciad al motín, tened piedad de vuestras mujeres y de vuestros hijos. El Soberano nos ha ordenado aplicar nuestra solicitud a la cuestión obrera. Con ese objeto, Su Majestad Imperial ha constituido un Ministerio del Comercio y la Industria, cuya función será establecer relaciones equitativas entre obreros y patronos. Dadnos el tiempo necesario y se hará por vosotros todo lo posible. Seguid los consejos de un hombre que os quiere bien, que siente simpatía por vosotros. (Conde Witte.)
—Respuesta del Soviet:
El Soviet de Diputados Obreros, después de haber escuchado la lectura del telegrama del conde Witte a sus "hermanos obreros", expresa en primer término la extrema extrañeza que le causa la osadía de un favorito del zar que se permite llamar "hermanos" a los obreros de Petersburgo. Los proletarios no tienen ningún vínculo de parentesco con el conde Witte.
Sobre el fondo de la cuestión el Soviet declara:
1. El conde Witte nos invita a apiadarnos de nuestras mujeres y de nuestros hijos. El Soviet de Diputados Obreros invita como respuesta a todos los obreros a contar cuántas nuevas viudas y cuántos nuevos huérfanos figuran en las filas de la clase obrera desde el día en que el conde Witte ha tomado el poder.
2. El conde Witte señala la graciosa solicitud del soberano respecto al pueblo obrero. El Soviet de Diputados Obreros recuerda al proletariado de Petersburgo el Domingo Sangriento del 9 de enero.
3. El conde Witte nos ruega que le demos "el tiempo necesario" y nos promete hacer por los obreros "todo lo posible". El Soviet de Diputados Obreros sabe que Witte ha encontrado ya el *tiempo* para entregar Polonia a los verdugos militares, y el mismo Soviet no duda que el conde Witte hará *todo lo posible* para ahogar al proletariado revolucionario.
4. El conde Witte declara ser un hombre que nos quiere bien y que siente simpatía por nosotros. El Soviet de Diputados Obreros declara que no tiene ninguna necesidad de la simpatía de los favoritos del zar. Exige un gobierno popular sobre la base del sufragio universal, igualitario, directo y secreto. (3 de noviembre de 1905.)

(Citado por Trotski en *1905. Resultados y perspectivas,* París, Ruedo Ibérico, 1971.)

Las consecuencias del "domingo sangriento"

Al día siguiente comenzó a decaer la huelga de Petrogrado. La lucha se trasladó a la periferia de Rusia, donde se le incorporaron las luchas contra la opresión nacional, mientras el campesinado comenzaba a moverse. El gobierno creó entonces una comisión para estudiar los problemas que aquejaban a los obreros y que debía trabajar con representantes electos por ellos mismos. Votaron unos 150.000 obreros y eligieron un grupo de representantes entre los que el 20 % eran social-demócratas. Por influencia de los bolcheviques, y en respuesta a la detención de algunos de sus colegas, exigieron la libertad de palabra, de reunión, de discusión con sus electores y la libertad de los detenidos. Al rechazo gubernamental de las peticiones los obreros respondieron con el boicot a la comisión y propusieron seguir la lucha por la jornada de ocho horas, la seguridad social, el fin de la guerra y la participación del pueblo en el gobierno. La Comisión fue disuelta al día siguiente. Esta elección de delegados obreros en las fábricas es otro de los antecedentes del sóviet de diputados obreros que surgirá a fines de 1905.
A mediados de año el gobierno enfrentaba una oposición desarticulada. Los movimientos campesinos ya habían llegado a ser unos quinientos, los liberales pugnaban por obtener reformas democráticas ante el peligro de la revolución y Polonia se encontraba al borde de una insurrección contra la opresión rusa. Sin embargo el movimiento obrero decaía en relación a la primera parte del año y esto posibilitó cierta consolidación del gobierno. La firma de la paz con Japón en agosto contribuyó a este afianzamiento. Por último, a principios de agosto se constituye la primera Duma, especie de parlamento muy restringido en sus



Restos de una barricada en Cronstadt, después de ser suprimidos los últimos vestigios de resistencia.

El Soviet se dirige a los soldados

Nosotros, Soviet de Diputados Obreros, nosotros os decimos, soldados, en nombre de todos los obreros de Petersburgo:
Vuestras penas son nuestras penas, vuestras necesidades son nuestras necesidades; la lucha que lleváis a cabo es la misma que hemos emprendido. Nuestra victoria será vuestra victoria. Estamos ligados a la misma cadena. Solamente uniendo sus esfuerzos el pueblo y el ejército la romperán.

¿Cómo obtener la libertad de los soldados de Preobrajenski? ¿Cómo salvar los de Cronstadt y Sebastópol?

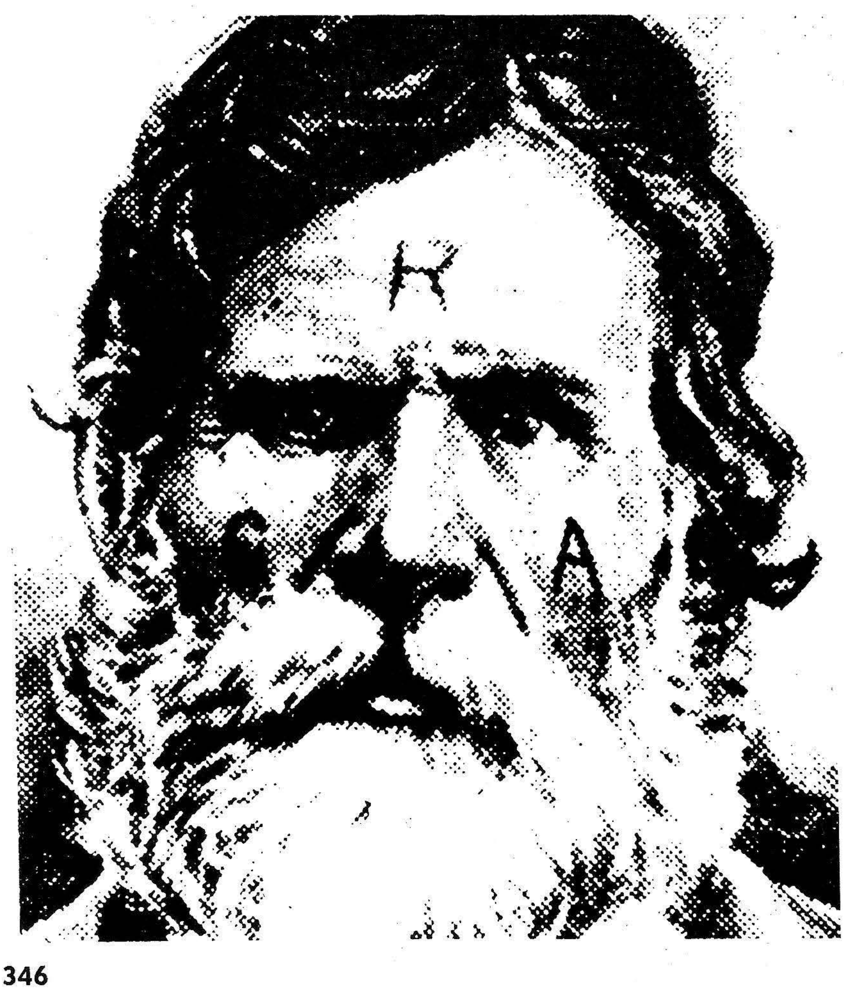
Para eso hay que limpiar al país de todas las prisiones zaristas, de todos los consejos de guerra. Mediante golpes aislados no obtendremos nada en favor de los de Preobrajenski, Sebastópol y Cronstadt. Solamente por un poderoso impulso de toda la masa barreremos la arbitrariedad y la autocracia del suelo de nuestra patria.
¿Quién puede encargarse de esta gran tarea?
El pueblo entero unido con el ejército fraterno.
¡Hermanos soldados: despertaos, levantaos, venid a nosotros! ¡Buenos y valerosos soldados, agrupaos en asociaciones!
¡Despertad a los que duermen! ¡Llevad por la fuerza a los remolones! ¡Poneos de acuerdo con los obreros! ¡Constituid un vínculo con el Soviet de Diputados Obreros!

¡Y adelante, por la justicia, por el pueblo, por la libertad, por nuestras mujeres y nuestros hijos!

¡Una mano fraterna os es tendida, la del Soviet de Diputados Obreros!

(Fragmento del *Manifiesto a los soldados*, diciembre de 1905. Citado por Trotski en *1905. Resultados y perspectivas*, París, Ruedo Ibérico, 1971.)

La ilustración muestra a un campesino marcado con fuego y enviado a Siberia por haber participado en la insurrección de 1905. El ascenso al poder del ministro Stolypin significó la instauración del terror.



atribuciones, llamada Duma de Bulyguin. Su misión eran discutir proyectos de leyes y supervisar el presupuesto. La formaban 43 delegados de los campesinos, 34 de los terratenientes y 23 de los habitantes de las ciudades que tuvieran propiedades. De esta manera los obreros quedaban excluidos. Salvo los bolcheviques, todos los partidos estuvieron dispuestos a participar en ella. La oposición de aquellos se basaba en la consideración de que el movimiento revolucionario estaba en ascenso y que la Duma sería una traba para este ascenso.

En setiembre comienza a reanimarse el movimiento obrero: de 36.000 huelguistas que hay en ese mes se pasa a 513.000 en octubre. A mediados de setiembre comienza una huelga de los obreros tipógrafos de Moscú con un objetivo estrictamente económico. El 2 de octubre se adhieren los de Petrogrado. El 30 de setiembre se inicia la agitación en los ferrocarriles. A partir del 7 de octubre se paraliza una línea ferroviaria tras otra. El 9 de octubre se reúne el congreso de delegados de los ferroviarios de Petrogrado, que telegrafía a todas las líneas sus consignas: jornada de ocho horas, libertades cívicas, amnistía para los presos, Asamblea Constituyente. Rápidamente la huelga se extiende a toda las ramas de la producción. Poco a poco el país se paraliza. Se movilizan las tropas, pero el 9 de enero ya ha quedado atrás: no se suplica paso, se levantan barricadas, los obreros se organizan en las calles, asaltan armerías, resisten al ejército. Nuevamente las aguas han vuelto a su cauce: el decaimiento del movimiento obrero había permitido la consolidación circunstancial del gobierno y provocado el retroceso de los liberales; ahora, al aumentar su acción, nuevamente se debilita el gobierno y se fortalecen los liberales. Ante los ojos del mundo aparece con claridad la fuerza que encabeza la revolución rusa: sólo el proletariado es capaz de dirigir la lucha definitiva contra la autocracia. El gobierno, acorralado, promulga el 17 de octubre el llamado Manifiesto de octubre. Mediante él se conceden las libertades democráticas. Se promete ampliar la ley electoral de agosto y ampliar las prerrogativas de la Duma. El 19 el ministro del interior, Witte, convoca a una conferencia de prensa: "Necesito apoyo. [. . .] Ayúdenme. Si consiguen calmar la opinión pública, si surge una representación genuinamente popular, todo será más fácil". Tal es el pedido que hace a los directores de los diarios. Poco después el gobierno decreta una amnistía, una ley posibilita una libertad de prensa más amplia y se cancelan las deudas por pago del rescate que tenían los campesinos desde 1861 por las tierras que se les había entregado. En noviembre el movimiento huelguístico decae un poco y se reanima nuevamente en diciembre. Con el Manifiesto de octubre el gobierno logró dividir la oposición: el partido octubrista, que no estaba dispuesto a ir más allá del manifiesto, y los liberales comienzan a tratar de paralizar al movimiento obrero, pues, según ellos, seguir luchando haría perder las conquistas logradas.

El Soviet de Diputados Obreros

En mayo de 1905, en la zona textil de Moscú surge una organización obrera con el objetivo de dirigir la lucha. Este antecedente inmediato del sóviet se concentra sobre objetivos económicos, pero en él aparecen algunos elementos que apuntan contra el zarismo. En el momento culminante de la huelga de octubre reaparecerá esta forma de organización obrera. El 13 de octubre se constituye el sóviet de Diputados Obreros en Petrogrado con la presencia de 40 delegados. El llamamiento lanzado en la primera sesión decía: "La clase obrera se ha visto obligada a recurrir a la última medida de que dispone el movimiento obrero mundial: la huelga general [. . .] En el plazo de unos días deben producirse acontecimientos decisivos en Rusia. Determinarán para muchos años la suerte de la clase obrera; tenemos pues que ir por delante de los hechos con todas las fuerzas disponibles, unificadas bajo la égida de nuestro sóviet común". Rápidamente crece su influencia y día a día aumentan las fábricas que envían sus delegados. El sóviet intentaba mantener una actitud de prescindencia ante los partidos políticos. Los tres partidos revolucionarios—socialistas revolucionarios, mencheviques y bolcheviques— tenían en él un delegado con voz y sin voto.

Inicialmente los bolcheviques mantuvieron una actitud recelosa ante el soviet. Lo veían como un competidor del partido. En los primeros días de noviembre Lenin escribe en favor de la participación en los soviets. Considera que es inadecuado contraponer el partido a los soviets pues ambas instancias abarcan niveles distintos; que el soviet es la organización de todos los que están dispuestos a luchar por mejorar las condiciones de los obreros; que la dialéctica del enfrentamiento con la autocracia hace que para dirigir la lucha política sean tan necesarios el soviet como el partido; y, por último, que el soviet es el embrión del gobierno provisional revolucionario. Los mencheviques, por su parte, estuvieron de inmediato en favor del soviet. En él veían plasmadas sus ambiciones de una organización que abarcara el conjunto de la clase obrera y, en cierta medida, un sustituto del partido.

El Soviet de Diputados Obreros de Petrogrado inspiró los soviets locales que se constituyeron en gran parte de las ciudades rusas. Velozmente se convirtió en una instancia que limitaba al gobierno, con fuerza para enfrentarlo y producir iniciativas políticas. Su capacidad para movilizar a la clase obrera dificultaba el ataque de aquél. Sin embargo, paulati-

Los mencheviques y la revolución rusa

El proletariado no puede alcanzar poder político en el estado, ni total ni parcial, hasta que haya hecho la revolución socialista.
Los "estratos inferiores" más democráticos de la sociedad tienen que obligar a los "estratos superiores" a conducir la revolución burguesa a sus conclusiones lógicas.
Los socialdemócratas, aunque tomaran el poder, no podrían satisfacer las imperiosas necesidades de la clase obrera, incluido el establecimiento del socialismo [. . .] y, por otro lado, harían que las clases burguesas se retiraran de la revolución, disminuyendo así su alcance.
La victoria decisiva de la revolución sobre el zarismo puede ser señalada, bien por la constitución de un gobierno provisional, surgido de la insurrección popular victoriosa, bien por la iniciativa revolucionaria de tal o cual institución representativa que decida, bajo la presión revolucionaria directa del pueblo, organizar una asamblea constituyente de todo el pueblo. (Conferencia de Estocolmo, 1905.)
[. . .] la socialdemocracia no se debe proponer como fin conquistar o compartir el poder en el gobierno provisional, sino que debe seguir siendo el partido de la oposición revolucionaria extrema.
Sólo en un caso la socialdemocracia debería por su iniciativa encaminar sus esfuerzos en el sentido de adueñarse del poder y retenerlo el mayor espacio posible de tiempo en sus manos; a saber: en el caso de que la revolución se extendiera a los países avanzados de Europa occidental, en los cuales han alcanzado ya una cierta madurez las condiciones para la realización del socialismo. En este caso, los limitados marcos históricos de la revolución rusa se podrían ensanchar considerablemente y aparecería la posibilidad de entrar en la senda de las transformaciones socialistas.

(Conceptos de Martinov citados por Lenin en "Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática", en *Obras completas,* Buenos Aires, Cartago, 1959, t. IX.)

1905. La visión del gobierno

Los hechos, incluso los que se pueden extraer de los expedientes del departamento de policía, demuestran con entera evidencia que una parte importante de las graves acusaciones lanzadas contra el gobierno por la sociedad y por el pueblo, en los días que siguieron al manifiesto, están basadas en motivos absolutamente serios: los altos dignatarios del gobierno habían creado partidas para "oponer resistencia organizada a los elementos extremistas"; eran igualmente organizadas manifestaciones patrióticas por el gobierno, quien, al mismo tiempo, dispersaba las restantes manifestaciones; se disparaba sobre manifestantes pacíficos y se permitía a otros, ante los ojos de la policía y de las tropas, maltratar a determinadas personas y quemar la administración de un zemstvo en una cabeza de partido; no se tocaba a los fautores de progroms y se disparaba por salvas de pelotón sobre los que se permitían defenderse; consciente o inconscientemente se empujaba a la muchedumbre a ejercer violencias por medio de bandos oficiales que el más alto representante del poder gubernamental había firmado en una gran ciudad, y cuando, a continuación, se produjeron los desórdenes, no se tomó ninguna medida para reprimirlos. Todo eso ha sucedido, en tres o cuatro días, en diversos puntos de Rusia, y los incidentes han levantado entre la población una tempestad de cólera, que ha borrado completamente la primera y tan feliz impresión que se había tenido del manifiesto del 17 de octubre.
Además, la población ha llegado a la firme convicción de que todos los progroms que han pasado, de manera imprevista, y sin embargo simultánea, por toda Rusia, han sido provocados y dirigidos por una sola mano, por una mano poderosa. Y desgraciadamente la población tenía motivos muy serios de pensar así.
Los partidos extremistas han adquirido fuerza porque, en su violenta crítica de los actos del gobierno, han tenido razón con excesiva frecuencia. Estos partidos habrían perdido considerablemente prestigio si las masas, tras la publicación del manifiesto, hubiesen visto que el gobierno estaba efectivamente resuelto a marchar por la nueva vía trazada por aquel documento, y la seguía. Desgraciadamente sucedió lo contrario, y los partidos extremistas tuvieron una vez más ocasión,

namente, la situación de equilibrio entre gobierno y clase obrera fue resolviéndose en favor del primero. Poco a poco el movimiento obrero fue decayendo. El 22 de diciembre fue arrestado el presidente del soviet, Jrustaliov, y un grupo de sus miembros. En su reemplazo fue elegido Trotski, que hasta ese momento había desempeñado un importante papel en el Comité Ejecutivo del soviet. La última medida que tomó éste consistió en un llamamiento al pueblo para que se negara a pagar los impuestos. Este tipo de medida mostraba que ya había pasado el momento del soviet y que el boicot económico no era una medida de lucha del proletariado. Pero, pese a ello, llevaba la impronta de la lucha revolucionaria contra la autocracia: junto al Soviet de Diputados Obreros estaba la Unión Campesina, lo cual señalaba la incorporación del campesinado a la lucha contra el zarismo.

Comenzaba el repliegue. El problema era cómo hacerlo. Las perspectivas de triunfo eran escasas. La clase obrera se encontraba mucho más débil que en octubre y no era el mejor momento para dar la lucha real. Sin embargo, para todos los revolucionarios estaba excluida la retirada sin combate. La cuestión fundamental a atender era que para los sectores más avanzados de la clase obrera la retirada sin lucha equivalía a la traición. La lucha final se preparó con la prontitud que exigía la situación. El lugar que más resistió al repliegue fue Moscú, donde se levantaron unos 8 000 obreros, que lograron mantener a raya durante diez días a la guarnición local. Con esta insurrección la revolución alcanzó su punto más alto. A partir de allí se inició el descenso. Nuevamente comenzaron a actuar los liberales y a regatear con la autocracia. El movimiento obrero trató de retirarse de la manera más ordenada posible. Los avances que los partidos revolucionarios habían conquistado debían ser salvados. Los peque-

cuya importancia es casi inapreciable, de enorgullecerse, pues habían estimado bien el valor de las promesas del gobierno.

(Documento secreto del conde Witte, noviembre de 1905. Citado por Trotski en *1905. Resultados y perspectivas*, París, Ruedo Ibérico, 1971.)

Los bolcheviques y la revolución

. . . en realidad, la revolución rusa no comenzará a adquirir su verdadero alcance, no comenzará a adquirir realmente la mayor envergadura posible en la época de la evolución democráticoburguesa, hasta que la burguesía no le vuelva la espalda y la masa campesina actúe como fuerza revolucionaria junto al proletariado. Para ser llevada consecuentemente hasta su término, nuestra revolución democrática debe apoyarse en fuerzas capaces de contrarrestar la inevitable inconsecuencia de la burguesía [. . .]
El proletariado debe llevar a término la revolución democrática, atrayéndose a las masas campesinas, para aplastar por la fuerza la resistencia de la autocracia y paralizar la inestabilidad de la burguesía. El proletariado debe llevar a cabo la revolución socialista, atrayéndose a las masas de elementos semiproletarios de la población, para romper por la fuerza la resistencia de la burguesía y paralizar la inestabilidad de los campesinos y de la pequeña burguesía [. . .]
Para la "cohesión auténtica de todas las fuerzas sociales interesadas en la reorganización democrática" [. . .] hace falta [. . .] capacidad para lanzar consignas verdaderamente revolucionarias. Para esto son necesarias consignas que eleven hasta el nivel del proletariado a la burguesía revolucionaria y republicana, y no que rebajen las tareas del proletariado hasta el nivel de la burguesía monárquica. (Junio-julio de 1905.)

(Lenin, "Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática", en *Obras completas*, Buenos Aires, Cartago, 1959, t. IX.)

El Soviet de Petrogrado sobre la libertad de prensa

El manifiesto del zar ha proclamado la "libertad" de palabra en Rusia, pero la Administración Principal de los Asuntos de Prensa subsiste todavía, el lápiz de la censura continúa sus hazañas [. . .] La libertad de la palabra impresa aguarda ser conquistada por los obreros. El Soviet de Diputados decide que solo podrán salir los periódicos cuyos redactores conserven su independencia respecto al comité de la censura, sin someter sus números a la aprobación, y procedan como el Soviet de Diputados en la publicación de su periódico. Por consiguiente, los cajistas y restantes camaradas obreros de la prensa que concurren con su trabajo a la publicación de los periódicos no se pondrán a la obra sino después de haber obtenido de los redactores la promesa formal de realizar la libertad de prensa. Hasta ese momento los obreros de los periódicos continuarán la huelga y el Soviet de Diputados adoptará todas las medidas necesarias para que los camaradas en huelga disfruten de su salario. Los periódicos que no se sometan a la presente decisión serán confiscados en los lugares de venta y destruidos, las máquinas tipográficas serán saboteadas y los obreros que hubiesen transgredido la interdicción del soviet serán objeto de boicot. (Petrogrado, 19 de octubre de 1905.)

(Citado por Trotski en *1905. Resultados y perspectivas*, París, Ruedo Ibérico, 1971.)

"Un pequeño grupo de obreros organizados y armados —no serían más de ocho mil— ofrecieron resistencia durante nueve días al gobierno zarista, que se vio obligado a mantener sus tropas acuarteladas; sólo la llegada del regimiento Semiónov, de San Petersburgo, permitió al gobierno aplastar la insurrección." —Lenin.

El zar Nicolás justifica la represión en un dibujo de la época: "Al fin yo y los míos podremos dormir en paz."

ños grupos socialdemócratas de Petrogrado habían pasado a editar periódicos que tiraban decenas de miles de ejemplares; un sector importantísimo del proletariado había vivido una fuerte experiencia de lucha con la autocracia y amplios contingentes habían elevado su grado de conciencia política.

Las consecuencias de 1905

Después de 1905 Rusia nunca volvió a ser igual. El movimiento huelguístico alcanzó en Rusia niveles inigualados en el resto del mundo y adquirió una amplitud incomparablemente mayor a la de los años anteriores. En los años que van desde 1895 hasta 1904 hubo un promedio anual de 43.000 huelguistas; en 1905 fueron 2.863.000; al año siguiente descendieron a 1.108.000; en 1907 fueron 740.000; en 1908, 170.000 y en 1909 llegaron a 64.000. La simple expresión de las cifras muestra los cambios habidos, aun dentro del retroceso relativo que siguió a 1905. Para ubicar estas cifras dentro del contexto histórico, cabe anotar que en los quince años que van desde 1894 hasta 1908 el número máximo de huelguistas en un año para Estados Unidos fue de 660.000, el de Alemania 527.000 y el de Francia 438.000. Hasta 1905 las huelgas de carácter político eran aisladas y casi inexistentes; ya en el primer cuarto del año el 25 % de los obreros pararon por razones políticas y a partir de ese momento la huelga política fue una constante de la vida política rusa. El tipo de estructura del proletariado ruso complotaba contra la duración de las huelgas; sin embargo, en 1905 este factor retardatario es superado y de un promedio de 4,8 días de huelga por huelguista se pasa en los años 1895-1904 a un promedio de 8,7 días.

A partir de junio de 1907 se inicia el reinado de la reacción. El ascenso al poder de Stolypin significa la instauración del terror. El movimiento revolucionario retornó a la clandestinidad y nuevamente se abrió el camino del exilio. El socialismo sufrió un grave retroceso. Los liberales fueron dejados de lado y se quejaron, por boca de Miliúkov, del mal trato que les brindaba la autocracia: "Fuimos invitados a ocupar puestos mientras se pensó que contábamos con el apoyo de las fuerzas rojas [...]. Se nos respetó mientras nos consideraron revolucionarios. Pero desde que resultamos ser un partido estrictamente constitucional se nos ha considerado inútiles".

Durante esos años continuó la pugna en el seno del Partido Socialdemócrata. Bolcheviques y mencheviques lucharon por el predominio de sus ideas y hubo sucesivos acercamientos y alejamientos. En enero de 1910 se realizó el último intento por reunificar el partido. Lenin debió luchar contra varios dirigentes bolcheviques para lograr imponer la unidad. Mártov accedió atendiendo a la debilidad que en ese momento padecían los mencheviques. La base del acuerdo era la eliminación de ciertas fracciones de cada grupo: los mencheviques debían eliminar a los "liquidadores" (los que se oponían a la lucha clandestina) y los bolcheviques a los "boicoteadores" (los que se oponían a toda actividad legal). Los bolcheviques no tuvieron problema en cumplir el acuerdo. En cambio, los mencheviques perdían mucho con la expulsión de los "liquidadores": corroídos por el reformismo, el alejamiento de los que renunciaban a la lucha clandestina les hubiera significado perder una parte importante de sus militantes. La negativa de los mencheviques a disolver su fracción ahondó nuevamente el conflicto y se retornó a la división de ambas alas. A partir de allí comienza el proceso que llevaría a la separación definitiva.

Mientras tanto, en Rusia renacía el movimiento. De apenas 46.000



huelguistas en 1910 se pasó a 105.000 en 1911. A principios de 1912 una huelga económica de mineros de Siberia se mantuvo durante un mes hasta que se envió a las tropas para reprimirla. Un enfrentamiento entre las tropas y los mineros terminó con 170 obreros muertos. Igual que con la matanza del "domingo sangriento", se volvió a encender la chispa en el polvorín sobre el que descansaba la vida rusa. En abril declararon huelgas de solidaridad con los mineros unos 500.000 obreros. A lo largo de 1912 el número de huelguistas alcanzó a 725.000. También se incrementaron las huelgas políticas: de 24 en 1911 pasaron a 1.300 en 1912. A principios de 1912 una conferencia celebrada en Praga reivindica a los bolcheviques como el Partido Socialdemócrata. La escisión definitiva ya resultaba inevitable. La diferencia entre ambos sectores consistía en que mientras Lenin proclamaba públicamente su propósito de dividir el partido, los mencheviques trataban de concretarlo entre bambalinas.

El nuevo auge de las luchas, en el que las formas legales adquirían importancia, reforzó la división. Los largos años de clandestinidad habían servido para forjar el partido de la revolución: la nueva etapa encontraba a los bolcheviques cohesionados políticamente y con una extensa y homogénea organización. Con todos éstos se propusieron reforzar aún más la organización clandestina sin dejar las formas legales, logrando así un mayor campo de maniobra para la actividad legal. Los mencheviques, al salir de la clandestinidad, aparecieron desgarrados por disensiones internas, convertidos más que en un partido organizado en un cúmulo de grupos, alas y sectores; la ausencia de una sólida base clandestina les redujo su "campo propio" en la actividad legal. A fines de 1912, en las elecciones para la Cuarta Duma, los bolcheviques ganaron seis de las nueve curias obreras; en agosto de 1913 ganaron de manos de los mencheviques el sindicato de los metalúrgicos, el más importante de Rusia. En las vísperas de la Primera Guerra Mundial los bolcheviques controlaban la mayoría de los sindicatos de Moscú y Petrogrado. El duro período de la reacción que abarca los años de 1907-1912 había forjado lo esencial del partido de la revolución. Sin embargo, aún faltaba la prueba definitiva: el período que lleva a Rusia a realizar la primera revolución socialista de la historia.

Bibliografía

Kochan, Leonel, *Rusia en revolución.* Madrid, Alianza, 1968.

Pokrovsky, M. N., *Brief History of Russia.* Maine, University Printz, 1968. Vol. III.

Trotski, León, *1905. Resultados y perspectivas.* París, Ruedo Ibérico, 1971. T. I.

Deutscher, Isaac, *Trotski. El profeta armado.* México, Era, 1966.

Carr, E. H., *1917. Antes y después.* Barcelona, Anagrama, 1869.

Hill, Christopher, *La revolución rusa.* Barcelona, Ariel, 1969.

Carr, Edward H., *La revolución bolchevique (1917-1923).* Madrid, Alianza, 1972. Vol. I.

Lenin, V. I., "Revolución en Rusia", en *Obras completas,* Buenos Aires, Cartago, 1959, t. VIII; "Jornadas revolucionarias", ídem; "Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática", en *Obras completas,* 1959, t. IX; "Nuestras tareas y el Soviet de Diputados Obreros", en *Obras completas,* 1960, t. X; "El boicot a la duma de Bulyguin y la insurrección", ídem; "La primera victoria de la revolución", ídem; "El problema agrario en Rusia a fines del siglo XIX", en *Obras completas,* 1960, t. XV; "Sobre la estadística de huelgas en Rusia", en *Obras completas,* 1960, t. XVI; "Informe sobre la revolución de 1905", en *Obras completas,* 1957, t. XXIII.

La social-democracia alemana: ¿Reforma o revolución?

Juan C. Zeppa

Luego de haberse constituido como el partido político obrero por excelencia, la socialdemocracia alemana defeccionó paulatinamente de su línea para servir a los intereses de los grupos dominantes.

Los cambios sociales

Con la unificación de Alemania en 1871 y la creación del Imperio, bajo la hegemonía y dirección del estado prusiano, se consolidó finalmente el estado capitalista alemán. Fue entonces cuando se dieron las condiciones para un rápido e inusitado desarrollo capitalista.

La unificación de los distintos sectores de la burguesía en torno a un estado absolutista y fuerte, suavizó las contradicciones entre ellos y le dio a la burguesía alemana un grado de coherencia nunca alcanzado hasta entonces. El aparato político, legal, administrativo y militar se organizó para servir a los intereses de quienes lo habían creado.

La abundante disponibilidad de materias primas industriales, sobre todo hierro y carbón; una agricultura floreciente sobre bases capitalistas, que proporcionaba alimentos y materias primas en abundancia; y una gran disponibilidad de mano de obra, proporcionada por una población numerosa y en rápido crecimiento, constituyeron las bases materiales que permitieron una gran expansión de la producción.

Hacia la novena década del siglo pasado se desarrolló, en escala cada vez mayor, la producción de maquinarias, lo cual, además de incentivar las otras ramas de la producción, proporcionó los elementos para un gran avance tecnológico.

En situación tan favorable la acumulación de capital alcanzó niveles sorprendentes y el imperio alemán llegó a ser, hacia fines de siglo, una de las potencias más importantes del mundo.

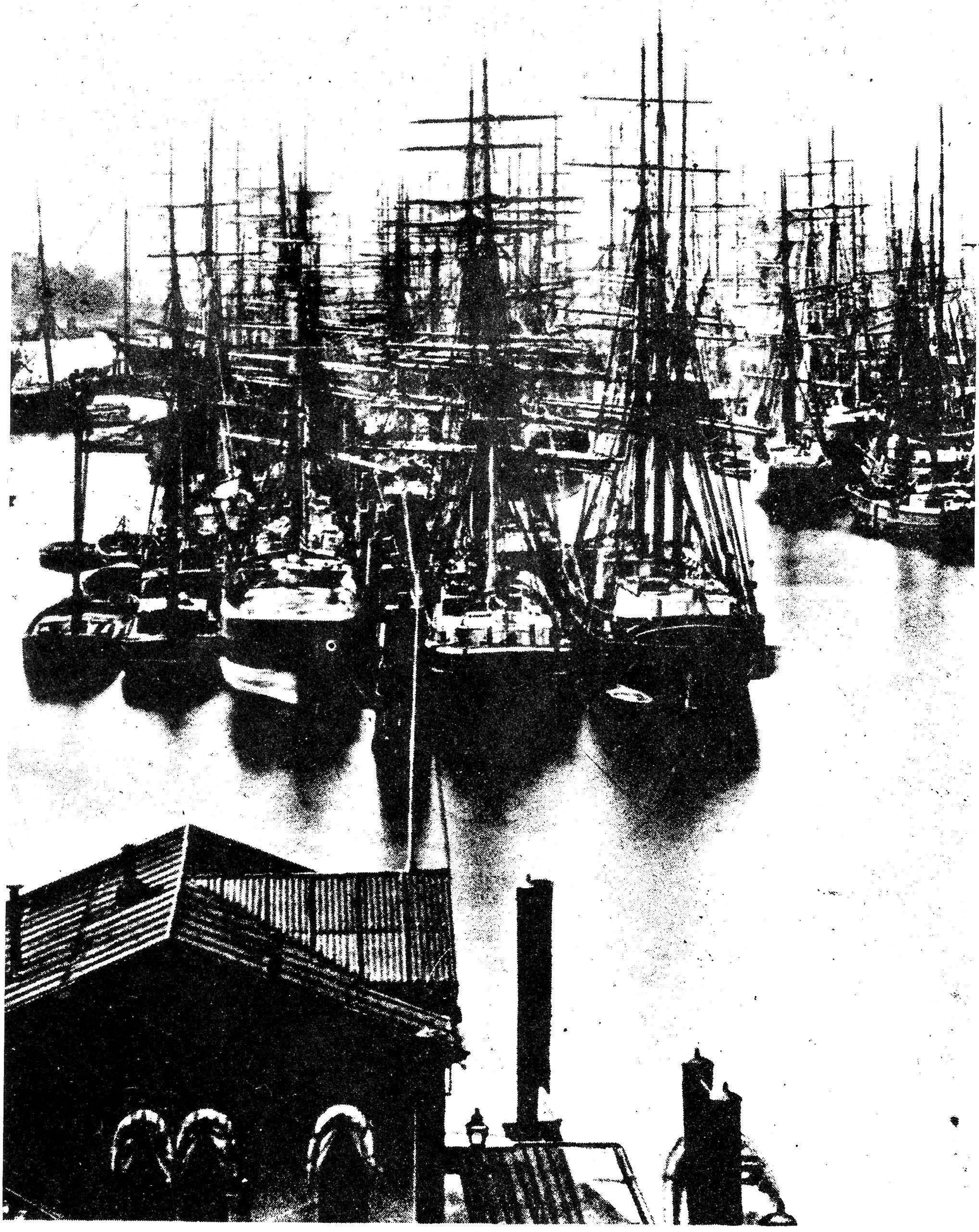
Un vasto mercado interno, cada vez más amplio y con mayor poder de compra, permitió la colocación de las mercancías producidas, mientras fuertes aranceles aduaneros defendían a la agricultura y a la industria alemanas de la competencia extranjera. Por otra parte, manufacturas alemanas comenzaron a invadir mercados extranjeros, apoyadas por un excelente aparato comercial y financiero.

El afianzamiento de la industria alemana en los mercados internacionales fue cada vez más amplio. En el período comprendido entre 1890 y 1914 las manufacturas alemanas llegaron a los mercados de Inglaterra y Rusia, luego a España, Austria, los Balcanes y finalmente a América del Sur, Lejano Oriente y Africa.

Pero paralelamente a esta expansión se iba operando un fenómeno que ya Marx había explicado teórica e históricamente varias décadas atrás: el desarrollo capitalista provocó la concentración de la producción, esta concentración dio origen a los monopolios. En efecto, el desarrollo capitalista alemán no fue una excepción. Una fuerte concentración del capital y la monopolización de los distintos sectores de la producción acompañaron a la expansión que estamos analizando. La concentración también se fue operando en el capital bancario dando lugar a la monopolización del mismo y al desarrollo de una oligarquía financiera.

Estas características del desarrollo capitalista alemán determinaron, tal como había sucedido ya en otras potencias capitalistas(Inglaterra, Francia y Rusia,) la necesidad de una política imperialista. Los nuevos mercados, sobre todos los coloniales, se buscaron no solamente para colocar mercancías o como fuentes de materias primas baratas, sino también para colocar los "sobrantes" de capitales.

La política de expansión imperialista de Alemania comenzó a rendir sus frutos. En pocos años Alemania anexó nuevos territorios en Africa, comenzó a ejercer influencia comercial en China —imposible de colonizar en ese momento puesto que en ella estaban centrados los intereses de todas las potencias imperia-



listas—, creó vías de penetración comercial en Turquía —con perspectivas de extenderlas a una buena porción del territorio de Asia— y colocó fuertes empréstitos en Latinoamérica. Todo esto le dio grandes posibilidades de penetración comercial.

En el curso del período mencionado Alemania llegó a ser la segunda potencia imperialista mundial, después de Inglaterra, pero la primera en cuanto a su desarrollo interno y en cuanto al crecimiento de su comercio exterior.

El choque con las otras potencias resultó inevitable. En un mundo ya repartido la expansión alemana sólo podía llevarse a cabo arrebatando a los demás países centrales territorios ya dominados por ellos. El enfrentamiento se da principalmente con Inglaterra: en el curso de los años que van desde principios del siglo hasta 1914 ambos países estuvieron varias veces ante situaciones próximas a la guerra, la que por fin terminó desencadenándose. El imperialismo, como una fase particular del desarrollo capitalista, mostró entonces su inevitable carácter violento, esta vez en una escala mucho mayor que las anteriores.

Los cambios sociales

Las profundas transformaciones operadas en la base económica de la sociedad alemana en el curso de los veinticinco años anteriores a la guerra estuvieron acompañadas de cambios sustanciales en el ámbito social interno. El proceso de crecimiento industrial y la expansión imperialista provocaron dos modificaciones fundamentales en el panorama político-social alemán.

Por un lado, fortalecieron a la burguesía industrial y financiera, permitiéndole aumentar su poder político sobre el estado. La política de Guillermo II muestra cómo estos sectores, a partir de 1890, cobraron una importancia fundamental en la política interna y externa. Por otra parte el proceso de desarrollo capitalista incrementó en grandes proporciones, el número y poder del proletariado, que, a partir de 1890, aumentó su ya importante influencia.

El crecimiento capitalista alemán imprimió nueva fuerza social al proletariado, que, hasta ese momento, se hallaba políticamente amordazado, con un partido sumergido en la ilegalidad y sufriendo el peso de la represión en sus organizaciones. A pesar de esto, la mayor parte del proletariado alemán estaba nucleada y representada por el Partido Social Demócrata Aleman, el cual, en esa época, y por varios años, fue el partido más importante de clase obrera. Ningún partido proletario del mundo llegaba a igualar la fuerza y la organización del P.S.D.A.

La contradicción entre fuerzas sociales antagónicas —burguesía y proletariado— se acentúa más aceleradamente en la base económica de la sociedad capitalista alemana. Pero las expresiones políticas e ideológicas no responden siempre inmediatamente a los cambios en la base. En el curso de los veinticinco años que van de 1890 hasta la iniciación de la guerra nos encontramos con el siguiente hecho: el P.S.D.A. hasta 1890 marchó bajo las banderas del marxismo revolucionario, pero, a partir de entonces, en lugar de enfrentar con más fuerza a la burguesía, comenzó a acercarse a ella.

La aparición y arraigo de las tendencias reformistas y revisionistas tuvo cada vez más peso en el aparato partidario. El apoyo a la política imperialista o la crítica liviana a ésta, hecha por los líderes del partido, pasó a ser, hacia fines de siglo, una de sus tónicas fundamentales. Finalmente, la aparición de tendencias socialchovinistas, bajo la forma de nacionalismo, lleva al partido a apoyar en el parlamento el otorgamiento de los créditos de guerra y ponerse así del lado de la burguesía imperialista en una de

Puerto de Hamburgo hacia fines de siglo pasado. En esa época las manufacturas alemanas comenzaron a buscar nuevos mercados, apoyadas por un excelente aparato comercial y financiero. El avance de la industria alemana en los mercados internacionales fue vertiginoso.

La concentración de la producción y los monopolios en Alemania

En Alemania por ejemplo, de cada mil empresas industriales, en 1882, tres eran empresas grandes, es decir, que contaban con más de 50 obreros; en 1895, seis, y en 1907, nueve. De cada cien obreros, les correspondían, respectivamente, 22, 30 y 37. Pero la concentración de la producción es mucho más intensa que la de los obreros pues el trabajo en las grandes empresas es mucho más productivo, como lo indican los datos relativos a las máquinas de vapor y a los motores eléctricos. Si tomamos lo que en Alemania se llama industria en el sentido amplio de esta palabra, es decir, incluyendo el comercio, las vías de comunicación, etc., obtendremos el cuadro siguiente: grandes empresas, 30.588 sobre un total de 3.265.623, es decir, el 0,9 %. En ellas están empleados 5,7 millones de obreros sobre un total de 14,4 millones, es decir el 39,4 %; caballos de fuerza de vapor, 6,6 millones sobre 8,8, es decir el 75,3 %; de fuerza eléctrica, 1,2 millones de kilovatios sobre 1,5 millones o sea el 77,2 %. [. . .] En 1907 había en Alemania 586 establecimientos que contaban con mil obreros y más. A esos establecimientos correspondía casi la décima parte (1,38 millones) del número total de obreros y casi el tercio (32 %) del total de la fuerza eléctrica y de vapor. El capital monetario y los bancos, como veremos, hacen todavía más aplastante este predominio de un puñado de grandes empresas, y decimos aplastante en el sentido más literal de la palabra, es decir, que millones de pequeños, medianos e incluso una parte de los grandes "patronos" se hallan de hecho completamente sometidos a unos pocos centenares de financieros millonarios . . .

(Lenin, "El imperialismo, fase superior del capitalismo", en *Obras escogidas.* Buenos Aires, Editorial Cartago, 1965, tomo III.)

Exportación de Alemania (en millones de marcos)

(A los países financieramente dependientes de Alemania)

PAISES	1889	1908	Aumento
Rumania	48,2	70,8	47 %
Portugal	19,0	32,8	73 %
Argentina	60,7	147,0	143 %
Brasil	48,7	84,5	73 %
Chile	28,3	52,4	85 %
Turquía	29,9	64,0	114 %
TOTAL	234,8	451,5	92 %

(A los países financieramente independientes de Alemania)

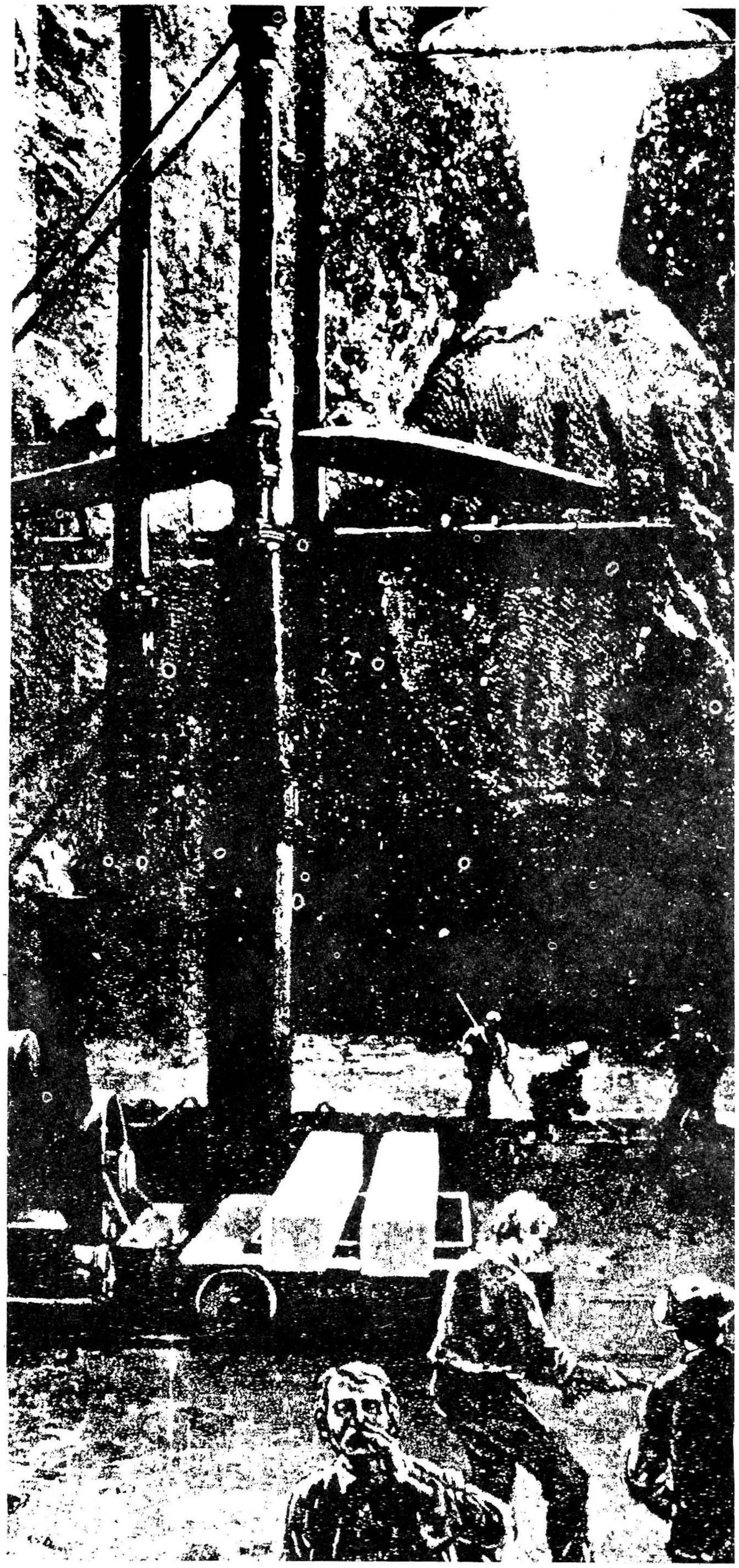
PAISES	1889	1908	Aumento
Gran Bretaña	651,8	997,4	53 %
Francia	210,2	437,9	108 %
Bélgica	137,2	322,8	135 %
Suiza	177,4	401,1	127 %
India Holandesa	8,8	40,7	363 %
Australia	21,2	64,5	205 %
Australia	8,8	40,7	363 %
TOTAL	1206,6	2264,4	87 %

(Cuadros estadísticos citados en Lenin, en *El imperialismo, fase superior del capitalismo.* Buenos Aires, Sociedad Editora Latinoamericana, 1946.)

las mayores aventuras bélicas que conoce la humanidad.
Es fácil, con estos datos, contestar a la pregunta acerca de cómo pudo la burguesía imperialista alemana llevar adelante su política de expansión hasta desencadenar una guerra mundial a pesar de la existencia en Alemania del partido de clase obrera más fuerte y organizado del mundo. Lo que no resulta tan fácil de responder es como el P.S.D.A. fue llevado por sus líderes a apoyar la política de su enemigo de clase y por qué en su evolución histórica el partido llega a esta situación.

La socialdemocracia en 1890

La importancia que cobró el P.S.D.A. como consecuencia de la unificación de los grupos marxistas y lassalleanos —que en 1875 se unieron bajo el pro grama de Gotha—, así como el rápido crecimiento experimentado por el mismo en el curso de pocos años, llevaron a Bismarck a tomar medidas drásticas contra los socialistas.
En 1878 el canciller consiguió que el Reichstag aprobara las Leyes de Excepción contra el P.S.D.A. A partir de ese momento una fuerte represión cayó sobre toda manifestación política socialista. Se clausuraron los periódicos del partido, sus líderes fueron obligados a exiliarse y se reprimió con la policía todo tipo de reunión. La socialdemocracia quedó condenada casi totalmente a la ilegalidad. Casi, pues se le permitió seguir participando en las elecciones del Reichstag.
Esto último fue el barómetro que marcó el fracaso de la política represiva: durante la vigencia de las Leyes de Excepción el partido había aumentado cinco veces su masa electoral.
Guillermo II, quien en 1890 asumió el poder trató de no cometer el mismo error. Ocho meses an-



Obreros de las fábricas Krupp. La abundante disponibilidad de materias primas y de mano de obra constituyeron las bases materiales que permitirían a Alemania una gran expansión de la producción. Paralelamente, el avance tecnológico y la acumulación de capital alcanzaron niveles sorprendentes.

La floreciente economía alemana empujó al país a una política de expansión imperialista. En pocos años creó vías de penetración comercial en Turquía y en América Latina, ejerció una fuerte influencia en China y colonizó áreas africanas. En la fotografía: Funcionarios coloniales alemanes en Togo, 1902.

tes de la expiración de las Leyes de Excepción consiguió que el Reichstag las derogara, al tiempo que hacía difundir su interés de defender a los trabajadores. Además, haciendo suya una iniciativa del gobierno suizo, convocó a las principales potencias industriales europeas a una reunión internacional en Berlín para tratar la protección del trabajador.

No era para menos: en marzo de 1890 iban a celebrarse nuevamente elecciones. Fue precisamente en ellas cuando el partido duplicó la cantidad de votos lograda en 1887.

Engels, en 1895, poco antes de su muerte, comentaba este crecimiento con las siguientes palabras: "Gracias a la inteligencia con que los obreros alemanes supieron utilizar el sufragio universal, implantado en 1866, el crecimiento del partido aparece en cifras indiscutibles a los ojos del mundo entero. En 1871, 102.000 votos socialdemócratas; 1874, 372.000; 1877, 493.000. Luego vino el reconocimiento de estos altos progresos por la autoridad: la ley contra los socialistas; el partido fue momentáneamente destrozado y, en 1881, el números de votos descendió a 312.000. Pero se sobrepuso, y bajo el peso de la Ley de Excepción, sin prensa, sin una organización legal, sin derecho a asociación y de reunión, fue cuando comenzó verdaderamente a difundirse con rapidez: 1884: 550.000 votos; 1887: 763.000; 1890: 1.427.000.

Erfurt: ¿un programa marxista?

El creciente avance del proletariado atemorizaba a la burguesía alemana. Para explicar este temor quizás sea útil preguntarnos cómo se expresaba la ideología del partido a través de sus distintas manifestaciones y cuáles eran sus propuestas de acción para ejercitar esa ideología. Hasta 1890 el partido seguía con los lineamientos establecidos en el Programa de Gotha de 1875. La ilegalidad en que había estado sumido, como consecuencia de las Leyes de Excepción, no permitió la realización de otro congreso en esos años. El Programa de Gotha, aunque duramente criticado por Marx a raíz de la influencia de los lassalleanos, expresaba la ideología clasista y revolucionaria del proletariado alemán. Recién en 1891 el partido pudo celebrar en Erfurt un nuevo congreso, gracias a la legalidad que le confería el levantamiento de las leyes antisocialistas.

En el Programa de Erfurt se tuvieron muy en cuenta las observaciones hechas por Marx en su *Crítica al Programa de Gotha* y el partido contó con un programa que seguía los lineamientos marxistas, aunque con las limitaciones fundamentales que señalaremos más adelante.

En el Programa se decía: "Sólo la transformación de la propiedad privada capitalista de los medios de producción: las tierras, las minas, las materias primas, las herramientas, las máquinas y los medios de transporte, en propiedad colectiva, y la transformación de la producción de mercancías para la venta en una producción socialista administrada para y por la sociedad, puede dar por resultado la industria en gran escala y que el con tinuo aumento de la capacidad productora del trabajo social se transforme, de una causa de miseria y de opresión para las clases ahora explotadas, en fuente de mayor bienestar". El Programa expresaba también una perspectiva independiente para la clase obrera: "Todas las demás clases, a pesar de sus intereses mutuamente contrarios, siguen luchando por la propiedad privada de los medios de producción" y luego afirmaba: "no se puede realizar el paso de los medios de producción a la propiedad colectiva sin conseguir el poder político". También se reafirmaban los principios internacionalistas: "los intereses de la clase obre-



El Partido Socialdemócrata fue, hacia 1880, la expresión política de la clase obrera alemana. Si bien Bismarck —en la ilustración superior— consiguió en 1878 que el Reichstag aprobara las Leyes de Excepción contra los socialdemócratas, el rey Guillermo II —a quien se ve en el grabado inferior— las hizo derogar.





ra son los mismos en todos los países que tienen métodos capitalistas de producción [...] El P.S.D.A. se siente y se proclama unido con los obreros, con conciencia de clase, de todos los demás países".

Pero junto a esto, el Programa tenía dos omisiones fundamentales: no decía absolutamente nada sobre el carácter violento de la revolución socialista ni sobre el carácter del estado. Estas omisiones pasarían a cobrar, poco tiempo después, una importancia decisiva en la acción del partido e irían minando su base ideológica.

La omisión del Programa de Erfurt acerca de la lucha revolucionaria permitió que de allí en adelante el partido pusiera todo el énfasis en la lucha electoral. El sentido que para Marx y Engels tenía la acción electoral era el de ser un frente más de lucha. Su objetivo era ir ganando el apoyo de las masas y también puestos de lucha dentro del estado burgués, ir deteriorando en todos los frentes posibles el poder de opresión del estado y, de esta manera, facilitar el golpe definitivo, revolucionario, contra la burguesía. Pero esto no quiere decir que, para Marx y Engels, la lucha electoral debiera ser la única manera de lucha. Por lo contrario, consideraban que debía estar supeditada a la estrategia revolucionaria.

La socialdemocracia centró desde su vuelta a la legalidad, toda su acción en la búsqueda de votos, y para ello en la capitalización de sectores pequeñoburgueses, intelectuales "cultos", etc., a quienes, para satisfacer sus perspectivas y atraer rápidamente, era necesario no explicitarles demasiado el contenido revolucionario y clasista del partido. Y, al no explicar el sentido revolucionario de cada acción práctica, el partido caía en el oportunismo, lo que significaba, por otra parte, el arraigo de las corrientes reformistas dentro del mismo.

Con respecto a la segunda de las omisiones mencionadas del Programa de Erfurt —sobre el ca-

La crítica de Engels al Programa de Erfurt

Las demandas políticas del proyecto tienen un gran defecto: lo que realmente debiera decirse no figura [a saber, la actitud frente al estado...]. Pero mencionarlo es peligroso. Y, sin embargo, de una manera o de otra es preciso tratar el asunto [...] Cuán necesario es esto lo demuestran precisamente en este momento las vías que está haciendo el oportunismo en un gran sector de la prensa socialdemócrata. Por temor a una reedición de la Ley Antisocialista, y en acuerdo de toda clase de manifestaciones prematuras que se soltaron durante la vigencia de esa ley, la actual posición legal del Partido en Alemania es considerada ahora, de pronto, como suficiente para la obtención de todas las demandas del Partido por medios pacíficos. La gente quiere convencerse a sí misma y al Partido de que la "sociedad actual evolucionará hacia el socialismo", sin preguntarse si para esto no es igualmente necesario que la sociedad salga de su vieja constitución y se desprenda de su vieja caparazón con la misma violencia con que el cangrejo se desprende de la suya; como si en el caso de la sociedad alemana no tuviera que destruir por añadidura las cadenas del régimen político todavía semiabsolutista y para peor indescriptiblemente confuso. [...] Se han puesto en primer plano cuestiones generales y abstractas, ocultándose así los problemas inmediatos y concretos, los problemas que se presentan en la orden del día en los primeros grandes acontecimientos que se produzcan, en la primera crisis política. Lo que puede resultar de esto es que en el momento decisivo el Partido se quede repentinamente sin guía, que reinen la falta de claridad y la desunión en los puntos más decisivos debido a que esos puntos nunca se han discutido. [...] Este olvido de los principales puntos de vista en interés de las cuestiones momentáneas del día, este luchar y tender al éxito momentáneo sin consideración de las consecuencias posteriores, este sacrificio del futuro del movimiento a su presente, puede ser de intención "honesta", pero es oportunismo, y el oportunismo "honesto" es quizá el más peligroso de todos. [...] Si algo es seguro es que nuestro Partido y la clase obrera sólo pueden alcanzar el poder bajo la forma de la república democrática. Esta es incluso la forma específica de la dictadura del proletariado, como ya lo mostrara la gran Revolución Francesa. [...]

De todas estas cosas, no muchas pueden ponerse en el programa. Las menciono principalmente para caracterizar las condiciones existentes en Alemania, en las cuales no conviene decir tales cosas, y el autoengaño que quiere efectuar la transición, de esas condiciones a la sociedad comunista por medios legales. Además las menciono para recordar al Ejecutivo del Partido que hay otras cuestiones políticas de importancia además de la "legislación directa por el pueblo" y de la "administración gratuita de la justicia": sin éstas terminaremos por marchar de todos modos. En medio de la inseguridad general esas cuestiones pueden volverse candentes cualquier día, y ¿qué habrá de ocurrir si no las hemos discutido y si no hemos llegado a un acuerdo sobre ellas?

A pesar de estas críticas de Engels al proyecto, en el programa definitivo no se les prestó suficiente consideración, sobre todo en lo que concierne a las cuestiones fundamentales. El problema del Estado no fue formulado.

(En *Correspondencia Marx-Engels*. Buenos Aires, Editorial Cartago.)

Federico Engels hizo una clara crítica del Programa de Erfurt, marcando las importantes omisiones que en éste se observaban.

rácter del estado— los hechos sucedidos con posterioridad demostraron que no fue casual. Tanto en los posteriores congresos del partido, como en las ideas de los dirigentes reformistas, el estado aparece como un órgano de *conciliación* de clases. Para Marx y Engels era precisamente lo contrario: un órgano de *dominación* de clase, de *opresión* de una clase sobre otra. Como lo expresó posteriormente Lenin en *El Estado y la Revolución*: "El estado surge en el sitio, en el momento y en el grado en que las contradicciones de clase *no pueden*, objetivamente, *conciliarse.* Y viceversa: la existencia del estado demuestra que las *contradicciones de clase son irreconciliables".* (El subrayado es nuestro).

El estado burgués, según Engels, no se extingue sino que es destruido por el proletariado.

Pero para las corrientes reformistas del partido el estado burgués estaba llamado a *extinguirse*, es decir, a ir *diluyéndose paulatinamente*, lo que implicaba la noción de cambio lento, gradual, paulatino, logrado a partir de las reformas y mejoras que el proletariado podría ir consiguiendo a través de sus luchas. Es precisamente esta concepción acerca del carácter del estado, de su carácter de conciliador de clases, traída de la mano por el reformismo al seno del partido, lo que llevó a la socialdemocracia a ponerse del lado de la burguesía. Al no ver en el estado burgués un instrumento de la clase dominante lo apoyó, y apoyar al estado burgués en ese momento significaba apoyar a la burguesía en su política de expansión imperialista. Al decir de Lenin, "esta corriente (socialchovinismo), socialismo de palabra y chovinismo de hecho, se distingue por la adaptación vil y lacaya de los jefes del socialismo no sólo a los intereses de su burguesía nacional sino precisamente a los de su estado".

Una idea de la fuerza que estaban tomando estas tendencias la da el siguiente hecho: en ocasión de publicarse en 1895 una nueva edición del libro de Marx *La lucha de clases en Francia de 1848 a 1850*, Engels comenta en un extenso prólogo la situación del P.S.D.A. en ese momento y hace algunas consideraciones estratégicas sobre la lucha revolucionaria del proletariado alemán. El folleto es editado por W. Liebknecht en el *Vorwärts*, órgano central del partido, con tales reducciones que el mismo Engels expresaría luego en una carta a Kautzky de abril de 1895: "Hoy he visto en Vorwärts un extracto de mi Introducción, publicado sin mi consentimiento y arreglado de tal modo que aparezco como un pacífico orador de la legalidad a toda costa. Razón de más para que desee ver publicada íntegramente la introducción en Neue Zeit [periódico dirigido por Kautzky] a fin de que se disipe esta bochornosa impresión". Kautzky tampoco publicó la Introducción de Engels.

Controversia revisionista: reforma o revolución

Veamos ahora cómo surge y se arraiga el reformismo en el partido y cuáles fueron las razones históricas que engendraron ese fenómeno:

A fines del siglo XIX y principios del actual el reformismo tomó cuerpo a través del movimiento liderado por Eduardo Bernstein. Desde el congreso de Erfurt el movimiento reformista no dejó de crecer y consolidarse. Fue allí donde tuvo sus primeras expresiones a través de Vollmar, dirigente socialdemócrata de Baviera. Vollmar se manifestó partidario de centrar la acción del partido en reformas económicas y en programas ajustados a las condiciones inmediatas. Esta postura fue criticada por Bebel, viejo líder del partido, quien señaló que si se adoptaba la posición de Vollmar nada podría salvar al partido de degenerar en un mero oportunismo.

En el congreso del año siguiente



Arriba: Varias figuras de gran importancia en la política alemana. De izquierda a derecha: Ferdinand y Frieda Simon, Clara Zetkin, Federico Engels y Julie Bebel.

Abajo: Augusto Bebel en una foto de 1865. Junto a W. Liebknecht tuvo a su cargo la crítica del partido al revisionismo en el Congreso de Lübeck en 1901.

Vollmar volvió al ataque, ahora con la cuestión del estado. Entendía toda ampliación o extensión de la actividad del estado burgués como una medida de lo que él llamaba "socialismo de estado". En esta ocasión fue W. Liebknecht quien efectuó la crítica: "Cuando el estado existente se encarga de algo no cambia su naturaleza. Ocupa el lugar del patrono de una empresa privada: los obreros no mejoran nada, el estado refuerza su poder y su capacidad para la opresión". Poco tiempo después, en el Congreso de Breslau de 1895, el mismo W. Liebknecht volvería sobre sus pasos con respecto a esta concepción, acercándose a la posición de Vollmar. Esta situación se repitió varias veces: las críticas al reformismo se traducían, al poco tiempo, en propuestas prácticas similares a las criticadas.
Todo esto era un signo más de cuán diluida se encontraba la perspectiva revolucionaria del partido en el marco de la lucha electoral. Ya en 1891 W. Liebknecht expresaba: "Si tuviéramos tantos votos y tanta fuerza como tienen los partidos burgueses, el Reichstag sería para nosotros tan poco infructuoso como lo es para ellos [...] Decir esto no es sostener que todo problema puede ser resuelto por la legislación, *pero que alguien me enseñe otro camino* [...] la esencia del revolucionarismo está, no en los medios, sino en el fin". El fin para Liebknecht seguía siendo la toma del poder por el proletariado, aunque no expresase cómo. Si bien para algunos dirigentes el contenido de la lucha electoral era el expresado por W. Liebknecht, nada garantizaba que fuera el mismo para todo el partido, ni mucho menos para los jefes reformistas como Vollmar, Schippel, Berstein, Haine, etc.

Esta situación se comprobó poco tiempo después cuando en algunos estados los dirigentes socialdemócratas se unieron en las elecciones con los partidos burgueses a cambio de la promesa de estos últimos de votar en contra de cualquier ley contra los socialistas o de apoyar mejoras para los obreros. Ante esta situación, el congreso del partido (Hamburgo, 1897) estableció que "estaban prohibidos toda clase de acuerdos o alianzas con otros partidos", aunque al año siguiente, en Stuttgart, tales acuerdos fueron permitidos 'siempre que los candidatos de los partidos burgueses se obligaran a defender el sufragio universal y a votar en contra de cualquier ley represiva que pudiera proponerse".
En 1899 apareció el libro de Bernstein *Las premisas del socialismo y los problemas de la socialdemocracia* en el que el autor proponía una revisión de la teoría marxista. Es a partir de ese momento que el "revisionismo" se convierte en la exposición autorizada de la corriente reformista.
Bernstein sostenía que las contradicciones del capitalismo en lugar de ir acentuándose con su desarrollo —como lo había expresado Marx—se iban atenuando. Tanto el carácter anárquico de la producción capitalista como las grandes crisis irían desapareciendo paulatinamente a medida que avanzaba el proceso de concentración de capital y fueran apareciendo los monopolios en los que Bernstein veía un proceso de socialización de la producción. En síntesis, sostenía que el capitalismo iba evolucionando lentamente hacia el socialismo.

En este contexto teórico la acción política de la clase obrera debía estar encaminada a la consecución de mejoras y reformas que aceleraran el tránsito. La socialdemocracia no debía encaminarse en su acción a la toma del poder político del estado, sino a elevar la situación de la clase trabajadora y a implantar el socialismo mediante una ampliación progresiva del control social obrero.
Plantear, como lo hacía Bernstein, a través de la imposibilidad del derrumbe capitalista, la no necesidad de la revolución socialista significaba convertir a la teoría marxista, de una teoría





Guillermo II en una ceremonia oficial. La política de expansión de Alemania produjo fricciones entre este país e Inglaterra, virtual dominadora de los mercados externos, fricciones que encaminaron el conflicto interimperialista hacia la guerra total.

revolucionaria, en un mero evolucionismo. Esto era demasiado para los líderes del partido, quienes, si bien venían haciendo cada vez más concesiones al oportunismo reformista, no podían aceptar conceptos ya rebatidos varias décadas atrás por Marx. A pesar de que en la práctica el partido no accionaba en forma muy diferente a la propuesta por el revisionismo, teóricamente su objetivo final era alcanzar el estado socialista. Bernstein afirmaba, por el contrario: "Para mí, el fin, sea cual fuere, no es nada; el movimiento lo es todo".

El objetivo final, contestaba Rosa Luxemburgo a los revisionistas, "es precisamente lo único concreto que establece diferencias entre el movimiento socialdemócrata, por un lado, y la democracia burguesa y el radicalismo burgués por el otro; y como ello es lo que hace que todo el movimiento obrero, de una cómoda tarea de remendón, encaminada a la salvación del orden capitalista, se convierta en una lucha de clase contra ese orden, buscando la anulación de este orden, el dilema de Reforma o Revolución es, al mismo tiempo, para la socialdemocracia el de "ser o no ser". Quien así se expresaba no era una de las voces oficiales del partido sino una joven militante que en ese momento lideraba una fracción de izquierda dentro de la socialdemocracia.

La crítica oficial del partido al revisionismo estuvo a cargo de W. Liebknecht y Agusto Bebel, quienes consiguieron derrotarlo en el Congreso de Lübeck en 1901. Aunque Bernstein declaró que no iba a renunciar a sus ideas, el partido no lo expulsó de su seno. Por el contrario, poco tiempo después, con la ayuda de quienes habían estado frente a él en la controversia, fue elegido como representante de la socialdemocracia para las elecciones del Reichstag.

La conducción del partido, lejos de desenterrar al revisionismo, seguía acercándose a sus propuestas. Pero ¿cuáles fueron las causas materiales que operaron sobre el proletariado alemán y su partido para que se arraigaran en su seno las tendencias revisionistas? ¿Cuáles fueron las razones para que el revisionismo arrastrara al partido en su conjunto?

El revisionismo y la expansión imperialista

Dice Rosa Luxemburgo en *Reforma o revolución*: "La corriente oportunista teóricamente formulada por Bernstein no es otra cosa que una oculta tendencia a asegurar en el partido la supremacía de los advenedizos elementos pequeño-burgueses, pretendiendo amoldar a sus espíritus la práctica y los fines del partido". Rosa Luxemburgo ve la base del oportunismo en la ingerencia en el partido de elementos pequeño-burgueses. Ahora bien: ¿qué factores impulsaron el crecimiento de la ideología pequeño burguesa en el seno del partido?

Uno de los fenómenos provocados por el imperialismo es producir un aflojamiento momentáneo de las condiciones en que se desarrolla la lucha de clases. Con el imperialismo tiende a intensificarse, en el país imperialista, la lucha económica en todas sus manifestaciones, pero la lucha política tiende a diluirse en el contenido de esa lucha económica. Los altos beneficios monopolistas obtenidos por la clase capitalista permiten a ésta afrontar las demandas por mayores salarios con un margen mayor de maniobra que el habitual, lo que impulsa de por sí a la negociación. Crece la necesidad de obreros especializados por parte de las empresas monopolistas relacionadas más directamente con la expansión imperialista; aparece, con el imperialismo, una categoría especial de obreros: la que Lenin llamó la "aristocracia obrera".

Dice Lenin en *El imperialismo fa-*



En vísperas de la guerra se realiza una importante movilización socialdemócrata. La especial situación que se vivía en Alemania hizo que el proceso de lucha de clases se aflojara momentáneamente. Fueron muchos los dirigentes obreros que se volcaron al oportunismo, compartiendo la óptica de las clases dominantes y exacerbando los sentimientos chovinistas.





El sufragio universal: un arma más de lucha

El primer gran servicio que los obreros alemanes prestaron a su causa consistió en el mero hecho de su existencia como Partido Socialista, que superaba a todos en fuerza, en disciplina y en rapidez de crecimiento. Pero además prestaron otro: suministrar a sus camaradas de todos los países un arma nueva, una de las más afiladas, al hacerles ver cómo se utiliza el sufragio universal. [...] Cuando Birmarck se vio obligado a introducir el sufragio universal como único medio de interesar a las masas del pueblo por sus planes, nuestros obreros tomaron inmediatamente la cosa en serio y enviaron a Augusto Bebel al primer Reichstag Constituyente. [...] Con la agitación electoral nos ha suministrado un medio único para entrar en contacto con las masas del pueblo allí donde están todavía lejos de nosotros. [...] Con este eficaz empleo del sufragio universal entraba en acción un método de lucha del proletariado totalmente nuevo, método de lucha que se siguió desarrollando rápidamente. [...] ¿Quiere decir esto que en el futuro los combates callejeros no vayan a desempeñar ya papel alguno? Nada de eso. Quiere decir únicamente que, desde 1848, las condiciones se han hecho mucho más desfavorables para los combatientes civiles y mucho más ventajosas para las tropas. [...] ¿Comprende el lector, ahora, por qué los poderes imperantes nos quieren llevar a todo trance allí donde disparan los fusiles y dan tajos los sables? ¿Por qué hoy nos acusan de cobardía porque no nos lanzamos sin más a la calle, donde de antemano sabemos que nos aguarda la derrota? ¿Por qué nos suplican tan encarecidamente que juguemos, al fin, una vez, a ser carne de cañón? [...] Si han cambiado las condiciones de la guerra entre naciones, no menos han cambiado las de la lucha de clases. La época de los ataques por sorpresa, de las revoluciones hechas por pequeñas minorías conscientes a la cabeza de las masas inconscientes, ha pasado. Allí donde se trate de una transformación completa de la organización social, tienen que intervenir directamente las masas, tienen que haber comprendido ya por sí mismas de qué se trata, por qué dan su sangre y su vida. Esto nos lo ha enseñado la historia de los últimos cincuenta años. Y para que las masas comprendan lo que hay que hacer hace falta una labor larga y perseverante. Esta labor es precisamente la que estamos realizando ahora, y con un éxito que sume en la desesperación a nuestros adversarios.

(Del "Prólogo" escrito por Engels en 1895 a "Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850", de C. Marx, en *Obras escogidas*. Moscú, Editorial Progreso, 1966, tomo 1).

Los "socialimperialistas"

El imperialismo tiene la tendencia a formar categorías privilegiadas también entre los obreros y a divorciarlas de la gran masa del proletariado. [...] La ideología imperialista penetra, incluso, en el seno de la clase obrera, la cual no está separada de las demás clases por una muralla china [...] los jefes del llamado partido socialdemócrata actual de Alemania han sido con justicia calificados de socialimperialistas, esto es, de socialistas de palabra e imperialistas de hecho.

(Lenin, *El imperialismo, fase superior del capitalismo*. Buenos Aires, Sociedad Editora Latinoamericana, 1946.)

se superior del capitalismo: "El imperialismo, que significa el reparto del mundo y la explotación [...] implica ganancias monopolistas elevadas para un puñado de países riquísimos, crea la posibilidad económica de la corrupción de las capas superiores del proletariado y con ello nutre, da forma, refuerza, el oportunismo". Eso fue precisamente lo que sucedió en el seno del proletariado alemán: los sectores pequeño-burgueses y los que veían en la expansión imperialista de la burguesía alemana la base de sus privilegios sobre la inmensa mayoría, avanzaron sobre el partido obrero, que era la organización destinada a dar forma política a la lucha del proletariado contra la burguesía. Esto ligó íntimamente la perspectivas política del oportunismo a las de la burguesía imperialista, y por ello las contradicciones de clase de la sociedad capitalista alemana tendieron a ser disimuladas por los dirigentes obreros oportunistas.

Si bien es cierto que esta situación de privilegio se da para los menos dentro de la inmensa mayoría del proletariado, es también cierto que eran los más los que aceptaban verticalmente, con una organización y disciplina ejemplares, las decisiones que la burocracia partidaria y sindical les imponían.

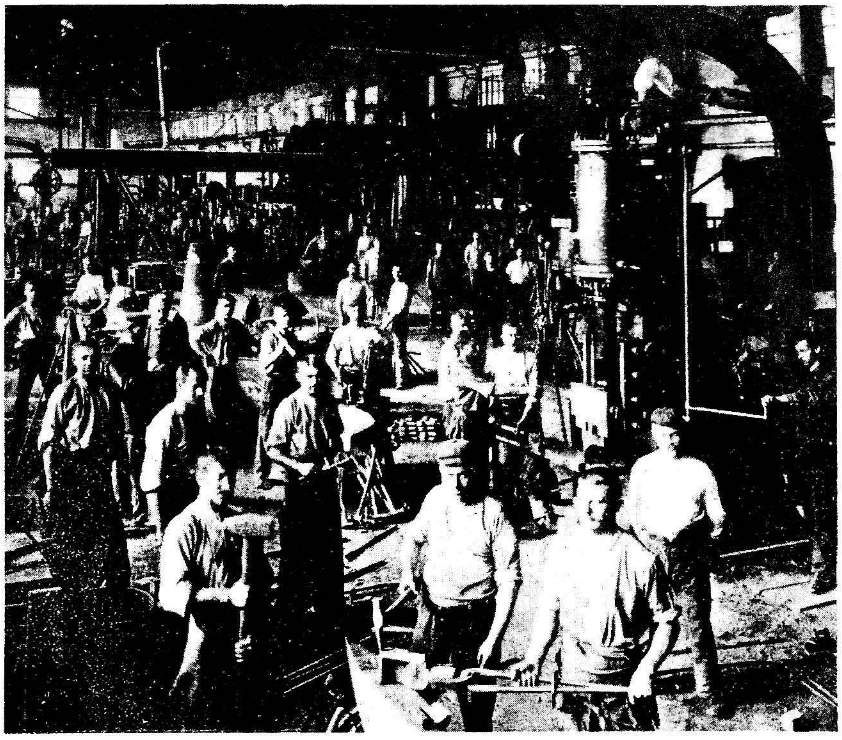
La organización sindical obrera: un elemento del partido

La otra base de organización de la clase obrera alemana la constituyeron los sindicatos. Luego de muchos vaivenes provocados por la represión del gobierno, el movimiento sindical comienza a desarrollarse a partir de 1890, favorecido por la legalidad.

De acuerdo a sus orientaciones políticas podemos clasificarlos en tres grupos: Sindicatos libres



Pero no todas las organizaciones obreras se dejaron confundir por los dirigentes fieles a la burguesía. Luego del encarcelamiento de W. Liebknecht —arriba— los obreros de Krupp declararon una huelga de protesta que movilizó a más de 50.000 operarios de las fábricas de municiones.



Bebel comandó en el Partido Socialdemócrata un sector de centro, que se oponía a la guerra como acción violenta, sin asumir una crítica a los motivos que llevaban a la misma.



o socialistas, liberales y católicos. Los primeros respondían en su totalidad al P.S.D.A.. Los segundos, que en su origen fueron obra de dos liberales de clase media, Hirsh y Dunker, actuaban como conciliadores en las negociaciones amistosas entre patrones y obreros. Los católicos, que en un principio se declararon partidarios de la organización social existente y que por lo tanto llevan a cabo una política pacífica, asumieron posteriormente actitudes más combativas, llegando a aliarse en algunos casos con los socialistas.

El grupo que más importancia tenía era el de los socialistas: en 1898 contaba con 400.000 afiliados y en 1913 con 2,5 millones. Los sindicatos católicos tenían en 1898 unos 100.000 afiliados y en 1913 llegaron a contar con 350.000. Los liberales fueron decayendo y nunca llegaron a contar con más de 100.000 afiliados. El poder y la organización de los sindicatos se hicieron sentir en el socialismo. En el año 1899 se llevaron a cabo en Alemania 1336 huelgas con cerca de 100.000 participantes; en 1905 se hicieron 2.450 con casi 500.000 participantes. En 1909 se registraron 1.537 huelgas.

Pero juntamente con el desarrollo del sindicalismo, y a pesar de la influencia del P.S.D.A. sobre los sindicatos socialistas, iba creciendo el apoliticismo y el economicismo; se iba despojando a la lucha de todo contenido político. En particular, las huelgas no tenían ningún contenido político. Sólo se realizaban por reivindicaciones económicas.

Con el sindicalismo alemán estaba pasando lo que tiempo atrás había pasado con el trade-unionismo inglés, a pesar de que Alemania tenía un partido de clase organizado y desarrollado que ejercía fuerte influencia sobre los sindicatos.

Los dirigentes sindicales alemanes mantenían una oposición bien manifiesta al principio de la huelga política. En el Congreso Sindical de Colonia de 1905 se fijó la consigna de "los sin-

La crítica de Liebknecht a los créditos de guerra

El 2 de diciembre de 1914, cuando se discutía en el Reichstag con respecto a los créditos de guerra solicitados por el Gobierno, Karl Liebknecht, representante de la socialdemocracia, pronunció la siguiente declaración:

. . . Esta guerra, que ninguno de los pueblos comprometidos en ella ha querido, no ha estallado para el bien del pueblo alemán ni de ningún otro pueblo. Se trata de una guerra imperialista, de una guerra que tiene por objeto la dominación capitalista del mercado mundial, la dominación política de extensos territorios donde se asentaría el capital industrial y el bancario. Desde el punto de vista de la competencia de armamentos se trata de una guerra preventiva, provocada solidariamente por los partidos militares, alemán y austríaco, en las tinieblas del semiabsolutismo y la diplomacia secreta. Se trata también de una empresa bonapartista que tiende a desmoralizar y destruir el movimiento obrero reciente. Esto lo han demostrado con creciente evidencia, a despecho de imprudentes chalaneos, los acontecimientos de los últimos meses.

La consigna alemana: ¡Contra el zarismo!, como la consigna inglesa y francesa: ¡Contra el militarismo!, ha servido para movilizar los más nobles instintos, las tradiciones y esperanzas revolucionarias del pueblo, en provecho del odio entre los pueblos. Cómplice del zarismo, país modelo hasta hoy de la reacción política, Alemania no tiene autoridad para erigirse en libertadora de las naciones. La liberación del pueblo ruso, como del pueblo alemán, deben obtenerla estos pueblos por sí mismos.

La guerra no es para Alemania una guerra defensiva. Su carácter histórico y el desarrollo de los acontecimientos nos prohiben abrir un margen de confianza a un gobierno capitalista que solicita créditos para defender la patria.

Una paz rápida y que no deshonre a nadie, una paz sin conquistas, eso es lo que hay que exigir. ¡Bienvenidos sean todos los esfuerzos en este sentido! Sólo el refuerzo continuo y simultáneo de las corrientes en favor de una paz semejante, en todos los países beligerantes, puede detener la sangrienta matanza y el total aniquilamiento de los pueblos que están empeñados en ella. Solo una paz basada en la solidaridad internacional de los trabajadores y en la libertad de todos los pueblos puede ser una paz duradera. En este sentido es en el que el proletariado de todos los países, debe hacer, en el curso de la misma guerra, un esfuerzo socialista por la paz.

Acepto los créditos en cuanto estén destinados a paliar la miseria, aunque los encuentro notoriamente insuficientes. Acepto igualmente cuanto puede hacerse para suavizar la ruda suerte de nuestros hermanos del frente, de los heridos y enfermos, a quienes envío mi piedad sin límites; también sobre este punto nada de lo que se pida será excesivo. Pero —por protesta contra la guerra, contra los que son responsables de ella, contra los que la dirigen, contra la política capitalista de que ha nacido, contra los fines capitalistas que persigue, contra los proyectos de anexión, contra la violación de la neutralidad belga y luxemburguesa, contra la dictadura militar, contra el abandono de los deberes sociales y políticos de que son culpables aún hoy Gobierno y clases dirigentes— rechazo los créditos de guerra solicitados.

(En *Testimonios de la Gran Guerra*. Antología preparada por Carlos Altamirano. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1969. Siglomundo, Biblioteca de Literatura y Ciencias Sociales).

Arriba: Una manifestación de estudiantes berlineses en favor de la guerra. Los choques entre los grupos pacifistas y belicistas serían frecuentes en las ciudades más importantes de Alemania. En la ilustración inferior: Rosa Luxemburgo dirige la palabra a los asistentes a un mitin organizado por la Liga Espartaco.

dicatos tienen necesidad de calma antes que nada".

En ese año, como consecuencia de la importancia que tuvo la huelga de masas de la Revolución Rusa, se produjo en Alemania una fuerte controversia. Rosa Luxemburgo decía que la huelga política de masas era un instrumento fundamental dentro de la estrategia revolucionaria que el partido debía estar dispuesto expresamente a discutir y organizar. Pero este enfoque chocaba con el sector de derecha del partido y, sobre todo, con los dirigentes sindicales.

En el Congreso de Jena de 1905 el partido había aprobado la moción de Bebel de recurrir a la huelga política de masas en caso de ataque al sistema del sufragio universal por parte del gobierno. Rosa Luxemburgo consideraba que ésta era una aplicación estrecha y mezquina de un principio táctico que para ella tenía mucha mayor importancia revolucionaria. Para ella la huelga política de masas era una "forma elemental de la revolución y no una receta mecánica de una acción política defensiva". El partido retrocedió aún más. En 1906 los dirigentes sindicales acordaron secretamente con el Buró del partido "vaciar de sentido la resolución del Congreso de Jena sobre la huelga de masas y colocar al partido prácticamente bajo la tutela de los dirigentes sindicales".

El lema de la mayoría de los dirigentes sindicales era "la huelga general es la locura general". El comportamiento de los sindicatos no hacía más que refirmar este lema. Dice Paul Frolich en el prólogo a *Huelga de masas, partido y sindicatos* de Rosa Luxemburgo: "Los móviles de esta actitud de los sindicatos eran claros. Temían perder su independencia táctica con respecto al partido, temían ver desaparecer el gran botín de guerra que habían logrado amasar e incluso temían ver destruidas sus organizaciones por el estado en semejante prueba de fuerza".

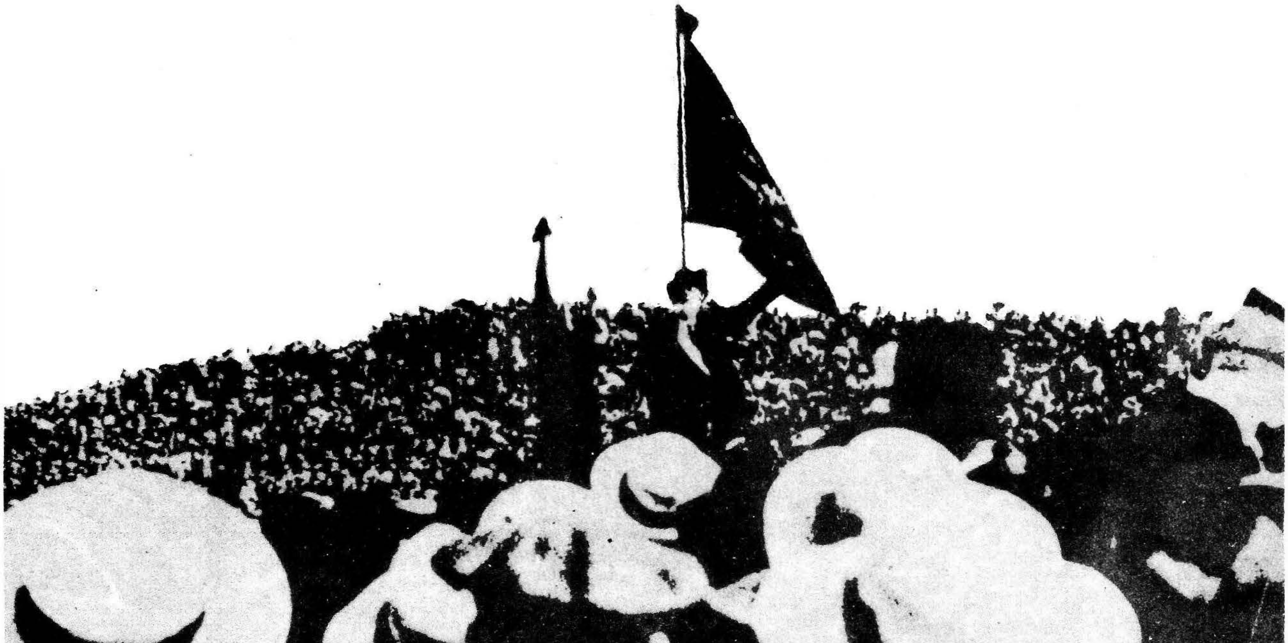
Esto era pues lo que pasaba con las direcciones políticas y sindicales de esos más de cuatro millones de trabajadores que constituían las bases sobre las que aquéllas se apoyaban. Las direcciones habían desprovisto de contenido político de clase a las luchas del proletariado y las habían hecho ingresar en los marcos del sistema. Cuando el proletariado, rebasándolas, proponía movilizaciones, éstas eran frenadas desde arriba a través del control y disciplina que la burocracia sindical y partidaria ejercían sobre toda la clase obrera. El freno impuesto por los dirigentes a las manifestaciones realizadas en Sajonia y Hamburgo por el sufragio universal y el vaciamiento de todo contenido revolucionario impuesto a una manifestación en favor de la Revolución Rusa de 1905 realizada en 1907 no son más que algunos ejemplos de lo que ya era la tónica general.

El avance del nacionalismo y del socialchovinismo

La expansión imperialista alemana no dejaba de consolidarse y con ella se fortificaba en el Partido Socialdemócrata Alemán la posición del reformismo. Los intereses de la pequeña burguesía y de sectores obreros privilegiados estaban estrechamente vinculados a los de la burguesía monopolista. Sabían perfectamente que la burguesía podía hacer concesiones a sus demandas mientras se mantuvieran los superbeneficios provenientes de la expansión imperialista. Por esta razón los intereses de dicho sector y los de la burguesía quedaban estrechamente ligados a la explotación del proletariado mundial.

Consecuentemente con esto las expresiones en favor de la política colonial alemana no dejaban de crecer en el partido. Vollmar y Roter hablaban de apoyar y mantener a la ma-







rina alemana y de redondear las posesiones del imperio colonial. Leutner decía que una oposición de los socialdemócratas a la política exterior del gobierno sería como una traición a los intereses del proletariado, puesto que los rusos e ingleses aprovecharían esos ataques para sus fines.
A medida que pasaba el tiempo el partido asimilaba más no sólo estas ideas sino también la fraseología patriotera con que ellas se expresaban. El nacionalismo, nacido del reformismo, se iba arraigando, y así el partido se colocaba del lado de la burguesía.
En 1906 la socialdemocracia negó el apoyo a los créditos pedidos por el gobierno para intensificar la represión en la zona alemana de Sudáfrica. Los partidos burgueses se unieron y esto le significó finalmente al P.S.D.A. la pérdida de 38 puestos en el Reichstag. El partido juzgó que había sido tratado injustamente puesto que había reconocido expresamente el deber de la defensa nacional y se había negado a unirse a los verdaderos adversarios del imperialismo colonial. La cuestión de Sudáfrica no significaba oponerse a la política colonial ni negar el deber de la defensa nacional. En consecuencia el partido rectificó su política con respecto a las colonias, puesto que mantenerla implicaba volcarse en contra de los elementos democráticos de clase media, y ya no trató de disimular su apoyo al colonialismo. Esto le valió, en las elecciones de 1912, 4.250.000 votos, exactamente un millón más que en las elecciones de 1907.
La claudicación era cada vez más manifiesta. En la medida que más prendía en diversos sectores la propaganda nacionalista del gobierno, más tenía que girar la socialdemocracia hacia el lado de la burguesía para poder captar votos y, con ello, más fuerza cobraban las fracciones nacionalistas dentro de la estructura partidaria.
La propaganda nacionalista del gobierno tenía un fin muy preciso llevar a los sectores obreros la ideología nacionalista, y así enfrentarlos con el proletariado de Inglaterra, Rusia y Francia. Era precisamente con las burguesías imperialistas de estos países que chocaba la burguesía alemana en su expansión mundial. El mundo ya resultaba chico para el imperialismo mundial y, por esto, la posibilidad de una guerra mundial era cada vez mayor.
Se buscaba de este modo que el proletariado asumiera posiciones nacionalistas y renunciara a los principios internacionalistas que el partido había mantenido durante tanto tiempo. Los principales instigadores del viraje fueron los jefes socialistas al defender la política colonial. El socialchovinismo —"socialismo de palabra y patrioterismo en los hechos"— era cada vez más manifiesto en los jefes reformistas.
En contraposición al avance de las corrientes nacionalistas iba tomando fuerza en el P.S.D.A. la oposición de izquierda, liderada por Rosa Luxemburgo, Karl Liebknecht, hijo de Willhelm, Franz Meherin y otros. Este grupo había intensificado la propaganda internacionalista y propugnaba ante la inminencia de una guerra una protesta revolucionaria de masas en todos los posibles países beligerantes.
Por otro lado, surge un sector de centro, también opuesto a la guerra, aunque sus motivos eran totalmente distintos a los de la izquierda. El sector de centro, liderado por Bebel y Kautzky, no planteaba una oposición consecuente a la política imperialista en sí sino a la violencia que ésta podía desencadenar.
En el año 1912 se reúne en Basilea un congreso extraordinario de la Segunda Internacional con objeto de tratar la actitud a asumir en caso de una guerra. Una parte de declaración final se encuentra en el siguiente párrafo: 'Si una guerra amenaza con estallar, es un deber de la clase obrera de los países afectados y de sus representantes en el parlamento, con la ayuda del

"Alemania aspiraba a levantar un imperio alemán basado en Europa Central. Sería un sistema de dominación política y económica directa e indirecta. Se anexarían territorios en sus fronteras orientales y occidentales." Ramos Oliveira, "Historia social y política de Alemania".

Buró Internacional [...], hacer todos los esfuerzos para impedirla por todos los medios que les parezcan mejores y más apropiados y que naturalmente varían según lo agudo de la lucha de clases y la situación política general. En el caso de que la guerra estallara tienen el deber de interponerse para que cese inmediatamente...". La reunión terminó al grito de "¡Viva la internacional obrera! ¡Guerra a la guerra!" Pero como la declaración no contenía ningún llamado a la lucha revolucionaria todo esto no pasaba de ser simple palabrerío.

Poco tiempo después nadie movería un dedo dentro de la socialdemocracia —excepto el sector de izquierda— para evitar la guerra.

Las movilizaciones del proletariado frente a la guerra

En julio de 1914 el sector de centro mantenía todavía una política pacifista. Por esta razón se sumó a las manifestaciones antibelicistas que promovía la izquierda.

El proletariado alemán se movilizó en las calles. Aunque el gobierno autorizó solamente las manifestaciones "patrióticas" el proletariado realizó sus asambleas en las Casas del Pueblo y luego invadió las calles céntricas de las ciudades gritando consignas contrarias a la guerra. Mientras tanto, una juventud nacionalista también se movilizaba. Se sucedieron los choques entre obreros y estudiantes. Los obreros chocaron con la policía montada. Iguales escenas se producían en las calles de Berlín, Hamburgo, Munich, Leipzig, etc.

Ante la inminencia de la guerra se reunió un congreso internacional en Bruselas. En él los representantes obreros franceses y alemanes reafirman su apoyo mutuo, pero se habla en estos términos: "El gobierno francés





En la página de la izquierda: Manifestaciones obreras en Petrogrado en 1917. La noticia del triunfo de la revolución bolchevique tuvo especial influencia en ciertos sectores de la socialdemocracia alemana. En todo el país comenzó a tenerse la certeza de que una revolución era necesaria.

A la derecha: Tras la abdicación de Guillermo II, el canciller del imperio entregó el gobierno a Ebert —a quien se ve en el grabado—, jefe del Partido Socialdemócrata.

Rosa Luxemburgo y su juicio sobre la socialdemocracia

En 1907 Rosa Luxemburgo escribía a su compañera del partido, Clara Zetkin, sus impresiones con respecto a la política que adoptaba la socialdemocracia alemana:

Desde mi regreso de Rusia me siento bastante sola. [. . .] Tengo conciencia como nunca antes de todo lo que hay de timorato y mezquino en el Partido. Pero, sin embargo, no estoy tan preocupada como tú porque ya he comprendido con claridad alarmante que esas cosas y esos hombres no cambiarán mientras la situación no sea totalmente diferente, y aún entonces —ya me he convencido reflexionando sobre ello fríamente— tendremos simplemente que contar con la inevitable resistencia de esa gente cuando pretendemos llevar las masas más lejos. La situación es la siguiente: Augusto [Bebel] y aún más los otros, se han dedicado por entero al parlamentarismo. En toda situación que supere los límites del parlamentarismo no sirven para nada; peor aún, tratan de meter todo en el molde parlamentario, y por lo tanto combatirán con furia como "enemigo del pueblo" a quien quiera ir más allá. Tengo la impresión de que las masas, y más aún la gran masa de los camaradas del Partido, en su interior han terminado con el parlamentarismo. Saludarían con alegría una corriente de aire fresco en la táctica; pero la autoridad de los viejos aún pesa sobre ellos, y en mayor medida la capa superior de los periodistas, diputados y dirigentes sindicales oportunistas. Nuestra tarea ahora es reaccionar por medio de las protestas más vigorosas contra el anquilosamiento de esas autoridades y tendremos contra nosotros, una vez dada la situación, tanto a los oportunistas como al Buró y a Augusto. Mientras se tratara de defenderse contra los Berntsein y Cía., Augusto y Cía., aceptan gustosos nuestra sociedad y nuestra ayuda, tanto más cuanto que al comienzo ellos mismos tuvieron miedo. Pero si se pasa a la ofensiva contra el oportunismo, los viejos estarán con Ede [Bernstein)] Vollmar y David y en contra nuestro. He aquí cómo veo la situación, y ahora lo esencial: ¡consérvate con buena salud y permanece calma! ¡Estas son tareas en las que es preciso calcular a largo plazo!

(Texto de una carta de Rosa Luxemburgo a Clara Zetkin citada en el "Prólogo" a *Huelga de masas, partido y sindicatos*, de R. Luxemburgo. Córdoba, Cuadernos de Pasado y Presente, 1970.)





desea en este momento la paz; el admirable gobierno inglés está buscando en este momento el camino de la reconciliación y aconseja a Rusia que tenga paciencia y se conduzca con prudencia". El delegado francés estaba hablando por su gobierno y por el "admirable gobierno inglés".

Era evidente que nadie estaba dispuesto a respetar lo acordado en los congresos internacionales. Y la excusa para ello se encontró bien pronto: ante el conflicto bélico tanto los socialistas franceses como los alemanes declararon que apoyarían a su país en el caso de una guerra defensiva. Los franceses creían que la guerra era defensiva para Francia (frente a Alemania), mientras que los alemanes creían que la guerra era defensiva para Alemania (frente a Rusia). ¿Lo creían realmente? De cualquier manera, lo que estaban defendiendo era el orden burgués en sus respectivos países.

¿Cuál era el contenido de esa guerra "defensiva" para Alemania? "Alemania aspiraba —señala Ramos Oliveira—, una vez ganada la guerra, a levantar un imperio alemán basado en Europa Central. Sería un sistema de dominación política y económica directa e indirecta. Se anexaría territorios en sus fronteras orientales y occidentales."

La paz civil se había conseguido. La socialdemocracia apoyaba incondicionalmente la guerra y la burguesía monopolista alemana pudo llevar a cabo de ese modo su guerra contra las otras potencias imperialistas. En el Reichstag todos los representantes socialdemócratas, salvo Karl Liebknecht, votaron a favor de los créditos de guerra pedidos por el gobierno.

La oposición de Karl Liebknecht en el parlamento fue acallada por la censura. No se le dejó fundamentar su voto y se le prohibió hablar. Liebknecht lo hizo igual, interrumpiendo las intervenciones de los demás parlamentarios. Se prohibió a los taquígrafos reproducir sus intervenciones con el fin de que sus discursos no llegaran al pueblo. Hasta llegó a ser agredido físicamente por el bloque de los representantes socialdemócratas. Pero la oposición a la política condescendiente de la derecha socialdemócrata no se hizo esperar y el grupo de izquierda comenzó a tener más apoyo dentro del partido.

La Liga Espartaco

Un mayo de 1915 el grupo de Rosa Luxemburgo, K. Liebknecht, Meherin y otros se separó definitivamente del Partido Socialdemócrata y formó lo que primero se llamó el Grupo Internacional y luego la Liga Espartaco. Sostenían que "el proletariado no tiene otra patria que la Internacional Socialista"; "el deber de cumplir las decisiones de la Internacional está por encima de todos los deberes que puedan fijar las organizaciones socialchovinistas" y que "la tarea del momento debe consistir en practicar la lucha de clases contra la guerra e imponer la paz por la voluntad de las masas".

La represión no se hizo esperar: en una manifestación fue detenido Liebknecht. Los obreros organizaron movilizaciones en su apoyo. Los operarios de Krupp declararon la guerra. Este movimiento afectó, solamente en Berlín, a más de 50.000 operarios de las fábricas de municiones. El tribunal encargado de juzgar a Liebknecht apaciguó a los huelguistas condenándolo a una pena leve, la que por subterfugios legales se tradujo en varios años de prisión.

Las decisiones de la Internacional que apoyaba el grupo Espartaco eran las aprobadas en 1915 en el congreso de Zimmerwald (Suiza), por las fracciones de izquierda de los partidos obreros europeos no adictos a la guerra. El P.S.D.A. no había sido invitado, por su posición probelicista, pero sí la Liga Espartaco. En

Karl Liebknecht, hijo de Wilhelm, comandó el sector espartaquista de la socialdemocracia. La política de Ebert, que se encaminaba a la construcción de una república democrático-burguesa, desató importantes manifestaciones en su contra por parte de los grupos más radicales.

Rosa Luxemburgo. Los espartaquistas confiaron demasiado en la espontaneidad revolucionaria y el levantamiento se convirtió en una tragedia. Los principales dirigentes fueron asesinados y los obreros sufrieron grandes bajas.

Zimmerwald estuvieron reunidos los principales jefes revolucionarios de Europa, entre ellos Lenin y Trotski. Este último fue el que esbozó el manifiesto final. La fracción de centro del P.S. D.A., por su lado, tampoco compartía el apoyo que el sector de derecha brindaba a la burguesía imperialista. Este grupo, liderado por Haase y Kautzky, luego de la muerte de Bebel, era el más numeroso. En 1917 se separa de la fracción de derecha del P.S.D.A. y forma el Partido Socialista Independiente.

En 1917 Europa ya se había desangrado. La guerra imperialista había cobrado más de nueve millones de vidas. En ese año se recibe en Alemania la noticia de la sublevación del ejército ruso y de la posterior toma del poder por el pueblo. En Alemania también se empezó a tener la certeza de que una revolución era inminente. El desmantelamiento del poder burgués, desgastado en una larga guerra, era el elemento determinante de la posible revolución. Los ánimos revolucionarios comenzaron a encenderse en toda Alemania.

Los enfoques con respecto a la inminente revolución eran diversos: los socialistas de derecha estaban de acuerdo con la burguesía, la aristocracia y los militares en que se debía crear una república burguesa; los espartaquistas y los socialistas independientes preconizaban una revolución social. Los hechos se precipitaban mientras la aristocracia y la burguesía perdían poder. Su imperio se había destruido. La burguesía perdía terreno y aspiraba a negociar con el sector de derecha de la socialdemocracia. Este a su vez imponía condiciones. Las masas se encontraban en las calles y los espartaquistas extendían cada vez más su influencia. La situación era insostenible para la burguesía.

Se constituyó entonces un gobierno de coalición entre socialistas —sector de derecha—, católicos del centro y progresistas. Pero la situación revolucionaria iba en aumento y el predominio de los espartaquistas ya era manifiesto en Berlín.

El hecho de estar gobernando con la burguesía imponía serias limitaciones a la socialdemocracia. Esta, que entre las condiciones para participar del gobierno pedía la paz inmediata, exigió la abdicación de Guillermo I, sin la cual el armisticio no se podía realizar. Participando en estas condiciones del gobierno la socialdemocracia estaba atada de pies y manos. El apoyo de las masas iba decreciendo. La socialdemocracia abandonó entonces el gobierno de coalición y decretó el apoyo a la huelga general, que ya estaba prevista por los socialistas independientes y los espartaquistas.

El imperio alemán había quedado destruido. La abdicación de Guillermo II llegó casi inmediatamente y el 11 de noviembre de 1918 se firmó el armisticio. Con el fin de la guerra ya había comenzado la revolución.

El canciller del imperio entregó el gobierno a Ebert, jefe de la socialdemocracia. El P.S.D.A. había llegado al poder, pero sus planes de gobierno estaban lejos de ser socialistas: la socialdemocracia tomaba el poder para construir una república democrático-burguesa.

No era precisamente esa la revolución que querían los espartaquistas. Para ellos, si triunfaba la socialdemocracia el estado burgués alemán volvería a constituirse más imperialista que nunca. Ellos querían la revolución proletaria, la construcción de un estado proletario, para edificar sobre él la sociedad socialista.

Los disturbios y movilizaciones se sucedían en Berlín. En otras ciudades —Kiel, Hannover, Magdeburgo, Colonia, Munich, Stuttgart, Frankfort del Main, Brunswick, Oldemburgo y Wittemberg— se produjeron levantamientos que triunfaron y constituyeron consejos formados por obreros y soldados.

El 9 de noviembre de 1918 se declaró la República. La multitud invadió las calles. Los enfrentamientos entre el gobierno social-





demócrata y las masas lideradas por los espartaquistas se intensificaron. Alemania toda trepidaba bajo la revolución social.

La Liga Espartaco decide entonces lanzar el golpe final revolucionario. La consigna es la misma que meses atrás había lanzado Lenin en Rusia: "Todo el poder a los Consejos de obreros y soldados".

Los espartaquistas tenían necesidad de llegar a las masas antes que nada. Sus acciones se dirigieron al copamiento de los periódicos oficiales. Ahora la revolución se difundía y organizaba a través de periódicos espartaquistas.

Durante lo que se conoce como la "semana roja de Berlín" (enero de 1919) se produjo el enfrentamiento definitivo. Los espartaquistas se apoderaron rápidamente de los puntos neurálgicos de la ciudad y la situación del gobierno se tornó crítica. Pero fue un ataque desorganizado que dejó bastiones del gobierno inexplicablemente incólumes. Este no contaba con que las masas adictas a él fueran a luchar contra los espartaquistas. Por el contrario, temía que se unieran a ellos. Sólo contaba con algunos batallones de tropas fieles. Con ellos organizó la represión y poco a poco fue ganando terreno.

Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo fueron apresados y asesinados por el organismo militar socialdemócrata. Con ellos cayeron los dos más grandes líderes revolucionarios alemanes.

La revolución socialista en Alemania había hecho su primera manifestación de fuerza y la misma había resultado trágica para el proletariado alemán. Era esta una tragedia que ponía de manifiesto la impotencia de la socialdemocracia reformista y que la convertía en enemiga de sus antiguos compañeros. La burguesía, debilitada por el doble juego de la derrota militar y la crisis social, era impotente ante las masas. Los espartaquistas confiaron excesivamente en la espontaneidad revolucionaria y los propios miembros de la Segunda Internacional oficiaron entonces como verdugos.

Fue este el revés más serio para los revolucionarios socialistas de la posguerra. Luego el aislamiento de la revolución rusa creó nuevos problemas al socialismo mundial. Lenin describió esta situación claramente. Una situación que será uno de los elementos que llevarían a establecer la NEP, la Nueva Política Económica en Rusia.

Alemania fue así ejemplo claro de la etapa que habría de desarrollarse entre las dos guerras mundiales, durante la cual el movimiento obrero retrocedió defensivamente o sufrió derrotas como las que le ocasionó el fascismo.

Bibliografía

G. D. H. Cole, *Historia del pensamiento socialista.* México, F.C.E., 1959. Tomos II y III.

E. Tarlé, *Historia de Europa.* Buenos Aires, Editorial Futuro, 1960.

Ramos Oliveira, *Historia social y política de Alemania.* México, F.C.E., 2ª edición, 1964. Tomo I.

Rosa Luxemburgo, *Reforma o revolución.* Buenos Aires, Editorial Jorge Alvarez, 1969.

Rosa Luxemburgo, *Huelga de masas, partido y sindicatos.* Córdoba, Pasado y Presente, 1970.

V. I. Lenin, "Sobre la revolución proletaria y el renegado Kautzky", en *Obras escogidas.* Buenos Aires, Editorial Cartago, 1965. Tomo V.

La Segunda Internacional

Santiago Mas

"¡Demos a nuestros camaradas trabajadores de Europa algún tiempo para reforzar sus organizaciones nacionales, y pronto serán bastante fuertes como para derribar las barreras que se han levantado entre ellos y los obreros de otras partes del mundo!" —Manifiesto del Congreso General de la Primera Internacional en ocasión de su disolución—.

En julio de 1876 se celebró el último congreso de la Asociación Internacional de Trabajadores, la Primera Internacional. El Congreso disolvió el Consejo General de la Internacional y lanzó un manifiesto en el que afirmaba: "¡Demos a nuestros camaradas trabajadores de Europa algún tiempo para reforzar sus organizaciones nacionales, y pronto ellos serán bastante fuertes para derribar las barreras que se han levantado entre ellos y los obreros de las otras partes del mundo!". En efecto, la característica fundamental del período 1871-1889 fue la lucha del movimiento obrero por la reorganización de sus destacamentos nacionales, por la constitución de partidos obreros nacionales.

En 1875 se unifican en Alemania la Asociación General de Trabajadores Alemanes de Lassalle y el Partido Socialdemócrata de Trabajadores, dirigido por Augusto Bebel y Wilhelm Liebknecht, y surge el Partido Obrero Socialdemócrata. La fusión se realizó sobre la base del Programa de Gotha, en el cual los marxistas hicieron una serie de concesiones de principio a los lassalleanos.Dicho programa motivó la célebre *Crítica del programa de Gotha* de Marx, texto en el cual este precisó su visión sobre la sociedad futura. Hasta tal punto llegaron las críticas que formularon Marx y Engels que ambos consideraron la posibilidad de alejarse públicamente del partido. Más tarde, en 1891, el Programa de Erfurt, elaborado por Kautsky, cambió las bases programáticas del P. S. D. y las colocó en un terreno estrictamente marxista.

Antes de la fusión cada partido contaba con un 3 % del total de los votos. Dos años después de la fusión se alcanzó el 9 %. Las "leyes antisocialistas", aprobadas por Bismarck en 1878, disolvieron la organización, prohibieron sus periódicos y sometieron a los dirigentes del P. S. D. a la persecución policial. Pero, pese a esto Bismarck no logró evitar que se presentaran a elecciones. En 1877 habían obtenido 493.000 votos, cifra que descendió en 1881 a 321.000; pero luego comenzó un ascenso espectacular: 550.000 votos en 1884; 763.000 en 1887 y en 1890, cuando salen de la clandestinidad, 1.427.000 votos —un 20 % del electorado— y 35 puestos en el Reichtag. Los éxitos electorales fueron acompañados por una lucha clandestina que quedó como modelo de accionar en ese plano. En 1889 la huelga de los mineros demostró claramente la fuerza de la socialdemocracia y ya en 1890 no fueron ratificadas las leyes antisocialistas. "La socialdemocracia —señala el historiador Cole— había conseguido ser muy admirada en el extranjero por su notable éxito en hacer frente a la persecución. De hecho fue durante el período en que el partido estuvo proscripto cuando fue teniendo imitadores en una y otra nación, y parecía trazar el camino al socialismo europeo casi en todas partes, si no en todo el mundo." Dentro de esta situación cabe señalar un hecho que luego mostrará su importancia: un partido con su dirección política en el exilio, en el que las reuniones de alguna importancia exigían que sus participantes se trasladaran al extranjero, pero con bancas en el parlamento, corría el riesgo de que la dirección cayera en manos de sus representantes parlamentarios, los únicos que públicamente podían hablar en su nombre. Este peligro se convirtió en realidad, pues la socialdemocracia alemana salió de la clandestinidad sobrevalorando la actividad parlamentaria.

La segunda "potencia" de la Internacional, el socialismo francés, debió enfrentar un duro período a partir de la represión de la Comuna de París. Los dirigentes socialistas que no habían sido asesinados debieron tomar el camino del exilio. Recién la amnistía de 1879 posibilitó la reconstitución del movimiento. En ese mismo año, en torno a Jules Guesde, se forma la Federación

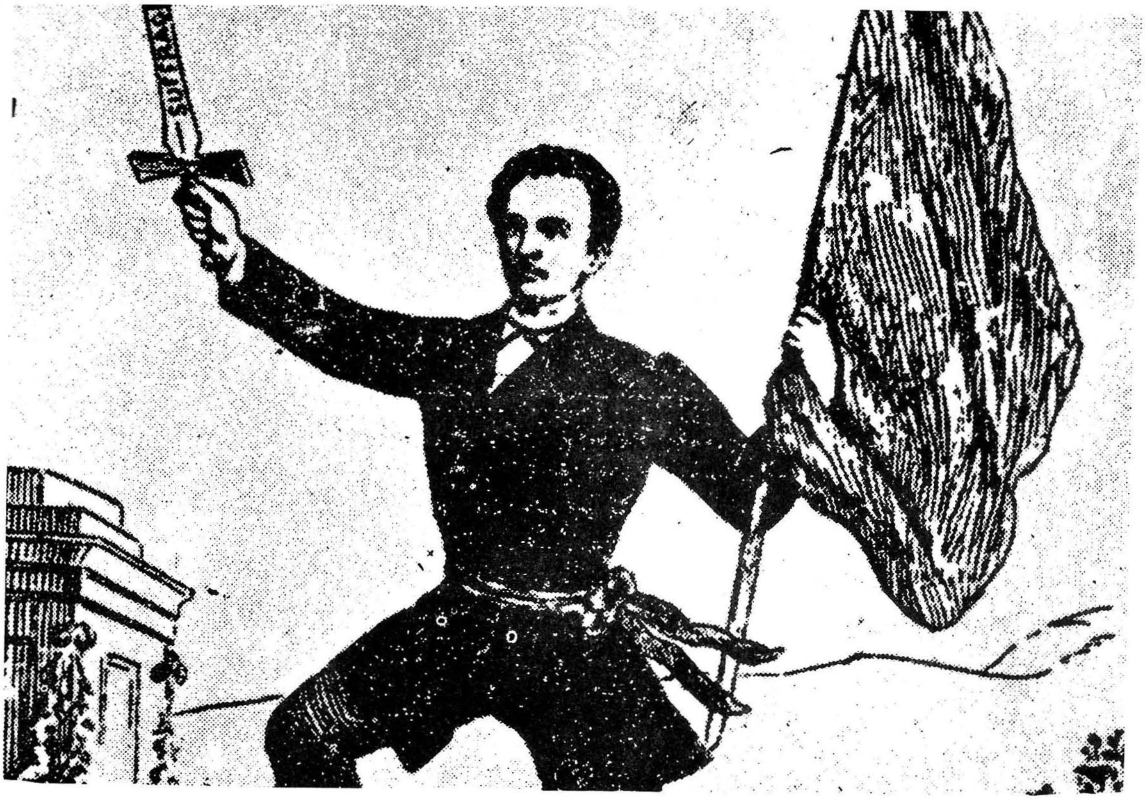
La característica fundamental del período 1871-1899 fue la reorganización de los partidos obreros nacionales: Ferdinand Lassalle —arriba— condujo la Asociación General de Trabajadores Alemanes, grupo que se unió al Partido Socialdemócrata de Trabajadores para formar el Partido Socialdemócrata. En la ilustración inferior: Tarjeta de Federico Engels que lo acredita como miembro de la Internacional.

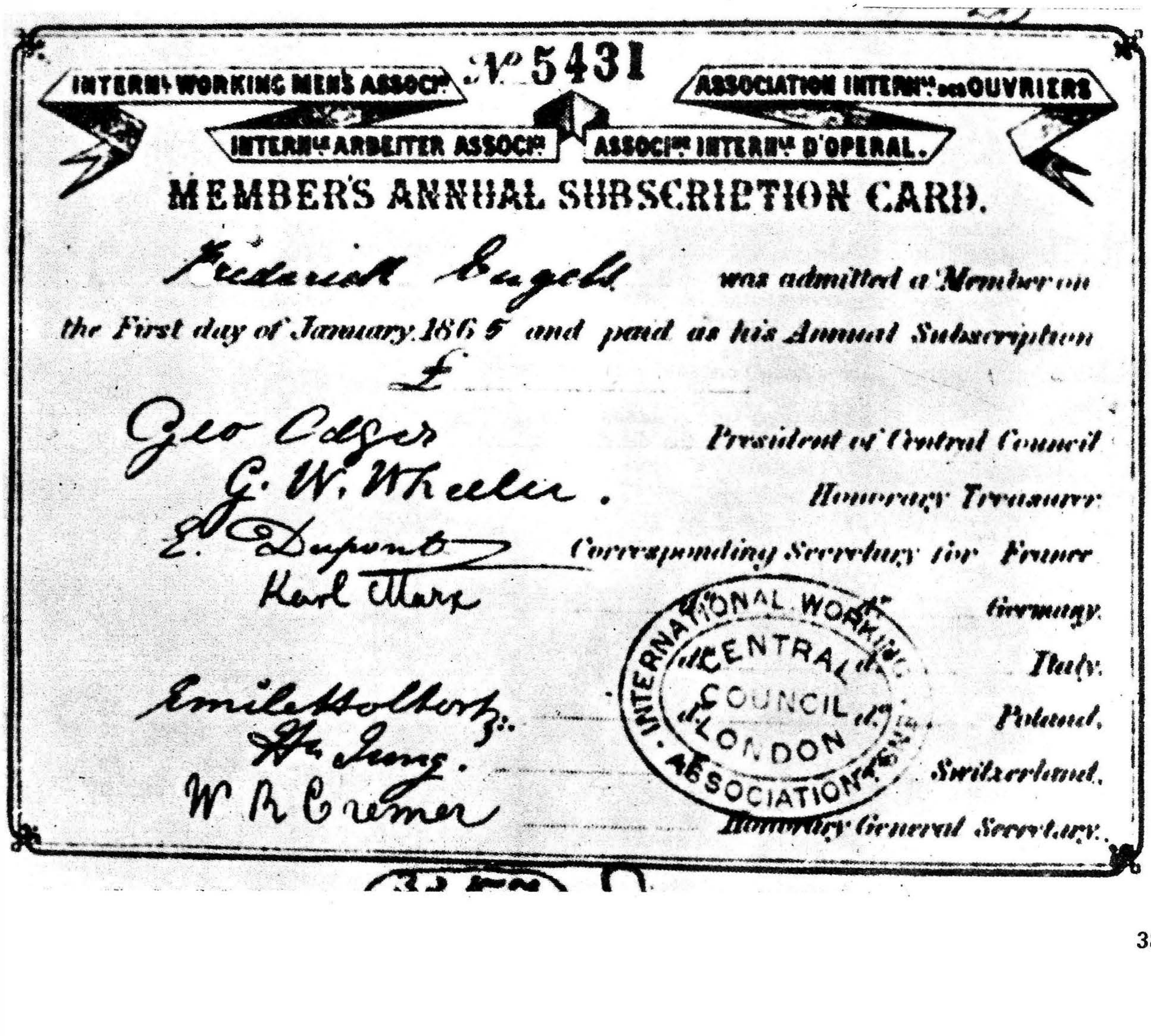
de Trabajadores Socialistas, con un programa que prefigura el programa de Erfurt de los alemanes. Los guesdistas intentaban promover una política que permitiera al proletariado ponerse al frente de una alianza con el campesinado y la pequeña burguesía urbana y junto con esto subrayaban el papel determinante de la lucha de clases. De esta manera estuvieron bajo el fuego cruzado de los socialistas derechistas y de los sindicalistas, que rechazaban las alianzas con las capas no proletarias. En 1881 Paul Brousse se puso a la cabeza de los opositores de Guesde. Su planteo consistía en luchar por reformas inmediatas dentro del sistema capitalista y llevar adelante una política que posibilitara la conquista de los municipios, objetivos que le hacían apoyar una organización fuertemente descentralizada que permitiera un alto grado de autonomía local. Esto también enfrentaba a Brousse con Guesde, defensor de un esquema centralizado tal como es del Partido Social Demócrata Alemán. La división entre ambas corrientes se concretó en 1882 en el Congreso de St. Etienne. Brousse, al frente de los "posibilistas", conquistó la mayoría y formó el Partido Obrero Socialista Revolucionario y mantuvo el control de la Federación de Obreros Socialistas. Los guesdistas se retiraron y constituyeron el Partido Obrero Francés, y más tarde, en 1884, la Federación Nacional de Sindicatos, que inicialmente tuvo bastante éxito. En su primer Congreso, en 1886, la Federación planteó un problema que haría historia en la Segunda Internacional: la huelga general como arma de lucha.

Los partidos de los otros países oscilaron durante esta etapa entre la férrea unidad de los alemanes y el constante fraccionamiento de los franceses. En Austria, donde se había obtenido el derecho de asociación en 1869, la socialdemocracia se constituyó como partido en 1872. A partir de ese momento creció rápidamente en medio de un proceso similar al alemán, aunque sufriendo divisiones. El espinoso problema de las múltiples nacionalidades fue superado reivindicando la autodeterminación de los pueblos. Desde el comienzo la socialdemocracia en Austria se dividió en un ala que buscaba poner el movimiento a la par de la burguesía liberal y en otra que pugnaba por la lucha independiente del proletariado. En 1888, con Víctor Adler a la cabeza, se unificó bajo el Programa de Hainfeld —una declaración marxista de principios— y comenzó una nueva etapa de crecimiento. El caso de Hungría es diferente pues no surgió allí un partido obrero hasta 1890.

El atraso económico de Italia complotó contra la existencia de un partido obrero marxista. Ya en 1872 los partidarios de Bakunin habían conquistado la dirección del movimiento obrero organizado. Fue necesario esperar que se cumpliera el proceso de industrialización del norte de Italia para que pudiera constituirse un partido socialista. España, por su parte, sufrió un proceso similar, pero con un grado mayor de organicidad. En 1879 surge el Partido Socialista, fundado por Pablo Iglesias, estrechamente vinculado a la Unión General de Trabajadores, que se repartía con la Federación Anarquista Ibérica y la Confederación Nacional de Trabajadores (anarcosindicalista), la zona sindicalizada de la clase obrera.

El período marca también el comienzo del movimiento obrero en los estados europeos pequeños. En Bélgica los partidarios de Bakunin y Blanqui hallaron eco entre los obreros valones, en tanto que entre los obreros flamencos predominaban las ideas de los que seguían a la socialdemocracia alemana. En 1884 se unificaron en el Partido Socialista. En 1889 se concretó la unificación del movimiento sindical y cooperativo en estre-





INTERNL WORKING MEN'S ASSOCN. № 5431 ASSOCIATION INTERNLE DES OUVRIERS

INTERNLE ARBEITER ASSOCN. ASSOCNE INTERNLE D'OPERAI.

MEMBER'S ANNUAL SUBSCRIPTION CARD.

Frederick Engels was admitted a Member on the First day of January 1865 and paid as his Annual Subscription

£

Geo Odger President of Central Council

G. W. Wheeler Honorary Treasurer

E. Dupont Corresponding Secretary for France

Karl Marx " Germany

" Italy

Emile Holtorp " Poland

H. Jung " Switzerland

W R Cremer Honorary General Secretary.

INTERNATIONAL WORKING MEN'S ASSOCIATION CENTRAL COUNCIL LONDON

Resolución del Congreso de 1900 sobre la colaboración con los gobiernos burgueses

"La conquista del poder político por el proletariado en un estado democrático moderno no puede ser resultado de un golpe de mano, sino que ha de venir solamente como conclusión de una larga y paciente actividad para organizar al proletariado política y sindicalmente, para su regeneración física y moral y para ir consiguiendo gradualmente puestos representativos en los ayuntamientos y en los cuerpos legislativos.
Sin embargo, en donde el poder gubernamental está centralizado no puede conquistarse de esta manera fragmentaria. La entrada de un solo socialista en un ministerio burgués no puede ser considerada como el comienzo normal de la conquista del poder político: nunca puede ser más que un expediente temporal y excepcional en una situación de emergencia.
Cuando en un caso dado existe una situación así, de emergencia, la cuestión es de táctica y no de principios. El congreso no tiene que decidir esto. Pero en todo caso este peligroso experimento sólo puede ser ventajoso si es aprobado por un partido unido y si el ministro es, y continúa siendo, delegado de su partido.
Siempre que un socialista llega a ser ministro independientemente de su partido, su entrada en el gobierno, en lugar de ser un medio que favorezca la conquista del poder político, se convierte en una manera de retrasarla.
Enmienda Plejánov: El congreso declara que un socialista debe dimitir de un gobierno burgués si la organización del partido opina que ese gobierno se ha mostrado parcial en un conflicto industrial entre el capital y los trabajadores."

(Citado por Cole en: *Historia del Pensamiento Socialista*. México, F. C. E. 1959. Vol. III.)

Condena al revisionismo en el Congreso de Dresde de la Socialdemocracia Alemana (1903)

"El congreso condena de la manera más decisiva el intento revisionista de alterar nuestra táctica, puesta a prueba dos veces y victoriosa, basada en la lucha de clases. Los revisionistas desean que la conquista del poder político, sobreponiéndose a nuestros enemigos, sea sustituida por una política que se enfrente a medias con el orden actual. La consecuencia de esta táctica revisionista sería la transformación de nuestro partido, que ahora trabaja por una rápida conversión del orden burgués existente de la sociedad en un orden socialista; en otros términos, es un partido verdaderamente revolucionario en el mejor sentido de la palabra. Si se adoptase la política revisionista se convertiría en un partido que se conformara con sólo reformar la sociedad burguesa.
Además, el congreso de nuestro partido condena cualquier tentativa de no tener en cuenta los conflictos de clase existentes y siempre en aumento con el propósito de convertir a nuestro partido en un satélite de los partidos burgueses."

Pablo Brousse encabezó el sector "posibilista" de la Federación de Trabajadores Socialistas franceses. La proposición central de este grupo planteaba reformas inmediatas dentro del sistema capitalista, como así también la conquista política de los municipios.



Durante la década de 1880 la jornada laboral de ocho horas se convirtió en el objetivo principal de las reivindicaciones obreras. Este dibujo, aparecido en el periódico "Voix du Peuple", afirma ingenuamente que "es necesaria una reducción del horario de trabajo pues las jornadas largas propician al alcoholismo".

cha vinculación con el partido. El Partido Socialista, con Emil Vandervelde y Edouard Anseele a la cabeza, comenzó a conquistar bancas en el Parlamento a partir de 1894, gracias a la ampliación del sufragio obtenida después de una larga serie de huelgas generales. En Dinamarca se constituyó en 1800 un partido sobre la base de las organizaciones sindicales y políticas locales, que en 1889 agrupaban a 20.000 afiliados. En 1889, bajo la influencia del partido danés, surge un partido obrero en Suecia. En Noruega, en 1883, surge la federación sindical y en 1887 el Partido Socialdemócrata. En Suiza los sindicatos se unen en 1873 y forman la Federación Suiza de Trabajadores y en 1888 se funda el Partido Socialdemócrata.
Por último, recién en 1892 se forma en Polonia el Partido Socialdemócrata de la Polonia Rusa y de Lituania, con Leo Jogiches y Adolf Warski como principales dirigentes. En 1893 Rosa Luxemburgo representaba al partido en el Congreso de Zurich de la Segunda Internacional. En 1883 los rusos Plejánov, Axelrod, Zasúlich y Leo Deutsch constituyen en Suiza, el primer grupo ruso verdaderamente marxista que rompe con el populismo: Emancipación del Trabajo. Pero habrá que esperar hasta 1898 para que se realice el primer congreso del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso y, a raíz de la represión, hasta 1903 para que, durante el Segundo Congreso, se unifiquen las distintas organizaciones marxistas.
A fines de la década de 1880 el movimiento obrero europeo contaba con una cantidad importantante de destacamentos nacionales. La influencia del marxismo era la predominante en la mayoría de los países. El crecimiento económico de las tres últimas décadas del siglo XIX había aumentado considerablemente las filas del proletariado. Ambos factores, el desarrollo político y el crecimiento numérico, habían transformado al movimiento obrero en una fuerza internacional. Las clases dominantes no podían ya moverse sin tener en cuenta a la clase obrera, y en ésta la necesidad de una articulación orgánica internacional se había vuelto imperiosa.

El surgimiento de la Internacional

Después del congreso en que se disolvió la Primera Internacional se realizó una serie de reuniones internacionales que giraron en torno al problema de su reorganización. Pero la necesidad de completar el proceso de constitución de los partidos nacionales postergaba esta tarea.
Durante la década de 1880 la lucha por la jornada de ocho horas se convirtió en el elemento catalizador de la unidad socialista.
En general los obreros estaban obligados a trabajar jornadas extenuantes, que habitualmente se extendían más allá de las doce horas. La burguesía, por su parte, se había negado rotundamente a limitar la jornada de trabajo. Pero pese a ello, en algunos lugares el movimiento obrero había alcanzado éxitos importantes, gracias a coyunturas que fortalecieron su posición. Eso fue lo que sucedió en Melbourne (Australia), donde la brusca caída de la oferta de fuerza de trabajo colocó a los obreros en una posición desde la cual pudieron imponer sus reivindicaciones, entre ellas la jornada de ocho horas. Pero aparte de los casos especiales se pueden señalar varios cambios generales que se produjeron durante la década de 1880 y que modificaron la situación. El desarrollo tecnológico posibilitó un aumento de la productividad del obrero. Esto, sumado a alimentos baratos desde los países dependientes, permitió un aumento relativo del nivel de vida de la clase obrera. Estos



Resolución del Congreso de 1889 sobre el Primero de Mayo

"Se organizará una gran manifestación en fecha fija, de tal manera que simultáneamente, en todos los países y en todas las ciudades en el mismo día convenido, los trabajadores pedirán a las autoridades oficiales la reducción, mediante una ley, de la jornada del trabajo a ocho horas y que se lleven a efecto las demás resoluciones del congreso de París. En vista de que una manifestación análoga ha sido ya aprobada para el primero de mayo de 1890 por la Federación Norteamericana del Trabajo en su congreso celebrado en San Luis en diciembre de 1888, se adopta esta fecha para la manifestación internacional.
Los trabajadores de los distintos países realizarán la manifestación en las condiciones que les sean impuestas por la situación especial de cada país."

(Citado por Cole, *Historia del Pensamiento Socialista*, México, F. C. E., 1959. Vol. III.)

Resolución del Congreso de Copenhague sobre los acuerdos de la Internacional

"El congreso, reconociendo que sería difícil formular un modelo de instrucciones para cumplir los acuerdos de los congresos de la Internacional, declara que es necesario dejar a los partidos nacionales la facultad de elegir la forma de acción y el momento oportuno.
Sin embargo, insiste enérgicamente en que es deber de los partidos hacer lo más que puedan por cumplir los acuerdos de los congresos de la Internacional.
El Buró Socialista Internacional preparará, antes de cada congreso Internacional, un informe dando cuenta de lo que hayan hecho los partidos nacionales para poner en práctica los acuerdos de los congresos."

Algunas opiniones de Bernstein

Liberalismo y socialismo:

(...) en relación con el liberalismo, como gran movimiento histórico, el socialismo es su legítimo heredero, no sólo por sucederle en el tiempo, sino también por las cualidades de su espíritu, como lo muestra toda cuestión de principios sobre la cual tenga que adoptar una actitud la social-democracia."

Evolucionismo

"El feudalismo, con sus organizaciones y corporaciones inflexibles, tuvo que ser destruido casi en todas partes mediante la violencia. Las organizaciones liberales de la sociedad moderna se diferencian de las del feudalismo precisamente por ser flexibles y capaces de cambio y desarrollo. Necesitan, no ser destruidas, sino solo que se las desarrolle más."

Nacionalismo alemán

"Del mismo modo que no es de desear que ninguna otra de las grandes naciones civilizadas pierda su independencia, tampoco puede ser indiferente a la social-democracia alemana que Alemania, que ha tomado y toma parte honrosa en la obra de civilización del mundo, no sea aceptada como igual en el concilio de las naciones."

Colonialismo

"Tiene alguna justificación, cuando se han adquirido colonias, que se examine cuidadosamente su valor y su porvenir y que se controle la situación y tratamiento de los indígenas, como también otras cuestiones de administración; pero esto no es una razón para pensar, a priori, que esa adquisición sea algo censurable."

(Citado por Cole en: *Historia del Pensamiento Socialista*. México, F. C. E. 1959. Vol. III.)

Atentado anarquista. El tercer Congreso de la Internacional observaba que las asociaciones obreras "deben reconocer la necesidad de acción legislativa y parlamentaria, quedando excluidos por consiguiente los anarquistas".


CAF

Miguel Bakunin. Sus ideas tuvieron eco en varias zonas europeas, nucleando a fuertes sectores del proletariado italiano y belga.

factores reforzaron la lucha por la reducción de la jornada. Ella comenzó a desarrollarse junto al crecimiento del movimiento obrero, que ya se había constituido en un poderoso factor internacional.
En 1883 un sector socialista francés, el de los "posibilistas", convocó a un Congreso. El resultado inmediato fue magro, pero se abrió un camino que resultaría fructífero. En un congreso realizado en 1886, también en París, se comenzó a trabajar en la coordinación de una acción internacional por la jornada de ocho horas. El congreso resolvió levantar una serie de reivindicaciones con respecto a condiciones de trabajo, remuneración, higiene, protección a la niñez, etc. En sus resoluciones señalaba la necesidad de "reconstituir la Asociación Internacional entre los trabajadores de todos los países" e indicaba que la Exposición Universal de París, que se llevaría a cabo con motivo del centenario de la Revolución Francesa, era la oportunidad para realizar la reunión constitutiva. En 1888, a iniciativa de los ingleses, se realizó otro congreso obrero en Londres, que, hegemonizado por las *trade unions*, evitó las definiciones políticas y se limitó a tratar aspectos de la lucha económica. Un tercer elemento decisivo en la constitución de la Segunda Internacional lo constituyó el movimiento obrero norteamericano. La American Federation of Labor, dirigida por Samuel Gompers, había tomado la lucha por la jornada de ocho horas como su principal bandera. Ahí se propuso una táctica de desgaste que consistía en realizar paros en una rama de la industria por año, mientras los obreros de las otras ramas sostenían a los huelguistas. De esta manera intentaría imponer la jornada de ocho horas a toda la industria En los Estados Unidos surgió también la idea de utilizar como foco de lucha el Primero de Mayo. La presencia de grupos que intentaban imponer una línea reformista y conciliadora a la organización internacional del proletariado, expresada claramente en el Congreso de Londres en 1888, hizo que los socialdemócratas alemanes, el sector del socialismo francés encabezado por Jules Guesde y los belgas comenzaran a trabajar para realizar un congreso socialista que enfrentara a los "posibilistas". Poco después se realizan en París dos congresos socialistas. En uno de ellos, el organizado por los marxistas y realizado en la Sala Petrelle, se funda la Segunda Internacional o Internacional Socialista.

Las etapas de la Segunda Internacional

La Segunda Internacional cubre una etapa del movimiento obrero que va desde la crisis que se abre con la disolución de la Primera Internacional, crisis que se cerrará recién en 1896, con la bancarrota del socialismo reformista. Podemos señalar dos etapas en la historia de la Segunda Internacional. La primera abarca desde la disolución de la A.I.T. hasta la crisis revisionista de fines del siglo XIX y se caracteriza por el reagrupamiento del movimiento obrero. Una segunda etapa llega hasta 1914 y se caracteriza por la expansión del conjunto del movimiento socialista. Desde el punto de vista de la Segunda Internacional podemos decir que en su primera etapa —que abarca cuatro congresos— realizó un esfuerzo por precisar los términos de la acción socialista, particularmente en lo que se refiere a la lucha política, asunto que a su vez estaba vinculado con la polémica que se mantuvo con los anarquistas y que se cerró con la separación definitiva de estos.



Rosa Luxemburgo: Contra el revisionismo

"Según se desarrollan actualmente los acontecimientos, la lucha parlamentaria y sindical se concibe como un medio de educar y llevar al proletariado poco a poco a la conquista del poder político. Mas, en vista de la imposibilidad e inutilidad de esta conquista, opina la concepción revisionista que se debe tender simplemente a conseguir resultados inmediatos, esto es, a elevar la condición material del obrero y a limitar gradualmente la explotación capitalista, ampliando el control social.
Si prescindimos del fin de la inmediata elevación de la condición del obrero —ya que este punto es común a ambos criterios— tendremos que toda la diferencia consistirá, dicho en pocas palabras, en lo siguiente: según la opinión en uso, la importancia socialista de la lucha sindical y política consiste en que da al proletariado, es decir, al factor *subjetivo* de la transformación social, la preparación necesaria para llevar esta a cabo. Pero, según Bernstein, la diferencia estriba en qué la lucha política y sindical debe ir limitando, si bien gradualmente, la explotación capitalista; ha de despojar cada vez más, a la sociedad capitalista, de su carácter de clase, marcándole la impronta socialista; en una palabra, debe llevar adelante la transformación socialista en un sentido *objetivo* (...) La opinión que priva en el partido es la de que el proletariado llegará, con el ejercicio de la lucha política y sindical, a convencerse de la imposibilidad de cambiar fundamentalmente su situación por medio de esta lucha, así como también la inevitabilidad de una conquista final de los instrumentos políticos del poder. Pero, en el concepto de Bernstein, se parte del supuesto de la imposibilidad de esta toma política del poder estatal, implantándose el socialismo por simple lucha política y sindical.
Según la interpretación bernsteniana, el carácter socialista de la lucha económica y parlamentaria se encuentra, precisamente, en esa fe, en una gradual influencia socialista sobre la economía actual. (...) El socialismo trascendente, verdadero, de la lucha sindical y política consiste en que, al educar el juicio y la conciencia del proletariado, lo organiza como clase. Pero si, por el contrario, este juicio de la economía capitalista, además de negar la virtud socializante que se le atribuye, perderán también su otra significación: la de ser medios de educar a la clase trabajadora para la conquista proletaria del poder."

(Rosa Luxemburgo: *Reforma o Revolución*. Buenos Aires, Ed. Jorge Alvarez, 1969.)

Lenin: Sobre el revisionismo y las capas medias

"Determinar el comportamiento de un caso para otro, adaptarse a las circunstancias del día, a los virajes de las minucias políticas, olvidar los intereses cardinales del proletariado y los rasgos fundamentales de todo el régimen capitalista, sacrificar estos intereses cardinales en aras de las ventajas reales o supuestas del momento: esa es la política revisionista.
(...) El revisionismo resultaba un fenómeno inevitable puesto que en todo país capitalista existen siempre, al lado del proletariado, extensas capas de pequeña burguesía, de pequeños propietarios (...) El capitalismo crea de nuevo, infaliblemente, toda serie de 'capas medias' (...) Estos nuevos pequeños productores son nuevamente arrojados también, de modo no menos inevitable, a las filas del proletariado. Es perfectamente natural que la mentalidad pequeñoburguesa irrumpa de nuevo, una y otra vez, en las filas de los grandes partidos obreros."

(Lenin: "Marxismo y revisionismo", en *Obras Completas*, Buenos Aires, Cartago, 1960. Tomo XV.

Pablo Iglesias Posse fundó el Partido Socialista Español, que, junto a la Federación Anarquista Ibérica y la Confederación Nacional de Trabajadores, condujo los sectores obreros sindicalizados.



Tras una larga serie de huelgas generales el Partido Socialista Belga comenzó a conquistar bancas en el Parlamento. Emil Vandervelde —a quien se ve en la ilustración— encabezó el grupo dirigente de ese partido.

Primera etapa: 1889-1896

Los Congresos

En estos años se realizaron cuatro congresos. El de París, del 14 al 21 de julio de 1889; el de Bruselas, del 16 al 23 de agosto de 1891; el de Zurich, del 6 al 12 de agosto de 1893, y el de Londres, entre el 26 de julio y el 2 de agosto de 1896. La ausencia de un criterio de admisión establecido hizo que la composición de estos congresos fuera heterogénea y fue causa de diversos conflictos, sobre todo con respecto a la presencia en ellos de los anarquistas.

El congreso de París, además de colocar la piedra fundamental de la organización internacional de la clase obrera, aprobó una importante resolución relativa a la organización de manifestaciones internacionales el día 1º de mayo del año siguiente con el objeto de levantar un programa de reivindicaciones cuyo centro era la jornada de ocho horas. A partir de ese año los actos del 1º de mayo se convirtieron en la demostración principal de la solidaridad internacional del proletariado.

La lucha política

Con respecto a la lucha política se produjeron intensas polémicas, especialmente entre los socialistas franceses. Las posiciones se polarizaban entre los que sostenían que el movimiento obrero debía aceptar la dirección de un partido político y los que afirmaban que éste debía supeditarse a los sindicatos. Entre ambos se daba toda una gama de posiciones intermedias. El fondo de la polémica era establecer cuál era la instancia determinante de la lucha de la clase obrera: si lo era la lucha económica, es decir el logro de mejoras en ese terreno o lo era la lucha política, es decir la conquista del poder.

En Francia siempre hubo una fuerza importante que jerarquizó la organización y lucha corporativa de la clase obrera con relación a la lucha política. (La expresión más consolidada de esta concepción fue el sindicalismo de Fernand Pelloutier.) Los alemanes, por su parte, bregaron por dar al 1º de mayo un carácter político que no limitara la jornada a la lucha por reivindicaciones económicas. Esto lo lograron incorporando, como objetivo de la clase obrera, la lucha por el mantenimiento de la paz entre las naciones. Pero la actividad política de la socialdemocracia alemana estaba signada por la intención de no alterar la legalidad a la que se hallaba sujeta con el fin de impedir que la clase dominante pusiera nuevamente en vigencia las leyes antisocialistas. Esto no sólo limitaba en cierto aspecto su lucha política, sino que la enfrentaba nuevamente con los franceses, quienes no estaban dispuestos a aceptar las trabas de la legalidad.

Los anarquistas

La falta de definición con respecto a las condiciones de admisión permitió que los anarquistas —los cuales objetaban la lucha política— participaran en los congresos valiéndose de las credenciales de los sindicatos, pues las de las organizaciones anarquistas eran rechazadas. Más tarde, el Congreso de Zurich (1893) aprobó una resolución que definía las condiciones de admisión, exigiendo a los sindicatos y a las organizaciones socialistas el reconocimiento de necesidad de la acción política. Por "acción política" se entendía "...que las organizaciones obreras, siempre que sea posible, traten de hacer uso de los derechos políticos o de con-



quistarlos, como asimismo el establecimiento de leyes a fin de conseguir mejoras para el proletariado y la conquista del poder". Esta resolución provocó discusiones y nuevas diferencias. Para evitarlas el Congreso de Londres (1896) resolvió fijar con precisión las condiciones que debían reunir los congresales:

"La Comisión de reglamento del Congreso queda encargada de enviar las invitaciones para el congreso próximo sólo a:

1. Los representantes de aquellas organizaciones que traten de sustituir la propiedad y producción capitalistas por la propiedad y producción socialistas, y que consideran la acción legislativa y parlamentaria como uno de los medios necesarios para alcanzar este fin.
2. A organizaciones puramente sindicales obreras que, aunque no tomen parte activa en la política, declaran que reconocen la necesidad de la acción legislativa y parlamentaria; por consiguiente, quedan excluídos los anarquistas."

La huelga general

En 1896 se intensifican las discusiones en torno a la huelga general, pero en un marco que arrastra viejas polémicas del movimiento obrero. La idea provenía de los sindicalistas franceses, quienes veían en las huelgas un medio de preparación de los obreros para la huelga general. Consideraban además que éste no podía ser planeado para un determinado momento. Dadas las condiciones, la huelga general se organizaría espontáneamente. Como lo señala Cole: "... en opinión de los jefes del movimiento, una huelga general preparada y organizada con anticipación estaba llamada a fracasar: el abandono del trabajo y las manifestaciones en masa que seguirían tenían que producirse espontáneamente como expresión del sentimiento de la clase obrera,





"Las guerras son la esencia del capitalismo y no cesarán hasta que se suprima el sistema."
Resolución del Congreso de Stuttgart.
En la ilustración: manifestación socialdemócrata.

La Segunda Internacional en un grabado de Crane. A principios de siglo uno de los problemas más candentes que surgieron en el seno de la Internacional era la corriente revisionista animada por Eduardo Bernstein, quien pretendía que el capitalismo se trocaría gradualmente en un sistema más humano, configurando el comienzo de un proceso "natural" que desembocaría en el socialismo.

y de no ser así faltaría el requisito de entusiasmo del las masas". Estas posiciones fueron rechazadas por el congreso de Londres sin mayores consideraciones.

Segunda etapa: 1896-1914

Con el comienzo del siglo, la Segunda Internacional debió enfrentar nuevos problemas. En su primera etapa habían fijado los principios básicos. Ahora se trataba de llevarlos a la práctica a través de los diferentes partidos socialistas. Este período, que se cierra en 1914, es el más importante de la Segunda Internacional.

La controversia en torno el revisionismo

Esta controversia se desarrolló fundamentalmente en Alemania. El hecho de que Alemania fuera el principal campo de batalla se debe al papel de vanguardia que desempeñaba el P. S. D. A. Era el centro indicado para que las cosas se plantearan en profundidad. En Francia, por lo contrario, aún era posible que —como sucedió en un banquete en el que estaban presentes los principales jefes socialistas— se aplaudiera un discurso de Millerand en el cual éste afirmaba que los objetivos solo se podían alcanzar por medios constitucionales. Un dato que indica que Francia no era el lugar adecuado para librar la polémica sobre las bases del marxismo.

El planteo de Bernstein rompía completamente con el análisis hecho en el Programa de Erfurt. Bernstein abrió el fuego negando la posibilidad más o menos cercana de la destrucción del capitalismo. "Bernstein —como lo señaló Lichtheim— veía en 1899 el testimonio de un orden, seguridad ,tranquilidad, prosperidad y una contribución más equitativa de la riqueza cada vez mayores." Al alejar en el tiempo la perspectiva del socialismo, abrió un campo político en el cual no tenía tanto sentido el futuro como el presente: "Mi pensamiento y mis esfuerzos se dedican a los deberes presentes y al futuro inmediato, y me ocupo de meras perspectivas lejanas sólo en la medida en que me guían para una línea de conducta, para una acción presente adecuada". Veía el futuro inmediato como una serie de pequeños cambios cuya resultante final sería el socialismo. Obviamente un planteo semejante le impuso exigencias teóricas, que lo llevaron a formular una teoría de la historia inspirada en los fabianos ingleses.

Paradojalmente,el mismo Bernstein complotó contra el viraje a la derecha que quería imponer a la socialdemocracia alemana. Hasta el momento en que Bernstein lanzó su desafío tanto Liebknecht como Bebel se iban desplazando rápidamente hacia la derecha. Pero la aparición de Bernstein los hizo retroceder, por lo menos en el momento más crítico de la polémica. Es que el revisionismo tuvo el "mérito" de exponer sin tapujos las concepciones más profundas de la derecha de la socialdemocracia alemana, y esta exposición descarnada es la que lo enfrentó con muchos que compartían sus posiciones en la práctica.

La controversia revisionista tuvo innumerables consecuencias en las filas de los adversarios de Bernstein. Su principal antagonista fue Karl Kautsky, quien terminó de sellar su fama de principal teórico del marxismo. Sin embargo, Kautsky enfrentó a Bernstein sin poder evitar deslizarse hacia algunas de sus opiniones, como sucedió con respecto al planteo revisionista que consideraba falsa la concepción marxista de la creciente concentración de la producción. Pero hubo quienes captaron en profundidad las concepciones de Bernstein como es el caso


·INTERNATIONAL·SOCIALIST·&·
·TRADE·UNION·CONGRESS·1896·
U.S.A
HOLLAND
GERMANY
FRANCE
ENGLAND

Extractos de la resolución del Congreso de Stuttgart sobre "El Militarismo y los conflictos internacionales"

"(...) la acción contra el militarismo no puede ser separada del conjunto de la acción contra el capitalismo (...)
Las guerras son (...) la esencia del capitalismo y no cesarán más que por la supresión del sistema capitalista o bien cuando la amplitud de los sacrificios en hombres y en dinero exigidos por el desarrollo de la técnica militar y las revueltas provocadas por los armamentistas empujen a los pueblos a renunciar a este sistema.
La clase obrera (...) es adversaria natural de las guerras porque estas están en contradicción con el fin que ella persigue: la creación de un nuevo orden económico basado en la concepción socialista, destinado a traducir en realidad la solidaridad de los pueblos.
Por eso el Congreso considera que es un deber de todos los trabajadores y de sus representantes en los parlamentos combatir con todas sus fuerzas a los ejércitos de tierra y de mar, señalando el carácter de clase de la sociedad burguesa y los móviles que imponen el mantenimiento de antagonismos nacionales; de rechazar todo apoyo pecuniario a la política de guerra, así como de esforzarse porque la juventud proletaria sea educada en las ideas socialistas de la fraternidad entre los pueblos, despertando sistemáticamente su conciencia de clase.
El congreso ve en la organización democrática de un sistema de milicias, destinado a reemplazar a los ejércitos permanentes, una garantía real que haga imposible las guerras agresivas y facilite la desaparición de los antagonismos nacionales (...)
El congreso declara:
Si una guerra amenazara con estallar, es un deber de la clase obrera en los países afectados, y de sus representantes en los parlamentos, con la ayuda del Buró Internacional, fuerza de acción de coordinación, el de hacer todos sus esfuerzos por impedir la guerra, por todos los medios que les parezca mejores y más apropiados y que, naturalmente, varían según lo agudo de la lucha de clases y la situación política general.
No obstante, en el caso de que la guerra estallara, tienen el deber de interponerse para que cese inmediatamente y de utilizar con todas sus fuerzas, la crisis económica y política creada por la guerra para agitar a las capas populares más amplias y precipitar la caída de la dominación capitalista."

La represión del primero de mayo de 1890

A las 23 horas del 30 de abril de 1890 el gobierno francés dio la siguiente orden:
"Las tropas cargarán el fusil Lebel. Los hombres tendrán en cartuchera dos paquetes de cartuchos libres, es decir, 12 cartuchos. Si en el curso de la jornada se hiciera necesario un mayor número de cartuchos, los proveedores designados de antemano —uno por sección, ocho por compañía— se encargarán de renovar las provisiones en los cuarteles, donde estarán listas las cajas de municiones.

El 1º de mayo las tropas de París comprenderán: once regimientos de infantería, el 6º regimiento de Coraceros, el 27º y 28º regimientos de Dragones, el 3º de Coraceros de Versalles, el 5º de cazadores de Rambouillet, el 8º de Dragones de Melum, 12º y 13º regimientos de Artillería de Vincennes.
A estas tropas se unirán: la Guardia Republicana en su totalidad y la compañía de Gendarmes del Sena.
En la plaza de la Concordia se dispondrán quinientos guardias de las brigadas centrales; otros cien se hallarán colocados en la Madelaine.

Las manifestaciones en la vía pública estarán formalmente prohibidas. La menor reunión de personas será dispersada."

(Citado por Dommanget en: *Historia del 1º de Mayo*, Buenos Aires, Americalee, 1957.)

En 1883 un grupo de rusos exiliados en Suiza funda "Emancipación del Trabajo", organización marxista que rompe con la tradición del populismo. Entre sus miembros principales se cuentan Plejánov, Axelrod y Vera Zasúlich, esta última en el grabado



Arriba: Leo Jogiches, representante polaco ante la Internacional. En la ilustración inferior: Samuel Gompers, líder del movimiento obrero norteamericano.

de Rosa Luxemburgo, sin duda la mente teórica más importante de la socialdemocracia alemana.
Bernstein, cuya capacidad teórica no era muy brillante, fue el primer expositor de las concepciones reformistas que predominarán en los partidos socialistas a partir de la Primera Guerra Mundial. No dejó nada sin considerar, desde la conciliación del socialismo con el liberalismo hasta la concepción de que el socialismo sería la consecuencia de las reformas conquistadas bajo el capitalismo, pasando por la necesidad de conquistar el poder pacíficamente, apoyar la política colonial del imperialismo, reivindicar a la burguesía alemana en su lucha con la inglesa, etc. Pero no fue Bernstein el creador de todas las ideas que expuso. El se encargó, fundamentalmente, de dar coherencia a ideas ampliamente difundidas en el socialismo mundial.
La polémica con el revisionismo se dio en el congreso de Amsterdam de 1904. El año anterior el congreso de la socialdemocracia alemana había condenado al revisionismo, sin expulsar a sus partidarios, pese a los intentos que en tal sentido hiciera Rosa Luxemburgo. Dicho congreso aprobó una resolución en la que señalaba que el partido trabajaba "por una rápida conversión del orden burgués existente en la sociedad en un orden socialista" y que "si se adoptase la política revisionista se conformaría con sólo reformar la sociedad burguesa". Los revisionistas tenían conciencia de que el afán de unidad de la socialdemocracia alemana trabajaba a su favor. En efecto, tanto Bebel como Kautsky no estaban dispuestos a romper drásticamente con el revisionismo porque querían evitar la fractura del partido. Ello les impuso una mecánica en la que la conciliación con la derecha estuvo constantemente presente. Los revisionistas no solo no fueron expulsados sino que contaron con periódicos y dominaban parte importante de la bancada socialista. Rehuyendo el combate frontal, en el cual fueron ampliamente derrotados, pasaron a una guerra de zapa en la que poco a poco fueron conquistando posiciones.
En el congreso de Amsterdam se dio la posibilidad de plantear la polémica en sus términos reales. Fue un miembro de la derecha de la Internacional quien paradojalmente hizo el planteo. En un célebre discurso, el más grande orador socialista, Jean Jaurès, analizó la situación de la socialdemocracia alemana. Denunció que el partido alemán era un gigante con pies de barro, que su pasividad para evitar caer en la ilegalidad habían convertido a sus partidarios en revolucionarios de palabra y no de hecho y los invitó a "que reconociesen que el mero hecho de conseguir una mayoría en el Reichtag (si alguna vez llegaban a tenerla) no bastaría para hacer de ellos los dueños del Estado alemán". Sin embargo la debilidad de la izquierda en ese momento impidió que el problema se profundizara adecuadamente.
Cuando llegó el momento de las resoluciones, los alemanes propusieron no condenar explícitamente el revisionismo. La votación resultó empatada, por lo cual se volvió a votar y resultó aprobado el acuerdo alcanzado por la socialdemocracia alemana en 1903.

El millerandismo

En 1899, estando latente la crisis producida por el movimiento encabezado por el general Boulanger y por el caso Dreyfus, asumió el poder al gobierno Waldeck-Rousseau, que, buscando una alianza con los socialistas nombró ministro de comercio e industria a Millerand. La unidad que se había estado gestando entre los socialistas franceses estalló en mil pedazos al chocar los que apoyaban decididamente al "ministro so-





Número de delegados que participaron en los congresos de la Segunda Internacional

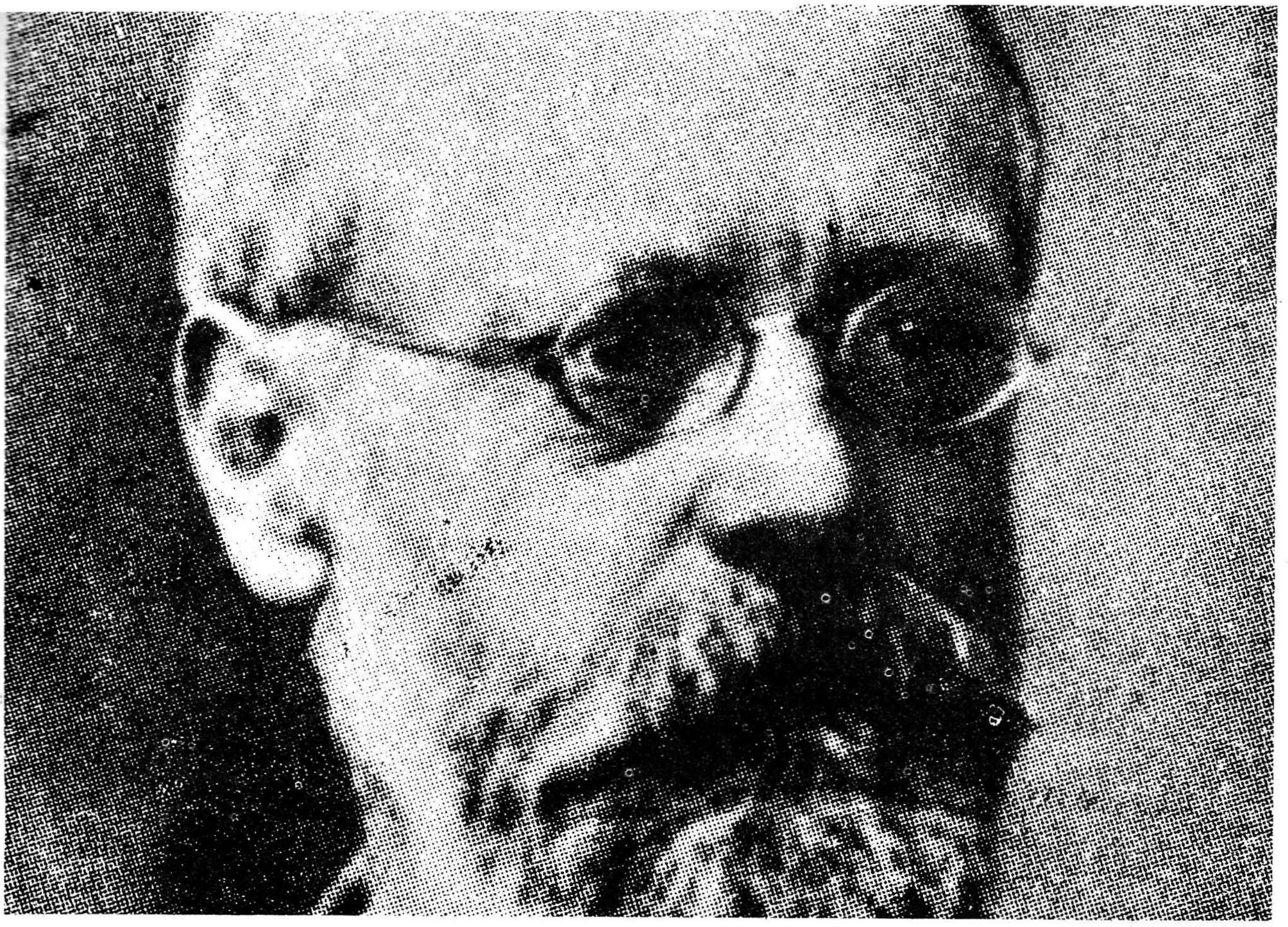
	I	II	III	IV	V	VI	VII	VIII	E
Africa del Sud	—	—	—	—	—	1	—	—	—
Alemania	81	42	92	48	57	68	289	189	75
Alsacia-Lorena	1	—	—	—	—	—	—	—	—
Argentina	1	—	—	—	1	2	3	1	—
Australia	—	—	1	1	—	1	1	—	—
Austria	9	11	27	6	10	10	75	65	59
Bélgica	14	147	17	19	37	38	27	26	32
Bohemia	1	—	7	1	2	—	41	44	60
Brasil	—	—	2	—	—	—	—	—	—
Bulgaria	1	—	2	4	3	2	5	7	3
Canadá	—	—	—	—	—	1	—	—	—
Dinamarca	3	3	2	7	19	7	17	146	8
España	2	1	2	6	6	5	6	5	2
Estados Unidos	5	6	3	7	6	11	22	24	—
Finlandia	1	—	—	—	—	—	2	19	2
Francia	221	69	41	129	1073	82	78	49	127
Gran Bretaña	20	23	65	475	95	101	123	84	13
Grecia	1	—	—	—	—	—	—	—	—
Holanda	4	9	6	13	3	31	9	14	9
Hungría	3	2	9	3	1	3	25	14	20
Italia	13	4	21	13	15	5	13	9	11
Irlanda	—	—	—	—	3	—	—	—	—
Japón	—	—	—	—	—	1	1	—	—
Luxemburgo	—	—	—	—	—	—	—	—	1
Noruega	3	1	—	—	1	2	8	31	3
Polonia	4	7	11	13	20	20	30	34	20
Portugal	1	—	—	1	1	—	—	—	2
Rumania	5	5	5	1	—	—	4	2	2
Rusia	6	—	1	7	24	37	63	39	36
Servia	—	—	1	—	—	1	1	3	—
Suecia	2	1	—	2	3	5	19	86	8
Suiza	6	6	101	12	10	7	1	13	49
Turquía-Armenia	—	—	—	—	—	—	—	2	—

Las columnas indican:

I: Congreso de París, 14-21 de julio de 1889.
II: Congreso de Bruselas, 16-23 de agosto de 1891.
III: Congreso de Zurich, 6-12 de agosto de 1893.
IV: Congreso de Londres, 26 de julio-2 de agosto de 1896.
V: Congreso de París, 23-27 de setiembre de 1900.
VI: Congreso de Amsterdam, 14-20 de agosto de 1904.
VII: Congreso de Stuttgart, 16-24 de agosto de 1907.
VIII: Congreso de Copenhague, 28 de agosto-3 de setiembre de 1910.
E: Congreso Extraordinario de Basilea, 24-25 de noviembre de 1912.

(Tomado de George Haupt, *La deuxieme internationale*, 1889-1914.

En la foto superior: Karl Kautsky, eficaz rival de Bernstein en las discusiones sobre el revisionismo. Abajo: Portada de "Amanecer", órgano de los marxistas rusos exiliados en Suiza.



ЗАРЯ

СОЦІАЛЬ-ДЕМОКРАТИЧЕСКІЙ

НАУЧНО-ПОЛИТИЧЕСКІЙ ЖУРНАЛЪ

Издается при ближайшемъ участіи

Г. В. ПЛЕХАНОВА, В. И. ЗАСУЛИЧЪ и П. Б. АКСЕЛЬРОДА.

A la izquierda del grupo se ve al ministro Millerand. Su nombramiento encendió la chispa que haría estallar la unidad que se gestaba entre los socialistas franceses.

cialista" y sus opositores. La cuestión fue discutida en el Congreso de la Segunda Internacional realizado en París en 1900. Con respecto a ello señala Cole: "Era muy posible reunir una buena mayoría en contra de la colaboración. Sin embargo, porque la posibilidad de constituir partidos socialistas capaces de obtener algún día mayorías decisivas dependía sin duda de una unión completa o casi completa de las fuerzas socialistas, no era deseable llevar la oposición contra el colaboracionismo hasta el extremo, por temor a producir el alejamiento del ala derecha. Por consiguiente, el objetivo de la mayoría de los dirigentes de la Internacional era preparar una propuesta que a la vez hiciese constar la oposición al 'millerandismo' y a casi todas las clases posibles de coalición y, sin embargo, no cerrar de hecho y definitivamente la puerta por completo. No era necesaria la conciliación con Millerand [...], pero era necesario complacer a Jaurès".

La resolución fue elaborada por Kautsky, quien mostró considerables vacilaciones ante la crisis, y pone de manifiesto uno de los flancos débiles de la Segunda Internacional: la convicción de que se podían conquistar "parcelas" del poder. Por supuesto que la declaración (cfr. recuadro) relativiza esta idea pues resulta obvio que no existen circunstancias bajo las cuales la burguesía ceda generosamente el poder. Pero la última parte de la resolución que fue incorporada por Plejánov inhabilita todo lo anterior. (Si se interpreta la resolución en sentido estricto no hay posibilidad de que actúe un ministro socialista en un gobierno burgués pues resulta imposible exigir a un gobierno burgués la imparcialidad en un conflicto entre obreros y patrones.) Este era un método habitual para resolver los problemas: una resolución que se prestase a varias interpretaciones y que no rompiese la unidad. De cualquier manera, la resolución contiene un elemento importante pues pone en manos del partido la decisión final sobre el problema con lo cual descalifica las actitudes individuales.

Si bien la solución dada acabó con Millerand, no lo hizo con los partidarios de la colaboración con los gobiernos burgueses: cuando se hizo presente la "situación de emergencia" los socialistas participaron en los gobiernos burgueses. Así es como durante la primera guerra la burguesía pudo contar con socialistas para llevar adelante su política belicista.

La Internacional y la guerra

La actitud ante la guerra es uno de los puntos claves de la Segunda Internacional, no tanto porque ahí se encuentre la raíz de su bancarrota, sino porque es el núcleo donde se concentran todas sus contradicciones.

En el Congreso de París el punto "Paz internacional, militarismo, supresión de los ejércitos permanentes" tuvo como miembro informante a Rosa Luxemburgo. En su informe ésta afirmaba que, independientemente de los plazos que pudieran fijarse, al capitalismo le llegaría su hora y que no había que excluir la posibilidad de que ella fuera consecuencia de una guerra entre los estados burgueses. Proponía a los partidos socialistas luchar contra el militarismo y el colonialismo, oponerse a los presupuestos militares y organizar manifestaciones internacionales en contra de la guerra . La proposición fue aprobada por unanimidad. Esta discusión se vinculó con la de la huelga general pues se discutió la posibilidad de enfrentar la guerra con una huelga general. Pero, dada la escasez de tiempo, el congreso decidió postergar la discusión.

La cuestión de la guerra fue planteada con intensidad en





1907 en el Congreso de Stuttgart. La revolución rusa de 1905 había producido un gran movimiento en el seno de la Segunda Internacional. La izquierda logró perfilarse con mayor precisión y es en Stuttgart donde, por primera vez, actuó como un bloque único. La derrota a manos del Japón y la revolución de 1905 habían dejado exhausta a Rusia, y los capitales franceses e ingleses corrieron en su ayuda. La rivalidad anglo-alemana se acentuaba constantemente. En tales circunstancias la social democracia no podía limitarse a declaraciones más o menos generales. El congreso de Stuttgart se concentró en los problemas de la guerra y del colonialismo.

El problema de la guerra fue encarado de diferente manera. Para la mayoría la cuestión era la actitud que debía asumirse para evitar la guerra, en tanto que la izquierda localizaba su preocupación en la revolución que podría surgir a partir de ella.

El congreso debió enfrentarse con varias propuestas. El socialista francés Hervé presentó la que aparentaba ser la más radical. Pedía a los obreros que se opusieran a toda guerra y que respondieran con la rebelión y negándose al servicio militar. Su propuesta igualaba todas las guerras, con lo que negaba al proletariado también la posibilidad de participar en una guerra revolucionaria. Por otra parte, la respuesta a la guerra no podía basarse en especulaciones sino que dependía de la crisis que generase. Por último, Hervé contraponía guerra y paz, en lugar de plantear los vínculos entre guerra y revolución.

La propuesta de Jules Guesde planteaba la inconveniencia de una lucha especial contra el militarismo pues ella distraería a los obreros de su lucha principal. La única lucha antimilitarista posible era la organización internacional del proletariado para el derrocamiento del capitalismo. A partir de esto proponía una serie de medidas parlamentarias: no votar los presupuestos militares, armar al pueblo para que reemplazara a los ejércitos permanentes. Esta propuesta repetía el viejo procedimiento radical de afirmar que la solución de cada problema sólo podía venir de la revolución. Lo cierto es que, ante un hecho de importancia como la guerra, el socialismo carecería de línea de acción.

Vaillant y Jaurès presentaron una propuesta que se apoyaba, aunque no explícitamente, en la distinción entre guerra "ofensiva" y "defensiva". Afirmaba que, ante una agresión externa, la clase obrera tenía la obligación de defender a su patria; proponía luchar por el desarme de la burguesía y armar al pueblo; consideraba al internacionalismo como el primer deber de la clase obrera y de ahí hacía partir la necesidad de luchar por el mantenimiento de la paz. Jaurès terminaba proponiendo evitar y estorbar la guerra por todos los medios posibles: lucha parlamentaria, agitación, manifestaciones, e incluso la huelga general y la insurrección. Pero, pese a esto, tampoco vinculaba la guerra con la revolución. Con todo, lo más objetable de su propuesta era el planteo con respecto a la "defensa nacional", argumento que serviría para apoyar —como después sucedió— la unión con la burguesía en la guerra interimperialista. Este último aspecto lo acercaba a las ideas de los alemanes, diferente en otros planos, pues a estos les parecía sumamente peligroso reivindicar la huelga general y la insurrección como formas posibles de lucha.

La propuesta de Bebel coincidía con la de Guesde y su principal defecto consistía en no indicar tareas al proletariado y en jerarquizar al parlamento en la lucha contra la guerra.

Luego de un prolongado debate se formó una comisión para elaborar el texto definitivo. Durante la discusión se revela la existencia de una izquierda que, por primera vez, realiza reuniones para definir sus posiciones y su acción en el congreso. A su cabeza estaban Rosa Luxemburgo,

Jean Jaurés sostuvo en el Congreso de Stuttgart la obligación de la clase obrera de luchar en defensa de su país, el deber de desarmar a la burguesía y de armar al pueblo. Pese a estos antecedentes, concluyó apoyando la alianza de clases en la guerra interimperialista de 1914.

Cuando el bloque de diputados socialistas alemanes vota en favor de los créditos de guerra, sólo catorce se oponen. La guerra daría por tierra con los principios de solidaridad internacionalista, pero del seno mismo de la Segunda Internacional surgieron las fuerzas que trabajarían más tarde por la construcción de la Tercera Asociación Internacional de Trabajadores.

Klara Zetkin, Ledebour, Lenin y Martov. La hostilidad alemana a la propuesta Vaillant-Jaurès les permitió introducir dos importantes modificaciones elaboradas por Rosa Luxemburgo, Lenin y Martov. En el anteúltimo párrafo evitaron enumerar las formas de lucha, cuestión urticante para los alemanes, pero formularon los factores que las determinan: la intensidad de la lucha de clases y la situación política en general. De esta manera lograron una formulación de principios que unifica a las posiciones. La segunda, más importante, consistió en hacer que se señalara el deber de los socialistas de utilizar la guerra para "precipitar la caída de la dominación capitalista". Resulta sorprendente que el centro y la derecha hayan aprobado semejante resolución. Aparentemente, como lo señala George Haupt, consideraban la amenaza de revolución como un arma eficaz para frenar a la burguesía y no como un objetivo estratégico.
En Stuttgart el centro y la derecha resultaron derrotados. La resolución por ellos aprobada marchaba abiertamente contra su política. Como señaló Lenin: "El Congreso de Stuttgart ha contrapuesto elocuentemente en una serie de problemas el ala oportunista y el ala revolucionaria de la social democracia internacional y ha dado solución a estos problemas en el espíritu del marxismo revolucionario".
En 1910, en Copenhague, reapareció el problema de la guerra. Ahora se trataba de precisar los medios para realizar las ideas formuladas en Stuttgart, cuestión ampliamente vigente a raíz del acrecentamiento de las tensiones internacionales. Vaillant y Keir-Hardie propusieron una resolución en la que se afirmaba: "Entre todos los medios empleados para prevenir e impedir la guerra, el Congreso considera como particularmente eficaz la huelga general obrera, sobre todo en las industrias que proveen a la guerra sus instrumentos (armas, municiones, transportes, etc.), como también la agitación y la acción popular en sus formas más activas". Semejante resolución bastaba para espantar a los alemanes, quienes consideraban que hacer referencia a la huelga contra la guerra podía provocar la persecución a los partidos por traición y dar la ocasión para prohibirlos.
La cuestión fue postergada para el siguiente congreso, pero mostró claramente que importantes sectores de la socialdemocracia estaban dispuestos a ajustar su accionar a los límites impuestos por sus respectivas burguesías.
En 1912 se reunió un congreso extraordinario a raíz de la guerra en los Balcanes. Pero a la posibilidad de que el conflicto se generalizase, la resolución final dejó nuevamente abierta la cuestión de los medios de lucha. Atendiendo a la imprevisibilidad de la situación que podía generar una guerra, se seguía sin definiciones precisas en torno al problema. Pero la cuestión que subyacía en esta permanente indefinición no era la mencionada, sino la negativa a definirse por una lucha revolucionaria.

La bancarrota de la Segunda Internacional

Con un bagaje de declaraciones de principio la Segunda Internacional marchó a enfrentar la guerra. Se multiplicaron las manifestaciones, los actos de protesta, las declaraciones parlamentarias. El proletariado europeo se conmovió y las potencias europeas fijaron su atención en él.
En los momentos previos a la guerra el centro de la acción socialista internacional fue el Buró Socialista Internacional. Este había sido creado como una oficina de información interpartidaria, pero paulatinamente adquirió un peso al encargarse de proponer medidas ante situacio-





nes en las que no era posible convocar un congreso.
El atentado de Sarajevo no repercutió mayormente en la socialdemocracia. Al día siguiente se reunió la dirección del partido alemán para discutir las consecuencias que podría tener sobre el congreso de la Internacional citado para el 23 de agosto en Viena. Por primera vez el Partido Socialdemócrata Alemán pide que se convoque el B.S.I. Los austríacos responden que la situación no es para alarmarse y consideran infundadas las preocupaciones de los alemanes.
El 15 y 16 de julio se reúne un congreso especial en París, al que asisten invitados extranjeros. Ante la inminencia del peligro Vaillant y Jaurès proponen declarar de inmediato la huelga general. Guesde se opone con el argumento de que en ese caso el país donde el socialismo tuviera más influencia sería llevado a la derrota, lo que provocaría el aplastamiento del socialismo y de la civilización. Hervé, que hasta ese momento se había manifestado como antimilitarista a ultranza, apoya a Guesde señalando que es imposible llevar a cabo una huelga realmente internacional. Por una pequeña mayoría el congreso aprueba la realización de una "huelga general, organizada simultánea e internacionalmente en los países interesados".
El 23 de julio se reúne la dirección del partido austríaco para considerar la posibilidad de trasladar el futuro congreso a otro país. La mayoría no cree en la posibilidad de una guerra. Tres horas más tarde Austria dirige el ultimátum a Servia. La socialdemocracia alemana toma entonces conciencia del peligro. Lanza un manifiesto de repudio, se organizan manifestaciones en las que Kautsky verifica la apatía de las masas. Aparentemente los dirigentes socialistas pensaban en un nuevo conflicto parcial, como había sido el de los Balcanes. Se convoca una reunión del B. S. I. para analizar las perspectivas del Congreso e intercambiar opiniones sobre la situación internacional. La cita es el 29 a la mañana. El día antes Austria declara la guerra a Servia. Tal es la incredulidad con respecto a la proximidad de la guerra que cuando llega a la reunión la noticia de que el Zar ha ordenado la movilización parcial de sus tropas la desechan creyéndola falsa. Los social demócratas alemanes reiteran que Alemania solo intervendría en la guerra para responder a un ataque ruso. La única resolución que adoptan es adelantar la convocatoria del congreso para el 9 de agosto, en París, con el fin de discutir la cuestión del proletariado y la guerra. Los delegados se separan sin tomar ninguna medida concreta.
Mientras el secretario general del Partido Socialdemócrata Alemán asistía a la reunión del B. S. I., Südekum remite una carta al canciller en la que le asegura que el partido no asumirá acciones de ninguna especie. El 30 de julio a la noche es asesinado Jaurès. El 1º de agosto Alemania y Francia movilizan totalmente sus ejércitos y Alemania declara la guerra a Rusia. El mismo día el secretario del B. S. I. remite una circular a todos los partidos postergando indefinidamente el congreso. Ese mismo día parte Müller para París y asegura que la social democracia no votará los créditos de guerra, que a lo sumo se abstendrá. Ya en ese momento la guerra había envuelto a Europa. El día 4 de agosto los 111 parlamentarios del Partido Socialdemócrata Alemán aprueban los créditos de guerra.
Los brazos en alto de los diputados socialistas aprobando los créditos para una guerra interimperialista eran el símbolo de la quiebra de la Segunda Internacional. Un internacionalismo retórico se hundía definitivamente, y con él una montaña de resoluciones internacionalistas que fueron incapaces de evitar que la mayoría de los partidos socialistas claudicaran ante la burguesía de sus respectivos países.

El resurgimiento de la Internacional

Del seno mismo de la Internacional surgieron las fuerzas que encabezarían la lucha por el reagrupamiento del proletariado internacional. Cuando el bloque de diputados socialistas alemanes decidió votar en favor de los créditos de guerra catorce diputados se opusieron, pero por disciplina votaron junto a la mayoría. Sin embargo, el 2 de diciembre de 1914 Karl Liebknecht decide quebrar la disciplina partidaria y su mano solitaria se alza para oponerse a los créditos de guerra. El 5 de setiembre de 1915 dirige desde la cárcel una carta a la Conferencia de Zimmerwald, en la que dice: "La nueva Internacional será construida. Ella se elevará sobre las ruinas de la vieja, sobre nuevos fundamentos más sólidos. Ustedes, amigos, socialistas de todos los países, ponen hoy en día la piedra angular del edificio del futuro". Por el lado de los alemanes se reagrupaban figuras como Klara Zetkin, dirigente internacional del movimiento obrero femenino, y Franz Mehring, historiador de la socialdemocracia alemana y biógrafo de Marx. Rosa Luxemburgo no faltaba en este bloque que tendría a su cargo la reivindicación de la bandera de la revolución. Las predicciones que había elaborado en años de lucha sobre el centro y la derecha resultaban admirablemente confirmadas. Los bolcheviques rusos, y fundamentalmente Lenin, por su parte, establecieron una línea de ruptura con la vieja internacional y comenzaron a trabajar por la construcción de una nueva internacional en la cual el oportunismo que había devorado a la Internacional Socialista no tuviera cabida. La Tercera Internacional, la Internacional Comunista, se estaba gestando.

Rebelión obrera en México: la huelga de Cananea

Silvia Cragnolino

Desde la colonización hispánica hasta el triunfo de la revolución campesina de 1910 los trabajadores mexicanos se ven condicionados en su acción por la sujeción directa o indirecta del país a potencias extranjeras.

"Todo el día y noche de ayer se pasó en gran alarma; nadie durmió en espera de acontecimientos, que se redujeron a una huelga de cuatrocientos mineros que quieren ocho horas de trabajo y cinco pesos diarios. Hablé con ellos; conseguí se disolvieran; hoy a la diez una delegación de catorce conferenciará con Mr. Dwigth procurando entenderse. Todo está tranquilo. Seguiré informando." Así, el 1º de junio de 1906, hizo conocer el comisario de policía de Ronquillo, don Pablo Rubio, al secretario de gobierno del Estado de Sonora, lo que suponía la finalización de la huelga en la mina de Oversigth. Pero la versión oficiosa era pronto desmentida por los obreros de las diversas minas y departamentos que se plegaban a la huelga, acompañando en número de mil doscientos a sus compañeros delegados, entre ellos Baca Calderón y Manuel M. Diéguez.

El memorándum que presentan los obreros a la empresa dice así:

"1 — Queda el pueblo obrero declarado en huelga.

2 — El pueblo obrero se obliga a trabajar en las condiciones siguientes:

I — La destitución del empleo del mayodormo Luis. (Nivel 19).

II — El mínimo sueldo obrero será de cinco pesos, con ocho horas de trabajo.

III — En los trabajos de la 'Canenea Consolidated Company' se ocuparán el setenta y cinco por ciento de mexicanos' 'y el veinticinco por ciento de extranjeros,' 'teniendo los primeros las mismas aptitudes que los segundos'.

IV — Poner hombres al cuidado de las jaulas que tengan nobles sentimientos, para evitar toda clase de fricción.

V — Todo mexicano, en los trabajos de esta negociación, tendrá derecho a ascenso, según se lo permitan sus aptitudes."

Ignorando tal situación, y haciendo circular una hoja volante, los manifestantes movilizaron a los obreros de Buenavista, Concentradora de Metales, Fundición y Maderera. Al apoyo de la población con vítores y aplausos se suma la fuerza entusiasta de la columna que marchaba por calle Sonora. Al llegar frente a las oficinas, los hermanos Metcalf, norteamericanos que administraban la madereria de la compañía minera, agreden a los manifestantes poniendo en funcionamiento las mangueras para incendio. "... Esa fue —narra Manuel J. Aguirre en Cananea— la llamada de botafuego, la multitud indignada se echó sobre el cerco que limitaba la maderería, pero fue rechazada entonces a balazos por los Metcalf y otros dos norteamericanos parapetados en los balcones de las oficinas. Aquella muchedumbre inerme cambiaba pedradas por balazos y empezó a correr la sangre; pero esto, lejos de amedrentarlos, encendió más su ira y rápidamente pusieron fuego tanto al edificio como a las maderas allí almacenadas, y pronto las lenguas de fuego se elevaban hacia el infinito; los cuatro agresores extranjeros perecieron en la refriega, mientras de los manifestantes resultaron tres muertos e incontables heridos [...].

Los huelguistas [...] se dividieron en dos grupos; llenos de coraje por aquella agresión clamaban venganza, volviéndose unos hacia la comisaría de Ronquillo, en donde existen los establecimientos más importantes de la empresa como son la fundición, la concentradora, el banco, tienda de raya"...

Así comienza la huelga de Cananea. En ella los obreros mexicanos, después de haber sido acallados durante años por la "paz social" del porfiriato, marcada por leyes que prohibían huelgas y sindicatos, aparecen en escena con una fuerza que no habían tenido hasta entonces. La huelga de Cananea, como después la de Río Blanco, anuncian también la Revolución Mexicana, el levantamiento de las clases oprimidas contra la oligarquía dominante y sus alia-

La conquista española eliminó el sistema de organización de trabajo de los indios creando nuevas formas pensadas en base a la esclavización de éstos. Los encomenderos burlaron sistemáticamente los Códigos de Indias, ocuparon las tierras y obligaron a los naturales al trabajo forzado y sin retribución.

dos. Una lucha cuyas raíces se remontan muy atrás.

La explotación: de la Colonia a la Independencia

La organización colectiva del trabajo en el *calpulli* (propiedad comunal) de los pueblos del México actual dio paso, ya en la época precolombina, a una sociedad más compleja, constituida por una clase que comenzó a apropiarse de parte del producto del trabajo de los campesinos, por artesanos que trabajaban dependiendo de la clase dominante; especie de nobleza, primero sacerdotes, luego de guerreros y por un grupo de comerciantes semidependientes del Estado. Habían surgido por lo tanto elementos de desintegración de la forma de propiedad comunal: posesión privada y trabajo de mayeques (especie de siervos o esclavos). La división del trabajo, la diferenciación de clases, la existencia de privilegiados y desheredados mostraba desde entonces una subyacente lucha de clases, que fue percibida por los cronistas de la conquista.

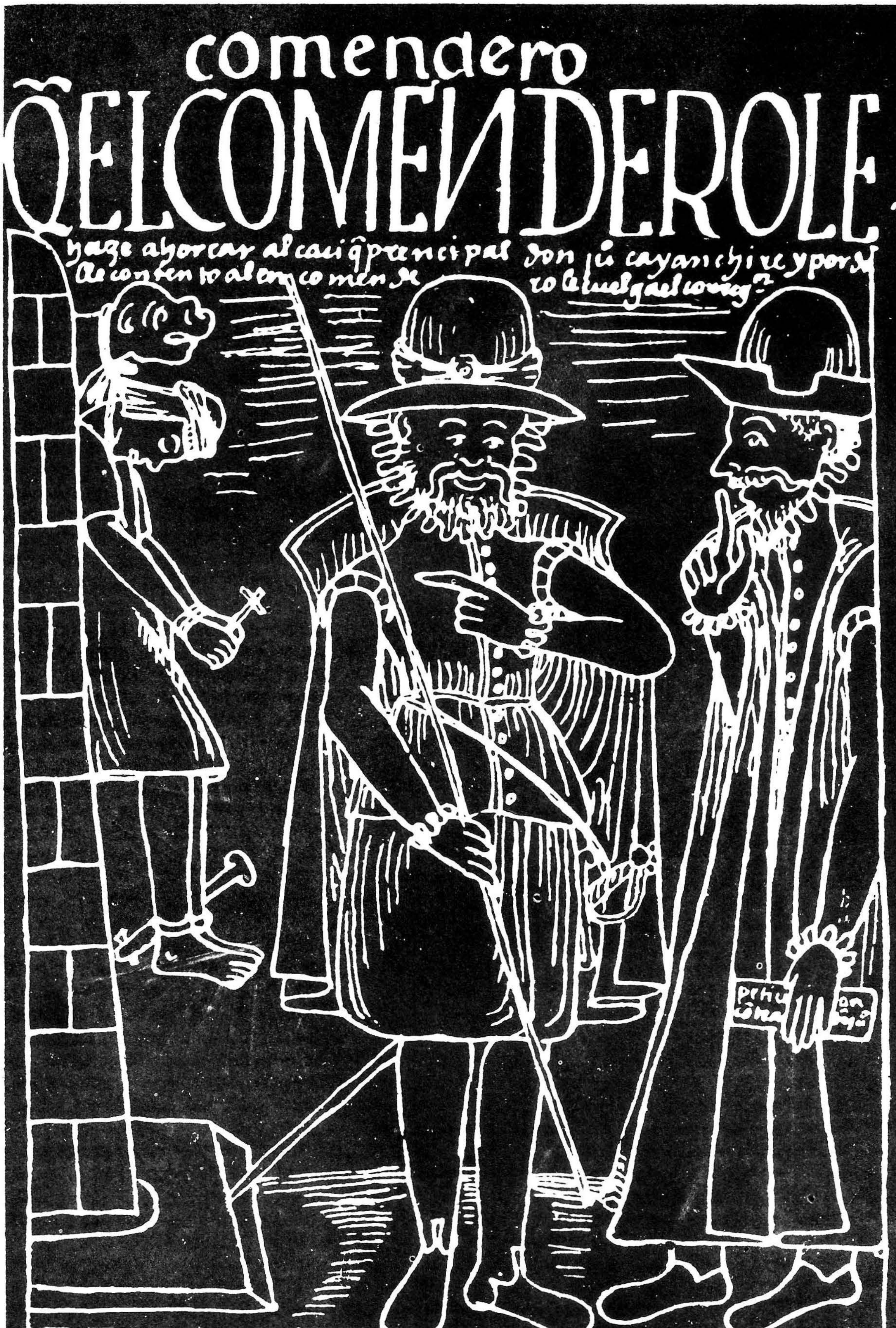
Un elemento exterior, la llegada del feudalismo en decadencia traído por los conquistadores españoles, liquidó el proceso original americano y creó una nueva sociedad que intentó esclavizar al indígena y que al fracasar instituyó la encomienda (reparto de indios). La corona española, dueña de las tierras de América, dio en merced o donación a sus súbditos conquistadores, junto con las tierras a sus habitantes, los indios.

Las Leyes de Indias, que tendieron a proteger al indígena del conquistador encomendero y minero, fueron burladas sistemáticamente y el indio fue explotado, arrebatadas sus tierras y expulsado de sus *calpullis*, obligado al trabajo forzado en las minas (mitas), alejado de su familia, sin paga, enfrentado con tributos que no alcanzaba a cubrir y en la total miseria.

El oro y la plata de América fueron el eje de la actividad económica en estas tierras durante todo el siglo XVI; metales que no quedaron en España sino que enriquecieron a Europa y permitieron el desarrollo del capitalismo inglés. España, en decadencia desde fines del siglo XVI, introdujo entonces reformas especialmente administrativas, y un cambio en la actividad económica: desarrolló la hacienda, la cual había surgido en el siglo XVII. (Se puede incluso rastrear el proceso de concentración y de formación de latifundios en el siglo XVI, cuandos los primeros virreyes otorgaban concesiones de tierras cada vez más extensas a personajes de diverso origen: encomenderos o conquistadores, mineros y mercaderes.)

Junto con la hacienda también fue reforzada en las ciudades la actividad artesanal surgida con la colonización. La artesanía precolombina había sido sustituida por el sistema corporativo español con el objeto de reglamentar la producción y el consumo. Los gremios se erigieron en organizaciones exclusivistas cerradas y jerárquicas; no se permitió trabajar en ellos a los mulatos y negros y excepcionalmente sólo en las jerarquías más bajas a los indios. Los gremios se constituyeron así en instrumentos para afianzar el poder absoluto de la Corona.

Las condiciones de trabajo en los obrajes, los malos tratos que recibían los negros y mulatos fueron fielmente descriptas en 1802 por Humboldt en su *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente:* "Sorprende desagradablemente al viajero que visita aquellos talleres no sólo la extremada imperfección de sus operaciones técnicas en la preparación de los tintes sino mas aún en la insalubridad del local y el mal trato de los trabajadores. Hombres libres, indios y hombres de color están confundidos con presidiarios que la


comendero
Q̃ELCOMENDEROLE
comendero
q̃ los


tos y tragenea do res de uino delos corregidores y co
menderos y de p̃e · y españoles y otros mayordomos

justicia distribuye en las fábricas para hacerles trabajar a jornal. Unos y otros están medio desnudos, cubiertos de harapos, flacos y desfigurados. Cada taller parece una oscura cárcel; las puertas, que son de adobe, están permanentemente cerradas y no se permite a los trabajadores salir de la casa; los que son casados solo los domingos pueden ver a su familia.
Todos son castigados irremediablemente si cometen la menor falta contra el orden establecido en la fábrica." Agreguemos que, en general, la "deuda" o dinero adelantado no les permitía a los trabajadores salir nunca del obraje. Este, a principios del siglo XIX, concentraba la mano de obra artesana, pero sin llegar a reunir la característica de una manufactura.
Las Leyes de Indias, las ordenanzas de obrajes, de gremios y de policía afianzaron el poder del blanco sobre el indio, quien fue marginado social y culturalmente. Ello fue creando fricciones entre dominantes y dominados. Estos, aunque no tuvieron fuerza como para sublevarse, conservaron su mentalidad colectivista comunal, que sobrevivió a los largos siglos y resurgió al producirse la revolución de 1910.

Esas fricciones se manifestaron por entonces en rebeliones, paros, peticiones y huelgas, protestas ante la agobiante situación que padecían los trabajadores de los obrajes y las minas. Los trabajadores mineros fueron los primeros en reclamar sus derechos y manifestar su espíritu de solidaridad.

La primera huelga en América fue llevada a cabo por los trabajadores del Mineral de Cerro de San Pedro (San Luis Potosí) el 27 de mayo de 1767, según lo hace constar Roberto de la Cerda Silva en su libro *El Movimiento Obrero en México*, donde señala: "Los aumentos constantes de trabajo, 'tequio' o 'faena' fuera de sus tareas, el cobro por leña, madera, palma, hasta agua para el beneficio del mineral, así como la obvención parroquial, el tributo, los 'reales quintos' para Su Majestad, el 'estanco' del tabaco más tarde, la restricción de rastro o abasto de carne en los minerales, el cobro de renta en las tierras para asientos de casas y otras muchas extorsiones, así como el retardo del pago de sus jornales, los numerosos días festivos (aparte del domingo) exacerbó los ánimos, colmó su paciencia [...] y unidos ante la fuerza de sus explotadores, los trabajadores reclamaron los derechos."
Ya desde el siglo XVI los campesinos indígenas se habían sublevado: primero contra los "encomenderos" y más tarde contra los hacendados. El peón (indio desposeído de sus tierras), endeudado, con sus familiares, a través de los préstamos en dinero o en especia que le proporcionaba la tienda de raya, no alcanzaba jamás a cancelar la deuda. Las leyes para evitar tamaña explotación no tuvieron eco entre los hacendados, que además pusieron en práctica un régimen de castigos corporales y prisiones masivas particulares, desde donde trasladaban a los trabajadores indígenas como animales, a los lugares de trabajo.
Todo esto permitió el enriquecimiento de los españoles comerciantes, mineros, especuladores, hacendados y de la Iglesia.
Es así como al producirse las guerras por la independencia, a la lucha política de los criollos se sumó la lucha social de los campesinos, mineros y artesanos que, acaudillados por los curas Hidalgo y Morelos lucharon por su emancipación. Pero los criollos, ante el temor de una revolución social, se aliaron a los españoles y derrotaron a las mayorías trabajadoras.

El triunfo de la tendencia conservadora sobre la liberal se concretó en la proclamación de Iturbide como emperador de México.

Los privilegios de la Corona pasaron entonces a manos de una nueva oligarquía constituida por hacendados, mineros y comerciantes criollos que, junto con

La actividad artesanal fue sustituida por el sistema corporativo —sistema impuesto por la metrópoli con el objeto de reglamentar la producción y el consumo. Esto determinó la marginación social y cultural del indio, creando también las consiguientes fricciones entre dominadores y dominados.

Paralelamente a la lucha por la independencia política los campesinos y mineros desarrollaron una serie de combates por la liberación social. Sin embargo, no obtuvieron mejoras sustanciales, pues los sectores conservadores criollos se unieron con los españoles para poder sofocar la inminente revolución social. En el grabado se ve a Miguel Hidalgo y Costilla, sacerdote revolucionario que a principios del siglo XIX encabezó los grupos populares.

la Iglesia, mantuvo las estructuras sociales y económicas de la Colonia. La prensa liberal denunció las injusticias a través de sus periódicos (*El Diario de México, El Federalista Mexicano, El Regenerador, La Tribuna del Pueblo Mexicano, Orientación, Boletín de Noticias Diarias, El Imperio de la Opinión, El Independiente* y *El Mexicano*), pero, el campesino, el peón y el obrero siguieron trabajando de sol a sol con el mísero jornal de doce centavos pagados con vales en las tiendas de raya de la hacienda, la mina, la fábrica o el taller.

Durante esta etapa desaparecieron algunos obrajes, hilanderías y tejedurías, otras disminuyeron su producción. La actividad industrial continuó realizándose en pequeños talleres que producían mantas, ceñidores, frazadas, rebozos, etc., para el consumo local o regional. La minería y el comercio siguieron constituyendo la base de la actividad económica del país.

Hacia 1829 se produjo un cambio de política económica: se intentó crear una industria nacional. Lucas Alemán, que había observado en Inglaterra los resultados de la Revolución Industrial, intentó impulsar la industrialización en México a través de la creación del Banco de Avío. Este intento fracasó y el banco fue cerrado en 1843, pero dejó un saldo de catorce empresas constituidas en Puebla, México y Veracruz.

La Reforma: mutualismo y cooperativismo

Así como la independencia no modificó la estructura tradicional y solo planteó la necesidad de introducir cambios en la misma, la Reforma llevada a cabo durante los gobiernos de Juárez y Lerdo actuó sobre los efectos y no sobre las causas que provocaban la falta de desarrollo del país. La ley de desamortización, la Constitución de 1857, la ley de nacionalización de los bienes eclesiásticos y la enajenación y ocupación de terrenos baldíos no vulneraron la gran propiedad. La Reforma fue dirigida contra la Iglesia, que poseía más de la mitad de los bienes raíces del país. Las leyes sirvieron para aumentar el poder y la concentración de la tierra. Especuladores viejos y nuevos consolidaron aún más la estructura agraria existente y el proceso de expropiación de los pueblos indígenas. "Legalmente el Congreso que emanó del triunfo de la Revolución de Ayutla —decía Justo Sierra— era la representación oficial de la Nación; la realidad era otra: la nación rural no votaba, la urbana e industrial obedecía a la consigna de sus capataces o se abstenía también, y el Partido Conservador tampoco fue a los comicios; la nueva Asamblea representaba, en realidad, una minoría, no solo de los ciudadanos capaces de tener interés en los asuntos políticos, sino de la opinión." A estos ideólogos les preocupaba fundamentalmente el problema de la producción agrícola nacional. Solo los más radicalizados plantearon el problema social y la necesidad de abolir las relaciones de producción existentes.

Pero entre los campesinos se había mantenido viva la llama de la lucha por la defensa de sus tierras. Sofocado el germen de revolución social de 1810, se sucedieron a partir de 1827 y con cierta periodicidad, los enfrentamientos entre hacendados y campesinos. Estos levantamientos fueron acallados sistemáticamente por las armas oficiales, que no escatimaron la destrucción y la violencia para "pacificar" a los indígenas sublevados.

El artículo 27 de la Constitución de 1857 constituyó un ataque frontal no solo contra la Iglesia, sino también contra los gremios, pues aludía tanto a las corporaciones religiosas como a las civiles, prohibiéndoseles "capaci-



Artículo 1º del reglamento del Gran Círculo de Obreros (2 de junio de 1872)

I. Mejorar por todos los medios legales la situación de la clase obrera, ya en su condición social, ya en la moral y económica.
II. Proteger a la misma clase contra los abusos de los capitalistas y maestros de talleres.
III. Relacionar entre sí a toda la gran familia obrera de México.
IV. Aliviar en sus necesidades a los obreros.
V. Proteger a la industria y el progreso de las artes.
VI. Propagar entre la clase obrera la instrucción correspondiente en sus derechos y obligaciones sociales y en lo relativo a las artes y oficios.
VII. Establecer todos los círculos necesarios en la República, a fin de que estén en contacto los obreros de los Estados con los de la capital.

Del periódico "Hijo del Trabajo" ante la huelga textil en la fábrica Hércules (Querétaro) (abril de 1877)

Que no te culpen mañana si haciendo a un lado a ese fantasma que se llama gobierno, te gobiernas por tí mismo; que no te culpen mañana si, despreciando a esa meretriz que se llama justicia, te haces justicia por tu mano [. . .]
Si algún día en vez de fábricas contempláis ruinas, en vez de telares, véis cenizas; en vez de riqueza, tenéis miseria; en vez de pisar en alfombras, pisáis sangre, no preguntéis por qué. Vuestros operarios todavía hoy son ovejas, mañana tal vez serán leones, y ¡ay de vosotros que provocáis su cólera! Entonces, ellos, tan humildes, tan resignados, tan envilecidos, os dirán un día de la justicia: ¡De rodillas, miserables! ¡Sí! ¿Somos comunistas cuando apoyados en la ley pedimos que no se nos destruyan nuestros hogares? ¿Somos comunistas cuando pedimos que al pobre jornalero se le pague su trabajo, sin que se consienta, como hasta ahora, que le sea defraudado con mengua de su propia vida? ¿Somos comunistas cuando decimos que algunas autoridades se venden a los feudales y que están prontas a sofocar toda idea justa que el pobre sostenga para mejorar su condición? ¿Somos comunistas cuando denunciamos el punible abuso de que al jornalero se le paga su miserable salario por la tercera parte del que se le señala, haciendo por fuerza que reciba a precios exorbitantes efectos que a su vez no necesita, robándole de este modo el sustento de su familia? ¿Somos, en fin, comunistas, cuando proclamamos la igualdad ante la Ley?
¡Si éste es el comunismo, viva una y mil veces!

(Citado por E. de la Torre Villar y otros en *Historia documental de México.* México, UNAM, 1964, t. II.)

dad legal para adquirir o administrar por sí bienes raíces".

La respuesta del artesanado ante esta ley se concretó en la creación de las primeras agremiaciones mutualistas, como la Sociedad Particular de Socorros Mutuos, cuyo fin era dar asistencia gratuita en caso de enfermedad o muerte. Este tipo de solidaridad había sido propuesto, ya en 1843, por López de Santa Anna, quien auspició la creación del Colegio Artístico Mexicano y la Junta de Fomento de Artesanos. Pero es durante la década del 1860 cuando se difunden estas organizaciones por todo el país ante la amenaza constante de la generalización de la ley mencionada. Aparecen entonces agrupaciones como la Gran Familia Artística, la Sociedad Fraternal, la Fraternidad de Sastres, la Sociedad de Artesanos y Agricultores, etc. Al poco tiempo, en 1876, estas mutualidades fueron reemplazadas por sociedades cooperativas. Esto se produjo cuando se tomó conciencia de que el mutualismo no era el medio adecuado para enfrentar el pauperismo, las jornadas de catorce horas, la "extorsión del trabajo por el capital". El objetivo de estas cooperativas fue el de aliviar la situación económica de los artesanos. Su lema era: "trabajo unido y ahorro". Pero la desorganización, el surgimiento de la industria moderna y del proletariado, la necesidad de nuevas formas de lucha, liquidaron al poco tiempo a los precursores del movimiento obrero.

Si bien hasta ese momento México no había tenido relaciones con los movimientos sociales de Europa y de los Estados Unidos (a raíz de los permanentes conflictos internos, de la anarquía del período de la Independencia y de las continuas guerras internas y externas) comenzaron a aparecer, a mediados del siglo XIX, algunos periódicos de tendencia obrerista: *El Instructor del Pueblo, América Libre, El Amigo del Pueblo, Clases Productoras, La Revolución, La Oposición, El Socialista, El Pueblo, El*

Atalaya, El Obrero Internacional, La Huelga. Esta prensa, que en un principio denunció la situación de los trabajadores, pronto empezó a proclamar el derecho de huelga y la revolución social. El socialismo comenzó a ser conocido y tomado como bandera por algunos movimientos agrarios: en Chalce en 1868 y en Sierra Gorda en 1880.

El Gran Círculo de Obreros

En 1868 se dio el primer intento de asociación diferente a los anteriores y con un sentido de clase más definido. Esto sucedió cuando los trabajadores de distintos talleres de hilados y tejidos del Distrito Federal y de Tlalpán decidieron asociarse ante el "lock out" con el que los dueños pretendían conseguir la disminución de los jornales. Una vez provocado el éxodo de 900 trabajadores que debieron emigrar a los talleres de Puebla, Molino Viejo y Río Prieto, las industrias volvieron a abrir utilizando nueva mano de obra en las condiciones impuestas por los patrones. Ni Juárez ni el Congreso tomaron en cuenta el reclamo de los operarios, pero este fue el comienzo de una nueva práctica de lucha: declararse en huelga para conseguir mejoras o para evitar la disminución del jornal.

La lucha de la prensa obrera se afianzó en 1870, junto al proceso de modernización de la técnica industrial. Los sucesos de Francia ocuparon las planas de los periódicos mexicanos.

La Voz de México (conservadora) atacó a la Comuna, en cuanto ésta significaba la destrucción del orden establecido, mientras la prensa obrera veía en ella la lucha por la emancipación internacional de la clase obrera.

En esta misma fecha se dio el primer paso hacia la organización obrera al fundarse el Gran Círculo de Obreros, que agrupó 8.000 trabajadores entre obreros y artesanos. Sus fundadores fueron artesanos, destacándose entre ellos Juan de Mata Rivera y Francisco de Paula González.

El primero estuvo en contacto con la Primera Internacional y otros mantuvieron correspondencia con grupos bakuninistas.

El Gran Círculo propagó la idea de la asociación y a instancias de él se organizaron filiales en distintas fábricas del país, especialmente, y por su importancia, en las de hilados y tejidos.

Si bien en el artículo primero de su estatuto el Gran Círculo había roto con el mutualismo, en su seno se reflejaron distintas tendencias como producto de su misma composición (obreros y artesanos). Estos últimos representaban los intereses de los patrones en la medida en que eran dueños de pequeños talleres y estipulaban por su cuenta, como lo hacían los demás empresarios, las formas de trabajo. Esta divergencia de propósitos se veía claramente en los reglamentos que agrupaban a unos y otros: en tanto los artesanos se mantenían fieles al mutualismo, los obreros preferían el cooperativismo. En 1873 el Gran Círculo inauguró su primer taller cooperativo. *El Socialista,* dirigido por Juan de Mata Rivera, fue su órgano periodístico a partir de enero de 1872. Desde él, Francisco de la Paula González denunció sin cuartel los procedimientos de explotación utilizados por los empresarios: sistema de veladas (prolongación de la jornada de trabajo toda la noche), disminución de los jornales a través de vales que se canjeaban por mercaderías en los comercios de las fábricas; jornadas de catorce y quince horas, despidos, etc. Pero en los hechos también los representantes obreros aceptaron las jornadas de sol a sol. En 1874 el reglamento para las fábricas del valle de México —antes sólo había disposiciones impuestas por los patrones y aceptadas por los representantes obreros—decía: "Los traba-

"Que no te culpen mañana si haciendo a un lado a ese fantasma que se llama gobierno te gobiernas por ti mismo; que no te culpen mañana si despreciando a esa meretriz que se llama justicia, y haces justicia por tu mano."
Comentario del periódico "Hijo del Trabajo" ante la huelga textil en Querétaro.

TOMO I. DOMINGO 9 DE JULIO DE 1871. NUM. 1.

EL SOCIALISTA

PERIODICO SEMANARIO

Destinado á defender los derechos é intereses de la clase trabajadora.

Este periódico se publica los domingos por la mañana.
Despacho: 2ª del Factor número 7.

MEXICO.

Los números sueltos valen 2 CENTAVOS.
A los repartidores se les dará á UN PESO EL CIENTO.

A LOS LECTORES.

Animados de los mejores deseos y de los mas sanos propósitos, tenemos el gusto de ofrecer al público el primer número de nuestro pequeño periódico.

Al emprender su publicacion en las actuales circunstancias políticas, no nos ha guiado un ciego espíritu de partido, sino la firme conviccion de que el pueblo necesita hacer oir su voz, especialmente en la actual época porque atravesamos, y que de satisfacer esta necesidad, depende quizá el bienestar de la sociedad y el porvenir de las generaciones venideras.

Ademas, el derecho de tomar parte en las cuestiones que á todos interesan, no pertenece esclusivamente á una clase privilegiada, así como el deber de contribuir á los gastos de la administracion pública no pesa solamente sobre los poderosos; en consecuencia, aunque humildes artesanos los redactores y editores de este periódico, se creen con el derecho, como hijos del pueblo, de combatir todo lo que al pueblo perjudique; de luchar contra el que al pueblo ataque, y de procurar lo que al pueblo eleve.

Por tanto, nuestro programa puede reducirse á las siguientes conclusiones: el camino del porvenir, para alcanzar la felicidad de nuestros hijos y la tranquilidad de nuestra conciencia, por haber cumplido con la mision que tenemos en la tierra, de marchar siempre *¡adelante!* en pos de la perfeccion de la humanidad.

Jamás hubiéramos acometido una empresa semejante si no contáramos de antemano con la benevolencia de nuestros conciudadanos, quienes atendiendo la rectitud de nuestras miras, disimularán los errores que podamos cometer.

LA REDACCION.

LA CLASE TRABAJADORA
Y LOS GOBIERNOS.

Si echamos una mirada retrospectiva, si nos detenemos á comtemplar, á examinar cuál es el orígen de la actual decadencia de las artes en la República, hallaremos, que el viciado régimen de los gobiernos que desde nuestra emancipacion política de la Metrópoli, se han sucedido con mas ó menos rápidez unos de otros, han conducido á las clases sociales no por la vía del adelanto y del progreso como falsamente estamparan en sus infinitas promesas, sino que como

jadores deben comenzar desde el momento en que el día nos brinda con la luz natural, y para cuando el sol cumpla su carrera y las tinieblas se apoderan de su luz; tiempo señalado en que el obrero debe ir a nutrir su entendimiento con los conocimientos que deben elevar su situación en el intervalo que deje de velar".

Este espíritu de conciliación se contradecía con algunas posturas teóricas de oposición al sistema. En tanto que la educación era erigida en el medio fundamental para ascender socialmente, se evitaba la participación política, argumentando que el gobierno actuaría con justicia ante las demandas de los trabajadores. Esta contradicción se explicaba por la adhesión teórica a la lucha obrera, por un lado, de un artesanado que no quería perder sus privilegios y, por otro, de un proletariado en formación.

En el primer Congreso del Gran Círculo (1875) se enfrentaron las distintas tendencias: cristianas, utópicas, proudhonianas, liberales reformistas y algunos influidos por el marxismo. Pero ninguna ideología obrera bien definida. Seguían dominando, de hecho, el mutualismo y la abstención política. Su importancia estribó en que de 1872, en que inició sus actividades, a 1876 (Primer Congreso) se produjo una lucha ideológica que incorporó las ideas anarquistas y socialistas en pugna con las correspondientes a las antiguas corporaciones de gremios. La proclamación del derecho de huelga como método de lucha significó la no aceptación del Código Penal Mexicano, es decir, el rechazo de la justicia gubernamental.

En síntesis: el Gran Círculo fue una organización que hizo sus primeros tanteos clasistas sin encontrar las formas que posteriormente conducirían a la clase obrera a adoptar el sindicalismo como arma de defensa y de lucha.

"Administración, orden y progreso"

La dictadura de Porfirio Díaz se inició en 1876 con el apoyo de los campesinos y obreros descontentos, a quienes, sin embargo, olvidó muy pronto.

Bajo el lema "Administración, orden y progreso" el porfirismo gobernó el país durante treinta años. Defendió los intereses de un grupo privilegiado de familias de hacendados y mineros, representados políticamente por el Partido Científico. Ellos fueron quienes dieron entrada al país al capital extranjero —fundamentalmente yanqui— en el momento en que el proceso de desarrollo del capitalismo hace entrar a éste en su etapa imperialista. La estructura agraria no sufrió modificaciones y la hacienda siguió siendo la forma de propiedad predominante, donse se producía todo lo necesario y donde la situación del peón —teóricamente libre desde la independencia— seguía siendo la del "alquilado" (especie de trabajador temporario) o "acasillado" (trabajador incorporado totalmente en la hacienda), en ambos casos retenidos por sus deudas con la tienda de raya.

Las comunidades indígenas, totalmente marginadas de la vida económica del país, siguieron perdiendo sus tierras. Quedaron encerradas en los límites de las grandes propiedades y sus miembros pasaron a ser mano de obra en las haciendas o,transitoriamente, pequeños arrenderos. En los albores de la revolución de 1910 el porcentaje de familias sin tierras constituía el 96 % del total.

El ranchero (pequeño hacendado radicado en su tierra) no tenía en la mayoría de los casos título sobre las tierras que poseía: en cualquier momento la gran propiedad lo podía absorber. El será, junto con los campesinos, el protagonista principal de la revolución de 1910.

El porfirismo no sólo consolidó

Portada del primer número de "El Socialista". Hacia mediados del siglo pasado fueron varios los periódicos de tendencia obrerista que denunciaron la situación de los trabajadores y proclamaron el derecho de huelga y la revolución social.

Hoja volante atribuida por las autoridades al "Club Unión Liberal Humanidad"

Obreros mexicanos:

Un gobierno electo por el pueblo para que lo guíe y satisfaga sus necesidades en lo que cabe: Eso no tiene México.
Por otra parte:
Un gobierno que se compone de ambiciosos que especulan criminalmente, fustigando al pueblo, electos por el peor de ellos, para que le ayuden a enriquecerse: Eso no necesita México.
Que el pueblo elija sus gobernantes para que lo gobiernen, no para que lo burlen y humillen, es la República.
Pueblo: levántate y anda. Aprende lo que parece olvidaste. Congrégate y discute tus derechos. Exige el respeto que se te debe. Cada mexicano, a quien desprecian los extranjeros, vale tanto como ellos, si se une a sus hermanos y hace valer sus derechos. Execración sin igual que un mexicano valga menos que un yanqui, que un negro o un chino, en el mismo suelo mexicano. Esto se debe al pésimo gobierno que da las ventajas a los aventureros, con menoscabo de los verdaderos dueños de esta desafortunada tierra.
Mexicanos, ¡despertad, unámonos! La Patria y nuestra dignidad lo piden.

(Citado por Torre Villar, *op. cit.*, t. II.)

Carta de Baca Calderón desde la prisión

En los calabozos no solo reina la más completa oscuridad, sino que se encuentran excesivamente húmedos, y en ellos existen también las cubas pestilentas (especie de tinas de madera) donde satisfacen sus necesidades todos los presos, y como los calabozos no tienen ninguna ventilación, allí tiene usted, señor director, que las misamas deletéreas que despiden esas cubas nos asfixian, nos matan.
Nosotros descargamos todo el carbón de piedra que recibe el gobierno, y cargamos con él a los transportes de guerra, y después de esta faena dura y pesada venimos a recibir un alimento deficiente y malo, pues el "rancho" que se nos da puede competir con el que se da en el Valle Nacional: las lentejas, es el nombre; pues se nos da agua y piedras, y tres a cuatro frijoles.
Hace más de dos años que no se nos da ropa interior, y los palos son aquí el plato del día; y lo matan a uno a palos sin que a nadie le importe nada, bastando que a uno le encuentren media botella de aguardiente, no obstante que aquí hay cantina pública. Trabaje usted, señor, porque se suprima este comercio, porque es un perjuicio para nosotros; cuando nos emborrachamos, no solamente nos dan de palos y nos meten al calabozo, sino que perdemos nuestra libertad preparatoria.
Haga usted, señor, por que se supriman la cantina y los palos, pues los capataces son todos sanguinarios; que el garrote y nervio de toro que se usa, no les sirva nada más que para defenderse, en vez de utilizarlo, como lo hacen, en golpear a los hombres borrachos e indefensos.

(Citado por M. J. Aguirre, *op. cit.*)

el latifundismo nacional. La ley de 1883 creó compañías deslindadoras que recibieron en pago de sus trabajos la tercera parte de las tierras deslindadas. Las cifras que da Silva Herzog son suficientemente elocuentes en lo que respecta a este proceso de entrega de tierras a compañías yanquis: Cía. Richarson, 300.000 Ha.; Colorado River Land Co., 325.000 Ha.; The Palomas Land Co., 776.938 Ha.; L. Bocker, 35.000 Ha.; E. P. Fulker, 230.000 Ha.; H. G. Barret, 105.000 Ha.; The Chihuahua Timber Land Co., 125.000 Ha. La extensión deslindada total desde 1883 a 1900 fue aproximadamente de 42 millones de hectáreas, de las cuales 19 millones quedaron en poder de estas compañías. Gran parte de las tierras deslindadas restantes fueron vendidas a precios bajísimos.

Un cuestionario realizado en esa época por el ministro de Hacienda con el objeto de conocer la situación de los campesinos hacía, entre otras, la siguiente pregunta a los latifundistas: "¿Cuáles son los precios de los sueldos y jornales que pagan los agricultores en la demarcación señalada?" A ella los terratenientes de Aguascalientes respondieron: "El precio común de un jornal es de un real diario y ración semanaria de dos almudes de maíz para los peones adultos acomodados. Se les pasa además casa y leña gratis, y en el tiempo de la siembra, la tierra, las semillas y la yunta para sembrar por su cuenta un almud de maíz y medio almud de frijoles, los que quieran agregarlo a su cuenta". En realidad varios de los elementos que se le daban al trabajador no era gratis sino que pasaban a formar parte de su deuda con la tienda de raya.

En Yucatán los latifundistas contestaron: "La población es pacífica y laboriosa en lo general; sólo los indios participan de la indolencia, que es general en su raza; pero merced al sistema de trabajo establecido en el Estado esta inclinación está considerablemente neutralizada por



Benito Juárez. Las reformas llevadas a cabo durante su gobierno no vulneraron la gran propiedad agraria, sino que, por el contrario, aumentaron la concentración de la tierra y consolidaron la estructura existente.

"Obreros, escuchad: van a ser vuestros brazos los que empuñen el fusil reivindicador, vais a ser la espina dorsal de ese gigante de mil cabezas que se llama insurrección; vais a ser el músculo de la voluntad nacional convertida en fuerza." Ricardo Flores Magón en "Regeneración", 1910.

el interés y la vigilancia de los patrones de que depende. Este sistema seguirá produciendo benéficos resultados si al paso que se reforma, según los principios filantrópicos de la época, procuramos conservarnos distantes de las exageraciones de los utopistas, que para desquiciar a la sociedad han aparentado muchas veces una falsa indignación contra nuestro sistema de patronato, que así podemos llamar con propiedad el conjunto de relaciones que ligan a los peones de las fincas rústicas con sus patrones [...]. Las horas de trabajo corren de las 6 de la mañana a las 5 de la tarde, con intermedios para almorzar y comer [...]. El jornal en el campo varía de 18 a 37 centavos al día, calculando el valor de las prestaciones por el precio en el mercado".

Lo que los latifundistas no decían era que esas tierras eran usurpadas y que sus reales dueños eran los indios, a quienes o habían asesinado o habían expulsado violentamente de sus tierras ayudados por el cura o el cacique y sus policías rurares para arrojarlos a inmundos jacales, donde debían sobrevivir en medio de la miseria más absoluta.

Algunas comunidades no quisieron morir lentamente y enfrentaron a sus despojadores. Fue el caso de la guerra yaqui, que alcanzó su culminación entre 1875 y 1887. Los indios, encabezados por su cacique Cajeme y luego por Tetabiate, combatieron heroicamente, pero no pudieron impedir que sus tierras de algodonales y caña de Sonora les fueran arrebatadas por los hacendados mexicanos y extranjeros y que se los deportara a Yucatán para trabajar como esclavos en el henequén. Fueron trasladados a las tierras de los mayas, los cuales, a su vez, también desposeídos de sus henequenes, fueron embarcados como esclavos hacia Cuba para trabajar en la caña.

No mejor fue la situación de los mineros. El salario y las jornadas eran similares a la de los campesinos. Pero se produce un cambio fundamental en la industria minera. Porfirio Díaz dicta para el desarrollo de la minería una ley que otorga concesiones y privilegios a las compañías inversoras. En 1890 ya se han instalado en el país "Mexican Cooper Company", "Mexican Investment", "Camarones Cooper", "Santa Luisa Cooper", "Cayllema Silver Minning" y "Tamuel Nitrate Company".

El ejercicio de la huelga y el desarrollo del sindicalismo

Es en los años del porfirismo, en 1881 y 1885, cuando los mineros comienzan a utilizar el nuevo medio de lucha: la huelga. La primera se produjo en "Pinos Altos", Chihuahua, ante el intento de la empresa de pagar el salario mitad en dinero y mitad en vales, y por quincena y no por semana, como se acostumbraba. La presencia del juez con una escolta y la amenaza de los empleados armados, que apuntaron con sus rifles a los huelguistas, provocó la reacción de éstos, que desarmaron a la escolta y tomaron la tienda de raya y las oficinas de la empresa minera. Se produjo entonces un tiroteo, en el cual murió el encargado del comercio, John Buchan Hapbum. Al día siguiente un piquete de soldados fusiló a cuatro obreros acusados de ser los dirigentes de la huelga. Ellos fueron las primeras víctimas del movimiento obrero en América.

En 1888 se llevó a cabo en Sonora una movilización de los mineros de la "Trinidad Limited Co." con el objeto de pedir mejores salarios. El gobernador del estado ordenó entonces el envío de hombres armados y los mineros tuvieron que volver al trabajo. Ese mismo año también fracasó en el estado de Jalisco la huelga de los mineros de la

"Compañía Minera de Jalisco, S.A.", con casa matriz en Nueva York.

Junto con la entrada de capitales extranjeros se produjo también el ingreso de trabajadores norteamericanos, que ocuparon los puestos mejor remunerados, en competencia con la mano de obra mexicana. Esta situación fue causa de una serie de huelgas entre los mineros que hizo crisis con Cananea.

Los ferrocarriles constituyeron una vía de penetración típica de los capitales extranjeros en toda América Latina. En México, hasta el gobierno de Díaz se habían construido 578 Km. de vías férreas, cuando su gobierno cayó se habían superado los 20.000 Km. (la cifra actual es de 23.600 Km.). Fueron compañías inglesas y norteamericanas las que las construyeron y gozaron de sus beneficios en función de sus intereses económicos en la extracción de materias primas, puso en contacto a los mexicanos con las luchas de los trabajadores ferroviarios de los Estados Unidos, organizados en la "Industrial Workers of de World" y entre quienes predominaban las ideas anarquistas de Bakunin y Kropotkin. Bajo esa influencia los trabajadores mexicanos fundaron la Sociedad de Ferrocarrileros Mexicanos (1887), la Hermandad de Ferrocarrileros, en Monterrey (1898), la Unión de Mexicanos de Puebla, La Unión de Caldereros y La Fraternidad de Trenistas, en ciudad México. En 1904 se crea la Confederación de Ferrocarrileros de la República Mexicana, en contacto con la Gran Liga de Trabajadores Ferrocarrileros de los Estados Unidos, y se comienza a luchar por la jornada de ocho horas, por el aumento de los salarios, por la legislación social, por la supresión de la tienda de raya, por la ocupación de mano de obra mexicana.

Estamos ya ante la presencia de una organización que ha dejado de lado el cooperativismo y que se abre paso hacia el sindicalismo, hacia la constitución del movimiento obrero. El Círculo de Obreros, en el que se habían reflejado distintas tendencias, había manifestado al poco tiempo de su fundación disensiones profundas cuando un grupo, apañado por Díaz, comenzó a prestarle su colaboración, culminando con el apoyo a su candidatura en 1881. El Gran Círculo ya no representaba los intereses de los trabajadores sino del gobierno a través de algunos individuos que habían copado su dirección y que fundaron el *Periódico Oficial del Gran Círculo Nacional de Obreros*, eliminando en los hechos a *El Socialista.*

Francisco de Paula González y otros trabajadores denunciaron y desconocieron a estos supuestos representantes obreros y lanzaron un manifiesto en *El Socialista* convocando a un Congreso Obrero. Este dio su apoyo a un candidato de la oposición a Díaz. Fue la ruptura con la abstención política de los obreros.

Pero tanto el Gran Círculo como el Congreso Obrero tenían sus días contados. Al poco tiempo desaparecieron a raíz de la represión y de la falta de una política que respondiera a la dictadura con nuevos métodos de lucha.

Hacia 1880 también se realizaron inversiones extranjeras en la industria: en primer lugar en la textil y en segundo en la alimenticia (aceites, aguardientes, harina). La primera se concentraba fundamentalmente en Puebla, Jalisco, el Distrito Federal y Querétaro. Por entonces el número de obrajes era de 728 y en ellos trabajaban 7.492 operarios. La producción total se completaba con la realizada en fábricas.

El Club Industrial de Puebla, en respuesta a la encuesta anteriormente mencionada, había afirmado: "El estado de moralidad de nuestra población industrial es excelente, debido a la vez a la que profesan los dueños de los establecimientos, que, habiendo tomado por modelo la justa y prudente administración que nos legó el fundador de la industria mexicana, el señor don Esteban de Antuñana, de feliz memoria para Puebla, hemos conseguido ilustrarla sin que las ideas comunistas, subversivas de todo orden y de toda justicia, hayan penetrado en ella, como por desgracia viene sucediendo en Europa, los Estados Unidos y en algunos de nuestros estados".

Los trabajadores respondieron en *El Hijo del Trabajo.* Ahí afirmaban que sólo lograban trabajo si eran "buenos cristianos" y que "de su raya semanal se les descontaba dos reales para la Sociedad Católica; un real para el atrio del Sagrario de la Catedral; un real y medio para el mes de María; un real y medio para el de San José; medio real para la misa de la capilla de la fábrica; medio real para las necesidades de la Iglesia; medio y cuartilla para el Santo Sepulcro y tres reales por estar suscriptos a periódicos que defienden la religión". Se realizaban también otros cobros "para la redención de cautivos y las siete cofradías a que debían pertenecer los obreros", además de los anticipos, sobre los que se les cobraba el 25 %.

Paralelamente a la organización de los ferroviarios comenzaron a agruparse los trabajadores de la industria textil en los estados de Tlaxcala, Puebla y Veracruz, donde se encontraban las empresas más fuertes, controladas por los yanquis. Fue precisamente en estas concentraciones donde durante el porfiriato se llevó a cabo la lucha más importante.

La consolidación de las inversiones imperialistas permitió el surgimiento de la industria moderna y del proletariado como clase. Se dejó entonces de lado la organización mutualista para pasar a las sociedades de resistencia, influidas por el anarquismo y el socialismo y en contacto con organizaciones afines de los Estados Unidos.

La última década del porfiriato y el movimiento obrero

¡No Vayas



Hacia fin de siglo y principios del XX una serie de huelgas ensombrecen la "paz" porfiriana. Las cárceles, las mazmorras, las torturas, el destierro y los trabajos forzados no pudieron impedir que los obreros de las fábricas de hilados y tejidos de Río Blanco se negaran a trabajar horas extras en forma gratuita ni que posteriormente se declarara nuevamente en huelga ante la imposición de la presencia de un capataz traído desde las fábricas de Puebla.

La prohibición a la asociación no amilanó, por su parte, a los liberales. En 1899 fundaron el Círculo Liberal Ponciano Arriaga, en San Luis Potosí, y enarbolaron las banderas de la Reforma y la figura de Benito Juárez. Intensificaron también la agitación política a través de clubes que se extendieron por todo el país. Allí hicieron su aprendizaje político los futuros reorganizadores del movimiento anarquista, como Ricardo y Enrique Flores Magón, Librado Rivero, Praxedis Guerrero, Juan Sarabia, Antonio Soto Díaz y Gama, Esteban Baca Calderón.

En 1900 aparece *Regeneración*, donde se ataca al régimen y se denuncia la inmoralidad de los jueces a través de análisis de juicios penales o civiles. Al incorporarse al periódico, Ricardo Flores Magón cambia la técnica de *Regeneración* y lo transforma en un periódico combativo que enaltece la obra de Benito Juárez y del Partido Liberal. Introduce modificaciones también con respecto al liberalismo clásico, pues no se limita a atacar a la Iglesia, sino a señalar también la alianza entre ésta y el régimen de Díaz. Estrechamente consustanciado con la realidad indígena, pues había nacido en una comunidad oaxaqueña, se alejará del planteo liberal, que defendía la propiedad privada, y

al Gringo!



El gobierno porfirista defendió los intereses de un grupo privilegiado de hacendados y propietarios de minas y permitio la entrada al país de capitales extranjeros, en especial norteamericanos. El grabado de Posada refleja la toma de conciencia nacional frente a la penetración imperialista.

Fragmentos de artículos de Ricardo Flores Magón en "Regeneración" (1910)

Obreros, escuchad: Muy pronto quedará rota la infame paz que por más de treinta años hemos sufrido los mexicanos. La calma del momento contiene en potencia la insurrección del mañana. La revolución es la consecuencia lógica de los mil hechos que han constituido el despotismo que ahora vemos en agonía [. . .] vais a ser vosotros, obreros, la fuerza de esa revolución. Van a ser vuestros brazos los que empuñen el fusil reivindicador [. . .] vais a ser la espina dorsal de ese gigante de mil cabezas que se llama insurrección, vais a ser el músculo de la voluntad nacional convertida en fuerza.
Obreros, amigos míos, escuchad: es preciso, es urgente que llevéis a la revolución que se acerca la conciencia de la época. [. . .] De lo contrario, la revolución que con cariño vemos incubarse en nada diferirá de las ya casi olvidadas revueltas fomentadas por la burguesía y dirigidas por el caudillaje militaresco, en las cuales no jugasteis el papel heroico de propulsores conscientes, sino el nada airoso de carne de cañón.
[. . .] La revolución es inminente: ni el Gobierno ni los oposicionistas podrán detenerla [. . .] una sociedad revolucionaria cae obedeciendo leyes sociológicas incontrastables.
[. . .] Así pues, si vais a la revolución con el propósito de derribar el despotismo de Porfirio Díaz, cosa que lograréis indudablemente, porque el triunfo es seguro, si os va bien después del triunfo, obtendréis un Gobierno que ponga en vigor la Constitución de 1857, y, con ello, habréis adquirido, al menos por escrito, vuestra libertad política; pero en la práctica seguiréis siendo tan esclavos como hoy, y como hoy sólo tendréis un derecho el de reventar de miseria.



Una viñeta de la época recuerda el más importante hecho económico de ese momento: el auge de los monopolios.

propondrá la destrucción de la burguesía y del gobierno y la vuelta a la forma de producción asociada y libre de los indígenas, mantenida a través de los siglos. La apropiación de las fábricas y talleres por los trabajadores, conjuntamente con las formas colectivas de producción, serían, según Flores Magón, el punto de partida de la revolución social. En contacto con grupos de la I.W.W., durante su exilio en los Estados Unidos, Flores Magón evolucionó hacia el anarcosindicalismo. La I.W.W., que había surgido como reacción contra el sindicalismo de oficio, vio en la acción directa la única forma de alcanzar el poder. Planteó la necesidad del socialismo y de que la sociedad socialista debía "crearse dentro de la cáscara de la vieja" por obra del sindicalismo industrial. Flores Magón plantea entonces que la única forma de abolir la injusticia social es la supresión del estado a través de la acción de las clases trabajadoras. Su firme actitud combativa le dio un enorme prestigio en algunos sectores obreros, en momentos en que éstos se reorganizaban. Pronto la dictadura prohibió sus publicaciones y los dirigentes liberales fueron encarcelados.

El descontento crecía y *Regeneración* reaparece en los Estados Unidos, donde además de Flores Magón se habían refugiado algunos liberales. Estos elaboran en 1906 en Saint Louis (Missouri) un programa de reformas económicas, sociales y políticas de acuerdo con las demandas de los trabajadores. El manifiesto, dirigido al pueblo, señala el paso de la propaganda teórica a la acción armada de tipo insurreccional. Los planteos del programa no se dirigían contra la propiedad privada sino que le exigían que cumpliera una función social. Acorde con esto el estado debía repartir las tierras no cultivadas de los grandes latifundios, restituir los ejidos y fomentar la producción industrial.

Se pedía también la nulidad de las deudas de los jornaleros del campo y medieros y el pago del salario en dinero, la abolición de la tienda de raya, la implantación de la jornada de ocho horas, el salario mínimo, la reglamentación del trabajo a domicilio y del servicio doméstico, la protección del trabajador mexicano con respecto a los extranjeros, la protección a la raza indígena y la legislación obrera y rural. Políticamente oponían a la dictadura el régimen de los gobiernos populares y reivindicaciones democráticas como la libertad de sufragio y la reelección continuada, la supresión de los jefes políticos y del caciquismo, la libertad de pensamiento y de prensa, la supresión de la justicia militar y la enseñanza laica. El programa señala un proceso de radicalización y ruptura con el liberalismo tradicional.

Un año antes, en 1905, llega a Cananea Baca Calderón, quien entra como carrero en la fundición de metales, y al poco tiempo pasa a trabajar en la mina de Oversight. En Buenavista *Regeneración* tenía algunos lectores clandestinos. Con ellos Baca Calderón se dio a la tarea de organizar políticamente una "sociedad secreta", y el 16 de enero de 1906 quince personas constituyeron la Unión Liberal Humanidad, con Manuel Diéguez como presidente y Baca Calderón como secretario. En abril expandieron su actividad (en Ronquillo y Mesa Grande) y en distintos sectores sociales organizaron el Club Liberal de Cananea.

Con motivo de la conmemoración del 5 de mayo de 1862 (fecha en que los mexicanos derrotaron al ejército francés), la "Unión Liberal" se constituye en Junta Patriótica y Baca Calderón exhorta a los mineros a "precipitar los acontecimientos" mediante "una lucha honrada, leal y enérgica" para que puedan ejercer el derecho de gobernar el país y enseñarle al capitalismo que no eran "bestias de carga". Al tiempo que el *Centenario,* semanario de Cananea, llama a los mineros a organizarse para la acción, en el resto del país la agitación periodística contra el régimen se multiplica en *El Hijo del Ahuizote, La Linterna, El Diario del Hogar, Revolución, La Humanidad* y *Regeneración.*

El porfirismo entra en su etapa crítica. El movimiento obrero anuncia la revolución.

La huelga de Cananea

En Cananea "la huelga brotó de súbito, en la Mina Oversight, al oponerse los trabajadores del pueblo a las tres de la mañana a entrar a sus labores, como una protesta contra la orden de la empresa de trabajar en el arranque de minerales, bajo las direcciones de los contratistas". Así narra Baca Calderón el inicio de esta huelga organizada que tendía a sindicalizar a los mineros del país en pro de sus demandas.

Ante esto las fuerzas gubernamentales y represivas del municipio y del estado se aliaron a la empresa y enfrentaron a los mineros del cobre.

Luego del primer encuentro, en que los mineros logran el cese de todo el trabajo y una columna toma las dependencias de la empresa, el presidente de la Cananea Mr. Greene, gozando de impunidad absoluta, logra que las fuerzas federales, el cuerpo de rurales y las guardias fiscales, avalados por el régimen porfirista, sean "autorizadas para obrar como sea necesario" y con "toda energía".

Otra columna de manifestantes, "con sus heridos y muertos a la cabeza" y portando banderas y carteles, se dirige en demanda de justicia al Palacio Municipal. En ese momento los escoltas de Mr. Greene y Mr. Dwight abren fuego sobre los obreros. Caen seis, entre ellos un chico de once años. Los mineros protestan y se defienden con las piedras que encuentran a su alcance, mientras un grupo toma por asalto un montepío hacién-

Contestación del presidente de la Cananea Consolidated Copper Company, Mr. William Cornell Greene, a los delegados obreros

Cananea, Sonora, México, 1º de junio de 1906.

Al comité de huelguistas:

Con verdadera sorpresa y profundo pesar me he enterado de la comunicación de ustedes, de esta fecha, la que me parece enteramente infundada e instigada tan solo por personas cuyo interés personal es del todo ajeno a la prosperidad y bienestar de los obreros de este mineral.

Me manifiestan ustedes que en perjuicio de sus propios intereses, y en contra de su decoro personal han servido a la compañía que presido. No comprendo cómo pueda perjudicar sus intereses y lastimar en lo más mínimo su decoro personal.

Durante los años que he explotado e investigado minas en la República Mexicana, y particularmente en el Estado de Sonora, he tenido el gusto y la satisfacción de pagar a los mineros mexicanos que he empleado mejores sueldos que los que perciben en cualquiera otra negociación de importancia en el país.

Ustedes muy bien saben que esta empresa ha recibido varias indicaciones quejándose de los altos sueldos que se pagan en este mineral y suplicándonos a la vez, que los reduzcamos, lo que siempre hemos rehusado, teniendo como tengo mucho orgullo y satisfacción personal por el bienestar y prosperidad de Cananea.

He trabajado al lado de ustedes por espacio de veinte años y con ustedes he trabajado con el pico y el martillo, en las minas y en la montañas, y tengo la convicción que todos los operarios que he ocupado en las minas que he tenido el gusto de explotar han estado del todo contentos y satisfechos, toda vez que mi ahinco ha sido tratarlos siempre con toda equidad y justicia de hombre a hombre.

Me manifiestan ustedes que tenía en proyecto un contrato para la extracción de metales en "Oversight", en virtud del cual muchos de los mineros quedarían sin trabajo. ¿Cómo puede ser eso creíble? Una de las grandes dificultades con que hemos tropezado en Cananea ha sido la imposibilidad de conseguir obreros competentes para explotar minas y fundiciones de la compañía en la escala que deseamos. ¿A quién puede perjudicar que se diera contrato para la extracción de metales? Tenemos muchos contratistas mexicanos en Cananea, hombres que son honrados, industriosos y competentes, que en la actualidad están obteniendo muy buenos ingresos por su trabajo y sosteniendo a sus familiares con desahogo. Siempre he considerado que ningún peligro puede sobrevenirle a un hombre trabajador que tome un contrato cualquiera por determinado trabajo, que en virtud de su inteligencia, industria y perseverancia, está en virtud de obtener mejores resultados que aquel individuo holgazán e incompetente, que, no deseando trabajar, se queja constantemente de que sus compañeros reciben mejores sueldos.

Nuestras minas de Cananea contienen una gran cantidad de metales de baja ley. Estamos tratando de explotarlos en tan grande escala que indudablemente ocuparemos un número considerable de operarios, dándoles así oportunidad de sostener a su familia.

No hay razón posible que en justicia pueda impedir a la compañía a dar contratos, si así lo desea, para determinados trabajos que le convengan se lleven a cabo.

Ustedes solicitan que, de hoy en adelante, se les aumente a los mexicanos en general un peso más en los sueldos que hasta hoy han percibido. La escala de sueldos pagados en la actualidad en Cananea es como sigue:

A los mexicanos que trabajan en las minas, $ 3,00; a los operarios conduciendo carros con picos y palas, $ 3.00; en las fundiciones, a los operarios peones, $ 3.00 y en otros ramos estamos pagando $ 3,50 a $ 8,00 según el trabajo.

¿Dónde en la República Mexicana, fuera de Cananea, pueden percibir iguales sueldos?

dose de rifles, pistolas y cartuchos. La población, amotinada frente al Palacio, pide armas. El grupo armado hace retroceder a los agresores y la justicia, del lado de la empresa, encarcela a los ciudadanos que solicitan armas para defender al pueblo. La lucha se generaliza entre los obreros mal armados y los escoltas, que disparan con balas Dun-Dun (prohibidas en todos los ejércitos del mundo por su alto poder destructivo). A la hora el intenso combate dejó diez muertos y diecisiete heridos.

El segundo día de lucha mostró que el imperialismo no sólo invertía capitales y superexplotaba a los obreros mexicanos. Esa mañana el capitán Rynning envió al gobernador de Arizona un telegrama cuyo texto decía: "Por súplica del gobernador Izábal, Sonora, 275 voluntarios partirán a proteger los intereses americanos en Cananea". La "política del garrote" anunciaba su presencia en México. Los *rangers*, amparados por el Departamento de Estado, entran en territorio mexicano y, en lucha desigual, reprimen violentamente a los huelguistas. Más de cien mineros son encarcelados; otros, asesinados por los *rangers* apostados con francotirados en algunos edificios. Los dirigentes Baca Calderón y Diéguez son condenados a quince años de prisión en San Juan de Ulúa, una de las mazmorras más inhumanas del régimen.

A pesar de la derrota, la movilización de Cananea sirvió para mostrar a los obreros mexicanos que la dictadura podía ser vulnerada por una fuerza organizada. La prensa oficial intentó acallar estos hechos sangrientos, pero la oposición, sin temer a la represión, se encargó de hacerlos conocer en todo el país.

La huelga de Río Blanco

La propaganda de los liberales encontró eco entre los

Es del todo imposible aumentar los salarios sobre su nivel actual, bajo las condiciones que existen en este mineral y poder trabajar las minas en tan grande escala en lo que estamos haciendo, empleando como empleamos, un número considerable de operarios, pues el resultado natural sería que nos veríamos obligados a suspender la explotación de las minas, y en consecuencia, el gran número de empleados destinados con buenos sueldos, se verían obligados a aceptar sueldos más bajos en otros puntos del país y las minas de Cananea permanecerían inactivas como habían estado anteriormente. Por estar razones, claramente verán ustedes que es del todo imposible pagarles un peso más a cada uno de los operarios, como lo piden.

Con relación al número de horas que deberá constituir un día de trabajo, esto se rige enteramente por las condiciones bajo las cuales trabaja el operario. Cuando las condiciones de determinada operación son en parte severas, "sucede con frecuencia que ocho horas constituyen un día de trabajo, mientras en otros departamentos, donde las condiciones son mejores y el trabajo es más sencillo, de diez a doce horas deberán constituir un día de trabajo".

En cuanto a la designación de capataces o jefes, es del todo indispensable que la compañía escoja las personas que deberán dirigir sus operaciones, siendo este un derecho indiscutible de todas aquellas personas quienes por medio de una gran inversión de capital y por el trabajo de muchos años llegan a desarrollar una empresa manufacturera que ocupa tantos operarios como en la de Cananea.

He hecho y estoy haciendo todo lo posible para mejorar las condiciones de los trabajadores y, contrariamente a las prácticas de muchas otras compañías, no se les ha impuesto obligación alguna de que compren sus mercancías en la tienda de la compañía. Por espacio de dos años hemos estado rebajando los precios de los artículos que más necesitan, al grado de que ya en la actualidad están ustedes obteniendo harina, azúcar, café, manteca, carne y otros varios artículos de primera necesidad, un treinta por ciento menos que hace dos años, y "en todo caso", muchos más baratos que en cualquier otro mineral de la República.

Hemos invertido una suma considerable para traer agua buena al alcance de ustedes; en la construcción de caminos y veredas; en el saneamiento, escuelas, dándoles la protección de un servicio de policía y de otras muchas maneras, y hasta hoy, que ha empezado la actual agitación, todos hemos trabajado juntos en la más completa armonía y todos estaban satisfechos con las condiciones que existían en Cananea Muchos de ustedes, con el resultado de sus labores estaban construyendo casas confortables. Muchos de ustedes estaban ahorrando dinero depositándolo en el banco, y no creo que haya uno solo de ustedes que haya estado empleado en la compañía, después de pensar en los otros minerales en donde haya trabajado, que no diga: Que nunca en su vida ha estado mejor pagado por el trabajo que ha hecho, que nunca ha trabajado para una compañía que haya gastado tanto para proveerles de agua buena, de un servicio público completo y de una vida desahogada como la que ha encontrado en Cananea.

Estando verdaderamente interesado por todos los empleados de la compañía de Cananea, puedo asegurar a ese Comité y a todos los trabajadores de Cananea que constantemente emplearé todas mis energías para mejorar las condiciones de todos los trabajadores de Cananea, en la fundada esperanza de que en lo sucesivo, como hasta ahora, todos los empleados de C.C.C.C. (Cananea Consolidated Copper Company) trabajarán juntos para hacer de Cananea el mineral más importante de la República y que todas las intrigas y exposiciones falaces que han estado haciendo aventureros sin conciencia y mala fe, que no les importa nada la prosperidad e intereses de Cananea, como de sus mineros, serán del todo desechadas.

De ustedes afmo. y S.S. Williams C. Greene, presidente de la "Cananea Consolidated Cooper Company".

Las huelgas de Cananea y Río Blanco fueron reprimidas encarnizadamente y los dirigentes principales cayeron asesinados. Sin embargo, demostraron la posibilidad de derrocar a la dictadura porfirista a través de la lucha armada. En 1910 los hechos confirmarían esa posibilidad.

Fundamentación del memorándum de los obreros de Cananea

Señor presidente de la Cananea Consolidated Copper Company S. A.:
Los que suscribimos, delegados designados por los mineros mexicanos para representarlos ante Ud., manifestamos que, con menoscabo de nuestros intereses y nuestro decoro personal, hemos servido a la compañía que usted preside, porque nunca hemos encontrado estímulo ni bases de equidad en el sueldo asignado a los mexicanos.
Con verdadera pena comunicamos a usted que dos mayordomos de la misma "Oversight" recibieron un contrato para la extracción de metal, y en consecuencia muchos de nuestros compatriotas se quedarán sin trabajo; por tal motivo los mineros mexicanos han decidido no trabajar más en las condiciones en que hasta hoy han servido.
Es preciso, urgente, que sean únicamente los trabajadores quienes sirvan de árbitros en los destinos de los obreros mexicanos; en bien de la justicia, creemos que es muy conveniente que también los mexicanos tengan jefes entre sus mismos compatriotas, escogidos con atingencia a fin de garantizar nuestro porvenir.
El pueblo minero ha demostrado siempre su amor al trabajo, porque así se ha educado; pero las aspiraciones de ese pueblo, en el orden actual, se han encaminado a la muerte, porque como "no existe equidad en la distribución de sueldos, los extranjeros tienen la preferencia", y ese pueblo amante del trabajo, en condiciones de dignidad, daría mejores utilidades a la compañía.
Deseamos, pues, que se utilice la inteligencia de los mexicanos y se mejore la organización a que están sujetos.
Desde luego proponemos a usted, que "a todos los mexicanos en general, se les pague un peso más sobre el sueldo que han disfrutado". Nosotros creemos que son muy justas nuestras pretensiones y que si la compañía accede a nuestras peticiones nada perderá en sus intereses y el beneficio que resulte de su liberalidad será de gran significación para esta ciudad. Esta proposición beneficiará también a los mexicanos que ganan más de $ 3.00 al día.
No debemos emitir otra consideración de orden superior; si a los mexicanos se les otorgara justicia en el caso que nos ocupa, ocho horas serían suficientes para que el trabajo rinda tanto o más productos que los que hasta hoy se han obtenido; y, por otra parte, serán un beneficio que los "pueblos" de día disfruten de más libertad.
Respecto a los señores mayordomos que con su conducta originaron la presente manifestación, nada pedimos contra ellos; pero consideramos que usted hará cumplida justicia.

(Citado por M. J. Aguirre en *Cananea*. México, Libro Mex Editores, 1958.)

obreros textiles. En Río Blanco (Veracruz) se organizó el Gran Círculo de Obreros Libres, que formalmente adoptó el programa del mutualismo pero que secretamente siguió los principios del Partido Liberal, con el que mantuvo relaciones clandestinas. A través de su periódico *Revolución Social* el círculo publicó artículos de abierta oposición al régimen durante una campaña proselitista que le permitió organizar círculos en Tlaxcala, Puebla, Jalisco, Veracruz, Oaxaca y Querétaro.
La prensa revolucionaria y la organización obrera acrecentaron el pánico entre los industriales. La Asociación Patronal de Puebla expidió un Reglamento prohibiendo la asociación bajo amenaza de despido. Pero los obreros desafían a la patronal y al régimen y, encabezados por los de Río Blanco, inician una ola de protestas que se generaliza a las demás factorías. Las voces obreras se escuchan en improvisados discursos agitativos: "México ha tenido sólo dos revoluciones: Independencia y Reforma; hoy se inicia la tercera con este conflicto: Dinero y Trabajo".
La patronal responde con el cierre de las fábricas. Inmediatamente los obreros se organizan para obtener créditos en el comercio, pues las tiendas de raya se las negaban, y plantear sus demandas reivindicativas al gobierno.

El arbitraje de Porfirio Díaz ordena volver al trabajo el día 7 de enero de 1907. El citado día dice Silva Herzog— "en Río Blanco los obreros no entraron a la fábrica. Se presentaron frente a las puertas para impedir que alguno entrara. Los dependientes de la tienda de raya se hicieron de palabras con un grupo de obreros. Menudearon las injurias y sonó un tiro. Un obrero cayó muerto. Alguno de los dependientes había disparado su pistola. La muchedumbre se arrojó sobre la tienda y, después de saquearla, la incendió. La muchedumbre, indignada y rabio-

Gran Congreso Obrero de la Republica Mexicana.

Cada día se hace más necesaria la instrucción en el obrero, instrucción fácil de obtenerse en la actualidad sin gasto alguno, debido á que el I. Ayuntamiento tiene establecidas nueve escuelas nocturnas para adultos, donde gratuitamente se dan clases de lectura, escritura, gramática, aritmética, dibujo lineal, de ornato y natural, geografía, inglés y algunas otras. Verdaderamente lamentable fué el abandono en que en épocas anteriores estuvo la instrucción pública; pero ese abandono obedeció al estado de guerra y desorden en que se hallaba la Nación y á la pobreza del Gobierno y del Ayuntamiento de esta Capital. Al desaparecer ese estado anormal, el Gobierno y el Ayuntamiento, con un celo que nunca será bien elogiado, fijaron su atención en elemento tan necesario para el progreso del pueblo, é inmediatamente procedieron á multiplicar las escuelas, dotándolas de cuanto exigen los métodos modernos de enseñanza. El empeño de difundir la instrucción dió por resultado la ley de enseñanza obligatoria, de la que México espera satisfactorios beneficios que la pongan en aptitud de rivalizar con las naciones más civilizadas del mundo en época no lejana. Siendo la clase obrera la más numerosa de las clases sociales, y teniendo, por necesidad, que estar en contacto con todos los avances de la mecánica, de la industria, de las artes, etc., á ella, quizá más que á ninguna otra, le conviene ser instruida, no sólo para saber apreciar y comprender esos avances, sino para inventar, para perfeccionar é impulsar todo aquello que le ahorre trabajo material y le proporcione mayores ganancias. El patriotismo, en épocas de prueba para México, ha puesto las armas en las manos de los obreros y los ha conducido al campo de batalla á defender la integridad y honra nacionales, unas veces, y otras á conquistar principios políticos de gran trascendencia; el mismo patriotismo, hoy que no peligran ni la independencia ni las instituciones políticas, pone en las manos de los obreros el libro y los instrumentos del trabajo para que combatan con el primero la ignorancia y con los segundos la miseria. Es, pues, obligatorio en el obrero obedecer ese mandato, para dar una prueba más de amor á la patria: si el mundo lo conoce como valiente, es necesario que lo admire como civilizado.

El obrero mexicano, después del trabajo ejecutado en el día, tiene algunas horas libres en la noche, horas que pasa, regularmente, en la ociosidad que pocas veces deja de originarle peligros; y ya que en su niñez, por circunstancias de las que quizá no es responsable, no pudo instruirse, debe en su mayor edad aprovechar esas horas de ocio, concurriendo á la escuela nocturna.

El Congreso Obrero, celoso del buen nombre y bienestar de la clase social que representa, por nuestro conducto excita formalmente á los obreros de México á que concurran á las escuelas nocturnas establecidas en la ciudad, y que están situadas en las calles siguientes:

PARA OBRERAS.—Rejas de Balvanera núm. 4.—Directora, Srita. Dolores Herrera.

PARA OBREROS—Núm. 1 Alegría.—Director, Sr. Mariano Olmedo.

Núm. 2 2ª de San Juan núm. 9.—Director, Sr. Francisco Robles.

Núm. 3 Estanco de Mujeres núm. 1 y medio—Director. Sr. Cárlos Acevedo y Girón.

Núm. 4 Plazuela del Arbol núm. 1.—Director. Sr. Pablo Alvarez y Camargo.

Núm. 5 1ª de Guerrero 23.—Director. Sr. Eduardo Fernandez Guerra.

Núm. 6 San Felipe Neri 20 y medio.—Director, Sr. Aurelio M. Oviedo.

Núm. 7 1ª de San Ramón núm. 3.—Director. Sr. J. R. Vallejo.

Núm. 8 2ª de Mesones, 2.—Director, Sr. Andrés Oscoy.

El Congreso Obrero, convencido de que en los Sres. Presidentes de las Sociedades Mutualistas y en los dueños y maestros de talleres tendrá eficaces colaboradores, suplica á los primeros, que ordenen la lectura de esta excitativa en cada sesión, y á los segundos, que fijen en lugar preferente de sus talleres un ejemplar de la misma y hagan la propaganda entre sus operarios, á fin de que los esfuerzos del I. Ayuntamiento por difundir la instrucción entre los obreros no sean estériles.

Unión, Paz y Trabajo.—México, Marzo 13 de 1891.—*Pedro Ordóñez.—J. M. Gonzáles y Gonzálcz.—Carmen Huerta.—J. Victoriano Manzuri.—J. N. Serrano y Domínguez.*

Arriba: Proclama del Gran Congreso Obrero de la República Mexicana. Fechada el 13 de marzo de 1891, denuncia las injusticias laborales y exhorta a los obreros a asistir a las escuelas nocturnas.

Abajo: el enganche obligatorio de los campesinos según un grabado de José Guadalupe Posada.



Artículo 34 del plan orozquista

(25 de marzo de 1912)

34. Para mejorar y enaltecer la situación de la clase obrera se implantarán desde luego las siguientes medidas:
I. Supresión de las tiendas de raya bajo el sistema de vales, libretas o cartas-cuentas.
II. Los jornales de los obreros serán pagados totalmente en dinero efectivo.
III. Se reducirán las horas de trabajo, siendo éstas 10 horas como máximum para los que trabajen a jornal y 12 para los que lo hagan a destajo.
IV. No se permitirá que trabajen en las fábricas niños menores de diez años, y los de esta edad hasta la de diez y seis sólo trabajarán 6 horas.
V. Se procurará el aumento de jornales armonizando los intereses del capital y del trabajo, de manera que no se determine un conflicto económico que entorpezca el progreso industrial del país.
VI. Se exigirá a los propietarios de fábricas que alojen a los obreros en condiciones higiénicas, que garanticen su salud y enaltezcan su condición.

(Citado por Silva Herzog en *Breve historia de la revolución mexicana.* México, FCE, 1960.)

Decreto sobre salario mínimo

(15 de setiembre de 1914)

Eulalio Gutiérrez, general de brigada del Ejército Constitucionalista, gobernador y comandante del Estado de San Luis Potosí [.. .] decreta:
Art. 1. El tipo mínimo del salario para el trabajador en el Estado de San Luis Potosí [. . .] será de $ 0,75 diarios y el tiempo máximo de trabajo será de 9 horas diarias. En las minas el salario mínimo será de $ 1.25 diarios. En los lugares o en las negociaciones o industrias en que se hayan estado pagando salarios mayores que el mínimo que ahora se fija no podrán disminuir aquéllos.
Art., 3. El comercio es libre en el Estado. Quedan prohibidas en absoluto las tiendas de raya [. . .].
Art. 7. Queda absolutamente prohibido poner cualquier género de trabas que de alguna manera dificulten al obrero o trabajador que en todo tiempo pueda cambiar de residencia o simplemente ir a otra parte en busca o aceptación de trabajo.
Art. 9. No son susceptibles de embargo los salarios [. . .]
Art. 12. El Gobierno establecerá en esta ciudad una oficina que se denominará "Departamento del Trabajo" [. . .]. Procurará el mejoramiento de la clase obrera y, muy especialmente que esta ley se haga efectiva [. . .]. Transitorios.
Art. 2. Se concede acción popular para la denuncia de las infracciones a la misma [. . .]

(Citado por Silva Herzog, *op. cit.*)

sa, formada por hombres, mujeres y niños, resolvió marchar rumbo a Orizaba. Muchos de ellos jamás volverían a sus jacales. Una fracción del 12º Regimiento se había apostado en la Curva de Nogales y al aparecer la multitud los soldados dispararon sus armas, una y muchas veces. Cumplían órdenes de su jefe, Rosalío Martínez. No hubo aviso previo de intimación. El saldo: 200 víctimas, entre muertos y heridos. No fue todo. Durante el resto del día y parte de la noche los soldados se ocuparon de cazar a los pequeños grupos de obreros dispersos que huían para tratar de salvarse. La persecución fue encarnizada, innecesaria y brutal. A la mañana siguiente, junto a los escombros de la tienda de raya de Río Blanco, fueron fusilados Rafael Moreno y Manuel Juárez, presidente y secretario del Gran Círculo de Obreros Libres. A otros dirigentes menores se les deportó al lejano e insalubre territorio de Quintana Roo, condenados a trabajos forzados".
Así fue como las masas oprimidas, primero en Cananea, luego en Orizaba, habían vertido su sangre en reclamo de sus derechos, de sus reivindicaciones económicas y políticas: en Cananea exigiendo las ocho horas y atacando al gobierno, en Río Blanco exigiendo nacionalmente el derecho a la organización sindical. Y si bien la clase obrera aún no tenía suficiente peso social, sus movilizaciones se unieron a los continuos reclamos campesinos y llevaron a la radicalización del antagonismo al mostrar la posibilidad de solución a la miseria y opresión: el derrocamiento de la dictadura a través de la única vía posible, la lucha armada.

La revolución de 1910 y el movimiento sindical

La crisis social agudizó la oposición política de la burguesía contra el régimen en momentos en que Porfirio Díaz, en



AÑO IV. MÉXICO.—Domingo 23 de Noviembre de 1879. NUM. 174.

EL HIJO DEL TRABAJO.

PERIODICO DEL PUEBLO.

LA LEY DEL PUEBLO



En la ilustración superior: portada de "El Hijo del Trabajo", periódico obrero. Abajo: Pablo Zierold, fundador del Partido Socialista Obrero y director del diario "El Socialista", pregonero del socialismo científico.

1910. En los últimos meses de su gobierno Porfirio Díaz llega a una fiesta ofrecida por el embajador norteamericano Henry Lane Wilson, a quien se ve a la derecha.

una entrevista realizada por el *Person's Magazine,* expresaba su propósito de llevar a cabo una apertura política y de permitir el surgimiento de un partido de oposición. Sus declaraciones dieron pie al desarrollo de una actividad política revolucionaria que, de hecho, él había propiciado e intentado canalizar hacia la salida electoral.

En este escenario aparece la figura de Francisco Madero en el plano nacional. En su libro *La sucesión presidencial en 1910, el Partido Nacional Democrático* critica respetuosamente al porfirismo y plantea la constitución de un gran partido político que en las próximas elecciones llegara a un acuerdo con Díaz para integrar los cuadros de gobierno y, desde allí, lograra paulatinamente la evolución democrática del país en una especie de continuismo liberalizado que flexibilizara la rígida estructura de poder. Las cuestiones económicas y sociales están soslayadas en su libro, donde sólo menciona al pasar las huelgas de Cananea y Río Blanco. El gran abanderado de la democracia y de la honestidad resuelve la cuestión social desde los confines de la libertad política, diciendo a los obreros: "La libertad servirá para conquistar el pan".

Sus posturas y la de toda la oposición se van radicalizando en el proceso preelectoral a través de la influencia del Partido Liberal, que determinó un cambio en el tipo de enfrentamiento político que se había venido dando hasta ese momento.

Los distintos matices de la oposición se unifican bajo el lema "sufragio efectivo y no reelección". Madero, después de aceptar su candidatura muestra mayor preocupación por los problemas económicos y sociales, aunque los sigue subordinando al desarrollo político. Es que él es la expresión de determinados sectores de una incipiente burguesía que tiene su origen en la estructura tradicional y que, como producto de la política económica del porfirismo, ha logrado un cierto desarrollo capitalista, pero que, por sí sola, no puede desarrollarse en la medida que sus intereses choquen con la oligarquía terrateniente y los del capitalismo externo.

El encarcelamiento de Madero a pocos días de las elecciones y el fraude posterior provocaron la reacción de los diputados antirreeleccionistas en las cámaras y la protesta popular, reprimida por el régimen. La respuesta del maderismo fue el llamado a la insurrección popular, el cual dió inicio al proceso de la revolución mexicana, cuyo motor fue el campesinado y su líder máximo Emiliano Zapata.

Los planes de revolución política del maderismo desbordaron las condiciones objetivas e hicieron que la revolución armada no pudiera ser encauzada sólo hacia el objetivo de democratización de las instituciones. Si bien la dirección maderista no respondió a los anhelos de justicia social, en algunos estados en que se reconoció a Madero, los revolucionarios elaboraron planes referidos a cuestiones económicas y sociales, a las demandas de los obreros y campesinos y a la abolición de los monopolios. Lo prueba el "Plan Político y Social de los Estados de Guerrero, Puebla, Tlaxcala, Michoacán, Campeche y Distrito Federal", que en su punto 1º declaraba: "se aumentarán los jornales a los trabajadores de ambos sexos, tanto del campo como de la ciudad, en relación con los rendimientos del capital; . . . las horas de trabajo no serán menos de ocho ni pasarán de ocho ni pasarán de nueve", y que en el punto 12 expresaba: "las empresas extranjeras establecidas en la República emplearán en sus trabajos la mitad cuando menos de nacionales mexicanos, tanto en los puestos subalternos como en los superiores, con los mismos sueldos, consideraciones y prerrogativas que conceden a sus compatriotas".

En pleno desarrollo de la lucha armada, a pocos días de la toma



Pacto celebrado entre el constitucionalismo y la Casa del Obrero Mundial

(17 de febrero de 1915)

[...] Acordaron suspender la organización gremial sindicalista y entrar en distinta fase de actividad [...]
Art. 2. Los obreros de la Casa del Obrero Mundial, con el fin de acelerar el triunfo de la Revolución constitucionalista e intensificar sus ideales en lo que afecta a las reformas sociales, evitando en lo posible el derramamiento innecesario de sangre, hacen constar la resolución que han tomado de colaborar, de una manera efectiva y práctica, por el triunfo de la Revolución tomando las armas para guarecer las poblaciones que estén en poder del gobierno constitucionalista, ya para combatir a la reacción.

(Citado por Torre Villar, *op. cit.*)

Declaración de Principios de la Confederación de Trabajadores de la Región Mexicana

(Veracruz, 14 de marzo de 1916)

Primero. La Confederación del Trabajo de la Región Mexicana acepta, como principio fundamental de la organización obrera, el de la lucha de clases, y como finalidad suprema para el movimiento proletario, la socialización de los medios de producción.
Segundo. Como procedimiento de lucha contra la clase capitalista, empleará exclusivamente la acción directa, quedando excluida del esfuerzo sindicalista toda clase de acción política, entendiéndose por ésta el hecho de adherirse oficialmente a un gobierno o a un partido o personalidad que aspire al poder gubernativo.
Terceros. A fin de garantizar la absoluta independencia de la Confederación cesará de pertenecer a ella todo aquel de sus miembros que acepte un cargo público de carácter administrativo. [...]
Quinto. Los sindicatos pertenecientes a la Confederación son agrupaciones exclusivamente de resistencia.
(Citado por Silva Herzog, *op. cit.*)

Decreto de Carranza contra los trabajadores

(13 de agosto de 1916)

Que [...] la suspensión del trabajo [...] se convierte en (medio) ilícito desde el momento que se emplea no sólo para servir de presión sobre el industrial, sino para perjudicar directa o indirectamente a la sociedad [...] Que la conducta del sindicato obrero es en el presente caso tanto más antipatriótica y tanto más criminal, cuanto que está determinada por las maniobras de los enemigos del Gobierno. [...]
Art. 1º Se castigará con la PENA DE MUERTE [...]
PRIMERO. A los que inciten a la suspensión del trabajo en las fábricas o empresas destinadas a prestar servicios públicos o la propaguen; a los que presidan las reuniones en que se propaga, discuta o apruebe; a los que la defiendan o sostengan; a los que la aprueben o suscriban; a los que asistan a dichas reuniones o no se separen de ellas tan pronto sepan su objeto, y a los que procuren hacerla efectiva una vez que se hubiera declarado.
SEGUNDO. A los que con motivo de la suspensión de trabajo en las fábricas o empresas mencionadas o en cualquiera otra, y aprovechando los trastornos que ocasiona, o para agravarla o imponerla destruyan o deterioren los efectos de la propiedad de la empresa [...] y a los que provoquen alborotos públicos [...]
TERCERO. A los que con amenazas o por la fuerza impidan que otras personas ejecuten los servicios que prestan los operarios en las empresas contra las que se haya declarado la suspensión del trabajo [...]

(Citado por Torre Villar, *op. cit.*)

de Ciudad Juárez por el maderismo, los tipógrafos constituyen en Casas Grandes una organización de resistencia y pasan a ser el grupo de avanzada. Al poco tiempo, se unen en la "Confederación Nacional de Artes Gráficas" y editan *El Tipógrafo Mercantil*.

Al amparo del régimen liberal el anarcosindicalismo intensifica su prédica ideológica y crea organizaciones sindicales (organizaciones de resistencia de canteros y albañiles, de sastres, de carpinteros, herreros), fortaleciendo al movimiento obrero en su lucha contra el Poder, el Estado y la propiedad privada.

A pesar del triunfo de la Revolución el nuevo gobierno no reconoció legalmente a los sindicatos. El movimiento obrero seguía a merced del ataque patronal que se amparaba en el Código Penal.

No obstante, la influencia de los tipógrafos anarcosindicalistas se extiende a los estados de Sonora, Sinaloa, Guanajuato, Mamaulipas y Yucatán. Obtienen la primera victoria en su lucha contra la empresa La Tipografía Mercantil. En el norte del país los trabajadores se organizan en la Unión Minera Mexicana y en Torreón (Coahuila) surge la Confederación del Trabajo y organizaciones sindicales textiles en Tamaulipas y en la ciudad de Veracruz.

Paralelamente, el clero difunde los principios de la encíclica *Rerum Novarum* y organiza asociaciones de trabajadores que, reunidos en la Gran Dieta de la Confederación Nacional de Círculos Católicos Obreros (1913), postulan aumentos salariales y reducción de la jornada de trabajo, pero sin apelar a la huelga como método para el logro de sus objetivos.

En 1911 el Alemán Pablo Zierold funda el Partido Socialista Obrero, que se organiza siguiendo el modelo del Partido Socialista español. Cupo a él organizar la primera conmemoración del 1º de mayo en México. Editó un periódico, *El Socialista*, que se constituyó en el pregonero de



Francisco Madero. Representante de la incipiente burguesía nacional, polariza y conduce las fuerzas opositoras al porfirismo. Los trabajadores desbordan las directivas maderistas —que tenían como objetivo la democratización de las instituciones burguesas— y se dirigen a otros fines: abolición de los monopolios, mejoras de fondo y sindicalización.

Artículo 123 constitucional (1917)

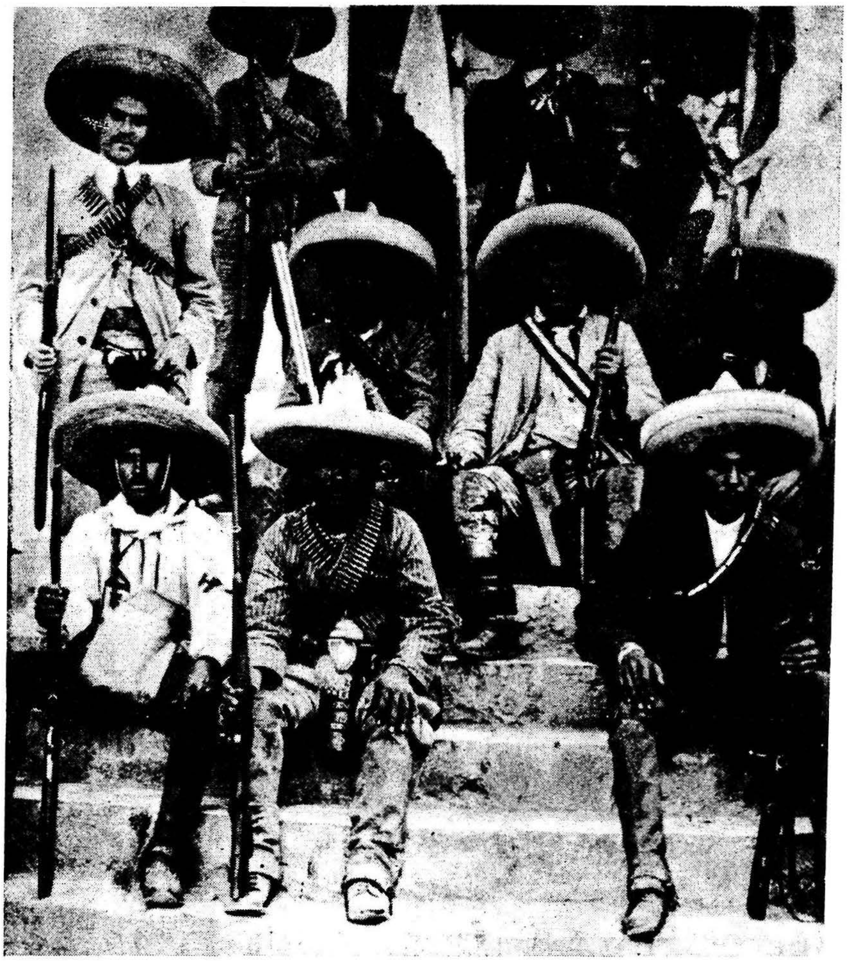
I. La duración de la jornada máxima será de 8 horas.
II. La jornada máxima de trabajo nocturno será de 7 horas. Quedan prohibidas las labores insalubres o peligrosas para las mujeres en general y para los jóvenes menores de dieciséis años. Queda también prohibido a unos y otros el trabajo nocturno industrial [. . .]
III. Los jóvenes mayores de doce años y menores de 16 tendrán como jornada máxima la de 6 horas. El trabajo de los niños menores de doce años no podrá ser objeto de contrato.
IV. Por cada seis días de trabajo deberá disfrutar el operario de un día de descanso, cuando menos.
V. Las mujeres, durante los tres meses anteriores al parto, no desempeñarán trabajos físicos que exijan esfuerzo material considerable. En el mes siguiente al parto disfrutarán forzosamente de descanso. [...]
VI. El salario mínimo [. . .] será el que se considere suficiente, atendiendo las condiciones de cada región [. . .] En toda empresa agrícola, comercial, fabril o minera, los trabajadores tendrán derecho a una participación en las utilidades [. . .]
IX. [. . .] La fijación del salario mínimo [. . .] se hará por comisiones especiales [. . .]
X. El salario deberá pagarse en moneda de curso legal [. . .]
XIV. Los empresarios serán responsables de los accidentes de trabajo y de las enfermedades profesionales [. . .] deberán pagar la indemnización correspondiente [. . .]
XVI. Tanto los obreros como los empresarios tendrán derecho para coaligarse en defensa de sus respectivos intereses, formando sindicatos, asociaciones profesionales, etcétera.
XVII. Las leyes reconocerán como un derecho de los obreros y de los patrones las huelgas y los paros.
XVIII. Las huelgas serán lícitas cuando tengan por objeto conseguir el equilibrio entre los diversos factores de la producción, armonizando los derechos del trabajo con los del capital [. . .]
XXII. El patrono que despida a un obrero sin causa justificada, o por haber ingresado a una asociación o sindicato, o por haber tomado parte en una huelga lícita, estará obligado a cumplir el contrato o a indemnizarlo [. . .]

(Citado por Torre Vilar, *op. cit.*)

los postulados del socialismo científico.
Es a fines de ese año cuando la presión del movimiento obrero lleva al gobierno a la creación de un Departamento del Trabajo, para que arbitre en los conflictos entre el capital y el trabajo. Pero, en realidad, la nueva entidad tuvo como objetivo provocar la división del movimiento obrero, que se había unificado con la creación de la Casa del Obrero Mundial. Organizada por obreros, artesanos y algunos intelectuales anarquistas, esta se dedicó a divulgar el anarquismo a pesar de que nucleaba en su seno a defensores del mutualismo y del socialismo parlamentario. Predominaba la tendencia sindicalista que proclamaba a la huelga como único instrumento de la lucha contra el Gobierno para la instauración del poder sindical. La casa extendió en todo el país la forma organizativa de asociaciones profesionales (mineros, textiles y ferroviarios), las cuales, integradas en Federaciones, formarían Confederaciones Nacionales.

El maderismo, al no profundizar la revolución social, provocó el fortalecimiento del sector más conservador de los revolucionarios. Y esto hace que pronto la contrarrevolución dirigida por Huerta se afiance mientras la revolución campesina sigue su curso propio.

La reacción contaba con un verdadero aliado: el embajador de los Estados Unidos, Henry Lane Wilson, representante de intereses imperialistas (compañías mineras y petroleras) en el norte de México. A través de una política intervencionista logra que el presidente Taft retire el apoyo al gobierno de Madero y que tropas de la infantería de marina norteamericanas desembarquen en Veracruz en momentos en que la cuartelada del 9 de febrero de 1913 daba inicio a la Decena Trágica que acabó con el gobierno de Madero.
El movimiento obrero sufre en este período las continuas hostilidades del régimen huertista. El 1º de mayo 20.000 trabajado-



Dos aspectos de las movilizaciones populares: a través de las guerrillas —arriba— o del movimiento obrero organizado —en la ilustración inferior— la lucha de clases hace sentir su peso en el proceso mexicano.



res, portando cartelones que rezaban: "La Casa del Obrero Mundial exige la jornada de 8 horas y el descanso dominical", recorren las calles de la capital manifestando su oposición al régimen. Pronto se hizo sentir la respuesta del gobierno: veinte dirigentes son puestos en prisión y, los de origen extranjero, expulsados del país.

Pese a esto, la Casa del Obrero Mundial continúa en su abierto ataque al gobierno a través de mitines y manifestaciones, hasta que es clausurada.

La revolución constitucionalista y el movimiento obrero

Al poco tiempo que Carranza unifica las fuerzas de oposición y se levanta en armas contra el régimen se comienza a producir dentro de las filas constitucionales una división político militar; una fracción apoya a Carranza, otra a Villa.

Esto lleva también a la división entre los dirigentes de la Casa del Obrero Mundial: algunos apoyan a Carranza, otros a Villa y otros, como Soto y Gama, representarán a Zapata en la Convención de Aguascalientes.

Con el triunfo de la revolución constitucionalista es reabierta la Casa del Obrero Mundial. Carranza trata de ganarse a la dirección obrera para impulsarla a tomar las armas contra la revolución campesina, al tiempo que trata de dar solución al problema de la tierra para derrocar a Villa, frenar al zapatismo y establecer un nuevo régimen.

La ley del 5 de enero de 1915 da comienzo a la Reforma Agraria. El pacto del 17 de febrero entre la Casa del Obrero Mundial y el ejército constitucionalista sella la política colaboracionista de las direcciones del movimiento obrero con el gobierno de la burguesía. Si bien los obreros y artesanos veían con simpatía a la revolución campesina, no hubo en ningún momento una alianza obrero-campesina que actuara independientemente como alternativa ante la propuesta del poder burgués. Zapata y Villa dejaron en manos de la pequeña burguesía radicalizada la acción de gobierno, pues ni uno ni otro sabían qué hacer con el poder. Cuando Zapata adquiere conciencia de la necesidad de esa alianza es demasiado tarde: ya sus representantes no clasistas de la Convención habían claudicado y entregado el poder político a Carranza.

Pese al pacto con el gobierno el movimiento obrero continuará organizando agrupaciones de resistencia, impulsando huelgas por mejorar salarios, contra el aumento del costo de la vida y por la disminución de la jornada de trabajo (El 31 de julio de 1916 estalla la primera y única huelga general en la historia de México.) La clausura de la Casa del Obrero Mundial hizo que el movimiento obrero se desplazara hacia los estados y que la Federación de Sindicatos Obreros del Distrito Federal dirigida por Morones, convocase a un congreso en Veracruz en marzo de 1916. De este Congreso, el más representativo reunido hasta el momento, surgió la Confederación del Trabajo de la Región Mexicana. Sus resoluciones reafirmaron los principios de la lucha de clases, de la socialización de los medios de producción y, como táctica de lucha, de la acción directa. Es decir, adoptan el sindicalismo revolucionario rechazando la colaboración con el gobierno y derrotando al ala reformista de Morones.

Comenzaba así una nueva etapa de organización del movimiento obrero a través de una central sindical con claros objetivos y finalidades clasistas. Pero la experiencia fracasará a raíz de las persecuciones del gobierno y de la existencia de diversas ideologías en su seno.

Bibliografía

Gastón García Cantú. *El socialismo en México (siglo XIX).* México, ERA, 1969.

Víctor Alba. *Las ideas sociales contemporáneas en México.* México, FCE, 1960.

Roberto de la Cerda Silva. *El movimiento obrero en México.* México, UNAM, 1961.

Manuel J. Aguirre. *Cananea.* México, Libre Mex Editores, 1958.

Rosendo Salazar. *Líderes y sindicatos.* México, Ed. T. C. Modelo, 1953.

Ricardo Flores Magón. *La revolución mexicana.* México, Grijalbo, 1970.

Juan Arcos. *El sindicalismo en América Latina.* Chile, Estudios Sociológicos Latinoamericanos, Nº 12, 1964.

Silva Herzog. *Breve historia de la revolución mexicana.* México, FCE, 1960.

Lenin

Hugo Sacchi

Figura principal del bolchevismo, Lenin impulsó las acciones que darían como resultado la implantación del primer estado obrero del mundo.

Setenta años después del *Manifiesto Comunista*, las ideas y el programa de Marx y Engels encontraron su expresión histórica en el triunfo de la Revolución de 1917. El acontecimiento marca un corte fundamental en la historia del movimiento obrero: surge el primer Estado proletario del mundo. Fue bajo la bandera del bolchevismo, la doctrina construida por Lenin, que la clase obrera obtuvo su primera victoria estable, inaugurando una nueva épica. El nombre de Lenin está indisolublemente unido a este proceso.

La Rusia zarista

La vieja Rusia era un país preñado de contradicciones. Históricamente retrasada, la burguesía liberal había sido incapaz de llevar a cabo su revolución democrática. A fines del siglo XIX el surgimiento del imperialismo que monopolizó la economía mundial, le cerró definitivamente el camino. En medio del atraso general, Rusia se vio obligada a incorporarse al mercado imperialista como proveedora de materias primas y mercado para los capitales extranjeros. El yugo del zarismo coronaba la situación con su extremo despotismo.

En las ciudades comenzó a desarrollarse una industria de relativa importancia que produjo un elevado grado de concentración proletaria. Los capitales eran extranjeros en su mayoría. Surgida directamente del campesinado, la clase obrera pasó sin transición a constituirse en la principal fuerza social de los centros urbanos. Esa fuerza contrastaba con el raquitismo de la burguesía liberal. El campesinado, la inmensa mayoría de la población, encontró en el proletariado un aliado histórico para resolver la cuestión agraria.

El problema de la tierra, motor de la revolución democrático-burguesa, no podía ser resuelto por la burguesía liberal. Esta sentía más animosidad ante la movilización popular que ante sus adversarios terratenientes, con los cuales estaba unida por innumerables lazos de clase. La Revolución de 1905 lo demostró claramente. La revolución campesina adquirió una dinámica que escapó a su control. La clase obrera urbana se convirtió en la cabeza de la sublevación campesina. De ahí surgió el desarrollo combinado de las fuerzas de la Revolución Rusa, como revolución burguesa y socialista al mismo tiempo.

El joven Lenin

Vladímir Uliánov, el futuro Lenin, ingresó en la vida política en los albores de este proceso. Sus primeras actividades se desarrollaron bajo la influencia del partido *Naródnaia Volia* (Voluntad del Pueblo), el cual había atraído a las jóvenes generaciones. Aunque Lenin no participó nunca en la actividad de ese grupo, sintió por él una fuerte simpatía.

Decenas y cientos de los mejores militantes de la juventud revolucionaria, impulsados por el intento de abatir la autocracia con los métodos terroristas, habían inmolado sus vidas o soportaban las penurias de las cárceles zaristas. El hermano mayor de Lenin, Alejandro, había participado en el último atentado contra el zar Alejandro III y fue condenado a muerte.

El joven Uliánov reflexionará profundamente sobre estos hechos. La admiración que le despertaban los militantes del *Naródnaia Volia* no opacaba una clara conclusión: los métodos del terrorismo individual eran ineficaces para producir el cambio revolucionario. La lectura de los primeros textos de Marx y Engels que circulaban en Rusia, esclarecieron todavía más la

A fines del siglo XIX Rusia se incorporaba al mercado mundial. Mientras el campo suministraba materias primas, en las ciudades se desarrollaban industrias de cierta importancia, respaldadas en su mayoría por capitales extranjeros. Arriba: yacimientos de petróleo en Baku. En la foto inferior: vista de las usinas Putilov durante la huelga de enero de 1905.

cuestión. La energía revolucionaria del proletariado era la fuerza decisiva para terminar con el zarismo y su oprobioso régimen.
Las combinaciones químicas no podían sustituir la función histórica de la clase revolucionaria. De allí que encontremos a Lenin haciendo sus primeras armas en la lucha política, en el trabajo de organización de los primeros grupos socialdemócratas. En 1894 aparece *¿Quienes son los "amigos del pueblo" y cómo luchan contra los social demócratas?*, su primer escrito de importancia y en el cual polemiza con los *populistas*. Al mismo tiempo organiza la Unión de Lucha por la Liberación de la Clase Obrera de San Petersburgo. Un año después es detenido y deportado a Siberia. Aprovecha entonces los años de cárcel y destierro para redactar su libro *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, publicado en 1899. La obra es producto de un intenso estudio del marxismo. Lenin conoce los dos primeros tomos de *El Capital*, que, junto con el *Anti-Dürhing* de Engels, constituyen su principal arsenal teórico. Sobre esta base pone en práctica el método de Marx y Engels con el fin de analizar y comprender la realidad económica y social de Rusia. Sistematiza una enorme cantidad de datos y estadísticas sobre la forma concreta que tomó el desarrollo del capitalismo ruso. Destaca su importancia no solo en la organización de la industria y de un mercado interno sino también en la estructura de la propiedad y las relaciones sociales en el campo. Y señala las contradicciones que impiden a la burguesía liberal, unida por lazos de clase con los terratenientes llevar adelante la reforma democrática.
Lenin ha pasado varios años de intensa preparación teórica y actividad revolucionaria en el medio estudiantil y obrero. Expulsado de la universidad, logra finalmente graduarse de abogado, pero prácticamente no ejerce la profesión. Después del destierro parte al extranjero para tomar contacto con el grupo *Emancipacion del Trabajo* que dirigía Plejánov, el fundador del marxismo ruso.

El período de la vieja "Iskra"

El 16 de julio de 1900 Lenin salió de Rusia. Tenía 30 años, una importante experiencia política y ya era respetado en los círculos revolucionarios. No obstante, tomó contacto con los líderes de la socialdemocracia en calidad de discípulo. Pero bien pronto comenzó a mostrar su capacidad de dirigente revolucionario, y no pasó mucho tiempo antes de que se convirtiera en uno de los maestros.
En Ginebra, sede del grupo de Plejánov, Lenin puso manos al proyecto que había madurado en la prisión y el destierro: la fundación de un periódico revolucionario socialista para toda Rusia. Lo guiaba el propósito de organizar los dispersos grupos socialistas a que había quedado reducido el Partido Obrero Socialdemócrata Ruso después de su disgregación como resultado de la represión policial. "Es necesario —escribía— hallar la unidad de ideas capaz de eliminar las diferencias de opinión y la confusión que, seamos francos, reina entre los socialdemócratas rusos en los momentos actuales. Lo que dará fuerza a esta unidad de ideas será un programa de partido."
Así quedó constituido el equipo de redacción —formado por Plejánov, Lenin, Mártov, Potrésov, Zasúlich y Axelrod— que asumió la empresa de dar a luz el periódico. La iniciativa de Lenin se vio coronada por el éxito en diciembre de 1900: apareció entonces el primer número de *Iskra* (La Chispa), nombre inspirado en la frase de Pushkin: "La chispa encenderá la llama."
La primera etapa de *Iskra* fue enormemente difícil. No obstante, su actividad pronto adquirió




ПУТИЛОВСКІЙ ЗАВОДЪ
ОБЩЕСТВА ПУТИЛОВСКИХЪ ЗАВОДОВЪ

"¡Dadnos una organización de revolucionarios y removeremos a Rusia en sus cimientos!"

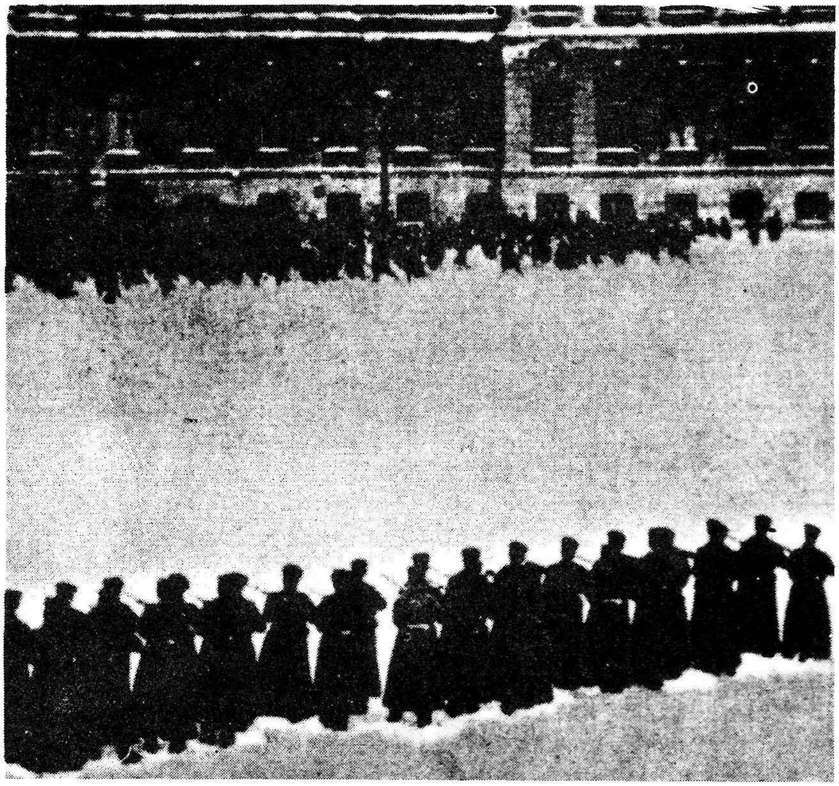
La centralización de las funciones más clandestinas por la organización de los revolucionarios no debilitará, sino que enriquecerá la amplitud y el contenido de la actividad de una gran cantidad de otras organizaciones destinadas al gran público, y, por consiguiente, lo menos reglamentadas y lo menos clandestinas posible: sindicatos obreros, círculos obreros instructivos y de lectura de publicaciones ilegales, círculos socialistas, círculos democráticos para *todos* los demás sectores de la población, etc., etc. Tales círculos, sindicatos y organizaciones son necesarias por todas partes; es preciso que sean *lo más numerosos*, y sus funciones, lo más variadas posible, pero es absurdo y perjudicial *confundir* estas organizaciones con la de los *revolucionarios*, borrar entre ellas las fronteras, extinguir en la masa la conciencia, ya de por sí increíblemente oscurecida, de que para "servir" a un movimiento de masas es necesario disponer de hombres que se consagren especial y enteramente a la acción socialdemócrata, y que estos hombres deben *forjarse* con paciencia y tenacidad hasta convertirse en revolucionarios profesionales.
Sí, esta conciencia se halla oscurecida hasta lo increíble. *Con nuestros métodos primitivos de trabajo hemos comprometido el prestigio de los revolucionarios en Rusia*: en esto radica nuestra falta capital en materia de organización. Un revolucionario blando, vacilante en las cuestiones teóricas, limitado en su horizonte, que justifica su inercia por la espontaneidad del movimiento de masas, más semejante a un secretario de trade-union que a un tribuno popular, sin un plan audaz y de gran extensión, que imponga respeto a sus adversarios, inexperimentado e inhábil en su oficio (la lucha contra la policía política), ¡no es un revolucionario, sino un mísero artesano! Que ningún militante dedicado al trabajo práctico se ofenda por este duro epíteto, pues, en lo que concierne a la falta de preparación, me lo aplico a mí mismo en primer término. He trabajado en un círculo que se asignaba tareas vastas y omnímodas, y todos nosotros, miembros del círculo, sufríamos lo indecible al ver que no éramos más que unos artesanos en un momento histórico en que, parafraseando el antiguo apotegma, se podría decir: ¡Dadnos una organización de revolucionarios y removeremos a Rusia en sus cimientos! Y cuanto más frecuentemente he tenido que recordar el agudo sentimiento de vergüenza que experimentaba entonces, tanto más se ha acrecentado en mí la amargura sentida contra esos seudo socialdemócratas, cuya propaganda "deshonra el nombre de revolucionario" y que no comprenden que nuestra obra no consiste en abogar por que el revolucionario sea rebajado al nivel del artesano, sino en *elevar* a éste al nivel del revolucionario.

(Lenin, "¿Qué hacer?", *Obras Completas*, Buenos Aires, Cartago, 1959, t. V.)

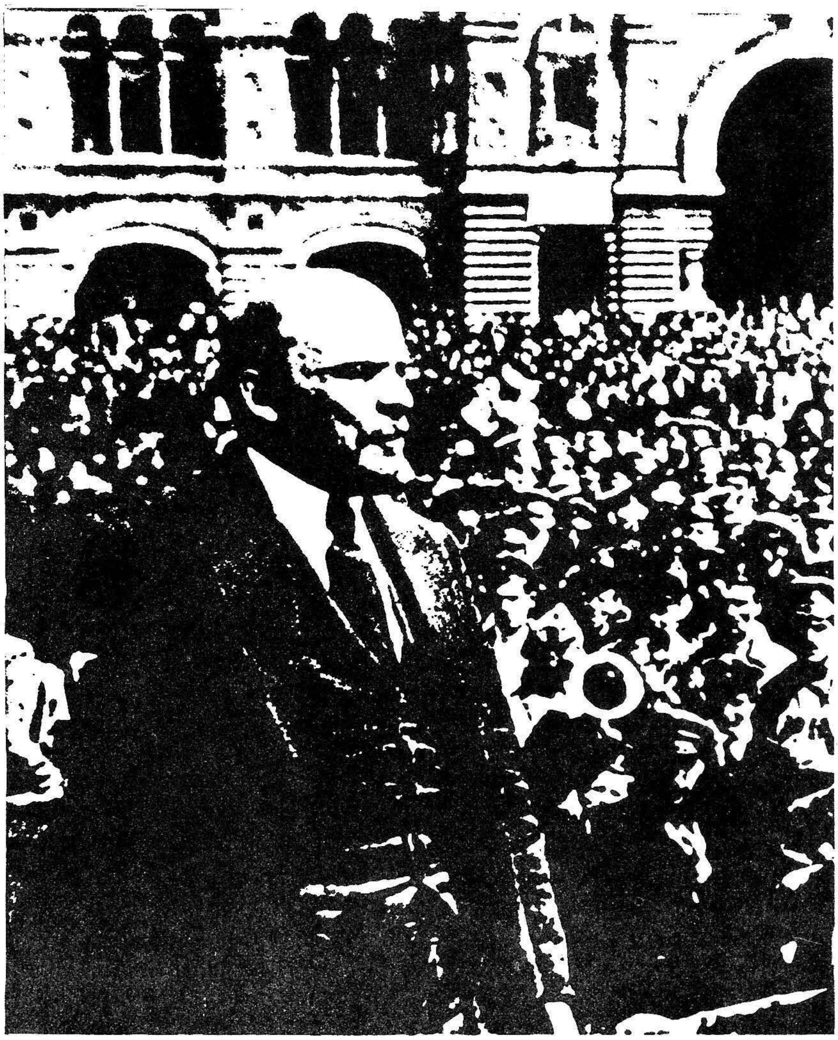
una gran envergadura y el periódico permitió reanimar y reorganizar los núcleos revolucionarios en el interior de Rusia. El partido, que en realidad no existía como tal, sino meramente como una idea, comenzó nuevamente a organizarse.
En abril de 1902, Lenin y Nadezda Krúpskaia, su esposa, se trasladaron a Londres, donde residían Mártov y Zasúlich. Plejánov y Axelrod, en cambio, permanecieron en Ginebra. Además de los motivos de organización que motivaban esta separación existían ya por entonces importantes divergencias en el seno del grupo. No solo entre Lenin y Plejánov, el viejo líder que sentía cuestionada su autoridad por la estrella ascendente de Lenin, sino también entre éste y Mártov, el más joven de los publicistas y el mejor redactor del periódico.
Las diferencias se fueron ahondando con el correr del tiempo. En el equipo de Londres, Lenin y Mártov, que en apariencia conservaban un trato fraternal, se separaban cada vez más. La mentalidad política de Mártov era propia de un diletante revolucionario. Ingenioso, a menudo brillante, era una veleta que giraba sensible dando siempre un cariz oportunista a sus ideas. Lenin, por el contrario, era de una solidez tremenda. Entre lo que pensaba, decía y hacía había una unidad completa.
Toda su existencia se concentraba en un objetivo: la revolución. Esa era la característica fundamental de su personalidad.

La concepción leninista del partido

Entre fines de 1901 y comienzos de 1902 Lenin escribió *¿Qué hacer?* La obra marca una etapa decisiva de su actividad. En este libro Lenin formula la propuesta de construir un partido de nuevo tipo, "una organización de revolucionarios que de-



Las tropas zaristas disparan contra la multitud el 9 de marzo de 1905. Pese a la derrota experimentada por los obreros en aquel año, Lenin sostuvo y defendió encarnizadamente la política insurreccional.



Proclama del Partido Social Demócrata Ruso, 1902. El Segundo Congreso de ese partido presenció el primer enfrentamiento importante entre Lenin y Plejánov.

be englobar ante todo y sobre todo a gente cuya profesión sea la acción revolucionaria". La clase obrera no tiene más que la fuerza de su organización, decía Lenin. En cambio, las clases dominantes disponen de todo el aparato represivo del Estado, incluido el aparato ideológico (iglesia, escuelas, etc). Para cumplir su objetivo histórico el proletariado debía construir una herramienta adecuada, un partido que nucleara a los más enérgicos y conscientes miembros de la clase avanzada.

No se trataba solamente de organizar un "partido obrero" al estilo de la socialdemocracia europea, sino una organización que pudiera enfrentar las dificultades de la lucha bajo el régimen zarista. El planteo de Lenin polemizaba con el *economismo*, tendencia que limitaba las luchas obreras a las reivindicaciones económicas y negaba la necesidad de la actividad política en el movimiento obrero.

Lenin, en cambio, sostenía la necesidad de combinar la actividad de agitación y propaganda sobre las reivindicaciones inmediatas con la lucha política como único medio para llevar a cabo conquistas importantes. Pero *¿Qué hacer?* postuló también la lucha política por un cambio del régimen social como único camino para lograr la emancipación de las masas explotadas. Los socialdemócratas al mismo tiempo que intervenían activamente en las luchas cotidianas. Desde aquellas que se libraban en las fábricas hasta las que se daban en el parlamento burgués, debían consolidar una organización clandestina que asegurara la continuidad del trabajo.

No se trataba, obviamente, de organizar un equipo para un "putch" al estilo de Blanqui, sino de preparar un partido para cuando se dieran las condiciones revolucionarias en el marco de la lucha de clases. "Hemos protestado y protestaremos siempre, decía Lenin, contra la reducción de la lucha política a las dimensiones de una conjuración; pero, claro está, eso no significa en modo alguno que neguemos la necesidad de una fuerte organización revolucionaria."

La teoría sobre el partido se apoyaba en una tesis que Lenin consideraba fundamental: la necesidad de introducir desde el "exterior" la conciencia socialista en el movimiento obrero. "Hemos dicho que los obreros no tenían *ni podían tener* conciencia socialdemócrata. Esta debía serles aportada únicamente desde el exterior." Esta tesis no era en realidad, originaria de Lenin, sino que formaba parte del patrimonio teórico de la socialdemocracia alemana y austríaca. Lenin profundizará más tarde la relación entre el movimiento "consciente" y el movimiento "espontáneo" de la clase obrera, sobre todo a partir de la revolución de 1905, la cual lo lleva a poner en primer plano la "iniciativa histórica" de las masas. En los años posteriores, y particularmente durante las jornadas de 1917, Lenin fue sistematizando con respecto a este problema experiencias que volcó en todos los trabajos del último período.

De ahí que sea incorrecta la concepción leninista del partido a las tesis de *¿Qué hacer?*, sacándola del contexto en que fue redactada la obra y generalizando una verdad concreta a nivel universal. Lenin mismo anotó importantes conclusiones al respecto. En el prólogo a la recopilación *Doce años*, escrito en 1908, señaló: "Por desgracia muchos forman juicio sobre nuestro Partido a la ligera, sin estar al corriente del problema, sin ver que *ahora* la idea de (la) organización de los revolucionarios profesionales ha obtenido ya una victoria completa. Pero esta victoria hubiera sido imposible si, en su tiempo, no se hubiera colocado esta idea en *primer plano*, si no se la hubiera inculcado, *exagerándola*, a las personas que ponían trabas a su realización".

ССІЙСКАЯ СОЦІАЛЬДЕМОКРАТИЧЕСКАЯ РАБОЧАЯ ПАРТІЯ.



Ко всѣмъ рабочимъ Россіи.

[illegible]

[illegible]

Lenin y la conciencia de clase del proletariado

Vladímir Ilich tenía la más completa fe en el instinto de clase del proletariado, en su fuerza creadora, en su misión histórica. Esta fe no había aparecido en él repentinamente; se había creado poco a poco durante los años consagrados a estudiar las teorías de Marx sobre la lucha de clases, a contemplar bajo todos sus aspectos los problemas rusos, a luchar contra las opiniones de los viejos revolucionarios partidarios de la lucha heroica individual y a oponerles la necesidad de la lucha heroica de las masas. Su fe descansaba sobre realidades y certidumbres. Ella se había hecho viva en el curso de su actitud entre los obreros de Pieter [. . .].
El movimiento revolucionario crecía en Rusia y, en consecuencia, crecía nuestra correspondencia. Tuvimos luego 300 cartas por mes; ¡en este período era una cifra enorme! ¡Qué materia representaba esta correspondencia para Ilich! Sabía leer las cartas de los trabajadores. Recuerdo una de ellas, escrita por los canteros de Odessa. Era una carta colectiva, mal escrita, sin ortografía, sin puntuación, pero: ¡qué energía, qué voluntad de combatir hasta el fin cada palabra levantaba! No me acuerdo ahora exactamente de qué trataba esta carta, pero veo su aspecto: el papel, la mala tinta. Muchas veces Vladímir Ilich la leyó y la releyó; se perdía en sus pensamientos, caminaba de un lado a otro. Los canteros de Odessa no habían perdido su tiempo al escribir a Ilich; era a él precisamente a quien debían escribir, a él que les comprendía mejor que nadie. En todas sus respuestas, Ilich, como ya lo he dicho, insistía en que se le escribiera más a menudo, para que se le dieran más detalles. Estas cartas de obreros para Ilich significaban que la revolución estaba en camino. Ya el "año cinco" estaba ante nosotros.

(Nadezda Krúpskaia, *Mi vida con Lenin*, Santiago de Chile, Ercilla, 1935.)

Lenin y los jóvenes

La paciencia de Lenin para escuchar y contestar era inagotable, verdaderamente maravillosa. No había cuidado de partido ni dolor personal que no encontrasen en él un oído alerta y un consejo afectuoso. Pero lo más hermoso de todo era su modo de tratar a los jóvenes. Hablaba con ellos como un camarada más, libre de toda pedantería escolástica, sin pensar nunca, ni por asomo, que la edad fuese por sí sola una virtud insuperable. Lenin se movía entre los jóvenes como un igual entre iguales, unido a ellos por todas las fibras de su corazón. En él no había ni rastro de "hombre de mando"; su autoridad dentro del partido era la de un padre ideal a cuya superioridad se sometía todo el mundo, con la conciencia de que aquel hombre sabía comprender y ser comprendido. Respirando aquella atmósfera que rodeaba a Lenin, yo no podía dejar de pensar con amargura en la estirada y mayestática grandeza de los "jefes venerables" de la social-democracia alemana.

(Clara Zetkin, *Recuerdos sobre Lenin*, México, Grijalbo, 1968.)

Aspectos personales de la vida de Lenin

A Vladímir Ilich le gustaban mucho las bromas. Creo que para dar una idea de su modo de trabajar puede decirse que lo hacía alegremente. Poseía un sentido excepcional del humorismo. Cuando tenía visita, a cada momento se escuchaban risas en su despacho; también reía frecuentemente en las reuniones del Consejo de Comisarios del Pueblo. Su risa, contagiosa en grado sumo, nunca era ofensiva. Era la risa de una persona llena de ardiente energía y rebosante de fuerzas. Este exceso de fuerzas se transmitía a los demás, y todo el mundo a su alrededor vivía una vida brillante, alegre, jubilosa. Sólo en los últimos dos meses y medio de trabajo (octubre-diciembre de 1922), cuando Lenin se encontraba ya bajo el peso de la dolencia, se escuchaba con menos frecuencia su risa. Casi siempre acompañaba sus órdenes de graciosas observaciones y sonrisas. Daba gusto trabajar con él, y todo el mundo acataba de buen grado la mayor exigencia y la disciplina más rigurosa implantada por Vladímir Ilich.

(L. Fótieva: *De la vida de Lenin*. Buenos Aires, Anteo, 1965.)

"La revolución rusa no es una revolución burguesa, pues la burguesía no figura en Rusia entre las fuerzas motrices del movimiento revolucionario."

El Congreso de 1903

A mediados de 1903 se resolvió convocar el II Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso. La discusión sobre los proyectos de programa trajeron un primer enfrentamiento serio en el equipo de *Iskra* entre Lenin y Plejánov. No obstante, se llegó a un acuerdo. En la primavera de 1903 la redacción en pleno se instaló en Ginebra, ultimando los detalles para la organización del congreso.

Este había sido convocado para julio y debía realizar sus sesiones en Bruselas, pero el control policial obligó a los delegados a trasladarse a Londres. Allí se realizó la reunión.

Desde un principio aparecieron dos líneas claramente diferenciadas entre los delegados, representadas una por Lenin y otra por Mártov. "Duros" y "blandos" eran las calificaciones que se aplicaban mutuamente. La discusión se centró en un aspecto aparentemente secundario: el primer punto del proyecto de estatutos, que establecía la condición para ser miembro del partido.

Mártov sostenía la necesidad de un partido amplio, donde cualquier afiliado podía ser miembro de la organización con todos sus derechos con sólo aceptar el programa. Lenin, en cambio, exigía que para reconocer como miembro del partido a un afiliado, éste debía, además de aceptar el programa, integrar una organización (célula) y someterse a la disciplina partidaria.

Después de una serie de incidentes la tesis de Lenin logró la mayoría del Congreso. Los "mayoritarios" (bolcheviques) sentaron así los fundamentos de un nuevo partido, aunque la escisión definitiva tuvo lugar varios años después (1912). Los "minoritarios" (mencheviques) no acataron las resoluciones y abandonaron el congreso.

El viejo Plejánov había sido ganado transitoriamente por la mayoría. En pleno debate del congreso comentó, refiriéndose a Lenin: "De esa manera se hacen los Robespierre". Pero a pesar de esto, terminó pasándose a las filas del menchevismo. Es interesante el fenómeno de capitulación de este hombre, sin duda uno de los pioneros del marxismo. A medida que se aproximaba la revolución aparecían a la luz las debilidades que no había superado en su formación de propagandista y difusor del marxismo. La tragedia personal y política de Plejánov resumía, en realidad, la tragedia de una generación de la inteligencia revolucionaria que se había educado al margen de la lucha práctica del movimiento obrero. Lenin, en cambio, encarna justamente la generación que supo fusionarse con el proletariado en ascenso, convirtiendo la teoría y la práctica del marxismo en una unidad indisoluble.

El bolchevismo nació, pues, en el congreso de 1903. ("El bolchevismo existe como corriente del pensamiento político y como partido político desde 1903".) Los años posteriores fortalecieron y templaron el partido de Lenin bajo la dura y despiadada acción de la lucha de clases.

1905: estrategia y táctica de Lenin

La primera revolución rusa, que comenzó con una pacífica manifestación en San Petersburgo para alcanzar luego la forma de huelga general, puso a prueba las propuestas políticas de las dos tendencias en que se había dividido la socialdemocracia rusa. En principio, ambas tendencias coincidieron en calificar de *burguesa* la revolución que comenzaba a desarrollarse, pero de esa premisa común deducían diversas alternativas.

Los mencheviques partían de un pensamiento de Marx —"los países adelantados muestran a los atrasados la imagen de su futuro"— y lo repetían mecánicamente, convirtiéndolo en dogma. Del carácter *burgués* de la revolución, concebida de esta manera esquemática, extraían una conclusión que los llevaba a afirmar que el papel del proletariado y del partido obrero debía limitarse al de ala izquierda de la democracia burguesa. La burguesía en el poder debía realizar las transformaciones democráticas revolucionarias, cumplir su ciclo histórico y crear así las condiciones para una futura revolución socialista. La sola mención de que el proletariado podía tener acceso al poder en Rusia antes que en un día avanzado les parecía una locura.

La concepción de Lenin era distinta. Reconocía el carácter *burgués* de la revolución en cuanto a los objetivos inmediatos, pero negaba que la burguesía formara parte de las fuerzas motrices de la revolución. La cuestión agraria, la existencia de una organización capitalista del campo, combinada con formas precapitalistas, no podía ser resuelta por la burguesía liberal.

En el prólogo al folleto de Kautsky *Las fuerzas motrices de la revolución rusa,* con el cual manifiesta su completa solidaridad, Lenin señala: "La revolución rusa no es una revolución burguesa, pues la burguesía no figura, en Rusia, entre las fuerzas motrices del actual movimiento revolucionario. Pero la revolución rusa no es tampoco una revolución socialista, ya que *en modo alguno* puede instaurar el poder *exclusivo* del proletariado sin la ayuda de otras clases. Ahora bien, ¿cuál es la clase que constituye el aliado del proletariado, en virtud de las condiciones objetivas de la actual revolución? Son los *campesinos*".

El campesinado, principalmente los campesinos pobres, debían unir su suerte a la del proletariado industrial para obtener una real emancipación. Esa alianza era la única que podía garantizar el triunfo de la revolución, según Lenin, quien concentraba su estrategia en la consigna de "Dic-

Portada del primer número de "Iskra". Junto a Lenin colaboraron importantes nombres del marxismo ruso: Mártov, Potrésov, y Vera Zasúlich. No obstante los problemas que debió afrontar, el periódico contribuyó a la reorganización de los núcleos revolucionarios del interior de Rusia.

tadura democrática de obreros y campesinos".

Es obvio que la burguesía no tenía lugar en esta dictadura que, por el contrario, sería ejercida contra ella y la clase terrateniente. Dejemos por ahora este planteo de Lenin, quien precisara su fórmula del poder durante el proceso de 1917. Lo que queda claro es la correcta visión estratégica de Lenin, la cual nada tenía que ver con las propuestas de Mártov, Plejánov y el menchevismo.

La táctica y las enseñanzas de la insurrección

El proceso de la revolución continuó su marcha sin interrupción. De la manifestación como método de lucha se pasó a la huelga general política, y de ésta se llegó al peldaño siguiente: la insurrección. Entre enero y diciembre de 1905 la revolución siguió esa dinámica. En el ínterin el zar concedió algunas libertades democráticas y prometió convocar una asamblea legislativa (Duma).

En diciembre el proceso había alcanzado su apogeo: en Moscú estalla una insurrección popular.

El avance revolucionario había confirmado una tesis de Marx: la revolución, a medida que avanza, engendra una contrarrevolución. El estallido de la insurrección de Moscú encontró al gobierno dispuesto a enfrentar el levantamiento con todas sus fuerzas. Se desencadenó entonces una feroz represión: las barricadas fueron barridas a cañonazos y la reacción logró infligir una cruenta derrota al movimiento popular.

Las enseñanzas de la insurrección quedaron claramente planteadas para Lenin. Observó que la dirección revolucionaria no había sabido estar a la altura del heroísmo de los obreros insurrectos: "Nosotros, dirigentes del proletariado socialdemócrata, nos hemos comportado en diciembre como aquel jefe militar que tenía dispuestos sus regimientos de un modo tan absurdo que la mayor parte de sus tropas no participaban activamente en la batalla. Las masas obreras buscaban instrucciones para realizar operaciones activas y no las encontraban".
Pero en modo alguno Lenin denotaba una pizca de pesimismo.

Ante el planteo de Plejánov, que coreaban todos los oportunistas y que afirmaba que "no había que haber empuñado las armas", Lenin decía: "Por el contrario, se debió empuñarlas más resueltamente, con más energía y una mayor combatividad; se debió explicar a las masas que era imposible realizar una huelga puramente pacífica y que había que librar una lucha armada intrépida e implacable". Y en otro párrafo agregaba: "El movimiento de diciembre ha confirmado con evidencia otra tesis profunda de Marx, olvidada por los oportunistas: la insurrección es un arte, cuya regla principal es la *ofensiva* encarnizadamente audaz, implacablemente decidida".

La revolución de 1905 permitió a Lenin, además, comprobar la creación de una iniciativa histórica de las masas: el sóviet.

La función del nuevo organismo —surgido espontáneamente del seno de las masas— tendría una enorme importancia histórica, comparable a la de la Comuna de París. De allí que Lenin afirmara que "sin el ensayo general de 1905, la victoria de la Revolución de Octubre hubiera sido imposible".

…оссійская социаль-
…демократическая
…бочая партія

ИСКРА

„Изъ искры возгорится пламя!"…
Отвѣтъ декабристовъ Пушкину

№ 1. ДЕКАБРЬ 1900 ГОДА. № 1.

…СУЩНЫЯ ЗАДАЧИ НАШЕГО ДВИЖЕНІЯ.

…ская социалдемократія не разъ уже заявляла, что …йшей политической задачей русской рабочей партіи …но быть ниспроверженіе самодержавія, завоеваніе поли…ской свободы. Это заявляли больше 15 лѣтъ тому на…представители русской социалдемократіи, члены группы … „Труда", это заявили два съ половиной года тому на… представители русскихъ социалдемократическихъ …низацій, образовавшіе весной 1898 года Россійскую …алдемократическую Рабочую Партію. Но не… …ти неоднократныя заявленія, вопросъ о политическихъ …чахъ социалдемократіи въ Россіи снова выступаетъ на …едь въ настоящее время. Многіе представители нашего …женія выражаютъ сомнѣніе въ правильности указаннаго …енія вопроса. Говорятъ, что преобладающее значеніе …тъ экономическая борьба, отодвигаютъ на второй планъ …тическія задачи пролетаріата, съуживаютъ и ограничи…ютъ эти задачи, заявляютъ даже, что разговоры объ об…ваніи самостоятельной рабочей партіи въ Россіи просто …ореніе чужихъ словъ, что рабочимъ надо вести одну …омическую борьбу, предоставивъ политику интеллиген… въ союзѣ съ либералами. Это послѣднее заявленіе …го символа вѣры (пресловутое credo) сводится уже прямо …признанію русскаго пролетаріата несовершеннолѣтнимъ … полному отрицанію социалдемократической программы. „Рабочая Мысль" (особенно въ отдѣльномъ Приложеніи) …азалась въ сущности въ томъ же смыслѣ. Русская …алдемократія переживаетъ періодъ колебаній, періодъ …ній, доходящихъ до самоотрицанія. Съ одной сто…, рабочее движеніе отрывается отъ социализма: рабо… помогаютъ вести экономическую борьбу, но имъ вовсе …разъясняютъ при этомъ или недостаточно разъясняютъ …листическихъ цѣлей и политическихъ задачъ всего дви… въ цѣломъ. Съ другой стороны, социализмъ отры…ся отъ рабочаго движенія: русскіе социалисты опять на…ютъ все больше и больше говорить о томъ, что борьбу …правительствомъ должна вести одними своими силами …лигенція, ибо рабочіе ограничиваются лишь экономи…ой борьбой.

…скаго рода обстоятельства подготовили, по нашему …ію, почву для этихъ печальныхъ явленій. Во-первыхъ, …началѣ своей дѣятельности русскіе социалдемократы …ничились одной кружковой пропагандистской работой. …дя къ агитаціи въ массахъ, мы не всегда могли удер…ся отъ того, чтобы не впасть въ другую крайность. …орыхъ, въ началѣ своей дѣятельности намъ приходи… очень часто отстаивать свое право на существованіе …борьбѣ съ народовольцами, которые понимали подъ „по…кой" дѣятельность, оторванную отъ рабочаго движенія, …рые съуживали политику до одной только заговорщиц… борьбы. Отвергая такую политику, социалдемократы …дали въ крайность, отодвигая на второй планъ политику …ще. Въ-третьихъ, разрозненно дѣйствуя въ мѣстныхъ …ихъ рабочихъ кружкахъ, социалдемократы недостаточно …щали вниманіе на необходимость организаціи револю…ой партіи, объединяющей всю дѣятельность мѣстныхъ …въ и дающей возможность правильно поставить рево…онную работу. А преобладаніе разрозненной работы есте…но связано съ преобладаніемъ экономической борьбы.

… указанныя обстоятельства породили увлеченіе одной …ной движенія. „Экономическое" направленіе, (по…ку тутъ можно говорить о „направленіи") сдѣлало по… возвести эту узость въ особую теорію, попыталось вос…зоваться для этой цѣли модной бернштейніадой, модной …тикой марксизма", преподносящей старыя буржуазныя идеи … новымъ флагомъ. Лишь эти попытки породили опас… ослабленія связи между русскимъ рабочимъ движе… и русской социалдемократіей, какъ передовымъ бор… за политическую свободу. И самая насущная задача …го движенія состоитъ въ укрѣпленіи этой связи.

…іалдемократія есть соединеніе рабочаго движенія съ …измомъ, ея задача — не пассивное служеніе рабочему …нію на каждой его отдѣльной стадіи, а представитель… интересовъ всего движенія въ цѣломъ, указаніе этому …енію его конечной цѣли, его политическихъ задачъ, …на его политической и идейной самостоятельности. …ванное отъ социалдемократіи, рабочее движеніе мель… и необходимо впадаетъ въ буржуазность: ведя одну …мическую борьбу, рабочій классъ теряетъ свою поли…кую самостоятельность, становится хвостомъ другихъ …измѣняетъ великому завѣту: „освобожденіе рабочихъ …но быть дѣломъ самихъ рабочихъ". Во всѣхъ стра… былъ такой періодъ, когда рабочее движеніе и соціа… существовали отдѣльно другъ отъ друга и шли осо…дорогой, — и во всѣхъ странахъ такая оторванность …одила къ слабости социализма и рабочаго движенія; …всѣхъ странахъ только соединеніе социализма съ рабо… движеніемъ создавало прочную основу и для того и другого. Но въ каждой странѣ это соединеніе социа… съ рабочимъ движеніемъ вырабатывалось исторически, …батывалось особымъ путемъ, въ зависимости отъ усло…мѣста и времени. Въ Россіи необходимость соединенія …лизма и рабочаго движенія теоретически провозглашена …давно, — но практически это соединеніе вырабатывается ческой мысли отъ передовыхъ представителей трудящихся классовъ гораздо больше, чѣмъ въ другихъ странахъ, и что при такой оторванности русское революціонное движеніе осуждено на безсиліе. Отсюда сама собою вытекаетъ та задача, которую призвана осуществить русская социалдемократія: внѣдрить социалистическія идеи и политическое самосознаніе въ массу пролетаріата и организовать революціонную партію, неразрывно связанную съ стихійнымъ рабочимъ движеніемъ. Много уже сдѣлано въ этомъ отношеніи русской социалдемократіей; но еще больше остается сдѣлать. Съ ростомъ движенія поприще дѣятельности для социалдемократіи становится все шире, работа все разностороннѣе, все большее число дѣятелей движенія сосредоточиваетъ свои силы на осуществленіи различныхъ частныхъ задачъ, которыя выдвигаются повседневными нуждами пропаганды и агитаціи. Это явленіе совершенно законное и неизбѣжное, но оно заставляетъ обращать особое вниманіе на то, чтобы частныя задачи дѣятельности и отдѣльные пріемы борьбы не возводились въ нѣчто самодовлѣющее, чтобы подготовительная работа не возводилась на степень главной и единственной работы.

Содѣйствовать политическому развитію и политической организаціи рабочаго класса — наша главная и основная задача. Всякій, кто отодвигаетъ эту задачу на второй планъ, кто не подчиняетъ ей всѣхъ частныхъ задачъ и отдѣльныхъ пріемовъ борьбы, тотъ становится на ложный путь и наноситъ серьезный вредъ движенію.

Отодвигаютъ эту задачу, во-вторыхъ, тѣ, кто съуживаетъ содержаніе и размахъ политической пропаганды, агитаціи и организаціи, кто считаетъ возможнымъ и умѣстнымъ угощать рабочихъ „политикой" только въ исключительные моменты ихъ жизни, только въ торжественныхъ случаяхъ, кто слишкомъ заботливо размѣниваетъ политическую борьбу противъ самодержавія на требованіе отдѣльныхъ уступокъ отъ самодержавія и недостаточно заботится о томъ, чтобы эти требованія отдѣльныхъ уступокъ возвести въ систематическую и беззавѣтную борьбу революціонной рабочей партіи противъ самодержавія.

„Организуйтесь!", повторяетъ рабочимъ на разные лады газета „Рабочая Мысль", повторяютъ всѣ сторонники „экономическаго" направленія. И мы, конечно, всецѣло присоединяемся къ этому кличу, но мы непремѣнно добавимъ къ нему: организуйтесь не только въ общества взаимопомощи, стачечныя кассы и рабочіе кружки, организуйтесь также и въ политическую партію, организуйтесь для рѣшительной борьбы противъ самодержавнаго правительства и противъ всего капиталистическаго общества. Безъ такой организаціи пролетаріатъ не способенъ подняться до сознательной классовой борьбы, безъ такой организаціи рабочее движеніе осуждено на безсиліе, и одними только кассами, кружками и обществами взаимопомощи рабочему классу никогда не удастся исполнить лежащую на немъ великую историческую задачу: освободить себя и весь русскій народъ отъ его политическаго и экономическаго рабства. Ни одинъ классъ въ исторіи не достигалъ господства, если онъ не выдвигалъ своихъ политическихъ вождей, своихъ передовыхъ представителей, способныхъ организовать движеніе и руководить имъ. И русскій рабочій классъ показалъ уже, что онъ способенъ выдвигать такихъ людей: широко развернувшаяся борьба русскихъ рабочихъ за 5-6 послѣднихъ лѣтъ показала, какая масса революціонныхъ силъ таится въ рабочемъ классѣ, какъ самыя отчаянныя правительственныя преслѣдованія не уменьшаютъ, а увеличиваютъ число рабочихъ, рвущихся къ социализму, къ политическому сознанію и къ политической борьбѣ. Съѣздъ нашихъ товарищей въ 1898 г. вѣрно поставилъ задачу, а не повторилъ чужія слова, не выразилъ одно только увлеченіе „интеллигентовъ"… И мы должны рѣшительно взяться за выполненіе этихъ задачъ, поставивъ на очередь вопросъ о программѣ, организаціи и тактикѣ партіи. Какъ мы смотримъ на основныя положенія нашей программы, мы уже сказали, а подробно развивать эти положенія, здѣсь, конечно, не мѣсто. Вопросамъ организаціоннымъ мы намѣрены посвятить рядъ статей въ ближайшихъ номерахъ. Это одни изъ самыхъ больныхъ нашихъ вопросовъ. Мы сильно отстали въ этомъ отношеніи отъ старыхъ дѣятелей русскаго революціоннаго движенія; надо прямо признать этотъ недочетъ и направить свои силы на выработку болѣе конспиративной постановки дѣла, на систематическую пропаганду правилъ веденія дѣла, пріемовъ надуванія жандармовъ и обхода сѣтей полиціи. Надо подготовлять людей, посвящающихъ революціи не одни только свободные вечера, а всю свою жизнь, надо подготовлять организацію, настолько крупную, чтобы въ ней можно было провести строгое раздѣленіе труда между различными видами нашей работы. Что касается, наконецъ, до вопросовъ тактики, то мы ограничимся здѣсь слѣдующимъ: социалдемократія не связываетъ себѣ рукъ, не съуживаетъ своей дѣятельности однимъ какимъ-нибудь заранѣе придуманнымъ планомъ или пріемомъ политической борьбы, — она признаетъ всѣ средства борьбы, лишь бы они соотвѣтствовали наличнымъ силамъ партіи и давали возможность достигать наибольшихъ результатовъ, достижимыхъ при данныхъ условіяхъ. При крѣпкой организованной партіи отдѣльная стачка можетъ превратиться въ политическую демонстрацію, въ политическую побѣду надъ правительствомъ. При крѣпкой организованной партіи возстаніе въ отдѣльной мѣстности есть въ Россіи живого и честного. И только тогда исполнится великое пророчество русскаго рабочаго-революціонера, Петра Алексѣева: „подымется мускулистая рука милліоновъ рабочаго люда, и ярмо деспотизма, огражденное солдатскими штыками, разлетится въ прахъ!"

ВИЛЬГЕЛЬМЪ ЛИБКНЕХТЪ

(родился 29-го марта 1826 г., умеръ 7-го августа 1900 г.)

Со смертью старѣйшаго вождя германской социалдемократіи революціонный пролетаріатъ всего міра лишился одного изъ своихъ наиболѣе замѣчательныхъ и неутомимыхъ борцовъ и руководителей. Не даромъ вѣсть объ его внезапной кончинѣ, какъ громомъ поразила передовыхъ рабочихъ всѣхъ цивилизованныхъ странъ. Не только изъ всѣхъ концовъ Германіи, но и изъ другихъ странъ Европы, да не одной лишь Европы, а и Америки, Австраліи, и даже изъ южной Африки, Японіи посланы были сочувственныя телеграммы, съ выраженіемъ глубокой скорби о незамѣнимой утратѣ, понесенной международной социалдемократіей. Похороны Либкнехта приняли характеръ и размѣры величественной манифестаціи, въ которой приняли участіе сотни тысячъ, быть можетъ, около милліона нѣмецкихъ рабочихъ и представителей рабочихъ партій Англіи, Франціи, Австріи, Венгріи, Бельгіи, Даніи и разныхъ другихъ странъ. По единодушнымъ заявленіямъ всѣхъ добросовѣстныхъ газетныхъ корреспондентовъ, видѣвшихъ эту манифестацію, такихъ грандіозныхъ похоронъ не удостаивался еще ни одинъ король, ни одинъ императоръ.

Всеобщія глубина симпатіи борющагося пролетаріата всего міра къ Либкнехту, съ такой силой и искренностью выразившаяся по случаю его кончины, пріобрѣтены были имъ многолѣтней службой дѣлу освобожденія рабочаго класса, неутомимыми усиліями его на пользу умственнаго и политическаго пробужденія международнаго и угнетеннаго рабочихъ массъ. Представить полную и [illegible] оцѣнку его заслугъ передъ международнымъ пролетаріатомъ, — значитъ дать подробное описаніе его жизни и дѣятельности, по меньшей мѣрѣ начиная съ шестидесятыхъ годовъ, т. е. приблизительно за сорокъ лѣтъ. Но начало его общественной дѣятельности относится къ революціи 1848 г., а выработка его убѣжденій и идеаловъ, на служеніе которымъ онъ отдалъ свои способности, началась еще раньше, въ тѣ времена, когда въ Германіи, какъ теперь въ Россіи, не только рабочіе, но и буржуазные классы, въ особенности образованные ихъ слои, терпѣли отъ правительственнаго произвола и устарѣлыхъ государственныхъ и общественныхъ порядковъ. Исторія жизни и дѣятельности Либкнехта тѣснѣйшимъ образомъ связана, поэтому, съ исторіей Германіи, а косвенно съ важнѣйшими моментами и событіями въ исторіи Европы, за періодъ болѣе продолжительный, чѣмъ полстолѣтіе. Для того, чтобы представить біографію Либкнехта въ такихъ широкихъ рамкахъ, надобно написать объемистую книгу. Здѣсь же мы ограничимся только сообщеніемъ нѣсколькихъ фактовъ изъ его, полной неутомимой дѣятельности и борьбы жизни, и, главнымъ образомъ, изъ того періода ея, въ теченіе котораго онъ воспитался и подготовился къ роли вождя германскихъ рабочихъ.

* * *

По своему рожденію и воспитанію, Либкнехтъ принадлежитъ къ буржуазіи и именно къ тѣмъ ея слоямъ, которые у насъ извѣстны подъ названіемъ „интеллигенція". Какъ я уже сказалъ, во времена его дѣтства и юности, въ Германіи господствовало монархическое и полицейское самовластіе, отъ котораго больше всего страдали, конечно, низшіе городскіе классы да деревенскія массы, находившіяся сверхъ того, подъ гнетомъ помѣщиковъ; но терпѣли также и буржуазные классы, — торговцы, фабриканты, а въ особенности образованные ихъ слои, врачи, адвокаты, учителя, профессора и учащаяся, по преимуществу, университетская молодежь. Вслѣдствіе этого, буржуазія вообще, а интеллигенція въ особенности, проникнута была духомъ недовольства и оппозиціи. Наиболѣе благородныя натуры и горячія головы изъ интеллигенціи проникнуты были сочувствіемъ къ народнымъ страданіямъ, мечтали о такихъ общественныхъ порядкахъ, при которыхъ не было бы мѣста неравенству и несправедливости и старались даже распространять свои революціонныя и социалистическія идеи среди рабочихъ. Внутри самой Германіи пропаганда эта велась, конечно, тайно, подъ страхомъ строжайшихъ наказаній. Но нѣмецкіе рабочіе, главнымъ образомъ, молодые подмастерья, имѣли тогда обыкновеніе перекочевывать изъ одного города въ другой и даже изъ одной страны въ другую. Благодаря этому обстоятельству, нѣмецкихъ рабочихъ въ 40-хъ и 30-хъ годахъ можно было встрѣтить сотнями не только въ Швейцаріи, Франціи, Бельгіи, сосѣднихъ съ Германіей странахъ, но даже и въ Англіи. Во всѣхъ этихъ государствахъ уже до революціи 1848 г. были конституціонные порядки, дававшіе рабочимъ большій или меньшій просторъ для саморазвитія и самодѣятельности. Туда направили свои главныя усилія тѣ изъ нѣмецкихъ социалистовъ и революціонеровъ, которые стремились вызвать среди рабочихъ сознательное недовольство существующими порядками. Свободныя политическія учрежденія и антиправительственная и социалистическая агитація туземныхъ оппозиціонныхъ пар-

El imperialismo

Así, pues, el resumen de la historia de los monopolios es el siguiente: 1) 1860 a 1880, punto culminante de desarrollo de la libre competencia. Los monopolios no constituyen más que gérmenes apenas perceptibles. 2) Después de la crisis de 1873, largo período de desarrollo de los cárteles, los cuales sólo constituyen todavía una excepción, no son aún sólidos, todavía representan un fenómeno pasajero. 3) Auge de fines de siglo XIX y crisis de 1900 a 1903: los cárteles se convierten en una de las bases de toda la vida económica. El capitalismo se ha transformado en imperialismo.

(Lenin, "El imperialismo, fase superior del capitalismo", *Obras Completas*, Buenos Aires, Cartago, 1960, t. XXII.)

Proclama del Comité Militar Revolucionario

¡Ciudadanos de Rusia!
El gobierno provisional ha sido derrocado. El poder ha pasado a manos del Comité Militar Revolucionario, órgano del Sóviet de Diputados Obreros y Soldados de Petrogrado, que se encuentra a la cabeza del proletariado y de la guarnición de Petrogrado.
La causa por la que el pueblo se ha lanzado a la lucha —proposición inmediata de una paz democrática, abolición de la gran propiedad de la tierra, control de la producción por los trabajadores, creación de un gobierno soviético— ha triunfado definitivamente.
¡Viva la revolución de los obreros, soldados y campesinos!
El Comité Revolucionario del Sóviet.
de Diputados Obreros y Soldados de Petrogrado.

(Citado por John Reed en: *Diez días que conmovieron al mundo*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1973.)

Marx y Lenin

El estilo de Marx, rico y flexible, y en cuya fuerza y flexibilidad se combinan la cólera y la ironía, la agudeza y la elegancia, denota también el substratum ético y literario de toda la antigua literatura socialista alemana desde la Reforma y aún antes. El estilo literario y oratorio de Lenin es extremadamente sencillo, ascético, como toda su manera de ser. Pero este fuerte ascetismo no conserva vestigio alguno de sermón moral. Y no se crea que es así por obedecer a un principio, a un sistema premeditado, puesto que no hay en él la menor afectación; su modo de presentarse es sencillamente la expresión exterior de la concentración interna de fuerza para la acción. Obedece a un imperativo económico de la misma índole que el que siente el campesino, pero mucho más fuerte.
Marx entero está contenido en el *Manifiesto Comunista*, en el prólogo de su *Crítica*, en *El Capital*. Aun cuando no hubiese sido el fundador de la Primera Internacional, siempre hubiera sido lo que es. Lenin, en cambio, se dedica desde luego a la acción revolucionaria. Sus obras son simples ejercicios preparatorios de la acción. Aunque no hubiese publicado un solo libro hubiera aparecido en la historia como aparece hoy: como el jefe de la revolución proletaria, el fundador de la Tercera Internacional.

(L. Trotsky, *Imágenes de Lenin*, México, Era, 1970.)

La Duma y la táctica revolucionaria

En pleno ascenso revolucionario, la táctica de Lenin frente a la convocatoria de la Duma fue promover el *boicot* al "organismo representativo". Se trataba entonces de evitar que el proceso fuera desviado del cauce de la lucha de clases al de la Constitución monárquica. La propaganda del boicot activo que hacían los bolcheviques consistía justamente en *elegir un camino para la lucha,* contando con el formidable ascenso revolucionario.
Ahora bien, después de la derrota de la insurrección de Moscú la cuestión se planteó en otros términos. Es cierto que la situación no cambió radicalmente de un día para otro, pero estaba claro que el signo del proceso se había invertido. La contrarrevolución levantó la cabeza y anuló la Segunda Duma convocada en 1906, la que en realidad ni llegó a funcionar. Pero en noviembre de 1907, fue convocada una Tercera Duma mediante una ley electoral que favorecía considerablemente la representación de las clases dominantes. La cuestión provocó una aguda discusión en la socialdemocracia rusa.
Lenin argumentó entonces la necesidad de participar en la Tercera Duma, abandonando la consigna del boicot. El problema se planteó como el centro de la táctica revolucionaria. El Partido de los Socialistas-Revolucionarios, partido pequeño burgués populista que tenía gran influencia en el campesinado, levantaba la consigna del boicot aduciendo el carácter reaccionario de la ley electoral. En los medios socialdemócratas la consigna también encontró amplia repercusión.
Lenin sale a combatir abiertamente esta tendencia y lo hace dando una lección de táctica. No se trata para Lenin de dis-

cutir en términos de abstenerse o no abstenerse, lo cual considera "que es un planteamiento liberal, de una mezquindad filistea y carente de contenido revolucionario". Se trata de apreciar la situación objetiva tal cual se da. "La condición del éxito del boicot era el ascenso revolucionario amplio, rápido, poderoso y general. En todos los sentidos, la situación hacia el otoño de 1907 no plantea en modo alguno la necesidad de tal consigna ni la justifica [. . .]. Sin renunciar de antemano a la aplicación de la consigna del boicot en los momentos de ascenso, cuando pueda surgir una seria necesidad de ella, debemos dedicar ahora todas nuestras fuerzas a tratar de convertir, mediante una influencia directa e inmediata, tal o cual ascenso del movimiento obrero en un movimiento revolucionario general y amplio de ofensiva contra la reacción en su conjunto y contra sus pilares."

En otro lugar, respondiendo a los que se quejan del camino zigzagueante de la historia, Lenin afirma que la actitud del marxismo ante tales zigzagueos es la misma actitud que ante los compromisos. "El marxisno no renuncia de antemano a los compromisos; considera necesario aprovecharlos, pero ello no impide en modo alguno que el marxismo, como fuerza histórica, viva y actuante, luche con toda energía contra los compromisos. El que no sabe comprender esta aparente contradicción es que no conoce el abecé del marxismo."

La reacción política e ideológica

Los años de reacción (1907-1912) no sólo debilitaron las luchas de la clase obrera, sino que también rebajaron el nivel ideológico adquirido. La lucha de Lenin en este período se centra fundamentalmente en el plano ideológico, en defensa de las conquistas teóricas que concentraban la experiencia y la tradición del movimiento revolucionario. En el calor de ese combate escribe *Materialismo y empiriocriticismo,* brillante defensa del materialismo dialéctico y del materialismo histórico.

En 1908 habían aparecido una serie de ensayos que pretendían revisar los fundamentos filosóficos del marxismo. Entre ellos, una recopilación de artículos bajo el título *Ensayos sobre la filosofía del marxismo.* Después de leerlos Lenin escribió a Gorki: "He leído todos los artículos de la recopilación menos el de Suvórov (que estoy leyendo ahora) y cada uno de ellos me ha hecho temblar de indignación. ¡No, eso no es marxismo!"

Materialismo y empiriocriticismo fue el arma de combate ideológico plasmada para rebatir a los tergiversadores del marxismo. Lenin demuestra que éstos no hacen otra cosa más que resucitar los viejos argumentos del idealismo filosófico. No hay nada "nuevo" en los críticos del materialismo dialéctico. En un pasaje sintetiza con respecto a la discusión acerca de la teoría del conocimiento: "El punto de vista de la vida, de la práctica, debe ser el punto de vista primero y fundamental de la teoría del conocimiento. Y conduce infaliblemente al materialismo, apartando desde el comienzo mismo las lucubraciones interminables de la escolástica profesoral. Naturalmente, no hay que olvidar aquí que el criterio de la práctica no puede nunca, en el fondo, confirmar o refutar *completamente* una representación humana, cualquiera que sea. Este criterio también es lo bastante "impreciso" para no permitir a los conocimientos del hombre convertirse en el "absoluto"; pero, al mismo tiempo, es lo bastante preciso para sostener una lucha implacable contra todas las variedades del idealismo y del agnosticismo".

La preocupación por los fundamentos filosóficos del marxismo se hizo más intensa en Lenin.

"El imperialismo es la antesala de la revolución social del proletariado."

Ante los problemas que la guerra de 1914 plantea en el seno del movimiento obrero internacional, Lenin hace un llamado al proletariado para convertir a la contienda interimperialista en una guerra civil contra la burguesía.

En los años posteriores realizó un enorme trabajo teórico estudiando las obras de Hegel. Es indudable que para entonces la concepción de la dialéctica, como una mera "teoría de la evolución", tal cual la habían popularizado Kautsky y Plejánov, le resultaba unilateral y dogmática.

La ruptura de 1914 con Kautsky y los líderes de la Segunda Internacional lo impulsó a revisar su propio bagaje teórico.

Así, reelaboró en el estudio de Hegel y de lo que Marx y Engels habían realizado sobre Hegel en su tiempo una visión mucho más rica y profunda del método dialéctico. En ese período escribe una breve biografía de Marx, muy densa, donde dice: "La dialéctica hegeliana, o sea, la más universal, rica de contenido y profunda doctrina del desarrollo, era para Marx y Engels la mayor adquisición de la filosofía clásica alemana. Toda otra fórmula del principio del desarrollo, de la evolución, parecíales estrecha y pobre, que mutilaba y desfiguraba la verdadera marcha del desarrollo en la naturaleza y en la sociedad (marcha que a menudo se efectúa a través de saltos, catástrofes y revoluciones)".

De aquel intenso trabajo surgirá, además, otra de sus obras fundamentales: los *Cuadernos filosóficos*. En sencillos cuadernos escolares, en forma de notas, resúmenes, signos, Lenin elaboró uno de los más profundos textos sobre el materialismo dialéctico. La reflexión de Lenin al respecto formaba parte indisoluble de su quehacer político. No hubiera podido realizar su obra sin esta identificación profunda con la concepción materialista y dialéctica de la historia.

Lenin y la guerra

El estallido de la Primera Guerra Mundial marca un momento culminante de su vida. La capitulación de los principales partidos socialdemócratas ante sus respectivas burguesías se convirtió en la debacle de la Segunda Internacional. En aras de una supuesta "defensa de la patria" los líderes socialistas contribuyeron a llevar a millones de trabajadores a los campos de batalla.

Lenin escribe entonces *El socialismo y la guerra* y *La bancarrota de la Segunda Internacional*, donde desnuda la raíz social de la traición de la dirección socialdemócrata internacional. El período relativamente pacífico que va de 1871 a 1914 había alimentado una poderosa corriente oportunista. La colaboración de clases, la renuncia a la acción revolucionaria, la ilusión en la transformación pacífica del capitalismo mediante reformas, habían tenido en esos años su máxima expresión. La socialdemocracia se negaba a sí misma: "El socialchovinismo (socialismo de palabra, chovinismo de hecho) es la culminación del oportunismo".

1914 señala el punto de ruptura de Lenin con los líderes de la Segunda Internacional, y particularmente con Kautsky, a quien había respetado hasta poco antes como uno de los maestros del marxismo. La ruptura no es sólo espiritual y política; también romperá en el terreno de la organización. Lenin lanza el llamado para constituir una nueva Internacional revolucionaria. "La Segunda Internacional ha muerto. ¡Viva la Tercera Internacional!", afirma.

En plena guerra mundial, Lenin y un puñado de socialistas internacionalistas, como comenzaron a denominarse, realizaron importantes reuniones para mantener la continuidad del hilo histórico. Zimmenwald (1915) y Kienthal

(1916), en la Suiza neutral, fueron escenario de las primeras conferencias realizadas por la nueva tendencia, surgida dialécticamente de la bancarrota de la Segunda Internacional. En ellas la posición de Lenin aparece clara e intransigente. No sólo se pronuncia contra la guerra, sino que preconiza la derrota del propio país como el mal menor para el proletariado, llamando a transformar la contienda imperialista en una guerra civil contra la burguesía.

El imperialismo

Por otra parte, Lenin estudia las causas económicas que han conducido al capitalismo a la catástrofe mundial. En *El imperialismo, fase superior del capitalismo* concentra sus análisis y conclusiones. Retomando las ideas fundamentales de *El capital* —que demuestran cómo la libre empresa engendra inevitablemente la concentración de la producción y cómo ésta en una determinada etapa engendra el monopolio— Lenin estudia un fenómeno que no pudo ser analizado por Marx, por cuanto no existía en su tiempo: el del capitalismo en su fase monopolista.

Otros autores habían incursionado en el tema (Hobson, Hilferding), pero sin profundizar la esencia económica del fenómeno y, fundamentalmente, sin deducir la conclusión revolucionaria que se desprendía del análisis: "El imperialismo es la antesala de la revolución social del proletariado".

El mundo unificado definitivamente en la etapa imperialista, sometido a una realidad superior que es el mercado mundial, determinaba para Lenin, además, la necesidad de formular una estrategia y una táctica para el proletariado a escala internacional. La Segunda Internacional tenía una concepción del "socialismo nacional", así como tenía un programa "mínimo" de reivindicaciones económicas (reformista) y otro programa "máximo" de socialismo, del que se acordaba sólo en los días de fiesta. 1914 planteó, en cambio, la necesidad de poner a la orden del día la consigna del derrocamiento mundial del sistema capitalista y de someter la táctica a la estrategia de la lucha por el poder.

La cuestión nacional y colonial

La guerra planteó también el problema nacional y colonial con tremenda fuerza. Naciones y pueblos oprimidos, arrastrados por el torbellino de los acontecimientos, levantaron su voz exigiendo la liberación nacional. Millones y millones de seres humanos, incorporados violentamente a la civilización capitalista, pasaron de la flecha al fusil sin transición y no tardaron en aprovechar ese conocimiento para romper con las cadenas coloniales.

En el este de Europa (Rusia, los Balcanes) y en Asia, la cuestión se tornó candente. Lenin comprendió rápidamente la importancia del problema para el socialismo.

En sus escritos sobre el tema reivindica el "derecho de las naciones a su autodeterminación" y señala la importancia de distinguir claramente las naciones opresoras de las naciones oprimidas. De ahí deduce las tareas del proletariado internacional, la solidaridad activa que debe llevar el movimiento obrero de los países avanzados en apoyo a los pueblos oprimidos. Al mismo tiempo, precisa el concepto de la guerra en el mundo contemporáneo: hay guerras imperialistas y guerras revolucionarias. En caso de una guerra entre un país opresor y un país colonial, el proletariado debe apoyar a este último en contra de su propia nación.

También afirma Lenin que en las naciones oprimidas los socialistas deben apoyar al movimiento democrático burgués, impulsando a sus sectores más revolucionarios. Pero no va más allá y se cuida bien de mantener separadas las banderas. "La política del proletariado en la cuestión nacional (como en todas las demás cuestiones) sólo apoya a la burguesía en una dirección determinada, pero nunca coincide con la política."

La Revolución Rusa de 1917

En febrero de 1917 estalló la Revolución Rusa. Fue una respuesta desde abajo al yugo insoportable del régimen zarista, puesto a luz en toda su miseria por la guerra mundial. La derrota del ejército ruso, el hambre, las privaciones de todo tipo, exacerbaron en las masas el sentimiento de rebelión.

En Petrogrado, principal ciudad industrial y centro político del país, una huelga de obreras textiles, realizada como protesta por la falta de pan, se convirtió en detonante de la situación. Era el 23 de febrero, según el viejo calendario. El movimiento de protesta se transformó en una huelga general. Las masas ganaron las calles, confraternizaron con los soldados, ocuparon los barrios obreros, al grito de "¡Pan!", "¡Abajo la guerra!" y "¡Abajo la tiranía!"

Las clases dominantes intuyeron la gravedad de la situación, Nicolás II renunció al trono con la esperanza de salvar la monarquía. Se constituyó un primer gobierno con el príncipe Lvov. Los partidos de la burguesía liberal y los terratenientes procuraron mantener a flote el régimen haciendo algunas concesiones.

Pero el proceso revolucionario tenía una dinámica propia. Desde el comienzo del movimiento resurgieron por todos lados los sóviets —Congresos de obreros

y soldados— creados en 1905. La memoria colectiva de las masas había atesorado la experiencia. No obstante, en el proceso de la Revolución de Febrero el Comité Ejecutivo de los Sóviets se constituyó con mayoría predominante de mencheviques y social-revolucionarios. Estos partidos socialistas moderados se pronunciaron en apoyo al gobierno provisional, aunque sin integrarlo.

Los acontecimentos se precipitaron. La resolución de continuar la guerra mostró bien pronto el carácter de clase del nuevo gobierno. Las masas se radicalizaron. En el proceso de febrero a octubre los socialistas moderados perdieron la confianza obrera. El partido bolchevique ganó la mayoría en los sóviets y se lanzó a la insurrección.

Es importante una reflexión sobre la dinámica de este proceso. Como hemos visto, el movimiento comenzó con una sencilla reivindicación: la protesta por el pan. En el curso de una semana se transformó en revolución. ¿Qué fuerza constituyó el impulso de este movimiento? Es indudable que una explicación limitada la *espontaneidad* de las masas no satisface completamente.

El concepto mismo de espontaneidad es relativo. En la medida en que ningún partido u organización propició la huelga general en los días previos al 23 de febrero puede hablarse de un movimiento espontáneo, al menos aparentemente: surgió desde abajo, desde las fábricas y barrios obreros. Pero ese movimiento no tuvo nada de inconsciente. La masas que padecían una situación insoportable comprendieron y elaboraron la necesidad de la rebelión. Esta fue su "iniciativa histórica", aquello que Lenin va había observado en la revolución de 1905.

Los sóviets se constituyeron nuevamente sobre esta base. Recogían la tradición revolucionaria v la sistematización de la actividad que los bolcheviques y demás partidos habían plasmado en la etapa anterior. En febrero la clase obrera todavía no





Lenin durante una de sus vibrantes arengas; a la derecha, Trotski.
Habiendo ganado la mayoría en el Congreso de los Sóviets, el partido bolchevique guió a las masas proletarias hacia la insurrección.

Dos imágenes de la guerra mundial. Los soldados rusos —carne de cañón de la inepta dirección zarista— confraternizaron desde el primer momento con los obreros en la organización de la revolución proletaria.

distinguía claramente, dadas las condiciones objetivas, las diferencias que separaban a los partidos que se reclamaban socialistas, pero tenía un pensamiento revolucionario.

La lucha de clases puso las cosas en su lugar. Cada partido asumió su verdadera fisonomía frente a las tareas de la revolución. Mencheviques y social-revolucionarios pasaron a integrar el gobierno burgués mientras los bolcheviques agitaban las consignas de "¡Pan, paz y tierra!" y "¡Todo el poder a los sóviets!"

Las masas apoyaron entonces al partido que mejor representaba sus intereses, al compás de la radicalización general del proceso. Eso explica la dinámica que llevó al partido de Lenin al poder. Y este marco explica el papel que le cupo a Lenin en la revolución.

Las cartas desde lejos

Los acontecimientos revolucionarios replantearon la discusión acerca del carácter de la revolución rusa. Los mencheviques mantenían su tesis de la revolución burguesa y encontraban en el gobierno provisional la perfecta encarnación de la democracia. La línea de *Pravda*, el periódico bolchevique editado en Rusia, no era más clara al respecto. En realidad, en el primer mes de la revolución, *Pravda* sostuvo frente a la posición que asumía Lenin desde Zurich, una línea más cercana a la conciliación con el nuevo gobierno.

Mientras tramitaba su inmediato regreso Lenin comenzó a escribir una serie de cartas de orientación al partido, en las cuales se manifestaba abiertamente contrario al apoyo al gobierno provisional. "Nuestra revolución es una revolución burguesa, y por eso los obreros deben apoyar a la burguesía", dicen los Potrésov, los Gvósdiev y los Chjeidze, como ya antes lo dijera Plejánov. "Nuestra revolución es una revolución burguesa, decimos nosotros, los marxistas, y por eso los obreros deben abrir los ojos al pueblo para que vea la mentira de los politicastros burgueses y enseñarle a no creer en las palabras, a confiar únicamente en sus propias fuerzas, en su propia organización, en su propia unión, en su propio armamento."

El 6 de marzo envía a los bolcheviques que regresan a Rusia un telegrama con un texto terminante: "Nuestra táctica: total desconfianza; ningún apoyo nuevo gobierno; sospechamos especialmente Kerenski; única garantía: armar proletariado; elecciones inmediatas para Duma Petrogrado; ningún acercamiento a otros partidos".

Al mismo tiempo analiza las tres fuerzas que caracterizan la situación política: 1) La monarquía, que ha sido abatida, pero aún no está destruída; 2) el gobierno provisional burgués, que quiere continuar la guerra imperialista y conciliar con la dinastía de los Romanov; 3) el sóviet de obreros y soldados, que es "el embrión del gobierno obrero, representante de los intereses de todas las masas pobres de la población, que quiere la *paz*, el *pan* y la *libertad*."

Lenin advierte claramente el fenómeno más importante de la revolución: el surgimiento de una *dualidad de poderes.* A partir de ese hecho determina las tareas del proletariado: pasar a la segunda fase de la revolución, al gobierno de los obreros y campesinos pobres. "Gobierno —dice— que debe organizarse según el modelo de los sóviets de diputados obreros y campesinos, es decir, debe liquidar y destruir por completo la vieja máquina del estado habitual en todos los países burgueses —ejército, policía, burocracia— reemplazándola por una organización del pueblo en armas que no sólo se limite a abarcar grandes masas, sino que comprenda al pueblo entero."





Testimonio de Zinóviev sobre Lenin y los días de octubre

Convencido de ello [de la corrupción del menchevismo y el socialismo revolucionario] Lenin, desterrado en Finlandia, envía una carta a nuestro Comité Central en la que dice: "Basta ya de perder el tiempo; hay que sitiar la Alexandrinka (la Conferencia Democrática se celebraba en el teatro Alexandrinsky), expulsar a ese grupo de bandidos y tomar el poder en nuestras manos".
Nuestro Comité Central no fue de la opinión de Lenin. A casi todos nos parecía que era demasiado pronto, que los mencheviques y socialistas revolucionarios tenían muchos partidarios todavía. Entonces Lenin, sin discutir más, abandona su retiro de Finlandia y, por su propia iniciativa, sin escuchar las recomendaciones de prudencia de nuestros amigos, viene a Petrogrado para predicar aquí la insurrección inmediata. Kerensky y Arkséntiev dictan orden tras orden de detenerle. Lenin, en la sombra, prepara la insurrección, fortalece a los débiles, alienta a los vacilantes, escribe, habla en favor de la acción más rápida. Y triunfa.
Hoy para todos es evidente que Lenin tenía razón. Si no hubiésemos tomado el poder en noviembre, en diciembre Savínkov y Paltchinsky nos hubieran aplastado. Ahora resulta claro. Pero entonces, se necesitaba la perspicacia de Lenin, su intuición genial, para decir: "Ni una semana más; hoy o nunca". Y era precisa la inflexible voluntad de Lenin para vencer todos los obstáculos y comenzar en el momento justo la más grande revolución de todos los siglos [...].
Yo os confieso que, si tengo que arrepentirme de algunas cosas de mi vida, no es de haber estado bajo la dirección de Lenin años enteros de trabajo, sino de haber creído algunos días de octubre que Lenin se precipitaba demasiado, que forzaba los acontecimientos, que se engañaba y que yo debía combatirle.

(Lenin, Apuntes biográficos redactados por Zinoviev en vida de Lenin. Tomado de Clara Zatkin, *Recuerdos sobre Lenin*, México, Grijalbo, 1968.)

El problema georgiano

NOTA DE LENIN A KAMENEX (PARA EL BURO POLITICO)

Declaro una guerra de vida o muerte al chovinismo de gran nación. No bien me libre de esa maldita muela me lo comeré con las que me queden.
Es *indispensable* insistir en que *presidan* por turno el C.E.C. de la Federación, un ruso, un ucranio, un georgiano, etc.
¡Indispensable!
De ustedes, Lenin.

(Escrito el 6 de octubre de 1922. Se publicó por primera vez en *Pravda*, el 21 de enero de 1937. Tomado de las *Obras Completas*, Buenos Aires, Cartago, 1960, t. XXXIII.)

Carta de Lenin a los comunistas georgianos

A P. G. Mdivani, F. E. Majaradze y otros.
Rigurosamente secreto.
A los camaradas Mdivani, Majaradze y otros.
Copia a los camaradas Trotski y Kamenev.
Queridos camaradas: Sigo con todo el corazón vuestro problema. Estoy indignado con la brutalidad de Ordzhonikidze y por la connivencia de Stalin y Dzerhinski. Prepararé para vosotros unos apuntes y un discurso.
Con estima, Lenin.
6 de marzo de 1923.

(Tomado del *Diario de las secretarias de Lenin*, Córdoba, Pasado y Presente, 1971.)

Las tesis y la conferencia de abril

Al día siguiente de su llegada a Petrogrado (4 de abril) Lenin presentó un breve texto conocido como las *Tesis de Abril*, sin duda uno de los documentos más importantes de la revolución.
Retomando las ideas que había expuesto en sus *Cartas* plantea la necesidad del derrocamiento del gobierno provisional, no como tarea inmediata, por la debilidad del partido en los sóviets, sino como un paciente trabajo de esclarecimiento de las masas. "Mientras estemos en minoría desarrollaremos una labor de crítica y esclarecimiento de los errores, propugnando, al mismo tiempo, la necesidad de que todo el poder del estado pase a los sóviets de diputados obreros [...]. No con el objetivo de una república parlamentaria —volver a ella desde los sóviets de diputados obreros sería dar un paso atrás—, sino [de] una república de los sóviets de diputados obreros, obreros agrícolas y campesinos, en todo el país, de abajo arriba."
Propone, entre otras tareas del partido, la celebración de un congreso en forma inmediata, el cambio de programa del partido y el cambio de su nombre. Las *Tesis de Abril*, están firmadas significativamente, a título personal. La resistencia que encontraron los planteos de Lenin en la propia dirección de su partido no fueron pocos.
En esos días escribe acerca de la dualidad de poder. "¿En qué consiste la dualidad de poder? En que junto al gobierno provisional, junto al gobierno *de la burguesía*, se ha formado *otro gobierno*, débil todavía, todavía en forma embrionaria, pero existente sin duda alguna y en vías de desarrollo: los sóviets de diputados obreros y soldados."
La revolución democrático-burguesa ya ha terminado, dice Le-

nin. "Quien plantee *al modo antiguo* el problema de la 'consumación' de la revolución burguesa sacrifica el marxismo vivo a la letra muerta." La consigna de "dictadura democrático-revolucionaria de obreros y campesinos" se ha resuelto en la vida, "ha resultado un *entrelazamiento de lo uno y lo otro*, un entrelazamiento extraordinariamente original, nuevo, nunca visto".

El 10 de abril termina de redactar las *Tareas del proletariado en nuestra revolución.* Dice: "nosotros queremos transformar el mundo. Nosotros queremos poner término a la guerra imperialista mundial [...] no se podrán poner fin con una paz verdaderamente democrática sin la más gigantesca revolución que conoce la historia de la humanidad: la revolución proletaria".

El 14 de abril comienzan las sesiones de la Conferencia extraordinaria del partido. Lenin tuvo que apelar a toda su autoridad y capacidad de persuasión para lograr la aprobación de sus tesis. Pero, aun así, el cambio de nombre del partido, al que Lenin daba tanta importancia, no fue aceptado. Recién en 1918 el VIII Congreso adoptó el nombre de Partido Comunista (bolchevique) Ruso.

La crisis en el partido no fue nada casual. Es que Lenin, como señala Christopher Hill, "puso sobre el tapete, ni más ni menos, que la entrega del poder político al proletariado; para Lenin la revolución ya no era simplemente una revolución burguesa ni creía, como en 1905, que el partido socialdemócrata debiera entrar en una coalición gubernamental revolucionaria". Todo lo que había de rutinario y conservador en el aparato partidario se aferraba al esquema del pasado y resistía el cambio.

Por el contrario, Lenin demostraba una vez más su profunda capacidad para percibir la dialéctica de la historia, no sólo a través de la comprensión teórica, sino pulsando el sentimiento de las masas. Se había preparado para ese momento durante veinte años de profundo y serio trabajo revolucionario.

La Conferencia de Abril marca el punto culminante de esta etapa de la historia del partido y de la actividad de Lenin. El rearme político de los bolcheviques les permitió marchar hacia la conquista del poder, no sin nuevas crisis y luchas internas. Este fenómeno en nada disminuye la fuerza histórica del partido de Lenin. Al contrario, es una muestra de su poderosa vitalidad. No en forma casual éste había puesto como epígrafe a *¿Qué hacer?* las palabras de Lassalle: "La lucha interior da al Partido fuerza y vitalidad; la prueba más grande de la debilidad de un partido es su dispersión y la desaparición de fronteras netamente marcadas; el Partido se fortalece depurándose."

El Estado y la revolución

En los ocho meses que van de febrero a octubre el partido afianzó considerablemente su relación con las masas, acrecentó sus filas y adquirió autoridad ante la población. En la medida en que el proceso giraba hacia la izquierda, bajo el impulso de las masas, estas reemplazaban a los elementos reformistas por los militantes bolcheviques en todos los organismos de masas (sóviets, comités de fábrica, regimientos, etc).

Sin embargo, después de las manifestaciones de julio todavía el gobierno provisional pudo disponer el arresto de los más prominentes líderes bolcheviques mediante calumnias (entre otras cosas, se decía que Lenin y los bolcheviques eran agentes alemanes). Al amparo del gobierno provisional, la contrarrevolución levantó entonces la cabeza: en setiembre se produjo la sublevación del general Kornílov, que marchó sobre Petrogrado. Pero la reacción combativa del proletariado y los sóviets, dirigidos por los bolcheviques, contuvo la

"El gobierno debe organizarse según el modelo de los sóviets de diputados obreros y campesinos, es decir, debe liquidar la vieja máquina del estado habitual en todos los países burgueses —ejército, policía, burocracia— reemplazándola por una organización del pueblo en armas que no sólo se limite a abarcar grandes masas, sino que comprenda al pueblo entero."

Los primeros años del poder soviético fueron tremendamente difíciles. Las potencias imperialistas apoyaron tenazmente a los focos contrarrevolucionarios pero el empuje del pueblo unificado superó cualquier obstáculo.

ofensiva y obligó al general reaccionario a retroceder. Petrogrado se salvó y los bolcheviques y las masas consolidaron lazos indestructibles.

Mientras tanto Lenin, en la clandestinidad, escribía su ensayo *El estado y la revolución*, donde realiza una prolija sistematización de las ideas de Marx y Engels sobre el estado. Reivindica las conclusiones fundamentales del marxismo: "Quien reconoce *solamente* la lucha de clases no es aún marxista, puede mantenerse todavía dentro del marco del pensamiento burgués y de la política burguesa. Circunscribir el marxismo a la lucha de clases es limitar el marxismo, tergiversarlo, reducirlo a algo que la burguesía no puede aceptar. Marxista sólo es el que *hace extensivo* el reconocimiento de la lucha de clases al reconocimiento de la *dictadura del proletariado*".

Retomando la experiencia de la Comuna de París, Lenin demuestra, siguiendo a Marx, que para el proletariado no se trata de tomar meramente el poder, sino que es necesario "destruir, demoler" la máquina del estado burgués y reemplazarla por un "estado de nuevo tipo", cuyo modelo es precisamente la Comuna de París. O sea, "el proletariado organizado como clase dominante". Al mismo tiempo, desarrolla el concepto de democracia burguesa y democracia proletaria, que retomará en textos posteriores.

El libro constaba en su plan original de siete capítulos, el último de los cuales, que no fue redactado jamás estaba consagrado al estudio de las experiencias de las revoluciones rusas de 1905 y 1917. En las palabras finales Lenin dice: "es más agradable y provechoso vivir la experiencia de la revolución que escribir acerca de ella".

La Revolución de octubre

Todavía tuvo Lenin que librar una dura batalla en el Comité Central de su partido para imponer la decisión de lanzarse a la conquista del poder. La situación era inmejorable. El 29 de setiembre escribía: "La crisis ha madurado. Está en juego todo el porvenir de la revolución rusa. El honor del partido bolchevique está en peligro. Todo el porvenir de la revolución obrera internacional por el socialismo está en juego. La crisis ha madurado . . ." Desde su refugio en Finlandia insiste una y otra vez sobre la necesidad de preparar la insurrección. "Ahora o nunca", dice. Escribe carta tras carta a sus camaradas en esa línea, amenaza nuevamente con la renuncia, reitera "Ahora o nunca: la dilación equivale a la muerte."

En los primeros días de octubre la crisis había alcanzado su clímax. En Petrogrado, Moscú y otras ciudades importantes los bolcheviques estaban al frente de los sóviets. Trotski había sido elegido presidente del sóviet de Petrogrado. Desde las fábricas crecía el clamor obrero exigiendo una definición. Kerenski intentó una nueva maniobra convocando un pre-parlamento, en sustitución de la Asamblea Constituyente exigido por los sóviets. Al mismo tiempo, el ejército alemán amenazaba con un avance sobre Petrogrado.

Lenin decidió regresar. Al día siguiente de su llegada, el 10 de octubre, se realizó una histórica sesión del Comité Central bolchevique. En su informe sobre la situación Lenin señala una vez más que la crisis está madura para organizar la insurrección y critica al C.C. por su vacilación al respecto. Las actas de la reunión consignan la posición de Lenin: "La situación internacional es tal que la iniciativa debe ser nuestra [. . .]. La mayoría está ahora con nosotros. Políticamente la situación es comple-

tamente propicia para la toma del poder". La mayoría aprueba la tesis de Lenin. Solo Zinóviev y Kamenév, los dos dirigientes más destacados después de Lenin, se manifiestan contrarios a la insurrección señalando que no existen condiciones para la victoria.

El Comité Central elige un buró político integrado por Lenin, Zinóviev, Kamenév, Trotski, Stalin, Sokolníkov y Bubnov.

El 16 de octubre Kamenév presenta su dimisión al partido. Poco después hace una declaración a un periódico burgués sobre sus discrepancias con la dirección bolchevique. "Jugarse todo eso [la suerte de la revolución] a la carta de la insurrección en los días más próximos significaría cometer un acto de desesperación." La declaración pone al descubierto que los bolcheviques preparan la insurrección a corto plazo.

La respuesta de Lenin no se hizo esperar: "Un partido que se respeta no puede tolerar esquiroles en su seno." Y propone la expulsión de sus dos antiguos compañeros, uno de los cuales, Zinóviev, había compartido con él durante diez años la lucha en el exilio. El Comité Central no acepta la moción de Lenin.

Las actas del Comité Central atestiguan con fuerza extraordinaria las discusiones en este período. Aparece la figura de Lenin con toda su estatura, desempeñando un papel insustituible en ese momento. Solo su autoridad política logró unificar la voluntad de la dirección bolchevique en dirección al poder.

En tanto, el Comité Militar Revolucionario del Sóviet de Petrogrado, presidido por Troski, trabajaba intensamente en las tareas de la insurrección. Se distribuyeron armas a los obreros, organizados en las Guardias Rojas, y se ultimaron los detalles técnicos. El edificio Smolny, donde funcionaba el partido bolchevique, bullía en gigantesca actividad.

En la noche del 24 al 25 de octubre la insurrección está en la calle. En principio se había resuelto llevarla a cabo el mismo día de inauguración del Congreso de los Sóviets, pero se decidió adelantar unas horas la acción para impedir sorpresas del enemigo. La toma del Palacio de Invierno, bajo la intimación del acorazado *Aurora* y el asalto de las Guardias Rojas fueron los pasos de la ocupación de Petrogrado. De la ilegalidad el partido bolchevique pasaba al poder.

Los pimeros años del poder soviético

El Congreso de los Sóviets, reunido en el salón de actos del Smolny, aclamó la revolución, eligiendo el primer gobierno soviético. El Consejo de Comisarios del Pueblo, como dio en llamarse, fue presidido por Lenin. Los mencheviques y socialistas revolucionarios habían abandonado el congreso, sufriendo una escisión de sus elementos de izquierda, que apoyaron a los bolcheviques.

Se suceden los grandes decretos de la revolución: la paz, la tierra, la abolición de la propiedad privada . . . La toma de Moscú, seis días después, consagra el triunfo revolucionario. Los bolcheviques se instalan en el Kremlin, sede del nuevo gobierno soviético.

Los primeros años del poder soviético fueron tremendamente difíciles. La contrarrevolución subsistía en grandes regiones de Rusia y las potencias imperialistas intervenían en su apoyo. El primer estado obrero del mundo tuvo que imponerse a través de un encarnizado combate por su sobrevivencia. El heroísmo, la energía revolucionaria, la conciencia socialista del proletariado, fueron su fuerza más poderosa. Esa fuerza tenía organismos donde expresarse: Los Consejos de Obreros, Soldados y Campesinos. La revolución había conmovido hasta los cimientos del país, imponiendo un sentimiento de igualdad que unificaba obreros, soldados y campesinos. No obstante, Lenin y los bolcheviques habían concebido siempre la revolución rusa como el prólogo de la revolución socialista mundial.

El apoyo del proletariado victorioso en alguno de los países más avanzados era fundamental para la sobrevivencia de la revolución en un país donde la población urbana apenas alcanzaba los 20 millones, sobre un total de 150 millones de habitantes. Para la clase obrera, que no llegaba a 5 millones, era una carga demasiado pesada. Los bolcheviques miraban ansiosos los síntomas de la proximidad de la revolución europea.

La perspectiva no era infundada. La guerra mundial había puesto la revolución a la orden del día en casi todos los países. En esas condiciones, los bolcheviques promovieron en marzo de 1919, el primer congreso de una Internacional revolucionaria. En 1920 el Ejército Rojo lanzó una ofensiva sobre Polonia en un intento para estimular la revolución, pero la empresa terminó en un fracaso.

En el resto de Europa el proletariado se levantó en armas reiteradas veces. En Alemania, en noviembre de 1918 y en enero de 1919 en Austria, en Hungría y Finlandia, donde logró hacer funcionar un gobierno soviético por un breve período; en Italia, Francia e Inglaterra se produjeron poderosas movilizaciones. Pero los débiles partidos comunistas, recién escindidos de la socialdemocracia, no lograron superar la crisis de la dirección obrera. El capitalismo logró capear el temporal y estabilizar relativamente su situación.

No obstante, las grandes movilizaciones y el peligro de estallido revolucionario impidieron a las potencias aliadas lanzarse a una intervención colectiva contra la Rusia soviética. De todos modos organizaron un cerco que aisló al estado obrero y apoyaron con todas sus fuerzas a los sectores contrarrevolucionarios que aún resistían.

Los sindicatos y el Estado obrero

Y entre tanto, incurriendo en esta falta de seriedad, el camarada Trotski comete por su parte un nuevo error. Resulta, según él, que la defensa de los intereses materiales y espirituales de la clase obrera no es de incumbencia de los sindicatos en un Estado obrero. Esto es un error. El camarada Trotski habla de "Estado obrero". Permítaseme decir que esto es vago en extremo. Se comprende que en 1917 escribiésemos sobre el Estado obrero, pero ahora se comete un error manifiesto cuando se nos dice: "¿Para qué y frente a quién defender a la clase obrera, si no hay burguesía y el Estado es obrero?" No se trata de un Estado completamente obrero, ahí está la clave. En esto consiste uno de los errores fundamentales del camarada Trotski. Ahora que hemos pasado de los principios generales al examen práctico y a los decretos, se nos quiere arrastrar hacia atrás, desviándonos de la labor práctica y positiva. Esto no es admisible. En nuestro país el Estado no es, en realidad, obrero, sino obrero y campesino. Esto en primer término. Y de ello derivan muchas cosas. (*Bujarin*: "¿Qué Estado? ¿Obrero y campesino?") Y aunque el camarada Bujarin grite desde atrás: "¿Qué Estado? ¿Obrero y campesino?", no le responderé. Quien desee, puede recordar el Congreso de los Sóviets que acaba de celebrarse y encontrará la respuesta.

Pero hay más. En el programa de nuestro partido —documento que conoce muy bien el autor de *El abecé del comunismo*— vemos ya que nuestro Estado es obrero con *una deformación burocrática*. Hemos tenido que colgarle —¿cómo decirlo?— esta lamentable etiqueta, o algo por el estilo. Ahí tienen ustedes la realidad del período de transición. Pues bien, dado el tipo de Estado que ha cristalizado en la práctica, ¿no tienen nada que defender los sindicatos?, ¿se puede prescindir de ellos para la defensa de los intereses materiales y espirituales del proletariado que se haya organizado en su totalidad? Esta sería una opinión completamente errónea desde el punto de vista teórico. Nos llevaría al terreno de las abstracciones o de un ideal que alcanzaremos dentro de quince o veinte años, aunque no estoy seguro de que lo alcancemos en ese plazo precisamente. Tenemos ante nosotros una realidad que conocemos bien si no perdemos la cabeza, si no nos dejamos llevar por disquisiciones pretendidamente intelectuales, por razonamientos abstractos, o por algo que a veces parece "teoría", pero que en realidad es un error, una falsa apreciación de las particularidades del período de transición. Nuestro Estado de hoy es tal que el proletariado organizado en su totalidad debe defenderse, y nosotros debemos utilizar estas organizaciones obreras para defender a los obreros frente a su Estado y para que los obreros defiendan nuestro Estado. Una y otra defensa se lleva a cabo a través de una combinación original de nuestras medidas estatales y de nuestro acuerdo y "vinculación" con nuestros sindicatos.

(Lenin, "Los sindicatos, el momento actual y los errores de Trotski, en *Obras Completas*, Buenos Aires, Cartago, 1960, t. XXXII.)

El Estado obrero

Con referencia a la discusión del 30 de diciembre, debo corregir también un error mío. Dije: "Nuestro Estado, de hecho, no es obrero, sino obrero y campesino". El camarada Bujarin exclamó al momento: "¿Cómo?" Y yo, en respuesta, lo remití al Octavo Congreso de los Sóviets, que acaba de celebrarse. Leyendo ahora las actas de la discusión veo que yo no tenía razón, que la tenía el camarada Bujarin. Yo hubiera debido decir: "El Estado obrero es una formulación teórica. En primer lugar, tenemos de hecho un Estado obrero con la particularidad de que en el país no predomina la población obrera, sino la campesina; y en segundo lugar, un Estado obrero con una deformación burocrática". El lector que quiera repasar todo mi discurso verá que esta corrección no cambio ni el desarrollo de mi argumentación ni mis conclusiones.

(Lenin, "La crisis del partido", en *Obras Completas*, Buenos Aires, Cartago, 1960, t. XXXII.)

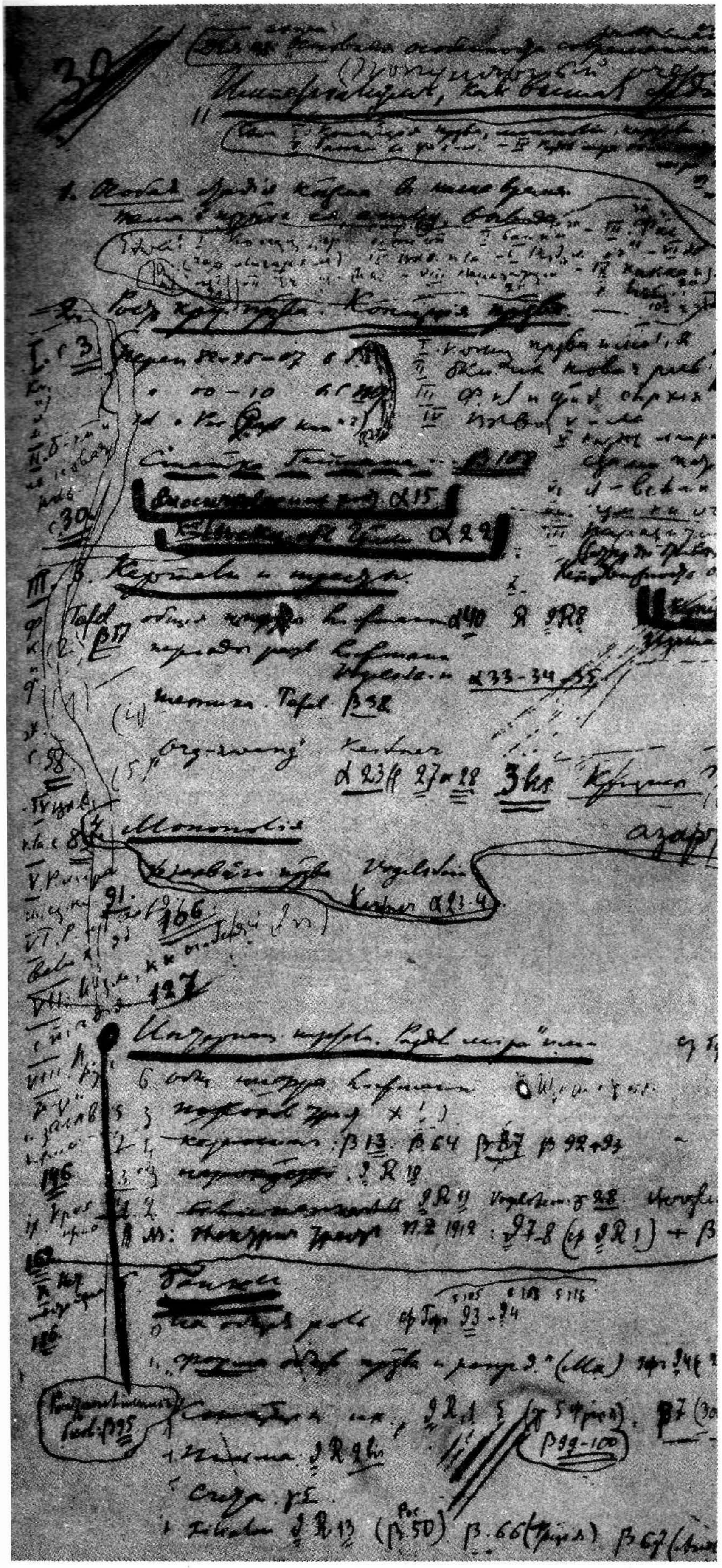
En el interior del estado soviético la situación era sumamente difícil. En un principio los bolcheviques habían intentado incorporar al gobierno a elementos socialrevolucionarios y mencheviques de izquierda, pero finalmente tuvieron que hacerse cargo por sí mismos de todo el poder. Desde la oposición, el partido socialrevolucionario y los mencheviques de derecha hicieron todo lo posible por frustrar la revolución. Algunos sectores pasaron a la acción directa, apelando nuevamente al terrorismo, pero ahora contra el poder soviético. Uritsky y Volodarski, dos miembros del Comité Central bolchevique, fueron asesinados, y el propio Lenin recibió tres balazos en un atentado. La crítica situación obligaba a los bolcheviques a extremar los recursos para sobrevivir.

Los sindicatos y el Estado obrero

En esa situación se produjo la polémica sobre los sindicatos que creó una grave crisis en el partido. La discusión tuvo a Lenin y Trotski como principales protagonistas. Ambos discutieron ardientemente en defensa de sus posiciones, en el ambiente de camaradería que existía en el partido. La discusión tuvo ribetes violentos, pero nunca dejó de ser fraternal. Lenin logró finalmente imponer su criterio, que era el correcto.

El planteo de Lenin consistía en la defensa del principio de la independencia de los sindicatos.

Aun en el estado obrero, argumentaba, los trabajadores necesitan defender sus intereses económicos de clase frente al aparato estatal. El papel de los sindicatos era diferente al que debían desempeñar en el capitalismo, donde objetivamente eran organizaciones que tendían al cuestionamiento del sistema, en la medida en que sus



Facsímil del manuscrito de los "Cuadernos sobre el imperialismo".

Lenin durante la exposición de sus "Tesis", 5 de abril de 1917, en las cuales propone un paciente trabajo de esclarecimiento de las masas, con miras a derrocar al gobierno provisional.

direciones fueran revolucionarias.

En el período de transición del capitalismo al socialismo, inaugurado por la Revolución de Octubre, los sindicatos debían ser una "escuela de comunismo", contribuir a la construcción del estado obrero, pero mantener firmemente su independencia. Lenin se opuso terminantemente a la intromisión del estado en la vida de las organizaciones obreras. En el ardor de la polémica afirmó que no se trataba de un "estado obrero", sino de un "estado obrero y campesino".

Poco tiempo después de la discusión, cuando ya se había impuesto la calma, Lenin precisa su posición, corrigiendo la calificación del estado soviético. Dice: "El estado obrero es una fomulación teórica. En primer lugar, tenemos de hecho un estado obrero, con la particularidad de que en el país no predomina la población obrera, sino la campesina; y, en segundo lugar, un estado obrero con una deformación burocrática". La discusión sobre los sindicatos fue el prólogo, en realidad, de un brusco viraje en la orientación general del partido.

El X Congreso del partido

La realización del X Congreso, en marzo de 1921, concentró la discusión de los problemas vitales de la situación internacional y nacional. Terminada la guerra civil la situación de la Rusia soviética era alarmante. Los daños producidos por la guerra y el cerco mundial amenazaban con asfixiar al estado obrero. La producción industrial era prácticamente nula, la desorganización de los transportes casi completa (funcionaba apenas un 40 % de las locomotoras, y en mal estado), la revolución internacional ya había dejado de considerarse inmediata y en las masas comenzaba a expresarse el cansancio y cierto sentimiento de desmoralización.

La guerra civil se había cobrado un alto precio. La clase obrera y el partido comunista habían soportado una terrible carga. Decenas de miles de los mejores militantes bolcheviques habían caído en los campos de batalla. El proletariado revolucionario de 1917 había sido objetivamente diezmado. Los sóviets, verdaderos centros de poder democrático socialista en los primeros años, comenzaban a dar señales de cierto anquilosamiento. En algunas regiones la contrarrevolución intentaba nuevamente reorganizarse. En plena realización del X Congreso estalló la sublevación de los marinos de Kronstadt bajo la consigna "Abajo la tiranía bolchevique". El congreso discutió la gravedad de la situación. Para Lenin era clara la necesidad de emprender una retirada, que debía realizarse en dos frentes: el económico y el político. Al mismo tiempo, la actividad fraccional de algunas tendencias internas en el partido bolchevique (la *Oposición Obrera*, entre otras) amenazaba la unidad del partido.

Lenin debió recurrir a un recurso extremo, proponiendo una resolución que prohibiera el funcionamiento de fracciones. El congreso aprobó la medida y disolvió las tendencias existentes. No obstante, la medida no implicaba suprimir la lucha política y la vida ideológica, y era, además, una decisión tomada con carácter transitorio.

Del comunismo de guerra a la NEP

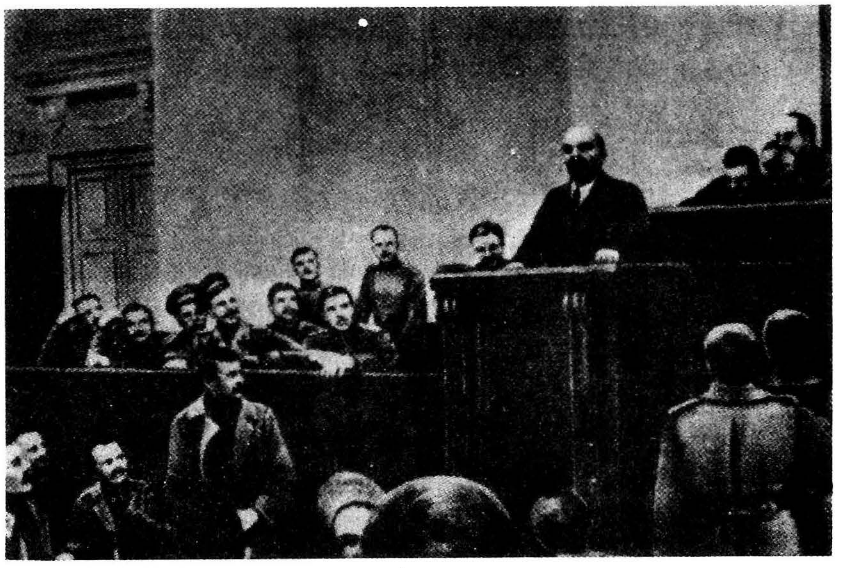
En el terreno económico el congreso aprobó la tesis de Lenin sobre la necesidad de adoptar una "Nueva Política Económica" (NEP), en reemplazo de la vieja, es decir, del llamado comunismo de guerra. Este había consistido en la estatización y planificación completa de la economía y la eliminación directa de

las normas de distribución burguesas.

La crisis económica la había puesto en cuestión, en tanto las ciudades no podían abastecer de productos industriales al inmenso país campesino. El peligro de una ruptura entre el proletariado y los campesinos se tornó acuciante. De ahí la nueva línea establecida bajo la orientación de Lenin. "No podemos construir el comunismo con nuestras propias manos", dice.

En esencia, la NEP consistía en el restablecimiento de la propiedad privada en la pequeña producción mercantil y la sustitución de las requisas forzosas en el campo por el pago en impuesto. Era un retroceso, y Lenin así lo planteó: "Es un tributo que el Estado obrero tiene que pagar a la burguesía mundial". La postergación de la revolución internacional obligaba a tomar esa medida con carácter transitorio. La estatización de los principales recursos y el monopolio del comercio exterior garantizaban el mantenimiento de las conquistas fundamentales de la revolución de octubre.

Lenin explica: "Sin embargo, dentro de los límites indicados, y mientras el transporte y la gran industria sigan en manos del proletariado, esto no representa peligro alguno para el socialismo. Al contrario, el desarrollo del capitalismo controlado y regulado por el Estado proletario (es decir, del capitalismo 'de estado' en *este* sentido de la palabra) es ventajoso y necesario (claro está que sólo hasta cierto punto) en un país de pequeños campesinos, extraordinariamente arruinado y atrasado, porque puede acelerar un desarrollo *inmediato* de la agricultura por los campesinos. Con mayor razón se puede decir lo mismo de las concesiones: sin desnacionalizar, el Estado obrero da en arriendo determinadas minas, bosques, explotaciones petrolíferas, etc., a capitalistas extranjeros, para obtener de ellos instrumental y máquinas suplementarias que nos permitan





Testamento de Lenin

CARTA DIRIGIDA AL COMITE CENTRAL
DEL PARTIDO COMUNISTA (B) DE LA URSS

Al recomendar la estabilidad del Comité Central quiero decir que se adopten medidas para impedir una escisión, hasta el punto en que estas medidas puedan adoptarse. El Guardia Blanco de *Russkaya Mysl* tenía razón cuando en su juego contra la Rusia Soviética contaba en primer término con la esperanza de una escisión en nuestro partido y esperaba, en segundo lugar, que esta escisión se produjera por graves discrepancias internas.

Nuestro partido se apoya en dos clases, lo cual hace posible su inestabilidad, y si no existe armonía entre ambas clases su derrumbamiento es inevitable. En tal caso sería inútil adoptar ninguna medida ni discutir, en general, la estabilidad de nuestro Comité Central. En tal caso, ninguna medida serviría para impedir una escisión. Pero confío en que este acontecimiento es demasiado improbable y demasiado remoto para ponerse a hablar de ello.

Creo que el factor fundamental en la cuestión de la estabilidad lo constituyen —desde este punto de vista— los miembros del Comité Stalin y Trotski. Las relaciones existentes entre ambos representan, a mi juicio, más de la mitad del peligro de esa escisión, que puede evitarse; esto puede conseguirse, a mi parecer, elevando a cincuenta o ciento el número de miembros del Comité Central.

Al pasar a ser secretario general, el camarada Stalin ha concentrado en sus manos un poder enorme, y no estoy seguro de que sepa emplearlo siempre con suficiente discreción. Por otra parte, el camarada Trotski, como lo ha demostrado su lucha contra el Comité Central a propósito de la cuestión del Comisariado de Vías de Comunicación, se distingue no sólo por sus excepcionales facultades (personalmente es, a buen seguro, el hombre más capacitado del actual Comité Central), sino también por su excesiva confianza en sí mismo y su propensión a dejarse atraer demasiado por el aspecto puramente administrativo de las cuestiones.

Estas distintas cualidades de los dos jefes más capacitados del actual Comité Central podrían conducir impensadamente a una escisión. Si nuestro partido no adopta medidas para evitarlo, la escisión puede producirse de modo inesperado.

No caracterizaré a los demás miembros del Comité Central por lo que respecta a sus cualidades personales. Unicamente he de recordar que el episodio de octubre de Zinóviev y Kaménev no fue en modo alguno casual; pero, al igual que el no bolchevismo de Trotski, no debe utilizarse como un arma personal.

Respecto de los miembros más jóvenes del Comité Central, diré unas palabras sobre Bujarin y Platákov. Ambos son, a mi juicio, las fuerzas más capacitadas entre los jóvenes, y por lo que a ellos respecta es necesario tener en cuenta lo siguiente: Bujarin es no sólo el teórico más valioso y más grande del partido, sino que puede considerárselo también, legítimamente, como el favorito de toda la organización; pero sus opiniones teóricas no pueden considerarse sino con grandísimas reservas como plenamente marxistas, pues tiene algo de escolástico (nunca ha asimilado la dialéctica ni creo que la haya comprendido nunca del todo).

Platákov es un hombre que se distingue indudablemente por su voluntad y su competencia; pero se entrega demasiado a la administración y al lado administrativo de las cosas para poder fiarse de él en una cuestión política seria.

Claro está que estas observaciones sólo tienen validez en el momento actual o en el caso de que estos dos competentes y leales obreros no encuentren ocasión de perfeccionar sus conocimientos y rectificar su espíritu unilateral.

25 de diciembre de 1922.

(La Carta al Congreso o Testamento de Lenin fue publicada por primera vez en occidente por el *New York Times*, en 1926. Existen varias ediciones en español, con algunas diferencias de traducción. Está incluido en Lenin, *Obras Completas*, Buenos Aires, Cartago, 1960, t. XXXVI.)

apresurar la reconstrucción de la gran industria soviética".

Se trataba de ganar tiempo, vencer el cerco mundial y construir los cimientos del Estado soviético, en tanto se esperaba un nuevo desarrollo de la revolución internacional. "La dictadura del proletariado impone una guerra enconada. El proletariado ha triunfado en un país, pero en la escala internacional sigue siendo débil. Debe unir en su derredor a todos los obreros y campesinos, infundiéndoles la conciencia de que la guerra no ha terminado."

Los problemas de la construcción del estado obrero y la situación internacional son el centro de toda la actividad teórica y práctica de Lenin en este período. Entre las obras más importantes que escribe se destaca *La revolución proletaria y el renegado Kautsky* y *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo.* Además, infinidad de artículos, resoluciones, discursos. Los informes en los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista quedan como modelo de estrategia y táctica revolucionaria.

En mayo de 1922 Lenin sufre un fuerte ataque de hemiplejia y pierde transitoriamente el habla y la movilidad de la pierna y el brazo derecho. El resto del año lo pasará en Gorki, un pequeño pueblo en las cercanías de Moscú, luchando tenazmente para recuperar su salud.

El último combate

En Gorki trata de seguir los principales problemas en debate. No es fácil hacerlo. Los médicos disponen reposo absoluto, y el buró político aplica la resolución. Sin noticias, diarios, prácticamente aislado, Lenin apela a todos los recursos para salir de esa situación. El *Diario* de sus secretarias ha quedado como un testimonio conmovedor sobre este período. Lenin llega a amena-



Nadezda Krúpskaia se dirige a un batallón de jóvenes guardias rojos. La labor desarrollada entre las masas por la compañera de Lenin simboliza la acción revolucionaria de todas las mujeres rusas.

"Nosotros queremos transformar el mundo. Nosotros queremos poner término a la guerra imperialista mundial, pero no se podrá poner fin con una paz verdaderamente democrática sin la más gigantesca revolución que conoce la historia de la humanidad: la revolución proletaria."

zar con negarse a continuar el tratamiento médico si continúa el aislamiento.

En los breves momentos que logra arrancar a los médicos para escribir dicta una cantidad de notas que resumen toda su preocupación. Son breves escritos de diez, quince minutos, como máximo. Se propone intervenir sobre la cuestión de las nacionalidades, el monopolio del comercio exterior y la reorganización del aparato administrativo del estado. Con respecto al primer problema, se alarma de la prepotencia "gran rusa" con que la dirección bolchevique había intervenido en Georgia, eliminando con métodos administrativos a los dirigentes del partido georgiano que se oponían a la centralización. En el segundo, combate duramente una resolución del comité central que anulaba prácticamente el monopolio del comercio exterior. En cuanto a la administración estatal, propone una reorganización completa, depurando el aparato administrativo de la Inspección Obrera y Campesina.

Al mismo tiempo, Lenin observa con creciente alarma los síntomas de escisión en la dirección bolchevique. No le preocupan las polémicas, que siempre existieron, sino los métodos solapados y desleales que advierte, sagazmente, se están utilizando entre bambalinas. Dicta entonces dos páginas a máquina, un breve texto que pasará a la historia con el nombre de *Testamento.* En él llama la atención sobre la posible derivación de los conflictos existentes en la dirección: el peligro de división del partido. Propone aumentar el número de miembros del Comité Central con 50 ó 100 obreros comunistas y otras medidas inmediatas. Después de analizar los distintas cualidades de los principales dirigentes del partido, recomienda mantener la "estabilidad" del comité central.

La primera nota está fechada el 23 de diciembre. El 4 de enero agrega una posdata proponiendo el reemplazo de Stalin en su cargo de secretario general.

En los primeros meses de 1923 Lenin parece estar en franca mejoría. Logra autorización de los médicos para aumentar las horas de lectura y dictado. Trabaja intensamente y elabora un verdadero programa para la reorganización del estado y del partido. Entre los documentos más importantes que escribe se destaca *más vale poco, pero bueno.*

Se propone intervenir en el próximo congreso del partido, para el cual prepara "una bomba", como dice su secretaria Fótieva. Se refiere al problema georgiano, que reviste la mayor gravedad. Lenin se ha enterado con indignación de que Ordjonikidze, enviado del CC a Georgia, ha golpeado en una discusión a uno de los dirigentes comunistas georgianos. Propone su expulsión del partido y exige que se le envíe un nuevo informe sobre la situación, poniendo en duda la objetividad de cuanto le han informado hasta ese momento.

Dicta una breve carta a los comunistas georgianos expresándoles su apoyo.

Pero su salud empeora nuevamente. El 7 de marzo sobreviene un nuevo ataque, del que ya no podrá recuperarse. El 10 de marzo tiene la mitad del cuerpo paralizado y ha perdido completamente el habla. La actividad política de Lenin cesa. El 24 se produce el trágico desenlace: a las 18 y 50 Lenin deja de existir.

La muerte de Lenin fue el golpe más duro que soportó la república soviética. En la etapa posterior, muchas de sus previsiones se cumplieron trágicamente.

Otras, sin embargo, corroboraron su optimismo y confianza en el triunfo de la revolución socialista. La Unión Soviética sobrevivió al cerco mundial pasando por las más duras pruebas de la historia. La historia demostró que las propuestas de Lenin y las bolcheviques no eran una utopía.



Bibliografía

Lenin, V. I. *Obras completas.* Buenos Aires, Cartago, 1957-1967.

Reed, John. *Diez días que conmovieron al mundo.* Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1973.

Hill, Christopher. *La Revolución Rusa.* Barcelona, Ariel, 1971.

Serge, Victor. *El año I de la Revolución Rusa.* México, Siglo XXI, 1967.

Carr, Edward I. *La revolución bolchevique (1917-1923).* Madrid, Alianza, 1972.

Los bolcheviques y la Revolución de Octubre. Actas del Comité Central del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso (bolchevique). Córdoba, Pasado y Presente, 1972.

Trotsky, León. *Imágenes de Lenin.* México, Era, 1970.

Krúpskaia, Nadezda. *Mi vida con Lenin.* Santiago de Chile, Ercilla, 1935.

Fótieva, L. *De la vida de Lenin.* Buenos Aires, Antes, 1965.

Diario de las secretarias de Lenin. Córdoba, Pasado y Presente, 1971.

Lewin, Moshé. *El último combate de Lenin.* Barcelona, Lumen, 1970.



Francia: socialismo y acción directa

Nidia R. Areces

A fines del siglo pasado la burguesía francesa adopta —frente a los avances del movimiento obrero— una política donde la violenta represión alterna con las concesiones demagógicas.

Dos momentos caracterizan al movimiento obrero francés en la etapa que va de la Comuna a la Primera Guerra Mundial: el primero corresponde a su resurgimiento, lento y dificultoso, después de la cruenta represión de 1871; el segundo a una nueva crisis en cuyo centro está su claudicación frente a los intereses de la burguesía que arrastran al conflicto bélico.

Este proceso de ascenso y de crisis se lleva a cabo en medio de dos polémicas fundamentales: una es la que se produce entre anarquistas y socialistas con respecto a la necesidad o no de que el movimiento obrero organizado participe en política; la otra es la que se produce entre las diferentes tendencias del socialismo partidario de la acción política y que enfrenta a los que abogan por tácticas revolucionarias con los que defienden los métodos reformistas y parlamentarios.

Esta etapa de organización sindical y política, de discusión ideológica y programática, se cumple en un contexto en el que adquieren valor fundamental tanto la crisis del movimiento internacionalista, es decir los conflictos surgidos en el seno de la Segunda Internacional, como la actitud ambivalente de la burguesía francesa, que adopta ante el movimiento obrero una política donde alternan la represión violenta con las concesiones a sus exigencias reivindicatorias. De ahí la aparición de ministros socialistas que apalean a militantes socialistas. De ahí, también, el fortalecimiento de la tesis del sindicalismo revolucionario que propone el apartamiento de la lucha política. (La reivindicación de éste de la huelga general se limitará a los objetivos económicos y mutualistas, con lo cual terminará sin cuestionar en su base al orden social causante de la explotación y la miseria de la clases populares.)

No aparece en el movimiento obrero francés durante esta etapa ninguna tendencia que exprese la tradición revolucionaria del marxismo. Pero en medio de sus contradicciones plasma una herramienta esencial para su lucha: la CGT. También durante esta etapa el proletariado expresa su voluntad de pesar políticamente al votar en forma masiva al socialismo en las diferentes elecciones. Los socialistas obtienen 52 bancas en 1906, 75 en 1910, 103 en 1914. Con semejante fuerza, pero volcados al parlamentarismo es la etapa de los duelos entre Clemenceau y Jaurés—, los socialistas deben encarar el conflicto bélico. Sus contradicciones se pondrán en evidencia cuando, a pesar del asesinato de Jaurés, su máximo dirigente, claudique ante la política de Clemenceau y la burguesía francesa.

Sin ningún grupo que cumpliera la función de los militantes de Espartaco en Alemania, el socialismo francés debió emprender un replanteo total una vez terminada la guerra. Pero la situación ya era otra: la Segunda Internacional se había derrumbado definitivamente mientras el triunfo de la Revolución Rusa iniciaba una nueva etapa.

La Tercera República francesa y el dominio de la burguesía

La Tercera República francesa, nacida en una hora de derrota nacional, sobrevivió hasta 1940. Ella señala el triunfo definitivo de los sectores financieros e industriales de la burguesía, los cuales arrastraron también a los sectores medios, temerosos ante los desbordes del proletariado. La Tercera República quedó así consolidada como un régimen burgués, medianamente estable y fuertemente centralizado, como "una república con instituciones monárquicas".

De 1871 a 1914 Francia siguió siendo un país en donde la eco-

Aunque en el período comprendido entre 1871 y 1914 Francia continuó siendo un país cuya economía dependía básicamente de la explotación agraria, el maquinismo fue generalizándose lentamente, modificando en forma gradual la situación del sector obrero.

nomía rural prevalecía sobre la industrial y la artesanía y los pequeños establecimientos predominaban sobre las grandes fábricas. Los rasgos característicos de la economía francesa eran el capital bancario, los intereses sobre los depósitos de los bancos, la pequeña propiedad mobiliaria e inmobiliaria y la sólida posición de la pequeña burguesía rural.

Los bancos franceses, que habían concentrado los depósitos de innumerables pequeños ahorristas, exportaban el capital en dimensiones gigantescas a otros países donde lo colocaban ya en forma de empréstitos gubernamentales y comunales, ya en establecimientos industriales privados y fiscales o en ferrocarriles. También se invirtieron durante esta etapa importantes sumas en empréstitos internos y en empresas francesas. Pero la producción industrial crecía en Francia de manera mucho más lenta que los capitales disponibles. En su expansión el capital francés no acrecentó tanto el número de obreros como la cantidad de pequeños y medianos depositantes, y a causa de esto fueron los bancos y la bolsa, más que los industriales, los que ejercieron mayor influencia en la política.

La gran burguesía que dominó durante el reinado de Luis Felipe y, con un cambio de equipo, bajo el Segundo Imperio, se hace dueña del poder después de la guerra de 1870. Pero luego de 1879 pierde el carácter político en manos de la pequeña burguesía republicana. Conserva, sin embargo, su influencia económica, en particular la financiera, a través de los bancos, de las compañías de ferrocarriles, de las compañías de seguros y de las grandes industrias de tipo moderno que van apareciendo. La clase obrera, por su parte, marcada todavía por las represiones de 1848 y 1871, se encontraba en una difícil situación, marginada y sin posibilidades en esa sociedad donde imperaba una especie de acuerdo tácito entre la burguesía y el campesinado.

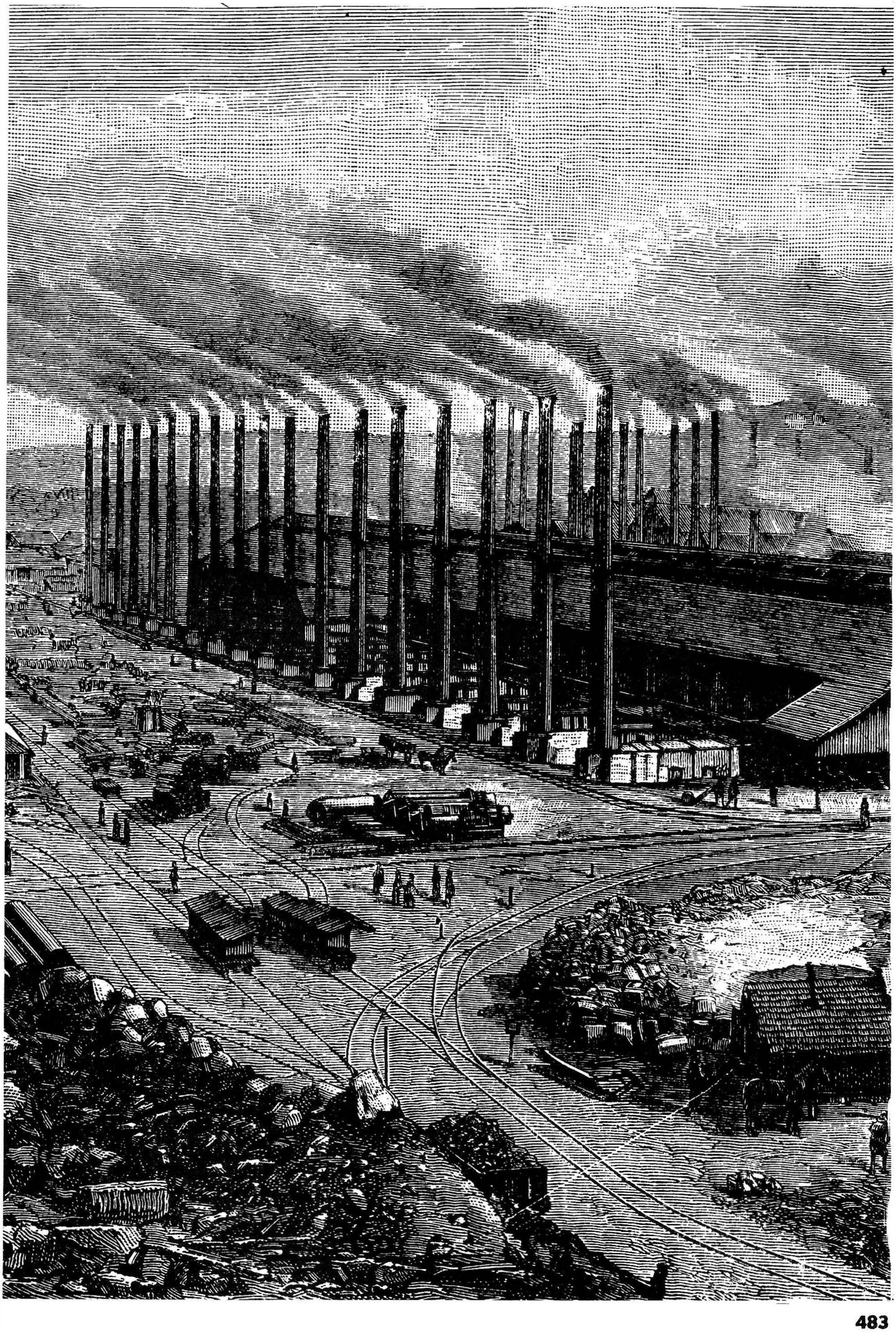
A medida que se avanza hacia fin de siglo la pequeña burguesía se radicaliza, se presenta como anticapitalista. Un anticapitalismo de clases medias y de productores independientes no ataca a la propiedad privada —considerada, por el contrario, como una garantía de independencia— sino a la concentración naciente de sociedades anónimas y sobre todo al capital financiero y bancario. Es un anticapitalismo conservador. Combate la Francia de las grandes empresas y defiende las formas precapitalistas del artesanado, del pequeño comerciante, del pequeño agricultor y de la pequeña empresa familiar. Esto explica su poco entusiasmo por el progreso técnico en cuanto factor de transformación de las estructuras y su temor a una gran influencia del estado.

El reverso de la "belle époque"

Para muchos este período —particularmente a fines del siglo XIX y comienzos del XX— es el de la "belle époque", con su vida fácil, sus placeres, su prosperidad. Pero esta denominación sólo hace referencia a una cara de una época, feliz para un grupo de privilegiados pero sombría para el proletariado, que afrontaba cotidianamente los problemas surgidos del desarrollo de la gran industria.

Si en 1870 Francia era todavía un país donde predominaba la estructura agraria, en 1914 ya había sufrido importantes transformaciones. El maquinismo se había generalizado y las inversiones realizadas en el curso del siglo XIX comenzaban a rendir sus frutos. Con ello, los cambios en las formas de trabajo modifican la situación del proletariado.

A medida que la industrialización avanza, particularmente en las grandes ciudades, nuevas generaciones obreras reemplazan



El Programa del Partido Obrero Francés

El Partido Obrero Francés data de 1880 y su programa es debido a la colaboración de Lafargue y Guesde, con la participación directa de Marx y Engels. El preámbulo del programa, en forma de considerandos, es obra de Marx y dice así: "Considerando que la emancipación de la clase productora es la de todos los seres humanos, sin distinción de sexo ni de raza; que los productores podrán ser libres solo en la medida que tengan la posesión de los medios de producción (tierras, fábricas, barcos, bancos, crédito, etc.); que no hay más que dos formas bajo las cuales los medios de producción les pueden pertenecer:

1º) La forma individual, que nunca existió como hecho general y que fue eliminando cada vez más el progreso social.

2º) La forma colectiva, cuyos elementos materiales e intelectuales están constituidos por el desarrollo mismo de la sociedad capitalista.

Considerando que esa apropiación colectiva no puede salir más que de la acción revolucionaria de la clase productora o proletariado, organizada con todos los medios a disposición del proletariado, inclusive el sufragio universal transformando así el instrumento de engaño que este ha sido hasta hoy en instrumento de emancipación.

Los trabajadores socialistas franceses, dándose como fin la expropiación política y económica de la clase capitalista y el regreso a la colectividad de todos los medios de producción, han decidido, como medio de organización y de lucha, ir a las elecciones con las reivindicaciones inmediatas siguientes:

Parte Política.

1ª) Abolición de todas las leyes sobre la prensa, las reuniones y las asociaciones, y sobre todo de la ley contra la Asociación Internacional de los Trabajadores. Supresión de la cartilla, esa matrícula vergonzosa de la clase obrera, y de todos los artículos del código que establecen la inferioridad del obrero ante el patrono y la inferioridad de la mujer ante el hombre;

2ª) Supresión del presupuesto de los cultos y vuelta a la nación de los bienes llamados de manos muertas, muebles e inmuebles, que pertenecen a las congregaciones religiosas (decreto de la Comuna del 2 de abril de 1871); inclusive todas las dependencias industriales y comerciales de esas congregaciones;

3ª) Supresión de la deuda pública;

4ª) Abolición de los ejércitos permanentes y armamento general del pueblo.

5ª) La Comuna dueña de su administración y de su policía.

Parte Económica.

1º) Descanso de un día por semana o prohibición legal para los patrones de hacer trabajar más de seis días por semana. Limitación legal de la jornada de trabajo a ocho horas para los adultos. Prohibición del trabajo en los talleres privados para los niños de menos de catorce años y para los de catorce hasta dieciocho años limitación de la jornada de trabajo a seis horas.

2º) Vigilancia protectora de los aprendices en las corporaciones obreras.

3º) Mínimo legal de los salarios, determinados cada año según el precio local de los artículos de consumo, por una comisión de estadística obrera.

4º) Interdicción legal para los patronos de dar a los obreros extranjeros un sueldo inferior al de los obreros franceses.

5º) A trabajo igual, salario igual para los obreros de ambos sexos.

6º) Enseñanza científica y profesional de los niños que están mantenidos por la sociedad, representada por el Estado y la Comuna.

7º) Los viejos y los inválidos del trabajo estarán a cargo de la sociedad.

8º) Supresión de la presencia de los patronos en la administración de las cajas obreras de socorros mutuos, de provisión, etc., devueltas a la gestión exclusiva de los obreros.

a los inmigrantes rurales de los comienzos. Estos obreros no conocen más que el horizonte urbano. Han sido y han crecido en medio de la civilización mecánica y técnica. Producto de los complejos industriales, son profundamente diferentes de los campesinos y artesanos. Pero a medida que se afianza la sociedad de masas aumenta la solidaridad. Una común miseria y una común esperanza unen a los trabajadores.

El proletariado industrial incrementa sus efectivos y desarrolla la conciencia de clase. Junto a él progresan nuevas categorías de asalariados, empleados en oficinas o en comercios. Estos pequeños burgueses pertenecientes al sector terciario vienen a aumentar la dependencia del trabajo respecto del capital.

La cuestión obrera, "la cuestión social", ha pasado al primer plano. Es tema de las conversaciones y motivo de temor para los poseedores. Al mismo tiempo, por encima de las fronteras, la voluntad de emancipación de los trabajadores se vuelve internacional.

Sobre la base del índice 100, para 1853, los salarios llegan a 150 en 1874, mientras el costo de vida asciende a 131. Por consiguiente la progresión de los salarios reales continúa a pesar de la fase de depresión. Pero no ha de verse en este aumento del poder de compra, posterior a 1850, el signo de una situación floreciente para los obreros. Una de las causas esenciales de la depresión es la insuficiencia del poder de compra a raíz de la explotación abusiva del obrero. Los salarios nominales van a aumentar entre 1874 y fin de siglo, y ante la estabilidad de los precios o su ligera baja —como sucede en 1895— se da un mejoramiento sensible de los salarios reales.

A partir de 1900 prosigue la marcha ascendente del salario nominal, mientras el salario real disminuye a raíz de la rapidez del alza de precios. Sin embargo, hay variaciones según los sectores de actividad. Muy mal retribuidos hasta ese momento,

Considerada como de inferior calidad, la mano de obra femenina era reservada para tareas que no requerían especial habilidad o destreza. Paralelamente, su abundancia era utilizada para mantener un bajo nivel de salarios.

9º) Responsabilidad de los patronos en los accidentes, garantizada por una fianza que entreguen en las cajas obreras y proporcionada al número de los obreros de la empresa, así como a los peligros presentados por ella.

10) Intervención de los obreros en los reglamentos especiales de los diferentes talleres; supresión del derecho usurpado por los patronos de castigar a sus obreros con multas o retenciones de sueldos (decreto de la Comuna del 27 de abril de 1871).

11) Anulación de todos los contratos enajenando la propiedad pública (bancos, ferrocarriles, minas, etcétera) y la explotación de todos los talleres del estado confiada a los obreros que trabajan en ellos.

12) Abolición de todos los impuestos indirectos y transformación de todos los impuestos directos en un impuesto progresivo sobre las rentas superiores a 3.000 francos; supresión de la herencia en línea colateral y de toda herencia superior a 20.000 francos."

(Transcripto por Amaro del Rosal en *Los Congresos Obreros internacionales en el siglo XIX. De la joven Europa a la Segunda Internacional*, México, Ed. Grijalbo, 1958.)



Portada del primer número de "El Socialista", "órgano central del Partido Socialista, sección francesa de la Internacional Obrera". Al pie de la página puede apreciarse el llamado a la agitación en favor de la jornada laboral de ocho horas.

los mineros ven mejorar su situación: 2 francos en 1850, 3,30 en 1881, 4,10 en 1895, 5,40 en 1911. Pero si de 1889 a 1914 los beneficios de las compañías se duplican, el salario del minero aumenta sólo un 20 %. Durante esta etapa los trabajadores textiles son los peor remunerados.

En la mayoría de los oficios el salario es reducido. En 1911, si los carpinteros y los hojalateros ganan 10 francos o más por día, los jornaleros deben contentarse con 4 ó 5 francos y las mujeres con 2 a 3 francos. No es raro que la costurera a domicilio trabaje quince horas para ganar 1,50 francos.

En una situación normal el obrero está sin empleo un 10 % del año y el desempleo implica en esta sociedad liberal la miseria a corto plazo. Las jornadas de trabajo de diez a doce horas, seis días a la semana, se repiten sin variación. El obrero no tiene jamás vacaciones, no sale del horizonte gris de las fábricas.

Una encuesta realizada entre familias obreras en 1898 en un barrio de París revela que la mayoría de ellas consagraba entre un sexto y la mitad de su renta al alquiler. Algunos sólo podían destinar 0,15 a 0,20 francos por cabeza y por día a la alimentación en momentos en que el kilo de pan costaba 0,25 francos, el kilo de carne 1,50 francos y el de azúcar 0,75 francos.

La mano de obra femenina era considerada de inferior calidad: se la reservaba para las tareas mediocres y estaba mal remunerada. La guerra desempeñará el papel de introductora de la mujer en la especialización profesional, lo que hasta ese momento se le había negado con la complicidad activa de los trabajadores masculinos, así como de los sindicatos, temerosos de la desocupación y de una merma de los salarios.

Las mujeres muestran especial interés por el trabajo en tiendas, despachos y, en cierta medida, por las profesiones liberales. La industria les resulta poco atrayente. En 1860 el comercio empleaba un 26 % de mujeres; en 1911 la proporción se ha elevado al 45 %. Los empresarios favorecen el reclutamiento de mano de obra femenina, la cual es escasamente remunerada. También en los servicios públicos administrativos asistimos a un rápido incremento: en 1866 las mujeres integraban el 11 % de los efectivos; en 1906, el 18 %, y, en 1921, el 27 %.

El renacimiento del movimiento obrero

Después de la sangrienta semana de mayo de 1871, Thiers había proclamado que el socialismo estaba muerto en Francia. Se equivocaba. El movimiento obrero pronto comienza a resurgir y los obreros forman sus primeros sindicatos: en 1875 existían ya 135. En 1876, cuando todavía los consejos de guerra seguían funcionando y los defensores de la Comuna caían fusilados, se celebró en París el primer congreso obrero.

Este congreso se reunió bajo los auspicios de los republicanos burgueses, quienes buscaban en los obreros apoyo contra los monárquicos pues en su primer período de existencia el régimen republicano se afianzó en medio de la lucha entre monárquicos y republicanos. Los acuerdos de este primer congreso obrero giraron en torno al régimen de cooperativas. Pero no era difícil ver que las cosas no pararían allí.

La gran industria fabril, que se había ido desarrollando lentamente desde principios de siglo, había crecido considerablemente después de 1870. Para ella se abrían grandes perspectivas: había que reparar los daños de la guerra, levantar el ejército y llenar el vacío que había ocasionado la pérdida de Alsacia, la provincia francesa industrialmente más desarrollada antes de 1870. En todas partes se cons-

21e ANNÉE — Série Nouvelle — N° 1 PARAISSANT LE DIMANCHE 7-14 MAI 1905

LE SOCIALISTE

Organe Central du Parti Socialiste (Section Française de l'Internationale ouvrière)

ABONNEMENTS :
FRANCE Trois mois, 1 fr. 50 ; Six mois, 3 fr. ; Un An, 6 fr.
ÉTRANGER : Six Mois, 4 fr. ; Un An, 8 fr.

LE NUMÉRO : 10 CENTIMES

RÉDACTION & ADMINISTRATION :
AU SIÈGE DU CONSEIL NATIONAL
16, Rue de la Corderie, 16. — PARIS

LE CONGRÈS D'UNITÉ

AUX LECTEURS anciens et nouveaux

Contrairement à l'usage, le Comité de rédaction remet au deuxième numéro de cette série nouvelle du *Socialiste* l'exposé de la façon dont il entendra s'acquitter de sa tâche.

L'espace nous est mesuré, car, avec le compte rendu, au moins sommaire, du Congrès, il est des choses dont on ne peut s'abstenir de parler.

Mais les conditions dans lesquelles l'unité socialiste s'est constituée comme conséquence du Congrès international d'Amsterdam, les discussions mêmes du Congrès d'unité et — on peut le dire aussi — le passé du journal, sont pour tous d'assez sûrs garants qu'il tiendra une place d'avant-garde dans la lutte incessante du prolétariat, en opposition constante et irréductible à la classe bourgeoise dans toutes ses fractions ainsi qu'à l'État qui en est l'instrument.

Nous comptons donc sur tous nos amis, dès à présent, pour travailler de toutes leurs forces à la diffusion et au développement du *Socialiste* organe central du Parti socialiste (section française de l'Internationale ouvrière).

LA RÉDACTION.

LE CONGRÈS D'UNITÉ

Nous ne pouvons, faute d'espace, donner ici qu'un résumé des travaux du Congrès. Il en sera publié, par les soins du secrétariat permanent du Congrès et de la commission administrative du Conseil national, un compte rendu complet, qui paraîtra en brochure.

Le Congrès d'unité s'est tenu les 23, 24 et 25 avril, dans la salle du Globe, 8, boulevard de Strasbourg, à Paris. 286 délégués y assistaient, représentant 329 mandats.

Les séances.

Le Congrès a tenu cinq séances, dont le bureau a été ainsi constitué :

Dimanche matin 23 avril. *Président* : Camélinat (Provence) ; *assesseurs* : Chauvin (Marne) et Willm (Hérault) ;

Dimanche après midi. *Président* : Marcel Cachin (Gironde) ; *assesseurs* : Gérard (Seine-et-Oise) et Albert Richard (Yonne) ;

Lundi matin 24. *Président* : Marcel Sembat (Seine) ; *assesseurs* : Cordé (Gascogne) et Cleuet (Somme) ;

Lundi après-midi. *Président* : Poisson (Basse-Normandie) ; *assesseurs* : Hassel (Nord) et Mailly (Somme) ;

Mardi matin 25. *Président* : Marcel Sembat ; *assesseurs* : Corgeron (Aube) et Nadi (Drôme et Ardèche) ;

Mardi après-midi. *Président* : Marcel Sembat ; *assesseurs* : Salembier (Nord) et F. Faure (Loire).

Les délégués.

AIN (3 mandats)
Copigneaux, Laurin, L. Revelin ;

AISNE (4)
Dufour, Dr Loddé, Ringuier, G. Rouanet ;

ALGÉRIE (2)
Goudchaux-Brunschwig, Chry ;

ALLIER (7)
Paul Constans, citoyenne Louise Guesde, Klein, Montusès, E. Paquier, Poulain, Dr Léon Thivrier ;

ALPES (2)
B. Étienne, Moreau ;

ANJOU-POITOU (2)
Maurice, Rebeillard ;

ARDENNES (4)
Ballet, Lassalle, Albert Orry, Albert Poulain ;

ARIÈGE (1)
Hubert Lagardelle ;

AUBE (8)
Boivin, Corgeron, Delmas-Renault, Lemasson, Mathis-Schneider, [illegible] Pedron, [illegible] Osmin, Villemin ;

AUDE (1)
Garrig ;

AUVERGNE (2)
Cipriani, A. Varenne ;

AVEYRON (1)
Citoyenne Sorgue ;

BOUCHES-DU-RHÔNE (6)
Cadenat, Paul Louis, Sixte-Quenin ;

BRETAGNE (2)
Dr Boyer, Goude ;

CHARENTE (2)
Monier, Vilot ;

CHARENTE-INFÉRIEURE (2)
Rateau, Tizon ;

CHER (6)
E. Bodin, Charnay, Gaulé, Henri Laudier, H. Mauger, Sellier ;

CORRÈZE (2)
A. Malaurie, Mazaud ;

CORSE (2)
Jegou, Steru-Maydieu ;

CÔTE-D'OR (3)
Barabant, Fleurot, Poignant ;

CREUSE (2)
V. Cope, Joseph Moreau ;

DORDOGNE (2)
Paul Faure, Pierre Myrens ;

DRÔME ET ARDÈCHE (3)
André, Moutet, Nadi ;

GARD (7)
Benier, Fournier, Jouve, Maurel, Pastre, Hubert Rouger, Dr Vauriot ;

HAUTE-GARONNE (2)
Hubert Lagardelle, Jean Rieux ;

GIRONDE (12)
Marcel Cachin, Cadenaule, Darenaudet, Dondicol, Dommergue, Gibaut, Huillet, Léo Lacoste, Ladevèze, Marquet, Renard, Sarda ;

GUADELOUPE (2)
Élie May, Weisskopf ;

HÉRAULT (7)
Benezech, Pierre Dormoy, Ch. Rappoport, Rudelle, Serre, Albert Willm ;

INDRE (4)
J. Dufour, Lecocq, O. Martinet, Melgrani ;

INDRE-ET-LOIRE (3)
Maurice Cauvin, Galouleau, Petiot ;

ISÈRE (5)
Brizon, Paul Grados, Dr Grether, Paul Mistral, citoyenne Roussel ;

JURA (2)
Coupette, Hoyer ;

LOIRE (9)
Augé, P. Bertrand, Aristide Briand, Charpentier, Conquis, Ferdinand Faure, Piger, Sagnol, Sabra ;

LOIRET (1)
Dr Leiteisen ;

LOT (1)
F. Espinas ;

LOT-ET-GARONNE (1)
Leflutte ;

MARNE (4)
Chartier, René Chauvin, Duval, A. Richard ;

HAUTE-MARNE (1)
André Morizet ;

MARTINIQUE (1)
Nelson ;

NIÈVRE (2)
Dariau, P. Roblin ;

NORD (47)
H. André, M. André, Bouchard, Bracke, Bramer, citoyenne Bruguière, Bruckère, Dr Cherechewski, Daly, Degay, Delannoy, G. Delory, Dr Desmons, Doizy, Dupy, Henri Durre, Escuelier, Jules Guesde, Halsteyn, Paul Lafargue, Lavey-Sorèses, Henri Lefebvre, Mauger, Jean Martin, Moissa, Monier, P. Norange, Dr Maurice Ordinaire, Ponsard, René Prévost, Pouvette, Julien Rasset, Remay, Lucien Roland, Rosalt, F. Roussel, Salembier, Selle, Van Torane, Vialatte, Vogt.

OISE (1)
Compère-Morel ;

PROVENCE (2)
Boré, Camélinat ;

[illegible] (1)
H. Le Page ;

BASSES-PYRÉNÉES (1)
Bouscarat ;

PYRÉNÉES-ORIENTALES (1)
[illegible] Lucien Deslinières, Jean Manalt, Yarza ;

HAUT-RHIN (1)
Émile Dumas ;

RHÔNE (8)
Collard, [illegible], Varenne, Léon Mathon, Fr. de Pressensé, F. Rognon, Vial ;

SAÔNE-ET-LOIRE (9)
Bouveri, Breton, Ph. Dessolin, Genevoix, [illegible], Louis Lucmond, Raquillet, Théo Vannier ;

SAVOIE (2)
Lacroix, Perrilat ;

SEINE (47)
Aufan, Bazin, Becker, Bernard, Bigot, Bizonnard, Lambert, Chéradame, Decamps, A. Depeanle, Dubois, Louis Dubreuilh, Ducos de la Haille, Dupont, Raoul Eymard, P. Fribourg, Gandrille, Goux, Grollet, A. Groussier, C. Guyot, O. Hervé, Ernest Lafont, Émile Landrin, J.-B. Lavaud, Lauche, Laurent, Le Gesne, Longuet, Malecot, Mario, Marmonnier, Mesnard, Paris, Pierre, Restiaux, Roche, citoyenne Saumoneau, Semanaz, Marcel Sembat, Albert Tanger, Teissier, Albert Thomas, Eug. Thomas, Éd. Vaillant, Walter, Voilin ;

SEINE-INFÉRIEURE (3)
Gotte, Prévost, Pierre Renaudel ;

SEINE-ET-MARNE (1)
E. Clévy ;

SEINE-ET-OISE (6)
Choret, Esteve, Gérard, Levasseur, Rebion, L.-J. Thuloup ;

DEUX-SÈVRES (4)
Maffert, Paul Pillot, Henri de La Porte, Usel ;

SOMME (4)
Cleuet, Lamoureux, Mailly, Verdez ;

SUD-OUEST (3)
Aucouturier, Deumié, Prévost ;

TARN (6)
Baudet, Léon Blum, F. Imbert, Jaurès, Roche ;

VAR (6)
Maurice Allard, Fillon, Nicault, P. Renaudel ;

VAUCLUSE (3)
Gabriel Bertrand, Hébrard, A. Vaillandet ;

VIENNE (3)
Georgel, Landais, Savariau ;

HAUTE-VIENNE (3)
Pierre Bertrand, Chauly, A. Pressemane ;

YONNE (7)
Benard, Gustave Hervé, Garnier, Goigoux, Meunier, Richard ;

GROUPES ISOLÉS (5)
Besombes, Giot-Gautrin, Martelet, Mongin, Réguier.

Rapport de la commission d'unification.

Le citoyen Louis Dubreuilh, au nom de la Commission d'unification, donne lecture du rapport suivant :

C'est moins un rapport que j'ai à vous présenter au nom de la Commission d'unification qu'un simple et bref rappel des faits.

En même temps que l'Internationale ouvrière réunie en Congrès, à Amsterdam, fixait les règles générales de la tactique socialiste, elle invitait, par une autre résolution, les prolétariats de tous les pays à réaliser nationalement leur unité, jugeant indispensable que dans tous les pays, en face des partis bourgeois, il n'y ait qu'un parti socialiste, comme il n'y a qu'un prolétariat.

Cette résolution était votée à l'unanimité et les deux sections françaises représentées affirmaient, l'une par l'organe du citoyen Éd. Vaillant, l'autre par l'organe du citoyen Pierre Renaudel, leur ferme intention de la mettre en pratique.

La première démarche pour cet objet [illegible]

[illegible] sa démarche précédente, résolu [illegible] à faire le plus rapidement possible le bloc socialiste avec tous ceux, d'où qu'ils viennent, qui sont prêts à répondre à l'appel de l'Internationale, et pour permettre aux pourparlers de s'engager, il nommait une délégation chargée de s'aboucher avec une délégation de la section qui, parallèlement avec la section du Parti socialiste de France, avait représenté la nationalité française à Amsterdam.

Le Parti socialiste français, directement saisi, faisait connaître à son tour qu'il était disposé à toutes négociations en vue de l'unité et constituait à son tour une délégation.

Les deux délégations se réunissaient à la date du 27 novembre.

Elles étaient composées de quinze membres pour l'une et l'autre des sections, à savoir : les citoyens Bouveri, Bracke, Chauvin, Cherechewski, Dubreuilh, Groussier, Guesde, Lafargue, Landrin, J. Martin, Pédron, Prévost, Roland, Sembat, Vaillant, pour le P. S. D. F. ; Briand, Cambier, Cardet, Cipriani, Devèze, Ducos de la Haille, Jaurès, Longuet, Orry, Marmonnier, de Pressensé, Rebins, Renaudel, Revelin, Viviani pour le P. S. F.

A cette première réunion, en quelque sorte préalable, les deux délégations décidaient la formation d'une Commission d'unification et avisaient à faire leur place dans cette Commission aux autres éléments socialistes (organisation et fédérations autonomes), c'est-à-dire au Parti ouvrier socialiste révolutionnaire et aux fédérations autonomes. 7 délégués au sein de la Commission étaient accordés à chacune des organisations nationales et un délégué à chacune des fédérations autonomes.

C'est sur cette base que se réunit la Commission d'unification, composée des citoyens Allemane, Bernard, Cordé, Doulut, O. Hervé, Lavaud, Lauche pour le P. O. S. R. ; Bracke, Chéradame, Constans, Delory, Dubreuilh, Lagardelle, Vannier pour le P. S. D. F. ; Briand, Jaurès, Longuet, Orry, de Pressensé, Renaudel, Revelin pour le P. S. F., Brunellière (Bretagne), Cadenat (Bouches-du-Rhône), Decamps (Somme), Desmons (Nord), Ferrero (Var), G. Hervé (Yonne), Willm (Hérault) pour les fédérations autonomes.

La Commission enregistra d'abord les déclarations écrites, apportées par chacune des organisations et où celles-ci formulaient les conditions auxquelles l'unité totale du socialisme français pouvait et devait à leur avis être réalisée en un parti de lutte de classe et d'opposition fondamentale à l'ensemble de la classe bourgeoise et à l'État, son instrument.

Ces déclarations se ressemblaient en un point — point essentiel — que l'unité ne pouvait être fondée que sur la base des résolutions des Congrès internationaux et notamment des plus récents, ceux de Paris (1900) et d'Amsterdam (1904). Aussi, un travail de raccordement et de mise au point devenait possible. C'est à ce travail que la Commission d'unification donna tous ses soins.

Saisie par une sous-commission composée des citoyens Allemane, Bracke, Briand, G. Hervé, Lavaud, Renaudel, Revelin, Willm, d'un projet de déclaration commune, elle aboutissait, dans sa séance du 30 décembre, à un texte définitif, subséquemment ratifié par chacune des parties contractantes, à l'exception de la fédération autonome du Nord qui suspendit son adhésion.

C'est cette déclaration que le Bureau international de Bruxelles enregistrait en sa séance du 15 janvier 1905, la considérant aussi la consécration du prolétariat international devenu garant du pacte passé entre tous les socialistes de France.

Voici le texte de ce document :

Les délégués [illegible] françaises [illegible] Parti [illegible] fédérations autonomes [illegible] du Rhône, de [illegible] Somme et de l'Yonne [illegible]

[illegible] respectives et leurs fédérations pour réaliser l'unité sur les bases indiquées par le Congrès international d'Amsterdam, déclarent que l'action du Parti unifié doit être dirigée par les principes qu'ont établis les Congrès internationaux, en particulier les plus récents, ceux de Paris en 1900 et d'Amsterdam en 1904.

Ils constatent que les divergences de vues et les interprétations de tactiques différentes qui ont pu se produire jusqu'à présent sont dues surtout à des circonstances particulières à la France et à l'absence d'une organisation générale.

Ils affirment leur commun désir de fonder un Parti de lutte de classe, qui, même lorsqu'il utilise au profit des travailleurs les conflits secondaires des possédants ou se trouve combiner accidentellement son action avec celle d'un parti politique pour la défense des droits et des intérêts du prolétariat, reste toujours un parti d'opposition fondamentale et irréductible à l'ensemble de la classe bourgeoise et à l'État qui en est l'instrument.

En conséquence, les délégués déclarent que leurs organisations sont prêtes à collaborer immédiatement à cette œuvre d'unification des forces socialistes sur les bases suivantes, fixées et acceptées d'un commun accord :

1° Le Parti socialiste est un parti de classe qui a pour but de socialiser les moyens de production et d'échange, c'est-à-dire de transformer la société capitaliste en une société collectiviste ou communiste, et pour moyen l'organisation économique et politique du prolétariat. Par son but, par son idéal, par les moyens qu'il emploie, le Parti socialiste, tout en poursuivant la réalisation des réformes immédiates revendiquées par la classe ouvrière, n'est pas un parti de réforme, mais un parti de lutte de classe et de révolution.

2° Les élus du Parti au Parlement forment un groupe unique, en face de toutes les fractions politiques bourgeoises. Le groupe socialiste au Parlement doit refuser au Gouvernement tous les moyens qui assurent la domination de la bourgeoisie et son maintien au pouvoir ; refuser en conséquence, les crédits militaires, les crédits de conquête coloniale, les fonds secrets et l'ensemble du budget.

Même en cas de circonstances exceptionnelles les élus ne peuvent engager le Parti sans son assentiment.

Au Parlement, le groupe socialiste doit se consacrer à la défense et à l'extension des libertés politiques et des droits des travailleurs, à la poursuite et à la réalisation des réformes qui améliorent les conditions de vie et de lutte de la classe ouvrière.

Les députés, comme tous les élus, doivent se tenir à la disposition du Parti pour son action dans le pays, sa propagande générale sur l'organisation du prolétariat et le but final du socialisme.

3° L'élu relève individuellement, comme chaque militant, du contrôle de sa Fédération.

L'ensemble des élus, en tant que groupe, relève du contrôle de l'organisme central. Dans tous les cas, le Congrès juge souverainement.

4° La liberté de discussion est entière dans la presse pour les questions de doctrine et de méthode, mais pour l'action tous les journaux socialistes doivent se conformer strictement aux décisions du Congrès interprétées par l'organisme central du Parti.

Les journaux qui sont ou qui seront la propriété du Parti, soit dans son ensemble, soit dans ses Fédérations, sont ou seront naturellement placés sous le contrôle et l'inspiration de l'organisme permanent établi respectivement par le Parti ou les Fédérations.

Les journaux qui, sans être la propriété du Parti, se réclament du socialisme, devront se conformer strictement pour l'action aux décisions du Congrès, interprétées par l'organisme fédéral ou central du Parti dont ils devront insérer les communications officielles.

L'organisme central pourra rappeler ces journaux à l'observation de la politique du Parti et, [illegible] proposer au Congrès de les déclarer [illegible] le Parti.

[illegible] délégués [illegible] cinq

Camarades, faisons une agitation constante pour la journée de 8 heures !

1º de mayo de 1891: Jornada de Fourmies

"El 1º de mayo de 1891 es una fecha inolvidable: es la espantosa jornada de Fourmies. La población obrera acostumbraba festejar el Mayo Florido día en que se recogían flores para plantarlas en la plaza, donde se danzaba, según las tradiciones de la región. Los obreros se proponían festejar la primavera con una velada teatral y un baile. Los industriales se habían negado a cerrar las fábricas ese día y pidieron al gobierno el envío de dos compañías de infantería y refuerzos de gendarmería. Por la tarde, en la plaza de la iglesia, niños, muchachas y muchachos se adelantaban curiosos por ver a los soldados. A la cabeza, iba cantando una muchacha de dieciocho años, Marie Blondeau, con una rama de muérdago en la cabeza. El comandante Chapuis ordenó hacer fuego. Como algunos otros, Marie Blondeau cayó atravesada por las balas; estas le llevaron la parte superior del cráneo. Al ruido de la fusilería acudió el abate Margerin, cura de Fourmies. Condujo en sus brazos a una joven de diecisiete años; después se dirigió hacia la tropa y suplicó al comandante Chapuis el cese del fuego: 'Oh, os suplico, no disparéis más, ved esos cadáveres . . .'. Y el comandante responde: 'No quiero nada mejor'."

(Citado por Dolléans en *Historia del movimiento obrero*, Buenos Aires, Eudeba, 1961. T. II.)

Posiciones políticas de Jules Guesde

SOBRE LA POLITICA REFORMISTA

Tras haber creído en la esterilidad de la acción legal y presentado las reformas como "migajas caídas de la mesa gubernamental", Guesde, hacia 1893, toma conciencia de las posibilidades que ofrece la legalidad republicana a un partido revolucionario. En 1894 escribe en *Le Socialiste:*

Lejos de excluirse, la acción electoral y la acción revolucionaria se completan, siempre se han completado en nuestro país en el que para todos los partidos, la insurrección victoriosa no ha sido más que el resultado, el coronamiento del escrutinio . . .

El socialismo de hoy es legalista, electoralista, al mismo título que todos los partidos políticos que lo han avanzado y que en la actualidad se han coaligado contra él con todo lo que puede quedarles de vitalidad . . .

No hay ni habrá jamás más que una sola categoría de medios, determinados por las circunstancias, aquellos que conducen al objetivo perseguido. Y estos medios son siempre revolucionarios, cuando se trata de realizar una revolución. Revolucionaria es la papeleta de voto, por más legal que ésta sea, cuando en el terreno de las candidaturas de clase organiza a la Francia del trabajo contra la del capital.

Revolucionaria es la acción parlamentaria, por más política que sea, cuando apela, desde lo alto de la tribuna de la Cámara, a los descontentos del taller y de la fábrica y cuando constriñe a la sociedad capitalista a la negativa o la impotencia de darles satisfacción.

En cambio, es antirrevolucionaria y reaccionaria la insurrección porque al practicar el capitalismo la sangría popular de la que está necesitado para sobrevivirse, dicha insurrección retrasaría la hora de la liberación."

(*Le Socialiste*, 10 de noviembre de 1894.)

SOBRE LA HUELGA GENERAL

En el VIII Congreso Nacional del P.O.F. celebrado en Lille, en octubre de 1890, Guesde declara:

"La huelga general propiamente dicha, es decir, el paro concertado y simultáneo del trabajo por la totalidad de los trabajadores de las diversas corporaciones supone y exige, para lograrlo, un estado de espíritu socialista y de organización obrera al que no ha llegado el proletariado; si no fuera por esto, y si tan solo la mitad de la clase obrera fuese hoy capaz de una acción común, la Revolución podría y debería realizarse."

(*VIII Congreso Nacional del Partido Obrero celebrado en Lille,* el sábado 11 y domingo 12 de octubre de 1890, Lille, 1890. Textos transcriptos por Droz en *Historia del socialismo*, Edima, Barcelona, 1968.)

tituía el proletariado industrial, hecho que, en rigor, se había producido hasta ese momento sólo en algunos centros del nordeste de Francia.

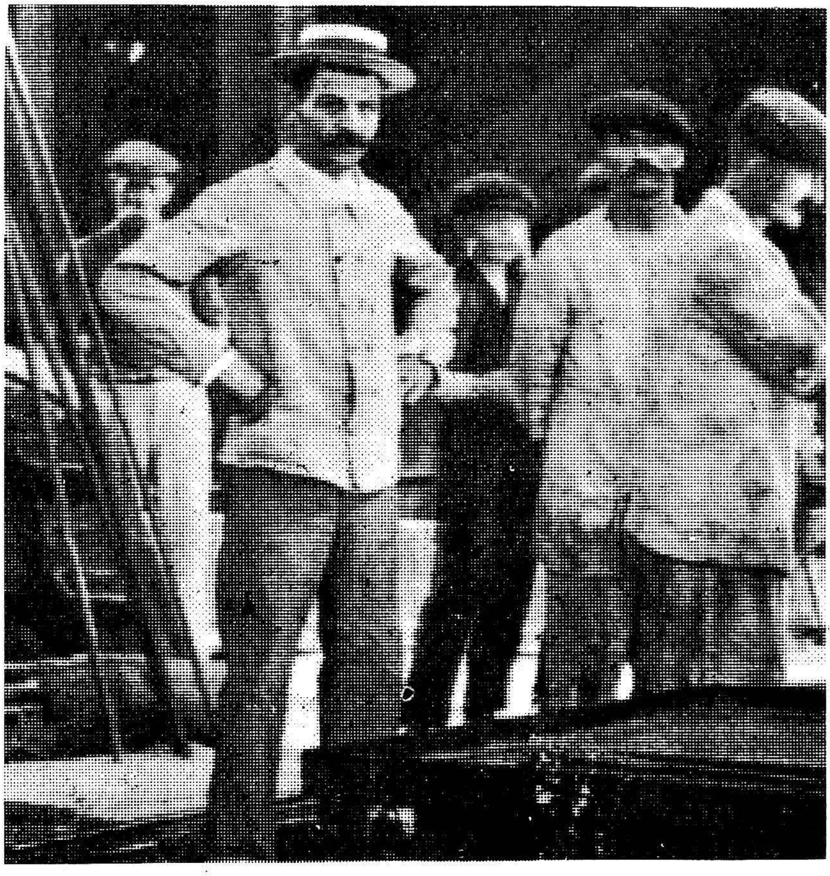
Esta situación explica, en parte, los rápidos triunfos alcanzados por Jules Guesde. La trayectoria de éste arranca del Congreso de París de 1876. Guesde, que acababa de pasar del anarquismo al socialismo, había asimilado la ideas de la propiedad colectiva del suelo y de los medios de producción.

El movimiento sindical resurge hacia 1876 bajo formas sumamente moderadas, mutualistas y cooperativistas. Se realizó entonces un Congreso Nacional Obrero en París con el objetivo de presentar candidatos obreros en las elecciones. Los blanquistas lo atacaron violentamente mientras que Jules Guesde lo defendió en su periódico *L'Egalité* como "un modesto comienzo de renacimiento".

En el segundo Congreso, reunido en Lyon en 1878 y dominado por los mutualistas, Guesde congregó a su alrededor una minoría de 20 delegados. La situación comenzaba a ponerse peligrosa, tanto para la burguesía como para el gobierno. Surgió la idea de convocar un congreso internacional en Londres, que fue prohibido por el gobierno. El veto de éste fue acatado en Lyon por la mayoría, pero no por Guesde y su grupo. Su actitud impulsó al movimiento. En 1879 Blanqui fue elegido diputado mientras se encontraba en la prisión y ese mismo año se dictó la amnistía para los que habían actuado en la Comuna. Simultáneamente se celebró un tercer congreso obrero en Marsella, ya con mayoría socialista, de donde surgió la Federación de Obreros Socialistas de Francia, que en 1882 se transformó en el Partido Obrero, origen del Partido Socialista Francés.

En 1880 Guesde se trasladó a Londres para redactar con Marx, Engels y Lafargue, el programa electoral del nuevo partido. Hubo acuerdo en el denominado programa mínimo, que, tras una





Arriba: Jean Jaurés, líder principal del socialismo francés de la época. En la ilustración inferior: capataces de las acerías Creusot, 1917.

Durante una huelga, los obreros discuten con sus esposas la posibilidad de retornar al trabajo. Esta estampa de fin de siglo nos remite a un candente problema de la época: en muchas ocasiones las huelgas resultaban extremadamente peligrosas, ya que los empresarios solían recurrir a la policía o al ejército para obligar a los huelguistas a volver a sus labores.

breve introducción consagrada a explicar en pocas palabras el ideal comunista, sólo contenía en su parte económica reivindicaciones derivadas directamente del movimiento obrero. No hubo unanimidad en todos los puntos.

En conjunto, Marx veía en ese programa un gran avance que contribuiría a sacar a los obreros franceses de su confusión.

Hasta entonces no habían aparecido más que sectas que tomaban fórmulas y soluciones de sus respectivos jefes, mientras la masa proletaria seguía a los burgueses radicales o a los que se hacían pasar por radicales y se lanzaba a luchar por ellos en las jornadas decisivas para ver cómo, al día siguiente, los mismos a quienes habían elevado al poder la ametrallaban, encarcelaban y enviaban al destierro.

El manifiesto guesdista de 1878 hacía resaltar las injusticias de que eran víctimas los campesinos y la pequeña burguesía, explotados por el capital financiero y sometidos a contribuciones injustas. Los guesdistas esperaban conseguir el apoyo de esas clases en favor de un partido obrero. Sostenían que estaban desapareciendo a raíz del rápido avance de los grandes negocios y finanzas y que podían ser atraídos por el socialismo. Los guesdistas no estaban interesados en la labor diaria de los sindicatos y se inclinaban a negar que pudieran producir algún verdadero beneficio económico a los obreros. Dominados por la idea de que el capitalismo iba a provocar una "miseria creciente" y que sólo la conquista del poder político podía mejorar la posición del proletariado, consideraban a los sindicatos sólo como una escuela en la cual los obreros podían aprender las lecciones de la lucha de clases y adherirse al socialismo político.

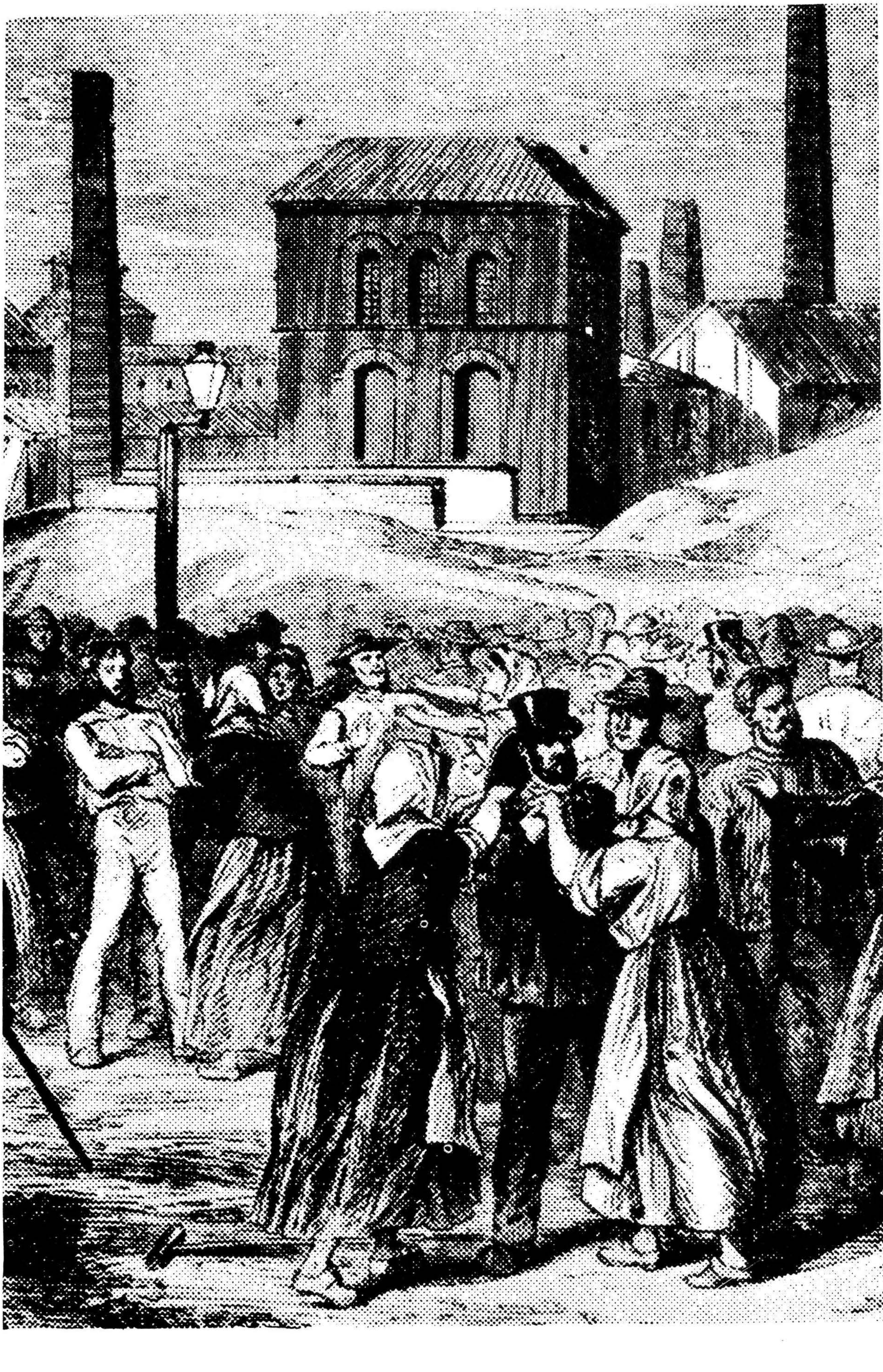
En 1882 el Partido Obrero se divide. Una minoría queda con Guesde, mientras que una mayoría —los posibilistas, que reprochan a Guesde su intransigencia— sigue a Brousse, antiguo comunero. Este grupo se constituye en partido y evolucionará hacia el reformismo. Los posibilistas sostenían que era necesario aprovechar las posibilidades presentes, fomentando la legislación social y una política municipal progresista con el fin de asegurar avances prácticos hacia el socialismo.

Los años siguientes son para el socialismo años de impotencia. Una nueva escisión afecta el grupo de los posibilistas. En 1890, bajo la dirección del célebre militante Allemane, una fracción del partido reprocha a Brousse no sólo sus compromisos con los radicales sino su poder sobre el partido. Dicha facción se va a separar y constituirá otra organización, los "allemanistas". Este partido reclutará en especial a obreros, y esto lo distinguirá fundamentalmente de los restantes partidos socialistas.

En la división socialista pesaron diversos factores: lucha entre personalidades, entre diferentes principios ideológicos, entre diferentes reclutamientos. Mientras los obreros de la gran industria se acercan al guesdismo, los artesanos y obreros de pequeños talleres de París son voluntarios del blanquismo y posteriormente allemanistas. Los posibilistas reclutan sus fuerzas en la Francia de los pequeños cantones industriales próximos al medio rural.

Las amenazas que pesan sobre las instituciones republicanas debido a la actitud de elementos militares y nacionalistas permiten un cierto acercamiento entre los socialistas. Se forma un Comité de Acuerdo Socialista integrado por representantes de organizaciones que aceptan como objetivo común "la transformación de la propiedad capitalista en propiedad social, la conquista del poder político por el proletariado organizado, el acuerdo internacional de los trabajadores". Tres fórmulas que testimonian que el movimiento socialista francés está impregnado de marxismo.

Sin embargo, una cuestión divide profundamente a los socialistas en trance de reagruparse.



Los socialistas y el caso Dreyfus

El grupo parlamentario socialista hizo pública, en *La Petite République* del 20 de enero de 1898, su "*imparcialidad*" en el caso Dreyfus:

"El caso Dreyfus ha tomado tan vastas proporciones porque se ha convertido en el campo de batalla de dos fracciones rivales de la clase burguesa, los optimistas y los clericales. Ambas se han puesto de acuerdo para engañar y suprimir a la democracia, para tener al pueblo bajo su tutela, para asegurar a una casta privilegiada, la suya, la explotación sin límites del trabajo y del presupuesto. Pero se querellan entre sí por el reparto de los beneficios sociales y se disputan la explotación de la República y del pueblo, como esos bárbaros clanes que se entienden para pillar y se baten seguidamente en torno a su botín. El caso Dreyfus ha aportado a los dos clanes el pretexto del combate.
De un lado los clericales, bruscamente alineados al poder por la traición de los republicanos, giran en torno a los cargos y los emolumentos con una avidez aguijoneada por quince años de ayuno. Quieren explotar la sentencia de traición dictada contra un judío para descalificar a todos los disidentes, protestantes o librepensadores. Descartarían así a todos sus rivales de las altas funciones administrativas y judiciales, de los empleos envidiables, de las graduaciones, de los sueldos elevados, y Francia sería entregada, como una presa, a la burguesía clerical . . . Todos estos hombres, deformando las palabras de su auténtico sentido nacional, gritan: "¡Francia para los franceses", lo que significa para ellos: "¡Francia es nuestra, y de nosotros solos! ¡Toda la presa para nuestros voraces dientes!". De ahí la táctica y el interés de los clericales burgueses.
De otro lado, los capitalistas judíos, tras los escándalos que los han desacreditado, tienen necesidad, para conservar su parte de botín, de rehabilitarse un poco. Si pudieran demostrar, a propósito de uno de los suyos que hubo error judicial y violencia del prejuicio público, lograrían, en esta rehabilitación directa de un individuo de su clase, y de acuerdo con sus aliados oportunistas, la rehabilitación indirecta de todo el grupo judaico implicado en el asunto de las acciones del canal de Panamá, y lavarían en esta fuente todos los trapos sucios de Israel. Y así como los clericales cubren con un hermoso celo patriótico y nacional sus miserables codicias los oportunistas y el judaísmo buscan una resurrección política y moral, ¡invocando el sagrado derecho de la defensa, las garantías legales debidas al hombre! ¡Bellas palabras y bella doctrina!
En la convulsiva lucha de ambas fracciones burguesas rivales, todo es hipocresía y mentira. ¡Proletarios, no os enroléis en ninguno de los clanes de esta guerra civil burguesa . . . ¡Entre Reinach y de Mun, conservad vuestra entera libertad!"

(Citado por J. J. Fiechter, en *Le Socialisme français: de l'Affaire Dreyfus à la Grande Guerre.* Ginebra, Droz, 1965.)

Es la participación en 1899 de uno de ellos, Millerand, en el gobierno, junto a uno de los fusiladores de la Comuna, Gallifet.

El grupo parlamentario socialista no resiste esta crisis y se divide. Sólo los socialistas independientes, con Jaurés a la cabeza, sostienen a Millerand.

En 1902 dos son los partidos socialistas: el Partido Socialista de Francia y el Partido Socialista Francés. Sólo en 1905 se logrará la unificación completa.

La CGT y la unidad obrera

En medio de la prosperidad económica, que permite actuar con más decisión al espontaneísmo reivindicativo, se derogan en marzo de 1884 las leyes que reprimían la acción gremial (Ley Le Chapelier y artículos del Código Penal). El reconocimiento legal de los sindicatos no aplaca inmediatamente la violencia que caracteriza a la década de 1880 durante la cual las huelgas expresan la inquietud obrera largo tiempo contenida, como en el caso de los conflictos mineros de Anzin y de Decazeville. (En la industria minera, así como en la metalúrgica, las organizaciones obreras eran más activas debido, posiblemente, a la influencia anarquista.)

El gobierno había adoptado medidas contra el creciente movimiento anarquista. Gran número de anarquistas permaneció en prisión hasta 1886, año en que fueron puestos en libertad por orden del presidente Grévy. Durante la década de 1880, a pesar de la represión, los anarquistas franceses no sólo publicaron un gran número de periódicos en los que defendían una política de lucha sino también abundante material teórico. En dicha década el sindicalismo aún no era una doctrina claramente definida y en los círculos hostiles a la acción parlamentaria los dueños del terreno eran el anarquismo y el anarco-comunismo.



*Arriba: Frente a su local de trabajo, los obreros botoneros en huelga, abril de 1909.
En la foto inferior: Imagen de la manifestación del 1º de mayo de 1911. Hombres y mujeres se estrellan contra el sólido cordón policial.*



El crecimiento de los sindicatos es rapidísimo a partir de 1884: en 1881 hay 500 sindicatos con 60.000 afiliados; en 1900, 1.000 sindicatos con 140 afiliados, y, en 1902, los sindicatos cuentan con 614.000 afiliados. Pero los sindicatos son gremios o cámaras de oficio que están dispersos y que se mueven caóticamente bajo el influjo de las diversas tendencias. Por esto cuando el movimiento sindical comienza a crecer no se encuentra ante un partido fuerte y tiende a desarrollarse independientemente, a pesar de que el primer gran impulso lo recibe del guesdismo.

Reconocidos los sindicatos por el gobierno celebraron en Lyon un Congreso Nacional de Sindicatos Obreros, del que nació, en 1886, la Federación Nacional de Sindicatos, lo cual, pese a sus orígenes, fue rápidamente dominada por el Partido Obrero de Guesde. Esto llevó a la formación de las luego famosas Bolsas de Trabajo, federadas en Guesde. Esto llevó a la formación de las luego famosas Bolsas de Trabajo, federadas en 1892. Pronto, bajo la dirección de Fernand Pelloutier y con el apoyo de los anarco-comunistas, éstas dominaron prácticamente el movimiento obrero, que alcanzó su apogeo como sindicalismo revolucionario en la primera década del siglo XX.

El intento de unificar el movimiento sindical provino tanto de los sindicalistas puros, que pretendían agrupar las Bolsas de Trabajo en la Federación de Bolsas de Trabajo, o como de los socialistas, que impulsaron la creación de la Federación de Sindicatos después del Congreso de Lyon de 1886. Desde entonces, y por un largo período, ambas líneas rivalizaron entre sí.

Las Bolsas de Trabajo —creación original del movimiento obrero francés— dirigidas por Pelloutier y apoyadas por anarquistas, sindicalistas revolucionarios y gremialistas, atraían a los sindicatos por los servicios que prestaban: empleo profesional, caja de socorro para obreros en tránsito, cajas de desocupación. En el terreno político, Pelloutier y sus aliados enfrentaron a los socialistas, en especial al "guesdismo", en el seno de la propia Federación. Proponían desechar la lucha política y recurrir sólo a la huelga general, a la que consideraban el medio revolucionario fundamental.

La huelga general, cuya idea es lanzada en 1888 en el Congreso de la Federación de Sindicatos y que va a ser utilizada por Pelloutier para separar la organización sindical del Partido Guesdista, está en el orden del día de los diversos congresos de la CGT. En 1898 el Comité de organización de la huelga general se reúne frecuentemente para analizar los sucesos. Algunos piensan que hay que aprovechar toda huelga para lanzar el movimiento general. Para otros, las huelgas parciales sólo son dispersión de esfuerzos. Se da un "romanticismo revolucionario" que ve cercana la revolución. Un romanticismo que pronto va a ceder ante la realidad.

Durante la huelga de los obreros de la construcción, realizada en París de setiembre a noviembre de 1898, se da la orden de huelga general, pero sólo algunas corporaciones la apoyan. La huelga de los ferroviarios, en octubre de 1898, brinda una nueva ocasión, aparentemente más propicia. Pero esta vez el fracaso es completo. La posibilidad de la huelga general se hace cada vez más remota.

Las distintas manifestaciones obreras son reprimidas violentamente por la policía. A partir de 1890 el gobierno recurre ante los conflictos de trabajo, al ejército: en Fourmies —uno de los episodios más trágicos—, en Carmaux, en Montceau, para la ocupación en 1892 de la Bolsa de Trabajo de París, etc.

En 1895 se cita a un congreso propuesto por los sindicatos, al que se invita a los gremios y a la Federación de Bolsas. Esta no concurre, pero a pesar de ello se crea una nueva central sindical, la Confederación General del Trabajo (CGT). Posteriormente, en el Congreso de la CGT de 1897 vuelve a votarse el principio de la huelga general y se eliminan los "elementos políticos".

La unidad obrera se va a realizar en el Congreso de Montpellier en 1902. La CGT afirma la independencia de la organización general de los trabajadores respecto de los partidos políticos y a todas las corrientes ideológicas. Es una nueva afirmación de la autonomía sindical, consignada ya por los estatutos de 1895. En lo sucesivo la Confederación estará compuesta por dos secciones autónomas: la sección de las Bolsas de Trabajo y la de las Federaciones por industria o por oficio y los sindicatos aislados.

El Comité Confederal que posee el poder ejecutivo está constituido por el comité de las Bolsas y el de las Federaciones. El Comité Confederal representa a los sindicatos y a las Bolsas; pero solamente en 1918 realizará el Congreso de París la fusión total eliminando las dos secciones. Los debates de Montpellier se concentraron en las discusiones relativas a la constitución y el congreso no tuvo tiempo de volver a votar el principio de la huelga general.

En Montpellier se concretó la unidad obrera. La Confederación y su poder ejecutivo, el Comité Confederal, se fortalecieron y el secretario de la sección de las Federaciones, Víctor Griffuelhes, ocupó el cargo de secretario general de la CGT.

El caso Dreyfus y la clase obrera

El caso Dreyfus marca un momento decisivo de la lucha entre la izquierda y la derecha. El capitán Dreyfus, judío francés, fue declarado culpable de traición por un tribunal militar en 1894 y sentenciado a cadena perpetua. Pero, cuatro años más tarde, la acumulación de pruebas



Jaurés inaugura una fábrica construida en Albi por los obreros de Carmaux. Dibujo de Liozu para "Le Monde Illustré", octubre de 1896.

Apología de la violencia proletaria

"Los hombres que dirigen al pueblo palabras revolucionarias deberían someterse a severas obligaciones de sinceridad, porque los obreros entienden las palabras en el sentido exacto que les da la lengua y no se entregan en absoluto a una interpretación simbólica. Hoy yo no vacilo en declarar que el socialismo no sabría subsistir sin una apología de la violencia.

Con las huelgas el proletariado afirma su existencia. Yo no puedo resolverme a ver, en las huelgas, algo semejante a una ruptura temporal de relaciones comerciales entre un tendero y un abastecedor de ciruelas, porque no se entendieran sobre los precios. La huelga es un fenómeno de guerra. Por lo tanto, constituye un craso error decir que la violencia es un accidente llamado a desaparecer producido por las huelgas.

La revolución social es una extensión de esta guerra en la que cada gran huelga es un episodio: es por esto por lo que los sindicalistas de esta revolución en lenguaje de huelga. El socialismo se reduce para ellos a la espera, a la preparación de la huelga general que, semejante a una batalla napoleónica, suprimirá a un régimen condenado . . .

La aproximación que se establece entre las huelgas violentas y la guerra es fecunda en consecuencia . . . La guerra hecha sin tapujos, sin ninguna atenuación hipócrita, con vistas a la derrota de un enemigo irreconciliable, excluye todas las abominaciones que deshonraron a la revolución burguesa en el siglo XVIII. La apología de la violencia es aquí particularmente fácil.

La guerra social, al hacer un llamamiento al honor, que se desarrolla tan naturalmente en todo ejercito organizado, puede eliminar los viles sentimientos contra los cuales la moral seguiría siendo impotente."

(G. Sorel: *Réflexions sur la violence*, París, 1906.)

que indicaban su inocencia obligó, a pesar de la oposición del alto mando francés, a reabrir el caso. La evidencia de que Dreyfus no sólo había sido víctima de un error judicial sino de una conspiración desacreditó en buena medida al ejército, a la prensa opositora y a otros grupos de derecha ante la opinión pública.

Para los nacionalistas revisar el proceso era debilitar a Francia, hacer perder al pueblo la confianza en los jefes militares, despreciar los valores militares tradicionales. Violentamente antiparlamentaria, la derecha nacionalista explotaba todos los escándalos. Anti-intelectualista, consideraba que el espíritu crítico era el gran responsable del caso Dreyfus.

La clase obrera había adoptado dos posiciones con respecto al proceso Dreyfus. Algunos compartían el punto de vista del dirigente del ala izquierda Jules Guesde, quien afirmaba que el proceso Dreyfus era un conflicto entre capitalistas, un litigio de familia en el seno de la clase burguesa; que para los obreros Dreyfus era un extraño y que no era posible ni necesario comprometerse con el caso en función de la lucha de clases. Por el contrario, Jean Jaurés afirmaba que la clase obrera, al defender a Dreyfus de las falsas acusaciones, al luchar por los derechos del hombre y del ciudadano, luchaba por su propia causa; que la unificación de los monárquicos y los nacionalistas con la Iglesia y con los altos jefes del ejército amenazaba la propia existencia de la República; y que la clase obrera francesa no podía desinteresarse de los marcos estatales en los que había de desarrollarse la lucha de clases y ser indiferente ante el hecho de que ellos fueran monárquicos o republicanos. En general, prevaleció el punto de vista de Jaurés.

Los partidos de la derecha fueron derrotados en las votaciones y un "bloque republicano", apoyado por el centro y por la izquierda, triunfó en la Cámara





La instantánea de la parte superior muestra al capitán Dreyfus retirándose del cuartel tras su degradación. El caso Dreyfus y las implicaciones políticas por él desatadas encontraron opiniones dispares en el seno de la sociedad francesa. Abajo puede verse una lucha callejera entre republicanos y nacionalistas provocada por ese asunto.

"El burgués y los proletarios", dibujo de Forain sobre la huelga de Carmaux en 1895. En este año de gran combatividad las huelgas adquirieron una especial virulencia. Además, respondiendo a la propuesta de los sindicatos, se creó la Confederación General del Trabajo.

de Diputados y pasó a dominar la política francesa después de 1899. Los gabinetes de Waldeck-Rousseau (1899-1902) y de Combes (1902-1905) no sólo liquidaron el affaire Dreyfus mediante la completa rehabilitación del condenado, sino que llevaron adelante una campaña contra el clericalismo militante y contra los círculos reaccionarios del comando superior del ejército. Durante el transcurso de esta etapa los radicales contaron con el pleno apoyo del Partido Socialista. Triunfaba en ese momento, sostenida por Jaurés, la idea de la "colaboración de clases" en la lucha común contra la reacción.

El caso Dreyfus tuvo dos efectos principales. Por un lado hizo que los políticos socialistas se unieran en favor de la república amenazada y que se aproximasen entre sí la mayoría de los grupos socialistas; y, por otro, produjo una reacción antipolítica, antiestatal, entre muchos franceses, que condujo al fortalecimiento del sindicalismo revolucionario.

El Partido Socialista Unificado

En 1902 existían dos partidos socialistas en Francia: el Partido Socialista de Francia y el Partido Socialista Francés. El primero, con Guesde a la cabeza, se dice revolucionario y bajo ninguna circunstancia acepta participar en el gobierno, argumentando que las alianzas con los partidos burgueses terminan consolidando la dominación de las clases poseedoras.

El Partido Socialista Francés, a cuyo frente está Jaurés, adopta un programa moderado en el cual las reformas políticas —la separación de la Iglesia del Estado, el monopolio de la enseñanza— ocupan un lugar importante junto con las reformas sociales. En las elecciones de 1902 el Partido de Jaurés obtiene 37 bancas mientras que el de Guesde consigue sólo 14. Jaurés se vuelve un personaje oficial del régimen, no obstante su no participación en el ministerio Combes, al que su partido apoyó. Sin embargo, a pesar de algunas reticencias, el partido de Guesde votará regularmente con la mayoría socialista. De hecho, el gobierno Combes no tiene enemigos en la izquierda.

El radical Combes —el partido radical dominó gran parte de la historia de la Tercera República— representaba a la Francia de la pequeña burguesía. Absorbido casi enteramente por la lucha anticlerical, su gabinete puso en un segundo plano las cuestiones sociales. Se contentó con un vago reformismo social. El anticlericalismo funcionó como un medio para obtener la alianza con los socialistas y desplazar las reivindicaciones sociales. La lucha contra las congregaciones religiosas, la cuestión de la separación de la Iglesia y del Estado fueron problemas resueltos por el gobierno radical con el apoyo y colaboración de los socialistas. Pero a partir de 1906, con Clemenceau, esta colaboración se interrumpió.

En agosto de 1904 se reúne en Amsterdam el Congreso de la Internacional. Los dos partidos socialistas franceses están representados. Una moción proclama que "es indispensable que en todos los países, frente a los partidos burgueses, no exista más que un partido socialista como no existe más que un proletariado". Otra moción condena "toda tentativa para apagar los antagonismos de clase con el fin de facilitar un aproximación con los partidos burgueses". Es una clara invitación a los partidos franceses para que se unan y dejen de apoyar a Combes.

Jaurés y sus partidarios se someten a las decisiones tomadas en Amsterdam y esto provoca la caída de Combes. En 1905 las dos grandes tendencias del socialismo forman el Partido Socialista Unificado, que nace como un partido de oposición que en-


Forain

Un sindicalista libertario: León Jouhaux

"La política no ejercía atracción alguna en mí. La versatilidad de los medios políticos, los reniegos escandalosos y ruidosos de ciertos políticos unidos a una política de intervención del ejército en las huelgas, siempre a favor de los patronos y siempre aprobada por la mayoría de los diputados (Decazeville, Fourmies, Chalon-sur-Saône, etcétera), me afirmaron en la convicción de que la suerte de los trabajadores no dependía más que de ellos mismos. Por eso rechazaba yo la idea de delegar mi poder de acción en mandatarios y de esperar de la intervención de los demás que se realizaran las reformas reclamadas y que se imponían.
Desde aquel momento comprendí que sólo por medio de la lucha se podían arrancar las reivindicaciones, y no tardé en aprender que la vida es un combate en el que el trabajador debe actuar por sí mismo, excluir toda actitud de pedigüeño y afirmar siempre su dignidad de productor. Habiendo sufrido, desde muchacho, del principio de la economía capitalista que considera el trabajo como una mercancía y determina el salario según la ley de la oferta y la demanda, yo soñaba con dar fuerza y realidad a este pensamiento de Proudhon tan atrayente, tan poderosamente evocador de transformación social: el taller sustituirá al Gobierno . . .
Comprendí también que el sindicalismo no puede ser un conglomerado de intereses particulares, tal y como un hombre político lo calificaba un día para justificar su política de represión. Para mí, el sindicalismo era el instrumento de transformación social por la acción de los propios obreros, y debía ser igualmente un factor de progreso industrial en reacción constante contra la oligarquía de los intereses particulares de los explotadores. Además, sentía que el sindicalismo da a los trabajadores conciencia del valor de su trabajo en la evolución humana, al mismo tiempo que les hace comprender la pujanza de su cohesión. En esta doble acción residía, a mi entender, todo el valor revolucionario del sindicalismo, a la vez elemento de emancipación del individuo y de transformación del medio." (1897).

(Según M. A. Renauld, *Mémoires de Léon Jouhaux*, en *Le Mouvement social*, abril-junio de 1964, citado por Droz, *op. cit.*)

Los socialistas en el gobierno vistos por Anatole France

"Designaron ministro de Obras Públicas a un socialista, Fortunato Lapersonne. Era en aquel tiempo una de las costumbres más solemnes, más severas, más rigurosas y, me atrevo a decirlo, más crueles de la política, la de poner en todo ministerio destinado a combatir al socialismo a un miembro del partido socialista, a fin de que los enemigos de la fortuna y de la propiedad privada sintiesen la vergüenza y la amargura de ser vapuleados por uno de los suyos; y no podían celebrar una reunión sin que cada uno de los reunidos buscase con la mirada a quien había de castigarlos el día siguiente. Una profunda ignorancia de lo que es el corazón humano permitía creer que era difícil encontrar un socialista para desempeñar esos cargos. El ciudadano Fortunato Lapersonne entró en el gabinete Visire por su propia decisión, sin que nadie lo obligase a ello, y hasta obtuvo la aprobación de viejos amigos suyos.
¡Tanto prestigio tiene el poder entre los pingüinos!"
"El ministerio Visire se declaró netamente anticlerical, pero respetuoso con las creencias, y se afirmó como prudente reformador. Pablo Visire y sus colaboradores querían reformas, pero no las proponían para no comprometerlas, pues eran verdaderos hombres políticos y sabían que las reformas quedan comprometidas en cuanto son propuestas. Este gobierno fue bien recibido, tranquilizó a las gentes decentes e hizo subir los valores del Estado."

(Anatole France, *La isla de los pingüinos*. Bs. Aires, Ed. Sopena, 1954.)

frenta al conjunto de la clase burguesa y a su instrumento, el Estado.

El Partido Socialista Unificado —Sección Francesa de la Internacional Obrera— se mantendrá en la oposición, pero los conflictos de tendencias seguirán produciéndose en su seno. Se intenta conciliar reforma y revolución. Los cuadros de este partido, que tiene 35.000 adherentes después de la unificación, están compuestos por hombres de la pequeña burguesía y su electorado lo integran pequeños campesinos, obreros y sectores medios. Esto explica un reformismo de hecho que contrasta con la proclamación de principios revolucionarios.

La Carta de Amiens y la acción directa

La Carta de Amiens de 1906, donde se puntualizan por primera vez los fines del sindicalismo, "afirma la entera libertad para el sindicado de participar fuera del grupo corporativo en la forma de lucha correspondiente a su concepción filosófica o política, y, en reciprocidad, no introducir en el sindicato las opiniones que profesa fuera [. . .]. En lo que concierte a las organizaciones, el Congreso declara que, con el fin de que el sindicalismo alcance su máximo efecto, la acción económica debe ejercerse directamente contra el patrón; las organizaciones confederadas no tienen, en tanto que agrupaciones sindicales, que preocuparse de los partidos y de sectas que, fuera y al lado, pueden seguir con toda libertad la transformación social . . .".

En teoría la CGT no admite ninguna relación, ni orgánica ni ocasional, con los partidos o con las sectas (el Partido Socialista Unificado y las agrupaciones anarquistas, respectivamente). El rechazo al trabajo en común que caracteriza al sindicalismo francés tiene causas di-



Una pintoresca manifestación obrera: acompañados por un coro de bombos, los huelguistas se lanzan a la calle.

Los obreros del vidrio en huelga, 1895. En la última década del siglo XIX la sindicalización crece a pasos agigantados. En 1881 existen 500 sindicatos con 60.000 afiliados. Veinte años después el número de sindicatos se duplica y los afiliados llegan a 614.000.

versas: la voluntad de no volver al confusionismo —nefasto para la eficacia sindical— que caracterizara a la etapa 1879-1894, y el cambio en la dirección de la CGT, que pasa en gran medida a manos de antiguos anarquistas.

Sin embargo, la causa fundamental es la expresión de una tendencia profunda del proletariado francés: su convencimiento de que todo jefe debe salir de su propio seno, de que la emancipación no es completa si no es producto del esfuerzo de los propios obreros.

La Carta es un llamado a la acción directa. "Hacer presión —dirá Griffuelhes—; tal es el objeto del sindicato". Los medios de acción propios de los trabajadores son la huelga, el sabotaje, medios que permiten al productor ejercer su presión en un mundo que le pertenece por derecho.

La huelga es una de las formas de la "acción directa". Víctor Griffuelhes define en una conferencia del 29 de julio de 1904: "Acción directa" quiere decir acción de los obreros mismos, es decir, acción directamente ejercida por los interesados. Es el trabajador el que realiza por sí mismo su esfuerzo; lo ejerce personalmente sobre las potencias que lo dominan para obtener de ellas ventajas reclamadas. Por la acción directa el obrero crea él mismo su lucha, es él el que la conduce, decidido a no dejar a otros sino a él mismo la tarea de emanciparle. La lucha debe ser de todos los días.

Su ejercicio pertenece a los interesados. Hay, por consiguiente, a nuestros ojos, una práctica cotidiana que va creciendo cada día hasta el momento en que, llegada a un cierto grado de poder superior, se transformará en una conflagración que nosotros llamamos huelga general y que será la revolución social".

Apogeo del sindicalismo revolucionario

El año 1906 está marcado por una excepcional serie de huelgas. Esta llamarada de conflictos obreros coincide con el apogeo del sindicalismo revolucionario y con la llegada de Clemenceau al gobierno. En los años precedentes el ministerio Combes, absorbido por la lucha anticlerical, observa una cierta neutralidad frente al sindicalismo. La actitud del gobierno cambia con Clemenceau, a quien la prensa sindical califica de "monstruo", de "dictador".

La situación que había permitido la estabilización del gabinete Combes ya no era la misma. En efecto, los socialistas no integran la mayoría y Clemenceau se aproxima cada vez más a la derecha, al mismo tiempo que endurece progresivamente su posición frente a la izquierda, especialmente con respecto al sindicalismo revolucionario.

El sindicalismo revolucionario desdeña o coloca en un plano secundario la lucha política y, en consecuencia, la creación de organizaciones políticas, sosteniendo que la lucha contra el capitalismo y el paso a la revolución deben darse principalmente desde la acción gremial. Esto lo lleva a considerar que la culminación del proceso revolucionario se llevaría a cabo mediante la huelga general, lo cual sería capaz de derribar el poder económico de la burguesía y su aparato político, el Estado. Influída en buena medida por el anarquismo, esta corriente tuvo su etapa de auge hacia principios de siglo.

La era de Clemenceau es una etapa de conservadorismo social. Clemenceau pertenecía a la intelectualidad pequeño-burguesa provinciana; su ideal era el de una república radical basada en los principios individuales de libertad y propiedad. Le eran ajenos los intereses de la clase


SERVICE

La ideología de Jaurés

Me pregunto si no se puede, si no se debe, sin faltar al espíritu mismo del marxismo, llevar más lejos este método de conciliación de los contrarios, de síntesis de los contradictorios, y buscar la conciliación fundamental del materialismo económico y del idealismo aplicado al desarrollo de la historia.

¿Acaso no reintroduce Marx en su concepción histórica la idea, la noción del ideal, del progreso del derecho? El no anuncia solamente la sociedad comunista como la consecuencia necesaria del orden capitalista: muestra que dicha sociedad pondrá fin a este antagonismo de clase que agota a la humanidad; muestra también que por primera vez la vida plena y libre será realizada por el hombre, que los trabajadores tendrán la delicadeza nerviosa del obrero y el sereno vigor del campesino, y que la humanidad se enderezará más feliz y noble, sobre la tierra renovada. ¿No es esto reconocer que la palabra justicia tiene un sentido, incluso en la concepción materialista de la historia, y que, por lo mismo, aceptáis la conciliación que yo os propongo...?

Yo no pretendo que cada cual tome partido, ni mucho menos decir: hay una parte de la historia que viene gobernada por las necesidades económicas, y otra dirigida por una idea pura, por un concepto, por una idea de humanidad, de justicia o de derecho, pongamos por caso; yo no quiero poner la concepción materialista a un lado del tabique y la concepción del idealismo al otro. Yo pretendo que ambas deben interpenetrarse, como se interpenetran en la vida orgánica del hombre, la mecánica cerebral y la espontaneidad consciente.

(J. Jaurés, *Conferencia a los estudiantes colectivistas*, 1894. Citado en *Jean Jaurés*, de V. Auriol, París, P.U.F., 1962.)

PATRIOTISMO E INTERNACIONALISMO

Arrancar las patrias a los chalanes de la patria, a las castas de militarismo y a las bandas de la finanza, permitir a todas las naciones el desarrollo infinito de la democracia y de la paz, no es tan solo servir a la Internacional y el proletariado universal, por el cual la humanidad apenas esbozada se realizará, sino servir también a la patria misma. Internacional y Patria van en lo sucesivo ligadas. La independencia de las naciones tiene su más alta garantía en la Internacional; esta tiene sus órganos más poderosos y nobles en las naciones independientes. Cabría decir que un poco de internacionalismo nos aleja de la patria y que mucho internacionalismo nos vuelve a ella. Un poco de patriotismo nos aleja de la Internacional; mucho patriotismo nos lleva a ella.

No hay, pues, ninguna contradicción para los proletarios socialistas e internacionalistas en participar, de una manera activa, en la organización popular de la defensa nacional... La vana exageración de las paradojas anarquizantes no resistiría siquiera un minuto, un día de crisis a la fuerza del pensamiento obrero, que concilia la Internacional y la nación. La República puede desde este momento, apelar a este pensamiento obrero si quiere asegurar la organización de un ejército verdaderamente defensivo, popular y eficiente.

(J. Jaurés, *L'Armée nouvelle*, París, Ed. Bonnafous.)

DEMOCRACIA Y SOCIALISMO

El socialismo debe ir al combate no con fórmulas exclusivas, ya sean estas económicas, históricas o morales, sino "con el hombre todo entero".

La Petite République, 18 de mayo de 1898.

El socialismo francés será apasionadamente republicano: la justicia social no puede ser separada de la libertad. Será tan idealista como científico y no se limitará, como Marx lo ha hecho, a comprobar que la abolición del régimen capitalista es inevitable, sino que demostrará, además, que es justa. Con la misma energía se aplicará a salvaguardar los derechos del individuo en la organización colectivista.

obrera. Hasta la revolución rusa de 1905 el enemigo principal fue la derecha y Clemenceau luchó contra los clericales y los monárquicos. La política del radicalismo en el asunto Dreyfus fue, en gran parte, su obra.

La formación de un partido socialista unificado, el carácter revolucionario del movimiento sindicalista, la revolución rusa de 1905 y su influencia sobre la clase obrera europea y en particular sobre la francesa fueron los factores que provocaron en una gran parte del partido radical el giro hacia la derecha. Clemenceau fue la cabeza de este proceso.

Como ministro del interior primero, y como primer ministro después, Clemenceau combatió a la clase obrera con el dócil apoyo de la mayoría radical en el Parlamento. El ejército disparó contra los obreros en diversas manifestaciones y Clemenceau asumió la responsabilidad, justificando la actuación de la tropa. La ruptura con el partido socialista fue completa y se exteriorizó en las violentas disputas entre Clemenceau y Jaurés realizadas en el Parlamento o a través de la prensa.

Durante el primer año de su ministerio se produjeron huelgas como la de los mineros del Norte, que arrastró a 40.000 huelguistas, y la de los empleados de correos, a raíz de la cual 300 carteros fueron despedidos. Las huelgas posteriores al 1º de mayo de 1906 movilizaron a más de 150.000 huelguistas. La represión se encarnizó contra los obreros de la construcción: 1.200 albañiles fueron arrestados y 370 condenados. En 1907 se produjeron menos huelgas que en 1906; 1.275 conflictos que movilizaron aproximadamente a 200.000 huelguistas. En 1908 una tentativa de huelga general terminó en el fracaso.

A Jaurés, que se esfuerza en mostrar el socialismo surgido directamente de la democracia, Chales Andler le replica que hay entre estas dos nociones una diferencia de naturaleza:

"La democracia ha preparado la vía al socialismo; pero el socialismo no es la democracia cabal. Es un hecho totalmente nuevo, como la democracia es un hecho nuevo en relación con el antiguo estatismo. La democracia es disolución. El socialismo es reconstrucción. La democracia es defensa del individuo, cualquiera que sea la cualidad de este individuo. Esta defensa es esencial. Pero por sí mismo no permite un infinito enriquecimiento. El socialismo crea en cada uno de nosotros una vida más rica que se irradia sobre los demás. La democracia es división y fragmentación igualitaria. El socialismo es participación en común de todos los recursos y los esfuerzos; es sentimiento vital de la solidaridad."

(Ch. Andler, *Leçon de clôture à l'École socialiste*, 3 de junio de 1910, citado según G. Lefranc, *Le mouvement socialiste sous la Troisième République 1875-1940*, París, Payot, 1963; pág. 182.)

"Un poco de patriotismo nos aleja de la Internacional. Mucho patriotismo nos vuelve a ella." Jean Jaurés, en vísperas de la Primera Guerra Mundial.



El periódico "Le Bonnet Rouge" anuncia el asesinato de Jaurés. Considerado como la "primera víctima de una guerra aún no comenzada", Jaurés trabajó sin descanso para lograr la unidad del socialismo francés.

Los socialistas y sindicalistas frente a las amenazas de la guerra

Los gobiernos que sucedieron a Clemenceau (el radicalista moderado Briand, el radical Doumergue, el casi republicano de derecha Poincaré, el ex-socialista Viviani) se caracterizaron por su preocupación por la inminente catástrofe internacional y por la conciencia de su impotencia para realizar gradualmente una reforma financiera que golpeara seriamente los privilegios e intereses del gran capital. El poderío de los grandes bancos y de las bolsas de valores resultaba tan eficaz que sus jerarcas derrocaban a cualquier gobierno que se atreviera a pensar en algún justo y democrático impuesto progresivo a la renta.

La incapacidad de los gobiernos radicales para implantar la reforma financiera, así como una serie de nuevas leyes referentes a la protección y defensa de los intereses de los trabajadores, hizo aumentar en los círculos de izquierda del Partido Socialista y en las masas obreras el descontento y la desilusión respecto al régimen parlamentario. El gobierno tomó el puesto de la patronal como principal adversario de la CGT y ésta, dejando de lado la política, regresó a la lucha económica.

En 1911, respondiendo a los ofrecimientos de cooperación del partido socialista, Jouhaux, secretario general de la CGT, escribe: "Para cumplir su misión el sindicalismo debe conservar su entera personalidad. No puede ni debe adherirse a ningún partido político [. . .]. Es reivindicando y defendiendo su independencia que la CGT ha llegado a ser la potencia económica de hoy día; por lo tanto, debemos sostener la autonomía de la CGT, que es el secreto de su fuerza presente y futura".

Jaurés se va a esforzar por demostrar a los dirigentes de la CGT que el sindicalismo no puede avanzar sin el apoyo del socialismo. Los hechos lo demostrarán. El acrecentamiento de las fuerzas del partido socialista, las amenazas de guerra, todo hace cada vez más necesario el contacto entre las dos fuerzas. Y cuando tienen lugar las manifestaciones de 1913 en contra de la ley de tres años del servicio militar, la CGT y el Partido Socialista realizan mitines comunes que nuclean a centenares de miles de personas.

El Partido Socialista en la oposición ha fijado su línea de conducta en el Congreso de Limoges de 1906: "Contra el militarismo y la guerra". La solidaridad internacional de los trabajadores convoca a los proletarios de todos los países a "una acción preparada, ordenada y combinada que ponga en cada país [. . .] toda la energía de la clase obrera y del partido socialista para impedir la guerra por todos los medios . . .". Esta posición está íntimamente ligada con la actitud del partido frente a la intensa e impetuosa política colonial de la Tercera República. Los socialistas de distintos matices habían denunciado en varias ocasiones que se derramaba sangre del pueblo y se derrochaba el dinero, que se exterminaban indígenas, que se ocupaban por la fuerza territorios y se explotaba a las poblaciones conquistadas para enriquecer a un grupo. Pero, sea como fuere, mientras la política colonial no se interpretó como preludio de una guerra europea las protestas contra las empresas colonialistas no fueron en Francia ni notorias ni prolongadas.

Es con Marruecos que la situación tomó un cariz distinto, pues es ahí donde, por primera vez, Francia choca con Alemania en su carrera expansionista. En su enérgica campaña contra el gobierno Jaurés señaló que era un crimen arriesgarse a una nueva guerra contra Alemania a raíz de



TROISIEME EDITION

Le Bonnet Rouge

QUOTIDIEN DU SOIR

5 centimes — 5 centimes

RÉDACTEUR EN CHEF

Miguel ALMEREYDA

JAURÈS ASSASSINÉ

L'Attente de l'Europe

UNE JOURNÉE DÉCISIVE

Malgré le pessimisme général, il y a encore des chances de paix. — L'état des hostilités. — L'attitude des puissances

La Situation

Paris dans l'attente

Dépêches particulières

En Autriche-Hongrie

En Belgique

Dernières Nouvelles

En Allemagne

En Angleterre

En Espagne

Conseil des Ministres

La Rentrée de M. Caillaux

3e Édition

2e Édition

L'Etat de préparation à la guerre décrété en Allemagne

Mobilisation générale en Hollande

Du sang-froid!

Guerra a la guerra

Bajo este título el Comité Confederal hace fijar carteles en enero de 1906 y publica millares de ejemplares de este texto:

"Trabajadores, mañana quizás estaremos frente a un hecho inevitable: la guerra declarada. Desde hace cinco años, un partido colonial francés, del cual Delcassé fue vasallo, prepara la conquista de Marruecos. La Alemania militarista y capitalista, deseosa también de tener su parte en el botín, se interpuso. En junio de 1905 le declaración de guerra solo fue evitada por el alejamiento de Delcassé. Desde entonces la guerra está a merced del menor incidente . La prensa sabe estas cosas... y se calla. ¿Por qué? Porque se quiere poner al pueblo en la obligación de marchar a ella con el pretexto del honor nacional, de la guerra inevitable porque es defensiva. Ahora bien, *¡el pueblo no quiere la guerra!* Si fuese llamado a pronunciarse, unánimemente afirmaría su voluntad de paz. La clase obrera no tiene ningún interés en la guerra. ¡Es ella sola la que sufre las consecuencias, pagando con su trabajo y con su sangre! ¡Es a ella, pues, a la que incumbe decir en voz bien alta que *quiere la paz a cualquier precio*!
¡Trabajadores!... En Alemania como en Francia, la comunión de ideas es formal en este punto: el proletariado de ambos países se niega a hacer la guerra. Por lo tanto, mediante la acción común y simultánea, forcemos a nuestros gobiernos respectivos a tener presente nuestra voluntad.
¡Queremos la paz! ¡Nos negamos a hacer la guerra!

El Comité Confederal

(Congreso de Amiens. *Informe del Comité Confederal.* Transcripto por Dolléans, *op cit.*, p. 122.)

El asesinato de Jaurés

"Se hablaba en voz baja con tristeza y estupefacción... La multitud crecía, por instantes, desbordando los cordones de agentes... Toda esta multitud se excitaba ahora, a pesar de los llamados a la sangre fría que llegaban de muchas partes... Las fuerzas de policía apenas podían contener a esta marea humana. Partían gritos contra ellas, tanto como contra los responsables: "¡Asesinos, asesinos, cobardes!", mezclados con "¡Viva Jaurés, abajo la guerra!"...
"Jaurés muerto, es la guerra", dijo alguien. "Sólo él habría podido impedir la guerra", agregaba otro. "¡No! no hay más que querer. Nosotros debemos impedir la guerra", dijo un obrero de rostro curtido."

(H. Poulaille, *Pain de soldat*, 1937. Transcripto por Dolléans, *op. cit.*, p. 197.)

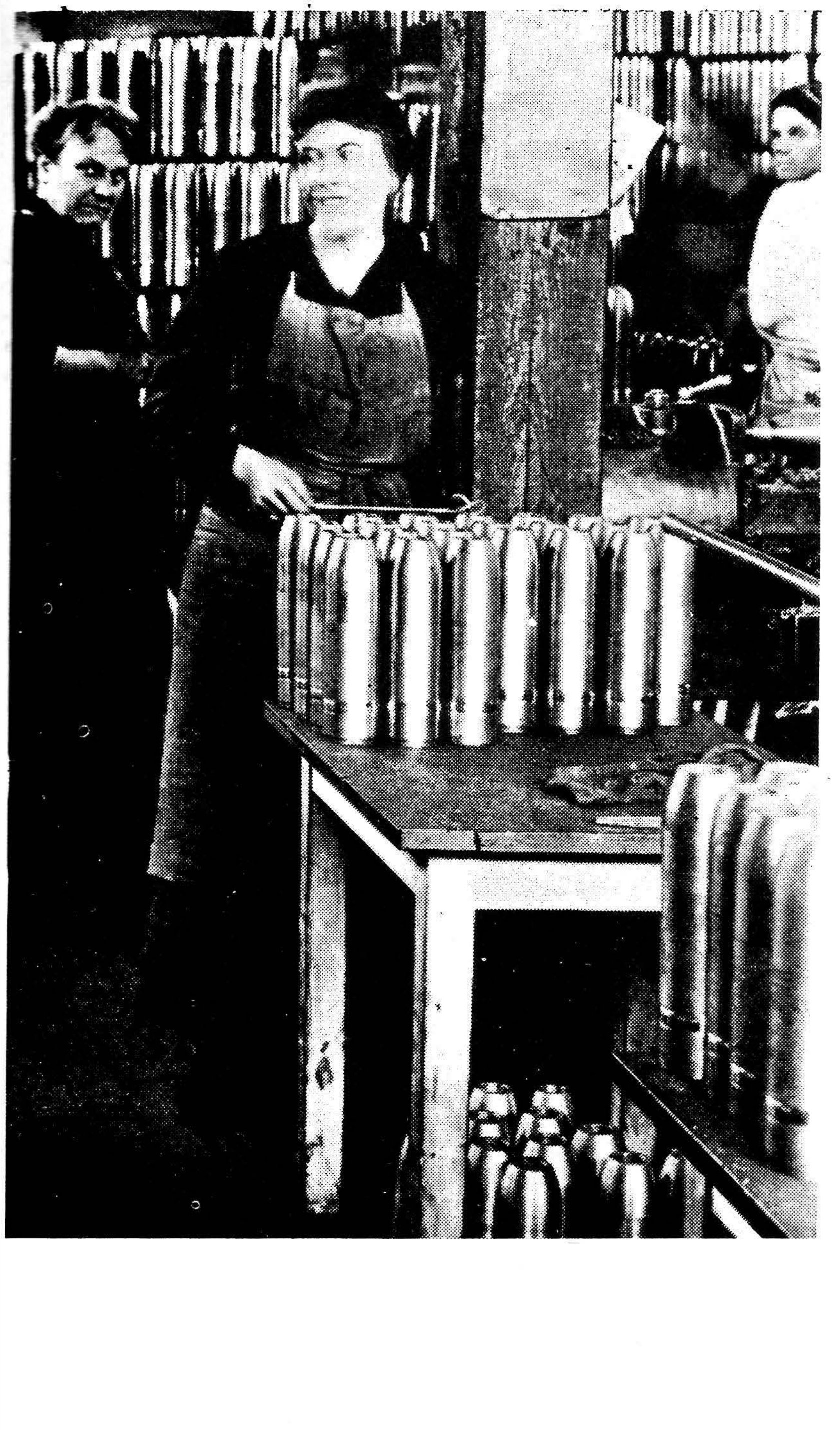
la conquista de Marruecos y denunció en el Parlamento el gravísimo peligro de la aventura colonialista marroquí proyectada por los magnates de las finanzas.

Los sindicalistas también radicalizaron progresivamente su posición antimilitarista. En el Congreso de Marsella de 1908 —dominado por los anarquistas en momentos en que los líderes de la CGT están en prisión— se emplea la expresión "huelga general revolucionaria en caso de guerra" y se plantea la necesidad de instruir a los trabajadores. Sin embargo, en vísperas del conflicto los más lúcidos dirigentes obreros no se hacían ninguna ilusión con respecto a sus posibilidades.

Es sin duda en lo referente al antimilitarismo donde se hace más difícil definir un comportamiento común a todos los sindicalistas revolucionarios. Algunos están de acuerdo con un "antimilitarismo corporativo". En el Congreso de 1906 se propone integrar el antimilitarismo al antipatriotismo, proposición a la que se oponen los sindicalistas revolucionarios.

El dirigente de la fracción parlamentaria socialista, Jaurés, era sometido a veces a violentos ataques por parte de los sindicalistas, en particular por los sostenedores de la "acción directa" (acción que, a través de la huelga general, llevaría a la conquista del poder por vía revolucionaria), quienes insistían en que sólo "una huelga de los movilizados" y la huelga general en el momento de la movilización podrían, de hecho, conjurar el peligro de una guerra. Jaurés afirmaba que este medio debía ser puesto en marcha simultáneamente en todas las potencias dispuestas a entrar en guerra, pues de lo contrario sucumbiría precisamente aquel país donde la huelga general se llevara a cabo. En cambio los alemanes declararon categóricamente por boca de Bébel que ellos no se comprometían a realizar en su país semejante huelga. Ambos socialismos continuaron sosteniendo sus puntos de vista has-





El reclutamiento de los hombres para la guerra favoreció la demanda de mano de obra femenina. En 1914 la guerra desempeñaría el papel de introductora de la mujer en la especialización profesional. En la foto se ve el trabajo en la retaguardia: obreras en una fábrica de municiones.

Soldados franceses en el frente de batalla. Acuciados por la amenaza del reclutamiento, los obreros se organizarán a favor de una rápida paz. El ministro socialista Millerand les contestará: "No existen los derechos obreros ni las leyes sociales; solo existe la guerra".

ta el comienzo mismo de la guerra.

Por lo demás, la cantidad de diputados del Partido Socialista Unificado no era tan considerable como para que pudiera ejercer una acción decisiva sobre la orientación de la política exterior. Y, por otra parte, los sostenedores del principio de la acción directa no tenían en realidad fuerzas ni posibilidades para organizar la huelga general en el momento de declararse la movilización. Esto había quedado ya demostrado el 16 de diciembre de 1912 cuando se declaró la huelga general contra la guerra a raíz de la crisis balcánica y la CGT decidió realizar un movimiento de 24 horas. La huelga sólo fue importante entonces en tres regiones: Lyon, donde la decisión de la O.T.L. (Tranways) aseguró la huelga al paralizar la circulación; Ardennes, donde, según el delegado de la CGT, se comprobó un entusiasmo indescriptible, y París, donde el número de los huelguistas llegó, aproximadamente, a 50.000. En el resto del país, excepto en algunas zonas mineras, el paro fue ignorado.

La guerra

En 1912, Poincaré, siendo primer ministro, planteó, en respuesta a los intereses del partido colonialista y con el fin de tranquilizar al mismo tiempo a la pequeña y mediana burguesía, la necesidad, ante el peligro de la guerra, de armarse y buscar aliados. En enero de 1913 Poincaré fue electo presidente de la República. Esto significaba la entrada de Francia en la guerra.

La clase obrera no era partidaria de un conflicto bélico. Jaurés y otros líderes del partido socialista denunciaron las conexiones existentes entre las famosas fábricas de armamentos Schneider y las principales redacciones parisienses, volcadas en campañas de prensa en pro de la guerra. Pero estas denuncias no impidieron a los periódicos continuar con su prédica belicista. En julio de 1913 se restablece en Francia el servicio militar general obligatorio de tres años. Los socialistas y su líder, Jaurés, lucharon sin éxito contra esta resolución. La posición de los socialistas era difícil. En los últimos congresos internacionales socialistas los delegados alemanes habían hecho entender que no conducirían una acción revolucionaria contra su gobierno y que, sea como fuere, lucharían en el caso de que comenzara una guerra. A Jaurés se le recordaba esto en la Cámara y, con ello, minaban su lucha. Por lo demás, la propaganda antimilitarista, bastante fuerte en Francia entre 1905 y 1910, había comenzado a debilitarse a partir de 1911.

Los sucesos se precipitan: el 31 de julio Jaurés es asesinado por los nacionalistas; el 1º de agosto Alemania declara la guerra a Rusia y, el 3 de agosto, a Francia.

Como ha escrito León Blum, Jaurés fue "durante quince años, en Francia y fuera de Francia, el socialista por excelencia [...], el hombre que ha personificado el socialismo". Orador de talento, filósofo, historiador, trabajó más que ninguno para lograr la unidad del socialismo. Sin embargo, la inmensa popularidad del "apóstol de la paz" se apoya en el hecho de haber sido la primera víctima de la guerra y en su pensamiento, su temperamento, su filosofía, dominados por una aspiración profunda a la síntesis, a una síntesis entre fuerzas contradictorias: reformismo y revolución, colectivismo e individualismo, idealismo metafísico y materialismo histórico, internacionalismo y patriotismo.

La CGT capitula ante el desencadenamiento del nacionalismo. El sindicalismo francés se derrumbó durante la primera guerra mundial. En vez de provocar agitación contra la guerra y de defender la huelga general, la CGT y su líder, León Jouhaux,



apoyaron incondicionalmente la guerra. Hasta formó parte del ministerio el veterano marxista Jules Guesde. Los obreros entonces parten a la guerra, se transforman en carne de cañón. La acción sindical disminuye y la Segunda Internacional cesa en sus actividades.

Inmediatamente después de la declaración de la guerra, Poincaré, presidente de la República, afirma en las Cámaras que Francia será heroicamente defendida por todos sus hijos y proclama la "unión sagrada".

Se organiza la defensa nacional y el gabinete adopta medidas de reconciliación. Por una parte el ministro del Interior, Malvy, decide dejar en libertad a los líderes extremistas, cuyo arresto estaba previsto en caso de movilización y cuyo nombre figuraba en el famoso "Carnet B". Por lo demás, una circular ordena a los prefectos suspender la aplicación de la ley contra las congregaciones. Se produce una fiebre nacionalista que tiene su origen, por una parte, en la certidumbre de que la lucha de Francia es "el combate de la civilización contra la barbarie" y, por otra, en la idea de la izquierda de que Francia es portadora del socialismo.

La Sección Francesa de la Internacional Obrera, invitada a participar en el gobierno en un principio se niega, pero ante el rápido avance de las tropas alemanas hacia París —frenado por la victoria del Marne— revé su decisión. A fines de agosto, Jules Guesde, acompañado por Marcel Sembat, forma parte del gabinete que incluye a todos los jefes más conocidos de los partidos. Es la llamada "Unión Sagrada".

Los pocos hombres que en el seno de la SFIO y de la CGT no se han dejado llevar por el belicismo y que, comprendiendo los principios de sus propias organizaciones, habían aceptado participar en conferencias internacionales (Zimmerwald y Kienthal) tendrán eco en las masas sólo en 1916, cuando la duda sobre el significado de esta guerra comienza a ganar terreno en Francia.

En el seno de la SFIO el desconcierto es grande. Los partidarios de la Unión Sagrada disminuyen. Del segundo ministerio Briand se retiran Guesde y Sembat y sólo un socialista queda en el gobierno: Albert Thomas. Clemenceau, en el gobierno en 1917, vuelca todos los esfuerzos en pro de la guerra y persigue a todos aquellos que se oponen a su programa.

Durante el proceso toda la economía de Francia se vuelca hacia la guerra y esto tiene importantes consecuencias sociales: se acude a la mano de obra femenina, se deja de lado gran parte de la legislación protectora del trabajador, no se respeta el descanso semanal, se aumentan las horas de la jornada de trabajo y se acude a la mano de obra extranjera.

Inmediatamente después de la movilización la CGT había entrado en un estado de desorganización casi total. Sólo continuaba funcionando en condiciones más o menos satisfactorias el Comité Confederal, que comprendía a representantes de federaciones y de bolsas. Los sindicatos ven disminuidos sus efectivos y desaparecen las pequeñas organizaciones de nucleamiento obrero. A pesar de todo, el movimiento sindical subsiste dejando su organización mucho que desear. Sobrevive en estas condiciones hasta 1916. Esta situación es descrita por el ministro de guerra Millerand cuando en enero de 1915 recibe a una delegación obrera de la Federación de los Metales, a la que expresa: "No existen los derechos obreros ni las leyes sociales; sólo existe la guerra . . .".

El año 1916 marca el resurgimiento del movimiento reivindicatorio. Mientras que del 2 de agosto al 31 de diciembre de 1914 se producen en Francia sólo 14 huelgas, y en 1915 el 1º de mayo pasa totalmente inadvertido y se producen 98 movimientos que agrupan un total de apenas 9.000 obreros, 1916 marca un repunte con 314 huelgas realizadas por 44.109 huelguistas.

Los desengaños militares de 1917, las condiciones de trabajo cada vez más intolerables, el aumento del costo de vida (más del 50 % respecto de 1914) y otros factores contribuyen a agravar el descontento y a aumentar el número de los conflictos de trabajo. En 1917, 696 movimientos afectan a 293.810 asalariados. El año 1918 será un año más calmo. Sin embargo, dos huelgas ponen en dificultades a la CGT. Una se desarrolla en la metalurgia parisiense y otra en las fábricas de armamentos. Los obreros se oponen tanto al gobierno, que ha decidido enviar obreros especializados al frente, como a la dirección de la CGT, que trata de canalizar la huelga. Se producen arrestos de militantes.

En 1917 la CGT ha aumentado sus efectivos, comparables a los de 1914, pero en ellos se ha producido una transformación. En 1914, mientras las federaciones más importantes eran las textiles y las de la construcción, en 1917 son los metalúrgicos y los ferroviarios los que ocupan el primer lugar. De los 7.500 adherentes que tenían en 1912 los metalúrgicos han pasado a más de 200.000 en 1918.

La guerra provocará grandes cambios en el movimiento obrero, pero aún más importantes serán las transformaciones que se produzcan como efecto de la revolución rusa de 1917. Su influencia se apreciará en el movimiento obrero francés en una etapa posterior a la que hemos tratado.

Bibliografía

G. D. H. Cole. *Historia del pensamiento socialista.* México, F.C.E., 1959. Tomos II y III.

L. H. Farías. *Historia general del trabajo.* Grijalbo, 1965. Tomo III, La era de las revoluciones (1760-1914).

M. Branciard. *Société française y luttes de classes. Chronique Sociale de France.* París, Gamma. Tomos I y II.

M. Guilbert. *Les femmes et l'organisation syndicale avant 1914.* París, Centre National de la Recherche Scientifique, 1966.

La AFL y las grandes huelgas

Gregorio Selser

"Recordad que hay 35 millones de obreros que no pueden unirse a la AFL. Esta no es una organización obrera. Es una combinación de monopolios de empleos."
Bill Haywood, dirigente de la IWW.

El renacimiento de la actividad sindical se acentuó con el nacimiento de la década de 1850. Weitling, el dirigente alemán ahora radicado en los Estados Unidos, funda para los emigrantes de habla alemana el semanario socialista *Die Republik der Arbeiter* (*La República de los Trabajadores*), y se funda el primer sindicato de carácter nacional, el de los impresores. Al ritmo del crecimiento industrial en las ciudades se forman nuevos sindicatos, que siguen los avatares de la economía, desintegrándose con la crisis de 1854-5, renaciendo a continuación para decaer de nuevo en 1857 cuando el ciclo vuelve a ser negativo. De todos modos, el ejemplo de los impresores es seguido por la fundación de los sindicatos nacionales de sombrereros, herreros, moldeadores, mecánicos y ferroviarios. Es la década del mayor avance sindical, pues aunque en general las huelgas son quebradas, la tendencia que se observa es una gradual aceptación de las negociaciones colectivas entre sindicatos y patrones en materia de salario y condiciones de trabajo. Cunde la norma de la jornada de diez horas para los artesanos especializados de las grandes ciudades; en el resto seguirá aún de once a doce horas y más.

La elección de Abraham Lincoln, en 1860, como presidente, marca igualmente una toma de posición política de la clase trabajadora, pues ésta lo apoya como un campeón de su causa contra la esclavitud. El año anterior, bajo la dirección de William H. Syvis, se funda la Moulder's International Union (Unión Internacional de Fundidores o Moldeadores) y, bajo la dirección de J. H. Fischer e Ira Steward, la National Union of Blacksmith and Machinists (Unión Nacional de Herreros y Mecánicos). En 1861, ante la inminencia de la guerra civil, un congreso nacional obrero declara su adhesión a la Unión, es decir, contra la segregación política de los Estados del Sur, pero al mismo tiempo se pronuncia contra la inminente guerra. Esta se inicia, empero, en abril, con la toma por los sudistas del fuerte Sumter.

La conflagración exigió cuantiosas cantidades de municiones y otros productos conexos. La industria bélica se desarrolló, los precios subieron y con ellos las ganancias. Las exigencias estratégicas del Norte industrial se conjugaron con las de índole comercial: se trazaron nuevos ferrocarriles, que debían transportar las mercancías de las fábricas de Massachusetts, Nueva York y otros estados del Este hacia el Oeste, hacia las ciudades que crecían junto a los Grandes Lagos y al valle del Mississippi. Paralelamente brotaban los sindicatos que procuraban organizar a los trabajadores especializados de las nuevas empresas. En 1863, en plena Guerra de Secesión, había unos 80 sindicatos locales en 20 estados norteños. La formación de sindicatos locales era seguida, por lo general, por la creación de centrales o federaciones locales. En 1864 se intentó crear una federación nacional, cuando varias de estas centrales confluyeron en la International Industrial Assembly of North America, una asamblea que nucleó a diez uniones nacionales, entre ellas a las de los mecánicos de locomotoras, yeseros, pintores y cigarreros.

En forma lenta, pero creciente, los sindicatos nacionales e internacionales estadounidenses crecían no obstante la guerra, y trece de ellos se consolidaron definitivamente entre 1861 y 1865, continuando su existencia hasta hoy, como en el caso de los yeseros, cigarreros y albañiles. Algunas de tales organizaciones se vincularon a la Primera Internacional. El consejo general de este organismo llegó a remitir a Lincoln un mensaje congratulatorio por su reelección, llamándole "noble hijo de la clase trabajadora" y guía de su patria en una guerra que señalaba "el principio de una nueva era en la reconstrucción obrera y social".

La elección de Abraham Lincoln como presidente en 1860 marca una toma de posición política por parte de los trabajadores, pues éstos lo apoyan como un campeón de la causa antiesclavista. Un año después, un congreso obrero nacional se pronuncia contra la segregación política de los estados del Sur.

Asesinado Lincoln en 1865, al término de la Guerra de Secesión, el mismo consejo general remitió una nota indignada a su sucesor, Johnson, el 13 de mayo; y en setiembre del mismo año le remitía una tercera nota en la que felicitaba al pueblo norteamericano por la feliz terminación de la guerra y por la preservación de la Unión.

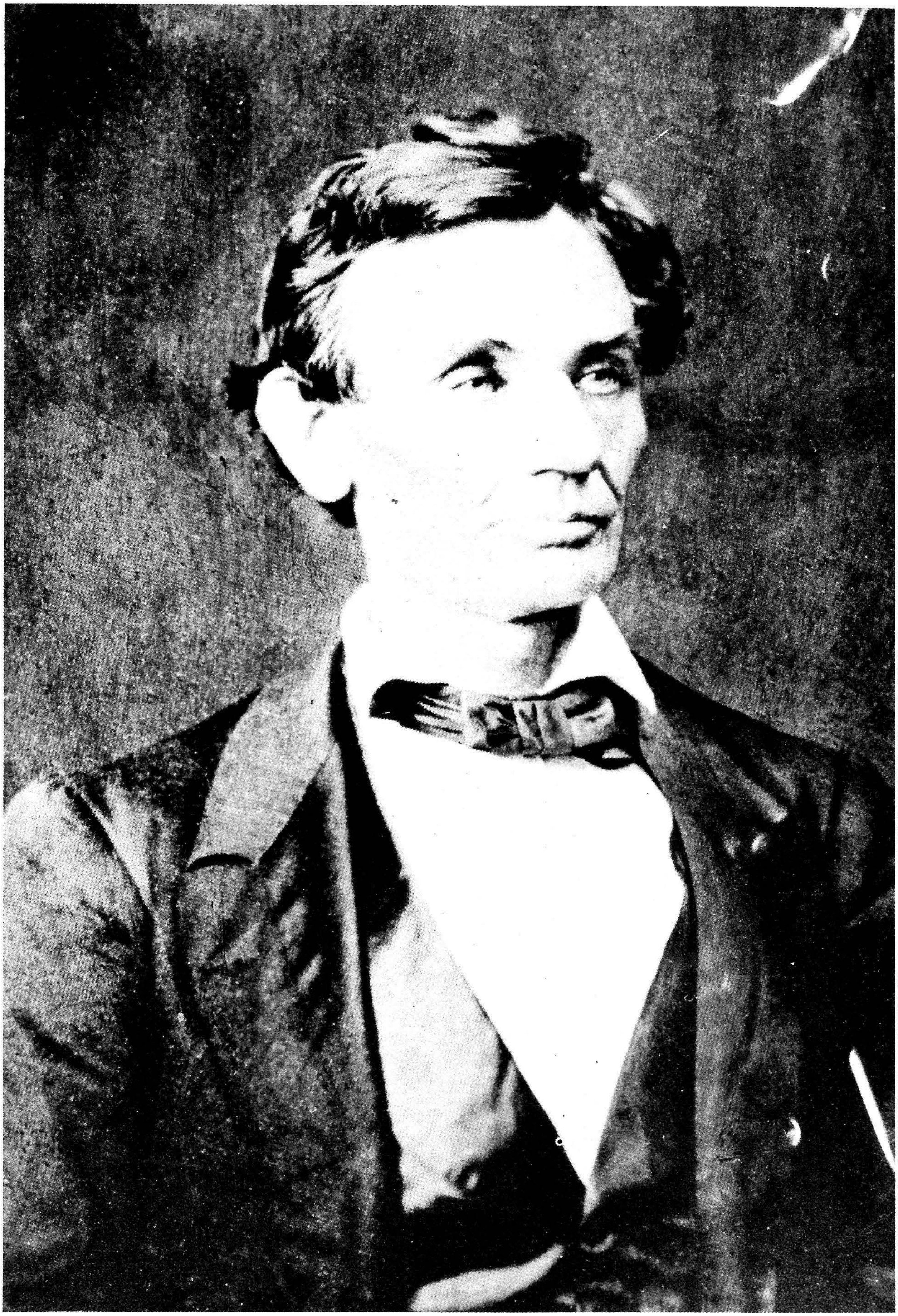
Tiempos de "reconstrucción"

La creación, en 1886, de la Unión Nacional Laboral de Baltimore, fue una respuesta a la creciente demanda de unidad reclamada por diversos grupos obreros en todo el país. La National Labor Union abordó por primera vez la cuestión de los negros y el problema feminista. El Sur estaba bajo la ocupación militar y las leyes de *reconstrucción* poco tenían en cuenta, por ser un fenómeno económico-social imprevisto, la situación de los negros manumitidos que eran libres *en teoría* en una vasta región donde no podían encontrar trabajo a raíz de la ruina de la agricultura. En el Norte la situación no era mejor: el abrupto cese de las industrias conectadas con el esfuerzo de guerra había dejado en la calle a miles de obreros. En 1886, un año después de la capitulación del Sur y de la muerte de Lincoln, se inicia otra de las cíclicas crisis depresivas.

William H. Sylvis, del Sindicato de Moldeadores, fue el alma de la NLU, una federación de centrales locales que incluía algunos sindicatos nacionales y locales y varias organizaciones sociales reformistas. Si bien uno de los objetivos fundamentales de la NLU había sido estimular la "paz industrial" y promover el sistema de negociación colectiva, pronto se apartó del sindicalismo "puro". Después de concentrarse en la brega en favor de la jornada de ocho horas —inicio de una lucha que durará varios lustros—, se dedicó al estímulo de las cooperativas de producción y consumo. Sylvis creía que mediante la cooperación los trabajadores se librarían del "control" del capitalismo. Su ejemplo fue seguido por los trabajadores panaderos, por los obreros de la construcción naviera, por los maquinistas, sastres e impresores. Como con el auge de estas empresas cooperativas creció su necesidad de capitales y crédito, la NLU debió apoyar a varias asociaciones políticas de granjeros que constituían el movimiento llamado "Greenback" (por el color verde de los dólares), que proponía la emisión de grandes cantidades de papel moneda y crédito fácil a bajos intereses.

En los quince años siguientes a la guerra civil hubo dos ciclos de recesión y resurgimiento económicos y se crearon catorce nuevos sindicatos nacionales. El número de afiliados creció hasta 300.000 en 1872, para descender hasta 50.000 en 1878. Hubo varios intentos de unir a las organizaciones gremiales en federaciones laborales nacionales que tuvieron distinta suerte. Este período se caracterizó por la ya apuntada lucha en demanda de la jornada laboral de ocho horas, y por la aparición de los primeros indicios de la violenta batalla que luego libraría el movimiento obrero norteamericano por su reconocimiento y supervivencia. Antes de su extinción, en 1872, la ULN obtuvo algunos éxitos en materia de legislación estatal y federal: en 1868 el Congreso estableció la jornada de ocho horas para los empleados federales, pero sólo en 1884 el gobierno accedería a crear, por ley, la Oficina del Trabajo, una de las ideas fundamentales de Sylvis. Esa oficina se convertiría luego en lo que es hoy la Oficina de Estadísticas Laborales, del Departamento de Trabajo de Estados Unidos.

La ULN, que había evolucionado desde su origen sindical a la condición de cooperativa y partido político —Partido Nacional Reformista y del Trabajo— ini-



ció a principios de la década del 70 su declinación, hasta extinguirse totalmente a los pocos años, arrastrando en su caída a la pocas cooperativas subsistentes. La suba de los precios, el escaso salario, las ocho horas y la desaforada emisión de papel moneda que caracterizó a la presidencia de Ulysses S. Grant habían consumido sus mejores esfuerzos, en tanto la masa de los negros sureños trocaban su esclavitud anterior por una total miseria y casi inanición y los ex combatientes del Norte comprobaban que ya no servían como artesanos, puesto que habían sido reemplazados por la producción mecánica y fabril o, para peor, por inmigrantes europeos o asiáticos a los que se pagaba poco o nada. Finalmente, la nueva estrella de la civilización industrial, el ferrocarril, permitía que las manufacturas realizadas en regiones donde los costos de producción eran bajos, inundasen mercados donde regían salarios más elevados.

En 1869 nacen sendos antepasados de los modernos sindicatos industriales: *The Knigths of Saint Crispin* (Los Caballeros de San Crispín), sindicato de oficiales zapateros creado para proteger a estos de la "intromisión de advenedizos" y que con sus 50.000 afiliados fue probablemente el más poderoso de esos años (hasta que la invención de nuevas maquinarias liquidó el oficio) *The Noble Order of the Knights of Labor* (La Noble Orden de los Caballeros del Trabajo), una logia semisecreta a la que nos referimos con amplitud más adelante.

Para entonces, tanto en Estados Unidos como en Europa, el gran capital se había hecho especialmente fuerte en los ferrocarriles. Entre 1870 y 1880 Jay Gould, Jay Cooke, James Hill, Cornelius Vanderbilt y otros prodigiosos mastodontes del naciente capitalismo industrial crearon enormes imperios del riel y fueron los empleadores más importantes del país, al tiempo que los más detestados. La falta de sindicatos fuertes hacía posible la más franca explotación de la mano de obra nativa o foránea. Pero cuando en defensa de sus derechos los obreros comenzaron otra vez a unirse en gremios o hermandades de cierto poder, sobrevino el inevitable enfrentamiento.

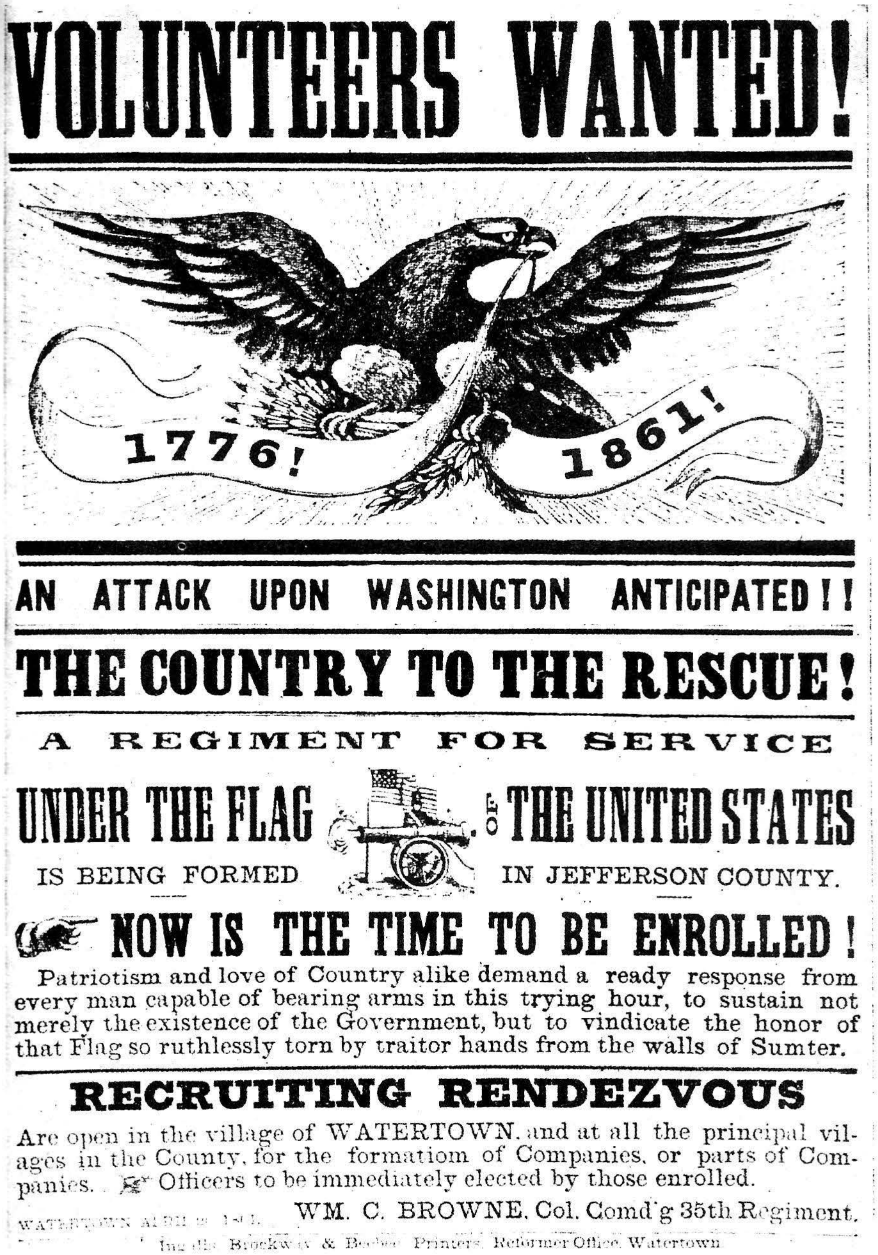
La primera chispa brotó en 1873, con un pánico financiero y una crisis grave de la desocupación. Para resarcirse, los magnates de la industria decretaron una merma general en los salarios. Los obreros del riel sufrieron una quita del diez por ciento y hubo esporádicos estallidos de protesta. Un observador de la época, el célebre Samuel Gompers, describe así el marco de la época:

"El modelo antiguo de la organización del trabajo en Estados Unidos se había trasplantado de Inglaterra y era más bien de carácter benévolo y fraternal. El sindicato norteamericano, la fuerza económica militante, estaba por llegar. La ciudad de Nueva York era la cuna del moderno movimiento obrero estadounidense. La Nación era entonces preponderantemente agrícola y la industria se encontraba todavía en su infancia. El sistema de fábricas era tan nuevo que solo en unos cuantos lugares había originado la organización del trabajo. Obreros industriales que venían de Europa eran bien recibidos por patrones que explotaban su necesidad y su ignorancia. Esta situación produjo su propio antídoto; los trabajadores que venían del viejo continente habían tenido cierta experiencia en el movimiento obrero y empezaron a construir sus defensas. En las primeras inmigraciones, el elemento inglés, irlandés y escocés era predominante de manera que el primer movimiento obrero llevó el sello de la organización y de los métodos ingleses [...]. La reacción había ahogado la actividad demócrata en Alemania, en Hungría, en Italia, en Francia; Nueva York dio refugio a aquellos cuya única salvación era la huída. Había soldados que provenían del ejército de camisas rojas de Garibaldi, alemanes veteranos del 48, reformadores ingleses, hombres de almas grandes y de principios elevados: *Carbonari* de Italia, autonomistas de Irlanda y revolucionarios de Dinamarca, de Austria, de Rusia. A principios de la década de 1870 Nueva York presentaba el mismo aspecto que París durante la Comuna. Todos los reflujos de la marea revolucionaria europea aumentaron el grupo rebelde de Nueva York."

La huelga de 1877

Las chispas del incendio brotaron primero en Nueva York, en 1873, con la reducción de los salarios a los obreros cigarreros, de los cuales precisamente Gompers principiaba a ser líder. Pero el incendio mismo estalló entre ese y el siguiente año en la región de las minas de antracita, en Pennsylvania, donde la masa laboral estaba constituida por obreros no calificados. Las medidas de control y represión patronales habían aplastado todo vestigio de organización entre los mineros, de modo que éstos optaron por agruparse en secreto, a la manera de las logias *carbonarias* o las hermandades terroristas irlandesas. De una de ellas surgió el nombre de "Molly McGuire", y sus integrantes pasaron a ser conocidos como "molly maguires".

Se trataba, en rigor de verdad, de partidarios de la acción directa que consideraban justo vengar la explotación de que eran objeto, apaleando o asesinando a patrones, administradores o capataces, que se habían apoderado del control de las logias de la Antigua Orden de Hibernia. Los rompehuelgas o "esquiroles" llegaron a constituir su blanco principal. El sindicato de cigarreros, de Gompers, había adoptado esta definición del "esquirol": "Un *esquirol* es a su oficio lo que un traidor es a su país. Es el primero en aprovecharse de cualquier beneficio que haya logrado la acción con-



VOLUNTEERS WANTED!

1776! 1861!

AN ATTACK UPON WASHINGTON ANTICIPATED!!

THE COUNTRY TO THE RESCUE!

A REGIMENT FOR SERVICE

UNDER THE FLAG OF THE UNITED STATES

IS BEING FORMED IN JEFFERSON COUNTY.

NOW IS THE TIME TO BE ENROLLED!

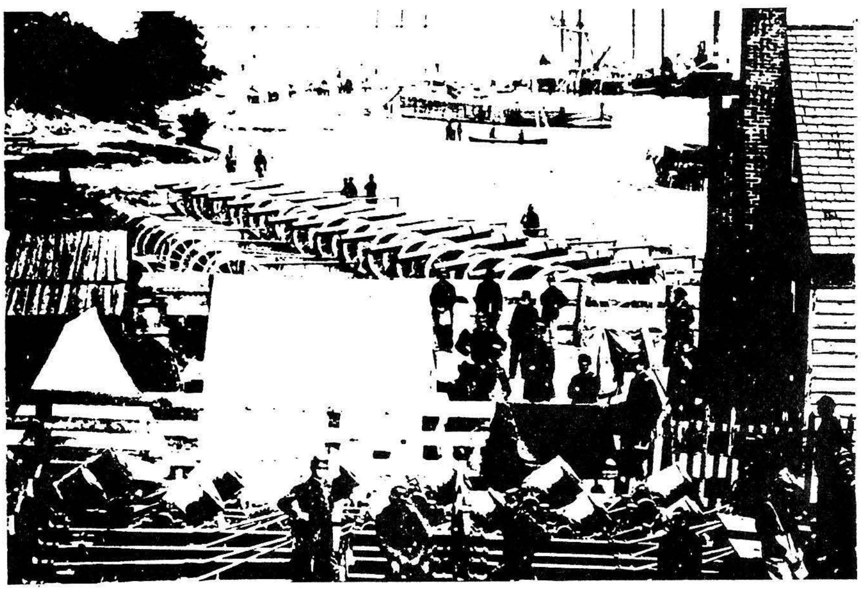
Patriotism and love of Country alike demand a ready response from every man capable of bearing arms in this trying hour, to sustain not merely the existence of the Government, but to vindicate the honor of that Flag so ruthlessly torn by traitor hands from the walls of Sumter.

RECRUITING RENDEZVOUS

Are open in the village of WATERTOWN, and at all the principal villages in the County, for the formation of Companies, or parts of Companies. Officers to be immediately elected by those enrolled.

WM. C. BROWNE, Col. Comd'g 35th Regiment.

Printers, Reformer Office, Watertown



Arriba: Anuncio para reclutamiento de tropas en Washington, 1861. En la foto de abajo: Una batería del general Grant en el estado de Virginia, 1865. Terminada la guerra civil, el abrupto cierre de las industrias conectadas con el esfuerzo de guerra había dejado en la calle a miles de obreros. En 1886 se inicia otra de las cíclicas crisis depresivas de la economía estadounidense.

junta de los trabajadores y jamás contribuye a obtener un propósito gremial. Durante la lucha se le utiliza para derrotar a sus compañeros de trabajo y aunque el patrono lo trata con toda clase de consideraciones en ese momento, una vez que se ha restaurado la paz se lo despide, y tanto el patrono como sus compañeros y toda la familia humana se apartan de él."

La organización de los *molly maguires* fue desbaratada en 1875. El proceso judicial a varios de sus jefes, a quienes se acusó criminalmente, mostró según los historiadores Charles y Mary Beard, que su historia era "una curiosa mezcla de lucha industrial y venganza personal, elementos que constituyeron un episodio importante en las relaciones entre el capital y el trabajo, una fase de guerra cruda e implacable por la distribución de la riqueza".

En el verano de 1877 se produjo el gran incendio. Un acuerdo secreto entre las empresas ferroviarias había impuesto una nueva quita del diez por ciento a partir de junio (otro diez por ciento ya les había sido rebanado en 1873) en los salarios obreros. Esta vez la gota rebasó el vaso. Era público y notorio que el *New Central Railroad*, del "comodoro" Vanderbilt, había pagado a sus accionistas dividendos del ocho por ciento en 1874, y del diez por ciento en 1875. Eran ganancias jugosas, no inferiores a las pagadas por líneas tales como la *Pennsylvania Railroad* o la recientemente concluida *Union Pacific*, que unía las dos costas del continente. El meollo residía en que varias líneas habían sido trazadas sin un plan oficial previo y competían furiosamente entre sí por los pasajeros y las cargas. En la lucha competitiva las tarifas desempeñaban un papel decisivo; en lugar de ponerse de acuerdo para regularlas, magnates como Gould decidieron reducirlas perdiendo incluso dinero . . . y cubriendo parte de la pérdida mediante la baja de los salarios de los obreros ferroviarios.

Al comentar los sucesos de 1877

Las expresiones de 1874 descriptas por Samuel Gompers

En 1873, siendo obrero en la ciudad de Nueva York, observé por primera vez la crisis y la depresión de lo que ahora conocemos con el nombre de "ciclo de negocios". Tener que pasar un período de paro forzoso es terrible, pero es mucho más terrible ver que los compañeros y amigos están hambrientos y en la necesidad más espantosa porque se les ha negado la oportunidad de ganarse la vida trabajando honradamente.

La organización económica se desmoronó bajo la influencia de un cataclismo. Las empresas desaparecieron de la noche a la mañana. El poder financiero quedó paralizado. Aunque los materiales y los medios mecánicos para continuar la producción se encontraban a mano y los obreros mendigaban la oportunidad de trabajar, las puertas de las fábricas permanecieron cerradas. Sabía lo que pasaba por las mentes de aquellos hombres y lo que estaba sucediendo en sus casas porque yo era uno de ellos [. . .] En la ciudad de Nueva York miles de personas recorrían las calles buscando trabajo. Cuando llegó el invierno la miseria había alcanzado proporciones aterradoras [. . .] Sobrevino entonces algo nuevo. Un intento dramático que inflamó el corazón y la imaginación de todos nosotros haciéndonos sentir parte de la lucha que sostenía el mundo entero desde hacía años en contra de la opresión. El mitin de Seguridad, nombre que se tomó prestado de la temida organización de la Revolución Francesa.

Aquel año la navidad no se festejó en Nueva York como otras veces [. . .] En las calles se sucedieron mitines [. . .] En un pueblo en marcha hay algo que produce temor. Quienes estaban en el poder no podían descansar a gusto. La prensa empezó a hacer insinuaciones a la "Comuna". Se tramaron ardides para frustar el movimiento [. . .] Mientras tanto se estaban realizando varios planes para convocar un gran mitin popular en la plaza Tompkins el 13 de enero de 1874. El alcalde Havemeyer había prometido asistir y dirigirse a la muchedumbre [. . .] El comisario de policía dio permiso para que se celebrara el mitin popular y la manifestación, la cual podía llegar hasta la calle de Canal [. . .] La prensa alarmista hizo creer a la ciudad entera que los comunistas estaban en el poder y a punto de hacer estallar una sublevación revolucionaria. El día antes de que se realizara la manifestación el Comisionado de Parques y Jardines envió una orden al comisario de policía prohibiendo que se efectuara el mitin porque "amenazaba la tranquilidad pública". El comisario envió una orden al Comité de Seguridad pidiendo que el permiso fuera devuelto. Pero no se pudo encontrar por ninguna parte al Comité de Seguridad: ninguno de sus miembros había ido a sus casas aquella noche.

A la mañana siguiente la gente empezó a reunirse desde muy temprano en la plaza Tompkins. Yo llegué allí poco después de las diez. Una verja de hierro alta y con amplias entradas rodeaba al parque. Al poco tiempo éste se encontraba lleno de gente y una gran muchedumbre abarrotaba las avenidas que conducían a él. Todos estaban tranquilos. No había nada que rompiera la armonía ni el espíritu amistoso de las conferencias sostenidas entre las autoridades municipales y los ciudadanos hambrientos y sin trabajo. El objeto del mitin era presentar una prueba evidente del sufrimiento y la indigencia en que se encontraban los obreros sin trabajo en Nueva York.

Aproximadamente a las 10.30 un destacamento de policía rodeó el parque. Apenas habían tomado posiciones cuando un grupo de trabajadores entró en él. Llevaban un estandarte que decía: "Sindicato del 10th Ward". Un segundo después el sargento de policía organizó el ataque contra ellos. Le seguían policías montados y a pie, armados con sus porras. Sin una palabra de advertencia se precipitaron contra los indefensos obreros, derribando al que llevaba el estandarte y golpeando con sus porras a diestra y siniestra a todo el que se le ponía por delante.

Poco después la policía montada atacó a la muchedumbre que se agolpaba en la calle 8, derribando y atacando a hombres, mujeres y niños sin consideración alguna. Era una orgía de brutalidad [. . .].

Los ataques de la policía duraron todo el día: en cuanto veían a un grupo de personas pobremente vestidas arremetían contra ellas. Durante los días siguientes se vieron las consecuencias de la brutalidad que habían desplegado los policías en contra de los enfermos, los lisiados y los ciudadanos inocentes. La policía montada y los guardias atacaron varias veces a la multitud arremolinada en las calles y avenidas. Una ola de terror invadió aquel sector de la ciudad. No puedo pensar en aquellas violentas escenas sin que me hierva la sangre de indignación [. . .]. Trataron de justificar su actitud alegando que era una agitación comunista [. . .]. La indignidad de la plaza Tompkins originó un período de represión violenta. La policía adoptó procedimientos de espionaje continentales. Interrumpía cualquier reunión privada, arrojando a la calle a quienes se encontraban presentes, e hizo fracasar varios mitines organizados para protestar contra su brutalidad y en defensa del derecho de reunirse libremente con propósitos que no estaban fuera de la ley.

(Samuel Gompers, *Setenta años de vida y trabajo. Autobiografía*, México, Intercontinental, 1956.)



El descubrimiento de petróleo en Pennsylvania contribuyó al desarrollo económico que experimentaron —en la segunda mitad del siglo XIX— los Estados Unidos. En la foto, el primer pozo de petróleo, perforado por Edwin L. Drake, a quien se ve en primer plano, a la derecha.

Gompers señala que los magnates no consultaron con los obreros aquella quita, por lo tanto unilateral; pero que los trabajadores no estaban en buenas condiciones para resistir: "aunque el empleo y la paga en los ferrocarriles eran bastante irregulares, el paro forzoso era general en todas las otras ramas del trabajo y los trabajadores ferroviarios se veían obligados a aceptar las las condiciones que les ofrecían, por malas que fuesen, si no querían pasar a formar parte del gran número de desocupados". La rebaja en los salarios, justificada por la patronal con el argumento de que "los ferrocarriles se encontraban en muy mala situación", siguió en cuatro meses a la noticia de que la herencia dejada por Vanderbilt al morir había sido de 105 millones de dólares, cifra fabulosa para la época.

Los empresarios descontaban que su decisión no sería bien recibida, y muchos de ellos advirtieron públicamente que pulverizarían a las uniones obreras levantiscas. Como muestra disuasiva, declaraban invariablemente cesantes a los obreros que actuaban en las comisiones de quejas. El 17 de julio se produjo el estallido: el personal del *Baltimore & Ohio Railroad*, vista la inutilidad de sus gestiones ante la empresa, declaró la huelga y pidió la solidaridad de sus compañeros de las ciudades más importantes, en el sentido de que impidiesen el movimiento de trenes. Leamos de nuevo al dirigente conservador Gompers: "Desesperados por este cúmulo de miserias y sin tener organizaciones lo suficientemente fuertes [...] los trabajadores ferroviarios se sublevaron. La rebelión fue una declaración de protesta en nombre de toda la nación en contra de las condiciones que anulaban los derechos de todo ciudadano. La huelga de 1877 fue el grito de guerra que nos proporcionó un mensaje de esperanza. La rebelión fue espontánea [...], la huelga se prolongó progresivamente hasta superar en número de importancia a todos los movimientos industriales anteriores. Los huelguistas y los obreros simpatizantes se agolpaban en las calles [...]. Las autoridades empezaron a mostrar temor y solicitaron la protección del ejército. La lucha había empezado. El resentimiento que había estado reprimido durante mucho tiempo se desahogó con la destrucción. Armas primitivas, el fuego y la violencia, eran la respuesta que la clase obrera daba a la fuerza arbitraria."

En respuesta al pedido de huelga los fogoneros y guardatrenes dejaron los convoyes allí donde los sorprendió la solicitud. Era una típica huelga "salvaje", es decir, surgida sin previo concierto ni con dirección visible o activa por parte de los dirigentes. Es cierto que existía la Hermandad de Conductores de Locomotoras, fundada en 1863, que contaba ya con 50.000 miembros —calificados y no especializados, como fogoneros o peones de vía— y un fondo de reserva de un millón de dólares. Pero sus dirigentes fueron ajenos al paro, que se extendió por todo el Este. Dos días después, más de un centenar de trenes estaban paralizados, en muchos casos con pasajeros y carga perecedera a bordo, sin poder avanzar ni retroceder. La milicia estatal fue movilizada y despachada a los nudos ferroviarios y centros estratégicos, todo lo cual fue contraproducente, porque los obreros, enardecidos por lo que estimaban una provocación, recurrieron a la violencia, colocando rocas en las vías, destrozando agujas de cambio y, por último, incendiando vagones de carga.

El enfrentamiento se hizo inevitable, pese a que en Martinsburgh, Virginia Occidental, las tropas fraternizaron con los obreros. En Baltimore, Maryland, murieron nueve huelguistas y varios curiosos que asistían al espectáculo de la represión. Pero en Pittsburg, Pennsylvania, el choque tuvo las características de una pequeña guerra. Como nudo ferroviario y cabecera, tanto como punto neurálgico industrial, la preocupación estatal era mayor. Los soldados enviados con urgencia debieron previamente desalojar a los enardecidos obreros, produciendo entre éstos veinte bajas por munición de guerra. La furia de los trabajadores ya no conoció barreras y así, cuando un inexperto pelotón de la Guardia Nacional cometió el error de encerrarse en un galpón cuyos fondos daban al río, se los sometió a un sitio en regla, con la participación de algunas mujeres, que revelaron arrojo y desprecio por la propia vida. Cuando los soldados trataron de romper el cerco, fueron muertos. Ya en la parte final de la batalla, los obreros rociaron una barcaza con petróleo y la lanzaron, como brulote inexorable, contra la parte posterior del galpón sitiado. Cercados por el fuego y el agua, los soldados procuraron salir por el frente, siendo alcanzados por las balas de las armas que los obreros habían obtenido luego de saquear las armerías de la ciudad.

A continuación, y casi en clima total de guerra, la estación ferroviaria y cientos de vagones fueron incendiados. El fuego pasó al Union Hotel, contiguo a la estación, y desde allí se esparció sobre otros edificios. Ciento cuatro locomotoras se convirtieron en masas de hierro informe al rojo vivo. Las pérdidas sumaban muchos millones de dólares y el humo "envolvía a la ciudad como un féretro". Holbrook, de quien tomamos el relato, agrega que "caían las cenizas formando espesa lluvia" en muchas millas en torno de Pittsburg, mientras que "a lo largo de los restos calcinados de las líneas del Pennsylvania yacían soldados y huelguistas muertos".

A partir de tales sucesos las tropas no hesitaron en atacar a los obreros con rifles y ametralladoras, pero no por ello mejoró el cuadro. Nuevos contingentes, en otros puntos del país, se sumaron a los huelguistas: los del ferrocarril Erie, los del New York Central y los del Lake Shore, además de otros, hasta superar los cien mil. En Colum-

bus, Ohio, el comercio fue obligado a cerrar sus puertas. Hechos de violencia se registraron en Altoona, Eaton y en Bethlehem. En Reading, el general Winfield Scott Hancock, al frente de 3.000 soldados, hizo fuego sobre los huelguistas, produciendo diez "paisanos muertos" y quizás más del doble de heridos. En Búffalo los obreros del Lake Shore se batieron contra 3.400 milicianos y veteranos de la Guerra de Secesión. En Chicago, al tratar de disolver una manifestación, la policía se ensarzó en una batalla que duró todo el día, con un saldo de 19 muertos y más de un centenar de heridos. Se llamó a filas a millares de reservistas, para apoyar a los 5.000 policías agotados de cansancio; pero no se logró hacer marchar un solo tren en Chicago, Burlington y Quincy, ni tampoco de las líneas del Michigan Central. En Saint Louis, donde los trabajadores —blancos y negros— fueron dueños de la ciudad durante dos días, un periódico afirmó que no se estaba ante una simple huelga, sino ante una *revolución obrera.*

La lucha se prolongó con distintas características y matices durante dos largas semanas, en medio de la casi total paralización del comercio y la industria, desde la costa Este hasta la del Oeste. Pero, por último, las milicias, reforzadas con tropas federales, se impusieron a los trabajadores. Miles de éstos fueron despedidos y los que retornaron al trabajo debieron aceptar las rebajas, así como las mismas o peores condiciones laborales que las que habían motivado su rebelión. Según Norman J. Ware, historiador del movimiento obrero estadounidense, por primera vez podía hablarse efectivamente de *revolución obrera.* El movimiento había sido espontáneo, pero las masas se habían unido en un solo haz, demostrando una solidaridad que no se había registrado jamás antes en los conflictos preparados con intervención de los dirigentes. Maquinistas, foguistas y guardatrenes habían forjado sobre la marcha un sindicato único, que reemplazó a las diferenciadas hermandades.

Otro hecho significativo lo constituyó el de que, por primera vez en la historia del país, las tropas federales habían sido empleadas para reprimir a los huelguistas. "Ese choque mortal entre el capital y el trabajo —apuntan los Beard—, el más serio y amplio en la historia nacional, reveló a su paso los aspectos más graves de la guerra económica". Habían entrado en acción "todos los elementos generalmente esgrimidos contra los capitalistas: huelguistas, ferroviarios, mineros y otros trabajadores industriales [. . .] cuyos salarios eran 'opresivamente bajos', *tradeunionistas* en general que naturalmente simpatizaban con sus hermanos en guerra, comunistas 'que no deseaban ningún beneficio inmediato de la huelga, a menos que acarreara una revolución social general y el desmembramiento de la propiedad privada', trabajadores sin ocupación, del tipo *tramp,* que aceptaban tareas temporarias como rompehuelgas, y la cepa de esos delincuentes que aprovechan con regocijo cualquier desorden que les brinde una oportunidad para la venganza y para el robo". Pero un editorial del *Daily News* de Chicago postulaba, días después, que si bien el público no sentía simpatía alguna por los *alborotadores,* menos la sentía por los Vanderbilt, los Gould y los Fisk, que "han venido gobernando los ferrocarriles y han llevado a la ruina a una de las más notables riquezas que ha conocido el mundo". Otro editorial del mismo periódico sostenía que los ferrocarriles habían sido explotados "completamente al margen de la Constitución" y corrompían cuanto tocaban; y un tercero aseveró que los dueños de las empresas, "no pudiendo sacar ya nada a los accionistas y obligacionistas", se habían lanzado "a despojar no sólo al público en general, sino hasta a sus propios empleados".

"Los ataques de la policía duraron todo el día; en cuanto veían a un grupo de personas pobremente vestidas, arremetían contra ellas." Samuel Gompers, refiriéndose a las huelgas de 1874 en Nueva York.

Arriba: Una trilladora mecánica en Grangeville, Idaho. En la ilustración inferior: Una partida de trabajadores ambulantes californianos. La industrialización, llegada también a las zonas más alejadas, provocó en el último cuarto del siglo XIX una grave desocupación.

Los Caballeros del Trabajo

De los sucesos de 1877 brotaron hermanados obreros más conscientes y poderosos. Además, la repercusión fue enorme en todo el país. En las grandes ciudades y centros industriales se sucedían los mitines contra la "opresión del capital" y en favor de "la revolución social y la república obrera". Según los historiadores Beard, el público "se vio sometido a un verdadero diluvio de propaganda [...]. Según los patronos, los obreros eran culpables de iniciar cada motín. Según los huelguistas, la culpa incumbía a la milicia [...] casi todas las muertes correspondían a las filas de los trabajadores. La simpatía popular por los obreros se conquistaba por el cuadro de mujeres y niños casi muertos de hambre [...] se organizaban colectas [...] y los agricultores enviaban vagones llenos de víveres [...]. Cuando terminó la espantosa batalla [...] los capitalistas [...] se alegraron por 'el fin del *tradeunionismo*'. Los huelguistas reanudaron malhumorados sus tareas. Los socialistas se enorgullecían porque la escaramuza había revelado tanto espíritu revolucionario".

Para Daniel Guérin, en cambio, el hecho más notable fue que por primera vez aparecieron en escena los obreros no calificados, la masa trabajadora totalmente inorgánica, que había luchado junto a los obreros ya agremiados. Importa esa puntualización porque ese mismo año iba a hacer pública aparición un organismo que a poco más se convertiría en el más importante del sector sindical. En efecto, la Noble Orden de los Caballeros del Trabajo, fundada en 1869 como secta clandestina por el sastre Uriah Smith Stephens (1821-1882) con motivo de una huelga de obreros del vestido en Filadelfia, mostró su rostro semipúblicamente en ocasión de la huelga ferroviaria de 1877.

Los compañeros de Stephens, un cortador irlandés llamado J. L. Wright y un oweniano inglés batidor de oro, llamado Frederick Turner, establecieron un complicado ritual de corte masónico para preservar el secreto de su organización, que tenía mucho en común con las prácticas de los sindicatos ingleses de oficios de primera mitad del siglo. Se trataba de no ofrecer blancos a la represión patronal y gubernamental; de ahí que el grupo inicial concibió a la organización secreta como un ente dirigido por ciudadanos norteamericanos de origen, probados en la lucha sindical. Dado el secreto de su funcionamiento, su crecimiento fue lento y casi inadvertido, si bien al cabo de una década, en 1870, contaban entre sus filas a 10.000 adherentes probados, con tendencia a crecer.

Para Cole, la de los *Knights* "nunca fue una federación de sindicatos obreros separados: fue una sociedad única que comprendía sólo a miembros individuales, y en la práctica su éxito fue mayor que en los oficios e industrias en los cuales los sindicatos de oficio eran débiles o no existían; en las minas, en los ferrocarriles y en las fábricas que empleaban una proporción elevada de obreros menos especializados". Admitía por igual a hombres y mujeres, blancos y negros, obreros calificados o semiespecializados, trabajadores y capitalistas, comerciantes y agricultores. La única exclusión regía para los expendedores de licores, dueños de *saloons*, jugadores de cartas o de Bolsa —Lens observa risueñamente que los ponían en un mismo pie de igualdad—, abogados y banqueros.

Su objetivo declarado era el de "asegurar a la mano de obra una participación adecuada en la riqueza que ella crea; una cantidad más justa de descanso; más ventajas societarias; mayor parte en los beneficios, privilegios y emolumentos del mundo in-





"El perjuicio que se causa a uno daña a todos." Lema de los "Knights of Labour".

dustrial; en una palabra, todos los derechos y privilegios necesarios para hacerlos capaces de disfrutar, apreciar, defender y perpetuar las bendiciones del buen gobierno". La Noble Orden confiaba en obtener estos vagos propósitos mediante el cooperativismo, el arbitraje en las disputas industriales, la jornada de ocho horas, la abolición del trabajo de los menores y muchas otras reformas sociales y económicas que con el transcurso de los años serían finalmente alcanzadas. El movimiento respondió al desarrollo portentoso de la gran industria, que abatió las líneas demarcatorias entre los oficios. La razón de su creciente buen éxito residió, según Guérin, en que "abrieron sus puertas a todos los trabajadores, predicando la fraternidad y la solidaridad de los explotados. 'El perjuicio que se causa a uno daña a todos', era su divisa. Supieron llegar al corazón de los humildes, de los aplastados, de los frustrados, ofreciéndoles algo así como una nueva religión. No sólo les dieron mejoras materiales sino también un ideal. Por primera vez en la historia del movimiento obrero norteamericano, una organización dedicaba sus esfuerzos a elevar el nivel espiritual de los trabajadores, a educarlos".

Pero esta relación de lo cultural sobre lo específicamente gremial tenía sus riesgos, y uno de éstos era deprimir el espíritu de lucha inmediata en favor de una labor de paciencia y tiempo, gradualista y pacífica, de creciente concientización. No fue así extraño que la huelga fuese dejada como último recurso, en lugar de ser de los primeros. La Noble Orden simplemente se proponía sustituir la sociedad competitiva por otra cooperativa, en donde los obreros tuviesen oportunidad de gozar plenamente de los bienes que creaban. Para lograr esta meta era previo quebrantar el poder financiero de los bancos y no mediante luchas contra patrones individuales. El paso de los años debía probar cuál de las dos concepciones, si la del enfrentamiento permanente o la de la conciliación y la negociación era la más conducente a la satisfacción de las necesidades y objetivos de los trabajadores.

Porque después del pavoroso estallido de 1877 hubo durante algunos años una relativa paz. Un inesperado auge comercial redujo las proporciones del enfrentamiento entre el sector patronal y la masa trabajadora. Es claro que las disputas por salarios o mejores condiciones laborales proseguían, pero en general se limitaban a una sola industria o se localizaban en uno o más distritos, sin revestir, empero, los amplios alcances de la de 1877. Los Beard anotan que "pese a ser de superficie más reducida, las huelgas fueron muchas y acres y se oía su estampido como el disparo de un arma de fuego con mortífera regularidad —para asombro de aquellos ciudadanos respetables que creían que todo el problema de la democracia había quedado resuelto con la emancipación de los esclavos— y ocasionalmente conmovieron a toda la nación con sus ominosos derramamientos de sangre".

Esas ocasiones fueron, entre otras, una nueva huelga ferroviaria en el Suroeste, a principios de 1884; otra de tipo "salvaje" en mayo del mismo año, también de ferroviarios —del Union Pacific en Denver, Colorado, y, en agosto, algunas de menores proporciones, en protesta por reducciones de salarios, que concluyeron con el triunfo de los huelguistas. Al año siguiente la reducción de salarios en tres líneas férreas de Pay Gould provocó no sólo paros sino la impensada consecuencia de que la masa obrera se volcara en la Noble Orden, por entonces regenteada por el conservador Terence Powderly. En mayo de 1885 hubo huelga en el Denver & Río Grande Railway, que la patronal reprimió con despidos masivos, obteniendo como respuesta el que varios trenes fuesen dinamitados por los obreros.

Cuando, en agosto, la Wabash

Railway declaró un *lock-out* como disuasivo para quienes se habían afiliado a los *Knights*, éstos dieron la orden de huelga general en todas las líneas de propiedad de Gould. Y entonces ocurrió lo increíble: el todopoderoso Gould, el soberbio y recalcitrante Gould no sólo accedió a conferenciar con representantes de los *Knights*, sino que finalmente se avino a sus reclamos. ¡Era toda una revolución! ¡Por primera vez el capital y el trabajo se sentaban a una mesa de discusión, en un plano de igualdad! El que después la patronal no cumpliese con lo pactado era harina de otro costal. ¡El más poderoso de los amos del capital había sentado el precedente de platicar con los obreros! ...

La Noble Orden de los Caballeros del Trabajo ganó así un prestigio inmenso, que le valió, en menos de un año, multiplicar varias veces su caudal gremial. El valor de la unión y la solidaridad se demostraba en cada ocasión y no únicamente entre los aguerridos obreros del riel. No tardaron en unirse a los *Knights* los mineros del carbón, de Colorado; los madereros del valle de Saginaw, Michigan; los de las canteras de Illinois, inmigrantes europeos en su gran mayoría, las más de las veces iletrados y no calificados. De la magnitud de esta afiliación masiva da cuenta el historiador Perlman: "Todos los rasgos característicos de los sucesos dramáticos de 1886 y 1887, el ritmo febril con que creció la organización, la ola de huelgas de dimensiones nacionales, particularmente las de solidaridad, el uso ampliamente difundido del boicot, la desaparición aparentemente total de las líneas divisorias —geográficas o de oficio— dentro de las clases trabajadoras, la violencia y la turbulencia que acompañaron al movimiento, tales fueron los signos distintivos de la gran actuación de los obreros no calificados, que finalmente se habían rebelado".

Pero a raíz de los sucesos de Haymarket Square, en Chicago, en mayo de 1886, y a consecuencia de su actitud reticente cuando no contraria a la lucha en favor de la jornada de las ocho horas, se inició el camino de la lenta declinación de los Caballeros del Trabajo, a partir de su culminación como entidad gremial que había logrado el milagro de sindicalizar a más de medio millón de trabajadores. Sobre su ruina y extinción emergerá, bajo el comando de Samuel Gompers, la American Federation of Labor (AFL = Federación Norteamericana del Trabajo).

La "American Federation of Labor"

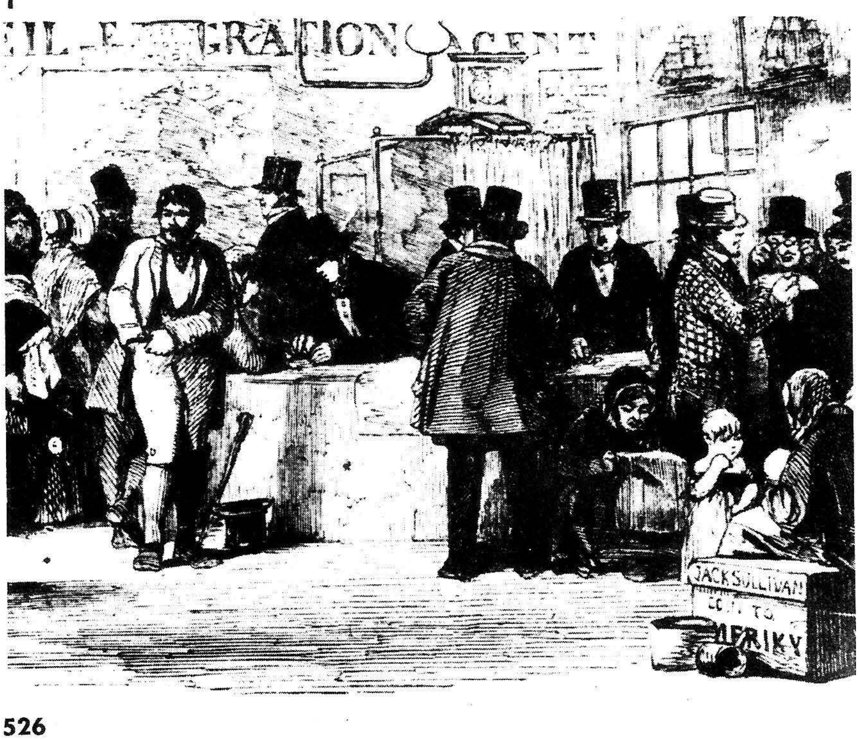
La década de 1880-1890 tiene en Estados Unidos la significación de haber registrado el récord en materia inmigratoria. El enorme desarrollo industrial que se inició con la Guerra de Secesión alcanzó su culminación gracias a la ocupación total de las tierras continentales, de Este a Oeste, mediante, entre otras cosas, la exacción o la liquidación del indio.

La masa de emigrantes radicados en Estados Unidos se convirtió en una poderosa fuerza combativa, que tuvo ocasión de expresarse no sólo con ocasión de las huelgas contra el magnate ferroviario Gould sino también con motivo de la lucha por la jornada laboral de ocho horas, cuya manifestación más resonante fue la huelga general dispuesta para el 1º de mayo de 1886 y su consecuencia indirecta, el proceso a los "mártires de Chicago". Durante estas luchas los *Knights of Labor* no sólo declinaron en su actividad combativa sino que el Gran Maestro de la Orden, Powderly, mediante una circular secreta remitida a todas las secciones de su jurisdicción, ordenó no plegarse a la acción en favor de las ocho horas. La difusión pública de la orden secreta fue el primer paso que llevó a su declinación y posteriormente a su total extinción. Pero casi tanto como ese traspié, que equivalía a una traición a la clase trabajadora, lo que contribuyó a liquidar a los Caballeros del Trabajo fue la creación de la *American Federation of Labor* (Federación Norteamericana del Trabajo = AFL), debida a la acción de un hombre empeñoso, Samuel Gompers, un obrero cigarrero nacido en Londres, hijo de padres holandeses que se trasladaron a Nueva York en procura de mejoras económicas.

El pasado éxito de los Caballeros del Trabajo se había debido, en gran parte, a que sus dirigentes superaron los viejos marcos de los oficios —muy deteriorados en virtud del gran desarrollo industrial—, y se concentraron en la sindicalización de los obreros no calificados, la carne de cañón barata de las nuevas máquinas. Pero cuando la contradicción entre las necesidades de los obreros calificados y los no calificados se acentuó, el retrógrado reformista Powderly no supo hacer frente a la insuperable colisión. Según Guérin, los *Knights* "no dieron a los oficios un lugar suficientemente amplio en la estructura de su organización"; en cambio, "los organizaron sobre una base local y nacional, pero los sindicatos nacionales de oficio, aunque aceptados estatutariamente, no eran muchos y se los tenía en una cierta situación de inferioridad. La mayor parte de la atención se dedicaba a las asambleas locales mixtas, especie de uniones de sindicatos, que constituían la base esencial de la Orden". Pero lo que enfrentó a unos contra otros fue una competencia por la afiliación de secciones sindicales locales de oficios calificados. Cuando los *Knights* lograron llevar a sus filas en 1881 al sindicato de cigarreros neoyorquinos, sublevados contra su dirigente nacional, Gompers, éste, en reflejo de autodefensa, federó el mismo año a los sindicatos nacionales de oficio en una *Federation of Trades and Labor Unions* (Federación de Gremios y Sin-

Propuestas aprobadas en ocasión de constituirse en 1881 la Federación de Gremios y Sindicatos Organizados de los Estados Unidos de América y Canadá

– Educación obligatoria.
– Prohibición de trabajar a los niños menores de catorce años.
– Otorgamiento de licencias a los técnicos permanentes.
– Medidas sanitarias y de seguridad en las fábricas.
– Leyes uniformes para los aprendices.
– Ley nacional de ocho horas de trabajo.
– Cese del sistema de contratos de trabajo de los presos.
– Prohibición del sistema de trueque en el pago de los salarios.
– Sanción de una ley que establezca que los salarios son la primera obligación del producto elaborado.
– Cese de todas las leyes de "conspiración" [*conspiracy* = subversión] obrera.
– Establecimiento del Departamento Nacional de Estadísticas del Trabajo.
– Protección de la industria norteamericana contra la mano de obra barata extranjera.
– Prohibición de *importar*, bajo contrato, trabajadores extranjeros.
– Expulsión de California de 40.000 chinos (peones de esa nacionalidad que aceptaban trabajar por menor paga).



dicatos de Trabajadores), que al principio operó como una asamblea anual obligatoria de sus organismos federados, para transformarse en 1886 en la AFL, al tiempo que proclamaba la guerra abierta a los Caballeros del Trabajo.
Gompers refiere del siguiente modo el nacimiento de su federación:
"Los hombres empezaron a considerar la federación con cierto detenimiento. Sentían la necesidad de protegerse mutuamente. Para lograr este objetivo se analizaron varios planos, que fluctuaban desde una organización secreta que reemplazara a los *Knights* hasta una unión que bregara en favor de logros económicos y legislativos. En nuestras cabezas bullía la idea de la unidad nacional, pero nada teníamos que nos pudiese guiar [. . .]. En aquella época nadie tenía claro el concepto de una federación nacional de sindicatos. Su desarrollo, al igual que la política y los métodos que debía seguir, fue la evolución natural de los principios que los cigarreros habíamos establecido, primero en el Sindicato Número 144 y más tarde en el Sindicato Internacional de Cigarreros, y que se aplicaban ampliamente a diferentes problemas y situaciones. Se podía servir mejor a las necesidades económicas y al mejoramiento de las mismas movilizando y controlando el poder económico. Esta fue la sencilla base sobre la que descansaron todos nuestros métodos."
En la ciudad de Terre Haute, Indiana, se reunió a principios de agosto de 1881 una cincuentena de delegados de seis importantes sindicatos (tipógrafos, cigarreros, carpinteros, trabajadores del vidrio, del hierro y del acero), que convinieron en volver a reunirse semanas más tarde, en noviembre, en Pittsburgh. Cuando lo hicieron, en efecto, crearon la Federación de Gremios y Sindicatos de los Estados Unidos de América y Canadá. Samuel Gompers y Adolph Strasser, ambos cigarreros, serían sus mentores y guías. El pri-

La inmigración europea, unida a la maquinización, contribuyó a empeorar la situación de los obreros nativos. Dispuestos a vender su fuerza de trabajo por salarios ínfimos, los inmigrantes europeos y asiáticos fueron instrumentados por las patronales a fin de mantener bajo el nivel general de sueldos.



mero de ellos diría que el movimiento sindical norteamericano tuvo que desarrollar su propia filosofía, su técnica y su idioma y que su propósito era introducir en el movimiento "el sentimiento que tanto faltaba en los sindicatos ingleses", haciendo lo posible para convertirlo en algo "práctico, pero que tuviese profundas raíces afectuosas". Con un programa tan revolucionario fue lógico que durante su primer lustro de vida la federación apenas lograra representar a unos 140.000 trabajadores. La traición de Powderly fue lo que, contradictoriamente, realzó a quien era su igual en mentalidad e ideología conservadora, Gompers.

El "gompersismo"

La definitiva consolidación de la AFL y al mismo tiempo su segunda acta de nacimiento se registró durante la convención celebrada en 1886 en Columbus, Ohio. Los Caballeros del Trabajo se negaron a respetar la jurisdicción de los grandes sindicatos gremiales, los que finalmente se decidieron por abandonar a los *Knights* y a constituirse en federación, a la que no tardó en sumarse la Federación de Gremios y Sindicatos bajo la conducción de Gompers, que en el acto fue designado presidente, cargo en el que, exceptuado el período 1894-1895, permanecería hasta su muerte, en 1924. Su fuerza reposó fundamentalmente en los sindicatos de carpinteros, cigarreros (o tabacaleros), impresores y en los trabajadores del hierro y el acero. Desde sus 140.000 representados, en 1886, duplicaría ese caudal en los doce años siguientes, pero en los primeros cinco años del siglo XX el número de afiliados representados pasaría a 1.500.000, hasta alcanzar al iniciarse la Primera Guerra Mundial, en 1914, la primera cifra tope de dos millones.

Según Guérin, la escisión entre Gompers y Powderly "terminó en un desastre que debía paralizar durante medio siglo la evolución del sindicalismo norteamericano, separando por varias generaciones a los obreros calificados de los no calificados". Añade que en la lucha entre el principio de la solidaridad obrera y el del egoísmo corporativo triunfó este último y que Gompers "consiguió establecer sobre bases cínicamente realistas, pero por eso mismo sólidas y duraderas, una aristocracia obrera, una organización de trabajadores privilegiados, preocupados exclusivamente por sus intereses de casta, que no ignoraban e incluso se combatían de un oficio a otro y, lo que es peor, que abandonaban deliberadamente a su triste suerte a los no calificados, negándose a organizar a la masa de los explotados del Gran Capital norteamericano". El *tradeunionismo* de Gompers —a quien llama "viejo zorro"— tenía, para Guérin, poco que ver con el sindicalismo, tal como fue concebido y propagado por Marx y la Primera Internacional, puesto que le faltaba el principio elemental de la solidaridad de clase: "El gompersismo —puntualiza— se basa en la idea de que, como el obrero calificado es escaso y buscado, debe hacerse más buscado y deseable todavía por medio de una organización monopolística que cierre celosamente sus puertas a los que recién llegan y, armado de este modo, vender lo más caro posible sus servicios, no preocupándose de los otros obreros calificados, provistos también de un monopolio garantizado por sus estatutos, ni de los obreros no calificados, abandonados a sí mismos". Y pone en boca de William Haywood esta definición: "El trabajador calificado explota actualmente a la mano de obra que está debajo de él —el no calificado— tal como lo hace el capitalista".

Y más adelante señala el mismo Guérin que se trata de una concepción para los mismos obreros calificados, al oponerlos, aislándolos entre sí: "Como cada sindicato de oficio está ligado a los empleadores por contratos que vencen en fechas diferentes, ningún oficio quiere arriesgarse a romper un contrato vigente para ayudar a otro oficio en huelga. Y así, mientras unos luchan, los otros *carnerean,* y cada oficio es derrotado separadamente. La central sindical es una organización sumamente floja, que no tiene derecho a imponer ningún movimiento de conjunto a los diferentes sindicatos de oficio que la componen. En cuanto a las uniones de sindicatos locales, que eran la base esencial de los *Knights of Labor,* en la AFL no tienen ningún poder frente a las uniones nacionales de oficio. En estas condiciones se vuelve muy difícil una huelga general de solidaridad, local o nacional. Mucho más aún si se trata de una huelga cuyo objetivo va más allá de una cuestión inmediata de pan cotidiano, una huelga por una reivindicación de orden más elevado, que interese al conjunto de la clase obrera. Además, la negativa a organizar a los no calificados se vuelve contra los calificados: en la masa de los trabajadores desorganizados el patrón dispone de un ejército de reserva de rompehuelgas, a quienes puede utilizar cada vez que los obreros calificados de determinado oficio cesan el trabajo. Finalmente, la propia concepción monopolista provoca fricciones y luchas fratricidas entre oficios. Cada uno de ellos reivindica para sí tal categoría de trabajadores y llega hasta a emprender huelgas largas, costosas y hasta sangrientas para tratar de imponer su jurisdición a los oficios rivales".

El detalle más ominoso de todos reside en que el gompersismo conduce a la colaboración de clases, a la corrupción y hasta al gangsterismo sindical y engendró los burócratas o bonzos sindicales, cuya función se limitará, en líneas generales, a obtener para su gremio las mayores ventajas materiales posibles, para sí mismos la perpetuación en sus cargos mediante el empleo de la

Situación del gremialismo de Estados Unidos según el informe presentado por un comité de cinco miembros ante la Asamblea General de los Caballeros del Trabajo y de los Sindicatos Nacionales e Internacionales, reunida en Cleveland el 27 de mayo de 1886

Debido al desarrollo de la industria y al aumento del capital se tiende a monopolizar los intereses comerciales del país. De tal modo, los diferentes gremios han sufrido con la introducción de la maquinaria, con la sustitución de empleos, con el trabajo de las mujeres y los niños, con la falta de un sistema de aprendizaje; por consiguiente, el nivel del trabajo se está empobreciendo. Para impedir que los obreros calificados de Norteamérica queden reducidos a la nada y para mantener el nivel de la mano de obra se establecieron los sindicatos en el país. Su pasado demuestra que son una necesidad social. No sólo han logrado un beneficio social al aumentar los salarios de los obreros, sino que han cumplido con un deber fraternal ayudando a sus miembros cuando están sin trabajo o cuando están enfermos, cuando los accidentes o los años los han incapacitado para ganarse la vida y también suministran ayuda a las viudas y a los huérfanos de sus compañeros muertos. Por consiguiente, los sindicatos han llegado a ser una institución permanente en Norteamérica. Su propósito es elevar a todas las ramas del trabajo a un nivel más alto de ciudadanía y ampliar la esfera del bienestar social. Con este fin hombres de gran visión e inteligencia, pertenecientes a varios gremios, fundaron los sindicatos de sus respectivos oficios y para sostener a los miembros de estos sindicatos han sacrificado innúmeras veces su tiempo y su dinero. Si al principio muchos pronosticaron que fracasarían, el tiempo ha probado no sólo su utilidad sino que están destinados a cumplir una misión mucho más elevada: están establecidos sobre una base tal que no puede temerse su destrucción; tampoco es indispensable que exista antagonismo entre ellos y los Caballeros del Trabajo.

Nuestro miedo no es que éstos destruyan a los sindicatos, sino que los capitalistas del país aprovechen todas las oportunidades que tengan para incitar a unas organizaciones en contra de las otras para, al abrigo de esta contienda, destruir a todas. Durante el último año los sindicatos han crecido enormemente: por ejemplo, el Sindicato Internacional de Tipógrafos cuenta con 9.578 miembros nuevos, el de los Cigarreros con 7.101, la Hermandad de Carpinteros con 13.461, el Sindicato de Panaderos con 7.564, el de los Albañiles con 9.578, la Organización de los Obreros Muebleros con 6.633, la de los Obreros Unidos del Hierro y el Acero con 8.230, el Sindicato de los Forjadores de Hierro con 12.400, el de los Talladores de Granito con 3.622, el de Sastres con 2.541, el de los Mineros del Carbón con 36.000 (estos últimos se retiraron de los Caballeros del Trabajo y formaron agrupaciones sindicales).

De los veintidós sindicatos internacionales y nacionales que estuvieron representados en la Conferencia de Filadelfia y de los catorce que apoyaron la labor de ésta, sólo nueve de sus dirigentes principales reciben sueldo; éste fluctúa entre 12 y 20 dólares a la semana, estando el resto de los funcionarios dedicados a sus deberes oficiales sin recibir remuneración alguna. Los sindicatos se dirigen económicamente y se exige la más alta responsabilidad a sus funciones en lo referente a cuestiones financieras y administrativas. Como éstos consideran que una de sus principales obligaciones consiste en fomentar el progreso de sus respectivos sindicatos, sus principales funcionarios estimaron que su deber era asistir a la Conferencia de Filadelfia. Los resultados que se obtuvieron en esta conferencia son tales que de ahora en adelante no podrá dudarse de que los sindicatos de Norteamérica no sólo prosperarán, sino que llegarán a ser una institución más estable que preservará su autonomía y conducirá sin interferencias sus propios asuntos.

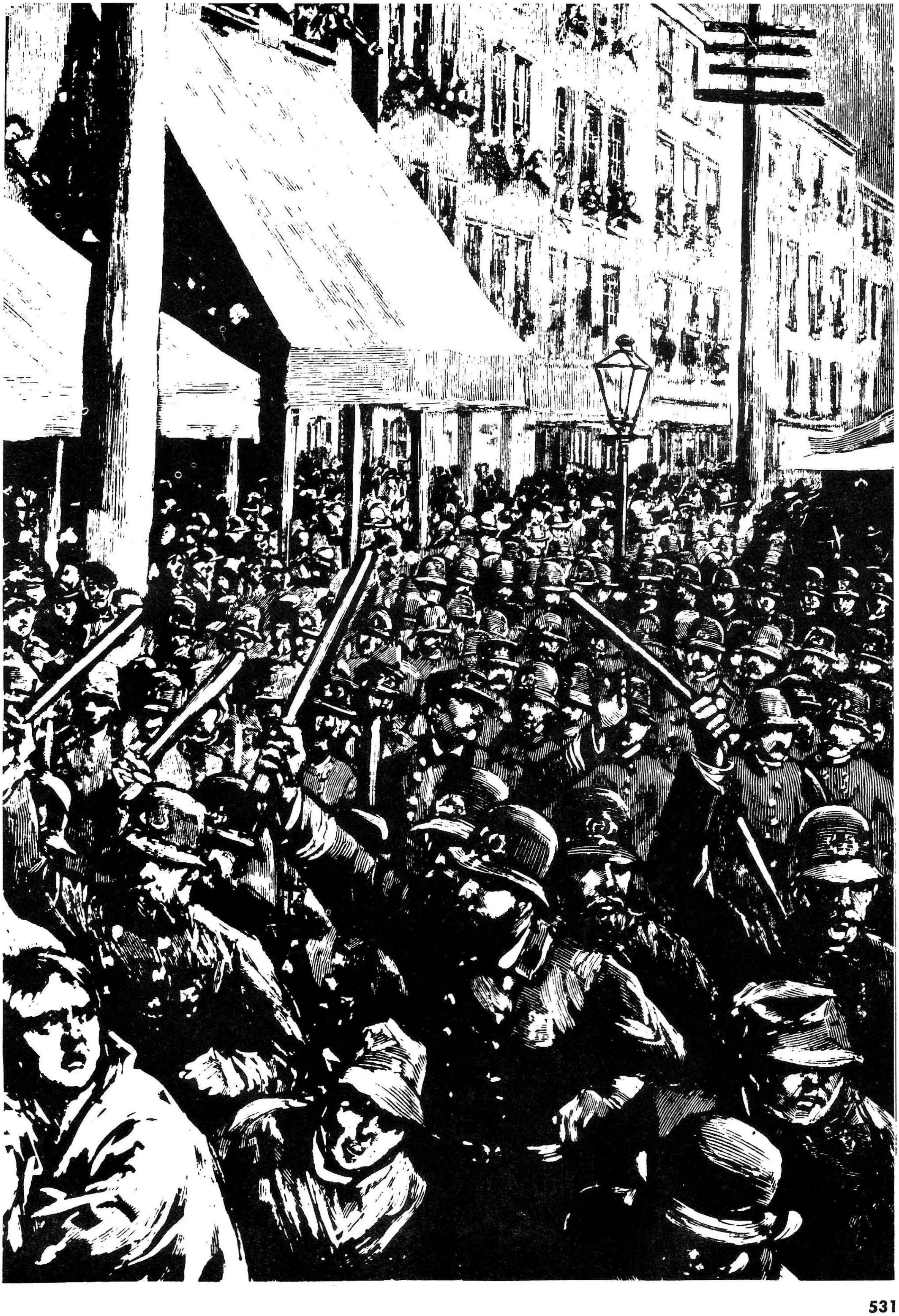
"Cada sindicato de oficio está ligado a los empleadores por contratos que vencen en fechas diferentes, y ningún oficio quiere arriesgarse a romper un contrato vigente para ayudar a otro oficio en huelga. Y así, mientras unos luchan, los otros carnerean, y cada oficio es derrotado separadamente."
Samuel Gompers.

violencia y el soborno y, por último, a preservar el orden establecido, del que dependerá su Poder.
El gompersismo no se propone, en modo alguno, transformar la sociedad, tornarla más limpia y justa: se aviene a su papel colateral en el *establishment*, colabora con él aunque aparente una oposición obcecada, que solo se traducirá en objetivos restringidos, tales como mejoras en las condiciones de trabajo o una mayor paga de salarios. No cuestiona la institución del salario mismo ni objeta a la sociedad como injusta o arbitraria. Por el contrario, se aviene a ella con el argumento de que brega por un "sindicalismo puro y simple", sin contaminaciones políticas o ideológicas. Cuando, en noviembre de 1881, se celebra en Pittsburgh la primera asamblea anual de gremios federados, y ante la *acusación* de la *Commercial Gazetta* sobre su presunta ideología, Gompers se queja. Escribirá en sus *Memorias*, que sus adversarios "también consiguieron que se publicara la calumnia en donde se me difamaba, tachándome de ser un representante del socialismo. Fui a la sesión [...] pedí la palabra [...] y después de leer el artículo declaré que todo lo que en él se decía era falso y afirmé que nunca había estado afiliado a ninguna organización socialista y que si me encontraba presente en aquella sesión era en calidad de delegado obrero y no en representación de un bando o camarilla [...]. Aquella calumnia no tuvo otro objeto que desacreditarme".

La reacción anti-Gompers

La década de 1890 se destacó por graves enfrentamientos entre la clase trabajadora y la patronal. En el fondo, las luchas reflejaban un intento de sobreponerse a las prácticas "realistas" del "arthurismo" y el gompersismo, que se habían convertido en norma del sindicalismo estadounidense.
La expresión "arthurismo" procede del dirigente P. M. Arthur, por más de 25 años Gran Jefe de la Hermandad de Maquinistas de Locomotoras. Arthur había sido en su juventud maquinista y en tal carácter había participado en los sucesos de Pittsburgh contra el ferrocarril de Pennsylvania. Al término del sangriento paro ofreció a la empresa un plan por el cual pretendía que se acordara ventajas a su especialidad, desentendiéndose del resto de sus compañeros ferroviarios. Según Henry George (h.), Arthur alcanzó hasta que murió la posición privilegiada de Gran Jefe de su fraternidad debido a sus esfuerzos en pro de los maquinistas, pero también "por haber vigilado con constancia y evitado en lo posible la oposición, llegando hasta a ponerse de acuerdo en secreto con los directores de las distintas empresas ferroviarias para que, confiándoles servicios especiales, alejaran de las elecciones y les impidieran tomar parte en ellas a los que no estaban conformes con la gestión y autoridad de Arthur". Este y sus socios convinieron "acuerdos de caballeros" mediante los cuales aseguraban a la patronal, por un período determinado, que no habría huelgas ni otro tipo de perturbaciones análogas.
Según George, el resto de los obreros ferroviarios perdieron muchas ocasiones propicias para mejorar su situación "porque los maquinistas se hacían los suecos cuando se les pedía que colaboraran". En realidad Arthur había hecho una alianza ofensiva y defensiva con las empresas, cortando todo lazo de unión con lo que no fuese su oficio: "semejante alianza con los monopolios, que además de ser los enemigos de sus otros compañeros de trabajo estaban robando al público, fue utilizada por Arthur para obtener concesiones especiales y pudo, moderando sus exigencias la mayor parte de las veces, sacar para sus conductores de locomotoras concesiones de los patrones". Los ferroviarios estaban divididos en más de veinte

En la última década del siglo una manifestación de los obreros tranviarios es dispersada violentamente. Los años comprendidos entre 1890 y 1900 estuvieron signados por graves enfrentamientos entre obreros y patrones.



"¡Por tierra, al ímpetu de la muchedumbre, el policía que les salga al paso! ¡Aquellos son los que por el salario de un día ayudan a oprimir a sus hermanos! ¡Piedras!"
José Martí, "La lucha de clases en Chicago".

José Martí relata una huelga ocurrida en 1886 en las fábricas McCormick

Llegó marzo. Las fábricas, como quien echa perros sarnosos a la calle, echaron a los obreros que fueron a presentar su demanda. En masa, como la Orden de los Caballeros del Trabajo lo dispuso, abandonaron los obreros las fábricas. El cerdo se pudría sin envasadores que lo amortajaran, mujían desatendidos en los corrales los ganados revueltos; mudos se levantaban, en el silencio terrible, los elevadores de granos que como hilera de gigantes vigilan el río. Pero en aquella sorda calma, como el oriflama triunfante del poder industrial que vence al fin en todas las contiendas, salía de las segadoras de McCormick, ocupadas por obreros a quienes la miseria fuerza a servir de instrumentos contra sus hermanos, un hilo de humo que como negra serpiente se tendía, se enroscaba, se acurrucaba sobre el cielo azul.
A los tres días de cólera se fue llenando una tarde nublada el Camino Negro, que así se llama el de McCormick, de obreros airados que subían calle arriba con la levita al hombro, enseñando el puño cerrado al hilo de humo; ¿no va siempre el hombre, por misterioso decreto, adonde lo espera el peligro y parece gozarse en escarbar su propia miseria? ¡Allí estaba la fábrica insolente, empleando, para reducir a los obreros que luchan contra el hambre y el frío, a las mismas víctimas desesperadas del hambre! ¿No se va a acabar, pues, este combate por el pan y el carbón en que por la fuerza del mal mismo se levantan contra el obrero sus propios hermanos? Pues ¿no es esta la batalla del mundo en que los que lo edifican deben triunfar sobre los que lo explotan? ¡De veras, queremos ver de qué lado llevan la cara esos traidores! Y hasta ocho mil fueron llegando, ya al caer de la tarde, sentándose en grupos sobre las rocas peladas; andando en hileras por el camino tortuoso; apuntando con ira a las casuchas míseras que se destacan, como manchas de lepra en el áspero paisaje.
Los oradores, que hablan sobre las rocas, sacuden con sus invectivas aquel concurso en que los ojos centellean y se ven temblar las barbas. El orador es un carrero, un fundidor, un albañil; el humo de McCormick caracolea sobre el molino; ya se acerca la hora de salida: "¡A ver qué cara nos ponen esos traidores!" "¡Fuera, fuera ese que habla, que es un socialista . . . !"
[. . .] ya los obreros han oído la campana de la suelta en el camino; ¿qué importa lo que está diciendo Spies? ¡Arrancan todas las piedras del camino, corren sobre la fábrica y caen en triza todos los cristales! ¡Por tierra, al ímpetu de la muchedumbre, el policía que le sale al paso! "¡Aquellos, aquellos son, blancos como muertos, los que por el salario de un día ayudan a oprimir a sus hermanos!" ¡Piedras! Los obreros del molino, en la torre, donde se juntan medrosos, parecen fantasmas; vomitando fuego viene camino arriba, bajo pedrea rabiosa, un carro de patrulla de la policía, uno al estribo vaciando el revólver, otro al pescante, los de adentro agachados se abren paso a balazos en la turba, que los caballos arrollan y atropellan; saltan del carro, fórmanse en batalla y cargan a tiros sobre la muchedumbre, que a pedradas y disparos locos se defiende. Cuando la turba, acorralada por las patrullas que de toda la ciudad acuden, se asila, para no dormir, en sus barrios donde las mujeres compiten en ira con los hombres, a escondidas, a fin de que no triunfe nuevamente su enemigo, entierran los obreros seis cadáveres.

(José Martí, *La lucha de clases en Chicago.*)

organizaciones de oficio, todas afiliadas a la AFL, si bien las fraternidades se mantenían apartadas, autocalificándose como sociedades de socorros mutuos en lugar de sindicatos.
Contra Arthur se erigió la figura de Eugene V. Debs, uno de los fundadores de la Fraternidad de Foguistas, que se destacó por un escrito famoso contra Arthur, en 1885, titulado *La aristocracia del trabajo*, en el que denunciaba a los maquinistas como élite y propugnaba la unidad de acción entre las especialidades ferroviarias. Una huelga de foguistas registrada en 1888 en el Chicago, Burlington & Quincy fue derrotada por la no adhesión de los maquinistas y los guardatrenes. Debs trató al año siguiente de constituir un organismo centralizador de los obreros del riel, que al cabo de tres años fracasó por la negativa de los maquinistas a sumarse. En ese mismo año de 1892 otro paro, esta vez de guarda-agujas, fue vencido por la deserción de los maquinistas y otras especialidades. A continuación, en la primavera de ese mismo año, iba a producirse un resonante suceso que conduciría a Debs a encarar la lucha sindical de un modo distinto. Fue lo que ocurrió en las fundiciones de la *Carnegie Steel Co.* en Homestead, Pittsburgh, Pennsylvania.
Su propietario, Andrew Carnegie, que ya apuntaba como filántropo, había decidido hacer un largo viaje de placer por todo el mundo, dejando a cargo de su empresa a Henry Clay Frick, un declarado enemigo de los trabajadores. La partida de Carnegie disimulaba la autoridad que había conferido dos años antes a Frick de "reducir gastos" en vista de la disminución registrada en sus beneficios. Frick inició gestiones con la *Amalgamated Association of Iron and Steel Workers* (Asociación Unica de Trabajadores del Hierro y el Acero), que nucleaba a unos 25.000 miembros y que estaba considerada como la más poderosa organización del movimiento obrero estadounidense. Pese a que la jornada laboral era en Homestead de doce horas durante los siete días de la semana, centenares de trabajadores ganaban entre 12 y 40 centavos diarios, siendo apenas de algunos centavos más el salario de los restantes. Las condiciones laborales eran espantosas. Anualmente perecían decenas de obreros en accidentes de trabajo y otros tantos quedaban inválidos de por vida debido a explosiones del metal derretido, por el derrumbe de los equipos desvencijados o carentes de adecuada protección o por ataques de pulmonía que seguían frecuentemente a la larga exposición al sofocante calor de los altos hornos.
Carnegie notificó a Frick que debía informar a la asociación obrera que al vencer el convenio aquella debía dejar de existir. Frick no se preocupaba de que el sindicato existiese o no; le importaba "reducir gastos", especialmente desde que el precio del acero había comenzado a bajar. Por las dudas, hizo construir una empalizada de madera en torno a la fábrica, con agujeros indicadores de que podían ser utilizados para introducir en ellos rifles; no conforme aún, erigió dobles hileras de estacas, como para precaverse de un ataque de los indios. Pero como los indios, los pocos que estaban quedando, residían a muchos centenares de kilómetros de distancia, los obreros intuyeron que el "Fuerte Frick" —como lo denominaron— iba a ser empleado contra ellos. Durante mayo y junio las negociaciones continuaron en forma airada por ambas partes. Frick pretendía que la asociación aceptara una reducción en los salarios. Cuando, finalmente, el 26 de junio, se cortaron las negociaciones en forma abrupta y Frick dispuso el cierre de la fundición, los cuatro mil obreros de Homestead resolvieron oponerse y decretaron a su vez la huelga el día 29. Y, por las dudas, establecieron tres turnos de guardia de ocho horas, cada uno con mil obreros, para custodiar la fundición día y noche. A lo largo del río Monongahela, en las terminales ferroviarias y en los caminos que convergían a Pittsburgh se apostaron centinelas. Tenían noticias de que Frick había contratado trescientos policías privados, de la célebre organización Pinkerton, que tendrían la misión de reabrir la fundición para hacerla marchar con nuevo personal, no sindicalizado. Los Pinkerton eran matones rudos, implacables, violentos y muy hábiles con la cachiporra, pero según el plan de Frick debían ser transportados en secreto, de noche, en chalanas silenciosas que debían cruzar el río.
A pesar del sigilo fueron descubiertos en cuanto desembarcaron. Unos 1.500 obreros hacían guardia esa madrugada del 6 de julio de 1892. El capitán Hinde, que mandaba a los trescientos Pinkerton, fue derribado de un tiro casi inmediatamente y se entabló un tiroteo ensordecedor. A los pocos minutos los Pinkerton se refugiaban en sus chalanas mientras los obreros, sabiendo de dónde provendría el ataque, armaban apresuradas barricadas con planchas de acero y vigas de hierro de la propia fundición. Ya a plena luz del día continuó el tiroteo. El remolcador "Little Bill", que había remolcado a las chalanas blindadas, abandonó poco después el espigón, conduciendo a lugar seguro a muertos y heridos. Los obreros sabían que iba a volver, por lo que decidieron concentrar sobre la cabina del piloto el fuego de sus armas. Mientras esperaban el retorno de esa nave, otros obreros retiraron del ayuntamiento de la vecina localidad de Braddock una vieja pieza de artillería de tiempos de la guerra civil y la situaron en un estratégico promontorio que dominaba el Monongahela. Su primer disparo horadó el blindaje de una de las chalanas y provocó nuevas víctimas entre los Pinkerton. Cuando el "Little Bill" regresó con refuerzos y procuró atracar en el espigón el fuego concentrado de los fusiles obreros causó estragos en su tripulación: la nave quedó al garete y fue arrastrada por las aguas río abajo, para no regresar.

Andrew Carnegie. Presentado por la prensa como un generoso benefactor, fue responsable de la muerte o invalidez de decenas de obreros empleados en sus fábricas insalubres. Abajo, un dibujo de la época satiriza la competencia entre Carnegie y Rockefeller.

Al avanzar la mañana los obreros arrojaron petróleo al agua y lo incendiaron, para obligar a los Pinkerton a salir de las chalanas por efecto del calor. Los policías resistieron. Más tarde, cayeron sobre éstos cartuchos de dinamita, maderos encendidos, furgones cargados de petróleo echados a rodar cuesta abajo. A mitad de la tarde su jefe, el capitán Taylor, elevó un pañuelo blanco para parlamentar: quedó acribillado. Más tarde, ante una nueva bandera blanca, uno de los jefes obreros aceptó dirigirse a la chalana donde estaba Taylor. El policía ofreció rendirse a condición de que se respetase la vida de sus hombres. El comité de huelga aceptó y hubo una recomendación a los obreros de que dejasen partir en paz a los Pinkerton, de los que habían muerto 14, estando otros 163 heridos, muchos de suma gravedad.

Había un sincero deseo de cumplir las condiciones de la rendición y Taylor dispuso la entrega de todas sus armas; pero en cuanto los Pinkerton hubieron salido desarmados de sus chalanas fueron rabiosamente apaleados y castigados. Un periodista escribió que "los años de abusos y explotación reverberaron en forma de una profunda sed de venganza", puesto que los Pinkerton tenían ya unos veinte años de actuación antiobrera permanente. Uno de ellos, que intentó defenderse, murió de la tremenda paliza que recibió, pero también resultaron heridos los miembros del comité de huelga que pretendieron ser fieles a la palabra empeñada y oponerse al castigo que propinaban a los policías sus compañeros. Finalmente, los sobrevivientes fueron llevados en tren fuera de la población, en tanto las chalanas eran saqueadas y quemadas. Huelguistas armados controlaban toda la ciudad. Solo el 10 de julio, y en vista de las reiteradas quejas de Frick, el gobernador de Pennsylvania, Pattison, accedió a enviar a 8.000 hombres de la Guardia Nacional para "restablecer el orden". Hacia fines de julio la fundición estaba otra vez en marcha, con personal rompehuelgas, mientras 57 obreros sindicalizados eran procesados por "asesinato, sedición y traición". El 23 de julio otro episodio iba a conmover a la opinión pública: mientras Frick conversaba con un hombre de su empresa ingresó a su oficina un joven anarquista, Alexander Berkman, compañero de la activista Emma Goldman, el cual, sin pronunciar palabra, disparó dos balazos a quemarropa contra el gerente hiriéndole de gravedad. Frick viviría, de todos modos, hasta 1919 y Berkman sería condenado a 21 años de prisión, de los que cumpliría 13, siendo a continuación deportado a su nativa Rusia. Otra consecuencia de los sucesos de Homestead fue que Grover Cleveland, candidato demócrata, venció en las elecciones presidenciales de noviembre de ese año al republicano Benjamín Harrison con un alud de votos: Harrison era notoriamente amigo de Carnegie y los demócratas habían tomado partido por los obreros.

Pero ese mismo mes de noviembre, y debido al hambre de miles de obreros no reincorporados por Frick, la asociación gremial debió a su vez enarbolar bandera blanca de rendición: Frick accedió a reincorporar al personal despedido, pero iban a transcurrir treinta y ocho años, hasta las sangrientas huelgas de 1930, para que el sector gremial de la industria del acero pudiera levantar otra vez cabeza.

La labor de Debs

Debs consideró que la huelga de Homestead "despertaría a todos los trabajadores norteamericanos" y, por su parte, trató de radicalizar a sus compañeros ferroviarios. Renunció a su cómoda posición burocrática y se dedicó a crear una nueva




JOHNS-HOPKINS AT HOMEWOOD.
TEAMS
SHOULD
STOP


IRISH
SOCIALIST CLUB
NEW YORK
DISTRICT

organización, sobre la base de la industria y no del oficio, la *American Railway Union* (Unión Ferroviaria Norteamericana — ARU), que apuntaba a agremiar a los casi un millón de obreros del riel de todo el país. Tuvo buen éxito en su labor inicial, sobre todo porque el pánico financiero de 1893 y la consiguiente crisis económica que la siguió, con sus efectos de desocupación y miseria, radicalizó a los trabajadores. Hacia abril de 1894, cuando se consideró fuerte, la ARU promovió la huelga del ferrocarril *Great Northern*, de propiedad de James J. Hill. Los "arthuristas", como de costumbre, negaron su apoyo, pero la solidaridad de unos 9.000 hombres, en toda la línea, dieron la victoria a Debs. Era la primera vez que, gracias a su férrea unidad y no obstante la traición de otros compañeros de oficio, los ferroviarios obtenían una victoria total. El éxito fue tan resonante que en un año la ARU agremió a 150.000 hombres, mientras que las fraternidades "arthuristas" no tenían más que 90.000 . . . Pero la reacción de éstas, combinadas con la labor de Gompers y la de la patronal, iría a producir otro resultado en el caso de la huelga de las fábricas Pullman, en las cercanías de Chicago.

En mayo de 1894 los trabajadores de los talleres de George M. Pullman, fabricante de los coches dormitorios que llevan su nombre, declararon una huelga "salvaje" como protesta por una arbitraria reducción de sus salarios. Debs consideró que, aunque no había sido consultado previamente, debía apoyar la huelga. Pidió la solidaridad de los ferroviarios y dispuso que la huelga se extendiera a todas las líneas ferroviarias que no desengancharan de los trenes los coches dormitorios Pullman. Las restantes fraternidades se pronunciaron contra el boicot, pero unos 100.000 trabajadores se sumaron a la huelga, que contaba con la simpatía de la población. El movimiento estaba en vías de triunfar cuando el presidente demócrata Cleveland, utilizando capciosamente la Ley Sherman —dictada contra los trusts y no contra los obreros—, intimó a cesar en el boicot. Simultáneamente, y en vista de que los obreros desconocieron la intimación, tropas federales invadían Chicago pese a las protestas del gobernador Peter Altgeld (el mismo que canceló las condenas de los presos por el episodio del 4 de mayo de 1886, o sea, la bomba en Haymarket) y ocupaban las estaciones para hacer circular los trenes. Hubo enfrentamientos armados en varios lugares del país, de cuyas resultas murieron 25 personas. Debs y otros dirigentes fueron encarcelados, en tanto Gompers decidía que las organizaciones afiliadas a la AFL no debían apoyar el paro de ARU. La traición del jefe conservador más las medidas de represión gubernamentales quebraron la mayor huelga de solidaridad hasta entonces registrada en Estados Unidos. Pero en la cárcel, y gracias a la labor ideologizante del Grupo de Mailwaukee, Debs se haría socialista.

Otro agitador sindical que se haría socialista, aunque recién en 1901, sería William ("Bill") Haywood, que en 1892 daría sus primeros pasos como dirigente sindical con ocasión de los sangrientos enfrentamientos de las minas de Coeur d'Alene, Idaho. Las tropas federales intervinieron con violencia también allí al año siguiente, en las minas de Ohio en 1894, en las de Leadville, Colorado, en 1896, otra vez en las minas de Idaho en 1899 (las tropas federales las ocuparán en pie de guerra durante dos años); en el paro nacional de 150.000 mineros de la antracita, en 1900; de estos mismos en 1902 en Telluride y Trinidad, Colorado (la última durará un año y será quebrada); en las de Cripple Creek y Colorado City en 1903; y, entre otras menos célebres, en las de Crepple Creek e Idaho Springs en 1904-1905.

El primer estallido de 1892 produjo como consecuencia inmediata la creación de la *Western Federation of Miners* (Federación de Mineros del Oeste), que al año siguiente, en Cripple Creek, afrontó su prueba de fuego con-

Mitin de los Industrial Workers of the World. Pueden verse carteles en idiomas extranjeros, ya que en la composición de la IWW se integraban representaciones de los distintos grupos inmigrantes.

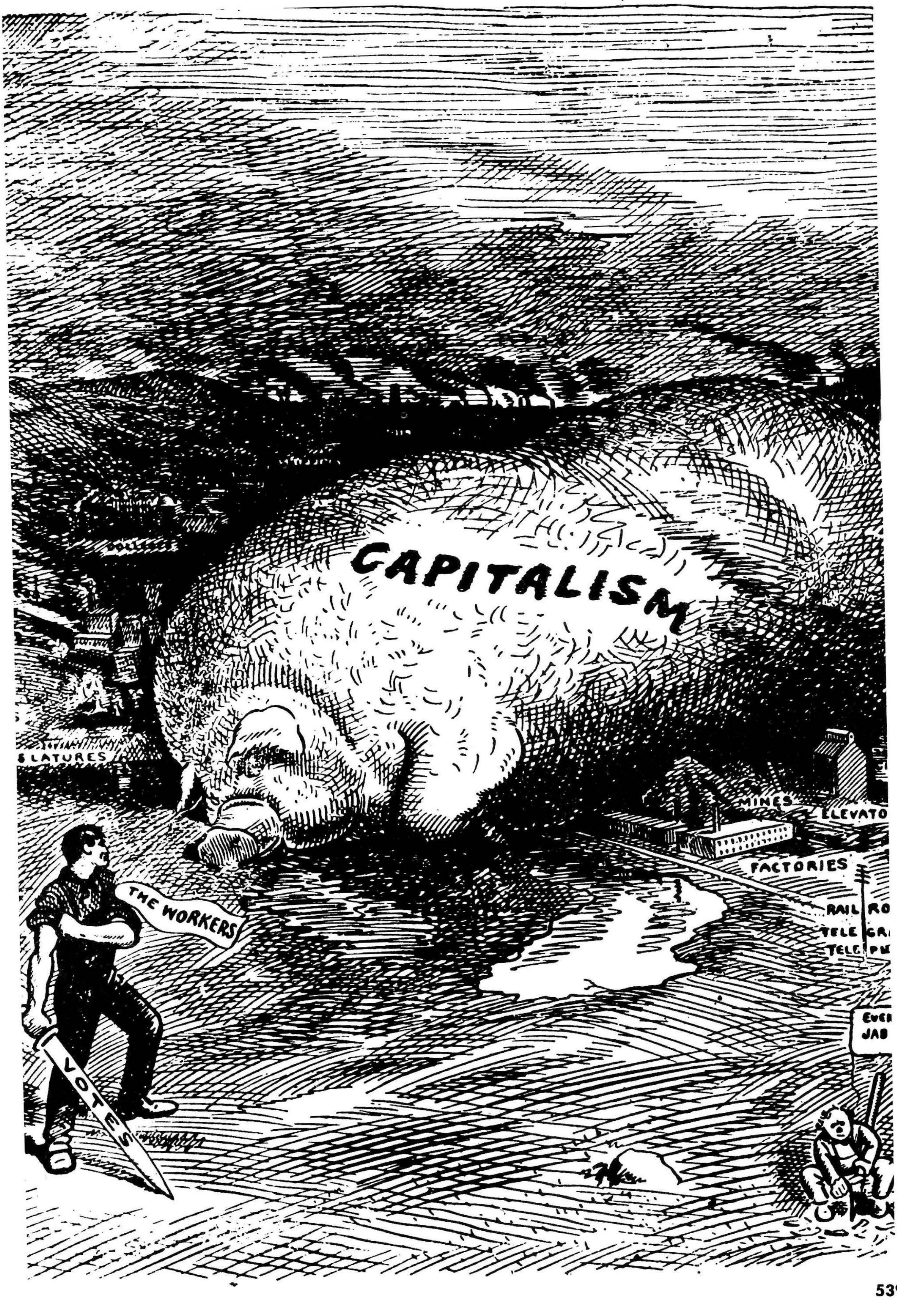
"Tiempo para el carnicero", dibujo aparecido en un semanario de Kansas. El capitalismo —descansando sobre fábricas, minas y organismos estatales— se enfrenta al trabajador, cuyo brazo armado empuña el voto.

tra los propietarios de las minas de oro que elevaron la jornada laboral de ocho a nueve horas, sin la correspondiente paga. A principios de 1894 esa patronal desató una suerte de guerra civil en pequeño, contratando un ejército privado que llegó hasta a emplear la caballería contra los trabajadores. En 1895 la WFM consideró conveniente para la mejor defensa de sus intereses adherirse a la AFL, en un momento en que su pope máximo, Gompers, había sido reemplazado por un dirigente minero, John Mc Bride. Pero en 1896, y ya retornado Gompers a su antigua función, saboteó la huelga de Leadville, con lo cual provocó la desafiliación inmediata de la WFM. Esta última, en 1898, organizó una nueva central sindical en oposición a la AFL, nucleando a los trabjadores del Oeste, desde el Mississippi hasta el Pacífico. Recibió el nombre de *Western Labor Union*, que después se transformó en *American Labor Union*, organizando a los trabajadores no calificados y peor pagados. Duró hasta 1903 y lentamente fue adquiriendo la ideología de la lucha de clases y el socialismo, bajo la dirección de Haywood, quien, como Debs, había asimilado los principios del socialismo científico.

Hubo entonces otro famoso dirigente sindical, John Mitchell, que centró su labor entre los trabajadores de las minas de antracita, en Pennsylvania. Allí, a la división entre obreros calificados y no calificados se unían diferencias étnicas y religiosas. Mitchell condujo a la victoria, en 1897, a los mineros de la hulla, y gracias al prestigio que eso le valió emprendió la faena de agremiar a los trabajadores no calificados de la antracita, arengándolos, en su condición de ex minero desde los nueve años de edad, y convenciendo a sus líderes políticos o religiosos locales a que contribuyeran a la concientización de los obreros. La eficacia de su labor quedó demostrada al siguiente año, cuando tras una huelga de un mes en las minas de antracita, obligó a la patronal a ceder. El Sindicato de Trabajadores Mineros Unidos pasó, de 8.000 afiliados a más de 100.000 en las semanas siguientes: Mitchell había logrado el milagro de abolir las diferencias entre los obreros calificados y los no calificados y volcarlos en la misma y única dirección de su lucha.

Un enfrentamiento con Gompers era previsible en la medida en que Mitchell acentuara el carácter clasista de su militancia. Pero fue este último quien cedió a la presión del medio y a sus propias aspiraciones, y en 1900 accedió a participar en la fundación de la *National Civic Federation*, una original creación que tendía a la "paz social" tal como era entendida por los líderes del mundo de los negocios, de la política y del "sindicalismo puro y simple" preconizado por Gompers. En 1901 se acentuó la adscripción de Mitchell a la AFL, según quedó demostrado cuando ésta hizo pública la *Scranton Declaration*, en la que se afirmaba el principio cardinal del gompersismo, o sea la autonomía de los oficios. Su declinación total en tal pendiente se consumó con motivo de la célebre huelga de los mineros de la antracita, que se extendió desde mayo hasta octubre de 1902: cuando ya la huelga estaba a punto de triunfar y se esperaba el paso definitivo de la adhesión de los mineros de todo el país para derrotar al magnate John Pierpoint Morgan claudicó al aceptar negociar con éste y con el presidente de los Estados Unidos, Theodore Roosevelt, las condiciones de un arreglo, que, por supuesto, condujeron a una comisión arbitral que luego de su dictamen condujo mansamente a los obreros a retornar a sus tareas.

Al año siguiente, en que se iniciará la huelga de los mineros de Trinidad, Colorado, la National Association of Manufacturers (NAM), la patronal de los comerciantes y fabricantes resolverá luego de un congreso antiobrero lanzar su gran campaña en favor del llamado *open shop* (taller abierto), o sea la que abogaría en los lustros siguientes por la "libertad de trabajo" y la "libertad de agremiación", dos métodos


CAPITALISM
THE WORKERS
VOTES
MINES
FACTORIES

John Rockefeller en una caricatura de la época. Los mayores popes del capitalismo industrial fueron los empleadores más importantes del país, al tiempo que los más detestados. La falta de sindicatos fuertes hacía posible la más franca explotación de la mano de obra nativa o foránea.

El gran Bill

El gran Bill Haywood nació en el 69, en una pensión de Salt Lake City.
Se crió en Utah, fue al colegio en Ophir, un campo minero con tiroteos, juegos los sábados por la noche, whisky derramado sobre las mesas de póker cargadas con dólares nuevos de plata.
Cuando tenía once años, su madre lo puso a trabajar con un granjero, y se escapó porque le pegaba. Esa fue su primera huelga. Perdió un ojo tallando una bala de honda con una navaja.
Trabajó para comerciantes, atendió una frutería, fue acomodador en el Teatro Salt Lake, mensajero en el Continental Hotel.
Cuando tenía quince años se fue a las minas de Humboldt County, Nevada. Su equipo consistió en un traje de mecánico, una tricota, una camisa azul, botas de minero, dos pares de sábanas, un juego de ajedrez, guantes de boxeo y una gran torta que le preparó su madre.
Cuando se casó fue a vivir al fuerte McDermitt, construido antiguamente contra los indios, y abandonado porque ya no había frontera.
Cuando su esposa tuvo el primer hijo, sin médico ni partera, Bill cortó el cordón umbilical y enterró la placenta.
La criatura vivió. Bill ganaba lo necesario para poder vivir, ocupándose de forrajes en Paradise Valley, domando potros y recorriendo grandes extensiones.
Una noche, en Thompson Mill, le ocurrió algo extraño. Fue uno de los cinco hombres que por casualidad se encontraron para pasar la noche en un rancho abandonado. Cada uno de ellos había perdido un ojo, y eran los únicos tuertos de la región.
Perdieron su hogar, las cosas fueron de mal en peor, su esposa estaba enferma, Bill tenía hijos que mantener. Se fue a trabajar como minero a Silver City.
En Silver City, Idaho, se unió a los W.F.M. (Federación de Mineros del Oeste), tuvo allí su primer sindicato, fue delegado de los mineros de Silver City a la convención de la Federación de Mineros del Oeste, que tuvo lugar en Salt Lake City, en el 98.
Desde entonces fue organizador, orador, exhortador; las aspiraciones de todos los mineros eran las suyas, luchó en Coeur D'Álenes, Telluride, Cripple Creek.
Ingresó en el Partido Socialista, escribió y habló en Idaho, Utah, Nevada, Montana, Colorado, a los mineros en huelga por la jornada de ocho horas, mejor vida y una parte de la riqueza que arrancaban a las montañas.
En Chicago, en 1905, tuvo lugar una conferencia en el mismo salón donde veinte años antes habían realizado sus asambleas los anarquistas de la ciudad. William D. Haywood fue nombrado presidente permanante. Y fue esta conferencia la que lanzó el manifiesto que originó la I.W.W. (Federación Internacional de Trabajadores). Cuando volvió a Denver fue secuestrado y llevado a Idaho, donde se le juzgó junto con Moyer y Pettibone, por el asesinato del pastor Steuenberg, ex gobernador de Idaho, destrozado por una bomba en su propia casa.
Cuando fueron puestos en libertad en Boise (Darrow fue su abogado), el gran Bill Haywood era conocido como dirigente obrero, de costa a costa. Las aspiraciones de todos los trabajadores eran sus aspiraciones, por él hablaba todo el Oeste, los cow-boys, los obreros madereros, los peones de cosecha y los mineros.
(La perforación mecánica había dejado sin trabajo a miles de obreros, la perforación mecánica había sembrado el miedo entre los mineros del Oeste.)
La W.F.M. se estaba volviendo conservadora. Haywood trabajó con la I.W.W. *construyendo una nueva sociedad en el armazón de la antigua*, hizo una campaña para la elección presidencial de Debs, en 1908, en el Red Special. Estuvo en todas las grandes huelgas del Este, donde se intensificaba el espíritu revolucionario. Lawrence, Patterson, la huelga de los herreros de Minnesota.
Trataron de salvar los empréstitos de Morgan, la democracia wilsoniana, visitaron la tumba de Napoleón y soñaron con un imperio,

tomaron cocktails de champagne en el bar del Ritz y durmieron con condesas rusas en Montmartre, soñando con un imperio en todo el país, en los puestos militares americanos y en las luchas de grandes hombres de negocios; costaba caro hacer gritar al águila americana. Lincharon a los pacifistas, a los germanófilos, a los "wobblies" —nombre que se daba a los miembros de la I.W.W.—, a los rojos y a los bolcheviques.
Bill Haywood fue sometido a juicio con los ciento uno en Chicago, donde el juez Landis, el zar del *"baseball"*, con la falta de formalidad de una corte de tráfico, repartió sentencias de veinte años y multas de treinta mil dólares.
Después de dos años, en Laevenworth concedieron la libertad del gran Bill bajo fianza (tenía entonces cincuenta años y era un hombre concluido); la guerra había terminado, pero habían aprendido lo que era imperio en el Salón de los Espejos de Versailles.
Las Cortes se negaron a un nuevo juicio.
Haywood tenía que huir estando en libertad bajo fianza, o volver a la prisión por veinte años.
Estaba enfermo de diabetes, su vida había sido dura, la prisión había quebrantado su salud. Rusia era una república de trabajadores. Fue a Rusia y estuvo en Moscú un par de años, muriendo allí. Quemaron su gran cuerpo viejo y destrozado y enterraron sus cenizas bajo los muros de Kremlin.

(John Dos Passos, *Paralelo 42*, Bs. As. Club Amigos del Libro, 1938.)



que tras sus pomposas designaciones escondían la negación simple y llana del gremialismo combativo.
La famosa luchadora conocida como *Madre* Jones definió la traición de Mitchell de este modo: "El movimiento obrero, en sus comienzos, produjo grandes hombres. Eran muy diferentes de los dirigentes obreros de hoy [...] no buscaban publicidad [...] no servían al movimiento por el dinero [...] no se sentaban en sillas de terciopelo, en conferencia con los opresores de los trabajadores; no cenaban en hoteles elegantes con los representantes de los grandes capitalistas como la *Civic Federation* [...]. Las bases han dejado que sus servidores se conviertan en sus amos y en sus dictadores. Ahora los obreros no solamente tienen que luchar contra sus explotadores, sino también contra sus propios dirigentes, que a menudo los traicionan, los venden, que se preocupan más de su propio progreso personal que del de las masas laboriosas [...] Mr. Mitchell murió como un hombre rico, habiendo perdido la confianza del pueblo trabajador a quien había empezado sirviendo".
Daniel de León fue otro de los ideólogos y luchadores del nivel de Debs y Haywood, cuya militancia en el campo obrero llenó los últimos años del siglo XIX y principios del XX. Descendía de una aristocrática familia venezolana y había nacido el 14 de diciembre de 1852 en la isla de Curaçao; se educó en la ciudad alemana de Hildeschein y prosiguió luego, hasta graduarse en la Universidad de Leyden en 1872. Se trasladó entonces a Estados Unidos, donde comenzó a editar un periódico en español para los refugiados cubanos que combatían al colonialismo español, al mismo tiempo que enseñaba latín, griego y matemática en un *college* de Nueva York y estudiaba abogacía. Al cabo de seis años se graduó y en los siguientes seis años fue profesor de Derecho Internacional en la Universidad de Columbia. Se interesó por primera vez en los problemas sociales hacia 1886,

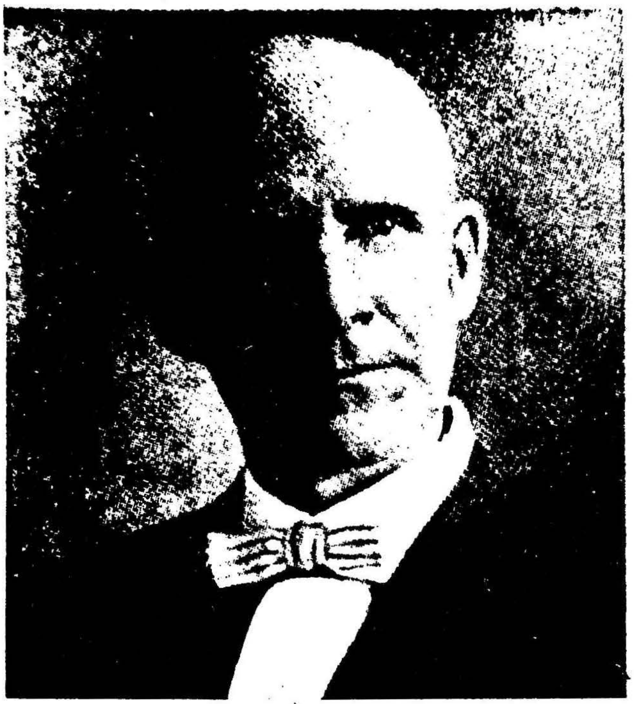
Tres facetas de la realidad obrera norteamericana en 1895. Arriba, a la izquierda, se ve a Eugene Debs, uno de los más ardorosos defensores de la política obrera. A su lado, una representación satírica de los trusts. Abajo, la hora de salida en una fábrica textil. En esta foto puede apreciarse el gran porcentaje de mujeres que se empleaba en la época.

durante las famosas jornadas en favor de las ocho horas y, después, en defensa de los Mártires de Chicago. Colaboró en la campaña en favor de la elección de Henry George —el autor de *Progreso y Miseria*— como alcalde de Nueva York e imaginó poder llegar a la cima de la orden de los *Knights* luego de afiliarse a ellos.

Al comprobar la futilidad de sus esfuerzos optó por unirse al Socialist Labor Party (SLP = Partido Laboral Socialista), fundado en 1874, o sea la sección estadounidense de la Asociación Internacional de Trabajadores de Marx y Engels (o Primera Internacional), constituida en 1864. Pronto adquirió un gran prestigio dentro del partido, destacándose como delegado en los congresos de Amsterdam, Stuttgart y Copenhague. Lenin mostró especial interés en conocer las obras de Daniel de León para traducirlas con un prólogo suyo. Su muerte no se lo permitió. Según un artículo de John Reed publicado en el *Daily People* el 11 de mayo de 1918, con motivo del cuarto aniversario de la muerte de De León, Lenin había escrito: "Daniel de León, a quien considero como uno de los socialistas modernos más grandes, es el único que ha agregado algo al pensamiento socialista de Marx. El Estado Industrial en la forma concebida por De León, deberá finalmente ser la forma de gobierno en Rusia". De León propugnó un sindicalismo revolucionario, enfrentando al tibio y contemporizador de Gompers, a quien denunció vigorosamente como traidor a la clase trabajadora, después de haber fracasado en su intento de desplazarlo mediante la lucha interna en la AFL. Decepcionado, en 1895 intentó crear una central sindical opuesta a la de Gompers. La Socialist Trade and Labor Alliance (STLA: Alianza Socialista de Artesanos y Trabajadores), la que, empero, sólo logró nuclear en su período de bonanza un total de 20.000 afiliados.

Para Guérin, "esta escisión era un error porque no se basaba en un movimiento de masas y porque las organizaciones participantes, además de estar controladas todas por el Partido Socialista, eran en su mayoría sindicatos de oficio y no de industria", si bien admite que "el programa de la nueva organización era indiscutiblemente progresista y contribuía en cierta medida a elevar el nivel de conciencia de clase de los trabajadores norteamericanos", y que la parte más constructiva de la obra militante de Daniel de León "fue su acusación implacable y mordaz contra Gompers y su camarilla". Otras objeciones acompañadas de reconocimientos por parte de Guérin, son las de que, "aunque comprendió que la tarea esencial era constituir sindicatos de industria, animados por un espíritu de lucha de clases", sin lo cual "el socialismo quedaría como una simple aspiración", fue "el inventor de la concepción nefasta *—porque en los hechos demostró ser ineficaz—* de la domesticación del sindicalismo obrero por una arrogante minoría de doctrinarios" y, "en una palabra, no supo encontrar la fórmula que permitiera unir de manera fecunda la conciencia revolucionaria con el movimiento elemental de las masas". Finalmente, siempre según Guérin, el sectarismo de De León "y su desdichada escisión de 1895 hicieron el juego a aquél "como el espantajo que sacaban a relucir cada vez que su sindicalismo de negocios se encontraba en dificultades".

Fue la unión de esfuerzos de líderes tales como Haywood, Debs, la *Mother* Jones y De León, en conjunción con organizaciones tales como la Western Federation of Miners y la American Labor Union (desafectadas de la central de Gompers, lo que hizo posible que el 27 de junio de 1905 comenzara una importante experiencia sindical en los Estados Unidos, canalizada bajo el nombre de Industrial Workers of the World (IWW = Trabajadores Industriales del Mundo). Este nuevo sindicalismo industrial que se origina en momentos en que surge también el Partido Socialista, se apoyaba fundamen-




THE TRUSTS
INFLATION
WATERED
STOCKS
INFLATION



talmente en la afiliación de los no calificados, en las masas obreras que hemos visto ir apareciendo en escena en muchos de los episodios relatados. La vida de la IWW fue breve pero importante y se extendió desde 1905 hasta la Primera Guerra Mundial. La AFL, en cambio, la sobrevivió, unida durante los años de la guerra con la burguesía de Wall Street mediante el pacto de "unión sagrada". Uno de los líderes de la IWW, el famoso Bill Haywood, había dicho de ella: "Recordad que hay 35 millones de obreros en los Estados Unidos que no pueden unirse a la AFL. Esta no es una organización de la clase obrera. Es simplemente, una combinación de monopolios de empleo".

Bibliografía consultada

Beard, Mary Ritter. *A Short History of the American Labor Moviment.* Nueva York, Simon and Schuster, 1924.
Boyer, Richard y Morais, Herbert M. *Labor's Untold Story.* New York, Cameron Associates, 1955.
Cole, G. D. H. *Historia del pensamiento socialista.* México, Fondo de Cultura Económica, 1958.
Dommenget, Maurice. *Historia del primero de mayo.* Buenos Aires, Editorial Americalee, 1957.
Gompers, Samuel. *Setenta años de vida y trabajo. Autobiografía.* México, Editorial Intercontinental, 1956.
Gordon, Monya. *Hacia la democracia industrial.* Buenos Aires, Ediciones Siglo XX, 1948.
Guérin, Daniel. *¿Adónde va el pueblo norteamericano?* Buenos Aires, Editorial Arayú, 1954.
Holbrook, Stewart. *The Age of the Moguls.* New York, Doubleday & Co., 1953.
Lens, Sidney. *Radicalism in America.* New York, Thomas Y. Crowell Co., 1966.
Laidler, Harry W. *Historia del socialismo.* Madrid, Espasa-Calpe, 1933.
Lorwin, Lewis L. *Historia del internacionalismo obrero.* Santiago de Chile, Editorial Ercilla, 1937.
Pelling, Henry. *American Labor.* The University of Chicago Press, 1960.
Peterson, Florence. *American Labor Unions. What they are and how they work.* New York, Harper and Row, 1963.
Tyler, Gus. *The Labor Revolution.* New York, The Viking Press, 1967.
Yellen, Samuel. *American Labor Struggles.* New York, S. A. Rusell - The Harbor Press, 1956.

Japón: del feudalismo a la revolución Meiji

Hydeé Román

Desde principios del siglo XVII hasta la irrupción estadounidense de 1853 la sociedad japonesa estuvo congelada dentro de un inmutable sistema de clases, sistema que impidió el comercio exterior y el desarrollo industrial.

Una mañana de julio de 1853 entran en la bahía de Uraga dos fragatas a vapor. Debajo de su objetivo explícito —los estudios hidrográficos— los dos barcos comandados por el comodoro Perry, armados con la más moderna artillería de los Estados Unidos, persiguen otro fin: adelantarse a las potencias imperialistas europeas.

El Japón estático y feudal del Shogunato Tokugawa, que había cerrado sus puertos al exterior en 1639, se conmueve. El shogún, después de muchas dudas, decide parlamentar. En embarcaciones precarias y obsoletas, pues hacía más de doscientos años que, como parte de la política de aislamiento, no se construían embarcaciones importantes en Japón, los samurai van al encuentro de las naves norteamericanas. La poderosa salva de cañonazos con que son saludados les quita todo margen de discusión y Perry obtiene permiso para desembarcar. Entrega entonces una carta con el pedido de Washington: apertura de los puertos, judicatura consular, tratados comerciales y seguridad para todos los náufragos. No exige respuesta inmediata: diplomáticamente, se retira y deja el pedido en manos del shogún.

Mientras los nobles japoneses estudian la manera de salvarse de los "bárbaros" occidentales, otras naves llegan a los puertos de Japón con el fin de quitarle la presa a los Estados Unidos. Los violentos bombárdeos llevados a cabo por barcos holandeses, rusos e ingleses son cosa frecuente. Es así cómo, cuando Perry reaparece un año después, el shogún se ha decidido por la afirmativa e invita al comodoro a reunirse con él en Yokohama, donde se firma el Tratado de Kanagawa. El comodoro Perry entra entonces en ese Japón hasta ese momento herméticamente cerrado y detenido en el tiempo "como en un circo", al decir de Anton Zischka (*El Japón sobre el mundo*): "Dos gigantescos negros, con el busto desnudo, avanzan con la bandera norteamericana y una banda de música que toca el Yankee Doodle. El almirante está rodeado por todos sus oficiales. Vestidos con el uniforme de gala, escoltados de soldados marineros que llevan los sables descubiertos al aire. Después vienen marineros con obsequios: champaña, jabones, revólveres, fusiles y bayonetas . . .".

Los regalos se herrumbrarán, intocados, en uno de los palacios imperiales. Pero el Japón, abiertos sus puestos al mundo, comenzará un conflictual período de transformación. En pocos años el shogunato, que ya acusaba graves contradicciones antes de la llegada de Perry, se descompondrá totalmente al no articular una respuesta adecuada ante la presión del imperialismo y los nuevos tiempos. Trece años después del Tratado de Kanagawa cae el último shogún y comienza la Era Meiji, bajo el emperador Mutsu Hito. El Japón comienza a desarrollarse como país capitalista autónomo a partir de un complejo proceso que analizaremos en este capítulo. Es a la sombra de este proceso que, con muchísimas limitaciones, provenientes tanto de la persistencia de las estructuras feudales (aún en plena industrialización) como de la dureza del régimen Meiji, se dan las primeras manifestaciones del movimiento obrero japonés.

El régimen Tokugawa

Con su triunfo en la batalla de Sekigahara, en 1600, Tokugawa Ieyasu, fundador del Shogunato que lleva su nombre (shogún = generalísimo, cargo con carácter hereditario), había puesto fin a un siglo de sangrientos disturbios protagonizados por los señores feudales. Inauguró así una nueva era de paz interna basada en el equilibrio político entre casi 300 clanes y en el mantenimiento del orden en una sociedad tajante-

mente dividida en señores de la tierra, con su cohorte de guerreros, y en la masa de campesinos, considerados como simples instrumentos aptos para trabajar la tierra y pagar los tributos en exclusivo beneficio de los señores a cambio de un mínimo de seguridad económica y estabilidad política. Empeñado en conservar este sistema, el gobierno se esforzó por evitar todo tipo de sobresaltos y cualquier posibilidad de cambio que pudiera alterarlo, suprimiendo los contactos con el mundo externo. Nadie podía abandonar el país ni construir embarcaciones de ultramar, y se prohibió el comercio exterior, lo cual, al desalentar los intereses comerciales, contribuyó a frenar el desarrollo potencial de la burguesía mercantil. La sociedad japonesa quedó así congelada dentro de un molde clasista legalmente inmutable.

Entre los sectores dominantes existían importantes diferencias. El Emperador había pasado a ser una figura oscura y distante, mientras que el Shogún era quien sostenía las riendas del poder a través de un régimen que pretendía imponer cierto tipo de autoridad burocrática centralizada desde la cumbre de un sistema jerárquico, aunque nunca lograra superar del todo la fragmentación feudal. Inmediatamente debajo del Shogún estaban la nobleza cortesana y los señores feudales o *daimio*. De ellos dependían los guerreros o *samurai*, quienes recibían de los *daimio* un estipendio anual en arroz a cambio de sus servicios militares. Al convertirlos en receptores de estipendios, el Shogunato separó a los *samurai* de la tierra privándolos de las bases de su poder independiente y eliminó de raíz una de las principales fuentes de la inestabilidad política que había distinguido a la era precedente. Simultáneamente, mediante la imposición de la paz, quedó suprimida la función específica de los *samurai* en la sociedad japonesa. Los *daimio*, rodeados de sus *samurai*, habitaban en ciudades-fortalezas que funcionaban como centros de poder locales. Desde ellos la aristocracia feudal ejercía su dominio sobre el campesinado, del que extraía en forma de tributos en especie el excedente económico que la sustentaba. En un principio el Shogún intentó limitar el poder de los *daimio* dentro de sus feudos, pero a medida que fue asentando su propia autoridad dejó de intervenir asiduamente en los asuntos internos de los grandes dominios, aunque siempre mantuvo algunas restricciones sobre el poder feudal. De esta suerte el régimen Tokugawa fue articulando una forma especial de feudalismo relativamente controlado y bastante centralizado.

La crisis del antiguo régimen

Cuando las naves del comodoro Perry arribaron a Japón en 1853 quebrando el aislamiento de más de dos siglos, celosamente guardado por el Shogunato Tokugawa que desde 1639 mantenía cerrados los puertos para impedir la ingerencia de las potencias marítimas europeas en la vida nacional, ésta ya mostraba síntomas claros de las profundas transformaciones económicas y sociales que estaban minando el orden establecido. Varios y complejos fueron los factores que entrañaron la decadencia del Shogunato. La paz que éste alcanzara como uno de sus objetivos primordiales permitió el funcionamiento de la actividad comercial, que emergió con fuerza no sólo en las ciudades sino también en el campo. Aunque se la mantuviera bajo estrecha vigilancia, esa actividad fue erosionando el edificio feudal.

El Shogún había dispuesto que los *daimio* pasaran largas temporadas en su corte de la capital (Edo, actual Tokio). Si bien esta medida debilitó la posición política de la nobleza, simultáneamente alentaba a las clases

Un samurai de mediados del siglo pasado, según un grabado de Kuniyoshi. El Shogunato convirtió a los samurai en recolectores de impuestos, privándolos así de las bases de su poder independiente. De esta manera el Shogún eliminó la inestabilidad política que había distinguido a la era precedente.



mercantiles urbanas, favorecidas por los mayores gastos de los nobles, que se vieron obligados a mantener dos residencias. Paulatinamente, las crecientes sumas gastadas se fueron convirtiendo en una pesada carga para muchos señores feudales, que debieron recurrir a los servicios de los mercaderes para enviar al mercado y cambiar por dinero —que ellos no podían emitir— el excedente de su producción agrícola y los tributos de sus campesinos. Pese a que los mercaderes estaban supeditados a los nobles, que les proporcionaban protección y seguridad política, muchos *daimio* pasaron a depender de hecho, cada vez más, del crédito de los mercaderes enriquecidos de las ciudades. En algunos casos, los nobles favorecieron a los gremios mercantiles dándoles derechos exclusivos para comprar los productos locales, y casi siempre compartieron con los mercaderes los beneficios de estos monopolios mediante arreglos que variaban según las zonas. De tal suerte los *chonin* (mercaderes urbanos) mantenían con la aristocracia guerrera una relación de antagonismo simbiótico basada en la dependencia mutua. Sin intentar evadir las restricciones feudales, los mercaderes fueron mejorando sustancialmente su posición. Cuando la aristocracia feudal comprendió que los mercaderes eran una amenaza latente intentó neutralizarlos mediante varios recursos: confiscación arbitraria, empréstitos forzosos, rechazo a pagar las deudas contraídas, etcétera. Tales medidas, especialmente la confiscación, si bien debilitaron a la clase mercantil, en última instancia redundarían en perjuicio de los mismos nobles ya que a fines de la era Tokugawa los mercaderes se mostraban renuentes a otorgarles los acostumbrados préstamos. Dado que la aristocracia dependía en gran parte, aunque no totalmente, de estos créditos, su nueva política —apta para golpear a los mercaderes— se mostró impotente para aplastarlos.

Pero aunque el conflicto entre estas dos clases fue importante, sería erróneo enfatizar sus consecuencias. La política de "refeudalización", llevada a cabo por el Shogunato, impuso severas restricciones a los mercaderes, que terminaron siendo bloqueados cuidadosamente dentro del orden feudal. El aislamiento del país limitó la iniciativa mercantil, desterrando los estímulos nacidos de la competencia y de los contactos con el exterior. Estos controles políticos desgastaron la fuerza y frenaron el impulso de los mercaderes, que no tardarían en adaptarse a la situación limitándose a fozar el margen de beneficios que el régimen toleraba y dejando de lado todo intento de mejorar el destino de sus empresas. Se convirtieron así en elementos importantes pero dependientes, aunque en ocasiones pudieran hacer temblar a algún *daimio* endeudado.

Por otra parte, y a fin de disminuir sus gastos, ya por demás abultados, los *daimio* habían optado por suprimir los estipendios que concedían a sus *samurai*, también endeudados por los ingentes gastos que insumía su aristocrático estilo de vida. Cualquiera fuese la situación económica real de los *samurai*, es indudable que su status había sufrido bastante deterioro. A la pérdida de su rol social como clase guerrera se agregaba ahora la inseguridad económica, mientras otras formas de prestigio, algunas basadas en la riqueza, comenzaban a competir ventajosamente con las virtudes marciales. En consecuencia, muchos prefirieron cortar definitivamente los lazos que aún los ataban a sus señores, convirtiéndose en *rōnin*, es decir, en hombres sin amo que vagaban por el país, siempre listos para incorporarse a cualquier empresa guerrera y que a menudo encontraron refugio en el feudo de Chōshū. De este modo, los rangos más bajos de *samurai* constituyeron una fuente de violencia que erraba libremente, una "lumpenaristocracia" que optaba indistintamente por una u otra causa, aunque desde mediados del siglo XIX "desembarazarse de los bárbaros occidentales" fue la consigna para estos *rōnin* que intervendrían activamente en los episodios turbulentos del último período Tokugawa.

El Japón a mediados del siglo XIX

A mediados del siglo XIX la sociedad japonesa era eminentemente estática. Sin embargo, a pesar de los métodos más o menos sutiles y de todos los esfuerzos coordinados del régimen Tokugawa para detener los cambios, éstos se abrían paso de modo incontenible tras el desarrollo de las fuerzas productivas. La población ascendió de 18 millones en 1600 a 26 millones en 1725. Tanto Edo como Kyoto y Osaka sobrepasaron durante el mismo período los 300.000 habitantes. No menos de una docena de puertos y ciudades tenían, antes de 1700, una población que oscilaba entre 20.000 y 60.000 habitantes. Detrás de estas cifras se ocultaban profundos cambios estructurales que afectaron en primer lugar a la agricultura.

La alteración radical de la relación entre la población rural y urbana estuvo acompañada por tres importantes procesos: el rápido incremento de la producción agrícola destinada al mercado junto con la tendencia creciente a la concentración de la propiedad de la tierra y el desarrollo de los arrendamientos; la poderosa expansión de las manufacturas rurales, que al ofrecer un ingreso complementario para el pequeño productor permitieron reducir el tamaño de los predios arrendados y elevar las rentas de los mismos; la organización de las manufacturas rurales bajo el sistema de trabajo domiciliado, controladas por terratenientes ricos, comerciantes y prestamistas de las aldeas, y que dio origen a una

nueva clase de comerciantes rurales que se convirtieron en empresarios capitalistas.
Los señores feudales no permanecieron insensibles frente a esta amenaza que se cernía sobre el basamento agrario de donde extraían su poder y su fuerza y, por eso, hicieron lo que estaba en sus manos para detener estas tendencias innovadoras, especialmente el desarrollo de la manufactura rural. A fin de asegurarse que la agricultura no fuera descuidada, prohibieron a los campesinos dependientes la venta de algodón en rama, la posesión de más de una rueca de hilar y el cultivo de las moreras, planta necesaria para la cría de los gusanos de seda. Pero con estas restricciones, que tuvieron un éxito muy limitado, sólo consiguieron ganar algo de tiempo.
Finalmente, los *daimio* aprenderían a sacar provecho de estos cambios que no podían impedir. Mientras ellos seguían transformando la estructura de la sociedad Tokugawa, el Shogunato y la aristocracia feudal se mostraron dispuestos a resistirlos donde fuera posible y a tratar de explotarlos en su propio beneficio en los casos en que no pudieron detenerlos.

Una revolución desde arriba

En todo caso, es indudable, que, a pesar de las profundas transformaciones que sacudían al sistema, las principales reformas fueron producto de la convergencia de un conjunto de procesos internos, fuertemente acelerados y agudizados por las circunstancias externas adversas. Al tratar de superarlas, el proceso halló una firme dirección y un sentido preciso.
La amenaza occidental había movido al régimen Tokugawa y a los principales clanes feudales en las décadas de 1850 y 1860 a introducir elementos de tecnología avanzada. Pero como el objetivo fundamental era conservar sin alteraciones la estructura feudal en que se apoyaba su dominio, los pasos dados en el camino de la industrialización estaban destinados a no prosperar. Se instalaron astilleros, arsenales y fundiciones de hierro, construidos al estilo occidental. No obstante, ya era demasiado tarde para frenar la expansión de las potencias imperialistas mediante la adopción de su tecnología superior. En esos momentos se requerían innovaciones más radicales, capaces de modernizar la economía a la par que los armamentos. En la medida en que el Shogunato no podía llevarlas a cabo sin quebrar la estructura feudal que defendía tenazmente, tampoco pudo evitar el fracaso más rotundo en su empeño de proteger al país de la intrusión occidental, unánimemente condenada. Debilitada su autoridad, no tardaría en verse privado del poder.
El incremento de los gastos había agravado los problemas financieros que el Shogún había preferido conjurar aumentando la presión tributaria sobre los campesinos. Estos respondieron con numerosas revueltas, de las que no estuvo ausente la creciente ojeriza del campesinado enriquecido contra el régimen Tokugawa.
La decadencia del viejo liderazgo permitió el acceso al poder de un grupo de hombres nuevos: jóvenes *samurai* que habían adquirido experiencia política en el manejo de los asuntos internos de los poderosos feudos de Chōshū y Satsuma y que se pusieron a la cabeza de la revolución que en 1867 "restauró" el poder del emperador haciendo abdicar al último shogún, Keiti, en favor de Mutsu Hito, quien gobernará como Meiji Tenno hasta 1912. Bajo su mandato imperial comienza la historia del Japón moderno.
La nueva élite dirigente estaba integrada por guerreros de bajo rango. Decididos a salvaguardar la soberanía del Japón frente a la presión occidental, que actuó

La paz alcanzada por el Shogunato facilitó el funcionamiento de la actividad comercial. Esta actividad fue erosionando lentamente, tanto en la ciudad como en el campo, el sistema feudal.

El juramento de la Carta de 1868

Considerada como la primera Constitución del Japón moderno, fuente y fundamento de la política Meiji. Su juramento fue tomado por el Emperador el 6 de abril de 1868:

1. Se organizarán consejos públicos y todas las medidas del gobierno se decidirán mediante la discusión general.
2. Todas las clases, tanto gobernantes como gobernados, se dedicarán fervientemente al progreso de los intereses nacionales.
3. Se permitirá a todos los funcionarios civiles y militares y a los demás súbditos que lleven a cabo sus propias aspiraciones y que demuestren activamente sus peculiaridades.
4. Serán abolidas todas las costumbres antiguas y la justicia y la equidad, cuya validez es universal, regularán todas las acciones.
5. Se buscará el conocimiento por todo el mundo para consolidar los cimientos en que se apoya el Imperio.

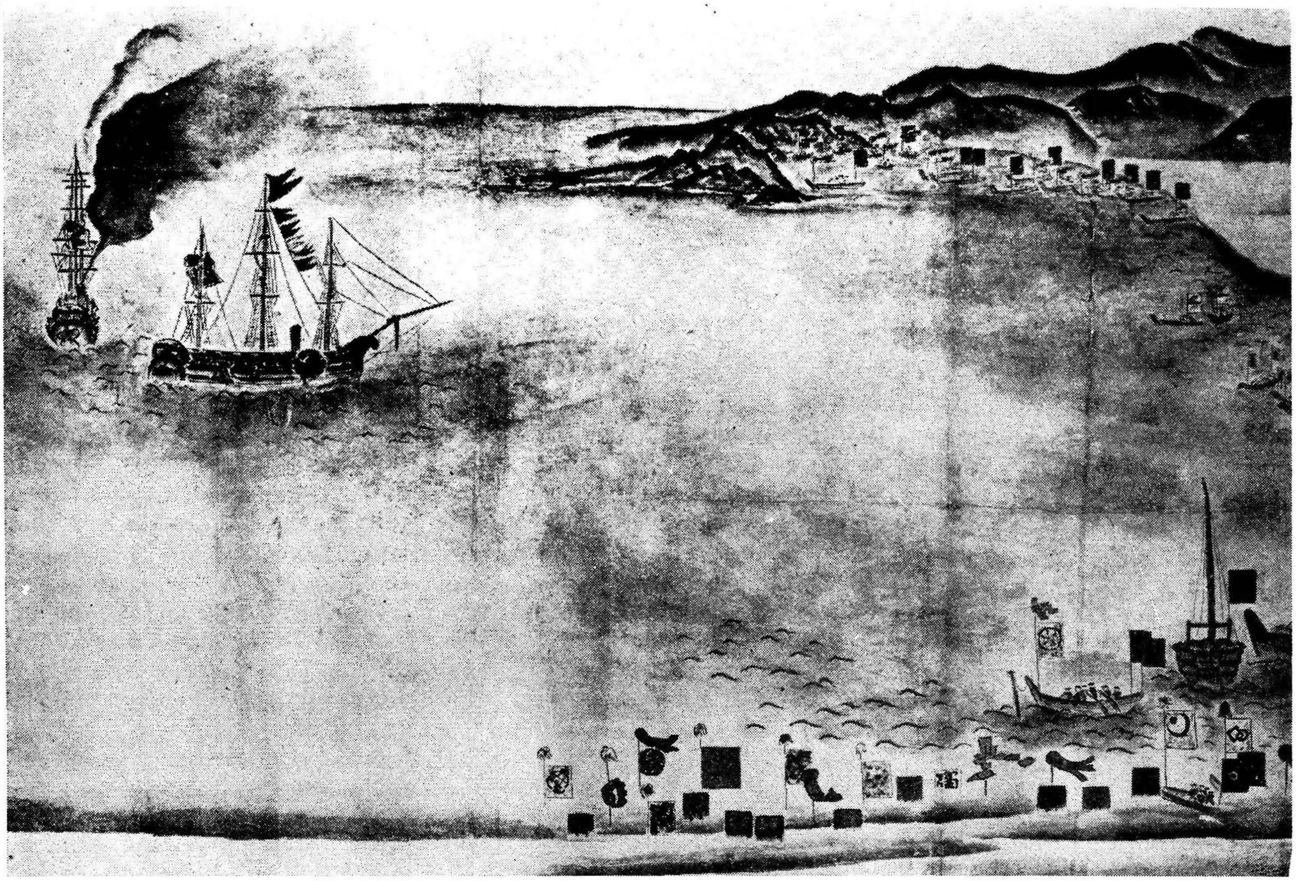
(De Sansom, G. B., *The Western World and Japan.* New York, Alfred Knoph, 1951. Traducción de H. R.)

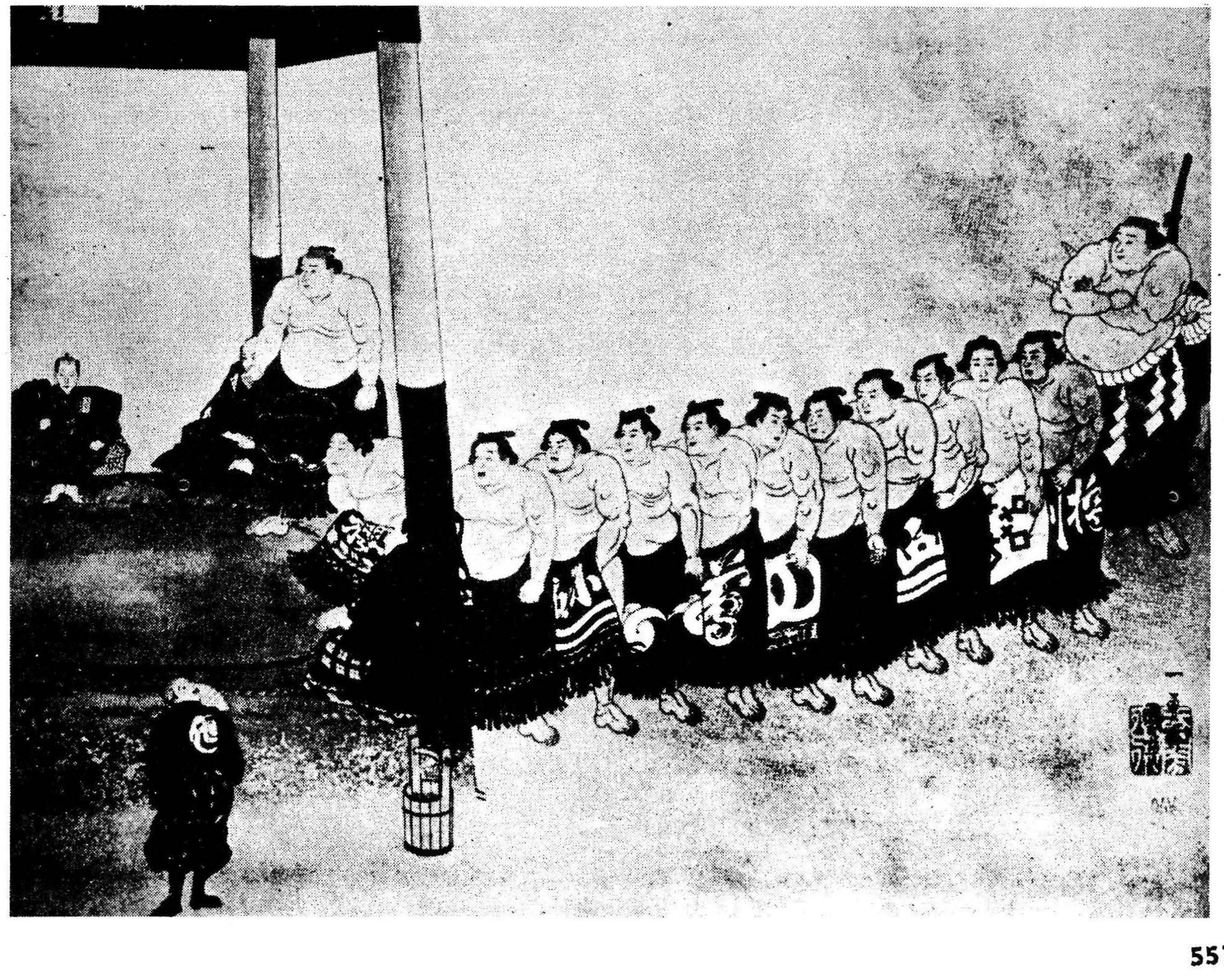
Rescrito imperial de 1890

Sabed, Súbditos Nuestros:
Nuestros Antepasados Imperiales han fundado nuestro Imperio sobre una base amplia y eterna y han implantado profunda y firmemente la virtud; Nuestros Súbditos, siempre unidos en la lealtad y el amor filial, han demostrado de generación en generación la belleza de ese principio. Esta es la gloria del carácter fundamental de Nuestro Imperio, y aquí se apoya la fuente de donde mana Nuestra Educación. Vosotros, Nuestros Súbditos, sed filiales con vuestros padres, tened afecto a vuestros hermanos y hermanas; como esposos y esposas vivid en armonía, como verdaderos amigos; comportaos con modestia y moderación; extended a todos vuestra benevolencia; dedicaos a aprender y cultivad las artes y con ello desarrollad facultades intelectuales y potencias morales perfectas; además, impulsad el bien público y promoved los intereses comunes; siempre respetad la Constitución y observad las leyes; si surgiera una emergencia, ofreceos valerosamente al Estado; y de este modo guardad y mantened la prosperidad de Nuestro Trono Imperial, que coexiste con el cielo y la tierra. Así no sólo seréis nuestros buenos y fieles Súbditos, sino que volveréis ilustres las mejores tradiciones de vuestros antepasados.
La Forma aquí promulgada es en realidad la enseñanza legada por Nuestros Antepasados Imperiales, para ser observada igualmente por Sus Descendientes y los súbditos, infalible para todas las edades y verdadera en todos los lugares. Es Nuestro deseo imponerla a la veneración del corazón en común con vosotros, Nuestros Súbditos, para que todos podamos alcanzar la misma virtud.
El 30º día del décimo mes del 23º año de Meiji.

(De Sansom, G. B., *op. cit.*, trad. de H. R.)

Dos imágenes de la recepción ofrecida por los nobles japoneses al comodoro Perry. La llegada de las naves norteamericanas dará comienzo al proceso de transformación que permitirá al Japón consolidarse como país capitalista autónomo.





Las frecuentes revueltas campesinas aceleraron la caída del decadente régimen Tokugawa.

como desencadenante, se apoyaron en las relaciones de propiedad feudales que regían la sociedad agraria para impulsar el desarrollo capitalista, a través de los mecanismos absolutistas del nuevo estado centralizado que estructuraron y cuyo poder colocaron al servicio del objetivo básico de la industrialización. Por eso conservaron muchos de los antiguos valores y no vacilaron en reforzar aquéllos capaces de asegurar la aceptación de los cambios más penosos que debió asimilar la sociedad japonesa. El mantenimiento de algunas pautas feudales, al servicio del nuevo orden capitalista impuesto desde arriba, suavizó la transición al inhibir los esporádicos estallidos de violencia propios de una estructura en crisis, aunque a largo plazo contribuiría a fortalecer el autoritarismo militarista de los sectores dirigentes.

Si bien el ejercicio del poder político aceleró el proceso de cambio, se hace más difícil definir las motivaciones de los grupos que lo pusieron en marcha. Los *samurai* que se hicieron cargo del gobierno eran miembros de la pequeña nobleza militar, cuyo descontento como clase obedecía, precisamente, a la decadencia e inseguridad de su status económico y social y a su progresivo empobrecimiento. Pero si renunciaron a convertirse en una simple camarilla encargada exclusivamente de sostener las reivindicaciones de su propia clase, pese a que todavía existían poderosos lazos de solidaridad entre los grupos de la aristocracia feudal, se debió, en gran medida, al apoyo que habían recibido de la nueva clase de capitalistas rurales: ricos terratenientes, prestamistas y mercaderes que dominaban la vida económica campesina y controlaban a menudo el gobierno de las aldeas, quienes contribuyeron con su dinero, e incluso con sus hombres, al triunfo de la causa imperial. Este sector, surgido con el auge de la agricultura comercial y de la manufactura rural, aún carecía de la homogeneidad y autoconciencia necesarias para liderar un movimiento revolucionario, pero se había rebelado contra el régimen Tokugawa porque coartaba sus actividades en beneficio de las corporaciones monopolistas de mercaderes urbanos. En cuanto a éstos, no desempeñaron un papel decisivo en la revolución: algunos prefirieron mantenerse apartados y otros financiaron indistintamente a uno u otro bando, excepto los Mitsui, que colaboraron con los dos a la vez.

De esto no se desprende que el movimiento de la Restauración pueda calificarse como una revolución típicamente burguesa. Tampoco podría decirse que fue una lucha feudal porque algunos feudos importantes como Chōshū y Satsuma —sociedades agrarias tradicionales con escasa ingerencia de las nuevas fuerzas capitalistas y donde las relaciones feudales aún conservaban su plena vigencia— se sublevaron contra la autoridad central del Shogún por lealtad al emperador. De cualquier manera, del conflicto surgió el grupo burocrático que, ante la debilidad de los sectores burgueses que lo acompañaron y que luego usufructuarían sus logros, asumió el liderazgo de esta revolución hecha desde arriba, implementando la estrategia capaz de convertir al Japón en un moderno estado industrial capitalista.

"Un país rico, un ejército fuerte"

La nueva élite de *samurai* consideraba que la riqueza y el poder eran objetivos necesariamente interrelacionados. *Fukoku kyōhei* (un país rico, un ejército fuerte) fue su lema y, una vez que consiguieron con éxito concentrar la autoridad en torno del trono imperial, reemplazando los antiguos feudos por setenta y dos prefecturas que formaban parte de una estructura admi-

nistrativa centralizada, se lanzaron con gran energía y habilidad a sentar las bases del desarrollo económico. En poco tiempo se sucedieron las medidas necesarias para promover la empresa capitalista: abolición del orden feudal y de la servidumbre; expropiación —mediante compensaciones— de las tierras feudales, que pasaron a propiedad del estado; igualdad jurídica de todas las clases; organización de la enseñanza primaria universal y obligatoria, del servicio postal, la salud pública y la hacienda; adopción de un sistema monetario unificado y establecimiento de un moderno sistema bancario a partir de la fundación del Banco Nacional; implantación del servicio militar obligatorio y reestructuración del ejército y la policía. Suprimieron las barreras internas que dificultaban el comercio y las restricciones a las operaciones comerciales que pesaban sobre las tierras y las cosechas. Proclamaron el derecho a la propiedad individual y a la libre elección de oficio u empleo.

Su política es un ejemplo sorprendente de la forma en que, al decir de Marx, "los *gobiernos* intervienen como instrumentos del proceso de disolución histórica y como creadores de las condiciones para la existencia del capitalismo". Su logro más espectacular fue el gigantesco impulso dado a la acumulación originaria del capital, acelerando su transferencia de las prácticas puramente mercantiles a las actividades propiamente industriales.

Política de industrialización

La acumulación del capital privado nacional era todavía insuficiente para invertir en gran escala en empresas tales como la instalación del sistema de comunicaciones y transportes, el tendido de líneas férreas, la industria pesada, la explotación de minas. Pero, aun en aquellos campos donde se requerían capitales mucho más modestos, los inversores privados estaban demasiado intimidados por las dificultades técnicas, los problemas organizativos iniciales y la competencia de las importaciones extranjeras. Por su parte, la clase de los ricos mercaderes se mostraba reticente a invertir en la industria nacional y en la primera etapa del régimen Meiji prefirió seguir dedicándose a sus operaciones habituales: el comercio, la banca o la compra de tierras para especular.

En tales circunstancias el gobierno no tuvo otra alternativa que asumir la dirección del desarrollo industrial, actuando como empresario, gerente y financista. Mientras sus empresas presentasen cierta utilidad, aun a largo plazo, desde el punto de vista económico, social y político, no era imprescindible que, a la vez, fuesen lucrativas. Además, en tanto la administración estatal se mostrase capaz de absorber las pérdidas, todos los problemas técnicos y organizativos podían resolverse. De este modo, sobre un patrón de propiedad, control y asistencia estatal se fue configurando un poderoso capitalismo de estado.

Para comprender la importancia del papel del gobierno en la creación de la moderna industria japonesa hay que tener en cuenta que casi todas sus empresas operaban con pérdidas.

Durante trece años —de 1868 a 1880— el gobierno sobrellevó la carga de financiar la industrialización y construir un estado moderno sosteniendo instituciones tales como la escuela pública, el ejército, etc., mientras liquidaba el antiguo régimen a un costo muy alto mediante el pago de estipendios anuales a los *daimio* y *samurai*. Sin embargo, alrededor de 1880 se hizo imposible seguir sosteniendo por más tiempo la alta tasa de inversiones que se mantenía casi constante desde la Restauración y la redujo drásticamente. Simultáneamente, a fin de conjurar la insolvencia, vendió las empresas que había montado —excepto aquellas consideradas estratégicas— por una pequeña parte del total invertido a un puñado de mercaderes y banqueros, fundadores de los *Zaibatsu* (trusts familiares), que se convertirían en poderosos industriales apoyados por el estado. Desde entonces el gobierno se limitó a alentar la industria en forma indirecta, mediante el asesoramiento técnico y variadas formas de subsidio a las empresas privadas.

Aunque en esta etapa los logros de la gestión gubernamental no fueran cuantitativamente excesivos (algunas fábricas modernas, unas pocas minas en explotación, el sistema de telégrafo y menos de cien millas de ferrocarriles), puede afirmarse, en cambio, que fueron trascendentes, pues facilitaron la apertura posterior de campos nuevos y difíciles. Para ello contaba con un equipo de gerentes, técnicos e ingenieros, con una reducida pero creciente fuerza de trabajo suficientemente entrenada, una infraestructura adecuada y, tal vez lo más importante, con la capacidad instalada de las nuevas empresas que estaban en marcha y que serviría de base para la futura expansión industrial. Sin las plantas, la experiencia y la organización que aportó por más de una década la acción estatal, hubiera sido imposible lograr el rápido desarrollo que sobrevino después de 1880.

Costo social en la etapa de transición

Hasta la Restauración Meiji la economía japonesa había descansado predominantemente en la producción agraria. De ahí que la mayor parte del excedente económico requerido para poner en marcha el desarrollo industrial fuera extraído, forzosamente, del campesinado, el cual, en esa época, constituía

La ilustración realizada sobre seda representa al puerto de Yokohama, abierto al tráfico comercial con los países de Occidente. Las grandes ciudades —en especial los puertos— recibieron el aporte de grandes masas campesinas, que emigraban hacia los centros urbanos acuciadas por el hambre y las epidemias.

del 70 al 75 % de la población total. El nacionalismo de los líderes Meiji les impedía, lúcidamente, contraer empréstitos en el extranjero.
De este modo, la renta ordinaria del gobierno —único financista entre 1868 y 1881— provenía casi exclusivamente del impuesto sobre la tierra. En este mismo período la población empleada por la industria era muy escasa, pues las manufacturas rurales que ocupaban como trabajadores domiciliados a muchss de las familias campesinas seguían siendo la forma dominante de la producción industrial. Por otra parte, la población restante cumplía servicios de distinta índole: mercaderes, burocracia, posaderos, médicos, artistas, intelectuales, maestros, sacerdotes, oficiales. Ahora bien, en la medida en que esta gente no participaba directamente del proceso de producción material, todo lo que ellos pagaran en concepto de impuestos también procedía, aunque indirectamente, del trabajo campesino.
En el siglo precedente a la Restauración, tanto el Shogunato como los gobiernos feudales habían atravesado serias dificultades financieras, que fueron remediadas con el aumento de los tributos agrarios. Casi en todas partes llegaron al límite máximo soportado por la productividad o por los campesinos y estallaron revueltas periódicas en aquellas áreas donde ese límite intentó ser superado. Se produjo entonces una paulatina declinación de la población rural, diezmada por el hambre y las epidemias o por el éxodo masivo hacia las ciudades, que se poblaron de vagabundos.

La reforma impositiva

Cuando el gobierno Meiji se hizo cargo de la administración de todo el país mantuvo en vigencia las tasas feudales. Sin embargo, no perpetuaría el sistema más de lo necesario. En todas partes, los tributos —que eran un porcentaje fijo sobre la cosecha— se pagaban en especies, lo que hacía que su recaudación fuera sumamente costosa a nivel nacional. Además, como el monto dependía del resultado de la cosecha,eran inevitables las variaciones anuales, y ello impedía una planificación ajustada de los gastos por parte del gobierno. Este conjunto de desventajas impuso la revisión del sistema en 1873. Se abolió el pago en especies reemplazándolo por su equivalente en dinero. Para regularizar el ingreso se procedió a fijar una tasa del 3 % sobre el valor de la tierra cultivable, que permaneció constante hasta 1877, cuando el gobierno la redujo en un 0,50 % para frenar los repetidos estallidos del campesinado, en aquellos distritos donde la reforma había significado un aumento real de la antigua tasa.

El nuevo régimen volvió al campesino más dependiente de las oscilaciones del mercado y de los usureros de la aldea —por lo general, los terratenientes más importantes—, ya que debía vender su cosecha o pedir dinero prestado, cuando ésta se perdía, para abonar anualmente su impuesto fijo. Hasta 1879 la marcada inflación producida por el constante aumento del circulante elevó los precios del arroz con el consiguiente alivio del campesinado, que tributaba la misma cantidad de dinero aunque hubiera obtenido mejores precios por su cosecha. Pero esta tendencia se invirtió a partir de 1881, y, en 1885, el campesino debía vender un 42 % más de su producción respecto a lo vendido en 1881 para poder pagar el mismo dinero en concepto de impuesto.

En la primera parte de la década de 1880 se fue deteriorando rápidamente la posición del campesinado, especialmente del pequeño propietario, ya que a los terratenientes le resultaba más fácil evadir los impuestos. Estos contaban, si eran prestamistas


横濱波止場ヨリ海岸通異人館之真圖

con abundante dinero en efectivo y siempre tenían a su disposición para vender en el mercado las rentas que sus arrendatarios pagaban en especie o podían acopiar la producción y especular con ella en épocas de mejores precios. Entre 1873 1875 se quedaron con un 60 al 66 % del producto campesino en concepto de rentas.

Se estima que 367.744 campesinos perdieron sus tierras entre 1883 y 1890 por no haber pagado los impuestos. Dado que en 1888 había un total de 3.121.075 campesinos independientes la cifra indica que casi el 12 % de campesinos propietarios fueron despojados de sus tierras, por ese motivo, en un período de siete años. En realidad, fueron excepcionales los casos en que el campesino moroso prefirió dejar su tierra al estado por una pequeña parte de su valor; la mayoría de las expropiaciones fueron consecuencia de las hipotecas impagas contraídas a intereses exorbitantes con los terratenientes-usureros rurales, que fueron quienes se apropiaron de las tierras. Este proceso, del que ellos fueron los beneficiarios directos, desembocó en un aumento considerable del número de arrendatarios y, por consiguiente, de la cantidad de rentas percibidas por los terratenientes. La proporción de tierra arable daba en arriendo en 18 prefecturas ascendió del 34 % en 1883 al 39 % en 1887; y del 39 % al 42 % en otras 16 jurisdicciones en el mismo período. La misma tendencia se observa claramente en la disminución sufrida en el número de personas con derecho al voto y a ser candidatos en las elecciones para las asambleas provinciales creadas en 1878. El sufragio —restringido— estaba limitado a los propietarios que tributaban no menos de 5 *yen*, es decir, a quienes poseían tierras evaluadas en 200 yen o más; mientras el derecho a ser elegido se reducía a los que pagaban un impuesto no menor de 10 yen, esto es, a los propietarios de tierras tasadas en 400 ó más yen.

El número total de personas, en todas las prefecturas, que podían votar descendió de 846.258 en 1884 a 722.072 en 1886, o sea que declinó un 14 % en dos años, mientras el de los que gozaban de ambos derechos sólo bajó de 871.762 a 809.880 —un 7 %— en el mismo período. Las cifras demuestran que el número de pequeños propietarios disminuyó más rápidamente que el de los más grandes. Por lo tanto, es plausible suponer que esta declinación haya sido todavía más rápida y significativa entre los pequeños propietarios, que carecían de tierra suficiente para poder votar.

Es evidente que, en este período, las condiciones de la vida rural fueron peores que nunca, causando la ruina de miles de familias campesinas. Goto Shojiro, uno de los hombres más ricos de la época, describió con estas palabras la situación que se vivía en 1888: "Nuestro pueblo [se refiere al campesinado] es incapaz de soportar el peso de la tributación. Cayó en una pobreza cada vez más profunda y ahora ha llegado al punto en que ya es imposible seguir subsistiendo. [...] Ciento treinta mil propietarios debieron vender sus tierras a causa de los impuestos impagos en 1882; y entre 1883 y el último año su número no ha bajado le 100.000 por año. ¿Cuántas personas podemos considerar que han quedado en la situación más cruel a causa de ésto? Si calculamos cuatro personas por familia, aproximadamente 400.000 por año quedan privadas de todo medio de subsistencia ..."

Todas estas cifras reflejan el notable deterioro de las condiciones del campesinado después de la reforma impositiva de 1873.

Sin embargo, esta no sería la causa de la situación si se considera que los ingresos del gobierno Meiji procedentes del impuesto sobre la tierra nunca excedieron los que habitualmente percibía el régimen Tokugawa.

La raíz de este empobrecimiento campesino debe buscarse en la reducción transitoria de la capacidad tributaria de los campesinos.

La ruina de las manufacturas rurales

La apertura del Japón al comercio internacional, a mediados del siglo XIX por la violenta presión de las potencias imperialistas había asestado un duro golpe a la manufactura japonesa, que no podía competir con las importaciones más baratas de bienes de consumo y que además se veía afectada por el incremento de la demanda de materias primas exportables.

Excepto para los artículos suntuarios, la producción manufacturera en los inicios de la era Meiji seguía siendo predominantemente rural y se la practicaba como actividad complementaria de la agricultura. Aunque una parte considerable de esta producción campesina se consumía en el propio hogar del productor, la especialización de las distintas aldeas en la fabricación de uno o dos artículos sugiere que, en su mayor parte, estaba destinada al mercado. Por otra parte, su tendencia creciente a la organización bajo el control de un mismo capitalista (en algunas aldeas existían familias que empleaban entre cinco y diez trabajadores, mientras otras contaban con una fuerza de trabajo de cuarenta personas) permite afirmar que en la manufactura rural ya regían las relaciones de producción capitalistas, comprobadas por el pago de salarios en dinero. No obstante su progresivo grado de organización, era más frecuente que el proceso de producción siguiera cumpliéndose en forma dispersa, en las casas de varias familias campesinas aisladas que producían por encargo del mercader-fabricante-capitalista. Los ingresos que los campesinos percibían por estas ocupaciones, al complementar el ingreso agrícola, terminaron ha-

Fomento de la mecanización

Anuncio público de junio de 1872 explicando las razones del gobierno para instalar una moderna hilandería de seda en Tomioka:

El producto japonés más buscado en el mercado internacional es la seda cruda, cuyo valor alcanza [anualmente] una enorme suma de dinero. Los comerciantes extranjeros la cotizan a un precio alto y, debido a sus compras, la seda cruda es de primera importancia para utilidad de la nación [. . .].
Sin embargo, no puede decirse que los métodos tradicionales de producción empleados en varios distritos sean sobresalientes [. . .]. Además, este año los productores han aprovechado la ventaja ofrecida por la excelente reputación de la seda cruda japonesa para exportar calidades inferiores [. . .]. En consecuencia, los importadores extranjeros se mostraron desconformes con nuestra seda, y su fama declinó. Esto no sólo ha causado grandes pérdidas a los productores locales, sino también ocasionó una disminución de las ganancias de la nación.
Cuando la reputación de nuestro producto más importante estaba cerca de ser destruida, ¿qué hicimos para conjurar este peligro? El gobierno, deseoso de superar esta declinación y de mantener los beneficios del pueblo, ha construido un gran establecimiento para devanar seda en Tomioka, en la provincia de Kozuke, con grandes gastos para el tesoro público. Se ha hecho venir devanadores e instructores de Francia. Las operaciones comenzarán a partir de los meses de verano de este año y se obtendrá fibra de seda de la mejor calidad. Por lo tanto, a aquellas personas que deseen hilar seda se les permitirá entrar en la fábrica y observar el trabajo de hilado y el funcionamiento de las maquinarias. Más aún, se empleará a 400 mujeres y serán instruídas exclusivamente en el hilado de la seda [. . .]. Las mujeres empleadas por el gobierno, una vez que se les haya impartido instrucción para el hilado especializado, serán trasladadas a los demás distritos, donde se las podrá emplear para enseñar a hilar la seda. El pueblo debe dejar de lado toda duda o suspicacia y pedir rápidamente este empleo. Además, ¿cómo puede el gobierno competir por una ganancia con el pueblo iniciando esta empresa a un costo elevado? Mediante el hilado de seda de buena calidad, el gobierno sólo desea dar al pueblo un provechoso ejemplo.

(De Thomas Smith, *Political Change and Industrial Development in Japan: Government Enterprise, 1868-1880.* Traducción de H. R.)

En el último cuarto del siglo XIX el alto costo de los impuestos deterioró notablemente las condiciones de vida del campesinado.

ciéndose esenciales para mantener el funcionamiento de la agricultura. El mismo régimen de arredandamientos, ya bastante extendido a fines del período Tokugawa, era, en gran parte, consecuencia de la evolución de la manufactura rural a cuyo lado se había desarrollado, porque sólo si el ingreso que procedía de esta nueva fuente podía agregarse al proveniente de la agricultura el arrendatario estaba en condiciones de pagar una renta que resultara suficientemente provechosa para los terratenientes. Por otra parte, la manufactura rural también cooperó en la introducción y difusión del minifundio en el régimen de tenencia de la tierra. En las aldeas que se dedicaban desde antiguo a alguna artesanía específica los latifundios se fueron subdividiendo a lo largo de las generaciones en parcelas tan pequeñas que solo podían ser rentables cuando su explotación se combinaba con la artesanía familiar. Además, cuando el régimen Meiji expropió, para vender luego las tierras comunales divididas en parcelas individuales, de las aldeas que durante siglos habían suministrado combustible, abono y forraje, las familias campesinas perdieron el resto de su autosuficiencia y pasaron a depender cada vez más de los ingresos en numerario para comprar aquellos elementos de que ya no disponían, especialmente fertilizantes. Y en el caso de los arrendatarios y pequeños propietarios el dinero necesario solo podía provenir, en su casi totalidad, de la artesanía doméstica dependiente del capital.

Por lo tanto, es evidente que la depresión de la manufactura rural tenía que sacudir hasta sus cimientos al conjunto de la estructura agraria y con ella al gobierno Meiji. Afectó por igual a terratenientes y arrendatarios, a mercaderes capitalistas, a ricos y a pobres, aunque, por supuesto, estos últimos fueron los más perjudicados.

Entre 1870 y 1885 la decadencia de un amplio sector de las manufacturas rurales y la venta de las tierras comunales actuaron conjuntamente reduciendo la capacidad del campesinado para enfrentar el pago de las cargas impositivas: en el primer caso mediante la reducción de su ingreso; en el otro, aumentando sus gastos. Además, la inflexibilidad de la nueva tasa, que no contemplaba la eventualidad de la pérdida de las cosechas, contribuyó a arruinar a muchas familias durante los años malos.

Revueltas campesinas

Serias penurias acosaron al campesinado en la primera época del gobierno Meiji, pero no siempre aceptó su triste situación en silencio. Hasta 1877 se sucedieron más de 200 levantamientos campesinos —muchos más que en cualquier década del régimen Tokugawa— que pusieron a prueba la fuerza represiva y la efectividad política del gobierno. Pequeños propietarios y arrendatarios se alzaron contra las rentas exorbitantes, la usura y los nuevos impuestos. Su presión logró la reducción de la tasa de estos últimos en 1877. No obstante, permanecieron las causas del descontento, que se acentuó en la década siguiente. Nunca en los tiempos modernos estaría Japón tan cerca de la revolución social como a partir de 1880. En 1884-1885 se sacudió nuevamente el mundo rural, aunque el radio de acción de la revuelta estuvo más localizado, limitándose a la región montañosa del norte de Tokyo, famosa por su producción de seda cruda y otras manufacturas textiles. Después de la disolución del primer movimiento liberal del Japón —el Jiyuto— algunos partidarios locales, descontentos por la defección de sus líderes (ricos terratenientes que habían preferido acabar con el movimiento antes de someterse a las demandas radicales de las masas campesinas que lo apoyaban) y sublevados por las conti-

"Comerciante inglés en un negocio de Yokohama", grabado en color de Sadahido, 1860. Hasta 1876 los países centrales abastecieron de productos manufacturados al Japón. En esa fecha el Departamento del Interior propone la creación de industrias sustitutivas de importaciones, iniciando así una política de autoabastecimiento.


英吉利人横
濱織物分色
交易之圖
五雲亭貞秀画

Arriba: "Los viejos artesanos y mercaderes luchan contra los aprovechadores extranjeros", grabado caricaturesco de Morikawa Chikasige, 1861. En la foto inferior: Una tejedora de la zona rural de Ka-chi.

Creación de industrias sustitutivas de importaciones

Fundamentos del Departamento de Interior para instalar una moderna tejeduría de lana en 1876:

Los tiempos cambian y, a la par, cambian los requerimentos maternales del pueblo. Hasta el gusto acerca de la ropa ha cambiado [en los últimos tiempos]. Es por esta razón que nuestras importaciones de diversas clases de paños de lana ha ido aumentando un año tras otro. Que esto es así queda demostrado por la lista de importaciones y exportaciones.

Los extranjeros ya lo han observado y en julio del último año —1875— un americano solicitó con insistencia una autorización para establecer una fábrica de lanas. Debido a un estudio detallado que se había hecho previamente rechazamos resueltamente la solicitud, declarando que ya nos habíamos propuesto instalar en Japón, por nuestros propios medios, una empresa de este tipo. No obstante, el proyecto se dejó de lado, y nuestra declaración puede ser desmentida dando lugar a una controversia.

Por lo demás, el costo de los paños de lana para el ejército, la marina y la policía —como gastos oficiales— es alrededor de 557.000 yen por año. Los gastos de la generalidad de los oficiales y civiles, por paños de lana, son incalculables. En última instancia, insensiblemente estamos enviando enormes sumas de dinero al exterior, simplemente porque en el Japón no se ha desarrollado la manufactura de lana. Gastar de este modo la vitalidad de la nación es intolerable.

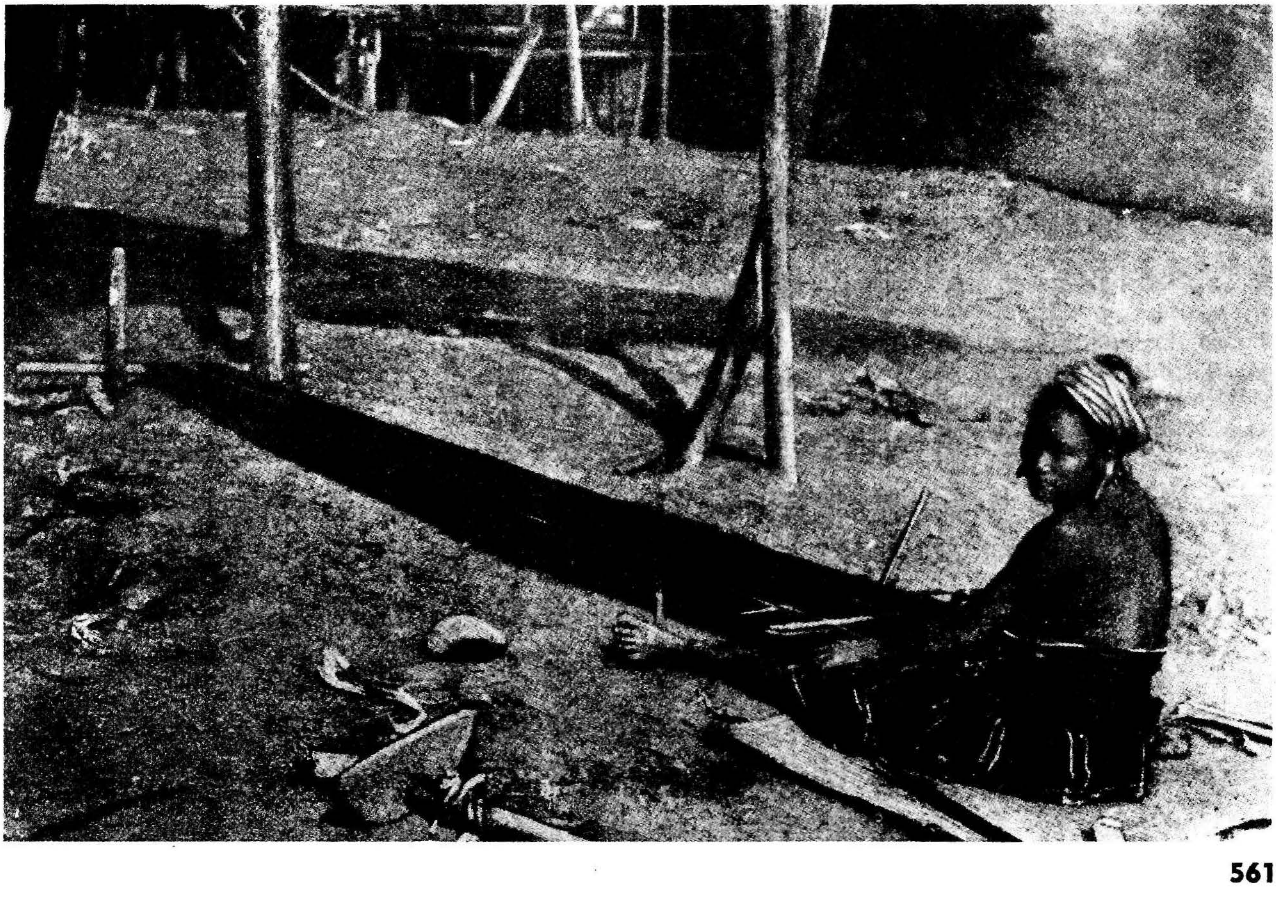
Debido a que ya se ha iniciado la cría de ovejas y se tomaron las medidas correspondientes para desarrollar la producción con el objeto de lograr la autosuficiencia [de lana en bruto], también estableceríamos una fábrica para elaborarla. La cría de lanares y la manufactura de tejidos de lana son mutuamente dependientes y deben emprenderse al mismo tiempo. Es innecesario explicar por qué no pueden estar separadas [...].

Aunque acometer una empresa tal sea una tarea propia del pueblo, no hay forma de poner en marcha este proyecto, salvo que el gobierno lo tome a su cargo. ¿Cómo podría nuestro pueblo, en estos momentos, llevar adelante una empresa grande y exigente que requiere una enorme inversión? En el estado actual de los negocios es necesario que una empresa en este tipo sea primero instalada por el gobierno. Así se le podrá dar al pueblo instrucción y guía adecuadas. Aunque más tarde pueda confiarse la industria de la lana a la empresa privada, por el momento debemos tomar el atajo [de la propiedad gubernamental].

Aunque temporariamente todavía pueda comprarse lana en el exterior, al tiempo que las fábricas evolucionen también la cría de ovinos se desarrollará y prosperará. Esto funciona sin necesidad de decirlo. Recién cuando logremos autoabastecernos en distintos tipos de tejidos de lana podremos esperar que se detengan las enormes importaciones de ese rubro.

(De Thomas Smith, *Political Change and Industrial Development in Japan: Government Enterprise, 1868-1880.* Traducción de H. R.)





nuas dificultades económicas, eligieron el camino de la revuelta violenta. En la prefectura de Chichubu la severidad del estallido lo convirtió en una verdadera guerra civil a escala local y fueron necesarios los esfuerzos combinados de la policía y el ejército para reprimirlo, no antes de haber conseguido la adhesión, o por lo menos la atención, de amplios sectores populares. Otro de los varios levantamientos que se dieron simultáneamente llegó a producir consignas y declaraciones públicas con objetivos concretos tales como la reducción del impuesto territorial y la revisión de la ley de conscripción. Pero en todas partes el gobierno suprimió exitosamente las revueltas campesinas, cuya consecuencia más importante fue ahondar aún más la amplia brecha que separaba a los elementos más prósperos de la campaña —especialmente los nuevos terratenientes capitalistas— de los sectores más pobres. Poco tiempo después, en 1889, el gobierno proclamó la nueva constitución, que restringía el derecho al sufragio a los poseedores de un patrimonio económico respetable. De una población total cercana a los 50 millones, solo 460.000 obtuvieron los derechos electorales. Entre los 49 millones y medio restantes había 35 millones de campesinos pobres —arrendatarios y pequeños granjeros— sin posibilidad de participación política. Nadie defendía sus reivindicaciones económicas. Sin embargo, la ola de revueltas parecía definitivamente aplacada y el radicalismo agrario no volvería a convertirse en un serio problema hasta la década de 1920, cuando arreciaron los conflictos a raíz de la movilización de los arrendatarios liderados por los socialistas.

No hay duda de que las condiciones económicas fueron mejorando a partir de 1885. El aumento constante de la productividad hizo más soportable la explotación que sufrían los campesinos y los obreros, escasos aún, de las ciudades. Estos últimos, débiles y desorganizados, mal podían apoyar las demandas del radicalismo agrario. A esto se sumó la carencia de una vigorosa burguesía decididamente antifeudal, capaz de canalizar las reivindicaciones campesinas. Pero la carta de triunfo del régimen, que saldría airoso de todos sus enfrentamientos contra el campesinado, no se limitaba a su eficaz aparato represivo. Contaba a su favor con el sistema de control social, heredado de la época feudal, que si bien se había debilitado por la intrusión de las relaciones capitalistas, aún conservaba cierta vigencia en la vida de la comunidad campesina. La antigua lealtad que ligaba a los campesinos de la aldea con el señor feudal se había hecho extensiva a los terratenientes capitalistas que los sucedieron, mezclada con sentimientos de tipo familiar provenientes de la relación de parentesco, todavía habitual, entre terratenientes y arrendatarios o pequeños propietarios. El programa Meiji sometió a estos últimos a una explotación implacable en aras de la modernización del sector no agrícola de la economía y en beneficio inmediato de la nueva clase terrateniente que controlaban el sistema oligárquico de la aldea, disponiendo de un conjunto de mecanismos, donde interactuaban componentes feudales y capitalistas, para quedarse con gran parte del producto campesino.

Los terratenientes parasitarios

Después de la reforma agraria del gobierno Meiji, que sanciona jurídicamente el carácter semifeudal de la propiedad parásita de las tierras, se redujo a un 32 % la parte de la producción agrícola retenida por el productor directo; el 68 % restante quedaba en manos de los terratenientes, favorecidos por el nuevo régimen de tenencia de la tierra, que no experimentó cambios importantes hasta después de la segunda guerra mundial.

Tampoco se observaron cambios en el tamaño de las parcelas ni en la distribución de la propiedad. En 1910 cerca del 73 % de los propietarios con parcelas de 1 cho, o más pequeñas, solo ocupaban alrededor del 23 % de la tierra, mientras menos del 1 % eran grandes terratenientes que poseían casi un 20 % de las tierras; el 26 % restante, que ocupaba más de la mitad del total de las tierras, pertenecía a la nueva clase de los terratenientes.

Bajo las condiciones económicas y políticas creadas por la Restauración Meiji no se necesitó experimentar y aplicar nuevas técnicas para incrementar la productividad agrícola; el constante aumento de la población proporcionaba la fuerza de trabajo suplementaria que hacía superflua la inversión de capital. Además, presionaba sobre la demanda de tierras, elevando las rentas, y acrecentaba la demanda de alimentos permitiendo que los precios se mantuvieran altos mientras permanecía fijo uno de los principales costos: el impuesto sobre la tierra.

La oligarquía Meiji

Estas tendencias fueron configurando un tipo de terrateniente parasitario que hacia 1915 dominaba el paisaje rural. La iniciativa económica y política fue quedando en manos de la oligarquía financiera que controlaba la banca y la industria mediante trusts familiares: los *zaibatsu*, descendientes de los pocos viejos mercaderes que a partir de la década de 1880 se habían hecho cargo del esfuerzo industrializador con el apoyo y la asistencia del estado. Los Mitsui, Iwasaki, Sumitomo, Yasuda, Konoike, entre otros, supieron sacar ventajas de las nuevas oportu-

nidades que ofrecía la industria moderna, mientras el resto de la burguesía mercantil urbana, demasiado apresada por las redes del viejo sistema corporativo, había permanecido vacilante, temerosa de aventurar su capital. La ausencia de una burguesía industrial de clase media favoreció la consolidación de la alianza entre el reducido sector de burócratas y militaristas descendientes de los *samurai* fundadores del régimen Meiji, la oligarquía financiera y los aristócratas herederos de los ex *daimio*.

Los *daimio* —que en 1872 solo sumaban 268 familias— habían recibido anualmente sus estipendios en arroz que el gobierno les pagara hasta 1876, cuando decidió conmutarlos por bonos del estado a una tasa fija de interés. Con esta medida, a pesar de haberlos privado de su base económica original, el régimen Meiji se aseguró la alianza de los *daimio*, los cuales no tardarían en ingresar en las filas de la oligarquía financiera. Algunos usaron sus bonos para comprar a muy bajo precio las tierras que el estado había expropiado, los más los invirtieron en actividades industriales y operaciones financieras contribuyendo a la acumulación primaria de capital que el gobierno fomentaba. Ya en 1880 más del 44 % de los depósitos bancarios pertenecía a los ex *daimio*. Obviamente, después de esa fecha ya no podía hablarse de una nobleza terrateniente, y hacia fines del siglo XIX rodeaba al trono una corte de ex-señores feudales, ahora convertidos en inversores capitalistas, junto a un reducido grupo de antiguos mercaderes urbanos que constituían una aristocracia de nuevo cuño.

La oposición

Distinto y ruinoso fue el destino de los *samurai*, que en 1870 junto con sus familias totalizaban 2.000.000 de personas, es decir, entre el 5 y 6 % de la población japonesa. Adaptar a los samurai a una nueva sociedad que no tenía cabida para una clase militar hereditaria era a todas luces una tarea ímproba. El problema económico y social de estos verdaderos marginados no era nuevo. Se remontaba, —como hemos visto—, al siglo XVII, cuando el régimen Tokugawa los separó de la tierra, pero en vísperas de la Restauración Meiji se había vuelto desesperado.

Al igual que con los *daimio*, el gobierno Meiji se hizo cargo de sus estipendios anuales en arroz —y no podía hacer otra cosa ya que su potencial de violencia era un factor constante de disturbios y revueltas—, aunque redujo su tasa respecto a la que solían recibir de los señores feudales. Aun así, entre 1872 y 1876 los pagos a los *samurai* insumieron anualmnte más del 25 % de la renta ordinaria del gobierno. A fin de poner término a su obligación, en 1876 el gobierno conmutó los estipendios de los *samurai* por bonos reditables y redimibles por el estado, que, bien invertidos, contribuirían a aumentar las existencias de capital disponible. Sin embargo, el interés anual que recibían era menos del 50 % del valor en metálico de los estipendios en arroz que reemplazaron. Si antes de la Restauración los ingresos de los *samurai* eran inadecuados para mantener su estilo de vida, después de 1876 estuvieron, en general, por debajo del nivel de subsistencia. Excepto unos pocos, que probaron suerte en la industria y el comercio, y otros que se dedicaron a la agricultura convirtiéndose en pequeños terratenientes, la mayor parte ingresó a las fuerzas armadas —los del clan Choshu en el ejército y los del clan Satsuma en la marina— y muchos terminaron engrosando la fuerza de trabajo industrial. Ya en 1872 más de la mitad de las obreras empleadas en la tejeduría de seda estatal de Tomioka eran de familia samurai.

Entre 1873 y 1876, el desconten-

Hasta 1880 las manufacturas rurales —que ocupaban como trabajadores domiciliados a los miembros de muchas familias campesinas— siguieron siendo la forma dominante de producción.

Arriba, a la izquierda: Okubo Toshimichi, uno de los más importantes miembros del clan Satsuma. A la derecha: Mutsu Hito, que con el nombre de Meiji Tenno gobernó desde 1867 hasta 1912. Abajo: Una pintura de la época representa la "marcha gloriosa del ejército imperial".

to había llevado a los *samurai* a protagonizar cuatro grandes revueltas cuyo objetivo fue el derrocamiento del gobierno. Este estuvo próximo a caer durante la última y más prolongada de todas: la Rebelión Satsuma de 1877. Pero el conflicto culminó con una victoria tan decisiva por parte del gobierno —que recurrió al recién creado ejército nacional reclutado entre los campesinos— que los *samurai* ya no volverían a desafiarlo con sus armas tradicionales. Pues su oposición no cesó y tomó la forma no menos peligrosa de un movimiento político liberal que demandaba estridentemente la sanción de una constitución y el funcionamiento de un gobierno representativo, es decir, un grado de participación política más amplio que el que estaba por entonces dispuesto a garantizar el gobierno Meiji.

Los *samurai* opositores que representaban la reacción feudal protestaban contra la dominación de la oligarquía aristocrática y financiera que rodeaba al emperador Meiji y la acusaban de apropiarse los beneficios de la Restauración. En un principio formaron clubes y sociedades políticas, los que en 1881 dieron origen al Partido Liberal (Jiyuto), que defendía la "libertad y los derechos del pueblo". A él se incorporaron grupos de la nueva clase de terratenientes capitalistas, muchos de ellos empresarios de las manufacturas rurales, que se quejaban de los pesados impuestos que recaían sobre el sector agrario para solventar las fuertes inversiones del gobierno. En la reunión inaugural del Jiyuto, en 1881, protestaron vivamente contra la medida que destinaba parte de los ingresos fiscales al incremento de los gastos navales.

La Constitución de 1889

No tardaron en organizarse otros partidos políticos: el Imperial Constitucional (Teiseito), que apoyaba al gobierno, y el Progresista Constitucional (Kaishinto), integrado por mercaderes e industriales urbanos, intelectuales y ex-burócratas.

Decidido a suprimir la agitación política, el gobierno no tardó en responder al Jiyuto con la represión, mientras procuraba neutralizar al Kaishinto incorporando a sus dirigentes a los equipos del gobierno para comprometerlos con su gestión.

En busca de mayor fuerza, el Jiyuto intentó ampliar sus bases atrayendo a sus filas al campesinado, pero al encontrar que las demandas de los campesinos más pobres se oponían a los intereses de los terratenientes prefirió disolverse —en 1884— antes de llegar a convertirse en un partido verdaderamente radical.

A fin de desarmar totalmente a la oposición el gobierno le había concedido la aprobación de una constitución. La rápida dispersión de los partidos que propugnaran por ella dejó la tarea exclusivamente en manos del gobierno, que, por fin, la promulgó en 1889. Establecía una monarquía constitucional y hereditaria; una Cámara Alta y una Cámara de Diputados (elegidos por un electorado sumamente restringido) de 300 miembros cada una.

Dentro de este rígido esquema era utópico el funcionamiento de una oposición enérgica que canalizara institucionalmente las demandas de una mayor democratización social y política. Ni siquiera tenía posibilidades de surgir bajo las condiciones específicas que presentaba la sociedad japonesa: una clase trabajadora industrial de formación incipiente y, en gran parte, integrada por mujeres adolescentes; un campesinado débil y dividido; sectores burgueses recién salidos de la tutela de la aristocracia feudal. La constitución de 1889 reflejaba este balance de las fuerzas sociales y contribuiría a estabilizarlo y perpetuarlo.







Desarrollo económico y explotación social

En las primeras tres décadas de la era Meiji —desde la Restauración hasta el fin de la guerra con China (1895)— se creó el marco adecuado para una economía moderna sobre una agricultura en la que, si bien predominaban las relaciones capitalistas, aún se mantenían algunos rasgos feudales. Superados los inconvenientes propios del primer momento de la transición, y que fueron sufridos fundamentalmente por los campesinos de menores recursos, la productividad siguió en ascenso. A partir de 1880 la campaña estuvo en condiciones de satisfacer la demanda creciente de arroz para una población en constante aumento, mientras se expandían las exportaciones de seda cruda y té, necesarias para pagar las importaciones de bienes de equipo requeridas por las nuevas industrias, que hasta 1880 se habían limitado a las plantas piloto del estado. Frente a la escasez de capital, el incremento de la producción descansó exclusivamente en la mayor explotación de la fuerza de trabajo.
También aumentaron rápidamente las exportaciones de artículos manufacturados, que en 1888-1892 sólo alcanzaban al 15,5 % del total exportado y en el período siguiente (1893-1897) totalizaron el 26,2 %. La balanza comercial se fue equilibrando al aumentar, a un ritmo más veloz, el volumen y el valor de las exportaciones sobre el de las importaciones. Estas disminuyeron en el sector de los bienes de consumo, reemplazadas por la producción local, especialmente en los textiles. Varios factores favorecieron al sector exportador: la creciente demanda externa; la localización geográfica, que facilitaba el transporte por mar de carbón y cobre japonés, y, sobre todo, el bajo costo de la mano de obra, que abarataba la producción japonesa permitiéndole competir en condiciones favorables en el mercado internacional. A partir de 1893 esta tendencia ascendente del valor exportable se paralizó, neutralizada por la competencia de las importaciones, por entonces más baratas debido al creciente desarrollo de la gran industria en Occidente. Pero las exportaciones eran necesarias para evitar la sobreproducción, en la medida en que el bajísimo nivel de ingreso de las masas japonesas limitaba la ampliación del mercado interno. El imperialismo territorial aparecía como la política adecuada para la oligarquía Meiji, ya que, simultáneamente, los gastos militares permitirían ocupar la totalidad de la capacidad productiva. La conquista de mercados y de zonas de influencia en los territorios asiáticos vecinos era una razón bastante convincente para que los sectores industriales apoyasen el agresivo imperialismo de los grupos militaristas. La guerra contra China por la península de Corea (1893-1895) fue la primera etapa. La victoria fortaleció al sector militar, que desde 1901 había desalojado del poder a los civiles y que se empeñaba en lograr la hegemonía sobre la costa asiática del Pacífico.

Lo consiguieron al derrotar a Rusia en la guerra de 1904-1905.

Por entonces Japón ya contaba con una base industrial apreciable, cuyo desarrollo se había acelerado a partir de 1896. Hasta 1914 se fueron aplicando paulatinamente las innovaciones tecnológicas y los adelantos de la organización, que permitirían el desarrollo de la gran industria a partir de la primera guerra mundial. La relativa escasez de capitales y el elevado número de trabajadores disponibles mantenía baja la composición orgánica del capital.

La fuerza de trabajo crecía rápidamente: en 1904 había 500.000 trabajadores empleados en fábricas de más de 50 obreros y diez años después —en 1914— ya eran 1.800.000 los trabajado-

La caricatura de la parte superior imagina una fácil victoria rusa sobre Japón. La fotografía, en cambio, presenta el destino real de la armada zarista: el fondo de la bahía de Port Arthur. Después de 1905 el poderío del ejército japonés quedó demostrado claramente, constituyéndose en motivo de alarma para los países imperialistas.

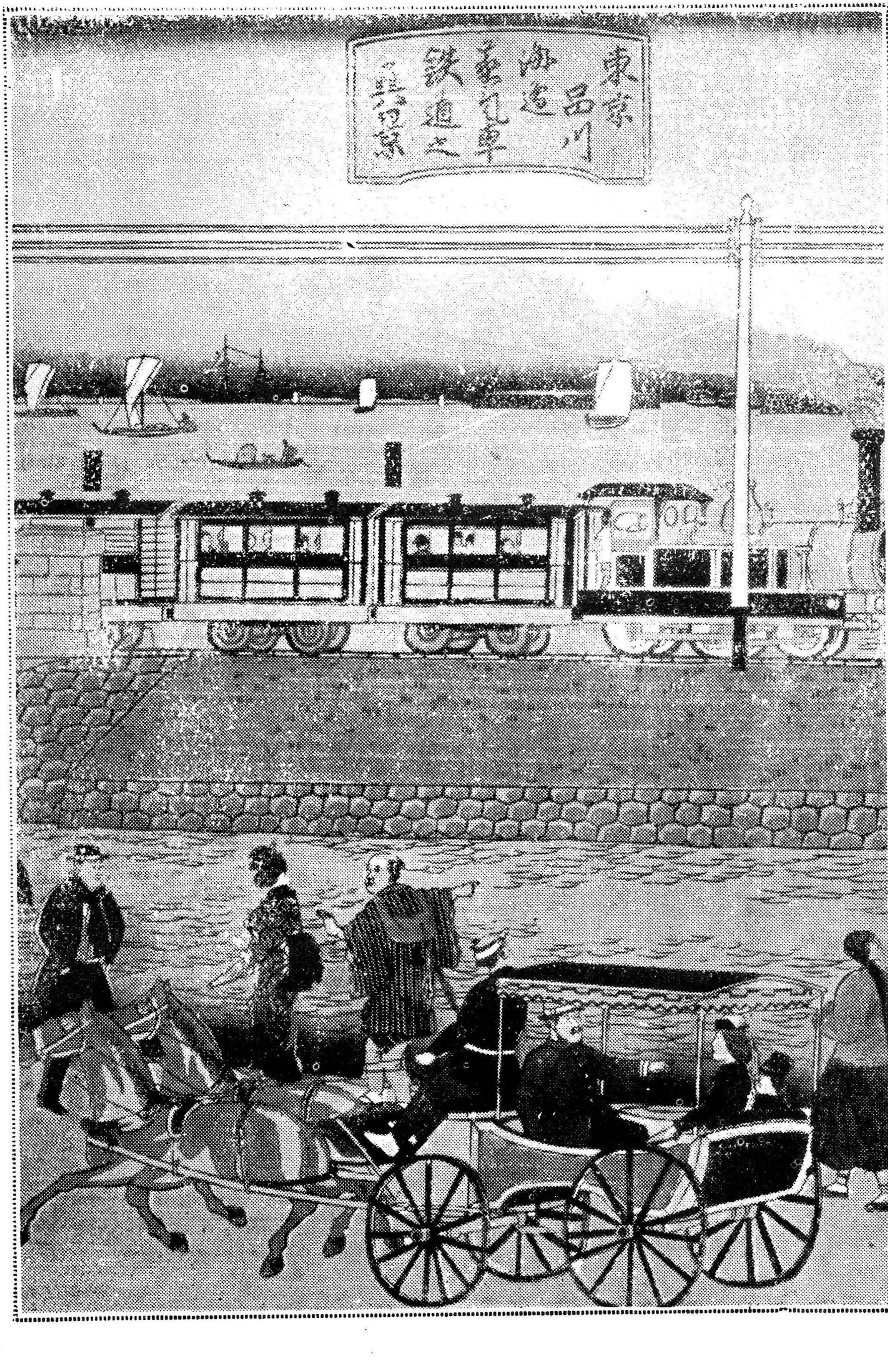


El primer ferrocarril construido en el país, 1872. El volumen de las exportaciones creció velozmente y la industria japonesa se constituyó independientemente de las presiones extranjeras.

res ocupados en ese tipo de establecimientos.
El acelerado aumento de la población, que se duplicó en menos de cuarenta años pasando de 26 millones en 1867 a 52 millones en 1913, presionaba sobre los salarios, manteniéndolos bajos, a través de un creciente ejército de reserva proveniente del sector agrario. Además, los empresarios preferían ostensiblemente el trabajo de las mujeres y los niños, a los cuales podían pagar menos. A pesar del bajísimo nivel del ingreso per cápita, el producto nacional creciente terminó por movilizar los canales de la inversión privada en el proceso productivo. Varios factores confluyeron en la formación de capitales. En primer término la desigual distribución del ingreso en favor de los sectores más pudientes de industriales, financistas, comerciantes y rentistas, mediante la violenta explotación del proletariado y del campesinado de escasos recursos, a través de los bajos salarios siempre atrasados respecto de la productividad, el monopolio de los mercados agrarios, el alto nivel de las rentas de la tierra y las exageradas tasas de interés usurario sobre los pequeños préstamos a los campesinos y arrendatarios. Por otra parte, el estado favorecía a las clases privilegiadas con reducidos impuestos a las ganancias y a los ingresos personales. La decidida frugalidad de estos sectores facilitó aún más la acumulación de los fondos ahorrados, que en su mayor parte comenzaron a invertirse en nuevas empresas industriales o que, atraídos por los altos intereses ofrecidos, se depositaban en los bancos y que otorgaban pródigos créditos a la industria. El conjunto de la banca japonesa se hallaba estrechamente relacionado a través del sistema de trusts familiares controlados por los *zaibatsu*.
El liderazgo y los incentivos financieros del gobierno contribuyeron a acelerar el crecimiento de la gran industria, bajo la égida de los *zaibatsu*, pero derivaron este desarrollo hacia fines militares mientras nada hacía la política del estado para estrechar la brecha económica y tecnológica que separaba la gran industria del mundo de los pequeños industriales y comerciantes. El capital siguió siendo escaso para la pequeña empresa, que mantuvo sus técnicas primitivas y descansaba en el trabajo mal pago de los obreros. Con frecuencia ésta se instalaba en la campaña y daba ocupación a las familias campesinas que, sin abandonar la agricultura, buscaban un ingreso complementario a través de un trabajo de dedicación parcial. Mientras el porcentaje de familias dedicadas a la agricultura declinó del 71 % en 1884 al 64 % en 1904, al 60 % en 1909 y al 58 % en 1919, la proporción de estas familias campesinas que también se dedicaban a la manufactura, contratadas por las empresas locales, creció considerablemente de menos del 25 % en 1884 a más del 33 % en 1919. La mayor parte enviaba a sus hijos y a los niños a las grandes fábricas de las ciudades. Es que, a pesar de la implacable presión de la excesiva población en las áreas rurales, donde desde los primeros momentos se había acumulado una cantidad adicional producto del rápido crecimiento vegetativo, el campesino adulto se mostraba reticente a emigrar para ingresar al empleo fabril o a las actividades terciarias. En la primera década del presente siglo los servicios ocupaban casi al 30% de la fuerza de trabajo disponible. Una proporción demasiado alta para el grado de desarrollo industrial alcanzado por entonces y que refleja la falta de alternativas adecuadas para la clase trabajadora, que debía recurrir al subempleo prestando servicios mal remunerados.

El proletariado

Pese al espectacular crecimiento económico del Japón, la inmensa mayoría de la población japonesa aún no había


東京品川海邊蒸気車鉄道之真景

Compradores y precios de las empresas del gobierno

Empresa	*Año de venta*	*Inversión del gobierno*	*Precio de compra*	*Compradores*
Fáb. de cemento Fukugawa	1884	169.631	61.700	Asano Soichiro
Mina Kosaka	1884	547.476	283.000	Kuhara Shozaburo
Fáb. de vidrio Shinigawa	1885	189.631	80.000	Nishimura Katsuzo
Mina Ani	1885	1.606.271	337.000	Furukawa Ichibe
Hilandería de algodón Sakai	1878	—	25.000	Hamazaki
Mina Okuzu	1879	149.546	27.131	Okuda Hamba
Hilandería de seda Tomioka	—	—	—	Mitsui
Fáb. de ladrillos Fukugawa	1884	93.276	83.862	Asano Soichiro
Mina de carbón Takashima	1874	—	550.000	Goto Shojiro
Mina Annai	1884	675.093	75.000	Furukawa Ichíbe
Mina Nakaosaka	1884	73.803	25.000	Sakamoto Yahachi
Astillero de Nagasaki	1884	628.767	459.000	Iwasaki Yataro
Mina Aburato	1884	48.608	27.943	—

(De Thomas Smith, *Political Change and Industrial Development in Japan: Government Enterprise, 1868-1880.*)

Número de fábricas y de obreros industriales (1899)

Industria	*Con fuerza motriz*		*Sin fuerza motriz*		*Total*	
	Fábricas	*Obreros*	*Fábricas*	*Obreros*	*Fábricas*	*Obreros*
Textiles	1.921	196.723	1.803	50.394	3.724	247.117
Maquinarias	208	18.412	157	4.205	365	22.617
Química	190	12.966	650	25.625	840	38.591
Alimentos	207	8.584	605	15.239	812	23.823
Varias	237	43.607	573	17.454	803	60.341

(De Thomas Smith, *Political Change and Industrial Development in Japan: Government Enterprise, 1868-1880.*)

salido del nivel de subsistencia. Es que este gran salto se ejecutó a expensas de las masas y gracias a su extrema docilidad. Por supuesto que esta situación varió desde principios de siglo y se hicieron más frecuentes los conflictos y huelgas, signo evidente de que el proletariado alcanzaba los primeros niveles de su conciencia de clase. Sin embargo, tomando en cuenta lo tardío de su aparición frente a la gran cantidad de obreros que trabajaban en las grandes fábricas y los innumerables talleres y, sobre todo, respecto del grado de explotación a que eran sometidos, asombra la escasa combatividad de sus primeras etapas. Para explicar las causas de este fenómeno hay que tener presentes la composición del proletariado, las condiciones de trabajo y de vida, su procedencia y las pautas de conducta vigentes en las masas japonesas durante este período.

En primer término, y acerca de su composición, llama profundamente la atención el excesivo número de mujeres —de niñas casi— que constituyeron, durante muchos años, la mayor parte de la fuerza de trabajo industrial.

Pero el fenómeno no era nuevo para el capitalismo y se había dado en las primeras etapas del desarrollo industrial de Occidente, ya que al pagar a las mujeres salarios más bajos se podía reducir el costo de la fuerza de trabajo. A esa tradicional explotación de la mujer, común hasta hoy en todas las sociedades "patriarcales civilizadas", en el caso de Japón se sumaba un férreo sometimiento de tipo familiar al esposo o a los padres. Es significativo que se prefirieran adolescentes, cuyo empleo terminaba al casarse. En 1909 sólo el 43 % de las 90.000 mujeres que trabajaban en las fábricas textiles eran mayores de 20 años. Casi el 33 % contaban entre 16 y 20 años y cerca del 25 % no habían cumplido los 16 años.

En todo caso, la conveniencia de explotar la fuerza de trabajo femenina —perfectamente ade-

cuada, como la de los niños a las manufacturas textiles— por parte del capitalista iba de la mano con las pautas tradicionales de la estructura familiar japonesa. Este último factor debe haber sido predominante porque bien avanzado el desarrollo industrial, después de haberse introducido la mecanización, la proporción de mujeres respecto del total de obreros siguió en aumento. En 1882 el número de mujeres que trabajaban en establecimientos con diez obreros o más, excluidos los del gobierno, era de 51.000; en el período 1895-1899 ascendió a 426.000 —el 59 % del total de trabajadores— y en 1910-1914 llegó a 829.000, es decir, al 71 % de los obreros japoneses. Por supuesto, en las fábricas textiles la proporción era aún mayor. De 76 obreras en 1899 se pasó a 90.000 en 1909, superando el 85 % del total de la fuerza de trabajo empleada.

En la mayoría de los casos estas muchachas eran "contratadas" en la campaña a las familias, que percibían su salario mediante prácticas que a menudo bordeaban la seducción, pero que con más frecuencia se asimilaban a una vulgar trata a plazo fijo. Mal podían repugnar estos procedimientos a la sociedad japonesa, acostumbrada a la compra de las niñas de las empobrecidas familias campesinas para explotarlas como *geishas* o simples prostitutas, con la diferencia de que el destino de las *geishas* solía ser mucho más placentero que el de estas miles de esclavas-obreras. Lo prueba la tasa excesivamente alta de mortalidad por tuberculosis entre la población femenina de las grandes urbes.

Los contratos tenían una duración de tres años y las obligaban a alojarse en la misma fábrica, más parecida a una prisión que a un internado por las malas condiciones de vida y trabajo que allí imperaban.

La única protesta parece haber sido la huída; por lo menos es la que ha quedado documentada en el elevado índice de deserciones: alrededor del 50 % después de los seis primeros meses.

De este modo, el paternalismo ancestral propio del sistema familiar penetró en las relaciones de la industria moderna proyectando en la fábrica las recíprocas obligaciones de sumisión y protección que regían la vida de la familia. Pero obviamente, mientras la mentalidad calculadora del empresariado muy pronto dejaba de lado el humanitarismo, la sumisión y la lealtad al patrón se mantuvieron como rasgo dominante de la clase obrera japonesa hasta bien entrado el siglo XX. Contribuyó a conservarlo el papel peculiar que seguía desempeñando la familia, por lo menos hasta la segunda guerra mundial. Si bien con la introducción de las relaciones de producción capitalista se había realzado el papel del individuo, cuyos derechos fueron reconocidos por el Código Civil de 1896, la familia permanecía como la unidad social básica. Ante todo, es menester recordar que su patrón era el de la familia ampliada; no se limitaba al matrimonio y sus hijos, sino que incluía a los padres de la pareja, si vivían, y a la mujer y los hijos del hijo mayor. Así se daba casi siempre en la campaña y, teniendo presente que hasta 1919 las familias campesinas totalizaban alrededor del 60 %, y que grandes sectores de la población urbana eran migrantes recién llegados de las áreas rurales, es plausible suponer que las pautas de comportamiento de la familia campesina tenían vigencia nacional. Se enfatizaba el bienestar de la familia como grupo, aunque con frecuencia implicara el sacrificio individual de algunos de sus miembros. Se inculcaba a los niños a ser obedientes y respetuosos y se solía decir que las obligaciones que tenían respecto de sus padres eran "más profundas que el océano y más elevadas que la montaña". Los padres y los restantes miembros del grupo familiar intervenían en la decisión de asuntos tan importantes como la ocupación, el oficio o la profesión a elegir y la selección del

El acelerado aumento de la población —que se duplicó en menos de cuarenta años— fue uno de los factores que contribuyó al desarrollo económico. La cantidad cada vez mayor de mano de obra desocupada determinó, en cambio, una presión negativa sobre los salarios.

Ultima página del tratado firmado en 1861 entre el Shogún y el embajador de Prusia.

futuro cónyuge. Se asumía como regla común que los hijos tenían la obligación de mantener a sus padres, especialmente el mayor. Para todo el mundo la consideración y el amor filial eran el fundamento de toda moralidad. El amor, el respeto y la obediencia debida a los padres se proyectó fácilmente en la relación de dependencia que unía a los trabajadores con sus patronos o capataces, estos últimos, tal vez, mirados como el hermano mayor. Por otra parte, esos mismos sentimientos encubrían el sistema de dominación, y a ellos se apelaba para que los gobernados aceptaran las medidas del gobierno, asegurando su lealtad política. Según la teoría del estado, vigente hasta la segunda guerra mundial, la nación japonesa era una gran familia encabezada por el emperador como su jefe patriarcal.

La interrelación de los contenidos conceptuales y sentimentales expresados en el conjunto significativo "padres-patria" en pocos lugares fue tan estrechamente ajustada como en el Japón.

La escuela pública contribuyó a reforzar el paternalismo, transmitiendo —como en todas partes— los contenidos ideológicos más aptos para que las clases dominadas otorgaran su consenso a los valores de las clases dominantes.

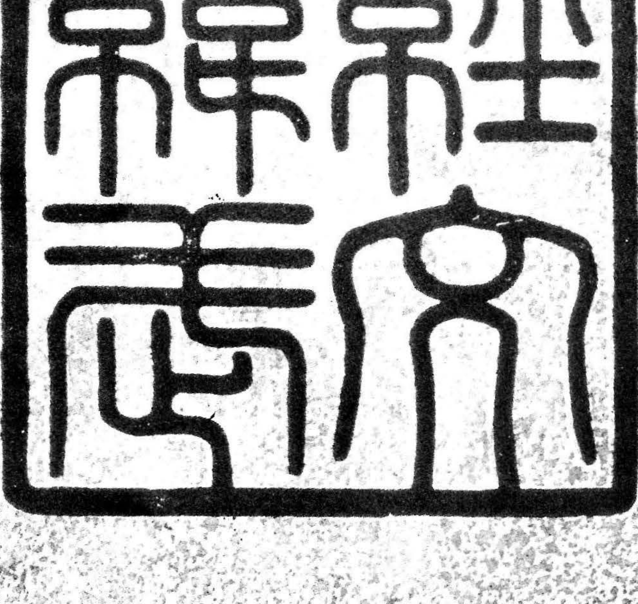
Movimiento sindical

El amplio consenso de las masas a un sistema de dominación económica y política que, bajo la máscara del paternalismo empresarial y estatal, ocultaba las relaciones capitalistas y el dominio absolutista de una férrea oligarquía conservadora retrasó enormemente el surgimiento de un vigoroso movimiento obrero. Es indudable que los cambios en la estructura mental de un pueblo se producen a un ritmo mucho más lento que el que gobierna las transformaciones de la estructura económicosocial. Aún hoy —según escribía en 1970 Bernard Bēraud— "en muchos japoneses puede decirse que el interés personal se halla estrechamente ligado al interés de la empresa para la cual trabajan y, a un nivel superior, igualmente ligado al interés de su país. Las nociones de estado, de nación y de pueblo están imbricadas unas a otras; a este propósito es frecuente oir, en ocasión de encuentros entre manifestantes y fuerzas de policía, a personas de cierta edad hacer muy sinceramente la pregunta: 'Pero ¿por qué luchan unos con otros? ¿No son todos japoneses?' ".

Por otra parte, la población entera (y muy en especial la clase trabajadora), auténticamente impulsada por un sincero patriotismo que los sectores dirigentes fomentaban, dejó que toda su energía fuera absorbida por los enormes sacrificios que permitieron al Japón librarse de la dominación extranjera y luego llegar al mismo nivel que las potencias occidentales. Pero los beneficios derivados de esta situación favorecieron exclusivamente a las clases dominantes, mientras las masas permanecían próximas al nivel de subsistencia. Sin embargo, debían pasar muchos años antes de que esta realidad sacudiera con fuerza la conciencia de la clase obrera.

A ese contexto ideológico se sumaron otras influencias, provenientes de la estructura social, que inhibieron la organización eficiente del movimiento obrero y de los partidos revolucionarios. Entre ellas tiene gran importancia el rol social del grupo, también enraizado en los componentes feudales que aún mantenían su vigencia en la vida campesina y en el sistema familiar. La función del grupo se originaba en el hecho de que la familia, por importante que fuera, no bastaba para subvenir a las necesidades sociales del individuo. Por fuerza, las familias debían asociarse y trabajar junto con otras (sistema éste que

源家茂



había permitido a la comunidad agraria conservar y aprovechar adecuadamente la totalidad de su fuerza de trabajo disponible). Así se hizo muy frecuente que varias familias llegaran a formar grupos informales, los cuales tendían a darse una estructura jerarquizada y perdurable. Considerados como la "unidad celular" de la sociedad japonesa, se caracterizaban por las relaciones directas e inmediatas que existían entre sus miembros, a su vez ligados por un fuerte sentimiento de lealtad personal. Aun en las ciudades —donde la necesidad de la cooperación era menor y la vida tendía a hacerse más impersonal— existían a menudo grupos informales, de parientes o no, cuya función consistía en proporcionar a sus miembros, a través de la ayuda mutua, un sentimiento de seguridad tanto psicológica como económica. De ahí que en la sociedad japonesa las relaciones impersonales habituales en toda sociedad industrial hayan sido mucho más personalizadas. La inclinación por este tipo de relaciones tuvo, por lo menos, una consecuencia sumamente importante a nivel social y político, concerniente a la viabilidad de las organizaciones sindicales y los partidos políticos.

Con frecuencia la lealtad personal se convertía en la ligazón fundamental de muchas organizaciones de este tipo, antes que los objetivos, los intereses y los principios comunes.

Dado que existe un límite para el número de lazos personales que pueda tener cada individuo, las organizaciones de masas —como los sindicatos— casi siempre terminaban por dividirse en múltiples facciones y camarillas que impedían, o en el mejor de los casos dificultaban, la acción unitaria y concertada. Por otra parte, la vigencia de los grupos internos en las organizaciones sindicales facilitó a los sectores dominantes la captación de las masas y el control de sus actividades. Bastaba conseguir la adhesión de los cabecillas para contar con la lealtad del resto.

Los límites impuestos por la vigencia de los valores feudales y la severa represión del estado Meiji hicieron sumamente difíciles los primeros pasos del movimiento obrero japonés. Las tentativas iniciales partieron de grupos minúsculos de socialistas que, a favor del interés que comenzaba a manifestarse a través de la prensa por las teorías del socialismo y de las protestas que inspiraba a unos pocos políticos liberales el problema social, lograron organizar entre 1883 y 1884 algunos pequeños grupos de trabajadores en Tokio y en las provincias que casi de inmediato fueron suprimidos por las autoridades. Estos primeros intentos de expresar orgánicamente las reivindicaciones del proletariado carecieron de consecuencias significativas. Por entonces no existía entre el conjunto de los trabajadores nada parecido a una corriente favorable a la organización sindical y entre los intelectuales se rechazaba el socialismo por ser una teoría extranjera. Recién comenzaba a darse una mayor comprensión de la existencia del problema social. En especial, una revista llamada *Kokumin no Tomo* (Compañero del pueblo) publicó a partir de 1887 una serie de artículos que llamaban la atención sobre la condición de las clases trabajadoras, deploraba el abismo existente entre los ricos y los pobres, proponía la celebración del 1º de mayo y en general se plegaba a la causa del proletariado. Pero este tipo de exhortaciones eran todavía bastante superficiales, producto de un socialismo mal digerido que no lograba echar raíces entre las masas. Sólo después de la guerra contra China, y en el ambiente de prosperidad que la victoria había creado poniendo de relieve la miseria de los trabajadores, muy lentamente, pero sobre una base más sólida, comenzó a tomar forma el movimiento obrero.

Hacia 1880 no existía ningún tipo de regulación acerca de los salarios o las horas de trabajo. Generalmente, los obreros fabriles trabajaban de once a catorce

Una pintura de fin de siglo satiriza la "occidentalización" de las costumbres. Este joven, ataviado con reloj y paraguas europeos, será el blanco preferido de las burlas de los industriales japoneses, que, recién en ese momento, se afirman en el comercio internacional.



horas, día y noche, por un salario de miseria. La explotación del trabajo de las mujeres y los niños se mantenía en ascenso.

Desde un primer momento, y en su calidad de empresario —aunque también para tratar de incorporar a la esfera del estado al movimiento obrero—, el gobierno Meiji intentó sancionar una legislación laboral —producto de un puñado de intelectuales y burócratas socialmente inspirados—, que encontró la enconada oposición a los sectores industriales y financieros. Estos se resistían a aceptar la ingerencia del estado, y si en 1898 se oponían a un proyecto sobre el trabajo fabril alegando que contrariaba el espíritu de la familia japonesa, alternativamente se quejaron del mismo porque amenazaba la libre competencia y hasta llegaron a rechazar la prohibición del trabajo de los niños menores de diez años.

Hasta principios de siglo nadie defendía en la Dieta las reivindicaciones del proletariado y aun carecían de status legal las organizaciones obreras recién lanzadas a la lucha sindical. Los reglamentos policiales de 1900 consideraban virtualmente como un crimen las agitaciones propias de una huelga. Cuando despuntaba la conciencia de las masas procurando abrirse paso entre los inconvenientes que trababan la organización sindical, ésta hallaba uno de sus más severos obstáculos en la decidida represión con que el gobierno encaraba cualquier actividad que apareciese como un signo de radicalismo.

A fin de neutralizar la acción del proletariado y acallar sus principales demandas, el gobierno promulgó los primeros instrumentos legales que regulaban el trabajo industrial: la Ley de Minas en 1905 y la Ley de Fábricas en 1911. Sin embargo, los sectores empresariales lograron que su aplicación se pospusiera hasta 1916. En ellas se establecía que en todas las minas y fábricas con más de quince obreros las mujeres y los muchachos menores de quince años trabajasen doce horas diarias como máximo (incluyendo una hora de descanso). Doce años sería la edad mínima de ingreso, excepto en los casos de "trabajo liviano", en que se reducía a los diez. Otras cláusulas se ocupaban de las vacaciones, protección a la maternidad, etcétera. A pesar de la prolongada agitación obrera, quedó sin promulgar hasta trece años después el proyecto sobre trabajo nocturno a causa de las presiones de los propietarios de las tejedurías.

Por entonces ya se había organizado un movimiento obrero importante, que, salvo excepciones, había dejado de lado el radicalismo revolucionario sometiéndose a la legislación paternalista del estado en defensa de sus reivindicaciones puramente económicas.

Mientras tanto, el socialismo se había abierto paso trabajosamente y ya antes de la primera guerra mundial ejercía considerable influencia en muchos sindicatos.

En 1882 se había fundado en el lejano distrito de Shimibara, en Kyushu, el Partido Socialista del Lejano Oriente, pero muy pronto fue disuelto por la policía y sus líderes fueron encarcelados. Recién en 1901 volvió a crearse otro partido —el Social Demócrata—, aunque no tuvo mejor suerte. Por entonces Kotubu había iniciado su acción de propaganda, y en 1903 se comenzó a publicar el *Diario del Pueblo.* Su prédica antimilitarista —en vísperas de la guerra contra Rusia— y la publicación en 1904 del *Manifiesto Comunista* no tardaron en atraerle la persecución del gobierno, que lo prohibió. Simultáneamente arreciaron las divisiones internas entre los socialistas. Mientras una rama se inclinaba hacia los socialcristianos, Kotubu lideraba a los elementos más radicales: marxistas y anarquistas revolucionarios en contacto con la Segunda Internacional. Al congreso de Amsterdam de 1904 concurrió Katayama como representante del proletariado japonés y estrechó la mano de Plejánov en prueba de la solidaridad obrera internacional y en repudio a los regímenes autocráticos que habían lanzado a la guerra a ambos países. De regreso en el Japón contribuyó a organizar las huelgas del personal de tranvías en 1906. Perseguido por la reacción, finalmente marchó a los Estados Unidos.

El núcleo de Kotubu, muy influido por los anarquistas rusos, se mantenía en la clandestinidad y practicaba el terrorismo. En 1910 la policía descubrió un supuesto complot, cuyo objetivo era atentar contra la vida del emperador. Los principales dirigentes fueron apresados y ejecutados tras un rápido proceso que no tuvo mayor eco entre las masas.

Desde 1906 había comenzado a actuar nuevamente el Partido Social Demócrata, que dificultosamente y acosado por la represión procuraba influir en el movimiento obrero. La agitación llegaría a su climax después de la segunda guerra mundial.

Bibliografía

Baran, Paul A. *La economía política del crecimiento.* México, Fondo de Cultura Económica, 1967.

Kuznets, Simón, y otros. *Economic Growth: Brazil, India, Japan.* Durham, Duke University Press, 1958.

Mct. Kahin, George (ed.). *Major Governments of Asia.* Ithaca, New York, Cornell University Press, 1958.

Beraud, Bernard. *La izquierda revolucionaria en el Japón.* México, Siglo XXI, 1971.

Moore, Barrington, Jr. *Social Origins of Dictatorship and Democracy.* Boston, Beacon Press, 1966.

Sansom, G. B. *The Western World and Japan.* New York, Alfred Knopf, 1951.

Smith, Thomas C. *Political Change and Industrial Development in Japan: Government Enterprise, 1868-1880.* Stanford University Press, 1955.

Tarahashi, Kohachiro. *La Place de la Revolution de Meiji dans l'histoire agraire du Japon.* "Revue Historique", octubre-noviembre de 1953.

Organización obrera e insurrección en Chile

Eduardo Viola

El proletariado chileno crece, en un período de cincuenta años, a pasos agigantados. Las insurrecciones de Iquique, en 1907 y 1923, si bien fallidas, atestiguan la concientización y prueban el empuje del sector obrero.

A mediados del siglo XIX Chile era básicamente un país campesino. Más del 80 % de la población vivía en zonas rurales. Existían fundamentalmente, dos clases: la aristocracia terrateniente y el campesinado. Esta última clase estaba formada, en su gran mayoría, por inquilinos que trabajaban en el fundo del patrón a cambio de una pequeña parcela de tierra para el cultivo.

Es decir que, en general, la renta agraria se tenía en trabajo; el salario dinerario ocupaba una mínima o ninguna porción de la remuneración del inquilino. Dada la renta agraria en trabajo, las relaciones sociales de producción eran feudales. La coacción extra económica sobre el trabajador —característica del régimen feudal— se daba a través de diversas formas. En el fundo el terrateniente ejercía una presión ideológica global con la ayuda inestimable de la Iglesia. El contacto del inquilino con el mundo exterior era mínimo o inexistente. Junto a esto, el terrateniente ejercía el poder de policía y administración pública (la autoridad del estado nacional casi no llegaba hasta ahí). Cuando el inquilino emigraba de un latifundio le resultaba casi imposible conseguir trabajo en otro, lo que de hecho implicaba que estaba atado a su fundo. Junto al inquilino existía una considerable proporción de "afuerinos", es decir de trabajadores agrícolas temporarios que constituían una especie de ejército de reserva agrícola. Los afuerinos serán atraídos a las zonas urbanas y mineras cuando éstas comiencen a desarrollarse. Además de la aristocracia terrateniente existían, formando parte de la clase dominante, la gran burguesía comercial y bancaria y junto a ella se estaba formando una burguesía minera. Esta hacía de intermediaria entre los trabajadores de la minería y las grandes casas comerciales y bancarias de Valparaíso, las cuales, a su vez, hacían de intermediarias con el capitalismo inglés, destinatario final de la producción minera chilena.

El habilitador (burguesía minera) era propietario de un almacén en la zona minera (el norte chico), en el que vendía o alquilaba los instrumentos para el trabajo y compraba el mineral extraído por los trabajadores. Los mineros, más que proletarios, eran artesanos, productores individuales, muchas veces propietarios de su instrumento de trabajo. En realidad no existió una relación de producción capitalista entre el habilitador y el trabajador. La producción minera se asemejaba por su carácter al sistema de industria a domicilio predominante en Europa en el siglo XV.

Durante la década de 1870 la explotación del cobre llega a su apogeo y adquiere un carácter capitalista, aunque no totalmente definido, que nos permite hablar de proletariado minero para esa época. La extracción de carbón en la región sur del país tiene carácter capitalista desde mediados del siglo XIX.

En las ciudades existe, aparte de la burguesía comercial, una clase media de pequeños comerciantes, profesionales liberales y funcionarios del estado. Una nutrida capa de artesanos completa el espectro social junto con los primeros rudimentos de la clase obrera urbana que comienza a surgir en los ferrocarriles y la construcción.

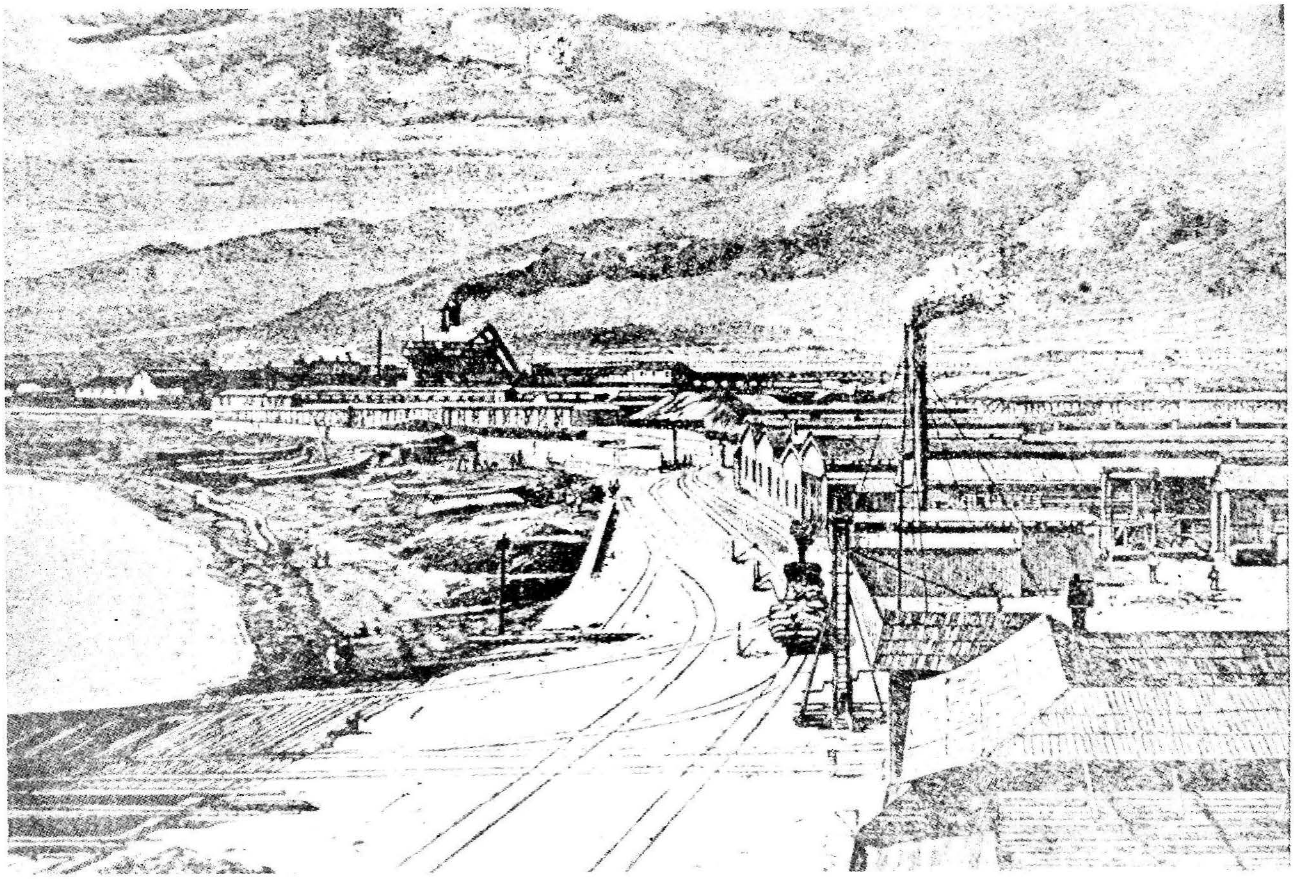
Con la Guerra del Pacífico entre Chile y Bolivia la economía chilena da un importante salto.

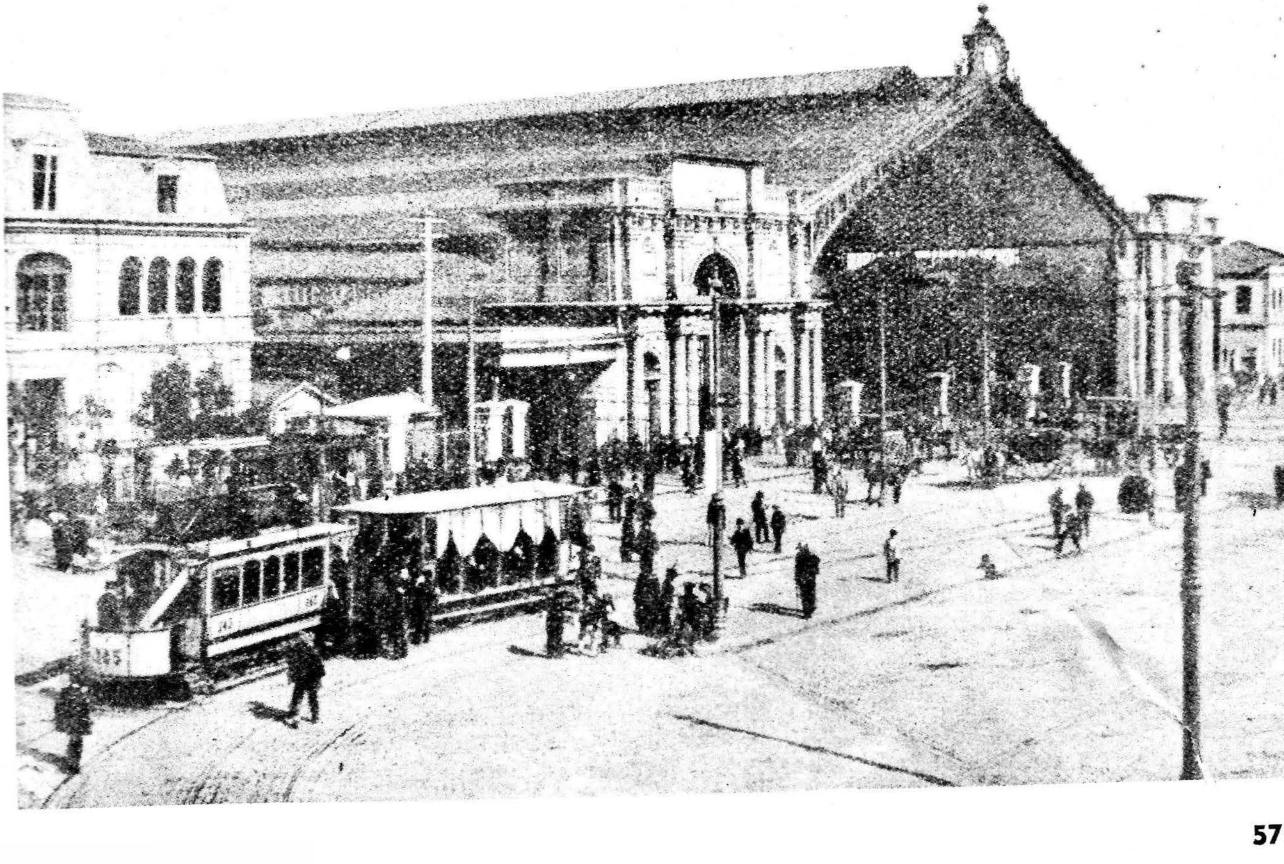
Durante la década de 1880 se desarrolla aceleradamente la explotación salitrera en las provincias norteñas. Simultáneamente declina con rapidez la minería del cobre, que no puede competir más en el mercado mundial a raíz de su atraso técnico.

Con la explotación salitrera surge un proletariado minero con definidas características de clase. La década de 1880 termina con la guerra civil de 1891, en la que Balmaceda es derrotado en su intento de fomentar, desde el estado, la formación de una burguesía industrial que lleve adelante un desarrollo capitalista independiente.

1891 significa un corte en la historia social chilena: la burguesía minera es ahogada por la oligarquía y los grupos ingleses que copan la producción minera. A partir de ahí, la minería se transforma en el sector más dinámico de la economía. Como la minería tiene un carácter capitalista, su expansión significa el desarrollo de dos clases sociales: la constituida por los inversores extranjeros, propietarios de los medios de producción, y el proletariado minero.
La estructura agraria permanecerá invariable: el incremento del mercado interno —producto de la expansión minera— absorberá una mayor cantidad de productos agrícolas y hará que Chile deje de ser un país exportador de productos agrícolas. Las principales ciudades crecerán vertiginosamente después de 1890: para 1930 representan el 42 % de la población. Como en el resto de América Latina, esta urbanización no será acompañada por un proceso de industrialización proporcional. El estancamiento y la superpoblación del campo hacen que gran cantidad de campesinos sean expulsados hacia regiones urbanas, donde sólo una parte de ellos se proletariza. El resto permanece ocupado en actividades artesanales o constituye una masa plebeya marginal que actúa como ejército industrial de reserva deprimiendo el nivel general de salarios.
La expansión del mercado interno, aunque limitada, permitirá el surgimiento de los gérmenes de una burguesía industrial manufacturera y, con ella de una clase obrera urbana. De todas maneras, antes de 1920 las faenas "industriales" en las ciudades estarán principalmente a cargo de artesanos.
A partir de 1890 también se desarrolla una importante clase media urbana que romperá los moldes tradicionales del funcionamiento político. Esta clase media dependiente está estrechamente ligada al crecimiento del aparato estatal, que adquiere una gran importancia debido a los beneficios del comercio exterior —basado en las exportaciones mineras— que se canalizan por vía fiscal. En Chile, a diferencia de la mayoría de los países de América Latina, el estado desempeñará un papel importante en la canalización del ingreso.
Desde la primera guerra mundial comienza a adquirir importancia el cobre, que en 1932 desplaza al salitre como principal producto de exportación, y, junto con él crece la influencia norteamericana. La inversión foránea se dirige también a la industria fabril. A partir del gobierno de Ibañez (1927-1931) se da un importante proceso de industrialización; la burguesía industrial adquiere características definidas y el proletariado urbano pasa a tener considerable importancia. Un importante factor del desarrollo industrial es la transferencia de fondos provenientes del sector agrario al industrial. Esto implica que, en parte, la nueva burguesía industrial no es más que un desprendimiento de la aristocracia terrateniente.
La configuración de la clase media urbana no varía mayormente entre ambas guerras mundiales. Por otro lado, el artesanado, si bien continúa siendo cuantitativamente grande en las ciudades, ha perdido peso a raíz del desarrollo de la gran industria y del proletariado. El subempleo de masas marginales urbanas sigue siendo una constante del proceso. Durante la década de 1930 el proletariado se convierte en la clase más homogénea y cohesionada de la sociedad chilena.
Debido a esto, la clase media urbana pierde importancia relativa. Pero dado que la estructura agraria feudal permanece inalterable, la cuestión agraria sigue siendo el principal problema a resolver; el campesinado constituye todavía la fundamental reserva revolucionaria de la sociedad.
Señalan Petras y Zeitlin en *El radicalismo político de la clase trabajadora chilena*: "la alianza de inversores foráneos, grandes terratenientes y empresarios urbanos que se integraban, descansaba en el control que el terrateniente poseía sobre el inquilino; ésta era condición *sine qua non* para la continuidad de su hegemonía política".
A pesar de que el proletariado

Vistas de las ciudades de Antofagasta —arriba— y Santiago —abajo— a principios de siglo. Si en 1850 Chile era un país básicamente campesino cuya economía se basaba en la explotación agrícola, la expansión minera que se dio a fin de siglo contribuyó al vertiginoso crecimiento de las ciudades.





En la ilustración superior: Explotación salitrera en el norte. En la foto de abajo: Minas de cobre en Tocopilla. Hacia 1880 la extracción de cobre, que se realizaba con medios técnicos sumamente atrasados, declina rápidamente. La explotación salitrera —que la reemplaza como fuente primordial de ingresos— dará lugar a la formación de un nuevo proletariado minero con definidas características de clase.

es la clase más poderosa de la sociedad urbana, debe antes romper para poder disputarle el poder a las clases dominantes la dependencia ideológica y política del campesinado con respecto a la oligarquía.

En síntesis: antes de la guerra del Pacífico Chile es una sociedad con neto predominio agrario y de características feudales. A partir de la guerra del Pacífico se va desarrollando paulatinamente el capitalismo, en la minería fundamentalmente, hasta 1920; en la minería y la manufactura a partir de esa fecha Pero a pesar del desarrollo del capitalismo urbano y minero la agricultura continúa siendo de carácter feudal. El desarrollo del modo de producción capitalista no se da en Chile en forma homogénea, sino desigual y combinada, coexistiendo con el modo de producción feudal. Por último, la clase obrera minera se forma como producto de la proletarización del campesinado y la clase obrera urbana como producto de la proletarización del campesinado, el artesanado y los sectores marginales urbanos.

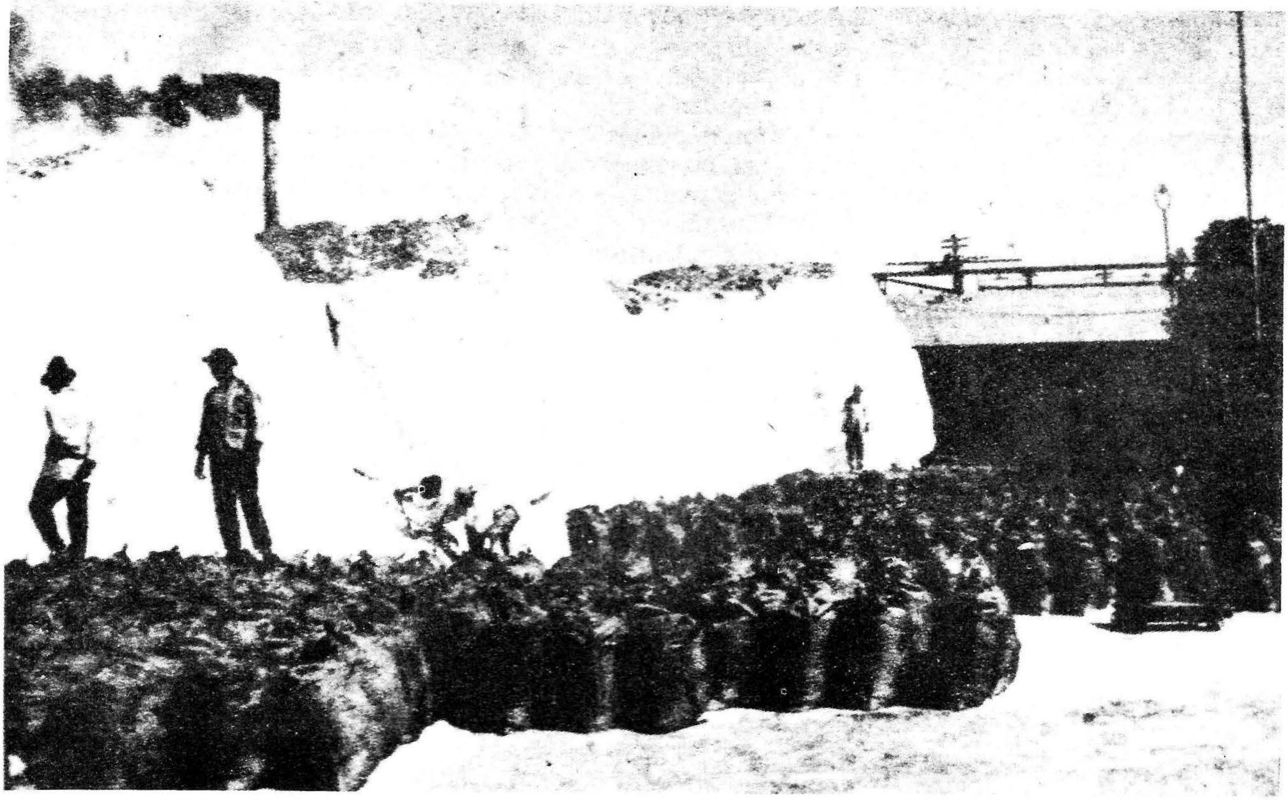
Lo dicho enmarca las etapas del movimiento obrero chileno que vamos a tratar: el período del mutualismo (antes de 1890), caracterizado por la existencia de sociedades de ayuda mutua, que no llevan a cabo ni una lucha reivindicativa ni una lucha política; el período del sindicalismo (1890-1919), caracterizado por la formación y desarrollo de los sindicatos (mancomunales) y semisindicatos (sociedades de resistencia) (también aparecen en este período los primeros intentos de agrupamiento político de la clase obrera, que cristalizan con la fundación del Partido Obrero Socialista en 1912), y el período de la formación de los sindicatos de masas y de la expresión política independiente de la clase obrera (1919-1937), caracterizado por la formación de los modernos sindicatos por industrias y por el surgimiento de partidos políticos de definida composición obrera y con un programa socialista.

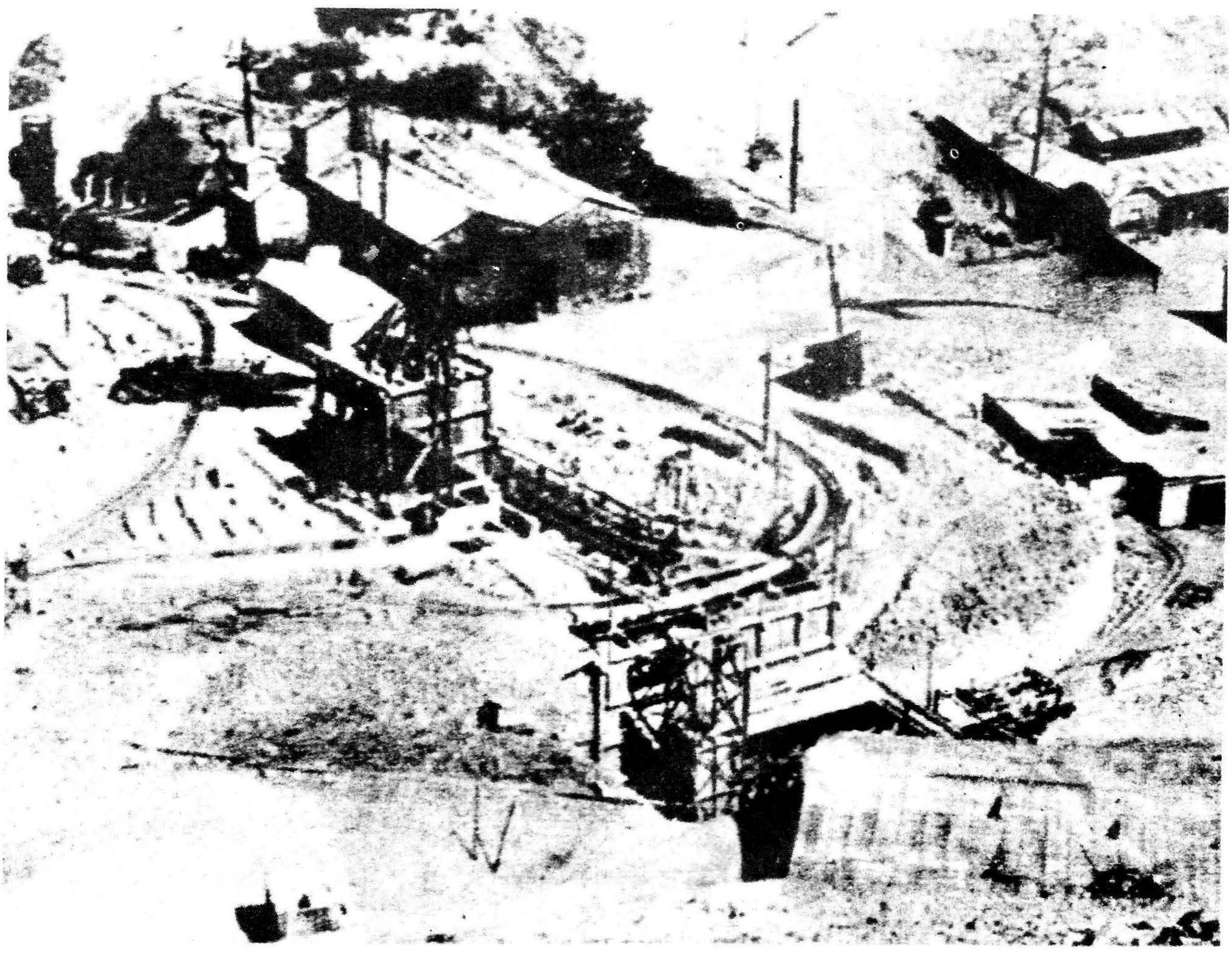
Período del mutualismo (antes de 1890)

La clase obrera chilena comienza a formarse en la segunda mitad del siglo XIX bajo condiciones de vida y de trabajo extremadamente duras, especialmente en las zonas mineras, donde las jornadas de labor son de catorce horas.

La carencia de medios mecánicos agrava la situación del trabajador, que debe cargar enormes pesos sobre sus espaldas, y los accidentes de trabajo son muy comunes. Muchas veces los pagos se efectúan en vales o fichas que sólo son cambiables en la pulpería del empleador, donde los precios son más altos que en otros lugares. Otras veces el pago del salario se difiere varios meses y el trabajador debe recurrir a créditos de la tienda, con altos intereses. Sometidos a semejante explotación, los obreros llevan a cabo, esporádicamente, rebeliones espontáneas sin objetivos de largo alcance. A la paralización de las faenas sigue generalmente el saqueo del almacén, y muchas veces la rebelión toma forma de venganza individual: robo, muerte de un capataz, etc. Durante este período las organizaciones de los trabajadores adoptan la estructura de las sociedades de socorros mutuos. En realidad, el mutualismo es una forma de organización típica de sectores artesanales, aunque en sus filas aparezcan obreros. Sólo plantea la ayuda mutua y la elevación cultural de sus miembros dejando de lado toda lucha reivindicativa y más aún los planteos políticos globales.

Durante la década de 1880 la población obrera en las provincias norteñas de Tarapacá y Antofagasta ascendió de 2.800 a 13.000 miembros. Junto con la transformación del salitre, en el principal rubro de la minería, los obreros de ese rubro se transformaron en el eje del proletariado chileno en formación. Las





condiciones de vida en las pampas salitreras no diferían de las del resto de las regiones mineras. Los trabajadores eran enganchados en el Valle Central y embarcados rumbo al norte sin ningún contrato que los protegiera.
Allí la jornada era larga y extenuante. De la oficina salitrera, junto a la cual se hallan ubicados los precarios campamentos donde viven los obreros, éstos parten, por equipos, para realizar las tareas de procesamiento del mineral, en estado muy primario. "En las faenas de extracción, un barretero [obrero calificado] va abriendo la veta, haciendo tronar los tiros, obteniendo su salario por superficie barrenada. Después el particular, con pesado combo [especie de picota] va destrizando las varas que contiene el caliche y seleccionando el material de acuerdo con su calidad y cantidad..."
El trabajo se realiza en condiciones extremadamente precarias, sin las más elementales seguridades. Los accidentes mortales son frecuentes. A la pobre remuneración que recibe el trabajador se le suma el sistema de pulperías, que de hecho efectiviza un descuento de su salario en beneficio del mismo patrón, y a tal punto que algunas oficinas llegan a declarar que sus ganancias provienen en gran parte de la pulpería.
La prosperidad de la década de 1880 no fue compartida por el proletariado. Este, para mantener su nivel de vida amenazado por la inflación monetaria, llevó adelante una serie de movimientos reivindicativos que culminaron con las jornadas de julio de 1890.
El 2 de julio de 1890 los lancheros que embarcan el salitre en Iquique exigen el pago en dinero en reemplazo de las fichas. La patronal rechaza la petición; los trabajadores van a la huelga y, rápidamente, logran la adhesión de todos los portuarios y ferroviarios. La represión policial no da resultado y se extiende el apoyo a la huelga, a la que se une una parte de los trabajadores de las oficinas salitreras. Ante el movimiento la compañía debe ceder, y los lancheros triunfan en sus objetivos.
El ejemplo cundió: los salitreros declararon la huelga general exigiendo el cumplimiento de un petitorio que incluía salario en dinero; fin del monopolio comercial de las pulperías; enseñanza primaria obligatoria; prohibición del juego, del alcohol y la prostitución; derecho a petición y a reunión; protección contra el peligro constante de muerte en los cachuchas (ollas gigantescas) donde se procesaba el salitre. Simultáneamente se realizan concentraciones en Iquique que llegan a nuclear a 10.000 personas. La patronal no cede y solicita al presidente Balmaceda su intervención. Balmaceda, luego de algunos titubeos, envía tropas a Iquique. La represión es violenta y deja un saldo de varios muertos y centenares de heridos. La matanza de julio de Iquique será el primer paso de una escalada sangrienta que se llevará a cabo en las primeras décadas del siglo XX. Durante el mes de julio, la ola huelguística se extendió a Antofagasta, Valparaíso (donde hubo violentos incidentes), Santiago, Concepción, Lota y Coronel.
Las huelgas de julio de 1890 demuestran un progreso en el espíritu combativo y en la capacidad de organización de los trabajadores. La precisión y homogeneidad de sus reivindicaciones, la simultaneidad con que se producen y los amplios sectores populares que abarcan son una prueba de ello.

Período del sindicalismo (1890-1919). El movimiento mancomunal

La década de 1890 es en realidad un período de transición entre el mutualismo y el sindicalismo. A partir de 1891 se produce una transformación en el carácter de las sociedades de socorros mutuos, a las que se van incorporando, paulatinamente, objetivos reivindicativos. Surgen así las sociedades de resistencia. En 1900 existe, además de las sociedades mutualistas, una buena cantidad de sociedades de resistencia, que actúan como semisindicatos. Junto a esto, en las principales ciudades se multiplican los agrupamientos políticos anarquistas y socialistas.
En la última década del siglo XIX comienzan a definirse los rasgos del movimiento obrero chileno. En Santiago y en Valparaíso aparecen núcleos políticos socialistas, carentes casi por completo de base obrera, y también sociedades de resistencia de ideología anarquista, que agrupan a sectores artesanales. En realidad, en estas zonas la clase obrera es un sector muy reducido pues la mayoría de los trabajadores son artesanos semiproletarios. En el norte, por el contrario, aparece una clase obrera claramente definida, pero con un grado de organización menor con respecto al centro del país. No aparecen aquí ni sociedades de resistencia anarquistas ni grupos políticos socialistas. Las causas de esta ausencia podemos encontrarlas en las mismas características de la comunidad minera: ésta, al crear una fuerte conciencia colectivista, rechaza los elementos individualistas de la ideología anarquista; por otra parte, y a raíz de su reciente formación, no cuenta aún con un nivel cultural que la lleve a la formación de grupos socialistas.
En la década siguiente el cuadro variará. En el norte y en la región carbonífera del centro se da un cambio de fondo a nivel organizativo: se forman los primeros sindicatos obreros de la historia chilena, los mancomunales. En el centro, por el contrario, sólo se produce el crecimiento cuantitativo de las sociedades de resistencia.
Si en la década de 1880 el proletariado norteño se transforma en el eje social de la clase obrera chilena, en la primera década del siglo XX pasará a ser también su eje político.

En 1900 surge en Iquique la Combinación Mancomunal de Obreros. La Mancomunal es en realidad una mezcla de sindicato y mutualidad, con predominio del primer elemento. Es una organización estrictamente proletaria: como condición para ser miembro de la organización se requiere pertenecer a la clase obrera. Desde el comienzo se manifiesta como un organismo combativo, capaz de conducir al proletariado a la lucha y de elevar su conciencia. También presta asistencia a sus afiliados, crea escuelas y publica periódicos que, en general, hacen planteos de tipo socializante. En realidad es un organismo muy peculiar de Chile, que unifica en su seno el elemento gremial y el elemento político y que resulta bastante eficaz para moverse en medio de la violencia que caracteriza las relaciones entre las clases en Chile en los primeros años del siglo XX.

Los mancomunales surgen en los puertos salitreros y en la región del carbón, pero rápidamente se extienden hacia el interior, las pampas, las minas y las ciudades fabriles.

La Mancomunal de Iquique, que contaba con 2.800 afiliados en 1902, llegó a sumar 6.000 en 1904 y su periódico, *El Trabajo*, llegó a tener un tiraje de varios miles de ejemplares. Comenzó agrupando a los lancheros de Iquique y llegó a reunir a casi todos los obreros de Tarapacá, incluyendo los salitreros.

En 1902 se formaron la Mancomunal de Tocopilla y la de Lota y Coronel. Ambas editaban periódicos y agrupaban al conjunto del proletariado regional.

En 1903 aparecen las mancomunales de Antofagasta, Chañagal, Taltal y Atacama y al año siguiente se realiza en Santiago la primera Convención Mancomunal de Chile. Allí aparece, en forma manifiesta, un planteo político socializante, un tanto oculto en los primeros años de las mancomunales. También se condena duramente al anarquismo.

Las mancomunales fueron atacadas duramente por la prensa y el gobierno; sus afiliados fueron perseguidos y sus dirigentes encarcelados. Pero el movimiento siguió su marcha ascendente. En 1904 y 1905 surgen nuevas mancomunales en Coquimbo, Oballe, La Serena, Quillota. Tal como señala Jobet, "el movimiento mancomunal tiene extraordinaria importancia porque fue el que creó el sindicalismo en las principales regiones del país. Sobre sus cuadros se formarán las modernas organizaciones del proletariado chileno. Despertó la conciencia de clase de miles de obreros y su prensa orientó a grandes núcleos laboriosos. Señaló que la unión era la única herramienta eficaz para combatir a sus explotadores. Por tales hechos el mancomunalismo es el origen y base de la agrupación clasista del proletariado nacional".

El movimiento logra gran fuerza en las ciudades industriales, pero no en las grandes ciudades del Valle Central, pues en ellas el proletariado es reducido y se halla disperso y sofocado por el peso de las otras clases sociales (artesanado, clase media, burguesía, oligarquía).

La mancomunal en cierta medida es producto de regiones proletarias densas y homogéneas. El medio ideal para su desarrollo fueron las minas, es decir, los lugares donde la clase obrera vivía en comunidad, aislada de la influencia ideológica de las clases dominantes.

Las huelgas sangrientas y la Comuna de Iquique

En 1898 comienza una ola huelguística que se incrementa notablemente a partir de 1903. En enero de este año estalló una huelga general en la región carbonífera de Lota y Coronel, que fue reprimida por las tropas del ejército y la marina después de cuarenta y tres días de paralización. En abril de 1903 comienza una huelga de obreros portuarios en Valparaíso. La patronal

Después de cuarenta y tres días de huelga, el ejército y la marina lagran desbaratar una huelga realizada por los obreros del carbón de la región de Lota. El año 1903 se caracterizó, para el movimiento chileno, por una estrategia de lucha radicalmente nueva: las "huelgas sangrientas".

Petitorio de los obreros de Iquique

Reunidos en Comité los representantes de las Oficinas participantes plantean el siguiente acuerdo:

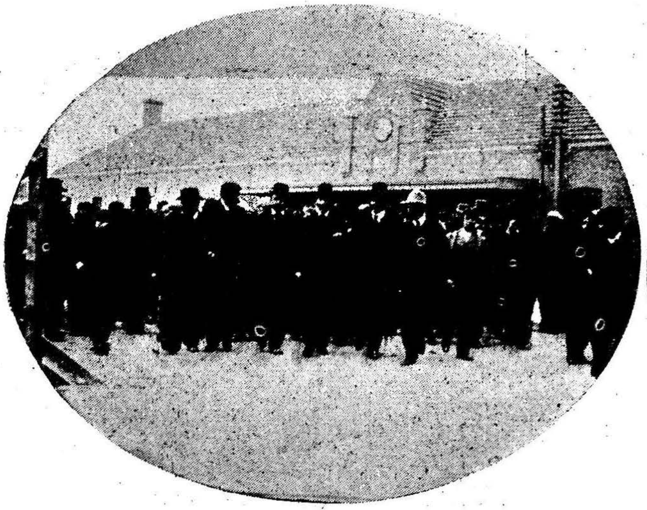
1. — Aceptar que, mientras se supriman las fichas y se emita dinero sencillo, cada oficina, representada y suscrita por su gerente respectivo, reciba fichas de otra Oficina y de ella misma a la par, pagando una multa de cinco mil pesos, siempre que se niegue a recibir las fichas a la par;
2. — Pago de los jornales a razón de un cambio fijo de dieciocho peniques (18 d);
3. — Libertad de comercio en las Oficinas en forma amplia y absoluta;
4. — Cerramiento general con reja de fierro de todos los cachuchos y achulladores de las Oficinas salitreras, so pena de cinco a diez mil pesos de indemnización a cada obrero que se malogre a consecuencia de no haberse cumplido esta obligación;
5. — En cada Oficina habrá una balanza y una vara al lado de afuera de la pulpería y tienda para confrontar pesos y medidas;
6. — Conceder local gratuito para fundar escuelas nocturnas para obreros, siempre que algunos de ellos lo pidan para tal objeto;
7. — Que el administrador no pueda arrojar a la rampla el caliche decomisado y aprovecharlo después en los cachuchos;
8. — Que el administrador ni ningún empleado de la Oficina pueden despedir a los obreros que han tomado parte en el presente movimiento, ni a los jefes, sin un desahucio de dos o tres meses, o una indemnización en cambio de trescientos o quinientos pesos;
9. — Que en el futuro sea obligatorio para obreros y patrones un desahucio de quince días cuando se ponga término al trabajo;
10. — Este acuerdo, una vez aceptado, se reducirá a escritura pública y será firmado por los patrones y por los representantes que designen los obreros.

Iquique, 16 de diciembre de 1907. — Briggs y los demás delegados de las Oficinas.

(Tomado de Julio C. Jobet, *Recabarren, los orígenes del movimiento obrero y del socialismo chileno.* Santiago, Prensa Latinoamericana, 1955.)

A pesar de la dura represión —la masacre de la insurrecta comuna de Iquique había dejado un saldo de más de dos mil muertos— los combativos trabajadores del salitre volverán a la lucha poco después.

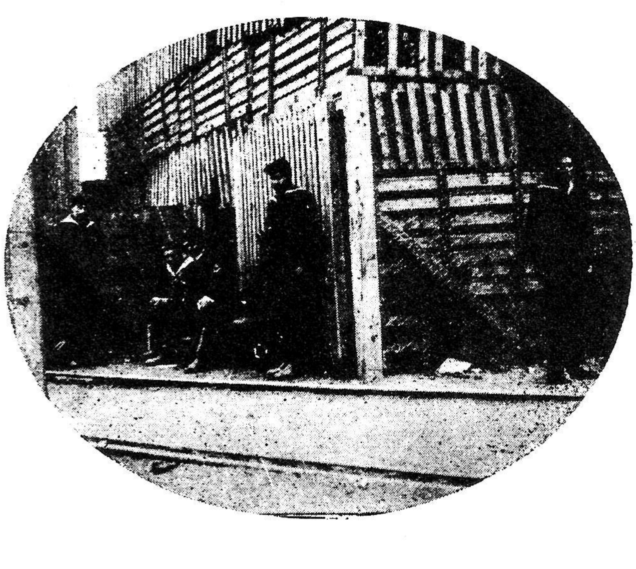












El semanario argentino "Caras y Caretas" registra en sus páginas tres escenas de la huelga de portuarios de Valparaíso: una reunión obrera, un piquete policial en patrulla y un grupo de guardias de marina custodiando los almacenes del puerto.

Fundamentos de la ruptura de la FOCH con el Partido Demócrata

1. — Porque el Partido Demócrata en su acción durante toda su existencia se ha unido a los partidos de la clase capitalista y enemigos del progreso de los trabajadores.
2. — Porque mediante pactos comerciales con aquellos partidos, en cada campaña electoral, el Partido Demócrata ha contribuido a consolidar el poder de la burguesía capitalista en perjuicio de la naciente organización de los trabajadores.
3. — Porque el Partido Demócrata jamás se ha preocupado de organizar a los trabajadores para la defensa de sus intereses económicos ni se ha preocupado de la instrucción del pueblo por medio de la conferencia o del periódico.
4. — Porque muchos candidatos demócratas, con el silencio autorizado del partido, han practicado el cohecho, contribuyendo a la corrupción igual que los demás partidos.
5. — Porque el inciso 7 del art. 49 del Reglamento autoriza al Directorio General para anular cualquiera disposición reglamentaria, lo cual autoriza el despotismo.
6. — Porque el partido en sus diversas convenciones se ha negado a establecer un programa de reivindicaciones obreras.
7. — Porque la conducta de los diputados del Partido Demócrata ha sido deficiente, incompleta e inconsecuente. Las discusiones y declaraciones en que algunos de estos representantes han creído defender los derechos del pueblo han sido destruidos por sus actos de apoyo a mayorías deshonestas.
8. — Porque la doctrina socialista, más completa que la democrática, realiza de verdad la redención de los oprimidos.

La doctrina democrática significa sólo hacer el gobierno de una nación en conformidad a las ideas políticas de la mayoría de los ciudadanos. La doctrina socialista significa el perfeccionamiento de las costumbres políticas y la modificación de las costumbres económicas en forma de proporcionar a todos los medios de vivir dichosos.

(Tomado de Barria, *El movimiento obrero en Chile.*)

contrató entonces rompehuelgas y los trabajadores se defendieron activamente formando piquetes que chocaron con los rompehuelgas y les impidieron trabajar. Los incidentes provocaron muertos y heridos y, ante estos conflictos, se realizaron actos de solidaridad en Santiago. El gobierno envió tropas de marinería, pero éstas se negaron a disparar sobre los obreros. El 12 de mayo los trabajadores incendiaron el edificio de la Compañía Sudamericana de Vapores y posteriormente intentaron incendiar *El Mercurio.* El ataque fue rechazado por el personal del diario después de una lucha que provocó siete muertes. Los trabajadores reaccionaron asaltando varias casas comerciales y edificios públicos y fueron entonces reprimidos en forma sangrienta por las tropas del ejército. El enfrentamiento dejó un saldo de más de ciento cincuenta muertos y doscientos heridos.
Durante 1905 la carestía de la vida llegó a un punto crítico, que hizo estragos en los sectores populares urbanos. Se formó un "Comité pro-abolición del impuesto al ganado argentino" con el objeto de mantener un nivel razonable en el precio de la carne. El 22 de octubre se realizó un mitin de treinta mil personas en la Alameda de Santiago, convocado por el Comité. De allí se dirigieron a la Casa de Gobierno llevando un pliego de exigencias. Los manifestantes intentaron entrar en el palacio presidencial de Santiago, La Moneda, pero fueron rechazados por la policía. A partir de ese momento se sucedieron los incidentes entre manifestantes y bandas armadas apoyadas por la policía y los bomberos. Al día siguiente se declaró una huelga general y el pueblo asaltó agencias comerciales y edificios públicos. La represión policial dejó un saldo de setenta muertos y trescientos heridos. No obstante, las masas tomaron comisarías y comenzaron a controlar la capital. La policía se retiró de la ciudad y se unió al ejército, que al día siguiente retomó Santiago después de duros enfrentamientos.
Por sus características, la Semana Roja de Santiago se asemeja a la Semana Trágica de Buenos Aires. Fue una rebelión espontánea de masas plebeyas urbanas y de sectores proletarios llevada a cabo con un alto nivel de combatividad, pero que, por su falta de dirección y de programa, así como por su aislamiento del resto del país, no presentó una alternativa a la estructura de poder vigente. No obstante esa protesta multitudinaria, producto de los bajos salarios y la carestía de la vida, realizada en la misma sede del poder oligárquico, demostraba claramente que la estructura de dominación de la clase tradicional comenzaba a fracturarse.
En febrero de 1906 estalló en Antofagasta una huelga de ferroviarios que pronto logró la solidaridad de los trabajadores del salitre y de los portuarios y fabriles coordinados por la Mancomunal. El día 6 se llevó a cabo un mitin, que fue atacado por las tropas con un saldo de cuarenta y ocho muertes. Las masas reaccionaron violentamente contra la represión, que, sin embargo, continuó ejerciéndose. El líder obrero Recabarren fue detenido y clausurado el diario *La Vanguardia.* La escalada huelguística prosiguió en Punta Arenas, Santiago, Concepción, Valdivia, Coronel, Coquimbo. El 1° de mayo desfilaron diez mil obreros en Santiago, encabezados por Recabarren. También en Valparaíso alcanzó grandes proporciones la celebración del 1° de mayo. Al día siguiente fueron treinta mil los trabajadores que marcharon por las calles de Santiago. En las principales ciudades del país la celebración del día universal del proletariado adquirió un fuerte contenido clasista.
En diciembre de 1907 llegó a su culminación la ola de ascenso proletario. En ese año se produjo una caída en las exportaciones del salitre que provocó la desocupación obrera. Asimismo el salario real bajó rápidamente debido a la política devaluatoria aplicada por la oligarquía. En 1907 los ingresos reales de los

El joven Recabarren junto al diputado Víctor Cruz. Líder indiscutido del movimiento obrero chileno de la época. Recabarren fue electo diputado en 1906, pero al estallar la huelga ferroviaria de Antofagasta fue excluido de la Cámara y detenido.



trabajadores salitreros eran sólo el 50 % de los de 1904. La reivindicación del aumento de salario no pudo lograrse en las pampas, donde las oficinas se resistían. Finalmente el 12 de diciembre comenzaron a bajar hacia Iquique, desde distintas oficinas, columnas de obreros en ordenada formación. Venían con sus familias y alentaban la esperanza de una mediación favorable por parte de las autoridades. Al llegar a Iquique se hicieron solidarios con ellos, declarando la huelga, los lancheros, carpinteros, albañiles, jornaleros, etc. La burguesía se acobarda ante el movimiento: las casas se cierran, el comercio se paraliza. Los obreros forman un comité de huelga que tiene en sus manos el control de la ciudad y que asegura el normal funcionamiento y el orden público. El comité de huelga redacta un pliego de exigencias que contiene las reivindicaciones más sentidas por los trabajadores, aquéllas por las cuales venían luchando desde años atrás.

Los partidos burgueses, reunidos en Santiago, no pueden tolerar el espectáculo de "la ciudad roja" y se deciden a reprimir, cueste lo que cueste. El capitán Silva Renard es enviado a Iquique al mando de tropas del ejército y la marina.

El ametrallamiento de la multitud reunida en la Escuela de Santa María (cfr. recuadro) dejó un saldo de más de dos mil muertos. Muchos de los que lograron salir con vida fueron capturados y fusilados sin juicio. Los demás fueron reembarcados hacia las pampas.

La masacre de la comuna de Iquique fue un duro golpe al movimiento obrero norteño. En Iquique el orden burgués parece reinar en los años siguientes. Las clases dominantes respiran de alivio, pero el drama no ha terminado aún. Los combativos trabajadores del salitre, una vez superada y asimilada la experiencia de las sangrientas jornadas, volverán a la lucha.

No obstante el retroceso que se produce en las pampas, en las zonas del centro y del sur del país el proletariado sigue combatiendo. En 1908, un año después de la masacre de Iquique, se llevan a cabo veintinueve huelgas importantes.

Las huelgas del período 1898-1907 tuvieron como objetivo fundamental el logro de las reivindicaciones más elementales. La inflación de precios fue uno de los métodos que utilizó la clase dominante para redistribuir en su favor la renta nacional. Como contrapartida, la reivindicación más importante mantenida por el proletariado fue el aumento salarial periódico con el fin de contrarrestar la disminución del poder adquisitivo de la moneda, junto a la defensa de la estabilización monetaria como medio para terminar de raíz con el deterioro del salario real.

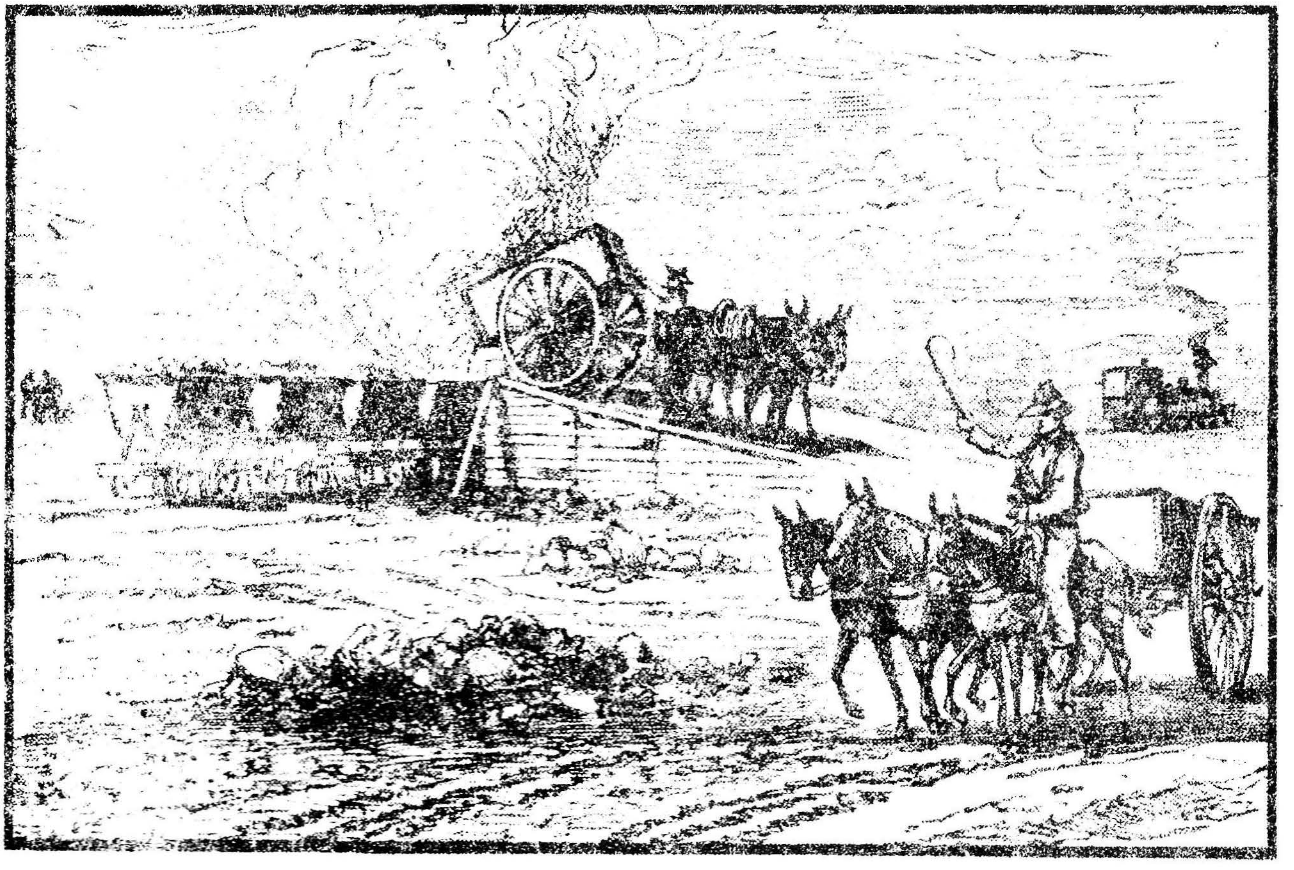
En síntesis, la lucha se centraliza durante esta etapa en las siguientes exigencias: 1) limitación de la jornada de trabajo, pago extraordinario por horas extras y prohibición del trabajo nocturno; 2) seguridad en el trabajo e indemnización por accidentes; 3) fin del sistema de pulperías; 4) reconocimiento legal de los sindicatos y mancomunales obreras.

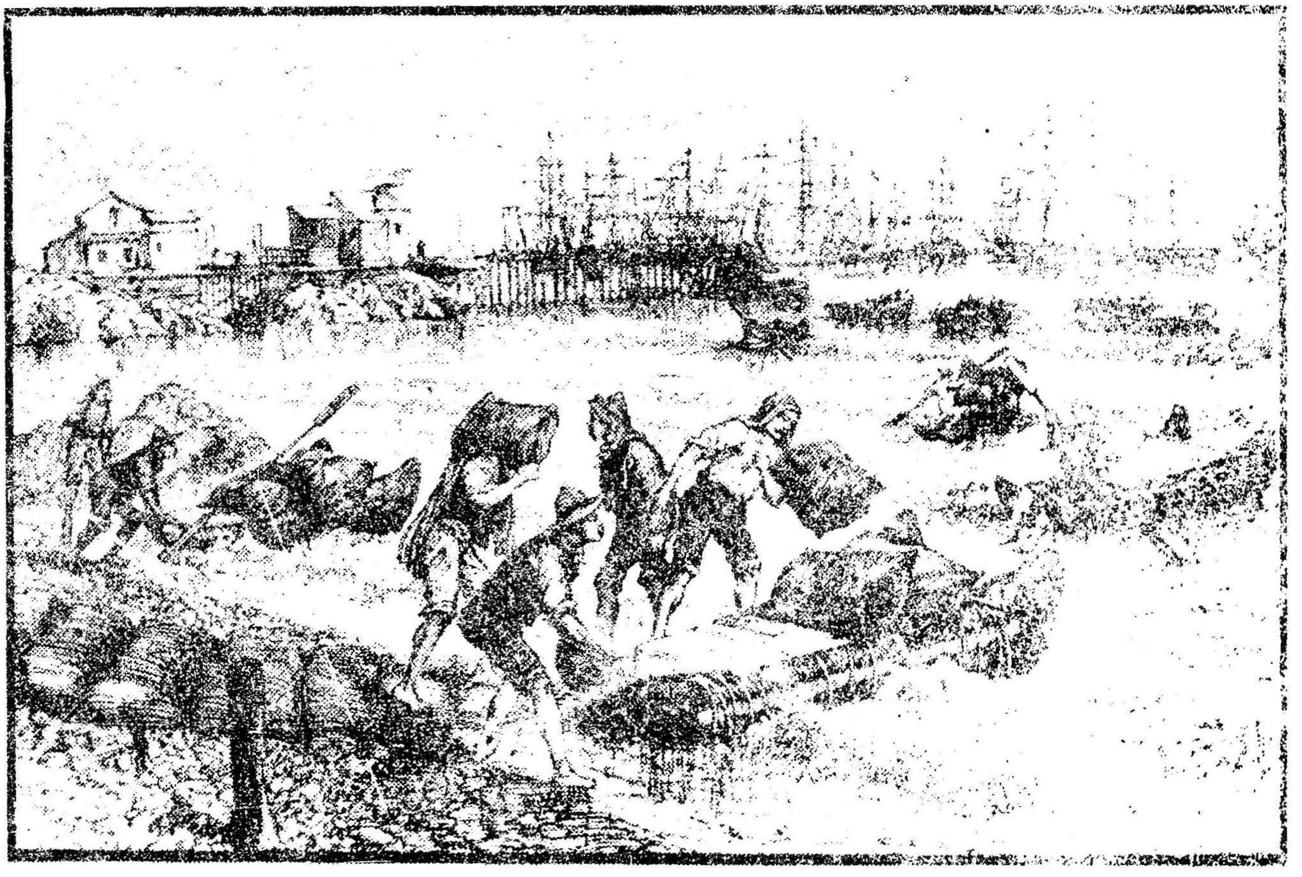
A los reclamos del proletariado los gobiernos respondieron con la represión y los trabajadores comenzaron a utilizar métodos cada vez más radicalizados y violentos. La rigidez de la estructura social y la debilidad de los sectores medios hicieron que los conflictos de clases se expresaran con suma crudeza. La clase dirigente no logró crear los canales más elementales para darle una forma institucionalizada a la lucha de clases, y esto estimuló una rápida toma de conciencia por parte del proletariado.

La fundación de la Federación Obrera Chilena y del Partido Obrero Socialista

Las huelgas masivas y la formación de mancomunales son los hechos fundamentales de la primera década del siglo. Hacia

Trabajadores del salitre en Iquique, según grabados del siglo pasado. A principios de 1921 la crisis de la industria salitrera es total. Grupos de desocupados se apoderan entonces de una mina en San Gregorio, ajusticiando a su administrador, un jefe militar. La respuesta del presidente Alessandri no se hace esperar: un destacamento de tropas del gobierno masacra a quinientos obreros.

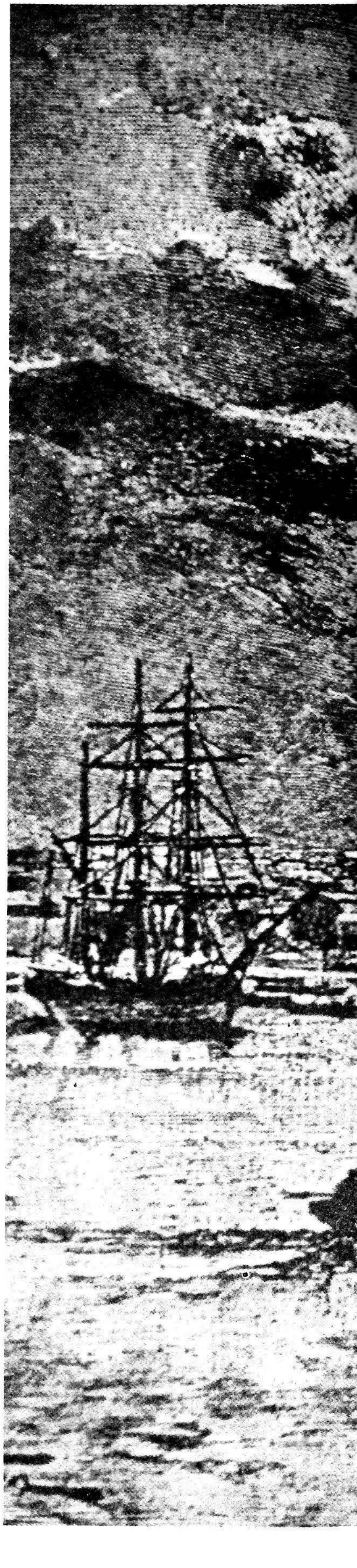


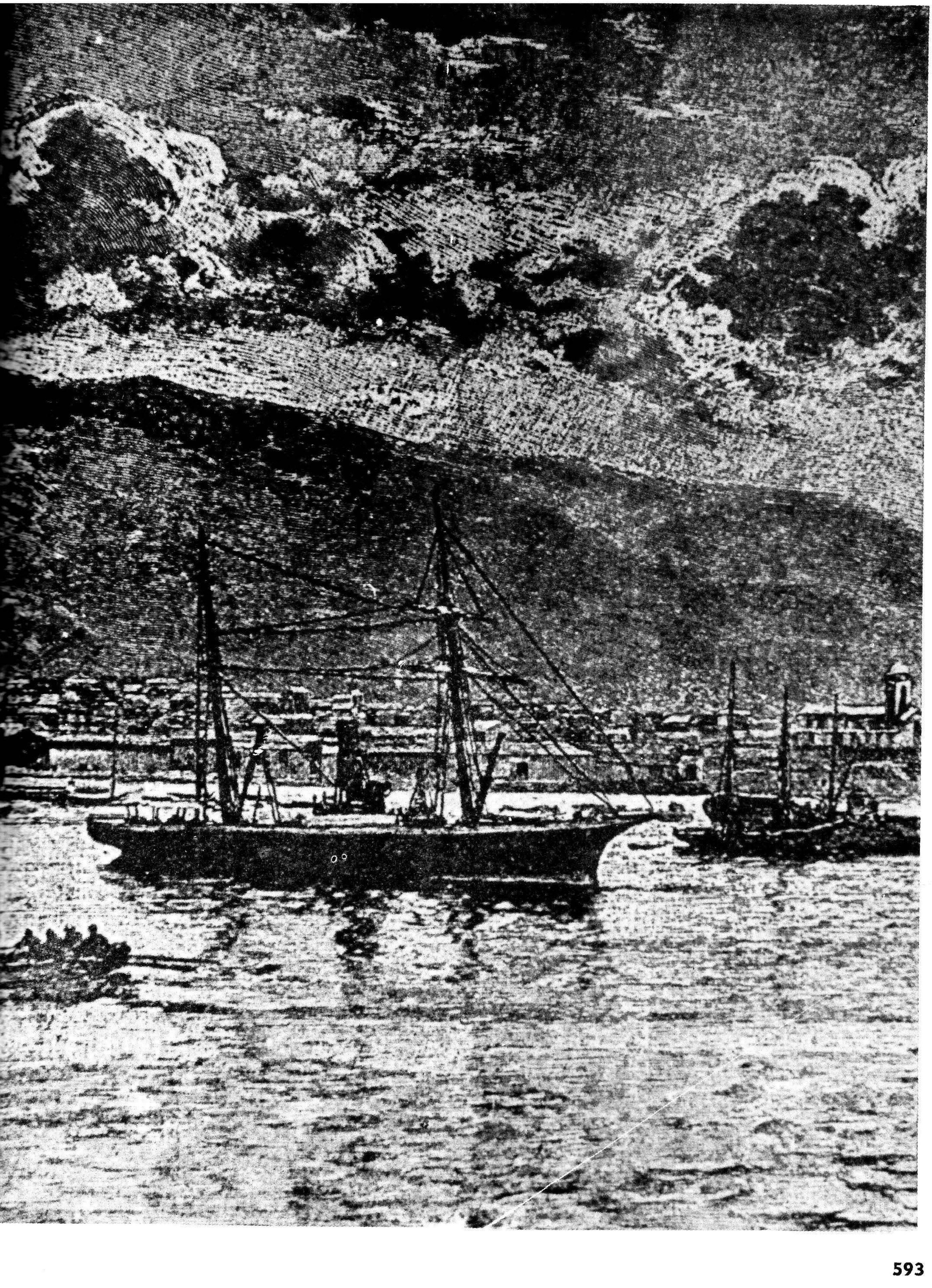


1910 el número de obreros sindicalizados llega a los cincuenta y cinco mil (aproximadamente el 5 % de la población urbana). De 1911 a 1919 se llevan a cabo casi trescientas huelgas importantes, que abarcan a ciento cincuenta mil trabajadores. Durante la década de 1910 se produce un proceso de concentración industrial en las grandes ciudades (Santiago, Valparaíso, Concepción y Valdivia), aunque no por la creación de grandes fábricas sino por la acumulación de pequeños talleres, donde trabajan de veinte a treinta obreros. La importancia de este proceso radica en que señala el surgimiento en forma definitiva de un proletariado manufacturero en las grandes ciudades.
La Federación Obrera de Chile (FOCH) se creó en 1909. Fue organizada por elementos conservadores y agrupó sólo a trabajadores del centro del país. Se creó sobre las bases mutualistas con el objetivo de lograr el mejoramiento económico de los trabajadores, brindar asistencia social y lograr que los conflictos entre el capital y el trabajo fueran resueltos por tribunales arbitrales.
Los sectores más avanzados de la clase obrera estaban nucleados en el Partido Demócrata, organización de características y programa pequeño burgués. Al mismo tiempo, la necesidad de un partido de clase iba madurando entre los principales dirigentes obreros. Finalmente, el 6 de junio de 1912 nace el Partido Obrero Socialista en Iquique. Díaz Vera, Carlos Martínez, Sepúlveda y Manuel Hidalgo fueron, junto a Recabarren, los principales dirigentes del primer partido obrero chileno.

El nuevo partido adoptó una organización de tipo semicelular, en secciones por regiones o lugares de trabajo. Su programa planteaba la necesidad de instaurar un régimen socialista mediante la abolición de la propiedad privada. Como camino para llegar a este objetivo proponía una serie de medidas un tanto inconexas, que iban desde la necesidad de arrebatar el poder

Vista de Iquique en la última década del siglo pasado. La Mancomunal de Obreros de esa ciudad, que planteó un sistema político socialista y condenó duramente al anarquismo, fue una organización estrictamente proletaria y combativa.





"Durante media hora les hablé en todos los tonos, sin obtener otra cosa que declaraciones de que por injusticias eran víctimas como trabajadores, y siempre defraudados en las oficinas por patrones y capitalistas. Viendo que eran inútiles todos mis esfuerzos pacíficos me retiré, haciéndoles saber que iba a emplear la fuerza." Capitán Silva Renard. De su informe oficial sobre la matanza de Iquique.

Parte del capitán Silva Renard sobre la matanza de Iquique

Ayer, inmediatamente de recibir en la plaza Arturo Prat, a la 1.45 p,m. y en circunstancias de revistar las tropas de guarnición y de la marinería, la orden de reconcentrar en el Club Hípico a los huelguistas dispuse que evacuasen la plaza Manuel Montt y la escuela Santa María, donde se sabía estaba una gran masa de huelguistas, constituida en asamblea permanente, presidida por los directores del movimiento. En consecuencia, dirigí la infantería hacia dicha plaza y calles adyacentes, de manera de cumplir la disposicón de V.S. en las mejores condiciones respecto de la dispersión de los huelguistas, encauzando la turba por la calle Barros Arana hacia el Club Hípico. Cumplido el movimiento por la infantería del ejército y de la marina me dirigí a la plaza Manuel Montt con 100 granaderos, acompañado del coronel Ledesma y mis ayudantes, y al llegar a dicho sitio vi que la escuela Santa María, que ocupa toda la manzana sur de la plaza, estaba repleta de huelguistas presididos por el titulado consejo directivo de huelga, instalado en la azotea con frente a la plaza y en medio de banderas de diversos gremios y naciones.

En la plaza rebosaba una turba de huelguistas que no cabían en el interior de la escuela. Adentro habría cinco mil individuos y afuera dos mil, que constituían ciertamente la parte más decidida y exaltada de los aglomerados, y se oían discursos y arengas de sus oradores que se sucedían sin cesar en medio de toques de cornetas, vítores y gritos de la multitud.

Como V.S. comprende, los oradores no hacían otra cosa que repetir aquellas frases comunes de guerra al capital y al orden social existente. Observada bien la situación y tomando las medidas necesarias para circunscribir en el menor radio posible la acción de la fuerza pública, comisioné al coronel Ledesma para que se acercase al comité que presidía el movimiento y le comunicase la orden de V.S. de evacuar la escuela y la plaza y que se dirigiera al Club Hípico con la gente.

A los cinco minutos volvió el coronel diciéndome que el comité se negaba a cumplir dicha orden y que habían sido infructuosas sus palabras, primero pacíficas y conciliadoras y después enérgicas y severas, para obtener el acatamiento a la orden.

En vista de esto tomé nuevas disposiciones y traté de imponer a los huelguistas el respeto y la sumisión. Hice avanzar dos ametrallaloras del crucero Esmeralda y las coloqué frente a la escuela con puntería fija a la azotea en donde estaba reunido el comité directivo de los huelguistas.

Coloqué un piquete del regimiento O'Higgins a la izquierda de las ametralladoras para hacer fuego oblicuo a la azotea por encima de la muchedumbre aglomerada del lado de afuera. En estos instantes se me agregaron los capitanes de navío señores Arturo Wilson y Miguel Aguirre, los que espontáneamente se ofrecieron a ayudarme en mi delicada y grave misión. Cada uno conferenció con los huelguistas sin obtener mejor éxito. Hice agotar hasta los últimos recursos pacíficos. Pasando por entre la turba llegué a la puerta de la escuela y llamé al comité. Este respondió desde la azotea y rodeado de banderas se presentó en el patio exterior ante una apiñada muchedumbre. El comité estaba compuesto por los individuos Olea, Briggs, Aguirre y demás cuyos nombres no recuerdo, pero son conocidos de V.S. Así que les comuniqué la orden de V.S., les rogué, mejor dicho, les supliqué con toda clase de razones evitasen al ejército y a la marina el uso de las armas para hacer cumplir la orden recibida, pero todo fue inútil, y durante media hora les hablé en todos los tonos, sin obtener otra cosa que declaraciones de que por injusticias eran víctimas como trabajadores y siempre defraudados en las oficinas por patrones y capitalistas.

Viendo que eran inútiles todos mis esfuerzos pacíficos y persuasivos, me retiré, haciéndoles saber que iba a emplear la fuerza. Reuní a los jefes que me acompañaban y estudié con ellos la posibilidad de obtener la sumisión con las armas blancas, atacando la infantería con bayoneta armada, llevando un ataque riguroso hacia el interior de la escuela y tratando de aprehender a todo el comité, al mismo tiempo

que la caballería cargaba contra la turba aglomerada en el exterior. Estudiando detenidamente el plan se comprobó que estas operaciones no darían resultado por lo apretada y compacta que se mantenía la muchedumbre en el exterior para cargarla con éxito y se vio por el contrario, que un ataque con arma blanca o caballería podía dejar a la infantería y jinetes en peligro de ser tomados por los huelguistas, complicándose la situación para las operaciones siguientes. Vi, por lo tanto, que no había más recurso que el empleo de las armas de fuego para obtener un resultado eficaz y ordenado.
El capitán de navío don Miguel Aguirre volvió y dirigiéndose a los huelguistas el comadante Almarza les hizo saber que se iba a hacer fuego y que la gente pacífica debía retirarse a la calle Barros Arana. Yo volví nuevamente a decírselo, logrando que unos doscientos se separasen y se colocasen en la calle indicada, no sin ser insultados por la muchedumbre rebelde que momento a momento se iba exaltando más con la inacción de la tropa. Hora y media se empleó en parlamentar con los huelguistas, y convencido de que no era posible esperar más tiempo sin comprometer el respeto y prestigio de las autoridades y de la fuerza pública, penetrado también de la necesidad de dominar la rebelión antes que terminase el día, ordené a las 5.45 p.m. una descarga por un piquete del regimiento O'Higgins hacia la azotea ya mencionada y por un piquete de marinería situado en la calle Latorre hacia la puerta de la escuela, donde estaban los huelguistas más rebeldes y exaltados. A esta descarga se respondió con tiros de revólver y aun de rifles que hirieron a tres soldados y dos marineros, matando dos caballos de los granaderos. Entonces ordené dos descargas más y fuego a las ametralladoras con puntería fija hacia la azotea, donde vociferaba el comité entre banderas y toques de corneta.
Hechas las descargas y alto el fuego de las ametralladoras, que no duraría sino treinta segundos, la muchedumbre se rindió.
Hice evacuar la escuela, y todos los huelguistas, en número de seis a siete mil, rodeados de las tropas, fueron conducidos por la calle Barros Arana al Club Hípico. A las mañana siguiente fue disuelta esta masa, enviando a la Pampa Salitrera, en los trenes que V.S. puso a mi disposición, de cinco a seis mil huelguistas.
El resto, compuesto en su mayor parte de gente de Iquique, fue entregado a la policía para su identificación, incluso doscientos individuos que manifestaron deseos de irse al sur.
Esta es la relación exacta de los luctuosos sucesos ocurridos ayer, en los cuales han perdido sus vidas y salido heridos cerca de ciento cuarenta ciudadanos.
El infrascripto lamenta este doloroso resultado, del cual son responsables únicamente los agitadores que, ambiciosos de popularidad y dominio, arrastran al pueblo a situaciones violentas, contrarias al orden social y que la majestad de la ley y la fuerza pública debe amparar, por severa que sea su misión. Dios guarde a V.S. – R. Silva Renard.

R. Silva Renard

político a la burguesía hasta la creación de cooperativas. Como era común en la socialdemocracia europea de la época, el POS tenía un programa mínimo y un programa máximo un tanto desconectados entre sí. Si bien no pudo superar teóricamente las limitaciones de la socialdemocracia europea, en la práctica, ante una realidad social diferente, actuó de manera diferente. Para los europeos la separación de programas implicaban, de hecho, el olvido del programa máximo. En el POS no sucedió lo mismo. Así, cuando estalló la primera guerra mundial la condenó, llamando a la unidad de los socialistas por encima de la contienda.
Entre 1912 y 1915 el POS extiende su radio de acción. En su prensa ataca duramente a demócratas y anarquistas. Carlos A. Martínez propone utilizar la FOCH como base para un organismo sindical amplio y de clase. Recabarren retoma la idea e impulsa decididamente el ingreso de las mancomunales en la FOCH. En mayo de 1915 se realiza el primer Congreso Nacional del POS con delegados de las principales ciudades del país, desde Iquique a Punta Arenas. El Congreso tiene lugar en una importante coyuntura, signada por el ascenso de las luchas obreras y por el ingreso masivo de las mancomunales a la FOCH. Si bien el POS no se transformó en un partido de masas, aglutinaba un núcleo de cuadros combativos y de alta formación política que le permitiría tomar, pocos años después, el control de la FOCH.
La primera guerra mundial trae una era de prosperidad a Chile, producto del alza del precio de sus exportaciones. Son frecuentes entonces las huelgas, en general victoriosas, en las que la clase obrera busca, a través del aumento de los salarios, una participación en el auge económico. Pero, finalizada la guerra, cesan las exportaciones de salitre y se produce una grave crisis. La desocupación obrera aumenta a pasos agigantados; se organizan "mitines del ham-

bre", que aglutinan a los obreros sin trabajo. Se forma, a iniciativa de la FOCH, la Comisión Obrera de la Alimentación, que realiza el 28 de agosto de 1919 un acto en Santiago, al que concurren cien mil obreros. El alto número de trabajadores que participan en la concentración es un índice de que las organizaciones sindicales son ya capaces de realizar movilizaciones masivas y de que el peso social del proletariado crece constantemente.

El anarquismo, que había adquirido importancia en Valparaíso y Santiago desde la década de 1890, acrecienta poderosamente su influencia durante todo el período en algunos núcleos obreros (construcción, marítimos), pero fundamentalmente en los sectores artesanales (imprenta, carpinteros, panificadores). En este período el anarquismo es el movimiento más avanzado de la zona central, y por ello concentra la represión gubernamental.

En diciembre de 1919 se celebra la Tercera Convención de la FOCH. Es entonces cuando las luchas del proletariado y la prédica del POS confluyen y la FOCH da un salto adoptando un programa socialista, que en sus párrafos más salientes dice: "conquistar la libertad efectiva económica, moral, política y social de la clase trabajadora aboliendo el régimen capitalista [...] abolido el sistema capitalista será reemplazado por la Federación Obrera, que se hará cargo de la administración y de sus consecuencias [...] la emancipación de los trabajadores será obra de los trabajadores mismos". El programa tiene un matiz sindicalista ya que plantea la toma del poder por la central sindical, sin hacer referencia directa al Partido Obrero Socialista como expresión política de la clase. El año 1919 marca un corte histórico en la historia del movimiento obrero chileno, pues en su transcurso se produce la confluencia entre la lucha sindical y la lucha política. La adopción por parte de la FOCH de un programa socialista implica que, a partir de ese momento, las reivindicaciones económicas serán replanteadas en un nuevo contexto. La lucha sindical pasará a ser sólo un medio en función de un objetivo: la revolución socialista. La violencia de los conflictos obreros adquiere una dirección precisa en la medida en que hay objetivos políticos por alcanzar.

Período de formación de los sindicatos de masas y de expresión política independiente del proletariado (1919-1937). La formación del Partido Comunista

El proceso económico que se cumple durante la etapa que estamos analizando, apoyado fundamentalmente en el salitre, incipientemente, en la explotación del cobre y de otros minerales, transforma las relaciones sociales. En el marco de las clases dominantes aparecen, junto a la oligarquía, los representantes del imperialismo yanqui o inglés, en especial de este último. Junto a ellos comienza a desarrollarse una burguesía industrial y crece la clase media dependiente. Al mismo tiempo el proletariado manufacturero del Valle Central se une al proletariado del salitre, del cobre y del carbón, incrementado su peso social. Este proletariado, que comienza a articularse cada vez más lejos de las masas inorgánicas y espontáneas de principios de siglo, contará con organizaciones y un programa político propio.

Entre 1919 y 1923 se produce una ola huelguística que coincide, primero, con el movimiento de agitación que lleva al poder a Alessandri y, posteriormente, con las protestas que éste genera al no responder a las expectativas que había despertado en sectores de la clase trabajadora. En 1919 y 1920 se producen importantes movimientos en Maga-

La dirección de Recabarren determinará que el Partido Obrero Socialista —por él fundado— se adhiera por unanimidad a la Tercera Internacional.



Las zonas de explotación minera adquieren un tinte extremadamente peligroso para los patrones, ya que el grupo humano allí concentrado se compone exclusivamente de elementos proletarios. Otras zonas, campesinas o urbanas, al contar con la presencia de otras clases sociales, no son tan propicias para el desarrollo de un movimiento obrero de características homogéneas.

llanes. Una huelga de trabajadores de la industria frigorífica y empleados públicos en Puerto Natales termina con la ciudad controlada por los huelguistas. La represión militar deja un saldo de varios muertos. En julio de 1920, mientras se realiza en Magallanes un acto en la FOCH, el local es incendiado por las tropas, que luego ametrallan a la multitud. La Federación Obrera de Magallanes —que agrupa a setenta mil trabajadores— declara entonces la huelga general, que se mantiene durante tres días a pesar de la fuerte represión. En 1921 se declara una huelga en Santiago en repudio al asalto a la Federación de Estudiantes. En Lota y Coronel, una huelga general, que se mantiene durante casi tres meses, es reprimida por Alessandri. A principios de 1921 la crisis de la industria salitrera es total. Los trabajadores emigran en caravanas hacia el Valle Central. Una de ellas, que proviene del interior, se dirige a Antofagasta y se detiene en la oficina de San Gregorio. Después de algunos incidentes, los obreros se apoderan de la mina y dan muerte a un jefe militar. Alessandri titubea, pero finalmente envía las tropas, que reprimen matando a quinientos obreros.

Durante los años 1919 y 1920 la FOCH crece aceleradamente. Aunque agrupa a importantes sectores de la clase obrera en las principales ciudades del país, su bastión sigue siendo el norte, donde cuenta con cuarenta mil afiliados, y la región carbonífera, donde cuenta con diez mil.

En el Congreso de Rancagua, de diciembre de 1921, a instancias de los militantes del POS, la FOCH resuelve adherirse a la Internacional Sindical Roja (equivalente sindical de la Internacional Comunista). A partir de este congreso la FOCH adopta una nueva estructura, la de sindicatos por industria. Hay que hacer notar que una gran parte de la FOCH ya tenía una estructura sindical de ese tipo pues las mancomunales del norte y del sur reunían las características de los sindicatos de masas y no de los sindicatos de oficios. En cuanto a los partidos políticos, se acordó que la FOCH solamente tendría relaciones con el Partido Comunista y no con el Partido Demócrata, al cual se acusó de reformista y de colaborar con el gobierno. Sólo los sindicalistas que pertenecían a este último partido se separaron de la Central, al igual que algunos sindicatos independientes. A partir de ese momento, la FOCH profundizó aún más su influencia en las regiones mineras, extendiéndose también, aunque en proporción mucho menor, al proletariado fabril.

En la Convención del POS, de 1920, Recabarren propone la adhesión a la Internacional Comunista; la decisión final es pospuesta para el año siguiente. En Rancagua, a la semana siguiente del Congreso de la FOCH, se resuelve casi por unanimidad el ingreso del POS a la Tercera Internacional, aceptándose las veintiuna condiciones de afiliación. Estas condiciones se referían a la organización —de tipo celular—, a la composición social del partido y a la política a seguir. A diferencia de lo ocurrido en Uruguay y en la Argentina —en estos países sólo una fracción del P.S. se adhiere a la Internacional—, el POS se transforma, por su propia dinámica, en Partido Comunista.

Cuando se produce una fractura en la hegemonía política de la oligarquía e irrumpen las clases medias lideradas por Alessandri, un sector importante de la clase obrera y las empobrecidas masas plebeyas semiproletarizadas se sienten atraídas por el movimiento y le dan su apoyo, aunque la mayoría de ellos no tiene derecho al voto. El sector de la clase que se nuclea en el POS, cualitativamente importante aunque numéricamente reducido —el POS contaba con dos mil militantes—, se pronuncia por una alternativa proletaria independiente y proclama la candidatura de Recabarren.

Chile es todavía una sociedad fundamentalmente campesina y en ella el proletariado no tiene



la suficiente fuerza social como para polarizar en torno suyo al campesinado y a las masas urbanas semiproletarizadas. Es decir, las principales clases de la sociedad siguen siendo la oligarquía terrateniente y el campesinado, a la que se agrega ahora como fuerza política la clase media urbana.
Rápidamente se diluirá el mito de Alessandri. A poco de asumido el poder se producen las masacres de San Gregorio y Magallanes. La política de Alessandri en Chile frente a la clase obrera es similar a la de Yrigoyen en la Argentina: hace concesiones a determinado nivel para atraerla —el proyecto de Código de Trabajo y la legalización de los sindicatos—, pero la reprime violentamente, igual que el más conspicuo gobierno oligárquico, cuando esa clase busca caminos de movilización independiente.
No obstante, la fractura en el seno de la oligarquía que significó el ascenso al poder de Alessandri y el proceso de democratización política que trajo aparejado favorecieron el crecimiento político y organizativo de la clase obrera. En 1924 la FOCH cuenta con cerca de doscientos mil miembros. En la Convención de Chillán de 1923 se discute el problema de la alianza obrera y campesina. Pero el P.C. y la FOCH no cuentan con una política concreta para el campesinado, principal reserva revolucionaria de la sociedad. Esta incapacidad para forjar la alianza será una constante de los partidos obreros chilenos durante varias décadas.
Durante la presidencia de Alessandri también el P.C. sufre un espectacular crecimiento, tanto de militantes activos como de simpatizantes. Cuenta con cinco diarios en distintas ciudades del país y además publica infinidad de periódicos y folletos.
En 1925 se pone en evidencia el verdadero carácter del gobierno de Alessandri. El 4 de junio estalla una huelga en las oficinas salitreras de la Coruña de Iquique. Sin intentar ningún tipo de mediación, el gobierno ordena la represión con un bombardeo de artillería que deja un saldo de mil novecientos muertos. La masacre de 1925 fue un duro golpe para el movimiento obrero. A partir de ese momento la FOCH comienza a declinar. Se impone el estado de sitio en el Norte durante los cuatro meses siguientes a la masacre, "procediéndose durante ese tiempo —señala Juan Arcos en *El sindicalismo en América Latina*— a desarticular todo el movimiento obrero de la FOCH por medio de los asaltos y destrucción de los locales obreros y con la deportación de más de dos mil trabajadores que fueron traídos a la zona central".
Durante la presidencia de Ibáñez (1927-1931) el movimiento obrero es también reprimido con dureza. El Partido Comunista y la FOCH pierden gran cantidad de cuadros y peso político. En el primero, junto con esto, se produce una lucha de fracciones debida a problemas políticos y organizativos.
En 1928 un sector de la dirección del P.C. busca reorganizar el partido estructurándolo en células de tres cuadros. El Comité de Santiago se opone, apoyando la célula territorial, más amplia y abierta, con el fin de extenderse al interior del país. Esto es impedido por el comité central que, a principios de 1929, cae preso en pleno. Se forma un nuevo comité con predominio de representantes santiaguinos. Las diferencias se producen entonces entre el comité central y el Buró Latinoamericano, que envía un delegado reorganizador que, aunque es rechazado, logra establecer contactos con la minoría opositora del C.C. En 1930 se producen nuevamente arrestos masivos de dirigentes comunistas, que culminan en agosto con la detención de todo el C.C. Se forma otro en Valparaíso, que se alía con el Buró Latinoamericano. Los conflictos arrastran finalmente a la división del P.C. La nueva fracción Hidalgo-Mendoza, opuesta al Buró Latinoamericano, se opone al comité central y, al mismo tiempo, el C.C., partidario del Buró Latinoamerica-

"La experiencia histórica indica que es indispensable la existencia de un partido obrero, una organización política de clase capaz de nuclear las fuerzas proletarias y darles una dirección". H. Mendoza, dirigente del Partido Socialista.



Manifestaciones obreras en celebración del 1º de mayo. En la segunda decada del siglo el proletariado manufacturero del Valle Central se une a los trabajadores del salitre, del cobre y del carbón con el fin de incrementar su presión social, presión que se traducirá en la formación de organizaciones con programa político propio.

no, acusa a Hidalgo-Mendoza de haberse entregado a Ibáñez. "El grupo Hidalgo-Mendoza —dice Robert Alexander en *Communism in Latin America*— fue influido indudablemente por la lucha entre trotskistas y stalinistas en el Comintern. Buscando aliados contra el B.L., controlado por stalinistas, ellos naturalmente evolucionan hacia la oposición trotskista. Esta tendencia fue reforzada por la literatura trotskista impresa en España que circulaba por Chile durante el período de Ibáñez. Esta literatura criticaba particularmente la actitud burocrática del Comintern y ésta era una crítica con la cual los líderes del P.C. chileno habían venido coincidiendo plenamente".

La República Socialista

Producto de la crisis mundial, Chile entró en una profunda depresión que provocó agitaciones callejeras y descontento popular, un proceso que culminó con el derrocamiento de Ibáñez en julio de 1931. Durante el gobierno de su sucesor, Montero, comienza un proceso de ascenso y de reorganización de la clase obrera. Estallan muchas huelgas y una de ellas, la de Tarapacá y Vallemar, es fuertemente reprimida por tropas del ejército.

A la caída de Ibáñez existían dos partidos comunistas y ambos se consideraban la sección chilena del Comintern. La fracción oficial, Laferte-Contreras, buscaba reorganizar inmediatamente la FOCH. A esto se oponía la fracción de Hidalgo-Mendoza considerando que la mayoría de los trabajadores estaban agrupados en los sindicatos legales organizados con apoyo oficial en el período de Ibáñez y que allí había que trabajar políticamente. La fracción Laferte planteaba que los sindicatos legales eran fascistas y que había que organizar sindicatos comunistas paralelos. En setiembre de 1931 se reúne una convención de la FOCH, reducida entonces a veinticinco mil miembros. La mayoría resuelve expulsar a la fracción de Hidalgo, pero éste logra llevarse consigo una importante fracción sindical. Ese mismo año estalla una rebelión de marineros que, aunque es rápidamente sofocada, señala una crisis dentro de las fuerzas armadas.

El 25 de diciembre de 1931 militantes del P.C. oficial toman los cuarteles del regimiento Esmeralda de Copiapó y logran conservarlos durante tres horas. Posteriormente los cuarteles son retomados por las tropas, que reprimen provocando muchas bajas entre los militantes.

Durante la primera mitad de 1932 la crisis económica y social se agrava. El presidente Montero no puede contener el proceso. El 4 de junio estalla un golpe militar dirigido por el coronel Marmaduke Grove, Eugenio Matte y Carlos Dávila. Al asumir el poder, Grove proclamó la República Socialista y levanta la consigna de "Pan, techo y abrigo" El ideólogo del movimiento es Matte. Durante los catorce días que duró su período de gobierno Grove tomó algunas medidas que irritaron a las clases dominantes y planteó otras que hubieran liquidado su poderío. Decretó la formación de un Banco Nacional y una amnistía para los presos políticos (en especial para los marineros amotinados en 1931); repuso en su cargo a doscientos maestros izquierdistas que habían sido exonerados durante el gobierno de Ibáñez; suspendió los desalojos de inquilinos urbanos. Aparte de estas medidas concretas, Grove propuso: 1) la nacionalización de las minas de carbón, cobre y salitre y de las principales industrias manufactureras; 2) el control del crédito y del comercio exterior por parte del estado; 3) el impuesto progresivo a la renta territorial; 4) la reorganización de la enseñanza pública, y 5) la obligatoriedad del trabajo.

Producido el golpe del 4 de junio varios grupos izquierdistas tomaron la Universidad de Chile y establecieron allí un Consejo Revo-




SIN
DIOS
NI
AMO
1º de MAYO
¡CHICAGO!!
SPRIS, ENGEL, FISCHER,
LING, PARSONS, SHAW...

lucionario de Obreros, Campesinos, Soldados y Marineros. Este Consejo estaba compuesto por representantes de los dos partidos comunistas, varios grupos políticos izquierdistas, la Federación de Estudiantes y algunos sindicatos obreros. El P.C. de Hidalgo proponía darle apoyo crítico a Grove sobre la base de que éste profundizara las medidas revolucionarias y entregara armas a los obreros. Hidalgo tenía mucha fuerza entre los estudiantes y contaba con algunos importantes núcleos obreros, en especial en el ramo de la construcción. Pero el P.C. oficial, que se oponía al régimen de Grove, logró imponer su primacía en el Consejo Revolucionario. Ante esto los comunistas de oposición, el Partido Socialista Marxista y otros grupos más pequeños constituyeron la Alianza Nacionalista Revolucionaria de Trabajadores. La Alianza apoyó a Grove y extendió su influencia por las principales ciudades del país. El 22 de junio estalla un golpe, dirigido por Dávila, que derroca a Grove con el concurso de sectores moderados del ejército. La Alianza declara entonces una huelga general que dura tres días. El movimiento es acatado fundamentalmente por los ferroviarios, tranviarios, obreros de la construcción y por la mayoría de los fabriles. No logra, en cambio, el apoyo de los mineros, controlados por el P.C. oficial.

En el marco de la historia de América Latina la República Socialista es un fenómeno muy particular. Varios factores confluyeron en su constitución: el hecho de que Chile fuera uno de los países más afectados por la crisis económica mundial; la represión ejercida, durante el gobierno dictatorial de Ibáñez, sobre poderosas fuerzas sociales, que después de su caída estallaron tumultuosamente; la politización —a partir de 1924— de los cuadros del ejército, el cual, al intentar erigirse en agente de la modernización, hizo que algunos de sus oficiales se radicalizaran.

El programa democrático-burgués de Grove incluía también importantes contenidos sociales. Fundamentalmente se dirigía contra el imperialismo. No buscaba liquidar a la oligarquía sino someterla a un proceso de transformación que la hiciera pasar del feudalismo al capitalismo, al mismo tiempo que estimulaba la inversión del excedente agrario en la industria. Dado el tipo de estructura de clases vigente en Chile Grove sólo podía contar con el apoyo del proletariado, pues recién a mediano plazo existía la posibilidad de movilizar al campesinado. Esta dependencia del apoyo social de la clase obrera, unida a la crisis económica, actuó como un importante factor de radicalización, como lo demuestra el hecho de que después de su derrocamiento Grove se adhiriera al socialismo.

Durante todo este proceso el P.C. oficial llevó adelante una política discutible. Una política que, en el fondo, señala las debilidades organizativas del proletariado. Aun bajo las circunstancias más desfavorables, el apoyo a Grove para que se mantuviera en el poder hubiera significado, por la reestructuración de fuerzas que implicaba, un paso adelante para el proletariado.

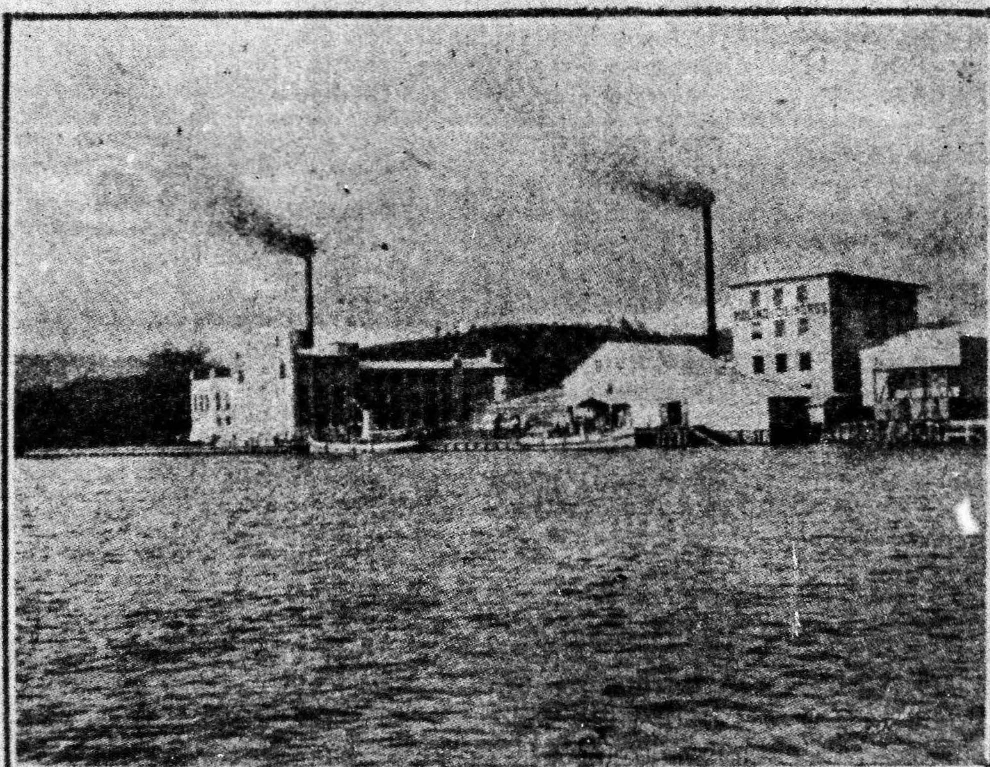
En las elecciones de 1932 la Alianza Socialista Revolucionaria, que lanzó la candidatura de Grove, obtuvo una apreciable cantidad de votos. El grovismo desempeñó un importante papel en la política chilena durante la década de 1930. Por su origen y formación Grove era un típico líder pequeño-burgués que se fue radicalizando en una etapa de agudización de la lucha de clases. "Sin preparación política ni ideológica, espontaneísta, mesiánico y personalista, a pesar de ello, Grove —dice Julio César Jobet— representó un papel decisivo en la expansión del socialismo en Chile [...]. Su gravitación personal alcanzó enormes proporciones, concitándole la adhesión de diversos sectores sociales y la más absoluta lealtad de las masas desheredadas."

Este anuncio de una fábrica de alcoholes, en el cual se señala la "explotación de fundos propios", nos recuerda el desarrollo de una burguesía industrial nacional, hecho que se dio en Chile a partir de 1920.

MOLINOS DE CILINDROS

FABRICA DE ALCOHOLES

Explotación de Fundos Propios



Suce. GERMAN KUNSTMANN

VALDIVIA

Dirección telegráfica: "COLLICO"

Junto a la oligarquía aparecen también los representantes del imperialismo británico. Al respecto es bastante ilustrativo este aviso aparecido en "South Pacific Mail". Al aviso acompaña una nota que ilustra las ventajas de invertir capitales en la zona.

El surgimiento del Partido Socialista

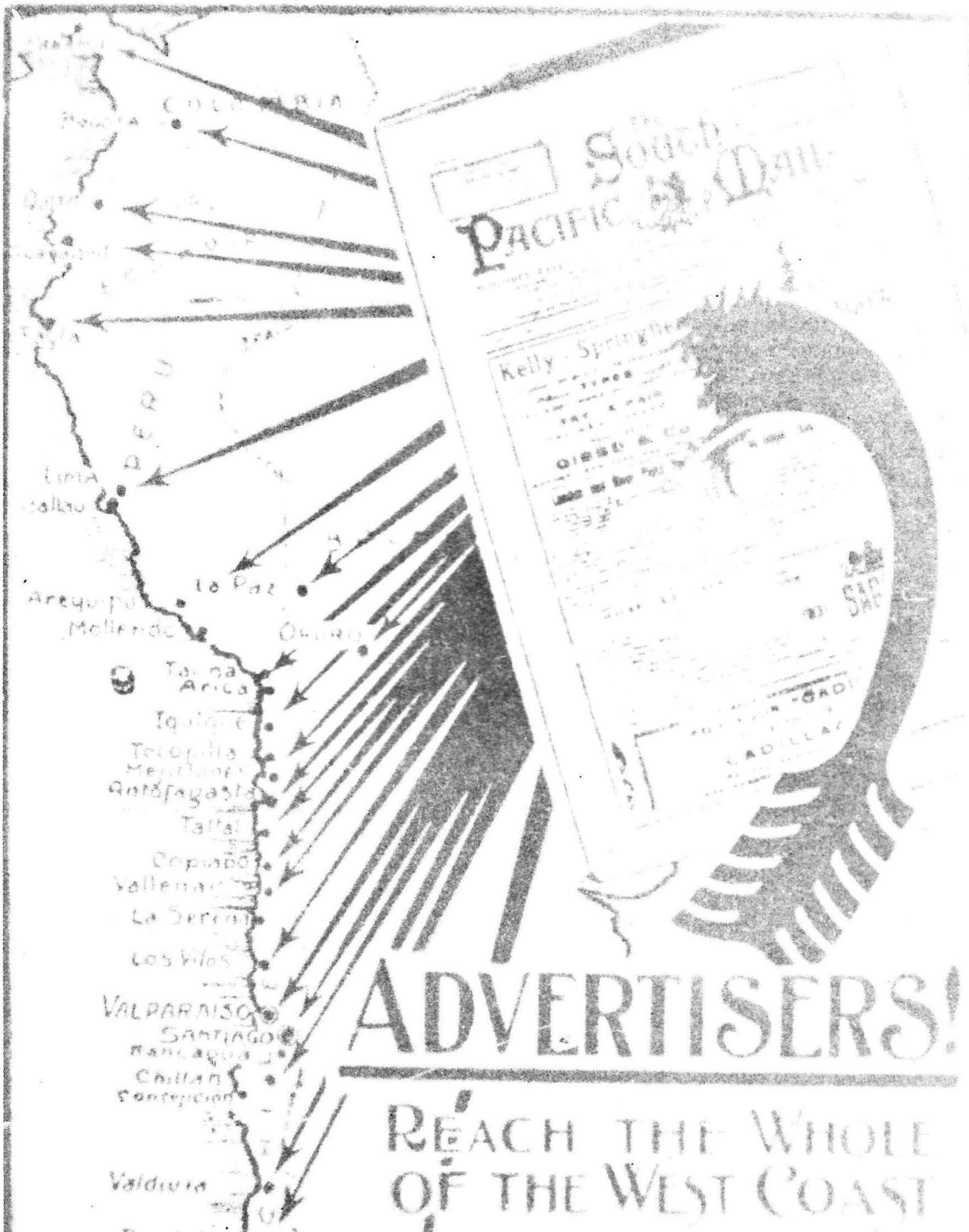
Como proyección del movimiento que había apoyado a la República Socialista, se crea el 19 de abril de 1933 el Partido Socialista. Su secretario general es Grove y en él se produce la fusión de varios grupos políticos izquierdistas: Nueva Acción Pública, Alianza Revolucionaria Socialista, Partido Socialista Unificado. En su programa el P.S. plantea la necesidad de arrancar el poder de manos de la burguesía para realizar la revolución socialista. En él también condena a la Segunda Internacional por su política conciliadora y reformista; hace la crítica de la Tercera Internacional, a la que considera sectaria y al servicio de la política exterior rusa, y propugna la creación de una Internacional Latinoamericana como primer paso para la formación de una Confederación de Repúblicas Socialistas en el continente. El P.S. observaba la política del P.C. por la crítica que hacía éste a los sindicatos legales, considerando, por lo contrario, que en éstos se hallaba representado un importante núcleo del proletariado. Sostenía que "no había que destruir los sindicatos legales u organizaciones obreras porque en ellas predominara algún espíritu retardatario o reformista. Precisamente es allí donde debe desarrollarse la labor de un partido que se estima conductor de las masas: en el seno de ellas mismas, arrastrando y superando las dificultades [...] para desempeñar con justeza el rol de vanguardia". Al mismo tiempo el programa del P.S. planteaba la necesidad de organizar sindicatos por industria y denunciaba las limitaciones del sindicalismo, señalando que sólo un partido de la clase obrera sería capaz de conducir a ésta al socialismo.

"La experiencia histórica —puntualiza uno de sus líderes, H. Mendoza— indica que es indispensable la existencia de un partido obrero, una organización política de la clase obrera capaz de dirigir las fuerzas proletarias y darles una dirección. [...] Esta misma teoría [el marxismo] indica al partido que no puede hacer una diferencia radical entre los problemas de carácter económico y los políticos porque ambos entran en el conjunto de la lucha de la clase obrera y porque este conjunto está dirigido a un fin: la derrota de la burguesía y la conquista del poder [...]. No cumplirá fielmente su cometido si deja al margen de su actividad como partido a los sindicatos bajo el pretexto de no mezclar lo político con la gestión económica de los trabajadores. Lo que sostenemos es que el sindicato no debe servir a los intereses partidarios, muchas veces transitorios, sino que, verdaderamente responsable de su misión revolucionaria, debe dirigir la acción sindical en una línea común con el movimiento general del proletariado."

Durante la década de 1930 el P.S. logró un fuerte respaldo en la clase obrera. "Poseía —al decir de Mendoza— aquella mística fervorosa y espontánea en las masas que fue llamada grovismo y que permitió al partido penetrar en todos los sectores de la tierra, bajar a los piques de las minas, recorrer las pampas, subir los riscos y llegar hasta donde hubiera un hombre que deseara un poco de justicia y bienestar. Eran años de encontrada lucha por la organización de un partido de la clase obrera."

Conclusión

El análisis del proletariado minero, en su dinámica interna y en su relación con el conjunto de la clase obrera y los sectores populares es fundamental para entender la historia del movimiento obrero chileno. Los tra-


ADVERTISERS!
REACH THE WHOLE OF THE WEST COAST
THROUGH
The South Pacific Mail
Lima
Callao
La Paz
Mollendo
Oruro
Arica
Iquique
Antofagasta
Taltal
La Serena
Los Vilos
VALPARAISO
SANTIAGO
Chillan
Valdivia

bajadores de la minería viven en comunidad, con un alto grado de interacción mutua y de participación en actividades de grupo. En consecuencia, la comunidad minera es un centro ocupacional con un elevado nivel de cohesión social. Esto estimula una rápida identificación de los problemas comunes que afectan a los trabajadores y la formación de una conciencia socialista bastante definida. Otro factor importante en la formación de esta conciencia en los trabajadores de las minas radica en el hecho de que viven casi aislados de la influencia disgregadora de las ideologías de las clases dominantes.

Si el proletariado, en general, tiene una actitud colectivista, producto de su participación colectiva en la creación de la riqueza, en el proletariado minero esta característica se acentúa en alto grado.

Es entre los mineros del salitre que surge primero una organización (mancomunal) y una conciencia que, inorgánicamente en un primer momento, tiende hacia el socialismo. Es también en el norte salitrero donde surge el POS y el mismo Recabarren es un producto de la zona salitrera. La FOCH deja de ser una organización conservadora para transformarse en revolucionaria cuando ingresan a ella los trabajadores del carbón y del norte. El P.C., continuador del POS, tendrá su bastión político y organizativo en el norte, al igual que la FOCH en su período de apogeo. Cuando se desarrolla el proletariado del cobre, también se dan esas características de cohesión social presentes en los trabajadores del salitre. Es más, por el grado de concentración que exige la explotación cuprífera, esas características se acentúan. Los mineros del cobre serán durante la década del treinta el principal bastión del P.S.

Pero la importancia de los mineros no radica sólo en sus propios niveles de organización y conciencia. Hay otro hecho tanto o más importante que el anterior: los mineros son fundamentalmente el centro organizador de toda la clase obrera e inclusive de otros sectores explotados. Tal como lo señalan Petras y Zeitlin, "bajo el impacto de los mineros, unidos, radicales y organizados, no son sólo los demás trabajadores los que transforman su 'cultura de la pobreza' en una cultura política radical, sino que ocurre lo mismo con otros miembros de las 'clases populares', económicamente inseguras y empobrecidas, y con el vasto número de subempleados que viven en las callampas urbanas [. . .]. Los mineros y su ideología proporcionan una visión de futuro a los urbanos pobres que trasciende su condición presente y crea más allá de su desesperanza individual un movimiento colectivo para cambiar la situación común".

Son también mineros los que organizaran en las distintas regiones el POS, elemento determinante de la transformación de la FOCH. Son los mineros los que propagandizan el socialismo entre los trabajadores y organizan los dos grandes partidos obreros: el P.S. y el P.C. Por último, son los mineros los que rinden su mayor cuota de mártires a la represión, facilitando el desarrollo de un alto nivel de combatividad en el conjunto de los trabajadores.

La existencia de una comunidad minera que influye políticamente sobre el resto de los trabajadores es uno de los factores que explican la existencia temprana de partidos obreros de masas en Chile.

Una de las características fundamentales del movimiento obrero chileno es la temprana primacía de la lucha política sobre la lucha sindical. Esto se debe a que la alta tasa de desocupación y la caída constante del salario real por la devaluación monetaria limitan la capacidad de presión sindical del proletariado a nivel económico y la existencia en las comunidades mineras de una cultura política radical.

En Chile las luchas sociales toman en el primer cuarto del siglo XX carácter de guerra civil debido a la rigidez y polarización de la estructura social y al rápido desarrollo político de la clase obrera. No obstante, los principales núcleos del proletariado se encuentran lejos de la capital (sede del poder de las clases dominantes), lo que hace que los violentos enfrentamientos entre las clases adopte un carácter regional y no global. En las regiones mineras el proletariado es demasiado fuerte como para que las clases dominantes puedan controlar su desarrollo político y organizativo, de manera tal que deben limitarse sólo a enviar, cada tanto, tropas para la represión. En suma, a pesar de que la dispersión regional de la clase obrera le otorga un fuerte poder, que en algunas zonas llega a competir con el del estado, ese poder no es una amenaza directa para el dominio global de las clases dominantes.

Es también la radicalizada conciencia política de la clase obrera la que explica la inexistencia del socialismo reformista a partir de 1912, la transformación del POS en P.C. y el hecho de que, ya a partir de principios de siglo, el socialismo sea más fuerte que el anarquismo. El Partido Comunista, a diferencia de lo que sucede en el resto de América Latina, estaba profundamente arraigado, desde su nacimiento, en la clase obrera, y lo mismo sucederá con el Partido Socialista, cuya política lo diferenciará diametralmente de los otros partidos socialistas latinoamericanos ligados al reformismo de la Segunda Internacional.

Bibliografía

Ramírez Necochea, Hernán. *Historia del movimiento obrero en Chile.* Santiago, Ed. Austral.

Ramírez Necochea, Hernán. *Orígenes y formación del Partido Comunista en Chile.* Santiago, Ed. Austral, 1965.

Jobet, Julio César. *El socialismo en Chile.* Santiago, 1955.

Recabarren, Luis Emilio. *Obras selectas.* Santiago, Ed. Quimantú, 1971.

Poblete Troncoso, Moisés. *El movimiento de asociación profesional en Chile.* México, El Colegio de México, 1944.

Petras, J. y Zeitlin, M. *El radicalismo político de la clase trabajadora chilena.* Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1970.

La Revolución Rusa de 1917

Santiago Mas

La experiencia rusa demuestra la factibilidad de un hecho considerado hasta ese momento utópico: la toma del poder por parte del proletariado, tras una insurrección armada.

Rusia ingresa en la primera guerra mundial como aliada de Francia e Inglaterra, países a los que estaba estrechamente vinculada —mediante una serie de acuerdos— en torno a intereses que iban desde el reparto de los territorios conquistados al aporte de capitales. En este marco las reivindicaciones patrióticas se convirtieron en un refugio para las clases dominantes, pero abarcaron, de hecho, un espectro muy amplio: la guerra imperialista contó con el apoyo de los socialistas revolucionarios, de Plejánov, de Kropotkin —teórico del anarquismo—, etc. De todas las fuerzas políticas que actuaban en esta etapa de la historia de Rusia sólo los bolcheviques se opusieron total y sistemáticamente a la guerra, siguiendo las consignas levantadas por la Segunda Internacional en el Congreso de Basilea.

Rusia no estaba en las mejores condiciones para enfrentar a una potencia de la envergadura de Alemania. Si bien la economía rusa había crecido espectacularmente en los últimos años, aún estaba lejos de poseer un potencial industrial acorde con las exigencias de la guerra moderna. Las tropas rusas, mal alimentadas, peor vestidas, con pertrechos antiguos y escasos, con una conducción de una inepcia pocas veces igualada, fueron de derrota en derrota: de los 15 millones y medio de reclutados hasta octubre de 1917, se dieron por desaparecidos entre el 45 y el 54 %. En esas enormes tumbas que fueron las trincheras de la primera guerra mundial los obreros y campesinos rusos comenzaron a tomar conciencia de que habían marchado a la guerra por cuestiones que les eran por entero ajenas.

En el plano interno la guerra sirvió de base para llevar a cabo una feroz ofensiva contra el movimiento obrero, llegándose a medidas tales como la de imponer la ley marcial en determinadas fábricas. Por otra parte, la autocracia negó sistemáticamente la necesidad de la movilización general para apoyar el esfuerzo de guerra: tímidos exámenes de la situación del ejército fueron calificados de subversivos por el ministro del Interior y vistos como intentos de analizar "la situación política del país y pedir una constitución". En el gobierno, la corrupción y degradación alcanzaron niveles nunca igualados. En la oposición, los desastres de la guerra comenzaron a aglutinar diversas fuerzas. En el seno de la Duma se organizó un bloque que abarcaba desde los octubristas —defensores del manifiesto de octubre de 1905— hasta los kadetes —demócratas constitucionalistas, liberales—. Este bloque, encabezado por la burguesía, atacaba al gobierno, pero se autolimitaba por temor a las masas. Cuando la duma fue disuelta por el zar los kadetes denunciaron la huelga organizada en apoyo de la Duma.

Desde fines de 1915 el movimiento obrero crecía constantemente: durante ese año se realizaron 1034 huelgas, que se elevaron a 1410 en 1916. En enero de 1916 el aniversario del domingo sangriento fue conmemorado en Petrogrado con una huelga a la que se adhirieron 67.000 obreros: al año siguiente pararon, para la misma fecha, 145.000 obreros metalúrgicos. En enero y febrero de 1917 el movimiento huelguístico alcanzó su punto más alto: en ambos meses se realizaron 1330 huelgas a las que se plegaron 676.826 huelguistas. Mientras tanto, los soldados desmovilizados y los desertores trasmitían al interior la desazón que imperaba en el frente. La caída del salario real —que en un principio se había mantenido—, la generalización del hambre, el comienzo de una crisis industrial, con sus secuelas de desocupación, el caos que imperaba en el gobierno, fueron generando una situación que tornó sumamente crítica la estabilidad de la autocracia. A todos estos factores debe añadirse la convicción, que se hizo presente entre los oficiales del ejército y la marina, de la incapacidad del zarismo para sostener una guerra.

El desangramiento sufrido por las tropas en el frente de batalla provoca airadas reacciones contra una guerra impopular. Arriba: Portando íconos de la Virgen, miles de mujeres piden al zar el cese de las hostilidades. Abajo, a la izquierda: Campesinos movilizados para la guerra desertan masivamente del frente. Al mismo tiempo, otros regimientos se sublevan contra la ineptitud de sus oficiales. A la derecha, tropas del regimiento Volhnye se rebelan contra la autoridad zarista.

Convicción alimentada por los aliados, los cuales a su vez, consideraban que una democracia parlamentaria posibilitaría que Rusia hiciera un aporte efectivo a la guerra contra Alemania.

La revolución de febrero

Los octubristas y los kadetes vacilaban en tomar la iniciativa. Se hicieron intentos por superar la situación mediante la sustitución del zar por su hijo Alexis y el nombramiento como regente de un hermano de Nicolás. Pero mientras los terratenientes y la burguesía cabildeaban en busca de una solución las masas comenzaron a movilizarse por su cuenta. En la primera quincena de febrero hubo algunos desórdenes aislados. El 22 (las fechas que daremos corresponden al viejo calendario ruso, atrasado 13 días con respecto al nuestro) enormes multitudes acosadas por el hambre se lanzaron a la calle. Cuando el 26 el zar intentó reprimir al pueblo de Petrogrado las tropas no le respondieron. El 26 de febrero había 600 amotinados; el 1 de marzo toda la guarnición de Petrogrado —unos 170.000 hombres— no respondían a sus jefes. La Duma intentaba dar una respuesta a la explosión de masas que se había producido. Los partidos que la integraban forman un comité provisional. El 1º de febrero se constituye el gobierno provisional.
Siglos de dominación autocrática habían finalizado a raíz de la conjugación de una serie de factores activados y acelerados por la guerra —afirmaría Lenin el 7 de marzo de 1917—. "Esta revolución de 8 días fue, si puede permitirse la metáfora, 'representada' después de decenas de ensayos parciales y generales; los 'actores' se conocían, sabían sus papeles, sus puestos, conocían todo el decorado a lo largo y a lo ancho, en todos sus detalles, conocían hasta los menores matices de las tendencias políticas y de las formas de acción. Pero si la primera, la gran revolución de 1905 [...] condujo doce años después a la 'brillante' y 'gloriosa' revolución de 1917 [...] hacía falta, además, un gran 'regisseur', vigoroso, omnipotente, que por su parte estuviese en condiciones de acelerar extraordinariamente la marcha de la historia universal y, por otra, de engendrar crisis mundiales económicas, políticas, nacionales e internacionales de una fuerza inusitada. Aparte de una aceleración extraordinaria de la historia universal se precisaban virajes particularmente bruscos para que la carreta sangrienta y enlodada de la monarquía de los Romanov pudiera volcar de golpe. Este 'regisseur' omnipotente, este acelerador vigoroso fue la guerra imperialista mundial."

El gobierno provisional

Los kadetes y los octubristas formaron el gobierno provisional que fue encabezado por el príncipe Lvov. Participan también en el Miliúkov y Guchkov, quienes bregaban abiertamente por la restauración de la monarquía. Kerenski, ministro de Justicia, representaba la izquierda de la Duma. Kochan, historiador de la revolución, señala: "El gobierno provisional adoptó como principios fundamentales la amnistía inmediata, la libertad de palabra, prensa y reunión, la abolición de todas las restricciones basadas en clases, religión y nacionalidad, la convocatoria de una asamblea constituyente libremente elegida, la creación de una milicia popular para reemplazar a la policía y la promesa de no represaliar a las tropas de Petrogrado."
Estos principios fueron objeto de regateo: constantemente el gobierno se debatió entre las promesas y el cumplimiento de éstas. El gobierno representaba los intereses de los terratenientes capitalistas y de la burguesía, vigorosamente desarrollada a partir de 1905, y pugnó por re-







construir Rusia sobre nuevas bases. Intentó instaurar un nuevo consenso en reemplazo del antiguo, pero contra ello se alzó el afán de continuar la guerra cumpliendo los tratados suscriptos por el zar. Esta contradicción entre las promesas y su cumplimiento lo llevó a enfrentar al pueblo cuando éste comenzó a presionar para que el gobierno cumpliera sus promesas.

Desde un comienzo el gobierno se mantuvo firme con respecto a la continuación de la guerra. Esto era apoyado por un lado, por los sectores ligados a Inglaterra y Francia; por otro por aquellos que veían en la guerra un estabilizador de la situación interna.

El patriotismo coincidía con el orden, pues en nombre de la guerra se trataba de impedir la movilización de las masas. Esto hacía que la derecha impulsara el agrupamiento en torno al gobierno. Un último sector que apoyaba la guerra se encuadraba en el "defensismo revolucionario". Con la revolución de febrero Rusia, decían los partidarios de este sector, se había convertido en un país donde imperaba la libertad en forma amplia y esa libertad debía ser defendida de los reaccionarios alemanes. Hasta no terminar con el peligro alemán la guerra debía continuar. En este sector militaban los mencheviques y los socialistas revolucionarios, las dos principales fuerzas del sóviet. Si bien al defensismo revolucionario contribuían los engaños de la burguesía, también él se apoyaba sobre bases materiales. Hubo sectores de la pequeña burguesía que se beneficiaron con la guerra. Las enormes masas movilizadas posibilitaron el aumento de la oferta de tierra y los campesinos tuvieron tierras libres para arrendar como no las habían tenido nunca. En segundo término, siglos de dominación zarista habían fomentado el prejuicio de la superioridad de la nacionalidad gran rusa sobre los demás pueblos y, como lo señaló Lenin, "la infame corrupción del pueblo gran ruso por el zarismo que lo iba habituando a ver en los demás pueblos algo inferior, algo que le pertenecía 'por derecho propio', no podía disiparse *de golpe*".

El sóviet

El 27 de febrero un grupo de personas de diversos partidos se autoconstituyó —en Petrogrado— en Comité Ejecutivo Provisional del Sóviet de Representantes Obreros. Se eligió un delegado por cada mil obreros, uno por cada fábrica con menos de mil obreros y uno por cada compañía de soldados. En su primera reunión, el mismo 27, asisten 250 delegados. A partir de ese momento los sóviets se extendieron por toda Rusia, pero, al igual que en 1905, el más importante de ellos fue el de Petrogrado. Como reflejo del crecimiento industrial habido desde la primera revolución, también poseía un gran peso el sóviet de Moscú.

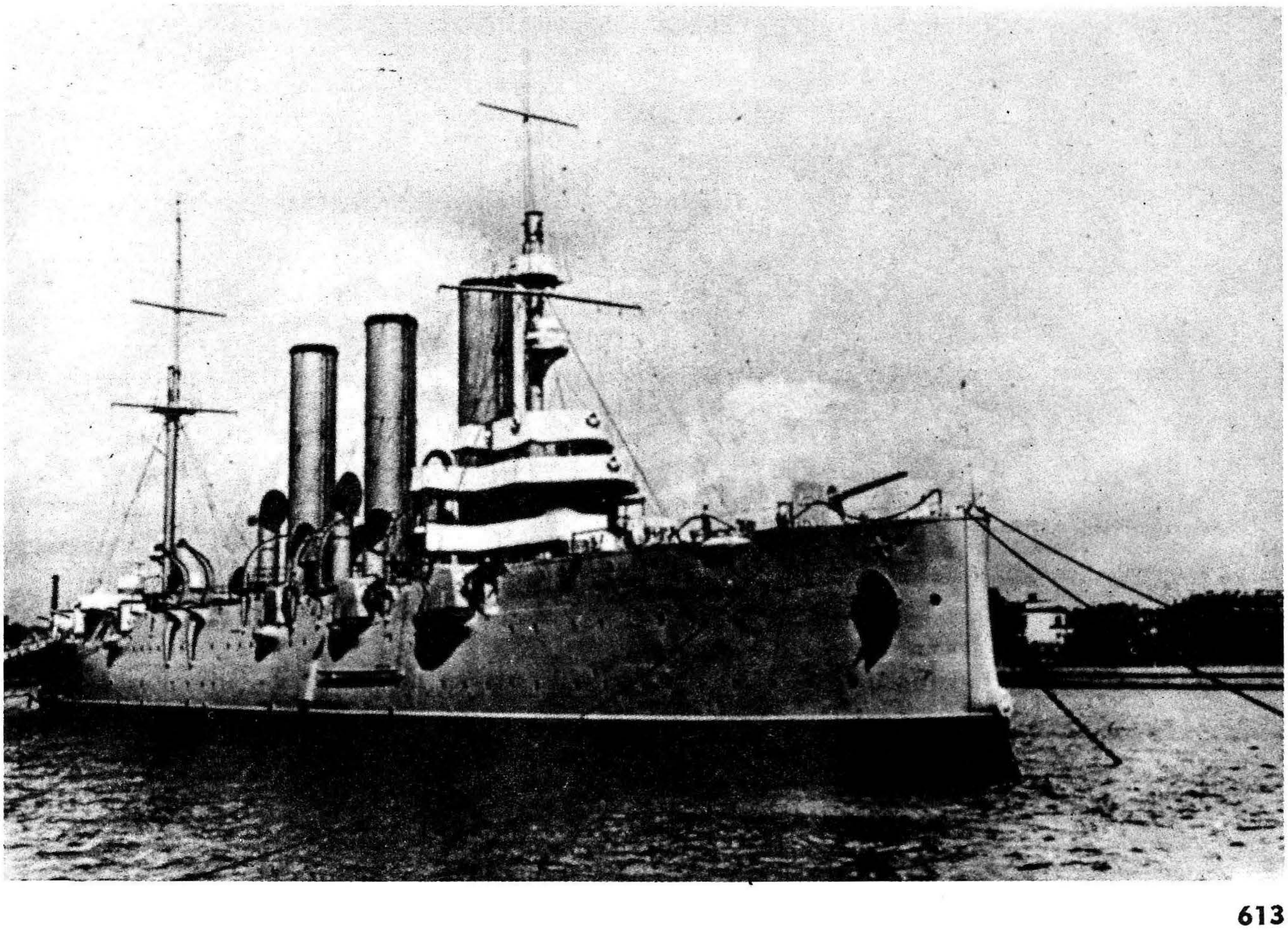
En sus comienzos el sóviet era más parecido a una asamblea permanente de obreros y soldados que a un órgano de poder de las masas. Paulatinamente fue asentándose y desarrollando la mecánica de su funcionamiento. La inmensa mayoría de los delegados eran socialistas revolucionarios y mencheviques (entre 1500 y 1600 delegados); solo había unos 40 bolcheviques.

Las características de los representantes en el sóviet —elección directa, revocabilidad de los mandatos, rendición de cuentas a sus representados, etc.,— hicieron que fuera una expresión clara del sentimiento de las masas, en especial de las masas obreras.

Este carácter fue la razón de la inestabilidad de la relación sóviet-gobierno, en tanto éste resultaba incapaz —por su carácter de clase— de satisfacer las principales reivindicaciones populares: fin del hambre y tierra. Cuando la clase obrera, y tras ella el campesinado, radicalizaron sus posiciones esa inestabilidad se acentuó.

Arriba: La familia Romanov. Privado del apoyo de las tropas, Nicolás II fue sustituido por un gobierno provisional comandado por Kerenski. En la fotografía inferior se ve el acorazado "Aurora", que tendría decisiva importancia en los sucesos de octubre.





El esfuerzo de guerra impuso fuertes opresiones sobre el sector obrero. El salario real se desmoronó, hubo crisis de hambre y desocupación. Sin embargo, las manifestaciones de repudio al zar arreciaban: en enero y febrero de 1917 se realizaron 1.330 huelgas, a las que se plegaron 676.000 obreros.

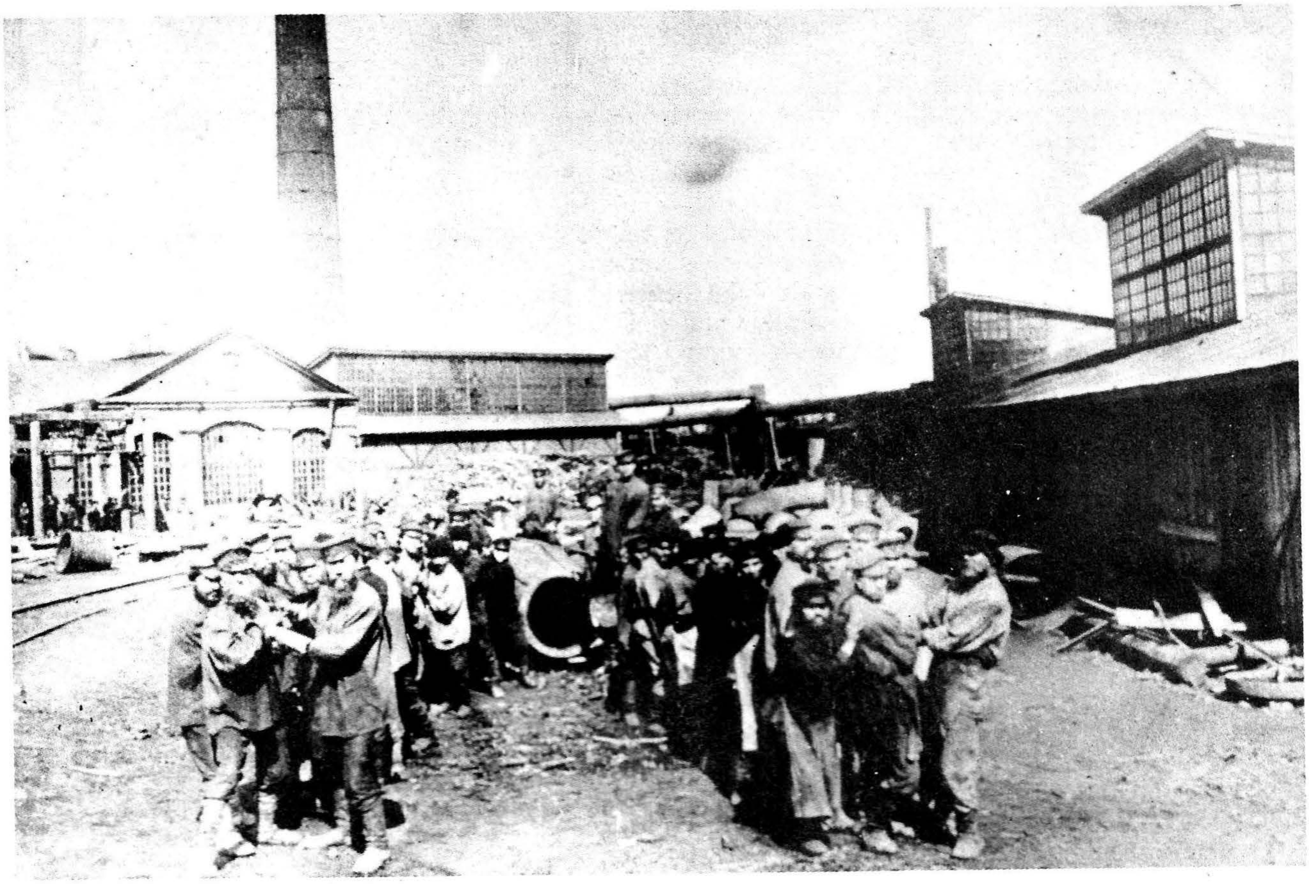
El problema básico de los nexos entre el gobierno provisional y el sóviet era el poder. Esquematizando la revolución de febrero podemos decir que las masas derrocaron el zarismo y que la burguesía y los terratenientes capitalistas se alzaron con el poder. En manos del gobierno provisional estaban los resortes del poder, y basta tener presente el peso del aparato burocrático estatal en la Rusia zarista para medir la importancia de este hecho. Frente al gobierno, el sóviet se apoyaba en la mayoría del pueblo y en los obreros y soldados armados. Cuando el 1º de marzo el sóviet emite su célebre Orden Nº 1, mediante la cual ordena a la guarnición de Petrogrado ponerse bajo sus órdenes, y ello es acatado, queda absolutamente claro con quién están las masas. Esta situación, que con justicia ha sido llamada de "doble poder", podía ser interpretada desde el campo revolucionario de dos maneras: para los bolcheviques se trataba del desarrollo de los sóviets y de que éstos tomaran el poder; para los mencheviques y socialistas revolucionarios se trataba de utilizar el poder de los sóviets para apoyar la gestión del gobierno pues consideraban que en esa etapa de la revolución el bastón de mando correspondía a la burguesía.

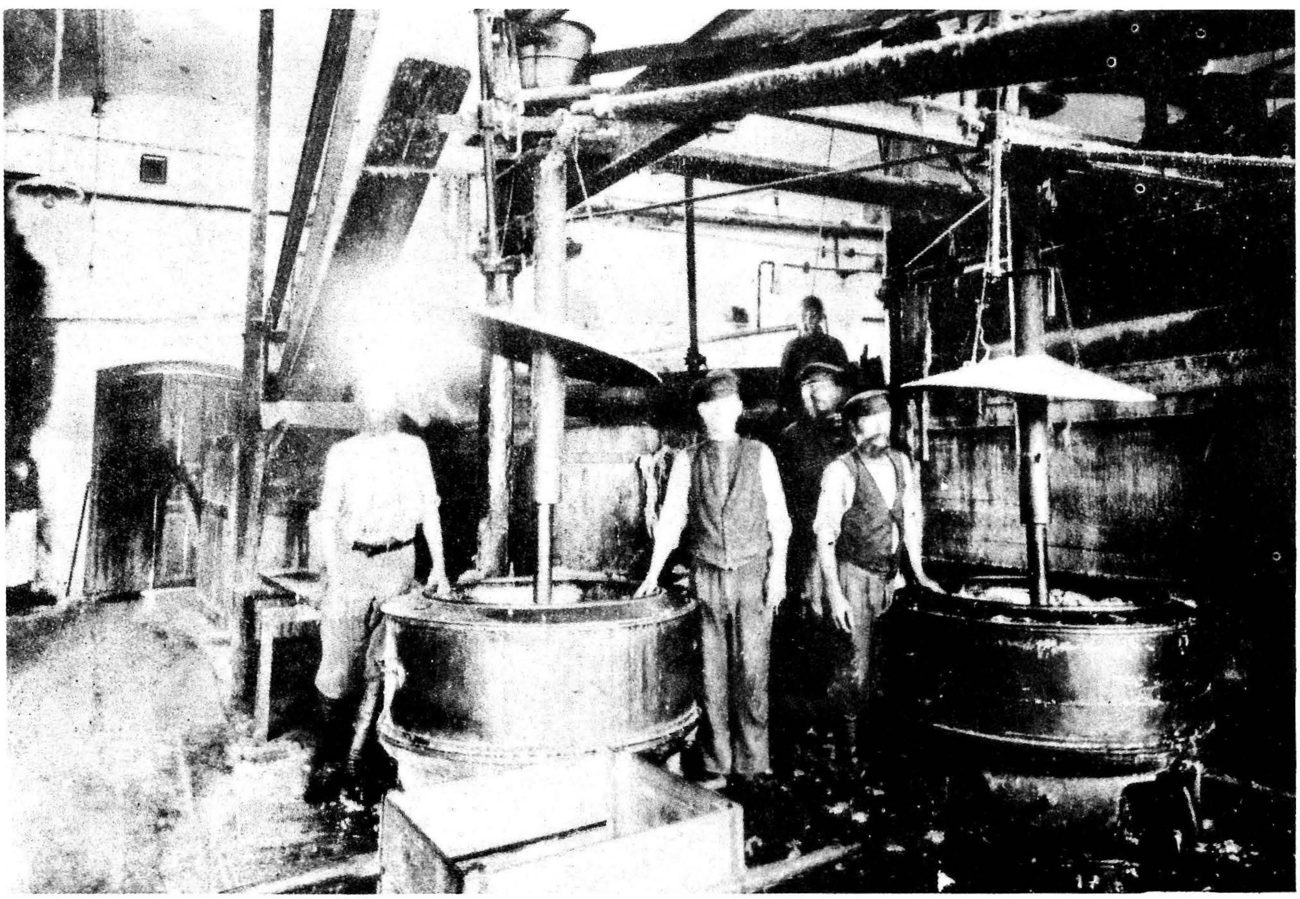
La actitud menchevique fallaba en la base. Si bien durante el primer mes de la revolución las masas reconocían en el gobierno provisional a "su" gobierno, no cabía esperar que esa situación se estabilizara pues ello tendría que haber sido el producto de una comunidad de intereses entre la clase obrera y la burguesía que en la Rusia de 1917 no se daba. Al apoyar al gobierno provisional —expresión de la burguesía y de los terratenientes capitalistas— quedaban sin respuesta ante la intolerancia que éste demostraba con el sóviet. La burguesía no podía admitir un organismo que se rigiera por las normas estrictas de la democracia. De allí que la obstinación en el apoyo al gobierno alejara cada día más a las masas obreras y campesinas de los mencheviques y socialistas revolucionarios.

Los bolcheviques

El 5 de marzo reapareció *Pravda.* El periódico, si bien denunciaba al gobierno provisional —al que caracterizaba como "gobierno de capitalistas y terratenientes"—, pedía que el sóviet convocara a una Asamblea Constituyente y levantaba la consigna de transformar la guerra imperialista en guerra civil. También publicó —y esto produjo confusión entre los bolcheviques— un artículo que planteaba que el centro de la política bolchevique era "golpear juntos" y que la revolución burguesa no había concluido. El 13 de marzo, con la llegada de los dirigentes exiliados en Siberia, se produjeron variantes en lo político y cambió la dirección del periódico, que adoptó una posición cercana a la de los mencheviques, impulsando la presión sobre el gobierno provisional para hacerle cambiar el rumbo. Años más tarde, Stalin diría sobre la situación de los bolcheviques que se hallaban en Rusia durante esta etapa: "El partido [. . .] —su mayoría— adoptó la política de que los sóviets presionaran sobre el Gobierno Provisional en la cuestión de la paz y no decidió dar inmediatamente el paso desde la antigua consigna de la dictadura del proletariado y el campesinado a la nueva consigna de 'el poder a los soviets' [. . .] La posición era profundamente errónea, ya que alimentó las ilusiones pacifistas, añadió combustible a las llamas del defensismo y obstaculizó el despertar revolucionario de las masas".

Al llegar Lenin el cuadro varió sensiblemente. Según el testimonio de Shliapníkov: "Todo el mundo había esperado que Vladímir Illich [. . .] llamaría al orden al buró ruso del comité central y especialmente al camarada Mo-





lótov, que había adoptado una posición particularmente irreconciliable frente al Gobierno Provisional. Sin embargo, resultó que quien estaba más cerca de Illich era precisamente Molótov".

La posición de Lenin contrastaba crudamente con la de los bolcheviques del interior de Rusia. El 6 de marzo hace telegrafiar a Petrogrado el siguiente mensaje: "Nuestra táctica: total desconfianza; ningún apoyo nuevo gobierno; sospechamos especialmente Kerenski; única garantía armar proletariado; elecciones inmediatas para Duma Petrogrado; ningún acercamiento a otros partidos". En este telegrama se sintetiza la posición desarrollada en las célebres *Tesis de abril* expuestas el 4 de abril en Petrogrado.

El centro de las *Tesis* era la número 2: "La peculiaridad del momento actual en Rusia consiste en el *paso* de la primera etapa de la revolución, que ha dado el poder a la burguesía por carecer el proletariado del grado necesario de conciencia y de organización, *a su segunda etapa*, que debe poner el poder en manos del proletariado y de las capas de los campesinos pobres". La transición entre ambas etapas estaba caracterizada por: la plena vigencia de la legalidad ("Rusia es, *actualmente*, el más libre de todos los países beligerantes"), la ausencia de violencia contra las masas y la confianza de éstas en el gobierno.

El segundo elemento de la línea expuesta en las *Tesis* consistía en la afirmación de que no había que adoptar una actitud conciliadora con el gobierno, de que había que "desenmascararlo" y de que era inútil exigirle que abandonara su carácter imperialista pues ello implicaba exigirse que dejara de ser capitalista. Los sóviets eran *"la única* forma *posible* de gobierno revolucionario", y esto implicaba una doble tarea: explicar los errores de su política y luchar para que la totalidad del poder pasara a sus manos. Con respecto al campesinado formulaba una línea de acción con dos componentes: la nacionalización de la tierra que debería pasar a disposición de los sóviets de obreros agrícolas y campesinos, y la conversión de las mayores explotaciones en haciendas modelo bajo el control de los diputados de los obreros agrícolas. En relación con la guerra, se consideraba que la única posibilidad de obtener la paz era el derrocamiento del gobierno capitalista, pues los vínculos existentes entre la guerra imperialista y la burguesía hacían imposible que ésta le pusiera fin. La táctica de Lenin tenía su centro en el paso de todo el poder a los sóviets.

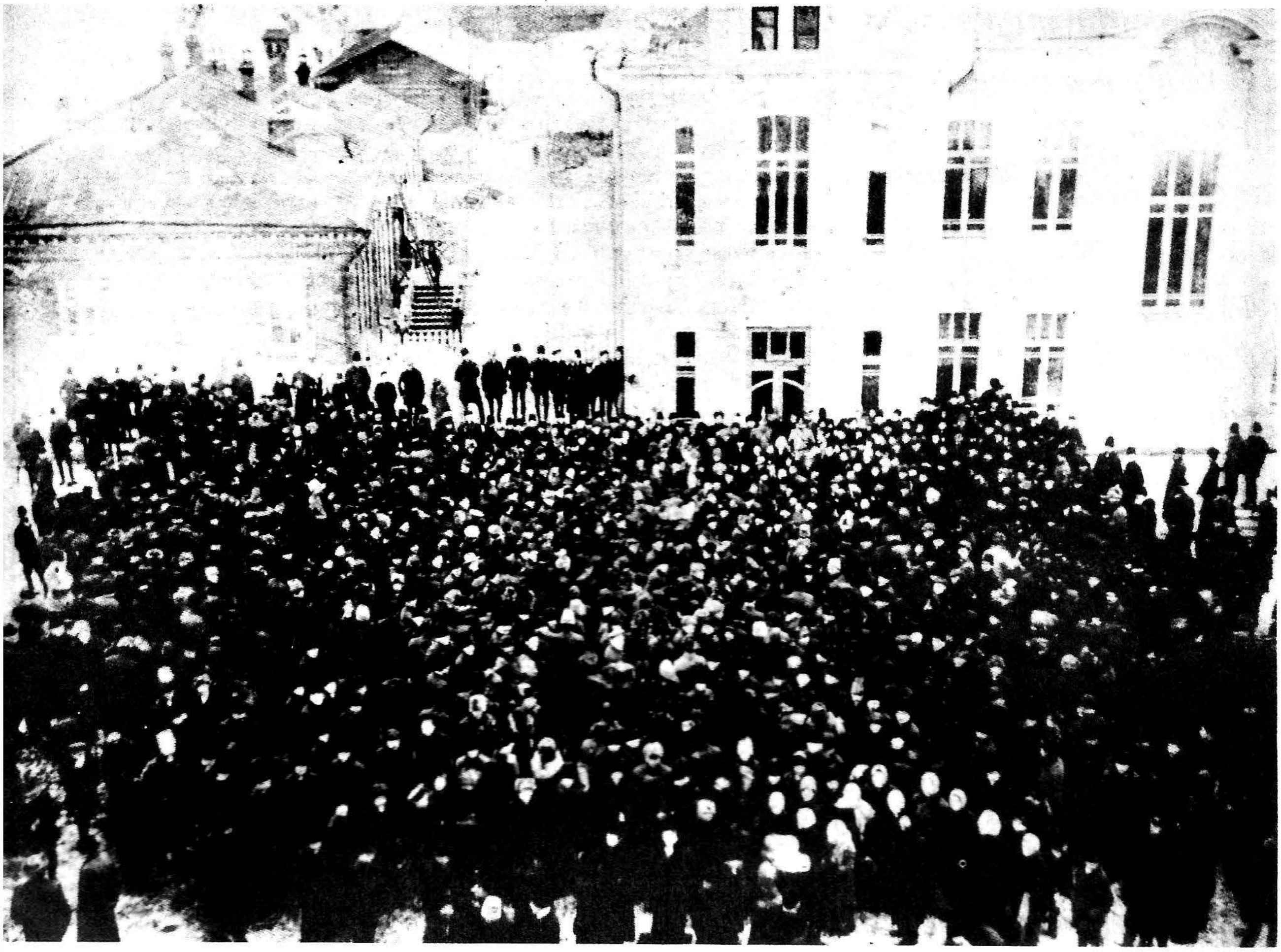
El paso del poder del zarismo a manos de la burguesía y los terratenientes capitalistas significaba el fin de la etapa burguesa de la revolución. Se iniciaba la etapa en que —como en 1848— la burguesía comenzaría a retroceder. La democracia parlamentaria había sido superada por un sistema infinitamente más democrático, el de los sóviets.

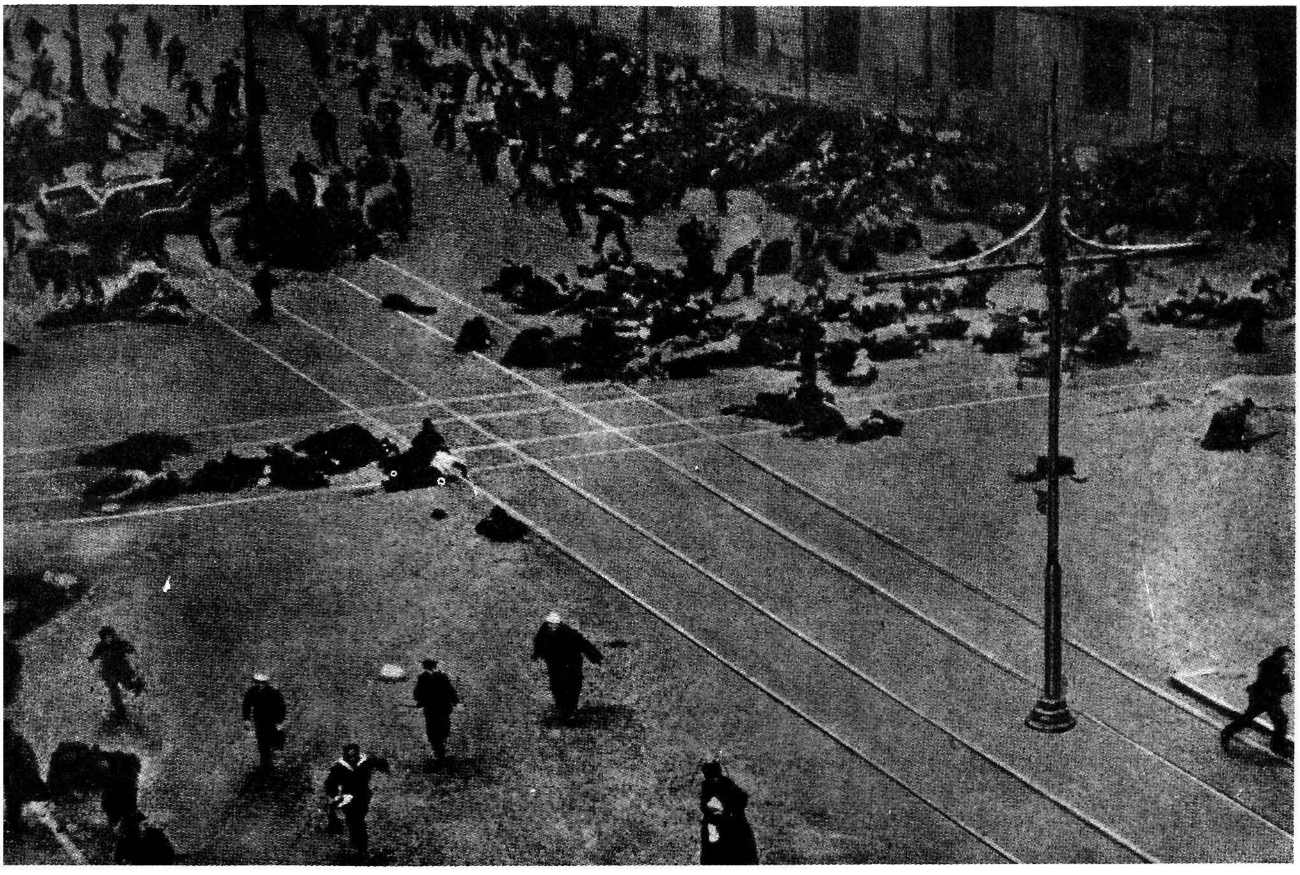
Por último, la posición de Lenin sobre la guerra no era "pacifista". Proponía una paz democrática en la que todas las potencias renunciarían a las anexiones y a las indemnizaciones; planteaba una posibilidad de poner fin a la guerra. Pero no vacilaba en proponer la guerra revolucionaria si de lo que se trataba era de defender el poder en manos del proletariado y de los campesinos pobres.

Tal línea implicaba una ruptura con la que habían seguido los bolcheviques durante los primeros días de la revolución de febrero. Pese al triunfo de la posición de Lenin el debate no quedó enteramente resuelto: incluso reapareció después de la toma del poder.

Para el gobierno provisional, y con él los mencheviques y los socialistas revolucionarios, Lenin personificaba el fantasma de la revolución. No en vano declaró Kerenski en una reunión de ministros: "Esperad, está llegando el mismo Lenin en persona. Entonces empezarán las cosas de verdad". Efectivamente, con la llegada de Lenin empezaron "las cosas de verdad".

"¡Abajo los ministros capitalistas! ¡Todo el poder a los sóviets!" Consignas populares durante las jornadas de junio.





"La peculiaridad del momento actual en Rusia consiste en el paso de la primera etapa de la revolución, que ha dado el poder a la burguesía por carecer el proletariado del grado necesario de conciencia y organización, a su segunda etapa, que debe poner al poder en manos del proletariado y de los campesinos pobres."
Lenin, 4 de abril de 1917.

Las tesis de abril

1. En nuestra actitud ante la guerra, que indiscutiblemente sigue siendo por parte de Rusia —también bajo el nuevo gobierno de Lvov y Cía., en virtud del carácter capitalista de este gobierno— una guerra imperialista de rapiña, no debe tolerarse ni la más insignificante concesión al "defensismo revolucionario".
El proletariado consciente sólo puede dar su asentimiento a una guerra revolucionaria que justifique real y verdaderamente el defensismo revolucionario si se dan las siguientes condiciones: a) que el poder pase a manos del proletariado; b) que se renuncie de hecho, y no sólo de palabra, a todas las anexiones; c) que se rompa realmente y de un modo absoluto con todos los intereses del capital.
Dada la indudable buena fe de grandes capas de la masa de partidarios del defensismo revolucionario, que admiten la guerra únicamente como una necesidad impuesta y no para fines de conquista, dado su engaño por la burguesía, es preciso explicarles su error de un modo particularmente minucioso, paciente y perseverante, explicarles la ligazón indisoluble que existe entre el capital y la guerra imperialista y demostrarles que sin derribar el capital *es imposible* poner fin a la guerra con una paz verdaderamente democrática y no con una paz impuesta por la fuerza.
Organizar la propaganda más amplia de este punto de vista en el ejército en operaciones.
Confraternización en el frente.
2. La peculiaridad del momento actual en Rusia consiste en el *paso* de la primera etapa de la revolución, que ha dado el poder a la burguesía por carecer el proletariado del grado necesario de conciencia y de organización, *a su segunda* etapa, que debe poner el poder en manos del proletariado y de los campesinos pobres.
Este tránsito se caracteriza, por una parte, por un máximo de legalidad (Rusia es, *actualmente*, el más libre de todos los países beligerantes); por otra parte, por la falta de violencia contra las masas y, finalmente, por la confianza inconsciente de éstas en el gobierno de los capitalistas, los peores enemigos de la paz y del socialismo.
Esta peculiaridad exige de nosotros capacidad para adaptarnos a las condiciones *específicas* de la labor del Partido entre masas extraordinariamente inmensas del proletariado, que acaban de despertar a la vida política.
3. Ni el menor apoyo al gobierno provisional; demostrar la falsedad absoluta de todas sus promesas, principalmente de la renuncia a las anexiones. Desenmascarar a *este* gobierno, que es un gobierno de capitalistas, en vez de 'exigir' que *deje de ser* imperialista, cosa inadmisible y que no hace más que despertar ilusiones.
4. Reconocer que en la mayor parte de los sóviets de diputados obreros, nuestro partido está en minoría y, por el momento, en una minoría débil, frente *al bloque de todos* los elementos pequeñoburgueses y oportunistas, sometidos a la influencia de la burguesía y que llevan dicha influencia al seno del proletariado, elementos que comprenden desde los socialistas-populares y los socialistas-revolucionarios hasta el Comité de Organización (Chjeídze, Tsereteli, etc.), Steklov, etc., etc.
Explicar a las masas que los sóviets de diputados obreros son *la única* forma *posible* de gobierno revolucionario, por cuya razón, mientras *este* gobierno se someta a la influencia de la burguesía, nuestra misión solo puede consistir en *explicar* los errores de su táctica de un modo paciente, sistemático, tenaz y adaptado especialmente a las necesidades prácticas de las masas.
Mientras estemos en minoría desarrollaremos una labor de crítica y esclarecimiento de los errores, propugnando, al mismo tiempo, la necesidad de que todo el poder del estado pase a los sóviets de diputados obreros, para que, sobre la base de la experiencia, las masas se desprendan de sus errores.
5. No una república parlamentaria —volver a ella desde los sóviets de diputados obreros sería dar una paso atrás—, sino una república de los sóviets de diputados obreros, obreros agrícolas y campesinos, en todo el país, de abajo arriba.
Supresión de la policía, del ejército *, de la burocracia.
La remuneración de los funcionarios, todos ellos elegibles y que pue-

dan ser removidos en cualquier momento, no deberá nunca exceder el salario medio de un obrero calificado.

6. En el programa agrario trasladar el centro de gravedad a los sóviets de diputados obreros agrícolas.

Confiscación de todas las tierras de los terratenientes.

Nacionalización de *todas* las tierras del país, de las que dispondrán los sóviets locales de diputados obreros agrícolas y campesinos. Creación de sóviets especiales de diputados campesinos pobres. Transformación de todas las grandes fincas (con una extensión de 100 a 300 desiatinas, según el lugar y las demás condiciones, y conforme determinen los organismos locales) en haciendas modelo bajo el control de diputados de los obreros agrícolas y a cuenta de la comunidad.

7. Fusión inmediata de todos los bancos del país en un Banco Nacional único, sometido al control de los sóviets de diputados obreros.

8. Nuestra tarea *inmediata* no es la "implantación" del socialismo, sino la simple instauración del *control* de la producción social y de la distribución de los productos por los sóviets de diputados obreros.

9. Tareas del partido:

a) Celebración inmediata de un congreso del partido.

b) Cambio del programa del partido, principalmente:

1) sobre el imperialismo y la guerra imperialista;

2) sobre la actitud ante el estado y *nuestra reivindicación* de un "estado-comuna" ** ;

3) reforma del programa mínimo, ya anticuado.

c) Cambio de nombre del partido ***.

10. Renovación de la Internacional.

Iniciativa de creación de una Internacional revolucionaria, de una Internacional contra los *socialchovinistas* y contra el "centro" ****.

* Es decir, sustitución del ejército permanente por el pueblo en armas.

** Es decir, de un estado cuyo prototipo ha sido dado por la Comuna de París.

*** Abandonando el nombre de "socialdemocracia", cuyos líderes oficiales han traicionado al socialismo en el mundo *entero* y se han pasado a la burguesía (lo mismo los "defensistas") que los vacilantes "kautkistas"); en lo sucesivo deberemos llamarnos *Partido Comunista*.

**** Se llama "centro", en la socialdemocracia internacional, a la tendencia que oscila entre los chovinistas (o "defensistas") y los internacionalistas, tendencia representada en Alemania por Kautsky y Cía., en Francia por Longuet y Cía., en Rusia por Chjeídze y Cía., en Italia por Turati y Cía., en Inglaterra por MacDonald y Cía., etc.

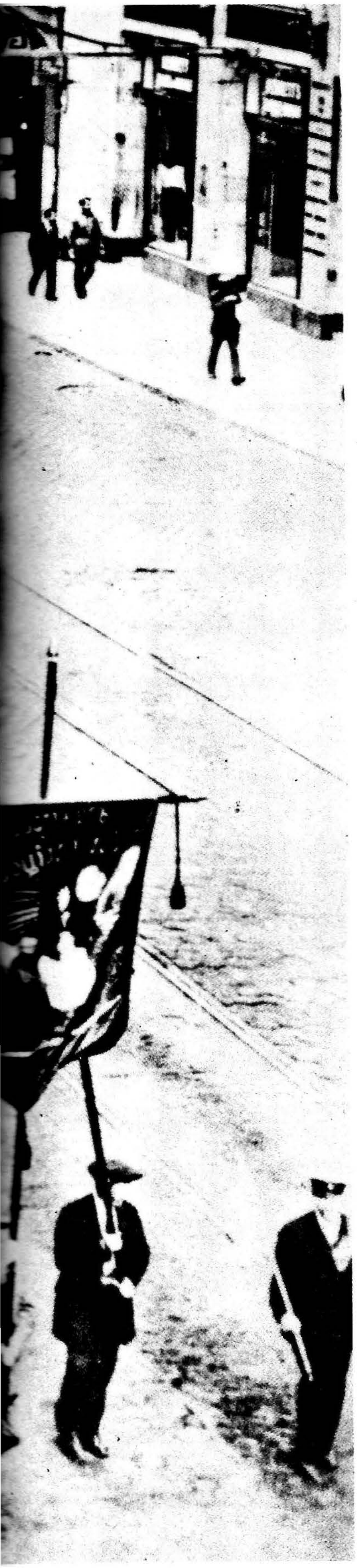
(Lenin, *Obras Completas,* t. XXIII.)

La crisis de abril

La primera crisis del gobierno provisional se produjo en torno al problema de la guerra. El gobierno no había roto con la política exterior zarista y el principal indicador de la continuidad era la negativa a publicar los tratados secretos suscriptos por Nicolás. El 14 de marzo el sóviet de Petrogrado aprueba una resolución llamando a los pueblos del mundo a tomar en sus manos la decisión del problema de la guerra y la paz. El menchevique Chejeídze, presidente del sóviet, señala: "...al dirigirnos a los alemanes no soltamos los fusiles. Y, antes de hablar de paz, sugerimos que los alemanes sigan nuestro ejemplo y derriben a Guillermo...". El sóviet —incluidos los bolcheviques— aprueba esta consigna. La única voz disonante es la de Lenin, que desde Zürich, aprueba la consigna de que los alemanes derroquen a Guillermo, agregando: "Pero ¿por qué no se añadió también: los ingleses, los italianos, etc., a sus reyes y los rusos a sus monárquicos Lvov y Guchkov?" Pero, pese a sus limitaciones, la línea del sóviet significaba un cierto enfrentamiento con el gobierno provisional. El 27 de marzo el gobierno y el sóviet llegan a un acuerdo que, en palabras de Miliúkov, "No exigía cambio alguno en la continuación de esa política". El 30 del mismo mes la Primera Conferencia de los Sóviets de toda Rusia aprueba un documento en el cual se exige a los aliados la renuncia a las anexiones e indemnizaciones y pide al gobierno que lo envíe.

El gobierno acepta, pero adjunta una nota declarando que se compromete a no suscribir una paz por separado, que busca una "victoria decisiva" y que apoya las medidas necesarias para evitar una nueva guerra. El 20 de abril se publica el documento. Al día siguiente las calles se lle-





nan de manifestantes que protestan contra Miliúkov.
Las manifestaciones habían comenzado espontáneamente, pero significaban un apoyo a la línea bolchevique. Ya las masas comenzaban el viraje hacia el enfrentamiento con la guerra: [...] la gran masa, inestable, vacilante, la que más próxima está del campesinado, es, en un sentido científico de clase, masa pequeño-burguesa que, *apartándose* de los capitalistas, fluctúa *hacia* los obreros revolucionarios. Esta fluctuación o movimiento de masas, con fuerza capaz de *decidirlo todo*, fue precisamente lo que produjo una crisis" (Lenin, 22 de abril de 1917).
La crisis de abril abre un abismo entre el pueblo y los dirigentes del sóviet, que ya no cesaría de ensancharse. El gobierno supera la crisis mediante la incorporación de los mencheviques y de los socialistas revolucionarios. En un principio el sóviet había rechazado la colaboración de sus miembros con el gobierno; sin embargo, poco después revisó ese criterio por temor a la guerra civil. En el nuevo gobierno ingresa el socialista revolucionario Chernov en la cartera de agricultura, los mencheviques Skobélev y Tsereteli en trabajo y comunicaciones, respectivamente, y el socialista popular Peshejónov en alimentación. La incorporación de seis ministros socialistas, sobre dieciséis, tenía el objetivo de mejorar las relaciones con el sóviet. Sin embargo, el dominio de los kadetes hacía difícil diferenciar la política del nuevo gobierno de la del viejo, por lo cual los socialistas revolucionarios y los mencheviques aparecían vinculados a una política repudiada por las masas.

El crecimiento de la revolución

En tanto, en el seno del partido bolchevique se desarrollaba una lucha intensa. El 7 de abril fueron publica-

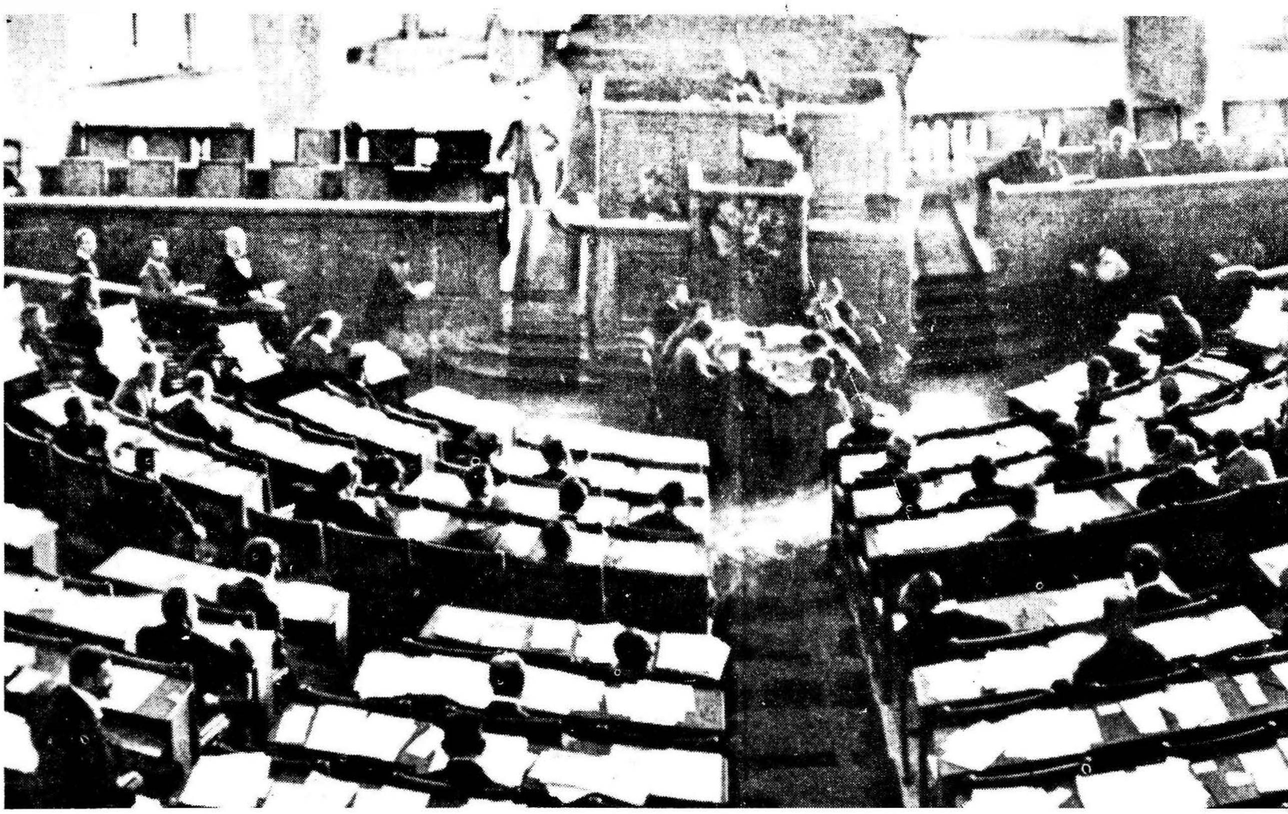
Las movilizaciones masivas espontáneas imponen la presencia del pueblo en las calles de Moscú: un signo inequívoco de que la era de los cabildeos burgueses ha terminado.

das las *Tesis* de Lenin, con una nota que señalaba que ellas eran su "opinión personal". Al día siguiente las *Tesis* son discutidas por el Comité de Petrogrado, que las rechaza por trece votos contra dos y una abstención. El 14 de abril se reúne la Conferencia de Petrogrado, preanunciando la batalla de la Conferencia General del Partido. La oposición a Lenin no estaba dispuesta a derrocar el gobierno y afirmaba que los sóviets debían jugar el papel de control del gobierno. El triunfo de Lenin inicia el paso de los bolcheviques hacia su propuesta: diez días después, la conferencia del partido, conocida como "Conferencia de abril", aprueba las resoluciones propuestas por Lenin. A partir de ese momento el partido en su conjunto actúa bajo el objetivo de hacer que el poder pase a los sóviets.
La influencia bolchevique se acrecentaba constantemente: en febrero tenía unos 20.000 afiliados; en abril, 80.000; su crecimiento se producía fundamentalmente entre el proletariado urbano. Cuando el 4 de mayo se reúne el Primer Congreso Panruso de Sóviets Campesinos, de 1.100 delegados apenas 103 son mencheviques o bolcheviques.
El 30 de mayo se reúne la primera conferencia de Comités de Fábrica de Petrogrado. Lenin interviene con un discurso en el cual exige "un *control obrero* que lleve a todos los organismos responsables una mayoría de obreros". Le respondió el ministro de trabajo, el menchevique Skobélev, quien insistió —según Kochan— en "que la revolución aún estaba en su fase burguesa, condenó la transferencia de las fábricas a los obreros y afirmó que el control de la industria no podía ser ejercido por una sola clase, sino por el estado", La resolución principal, redactada por Lenin y Zinóviev, exigía un "auténtico control obrero" y fue aprobada por 297 votos contra 21 y 44 abstenciones. La distancia entre el gobierno y las masas se acrecentaba. Sin embargo, aún les quedaba a los bolcheviques mucho terreno por ganar. Cuando el 3 de junio se reúne el Congreso de los Sóviets de toda Rusia los delegados bolcheviques son 105, sobre un total de 822. En este congreso el grupo "Interdistritos", encabezado por Trotski, actúa en un todo de acuerdo con la delegación bolchevique. Posteriormente sus 4.000 militantes se incorporarían al partido bolchevique y algunos de ellos —como Trotski— al Comité Central. Al segundo día del Congreso, cuando el menchevique Tsereteli declara: "En el momento presente no hay ningún partido que pueda decir: 'Dejad el poder en nuestras manos, marchaos, nosotros ocuparemos vuestro lugar'. Tal partido no existe en Rusia", Lenin desde su asiento le contesta: "Ese partido existe". La solemne declaración es recibida con un estrepitoso coro de carcajadas. Ciento diez días después, con Lenin a la cabeza, los bolcheviques se hacían cargo del gobierno.

La guerra continúa

Durante la primera mitad de 1917, en medio de la guerra, comienza el renacimiento del movimiento obrero. El total de huelguistas en Alemania, Inglaterra y Francia, fue de 1.150.000 en 1913, 670.000 en 1914, 471.000 en 1915, 446.000 en 1916 y 1.833.000 en 1917.
En abril había comenzado una serie de motines en el ejército francés. A partir de febrero comenzó a reinar, de hecho, la paz en el frente oriental; los soldados se mantenían en un estado de asamblea permanente. Los alemanes colaboraban manteniendo un actitud pasiva. El gobierno provisional se encontró, entonces ante la necesidad de optar entre la paz por separado y la organización de una ofensiva. Continuar en la pasividad significaba la desintegración del ejército.
Los intentos por insuflar una moral de ofensiva se habían realizado desde el comienzo de la revo-

Las fachadas del orden burgués: Kerenski presencia una revista militar y una sesión de la Duma.





lución con la activa participación de los gobiernos aliados. Cuando comenzó el retorno de los emigrados políticos el gobierno comenzó a discriminar. Los que, como Trotski, se oponían a la guerra e intentaron regresar por Inglaterra fueron detenidos en campos de prisioneros. Otro fue el caso de Plejánov —furiosamente dispuesto a proseguir la guerra contra alemania—, que regresó a Rusia en un acorazado inglés. También fueron a Rusia delegados socialistas de los países aliados para convencer a los rusos de la necesidad de continuar la guerra. Social-patriotas como Vandervelde calificaron este movimiento como movimiento de "preparación moral de la ofensiva". Pero todos estos intentos fracasaron.

El desarrollo de la revolución colocó al gobierno en la necesidad de pasar a la ofensiva. En palabras del general Denikin: "Una ofensiva acompañada por el éxito [...] podía levantar y purificar su moral, si no con una explosión de patriotismo, sí con una arrolladora e intoxicante sensación de victoria. Esta sensación destruiría todos los dogmas internacionales, sembrados por el enemigo en el receptivo suelo del estado de ánimo derrotista de los partidos socialistas. La victoria proporcionaría la paz externa y también algunas posibilidades de paz interior. Una derrota abriría ante el estado un abismo sin fondo. El riesgo era inevitable y estaba justificado por su objetivo: la salvación del país". El riesgo del fracaso era muy grande, pero el gobierno y los partidos que lo formaban resolvieron correrlo. El sóviet lanzó encendidas proclamas llamando a los soldados a la lucha; el gobierno emitió declaraciones convocando a la defensa de la patria revolucionaria; Kerenski se trasladó al frente para levantar el ánimo de las tropas. Nuevamente la única voz disidente fue la de los bolcheviques: "Hay un hecho que ninguna frase, por altisonante que sea, puede encubrir, y es que el ejército revolucionario de Rusia es lanzado al combate en nombre de los objetivos

La preparación de la insurrección

¡Acusar a los marxistas de blanquismo porque conciben la insurrección como un arte! ¿Cabe falseamiento más patente de la verdad, cuando ningún marxista niega que fue el propio Marx quien se pronunció del modo más concreto, más claro y más irrefutable acerca de este problema, quien dijo que la insurrección es un arte, que es preciso considerarla como tal, que es necesario conquistar un primer triunfo y seguir luego avanzando de uno a otro, sin interrumpir la ofensiva contra el enemigo, aprovechando su confusión, etc., etc.?

Para poder triunfar, la insurrección debe apoyarse no en una conspiración, en un partido, sino en la clase más avanzada. Esto en primer lugar. En segundo lugar, debe apoyarse en el ascenso revolucionario del pueblo. Y en tercer lugar, la insurrección debe apoyarse en aquel momento de viraje en la historia de la revolución ascendente en que la actividad de la vanguardia del pueblo sea mayor, en que mayores sean las vacilaciones en las filas de los enemigos y en las filas de los amigos débiles, vacilantes, indecisos, de la revolución. Estas tres condiciones son las que, en el planteamiento del problema de la insurrección, diferencian el marxismo del blanquismo.

[...] Tenemos con nosotros a la mayoría de la clase de vanguardia de la revolución [...]. Tenemos con nosotros a la mayoría del pueblo [...]. Tenemos la ventaja de una situación en la que el partido, en medio de las más inauditas vacilaciones, tanto de todo el imperialismo como del bloque íntegro de los mencheviques y eseristas, conoce perfectamente cuál es su camino [...]. Tenemos el triunfo asegurado, pues el pueblo está ya al borde de la desesperación [...].

Contamos con todas las premisas objetivas para una insurrección triunfante. Contamos con las excepcionales ventajas de una situación en que sólo nuestro triunfo en la insurrección pondrá fin a las vacilaciones que agotan al pueblo [...]; en la que sólo nuestro triunfo en la insurrección hará fracasar todas las maniobras de paz por separado, dirigidas contra la revolución, y las hará fracasar mediante la oferta franca de una paz más completa, más justa, más próxima, una paz en beneficio de la revolución.

(Lenin, setiembre de 1917.)



Partidario de tibias reformas, Kerenski no pudo colocarse a la altura de los acontecimientos. En los días de noviembre de 1917 el representante del gobierno provisional se refiere a la ocupación de fundos por los campesinos pobres: "En medio de una guerra, vastas zonas del país han pasado a manos de gentes totalmente desconocidas".

"La situación objetiva es esta: o la victoria completa de la dictadura militar o la insurrección armada de los obreros". Lenin.

imperialistas de Inglaterra, Francia, Italia, Japón, Estados Unidos. Ningún sofisma [...] puede ocultar que si el ejército ruso y el proletariado ruso no tienen realmente ningún objetivo de ocupación, eso no cambia en lo más mínimo el carácter imperialista, rapaz, que tiene la lucha de dos trusts mundiales. Mientras no se revisen los tratados secretos que atan a Rusia a los imperialistas de los otros países, mientras Ribot, Lloyd, George y Sonnino, como aliados de Rusia, sigan hablando de los objetivos anexionistas de su política exterior, la ofensiva de las tropas rusas es y sigue siendo un servicio prestado a los imperialistas".

Al principio la ofensiva fue exitosa, más por la sorpresa que por la eficacia militar. Pero cuando se produjo el contraataque alemán el ejército ruso huyó en desbandada. El 6 de julio la ofensiva había fracasado estrepitosamente.

Las jornadas de julio

Para el 10 de junio los bolcheviques convocaron a una manifestación en Petrogrado. Sus consignas eran: "Todo el poder a los sóviets". "Abajo los diez ministros capitalistas", "Ni paz separada con los capitalistas alemanes ni tratados secretos con los capitalistas anglofranceses", etc. El 9 de junio el Ejecutivo del Primer Congreso de los Sóviets de toda Rusia prohibe las manifestaciones por varios días aduciendo que éstas serían aprovechadas por sectores contrarrevolucionarios. Los bolcheviques acatan la resolución. El problema que se presentaba era la intención del gobierno de la mayoría de los sóviets de hacer desaparecer a los bolcheviques de la arena política, y éstos aún no estaban en condiciones de soportar semejante enfrentamiento.

Para contrarrestar los efectos negativos de la prohibición de una manifestación pacífica el sóviet convoca a una manifestación para el 18 junio, día del comienzo de la ofensiva. Pero las expectativas depositadas por el Sóviet en el proletariado de Petrogrado, con el apoyo del cual contaba, se frustran totalmente: los manifestantes desfilan siguiendo las consignas bolcheviques.

La noche del 18 pudo estallar nuevamente la crisis política, pero el comienzo de la ofensiva apacigua la tensión política y da pie para que madure una crisis de mayor profundidad.

Entre el 3 y 5 de julio estallan en Petrogrado manifestaciones espontáneas que ponen a los bolcheviques ante el hecho consumado: los obreros y los soldados exigen en la calle el poder para los sóviets. Los bolcheviques entonces se ponen a la cabeza y pugnan por darle una organización a estos hechos. Los manifestantes salían a la calle sin tener muy en claro sus objetivos. Los bolcheviques actuaron como factor moderador; sin su influencia pudo haberse producido un gran derramamiento de sangre. La multitud de factores que originaron estas manifestaciones espontáneas pueden agruparse en torno a un hecho: el cansancio de las masas con respecto a un gobierno que de palabra reconocía sus aspiraciones pero que no hacía nada por satisfacerlas. A ello se añadió, el 6 de julio, el anuncio del fracaso de la ofensiva.

En ese momento la situación de los bolcheviques era muy delicada. Por un lado presionaban a las masas para que se lanzaran a la toma del poder; por el otro debían frenarlas para evitar que el combate decisivo se diera antes de tiempo. Esta política los exponía a dos peligros: que las masas los sobrepasaran o que la reacción los destruyera. Pero no se agota todo en ésto. El movimiento espontáneo de julio da por tierra con la posibilidad fugaz de una toma pacífica del poder. La convocatoria de tropas del frente para reprimir las manifestaciones plasma la alianza de los mencheviques y socialistas revolucionarios con la burguesía. El próximo paso es la insurrección y los bolcheviques





retiran la consigna de "Todo el poder a los sóviets".

La puja por el poder

A partir de la crisis de julio se abre una etapa de clara lucha por el poder. El 7 de julio Kerenski forma un gobierno aún más derechista que el anterior. En palabras de Miliúkov, "... la verdadera preponderancia dentro del gabinete correspondía incondicionalmente a los miembros de la democracia burguesa". El nuevo gabinete inicia un ataque en toda la línea contra los bolcheviques: prohíbe las publicaciones que apoyen la desobediencia en el ejército o impulsen a la violencia; prohíbe las manifestaciones en Petrogrado; condena los intentos de los campesinos de apropiarse de la tierra; asume el derecho de disolver las reuniones que considere peligrosas para la seguridad estatal o el esfuerzo bélico y amenaza con trabajos forzados a "los culpables de cometer actos de violencia con el propósito de alterar la actual estructura estatal rusa, desmembrar a Rusia de cualquiera de sus partes, destruir los órganos del poder supremo del estado o privarles la posibilidad de ejercer tal poder". En conjunto las medidas del gobierno impedían a los bolcheviques desarrollar su actividad política, pues las principales prohibiciones se referían a la difusión de sus consignas; además prohibía explícitamente luchar por cambios en el poder.
El objetivo de las derechas era estabilizar la situación hasta que se lograra superar la creciente influencia bolchevique. Al postergar nuevamente la convocatoria de la Asamblea Constituyente, se posponía en realidad la introducción de modificaciones radicales, con lo cual se acrecentaba el descontento popular. El gran error de las derechas fue basar su política exclusivamente en la represión. Los sectores más lúcidos vieron el peligro e insinuaron que debía buscarse la paz por separado con Alemania. Pero la ligazón del gobierno con el imperialismo anglofrancés tornaba imposible tal medida, la cual hubiera producido, indudablemente, un aflojamiento de la tensión política.

Otro importante elemento de la política que asumen el gobierno y la mayoría del sóviet lo constituye una desenfrenada campaña de denuncias de los bolcheviques como agentes alemanes.

Por intermedio de un viejo delator policial aparecieron "documentos" que "demostraban" que los bolcheviques actuaban a las órdenes de los alemanes. No vale la pena detenerse en la notoria falsedad de la argumentación, pero es importante señalar que los defensores del *statu quo* creyeron que efectivamente los bolcheviques eran agentes alemanes y que el crecimiento de su influencia se debía al dinero alemán y no al hecho de que expresaran la voluntad popular.

Esta ceguera política impidió al gobierno articular una respuesta que pudiera frenar efectivamente el crecimiento bolchevique.

La campaña contra los bolcheviques no podía ir más allá de ciertos límites pues ello hubiera implicado poner en cuestión a los restantes partidos de izquierda, portaestandartes de la campaña. Es decir, el gobierno, acorralado, practicó durante esta etapa una política defensiva.

Centralizó su acción en una campaña de descrédito a los bolcheviques a la espera de un error [de éstos] para poder actuar con energía. Advertidos de la maniobra, los bolcheviques no perdieron la serenidad y, en cierta medida, le dejaron la iniciativa a la derecha y trabajaron para señalar ante el pueblo de dónde venía el peligro contrarrevolucionario. Por fin, la derecha intentó resolver las cosas "a la antigua" y la intentona de Kornílov rompió el delicado equilibrio mantenido por el gobierno hasta el momento.

En la foto superior: León Trotski, uno de los dirigentes más importantes del alzamiento armado y presidente del Sóviet de Petrogrado. Abajo: Junto a los obreros, los campesinos pobres. La indiferencia de Kerenski con respecto al problema de la tierra fue uno de los factores que determinaron la adhesión de los campesinos a los bolcheviques.





La caballería de Kornílov en acción. El complot fue sofocado en pocos días, ya que sus tropas se pasaron, gradualmente, al bando popular.

La lucha en el partido bolchevique

El brusco viraje volvió a sacudir al partido bolchevique. El análisis de Lenin parte entonces de la caducidad de la dualidad de poderes y de la imposibilidad del tránsito pacífico a la segunda etapa de la revolución: "Las armas en manos del pueblo, y libre éste de toda violencia exterior: tal era el *fondo* de la cuestión. Esto era lo que abría y garantizaba a toda la revolución una senda pacífica para su desarrollo"; pero ahora, "el estado de la inestabilidad del poder ha cesado; éste ha pasado, en el punto decisivo, a manos de la contrarrevolución". En las jornadas de julio la burguesía contrarrevolucionaria, aliada a los monárquicos, termina de ligar a su política a los socialistas revolucionarios y mencheviques. De allí la caducidad de la consigna que pedía el paso del poder a los sóviets. Los detentadores del poder sólo podían ser vencidos ahora por las masas revolucionarias del pueblo, dirigidas por el proletariado: "Fuera del proletariado revolucionario no hay nada, ni existe fuerza alguna capaz de derrocar a la contrarrevolución burguesa [...]. El poder en manos del proletariado, contando con el apoyo de los campesinos pobres o de los semiproletarios: he ahí la única salida". Pero aún el momento no es favorable para el paso a formas superiores de la lucha política: "lanzarse hoy a la acción y organizar la resistencia equivaldría a hacer el juego a la contrarrevolución [...] la lucha decisiva sólo podrá darse cuando la revolución vuelva a prender con impulso ascensional en lo más profundo de las masas".

La irrupción del campesinado

De febrero a julio los movimientos campesinos fueron creciendo hasta cubrir toda Rusia. La base de estas movilizaciones eran los sóviets de campesinos, creados fundamentalmente con el aporte de los socialistas revolucionarios. Desde un comienzo los bolcheviques habían incitado al campesinado a que ocupara tierras que los sóviets se encargarían de manejar. Ya en una carta del 4 de marzo Lenin acusaba al gobierno de que su programa no decía "ni una palabra acerca del reparto de la tierra entre los campesinos y de la entrega a éstos sin indemnización de todas las propiedades señoriales"; y el 10 de abril afirmaba: "Deben ser los *sóviets* regionales y locales *de diputados campesinos* —y en ningún modo la burocracia, los funcionarios— quienes *dispongan* entera y exclusivamente de la tierra y fijen las *condiciones locales* de su posesión y disfrute".
Pese a la enorme influencia que los socialistas revolucionarios tenían en el seno del campesinado no pudieron capitalizar el descontento de éste. Su acuerdo con la burguesía contrarrevolucionaria les imponía postergar la resolución del problema de la tierra hasta la convocatoria de la Asamblea Constituyente. La participación del socialista revolucionario Chernov en el gobierno acrecentó el desprestigio de éstos pues la burguesía le impidió concretar todo tipo de medidas que significaran cambios en el régimen de propiedad de la tierra.

La sublevación de Kornílov

Las jornadas de julio demostraron que los mencheviques y los socialistas revolucionarios eran incapaces de detener





"Se os dice que no tenéis derecho a sublevaros. ¡La insurrección es un derecho tomado por todos los revolucionarios! Cuando las masas oprimidas se rebelan, ejercen su derecho." Trotski. Citado por John Reed en "Diez días que conmovieron al mundo".

Decreto sobre la paz

El gobierno obrero y campesino [...] propone a todos los pueblos beligerantes y a sus gobiernos entablar negociaciones inmediatas para una paz justa y democrática.
El gobierno considera la paz inmediata, sin anexiones (es decir, sin conquistas de territorios ajenos, sin incorporación de pueblos por la fuerza) y sin indemnizaciones, como una paz justa y democrática [...]
Esta es la paz cuya aceptación inmediata propone el Gobierno de Rusia a todos los pueblos beligerantes, declarándose dispuesto a hacer, sin dilación alguna, cuantas gestiones sean necesarias hasta la ratificación definitiva de todas las condiciones de una paz semejante por las asambleas autorizadas de los representantes del pueblo de todos los países y de todas las naciones [...]
El Gobierno pone fin a la diplomacia secreta, manifestando su firme resolución de llevar las negociaciones a la luz del día ante todo el pueblo, y disponiendo la inmediata e íntegra publicación de los tratados secretos, ratificados o concertados por el gobierno de los terratenientes y capitalistas desde febrero hasta el 25 de octubre de 1917. Declara absoluta e inmediatamente anuladas las cláusulas de estos tratados secretos, en la medida que tiendan, como ocurre en la mayoría de los casos, a proporcionar ventajas y privilegios a los terratenientes y a los capitalistas rusos y a mantener o a aumentar las anexiones de los gran-rusos [...]
Al dirigir esta proposición de paz a los gobiernos y a los pueblos de todos los países beligerantes, el Gobierno provisional obrero y campesino de Rusia se dirige también, y sobre todo, a los obreros conscientes de las tres naciones más adelantadas de la humanidad y de los tres estados más importantes que toman parte en la actual guerra: Inglaterra, Francia y Alemania. Los obreros de estos países han prestado los mayores servicios a la causa del progreso y del socialismo; [...] los obreros de esos países comprenderán el deber que tienen hoy de librar a la humanidal de los horrores de la guerra y sus consecuencias, porque esos obreros, con su actividad múltiple, resuelta, abnegada y enérgica, nos ayudarán a llevar a feliz término la causa de la paz y, con ello, la causa de la liberación de las masas trabajadoras y explotadas de toda esclavitud y toda explotación.

(Lenin, *Obras Completas,* t. XXVI.)

Decreto sobre la tierra

1) Queda abolida en el acto, sin ninguna indemnización, la propiedad terrateniente.
2) Las fincas de los terratenientes, así como todas las tierras patrimoniales de los monasterios y de la Iglesia, con todo su ganado de labor y aperos de labranza, edificios y dependencias pasan a disposición de los comités agrarios comarcales y a los sóviets de diputados campesinos de distrito hasta que se reúna la Asamblea Constituyente.
3) Cualquier deterioro de los bienes confiscados, que desde este momento pertenecen a todo el pueblo, será considerado un grave delito, punible por el tribunal revolucionario. Los sóviets de diputados campesinos de distrito adoptarán todas las medidas necesarias para asegurar el orden más riguroso en las confiscación de las fincas de los terratenientes, para determinar exactamente los terrenos confiscables y su extensión, para inventariar con detalle todos los bienes confiscados y para proteger con el mayor rigor revolucionario todas las explotaciones agrícolas, edificios, aperos, ganado, reservas de víveres, etc., que pasan al pueblo.
5) No se confiscan las tierras de los simples campesinos y cosacos.

(Lenin, *Obras Completas,* t. XXVI.)



la ola probolchevique en el pueblo. La burguesía apeló entonces a la dictadura militar. Kornílov encontró eco en la Conferencia de Estado, una reunión de partidos e instituciones que excluyó a los bolcheviques. Kornílov hizo una rápida carrera bajo el gobierno de Kerenski. Se ofreció para ser comandante en jefe —para lo cual exigió la restauración de la pena de muerte y los consejos de guerra sumarísimos en el campo de batalla— y el 16 de julio fue nombrado en ese cargo. En una carta a su ayudante de campo quedó documentado su programa: "Ha llegado el momento de colgar a los agentes alemanes encabezados por Lenin, de dispersar al sóviet de Representantes Obreros y Soldados, de forma que nunca jamás llegue a reunirse de nuevo". Kornílov comenzó a concentrar tropas reaccionarias en los alrededores de Petrogrado. Advertido de la maniobra Kerenski lo depuso el 26 de agosto, pero Kornílov no aceptó la medida y aceleró sus planes. El gobierno se encontró en un trance difícil, pues los kadetes estaban vinculados a la contrarrevolución y los socialistas revolucionarios y mencheviques pensaban que Kerenski era su impulsor secreto.

La sublevación colocó nuevamente las cosas en su lugar. Las tropas de Kornílov más que por las balas fueron derrotadas por los agitadores. Una tras otra sus fuerzas fueron pasando al campo de la revolución y poniéndose del lado de los bolcheviques. En unos pocos días todo el fantasma de los "agentes alemanes" se esfumó y los bolcheviques surgieron fortalecidos, erigidos en los verdaderos defensores de la revolución. A partir de ese momento el gobierno tiene sus días contados. La intentona de Kornílov tornaba difícil reflotar un gabinete de coalición. Durante un mes Kerenski estuvo solo, a la deriva, sin poder constituir gobierno. Pero por fin consiguió nuevamente el apoyo de los kadetes y de los socialistas revolucionarios y los mencheviques. El 25 de setiem-

Jóvenes guardias rojos custodian las calles. En la composición de las milicias obreras un importante porcentaje correspondía a las mujeres, ancianos y adolescentes.







bre nace el último gobierno de coalición. "Nosotros [...] los bolcheviques declaramos que no tenemos nada en común con este gobierno traidor", afirma entonces Trotski, oficialmente, en el sóviet de Petrogrado.
El 30 de agosto Lenin dirige una carta al Comité Central en que afirma la necesidad de reajustar la táctica a la nueva situación: "La sublevación de Kornílov representa un viraje de los acontecimientos en extremo inesperado (inesperado por el momento y por la forma) e increíblemente brusco". Que Kornílov represente la contrarrevolución no significa que deba apoyarse a Kerenski: "Nosotros no debemos apoyar al gobierno de Kerenski *ni siquiera ahora.* Es una falta de principios. [...] Vamos a combatir y combatimos a Kornílov, como lo hacen *las tropas* de Kerenski, pero nosotros no apoyamos a Kerenski, sino que desenmascaramos su debilidad: esa es la diferencia".

Hacia la toma del poder

En julio los bolcheviques suman 200.000 militantes. Rápidamente conquistan posiciones. El 31 de agosto el sóviet de Petrogrado aprueba, por primera vez, una moción bolchevique; días después, el 9 de setiembre, conquistan la mayoría del sóviet y el 25 Trotski asume su presidencia. El mismo proceso se daba en el sóviet de Moscú. De allí en adelante los éxitos se multiplicarían. El 17 de octubre se inaugura la Tercera Conferencia de Comités de Fábrica de Toda Rusia que agrupa a 167 delegados: 127 son bolcheviques y 24 socialistas revolucionarios de izquierda, aliados de los bolcheviques. En las elecciones de setiembre obtienen el 51 % de los votos. En Moscú y en Petrogrado logran 424.000 votos contra 455.000 de los restantes partidos.
Entre el 12 y el 14 de setiembre Lenin escribe una carta al Comité Central con la cual se inicia una de las crisis más profundas del partido bolchevique. La carta comienza diciendo: "Los bolcheviques han obtenido la mayoría en los sóviets de diputados obreros y soldados de ambas capitales y por lo tanto pueden y *deben* tomar el poder estatal en sus manos". Inmediatamente escribe otra en la que señala una serie de medidas prácticas para la insurrección. Las cartas caen como una bomba en el seno de la dirección bolchevique. Las actas del comité central documentan las indecisiones. Stalin propone enviar los textos a las organizaciones más importantes e invitar a discutir las propuestas. La cuestión se pospone para más adelante, pero nunca se trata; se vota si debe conservarse un solo ejemplar de las cartas (obvia intención de no difundir el texto) y se aprueba esto por 6 votos a favor, 4 abstenciones y 6 en contra; Kámenev no logra que se apruebe una moción de rechazo de las "proposiciones prácticas" de Lenin. A lo sumo Lenin cuenta con 6 votos a favor. Evidentemente la idea de la insurrección no estaba presente —en *ese* momento— en la dirección bolchevique. El 23 de setiembre Lenin escribe: "No puede haber ninguna duda de que en el 'vértice' de nuestro partido se notan vacilaciones que pueden resultar *desastrosas*", y el 7 de octubre, en una carta dirigida al comité central, a los comités de Moscú y Petrogrado y a los bolcheviques de los sóviets, denuncia: "el órgano central *tacha* en mis artículos las alusiones a los escandalosos errores de los bolcheviques".
La lucha para que el partido adoptara el criterio de la insurrección adquirió extremos agudos. Los opositores centraban su crítica en la imposibilidad de sostener la revolución. Consideraban que los bolcheviques solos no podrían sostenerse en el poder, que lanzarse a la insurrección sin el apoyo del proletariado internacional equivalía a un salto en el vacío. La réplica de Lenin se basaba en el creci-

"¿Qué es lo que ha aglutinado a estas masas desorganizadas, indisciplinadas, de soldados sin oficiales, convirtiéndolas en un ejército disciplinado y obediente a los jefes elegidos por ellas mismas, templadas para recibir el choque de la artillería y destrozar el asalto de la caballería cosaca? Los pueblos en rebelión echan por tierra todos los conceptos del arte militar. Esta vez era su guerra, una guerra en la que luchaban por su mundo."
John Reed.

miento de la revolución dentro y fuera de Rusia y en el hecho de que las tropas de países beligerantes se encontrarán al borde del alzamiento. Además afirmaba que los bolcheviques en el poder lanzarían un llamamiento a la paz y que esto les haría ganar el apoyo del proletariado internacional y que, en el caso de que este llamamiento no obtuviera respuesta, el pueblo no vacilaría en seguirlos en una guerra revolucionaria. Por último decía que, al imponer las medidas anheladas por el campesinado pobre, sellarían la alianza entre el proletariado y el campesinado, formando así un sólido bloque revolucionario.

La preparación de la insurrección

El 9 de octubre, ante la amenaza de que los alemanes tomaran Petrogrado, un social-revolucionario de izquierda propone en una reunión del Comité Ejecutivo del Sóviet la constitución del Comité Militar Revolucionario. En él participaron los futuros dirigentes tácticos de la insurrección: Podvoisky, Antónov-Ovseienko y Lashévich. Al día siguiente se celebra una reunión del Comité Central en la que participa Lenin.

Este, después de señalar que desde principios de setiembre se observaba una cierta indiferencia con respecto al problema de la insurrección y que la parte técnica de la cuestión había sido dejada de lado, afirma que la situación internacional, la intención del gobierno de entregar Petrogrado y la situación política hacían imprescindible que los bolcheviques tomaran la iniciativa. Señalaba, además, que la mayoría del proletariado estaba con los bolcheviques y que la toma de la tierra había pasado a ser una consigna de los campesinos. Finalmente se aprueba una resolución —por diez votos contra dos— que termina diciendo: "El Comité Central hace constar que la insurrección armada es inevitable y propone a todas las organizaciones del Partido guiarse por ello y desde este punto de vista discutir y resolver todos los problemas de orden práctico."

El 16 de octubre un hecho aparentemente circunstancial señala el poder del Comité Militar Revolucionario: Trotski firma una orden en la que exige a los arsenales que entreguen 5.000 fusiles a la Guardia Roja. La orden se cumple: las tropas apoyan al Comité Militar.

Para el 23 ya estaba listo el plan de operaciones, basado en la enorme superioridad de las fuerzas revolucionarias. La idea central era la ocupación simultánea de posiciones fundamentales: comunicaciones, transportes, puentes, vías de acceso, edificios estatales, etc. El gobierno permanecía paralizado, pese a tener testimonios indudables de que los bolcheviques preparaban la insurrección.

La toma del poder

El 24 de octubre, Trotski, como presidente del sóviet de Petrogrado, firma la orden número 1: "El sóviet de Petrogrado se encuentra en peligro inminente. Anoche los conspiradores contrarrevolucionarios trataron de llamar a Petrogrado a los Junkers y a los batallones de asalto. Por la presente les ordeno a ustedes que preparen su regimiento para la acción. Esperen nuevas órdenes. Toda dilación y vacilación será considerada como un acto de traición a la revolución". En la noche del 24 al 25 los regimientos y los Guardias Rojos se lanzan al asalto de los puestos claves de la ciudad.

La enorme superioridad numérica vuelca rápidamente los acontecimientos en favor de los revolucionarios. El gobierno sólo puede ofrecer una resistencia aislada y desarticulada. Son muy pocas las fuerzas que responden a sus órdenes, y de éstas gran parte se pasan a los bolcheviques en el curso de la lucha. Desde el Palacio Smolny, donde los bolcheviques han instalado su Cuartel General, parten las instrucciones que siguen un cuidadoso esquema, previamente preparado.

El 26 de octubre se inaugura el Segundo Congreso de los Sóviets de toda Rusia. Los sóviets tienen el poder en sus manos. Años de lucha quedan atrás. Paso a paso los revolucionarios rusos habían ido construyendo esa toma del poder que se resolvió en tan pocas horas. Atrás quedaban los tiempos de los decembristas, Herzen, Chenichevski, los primeros marxistas, las peleas en el seno del Partido Obrero Socialdemócrata. Los primeros decretos del nuevo gobierno sobre la paz y la tierra coronaban una larga y dura lucha.

El periodista norteamericano John Reed, prodigioso testigo de la revolución de octubre, describe, en *Diez días que conmovieron al mundo*, con estas palabras el momento en que Lenin habla para el congreso de los sóviets:

"Por fin, Lenin se levantó. Apoyándose en el borde de la tribuna paseó sobre la concurrencia sus ojuelos parpadeantes, aparentemente insensible a la inmensa ovación que se prolongó durante varios minutos. Cuando ésta se terminó dijo simplemente:

"Ahora pasamos a la edificación del orden socialista."

Una nueva época había comenzado para la humanidad. El primer gobierno socialista de la historia iniciaba sus funciones.

Bibliografía

Carr, E. H. *La revolución bolchevique.* Madrid, Alianza Editorial, 1972.

Deutscher, Isaac. *Trotsky.* México, Era, 1966.

Kochan, Lionel. *Rusia en revolución.* Madrid, Alianza Editorial, 1968.

Lenin, V. I. *Obras Completas.* Buenos Aires, Cartago, 1957. Tomos XXIII, XXIV, XXV, XXVI, XXXVI.

Reed, John. *Diez días que conmovieron al mundo.* Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1973.

Trotsky, L. *Historia de la Revolución Rusa.* Buenos Aires, Galerna, 1972.

Stalin, J. *Obras Completas.* Buenos Aires, Fundamentos, 1955. T. III.

Indice de ilustraciones

Indice general

Introducción

Material documental

Lenin

Material documental

Francia: socialismo y acción directa

Material documental

La AFL y las grandes huelgas

Material documental

Japón: del feudalismo a la revolución Meiji

IMPRESORA ALLONI Soc. Anón. terminó
de imprimir este libro el 20 de julio de 1984
en sus talleres de Centenera 1436/52,
Buenos Aires — República Argentina